

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA  
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA**



**TESIS DOCTORAL**

**Poblamiento y antropización de la montaña occidental cantábrica  
durante la Prehistoria reciente: una aproximación desde la  
Arqueología del Paisaje**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**David González Álvarez**

DIRECTORES

**Gonzalo Ruiz Zapatero  
Margarita Fernández Mier  
Carlos Marín Suárez**

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD  
**COMPLUTENSE**  
MADRID

# **Poblamiento y antropización de la montaña occidental cantábrica durante la Prehistoria reciente: una aproximación desde la Arqueología del Paisaje**

**Autor:** DAVID GONZÁLEZ ÁLVAREZ

**Directores:** DR. GONZALO RUIZ ZAPATERO  
DRA. MARGARITA FERNÁNDEZ MIER  
DR. CARLOS MARÍN SUÁREZ

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**





**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**  
**Departamento de Prehistoria**



**POBLAMIENTO Y ANTROPIZACIÓN DE LA  
MONTAÑA OCCIDENTAL CANTÁBRICA DURANTE LA  
PREHISTORIA RECIENTE: UNA APROXIMACIÓN  
DESDE LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE**

Tesis doctoral presentada por:

**DAVID GONZÁLEZ ÁLVAREZ**

Bajo la dirección de:

Dr. Gonzalo Ruiz Zapatero, Dra. Margarita Fernández Mier  
y Dr. Carlos Marín Suárez

**Madrid, 2015**



'Landscape' is best seen as both a *work* (it is the product of human labour and thus encapsulates the dreams, desires and all the injustices of the social systems that make it), and as something that *does work* (it acts as a social agent in the further development of a place).

Don Mitchell (1998: 94)



## Índice de contenidos

	Página
Índice de figuras	ix
Índice de tablas	xxiii
Agradecimientos	xxv
Resumen/Abstract	xxxi
<b>CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>CAPÍTULO 2. OBJETIVOS</b>	<b>9</b>
2.1. ABRIR NUEVOS DEBATES DESDE LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE	9
2.2. GENERAR RELATOS ARQUEOLÓGICOS CENTRADOS EN LA COTIDIANEIDAD DE LAS PERSONAS DE LA PREHISTORIA RECIENTE	11
2.3. ROMPER CON LAS VISIONES UNIFORMIZADORAS DEL PASADO	12
2.4. LLENAR VACÍOS GEOGRÁFICOS: ARQUEOLOGÍA EN ÁREAS DE MONTAÑA	13
2.5. LOS PAISAJES CULTURALES EN LA <i>LONGUE DURÉE</i>	18
<b>CAPÍTULO 3. LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL OCCIDENTE CANTÁBRICO: UNA EVALUACIÓN CRÍTICA SOBRE LA GÉNESIS Y EL ESTADO ACTUAL DE CONOCIMIENTOS</b>	<b>21</b>
3.1. LAS DINÁMICAS INTERNAS DE LA DISCIPLINA	23
3.2. LAS TRADICIONES INVESTIGADORAS	31
3.3. EL PUNTO DE INICIO: GENEALOGÍAS DE LOS CONOCIMIENTOS Y “ESTADOS DE LA CUESTIÓN” EN LA PREHISTORIA RECIENTE CANTÁBRICA	34
3.4. LA PREHISTORIA RECIENTE Y SU PERIODIZACIÓN INTERNA EN LAS MONTAÑAS CANTÁBRICAS	41
<b>CAPÍTULO 4. LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE COMO MARCO TEÓRICO DE PARTIDA</b>	<b>47</b>
4.1. EL PAISAJE: DEFINICIÓN Y GENEALOGÍA DE UN CONCEPTO CLAVE	47
4.2. GOBERNANZA DE LOS PAISAJES CULTURALES E INFLUENCIA EN LA INVESTIGACIÓN	54
4.3. EL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE	57
4.4. ¿QUÉ ES LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE?	65
<b>CAPÍTULO 5. METODOLOGÍA</b>	<b>73</b>
5.1. REVISIÓN DE LOS DATOS PREVIOS	74
5.2. PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA	75
5.3. EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA	82
5.4. LOS ESTUDIOS DE PALEOAMBIENTE	86
5.5. LOS SIG Y EL ANÁLISIS LOCACIONAL EN LA ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE	91

5.6. LA ATENCIÓN A LOS REFERENTES ETNOGRÁFICOS LOCALES	95
<b>CAPÍTULO 6. ÁREA DE ESTUDIO</b>	<b>101</b>
6.1. EL MARCO GENERAL: LA CORDILLERA CANTÁBRICA	104
6.2. EL ÁREA DE ESTUDIO: VALLE DEL PIGÜEÑA/BABIA	107
6.3. LA ALDEA DE VIGAÑA COMO ESTUDIO DE CASO	117
<b>CAPÍTULO 7: EL NEOLÍTICO</b>	<b>125</b>
7.1. LOS PRIMEROS GRUPOS PRODUCTORES DE ALIMENTOS EN VIGAÑA	128
7.1.1. La Sienra	131
7.1.2. Las Corvas	136
7.1.3. L'Hortal	147
7.1.4. Los pastizales de altura	155
7.1.5. Síntesis	165
7.2. EL NEOLÍTICO EN EL VALLE DEL PIGÜEÑA Y LA COMARCA DE BABIA	169
7.2.1. Los monumentos megalíticos	173
7.2.2. Los conjuntos líticos en superficie	180
7.2.3. Registros paleoambientales	185
7.2.4. Síntesis	190
7.3. LAS DINÁMICAS ANTROPIZADORAS EN EL SECTOR OCCIDENTAL DE LA CORDILLERA CANTÁBRICA DURANTE EL NEOLÍTICO	194
7.3.1. Formas de subsistencia	196
7.3.2. Formas de poblamiento	203
7.3.3. Patrones de movilidad	210
7.3.4. La antropización del paisaje	213
7.3.5. La humanización de las montañas a través de la monumentalidad megalítica	215
7.3.6. Organización social	220
<b>CAPÍTULO 8. LA EDAD DEL BRONCE</b>	<b>225</b>
8.1. LA EDAD DEL BRONCE EN EL VALLE DEL PIGÜEÑA Y LA COMARCA DE BABIA	227
8.1.1. Las evidencias arqueológicas	229
8.1.2. La información paleoambiental	241
8.2. LOS PAISAJES CULTURALES DE LA EDAD DEL BRONCE EN LAS MONTAÑAS DEL OCCIDENTE CANTÁBRICO	243
8.2.1. La aceleración en la antropización de los espacios altimontanos del Occidente Cantábrico	244
8.2.2. Formas de poblamiento y subsistencia	246

<b>CAPÍTULO 9. LA EDAD DEL HIERRO</b>	<b>257</b>
9.1. EL CASTRU (VIGAÑA): UNA ALDEA MONUMENTALIZADA EN EL VALLE DEL PIGÜEÑA	259
9.1.1. La secuencia	265
Terraza meridional de El Castru	265
Parte alta de El Castru	269
9.1.2. El espacio doméstico	311
9.1.3. Formas de subsistencia	320
9.1.4. Actividades artesanales	337
La metalurgia del bronce	338
La cerámica	342
Otras actividades artesanales	351
9.1.5. Síntesis	352
9.2. EL PAISAJE CASTREÑO EN UN ÁREA DE MONTAÑA: EL VALLE DEL PIGÜEÑA Y LA COMARCA DE BABIA DURANTE LA EDAD DEL HIERRO	357
9.2.1. Los poblados castreños del área de estudio	360
9.2.2. Características formales de los castros	369
9.2.3. Pautas locacionales de los poblados castreños	380
9.2.4. El impacto de la sedentarización y las prácticas productivas en el área de estudio	401
9.2.5. Síntesis	408
9.3. LA EDAD DEL HIERRO EN LAS MONTAÑAS OCCIDENTALES CANTÁBRICAS	411
9.3.1. La plena sedentarización de los grupos castreños	413
9.3.2. Un modo de vida campesino	417
9.3.3. El nacimiento de un paisaje compartimentado	421
9.3.4. Particularidades de las montañas cantábricas en la Edad del Hierro	424
9.4. LA ROMANIZACIÓN Y EL DECLIVE DE LOS CASTROS	427
9.4.1. La conquista romana	427
9.4.2. El final de los castros	437
<b>CAPÍTULO 10. CONCLUSIONES</b>	<b>447</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>461</b>
<b>ANEXOS</b>	<b>519</b>
Anexo I: Listado de túmulos del área de estudio	519
Anexo II: Listado de castros del área de estudio	523





## Índice de figuras

	Página
<b>Fig.1.1:</b> Trabajos de prospección en el entorno del túmulo de La Chalga –al fondo– en la braña de L'Estoupiellu (Vigaña, Miranda, Asturias) durante la campaña de 2011.	3
<b>Fig.1.2:</b> Localización del área de estudio: el Occidente de la Cordillera Cantábrica.	5
<b>Fig.2.1:</b> «Asturias Paraíso Natural» es la exitosa marca de promoción turístico del gobierno autonómico asturiano desde hace décadas. Pese a su notoriedad, no deja de enmascarar una lectura falaz que subordina la relevancia de las comunidades campesinas en la gestión del territorio occidental cantábrico a lo largo de milenios.	16
<b>Fig.2.2:</b> En contraste con la referida campaña de promoción turística, el paisaje rural actual del área occidental cantábrica es producto de siglos de esfuerzo y sudor invertido en esta tierra por las familias campesinas que la han habitado. En la imagen, de 1966, mujeres arando en Torrebarrio, Babia (fotografía de José Ramón Lueje, tomada de LOMBARDÍA y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003: 142).	17
<b>Fig.3.1:</b> No es casual por ejemplo que los libros de Historia con más difusión en Asturias sean coleccionables enciclopédicos de “Historia de Asturias” editados por periódicos, dirigidas y realizadas por académicos de las universidades locales. En la imagen, representaciones sobre la romanización de Asturias extraídas del volumen de la <i>Historia dibujada de Asturias</i> correspondiente a la Prehistoria y Edad Antigua (1987: 131, 154).	25
<b>Fig.3.2:</b> La Arqueología de la Edad del Hierro es fuente constante de referencias para agendas políticas y movimientos culturales contemporáneos: a) Cartel electoral del partido <i>Conceyu Nacionalista Astur</i> a favor de la abstención en el referéndum constitucional de 1978. b) Portada del disco “Tornando al Abellugo'l Llar” del grupo folk <i>Brenga Astur</i> en el que aparece un guerrero <i>astur</i> tocado con un casco del Támesis frente a la braña de La Pornacal (Somiedu); la imagen condensa presentismo y panceltismo en una representación idílica del pasado prerromano asturiano. c) Portada del disco “Glava un país” del grupo de rock celta <i>Dixebra</i> , con una representación inspirada en la diadema de Moñes cuyas figuras tañen los dos instrumentos que sintetizan el sonido de la banda: la gaita y la guitarra eléctrica. d) Cartel del colectivo celta/filonazi <i>M.R.A. Gallaecia</i> que representa la proyección de la elite de guerreros celtas/galaicos hasta una elite aria presente. e) Teatralización de la humillación sufrida por los indígenas celtas/astures por parte de los conquistadores romanos durante las recreación histórica de la <i>Fiesta de Astures y Romanos de Astorga</i> , julio de 2014. f) Cartel anunciador de una excursión o “quedada cántabra” organizada por la <i>Asociación por la Defensa de los Intereses de Cantabria</i> (ADIC) –fundada entre otros por el actual presidente autonómico de Cantabria Miguel Ángel Revilla (Partido Regionalista de Cantabria)– al <i>oppidum</i> de Peña Amaya (Burgos), como uno de los símbolos de la identidad cántabra actual, al haber sido uno de los “baluartes” de la defensa frente a Roma de la antigua Cantabria.	27
<b>Fig.4.1:</b> Gráfico extraído de la aplicación web <i>Google Ngram</i> con la frecuencia de los términos “Landscape Archaeology”, “Spatial Archaeology” y “Environmental Archaeology” dentro de los textos disponibles a través de <i>Google Books</i> (Consultado 11 de diciembre de 2014).	59
<b>Fig.4.2:</b> Gráfico extraído de la aplicación web <i>Google Ngram</i> con la frecuencia de los términos “Arqueología del Paisaje” y “Arqueología Espacial” dentro de los textos disponibles a través de <i>Google Books</i> (Consultado 11 de diciembre de 2014).	61
<b>Fig.4.3:</b> El entorno de la aldea de Pigüña (Somiedu) ofrece una imagen típica de paisaje agrario en mosaico con huertas, prados cercados (algunos de los cuales habrían sido en otros tiempos cultivos de escanda o maíz) y espacios de monte producto de siglos de intervención antrópica en el medio.	69
<b>Fig.5.1:</b> La tupida vegetación característica del área de estudio dificulta la realización de prospecciones arqueológicas en superficie, como se aprecia particularmente bien en zonas de pastos como la pradería del lago de El Valle en Somiedu (izquierda) o la braña de Folgueras sobre Vigaña en Miranda (derecha).	76
<b>Fig.5.2:</b> Prospección con levantamiento de tapiz vegetal en los pastizales de Vigaña, julio de 2011: braña de Folgueras (izquierda) y L'Estoupiellu (derecha).	76
<b>Fig.5.3:</b> Trabajos de prospección con georradar en L'Hortal durante la primavera de 2012.	78
<b>Fig.5.4:</b> La aplicación de algoritmos para modelar conductas humanas sobre plataformas SIG no deja de ser una herramienta para comparar modelos, anticipar situaciones probables, barajar opciones previsibles... de sujetos a veces imprevisibles que, lamentablemente, no podemos sentar junto a nuestro escritorio para preguntarles las razones de sus comportamientos (imagen modificada tomada de RODRÍGUEZ PASCUAL 2006).	79

<b>Fig.5.5:</b> Vista de diferentes sectores intervenidos en Vigaña. a) Pequeño sondeo en Las Murias, en El Valle'l Pandu, con El Castu al fondo. b) Trinchera realizada inicialmente en Las Corvas para comprobar la antigüedad de una terraza agraria, posteriormente transformada en área abierta de excavación al documentar niveles de hábitat del Neolítico. c) Trincheras realizadas en L'Hortal que conectaban sondeos previos con zonas de resultados positivos en prospecciones geofísicas. d) Excavación en área en la parte alta de El Castu.	83
<b>Fig.5.6:</b> Trabajos de documentación mediante estación total topográfica en las excavaciones de El Castu (Vigaña, Miranda), julio de 2012.	84
<b>Fig.5.7:</b> Localización de los sectores del entorno de la aldea de Vigaña en los que se realizaron intervenciones arqueológicas durante las campañas desarrolladas entre 2009 y 2013.	85
<b>Fig.5.8:</b> Braña en vías de abandono sobre la aldea somedana de Perllunes, en donde vemos la fuerza de la sucesión ecológica con el rápido avance del monte bajo y el hayedo, ante la incomperecencia o el debilitamiento de la presión antropizadora en este entorno eminentemente ganadero, al menos hasta hace unas pocas décadas.	86
<b>Fig.5.9:</b> Diagrama polínico de un sondeo realizado en el Lago de El Valle (denominado erróneamente en la bibliografía como Lago del Ajo) en el que se observa el progresivo impacto antropizador, que se acentúa a partir del I milenio cal a.C. [Estudio realizado por McKeever (1984), corregido por Allen et al. (1996), tomado de López Merino (2009: 50)].	88
<b>Fig.5.10:</b> Localización de los depósitos con informaciones y secuencias palinológicas para la Prehistoria reciente en torno al área de estudio. Depósitos lacustres: 1: Lago de El Valle (Somiedu, Asturias). 2: Laguna de La Mata (Cabrillanes, León). 3: La Laguna del Castu (Villablino, León). 4: Laguillín (Riello, León). 5: Laguna de Corteguero (Casu, Asturias). Depósitos en turberas: 6: Las Dueñas (Cuideiru, Asturias). 7: Monte Areo (Xixón/Carreño, Asturias). 8: La Molina (Salas, Asturias). 9: Puerto de Tarna (Casu, Asturias). 10: Puerto de San Isidro (Ayer, Asturias). 11: Puerto de Lleitriegos (Villablino, León). 12: A Campa de A Cespedosa (Cervantes, Lugo). 13: Suárbol (Candín, León). Depósitos marinos: 14: Ría de Villaviciosa (Villaviciosa, Asturias). Sitios arqueológicos: 15: castro de La Campa Torres (Xixón, Asturias). 16: túmulo de Monte Areo XII (Xixón/Carreño, Asturias). 17: túmulos de Piedrafita IV y V (Les Regueres, Asturias). 18: castro de El Castiellu de Llagú (Uviéu, Asturias). 19: castro de El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). 20: megalito La Mata'l Casare (Llena, Asturias).	90
<b>Fig.5.11:</b> Braña de La Pornacal (Villar de Vildas, Somiedu), en la cabecera del río Pigüña.	96
<b>Fig.6.1:</b> Esta tesis doctoral se ha construido sobre tres escenarios con diferentes escalas geográficas: 1) Una contextualización general, amplia en lo territorial, que refiere las discusiones de esta obra al ámbito occidental de la Cordillera Cantábrica. 2) Un área de estudio intermedia, con un territorio que sirve de muestra para el área montañosa del Occidente Cantábrico y apoya el lanzamiento de hipótesis y modelos para analizar arqueológicamente los paisajes culturales de la Prehistoria reciente cantábrica. 3) Un caso de estudio micro en el entorno de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) donde se han densificado las investigaciones en zonas diversas del terrazgo de una aldea campesina subactual, para así hacer acopio de datos inéditos y plantear preguntas de investigación novedosas.	103
<b>Fig.6.2:</b> Vista del valle de Teberga, en primer plano, y del Cordal de La Mesa al fondo desde Peña Sobia.	105
<b>Fig.6.3:</b> Área de estudio a escala intermedia a ambos lados de la Cordillera Cantábrica.	106
<b>Fig.6.4:</b> Pastor con un rebaño de ovejas merinas en el entorno del lago de La Cueva (Somiedu) en 1952 (fotografía de José Ramón Lueje, tomada de LOMBARDÍA Y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003: 203). La relevancia de las actividades pastoriles en la antropización de este territorio es clara ya desde la Prehistoria reciente. Hasta la actualidad se han mantenido diversos modelos de pastoralismo de los cuales encontramos ejemplos en el área de estudio.	108
<b>Fig.6.5:</b> Confluencia de los valles de Somiedu y El Valle, que descienden respectivamente desde El Puertu y el lago de El Valle, con La Pola de Somiedu en primer término y el poblado castreño de La Corona'l Castu a sus espaldas.	109
<b>Fig.6.6:</b> Vista de la desembocadura del río Pigüña (al fondo) en el Narcea desde la Sierra de Nava (Salas). En primer término se eleva El Castu de Alava (Salas) que hace las veces de vigía sobre este espacio de confluencia caracterizado por las amplias vegas del fondo de valle.	110
<b>Fig.6.7:</b> Vista del valle que desciende desde el lago de El Valle (Somiedu), donde es evidente el protagonismo del glaciario en el modelado de su perfil orográfico.	111
<b>Fig.6.8:</b> Esquema del sistema tradicional de poblamiento que muestran las aldeas del tramo medio del valle del Pigüña, con indicación de los diferentes aprovechamientos estacionales del terrazgo en función de los factores altitudinales.	112
<b>Fig.6.9:</b> Vista del valle de San Emiliano. Los valles de Babia muestran perfiles más amplios y están delimitados por montañas que se elevan por encima de los 2.000 msnm.	113

<b>Fig.6.10:</b> Vista de la planicie central de Babia en primavera desde La Peña Sulcastro (Quintanilla de Babia), con el pueblo de Cabrillanes en primer plano.	114
<b>Fig.6.11:</b> Los pastos frescos de las montañas de Babia ofrecen un paisaje propicio para su aprovechamiento ganadero. Lugares como éste, en las inmediaciones de la laguna de La Verde (Torre de Babia), acogen aún hoy grandes rebaños de merinas que vienen a pasar el verano en estas tierras desde las dehesas extremeñas o salmantinas.	115
<b>Fig.6.12:</b> La aldea de Vigaña se ubica en un hombro sobre el valle del Pigüña y constituye un buen ejemplo del esquema tradicional de poblamiento campesino en la vertiente septentrional de la Cordillera Cantábrica [Foto: Margarita Fernández Mier].	117
<b>Fig.6.13:</b> Vista de Vigaña y su espacio productivo desde el otro lado del valle, con Samartín d'Ondes (Miranda) en primer término. Se aprecia perfectamente la disposición de los espacios de cultivo y los prados cercados (hoy predominantes) en los sectores de pendiente más suave de la ladera, mientras que la parte alta de la Sierra d'Arcéu ofrece espléndidos pastizales en los que pastan los rebaños domésticos en régimen extensivo. Por su parte, el tercio inferior de la ladera y los tramos más pendientes de ésta aparecen ocupados por bosque y monte bajo.	118
<b>Fig.6.14:</b> Peña Manteiga desde la braña de L'Estoupiellu.	119
<b>Fig.6.15:</b> Parcelario de la aldea de Vigaña (FERNÁNDEZ MIER 1996a: 291).	120
<b>Fig.6.16:</b> Poblado castreño de El Castro, en Vigaña, desde El Valle'l Pandu (izquierda). Túmulo de La Chalga, sobre la braña de L'Estoupiellu (derecha).	121
<b>Fig.7.1:</b> Vista de la aldea de Vigaña con indicación de la localización de los sectores de Las Corvas, La Sierra y L'Hortal, donde las excavaciones ofrecieron datos sobre la ocupación de este espacio durante el Neolítico.	129
<b>Fig.7.2:</b> Vista del área de pastizales de La Pradera'l Turón desde Los Cabaninos.	130
<b>Fig.7.3:</b> El espacio agrario de La Sierra está en la actualidad destinado a la producción de hierba para la ganadería vacuna intensificada (izquierda), aunque en el pasado fue uno de los espacios agrícolas más destacados para la subsistencia campesina de los habitantes de Vigaña. El área de excavación se localiza a 624 msnm en uno de los márgenes de este espacio (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].	131
<b>Fig.7.4:</b> Perfil de la excavación de La Sierra de la campaña de 2010 junto a la matriz estratigráfica.	132
<b>Fig.7.5:</b> Cerámica recuperada en el nivel UE 010 de La Sierra.	133
<b>Fig.7.6:</b> Las Corvas son un conjunto de parcelas en la parte baja de El Valle'l Pandu dedicadas a la producción de hierba seca (izquierda). El área de excavación se localiza a 548 msnm en uno de los márgenes de este espacio (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].	136
<b>Fig.7.7:</b> Vista de la primera trinchera de 1,5x4 m abierta en Las Corvas para documentar la secuencia asociada al muro de aterramiento UE 303 (izquierda) y del área de excavación ampliada en 2011 hasta los 4,5x3,5 m, con el derrumbe compuesto por las UEs 307 (grandes bloques) y 309 (piedras más menudas, en primer término) visto en planta (derecha).	137
<b>Fig.7.8:</b> Matriz estratigráfica documentada en Las Corvas en el transcurso de las excavaciones arqueológicas desarrolladas durante las campañas de 2010, 2011 y 2012.	139
<b>Fig.7.9:</b> Perfil Suroeste de la excavación en Las Corvas al término de la excavación de 2012.	138
<b>Fig.7.10:</b> Detalle del perfil Suroeste de Las Corvas en el que se señalan algunos de los surcos individualizados como la interfaz UE 308.	139
<b>Fig.7.11:</b> Cerámicas de Las Corvas. 1-6. Piezas de filiación prehistórica recuperadas en la UE 306. 7. Fragmento de material constructivo contemporáneo en la UE 306. 8-9. Lozas contemporáneas recuperadas en la UE 306. 10. Fragmentos cerámicos muy rodados localizados en el relleno UE 320 de la zanja UE 325.	140
<b>Fig.7.12:</b> Bordes de dos fragmentos cerámicos recuperados en la UE 306 de Las Corvas.	141
<b>Fig.7.13:</b> Fragmento de posible mano de molino de piedra pulimentada recuperado en la UE 307.	141
<b>Fig.7.14:</b> Cantos recuperados en el derrumbe UE 307 que podrían haber funcionado como útiles de fortuna para trabajos diversos.	142
<b>Fig.7.15:</b> Foto del hogar UE 311 durante la campaña de 2011.	143
<b>Fig.7.16:</b> Dos vistas del fragmento de molino barquiforme que formaba parte del relleno UE 314 del agujero de poste UE 317.	144
<b>Fig.7.17:</b> Fotografía del hogar UE 341 durante la campaña de 2012.	144
<b>Fig.7.18:</b> Perfil Noroeste de la excavación de Las Corvas tras la campaña de 2012.	145
<b>Fig.7.19:</b> Fotografía del hogar UE 328 documentado en la esquina noroccidental del área de excavación en 2012.	145
<b>Fig.7.20:</b> Fotografía general del final de la excavación de 2012 en el sector de Las Corvas tomada desde el Noreste.	146

<b>Fig.7.21:</b> L'Hortal es una pequeña parcela al borde del espacio en abierto de Las Corvas (izquierda). El área de excavación se sitúa a 621 msnm (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].	148
<b>Fig.7.22:</b> Matriz estratigráfica documentada en L'Hortal tras las excavaciones de 2011 y 2012.	148
<b>Fig.7.23:</b> Colección cerámica con probable filiación prehistórica recuperada en diferentes estratos de L'Hortal: 1. Nivel de uso agrario subactual UE 103 (=1135). 2. Relleno UE 1136 del silo UE 1137. 3. Relleno UE 1138 del silo UE 1139. 4. Relleno UE 105 –datado en el III milenio cal a.C.– del agujero de poste UE 106.	149
<b>Fig.7.24:</b> Foto de elemento lítico pulimentado fracturado de la UE 1135.	150
<b>Fig.7.25:</b> Perfiles documentados en L'Hortal durante las sucesivas campañas de 2011 y 2012.	151
<b>Fig.7.26:</b> Vista general del sondeo abierto en L'Hortal durante la campaña de 2011, con el rosario de oquedades dispuestas sobre el nivel basal 104 (izquierda). Vista del hoyo UE 106, en cuyo relleno UE 106 – en proceso de excavación– se recuperaron dos carbones cuya datación sitúa esta estructura a caballo entre el IV y el III milenio cal a.C. (derecha).	152
<b>Fig.7.27:</b> Mapas georradar en los que se distinguen las señales de amplitud negativa que caracterizan las unidades negativas UEs 1141 (arriba) y 1137 (abajo) a distintas profundidades.	153
<b>Fig.7.28:</b> La ampliación de 2012 en L'Hortal siguiendo las lecturas de la prospección por georradar desveló la existencia de dos estructuras subterráneas de almacenamiento cuya cronología no ha podido ser clarificada, aunque se asocian a materiales cerámicos probablemente neolíticos (arriba). Vista en detalle de los silos UE 1139 (abajo, izquierda) y UE 1137 (abajo, derecha).	154
<b>Fig.7.29:</b> Plano del área de estudio a escala micro con la localización de los túmulos de La Chalga, La Forcada, Campoleo, La Palanca I, La Palanca II y Peña Reonda, así como los sectores con ocupaciones neolíticas de La Sienra, L'Hortal y Las Corvas en las inmediaciones de Vigaña.	156
<b>Fig.7.30:</b> Vista del túmulo de La Forcada.	157
<b>Fig.7.31:</b> Estudio de la visibilidad acumulada a partir de los seis monumentos tumulares identificados en el área de estudio a escala micro.	159
<b>Fig.7.32:</b> Los espacios comunales de Folgueras y L'Estoupiellu fueron los lugares seleccionados para plantear la realización de prospecciones con levantamiento del tapiz vegetal. En la imagen, indicación de su localización sobre fotografía tomada desde El Colláu Valbona, en El Cordal de La Mesa.	160
<b>Fig.7.33:</b> Plan inicialmente previsto para la prospección con levantamiento del tapiz vegetal en el espacio comunal de L'Estoupiellu en los puntos generados aleatoriamente dentro de cuadrículas de 25 m de lado. El entorno del monumento megalítico de La Chalga (triángulo) fue respetado, evitando realizar sondeos en un radio de 25 m.	161
<b>Fig.7.34:</b> Folgueras es un espacio comunal donde pastan los rebaños de ganado vacuno y caballar de Vigaña y la vecina aldea de Faidiello (izquierda) y constituye uno de los espacios donde realizamos labores de prospección mediante el levantamiento del tapiz vegetal (derecha).	162
<b>Fig.7.35:</b> Resultados positivos/negativos de los sondeos realizados en el polígono de prospección correspondiente al espacio comunal de L'Estoupiellu y vista en detalle de los sondeos E7 y E12 en los que se recuperaron piezas líticas relacionadas, probablemente, con los grupos que construyeron monumentos megalíticos como el de La Chalga, al fondo en ambas fotografías.	163
<b>Fig.7.36:</b> Sondeo E6 en las inmediaciones de la tejera localizada en el extremo Sureste del polígono de prospección de L'Estoupiellu en el que aparecieron abundantes fragmentos de tejas (izquierda). Sondeo D2 en el área donde actualmente se sitúan las cabañas que constituyen otro foco destacado para la aparición de restos constructivos subactuales (derecha).	164
<b>Fig.7.37:</b> En el sondeo E12 pudimos observar la aparición de una fina capa de arcilla rubefactada directamente sobre el horizonte C con la presencia de escasos y pequeños carbones.	164
<b>Fig.7.38:</b> Estudio de accesibilidad hacia el entorno desde el sector de L'Hortal, con la representación de las isocronas de 15, 30 y 60 minutos. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	166
<b>Fig.7.39:</b> Estudio de accesibilidad hacia el entorno desde el sector de Las Corvas, con la representación de las isocronas de 15, 30 y 60 minutos. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	168
<b>Fig.7.40:</b> Distribución de los monumentos megalíticos identificados en el área intermedia de estudio, a partir de los inventarios arqueológicos por municipios (DÍAZ NOSTY <i>et al.</i> 1997; ESTRADA GARCÍA 1997, 2000b, 2000c; RODRÍGUEZ OTERO Y CAMINO MAYOR 1989; SÁNCHEZ HIDALGO Y MENÉNDEZ GRANDA 2001; SIERRA PIEDRA 1998) y las prospecciones realizadas durante esta investigación doctoral.	171
<b>Fig.7.41:</b> Mapa que muestra la estrecha relación que se establece entre el trazado del Camín Real de La Mesa y la distribución de los megalitos en el tramo de esta ruta histórica a través de los límites entre los municipios de Miranda y Grau.	174
<b>Fig.7.42:</b> Vista desde el Este de los dos supuestos túmulos de La Bovia o Los Cobertorios [Foto: Gabinete Arqueológico SL (2003)].	175

- Fig.7.43:** Vista del supuesto túmulo de Picos Prietos (izquierda) y sondeo realizado que confirmó su origen natural (derecha) [Foto: Gabinete Arqueológico SL (2000)]. 177
- Fig.7.44:** Vista de uno de los túmulos integrantes del conjunto del Collao Balbona (Miranda). 177
- Fig.7.45:** Túmulo de La Paredina, en Somiedu, ubicado en el collado homónimo a 1734 msnm que comunica los pastizales de la cabecera del valle de El Valle desde Murias Llongas, con el nacimiento del río Sil sobre la aldea de La Cueta. 178
- Fig.7.46:** El túmulo de El Chano de las Meriendas se sitúa a 1572 msnm en un lugar destacado de un vallejo lateral por el que se accede cómodamente hacia los pastizales a 1650 msnm del entorno de la braña estival de Murias Llongas (Somiedu), desde el amplio valle de origen glaciar de El Valle. 179
- Fig.7.47:** La fiesta de L'Estoupiellu se celebra a mediados de agosto en esta braña de Vigaña bajo la vigilancia del gran túmulo de La Chalga (señalado). Desde bien temprano y hasta que cae la noche, la gente disfruta de la compañía de sus vecinos, de las meriendas a base de tortillas, empanadas y *frixuelos*, se juega a los bolos o a tirar la cuerda, mientras los jóvenes demuestran sus habilidades al volante de quads y todoterrenos, y el servicio de bar organizado por la comisión local de fiestas genera el marco idóneo para discutir sobre fútbol, ganado y otros temas a ritmo de cumbia. 181
- Fig.7.48:** Localización de los conjuntos líticos en superficie del área intermedia de estudio. 1: materiales recuperados en El Alto La Madalena (Somiedu/Teberga). 2: Piezas de El Picu La Berza (Miranda). 3: Piezas halladas en el campo de Cueiro (Teberga). 183
- Fig.7.49:** Diagrama del espectro polínico arbóreo de la Laguna de La Mata (JALUT *et al.* 2010). 186
- Fig.7.50:** Diagrama del espectro polínico herbáceo de la Laguna de La Mata (JALUT *et al.* 2010). 187
- Fig.7.51:** Ubicación del depósito paleoambiental del Lago de El Valle (Somiedu) con indicación de yacimientos arqueológicos en su entorno y buffer de 5 km de radio. 193
- Fig.7.52:** Fig.Yacimientos citados en este capítulo. 1: Cueva de Valdavara. 2: Sierra de Carondio. 3: Necrópolis Sierra de Tinéu. 4: Necrópolis de Bodenaya. 5: Necrópolis de Penausén. 6: Sierra de La Sobia. 7: L'Aramo. 8: La Torca'l Arroyu. 9: Monte Areo. 10: Dolmen de la Capilla de Santa Cruz. 11: Cueva de Arangas (Cabriles). 12: Sierra Plana de la Borbolla. 13: Llano de Los Carriles. 14: Abrigo de Mazaculos II. 15: Túmulo del Puerto de Ventaniella. 16: Conjunto de Peña Oviedo/La Calvera. 17: Cueva de El Espertín. 18: Cueva de La Uña. 19: Esqueletos de La Braña-Arintero. 20: Cueva de El Mirón. 195
- Fig.7.53:** La quema periódica de espacios de monte bajo y arbolado es una estrategia frecuente en el manejo actual de pastizales como los del tramo alto del río Sil, por encima de La Cueta (Cabrillanes), para favorecer la expansión de los pastos. 201
- Fig.7.54:** Estructuras neolíticas en el conjunto de Peña Oviedo (Liébana, Cantabria). Zanja de cimentación de la cabaña nº1 (a) y silos vinculados a las cabañas de la Campa de La Calvera (b) (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 102, 105). 206
- Fig.7.55:** Ruinas de una cabaña localizada a unos 1790 msnm en las proximidades del túmulo de El Canto sobre'l Agua (Somiedu). Restos de este tipo se multiplican en el entorno de los pastizales estivales del área de estudio, similares a estructuras que en otras zonas montañosas ofrecen cronologías diversas, en ocasiones prehistóricas. 211
- Fig.7.56:** El conjunto megalítico de la Sierra de Carondio aparece íntimamente ligado al camino tradicional de La Carreiriga de los Gallegos. Muchos túmulos se vinculan a monumentos naturales como los crestones rocosos de la imagen, pautando el discurrir de esta ruta tradicional. En los puntos en los que ningún túmulo es visible desde la ruta, los crestones se mantienen visibles, o bien picos destacados de la orografía, como Picoagudo (el pico con forma triangular que sobresale sobre el horizonte). 216
- Fig.7.57:** Vista de la Capilla de la Santa Cruz, en Cangues d'Onís, erigida sobre un gran túmulo megalítico frente a la confluencia de los ríos Sella y Güeña. 218
- Fig.7.58:** La mayada de Los Veneros, en el macizo de L'Aramo, es buen ejemplo de tantos enclaves pastoriles reconocibles en las montañas del Occidente Cantábrico en los que manifestaciones megalíticas y usos pastoriles tradicionales coinciden en un mismo espacio hasta conformar una regularidad palpable. 220
- Fig.8.1:** Distribución de los materiales relacionables con la Edad del Bronce en el área de estudio a escala intermedia. 1: ¿Hacha plana? de Llamosu. 2: Hacha plana y materiales líticos pulimentados de El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia. 3: Depósito de hachas de talón y anillas de Alava. 4: Hacha de talón y anillas de Santuchanu. 5: Hacha de talón y anillas de San Emiliano. 6: Hoz de Miranda. 7: Hoces de Las Verdes, Torre de Babia. 8: Cueva Negra. 9: Ídolo de Llamosu. 228
- Fig.8.2:** Hachas de bronce del área de estudio a escala intermedia (DE BLAS CORTINA 1983: 162, 1991-1992: 118; HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 461; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 73). 1-3: Alava (Salas). 4: Santuchano (Somiedu). 5: San Emiliano. 230
- Fig.8.3:** El perfil de El Castu de Alava se sitúa como un enclave referencial destacado desde las vegas abiertas en la confluencia de los ríos Pigüña y Narcea. 231

<b>Fig.8.4:</b> Vista de la majada de Las Verdes (en primer plano) y el entorno de esta zona de pastizales sobre Torre de Babia.	232
<b>Fig.8.5:</b> Hoces de Las Verdes (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 38).	234
<b>Fig.8.6:</b> Cueva Negra es un gran abrigo (izquierda) situado a unos 780 msnm en un tramo encajado del valle del río Pigüña, en las inmediaciones de la aldea de Corés (Somiedu) (derecha) [equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	238
<b>Fig.8.7:</b> Signo ramiforme en el panel meridional de Cueva Negra, en Corés (Somiedu).	239
<b>Fig.8.8:</b> Ídolo de Llamosu (ESCORTELL PONSODA 1982: fig.26).	240
<b>Fig.8.9:</b> Mapa con la localización de los yacimientos mencionados en el capítulo referente a la Edad del Bronce: 1: Molde de Castropol. 2: Monte Castrelo de Peláu. 3: Túmulo de La Xorenga. 4: El Chao Samartín. 5: Cova del Demo. 6: Sierra de Carondio. 7: Necrópolis de Piedrafita. 8: La Campa Torres. 9: Grabados de El Picu Berrubia. 10: Abrigos de Fresnéu. 11: Minas de L'Aramo. 12: Dolmen de La Mata'l Casare. 13: Los Fitos. 14: Punta Palmela de Peña Ubiña. 15: Cueva del Gatu Vetu. 16: El Mayéu de Busián. 17: Mina de La Profunda. 18: Depósito del Puerto de Gumial. 19: El Castillo de Camoca. 20: Depósito de Pruneda. 21: Mina de El Milagro. 22: Cueva de Arangas. 23: Peña Tú. 24: Sésamo. 25: Castro de Sacojos.	245
<b>Fig.8.10:</b> Fotografía tomada en septiembre de 1952 por José Ramón Lueje de la feria de ganado de El Puerto de Somiedu (Asturias). Este tradicional encuentro lúdico, social y comercial se celebra a comienzos de septiembre en este puerto de montaña entre Asturias y León, y a él acuden gentes procedentes de ambas vertientes de la Cordillera Cantábrica (LOMBARDIA Y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003: 131).	249
<b>Fig.8.11:</b> Punta Palmela procedente de Peña Ubiña (Llana, Asturias) (DE BLAS CORTINA 1991-1992: 111).	250
<b>Fig.9.1:</b> El Castru está colgado sobre el valle del río Pigüña en un pequeño cerro (izquierda). El punto más alto del yacimiento se eleva hasta los 563 msnm, un veintena de metros por encima de los terrenos circundantes de El Valle'l Pandu (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].	260
<b>Fig.9.2:</b> Localización de El Castru sobre el Mapa Geológico de España 1:50.000.	260
<b>Fig.9.3:</b> Plano con la ubicación de los dos sectores intervenidos en la campaña de 2012 en El Castru sobre cartografía IGN/SITPA. Equidistancia de las curvas de nivel: 10m.	261
<b>Fig.9.4:</b> Vista del sondeo de 3x4 m practicado en la terraza meridional de El Castru en pleno proceso de excavación, tras la retirada de las UEs 2001 y 2002, con la UE 2004 en planta.	262
<b>Fig.9.5:</b> Izquierda: Vista del sondeo inicial de 4x4 m realizado en la parte alta de El Castru tras retirar los niveles vegetales [Foto: CMB]. Derecha: Vista del área de excavación una vez esta fue ampliada hasta los 6x8 m, con el objetivo de reconocer en toda su extensión la construcción definida por el muro UE 3008 detectada en el sondeo original de 4x4 m [Foto: CMS].	264
<b>Fig.9.6:</b> Tras levantar el muro UE 2003 que sustenta la terraza –del que son visibles tres bloques en el perfil Sur del sondeo en la esquina inferior derecha de la imagen–, el espacio agrario en construcción se rellenaría con piedras (UEs 2006 y 2010) para luego disponer los niveles de cultivo.	266
<b>Fig.9.7:</b> Perfil Norte del Sondeo realizado en la terraza meridional de El Castru.	267
<b>Fig.9.8:</b> Vista del sondeo tras retirar las UEs 2005 y 2008. Bajo estas aparecen estratos discontinuos como la UE 2009 con arcillas y bloques de pequeño/mediano tamaño (a la derecha de la imagen), niveles de arcillas aparentemente naturales sobre la roca madre (UE 2011), así como bolsadas de materiales circunscritas a oquedades de cierta profundidad, como la UE 2012 en la esquina Noreste.	268
<b>Fig.9.9:</b> Vista en detalle del perfil de la esquina Noreste del sondeo. Bajo el nivel arcilloso ligeramente anaranjado UE 2011 se observa el paquete ennegrecido UE 2012 que descansa en una concavidad de la roca madre y que contenía gran cantidad de restos óseos y carbonos.	269
<b>Fig.9.10:</b> Matriz Harris con la secuencia estratigráfica reconocida en la terraza meridional de El Castru. En amarillo se distingue la estructura que sostendría la terraza –UE 2003– y en rosado se señala el nivel de arcillas naturales UE 2013.	269
<b>Fig.9.11:</b> Matriz estratigráfica de la secuencia descrita en la parte alta de El Castru. Las relaciones entre unidades aparecen simplificadas y se señalan las diferentes fases cronoestratigráficas que conforman la secuencia de este sector del poblado.	270
<b>Fig.9.12:</b> Plano del área de excavación en el que se muestra la disposición de los estratos relacionados con la Fase 6.	272
<b>Fig.9.13:</b> Vista de la estructura de C-1 tras retirar la capa húmica UE 3002.	273
<b>Fig.9.14:</b> Arriba, izquierda: Vista desde el Noreste de las lajas UE 3034 desplazadas del zócalo de C-1 por la acción del arado. Arriba, derecha: Vista en planta de la UE 3039, similar a la anterior aunque con menor entidad, en las proximidades del hoyo UE 3024. Abajo, izquierda: Vista del hoyo UE 3019 tras retirar su relleno. Abajo, derecha: Vista en del hoyo UE 3024 tras excavar su relleno.	274

- Fig.9.15:** Vista desde el Oeste del techo de la UE 3015. Esta unidad se relacionaría con un horizonte de tránsito al exterior de la construcción C-1. Destaca la gran cantidad de fauna documentada en este depósito, así como los característicos cantitos blancos de caliza que acondicionan el nivel de uso sobre este nivel. 275
- Fig.9.16:** Vista desde el Noroeste de la UE 3015 pegada al arco exterior del zócalo UE 3008, dentro de la zanja UE 3070. Su extensión está delimitada en la imagen por líneas discontinuas. 276
- Fig.9.17:** Plano del área de excavación en el que se sitúan las UEs exteriores a la cabaña C-1 que servirían de niveles de tránsito UE 3015 y 3041 correspondientes a la Fase 1, así como la estructura de largueros de piedra UE 3021. 277
- Fig.9.18:** Izquierda: Vista en planta del derrumbe UE 3020, desde el Noreste, en la esquina Norte de la excavación durante la campaña de 2012. Derecha: Vista del derrumbe UE 3020 en la esquina Norte de la cata ampliada de 2013 en proceso de excavación. 278
- Fig.9.19:** Vista cenital de la cabaña C-1 desde el Sureste, tras ser retirados los niveles superficiales. Se observa la forma circular de la construcción con 4,5 m de diámetro interior y hasta 5,75 m considerando la anchura del zócalo. El umbral de la cabaña se abre al Este. Allí donde el nivel de la roca madre es alto, no se construye el zócalo (en primer término), sino que el propio crestón rocoso sirve de cimentación para el alzado de la cabaña, a buen seguro realizado con materiales vegetales y barro. 280
- Fig.9.20:** Vista de la cabaña C-1 desde el Oeste durante el levantamiento de la UE 3006, proceso que dejaba los rellenos internos UEs 3014 y 3032 en planta. Estos paquetes elevarían y nivelarían el suelo de la cabaña, no conservado. En primer plano se observa el nivel de lajas desplazadas horizontalmente por el arado (UE 3034). Al fondo, puede distinguirse el gran hoyo de expolio UE 3024 que afectó la conservación de parte del trazado del zócalo en esa zona. En la esquina superior derecha, se vislumbra el nivel geológico de arcillas anaranjadas UE 3017 que se extiende al exterior de la cabaña y que habría sido zanjado en esa zona para instalar el zócalo UE 3008. 281
- Fig.9.21:** Vista desde el Sureste de las UEs 3029 (bloques en primer plano), 3031 (murete frente a la entrada) y 3028 (bloques a continuación); frente a la entrada de la cabaña C-1 siguiendo en paralelo la alineación del zócalo UE 3008. Bajo el umbral de la entrada se distingue en planta el relleno UE 3051 del hoyo UE 3052. 282
- Fig.9.22:** Planimetría con las estructuras y los estratos clave en el sistema constructivo de las cabañas C1 y C2. Además de las propias estructuras constructivas (zócalos UEs 3008 y 3050, respectivamente), se representan las zanjas de cimentación creadas para instalar dichos zócalos (UEs 3022, 3043 y 3070 para la cabaña C1 y UE 3084 para la C-2). También aparecen un conjunto de estructuras relacionadas con la entrada de la cabaña C-1, como el hoyo bajo el umbral UE 3051, y las UEs constructivas UEs 3028, 3029 y 3031. 283
- Fig.9.23:** Izquierda: Vista del muro/zócalo UE 3050 tal y como aparecía conforme retirábamos los derrumbes UEs 3020 y 3026 que lo cubrían. Derecha: Vista de la cabaña C-2 que apenas asoma del perfil Noreste del área de intervención durante la excavación de los rellenos de su zanja de cimentación [Foto: SLM]. 283
- Fig.9.24:** Vista de la estructura UE 3050 durante la excavación de los rellenos de su zanja de cimentación UE 3084 desde el Suroeste (es visible el relleno UE 3088 de vivo color rojizo), en la que se señalan los dos rebordes o escalones que segmentan el alzado de este elemento constructivo [Foto: SLM]. 284
- Fig.9.25:** Izquierda: Vista de los rellenos UE 3080 (en primer plano) y 3085 (hacia la confluencia de C2 y C-1) de la zanja UE 3084 desde el Noreste en proceso de excavación (había sido ya retirada la UE 3057). Se aprecia el trazado de su corte hasta conectar con el zócalo UE 3008 de la cabaña C-1 (parte superior de la foto). Derecha: Misma vista, con la excavación de los niveles que rellenan la zanja UE 3084 avanzada. Se aprecia el nivel rojizo de arcillas UE 3088 y los bloques UE 3087 sobre la roca madre, en el borde de la zanja más alejado del muro UE 3050 de C-2 [Fotos: SLM]. 285
- Fig.9.26:** Vista cenital del fondo de la zanja UE 3084 desde el perfil Noreste en la que se distingue la roca madre sobre la que se asienta el muro UE 3050 de C-2, así como el murete UE 3087 que corre paralelo a éste [Foto: SLM]. 285
- Fig.9.27:** Vista cenital de la zanja UE 3084 desde el perfil Noreste en la que se observa el trazado del murete UE 3087 sobre la roca madre y paralelo al muro UE 3050 de C-2, con el estrato arcilloso UE 3088 de color rojo apoyándose en las estructuras C-1 y C2 [Foto: SLM]. 286
- Fig.9.28:** Izquierda: Vista desde el Sur del relleno UE 3057 en planta tras la retirada del nivel UE 3026. Derecha: Vista cenital desde el perfil Noreste de los grandes bloques que aparecen embutidos en el relleno UE 3057 una vez que retiramos buena parte de la matriz arcillosa (que continuaba bajo los bloques, una vez retiramos estos). 286



<b>Fig.9.29:</b> La plataforma UE 3049 fue reconocida y definida tras retirar los derrumbes UEs 3020 y 3026, observándose la UE 3073 parcialmente sobre la plataforma, al término de la zanja UE 3070 (1). Esta estructura está adosada a los muros de las cabañas C-1 y C-2 y se compone de lajas trabadas con arcilla anaranjada (2). Se observa una pequeña separación abierta entre la plataforma UE 3049 y el muro UE 3050 de C-2, probablemente relacionada con la inestabilidad de la ladera en la esquina Norte del área de excavación (3). Al desmontar esta estructura, se observó que su núcleo estaba formado por grandes bloques y arcilla anaranjada (4).	287
<b>Fig.9.30:</b> Izquierda: Vista del hoyo UE 3052 con el relleno UE 3051 en planta bajo el umbral de C-1 desde el Suroeste. En primer plano se observa el murete UE 3031 y se distingue cómo el zócalo UE 3008 está asentado parcialmente sobre el relleno UE 3051. Derecha: Vista desde el Sur del hoyo UE 3052 bajo el umbral de C-1 tras excavar el relleno UE 3051 por completo, con el relleno UE 3058 en planta en el fondo del primer hoyo, delimitado por el corte más profundo de UE 3059.	288
<b>Fig.9.31:</b> Vista en detalle del espacio artesanal detectado en 2012 desde el perfil Noroeste, con la cubeta para la reducción de cobre Cu-1 en primer término y la UE 3010 de arcillas rubefactadas en su interior, visible tras retirar la UE 3009 de relleno. A su derecha, vista en planta de las UEs 3012 y 3033 de esta fase de trabajos metalúrgicos.	289
<b>Fig.9.32:</b> Vista cenital de la cubeta metalúrgica Cu-1 definida por la UE constructiva de arcillas amarillas UE 3007. Se aprecia la concavidad principal para la reducción de cobre a la derecha del jalón y el anillo pétreo UE 3065 que sostendría la estructura por el arco septentrional sobre la pendiente dominante del terreno. En primer término, se ve el enchado de piedras UE 3033 sobre el suelo de arcillas enrojecidas UE 3013. A la izquierda de la imagen aparece la muralla UE 3053 [Foto: CMS].	290
<b>Fig.9.33:</b> Planimetrías correspondientes a los sucesivos horizontes constructivos (a-c) y de uso (d) del espacio de actividades metalúrgicas que caracteriza a la Fase 3 del área de excavación, con la estructura Cu-1 definida por las arcillas UE 3007 como elemento protagonista (c).	291
<b>Fig.9.34:</b> Vistas desde el Noreste de la estructura metalúrgica Cu-1 en las que se aprecian los esfuerzos constructivos para elevar y nivelar esta cubeta metalúrgica definida por la arcilla amarilla UE 3007. Con tal objetivo, se instala el arco de piedras UE 3065 hacia el límite nororiental de la estructura, conforme se aporta el relleno terroso UE 3064. Izquierda: Vista de la Cu-1 tras retirar la UE 3011 en la que se distingue la arcilla UE 3007 cubriendo los bloques UE 3065. Derecha: Tras retirar la UE 3007 en la mitad de la estructura, se observa la disposición del cinturón de bloques UE 3065, el relleno UE 3064, así como la “parrilla” de lajas planas UE 3063 en el centro de la cubeta.	293
<b>Fig.9.35:</b> En el espacio central de la cubeta metalúrgica Cu-1 y bajo la arcilla UE 3007, se documenta la existencia de una plataforma de piedras planas o “parrilla” con la probable función de potenciar la temperatura del horno en este espacio. Izquierda: Vista de la mitad meridional de la UE 3063; al fondo se distingue el nivel rojizo UE 3013 así como la UE 3033 [Foto: SLM]. Derecha: Vista de la mitad septentrional de la UE 3063 en la que se observa perfectamente la rubefacción que sufrió la arcilla suprayacente que individualizamos por este motivo como UE 3010.	293
<b>Fig.9.36:</b> Vista desde el Noreste de la UE 3060 de arcilla de la segunda estructura metalúrgica –Cu-2– que asoma en el perfil Suroeste del área de excavación, asentada sobre un lecho de piedras del que arranca la UE 3033.	294
<b>Fig.9.37:</b> Vista desde el Sureste de la esquina Oeste del área de excavación durante la campaña de 2013, con referencias a diferentes unidades presentes en esta zona.	295
<b>Fig.9.38:</b> Izquierda: Vista desde el Sureste de la esquina Oeste del área de excavación durante la campaña de 2012. Se observa en primer plano la zanja de cimentación UE 3070 de la cabaña C-1 rellena por la UE 3015 (en proceso de excavación) y el nivel UE 3013 destaca por el vivo color rojo de su superficie rubefactada, sobre la que se dispone la UE 3033. Derecha: Vista desde el Sureste de la esquina Oeste del área de excavación durante la campaña de 2013, tras desmontar completamente la estructura metalúrgica Cu-1. La UE 3013 inicia un descenso acusado buzando al Noreste, sobre la UE 3069 infrayacente [Foto: SLM].	295
<b>Fig.9.39:</b> Izquierda: Vista desde el Noroeste de la UE 3033 durante la campaña de 2012. Derecha: Vista desde el Suroeste de la UE 3033 durante la campaña de 2013, en pleno proceso de excavación de la estructura Cu-1, en la que se ve en planta el relleno terroso UE 3064 y la “parrilla” UE 3063. En primer plano, pegada al perfil, se observa la UE 3060 montando sobre la UE 3033 [Foto: SLM].	296
<b>Fig.9.40:</b> Vista desde el Sureste de la UE 3012 en planta durante la campaña de 2012. Se distinguen los abundantes carbones presentes en este nivel de uso del área metalúrgica formado sobre el nivel UE 3013, cuyo vivo color rojo por las alteraciones producidas por las altas temperaturas comienza a distinguirse, así como la UE 3033. En primer plano se observa bien el relleno UE 3015 de la zanja UE 3070 relacionada con la construcción de la cabaña C-1.	296

- Fig.9.41:** Izquierda: Vista del hoyo definido por la UE negativa 3037 con el relleno UE 3036 en planta desde el Noreste, tras ser retirado el nivel UE 3012 que lo cubría. Derecha: Vista del corte UE 3037 que formaría el posible hoyo de poste documentado en el perfil Sureste del área de excavación, cortando la UE 3013. Se observan algunas pequeñas lajas que delimitaban la interfaz del hoyo, quizá como calzos para el poste hincado en este lugar. 297
- Fig.9.42:** Fotografía de trabajo con la UE 3069 en planta al término de la excavación del relleno UE 3064. Alguno de los bloques en primer plano aún pertenecerían al anillo de piedras UE 3065 que delimitaba la estructura Cu-1. A la derecha del jalón, se observa en planta la UE 3066 de coloración más oscura que aún no había sido delimitada. 297
- Fig.9.43:** Fotografía de trabajo durante el proceso de excavación de la UE 3054, que va dejando visto el techo de los estratos que componen la fase 1 [Foto: SLM]. 298
- Fig.9.44:** Plano de la Fase 2 con la cubeta Cu-3 y la UE 3066, ambas estructuras sobre el nivel UE 3054. 299
- Fig.9.45:** Secuencia constructiva de la estructura Cu-3 de la fase 2, caracterizada por el relleno blanquecino de composición caliza UE 3074 (1), bajo el cual se documentó un pequeño relleno ennegrecido con carbones UE 3076 (2). La arcilla anaranjada UE 3071 creaba la concavidad de la estructura Cu-3 (3), dentro de la cual se disponían los anteriores rellenos. Finalmente, la cubeta tomaba como base una serie de piedras (4) sobre el nivel infrayacente UE 3054. 300
- Fig.9.46:** Vista desde el Noreste de la UE 3066 en planta, definida tras retirar los rellenos UEs 3064 y 3081 que elevaban la estructura Cu-1. Este nivel de coloración negra contenía abundantes carbones y restos óseos de fauna y se asentaba directamente sobre la UE 3054 con una extensión ovalada, resultado quizá de alguna estructura de combustión prácticamente arrasada hasta su base [Foto: SLM]. 301
- Fig.9.47:** Izquierda: Fotografía de trabajo durante la definición de la UE 3091 en planta. Derecha: Vista desde el Noreste de la UE 3091 conforme se iba retirando la UE 3054 [Fotos: SLM]. 302
- Fig.9.48:** Vista desde el Noreste de la UE 3098 en planta, sobre el suelo de C-3. Se observa perfectamente cómo la cabaña aparece cortada por las zanjas posteriores UEs 3070 y 3084 de C-1 y C-2, respectivamente [Foto: SLM]. 302
- Fig.9.49:** Fotos en detalle de fragmentos de madera carbonizada, con las fibras de las piezas ligneas perfectamente visibles, en la concentración individualizada como UE 3099 [Fotos: SLM]. 303
- Fig.9.50:** Vista del suelo UE 3092 de la cabaña C-3 desde el Noreste. Se distinguen los límites de la cabaña y las UEs subyacentes, UE 3096 a la derecha de la imagen, y arcillas naturales UE 3038 en la esquina superior de la imagen. El suelo aparece cortado en la izquierda de la imagen por la zanja de cimentación UE 3070 de C-1, así como por la zanja UE 3084 de C-2 en primer plano [Foto: SLM]. 304
- Fig.9.51:** Planimetría de la Fase 1 del área de excavación, con los estratos relacionados con la cabaña C-3 (a) y sus posteriores derrumbes y niveles de amortización (b). Bajo la cabaña C-1 de la Fase 4 de la secuencia, se detectaron varias estructuras que, por sus características y su topografía, podrían estar vinculadas a la cabaña C-3 (a). 305
- Fig.9.52:** Izquierda: Fotografía de trabajo de detalle con restos óseos de suido durante la excavación de la UE 3096. Derecha: Vista desde el Noreste de la UE 3096 durante la realización del sondeo en la confluencia de C-3 y la muralla, tras retirar el suelo UE 3092. 306
- Fig.9.53:** Vista desde el Sureste del sondeo realizado en la confluencia de C-3 y la muralla en la que se observa la UE 3102 que no llegamos a excavar y que se extendía bajo la UE 3096. 306
- Fig.9.54:** Vista desde el Noreste del interior de C-1 tras retirar los rellenos UEs 3014 y 3032 con las unidades relacionadas con esta fase 1 señaladas. 307
- Fig.9.55:** Vista desde el Sureste del interior de la cabaña C-1 tras retirar sus rellenos de nivelación, tras lo cual dejamos vista en planta la UE 3048 que se distingue bien en la parte superior derecha de la imagen como el nivel marrón más oscuro que destaca frente al anaranjado de las arcillas naturales UE 3038 que cubren la roca madre [Foto: CMS]. 308
- Fig.9.56:** Vista desde el Oeste de los bloques UE 3061 paralelos al rebaje de la roca madre, con el nivel de relleno UE 3062 en el estrecho hueco existente entre la UE 3061 y el zócalo UE 3008 de C-1, en primer término [Foto: SLM]. 308
- Fig.9.57:** Izquierda: Vista en planta del hoyo UE 3047 con su relleno de arcilla amarillenta UE 3045 y los calzos UE 3046. A su vez, a la izquierda de la escala se observa el relleno más oscuro UE 3044 que rellena un segundo hoyo UE 3055. Derecha: Vista del hoyo una vez fueron excavados sus rellenos. Se observa la arcilla natural UE 3038 en la que está excavada esta estructura negativa, así como el crestón de roca madre, a la derecha del jalón [Foto: JRC]. 309
- Fig.9.58:** Vista desde el Noreste en la que se relaciona el hoyo UE 3047 con el nivel de suelo UE 3048 y la estructura de bloques UE 3061 que aflora en la zona superior derecha de la imagen, distinguiéndose cómo el techo de estas dos últimas unidades es coincidente en cota [Foto: JRC]. 309

<b>Fig.9.59:</b> Izquierda: Vista de la muralla en la esquina Oeste tras retirar la UE 3004. Derecha: Vista de la muralla en la esquina Oeste una vez fueron retirados los niveles UEs 3041 y 3009.	310
<b>Fig.9.60:</b> Vista de la muralla desde el Sureste durante la realización de una sección transversal a la estructura metalúrgica Cu-1.	311
<b>Fig.9.61:</b> Vista de la muralla desde el Noreste tras excavar la UE 3007 en la mitad meridional de la cubeta Cu-1, con la UE 3054 en la mitad Norte de la misma estructura apoyándose en el paramento interior de la muralla.	311
<b>Fig.9.62:</b> Fragmentos de tapial con enlucido de color blanco recuperados en la UE 3092 de la cabaña C-3.	313
<b>Fig.9.63:</b> Cantos rodados recuperados en el relleno UE 3058 del hoyo bajo el umbral de la puerta de C-1.	315
<b>Fig.9.64:</b> Fotografías de trabajo que muestran el proceso de excavación del conjunto de restos óseos que integran el depósito votivo recuperado en la UE 3080, dentro de la zanja de cimentación de la cabaña C-2, con los cuernos de carnero colocados sobre un bloque que sustituiría a la cabeza del animal.	317
<b>Fig.9.65:</b> Materiales destacados recuperados en la zanja de C-2. 1: Cuchillo afalcatado con empuñadura recuperado en el relleno UE 3057. 2: Fragmento de asta trabajado como empuñadura recuperado en la UE 3080 [Fotos: MH].	317
<b>Fig.9.66:</b> Semillas y frutos de El Castu. 1. <i>Hordeum vulgare</i> subsp. <i>vulgare</i> , 2. <i>Triticum aestivum-durum</i> , 3. <i>Triticum dicoccum</i> (base de espiguilla), 4 y 5. <i>Setaria italica</i> , 6. <i>Prunus</i> sp., 7. <i>Fallopia convulvulus</i> , 8. <i>Galium aparine</i> , 9. Indeterminada, 10. Rubiaceae, 11. <i>Atriplex</i> sp., 12. <i>Chenopodium</i> sp. (PEÑA CHOCARRO <i>et al.</i> s.f.).	322
<b>Fig.9.67:</b> Elementos de molienda de El Castu: 1: Fragmentos de molinos circulares provenientes de la UE 2010 de la terraza meridional. 2: Posible molino barquiforme (o yunque) reutilizado como elemento constructivo en la UE 3065 de la estructura Cu-1.	324
<b>Fig.9.68:</b> Relación entre el número de restos de especies domésticas por especies y fases.	327
<b>Fig.9.69:</b> Relación entre los restos óseos identificados y no identificados por fases en la excavación de El Castu.	328
<b>Fig.9.70:</b> Presencia de marcas de dientes y mordidas de perro en los restos óseos por fases.	329
<b>Fig.9.71:</b> Perfil de mortandad del ganado vacuno de El Castu por fases. N es el número de mandíbulas cuantificado en cada fase. El porcentaje de supervivencia indica la frecuencia de animales vivos en cada uno de los grupos de edad definidos. JUV: jóvenes menores de 6 meses; INM: inmaduros entre 6-18 meses; SAD: sub-adultos entre 18-36 meses; AD: adultos y SENIL: animales viejos [Elaboración: Marta Moreno-García].	330
<b>Fig.9.72:</b> Perfil de mortandad del ganado porcino de El Castu por fases. N es el número de mandíbulas cuantificado en cada fase. El porcentaje de supervivencia indica la frecuencia de animales vivos en cada uno de los grupos de edad definidos. JUV: jóvenes menores de 6 meses; INM: inmaduros entre 6-18 meses; SAD: sub-adultos entre 18-36 meses; AD: adultos y SENIL: animales viejos [Elaboración: Marta Moreno-García].	331
<b>Fig.9.73:</b> Perfil de mortandad del ganado ovicaprino de El Castu por fases. N es el número de mandíbulas cuantificado en cada fase. El porcentaje de supervivencia indica la frecuencia de animales vivos en cada uno de los grupos de edad definidos. A: 0-2 meses; B: 2-6 meses; C: 6-12 meses; D: 1-2 años; E: 2-3 años; F: 3-4 años; G: 4-6 años; H: 6-8 años; I: +8 años [Elaboración: Marta Moreno-García].	332
<b>Fig.9.74:</b> Corte realizado en la cubeta Cu-1 de manera perpendicular al perfil Noroeste de la cata durante la campaña de 2013. Se aprecia bien la estratigrafía de esta estructura metalúrgica, con los bloques de la UE 3065 trazando un arco perimetral en el tramo de mayor pendiente, el relleno terroso UE 3064, el lentejón rubefactado y de color rojizo UE 3010 sobre la "parrilla" UE 3063, y finalmente la arcilla amarilla UE 3007. La estructura se apoya en la muralla UE 3053.	338
<b>Fig.9.75:</b> Crisoles de la fase 3. Fragmento de crisol EC1-424 (UE 3011) de pasta blanquecina con escorificación gruesa en su cara interna y muestras de productos derivados de la corrosión del cobre (izquierda). Fragmento de crisol EC1-417 (UE 3011) con escorificación interna y poros hinchados, así como perlas metálicas y productos derivados de la corrosión de cobre (derecha).	339
<b>Fig.9.76:</b> Materiales bronceos recuperados en diferentes estratos de la zona alta de El Castu.	341
<b>Fig.9.77:</b> Cerámicas de la fase 3 de El Castu asignables a la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro). 1-9: Varias piezas de la UE 3011. 10: Fragmento de borde flexionado y recto de labio aplanado «tipo Neixón pequeño» de la UE 3009. 11-12: Materiales de la UE 3012. 13: Pieza decorada recuperada en el relleno UE 3064.	344
<b>Fig.9.78:</b> Cerámica de la fase 4 de El Castu de la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro). 1-4: UE 3085. 5: UE 3080. 6-8: UE 3057. 9: UE 3051.	345
<b>Fig.9.79:</b> Olla remontada a partir de varios fragmentos (EC1-162/163) de la UE 3015 (fase 5) con perfil en «S» y borde exvasado curvo-plano con labio redondeado y decoración a base de líneas bruñidas horizontales por rotación en el cuello, sobre escobillado oblicuo y verticales en el cuerpo.	346

<b>Fig.9.80:</b> Cerámica de la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro) de la fase 5 de El Castru. 1-12: Piezas de la UE 3015.	347
<b>Fig.9.81:</b> Cerámica de la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro) de la fase 5 de El Castru. 1-4: Materiales de la UE 3020. 5-6: Piezas de la UE 3026.	348
<b>Fig.9.82:</b> Fragmento cerámico de borde con orejeta perforada recuperado en la UE 3026.	350
<b>Fig.9.83:</b> Cerámicas romanas de El Castru. 1-2: CTO “común romana” de la UE 3002 (fase 6). 3: Posible borde de <i>terra sigillata</i> recuperado en la UE 3003 (fase 6). 4: Plato “imitación de rojo pompeyano” de la CTO 2 hallado a techo de la UE 3041 (fase 5).	350
<b>Fig.9.84:</b> Pesa de telar sobre canto rodado perforado hallada en la UE 3102 de la fase 1.	351
<b>Fig.9.85:</b> Pequeña oquedad artificial abierta en el frente de cuarcita de la ladera oriental de El Castru donde se observan extracciones de piedra con cuñas de hierro de cronología indeterminada.	352
<b>Fig.9.86:</b> Visibilidad del poblado de El Castru en un radio de 2 km (a) y 5 km (b).	355
<b>Fig.9.87:</b> Vista de la terraza reconocible en la ladera Noreste de El Castru, inmediatamente bajo el reborde más alto de la muralla del poblado, que podría albergar una ocupación aún no explorada ni confirmada de esta aldea monumentalizada.	356
<b>Fig.9.88:</b> La <i>Anaparástas</i> del castro de Coaña de Antonio García y Bellido sigue (GARCÍA Y BELLIDO 1942) constituye una imagen ampliamente extendida de los poblados castreños de la Edad del Hierro cántabrica que aún hoy nos sirve para ilustrar estas aldeas monumentalizadas.	358
<b>Fig.9.89:</b> El Castiellu de Santuchanu (Somiedu) es un pequeño castro encajado en el fondo del valle con un foso en su vertiente más accesible (izquierda) y numerosas terrazas modernas y amontonamientos de piedra que derivarían de la ruina castreña (derecha). En el recinto, se recuperó una mano de molino (centro).	363
<b>Fig.9.90:</b> Distribución de los castros identificados en el área de estudio a escala intermedia. 1: El Castru, Alava (Salas). 2: El Castru, Lleiguarda (Miranda). 3: Las Coronas, Beyu (Miranda). 4: El Monte la Caimada, Tiblós (Miranda). 5: Penaguda, Bueinás (Miranda). 6: El Castru, Ondes (Miranda). 7: El Castru, Vigaña (Miranda). 8: El Castiellu, Santuchanu (Somiedu). 9: El Cogoñu, La Rebolada (Somiedu). 10: El Castru, Arbichales (Somiedu). 11: La Corona'l Castru, La Pola (Somiedu). 12: El Castru, Villar de Vildas (Somiedu). 13: El Castiellu, Llamardal (Somiedu). 14: El Pico'l Castro, Torrestío (San Emiliano). 15: Castro Lutarieto, Torrebarrio (San Emiliano). 16: Entrambosríos, Torrebarrio (San Emiliano). 17: El Castro, La Majúa (San Emiliano). 18: La Peña de Sucastro, Cospedal (San Emiliano). 19: El Castro, Torre de Babia (Cabrillanes). 20: El Otero de San Miguel, Güergas de Babia (Cabrillanes). 21: Otero de Fontanilla, Riolago (San Emiliano). 22: El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia (Cabrillanes). 23: La Corona, Quintanilla de Babia (Cabrillanes).	364
<b>Fig.9.91:</b> Vista del yacimiento de Entrambosríos, en Torrebarrio (San Emiliano). El enclave muestra las características habituales de los poblados castreños, con una muralla perimetral que circunda la pequeña elevación, así como terrazas que estructuran sucesivas plataformas propicias para el establecimiento de construcciones domésticas. No obstante, su escasa prominencia inmediata al fondo de valle, no resulta habitual en los castros del Occidente Cántabro, por lo que no descartaría su adscripción a otro tipo de asentamiento antiguo.	365
<b>Fig.9.92:</b> El Castru en Perllunes constituye un buen ejemplo de localización considerada como potencial poblado castreño únicamente a partir de su topónimo y su localización prominente (izquierda), aunque sobre el propio cerro no se observan evidencias materiales de ninguna clase y su superficie no parece propicia para albergar un asentamiento.	366
<b>Fig.9.93:</b> Distribución de los castros en el área de estudio. Se ha trazado un buffer de 5 km en torno a todos los poblados, lo que enfatiza las diferentes densidades y concentraciones de los poblados, así como los vacíos.	367
<b>Fig.9.94:</b> Vista general de El Castru de Villar de Vildas, localizado a 1.098 msnm en un sector del tramo alto del río Pigüña en la que los espacios de aprovechamiento ganadero son protagonistas.	368
<b>Fig.9.95:</b> Gráfico con las superficies interiores estimadas para los poblados castreños del área de estudio a escala intermedia.	370
<b>Fig.9.96:</b> Distribución de los poblados castreños del área de estudio con indicación de su superficie interior reconocida.	371
<b>Fig.9.97:</b> Vista de los terrenos que configuran el entorno del poblado de Otero de Fontanilla en Riolago, situado a un lado de la planicie central de Babia, por lo que en su entorno más inmediato dispone de terrenos de fondo de valle propicios para su aprovechamiento ganadero en la Edad del Hierro, así como suelos más ligeros en suave pendiente en sus márgenes.	372
<b>Fig.9.98:</b> Vista de El Pico Sulcastro (Quintanilla de Babia, Cabrillanes) en ortofoto visualizada con <i>Google Earth</i> , con indicación de los dos recintos que componen el castro.	373
<b>Fig.9.99:</b> Ejercicio de visualización de la proximidad entre diferentes castros utilizando polígonos de Thiessen.	373

<b>Fig.9.100:</b> Vista de El Castro de Torre de Babia –parcialmente transformado por las labores agrícolas recientes que desdibujan sus límites por los lados Norte y Noreste– cuenta con varias terrazas que rodean su parte más alta a diferentes niveles que servirían de espacios para el asentamiento de las construcciones domésticas.	374
<b>Fig.9.101:</b> Vista de las terrazas que generan el espacio habitable a distintos niveles en la ladera noroccidental de El Castiellu de Llamardal (Somiedu) desde el punto más alto del recinto, tras los fosos defensivos.	375
<b>Fig.9.102:</b> Normalmente, las murallas de los poblados del área de estudio aparecen bastante arrasadas, como en El Otero de San Miguel, en Güergas de Babia (izquierda), mientras que las murallas mejor conservadas se observan en recintos que no han sido trabajados recientemente como espacios agrarios, y en los que las murallas sirven para generar plataformas sobre las que se construirían las estructuras domésticas de los poblados, como en Otero de Fontanilla, en Riologo (derecha).	375
<b>Fig.9.103:</b> Fosos defensivos del área de estudio. a: foso excavado en la roca de El Castru de Alava en el collado noroccidental que conecta el cerro con el relieve circundante; b: primer foso de El Castiellu de Llamardal excavado en la roca; c: doble foso de El Castru de Arbichales; d: doble foso con talud terrero intermedio en el lado oeste de El Castru de Lleiguarda.	376
<b>Fig.9.104:</b> Piezas de bronce halladas en el poblado de El Castro de La Majúa (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 49).	378
<b>Fig.9.105:</b> Tipos de emplazamiento topográfico de los castros respecto a su entorno inmediato (CARBALLO ARCEO 1996: 346).	379
<b>Fig.9.106:</b> Castro de El Monte la Caimada, Tiblós (Miranda) sobre un promontorio destacado con laderas acusadas en tres de sus lados.	380
<b>Fig.9.107:</b> El Pico Sulcastro, en Quintanilla de Babia (Cabrillanes) se localiza en una elevación destacada sobre el fondo de valle, que además resulta visualmente prominente gracias a los crestones rocosos que coronan el cerro sobre el que se ubica.	383
<b>Fig.9.108:</b> Gráfico con los valores de Altura relativa tipificada para los castros del área de estudio considerando un entorno de 800 m.	384
<b>Fig.9.109:</b> Gráfico con los valores de Altura relativa tipificada para los castros del área de estudio considerando un entorno de 2 km.	384
<b>Fig.9.110:</b> Visibilidad del terreno circundante en un radio de 2 km desde los castros del área de estudio.	385
<b>Fig.9.111:</b> Visibilidad del terreno circundante en un radio de 5 km desde los castros del área de estudio.	387
<b>Fig.9.112:</b> Representación cartográfica de las visibilidades en un radio de 5 km (1-2) o 2 km (3-4) desde varios poblados del área de estudio. 1: Castro Lutarieto, Torrebarrio. 2: La Peña de Sucastro, Cospedal. 3: El Otero de San Miguel, Güergas de Babia. 4: Entrambosríos, Torrebarrio. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	388
<b>Fig.9.113:</b> Representación cartográfica de las visibilidades en un radio de 2 km desde varios poblados del área de estudio. 1: El Castiellu, Santuchano. 2: El Castru de Arbichales. 3: El Castru, Lleiguarda. 4: El Castru, Ondes. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	389
<b>Fig.9.114:</b> Visibilidad recíproca entre poblados castreños del área de estudio.	390
<b>Fig.9.115:</b> La Peña de Sucastro de Cospedal se localiza sobre una peña prominente bien visible en su entorno.	391
<b>Fig.9.116:</b> Accesibilidad del terreno circundante en los primeros 15 minutos desde los castros del área de estudio.	392
<b>Fig.9.117:</b> Accesibilidad del terreno circundante en los primeros 30 minutos desde los castros del área de estudio.	394
<b>Fig.9.118:</b> El Pico'l Castro de Torrestío se sitúa en un cerro de cima aplanada a a 1.416 msnm sobre un estrecho valle lateral a la llanada central de Babia.	395
<b>Fig.9.119:</b> Accesibilidad del terreno circundante en los primeros 60 minutos desde los castros del área de estudio.	396
<b>Fig.9.120:</b> Gráfico comparativo con las accesibilidades de los poblados para las tres isocronas consideradas en el análisis locacional.	397
<b>Fig.9.121:</b> Representación sobre cartografía de las accesibilidades a diferentes castros del área de estudio. 1: El Castru, Arbichales. 2: El Cogollu, La Rebolada. 3: El Castru, Ondes. 4: El Castru, Vigaña. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	398
<b>Fig.9.122:</b> Representación sobre cartografía de las accesibilidades a diferentes castros del área de estudio. 1: La Peña de Sucastro, Cospedal. 2: El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia. 3: Entrambosríos, Torrebarrio. 4: El Otero de San Miguel, Güergas de Babia. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].	399

<b>Fig.9.123:</b> Acumulación de las isocronas de 1 h obtenidas a partir de los costes teóricos de desplazamiento alrededor de los castros de la comarca de Babia.	400
<b>Fig.9.124:</b> Acumulación de las isocronas de 1 h obtenidas a partir de los costes teóricos de desplazamiento alrededor de los castros del curso inferior del río Pigüña.	401
<b>Fig.9.125:</b> Diagrama polínico simplificado de la secuencia estudiada en la turbera de La Molina, La Espina (Salas), con indicadores antrópicos (LÓPEZ MERINO 2009: 157).	402
<b>Fig.9.126:</b> Vista del espacio más accesible próximo al castro de Las Coronas de Beyu, donde predominan suelos de moderada pendiente que, si bien en la actualidad están dedicados a la producción de hierba, constituyen espacios agrarios adecuados para el cultivo de cereales.	404
<b>Fig.9.127:</b> La braña de Murias Llongas es un establecimiento pastoril de ocupación estival ubicado a 1.650 msnm en la cabecera de El Valle de Lago en Somiedu. Está formado por varias decenas de cabañas construidas con piedra seca y encerraderos para el ganado, la mayoría completamente arruinados. Como otros asentamientos de este tipo, se ubica en las inmediaciones de una pequeña corriente de agua, en los márgenes de los amplios pastizales de su entorno.	407
<b>Fig.9.128:</b> Los castros complementan la monumentalidad de sus sistemas defensivos con la selección de ubicaciones prominentes en el paisaje: vista del poblado de Os Castros, en Samartín del Valledor (Ayande).	413
<b>Fig.9.129:</b> Enclaves mencionados en el capítulo de Edad del Hierro. 1: Neixón Grande. 2: Lucus Augusti. 3: Monte Castrelo de Pelóu, Grandas de Salime. 4: El Chao Samartín, Grandas de Salime. 5: El Picón de La Corroza, Tapia. 6: La Corona de Arancedo. 7: Castro de Coaña. 8: Mohías, Coaña. 9: El Castelón de Eilao. 10: San Lluís, Ayande. 11: El Chano de Peranzanes. 12: Llarón, Cangas del Narcea. 13: El Castillo de San Martín, Soto'l Barco. 14: El Picu La Forca, Grau. 15: La Zamora, Villablino. 16: La Muela, Villablino. 17: La Laguna, Villablino. 18: La Garba, Teberga. 19: La Cogollina, Teberga. 20: La Campa Torres, Xixón. 21: El Castiellu de Llagú, Uviéu. 22: El Castillo de Camoca, Villaviciosa. 23: El Picu Castiellu de Moriyón, Villaviciosa. 24: El Campón del Olivar, Villaviciosa. 25: El Picu'l Castro de Caravia. 26: Huentinegrosu, Llanes. 27: La Peña el Castro, La Ercina. 28: La Corona, Manganeses de la Polvorosa. 29: El Soto de Medinilla, Valladolid.	414
<b>Fig.9.130:</b> Plano que muestra la relación de proximidad entre el castro de El Castiellu de Llamardal y el túmulo de El Castiellu.	415
<b>Fig.9.131:</b> Las murallas constituyen una materialización del trabajo cooperativo de las comunidades castreñas, por lo que contribuyen a consolidar las identidades topográficas de los grupos respecto a los poblados. Vista de las murallas de El Castelón de Eilao.	417
<b>Fig.9.132:</b> Situación de Lugo (1), fundación augustea, y campamentos localizados hasta la fecha en el extremo occidental cantábrico y su piedemonte meseteño. 2: El Pico el Outeiro. 3: A Pedra Dereta. 4: El Chao de Carrubeiro. 5: Moyapán. 6: A Recacha. 7: A Granda das Xarras. 8: A Cortiña dos Mouros. 9: A Serra da Casiña. 10: El Castiellu de Val.láu (adscripción dudosa). 11: El Mouru A. 12: El Mouru B. 13: El Picu Viyao (adscripción dudosa). 14: El Picu Curriel.los. 15: El Cantón de L.lagüezos. 16: León. 17: Astorga. 18: Huerga de Frailes. 19: Valdemeda. 20: Castrucarbón. 21: Robadorio. 22: Castromuza.	429
<b>Fig.9.133:</b> Recintos campamentales de El Mouru (Grau/Miranda) junto a la vía de La Mesa sobre modelo 3D obtenido a partir de la nube de puntos LiDAR proporcionada por el IGN [Diseño: José M. Costa García].	430
<b>Fig.9.134:</b> Trazado rectilíneo de las estructuras defensivas septentrionales del <i>castra aestiva</i> de El Mouru A.	431
<b>Fig.9.135:</b> Recinto de El Mouru A a partir de la nube de puntos LiDAR procesada mediante herramientas SIG [Diseño: José M. Costa García].	432
<b>Fig.9.136:</b> Tramo de trazado regular en el extremo norte del recinto de El Mouru B.	433
<b>Fig.9.137:</b> Recinto de El Mouru B a partir de la nube de puntos LiDAR procesada mediante herramientas SIG [Diseño: José M. Costa García].	434
<b>Fig.9.138:</b> Localización de las evidencias arqueológicas en torno a Doriga (Salas), en el valle del río Narcea.	442
<b>Fig.9.139:</b> Los terrenos del entorno de la iglesia parroquial de San Pedro de Vigaña –ocupados en la actualidad por el caserío de la aldea y prados cercados– acogería en los primeros siglos de nuestra era asentamientos en abierto próximos a los espacios agrarios más interesantes de esta zona, ocupados por familias que descenderían de los habitantes del poblado fortificado de El Castru, abandonado tras la descomposición de los paisajes sociales de la Edad del Hierro.	443



## Índice de tablas

	Página
<b>Tabla 7.1:</b> Dataciones radiocarbónicas obtenidas en La Sienra, calibradas mediante la versión online del software <i>OxCal</i> v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica <i>IntCal13</i> (REIMER <i>et al.</i> 2013).	133
<b>Tabla 7.2:</b> Caracterización geoquímica de la secuencia estratigráfica de La Sienra (IRNASA).	134
<b>Tabla 7.3:</b> Caracterización granulométrica de la secuencia estratigráfica de La Sienra (IRNASA).	134
<b>Tabla 7.4:</b> Resultados esporopolínicos estadísticamente no representativos de las UEs 009 y 010 de La Sienra (HERNÁNDEZ BELOQUI s.f.).	135
<b>Tabla 7.5:</b> Dataciones radiocarbónicas obtenidas en Las Corvas, calibradas mediante la versión online del software <i>OxCal</i> v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica <i>IntCal13</i> (REIMER <i>et al.</i> 2013).	143
<b>Tabla 7.6:</b> Dataciones radiocarbónicas obtenidas en L'Hortal, calibradas mediante la versión online del software <i>OxCal</i> v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica <i>IntCal13</i> (REIMER <i>et al.</i> 2013).	152
<b>Tabla 9.1:</b> Dataciones radiocarbónicas obtenidas en El Castu, calibradas mediante la versión online del software <i>OxCal</i> v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica <i>IntCal13</i> (REIMER <i>et al.</i> 2013).	270
<b>Tabla 9.2:</b> Materiales arqueobotánicos recuperados en El Castu (PEÑA CHOCARRO <i>et al.</i> s.f.).	320
<b>Tabla 9.3:</b> Colección arqueozoológica de El Castu (Vigaña). Número de restos (N) recuperados manualmente en cada fase. Oveja/cabra incluye los restos identificados específicamente.	325
<b>Tabla 9.4:</b> Paleopatologías relacionables con el empleo del ganado vacuno en labores agrícolas: patologías identificadas respecto al total de restos de cada tipo de hueso. Datos distribuidas por fases. MTT: metatarsos traseros.	333
<b>Tabla 9.5:</b> Restos arqueozoológicos (NR) recuperados en la UE 2012 (basurero extramuros de la terraza meridional de El Castu).	335
<b>Tabla 9.6:</b> Elementos cerámicos clasificados por las diferentes CTOs y referidos por fases de la secuencia cronoestratigráfica. CTO0: CTO Primera Edad del Hierro. CTO1: CTO indígena de la Segunda Edad del Hierro. CTO2: Cerámica común romana. CTO3: <i>Terra Sigillata</i> . C.Mod: Cerámica moderna. Loz.: Lozas. Indet.: Indeterminada.	342
<b>Tabla 9.7:</b> Altura relativa (AR) y Altura relativa tipificada (ARt) de los poblados castreños analizados.	382
<b>Tabla 9.8:</b> Visibilidad a 2 y 5 km desde los poblados analizados en el área intermedia de estudio.	386
<b>Tabla 9.9:</b> Superficie accesible desde los poblados del área intermedia de estudio a 15, 30 y 60 minutos.	393





## Agradecimientos

Esta tesis doctoral no podría haber visto la luz sin el apoyo que me ha brindado la ciudadanía del estado español. En los tiempos oscuros que vivimos, en los que la universalización de la educación superior o la igualdad de oportunidades para todas las personas – independientemente de su origen social o familiar– están siendo cuestionadas, este reconocimiento es más que necesario. A lo largo de los últimos años, he disfrutado de distintas ayudas, becas y contratos sostenidos por un sistema público de educación e investigación que hoy se tambalea entre la incertidumbre por el abandono y desmantelamiento controlado que sufren sus organismos e instituciones públicas, y la creciente precarización laboral del empleo en este ámbito. Confío en que el resultado final de mi trabajo doctoral sirva de refrendo a este modelo de corresponsabilidad ciudadana que ha de sostener un modelo educativo que actúe como herramienta igualadora «por arriba», así como vehículo para el fomento de la convivencia en la igualdad y en el progreso social.

Entre las personas que han hecho posible esta tesis doctoral, he de destacar en primer lugar a mi familia, por su apoyo y comprensión. Mis padres, mis abuelos y mi hermano me animaron en todo momento a continuar con este largo camino. No sólo debo agradecerles su soporte y ayuda material en los momentos en que así lo necesité, sino que su cariño y su firme confianza me empujaron en todo momento a continuar adelante. Tengo especialmente presente en este momento a quienes ya no están para disfrutar conmigo de este particular rito de paso: mis abuelos Cándido y Luis, mi tía Rosario y mi bisabuelo Pepe.

Desde bien pequeño, siempre me había interesado la Historia Contemporánea, como consecuencia, sobre todo, de los relatos de la Guerra Civil y la dura postguerra que había escuchado de mi bisabuelo Pepe «el Paliz», y que tanto me costaba hacerle contar, pues él prefería olvidar. Los manuales universitarios de mi madre me ayudaron a conectar aquellas vivencias personales con los acontecimientos históricos generales. Ese interés se mantuvo latente durante mis estudios de Secundaria, aunque curiosamente fue Paco –mi profesor de Historia de la Filosofía– quien despertó en mí una *protovocación* arqueológica durante el estudio en Bachillerato de temas como la teoría de la evolución de Lamarck o los procesos de hominización, que me condujeron a leer *La especie elegida* de Juan Luis Arsuaga durante una convalecencia en el hospital. Sin el espíritu crítico de aquellos profesores heterodoxos – los menos–, como Paco, Armando o Raúl, mi camino hubiera sido otro.

Aún recuerdo aquel día que fui decidido hacia la sala de profesores del instituto para preguntarles a Paco y Armando qué camino debía seguir para convertirme en arqueólogo. Aquel mismo verano, antes de iniciar mis estudios de Historia en la Universidad de Oviedo, participé como voluntario en las excavaciones del poblado castreño de Os Castros, en Taramundi (Asturias), verdadera escuela base de mi formación arqueológica de campo. En ese yacimiento, en cuyas excavaciones tomé parte durante cinco veranos, aprendí metodología de excavación gracias a la paciencia del excepcional equipo excavador dirigido por Alfonso Menéndez Granda y Ángel Villa Valdés, y que completaban técnicos arqueólogos como David Expósito Mangas, José Antonio Fanjul Mosteirín, Álvaro Menéndez Granda, Patricia Prado Díaz y Fernando Rodríguez del Cueto. A todos ellos, así como a los estudiantes con los que compartí aquellos inolvidables veranos, debo agradecer las valiosas lecciones de estratigrafía y los buenos momentos vividos en *El Taramundistán*. Igualmente, todas y cada una de mis experiencias como voluntario en yacimientos diversos como Cabo Blanco (El Franco,

Asturias), El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), La Roca del Bous (Sant Llorenç de Montgai, Lleida), Maltravieso (Cáceres), las minas de L'Aramo (Llana-Riosa, Asturias), Numancia (Garray, Soria), Segeda (Mara, Zaragoza) o las prospecciones del Parc Nacional d'Aigüestortes i Estany de Sant Maurici (Lleida) me sirvieron de una u otra manera para completar mi formación técnica, conocer gente diversa y descubrir nuevos temas, enfoques y formas de entender la Arqueología.

En la Universidad de Oviedo disfruté de docentes valiosos que apuntalaron mi interés por la Arqueología, como Juan Antonio Fernández-Tresguerres o Miguel Ángel de Blas. Aunque nada hubiera sido lo mismo de no haber realizado un intercambio SICUE en la Universidad Complutense de Madrid, gracias a una beca Séneca. Quienes hemos estudiado Historia con el objetivo profesional puesto de antemano en la Arqueología, y lo hemos hecho además en una universidad pequeña como la de Oviedo –en la que no existían optativas variadas ni itinerarios especializados– sabemos de las dificultades por completar una formación amplia y coherente en Arqueología. Afortunadamente, el curso 2005/2006 que realicé en la Complutense no sólo desbordó las estrecheces del plan de estudios ovetense, sino que significó además un punto de ruptura en mi formación. En Madrid me encontré un Departamento de Prehistoria diverso y acogedor que aunaba investigadores y docentes excepcionales. El espíritu crítico de los debates que desarrollaban algunos de estas profesoras y profesores generaba una efervescencia sin igual que amplificaba el alumnado y las jóvenes doctorandas y doctorandos del Departamento. Ese motivador ambiente me llevó a trasladarme a Madrid para iniciar los cursos de doctorado en la Complutense.

Mi manera de entender nuestra disciplina debe mucho a las experiencias obtenidas de mi participación en proyectos de Arqueología preventiva en el sector privado. Por ello, he de agradecer a Otilia Requejo Pagés (Gabinete Arqueológico), Alfonso Menéndez Granda y Estefanía Sánchez Hidalgo (MSArqueo) las oportunidades de trabajo que me brindaron antes de finalizar mis estudios en Asturias, así como a los compañeros con los que compartí trabajo en aquellas intervenciones. Tras mi llegada a Madrid, acumulé una valiosa experiencia en este ámbito profesional gracias a la confianza de Juan Gómez Herranz (Arqueostrato), gran amigo con quien aprendí en diferentes etapas entre 2007 y 2009 a moverme –y salir bien parado– en el avispero de las obras públicas urbanas en ese papel entre exótico, extraño e incómodo que desempeñamos los arqueólogos en tales escenarios.

Las experiencias vividas en plataformas assemblearias como la Asociación Madrileña de Trabajadores y Trabajadoras en Arqueología (AMTTA) o la Organización de Jóvenes en Investigación Arqueológica (OrJIA) en búsqueda de miradas más críticas y condiciones más humanas para la práctica arqueológica han marcado profundamente mi trayectoria personal e investigadora. Por ello, quiero agradecer especialmente el apoyo, la alegría compartida y todo lo que aprendí de Arqueología y de otras muchas cosas a los jóvenes investigadores con quienes coincidí en el Departamento de Prehistoria de la UCM: Jaime Almansa Sánchez, Cristina Charro Lobato, Fernando Colino Polo, Manuel Fernández Götz, Núria Gallego Lletjós, Iván González García, Sandra Lozano Rubio, Beatriz Marín Aguilera, Carlos Marín Suárez, Lucía Moragón Martínez, Pedro Moya Maleno, Gustavo Pajares Borbolla, Paloma de la Peña Alonso, Jesús Rodríguez Hernández, Manuel Sánchez-Elipe, José María Señorán Martín y Jorge de Torres Rodríguez. Gracias a todos ellos puedo decir que, de todo lo que he aprendido en el desarrollo de mi formación doctoral, lo que más valoro me ha llegado en horizontal: sin los téis, cafés y cervezas que nos tomamos en el céspedes o frente al local de la UCA, o las

cañas del Bar Peyma a la salida de las asambleas de AMTTA, nada hubiera sido lo mismo y, seguramente, no hubiera valido la pena.

En mayo de 2009 me encontraba en un tren camino de Bournemouth (Reino Unido) para asistir al *Iron Age Student Seminar* de 2009. En aquel vagón recibí una llamada feliz que me haría perder un tren en conexión y que cambiaría mi vida: desde el otro lado del teléfono me decían que había ganado una beca predoctoral FPU del Ministerio de Educación (ref. AP2008-00390), la cual me ha permitido dedicarme enteramente a la investigación durante cuatro años en los que realicé el grueso del trabajo que ahora da forma a esta tesis doctoral. Asimismo, pude impartir docencia universitaria, disfruté de estancias formativas financiadas en universidades del extranjero, además de realizar otros trabajos investigadores y formación complementaria. En todo este tiempo, he de agradecer la ayuda y colaboración de mis compañeros en el programa de doctorado, del profesorado del Departamento de Prehistoria de la UCM y de su personal administrativo.

Margarita Díaz-Andreu, Tom Moore, Elena Salinas Pleguezuelo y César Villalobos fueron huéspedes, compañeros y consejeros excepcionales en una valiosa estancia de cuatro meses en el Department of Archaeology de la University of Durham (Reino Unido, 2010/2011) que fue en gran parte responsable del enfoque y los temas que he abordado finalmente en mi investigación doctoral a partir de los cursos y seminarios a los que allí asistí. Niall Sharples e Ian Morris me ayudaron en la misma dirección durante mis respectivas estancias en el Department of Archaeology & Conservation, de la Cardiff University (Reino Unido, 2011) y en el Department of Classics y el Stanford Archaeology Center de la Stanford University (Estados Unidos, 2012/2013), en las que fundamentalmente realicé trabajo en biblioteca.

Igualmente, quiero mostrar mi agradecimiento a todas las personas e instituciones que hicieron posible el desarrollo de los trabajos de excavación entre 2009 y 2013 en el entorno de Vigaña. Especialmente, quiero dar las gracias a los y las estudiantes de grado y máster que tomaron parte en aquellas campañas estivales, a las amigas y amigos que participaron como técnicos: Pablo Alonso González, Patricia Aparicio Martínez, Jesús Fernández Fernández, Pablo López Gómez, Carlos Marín Suárez, Candela Martínez, César Martínez Gallardo, Andrés Menéndez Blanco, Jesús Rodríguez Hernández y Carlos Tejerizo García. Las intervenciones fueron financiadas por el proyecto de investigación «La formación de los paisajes del Noroeste peninsular durante la Edad Media (Siglos V-XII)» (Ref. HAR2010-21950-C03-03) dirigido por Margarita Fernández Mier. En el transcurso de estas investigaciones conté con la ayuda de personas expertas en diferentes ámbitos, como Gianluca Catanzariti, Carlotta Farci, José Antonio López Sáez, Marcos Martín-Torres, Marta Moreno García, Leonor Peña Chocarro o Guillem Pérez Jordá, quienes me ayudaron a ensanchar el enfoque disciplinar de mi investigación. El Ayuntamiento de Belmonte de Miranda, La Fundación Valdés-Salas y el Aula de Extensión Valdés-Salas de la Universidad de Oviedo prestaron su colaboración en las labores de socialización de la investigación. Por su parte, los vecinos y vecinas de Vigaña siempre estuvieron resueltos a prestarnos su ayuda, entre los que he de destacar la paciencia de Mariano y la buena disposición de Javier, Fran y Adrián.

Uno de los aspectos más felices al hacer el repaso de estos últimos años es poner en valor la calidad humana y el apoyo sincero de tantas personas sin cuya complicidad esta tesis no hubiera llegado a buen puerto. Me gustaría recalcar la relevancia de algunas de ellas. Armando Graña García ha sido todos estos años un apoyo fundamental para no perder de

vista el suelo sobre el que piso; ese no-profesor del que, sin embargo, tanto he aprendido. Valentín Álvarez Martínez es un arqueólogo todoterreno de quien he aprendido mucho tras compartir infinidad de experiencias en común, aunque debo destacar de él su pragmatismo, su honestidad y sus «bofetadas de realidad». Con Gudelia García Fernández y Gustavo Pajares Borbolla me trasladé a Madrid, y gracias a su calidez y tranquilidad disfruté de una vida plácida y alegre que, junto a Ángel Villa González y Manuel de la Fuente Fernández, mantuvo en todo momento unos mínimos de asturianía en nuestra vida capitalina. Andrés Menéndez Blanco es un paisano tranquilo y generoso con el que he tenido la suerte de trabajar en diversos frentes; junto a él he valorado más si cabe la importancia del paisanaje para el estudio de los paisajes pretéritos, y también me ha contagiado en cierta medida la meticulosidad que caracteriza su trabajo. Jesús Rodríguez Hernández ha sido compañero de biblioteca, lecturas, fotocopiadora y menús en la facultad durante muchos años; sin su apoyo cotidiano y las discusiones sobre Edad del Hierro entremezcladas con banalidades, todo hubiera sido mucho más tedioso. De Pepe Fernández de Córdoba he aprendido a mantener la calma sin renunciar a nada; inestimable guía en la telaraña administrativa de la Gestión del Patrimonio cultural asturiano, siempre estuvo resuelto a hacer avanzar este proyecto. Pablo Alonso González ha constituido un apoyo elemental en mis encierros cepedanos, así como una fuente continua de distracciones que han terminado por ensanchar mi mirada disciplinar. Sin intervenir directamente en el contenido de este trabajo –aunque algunos me acompañasen en excursiones y salidas de campo– mis amigos de Salas me han mantenido mínimamente ligado –no tanto como me hubiera gustado– a la realidad de nuestra generación, lo cual agradece quien tiene tantas dificultades para aterrizar sus ensoñaciones en la vida real: Javier Fojaco, Manuel y Carlos de la Fuente, David García, Miguel Garrido, Juan Martínez, Xaime Menéndez y Miguel Ángel Pertierra siempre han estado ahí cuando volvía a casa.

Muchas otras personas –enumerarlas todas sería una temeridad, ante el inexcusable riesgo de olvidarme de alguien– me han ayudado de muy diferentes maneras en estos años de trabajo: facilitándome publicaciones e informaciones inéditas, fotografías o cartografías, contestando llamadas y correos electrónicos, compartiendo dudas ante cafés, indicándome lecturas interesantes o manteniendo conversaciones reveladoras en los pasillos de los congresos. Especialmente, debo explicitar la paciencia y la ayuda prestada en diferentes momentos por Andrés Menéndez Blanco, Cristina Charro Lobato, Jesús Ignacio Jiménez Chaparro y Patricia Aparicio Martínez en relación con los análisis SIG. Sin la ayuda de todas estas personas y las reflexiones compartidas, no me cabe duda de que este trabajo sería más débil.

Por último, debo dar las gracias a mis tres codirectores de tesis, cuya guía ha sido fundamental en las diferentes etapas de esta investigación doctoral. Cada cual en su espacio, han sido valiosos compañeros de viaje que han abonado el crecimiento progresivo de esta obra. Lógicamente, el punto de maduración alcanzado es únicamente responsabilidad de quien suscribe. Carlos Marín Suárez ha sido una pieza clave en mi formación como investigador, catalizador fundamental en el arranque de esta tesis y fuente en todo momento de ese espíritu crítico que lo caracteriza. Trabajar con él me ha permitido mirar al distante pasado sin olvidar los debates sociales y políticos actuales, ni las condiciones estructurantes del campo social que compone nuestro propio contexto investigador. Hay ideas en esta tesis doctoral que no hubiera podido movilizar o formular sin su ayuda. Además, debo agradecerle su colaboración en las excavaciones de El Castu, así como en la discusión de los datos recuperados. Margarita Fernández Mier ha sido una persona clave en la formulación defini-

tiva de esta tesis doctoral. Su generosidad me permitió emplear parte de los recursos de sus proyectos para ejecutar las excavaciones que proporcionaron buena parte de los datos que sujetan este trabajo. Además, me ha transmitido una forma distinta de escudriñar los paisajes de las montañas cantábricas, exprimiendo la vertiente vivencial de la relación entre el investigador y el territorio, y señalando las conexiones entre esos paisajes pretéritos y las posibilidades de repensar en el presente el futuro del medio rural. Gonzalo Ruiz Zapatero ha sido mi tutor todos estos años y de él siempre he admirado, ante todo, su honestidad e integridad en la investigación y en la vida universitaria. Aún recuerdo sus clases de Protohistoria de Europa, donde la mayoría de los días la Edad del Hierro constituía un mero pretexto para discutir acerca del valor social de la Arqueología, de política científica y universitaria, o de otros temas de actualidad. Desde entonces, debo agradecer la absoluta confianza que Gonzalo ha depositado en mi trabajo, sus siempre certeros consejos, así como la libertad que me ha brindado para desarrollar mi investigación, con la tranquilidad de saber que él estaba ahí para superar cualquier bache.

Reservo un lugar especial en estos agradecimientos para Candela Martínez Barrio; ese lugar destacado que ella ocupa en mi vida. Sin su confianza ni su afecto, no me hubiera sido posible llevar a buen puerto esta labor presuntamente profesional y que demasiadas veces desborda esos límites para adentrarse y anegar peligrosamente el terreno más personal. Todo este tiempo, el brillo de sus ojos ha sido mi principal aliento.



## Resumen/Abstract

### Resumen:

Esta tesis doctoral estudia el proceso de antropización de las montañas occidentales cantábricas a lo largo de la Prehistoria reciente desde una perspectiva diacrónica. La Arqueología del Paisaje constituye el marco teórico-metodológico de partida para una investigación centrada en comprender las relaciones que establecen las comunidades humanas con su entorno en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica. Para ello, se analizan las pautas de poblamiento y de subsistencia desplegadas por los grupos humanos en estas montañas durante los cinco milenios que median entre la aparición de la agricultura y la ganadería (*ca.* 4800 cal a.C.) y la conquista romana de este territorio (finales del siglo I a.C.).

El trabajo nace como un proyecto de investigación interdisciplinar atento a la producción de los campos científicos próximos a la Arqueología. La investigación se desarrolla a tres escalas territoriales de análisis, con un estudio a escala micro alrededor de la actual aldea de Vigaña (Miranda, Asturias), en donde se han realizado prospecciones arqueológicas intensivas y excavaciones de asentamientos y espacios productivos de diferentes cronologías; un área de estudio a escala intermedia en la cuenca del río Pigüña (Asturias) y la comarca de Babia (León), en la que se han conducido prospecciones, análisis territoriales y estudios de poblamiento para los diferentes períodos considerados; y un contexto más amplio para la discusión de las propuestas interpretativas enunciadas en las anteriores escalas de análisis en el contexto geográfico más amplio del Occidente Cantábrico. A la luz de estos datos, se reflexiona acerca de las experiencias humanas y los procesos históricos que mediaron en la construcción social de los paisajes culturales en los que se vieron inmersas las comunidades de la Prehistoria reciente en este territorio.

A partir del Neolítico se produce el desarrollo de la producción de alimentos, con la extensión de la agricultura y la ganadería. Como resultado de ello, los grupos humanos dieron lugar a nuevas formas de relación con su entorno, iniciándose procesos de humanización del territorio que dieron forma a paisajes caracterizados por una alta movilidad residencial, unas fórmulas productivas itinerantes y la monumentalización del paisaje a través de construcciones megalíticas que se concentran en puntos nodales para las comunicaciones, así como en los espacios productivos más destacados en sus modos de vida.

Con la Edad del Bronce se desarrolla la metalurgia y se observan cambios en la gestión del territorio que aceleran la antropización del paisaje. La movilidad de los grupos humanos se reduce, observándose una mínima tendencia hacia la territorialización de las comunidades.



La Edad del Hierro supone la plena sedentarización de los grupos humanos, que eligen para ello enclaves destacados en el paisaje (los castros) que son fortificados con imponentes dispositivos defensivos. Las comunidades castreñas desarrollan nuevos manejos ganaderos e intensifican la agricultura con la aparición de campos de cultivo estables. Nace entonces un paisaje compartimentado y antropizado en mosaico alrededor de los castros: verdaderas aldeas monumentalizadas. Este modelo se prolonga hasta la conquista romana, cuando las montañas occidentales cantábricas son incorporadas al Imperio romano, lo que supone una fuerte ruptura de las formas políticas e identitarias que conllevan el abandono de la mayoría de los castros.

La contribución de esta tesis doctoral se centra en proveer una narración histórica de la biografía de los paisajes culturales a lo largo de la Prehistoria reciente a partir de la lectura social de los datos arqueológicos y las secuencias paleoambientales disponibles para el Occidente Cantábrico. El argumento central en el relato es que el esfuerzo colectivo invertido por las comunidades humanas en el trabajo de la tierra constituye el elemento más destacado en la modelación del paisaje durante este período en el que se inicia y se amplifica la antropización efectiva de estas montañas.

## Abstract:

This volume investigates the anthropization of the Western part of the Cantabrian Mountains during the Later Prehistory from a diachronic perspective drawing on the theoretical and methodological framework of Landscape Archaeology. The aim of this volume is to understand the relationships between human communities and their environment in the areas of Asturias and León comprised within the Cantabrian Mountains range. This is achieved by analysing the patterns of settlement and subsistence deployed by human groups during the five millennia that mediate between the emergence of agriculture and animal farming (ca. 4800 BC) and the Roman conquest of the area under study (late first century BC).

The investigation has adopted an interdisciplinary perspective that takes into account the works of other scientific fields closely related to archaeology. The study addresses three territorial levels of analysis. First, a micro-scale scale of analysis deals with the contemporary village of Vigaña (Miranda, Asturias), where intensive field surveys and excavations have been carried out with a focus on productive areas and settlements of different chronologies. A second, mid-scale of analysis, focuses on the basin of the river Pigüña (Asturias) and on the region of Babia (León). Here, intensive surveys and settlement pattern analyses have been carried out for the

different periods in question. The third level of analysis concerns the incorporation of the former data and interpretations within the archaeological debates in the broader context of the West Cantabrian area. In light of these data, the investigation reflects about the human experiences and the historical processes that intervened in the social construction of the cultural landscapes of the Later Prehistory in the area.

The dissertation is structured as follows. First, it addresses the Neolithic period, which witnesses the development of food production in parallel with the spread of agriculture and farming. This resulted in human communities developing new forms of relation with their environment, and the emergence of humanisation processes characterised by high patterns of mobility, itinerant forms of production, and the monumentalization of the landscape through megalithic constructions that focus on nodal points of communication and on the most salient areas of production.

Then, the dissertation discusses the Bronze Age period, when metallurgy developed and significant territorial changes intensified the anthropization of the territory. The mobility of human communities decreased, revealing a certain tendency towards their territorialisation.

The Iron Age implied the almost complete adoption of sedentary forms of life by human groups in the area. The preferred areas for settlement became fortified enclaves called *castros* (hillforts), characterised by their imposing defensive devices. Iron Age communities developed new livestock and farming practices, now intensified with the emergence of stable crop fields. This new productive pattern led to the emergence of a compartmentalised and highly anthropized landscape around the hillforts, which became truly monumentalised villages. This settlement pattern endured until the incorporation of the western Cantabrian Mountains to the Roman Empire. The Roman conquest entailed a significant rupture with previous socio-political articulations, and eventually to the abandonment of most hillforts.

The contribution of this thesis is to provide a historical narrative that accounts for the biography of the cultural landscapes of the Western Cantabrian area based on a social interpretation of archaeological data and paleo environmental sequences. The central argument is that the collective effort of these communities in transforming their environment constitutes the most prominent feature in the shaping of landscapes throughout this period, which witnessed the beginning and subsequent intensification of the anthropization of these mountains.



## Capítulo 1. Introducción

La presente tesis doctoral ha sido elaborada a lo largo de los ocho años que median entre mi llegada al Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, en donde inicié los cursos de doctorado en octubre de 2007, y la defensa final de este documento académico ante el correspondiente tribunal calificador. En este período de tiempo mi investigación ha atravesado diferentes estadios de maduración, dispersión y reorganización, con sucesivas modificaciones en la estructura y objetivos de esta tesis doctoral. Lejos de provocar retrasos, o de hacer crecer el grado de entropía que acumulaba la composición de este trabajo, han sido esos kilómetros de desniveles y curqueo los que me han señalado diferentes preguntas, nuevos argumentos o miradas complementarias. Todas y cada una de las distracciones que por momentos me alejaron de la tesis, así como las pausas y los rodeos entre etapa y etapa, han sido elementos indispensables para finalmente alcanzar esta meta, que a su vez confío se sitúe como una nueva salida para continuar planteando y respondiendo interrogantes acerca de la construcción social de los paisajes culturales por parte de las comunidades humanas de las montañas cantábricas.

Una serie de acontecimientos diversos transformaron el programa de investigación original que había delimitado al recibir en 2009 una beca predoctoral del Programa de Formación de Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Educación. Las modificaciones que se fueron produciendo en la gestación de este trabajo derivan del lógico ritmo cambiante de mi trayectoria profesional y académica, del impacto de nuevas lecturas, y de los distintos enfoques que fui descubriendo o desechando en esta etapa eminentemente formativa. No obstante, si he de sopesar la importancia de los factores que han supuesto puntos de inflexión en dicho proceso, sin lugar a duda destacan por su impacto las vivencias obtenidas durante las estancias de investigación que realicé en las universidades de Durham (Reino Unido), Cardiff (Reino Unido) y Stanford (Estados Unidos).

Si bien las preguntas generales de investigación y el marco teórico y metodológico se han mantenido a grandes rasgos constantes a lo largo de estos años, la horquilla cronológica del estudio –que en origen se circunscribía únicamente al I milenio a.C.– finalmente terminaría por incluir la Prehistoria reciente<sup>1</sup> en su conjunto para potenciar así la mirada diacrónica de la investigación. Este cambio sería consecuencia, sobre todo, de mi incorporación a un proyecto de investigación<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Con «Prehistoria reciente» me referiré en este trabajo al segmento temporal que media entre la extensión de las formas de producción de alimentos en el Neolítico y la conquista y asimilación de este territorio hacia el cambio de era por parte del Imperio Romano.

<sup>2</sup> Proyecto de Investigación «La formación de los paisajes del Noroeste peninsular durante la Edad Media (Siglos V-XII)» (Ref. HAR2010-21950-C03-03) dirigido por Margarita Fernández Mier (Universidad de León) y financiado por la Secretaría de Estado de I+D+i del Ministerio de Economía y Com-

integrado por investigadores poco ortodoxos en cuanto al establecimiento de unos límites cronológicos precisos para sus preguntas históricas, lo cual sin duda me ha influido notablemente y ha enriquecido la mirada que pretende ofrecer esta tesis doctoral. Al mismo tiempo, el área geográfica de atención prioritaria se vería reducida a la vista de la relevancia que progresivamente adquiriría el estudio de caso que fundamenta la discusión general de la tesis, debido al creciente peso específico derivado del análisis de las fructíferas intervenciones arqueológicas desarrolladas en el marco de dicho proyecto investigador.

El resultado final de este trabajo es la obra que el lector tiene entre sus manos. En ella, se integran los datos disponibles sobre las pautas de poblamiento y subsistencia puestas en práctica en las montañas occidentales cantábricas por las comunidades humanas que vivieron en este espacio durante los cinco milenios que transcurrieron entre la aparición de la agricultura y la ganadería *ca.* 4800 cal a.C.<sup>3</sup>, y la conquista romana de este territorio a finales del siglo I a.C. Todo ello sirve de sustento para plantear reflexiones acerca de las experiencias y los procesos culturales de construcción social del paisaje en los que se vieron inmersas estas gentes. De este modo, la presente tesis doctoral presenta una narración sobre el proceso de antropización de las montañas cantábricas a lo largo de la Prehistoria reciente. Tal labor ha sido realizada mediante la consideración y discusión de los datos disponibles en la literatura académica y en los catálogos e inventarios arqueológicos de las administraciones públicas competentes para la gestión y protección del Patrimonio cultural<sup>4</sup>, así como de nuevas informaciones recuperadas en el transcurso de esta investigación mediante prospecciones<sup>5</sup> y excavaciones arqueológicas<sup>6</sup> (**Fig.1.1**).

---

petitividad dentro de su *Subprograma de Proyectos de Investigación fundamental no orientada del Plan Nacional de I+D* (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2013a).

<sup>3</sup> Tomando como inicio más antiguo para el área occidental cantábrica la aparición de taxones de cereales domésticos que acompañan un marcado proceso deforestador en el intervalo 4787-4546 cal. a.C. de los estudios paleoambientales realizados en la turbera de Monte Areo (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010), situada en un espacio megalítico significativo en el área costera del centro de Asturias (DE BLAS CORTINA 1999a, 2013).

<sup>4</sup> Agradezco la colaboración prestada por el personal de las administraciones e instituciones en las que realicé consultas y vaciados de información pública de cartas arqueológicas, inventarios patrimoniales o expedientes de actuaciones arqueológicas inéditas: Servicio Territorial de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León (Delegación Territorial de León), Servicio de Patrimonio Cultural de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias y Museo Arqueológico de Asturias.

<sup>5</sup> «Proyecto de Prospección Arqueológica de la cuenca hidrográfica del río Pigüena (Belmonte de Miranda-Salas-Somiedo)» (Nº EXP CPCA 807/11), director: David González Álvarez (2011-2012).

<sup>6</sup> Excavaciones arqueológicas en el entorno de la localidad de Vigaña (Miranda, Asturias) enmarcadas en el proyecto «Arqueología del campesinado medieval en la comarca del Camín Real de La Mesa» (Nº EXP CPCA. 334/2009; CPCA. 511/2011; CPCA. 225/2012; CPCA. 458/2013), directores de las distintas campañas: Margarita Fernández Mier, David González Álvarez, Jesús Fernández Fernández, Candela Martínez Barrio, Juan Antonio Quirós Castillo y Gonzalo Ruiz Zapatero (2009-2013).



**Fig.1.1:** Trabajos de prospección en el entorno del túmulo de La Chalba –al fondo– en la braña de L'Estoupiellu (Vigaña, Miranda, Asturias) durante la campaña de 2011.

Este trabajo es fruto de una investigación interdisciplinar atenta a la producción de campos científicos próximos a la Arqueología. Por ello, los datos manejados en la elaboración de esta obra no son sólo arqueológicos –aunque estos dominan el argumentario–, sino que también se utilizan informaciones e interpretaciones proporcionadas por investigaciones procedentes de disciplinas como la Historia, la Geografía, los estudios paleoambientales o la Geología. A partir de ellos, considerando siempre la cultura material como el pilar fundamental de mis interpretaciones, he tratado de generar narraciones sobre los modos de vida en la Prehistoria reciente cantábrica que sitúen la cotidianeidad de las gentes del pasado como eje central del relato histórico. En la consideración de dichos datos, he de destacar la importancia que ha desempeñado en mi trabajo la atención a investigaciones desarrolladas desde Ciencias Sociales como la Antropología o la Sociología. La lectura de este género de estudios me ha dotado de elementos catalizadores para la interpretación arqueológica. Con el mismo objetivo, y en paralelo a la elaboración de esta tesis, he realizado algunos estudios etnoarqueológicos o de cultura material en el área de estudio<sup>7</sup> que sirven de referentes apegados al terreno sobre estos temas particulares para valorizar y relativizar las fuentes de analogías más alejadas geográficamente (DAVID Y KRAMER 2001; GONZÁLEZ RUIBAL 2003a; POLITIS 2015), que no obstante también han tenido gran importancia. Por ello, y a pesar de la marcada soledad que caracteriza la elaboración de una tesis doctoral, he transitado este camino en compañía de muchas

<sup>7</sup> Sobre aspectos como las formas tradicionales de la subsistencia campesina, con especial atención al pastoralismo (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2009a, 2013b; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016), los relatos orales del folklore relacionados con elementos arqueológicos (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2008, 2011a) o estudios sobre el cambio cultural en las sociedades campesinas contemporáneas (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011b; GONZÁLEZ ÁLVAREZ Y ALONSO GONZÁLEZ 2014).

compañeras y compañeros, cuyas respuestas y preguntas han guiado con frecuencia los pasos decisivos de mi investigación.

Las particulares características geográficas del área de estudio, la naturaleza del conocimiento arqueológico preexistente en la zona en cuestión y los objetivos concretos de esta tesis doctoral, me llevaron a considerar la Arqueología del Paisaje como el mejor armazón teórico y metodológico para anclar esta investigación. Dicha estrategia investigadora ofrece un conjunto de procedimientos y un corpus de reflexión teórica que permiten exprimir al máximo la capacidad informativa de los datos disponibles<sup>8</sup>. A través de los canales interpretadores que nos abre esta línea investigadora podemos analizar conjuntamente –e interpretar socialmente– aspectos geográficos, paleoambientales, antropológicos y arqueológicos. Con estos mimbres, la perspectiva reflexiva adoptada en mi investigación tratará de aprovechar esta multiplicidad informativa para plantear una aproximación comprensiva a las realidades cotidianas de los protagonistas de los procesos históricos examinados. Todo ello mejora las condiciones para que la materialidad del pasado se sitúe como el eje creador de narraciones arqueológicas densas sobre procesos históricos como la antropización de las montañas cantábricas a lo largo de una secuencia temporal prolongada. En definitiva, la Arqueología del Paisaje ofrece al presente proyecto doctoral el mejor itinerario posible para escrutar los datos disponibles y obtener respuestas relevantes a las preguntas de investigación previamente establecidas.

Cabe destacar la marcada intención en la elaboración de esta obra de atender a la diacronía de los procesos culturales analizados. Se pretende así realizar un estudio de tiempos largos (sensu BRAUDEL 1972) en el que se consideren con una mirada temporal amplia aspectos importantes de las formas de vida en la Prehistoria reciente como la antropización del medio, el origen de la producción de alimentos, la percepción o conceptualización cambiante de los paisajes culturales por parte de las sociedades prehistóricas, los cambios en las formas de poblamiento y subsistencia, la sedentarización y la movilidad residencial, o la monumentalización del paisaje para las gentes que habitaron estas montañas. No obstante, trataré de combinar esta lectura más amplia con la atención a la perspectiva vivencial de las personas protagonistas de estos procesos históricos, por lo que en ocasiones atenderé a determinados aspectos de tiempos cortos con el objetivo de no perder de vista en el relato la cotidianeidad de las gentes de la Prehistoria reciente.

En un sentido amplio, el área general de estudio de esta tesis doctoral se corresponde con el tercio occidental de la Cordillera Cantábrica, cuyo eje axial discurre por el límite entre los actuales territorios de Asturias y León (**Fig.1.2**). No obstante, la gran extensión de esta región montañosa, los vacíos investigadores preexistentes, la metodología empleada y los objetivos de esta tesis me han llevado a contemplar tres escalas de análisis diferenciadas en lo geográfico en función de la densidad analítica que persigo en cada escala territorial. En primer lugar, parto de un estudio a

<sup>8</sup> Ver epígrafe «4.4. ¿Qué es la Arqueología del Paisaje?».



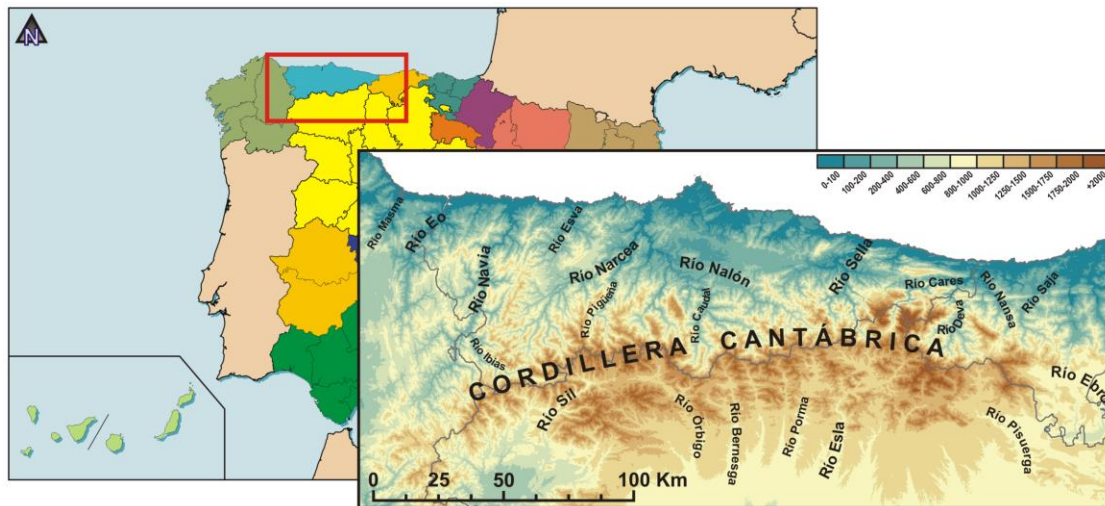


Fig.1.2: Localización del área de estudio: el Occidente de la Cordillera Cantábrica.

escala micro realizado en el entorno de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) que constituye un ejemplo representativo de los valles montañosos de la Cordillera Cantábrica. A un segundo nivel, he seleccionado un área de estudio a modo de transecto que atraviesa de Norte a Sur la Cordillera Cantábrica a lo largo de unos 50 km. Esta área, que constituye el estudio de caso central para la tesis, incluye la cuenca del río Pigüña hacia la vertiente cantábrica y la comarca leonesa de Babia hacia el medio día, coincidiendo respectivamente con los municipios asturianos de Miranda y Somiedu, y los leoneses Cabrillanes y San Emiliano. En tercer y último lugar, me referiré al sector occidental de la Cordillera Cantábrica, que en la actualidad se reparte entre Asturias y León, para plantear la discusión general de fondo en la que se inserta esta tesis doctoral. Con ello pretendo superar la tradicional asimilación de los espacios de montaña como espacios liminales y al mismo tiempo trataré de que la investigación desarrollada en las escalas micro e intermedia no deriven en visiones descontextualizadas respecto al contexto regional de la Prehistoria reciente en el área cantábrica.

La elección del área dentro de la Cordillera Cantábrica para el estudio de caso no es casual. Si bien se corresponde con un territorio apropiado para abordar las preguntas de investigación para las que esta tesis doctoral pretende encontrar respuestas, es igualmente cierto que existen otros territorios en estas montañas que podrían haber constituido zonas apropiadas para emprender este trabajo. Ha sido mi propia biografía la que me ha conducido a seleccionar este territorio como área de estudio, pues es difícil en mi familia no asociar la Cordillera Cantábrica con estos paisajes en particular. En primer lugar, por la propia inmediatez de esta región respecto a Salas, el municipio en el que se hunden mis raíces. Pero además, ese territorio cercano que he seleccionado como área de estudio ha sido frecuentemente frecuentado por mi familia, primero por mi abuelo Luis, quien transportaba en su camión madera hacia las panaderías de Quintanilla y Piedrafita de Babia y volvía a través del Puerto de Somiedu cargado con pienso desde Hospital de Órbigo, y quien



también acarrea los enseres de las últimas familias de vaqueiros d'alzada que trashumaban anualmente entre los concejos de Salas y Miranda, y las brañas-pueblo de Somiedu. Esos viajes generaron una impronta duradera en mi padre, y a través de éste también en mí. Por ello, los 51 km de curvas en la carretera que asciende a través del valle del río Pigüña hacia la divisoria de la Cordillera Cantábrica, para luego descender suavemente hacia los amplios y luminosos paisajes de Babia, han sido repetidamente transitados desde mi infancia en excursiones a estas montañas. Desde los 100 m de altitud en La Ponte Samartín (Miranda, Asturias), en la confluencia entre los ríos Pigüña y Narcea, hasta los 1.486 m de altitud de El Puertu, límite entre los concejos de Somiedu (Asturias) y Cabrillanes (León), se suceden tramos de valles encajados con aldeas funambulescas en sus laderas, y extensos pastizales en las zonas altas salpicados de construcciones ganaderas como los *teitos* cubiertos por escobas. Si bien las historias sobre tormentas invernales, pastores, osos o la trashumancia de los vaqueiros escuchadas en mi infancia han estado siempre resonantes en mi imaginario, en los últimos años recobraron una notable presencia en mi memoria al volver mi mirada a estos territorios, ahora con preguntas moldeadas por mi formación arqueológica. El despertar de este interés renovado por este territorio partió fundamentalmente de un trabajo sobre los vaqueiros d'alzada elaborado en el marco de la asignatura de Etnoarqueología que cursé con Almudena Hernando en la Universidad Complutense<sup>9</sup>. Con posterioridad, mis estancias en Vigaña, con la hospitalidad de Margarita y Mariano, terminaron por configurar mi relación estrecha con estos valles y sus habitantes.

En este punto, cabe repasar aquellos interrogantes que dieron inicio a esta tesis doctoral, aquellas cuestiones que han permanecido más sonoras en mi mente durante su elaboración: ¿cómo se desarrollaron los procesos culturales de construcción social del paisaje en las montañas de la mitad occidental del área cantábrica –en las actuales regiones de Asturias y León– a lo largo de la Prehistoria reciente? ¿Se puede identificar, describir e interpretar arqueológicamente la genealogía y la evolución a lo largo del tiempo de los diversos paisajes culturales relacionados con distintas fases históricas, modos de subsistencia o formaciones socio-políticas? ¿Qué relación tienen las formas culturales, políticas y económicas de las comunidades humanas que habitaron este territorio montañoso durante la Prehistoria reciente con la percepción y la construcción social de los paisajes culturales por parte de estos grupos? ¿Qué relevancia adquieren los paisajes culturales en la conformación de las identidades de las sociedades humanas?

La presente tesis doctoral comienza con un grupo de capítulos dedicados a la formulación y justificación de esta investigación. Tras esta introducción, el capítulo 2 presenta los objetivos del trabajo. El capítulo 3 realiza un repaso genérico del estado actual de conocimientos de la Prehistoria reciente en el área occidental cantábrica en el que, más allá de presentar un relato pormenorizado de la evolución de la disci-

<sup>9</sup> Aquel trabajo daría lugar a mi primera publicación académica (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2007).

plina, se prioriza la evaluación crítica del campo científico, subrayando sus principales huecos y los retos que se pretenden abordar con esta tesis doctoral. El capítulo 4 presenta el marco teórico en el que se desenvuelve esta tesis. Comienza con una genealogía del término «paisaje» y una reflexión abierta sobre su definición en el conjunto de las Ciencias Sociales, con especial atención a las implicaciones que se han derivado de su utilización en la Gestión y en el ámbito disciplinar de la Antropología, la Geografía o la Historia. A continuación, llevo esta reflexión hacia la arena de la Arqueología, con una presentación del armazón teórico-metodológico de la «Arqueología del Paisaje», profundizando especialmente en la posición de partida adoptada en este trabajo y el marco estatal en el que se desenvuelve. En el capítulo 5 desgano la metodología y los procedimientos empleados en el transcurso de esta investigación. El capítulo 6 se ocupa de delimitar y caracterizar el área de estudio de la presente investigación, presentando los diferentes niveles territoriales de análisis y caracterizando los casos de estudio. Por su parte, los capítulos 7, 8 y 9 constituyen el cuerpo central de la tesis doctoral. En ellos se presentan y discuten los datos analizados en este trabajo para los períodos Neolítico, Edad del Bronce y Edad del Hierro, respectivamente. Las evidencias disponibles son presentadas en las sucesivas escalas territoriales de estudio, y se plantean hipótesis y modelos interpretativos derivados de su análisis reflexivo. Finalmente, el capítulo 10 está dedicado a la síntesis y discusión de las principales conclusiones obtenidas en esta investigación, incluyendo las líneas pendientes de trabajo, a modo de agenda investigadora de futuro.



## Capítulo 2. Objetivos

El objetivo transversal de esta investigación es analizar los procesos de construcción social de los paisajes culturales en las montañas de la mitad occidental de la región cantábrica a lo largo de la Prehistoria reciente. Con ello, trataré de identificar la genealogía y las vicisitudes de estos procesos sociales e históricos para calibrar su relevancia en la construcción cultural de los modos de vida de las personas que habitaron esta área montañosa. En definitiva, intento abrir reflexiones para esta región que impliquen avances en la comprensión de las formas culturales, políticas, económicas e identitarias de estas comunidades desde una mirada diacrónica centrada en sus relaciones con el entorno.

### 2.1. Abrir nuevos debates desde la Arqueología del Paisaje

Mediante esta investigación pretendo poner en valor el potencial de la Arqueología del Paisaje como estrategia investigadora capaz de abrir nuevos debates sobre la Prehistoria reciente en el área de estudio. Hasta el momento, este marco teórico y metodológico no ha sido extensamente desplegado en la investigación arqueológica de la región occidental cantábrica, pese a su notable capacidad para plantear interpretaciones novedosas acerca de la Prehistoria reciente. No obstante, existen experiencias en regiones limítrofes que iluminan este objetivo, desde donde nos ofrecen referentes de partida para implementar esta estrategia investigadora (CRIADO BOADO *et al.* 1991; DÍEZ CASTILLO 1996-1997; OREJAS 1996; PARCERO OUBIÑA 2002; PARCERO OUBIÑA Y CRIADO BOADO 2013). Por ello, esta tesis doctoral supone un intento por extender y explorar la potencialidad de esa estrategia en el área de estudio.

En este sentido, no quiero dejar de destacar que la Arqueología del Paisaje ofrece un marco investigador propicio para incorporar a la interpretación arqueológica perspectivas e informaciones novedosas de orden paleoambiental, geográfico, sociológico... Estos enfoques permiten plantear reflexiones inéditas sobre los modos de vida de los grupos prehistóricos cantábricos: el impacto de los sucesivos formatos de la agricultura y la ganadería en el entorno, la estacionalidad de las formas de subsistencia, los patrones de movilidad residencial, las formas de poblamiento, la extensión de la sedentarización, la naturaleza de las diferentes tecnologías agrarias empleadas en distintos periodos, el impacto de las actividades metalúrgicas en el paisaje, las relaciones de intercambio entre comunidades cercanas, las pautas de territorialización, etc.

Dentro de la apertura de vías de reflexión, uno de los objetivos centrales de esta investigación es valorar la capacidad de agencia de los grupos humanos en la antropización de las montañas cantábricas a lo largo de la Prehistoria reciente

(sensu DOBRES Y ROBB 2000: 8), y calibrar su impacto en relación con procesos naturales como los cambios climáticos y el principio de sucesión ecológica. Pretendo así discernir entre aquellas transformaciones físicas de los paisajes pretéritos relacionadas con procesos naturales y las presiones antrópicas producidas por la acción directa –consciente o inconsciente– de los seres humanos.

La atención a los paisajes culturales en un sentido amplio puede ayudar a la Arqueología a superar la tradicional miopía derivada de la atención exclusiva a poblados o monumentos funerarios bien delimitados: enclaves que normalmente son investigados mediante excavaciones arqueológicas convencionales. Si bien parece claro que las personas del pasado “no pasaban toda su vida en un solo asentamiento y sus actividades rutinarias pueden estar dispersas en un área extensa, en la que se conjugan una amplia variedad de lugares distintos” (THOMAS 2008: 301), tal apreciación no parece haber sido asumida en los principales estudios de síntesis que preceden a esta tesis (DE BLAS CORTINA 1983, 2008a, 2008b, 2008c, 2008d; CAMINO MAYOR 2005; CELIS SÁNCHEZ 1996; VILLA VALDÉS 2007d), salvo contadas excepciones (DÍEZ CASTILLO 1996-1997; MARÍN SUÁREZ 2011a). De hecho, prácticamente la totalidad de los proyectos arqueológicos desarrollados en el área general de estudio se han centrado en investigar intensivamente yacimientos de este período en un sentido clásico: megalitos, cuevas, poblados, etc., al tiempo que escasean o directamente no existen trabajos fundamentados en prospecciones o colaboraciones interdisciplinares estrechas con otros campos como los estudios de paleoambiente o la geomorfología. En estos ámbitos investigadores existen paradójicamente trabajos pioneros para el área de estudio con una marcada preocupación por interpelar a los estudios históricos y arqueológicos (LÓPEZ MERINO 2009; LÓPEZ MERINO *et al.* 2010, 2011; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006; MORENO *et al.* 2011; SILVA SÁNCHEZ *et al.* 2014), que sin embargo están teniendo un impacto limitado en la investigación arqueológica de la Prehistoria reciente de nuestro campo disciplinar. Sí disponemos, en cambio, de algunas experiencias en esta línea que son resultado de la colaboración entre especialistas de la Arqueología y aquellas disciplinas para la época romana (LÓPEZ MERINO *et al.* 2009, 2014; REHER DÍEZ *et al.* 2012), período que constituye el epílogo de la presente investigación.

La perspectiva adoptada en esta tesis doctoral me ha empujado a caminar más allá del perímetro de los yacimientos, para alejarme de los megalitos, los abrigos rocosos o los poblados castreños, y tratar de contextualizar estos hitos en su contexto paisajístico desde una perspectiva política, social, económica y ecológica mucho más amplia. Este objetivo me lleva a buscar metodologías diversas que exploran el terreno más allá de los límites claramente definidos de yacimientos monumentales o enclaves con ocupaciones densas. A la vez, lanzo interpelaciones interdisciplinares que me permiten considerar el registro *off-site*, los procesos de antropización o la mediación de la experiencia en las relaciones que se establecerían entre las personas, los grupos humanos pretéritos y su entorno para configurar culturalmente los paisajes prehistóricos. Por ello, estos propósitos me empujan a for-

mular preguntas que, obligatoriamente, implican alzar la vista sobre el horizonte mientras cuestiono ciertos apriorismos interiorizados derivados de mi propio pensamiento occidental, capitalista, masculino y urbano. Tales planteamientos me obligan a delimitar objetivos precisos de investigación como calibrar la importancia de los procesos de construcción social de los paisajes culturales en la configuración de las identidades prehistóricas; valorar las implicaciones de la extensión de determinadas formas de relacionarse con su entorno entre las comunidades prehistóricas, a la hora de naturalizar o afianzar determinadas relaciones de poder entre diferentes personas; comprender las pautas de territorialidad en los modos de poblamiento prehistóricos; o explorar la significación de ciertos aspectos políticos o simbólicos en la cotidiana percepción y construcción social de los paisajes por parte de los seres humanos que poblaron las montañas de la Cordillera Cantábrica a lo largo de la Prehistoria reciente.

## 2.2. Generar relatos arqueológicos centrados en la cotidianeidad de las personas de la Prehistoria reciente

Con el desarrollo de esta investigación, intento generar narraciones arqueológicas que otorguen el protagonismo central de los relatos a las personas que vivieron en el área de estudio durante la Prehistoria reciente. Con la delimitación de este objetivo pretendo atender a la necesidad de que la Arqueología profundice en la construcción de conocimientos relevantes sobre aspectos relacionados con la cotidianeidad de las comunidades pretéritas. Así, asumo que las estrategias investigadoras desplegadas en el transcurso de esta tesis tienen un objetivo finalista de carácter sociohistórico. Quiero decir con esto que el análisis de modelos digitales del terreno mediante herramientas informáticas, la construcción de tipologías cerámicas o la lectura de diagramas polínicos han de constituir vías para generar interpretaciones arqueológicas referentes a las formas de vida de las gentes prehistóricas.

Este objetivo va más allá de la retórica y surge precisamente de la necesidad de superar visiones tradicionales marcadamente positivistas que aún imperan en ciertos períodos del área considerada en esta tesis doctoral como marco general de discusión. Tales situaciones se han visto agravadas con la reciente escalada en la tecnificación de nuestra disciplina. Por citar un ejemplo, las hachas metálicas de la Edad del Bronce son frecuentemente estudiadas con una energía analítica inmensa, dando lugar a catálogos y disquisiciones tipológicas muy detalladas (DE BLAS CORTINA 1983, 2008a; DELIBES DE CASTRO *et al.* 1999; MARTÍNEZ VELASCO Y BOLADO DEL CASTILLO 2005, 2008), así como a estudios arqueográficos verdaderamente avanzados en términos técnicos (e.g. HERRÁN MARTÍNEZ 2008). Sin embargo, todos esos aspectos terminan por tener una relevancia poco o nada destacada en las interpretaciones sociológicas de las comunidades cantábricas del II milenio a.C., salvando recientes aproximaciones (MARÍN SUÁREZ 2011a: 73-213). En esta línea, el objetivo que me marco al inicio de esta investigación es llevar a cabo procedimientos investigadores

sólo en función de la obtención previsible de resultados que contribuyan a caracterizar mejor aquellos aspectos relacionados con el día a día de las personas que habitaron en estas montañas durante la Prehistoria reciente.

### 2.3. Romper con las visiones uniformizadoras del pasado

Resulta evidente que es necesario disponer de lecturas a gran escala que identifiquen los puntos en común de los conocimientos arqueológicos disponibles para regiones geográficas amplias en un período determinado. Estas narraciones sirven de introducción o contextualización general para tales períodos, y al mismo tiempo nos ofrecen la posibilidad de trasladar relatos o interpretaciones generales hacia áreas en las que carecíamos de informaciones arqueológicas previas lo suficientemente densas. Esta práctica responde a un procedimiento lógico pues, ante la ausencia de datos locales, es útil disponer al menos de grandes narraciones con las que aventurar el comportamiento cultural de aquellas zonas peor conocidas arqueológicamente hablando.

No obstante, la propia existencia de estos relatos generales (e.g. EARLE Y KRISTIANSEN 2010; HARDING 2003; HARDING Y FOKKENS 2013; KRISTIANSEN 2001 para la Edad del Bronce europea) termina a veces por condicionar la interpretación de un conjunto de datos locales en función de un discurso dado más amplio. En este punto, parece obvio reconocer que existen procesos sociales y desarrollos culturales diversos en distintas áreas geográficas, y que estos a su vez pueden verse modificados en el tiempo, sin que deban seguir patrones evolucionistas o unilineales. Así, si bien es cierto que resulta interesante identificar los puntos en común a gran escala entre distintas regiones y distintos períodos, también es necesario analizar las particularidades regionales, las experiencias fallidas, las excepciones y los desarrollos insólitos. Tales ejemplos enriquecen la propia interpretación arqueológica del devenir histórico de los seres humanos sin caer en el particularismo boasiano más extremo. Considerando estas cuestiones, en la presente tesis doctoral prestaré atención a la identificación en el área de estudio de aquellos parámetros culturales generales que efectivamente se observan a una escala territorial amplia. Al mismo tiempo, exploraré los procesos sociohistóricos que se desarrollaron en este territorio en búsqueda de aquellas peculiaridades regionales relacionadas con las formas de organización social, las tecnologías disponibles o las pautas de poblamiento, por citar algunos ejemplos.

El caso más ilustrativo de este objetivo puede ser ejemplificado con la caracterización cultural general de las comunidades de la Edad del Hierro en el área occidental cantábrica. En esta región, como en todo el Noroeste ibérico en un sentido amplio, se ha asumido tradicionalmente que existe un desarrollo histórico determinado para gran parte del I milenio a.C. que podría ser englobado en la «Cultura Castreña» (vid. LÓPEZ CUEVILLAS 1988 [1953]; MALUQUER DE MOTES 1975; MAYA GONZÁLEZ 1983). Tal etiqueta tiene un uso ampliamente extendido, que lamentablemente es-

conde en gran parte de los casos una simplificación marcada en términos de interpretación social de la amplia diversidad regional que se esconde bajo este concepto de marcada raigambre histórico-cultural (MARÍN SUÁREZ 2011b). El mejor ejemplo que informa de esta situación lo constituye el abuso por múltiples autores de la generalización acrítica de un modelo de poblamiento generado a partir de un estudio regionalmente contextualizado en una de las «áreas nucleares» de esta construcción historiográfica (PARCERO OUBIÑA 2000). Así, esta propuesta fue posteriormente extendida de manera acrítica por parte de otros autores hacia diversos territorios castreños del Noroeste ibérico y la cornisa cantábrica sin cuestionarse la existencia de desarrollos locales divergentes (vid. GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c). Más aún cuando en los últimos años se ha planteado la existencia de una regionalización acusada entre las comunidades castreñas de diferentes áreas de esta amplia zona de la Iberia húmeda (AYÁN VILA 2012a; CARBALLO ARCEO Y FÁBREGAS VALCARCE 2006; GONZÁLEZ RUIBAL 2006b, 2011b; MARÍN SUÁREZ 2011a, 2012).

Por todo ello, romper con la uniformidad en los estudios arqueológicos regionales podría situarse como uno de los objetivos de partida de esta tesis doctoral, siempre que los datos disponibles para el caso de estudio y a una escala regional más amplia nos permitan descender a una escala de análisis lo suficientemente detallada. Volviendo al ejemplo utilizado, es necesario deconstruir o problematizar la aparente uniformidad de la «Cultura castreña» –así como de otros conceptos uniformizadores ampliamente asentados, como el «Bronce atlántico» o el «Neolítico cantábrico»–. Para ello, centraré mi atención en analizar los modelos de organización social de los grupos humanos de la Prehistoria reciente cantábrica a través del estudio de los patrones de asentamiento, los modelos de organización de los poblados, los modos de subsistencia y las fórmulas de territorialización de las comunidades. Atenderé para ello a las reflexiones como las que establecía Richard Hingley (1984) en relación con los estudios de poblamiento de la Edad del Hierro en Inglaterra: la descripción aséptica de ciertos temas como la fisonomía o la distribución interna de los asentamientos no es objetiva, sino que ha de ser contextual y debe descansar en una serie de categorías específicamente pensadas para los contextos culturales –espaciales y temporales– en los que se pretende trabajar. Por lo tanto, si el objetivo es generar narraciones densas sobre la sociedad o las formas de subsistencia de las comunidades humanas de un determinado período histórico, de nada servirán las sistematizaciones de industrias líticas o de tecnologías del cuerpo por sí mismas. Tales procedimientos sólo cobrarán su verdadero valor interpretativo al integrarlas en un marco comprensivo general vinculado directamente a su propio contexto regional y cronológico.

#### 2.4. Llenar vacíos geográficos: Arqueología en áreas de montaña

Resulta frecuente que la realización de una investigación doctoral en Arqueología pretenda poner solución a la existencia de ciertos vacíos o carencias en el co-



nocimiento previo, a la vez que se intenta sistematizar o actualizar informaciones dispersas a la luz de miradas renovadas, como efectivamente persigue este trabajo. Pero además, esta tesis está anclada en estudios de caso a tres escalas diferentes que servirán de hilo conductor para la discusión más general del trabajo, lo cual se relaciona con uno de sus objetivos básicos: llenar ciertos vacíos existentes desde una perspectiva geográfica en los conocimientos disponibles sobre la Prehistoria reciente del área occidental cantábrica.

Más en concreto, el área seleccionada como caso de estudio a escala intermedia constituye un territorio prácticamente inexplorado previamente para los períodos objeto de atención. Así, los datos que hasta el momento disponíamos para esta zona derivan fundamentalmente de hallazgos dispersos o de la realización de los catálogos e inventarios patrimoniales desarrollados en las últimas tres décadas a instancia de las administraciones autonómicas competentes en materia de protección del Patrimonio arqueológico. Por ello, la revisión de las evidencias disponibles y su incorporación a los debates arqueológicos más amplios para la Prehistoria reciente cantábrica es un objetivo básico para este trabajo.

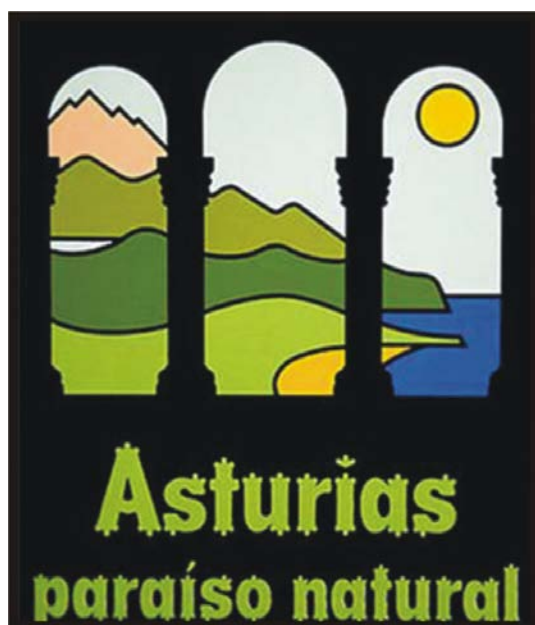
En general, las zonas montañosas como las que son objeto de atención en este estudio constituyen un vacío geográfico destacado para los conocimientos arqueológicos disponibles en el período aquí considerado. Dicha observación podría hacerse extensible hace algo más de una década a la inmensa mayoría de cadenas montañosas de nuestro continente, las cuales eran consideradas áreas marginales para la investigación arqueológica (GASSIOT BALLBÈ *et al.* 2014; GONZÁLEZ ÁLVAREZ Y RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ 2011; WALSH 2005). Alejadas de las zonas más pobladas y de los principales centros investigadores, las montañas no habían sido exploradas con igual intensidad que otras regiones con una geografía más amable. Por ello, las zonas altimontanas pasaban desapercibidas en los relatos históricos y arqueológicos. Eran consideradas la mayoría de las veces como áreas periféricas o marginales hacia las cuales se proyectaban de forma diluida las narraciones construidas desde áreas costeras, valles interiores o llanuras, como si el batir del oleaje sociocultural de cada fase no lograra elevarse lo suficiente, por lo que las zonas de montaña sólo recibían espuma marina y salitre.

Afortunadamente, la situación es hoy completamente diferente a escala europea, ya que en los últimos años se ha desplegado un enorme esfuerzo investigador en zonas de montaña como los Alpes (ANGELUCCI *et al.* 2014; CARRER 2013a; DELLA CASA 2007; TZORTZIS *et al.* 2008; WALSH Y MOCCI 2011; WALSH *et al.* 2007) o los Pirineos (GASSIOT BALLBÈ *et al.* 2014; PALET MARTÍNEZ *et al.* 2007; RENDU 2003; ROJO GUERRA *et al.* 2013). En estos espacios se han llevado a cabo proyectos de investigación centrados en documentar arqueológicamente y comprender los procesos sociohistóricos allí observados como objetivos en sí mismos, para finalmente integrar sus resultados en síntesis generales sobre los paisajes prehistóricos a escala continental (WALSH 2014). Fundamentalmente, estos trabajos parten de diferentes concepciones más o menos positivistas de la Arqueología del Paisaje. Como estrategias

fundamentales se aplican diferentes métodos de prospección que, mediante el uso de tecnologías de información geográfica o la implementación de modelos predictivos, tratan de maximizar los resultados del trabajo de campo en un medio tan agresivo. Sobre todo, en la Arqueología en áreas de montaña se otorga un énfasis destacado a la colaboración interdisciplinar con diferentes líneas de los estudios paleoambientales y la Arqueobiología (EJARQUE MONTOLIO *et al.* 2009; EUBA REMENTERIA 2009; MAZIER *et al.* 2009; MIRAS *et al.* 2007; MOCCI *et al.* 2008; OBEA *et al.* 2011), así como a la atención a los referentes etnohistóricos o etnográficos locales (CARRER 2013b; CHRISTIE *et al.* 2004; GARCIA CASAS 2013; GASSIOT BALLBÈ Y GARCIA CASAS 2014).

A la luz de estas experiencias, uno de los objetivos centrales de esta tesis es el de aplicar al área de estudio las enseñanzas derivadas de proyectos arqueológicos como los anteriormente citados, con el ánimo de incorporar la Cordillera Cantábrica a este dinámico ámbito de estudios en nuestra disciplina a escala europea. En este sentido, este área ofrece una situación de partida privilegiada, puesto que los estudios paleoambientales del área de estudio son relativamente completos para el Holoceno (CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012; JALUT *et al.* 2010; LÓPEZ MERINO 2009; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006; MORENO *et al.* 2011). Al mismo tiempo, existe una abundante literatura de carácter etnográfico y etnohistórico sobre las formas tradicionales de aprovechamiento de estas montañas, fundamentalmente pastoriles (BARRENA DÍEZ 2001; CORBERA MILLÁN 2008, 2013; GARCÍA FERNÁNDEZ 1988; GARCÍA MARTÍNEZ 1988, 2003; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016; LÓPEZ ÁLVAREZ Y GRAÑA GARCÍA 2003; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ 1989; SORDO SOTRES 1997). En esta dirección, uno de los objetivos fundamentales de esta tesis es analizar las montañas cantábricas como escenarios privilegiados para comprender históricamente las interacciones establecidas entre las sociedades humanas y el medio que les rodea. Trato así de calibrar los cambios y las continuidades en estas relaciones en un marco de debate comprensivo y contextual que atienda a los aspectos culturales, sociales, políticos y subsistenciales de las comunidades humanas que protagonizan tales procesos históricos.

La Arqueología del Paisaje es especialmente interesante para el caso de estudio analizado por tratarse de un espacio montañoso de apariencia relativamente *prístina* o *salvaje*. Subyace en tal consideración la mirada cartesiana que tanto critican autores como Tim Ingold (2000), pues la aspiración por delimitar lo natural de lo cultural se muestra como una operación inalcanzable. Una mirada a nuestro alrededor no puede encuadrar cada paisaje de forma automática en una determinada categoría asociada a un gradiente continuo entre lo natural y lo cultural. Simplemente, las propias condiciones vitales e identitarias del observador le llevarán a adoptar tal decisión, lo cual ya es una operación reflexiva profundamente cultural en sí misma. Al mismo tiempo, y esto se deriva de las aportaciones de los antropólogos perspectivistas (VIVEIROS DE CASTRO 2010), no pueden definirse unos parámetros claros que funcionen como rasgos con validez universal en ese sentido, de tal manera que resulta complejo delimitar no ya lo natural y lo cultural, sino también lo humano y lo no-humano, o lo animado y lo inanimado (INGOLD 1988).



**Fig.2.1:** «Asturias Paraíso Natural» es la exitosa marca de promoción turístico del gobierno autonómico asturiano desde hace décadas. Pese a su notoriedad, no deja de enmascarar una lectura falaz que subordina la relevancia de las comunidades campesinas en la gestión del territorio occidental cantábrico a lo largo de milenios.

Llevando este debate a terrenos prácticos, esta tesis doctoral toma las montañas del área asturleonense del occidente cantábrico como área central de análisis. En su vertiente septentrional, que en la actualidad forma parte de la CCAA del Principado de Asturias, existe desde hace varias décadas una campaña de promoción turística muy arraigada que expresa a las claras que los visitantes se encontrarán a su llegada un verdadero «paraíso natural» (**Fig.2.1**). El logotipo de esta exitosa campaña muestra un idílico paisaje rural, con prados que descienden desde las montañas hasta la orilla del Mar Cantábrico, en los que perfectamente podríamos imaginar rebaños de vacas pastando en los omnipresentes prados cercados del paisaje rural con el que habitualmente se asocia Asturias, visto todo ello a través de los arcos de la iglesia pre-

románica de Santa María del Naranco en Uviéu. Parece evidente que, más bien, ese paraíso natural es en realidad un paisaje en el que lo cultural tiene un peso significativo. Por ello, el desarrollo de esta investigación doctoral también pretende contribuir a dignificar el papel trascendental que las comunidades campesinas han desempeñado a lo largo de milenios en la gestión de estos paisajes rurales, que ahora pretenden encapsular como realidades estáticas que vienen dadas (**Fig.2.2**). Es ésta una perspectiva profundamente colonial, para la que las familias de labradores y ganaderos que vienen habitando estas montañas serían una suerte de «otros internos», de quienes los habitantes actuales de esos espacios serían una especie de epifenómeno marginal.

En este sentido, la adopción del marco de referencia teórico y metodológico de la Arqueología del Paisaje nos permite problematizar esta concepción de las áreas de montaña como paisajes eminentemente naturales, pensamiento por otra parte predominante entre buena parte de la ciudadanía actual. Por concretar algunas líneas de actuación práctica, estas consideraciones tienen su interés de cara a diseñar la agenda política futura a la hora de enfrentarnos a procesos como el éxodo rural, el abandono de la producción primaria en el medio rural, o si pensamos en la necesidad de potenciar la concienciación social respecto a la incidencia de las actividades antrópicas en el medio ambiente. Estos temas constituyen algunas de las claves para reclamar o defender la activación de políticas productivas y de gestión del territorio con una clara preocupación por la sostenibilidad ambiental, partiendo para ello del examen histórico de la evolución del paisaje en relación con los sistemas producti-



**Fig.2.2:** En contraste con la referida campaña de promoción turística, el paisaje rural actual del área occidental cantábrica es producto de siglos de esfuerzo y sudor invertido en esta tierra por las familias campesinas que la han habitado. En la imagen, de 1966, mujeres arando en Torrebarrio, Babia (fotografía de José Ramón Lueje, tomada de LOMBARDÍA y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003: 142).

vos puestos en práctica por las sociedades a lo largo de los tiempos. Cabría concluir, por tanto, con una pregunta retórica que nos permita recapitular y explicitar estas consideraciones:

- ¿Son los paisajes de montaña de la Cordillera Cantábrica *paisajes naturales*?
- No, no lo son. Son también *paisajes culturales*, una suerte de palimpsesto producto de fenómenos naturales y procesos sociohistóricos desarrollados en estos espacios a lo largo de milenios como resultado de la *interacción* dinámica y cambiante entre los seres humanos y su entorno. Un largo tiempo en el que diferentes comunidades humanas, con formas de vida diversas y maneras particulares de entender y relacionarse con su entorno, han habitado este territorio y han impreso su huella en él, de forma más o menos elocuente.

En definitiva, cadenas montañosas como la Cordillera Cantábrica pueden ser abordadas como espacios liminales que separan territorios de distintas características geográficas –las tierras llanas del Duero y la hoya berciana al mediodía y la cornisa cantábrica con sus valles estrechos y encajados al Norte–, pero también pueden

ser consideradas como espacios de contacto entre aquellos territorios. Por tanto, si relativizamos esa concepción limitante de las montañas entendidas como barreras que compartimentan los procesos culturales que se desarrollarían en áreas diferenciadas en lo geográfico, podremos abordarlas como áreas de contacto cultural en las que fluirían los intercambios de ideas, productos y personas. Es por ello que la selección del estudio de caso en esta tesis doctoral queda delimitada por una especie de transecto perpendicular al eje axial de la Cordillera Cantábrica con el objetivo de analizar esa situación de contacto cultural entre las poblaciones cantábricas y las de la meseta central ibérica. Así, tomaré un área de esta cadena montañosa como objeto de estudio en sí mismo, y no como mero espacio liminal.

## 2.5. Los paisajes culturales en la *longue durée*

El enfoque que adopta esta investigación doctoral pretende analizar los paisajes culturales de la Prehistoria reciente en las montañas cantábricas desde una perspectiva diacrónica con el objetivo de enriquecer las narrativas arqueológicas sobre este período a partir de datos inéditos obtenidos con nuevos métodos y una mirada renovada. La Arqueología del Paisaje constituye un programa investigador adecuado para cumplir con este objetivo, pues el análisis de una misma región geográfica a lo largo del tiempo nos puede ayudar a calibrar mejor la modulación en las relaciones entre los seres humanos y su entorno. Como discutían geógrafos como Sauer (1925, 1956), el concepto de «paisajes culturales» nos brinda la potencialidad de analizar las genealogías y los procesos históricos mediante los cuales las sociedades humanas han ido familiarizándose con aquello que les rodea, actuando sobre ello a nivel físico y simbólico. Por lo tanto, el componente acumulativo – obligatoriamente diacrónico– es uno de los niveles de análisis más necesarios a contemplar si pretendemos abordar estos temas desde las Ciencias Sociales. Entonces, si el paisaje no constituye una realidad estática, la Arqueología se muestra como una herramienta poderosa para calibrar su diacronía y señalar los procesos históricos relacionados con la construcción social de los paisajes culturales. Con estos objetivos, la Arqueología del Paisaje “no puede sino adoptar la perspectiva temporal de la *longue durée*” (BENEŠ Y ZVELEBIL 1999: 75), pues el paisaje constituye el marco más apropiado para investigar la vida social a largo plazo (THOMAS 2001: 174).

Con la adopción de esta mirada de tiempos largos trato de explorar desde la Arqueología esos cambios y novedades, pero también las continuidades o las redundancias que caracterizaron la experiencia vivida por las sucesivas generaciones que poblaron estas mismas montañas. En esta línea son valiosos algunos antecedentes investigadores que parten de los principios que emanan de la escuela de Annales, destacando como referente más importante la obra histórica de Braudel (1972) acerca de la cuenca del Mediterráneo en tiempos de Felipe II. En Arqueología existen experiencias previas que han sido muy inspiradoras para el planteamiento de este trabajo (BINTLIFF 1991), entre las que querría destacar los trabajos de Graeme Bar-

ker (1995), Ian Morris (2000), Christine Rendu (2003) y Kevin Walsh (2014). En definitiva, en la línea de estos autores, trato de aproximarme a los paisajes culturales para auscultar la larga respiración de la Historia, que normalmente se mantiene pausada y constante, aunque en algunos momentos se agita ante sobresaltos diversos.

Con estos referentes, un proyecto como éste puede delimitar como objetivos la interpretación diacrónica de los paisajes campesinos para contextualizar e integrar en lecturas más amplias aquellos estudios particulares centrados en aspectos como las tecnologías agrarias, la progresiva antropización de las montañas o las distintas formas de poblamiento, territorialización u organización política seleccionadas en cada momento por los grupos humanos.

Las diferencias –y las coincidencias– entre los modos de subsistencia, las prácticas cotidianas o las percepciones y experiencias que distintas comunidades humanas desplegaron ante un mismo territorio a lo largo de un período dilatado de tiempo, pueden señalarnos las transformaciones –más rápidas o más lentas– y las inercias de las formas sociopolíticas, económicas e identitarias que caracterizaron a esas sociedades. El mantenimiento de ciertos parámetros sociales, económicos o culturales consolida ciertos rasgos en las relaciones de las comunidades con su entorno, por lo que estabiliza los procesos que pueden dejar evidencias materiales rastreables para la Arqueología. Por el contrario, ciertos cambios pueden desencadenar modificaciones sustanciales en las relaciones entre las personas y su entorno, y si dichos cambios son importantes, los grupos pueden también redefinir su percepción del paisaje y ciertos parámetros identitarios (GREIDER Y GARKOVICH 1994: 21). Por ello es importante en estos estudios diacrónicos prestar a la vez atención a los tiempos largos y a los tiempos cortos, pues la combinación de ambas lecturas ofrecerá una narración más completa de las experiencias cotidianas de las comunidades humanas (MORRIS 2000), que permitirá detectar los momentos de cambio y las fases de mantenimiento cultural.





### **Capítulo 3. La Prehistoria reciente en el Occidente Cantábrico: una evaluación crítica sobre la génesis y el estado actual de conocimientos**

Es habitual que las tesis doctorales cuenten en su inicio con una sección que repase la tradición investigadora precedente relacionada con la materia de estudio. Tales capítulos suponen algo más que una mera demostración de erudición, pues sirven para conformar un cuerpo reflexivo inicial que sustente una crítica sosegada de los estudios que anteceden a la nueva investigación. No en vano, la reflexión historiográfica es una herramienta poderosa para problematizar y precisar los objetivos de partida de una nueva línea investigadora. Por un lado, permite identificar las lagunas del conocimiento previo que se han de subsanar. Facilita también el reconocimiento de la genealogía de las interpretaciones vigentes y la identificación de los pilares más sólidos que pueden sustentar la nueva propuesta investigadora. Si asumimos que “en arqueología, como en todas las ciencias, las cosas se mantienen por consenso (...) y sus interpretaciones se construyen sobre el registro arqueológico por una comunidad científica establecida que pertenece, a su vez, a un determinado contexto social” (FERNÁNDEZ-POSSE 1998: 7), estaremos de acuerdo con que la comprensión de las argumentaciones en discusión, su contextualización social, histórica y epistemológica, así como la valoración de su influencia y posterior vigencia serán todas ellas cuestiones básicas a considerar por quien pretende internarse en un nuevo ámbito investigador. Por último, la crítica historiográfica sirve de guía para justificar las líneas maestras que seguirá el nuevo trabajo, así como su necesidad disciplinar y sus puntos de conexión con la realidad histórico-social en la que se desenvuelve la investigación. En definitiva, “la interpretación del pasado arqueológico no sólo reside en los datos arqueológicos, sino también en todo lo escrito para interpretarlo, de manera que lo escrito previamente forma parte inevitable de la nueva interpretación a construir. La historiografía es también material de construcción, material sin el cual no es viable la producción crítica de nuevo conocimiento histórico del pasado” (RUIZ ZAPATERO 2003: 218).

Sin embargo, en la presente tesis doctoral esta discusión historiográfica inicial no será tan amplia o detenida como suele ser habitual en esta clase de obras. Esto es debido a que realizar un estudio historiográfico exhaustivo de los temas abordados en el presente volumen sería muy probablemente una investigación doctoral en sí misma, a la luz de la complejidad y monumentalidad de la tarea, así como del vigor disciplinar que en los últimos años muestra lo que se ha denominado Nueva Historia de la Arqueología (MORO ABADÍA 2012). Además, existen trabajos recien-



tes de este tipo para algunas de las fases históricas analizadas dentro del área de estudio, al igual que disponemos de “estados de la cuestión” actualizados<sup>10</sup>.

La exhaustividad de las reflexiones historiográficas disponibles y su propia diversidad nos presentan genealogías de los conocimientos actualmente disponibles en relación con el ámbito geográfico y cronológico de este trabajo, por lo que me sirven para establecer discusiones intradisciplinarias verdaderamente esclarecedoras –visiones que comúnmente se han denominado *internalistas*–. No obstante, dichos análisis sólo en determinadas ocasiones –y sólo de forma más reciente– se centran en los contextos contemporáneos disciplinares y/o sociales en los que se producen estos relatos, alcanzando objetivos que desborden el “campo científico” (sensu BOURDIEU 1999) de la Arqueología en un sentido estricto –desde una óptica *externalista*–. Ambas extremos suponen objetivos que, en demasiados casos, se persiguen de manera demasiado rígida, cuando lo verdaderamente esclarecedor para la crítica historiográfica es conjugar ambas miradas. Se consigue así superar la dicotomía *internalista/externalista* para adoptar estrategias que beban de las experiencias constructivas que se han acumulado en campos como la Historia, la Filosofía o la Sociología de la Ciencia (JENSEN 1997; MARÍN SUÁREZ 2005a: 19-21; MORO ABADÍA 2009)<sup>11</sup>.

A la vista de estas consideraciones iniciales, la lectura, atención y asimilación de las reflexiones historiográficas existentes para el ámbito geográfico y cronocultural de esta investigación ha sido un paso inicial fundamental en el planteamiento de los objetivos de este trabajo. Por ello, en esta sección he preferido centrar mi atención en señalar únicamente aquellos aspectos más destacados que me puedan servir para refrendar los planteamientos teóricos y metodológicos adoptados en esta tesis doctoral, así como para motivar la selección de los temas prioritarios de estudio en los que centraré mis esfuerzos. Al mismo tiempo, algunos temas serán tratados selectivamente con mayor detalle, pues se refieren a ciertos aspectos sobre los cuales no he encontrado reflexiones específicas en la literatura disponible o que tratan de integrar preocupaciones propiamente disciplinares con otros aspectos sociales o políticos de mayor alcance. Intentaré así señalar algunas carencias del entramado

<sup>10</sup> Ver epígrafe «3.3. El punto de inicio: genealogías de los conocimientos y “estados de la cuestión” en la Prehistoria reciente cantábrica».

<sup>11</sup> Cabe reseñar que esta perspectiva ha tenido un amplio y vigoroso desarrollo en el Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, donde se han producido –y se siguen produciendo– numerosas investigaciones doctorales en las que esta mirada historiográfica amplia, comprensiva y constructiva desde la crítica está muy presente (e.g. GALLEGU LLETJÓS 2013; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007; DE LA PEÑA ALONSO 2012; MARÍN SUÁREZ 2011a; TORRES RODRÍGUEZ 2013), a lo que se suma un polo de pensamiento teórico original –dentro de su diversidad– en la Arqueología del estado español (e.g. DOMÍNGUEZ RODRIGO 2008; FERNÁNDEZ MARTÍNEZ 2006, 2010; HERNANDO GONZALO 2006, 2012, 2015b; LOZANO RUBIO 2011; MORAGÓN MARTÍNEZ 2013) que tiene su mejor plasmación en las revisiones, los dossiers de debate y los volúmenes monográficos de la revista *Complutum*. Todo ello ha marcado profundamente la trayectoria investigadora de quienes nos hemos formado a la sombra de esta “fuente de heterodoxia” para la Arqueología estatal.

investigador en el área de estudio, que han supuesto límites o ventanas de oportunidad, según los casos, para la presente investigación.

### 3.1. Las dinámicas internas de la disciplina

Como anticipaba, he articulado la reflexión historiográfica de este trabajo a partir del modelo de los campos científicos, como contextos sociales y políticos en los que distintos agentes producen el conocimiento de una disciplina científica en función de determinados factores intelectuales, pero también de relaciones de poder o aspectos simbólicos (BOURDIEU 1999, 2008). No pueden ser considerados, por tanto, espacios neutros en los que la construcción y reproducción de los discursos científicos dominantes sea un proceso mecánico o inocente.

Con este punto de partida, creo que es muy necesario reflexionar críticamente acerca de algunas de las dinámicas internas que caracterizan el campo científico de la Arqueología para comprender en detalle el funcionamiento de los procesos de producción y consolidación de los discursos académicos sobre la Prehistoria reciente en mi área de investigación. Más allá de generar relatos aparentemente neutros sobre la historia de las investigaciones, podremos calibrar así la importancia de algunos factores políticos, económicos y sociales que generan o amplifican algunos de los problemas que, en mi opinión, crean las mayores debilidades de nuestro campo científico. El tratamiento de estos temas será meramente exploratorio, puesto que llegar al fondo de estas cuestiones requeriría de la elaboración de un estudio – etnográfico, sociológico, histórico– de la economía política del campo científico de la Arqueología en el área de estudio, semejante a algunos ejemplos desarrollados en los últimos años en distintas partes del mundo (e.g. IPARRAGUIRRE 2014; ZORZIN 2013).

Desde el primer momento, una de las situaciones que más ha llamado mi atención es la marcada segmentación territorial de las investigaciones arqueológicas de la Prehistoria reciente en el área occidental cantábrica<sup>12</sup>. La realidad político-administrativa que emana de la Constitución de 1978 ha derivado en una marcada descentralización del Estado español, con la asunción de un gran poder a nivel decisorio y en la gestión práctica en ámbitos como la política investigadora, las universidades, la protección del Patrimonio, la gestión del suelo, los museos o el fomento de la Cultura por parte de las Comunidades Autónomas (CCAA) o las Diputaciones provinciales. Así, el área ampliada de estudio de la presente investigación aparece compartimentada en la actualidad entre distintas CCAA (Galicia, Asturias, Castilla y León, Cantabria), provincias (Lugo, León, Asturias, Cantabria), e incluso regiones u otros ámbitos territoriales subprovinciales con entidad administrativa propia (como el Consejo Comarcal del Bierzo o las comarcas derivadas de la implantación de pro-

---

<sup>12</sup> Observación extensible a la investigación arqueológica e histórica de cronologías variadas en este área, desde los estudios de grupos cazadores-recolectores del Paleolítico, hasta la Historia Contemporánea.

gramas estructurales comunitarios como los fondos LEADER). Entre estos territorios ha surgido un creciente aislamiento de las investigaciones arqueológicas, lo cual implica una pérdida notable en su dinamismo investigador que convendría superar.

Desde su establecimiento, cada CCAA ha favorecido la construcción de discursos históricos que refuerzan la solidez de las identidades regionales o autonómicas (DÍAZ-ANDREU 1994: 211-213; GONZÁLEZ MORALES 1994). El aumento del peso político de las CCAA –también de las diputaciones en el seno de las autonomías pluriprovinciales– ha favorecido una creciente descentralización universitaria con la apertura de nuevas instituciones de educación superior prácticamente en cada provincia del estado.

En este contexto cada vez más parcelado, es fácil entender que las comunidades investigadoras de las distintas regiones se hayan acomodado encerrándose en sí mismas y mostrándose relativamente impermeables a las discusiones desarrolladas en las autonomías vecinas (CONSEJO EDITORIAL DE NAILOS 2014). Las distintas universidades de cada autonomía favorecen el estudio e investigación de historias locales, ante la máxima de generar conocimientos al servicio de sus convecinos. De igual forma, los profesionales del sector de la Arqueología comercial han de cumplir con reglamentos y leyes de Patrimonio autonómicas y deben rendir cuentas de su trabajo ante los servicios de Patrimonio correspondientes. Por su parte, los museos se han convertido en centros de custodia de los materiales arqueológicos de cada provincia/autonomía, y tienen como función social la transmisión pública del conocimiento arqueológico local, obviando normalmente realidades geográficas más amplias. Por último, las universidades, las asociaciones culturales, las editoriales y los equipos de investigación se han de plegar ante las exigencias de los estamentos autonómicos a la hora de solicitar buena parte de las ayudas y subvenciones para todo tipo de propuestas, como la organización de actividades de difusión y participación ciudadana, la publicación de libros o revistas, la puesta en marcha de proyectos investigadores, o la solicitud de becas y contratos **(Fig.3.1)**.

En este contexto, las bases de las convocatorias de ayudas o subvenciones autonómicas suelen recoger, salvo extrañas excepciones, la prioridad –cuando no la obligatoriedad– de emprender las acciones investigadoras en clave local, sobremanera tratándose de elementos relacionados con el Patrimonio o la Historia, debido a su notoria relevancia identitaria. Por poner un ejemplo hipotético, el gobierno de Cantabria seguramente preferirá financiar investigaciones sobre el poblamiento de la Edad del Hierro en la comarca de Liébana –o, mejor aún, en el territorio completo de Cantabria– antes que sobre una zona geográfica arbitraria como pudiera ser el alto Ebro o una porción cuadrangular que abarque áreas de Cantabria, Burgos y Palencia. Las dos últimas selecciones sobrepasarían los límites autonómicos de la actual comunidad cántabra, más allá de los cuales el gobierno autonómico no tiene competencias, ni tampoco obtendría réditos para sus intereses regionales de carácter económico, ideológico y, sobre todo, electoral.



**Fig.3.1:** No es casual por ejemplo que los libros de Historia con más difusión en Asturias sean coleccionables enciclopédicos de “Historia de Asturias” editados por periódicos, dirigidas y realizadas por académicos de las universidades locales. En la imagen, representaciones sobre la romanización de Asturias extraídas del volumen de la *Historia dibujada de Asturias* correspondiente a la Prehistoria y Edad Antigua (1987: 131, 154).

Incluso existen obstáculos tan claros para superar esa compartimentación autonómica de la investigación como la imposibilidad, por ejemplo, de que una universidad andaluza solicite financiación a las partidas de investigación asturianas ofertadas por la Fundación para el Fomento en Asturias de la Investigación Científica Aplicada y la Tecnología (FICYT) para realizar un proyecto investigador en territorio asturiano. Por supuesto, el gobierno andaluz muy improbablemente sufragará investigaciones de sus universidades en otras CCAA. Esta situación pone trabas a que distintos grupos investigadores trabajen sobre problemas similares en una misma región. Los diferentes equipos únicamente podrán afrontarlo gracias a la financiación privada –no muy habitual en nuestro ámbito, y que además puede estar igualmente sujeta a condicionantes territoriales– o bien a través de programas de investigación estatales o europeos, para los que actualmente existe una elevada competencia y que, además, establecen como condición que las personas solicitantes estén ligadas contractualmente a universidades u OPIs, lo cual excluye a buena parte de los profesionales de nuestro sector, especialmente a los investigadores más jóvenes.

La aludida segmentación autonómica de la investigación arqueológica en el Noroeste ibérico y el ámbito cantábrico tiene una de sus plasmaciones más claras en las revistas académicas del área, así como en los congresos y seminarios especializados. De un lado, las publicaciones periódicas ofrecen contenidos eminentemente

volcados en lo local, algo fácilmente contrastable al repasar los índices de revistas de Arqueología e Historia como *Gallaecia*, *Sautuola*, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, *Lancia*, *Minus*, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, etc. Este aspecto se extrema si consideramos el amplio enjambre de boletines o revistas sostenidas por voluntaristas instituciones, asociaciones o colectivos de raigambre local, como *Estudios Bercianos*, *Asturies: memoria encesa d'un país*, *Anuario Brigantino*, *Nivel Cero*, *Astórica*, *CROA: Boletín da Asociación de Amigos do Museo do Castro de Viladonga*, *Bedoniana*, y tantas otras. Todas ellas ofrecen entre sus páginas trabajos de Arqueología mayoritariamente relacionados con su ámbito más inmediato de influencia. Pero más significativo aún es valorar su limitada distribución, su alto grado de endogamia editorial, así como la escasa atención que se presta en sus artículos a las investigaciones arqueológicas desarrolladas en las áreas vecinas que, por regla general, estarán prácticamente ausentes de la bibliografía citada. En el mismo sentido, gran parte de los eventos de discusión y difusión científica o los cursos de extensión universitaria que tienen lugar en el área de estudio están orientados a ese reducido ámbito regional o autonómico, sin que sea habitual la participación de investigadores procedentes de áreas vecinas.

Como consecuencia de esta situación, el campo científico de la Arqueología en el área occidental cantábrica ofrece por lo general resultados de calidad limitada en relación con su potencial. Esto se debe al establecimiento de obstáculos insalvables para las discusiones que sobrepasen los límites autonómicos, y a la reducción de la diversidad en las propuestas, métodos de trabajo y perspectivas teóricas en liza. El afán de potenciar los estudios locales provoca la minusvaloración de las miradas transversales, y dificulta la realización de síntesis generales geográficamente amplias. Como producto de esta situación, los contextos de trabajo marcadamente localistas se trasladan también al público general, con la extensión de discursos simplistas que, en ocasiones, sirven para reforzar identidades contemporáneas a través de su acrítica proyección hacia el pasado (vid. DÍAZ SANTANA 2002a; GARCÍA SÁNCHEZ 2009; GONZÁLEZ ÁLVAREZ Y ALONSO GONZÁLEZ 2013; MARÍN SUÁREZ 2005a; RUIZ ZAPATERO 2006). En este contexto, no son pocos los autores que asumen abiertamente que “resulte difícil salirse de los cómodos, pero cuestionables, límites administrativos” (ARIAS CABAL Y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998: 47).

Los estudios sobre la Edad del Hierro son el mejor ejemplo a las situaciones previamente descritas. Además de constituir el período que quizá concentre una mayor actividad investigadora en el área de estudio, también supone una etapa histórica sobre la que el público y las administraciones prestan especial atención, por ofrecer los primeros «ancestros» con nombres conocidos –situación frecuente en otras partes de Europa (COLLIS 2003; DIETLER 1994; HILL 1989; JAMES 1999; MOORE 2011; RUIZ ZAPATERO 1996a; RUIZ ZAPATERO Y SALAS LOPES 2008; WHITLEY 2002)–. La construcción del estado de las autonomías y el desarrollo de su autogobierno han provocado que las investigaciones arqueológicas sobre la Edad del Hierro pasasen a desarrollarse mayoritariamente en clave autonómica (RUIZ ZAPATERO 2006). Esta





**Fig.3.2:** La Arqueología de la Edad del Hierro es fuente constante de referencias para agendas políticas y movimientos culturales contemporáneos: a) Cartel electoral del partido *Conceyu Nacionalista Astur* a favor de la abstención en el referéndum constitucional de 1978. b) Portada del disco “Tornando al Abellugo'l Llar” del grupo folk *Brenga Astur* en el que aparece un guerrero *astur* tocado con un casco del Támesis frente a la braña de La Pornacal (Somiedu); la imagen condensa presentismo y panceltismo en una representación idílica del pasado prerromano asturiano. c) Portada del disco “Glava un país” del grupo de rock celta *Dixebra*, con una representación inspirada en la diadema de Moñes cuyas figuras tañen los dos instrumentos que sintetizan el sonido de la banda: la gaita y la guitarra eléctrica. d) Cartel del colectivo celta/filonazi *M.R.A. Gallaecia* que representa la proyección de la elite de guerreros celtas/galaicos hasta una elite aria presente. e) Teatralización de la humillación sufrida por los indígenas celtas/astures por parte de los conquistadores romanos durante las recreación histórica de la *Fiesta de Astures y Romanos de Astorga*, julio de 2014. f) Cartel anunciador de una excursión o “quedada cántabra” organizada por la *Asociación por la Defensa de los Intereses de Cantabria* (ADIC) –fundada entre otros por el actual presidente autonómico de Cantabria Miguel Ángel Revilla (Partido Regionalista de Cantabria)– al *oppidum* de Peña Amaya (Burgos), como uno de los símbolos de la identidad cántabra actual, al haber sido uno de los “baluartes” de la defensa frente a Roma de la antigua Cantabria.

observación se puede atestiguar de forma clara al comprobar cómo buena parte de las publicaciones sobre Edad del Hierro disponibles para el entorno de nuestro área de estudio se relacionan con territorios administrativos contemporáneos, como Galicia (CARBALLO ARCEO 2005; RODRÍGUEZ CORRAL 2009), Asturias (CAMINO MAYOR 1995b; FANJUL PERAZA 2005; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988, 1989; RÍOS GONZÁLEZ Y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS 1998; VILLA VALDÉS 2007d), León (CELIS SÁNCHEZ 1996; MARTINO 1980) o Cantabria (GONZÁLEZ ECHEGARAY 1986; SERNA GANCEDO *et al.* 2010). En otros casos se reproducen los territorios que ocuparían pueblos prerromanos como los cántabros (OCEJO HERRERO *et al.* 2012; PERALTA LABRADOR 2003), los galaicos (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007), los ástures/astures (FANJUL PERAZA Y MENÉNDEZ BUEYES 2004; LÓPEZ FERNÁNDEZ 1983; SANTOS YANGUAS 2006) o los vascones (PEÑALVER IRIBARREN 2008), que curiosamente coinciden con límites administrativos contemporáneos en sus versiones “extendidas”, al gusto de las ideas irrendentistas de distintos movimientos políticos y culturales actuales (Fig.3.2).

Esta realidad tiene una gran influencia en los discursos arqueológicos, ya que la «Cultura Castreña» se ha terminado por descomponer en un rosario de subculturas castreñas autonómicas: la gallega, la asturiana, la cántabra...; o étnicas: la galaica, la astur, la cántabra... (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c; MARÍN SUÁREZ 2011b). El mantenimiento de tales actitudes investigadoras acerca de las comunidades prerromanas se

intenta justificar en algunos casos con el refrendo de las descripciones geográfico-etnográficas de las fuentes clásicas, o aduciendo que las provincias y CCAA son porciones geográficas tan aptas como otras opciones posibles para afrontar estudios arqueológicos amplios sobre el pasado (e.g. FERNÁNDEZ-POSSE 2001). Pero en realidad, existen factores ajenos al discurso histórico en estas selecciones que llevan a imponer tales reglas de juego, por lo que no podemos pensar que la elección de estos territorios contemporáneos sea inocua o inocente.

Uno de los últimos factores que ha impactado en las dinámicas del campo científico de la Arqueología del área de estudio ha sido la extensión de la Arqueología comercial. Este ámbito de la actividad arqueológica nace en aplicación de las políticas de protección y gestión del Patrimonio que emanan de la *Ley 16/1985, de 25 de junio, del Patrimonio Histórico Español* que desarrolla el artículo 46 de la Constitución española de 1978. En función del marco normativo vigente, se multiplican las actuaciones de Arqueología preventiva en forma de evaluaciones de impacto, seguimientos arqueológicos, prospecciones y sondeos previos a la realización de obras o actuaciones urbanísticas que determinen impacto sobre el Patrimonio arqueológico, así como la realización de catálogos e inventarios de yacimientos arqueológicos (AMADO REINO *et al.* 2002; CRIADO BOADO *et al.* 2004; QUEROL 2000; RODRÍGUEZ TEMIÑO 2004). Este tipo de actuaciones arqueológicas constituían hasta el estallido de la burbuja inmobiliaria un porcentaje abrumadoramente mayoritario de la práctica arqueológica en el estado español, y sólo la crisis posterior a 2008 han hecho disminuir el creciente volumen de intervenciones (PARGA-DANS 2010; VIGIL-ESCALERA GUIRADO 2011).

A pesar de que el modelo de funcionamiento de la Arqueología preventiva en el estado español haya sido puesto en cuestión por múltiples motivos (DÍAZ DEL RÍO 2000; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013a; MOYA MALENO 2010; VIDAL ENCINAS 2005), la enorme cantidad de intervenciones arqueológicas realizadas en contextos de obras públicas o actuaciones urbanísticas e industriales ha provocado que muchas zonas de la península ibérica hayan visto cómo el volumen de datos arqueológicos disponible alcanzase una magnitud tal que transformaría por completo el estado vigente de conocimientos. Tal extremo es especialmente tangible en zonas como el área metropolitana de Madrid, por citar un ejemplo paradigmático, donde nuestros conocimientos sobre la Edad del Hierro (TORRES RODRÍGUEZ 2013) o la Alta Edad Media (VIGIL-ESCALERA GUIRADO 2007, 2009) han sido renovados por completo. Sin embargo, la ineficacia de las políticas patrimoniales dictadas desde las administraciones competentes, la falta de publicaciones sobre los resultados obtenidos o la dificultad para acceder a los informes finales de las actuaciones, y la propia marginalidad geográfica de las montañas cantábricas, han impedido que esta ola renovadora para la Arqueología haya afectado nuestra área de estudio. Así, el impacto de este nuevo género de intervenciones arqueológicas en la renovación o ensanchamiento de las investigaciones arqueológicas ha sido limitado (e.g. GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2010).

La situación descrita de creciente compartimentación y aislamiento no sólo ha fomentado la atomización de la investigación, sino que también ha favorecido la instalación de redes clientelares que han llegado a controlar aspectos significativos de la práctica arqueológica en el área de estudio a distintos niveles: la Gestión del Patrimonio desde las instituciones públicas, la investigación en el ámbito académico, y la práctica profesional en el contexto de la Arqueología comercial. Este escenario – equiparable por otra parte a otros ámbitos de la vida pública o económica del estado español, como los partidos políticos, las instituciones públicas o determinados sectores productivos– crea verdaderos núcleos de poder que entorpecen el correcto funcionamiento de los resortes de la Administración para una Gestión del Patrimonio eficiente y al servicio de la ciudadanía, el avance honesto de la investigación y el ejercicio profesional dentro de unos mínimos parámetros de dignidad.

El conflicto tiene lugar entre varias redes clientelares enfrentadas que pugnan por el control del poder en este campo científico, por la financiación para investigaciones, la obtención de contratos y subvenciones para actuaciones de distinto tipo, la emisión de permisos administrativos, y el reconocimiento público a escala regional, así como la estima científica a una escala más amplia. En estos grupos confrontados se incluyen técnicos de la administración, profesores universitarios, profesionales liberales, empresas de gestión del Patrimonio, periodistas, políticos de distintos partidos, instituciones y asociaciones culturales y profesionales, como «actores activos». A tales agentes se suma una amplia presencia de «actores pasivos», fundamentalmente profesionales liberales, investigadores noveles, estudiantes universitarios y asociaciones vecinales y culturales que simplemente se ven arrastrados a los choques sin conocer en detalle los entresijos de los pretendidos problemas que conducen a estos enfrentamientos, ni las verdaderas motivaciones que los desencadenaron, si alguien en verdad los recuerda. Los distintos actores en escena compiten por cuotas de poder, vetan y persiguen la intromisión de elementos competidores o agentes extraños en sus áreas de actividad, accionando para ello los resortes a su alcance que les proporciona su posición particular en el campo social y científico, así como los mecanismos que le proporciona su propia red clientelar.

Estos enfrentamientos son privados y personales, pero en ocasiones se trasladan al terreno de los partidos políticos, sindicatos, asociaciones o colegios profesionales, y medios de comunicación, actores todos ellos con los que los diferentes sistemas clientelares suelen establecer relaciones de reciprocidad o dependencia. A veces, estos conflictos alcanzan incluso las instancias judiciales. Los agentes implicados defienden, en realidad, posiciones de acumulación de capital simbólico (científico), político y también económico (BOURDIEU 2008), con actuaciones de sus protagonistas que se internan en escenografías donde lo puramente académico se entremezcla con comportamientos deshonestos e incluso corruptos. Una simple búsqueda en las hemerotecas de la prensa regional asturiana o leonesa de la última década, así como en las redes sociales o en distintos blogs y foros de Internet, depa-



rá numerosos ejemplos que ilustran la gravedad de esta situación, especialmente reseñable en el caso asturiano.

El respeto o el desafío a las estructuras de poder vigentes genera situaciones de adulación desmedida o conflictos frontales que son fácilmente observables, por ejemplo, a través de las presencias y las ausencias, respectivamente, en el programa de las reuniones académicas o en las bibliografías de las publicaciones científicas. Más allá de que estas prácticas puedan afectar a los índices de impacto en *Google Scholar* de unos u otros investigadores, tales enfrentamientos se extienden muchas veces hacia otros ámbitos adyacentes, como la imagen profesional de las personas involucradas –por voluntad propia o no– en estos conflictos, o su sustento económico al entrar en juego situaciones como concursos por plazas, habilitaciones o convocatorias de proyectos. También la obtención de permisos administrativos para realizar actuaciones arqueológicas se puede llegar a ver afectada por estos conflictos, pues el personal técnico que desempeña sus actividades profesionales en museos o Servicios territoriales de Patrimonio suele jugar un papel central en tales entramados clientelares. Por ello, la concesión de un permiso administrativo de excavación o la conveniencia de que una obra pública conlleve la realización de un seguimiento arqueológico pueden llegar a depender de criterios arbitrarios desprovistos de argumentos técnicos o científicos, como la mera identidad del arqueólogo o la arqueóloga responsable de dichos trabajos y sus relaciones personales.

30

El alcance de estos comportamientos se ve potenciado con la parcelación del campo científico en el contexto disciplinar descrito, y dificulta, por ejemplo, la promoción de investigadores noveles al margen de estos circuitos de poder. El *outsider* deberá vencer dificultades severas para acceder a ciertos datos e informaciones necesarias para el desarrollo de su trabajo, no será invitado a encuentros o congresos en los que pueda defender y promocionar su punto de vista sobre los debates disciplinares más candentes, y tendrá mayores dificultades para obtener contratos, subvenciones, e incluso permisos administrativos para llevar a cabo intervenciones arqueológicas.

En definitiva, la Arqueología del área occidental cantábrica no es un ámbito científico neutro o prístino, en el que el avance científico únicamente dependa de la buena fortuna y del acierto en la planificación de las investigaciones. Por el contrario, los actores involucrados en este campo científico juegan a veces en un terreno de juego enfangado, con árbitros parciales, y se enfrentan a embestidas sucias que determinan los resultados de sus actuaciones; resultados que, por otra parte, pueden ser perfectamente obviados, silenciados o desacreditados. Nos hallamos ante situaciones que sería muy provechoso investigar como objetos de estudio en sí mismos, a partir por ejemplo de etnografías que sitúen aspectos como el clientelismo o la corrupción como partes fundamentales del análisis de un campo social o científico (e.g. ALONSO GONZÁLEZ Y MACÍAS VÁZQUEZ 2014; ALONSO ROCAFORT 2014; CAZORLA PÉREZ 1995; JEREZ DARIAS *et al.* 2012; RODRÍGUEZ ACEVEDO *et al.* 2011), o bien de reflexiones

internalistas valientes realizadas en el seno de la Arqueología (e.g. ÁLVAREZ MARTÍNEZ 2011; AYÁN VILA 2014a; GONZÁLEZ RUIBAL 2011a). Más allá de esto, conviene tener presente que tales situaciones condicionan el desarrollo investigador de nuestra disciplina, cuestionan su ética, limitan las potencialidades puramente investigadoras de la Arqueología y proyectan una mala imagen de nuestro colectivo hacia la sociedad.

Para completar la perspectiva de un análisis del campo científico de la Arqueología en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica, es importante referirnos también a las relaciones que se establecen entre el propio campo científico y la sociedad en su conjunto –atendiendo también a su propia diversidad (McMANAMON 1991)–. En general, es ésta una relación pendiente de análisis para el área que nos ocupa, exceptuando estudios de esta clase relacionados con la Edad del Hierro (ALONSO GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013; MARÍN SUÁREZ 2005a; MARÍN SUÁREZ *et al.* 2012). Contamos además con referencias derivadas de la atención a estudios de alcance estatal (ALMANSA SÁNCHEZ 2013; RUIZ ZAPATERO 2010a, 2010b, 2012, 2013a) o europea (HOLTORF 2005, 2007; MERRIMAN 2004), así como de regiones limítrofes como Galicia (AYÁN VILA 2014a, 2014b) que nos permiten hacernos una composición de lugar genérica. El panorama resultante es pesimista en relación con el fuerte aislamiento de nuestro campo respecto al público general, especialmente palpable en entornos rurales (AYÁN VILA Y GAGO MARIÑO 2012; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011a).

En efecto, es evidente que no se han realizado esfuerzos significativos desde nuestro colectivo para fomentar la difusión y la extensión de los conocimientos contruidos desde la Arqueología y favorecer la participación ciudadana. Esta situación puede relacionarse con la falta de alicientes para los investigadores a la hora de realizar este tipo de labores, pues no son correspondidas por ejemplo con recompensas en los procesos evaluadores adosados a la promoción dentro de la carrera investigadora. Pero, más allá de excusas y disculpas, existe también una falta significativa de compromiso social por parte de los investigadores respeto a sus deberes para con la sociedad (GRAMSCI 1998). Esta situación propicia una incomprensión de nuestra actividad por parte de diferentes actores sociales, y fomenta el desarrollo de relatos pseudocientíficos “desde abajo”. En suma, “la arqueología del siglo XXI necesita ganar más arena pública, llegar a más audiencias y construir nuevas formas de divulgar y comunicar. Y eso, o lo hacemos los arqueólogos y las arqueólogas, u otros sin formación y con malas intenciones lo harán por nosotros” (RUIZ ZAPATERO 2013c: 191).

### 3.2. Las tradiciones investigadoras

Salvo excepciones concretas, el estatismo, el aislamiento y el positivismo han sido los factores consustanciales a la Arqueología de la Prehistoria reciente en el área de estudio, independientemente del período o del área en cuestión. La mayoría de los estudios han estado demasiado apegados a la simple presentación de hechos,

como si la mera acumulación de datos en forma de tipologías cerámicas, listados de yacimientos, caracterizaciones arquitectónicas o secuencias radiocarbónicas ofreciese una narración histórica expresiva por sí misma. En esta línea, los principales esfuerzos de buena parte de los investigadores se orientaban hacia la generación de relatos excesivamente centrados en descripciones de materiales y visiones evolucionistas de las tecnologías, las formas de poblamiento o los modelos arquitectónicos. En ellos, las personas o los comportamientos humanos estaban prácticamente ausentes.

Junto a estos trabajos positivistas, el marco de comprensión general de la Prehistoria reciente cantábrica podría situarse a grandes rasgos en el historicismo cultural, con la frecuente asunción de perspectivas evolucionistas de carácter unilineal en las que el *progreso* o la creciente complejidad técnica y social emergen como los factores más recurrentes para explicar el cambio cultural. Este arraigo de la historia cultural perdura en el tiempo, y aún hoy, pese a la incorporación posterior de otras visiones en el debate disciplinar, podríamos considerar muchas investigaciones actuales como integrantes de este marco teórico. Porque cabe insistir en la continuidad no lineal de las tendencias historiográficas del pensamiento arqueológico en el área de estudio. Así, diferentes autores o grupos de investigación continúan desarrollando líneas de investigación sustentadas en el positivismo, el historicismo cultural, el procesualismo o las arqueologías críticas postprocesuales independientemente del momento en el que se desarrollen tales investigaciones, o de que otros autores importen nuevas opciones epistemológicas –siempre, eso sí, con un ligero retraso respecto a las dinámicas establecidas en el resto de Europa–. De esta forma, es habitual que convivan, ya en el siglo XXI, investigaciones sobre el megalitismo cantábrico desde una perspectiva positivista (e.g. BLANCO VÁZQUEZ *et al.* 2013), procesual (e.g. EDESO FITO 2012) o postprocesual (CRIADO BOADO Y MAÑANA BORRAZÁS 2003). Esta situación, tal y como planteaba hace ya tiempo Juan Vicent (1982), es característica de la Arqueología prehistórica española, en la que los nuevos paradigmas o los enfoques teóricos se acumulan y conviven con los precedentes.

Más aún, al aumentar la escala de reflexión historiográfica, podemos comprobar la perduración del manejo de relatos y etiquetas histórico-culturales en síntesis generales sobre la Prehistoria reciente ibérica elaboradas a finales del siglo XX o ya entrado el nuevo milenio. En esta línea, es frecuente que el área occidental cantábrica quede inserta en estas obras en culturas arqueológicas –que no grupos arqueológicos<sup>13</sup>– como el «Megalitismo atlántico», el «Bronce Final atlántico», la «Cultura Castreña del Noroeste», los «ástures/astures» o los «pueblos del norte».

Desde finales de la década de 1980, asistiríamos a una tardía irrupción del procesualismo en las investigaciones arqueológicas del Occidente Cantábrico, aunque esa Arqueología procesual sería adaptada *ad hoc* a las inercias investigadoras locales. De esta perspectiva teórica y metodológica se tomarían fundamentalmente

<sup>13</sup> Ver epígrafe «2.3. Romper con las visiones uniformizadoras del pasado».

ciertos procedimientos de trabajo, dejando de lado los modelos interpretativos fundamentados en la Antropología y en las teorías de alcance medio en el sentido propuesto por arqueólogos anglosajones como Clark, Binford o Renfrew. A ese procesualismo cantábrico podría atribuírsele, ante todo, un refuerzo del positivismo preexistente. Junto a las tipologías de cerámicas, lítica o metales, los relatos arqueológicos presentarán ahora estadísticas con la presencia de unos u otros materiales, mapas físicos con distribuciones de yacimientos, así como tímidas menciones a «estudios complementarios» (palinológicos, carpológicos, arqueozoológicos, etc.). No obstante, estas aportaciones interdisciplinares recién incorporadas aparecerán en la mayor parte de los casos como anexos adosados a los estudios arqueológicos. Simplemente ofrecerán un nuevo elemento acumulativo en los relatos arqueológicos, sin que dichos estudios complementarios jueguen un papel destacado en la construcción de las interpretaciones arqueológicas. Como ejemplo ilustrativo, en este momento se incorporan a las introducciones de las publicaciones descripciones prolijas del contexto geológico de los yacimientos que, salvo excepciones muy puntuales (e.g. JORDÁ PARDO 1990), no vuelven a ser mencionados en las páginas siguientes. Su presencia en la introducción constituye, simplemente, una manifestación explícita de ese nuevo aura de cientificidad y de apego a las Ciencias Naturales que se extiende tras la llegada de los aires procesuales.

En la década de 1980, la Arqueología española se renueva a pasos forzados y asume formas de conocimiento y epistemologías foráneas como el procesualismo, vinculado a nuevas tecnologías y métodos, también importados. Son los primeros años de la democracia, con una Universidad pública en expansión: en matrícula de alumnos, oferta de titulaciones, número de centros de educación superior, departamentos y plazas de profesores e investigadores. También se consolidan los museos arqueológicos provinciales, el CSIC y los servicios de Patrimonio de las distintas CCAA. A finales de esa década, nacen igualmente las primeras empresas de Arqueología, que en adelante desempeñarán un papel fundamental en la Gestión del Patrimonio (QUEROL 2000; RODRÍGUEZ TEMIÑO 2004).

Por su parte, la huella de las Arqueologías postprocesuales en el área de estudio ha sido muy reducida. Ni la Arqueología simbólica o contextual, ni teorías críticas como el feminismo o el materialismo han generado impactos notables en los proyectos investigadores desarrollados en las dos vertientes del área occidental de la cornisa cantábrica. No así en Galicia, donde el equipo investigador en Arqueología del Paisaje liderado por Felipe Criado generó un potente núcleo de este género de estudios con propuestas teóricas propias (CRIADO BOADO 1993a, 1999, 2012), estrategias de gestión patrimonial (BARREIRO MARTÍNEZ 2000, 2013), desarrollos metodológicos (AYÁN VILA 2001; MAÑANA BORRAZÁS *et al.* 2002; PARCERO OUBIÑA Y FÁBREGA ÁLVAREZ 2006) y proyectos arqueológicos de gran interés para la presente investigación como el estudio en términos sociales y simbólicos de los paisajes megalíticos (CRIADO BOADO 1988a, 1988b, 1989b, 1993b; CRIADO BOADO *et al.* 2000a) y castreños (AYÁN VILA 2002, 2012a, 2013; CRIADO BOADO 1989a; PARCERO OUBIÑA 1995, 2002; PARCERO

OUBIÑA *et al.* 2007), así como el análisis espacial del arte rupestre postpaleolítico (BRADLEY *et al.* 1994; PARCERO OUBIÑA *et al.* 1998b; SANTOS ESTÉVEZ *et al.* 1997)– o los espacios agrarios (BALLESTEROS ARIAS 2003, 2010; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003b, 2009; PARCERO OUBIÑA 1999, 2006).

En general, las aproximaciones arqueológicas “interpretativas” son muy tardías para el ámbito de estudio de esta tesis. Las tentativas en esta línea –y esto es muy significativo– han sido sobre todo llevadas a cabo desde la periferia del núcleo académico que acapara las posiciones centrales del campo científico de la Arqueología. En el mismo sentido, y de nuevo generalizando en este juicio, la Arqueología del Occidente Cantábrico se ha mostrado normalmente refractaria a la presentación de interpretaciones sociales acerca de las distintas etapas de la Prehistoria reciente, como si la gente que vivía en relación con esos objetos tan detalladamente descritos fuesen figuras irrelevantes de una historia inanimada representada a través de estratigrafías y colecciones arqueológicas.

Igualmente, existe una firme amenaza en los últimos años de que esta situación se vea agravada gracias al vigor recuperado por las aproximaciones positivistas que dominan buena parte de las investigaciones. Gracias al concurso de nuevas técnicas arqueométricas, así como de la asistencia de diferentes Tecnologías de Información Geográfica, los aires científicas soplan ahora con más fuerza que nunca. Este panorama limita el alcance de las interpretaciones antropológicas o sociológicas generadas a partir del registro arqueológico. O peor aún, los avances en disciplinas de “ciencias duras” (*sic*) como los estudios en genética de poblaciones comienzan a pausar los ritmos investigadores de la interpretación social en Arqueología (e.g. PARDIÑAS *et al.* 2012). No obstante, contamos ante nosotros con líneas abiertas de investigación que revisten gran interés pues, basándose en los estudios cada vez más sólidos de las evidencias arqueológicas disponibles, será posible conducir los debates hacia itinerarios de carácter interpretativo. Gracias a estas nuevas líneas inquisitivas se podrá profundizar en la generación de narraciones de cariz antropológico o sociológico sobre las personas que vivieron en las montañas cantábricas durante la Prehistoria reciente, situando la materialidad como eje central de la generación de narrativas históricas.

### 3.3. El punto de inicio: genealogías de los conocimientos y “estados de la cuestión” en la Prehistoria reciente cantábrica

Para iniciar una crítica historiográfica que señale los huecos preexistentes en el ámbito de estudio, así como las líneas de oportunidad que pretende seguir esta investigación, es inexcusable referirse a aquellos trabajos que revisan por fases cronológicas la evolución de la Arqueología, su contexto investigador y el estado más actualizado de los conocimientos disponibles. Debido a la amplitud cronológica de este trabajo –pues atraviesa diferentes períodos de la Prehistoria reciente del Occidente Cantábrico, a grandes rasgos: Neolítico, Calcolítico (si comulgamos con su in-

dividualización, discutida, para el área occidental cantábrica), Edad del Bronce, Edad del Hierro y Romanización– este repaso no pretende ser demasiado prolijo, y únicamente se señalarán las obras de referencia para los diferentes temas de interés. También se presentarán los «estados de la cuestión» más ricos y actualizados para las distintas fases, así como las críticas historiográficas más útiles para emprender una valoración sosegada del «punto de inicio» en el área de estudio al comienzo de esta investigación.

Pese a que la presente tesis doctoral arranca explícitamente con el surgimiento de las economías productoras de alimentos en el área de estudio, se ha prestado una mínima atención al Mesolítico, como período que antecede a la horquilla cronológica analizada. Para esta fase, la última en la que dominarían las formas de vida propias de los grupos cazadores-recolectores, existen una serie de trabajos que nos presentan el estado actual de conocimientos –así como un repaso a su trayectoria investigadora– a escala ibérica (GALLEGO LLETJÓS 2013) o regional, con trabajos de interés para este estudio referentes a la cornisa cantábrica (ARIAS CABAL 2012; CLARK 1999; FANO MARTÍNEZ 1996; FANO MARTÍNEZ Y CUBAS MORERA 2012; GARCÍA-ESCÁRZAGA 2013; GONZÁLEZ MORALES *et al.* 2004) o al valle del Duero (ALDAY RUIZ 2002; ROJO GUERRA *et al.* 2008).

Respecto al Neolítico, podemos partir de valoraciones historiográficas generales acerca de conceptos como el de «neolitización» o los modelos teóricos aplicados en su proceso interpretativo (ALDAY RUIZ 2012; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN *et al.* 2012; HADJIKOUMIS *et al.* 2011; HERNANDO GONZALO 1994, 1999; THOMAS 1999). Este tipo de reflexiones ofrecen gran dinamismo en estos momentos para la península ibérica (ARIAS CABAL 2007; BERNABEU AUBÁN Y MARTÍ OLIVER 2014; CRUZ BERROCAL Y VICENT GARCÍA 2007; MARTÍ OLIVER 2012; MARTINS *et al.* 2015; MONTES RAMÍREZ Y ALDAY RUIZ 2012; ROJO GUERRA *et al.* 2012a; ZILHÃO 2011), aunque lamentablemente dejan ligeramente de lado la franja cantábrica, por lo general, debido a su dinámica diferenciada respecto al resto del territorio ibérico (GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN 2015: 430).

Contamos también con trabajos-guía que desbrozan los problemas cronológicos del período en el área cantábrica (ALDAY RUIZ 2009; ARIAS CABAL 1995; ARIAS CABAL *et al.* 2000; CUBAS MORERA *et al.* 2014; FANO MARTÍNEZ *et al.* 2015; MARTINS *et al.* 2015; ZILHÃO 2000), empresa en ocasiones compleja debido a las lagunas informativas de territorios extensos, a problemas de representatividad en el registro, y a la dificultad, por ejemplo, de correlacionar secuencias entre registros de diferente naturaleza, como las estratigrafías arqueológicas de yacimientos en cueva y al aire libre, así como entre yacimientos arqueológicos y registros palinológicos obtenidos en turberas o contextos lacustres.

Asimismo, existen estudios amplios que nos presentan el estado de la cuestión respecto a este período en la península ibérica (ROJO GUERRA *et al.* 2012b), así como a escala regional. A este último nivel nos servirán de referencias los estudios

concernientes al occidente de la cornisa cantábrica (ARIAS CABAL 1991, 2007; ARIAS CABAL *et al.* 2000; DE BLAS CORTINA 2000a, 2008d; CUBAS MORERA Y FANO MARTÍNEZ 2011; GONZÁLEZ MORALES 2012) y las regiones vecinas, como Galicia (FÁBREGAS VALCARCE *et al.* 1997; FÁBREGAS VALCARCE Y SUÁREZ OTERO 1999; PRIETO MARTÍNEZ *et al.* 2012) o el valle del Duero (BERNALDO DE QUIRÓS Y NEIRA CAMPOS 1999; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN 2014; GARRIDO PENA *et al.* 2012b; JIMÉNEZ GUIJARRO 2010). En estos espacios vecinos contaremos afortunadamente con secuencias cronológicas mejor caracterizadas, que nos ofrecen un conocimiento más profundo de las formas de vida de las comunidades neolíticas. Esta observación, junto a la constatación de los vacíos y los problemas de las secuencias arqueológicas del área de estudio, me llevará en ocasiones a atender a estos corpus informativos de áreas limítrofes para abordar algunas de las discusiones del caso de estudio.

Al poner en marcha una investigación sobre la Prehistoria reciente desde la óptica de la Arqueología del Paisaje, la atención a los estudios de paleoambiente será uno de los procedimientos recurrentes a lo largo de este trabajo para calibrar las relaciones entre las comunidades humanas y su entorno. Afortunadamente, este género de estudios ha tenido un marcado desarrollo en los últimos veinte años, durante los cuales se han multiplicado los datos disponibles. El recurso fundamental para esta tesis doctoral entre este género de estudios lo constituye sobre todo la Arqueopalinología (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a). Cabe destacar en este campo una tesis doctoral reciente sobre los registros holocenos disponibles en la actual Asturias (LÓPEZ MERINO 2009), así como algunos otros trabajos de síntesis para el área occidental de la Cordillera Cantábrica –o el Noroeste ibérico en un sentido más amplio– en los que el diálogo interdisciplinar se establece con mayor grado de intercomunicación (CARRIÓN MARCO *et al.* 2010; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006, 2010; RAMIL REGO *et al.* 1996). Para este período resulta especialmente interesante la atención a los estudios palinológicos, que en ocasiones señalan el origen de la producción agraria con la aparición de pólenes de cereales en el V milenio a.C. (e.g. LÓPEZ MERINO *et al.* 2010). Más allá de estas lecturas de largo alcance, contamos con una obra reciente que constituye un verdadero atlas de los registros palinológicos disponibles a escala ibérica (CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012), en donde podemos localizar fácilmente los datos disponibles para nuestra área de interés en contextos naturales y también arqueológicos. Entre este último grupo de evidencias, lamentablemente la información es más escasa, y normalmente su presentación no está bien integrada en la interpretación arqueológica. No obstante, debido al dinamismo de este género de investigaciones, el riesgo de desactualización siempre está muy presente, pues nuevos registros se publican constantemente (e.g. SILVA SÁNCHEZ *et al.* 2014).

Dejando de lado los trabajos arqueopalinológicos, contamos con otras vías de penetración en los temas paleoambientales menos explorados, pero igualmente interesantes. Cabe citar referentes en nuestro área extendida de estudio sobre estudios de geomorfología de suelos (KAAL *et al.* 2008a, 2008b) o el análisis de los elementos traza presentes en secuencias de turberas (GALLEGO *et al.* 2013; MARTÍNEZ

CORTIZAS *et al.* 1997, 2013; PONTEVEDRA POMBAL *et al.* 2013). Por su parte, los trabajos sobre antracología o carpología nos refieren igualmente a la presencia directa de especies domésticas en contextos arqueológicos (e.g. PEÑA CHOCARRO *et al.* 2005, 2013; ZAPATA PEÑA 2007).

El megalitismo es uno de los fenómenos protagonistas de la Prehistoria reciente en la fachada atlántica del occidente europeo, como manifestación monumental de los grupos humanos que habitaban estos territorios durante el Neolítico y la Edad del Bronce (BRADLEY 1998; CRIADO BOADO 1989b; SCARRE 2002; SHERRATT 1990; THOMAS 2012). En paralelo al desarrollo de la producción de alimentos, las comunidades prehistóricas levantaron complejos funerarios monumentalizados que, en líneas generales, constituyen anclajes espaciales para los distintos grupos o linajes respecto a los territorios en los que desarrollan su nuevo régimen agrario. Para el área de estudio, está constatada la aparición del fenómeno a partir del V milenio cal a.C., con un ligero retraso respecto a la cronología otorgada al inicio del Neolítico. El estado actual de conocimientos está cimentado en una amplia nómina de excavaciones arqueológicas y trabajos de síntesis (ARIAS CABAL *et al.* 1995, 2005; DE BLAS CORTINA 2000a; CRIADO BOADO *et al.* 2000a; FÁBREGAS VALCARCE Y VILASECO VÁZQUEZ 2004; RODRÍGUEZ CASAL 1997; TEIRA MAYOLINI 1994; VILLALOBOS GARCÍA 2014), que han permitido constatar la plena vigencia de esta manifestación monumental del simbolismo prehistórico hasta la Edad del Bronce (BETTENCOURT 2010; FÁBREGAS VALCARCE Y BRADLEY 1995; FÁBREGAS VALCARCE Y VILASECO VÁZQUEZ 1998).

De especial interés en este ámbito son tres trabajos realizados para el ámbito gallego que analizan la evolución investigadora sobre el megalitismo en aquella región analizando las excavaciones realizadas, las publicaciones derivadas y la geografía de este tipo de investigaciones (CARRERO PAZOS 2015; LÓPEZ-ROMERO 2013; VILASECO VÁZQUEZ 2001). Estas obras nos permiten calibrar la genealogía del cuerpo actual de los conocimientos acerca de este fenómeno, así como concretar los temas candentes en el debate disciplinar. Lamentablemente, no contamos con trabajos equivalentes para nuestra área inmediata de investigación, aunque algunas de las conclusiones allí obtenidas tienen plena vigencia en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica. Así, en el territorio investigado debemos ceñirnos las catalogaciones tradicionales (GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1973b), estudios de síntesis (ARIAS CABAL 1995; ARIAS CABAL Y PÉREZ SUÁREZ 1990a; BERNALDO DE QUIRÓS Y NEIRA CAMPOS 1999; DE BLAS CORTINA 1983, 1983-1984, 1997b, 2000a, 2010; DELIBES DE CASTRO 2010) y a las cartas arqueológicas por municipios de Asturias y León.

Por su parte, la Edad del Bronce es un período mal caracterizado en el área occidental de las montañas cantábricas, debido a la ausencia de contextos arqueológicos claros en posición primaria, si exceptuamos algunos monumentos megalíticos fechados en este momento (e.g. BLANCO VÁZQUEZ *et al.* 2013), así como los ya algo distantes yacimientos en cueva localizados en el Oriente de la actual Asturias (e.g. ARIAS CABAL Y ONTAÑÓN PEREDO 1999). Por ello, la principal referencia al inicio de esta investigación la constituían los trabajos de síntesis a escala regional para el área can-



tábrica (ARIAS CABAL Y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998; DE BLAS CORTINA 1983, 2008a, 2008c; MARÍN SUÁREZ 2011a; ONTAÑÓN PEREDO 2003a), el piedemonte meseteño (BERNALDO DE QUIRÓS Y NEIRA CAMPOS 1999; DELIBES DE CASTRO Y FERNÁNDEZ MANZANO 1983, 1983-1984; FERNÁNDEZ MANZANO 1996) y el ámbito galaico (FÁBREGAS VALCARCE Y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1994, 1997; FÁBREGAS VALCARCE Y VILASECO VÁZQUEZ 1998; SUÁREZ OTERO 1998), así como los estudios centrados en las conexiones atlánticas y mediterráneas de este período (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998).

Entre las investigaciones precedentes, destacan por su interés para nuestra perspectiva las publicaciones referentes a las formas de poblamiento y los modos de subsistencia, pese a que para ello tengamos que poner cierta distancia respecto al área de estudio y remitirnos a las investigaciones desarrolladas en la meseta (ABARQUERO MORAS 2005; ABARQUERO MORAS *et al.* 2009; BELLIDO BLANCO 1996; BLANCO GONZÁLEZ 2008, 2012; DÍAZ DEL RÍO 1995; JIMENO MARTÍNEZ 2001) o Galicia (MÉNDEZ FERNÁNDEZ 1994, 1998).

Debido a la escasez de secuencias estratigráficas bien caracterizadas en la Edad del Bronce, los materiales metálicos adquieren un notable protagonismo. No obstante, estos objetos se encuentran generalmente descontextualizados, producto de hallazgos casuales o excavaciones precientíficas anteriores a la consolidación de la Arqueología como disciplina (ÁLVAREZ MARTÍNEZ 2010; DE BLAS CORTINA 1983; ESCORTELL PONSODA 1982; FERNÁNDEZ MANZANO 1996). Así, la metalurgia y la minería adquieren gran relevancia para comprender los cambios económicos y tecnológicos a los que se asiste en este momento (DE BLAS CORTINA Y SUÁREZ FERNÁNDEZ 2010; COMENDADOR REY 1998; DELIBES DE CASTRO *et al.* 1999; HERRÁN MARTÍNEZ 2008), que también nos permiten adentrarnos en aspectos como el comercio y el intercambio de estos productos a una escala geográfica sorprendentemente amplia (ARMADA PITA 2011; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1993).

Igualmente, los estudios sobre los petroglifos y el arte esquemático de esta fase resultan importantes para la comprensión de la territorialidad de los primeros grupos metalúrgicos (DE BLAS CORTINA 2003a, 2008b; BRADLEY 1997; BRADLEY *et al.* 1994; BUENO RAMÍREZ *et al.* 2005; COMENDADOR REY 1997; DÍAZ CASADO 1993; SANTOS ESTÉVEZ 2007), pues constituyen, junto con los monumentos megalíticos, buenos anclajes para elaborar propuestas interpretativas del paisaje social o las pautas de movilidad de estas comunidades (CRIADO BOADO 1988a, 1993a; CRIADO BOADO Y MAÑANA BORRAZÁS 2003; MARÍN SUÁREZ 2011c).

Con la entrada en el I milenio a.C. acontecen una serie de cambios rápidos que, en unas pocas generaciones, conducen a una nueva realidad social y cultural que, con el surgimiento de los castros, da comienzo a la Edad del Hierro. Este es sin duda el período de la Prehistoria reciente que mayor atención investigadora ha recibido en la cornisa cantábrica y el Noroeste de la península ibérica. Pero más importante en este punto es la amplitud de las reflexiones recientes realizadas en clave historiográfica sobre esta fase, con numerosos balances e historias de la investiga-

ción que presentan análisis detallados acerca de la genealogía de las investigaciones sobre la Edad del Hierro (ARMADA PITA 2013; AYÁN VILA 2012a: 35-174, 2012b; DÍAZ SANTANA 2002b; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007: 23-60; MARÍN SUÁREZ 2004, 2005a, 2011a: 13-40; TEIRA BRIÓN Y ABAD VIDAL 2012). Destacan sobre esta extensa producción bibliográfica dos trabajos que, además de realizar un balance crítico –y certero, en mi opinión– del panorama investigador del momento, señalan los vacíos investigadores y también los retos futuros (FERNÁNDEZ-POSSE 1998; GONZÁLEZ RUIBAL 2008a)<sup>14</sup>.

Son también interesantes los trabajos historiográficos que centran su esfuerzo en ofrecer visiones integradoras en las que la investigación regional sobre Edad del Hierro se pone en conexión con su contexto político y social. En este ámbito, tienen especial protagonismo las lecturas que relacionan los discursos elaborados en torno a los castros y sus habitantes con determinadas agendas políticas contemporáneas, entre las que destacan los nacionalismos y el celtismo (ARMADA PITA 2002; DÍAZ-ANDREU 1995; DÍAZ SANTANA 2002a; GARCÍA SÁNCHEZ 2009; GONZÁLEZ ÁLVAREZ Y MARÍN SUÁREZ 2012; GONZÁLEZ GARCÍA 2007; MARÍN SUÁREZ 2005a, 2005b; MARÍN SUÁREZ *et al.* 2012; RUIZ ZAPATERO 2006). En la misma línea, contamos con investigaciones que llevan su foco de atención hacia ámbitos más alejados del núcleo formal de lo académico y analizan la recepción por parte de los diversos públicos existentes en la postmodernidad de los conocimientos académicos que emitimos los investigadores, y su reelaboración «desde abajo». Disponemos por ejemplo de reflexiones sobre el valor de los incipientes proyectos de Arqueología en comunidad en los que las comunidades locales adoptan un papel protagonista en el desarrollo de las investigaciones arqueológicas (AYÁN VILA 2012c, 2014b; AYÁN VILA *et al.* 2012), o contextos festivos los festivales de recreación histórica donde la ciudadanía reconstruye acontecimientos o formas de vida pretéritas a través de su propio cuerpo (ALONSO GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013; GONZÁLEZ ÁLVAREZ Y ALONSO GONZÁLEZ 2013).

Como decía anteriormente, la Edad del Hierro en el Noroeste peninsular y en la orla de las montañas cantábricas constituye un período bien caracterizado arqueológicamente, tal y como revelan algunas de las síntesis más recientes que ofrecen visiones sólidas sobre este período (CAMINO MAYOR 2005; CELIS SÁNCHEZ 1996, 2002a; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007, 2008c; MARÍN SUÁREZ 2011a; RÍOS GONZÁLEZ Y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS 1998; VILLA VALDÉS 2008a), poniendo a veces este fenómeno en relación con marcos geográficos más amplios (HENDERSON 2007; MOORE Y ARMADA PITA 2011). Sin concretamos nuestro interés temático, comprobaremos cómo se encuentran disponibles construcciones cronológicas muy solventes (GONZÁLEZ RUIBAL

<sup>14</sup> Respecto a estos dos trabajos, cabe insistir en la clarividencia y la plena actualidad de las observaciones realizadas en la década de 1990 por María Dolores Fernández-Posse (1998), muchas de cuyas advertencias y líneas de acción continúan hoy plenamente vigentes, tal y como acertadamente insistió Xurxo Ayán Vila en la ponencia «Territorios en fuga: estudios críticos sobre las fortificaciones de la Edad del Hierro del Noroeste» presentada en el *Congreso Internacional Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio* celebrado entre el 14 y el 16 de mayo de 2014 en Zamora (website: <http://fortificacioneshierro.jimdo.com/> (último acceso: 20 de febrero de 2015)).

2006-2007; JORDÁ PARDO *et al.* 2009; VILLA VALDÉS 2002b, 2007d); interesantes propuestas y discusiones sobre los modelos indígenas de organización social que conjugan interpretaciones arqueológicas con lecturas antropológicas y sociológicas (AYÁN VILA 2012a; FERNÁNDEZ-POSSE Y SÁNCHEZ-PALENCIA 1998; GONZÁLEZ GARCÍA *et al.* 2011; GONZÁLEZ RUIBAL 2006b, 2011b; MARÍN SUÁREZ 2011a; PARCERO OUBIÑA 2003; SASTRE PRATS 2008, 2011); modelos regionalizados de los patrones de poblamiento y las formas de construcción social de los paisajes culturales castreños (APARICIO MARTÍNEZ 2010; CAMINO MAYOR 2002; CARBALLO ARCEO 1996; FÁBREGA ÁLVAREZ 2004; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c; MARÍN SUÁREZ 2006; PARCERO OUBIÑA 2000, 2002; PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007; PARCERO OUBIÑA Y FÁBREGA ÁLVAREZ 2006; VÁZQUEZ MATO 2009); relatos cada vez más detallados acerca de los modos de subsistencia y las fórmulas productivas de este período (CAMINO MAYOR 1997; FANJUL PERAZA 2011; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011d; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2009; PARCERO OUBIÑA 2006; PARCERO OUBIÑA Y AYÁN VILA 2009; TEIRA BRIÓN 2003, 2010); estudios de género (FERNÁNDEZ-POSSE 2000a; GONZÁLEZ SANTANA 2013b); las relaciones comerciales a lo largo de este período (CAMINO MAYOR Y VILLA VALDÉS 2003; GONZÁLEZ RUIBAL 2006c; GONZÁLEZ RUIBAL *et al.* 2010); o caracterizaciones y lecturas históricas de los elementos más reconocidos de su cultura material y sus regionalizaciones (AYÁN VILA 2013; BOLADO DEL CASTILLO *et al.* 2015; CARBALLO ARCEO Y FÁBREGAS VALCARCE 2006; FANJUL PERAZA Y MARÍN SUÁREZ 2006; MARÍN SUÁREZ 2012; TEIRA BRIÓN Y AMADO REINO 2014; VILLA VALDÉS 2002a, 2008b; VILLA VALDÉS *et al.* 2008).

Hacia el cambio de era, y tras la conquista militar del área cantábrica (PERALTA LABRADOR 2009), el Imperio romano incorpora estos territorios en sus dominios, por lo que la población indígena entra en un mundo nuevo (MARÍN SUÁREZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011; SASTRE PRATS 2001). El proceso de aculturación o de asimilación de las comunidades locales –proceso histórico con el que concluye el presente estudio– ha suscitado amplios debates, y afortunadamente también disponemos de buenas reflexiones historiográficas al respecto (BÉCARES RODRÍGUEZ 2010; FERNÁNDEZ OCHOA 2006; FERNÁNDEZ OCHOA Y MORILLO Cerdán 1999, 2007; GONZÁLEZ RUIBAL 2003b; PEREIRA MENAUT 2010), aunque se advierte en esta línea de estudios cierta desconexión con las perspectivas teóricas renovadoras que están siendo adoptadas en otras zonas del Imperio romano (e.g. WOOLF 1998).

Con la irrupción del estado romano, aparece la escritura por vez primera en estos territorios, por lo que de entonces en adelante la Arqueología y la Historia compartirán protagonismo en la generación de informaciones históricas sobre este período. Las fuentes más antiguas referentes a los habitantes del extremo noroccidental ibérico pueden llevarse hasta el I milenio a.C., con testimonios indirectos elaborados en clave etnográfica, y con una clara visión colonial, por parte de algunos de escritores clásicos grecolatinos, entre los que destaca Estrabón (SALINAS DE FRÍAS 2011). La prominencia de estos relatos, junto al tardío desarrollo de la Arqueología como disciplina autónoma en el estado español, abonó el terreno para un verdadero diálogo de sordos entre historiadores y arqueólogos. Durante mucho tiempo, ambos

colectivos de investigadores no establecieron relaciones honestas ni recíprocas, ni prestaron atención a los detalles teóricos y metodológicos o a los avances más recientes de los respectivos campos. Esta falta de interconexión sólo ha sido recientemente superada. Aunque, lamentablemente, continúan existiendo excepciones para este optimismo, sobre todo desde la vertiente de los estudios históricos (e.g. SANTOS YANGUAS 2006, 2009, 2011).

Todos estos trabajos delimitan el punto de partida de esta tesis doctoral y ofrecen un bagaje reflexivo muy presente en la formulación de esta investigación pues, de hecho, sus fortalezas y debilidades han condicionado la enunciación de las preguntas de investigación que catalizaron el establecimiento de algunos de sus objetivos concretos. Una de las observaciones iniciales a considerar, pues ha determinado la formulación del balance historiográfico contenido en este trabajo, es que la investigación arqueológica en el marco general de la cornisa cantábrica y su piedemonte meseteño ha sido conducida en un contexto de extrema parcelación, tanto en términos cronológicos como geográficos. Así, los trabajos desarrollados previamente han estado fuertemente encorsetados por rígidas fronteras temporales –períodos cronológicos como el Neolítico, la Edad del Bronce, la Edad del Hierro, etc.– y territoriales –CCAA, provincias o incluso comarcas–. Más aún, esta compartimentación tan acusada se ve reactivada cíclicamente a través de los propios trabajos historiográficos, pues por norma general reproducen los mismos segmentos espacio-temporales, naturalizándolos como nichos cerrados o campos científicos aislados entre los cuales es a veces complicado tender puentes de entendimiento.

### 3.4. La Prehistoria reciente y su periodización interna en las montañas cantábricas

A la hora de abordar una investigación arqueológica con un énfasis marcado en la diacronía, el manejo de una periodización cronológica lo más nítida posible es uno de los elementos clave para clarificar el discurso histórico. Es necesario manejar fases cronoculturales coherentes que permitan producir discursos inteligibles sin que sobreabunden categorías arbitrarias ni referentes o etiquetas que hablen por sí mismas evadiendo la interpretación arqueológica. Superar estas limitaciones en el área geográfica aquí considerada es un verdadero reto, pues la periodización de las diferentes fases analizadas no está en ocasiones lo suficientemente clara. Esto es debido, fundamentalmente, a la falta de datos locales, especialmente problemático por la falta de excavaciones en asentamientos.

Por ello, considerando siempre el objetivo de esta tesis de fomentar la discusión y lanzar a la crítica modelos interpretativos generales que sirvan de punto de inicio a futuras investigaciones, he optado por manejar un cuadro cronológico genérico sin prestar demasiada atención a las microdivisiones internas de los diferentes períodos de la Prehistoria reciente –sobre todo aquellas que ofrecen más problemas–. Con esta decisión no evito enfrentarme a un problema, pues soy consciente de

que la cronología es uno de los referentes fundamentales que ha de guiar la elaboración de las narrativas arqueológicas. Adopto esta posición en cambio como consecuencia de la falta de firmeza de los datos disponibles para muchos momentos de la Prehistoria reciente en las montañas occidentales cantábricas.

Un rasgo característico de las narrativas inanimadas tan frecuentes en los trabajos sobre la Prehistoria reciente cantábrica es su correlación con secuencias cronológicas de amplio alcance, lo cual genera problemas para establecer un cuadro cronológico sólido para el área de estudio. En la mayor parte de los casos, los cuadros temporales disponibles emplean etiquetas y periodizaciones externas que son adaptadas por la fuerza a los contextos locales. La compartimentación derivada de esta traslación de categorías (por ejemplo, Neolítico inicial, final, Calcolítico, etc.) impone la construcción de relatos individualizados para cada una de esas viñetas, o de narraciones continuas en las que el tránsito de una a otra fase debe derivar necesariamente en cambios forzosos en las interpretaciones. Así, cuando las informaciones disponibles en la zona de estudio no son suficientes para cimentar relatos amplios, porque son escasos o directamente no existen (pensemos en las formas de poblamiento o el registro doméstico de las distintas fases de la Edad del Bronce: inicial, pleno, final...), se corre el riesgo de asumir el contenido narrativo externo al área de estudio que viene adosado a los nombres de esas categorías importadas.

Disponemos de ejemplos de este tipo en el área de estudio, con alusiones generalistas a fasificaciones o “culturas arqueológicas” de escala europea que no han sido constatadas con la solidez suficiente en esta zona, como por ejemplo sucede con el Calcolítico. La individualización de esta fase de la Prehistoria reciente es un objetivo problemático para el área occidental cantábrica, ya que el registro arqueológico disponible no nos permite distinguir con claridad una fase que se corresponda con estas cronologías que difiera sustancialmente del Neolítico precedente o de la Edad del Bronce, más allá de la aparición puntual de algunos objetos metálicos como las puntas de tipo Palmela (e.g. DE BLAS CORTINA Y ROVIRA LLORENS 2005-2006). Al mismo tiempo, nos encontramos con la práctica ausencia de las formas materiales más expresivas del fenómeno campaniforme en la vertiente septentrional del occidente de la Cordillera Cantábrica, si exceptuamos escasos materiales presentes en necrópolis megalíticas como las del macizo de L'Aramo, en la montaña central asturiana (DE BLAS CORTINA 2012). Tampoco disponemos de evidencias que lleven a plantear un cambio cultural o de las formas de vida de los habitantes de este territorio en el III milenio cal a.C. que demandasen la introducción de una nueva fase –el Calcolítico– en la narración histórica de la Prehistoria reciente, pues coincido con Marisa Ruiz-Gálvez (1998: 151) en la consideración de que son más importantes los criterios culturales que los cronológicos o los tipológicos en el empleo de categorías cronoculturales de orden contencioso. Este aparente vacío choca con áreas próximas como el sur y oeste de Galicia (PRIETO MARTÍNEZ Y SALANOVA 2011), el valle del Duero (FABIÁN GARCÍA 2006; GARRIDO PENA 2000) o el área central y oriental de la cornisa cantábrica

(ONTAÑÓN PEREDO 2003a, 2003b). Todo ello me hace descartar la utilización por el momento de este concepto cronocultural para el área de investigación.

Otro buen ejemplo en este mismo sentido lo constituye la pretendida fundación de los primeros castros en el Occidente Cantábrico durante la Edad del Bronce (DE BLAS CORTINA Y VILLA VALDÉS 2008; VILLA VALDÉS 2007d; VILLA VALDÉS Y CABO PÉREZ 2003)<sup>15</sup>. Esta propuesta deriva de la traslación de modelos cronológicos propios del Norte de Portugal y la zona meridional de Galicia, en donde efectivamente los primeros poblados en altura que con posterioridad derivarían en castros fueron fundados en la cima de elevaciones destacadas del paisaje como asentamientos sedentarios hacia el año 1000 cal a.C., a finales de la Edad del Bronce (BETTENCOURT 2000; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007). No obstante, la plena sedentarización en castros monumentalizados en el Occidente Cantábrico se produce con un ligero retraso casi dos centurias después (JORDÁ PARDO *et al.* 2009), y de hecho este proceso podría identificarse con uno de los parámetros que marcan de manera más expresiva la transición entre el Bronce final y la Edad del Hierro (MARÍN SUÁREZ 2009).

En definitiva, situaciones como éstas ejemplifican las dificultades que nos encontramos en el área de estudio a la hora de buscar una cronología clara para la Prehistoria reciente que esté anclada sobre el propio registro arqueológico del área occidental cantábrica. Por un lado, las lagunas e indefinición de las secuencias cronoestratigráficas y de las tipologías de materiales para el Occidente Cantábrico suponen un problema severo para la construcción de cronologías sólidas en las distintas fases de la Prehistoria reciente. Sobre todo, destaca la ausencia de contextos domésticos excavados en extensión que deriven en secuencias tipológicas de materiales como la cerámica vinculadas a estratos datados mediante radiocarbono. A ello se le añade el característico aislamiento de esta zona respecto a fenómenos de amplio calado geográfico a lo largo de la Prehistoria reciente que nos pudieran permitir correlacionar los procesos locales con las secuencias mejor conocidas de las áreas vecinas, como los grupos arqueológicos campaniforme para el Calcolítico y tipologías cerámicas como Cogotas I o Penha para la Edad del Bronce. Por ello, llega a ser comprensible la aplicación directa de nomenclaturas o periodizaciones derivadas de las establecidas con mayor solidez en áreas cercanas como Galicia, el Norte de Portugal o la cuenca del Duero. No obstante, debemos explicitar estas situaciones, asumir –y no esconder– los problemas que se derivan de su implantación acrítica, y considerar su provisionalidad hasta que avancen las investigaciones en esta área geográfica. Para ello, se hace muy necesario ampliar la información arqueológica disponible e invertir al mismo tiempo un notable esfuerzo en revisar los materiales e

<sup>15</sup> Algunos autores plantean la existencia de un “efecto péndulo” en el Occidente Cantábrico (MARÍN SUÁREZ 2009: 35) para fechar ahora los poblados castreños con la mayor antigüedad posible (CAMINO MAYOR 2003, 2005; CAMINO MAYOR *et al.* 2009; VILLA VALDÉS 2002b, 2003, 2007d) como respuesta a la insistencia con la que otros autores sostuvieron hasta fechas muy tardías la fundación de los castros en época romana (CARROCERA FERNÁNDEZ 1990).

informaciones antiguas con el objetivo de llenar de contenido sociológico los nuevos esquemas cronológicos.

El Neolítico arranca en el área de estudio en la primera mitad del V milenio cal a.C. conforme ha podido ser atestiguada la presencia de la agricultura en algunas secuencias palinológicas como la de la turbera de Monte Areo (Xixón/Carreño, Asturias) (*ca.* 4800 cal a.C.) (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010), situada en un entorno profusamente humanizado mediante manifestaciones megalíticas (DE BLAS CORTINA 1995, 1999a, 1999b, 2013) en el área costera central de la actual Asturias. El tránsito hacia una subsistencia fundamentada en la producción de alimentos habría sido un complejo proceso de extensión de las novedades técnicas, productivas e identitarias que encarnaría el Neolítico, con diferentes ritmos según las características geográficas de cada zona, así como de la capacidad de agencia de los grupos mesolíticos que poblaban el territorio (ARIAS CABAL 2007). Sí conviene clarificar un extremo, y es que por el momento los datos disponibles indican que el proceso de neolitización sería más temprano en algunas zonas costeras donde se documentan horizontes neolíticos en cuevas y abrigos o impactos antropizadores ligados a la producción de alimentos en cronologías previas respecto a la extensión de estas formas de vida hacia el interior montañoso, o a la construcción de los primeros monumentos megalíticos.

El final del Neolítico y el tránsito hacia la Edad del Bronce resulta un proceso complicado de aquilatar cronológicamente en el área cantábrica, por los problemas del registro ya referidos. Diversos autores coinciden en que éste “es un ejercicio arduo y teñido de una inevitable arbitrariedad” (ARIAS CABAL Y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998: 48). No obstante, puede manejarse una fecha contenciosa del año 2200/2000 cal a.C. para el inicio de la Edad del Bronce (MARÍN SUÁREZ 2011a: 73-74), mientras que el III milenio a.C. podría ser considerado como un largo Neolítico final, antes que como Calcolítico –especialmente para el Occidente Cantábrico– por las razones previamente expuestas. Dentro de la Edad del Bronce se han distinguido habitualmente subfases relacionadas fundamentalmente con periodizaciones alóctonas de los materiales bronceos. No obstante, la carencia de contextos estratigráficos claros a los que vincular la inmensa mayoría de estas piezas implica que tales compartimentaciones se mantienen en pie en un forzado equilibrio. No obstante, a la vista de los materiales arqueológicos disponibles en el Occidente Cantábrico, así como con la consideración de ciertas evidencias de asentamientos puntuales sobre lugares destacados en el paisaje a finales del II milenio a.C. lleva a sostener la distinción de una fase de Bronce final entre el 1250 cal a.C. y el siglo IX cal a.C. (MARÍN SUÁREZ 2011a: 73-74).

Para la Edad del Hierro, en cambio, la amplitud de las investigaciones desarrolladas en las últimas tres décadas en todo el Occidente Cantábrico permiten disponer de una propuesta cronológica solvente, apoyada sobre dataciones radiocarbónicas (cf JORDÁ PARDO *et al.* 2009), estudios contextuales de materiales arqueológicos e interpretaciones sociológicas sobre los sucesivos estadios. Así, tomo en consideración la propuesta cronológica elaborada localmente por Carlos Marín

(2011a: 11) siguiendo los presupuestos previamente planteados para el Noroeste por Alfredo González Ruibal (2006-2007). Es ésta una propuesta cronológica para el paisaje castreño que se divide en una Fase I (1000 cal a.C.-400 cal a.C.) que arranca en el Bronce Final (subfase Ia: 1000 cal a.C.-825/800 cal a.C.) para poder establecer comparaciones con la aparición de las primeras aldeas sedentarias sobre localizaciones prominentes en el paisaje que se constata en el área meridional de Galicia y Norte de Portugal, pero que no se correlaciona en mi área de estudio con un fenómeno equivalente, al menos a la luz de los datos hasta ahora conocidos. Seguirían dos subfases Ib (825/800 cal a.C.-600 cal a.C.) y Ic (600 cal a.C. - 400 cal a.C.) coincidentes con el surgimiento del poblamiento castreño en esta región en la Primera Edad del Hierro. A continuación, una Fase II (400 cal a.C.-19 a.C.) correlacionable con la Segunda Edad del Hierro que se divide en sendas subfases IIa (400 cal a.C.-200 cal a.C.) y IIb (200 cal a.C.-19 a.C.). Al término de las Guerras Cántabras (29-19 a.C.) que conllevarían la anexión del Occidente Cantábrico al Imperio Romano, las formas de vida vinculadas al paisaje castreño entran en declive en lo que se ha denominado Fase III. En este período la gran mayoría de los poblados castreños serían abandonados, persistiendo la ocupación de algunos de ellos como lugares centrales del nuevo modelo administrativo y territorial impuesto por Roma (MARÍN SUÁREZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011; SASTRE PRATS 2001; VILLA VALDÉS 2009).





## Capítulo 4. La Arqueología del Paisaje como marco teórico de partida

### 4.1. El paisaje: definición y genealogía de un concepto clave

La prominencia del concepto «paisaje» en los debates de las Ciencias Sociales y las Humanidades ha ido en aumento en las últimas décadas (BENDER 1993b; GREIDER Y GARKOVICH 1994; HIRSCH Y O'HANLON 1995; JANOWSKI Y INGOLD 2012; WYLIE 2007). De igual forma, y con un ligero retraso respecto a las discusiones planteadas en las disciplinas anexas, estos debates han tenido un notable impacto en la Arqueología, donde también se han producido amplias reflexiones respecto al paisaje (ANSCHUETZ *et al.* 2001; ASHMORE Y KNAPP 1999; CRIADO BOADO 1999; DAVID Y THOMAS 2008a; JOHNSON 2007; THOMAS 2001; TILLEY 1994, 2004; UCKO Y LAYTON 1999). Debido a la relevancia que adquiere dicho concepto –junto al más concreto «paisajes culturales»– en mi investigación doctoral, creo que es importante arrancar la formulación teórica y metodológica de esta tesis asomándonos brevemente al origen y evolución de estos conceptos, sobre los que se ha debatido ampliamente en disciplinas como la Geografía, la Ecología, la Sociología o la Antropología. Al mismo tiempo, esta digresión previa me servirá para clarificar el sentido otorgado a dichos conceptos en este trabajo. No en vano, el término «paisaje» es utilizado con demasiada frecuencia en la literatura arqueológica de una manera laxa y ambigua (LAYTON Y UCKO 1999: 1-2), sirviendo de mero sinónimo para otros términos como «territorio», «espacio», «lugar» o incluso «área», conceptos que aquí utilizaré de manera conscientemente diferenciada.

En esta obra me referiré a los paisajes y a los paisajes culturales como «procesos sociales» en un sentido genérico (HIRSCH 1995). La elección de este concepto, y el empleo paralelo de la denominación paisajes culturales manifiesta la intencionalidad por transmitir una marcada sensibilidad hacia los valores que engloban tales conceptos en términos objetivos –aspectos físicos mensurables cuantitativa o cualitativamente que observamos a nuestro alrededor cuando dirigimos nuestra mirada al horizonte– y subjetivos –elementos que atañen a la percepción de la persona observadora, que le llevan a experimentar determinadas sensaciones y a realizar interpretaciones de su entorno en función de las dinámicas culturales, políticas o simbólicas adosadas a su propia identidad–. Siguiendo a Tim Ingold podríamos definir el paisaje “no como una totalidad que cualquiera pudiera observar, sino como el mundo en el que [cada cual] nos encontramos adoptando un punto de vista sobre nuestro alrededor. Es en este contexto de inmersión atenta al paisaje como la imaginación humana funciona elaborando ideas sobre él” (1993: 171). Al tiempo que rompe con la dicotomía naturaleza/cultura, esta concepción de paisaje enfatiza dos aspectos fundamentales que marcarán el desarrollo de mi investigación. Por un lado, pone el énfasis en el paisaje como un aspecto percibido y construido socialmente, a partir

de las experiencias y la normatividad propia del observador. Por otro lado, esta acepción de paisaje señala cierto distanciamiento respecto al término «medio ambiente» o «entorno natural» (del inglés *environment*), que más bien se refiere a una realidad pretendidamente objetivable y ajena a la consciencia y a la reflexividad humana. El tercer pilar que sustentará el manejo del concepto paisaje cultural –y que justifica su abordaje desde la Arqueología– es la consideración de su profundidad temporal en un doble sentido. En primer lugar, creo que una aproximación arqueológica a los paisajes culturales de una determinada región abre una vía útil para desentrañar su genealogía, pues como muchos autores han señalado, los paisajes que nos rodean suelen configurarse como palimpsestos en los que se entremezclan trazas o elementos dejados por las sucesivas generaciones o comunidades que habitaron una determinada región geográfica (e.g. ASTON Y ROWLEY 1974: 14). Por otro lado, este marco investigador constituye un contexto adecuado para atender a la historicidad de los procesos políticos, sociales y económicos que, en cada momento, median en la cotidianeidad de las personas que transforman su entorno y dan significado cultural a esos paisajes.

La acepción actual de paisaje<sup>16</sup> tiene su origen en el renacimiento humanista de los siglos XV y XVI, y se relaciona con los nuevos conceptos espaciales desarrollados en aquella época, así como con el auge de la burguesía urbana. En esos siglos tuvieron lugar importantes avances matemáticos y cartográficos que facilitaron la representación gráfica de la realidad, y que también se vieron reflejados en las artes. Por ejemplo, en la pintura flamenca comenzó a representarse el espacio con una intencionalidad clara que trataba de plasmar en el lienzo verdaderas disecciones de la realidad (COSGROVE 1984). A la vez, crecía la necesidad para distintos agentes sociales de apropiarse legalmente del espacio como potenciales propiedades, objetivo para el cual las representaciones pictóricas de paisajes que empleaban la perspectiva lineal también cumplían una función fundamental de carácter simbólico (COSGROVE 1985: 46), lo cual puede correlacionarse también con el desarrollo de la individualidad en la identidad de ciertos personajes –fundamentalmente hombres– de las elites sociales de la época (HERNANDO GONZALO 2002: 181-186). Surge en ese contexto la representación pictórica de «paisajes» en el Norte de Italia y Flandes, como escenas del mundo observado que se generan artísticamente de una manera realista “condicionada por una nueva forma científica de pensar el mundo y de un control creciente de la naturaleza por parte del ser humano” (Clark en COSGROVE 1985: 52). En paralelo, las clases acomodadas desarrollan el gusto por los parques y los jardines con diseños regulares, como representaciones idealizadas de una natu-

<sup>16</sup> Mientras que en las lenguas romances la palabra *paisaje* (castellano), *paysage* (francés), o *paesaggio* (italiano) deriva etimológicamente del término latín *pagus* –que significa región, tierra o campo–, el término *landscape* (inglés) –que genera el inicio de las discusiones en Ciencias Sociales que aquí abordamos, y de las que derivará el concepto de Arqueología del Paisaje o *Landscape Archaeology*– procede del término flamenco *landschap/landskap* (vocablo que, a su vez, deriva de la raíz germánica *landschaft*) que, al igual que las lenguas derivadas del latín, refiere por igual a una extensión del territorio y a su representación, por ejemplo pictórica (DARVILL 2008a; LEMAIRE 1997; OLWIG 1996).

raleza idílica, en las que los observadores –no campesinos ni trabajadores sino, por supuesto, gente de posición acomodada– podían pasear y obtener diferentes ópticas de la belleza ordenada que había sido generada por la acción humana (HIRSCH 1995: 2).

Esta separación entre lo observado y el observador se atestigua también en la cartografía, cuyo uso con objetivos políticos y económicos aumentará exponencialmente con la Modernidad y el fortalecimiento de los estados-nación. Este hecho puede correlacionarse con la extensión de las visiones idílicas de las naciones modernas mediante determinadas representaciones pictóricas de paisajes característicos de cada caso (AGNEW 2011; OLWIG 1993). Tampoco puede ser olvidada la invención de la imprenta y la extensión de la lectura entre las clases medias urbanas gracias al abaratamiento de los libros impresos (JOHNSON 2007: 9). Por lo tanto, el origen del actual concepto de paisaje deriva de un contexto político e ideológico determinado, que condicionará el significado otorgado a este concepto hasta el desarrollo de la Geografía cultural a comienzos del siglo XX.

Desde la Ilustración, la palabra paisaje vendrá siendo empleada con creciente asiduidad en términos artísticos, pero también académicos. Se debatirá sobre todo acerca de sus raíces etimológicas y su definición precisa, especialmente entre geógrafos alemanes, franceses y estadounidenses –aspectos que continuarán siendo discutidos hasta fechas muy recientes (OLWIG 1996)–. A comienzos del siglo XX, diversos geógrafos comenzaron a hablar del «paisaje cultural», y su éxito como herramienta analítica favoreció la extensión de este concepto a lo largo de las siguientes décadas. Su nacimiento deriva de la intención de aquellos autores por enfatizar la intervención humana sobre la naturaleza y el medio físico como factor central en la conformación de los paisajes humanizados que por aquel entonces comenzaban a extenderse por todo el globo. Fue el geógrafo alemán Otto Schlüter en 1908 quien utilizó por vez primera en términos académicos el concepto de paisaje cultural (en alemán *Kulturlandschaft*), para señalar el papel crucial de los seres humanos en la modelación de los paisajes, confrontando tal categoría a la de paisajes originales (*Urbandschaft*) levemente humanizados (en JAMES Y MARTIN 1981: 177).

Pocos años después, el geógrafo estadounidense Carl Ortwin Sauer consolidaría su uso en Geografía a través del célebre artículo “The Morphology of Landscape” (SAUER 1925). En este tratado sobre metodología geográfica, Sauer destacaba el papel de la cultura como agente de cambio y fuerza modeladora de los rasgos físicos observables de la superficie terrestre en aquellas áreas donde la intervención humana se hacía patente. Al mismo tiempo, presentaba el paisaje como aquella unidad orgánica en la que la interacción entre seres humanos y el medio podía ser observada y analizada. Estas consideraciones se distanciaban bastante del determinismo ambiental tan en boga hacia el cambio de siglo en Geografía (vid. PEET 1985), frente al que Sauer defendía la capacidad de iniciativa del ser humano, así como la relevancia de la diversidad cultural, posiblemente influenciado por antropólogos culturales como Franz Boas o Alfred Kroeber (SOLOT 1986; WYLIE 2007: 22-23). En definitiva,

para Sauer el concepto de paisaje cultural sería el de un sistema “creado por un grupo cultural a partir de un paisaje natural [en el que] la cultura es el agente, el área natural es el medio, el paisaje cultural es el resultado” (SAUER 1925: 46)<sup>17</sup>. Esta posición sería defendida con vehemencia por este geógrafo de la Universidad de California en Berkeley a lo largo de toda su trayectoria investigadora (SAUER 1956).

En la discusión abierta que atraviesa el artículo “The Morphology of Landscape” (1925), Sauer realiza apreciaciones verdaderamente reveladoras para una lectura arqueológica del texto. Por ejemplo, Sauer expone en la definición de paisaje de su artículo seminal que “con la introducción de una cultura diferente [en un área] se establece un rejuvenecimiento del paisaje cultural, o un nuevo paisaje cultural es sobrepuesto a los remanentes de otro anterior” (1925: 46), al mismo tiempo que afirma que el paisaje es “lo cotidiano”. Si consideramos los debates que por aquel entonces se desarrollaban en nuestra disciplina, los paralelos con los principios epistemológicos del historicismo cultural en Arqueología –con aspectos clave como la definición que ofrece V. Gordon Childe sobre las “culturas arqueológicas” (1929: v-vi) siguiendo a Kossina (TRIGGER 2006: 243-244)– son reseñables, lo cual contrasta con la escasa atención prestada por esta escuela al componente paisajístico en términos económicos o subsistenciales.

Si Sauer fue la figura más destacada en la creciente atención al paisaje en Estados Unidos, William G. Hoskins podría situarse como su homólogo británico en el despegue, unas décadas después, de este género de estudios. Este historiador inglés, autor del libro *The Making of the English Landscape* (1955), sentará las bases para el desarrollo de una potente tradición en Historia del Paisaje (*Landscape History*) ligada a la historia local en el medio rural del Reino Unido. Una de las principales novedades de su aportación deriva del importante componente de historicidad que incorpora a su escrutinio del paisaje, que prácticamente se nos presenta en su obra como un resultado estratificado de la acción humana en sucesivas épocas, que constituye “el más rico registro histórico que poseemos” en la actualidad (en DYER 2007: xiii). Hoskins apuesta para su estudio a través de la observación directa del paisaje “con las botas embarradas” de manera análoga a los principios defendidos por su colega O.G.S. Crawford (1953: 51-52) –de quien tomaría y desarrollaría la perspectiva del paisaje como palimpsesto (BOWDEN 2001)– y refuerza con su investigación el componente identitario y emotivo del paisaje, como herencia recibida por una colectividad.

La evolución disciplinar de las Ciencias Sociales ha derivado en recurrentes reflexiones acerca del paisaje o los paisajes culturales, cuya atención detenida excede los propósitos de este trabajo. Los principales debates a mediados del siglo XX fueron desarrollados en el seno de la Geografía cultural anglosajona, con apuestas

<sup>17</sup> Los pasajes extractados del artículo “The Morphology of Landscape” de Sauer (1925) han sido tomados de la traducción realizada por Guillermo Castro accesible en: <http://polis.revues.org/5015> (Último acceso: 7 de agosto de 2012).

diferenciadas por destacar la relevancia de la cultura sobre la naturaleza o a la inversa, o por insistir en la necesidad de *interpretar* y no *describir* los paisajes. Tales debates tenían como trasfondo el materialismo o el evolucionismo cultural, entre otras ideas-fuerza de pensamiento que alimentaban la discusión académica. Así por ejemplo, desde la tradición marxista se resaltaría la potencialidad ideológica del paisaje a través de la naturalización de códigos visuales determinados que escenifican “ilusiones de orden y control” y enmascaran situaciones de dominación por parte de estados, clases o individuos determinados (COSGROVE 1985). De forma análoga en Gran Bretaña, quizá en respuesta a la visión profundamente nostálgica e idílica del paisaje que ofrecía la obra de Hoskins, autores como John Barrell (1980) o Ann Bermingham (1986) se esforzaron en evidenciar el conflicto inherente a los procesos políticos y económicos que subyacen en la cotidianeidad de la formación cultural del paisaje. A partir de la década de 1990, autores marxistas como Don Mitchell reclamaron no olvidar la base materialista de los procesos de dominación y coerción que median en la producción de los paisajes, a través del trabajo y del capital (Mitchell en WYLIE 2007: 101-103). Para ello habría que centrar nuestros análisis en lo ordinario, consideración fácilmente asimilable desde la Arqueología.

A partir de la década de 1980, sobre todo desde los departamentos universitarios británicos, se han realizado revisiones críticas de la obra de Sauer en el marco de la Geografía humana. Estas voces críticas, entre las que destacan autores como James Duncan o Peter Jackson, señalan la vaguedad y uniformidad del concepto «cultura» manejado por el geógrafo norteamericano que, concebido como un todo orgánico, presta escasa atención a los procesos sociales y políticos subyacentes en la formación de los paisajes culturales; frente a ello, Sauer y sus discípulos prestarían una sobredimensionada atención a los aspectos físicos y materiales (en WYLIE 2007: 27-29). Esta discusión no deja de ser importante en los prolegómenos del presente trabajo, pues la crítica de estos geógrafos británicos nos pone en alerta ante la presentación de una investigación de Arqueología del Paisaje que fácilmente podría contentarse con aportar relaciones de yacimientos y análisis de captación de recursos en torno a aquellos como fin en sí mismo<sup>18</sup>. De este modo, asumiendo las críticas a los planteamientos de Sauer, mantendré siempre presente el interés último por acercarme a los procesos políticos, económicos y sociales que permanecen en la base del día a día de las personas que generaron los paisajes pretéritos del caso de estudio.

Por su parte, el enfoque fenomenológico focalizaría su atención en la experiencia del observador en la generación de los paisajes, que para autores como J.B. Jackson eran productos vernáculos del día a día de sus moradores (en WYLIE 2007:

---

<sup>18</sup> Tendencia hacia la que lamentablemente caen hoy demasiados colegas en nuestra disciplina ante la irrupción de las Tecnologías de Información Geográfica como herramientas altamente técnicas al servicio de la Arqueología, que muchas veces se aplican como fines en sí mismos sin derivar en interpretaciones de carácter sociológico o antropológico sobre los paisajes o las sociedades pretéritas (HU 2011; LLOBERA 2012).

50). Ya desde mediados del siglo XX encontramos referentes como David Lowenthal, para quien “la superficie de la tierra toma forma para cada persona por refracción a través de las lentes culturales y personales, los hábitos y la imaginación. Todos nosotros somos artistas y arquitectos paisajistas, creadores de orden y organización espacial, temporal y causal de acuerdo con nuestras apreciaciones y preferencias” (1961: 260). A finales del siglo XX, el enfoque fenomenológico tendría un importante impacto en Antropología y Arqueología, abriendo nuevos debates que pondrían el énfasis en la percepción y la experiencia particular de cada persona respecto al paisaje, que sería más bien un mundo en el que vivir, antes que algo que ver o contemplar.

Tim Ingold es uno de los representantes más destacados en esta línea de pensamiento, quien particularmente ha tenido un fuerte impacto en la Arqueología de las últimas dos décadas a través de obras como *The Perception of the Environment* (2000)<sup>19</sup>. En su trabajo, este antropólogo británico centra su esfuerzo en romper con los binomios cartesianos –tan arraigados en las Ciencias Sociales– que permanecen en la base de la concepción prevalente de paisaje como realidad objetivable u observable. Para él, resulta más completa y más potente en términos interpretativos la perspectiva heideggeriana vivencial o habitacional (del inglés *dwelling perspective*) en la que el paisaje es una imagen cultural inseparable del cuerpo observador (INGOLD 1993: 152), como una proyección más holística del ser-en-el-mundo heideggeriano en el que el cuerpo del observador, su autoconsciencia, lo material y lo espacial son difícilmente delimitables. El paisaje constituye así un testimonio de la vida y el trabajo de los seres humanos que lo habitaron, y sólo mediante la inmersión vivencial plena en él se torna propio para las personas (INGOLD 1993: 154). Por lo tanto, no existen límites o aristas para Ingold que separen lo cultural de lo ambiental (2000: 133). El paisaje se concibe así como una totalidad vivencial que deviene en la cotidianidad de los seres humanos, en la que sus actividades diarias, sus acciones y sus actividades quedan encapsuladas por el concepto *taskscape* (INGOLD 1993). Este enfoque se contrapone a la perspectiva constructivista (del inglés *building perspective*) que se sustenta en las dicotomías naturaleza/cultura y cuerpo/mente –según las cuales la realidad física de los paisajes sería preexistente a la intervención humana– y las extiende hacia las sociedades no-occidentales (INGOLD 2000: 185-187). La proyección sobre tales realidades de los valores que estructuran la cosmología occidental contemporánea genera así una deformación ontológica que normaliza de manera etnocéntrica y presentista las perspectivas, experiencias e identidades de las comunidades preindustriales.

La consideración de las aportaciones sobre el paisaje realizadas por Ingold constituye una advertencia a tener muy presente al inicio de una investigación como esta, que trata de analizar arqueológicamente los procesos de construcción social del

<sup>19</sup> El impacto de la fenomenología en Arqueología del Paisaje ha sido trascendental, sobre todo a partir de la década de 1990 en el marco británico (BRÜCK 2005; JOHNSON 2012b), donde sobresalen las obras de Christopher Tilley (1994, 1996, 2004).

paisaje desplegados por gentes sin voz, cuya cosmología nos resulta desconocida, y que en todo caso estaría muy alejada de nuestra concepción occidental contemporánea del universo o del propio ser humano. Por lo tanto, más que caer en el desánimo al considerar esta mirada perspectivista (sensu VIVEIROS DE CASTRO 1996) –acusada frecuentemente de subjetiva o de acientífica–, deberíamos tener muy presentes en nuestras indagaciones los límites de nuestro potencial entendimiento sobre las formas culturales prehistóricas. Podremos así detectar los influjos de nuestra ontología occidental en la generación de nuestras narraciones arqueológicas sobre los paisajes culturales de la Prehistoria, para finalmente intentar rebasarlos y evitar reproducirlos –o al menos problematizarlos–. Con este objetivo, cobra relevancia la atención a las teorías locales, como interpretaciones alternativas que quizá puedan adentrarse en espacios ocultos para nuestra lógica occidental capitalista y eminentemente urbana, asumiendo el riesgo de romper con los límites disciplinares de nuestro ordenamiento metodológico (ALBERTI Y MARSHALL 2009; HABER 2009, 2011b). Del mismo modo, resultará muy útil en estas exploraciones tomar como catalizadores de nuestros procesos interpretadores aquellos referentes informativos derivados de trabajos antropológicos o etnoarqueológicos que nos ayuden a imaginar alternativas a los procesos históricos estudiados, más allá de las coordenadas cartesianas de la perspectiva constructivista (*building perspective* de Ingold); siempre y cuando seamos capaces de identificar y no forzar los límites de la analogía en nuestras investigaciones (GÁNDARA 1990; WYLIE 1985)<sup>20</sup>.

Actualmente, nadie pone en duda la vigencia del concepto de paisaje ni su idoneidad para el análisis en el marco de las Ciencias Sociales. De los debates desarrollados en las últimas décadas, podemos reafirmar la imposibilidad de separar quirúrgicamente las relaciones existentes entre las actividades sociales y subsistenciales de los seres humanos, y la naturaleza en sí misma. Lo cultural no puede ser analizado al margen de las condiciones que sirven de marco para el desarrollo de las experiencias culturales de las sociedades humanas: los ecosistemas biológicos o los condicionantes físico-químicos, geológicos, climáticos, etc. de la superficie terrestre y su atmósfera. Igualmente, la relevancia de la percepción y las identidades particulares del sujeto no pueden quedar de lado en la interpretación desde las Ciencias Sociales de los procesos de construcción social de los paisajes.

<sup>20</sup> Límites que en el contexto geográfico más amplio de esta investigación han sido menoscabadas con relativa frecuencia, debido a la proliferación de ejercicios demasiado atrevidos o incluso inconscientes en el uso o la atención a las teorías locales como elementos propiciadores de narrativas histórico-arqueológicas sobre diferentes aspectos de la Prehistoria reciente (como ejemplos de esto, vid. TORRES MARTÍNEZ 2014; TORRES MARTÍNEZ Y SAGARDOY FIDALGO 2006; VÁZQUEZ VARELA 2000).



## 4.2. Gobernanza de los paisajes culturales e influencia en la investigación

Introduciendo más variables a considerar en este vivo debate sobre el paisaje, las reflexiones intelectuales o académicas alrededor de este concepto están siendo además profundamente mediatizadas en los últimos tiempos por una serie de definiciones técnicas derivadas de las fórmulas de gobernanza y los modelos de administración y gestión territorial que se vienen imponiendo globalmente desde los países occidentales (SABATÉ BEL 2011: 12). En estos contextos, las etiquetas «paisaje» o «paisajes culturales» son empleadas con una preocupación más bien orientada en describir el territorio en términos prácticos y cuantificables. En una era en la que el impacto de las acciones de los seres humanos es cada vez más fuerte en todo el mundo (KAREIVA *et al.* 2007) –que ha llevado incluso a la acuñación del Antropoceno como una nueva era geológica condicionada por el mayúsculo impacto generado en el planeta por las actividades antrópicas (CRUTZEN 2006; CRUTZEN Y STOERMER 2000; ZALASIEWICZ *et al.* 2008)–, la preocupación por la conservación del patrimonio natural o cultural demanda conceptos y clasificaciones útiles para la gestión del territorio (WU 2010). El uso de estas concepciones se ha ido extendiendo exponencialmente desde la década de 1990 (JACQUES 1995), lo cual ha generado una notable confusión terminológica en las fronteras del ámbito académico debido a la prominencia de las instituciones que las promulgan: la UNESCO, la Unión Europea, etc. No en vano, si el paisaje se crea a través de la percepción y no existe en un sentido real –como un todo delimitable y tangible–, su conservación generará verdaderos quebraderos de cabeza a los gestores (FAIRCLOUGH 1999: 122).

Este creciente enredo deriva de que, en determinados momentos, son los propios investigadores y académicos de las Ciencias Sociales quienes se ven obligados a adoptar sin demasiada crítica las definiciones técnicas y poco reflexivas de estos términos. Tales situaciones se producen, por ejemplo, al solicitar financiación para sus proyectos de investigación en convocatorias promovidas por instituciones más atentas a los dictámenes y al lenguaje de los organismos mencionados que al contenido y a las ideas presentes en los debates académicos, por muy paradójico que esto resulte. Por ello, conviene repasar brevemente la génesis de estas etiquetas y explicitar la pertinente crítica a los límites de tales definiciones que, en mi opinión, no deberían ser empleadas en los contextos investigadores de la Arqueología.

En octubre de 1992 un comité internacional de expertos reunidos en la localidad francesa de La Petite Pierre elevaba al Comité de Patrimonio Mundial de la UNESCO una serie de recomendaciones encaminadas a crear la categoría de «paisajes culturales» como una opción en sus listados de elementos protegidos para aquellos casos en los que lo natural y lo cultural destacasen por igual (RÖSSLER 2003). La UNESCO adoptaba ese mismo año tal petición, por lo que desde entonces el concepto de paisajes culturales ha tenido una fuerte presencia en los debates internacionales del ámbito de la Gestión del Patrimonio (APLIN 2007; FOWLER 2003; RÖSSLER 2006).

La UNESCO establece que los paisajes culturales son producto de una combinación de factores naturales y antrópicos, siendo su diversidad un ejemplo de la evolución de las sociedades humanas a lo largo de la Historia, bajo la influencia de las limitaciones físicas y/o las oportunidades que ofrece el medio natural, así como de las diferentes posibilidades sociales, económicas y culturales de cada sociedad (UNESCO 2013: 87-88). A la vista de las motivaciones proteccionistas de este organismo, en sus objetivos se reconoce la necesidad de preservar una diversidad amplia y significativa de este tipo de manifestaciones culturales, pues los paisajes culturales “suelen reflejar técnicas específicas de aprovechamiento sostenible de la tierra, al considerar en su génesis las características y límites del medio natural y una relación espiritual específica con la naturaleza de los grupos humanos que los forjaron” (UNESCO 2013: 88). Los paisajes culturales, fruto de esa perdurable sostenibilidad, también alojan una alta diversidad biológica, por lo que su conservación tiene gran relevancia para la protección del patrimonio natural (UNESCO 2013: 88). Todo lo cual trasluce una visión ligeramente estatista de los paisajes culturales que, si bien son definidos como el resultado de ciertos procesos culturales desarrollados a lo largo del tiempo, son a la vez considerados una suerte de productos finales. Esto evidencia ciertas resonancias ahistóricas de esta concepción, al negar la opción posible (o deseable) de cambio futuro. Así, los sucesivos comités de expertos convocados por la UNESCO no dudan en insistir en la necesidad de que los ejemplos catalogados como paisajes culturales patrimonio de la humanidad «retengan» los valores que les hicieron ser considerados como tales (vid. MITCHELL *et al.* 2009).

A diferencia del concepto restringido empleado por la UNESCO, el *Convenio Europeo del Paisaje* promovido por el Consejo de Europa nos presenta una definición de paisaje más abierta, como “cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos” (COUNCIL OF EUROPE 2000: artículo 1). Esta definición, así como el articulado del propio convenio, extienden la consideración de paisajes culturales “tanto a los paisajes que puedan considerarse excepcionales como a los paisajes cotidianos o degradados” (COUNCIL OF EUROPE 2000: artículo 2), pues son “un elemento fundamental del entorno humano, expresión de la diversidad de su patrimonio común cultural y natural y como fundamento de su identidad” (COUNCIL OF EUROPE 2000: artículo 5a). Así, esta declaración se adosa a un proceso de fortalecimiento de las identidades de cada territorio reforzando ante la población objetivo la especificidad de su paisaje, independientemente de su calidad y del aprecio que merezca (MATA OLMO 2008: 156). Por todo ello, pese a que los objetivos gestores y de protección prevalezcan en este acuerdo –de forma análoga a los paisajes culturales de la UNESCO–, la definición que subyace en el *Convenio Europeo del Paisaje* es más abierta y comprensiva. De la misma forma, aunque permanezcan presentes valoraciones de ‘degradación’ atribuibles a determinados paisajes, o se planteen ‘objetivos de calidad paisajística’, esta definición se mueve ligeramente hacia una concepción más holística que, con matices, se aproxima a los debates académicos en torno

al concepto paisaje que se vienen produciendo desde inicios del siglo XX en las Ciencias Sociales.

Por su parte, el Servicio Nacional de Parques Nacionales del gobierno federal de Estados Unidos (*National Park Service*, NPS) reconoce los paisajes culturales como un tipo específico de patrimonio en su extensa red de espacios protegidos que es necesario identificar y proteger. Cuenta para ello con un amplio desarrollo normativo encaminado a su gestión (NATIONAL PARK SERVICE s.f.). Según los criterios de esta agencia, un paisaje cultural es “un área geográfica (incluyendo tanto los recursos culturales como la vida salvaje y los animales domésticos), asociada con un evento histórico, una actividad o un personaje, o que bien exhibe otros valores culturales o estéticos” (BIRNBAUM 1994: 1). De forma análoga a la UNESCO, es fácil constatar en sus directivas y definiciones la intención de catalogar como tales aquellos ejemplos de mayor “singularidad” y mejor “estado de conservación”. En lo referente a su vertiente arqueológica, se recoge cómo los recursos arqueológicos presentes en estos casos “no sólo tienen valor histórico, sino que también pueden revelar información significativa sobre ese paisaje cultural” (BIRNBAUM Y CAPELLE PETERS 1996: 9), y cómo la Arqueología del Paisaje es una herramienta poderosa para comprender su evolución histórica (BIRNBAUM 1994: 5, 7).

Pese al auge del concepto «paisajes culturales» como consecuencia de su uso en gestión territorial a la sombra de los organismos e instituciones aludidos (ALONSO GONZÁLEZ 2013), la definición de paisaje cultural como el resultado de la interacción dinámica entre actividades humanas y el medio físico y natural permanece clara en el ámbito académico desde los trabajos de geógrafos como Sauer. Sin embargo, lo que plantean organismos como la UNESCO o el NPS deriva de “una preocupación administrativa, preservadora y política, más que académica y proyectual” (SABATÉ BEL 2011: 12). Tales instituciones pretenden identificar y preservar paisajes culturales de especial interés, de ahí las acotaciones y matizaciones en búsqueda de la pureza o especial significación de los paisajes culturales para ser tomados como tales. Esto excluye la posibilidad de considerar paisajes culturales a buena parte de la superficie terrestre, donde quizá los valores idílicos de un proceso histórico determinado no se hayan preservado con integridad y con los valores estéticos deseados.

Paradójicamente, y amplificando de manera quizá simplificadora el problema detectado, aquellos ejemplos de paisajes producto de largas y/o divergentes ocupaciones humanas que hayan generado múltiples, complejas y/o contradictorias trazas materiales sobre la superficie terrestre, podrían ser descartados como casos merecedores de protección, pues su lectura histórica o su gestión territorial resultarían complejas ante la dificultad de identificar un proceso histórico determinado que mereciese su interpretación, protección y “puesta en valor”. Al mismo tiempo, las connotaciones ideológicas de las formas de gobernanza neoliberal y de las prácticas de gestión territorial tienden a objetivar en exceso las definiciones de los paisajes culturales. Como resultado, en ocasiones la mirada hegemónica margina u olvida aquellas subjetividades divergentes propias de los grupos o clases subalternas.

Por todo ello, no creo que la aplicación de estas directivas o categorizaciones institucionales –más restrictivas en sus definiciones– sea útil a nivel investigador, por cuanto el concepto de paisaje cultural debería servirnos de marco contextualizador a nivel teórico y metodológico para acercarnos a la realidad sociológica de las comunidades humanas –pretéritas o actuales– que interactúan con su entorno. Deberíamos superar, en este sentido, el matiz contemplativo que aparentemente subyace en las concepciones sobre el paisaje que mantienen estas organizaciones, y profundizar en cambio en el componente cultural e histórico de los paisajes como realidades construidas y percibidas en función de determinados contextos identitarios, sociales, políticos y económicos.

Los planteamientos de la UNESCO o el NPS pueden arrastrar a las Ciencias Sociales hacia la atemporalidad y la búsqueda de la excepcionalidad. Al mismo tiempo, su naturalización podría consolidar de manera acrítica determinadas visiones hegemónicas sobre la relación entre los seres humanos y su entorno que derivan de la exitosa visión capitalista, occidental y urbana impuesta a escala planetaria como resultado de la globalización. Llegados a este punto, y como refería el francés Jean Brunhes (1910) acerca de la Geografía, creo que a la Arqueología, como el resto de Ciencias Sociales y Humanidades, debería importarle mucho más lo corriente o lo normal, que lo extraordinario.

En definitiva, el concepto de paisaje y de paisajes culturales ofrece un marco de análisis con gran potencial para las investigaciones arqueológicas que pretenden abordar las relaciones que se establecen entre las comunidades humanas y su entorno. A la vista de los debates abordados en el conjunto de las Ciencias Sociales, surge en las décadas de 1970 y 1980 la Arqueología del Paisaje, aunque su consolidación a nivel teórico llegaría en la última década del siglo XX. Este nuevo campo de estudios arqueológicos ofrecerá un marco teórico y metodológico adecuado para interrelacionar cuestiones sociales e históricas –como los modos de subsistencia, los modelos de organización social, las formas de poblamiento o los distintos niveles identitarios de las comunidades humanas– con aspectos geográficos, ambientales y de percepción, partiendo siempre del análisis de la materialidad como reflejo de la acción cotidiana de los seres humanos en el medio. Al mismo tiempo, la utilización del concepto «paisaje» no sólo resulta conveniente en nuestra disciplina para encapsular procesos sociales e históricos que puedan ser abordados desde el estudio de la cultura material, sino que su consideración también será útil para enriquecer nuestras propias interpretaciones con las amplias discusiones que se han lanzado transdisciplinarmente desde las Ciencias Sociales en torno a este concepto y a la naturaleza cultural de las comunidades humanas.

### 4.3. El desarrollo de la Arqueología del Paisaje

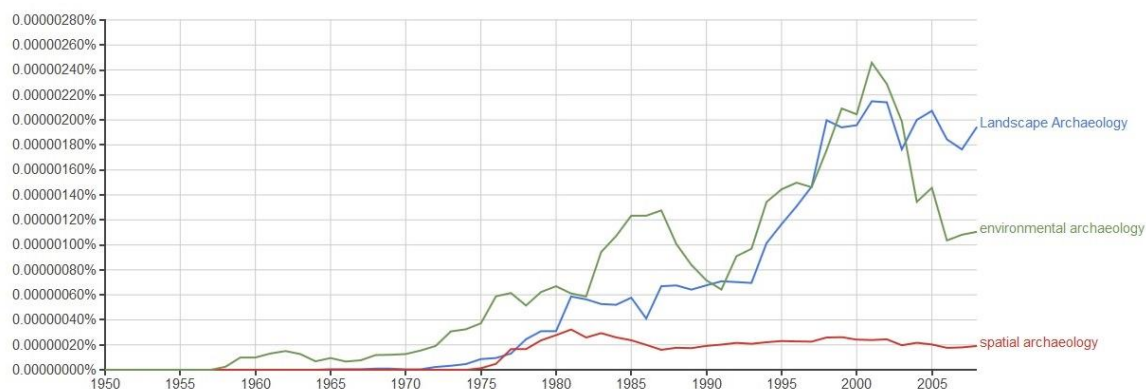
El uso del término «paisaje» dentro de la Arqueología era relativamente frecuente a comienzos del siglo XX, aunque simplemente se empleaba en un sentido

genérico, como sinónimo de medio, entorno o territorio. Sin categorizar sus investigaciones dentro de una «Arqueología del Paisaje», muchos autores realizaban aproximaciones arqueológicas desde perspectivas que comulgarían con ciertos aspectos propios de este género de estudios. Destacaba su atención a lo espacial, a los territorios culturales y/o políticos –con ejemplos tan claros como la definición de «cultura arqueológica» propuesta por Childe (1929)–, a las relaciones entre naturaleza y cultura (MEIER 2012: 505-506), así como a los entornos de los yacimientos excavados con preocupaciones de orden geográfico o ecológico (DARVILL 2008b: 61-62) que identificaban el paisaje como “la arqueología más allá del límite de la cata” (FLEMING 2012a: 463).

Será en la década de 1970 cuando asistamos a la formulación de la Arqueología del Paisaje como una estrategia investigadora con entidad propia que comience a generar reflexiones teóricas y metodológicas destacables en el contexto de la Arqueología anglosajona. La monografía *Landscape Archaeology: An Introduction to Fieldwork Techniques on Post-Roman Landscapes* de Aston y Rowley (1974) constituye la primera publicación que utiliza esta denominación. El interés de esta obra radica en el planteamiento de que es posible para la Arqueología distinguir las diferentes fases formativas de los paisajes rurales de las Islas Británicas. Estos investigadores británicos ahondaban de esta forma en la tradición de estudios de historia local en la que había emergido la obra seminal de Hoskins (1955) y de arqueólogos como Crawford (1953), para adentrarse en el palimpsesto material que configura el paisaje rural inglés. El objetivo fundamental de su aproximación era distinguir y ordenar los efectos que habían sido inscritos en el paisaje como resultado de las actividades desarrolladas por sucesivas generaciones o culturas (ASTON Y ROWLEY 1974: 14), objetivo en el que posteriormente ahondaría Michael Aston (1985).

Durante sus primeros años de vigencia –en los que su desarrollo se produciría sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos (DARVILL 2008b: 62)–, la denominación Arqueología del Paisaje no tenía una definición clara que podamos relacionar de alguna forma con una acepción más actual. En primer lugar, su utilización no acarrearía necesariamente una atención verdadera a las discusiones que se venían desarrollando por aquellos años en disciplinas cercanas de las Ciencias Sociales, como la Geografía cultural<sup>21</sup>. En cambio, las investigaciones arqueológicas que usaban esta etiqueta se centraban más bien en comprender las relaciones e impactos que los grupos humanos generaban en su entorno físico desde una perspectiva ecológica o biologicista muy en la línea de la Arqueología procesual. Este tipo de estudios encajan en lo que hoy denominaríamos *Environmental Archaeology*, que podríamos definir como “aquellas aproximaciones arqueológicas basadas en métodos científicos (...) enraizadas en la división analítica entre los seres humanos y el mundo”, pues parte del concepto medio ambiente (del inglés *environment*) tomado de la ecología

<sup>21</sup> Ver epígrafe «4.1. El paisaje: definición y genealogía de un concepto clave».



**Fig.4.1:** Gráfico extraído de la aplicación web *Google Ngram* con la frecuencia de los términos “Landscape Archaeology”, “Spatial Archaeology” y “Environmental Archaeology” dentro de los textos disponibles a través de *Google Books* (Consultado 11 de diciembre de 2014).

como término objetivo que “encapsula una división epistemológica entre el ser humano y su entorno biótico y/o abiótico” (MEIER 2012: 503).

En sus primeros años, la notoriedad disciplinar de la Arqueología del Paisaje fue limitada, y no sería hasta mediados de la década de 1980 cuando los conceptos «paisaje» o «Arqueología del Paisaje» comenzasen a sobresalir, por ejemplo, en las principales revistas de Arqueología (DAVID Y THOMAS 2008b: 27-28). En este sentido, resulta ilustrativo el análisis que nos permite realizar la herramienta *Google Ngram*<sup>22</sup> respecto a la frecuencia de aparición de los términos en inglés *Landscape Archaeology* frente a *Spatial Archaeology* o *Environmental Archaeology* dentro de los textos –libros pero no revistas– disponibles a través de *Google Books* (**Fig.4.1**). La gráfica que resulta de dicha consulta muestra un lento despegue del término *Landscape Archaeology* desde los años 1970, que sólo remonta con fuerza a lo largo de la década de 1980; mientras su verdadera eclosión no llega hasta las décadas de 1990 y 2000.

La figura muestra también la fuerza que en un primer momento sostuvo la Arqueología Espacial –etiqueta más apegada a procedimientos investigadores ligados al procesualismo– como el análisis de captación de recursos (del inglés *site catchment analysis*), la demarcación de territorios alrededor de los lugares de habitación mediante polígonos de Thiessen o el estudio de los sistemas/patrones de poblamiento (CLARKE 1977; HODDER Y HASSALL 1971; HODDER Y ORTON 1976). Como paso previo al desarrollo de la Arqueología del Paisaje, es indudable que la Arqueología Espacial vinculada a la Nueva Arqueología ofreció una base indispensable para el posterior desarrollo de la Arqueología del Paisaje. Destacan en este punto sus aportes en cuanto al desarrollo de métodos rigurosos y de los sólidos procedimientos analíticos característicos de este género de estudios derivados de métodos científicos.

<sup>22</sup> *Google Ngram Viewer* es una aplicación gratuita de *Google Inc.* que permite visualizar la frecuencia de aparición (por años) de palabras o frases presentes en los textos disponibles a través de *Google Books* (en 2013 eran ya más de 10 millones) para un determinado idioma (Ver: <http://books.google.com/ngrams>; última consulta: 11 de diciembre de 2014).

cos tomados de la ecología (KLUIVING Y GUTTMAN-BOND 2012: 13-14) que aún hoy sustentan los trabajos de la Arqueología del Paisaje. Procedimientos como el empleo de fotografías aéreas, las prospecciones de superficie, o el uso de fórmulas de representación de la información en forma de mapas con distribuciones de yacimientos (SOLER SEGURA 2007: 48-49) se enraízan en la Arqueología Espacial desarrollada por el procesualismo. También serían importantes en este contexto las investigaciones etnoarqueológicas que buscaban establecer teorías de alcance medio en torno a cuestiones espaciales (e.g. BINFORD 1982), al ofrecer un corpus de referentes catalizadores para la interpretación que, entre otras derivaciones, generarían las primeras críticas al procesualismo (vid. HODDER 1982).

A partir de la década de 1980, el componente espacial establecido desde los presupuestos procesualistas fue puesto progresivamente en cuestión en el seno de las Arqueologías postprocesuales, en conexión con la renovación que generaba en la Geografía la irrupción de la Nueva Geografía Cultural y con las críticas al reduccionismo derivado de la aplicación universalista del modelo hipotético-deductivo en Arqueología (HODDER 1982, 1985). Sobre todo, destacarían las críticas –de especial consideración en los planteamientos previos del presente trabajo– a los criterios maximizadores derivados de la aplicación de lógicas capitalistas contemporáneas presentes en muchos de los estudios desarrollados en el seno de la Nueva Arqueología (SOLER SEGURA 2007: 49), al olvido de los componentes sociales y culturales (CRIADO BOADO 1999: 5), así como a la consideración del paisaje como un objeto o un sujeto sobre el que pueda estudiarse simplemente su relación con los seres humanos (DARVILL 1999: 107-110). En adelante, los investigadores llevarían su atención hacia aspectos ligados más bien a la percepción y las experiencias, las identidades o las relaciones de poder, muy en la línea con los puntos de vista de las Arqueologías postprocesuales. Podríamos decir que lo cualitativo sustituía en la Arqueología del Paisaje a las variables cuantitativas que habían sido absolutamente predominantes en la formulación de la Arqueología Espacial. O lo que es lo mismo, la atención al paisaje desplazaría la posición de la Arqueología de una intención “explicadora” a una “interpretadora”, según los términos planteados por Weber (en LAYTON Y UCKO 1999: 2-3).

Al volver la mirada al estado español, la irrupción de este género de estudios arqueológicos se produce a partir de la década de 1980, cuando la Arqueología respiraba aires renovados en pleno proceso de consolidación y expansión de la disciplina. Entonces, una de las novedades que irrumpe en la península ibérica es la Arqueología espacial, íntimamente ligada al procesualismo. Los encuentros de Arqueología espacial (1984-2010) auspiciados por Paco Burillo desde el Colegio Universitario de Teruel tendrán un protagonismo destacado en la consolidación de este género de estudios en el estado español. Dichas reuniones concentraron en esta pequeña ciudad aragonesa a investigadores de toda la península ibérica que, en adelante, pondrían en práctica métodos como las prospecciones arqueológicas, los análisis de captación de recursos, la inclusión de la geomorfología en la Arqueología o el estudio de



**Fig.4.2:** Gráfico extraído de la aplicación web *Google Ngram* con la frecuencia de los términos “Arqueología del Paisaje” y “Arqueología Espacial” dentro de los textos disponibles a través de *Google Books* (Consultado 11 de diciembre de 2014).

los territorios pretéritos en términos económicos y políticos (MEDEROS MARTÍN 1997).

La biografía de los coloquios de Arqueología Espacial –así como el análisis bibliométrico de sus actas– permite realizar un diagnóstico detallado del desarrollo investigador de este género de estudios, que pronto acogerían perspectivas críticas que derivarán en el desembarco en el ámbito ibérico de la Arqueología del Paisaje (vid. CRIADO BOADO 1991, 1993a). En relación con esta mudanza en el pensamiento que sostiene las aproximaciones arqueológicas que se alejan de los límites de los yacimientos, resulta interesante acudir de nuevo a la herramienta *Google Ngram* para observar la frecuencia de aparición de «Arqueología Espacial» frente a «Arqueología del Paisaje» en los libros en castellano presentes en *Google Books* (**Fig.4.2**). La gráfica muestra un despegue retrasado en el tiempo de la segunda acepción respecto a lo que veíamos anteriormente para el mundo anglosajón. También se observa la rápida superación de la Arqueología Espacial por parte de la Arqueología del Paisaje, aunque, la primera se mantiene en valores constantes hasta la actualidad. En este sentido, es absolutamente paradigmático que a mediados de la década de 1980 sea ese el nombre seleccionado para el lanzamiento de estos encuentros en Teruel y de la publicación periódica que acogerá en adelante sus actas, en vez de apostar ya por «Arqueología del Paisaje» o de haber buscado una alternativa más neutra o genérica.

No obstante, si bien estas observaciones generales revisten gran interés para repasar la evolución de estas líneas investigadoras a escala estatal o ibérica, al atender al área inmediata de esta investigación podremos calibrar la escasa presencia de arqueólogos que trabajen en el área asturleonera de la Cordillera Cantábrica (e.g. JORDÁ PARDO Y CARROCERA FERNÁNDEZ 1984). Esta situación evidencia el nulo impacto de este género de estudios en la Prehistoria reciente del Occidente Cantábrico durante las décadas de 1980 y 1990. Sin embargo, la reseñable presencia de investigadores procedentes de Galicia (CRIADO BOADO 1988a; CRIADO BOADO *et al.* 1985; PARCERO OUBIÑA *et al.* 1998a), así como de grupos investigadores que trabajan en



regiones próximas como el Bierzo (SÁNCHEZ-PALENCIA Y FERNÁNDEZ-POSSE 1986; SASTRE PRATS 1998), muestra la excepcionalidad de nuestra área de estudio en cuanto a la tardía implantación de la Arqueología del Paisaje, línea investigadora que llegaría de la mano de los estudios rurales medievales en los últimos años del siglo XX (e.g. FERNÁNDEZ MIER 1996a, 1999), y que desde entonces se ha mantenido a una intensidad muy baja, de nuevo en comparación con otras regiones del estado español<sup>23</sup>.

Es importante remarcar que la Arqueología del Paisaje no aparece segmentada en escuelas o líneas teóricas claras hasta la década de 1990. Hasta entonces, diferentes grupos de investigadores tomaban dicho concepto para desarrollar diferentes aproximaciones que podían divergir notablemente entre sí. En este sentido, sólo en la última década del siglo XX la Arqueología del Paisaje terminaría por desbordar el empirismo positivista previo en este género de investigaciones, situando el paisaje como objeto de reflexión teórica en Arqueología (THOMAS 2001: 165) a la luz de distintas líneas de pensamiento, como el estructuralismo, el materialismo, teorías críticas como el feminismo o incluso desde miradas renovadoras planteadas a partir de Annales. En este nuevo contexto, es cuando se asientan definiciones de paisaje como las propuestas en el entorno disciplinar de la Arqueología por Tim Ingold –“como el mundo en el que [cada cual] nos encontramos adoptando un punto de vista sobre nuestro alrededor” (1993: 171)– o Felipe Criado –“el producto socio-cultural creado por la objetivación, sobre el medio y en términos espaciales, de la acción social tanto de carácter material como imaginario” (1999: 5)– que constituyen los referentes de partida para mi trabajo. Aunque al mismo tiempo, no debemos olvidar que, incluso en el seno de la Arqueología británica, continúan desarrollándose con éxito propuestas e investigaciones más tradicionales que sólo parecen haberse visto afectadas superficialmente por estas discusiones renovadoras en lo teórico (JOHNSON 2007: 2). Entre los trabajos que adoptan esta orientación destaca la revista *Landscapes* y autores como Andrew Fleming (2006b, 2012a, 2012b).

Sin duda alguna, son las lecturas fenomenológicas del paisaje las que han tenido un impacto reciente más reseñable en la configuración de una Arqueología del Paisaje volcada hacia las experiencias subjetivas de las comunidades preindustriales pretéritas. Como detonantes de tales reflexiones, hay que situar a los trabajos de Tilley (1994, 1996, 2004) en diferentes casos de estudio de la Prehistoria reciente

<sup>23</sup> El hecho de que sean investigadores procedentes del Medievalismo y la Historia rural los precursores de la Arqueología del Paisaje en el área de estudio es un hecho a considerar para comprender la génesis de estos trabajos en el área occidental cantábrica. Jóvenes investigadoras dirigidas por Javier Fernández Conde como Margarita Fernández Mier o María Antonia Pedregal Montes aplicarían en Asturias visiones territoriales para comprender la formación de la red aldeana en época medieval deudoras de los trabajos desarrollados en Italia por la escuela de Riccardo Francovich (e.g. ÁLVAREZ MENÉNDEZ *et al.* 1990; FERNÁNDEZ CONDE Y PEDREGAL MONTES 1995-1996, 1998; FERNÁNDEZ CONDE *et al.* 1997; FERNÁNDEZ MIER 1996a, 1996b, 1999; FERNÁNDEZ MIER Y FERNÁNDEZ HEVIA 1998). En este sentido, resulta paradigmático que, pese a mi formación arqueológica divergente, este proyecto de investigación doctoral para la Prehistoria Reciente cantábrica haya sido posible gracias a la cobertura económica e institucional brindada por un Proyecto de Investigación dirigido por un grupo de medievalistas que servirían de conexión entre esta tesis doctoral y aquellas pioneras investigaciones sobre el territorio altomedieval asturiano.

británica. Además de procedimientos arqueológicos al uso, en estos estudios se incorpora a la metodología investigadora la inmersión en el paisaje de los arqueólogos contemporáneos como sujetos en busca de significados, estímulos o referentes sensitivos que les acerquen a los elementos ontológicamente consustanciales a los paisajes vividos (TILLEY 1994: 12). El objetivo es elaborar narrativas interpretativas densas a través de mediaciones textuales en forma de metáforas que sean lo más cercanas posible a las lógicas preindustriales (TILLEY 2008: 271). Se pretende así desbordar el empirismo o la concepción cartesiana del paisaje que estructuran el pensamiento moderno, y sustituir la aproximación al paisaje desde la atención a representaciones –en forma de mapas, descripciones formales, análisis informáticos o estudios científicos contemporáneos– por experiencias corporales mediadas por los sentidos y la observación personal, con el objetivo explícito de que el observador forme parte de lo descrito.

No podemos soslayar, sin embargo, las duras críticas que despertaron las aproximaciones fenomenológicas en Arqueología, como respuesta al marcado subjetivismo de esta Arqueología del Paisaje “hiperinterpretativa” propuesta por autores como Tilley (FLEMING 1999, 2005, 2006a). A pesar de ello, algunas de estas críticas también señalaron el valor de estas aproximaciones para la apertura de nuevos debates y canales imaginativos de discusión en torno a la Arqueología del Paisaje advirtiéndole sus puntos fuertes a la vez que critican o matizan determinados aspectos de los trabajos de autores como Tilley (BARRETT Y KO 2009; BRÜCK 2005; FLEMING 2012a; JOHNSON 2012b; THOMAS 2008).

Está claro que debemos tener presentes los límites del conocimiento arqueológico, y que jamás sabremos qué le transmitiría en tiempos neolíticos un anciano a su nieta, parados los dos frente a un monumento megalítico de las montañas de Gales, mientras sus perros perseguían a las ovejas tratando de reagrupar el rebaño. Pero, a modo de advertencia, conviene recordar una reflexión de Tim Ingold, para quien la Arqueología es la forma más reciente de experimentar un monumento o un yacimiento antiguo (1993: 152). En definitiva, actividades como la prospección arqueológica, la excavación, el estudio de materiales... nos conducen hacia la compleja red de relacionales que dicho elemento establecería con el paisaje de acuerdo con las lógicas particulares de las personas protagonistas de cada contexto histórico, siendo esas lógicas más o menos próximas –sin que podamos saber nunca cuánto– a las nuestras o a las de que otorguemos a los referentes empleados por nosotros en la generación de nuestras narrativas. No obstante, también es cierto que la aplicación de la fenomenología en Arqueología ha derivado en una moda que, en ocasiones, comporta simplemente el uso de dicha etiqueta sin que se atiende con rigor a las bases epistemológicas de tal aproximación.

En la actualidad, existe una amplia diversidad de escuelas o tendencias en la Arqueología del Paisaje a lo largo y ancho de Europa –derivadas de las propias diferencias entre tradiciones nacionales (GOJDA 2003) o de su posicionamiento teórico (ANSCHUETZ *et al.* 2001; JOHNSON 2012a; KLUIVING Y GUTTMAN-BOND 2012: 14-17; SOLER

SEGURA 2007)–, y desarrollos propios, por supuesto, en otros polos investigadores de todo el mundo. Tal diversidad responde lógicamente a diferencias teóricas, pero también deriva de la compartimentación estatal o regional de las distintas tradiciones investigadoras. Aunque tal variedad de escuelas pueda servir para fortalecer el debate (DARVILL 2008b: 69), esa misma riqueza de posiciones también puede derivar en enfrentamientos demasiado encendidos (KNAPP Y ASHMORE 1999: 4) o incluso la imposibilidad de establecer marcos propicios para el debate (vid. JOHNSON 2012a: 516 sobre el enfrentamiento entre Fleming y Tilley).

No obstante, para dar cobertura al intercambio constructivo de ideas sería deseable que existiese una mayor permeabilidad e interconexión entre los distintas arqueologías que se producen en la contemporaneidad, mayoritariamente subordinadas a las formulaciones que surgen desde los lugares centrales: fundamentalmente la academia anglosajona (POLITIS 2003: 260-262). Al mismo tiempo, en muchos casos se reconoce abiertamente la infrateorización que evidencian muchas aproximaciones que claman ser realizadas desde la Arqueología del Paisaje, a veces de una manera extremadamente honesta: “la mayoría de nosotros estamos demasiado absortos en nuestros proyectos actuales, en simplemente *seguir haciendo* Arqueología del Paisaje, como para prestar demasiado interés en aspectos teóricos amplios” (FLEMING 2012a: 463, con cursiva en el original).

En efecto, en la actualidad muchos investigadores desarrollan proyectos arqueológicos en los que el término paisaje es omnipresente y recurren a distintos métodos habituales en la Arqueología del Paisaje, aunque no existe una base teórica explícita que atienda a los debates principales de este género de estudios. Esto sucede especialmente en relación con investigaciones de arqueología histórica y trabajos de historia o arqueología local, en los que sus autores se sirven del paisaje como recurso para conectar con los niveles emotivos o nostálgicos del lector (JOHNSON 2005: 118).

Más allá de que el paisaje esté o no de moda en la Arqueología actual (vid. MEIER 2012: 504), este concepto está muy presente en la agenda investigadora de nuestra disciplina, con varios libros editados y manuales disponibles sobre Arqueología del Paisaje (ASHMORE Y KNAPP 1999; BOWDEN 1999; CHAVARRÍA ARNAU Y REYNOLDS 2015; DAVID Y THOMAS 2008a; GARCÍA SANJUÁN 2005), publicaciones periódicas como *Landscapes* o *Landscape History*, congresos monográficos como los *International Landscape Archaeology Conferences* (LAC)<sup>24</sup> y sesiones en las grandes reuniones internacionales de organización periódica centradas en este tema. La Arqueología del Paisaje encuentra también su presencia individualizada en los programas e itinerarios formativos de las futuras generaciones de profesionales, mediante asignaturas monográficas, titulaciones específicas de postgrado y programas de doctorado. No

<sup>24</sup> El último (tercera edición) fue organizado en Roma en 2014 entre el 17 y el 20 de septiembre en el Instituto Arqueológico Holandés en Roma, mientras que ediciones precedentes tuvieron lugar en Berlín durante el mes de junio de 2012, y en Amsterdam en enero de 2010. La próxima edición está prevista para agosto de 2016 en Uppsala.

obstante, y pese a ese peso creciente de este género de estudios como subdisciplina emergente en el seno de nuestra disciplina, la Arqueología permanece en los márgenes de los debates transdisciplinarios de los estudios del paisaje (FAIRCLOUGH 2012: 480-481). Por ello, es necesario realizar un mayor esfuerzo por conectar con las disciplinas anexas de las Ciencias de la Tierra o las Ciencias Sociales que dominan tales discusiones a la vez que lideran las visiones relacionadas con el paisaje en los ámbitos de gestión, así como en los contextos políticos o administrativos de toma de decisiones.

#### 4.4. ¿Qué es la Arqueología del Paisaje?

La Arqueología del Paisaje es un género de estudios que reflexiona acerca de las relaciones que las comunidades humanas establecen con su entorno, y de cómo éstas conciben el mundo a través de construcciones culturales dependientes de sus cosmologías, su sistema sociopolítico, así como de las identidades de cada persona y de su posición particular respecto a su comunidad. En esta línea Felipe Criado la define como “un programa de investigación orientado hacia el estudio y reconstrucción de los paisajes arqueológicos, o mejor, el estudio con metodología arqueológica de los procesos y formas de culturización del espacio a lo largo de la historia” y que atiende a las dimensiones física o medioambiental, social y simbólica de los paisajes culturales (1999: 6).

En primer lugar, y pese a la ambigüedad del concepto –pues existen visiones diversas en función de la mirada teórica desde la que se realice la aproximación–, la Arqueología del Paisaje abre un interesante puente de diálogo para intercomunicar nuestra disciplina con debates más amplios de las Ciencias Sociales, y sirve al mismo tiempo como marco integrador de diferentes estrategias o ámbitos de estudio de la Arqueología (GOSDEN Y HEAD 1994). Por un lado, analiza las influencias o los impactos que generan las actividades antrópicas en el medio ambiente desde una perspectiva física, estudiando las transformaciones del medio que son consecuencia de acciones humanas concretas: el clareo del bosque para instalar cultivos, quemas controladas para abrir nuevos pastizales, la instalación de regadíos, el aterrazamiento de las laderas para crear nuevas zonas agrarias, la construcción de monumentos, la apertura de caminos o la creación de poblados. También se ocupa de calibrar la relevancia de ciertos factores del medio físico –por ejemplo la altitud, cuestiones geomorfológicas o los cambios climáticos– como límites o condicionantes de determinadas formas culturales, así como detonantes de cambios económicos, sociales o políticos en las comunidades humanas. Por último, trata de comprender las atribuciones de significado social y simbólico que los grupos humanos proyectan en su entorno. En este sentido, es importante insistir en que “el paisaje no es un recipiente pasivo para las actividades humanas, sino que se configura como un elemento dinámico e interactivo en la evolución de las sociedades del pasado” (BENEŠ Y ZVELEBIL 1999: 75). Así, la percepción del paisaje constituiría un soporte fundamental para la construcción y

estructuración de las narrativas ordenadoras del mundo que rodea a los seres humanos a modo de cosmologías. Al mismo tiempo, las relaciones de poder vinculadas al orden social y político determinan la percepción social del paisaje (ASHMORE 2004; COONEY 1999; PARCERO OUBIÑA 2002), ya que la manera en que la gente entiende y comprende su mundo depende del tiempo, el lugar y las condiciones históricas específicas de cada contexto histórico, así como de la propia situación particular de cada ser humano en la estructura social de su grupo (BENDER 1993a: 2-3).

La consideración de los debates de las Ciencias Sociales en torno al paisaje abre un campo de estudios para nuestra disciplina que supera la simple cuantificación de aspectos subsistenciales de los grupos humanos y de sus relaciones espaciales o sistémicas (cf. BINFORD 1982). De hecho, a partir de datos e informaciones proporcionadas por la cultura material, la Arqueología del Paisaje nos ofrece el marco adecuado para lanzar preguntas cualitativas que nos permitan adentrarnos en cuestiones interpretativas de orden antropológico o sociológico para generar narrativas densas sobre las formas de vida de las sociedades humanas. El paisaje, en definitiva, se co-constituye con temas tan trascendentes para la cotidianeidad del ser humano como la estructura social, el género, las relaciones de clase, etc. (DAVID Y THOMAS 2008b: 38). De esta manera, la autoconsciencia de cada persona y su lugar en el mundo condicionarán su percepción del entorno, que leerá e interpretará de una determinada manera, y que a su vez naturalizará el modelo social, político o cultural en el que vive. Por lo tanto, la lectura arqueológica del paisaje ha de constituir un marco reflexivo que nos permita plantear preguntas acerca de las relaciones conscientes e inconscientes que las personas establecen entre diversas percepciones, actividades y lugares.

A partir de la atención de esas acciones cotidianas –que Ingold encapsuló en los *taskscape*s (1993)– la Arqueología del Paisaje debería analizar los escenarios diversos de la vida diaria –la casa, el poblado, los campos de cultivo, el bosque, la montaña distante, el espacio de los muertos...– e interrelacionar sus interpretaciones contextuales, tomando en consideración los parámetros socioculturales de esa sociedad. Así, si consideramos que “las comunidades humanas convierten el espacio físico en lugares con significados culturales a través de sus actividades diarias, sus creencias y sus valores” (ANSCHUETZ *et al.* 2001: 161), la Arqueología del Paisaje debería tratar de hacer inteligibles los modos de relacionalidad a través de los cuales las personas del pasado estructurarían sus experiencias diarias en esos distintos lugares. Con este objetivo, cobra sentido la apreciación de que las biografías personales de los distintos componentes de una sociedad estarían construidas a partir de acciones localizadas (THOMAS 2001: 173). El estudio del paisaje puede ofrecernos, en conclusión, un marco integrador para comprender diversos actos humanos desarrollados de forma aislada en diferentes lugares, e iniciar de este modo discusiones de-

talladas sobre sus formas de subsistencia, los sistemas de articulación social o su cosmología.

Tal y como plantean Layton y Ucko (1999: 12), podríamos llegar a pensar en los paisajes prehistóricos como conjuntos de “signos vacíos”, de los cuales quizá hayamos podido recuperar un repertorio mínimamente representativo, en el mejor de los casos, a través de la Arqueología. Con esta perspectiva, las interpretaciones generadas por los arqueólogos deberían tener como objetivo llenar esos signos vacíos con discursos sustitutos. No obstante, otros autores son más optimistas y proponen que los arqueólogos efectivamente nos encontramos con una red de relaciones entre lugares y objetos propios de las gentes pretéritas que, mediante nuestra metodología investigadora –así como mediante nuestra prudencia interpretativa, la atención a relatos proporcionados por antropólogos o sociólogos potencialmente informadores sobre sociedades equiparables a la estudiada, y nuestro conocimiento contextual de las formas de vida del grupo estudiado– podemos tratar de “reanimar” a través de analogías que traten de comprender los paisajes pretéritos a partir de sus diferencias respecto a nuestro propio paisaje (THOMAS 2001: 180-181) u otros para los que dispongamos de descripciones densas.

A nivel procedimental, la Arqueología del Paisaje se sitúa como un género de estudios eminentemente multidisciplinar, ya que en la elaboración de sus interpretaciones interactúan métodos, teorías y personas procedentes de diversas disciplinas científicas (cf. DAVID Y THOMAS 2008a; DINCAUZE 2000). Por lo tanto, el diálogo y la colaboración entre diferentes especialistas y ramas científicas nos permiten acrecentar la potencia interpretativa del programa investigador de la Arqueología del Paisaje. Esta línea inquisitiva debe pivotar, no obstante, en la atención a la materialidad propia de las gentes objeto de estudio, y ese énfasis en el paisaje nos debe hacernos olvidar la relevancia de los artefactos para la Arqueología del Paisaje (Cooney en LAYTON Y UCKO 1999: 16). Además, el estudio de la cultura material –mediante excavaciones y prospecciones arqueológicas, análisis locacionales de yacimientos o estudios territoriales– debe verse complementado con el análisis del impacto antrópico en el medio a través de estudios paleoambientales, arqueobiológicos, geomorfológicos, etc. Todo ello puede ser integrado finalmente en un marco reflexivo amplio que considere aspectos políticos, económicos o identitarios sobre la cotidianeidad de las personas que estudiamos, barajando para ello modelos, discusiones e interpretaciones que puedan aportar la Sociología, la Antropología o la Historia. Sin embargo, la Arqueología del Paisaje no cuenta –como veíamos anteriormente– con una metodología precisa de aplicación universal, sino que más bien existen distintas estrategias desarrolladas en el marco de las diferentes escuelas o tradiciones de la Arqueología del Paisaje. En este marco diverso, la selección de los procedimientos y técnicas investigadoras más adecuadas dependerá de los objetivos investigadores de cada caso, las condiciones geográficas particulares del área de estudio, la naturaleza

del registro arqueológico disponible, además, por supuesto, del posicionamiento teórico del grupo investigador.

Para cerrar esta sección, resulta conveniente justificar la elección de la Arqueología del Paisaje como marco teórico y metodológico útil para abordar los objetivos propuestos en esta tesis doctoral. Consideraré para ello las líneas inquisitivas más útiles de este ámbito temático que trataré de poner en aplicación en el desarrollo de esta tesis doctoral:

- En primer lugar, la Arqueología del Paisaje puede servirnos para estudiar –en un sentido quizá un tanto ecológico o *biologicista*– las adaptaciones y respuestas que las sociedades despliegan ante los límites y condicionantes de la naturaleza, además de en función de las oportunidades que ofrece. Anticipándome a la crítica de que los procesos culturales puedan ser concebidos como meros mecanismos adaptativos en un sentido unívoco, asumo para ello la necesidad de relativizar el peso otorgado a este tipo de argumentos evolucionistas en la generación de las interpretaciones de esta tesis. Pese a todo, este tipo de lecturas permiten a la Arqueología del Paisaje recabar e interpretar datos referentes a aquellos aspectos ambientales que mediatizan las formas de vida de las comunidades humanas. Esta perspectiva cobrará especial relevancia en la presente investigación a la hora de incorporar al proceso interpretativo los estudios paleoambientales disponibles para el área de estudio –especialmente útiles para el estudio de la antropización del medio y su distinción de los cambios ambientales naturales–, así como al acudir a análisis locacionales y estudios de los entornos de los lugares de poblamiento mediante el empleo de Sistemas de Información Geográfica (SIG). En este punto, soy consciente de que no debemos centrar nuestros análisis arqueológicos en la identificación de flujos unidireccionales, pues resulta evidente que las comunidades humanas pueden alterar –de forma consciente e inconsciente– algunas condiciones de su entorno: por ejemplo, a través de sistemas de regadío y de almacenamiento de agua que sorteen la escasez hídrica para el consumo humano o la irrigación de cultivos; o con determinadas técnicas agrarias –como el abonado para aportar nutrientes a la tierra, la rotación de cultivos para ayudar a su regeneración, o la construcción de terrazas y andenes elevados para minimizar la afección de la erosión o las heladas– que permiten desarrollar ciertos niveles de producción agrícola en zonas aparentemente poco propicias para este tipo de aprovechamientos (**Fig.4.3**).
- En segundo lugar, la Arqueología del Paisaje abre un marco comprensivo mediante el cual se pueden conectar distintos tipos de registros de información, que pueden referir asimismo a diferentes localizaciones relacionables con las múltiples actividades que integrarían los *taskscape*s pretéritos de la Prehistoria reciente cantábrica. Así, la Arqueología del Paisaje nos permite constituir un escenario integrador para combinar nuestra atención al registro que tra-





**Fig.4.3:** El entorno de la aldea de Pigüeña (Somiedo) ofrece una imagen típica de paisaje agrario en mosaico con huertas, prados cercados (algunos de los cuales habrían sido en otros tiempos cultivos de escanda o maíz) y espacios de monte producto de siglos de intervención antrópica en el medio.

dicionalmente se denominaba *on-site* y que era obtenido mediante excavaciones convencionales de poblados o monumentos artificiales, con el registro categorizado, en contraposición al anterior, como *off-site*, y que derivaría de la investigación mediante prospecciones arqueológicas desarrolladas en zonas de baja densidad de hallazgos que pudieran relacionarse con espacios agrarios, zonas liminales o marginales, así como lugares de significación especial en términos simbólicos o sociales.

- En tercer lugar, este género investigador nos permite discutir e interpretar estrategias desplegadas por las comunidades objeto de estudio –o por determinadas personas, familias o grupos sociales integrantes de esas comunidades– que contribuyan a consolidar, neutralizar o transformar las relaciones de poder vinculadas con los sistemas sociales y políticos vigentes para cada lugar y momento histórico. Así, podemos analizar decisiones culturales con un claro reflejo en el paisaje cultural de las sociedades pretéritas, como la elección de los lugares de habitación, los modelos arquitectónicos o de espacialidad presentes en el ámbito doméstico, o las relaciones entre poblados, áreas de cultivo, puntos de aprovisionamiento de agua o zonas de mineralización de determinados elementos metálicos. Tales focos de atención pueden abrirnos escenarios interesantes para profundizar en la comprensión de aquellos aspectos de la vida social, política o identitaria propios de las comunidades humanas, pues marcan distintas formas de estructurar sus paisajes cotidianos y de reproducirlos a través de mecanismos como el *habitus*. ¿Se sitúan los poblados en las inmediaciones de las zonas más fértiles, o se alejan



por el contrario hasta zonas con mala accesibilidad, pero con prominencias visuales destacables sobre el valle? ¿Surgen relaciones de subordinación en términos de visibilidad, accesibilidad o trayecto más corto entre distintos lugares del paisaje cultural cotidiano, como los diferentes poblados de un valle, los encerraderos para el ganado, los espacios para los muertos, las corrientes de agua y esa montaña con un perfil tan destacado en el horizonte? Son sólo ejemplos posibles de las vías potenciales de análisis que podríamos transitar a partir de la Arqueología del Paisaje en este tercer bloque de posibilidades investigadoras.

- En cuarto y último lugar, la Arqueología del Paisaje nos permite adentrarnos en un nivel de análisis más abstracto y complejo. Alzar la mirada al horizonte desde ciertos lugares, como poblados, monumentos o puntos nodales del espacio (vados, collados, puntos de aprovisionamiento de agua, ruinas pretéritas, monumentos naturales, etc.) y escrutar de manera inquisitiva el entorno en búsqueda de los mundos posibles de significados, puede servirnos como estrategia para imaginar –a través de nuestra propia subjetividad– las lógicas subjetivas pretéritas. Dichos criterios antiguos de racionalidad podrían haber estructurado las razones de ser de dichos elementos, su relación con otros de su entorno, así como la relevancia de ciertos rasgos geográficos que puedan determinar su ubicación. Estas observaciones –sometidas a la prudencia en nuestras interpretaciones, a la contrastación con los conocimientos disponibles acerca de los modos de vida de la sociedad considerada, así como al examen atento y comprensivo de estudios etnográficos y antropológicos de otros grupos culturales que amplíen los elementos en consideración– podrían ser relevantes para adentrarnos en el complejo mundo simbólico que estructuraría la cosmología de las comunidades estudiadas –que los construyeron, usaron y frecuentaron– y comprender así su funcionamiento a una escala espacial amplia.





## Capítulo 5. Metodología

Esta investigación parte de un diseño integrador delineado en diálogo y cooperación entre las distintas disciplinas involucradas en su ejecución. En los últimos tiempos, muchas personas claman por la necesidad de implementar estrategias interdisciplinarias en el ámbito de la Arqueología. Ese trabajo interdisciplinar debería partir de la formulación conjunta de preguntas de investigación comprensibles a nivel teórico y metodológico para las distintas disciplinas involucradas. Igualmente, la interdisciplinariedad exige un diseño solidario a nivel procedimental de los modos de cooperación interdisciplinar. En este sentido, y a pesar de que los objetivos de esta tesis doctoral respondan a un proyecto individual, la interdisciplinariedad ha estado presente en su elaboración mediante la búsqueda de convergencia con los especialistas y grupos investigadores de los distintos ámbitos científicos que desarrollan sus actividades con fines análogos a los que persigue este trabajo. Así, la curiosidad y la atención a los desarrollos investigadores de esas disciplinas próximas a la Arqueología han sido permanentes. Todo ello, se ha visto reforzado por la cercanía y la ayuda desinteresada que me han prestado diferentes colegas de esas disciplinas que, en definitiva, han contribuido a apuntalar esa intencionalidad interdisciplinar que ambicionaba al inicio de este trabajo.

No obstante, las proclamas de interdisciplinariedad deben sustentarse sobre una base tangible que así lo demuestre, lejos de la mera retórica metodológica. Este tipo de diseños colaborativos exige de unas mínimas bases materiales para que sus objetivos puedan ser llevados a cabo, lo cual requiere de un soporte económico y unos medios que, lamentablemente, han estado a mi disposición de manera muy parcial. Todo ello ha establecido ciertos límites que me impidieron aplicar algunos procedimientos para los cuales no pude encontrar la financiación necesaria o las colaboraciones que supliesen tales estrecheces. Por desgracia, esto hace que algunos de los objetivos de esta tesis doctoral sólo hayan podido ser explorados parcialmente, a pesar de la filosofía integradora que ha estado presente en su diseño. Esta situación ha de ser relacionada con la extrema autonomía con la que buena parte de las investigaciones doctorales sobre Arqueología se desarrollan en nuestra tradición académica, como trabajos individuales desconectados del trabajo de grupos amplios en los que participan investigadores y técnicos de distintas áreas científicas. Mi trayectoria doctoral no ha constituido una excepción en este sentido, por lo que soy consciente de que en ocasiones la aludida interdisciplinariedad pueda constituir más un anhelo que una realidad efectiva.

La formulación del presente trabajo y su diseño procedimental han descasado sobre el marco de la Arqueología del Paisaje, como ya he insistido en la discusión teórica previa. El estudio y análisis de la cultura material han constituido el foco principal de mis esfuerzos, para lo cual he conducido diferentes procedimientos ar-

queológicos convencionales, como la prospección y la excavación arqueológica, la inspección de yacimientos arqueológicos, así como la atención a la literatura científica relacionada con la materia de estudio. Asimismo, he realizado estudios territoriales a partir de análisis sencillos mediante Sistemas de Información Geográfica. Pero además, he tratado de fortalecer el conocimiento directo y sobre el terreno del área de estudio, mediante la inmersión del investigador en el paisaje en busca de la cercanía con este entorno a un nivel vivencial, basado en los sentidos más que en las abstracciones derivadas del examen de mapas temáticos o descripciones geográficas. Además, he permanecido muy atento a ámbitos investigadores como los estudios de paleoambiente, cuyos debates han complementado los datos arqueobiológicos recuperados en las excavaciones realizadas, pues refuerzan las lecturas arqueológicas de los procesos de antropización de la Cordillera Cantábrica a lo largo de la Prehistoria reciente.

Al inicio de este capítulo metodológico cabe aclarar que en el transcurso de esta tesis doctoral no he pretendido desarrollar u obtener aportes de carácter metodológico como un objetivo en sí mismo. Por ello, he intentado no emplear procedimientos de manera caprichosa. Así, he tratado siempre de que los métodos desplegados fuesen aplicados al caso de estudio como medio para obtener respuestas a las preguntas de investigación que dieron inicio a esta tesis doctoral. Igualmente, en aquellos aspectos en los que existían diferentes alternativas metodológicas, opté normalmente por aplicar los métodos ya empleados en casos de estudio próximos al área investigada, con el ánimo de facilitar la discusión y la comparación con los resultados obtenidos en aquellos trabajos. En este sentido, no pretendo entablar discusiones con matemáticos, geógrafos o informáticos como objetivo central. El objetivo fundamental de mi trabajo es plantear algunas respuestas y abrir nuevas preguntas concernientes a las gentes de la Prehistoria reciente cantábrica a través de una metodología arqueológica que pretende escrutar el registro material disponible para esta época desde una mirada disciplinar amplia.

## 5.1. Revisión de los datos previos

El primer paso en la elaboración de esta tesis doctoral consistió en compilar y revisar críticamente los datos e informaciones arqueológicas disponibles para el área general en la que se enmarca esta investigación –el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica– y los casos particulares de estudio. Con este objetivo realicé un vaciado bibliográfico de la literatura investigadora existente<sup>25</sup> y consulté los inventarios y cartas arqueológicas por municipios del área estudiada en las actuales

---

<sup>25</sup> Cabe destacar en este punto las facilidades derivadas de la existencia de compilaciones bibliográficas sobre Arqueología referentes a las actuales regiones de Asturias (DÍAZ GARCÍA 2012) y León (web: <http://arqueoleon.es/biblioteca-digital-de-arqueologia-leonesa/>; última consulta: 19 de diciembre de 2014).

provincias de Asturias y León<sup>26</sup>. Las memorias e informes derivadas de las intervenciones arqueológicas desarrolladas en este espacio por profesionales autónomos o empresas de Arqueología comercial fueron también consideradas cuando dicha información resultó efectivamente accesible<sup>27</sup>.

Toda la información recuperada en esta fase inicial de la investigación fue almacenada en una base de datos de diseño simple que iría creciendo a lo largo de las fases posteriores de trabajo. Ideada como un repositorio de datos de carácter eminentemente cualitativo, la base de datos contiene fichas individualizadas con descripciones e informaciones referentes a los distintos yacimientos existentes en el caso de estudio, y que al término del trabajo ha derivado en un catálogo de yacimientos arqueológicos que sostiene la discusión general de la tesis. Igualmente, las fichas de la base de datos tienen su correlato en un archivo de formato shape del Sistema de Información Geográfica (SIG) que ha constituido el punto de inicio para la planificación de los trabajos de prospección, así como para la elaboración de la cartografía y los análisis locacionales y territoriales realizados.

## 5.2. Prospección arqueológica

Las labores de prospección arqueológica dieron comienzo con la inspección detallada sobre el terreno de los yacimientos arqueológicos ya conocidos en el área de estudio a escala intermedia. El objetivo de esta tarea era verificar y ampliar las descripciones y caracterizaciones previas de estos yacimientos, pues fundamentalmente era necesario esclarecer las contradicciones que en algunos casos ofrecían los trabajos precedentes en relación con la catalogación de determinados enclaves. Era por tanto necesario depurar las asignaciones cronológicas y funcionales de los yacimientos ya conocidos, para lo cual presté atención a la fisonomía general de los sitios, las características de su entorno inmediato, su lógica locacional, los materiales observables en superficie y la eventual existencia de estructuras constructivas. En el desarrollo de esta tarea, además de la documentación fotográfica y la georreferenciación mediante GPS de los yacimientos o las evidencias observadas, realicé descripciones de los sitios sobre un cuaderno de campo, recogiendo también una serie de informaciones tipo en campos normalizados.

<sup>26</sup> Este corpus informativo fue consultado en la Delegación Territorial en León del Servicio Territorial de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León y en el Servicio de Patrimonio Cultural de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias.

<sup>27</sup> La consulta de esta información fue posible en algunos casos gracias a la amable colaboración de los investigadores responsables de tales trabajos. Sin embargo, el acceso a los expedientes completos relacionados con algunas intervenciones arqueológicas derivadas de actuaciones de Arqueología preventiva fue limitado. Esto es así porque, en determinados casos, las administraciones públicas competentes pautan ciertos límites en el acceso a este tipo de información, que lamentablemente responden en ocasiones a la arbitrariedad del personal técnico responsable. En este sentido, quiero destacar la total colaboración brindada por los técnicos de la Delegación Territorial en León del Servicio Territorial de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León, mientras que desde el Servicio de Patrimonio Cultural de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias existieron más problemas para la libre consulta de este corpus informativo.



**Fig.5.1:** La tupida vegetación característica del área de estudio dificulta la realización de prospecciones arqueológicas en superficie, como se aprecia particularmente bien en zonas de pastos como la pradería del lago de El Valle en Somiedu (izquierda) o la braña de Folgueras sobre Vigaña en Miranda (derecha).



**Fig.5.2:** Prospección con levantamiento de tapiz vegetal en los pastizales de Vigaña, julio de 2011: braña de Folgueras (izquierda) y L'Estoupiellu (derecha).

Lógicamente, las condiciones ambientales y edafológicas del área de estudio hacen que las labores de prospección convencional en superficie tengan una potencialidad limitada (**Fig.5.1**). Además de la accidentada orografía, la existencia de una densa vegetación, así como de una potente capa húmica, impiden la visualización en superficie de artefactos arqueológicos –pese al optimismo de algunos autores frente a las obvias limitaciones que impone una tupida vegetación (RICHARDS 2008: 553)–, e incluso de estructuras amortizadas. Por ello, los procedimientos clásicos para la prospección arqueológica en superficie, con la participación de prospectores que reconocen el terreno siguiendo transectos regulares (BANNING 2002; RUIZ ZAPATERO 1996b), no son aplicables por su escasa eficacia frente a las condiciones de la región investigada. Con este panorama, la búsqueda sistemática de nuevos yacimientos debe organizarse mediante prospecciones innovadoras en lo metodológico, y con el necesario apoyo en la fotografía aérea o distintas técnicas de teledetección (BEWLEY



2003; GARCÍA SANJUÁN 2005; GOJDA Y HEJCMAN 2012; KENNEDY Y BISHOP 2011; WISEMAN Y EL-BAZ 2007)<sup>28</sup>.

En el transcurso de las labores de prospección desarrolladas en el marco de esta investigación doctoral también traté de explorar alternativas metodológicas que me permitiesen identificar yacimientos arqueológicos en zonas de baja o nula visibilidad en superficie, como los pastizales de altura en los que coinciden asentamientos pastoriles subactuales y monumentos megalíticos de la Prehistoria reciente (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013b; LÓPEZ GÓMEZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013). Con este objetivo, en el verano de 2011 se puso en práctica una metodología de prospección en el ámbito del caso de estudio a escala micro que implicaba el levantamiento del tapiz vegetal y la remoción de la capa húmica siguiendo un modelo de muestreo aleatorio estratificado que partía de experiencias previas desarrolladas en otras zonas (GARCÍA PUCHOL *et al.* 2010; McMANAMON 1984; RICHARDS 2008: 557; VAN DER VELDE 2001). Se pretendía así superar las limitaciones geográficas y ambientales para la prospección de superficie en las brañas de la Cordillera Cantábrica, desarrollando tal experiencia en los espacios comunales de L'Estoupiellu y Folgueras, dentro del territorio de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) (FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 363-364; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016) (**Fig.5.2**).

Además, también se realizaron prospecciones geofísicas mediante georradar en el sector de L'Hortal, un espacio actualmente ocupado por prados en el corazón del terrazgo agrario de Vigaña (**Fig.5.3**). El objetivo perseguido era calibrar las posibilidades de este método para la documentación de estructuras negativas como hoyos de poste en el caso de estudio. Esta técnica permite averiguar, de forma indirecta, la estructura del subsuelo a partir de la transmisión de impulsos electromagnéticos y de la posterior recepción de las reflexiones generadas por discontinuidades presentes en el subsuelo. En términos físicos, el método es sensible a todas aquellas variaciones de conductividad, permitividad eléctrica y permeabilidad magnética que pueden producirse en un medio, sean debidas bien a cambios litológicos o bien por la presencia de estructuras enterradas (DANIELS 1996, 2004). Las informaciones recuperadas en forma de perfiles fueron postprocesadas para obtener lecturas a diferentes profundidades de las irregularidades observadas en el subsuelo (CATANZARITI 2014).

Más allá del reconocimiento de los yacimientos arqueológicos en sí mismos y su entorno, las labores de prospección arqueológica propician el primer encuentro directo entre el investigador y el área de estudio a través de experiencias personales que, irremediabilmente, mediatizarán sus lecturas arqueológicas de los paisajes

---

<sup>28</sup> Técnicas como el análisis de fotografías aéreas actuales y antiguas, imágenes satelitales de distintos formatos, los datos LiDAR, la realización de análisis territoriales mediante SIG, etc. que, por ejemplo, han resultado muy útiles en el trabajo que he desarrollado junto a Andrés Menéndez Blanco, Valentín Álvarez Martínez y Jesús Ignacio Jiménez Chaparro para documentar establecimientos militares romanos relacionados con la conquista romana del área de estudio (ver discusión metodológica en MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2013b).

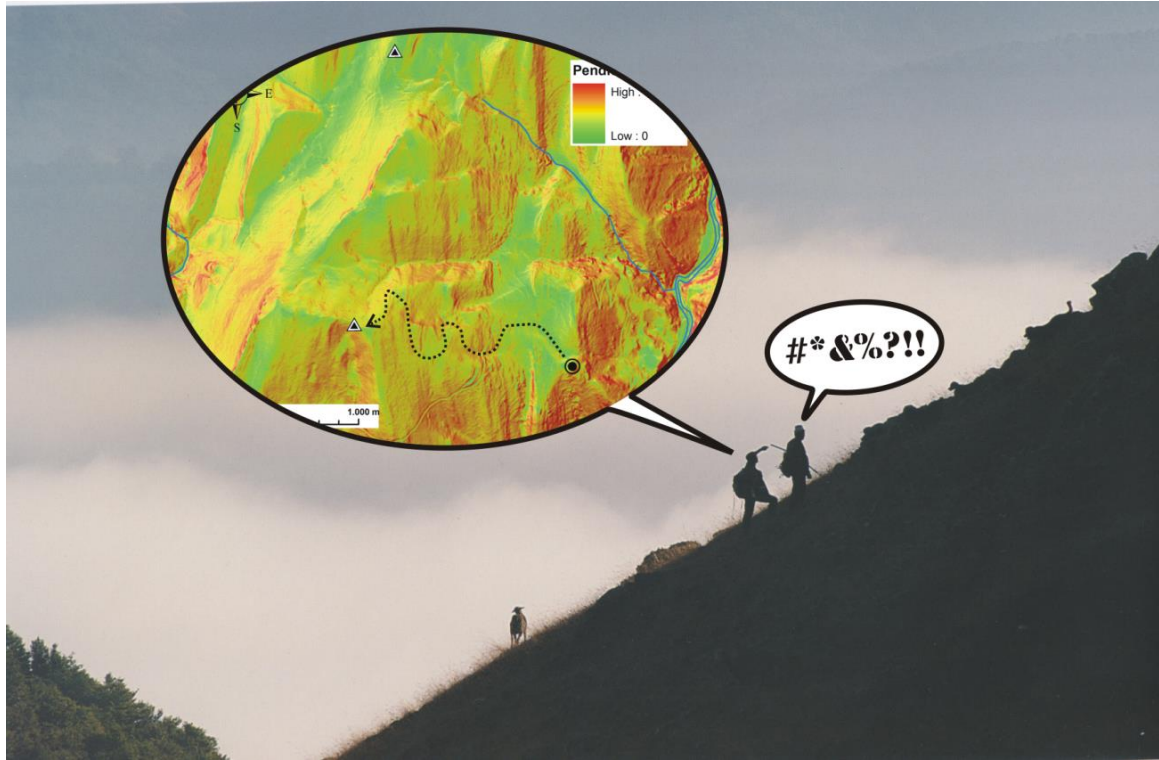




Fig.5.3: Trabajos de prospección con georadar en L'Hortal durante la primavera de 2012.

pretéritos. En este sentido, estas observaciones efectuadas a través de los sentidos cristalizaron en recuerdos y fueron transformadas al mismo tiempo en metáforas a través de notas o esquemas recogidos en el cuaderno de campo o en los márgenes de los planos topográficos. Todo ello sostendría finalmente mis interpretaciones. Por eso, las descripciones densas generadas a partir de las experiencias personales vividas en los lugares son tan importantes en la Arqueología del Paisaje, y son mucho más enriquecedoras en términos narrativos que el producto final de cualquier algoritmo aplicado sobre un Modelo Digital del Terreno (TILLEY 2004: 221) (**Fig.5.4**).

En esta línea, y aprovechando las labores de prospección convencional, los trabajos de excavación, y otras salidas de campo realizadas ya durante la composición final de esta tesis doctoral, otorgué a mis experiencias personales un gran peso para comprender y describir los paisajes que componen el área de estudio. Sobre esta base vivencial he intentado calibrar e imaginar la relevancia social y cultural que las experiencias y la percepción podrían tener como elementos mediadores en los procesos históricos analizados en esta tesis. Del mismo modo, pretendía así obtener un conocimiento cercano a las características de esos paisajes montañosos, obtener impresiones personales sobre su fisonomía, las lógicas del movimiento entre distintos yacimientos o entre diferentes espacios productivos, y construir un conocimiento vivencial del territorio bajo consideración. Esto es, recorrí siempre que pude las inmediaciones de los yacimientos para vivir personalmente las dificultades del tránsito a través de su entorno, visité algunos sitios en diferentes épocas del año para calibrar, por ejemplo, las posibilidades de aprovechamiento de determinadas zonas durante el invierno, o traté de reconocer las relaciones de intervisibilidad entre diferentes yacimientos, así como entre los yacimientos y los espacios agrarios circundantes por mí mismo.



**Fig.5.4:** La aplicación de algoritmos para modelar conductas humanas sobre plataformas SIG no deja de ser una herramienta para comparar modelos, anticipar situaciones probables, barajar opciones previsibles... de sujetos a veces imprevisibles que, lamentablemente, no podemos sentar junto a nuestro escritorio para preguntarles las razones de sus comportamientos (imagen modificada tomada de RODRÍGUEZ PASCUAL 2006).

Siempre que pude, completé estas lecturas personales con entrevistas a habitantes locales familiarizados con su entorno –preferentemente campesinos de edad avanzada– a través de conversaciones informales. Sin tener presentes unas preguntas de partida claramente estructuradas, ni intentar dirigir el rumbo de las conversaciones en función de un plan preestablecido, aquellas charlas me ofrecieron información diversa sobre cuestiones como los usos tradicionales del terrazgo, los límites y las potencialidades de los distintos suelos para diferentes prácticas agrarias, la toponimia o la tradición oral. Pero también me hicieron partícipe de los problemas e inquietudes actuales de estas personas en relación con su entorno: sobre el abandono de los pueblos, las dificultades para la producción agraria, los daños generados por lobos, osos o jabalíes, las relaciones de estas personas con el paisaje, la incidencia en su gestión efectiva de las actuaciones de diferentes agentes sociales y políticos... A priori, estos otros aspectos se alejan de los objetivos investigadores pautados en una tesis doctoral sobre los paisajes culturales de la Prehistoria reciente, aunque constituyen ventanas para asomarse a las preocupaciones o la cosmología de los habitantes actuales de estas montañas. Estas sensibilidades nos permiten, en ocasiones, abrirnos a nuevas líneas de reflexión acerca de las implicaciones del habitar este paisaje, lo que quizá nos lleve a replantearnos ciertos temas más allá de

nuestras interpretaciones o asunciones previas de tipo *etic* acerca de las gentes preteritas, eminentemente occidentales, capitalistas y urbanas<sup>29</sup>.

A la luz de estos pensamientos, resulta curioso que, mientras son abundantes las reflexiones críticas acerca de las prácticas de excavación arqueológica (CARMAN 2004; EDGEWORTH 2006; GERO 1996; MOSER 2007; WOODALL Y PERRICONE 1981), escasean en cambio las reflexiones sobre los trabajos de prospección o de Arqueología del Paisaje sobre el terreno (JOHNSON 2007: 82, 2012a: 519). Como única excepción, contamos con la abundante literatura acerca de las aproximaciones fenomenológicas a paisajes o yacimientos arqueológicos (e.g. BENDER *et al.* 2007), que normalmente derivan en respuestas centradas en las críticas acerca de su subjetivismo y en relación con el fuerte papel del texto como lectura metafórica de lo vivido y experimentado. Es significativo que estas cuestiones estén totalmente ausentes en los índices de la revista *Archaeological Prospection* –la más importante a nivel internacional sobre prospección arqueológica– donde todo el peso recae en métodos, herramientas, etc. En cambio, sí encontramos una mínima sensibilidad hacia este tema en determinados volúmenes de la revista *Landscapes*, especialmente en una serie de aportaciones tituladas “What Landscape Means to Me” que recogen las impresiones de historiadores, geógrafos o arqueólogos relevantes acerca del paisaje.

Además de la visita a los yacimientos ya catalogados, comprobé sobre el terreno algunas localizaciones que eran potencialmente susceptibles de albergar evidencias arqueológicas de interés. Para ello, conduje un reconocimiento selectivo del territorio con el ánimo de valorar la existencia de sitios arqueológicos desconocidos hasta la fecha, siguiendo las pautas locacionales habituales en el área cantábrica para el emplazamiento de los distintos tipos de yacimientos más frecuentes para la Prehistoria reciente: megalitos, poblados fortificados, ocupaciones en abrigos o cuevas, estaciones de arte rupestre o petroglifos, etc. Las áreas prioritarias de atención fueron seleccionadas principalmente en función de sus características topográficas, pero también atendiendo a otros elementos sintomáticos como la toponimia local o las leyendas de la tradición oral del folklore campesino (ÁLVAREZ PEÑA 2001, 2007a; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2008, 2011a; SUÁREZ LÓPEZ 2001, 2003)<sup>30</sup>.

En este punto, creo importante referirme al particular contexto sociolingüístico actual del área general de estudio, con dos lenguas que conviven en diferente estado de salud, variable según las áreas: el castellano y el asturleonés<sup>31</sup>. Ambas son

<sup>29</sup> Ver epígrafe «5.6. La atención a los referentes etnográficos locales».

<sup>30</sup> He de agradecer aquí la colaboración prestada por Andrés Menéndez Blanco, Armando Graña García y Margarita Fernández Mier en las labores de atención a la toponimia y el folklore local como elementos de interés para el estudio arqueológico del paisaje.

<sup>31</sup> El asturleonés es una lengua románica del grupo iberorromance occidental que surgió en época altomedieval como evolución particular del latín en torno al núcleo de poder político surgido con la Monarquía asturiana. Incluye diversas variedades conocidas por glotónimos que han sido usados en las distintas regiones donde se ha mantenido en uso para referirse a este idioma. Así, el asturleonés hablado en Asturias se denomina comúnmente *asturiano*, mientras en la actual provincia de León se utiliza el término *leonés*. El dominio lingüístico asturleonés se subdivide en tres zonas con sus corres-

empleadas por los habitantes de buena parte de Asturias y el Norte de León en la comunicación cotidiana, así como en ámbitos creativos como la literatura o la música, aunque sólo el castellano es lengua oficial<sup>32</sup>. La posición dominante del castellano fue reforzada conforme España como estado-nación extendía sus resortes políticos, administrativos y educativos por estos territorios a lo largo de los siglos XIX y XX (RODRÍGUEZ ALONSO 2014). Al término de la dictadura franquista la desprotección del asturiano y el leonés, junto a la imposición del castellano, habían convertido al idioma asturleonés en una expresión minorizada, reducida al ámbito familiar, que se conservaba únicamente en áreas rurales o en las depauperadas barriadas obreras del área central asturiana. Sus hablantes aprendían esta lengua local por transmisión oral de sus mayores, frente al aprendizaje reglado del castellano en el ámbito escolar. Esto derivaba en frecuentes situaciones de diglosia en las que, en vez de hablar castellano o asturiano, por ejemplo, se decía hablar *bien* o *mal*. En este contexto, la marcada dominación de una lengua sobre la otra ha generado frecuentes imposiciones del uso (ACADEMIA DE LA LINGUA ASTURIANA 2002), además de procesos artificiales de deturpación o castellanización de topónimos, términos y expresiones (SUÁREZ GARCÍA 2014).

El contexto sociolingüístico del área de estudio no tendría por qué ser referido en una tesis doctoral como esta, si no fuera porque estos procesos han incidido en dos ámbitos de especial relevancia para mi investigación arqueológica: la tradición oral campesina y la toponimia<sup>33</sup>. Por ello, esta acotación inicial sirve para justificar el empleo en esta tesis de los topónimos locales propios del área de estudio –la variedad occidental del asturleonés–, así como las transcripciones de los testimonios orales en su versión original. En definitiva, son las formas vivas y palpitantes que usan las personas más apegadas a la tierra. Muchas veces, esta expresividad local nos ofrece matices y apreciaciones del paisa(na)je tradicional campesino que nos acercan a esa perspectiva vivencial o habitacional –*dwelling perspective*– que refiere Tim Ingold respecto al paisaje, como “registro –y testimonio– de las vidas y los trabajos de las generaciones pretéritas que en él habitaron” (1993: 152).

---

pondientes variedades lingüísticas: occidental, central y oriental (MENÉNDEZ PIDAL 1906; VIEJO FERNÁNDEZ 2003).

<sup>32</sup> Sin tener un estatus de oficialidad recogido en los Estatutos de Autonomía de Asturias o Castilla y León, las respectivas variedades del asturleonés están protegidas legalmente: en Asturias a través de una ley reguladora –*Ley 1/1998, de 23 de marzo, de uso y promoción del bable/asturiano*–, mientras que la última reforma del estatuto castellanoleonés (2008) abre las puertas a una situación análoga para el leonés en aquella autonomía. La Academia de la Llingua Asturiana (ALLA) regula su uso y existen unas normas claras, con una gramática, un diccionario y unas normas ortográficas. Recientemente se ha iniciado su enseñanza reglada en colegios e institutos públicos de Asturias. Además, algunos municipios asturianos cuentan con declaraciones institucionales de oficialidad en sus ámbitos de competencias, así como oficinas locales o comarcales de normalización lingüística.

<sup>33</sup> Sobre los problemas generados por estos procesos voluntarios o involuntarios de castellanización existen varias discusiones ilustrativas, en especial referidas a la toponimia (ARIAS CABAL 1987; BARDIO DÍAZ Y FERNÁNDEZ IRIGOYEN 2005; MENÉNDEZ BLANCO 2014; MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2013b: 185-186).



Para terminar, cabe añadir que en la última década se está ejecutando en Asturias un proceso sistemático de recuperación de la toponimia tradicional con una serie de publicaciones guía que cubren de manera desigual el área seleccionada como caso de estudio en esta tesis doctoral. Por un lado, la Dirección Xeneral de Política Llingüística y la Xunta Asesora de Toponimia del Principáu d'Asturies ofrecen en estos momentos listados toponímicos oficiales referentes a núcleos de población para 53 de los 78 municipios asturianos. Estos han sido recogidos siguiendo pautas dialectales bien detalladas, encaminadas a detectar las formas toponímicas conservadas vivas en dichos territorios (ÁLVAREZ-BALBUENA GARCÍA 2007)<sup>34</sup>. En lo que respecta a toponimia menor, la Academia de la Llingua Asturiana lleva desde 1990 publicando cuadernillos con listados exhaustivos de topónimos mayores y menores recogidos en sus variedades locales a escala de parroquia, o más rara vez de municipio, para distintas áreas de Asturias y León<sup>35</sup>. Para el Norte de León, cabe reseñar recientes iniciativas encabezadas por asociaciones culturales.

### 5.3. Excavación arqueológica

Como parte del proceso de investigación de esta tesis doctoral, he tenido la oportunidad de realizar excavaciones arqueológicas dentro del área considerada como caso de estudio a escala micro: la aldea de Vigaña, en Miranda (Asturias) y su entorno. Tales intervenciones se realizaron entre 2009 y 2013 e incluyeron la realización de excavaciones en terrazas agrarias, áreas de cultivo, espacios de pastos y yacimientos arqueológicos previamente conocidos –por ejemplo, el poblado fortificado de El Castro (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº 101)–. Como resultado de estos trabajos, he podido disponer de un buen elenco de datos novedosos que han resultado cruciales para la elaboración de esta tesis doctoral, en especial aquellas informaciones relacionadas con el Neolítico, la Edad del Hierro y la época romana altoimperial (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2014; FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016)<sup>36</sup>.

Los procedimientos arqueológicos de excavación empleados en estas actuaciones comportaron la realización de sondeos valorativos y la excavación en área de distintos espacios y yacimientos. En función de las características de cada yacimiento y de los objetivos de las diferentes intervenciones, las dimensiones de las áreas de excavación fueron variables (**Fig.5.5**). La metodología de documentación utilizada se fundamentó en el reconocimiento de los niveles de ocupación antrópica, horizontes de estratificación natural y/o estructuras constructivas a través de la excavación

<sup>34</sup> Más información en <http://www.politicalinguistica.org/> (Último acceso: 21 de agosto de 2014).

<sup>35</sup> Más información en <http://www.academiadelalingua.com/> (Último acceso: 21 de agosto de 2014).

<sup>36</sup> Estas actuaciones se enmarcan en el Proyecto de Investigación Proyecto de Investigación «La formación de los paisajes del Noroeste peninsular durante la Edad Media (Siglos V-XII)» (Ref. HAR2010-21950-C03-03) dirigido por Margarita Fernández Mier (Universidad de León) y financiado por la Secretaría de Estado de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2013a).



**Fig.5.5:** Vista de diferentes sectores intervenidos en Vigaña. a) Pequeño sondeo en Las Murias, en El Valle'l Pandu, con El Castu al fondo. b) Trinchera realizada inicialmente en Las Corvas para comprobar la antigüedad de una terraza agraria, posteriormente transformada en área abierta de excavación al documentar niveles de hábitat del Neolítico. c) Trincheras realizadas en L'Hortal que conectaban sondeos previos con zonas de resultados positivos en prospecciones geofísicas. d) Excavación en área en la parte alta de El Castu.

manual y la atención a los principios de superposición, asociación, inversión e intrusión estratigráfica (CARANDINI 1997; DOMINGO *et al.* 2007: 169-172; HARRIS 1991), siguiendo para ello los procedimientos habituales hoy día en la excavación arqueológica (RUIZ ZAPATERO 2013b).

La documentación de campo estuvo siempre basada en Unidades Estratigráficas (UE) que fueron excavadas desde las de más reciente deposición a las más antiguas. Todo el registro de la información fue volcado en fichas de UE en las que se plasmaba la información relativa a cada unidad, así como las vicisitudes e impresiones referentes a su proceso de excavación, a modo de diario de campo. Como apoyo de las tareas de documentación, contamos con la ayuda del programa informático *PIEDRAC, Software libre para la documentación arqueológica de campo*<sup>37</sup>, cuya utilización nos permitió compilar toda la información obtenida en campo en una única base de datos en la que se relacionan UEs, fichas de restos materiales, inventarios de documentación fotográfica y planimétrica, datos topográficos y fichas de muestras para geoarqueología, bioarqueología, radiocarbono, etc.

<sup>37</sup> Este programa informático ha sido desarrollado por Andrés de la Peña García y Paloma de la Peña Alonso. *PIEDRAC* es software libre y se distribuye gratuitamente bajo la *Licencia Pública General de GNU, versión 3*, junto con su código fuente. [Descarga y más información en la web: <http://piedrac.sourceforge.net/index.html> Último acceso: 1 de septiembre de 2014].



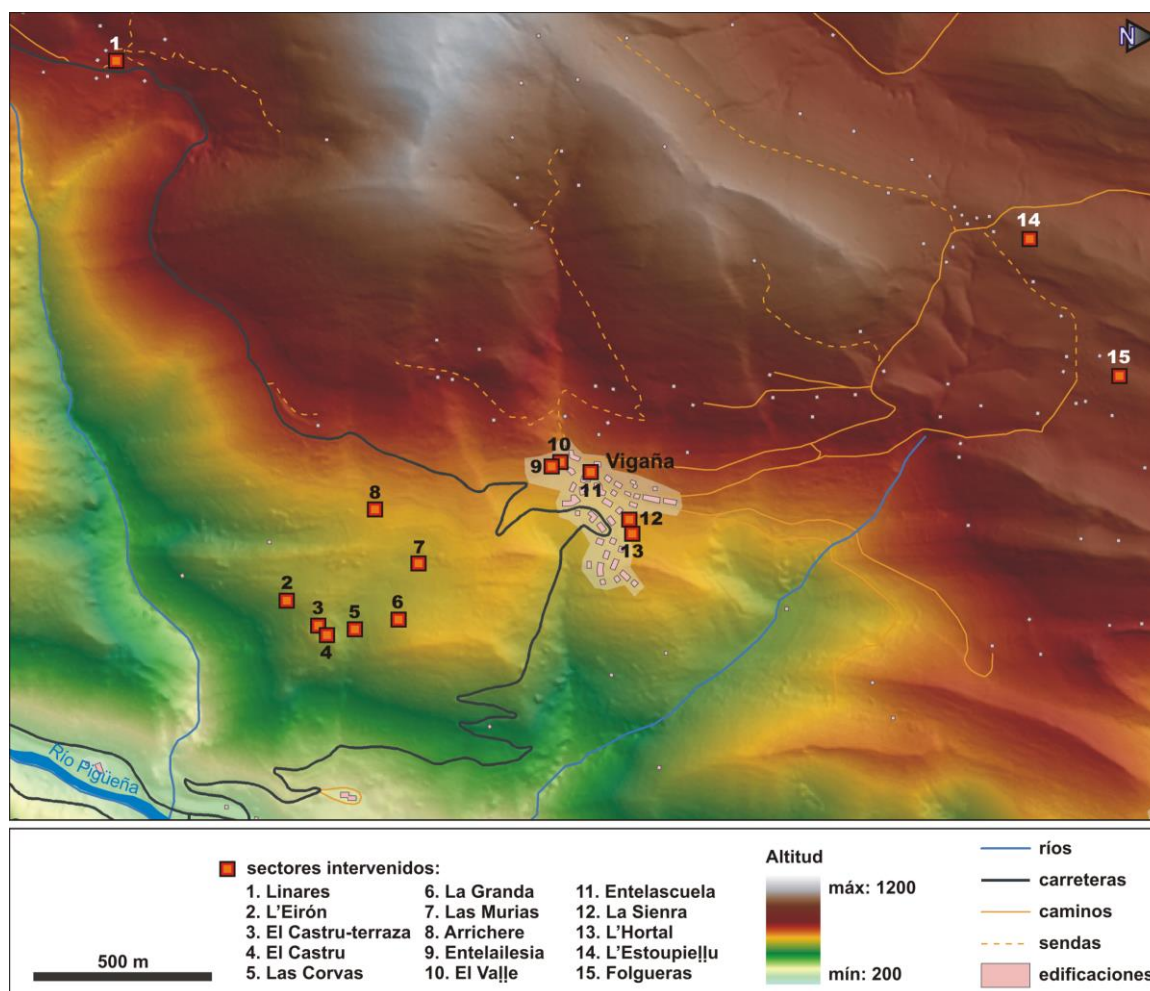


**Fig.5.6:** Trabajos de documentación mediante estación total topográfica en las excavaciones de El Castru (Vigaña, Miranda), julio de 2012.

El proceso general de documentación (registro de unidades estratigráficas/murarias y materiales arqueológicos) se llevó a cabo con la ayuda de una estación total topográfica (**Fig.5.6**). Esta información se complementó con una exhaustiva documentación fotográfica, y con la realización de dibujos y planimetrías de campo. Posteriormente, toda la información recuperada fue volcada en un SIG empleando para ello distintos paquetes de software SIG, como *ESRI ArcGis 9.3* o *GvSig 1.9* (distribución de *Oxford Archaeology Digital*).

Durante el desarrollo de las excavaciones no sólo atendimos a las estructuras constructivas y a los objetos muebles. También prestamos especial atención a la toma de muestras de sedimentos, carbones, muestras para arqueobotánica, sedimentología y composición química de los suelos, etc. En el caso de UEs de suelos o superficies de tránsitos, recogimos grandes muestras de tierra para proceder a su posterior cribado y/o flotación, en previsión de recuperar microrrestos de fauna, semillas, carbones, etc.

Con esta metodología, se realizaron excavaciones arqueológicas en distintos sectores del entorno de la aldea de Vigaña cuyos resultados han sido incorporados al proceso investigador de esta tesis doctoral en relación con los períodos cronológicos considerados: El Castru (Edad del Hierro/época altoimperial romana), La Sienra (Neolítico), Las Corvas (Neolítico), L'Estoupiellu (Prehistoria reciente indeterminada), L'Hortal (Neolítico), así como los sectores de Entelailesia y El Valle en el entorno de la iglesia parroquial de San Pedro de Vigaña (época romana) (**Fig.5.7**). Estos yacimientos ofrecen información arqueológica relacionada con contextos de distinta



**Fig.5.7:** Localización de los sectores del entorno de la aldea de Vigaña en los que se realizaron intervenciones arqueológicas durante las campañas desarrolladas entre 2009 y 2013.

naturaleza, entre los que destacan los lugares de poblamiento y los espacios productivos de diverso aprovechamiento agrario.

Algunas de las excavaciones depararon datos esperables, con contextos de las características o las cronologías previstas. Aunque los resultados que revisten un mayor interés, por su singularidad, son los que aparecieron de manera sorpresiva. Así, y pese a que ofrecen mayores dificultades para su análisis y comprensión, constituyen los apoyos más sólidos para iniciar debates inéditos que fortalecen los objetivos pautados al comienzo de esta tesis doctoral. Me refiero aquí a la aparición, por ejemplo, de lugares de ocupación con una cronología del IV milenio cal a.C. –como Las Corvas– identificados en el transcurso de la excavación de una terraza agraria a la que a priori atribuíamos una cronología postmedieval (FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 354-356).





**Fig.5.8:** Braña en vías de abandono sobre la aldea somedana de Perllunes, en donde vemos la fuerza de la sucesión ecológica con el rápido avance del monte bajo y el hayedo, ante la incomparecencia o el debilitamiento de la presión antropizadora en este entorno eminentemente ganadero, al menos hasta hace unas pocas décadas.

#### 5.4. Los estudios de paleoambiente

Tras la aparición de las economías productoras de alimentos en el Neolítico, los grupos humanos de las montañas cantábricas desarrollaron paulatinamente diversas estrategias agrícolas y pastoriles que, en adelante, les hicieron ejercer un papel activo respecto a su entorno. Por ejemplo, la instalación de campos de cultivo implicó la apertura de nuevos terrazgos para los cultivos, al tiempo que se introducían especies vegetales alóctonas. El cuidado de los rebaños de ganado doméstico obligó a las comunidades a ampliar los espacios de pastizales frente al arbolado y los matorrales mediante quemadas, talas u otras acciones. La extensión de estos modos de vida –y su evolución diacrónica a lo largo de la Prehistoria reciente– modificaron los rasgos físicos del paisaje, alterando las dinámicas biológicas o geomorfológicas de estas montañas. Así, el desarrollo de nuevas técnicas productivas, la experiencia y los conocimientos acumulados, la cambiante presión demográfica, el agotamiento de los suelos, ciertos parámetros sociales y culturales, o las variaciones climáticas, conforman una serie de factores a considerar en la dialéctica antropizadora que se estableció entre las comunidades humanas y su entorno (**Fig.5.8**). En definitiva, esta nueva actitud trajo consigo la transformación directa del entorno con el objetivo de favorecer unas fórmulas de subsistencia cuyo impacto en el paisaje constituyen elementos rastreables en diversos registros paleoambientales (DINCAUZE 2000).

Desde la Paleobotánica podemos acercarnos al paleopaisaje vegetal del Holoceno siguiendo distintas estrategias, aunque son los registros paleopalinológicos los

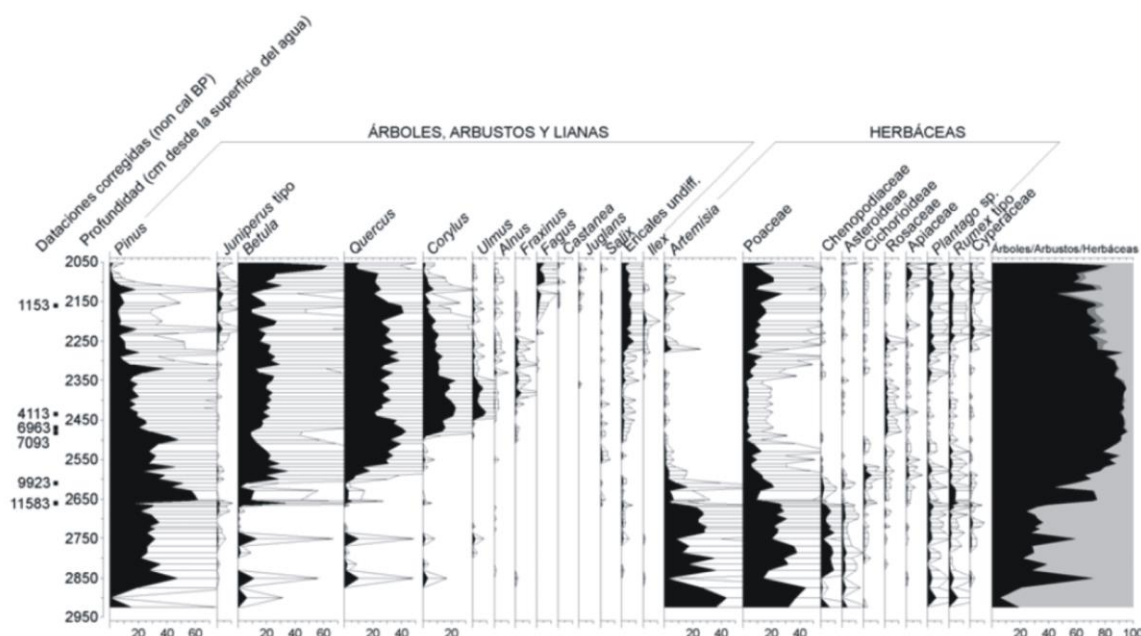
repertorios informativos más importantes entre los considerados en esta investigación (BRYANT JR. Y HOLLOWAY 1983). Este tipo de registros constituyen fuentes de información fundamentalmente locales en referencia al área concreta de donde deriva la muestra analizada, que sólo en conjunción, a su vez, con otros lotes de datos locales nos permiten inferir interpretaciones de alcance regional (RUIZ ZAPATA *et al.* 1996a: 217). Así, las secuencias polínicas depositadas de forma natural en turberas o medios lacustres del área de estudio se destacan como los mejores anclajes para la generación de narrativas históricas referentes a la antropización de los espacios montañosos del área occidental cantábrica en diálogo con los datos arqueológicos. Estas secuencias ofrecen lecturas bien contextualizadas que pueden ser contrastadas con las lecturas obtenidas en los estudios sobre las formas de poblamiento y las muestras arqueobiológicas recuperadas en contextos estratigráficos en el transcurso de excavaciones arqueológicas.

La Arqueopalinología ofrece un marco propicio para la síntesis crítica y la discusión comprensiva entre las lecturas arqueológicas del paisaje y los estudios paleoambientales basados en secuencias palinológicas de escala regional (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a, 2013). Tal y como han planteado estos autores, existe una necesidad real de que la Arqueopalinología se configure como un escenario de diálogo y discusión entre palinólogos y arqueólogos, para que ambos grupos de especialistas colaboren estrechamente en la generación de reconstrucciones interdisciplinares que maximicen la potencialidad interpretativa de estos dos tipos de registros. De este modo, deberíamos apostar por el establecimiento de unas pautas de trabajo que favorezcan las lecturas colaborativas, frente a las tradicionales visiones aisladas que emanan desde cada uno de estos dos campos científicos (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a: 9-10)<sup>38</sup>.

La mirada amplia que nos ofrecen los estudios paleoambientales nos ayuda a desbordar los perímetros de los yacimientos arqueológicos clásicos (poblados, necrópolis, monumentos...), para atender desde una perspectiva integral a las relaciones entre los seres humanos y su entorno –uno de los objetivos centrales para la Arqueología del Paisaje– y poder así complejizar las narraciones arqueológicas (MARTÍNEZ CORTIZAS 2000: 36-37). Por lo tanto, más allá de que nos sirvan para reconstruir el medio vegetal de un determinado momento –o para reconocer la presencia de tal o cual taxón doméstico en el entorno de un yacimiento arqueológico–, los estudios paleopalinológicos nos permiten calibrar la influencia de los grupos humanos en la conformación de los paisajes vegetales de los períodos cronoculturales considerados (BRYANT JR. Y HOLLOWAY 1983: 210-211; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2013: 280). En suma, nos abren una vía para plantear hipótesis interpretativas acerca de la actuación de los seres humanos como agentes de los procesos culturales de construc-

---

<sup>38</sup> Esta misma reflexión podría hacerse extensible al extenso abanico disciplinar que potencialmente nos podría aproximar al conocimiento arqueológico de diversos aspectos históricos o sociológicos de los paisajes pretéritos objeto de nuestra atención, así como de las comunidades humanas que desarrollaron sus vidas en ellos.



**Fig.5.9:** Diagrama polínico de un sondeo realizado en el Lago de El Valle (denominado erróneamente en la bibliografía como Lago del Ajo) en el que se observa el progresivo impacto antropizador, que se acentúa a partir del I milenio cal a.C. [Estudio realizado por McKeever (1984), corregido por Allen et al. (1996), tomado de López Merino (2009: 50)].

ción social del paisaje (VICENT GARCÍA *et al.* 2000: 36-38, 71) y nos sirven de acicate para plantear interpretaciones acerca de los comportamientos económicos o culturales de las comunidades humanas pretéritas.

Uno de los objetivos fundamentales de esta tesis doctoral<sup>39</sup> lo constituye la construcción de una narración arqueológica de la genealogía de los paisajes culturales de las montañas cantábricas a lo largo de la Prehistoria reciente. Para ello, resulta crucial poder calibrar el impacto antropizador que generaron en el medio los grupos humanos en las distintas fases históricas. Esto me permitirá relacionar estas observaciones con las formas políticas, sociales y subsistenciales desplegadas por los grupos humanos de esos períodos (**Fig.5.9**). En este sentido, podríamos definir la antropización como un proceso sociocultural por el cual los grupos humanos generan cambios –de manera consciente e inconsciente– en su entorno ambiental, fundamentalmente como producto directo o colateral de sus actividades productivas.

Tal y como he venido insistiendo en este capítulo, el estudio de la antropización de un área geográfica determinada en el pasado ha de ser abordado desde una mirada disciplinar amplia. Sólo la convergencia de diversos procedimientos y técnicas nos permitirá detectar las diferentes señales de antropización, que deben ser siempre consideradas en conjunto (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a: 21), pues no existen tipos de datos que, considerados de forma aislada, impliquen la efectiva antropización de un paleopaisaje (ROWE Y KERSHAW 2008) –ni siquiera la identificación de *Cerealia* en la columna palinológica de una turbera (LÓPEZ SÁEZ Y LÓPEZ MERINO 2005: 57)–.

<sup>39</sup> Ver capítulo «2. Objetivos».

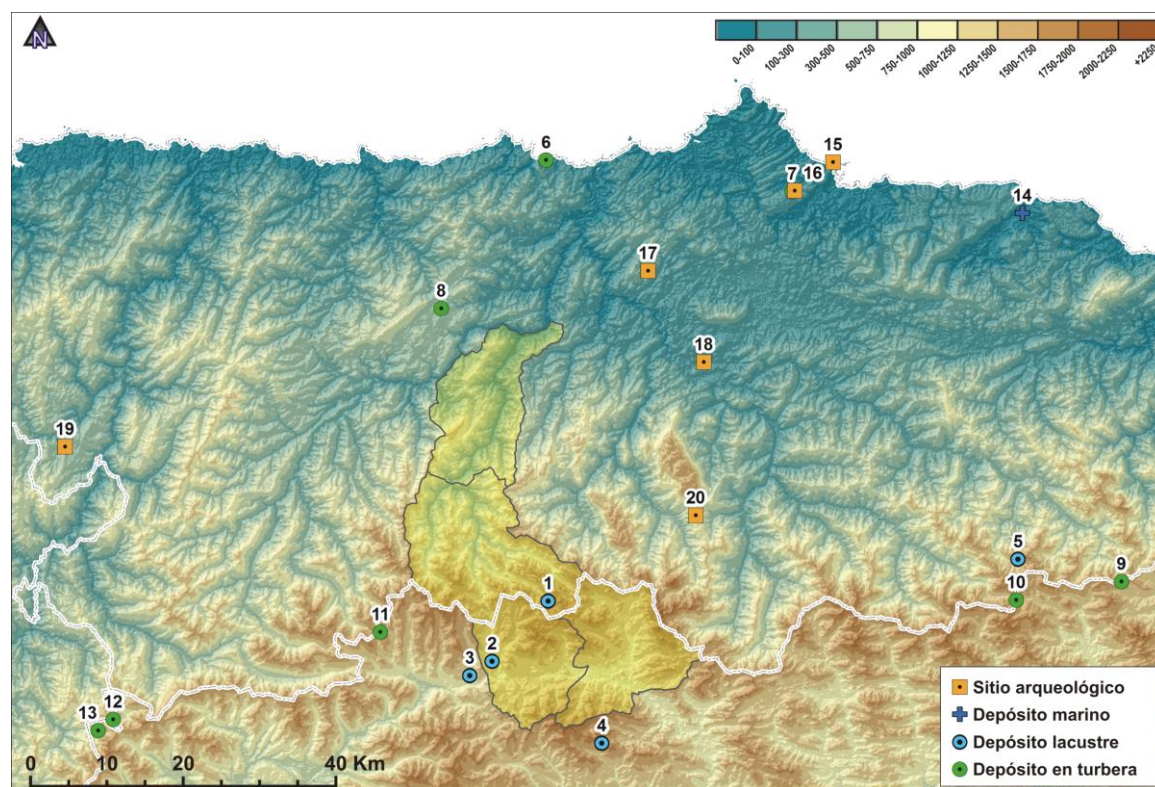
Debe atenderse, mejor, a la conjunción de una serie de “indicadores polínicos de antropización”, como evidencias de deforestación, incremento de los incendios, desarrollo de las típicas formaciones arbustivas generadas por la degradación del bosque, procesos de eutrofización, indicios de pastoralismo, incremento de plantas típicas de zonas abiertas, la presencia de taxones vegetales alóctonos relacionados con la agricultura –tanto de especies cultivadas como de “malas hierbas”–, o la aparición de asentamientos humanos de ocupación intensa en su entorno (GALOP Y LÓPEZ SÁEZ 2002; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a: 22, 2013: 281-282).

Normalmente, el estudio de los procesos de antropización en la Prehistoria reciente pone el foco sobre el desarrollo y la extensión de la agricultura, aunque en zonas montañosas como las que componen el área de estudio en esta tesis doctoral el pastoralismo desempeña un papel de extrema importancia en la temprana antropización del paisaje. Este tipo de actividades también genera impactos rastreables en las secuencias palinológicas, con la extensión de los pastizales compuestos por herbáceas de distintos tipos como *Poaceae* o *Asteraceae*, la aparición de cortejos polínicos específicos indicadores de actividades pastoriles, como las plantas ruderales o antropozoógenas *Artemisia*, *Chenopodiaceae*, *Rumex* sp, *Cichorioideae*, *Asteroidae*, *Chenopodiaceae*, *Urtica dioica* tipo, *Plantago lanceolata* tipo, *Plantago major/media* tipo, *Polygonum aviculare* tipo, etc., el aumento de brezos heliófilos como *Erica*, así como de microfósiles no polínicos de ecología coprófila como los *Ascomycetes*, *Sordaria* tipo o *Sporormiella* tipo (GASSIOT BALLBÈ *et al.* 2012; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006, 2013: 282; LÓPEZ SÁEZ Y LÓPEZ MERINO 2007; MAZIER *et al.* 2009; MIRAS *et al.* 2007; RUIZ ZAPATA *et al.* 1996b).

Otras aproximaciones, como el estudio macroscópico de los carbones presentes en suelos coluviales, abren líneas de trabajo para estudiar diacrónicamente la naturaleza de los incendios en espacios de bosques y matorral, lo que permite plantear propuestas interpretativas sobre la aparición y la extensión de las quemaduras intencionadas para la apertura de pastizales y la extensión de los espacios pastoriles (KAAL *et al.* 2011).

Así pues, el estudio de los procesos de antropización se sitúa como uno de los puntos centrales en la agenda investigadora de la Arqueología del Paisaje, pues nos permite acceder a información relevante para comprender aspectos políticos, sociales, económicos y tecnológicos de las comunidades humanas consideradas. Esta visión contrasta con las investigaciones más positivistas –encuadrables en el ámbito de la *Environmental Archaeology*– que suelen centrar su atención en el “impacto producido en el medio” por los grupos humanos, que son así considerados agentes externos al ecosistema. Tal concepción reproduce una lógica cartesiana que diferencia quirúrgicamente entre naturaleza y cultura, lo que responde a la perspectiva constructivista que Tim Ingold definía en contraposición a la perspectiva vivencial que se apuesta por adoptar en esta investigación (1993, 2000). Así, a través de estas estrategias investigadoras resulta pertinente abordar la relevancia de los procesos de antropización y su relación con los ámbitos ligados a la percepción y la experien-





**Fig.5.10:** Localización de los depósitos con informaciones y secuencias palinológicas para la Prehistoria reciente en torno al área de estudio. Depósitos lacustres: 1: Lago de El Valle (Somiedu, Asturias). 2: Laguna de La Mata (Cabrilanes, León). 3: La Laguna del Castru (Villablino, León). 4: Laguillín (Riello, León). 5: Laguna de Corteguero (Casu, Asturias). Depósitos en turberas: 6: Las Dueñas (Cuideiru, Asturias). 7: Monte Areo (Xixón/Carreño, Asturias). 8: La Molina (Salas, Asturias). 9: Puerto de Tarna (Casu, Asturias). 10: Puerto de San Isidro (Ayer, Asturias). 11: Puerto de Ljeitariegos (Villablino, León). 12: A Campa de A Cespedosa (Cervantes, Lugo). 13: Suárbol (Candín, León). Depósitos marinos: 14: Ría de Villaviciosa (Villaviciosa, Asturias). Sitios arqueológicos: 15: castro de La Campa Torres (Xixón, Asturias). 16: túmulo de Monte Areo XII (Xixón/Carreño, Asturias). 17: túmulos de Piedrafita IV y V (Les Regueres, Asturias). 18: castro de El Castiellu de Llagú (Uviéu, Asturias). 19: castro de El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias). 20: megalito La Mata'l Casare (Llóna, Asturias).

cia del concepto “paisaje cultural”. Esta visión amplia me permitirá, por ejemplo, conjugar observaciones paleoambientales con la interpretación de aspectos arqueológicos como las formas de poblamiento, las pautas territoriales de los grupos humanos o la mejor comprensión de evidencias *off-site* o estaciones arqueológicas no habitacionales, como enclaves con arte rupestre, monumentos, depósitos votivos, etc.

La atención a las escalas regional y local de las cuestiones paleoambientales cobra gran relevancia en un estudio de caso como el que se aborda en el presente trabajo. Para ello es necesario contar con datos lo más próximos posible al área de estudio, por lo que preferentemente he prestado atención a los registros paleoambientales existentes en el propio caso de estudio, o en su defecto a aquellos extraídos en espacios inmediatos que comparten las características biogeográficas con el área examinada (**Fig.5.10**). En paralelo, es necesario considerar encuadres amplios en lo geográfico. Así, pese al énfasis puesto en la escala geográfica más reducida al analizar la evolución paleoambiental del estudio de caso, es necesario establecer nexos

de unión con las investigaciones de mayor amplitud geográfica. En tales niveles, la capacidad de agencia de los grupos humanos pierde peso frente a las dinámicas ambientales “naturales”, como las fluctuaciones paleoclimáticas. En este ámbito, existen múltiples recursos metodológicos para abordar este amplio género de estudios – como las variaciones en los avances de los glaciares, el estudio diacrónico de la presencia de isótopos de determinados elementos en los sedimentos marinos y lacustres, así como en las acumulaciones de hielo de los casquetes polares (URIARTE CANTOLLA 2003)–, aunque en su mayoría ofrecen lecturas a gran escala. En general, los patrones paleoclimáticos del Holoceno ofrecen particularidades regionales marcadas<sup>40</sup>. Por ejemplo, las fluctuaciones en Europa son mucho menos acusadas que en regiones tropicales (URIARTE CANTOLLA 2003: 133), aunque no por ello las variaciones europeas son menos importantes. Así, se han identificado y correlacionado – mediante una amplia variedad de técnicas– oscilaciones climáticas a escala europea que determinan una fasificación paleoclimática genérica (MAYEWSKI *et al.* 2004). Este encuadre general puede resultar útil para plantear lecturas paleoambientales diacrónicas con las que establecer analogías entre el caso de estudio y las investigaciones semejantes desarrolladas en otras regiones europeas. A la vez, los estudios generales pueden servir de contraste para calibrar el impacto neto en su entorno que generan las comunidades humanas de nuestro área concreta de estudio.

### 5.5. Los SIG y el análisis locacional en la Arqueología del Paisaje

En la última década, la extensión de las Tecnologías de Información Geográfica (TIG) –y más en concreto de los paquetes de software de Sistemas de Información Geográfica (SIG)– han constituido una de las transformaciones más destacadas de las prácticas investigadoras en nuestra disciplina (CONOLLY Y LAKE 2006; WHEATLEY Y GILLINGS 2002), especialmente en lo concerniente a la Arqueología del Paisaje (GRAU MIRA 2006; HU 2011; LLOBERA 2012). Más allá de su utilidad en la gestión de datos y la obtención de representaciones cartográficas atractivas, los SIG deben ser empleados en la investigación arqueológica como herramientas al servicio de la construcción de narrativas históricas.

En este sentido, la conducción de diferentes procesos analíticos sobre datos georreferenciados debe partir, a mi juicio, de la existencia de preguntas de investigación previas. Debe contarse con la seguridad de que la realización de determinados estudios geoestadísticos derivará en la obtención de respuestas que nos permitan confirmar o refutar ciertas hipótesis de partida, o bien abrirá nuevas líneas de debate. Por el contrario, la ejecución de análisis espaciales sin un plan preestablecido raramente redundará en resultados útiles para comprender mejor los procesos

<sup>40</sup> Esta diversidad se acrecienta al considerar la variedad climática y geomorfológica que ofrece la acusada compartimentación geográfica del Noroeste ibérico y orla cantábrica (MUÑOZ SOBRINO *et al.* 2003; PEÑALBA GARMENDIA 1994), con cambios notables entre regiones próximas que lógicamente afectan a la composición paleobotánica de zonas inmediatas, independientemente de los factores antrópicos que inciden en la generación de los paisajes culturales.

sociohistóricos que en un principio atraen nuestra atención como científicos sociales. De hecho, esta advertencia tiene una clara vigencia a la vista de la sobreabundancia de investigaciones arqueológicas que en la actualidad emplean de manera acrítica y masiva estas herramientas. En ocasiones, parece que el uso de los SIG en la Arqueología de hoy responde más bien a una moda que sirve únicamente para reforzar el cientifismo de esos estudios arqueológicos, mientras la interpretación social está ausente en dichos trabajos.

En mi opinión, debemos ser críticos con la generalización de los SIG en el actual contexto de auge de un nuevo «neoprocesualismo tecnificado» donde las lecturas sociológicas o antropológicas de los casos de estudio pierden presencia frente a la estadística, el ADN o los isótopos estables. No lo olvidemos: los SIG son una herramienta analítica más de la Arqueología del siglo XXI. Este auge del empirismo evidencia el foco que buena parte de nuestros colegas prestan en la actualidad a los aspectos técnicos de la metodología arqueológica, frente a una pérdida de interés por la teoría en muchos proyectos de Arqueología del Paisaje (JOHNSON 2007: 82). Es muy posible que estemos demasiado influenciados por el uso de los ordenadores en este campo, con lo que no debemos olvidar que estos instrumentos se limitan a cumplir órdenes y no piensan reflexivamente (FLEMING 2012a: 468). Si sobredimensionamos el peso relativo de los SIG en la Arqueología del Paisaje podríamos caer ante el peligro de alejar nuestras interpretaciones de las Ciencias Sociales y acercarnos a terrenos científicos donde lo cultural se podría ver aprisionado por algoritmos. Este camino, ante el cual algunos advierten un nuevo cambio de paradigma en Arqueología (KRISTIANSEN 2014), parece incierto, incluso peligroso. Volviendo al tema que aquí nos ocupa, personalmente apuesto por seguir confiando en los cerebros humanos y en la mirada del arqueólogo sobre el terreno a la hora de hilvanar los relatos arqueológicos.

No obstante, frente a las frecuentes críticas a los abusos en el empleo de los SIG lanzadas por investigadores posicionados en las aproximaciones más clásicas de la Arqueología del Paisaje o en la fenomenología, coincido con Marcos Llobera (2012: 499-500) en que los SIG constituyen una herramienta analítica perfectamente válida para generar debate y avanzar en la construcción de interpretaciones arqueológicas, siempre que su uso esté coordinado con un plan investigador claro y reflexivo.

Atendiendo a estas reflexiones críticas, en esta tesis doctoral recurriré a los SIG desde la perspectiva de un usuario básico que mediante su empleo pretende movilizar datos georreferenciados muy concretos de tipo arqueológico, geográfico, paleoambiental... En primer lugar, los utilizaré con el objetivo de obtener representaciones cartográficas de los datos considerados. Además, pondré en juego esta herramienta para realizar estudios espaciales de los yacimientos considerados y sus entornos, con el objetivo de comprender las pautas de poblamiento y las formas de subsistencia de las comunidades humanas que poblaron las montañas cantábricas a lo largo de la Prehistoria reciente.

En este proceso investigador, el análisis locacional de los poblados, monumentos y otros lugares de interés arqueológico, así como los estudios de movilidad en torno a ellos, constituirán pasos valiosos para contrastar las hipótesis de partida relacionadas con las pautas de territorialización, el aprovechamiento de los espacios agrarios y la construcción de paisajes políticos o simbólicos por parte de los grupos humanos. De igual forma, realizar sistemáticamente estas operaciones en relación con diversos enclaves me permitirá trabajar sobre análisis constantes comparables entre sí, y también con investigaciones similares desarrolladas sobre casos de estudio próximos al área aquí observada. Además todos esos estudios serán reproducibles al realizarse sobre unos protocolos estables. No en vano, y pese a la sensibilidad que otorgo en mi investigación a las experiencias y las percepciones, así como a la capacidad de agencia de los seres humanos, es cierto que muchas veces la intuición envuelve con demasiada presión algunas de las observaciones lanzadas desde la Arqueología del Paisaje. Expresadas o tamizadas éstas a través de estudios espaciales y territoriales, los argumentos que facilitan las interpretaciones arqueológicas pueden tomar cuerpo y ganar solidez (LLOBERA 2006: 111).

Los análisis SIG realizados en el transcurso de esta tesis doctoral han sido realizados mediante el software ESRI ArcGIS 9.3, mientras que también se han empleado –fundamentalmente como visores– otras herramientas como Google Earth o GvSig. Los datos utilizados han sido obtenidos en su mayoría del Centro Nacional de Información Geográfica<sup>41</sup>, así como del Geoportal IDEE del Ministerio de Fomento<sup>42</sup>, del Sistema de Información Territorial del Principado de Asturias y la Infraestructura de Datos Espaciales (SITPA-IDEAS)<sup>43</sup> y de la Infraestructura de Datos Espaciales de Castilla y León<sup>44</sup>. Con estas herramientas y a partir de los datos disponibles, realicé estudios de accesibilidad, visibilidad y altitud relativa de los lugares con ocupaciones domésticas constatadas, lo cual redujo su aplicación a los poblados fortificados de la Edad del Hierro, así como a los enclaves neolíticos del estudio de caso a escala micro. En la elección de los procedimientos analíticos a aplicar, busqué siempre aquellos métodos ya aplicados en investigaciones previas del entorno extendido del área de estudio que me sirvieron de guía metodológica (APARICIO MARTÍNEZ 2010: 58-71; FÁBREGA ÁLVAREZ 2004: 16-24; FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ 2009: 10-15; PARCERO OUBIÑA 2002: 59-70; PARCERO OUBIÑA Y FÁBREGA ÁLVAREZ 2006).

El estudio de la movilidad en el entorno de los lugares de poblamiento permite calibrar la facilidad con la que sus habitantes se desplazarían por su entorno. Para determinar este componente espacial, empleé un mapa ráster de costes teóricos de desplazamiento a partir de la pendiente natural del terreno. A la hora de seleccionar

<sup>41</sup> Descargados a partir de su website <http://www.cnig.es/> (último acceso: 15 de julio de 2015).

<sup>42</sup> Descargados de <http://www.idee.es/> (último acceso: 15 de julio de 2015) o utilizados a través de servicios WMS.

<sup>43</sup> Website: <http://sitpa.cartografia.asturias.es/sitpav30/pages/presentation/presentation.aspx> y servicios WMS (último acceso: 7 de septiembre de 2015).

<sup>44</sup> Website: <http://www.cartografia.jcyl.es/> (ultimo acceso: 7 de septiembre de 2015).



la fórmula exacta con la que realizar el cálculo determinado del esfuerzo para desplazarse por el terreno, existen multitud de opciones diferentes, aunque concuerdo con otros autores (PARCERO OUBIÑA Y FÁBREGA ÁLVAREZ 2006: 76) respecto a la necesidad de simplificar al máximo estos cálculos. No en vano, el resultado de estas operaciones son simples modelos de referencia a la luz de los cuales los investigadores discutiremos nuestras propuestas interpretativas: no se trata de obtener representaciones perfectas de una realidad única, sino de encontrar apoyo para lanzar propuestas interpretativas sobre el comportamiento humano. Así, apliqué un parámetro de fricción del terreno a partir de la pendiente donde  $F = p/10$ , donde  $p$  (%) para obtener los mapas de costes o de fricción, que combinados con la distancia derivan en los mapas de accesibilidad. En el desarrollo de estos cálculos empleé herramientas del ArcMap del paquete «Spatial Analyst Tools». A partir de estos estudios de movilidad, realicé análisis de accesibilidad alrededor de los asentamientos considerados, utilizando para ello líneas isocronas de referencia de 15, 30 y 60 minutos desde los puntos de origen (los lugares de hábitat). En la realización de estos estudios, pueden ser tomados en consideración otros factores de fricción además de la pendiente, como las características de los suelos, la vegetación o la existencia de cursos de agua. Las dos primeras cuestiones no fueron consideradas al desconocer con certeza las condiciones existentes durante la Prehistoria reciente en estos espacios. En cuanto a los cursos fluviales, la mayoría de los poblados considerados se sitúan lejos de cursos hídricos con caudales significativos. Por ello, y pensando siempre en simplificar al máximo los cálculos, descarté su consideración exceptuando el río Narcea que discurre por las inmediaciones del poblado castreño de El Castre de Alava (Salas). A este caudaloso río se le confirió una dificultad para vadearlo equivalente a 50 grados de pendiente en una banda de 15 metros de anchura.

Los estudios de visibilidad realizados han sido obtenidos a través del paquete de herramientas «3D Analyst» del programa ArcMap, seleccionando para ello varios puntos de observación abarcando la extensión completa de todo el asentamiento. Los análisis fueron realizados sobre el Modelo Digital del Terreno (MDT) del Instituto Geográfico Nacional obtenido a partir de datos LiDAR con 5 m por píxel. En su ejecución, he considerado siempre un punto de observación teórico cinco metros por encima del nivel del suelo, considerando la existencia de estructuras elevadas, además de servir esta opción para superar las distorsiones generadas por pequeñas incorrecciones del MDT empleado. Por su parte, los análisis de visibilidad fueron realizados considerando dos niveles de amplitud, con un radio máximo de dos kilómetros<sup>45</sup>, y un segundo radio máximo de hasta cinco kilómetros. Los estudios de visibilidad presentan una serie de problemas derivados de la exactitud del MDT empleado o la consideración de la incidencia de la paleovegetación (e.g. LLOBERA 2003; WHEATLEY Y GILLINGS 2002: 186-187; ZAMORA MERCHÁN 2006) en las visibilidades efec-

<sup>45</sup> Atendiendo así al concepto de “visibilidad efectiva”, que por convención suele considerar que un ser humano es reconocible sobre el terreno a una distancia máxima de 2.000 m (MITCHAM 2002: 64).

tivas en la Prehistoria reciente que he tomado en consideración, y que estarán presentes en la discusión y presentación de los datos.

Por último, consideré la altura relativa de los lugares de poblamiento como medio para explorar su prominencia topográfica y su relevancia en el paisaje (LLOBERA 2001; PARCERO OUBIÑA Y FÁBREGA ÁLVAREZ 2006: 77-78). Se trata de un cálculo sencillo que relaciona la altitud del emplazamiento considerado respecto a la altitud media de su entorno inmediato, considerando en este caso una extensión de 800 y 2.000 m de radio. Así, la altitud relativa simple es igual a la diferencia entre la cota máxima del asentamiento y la altitud media de su entorno en un radio dado. Como resultado de este cálculo, se obtiene la diferencia entre la cota máxima de un enclave y la cota media de su entorno, lo cual sirve para evaluar la prominencia de un lugar. Además, también consideré la altitud relativa tipificada, que se obtiene al relacionar el cálculo anterior con la desviación típica de los valores del entorno analizado, por lo que también tiene en cuenta la variabilidad del terreno circundante (PARCERO OUBIÑA Y FÁBREGA ÁLVAREZ 2006: 78).

## 5.6. La atención a los referentes etnográficos locales

En el análisis de los paisajes culturales de un área de montaña como la que sustenta las propuestas interpretativas de esta tesis doctoral, es importante no dejar de lado la perspectiva de la población local respecto a su territorio. Igualmente, se deben valorar las enseñanzas que se pueden derivar de la atención a las formas de vida subactuales desarrolladas por las comunidades preindustriales como vía para comprender mejor las potencialidades y las limitaciones de este espacio. En este sentido, las formas tradicionales de vida campesina constituyen un modelo para entender las formas preindustriales de gestionar un territorio, de relacionarse en términos físicos –pero también ideológicos y emotivos– que en la actualidad se encuentra en declive a escala europea (BLUM 1978). Por ello, es importante no desdenar su relevancia antes de que los escasos referentes locales que persisten desaparezcan del todo.

Con esta perspectiva, definiendo que al estudiar arqueológicamente paisajes como los que caracterizan las zonas analizadas en este trabajo, es fundamental integrar las interpretaciones arqueológicas con los estudios paleoambientales, las narraciones históricas, los análisis geográficos, así como implementar todo tipo de técnicas que nos permitan movilizar y exprimir al máximo los datos a nuestro alcance. Pero, por encima de todo, la atención a los referentes locales a través de los estudios antropológicos o etnoarqueológicos<sup>46</sup> nos ofrece además matices apegados al

---

<sup>46</sup> Aunque el concepto «Etnoarqueología» sigue plenamente vigente en los debates disciplinares, en los que yo mismo he participado con comodidad, comparto las críticas de autores como Alfredo González Ruibal (2006a, 2008b) o Almudena Hernando (2006) sobre las connotaciones negativas del concepto y sus prácticas derivadas de los abusos de la Arqueología procesual, y en su lugar quizá sería más conveniente hablar de una Arqueología del pasado reciente (GONZÁLEZ RUIBAL 2008d) o de



Fig.5.11: Braña de La Pornacal (Villar de Vildas, Somiedu), en la cabecera del río Pigüña.

terreno, desde las experiencias personales, que resultarán tremendamente útiles para generar narraciones arqueológicas densas y más cercanas a los puntos de vista de sus pretéritos protagonistas de carne y hueso. De este modo, tener en cuenta los relatos transmitidos oralmente de generación en generación por los habitantes de estas montañas, las enseñanzas de los últimos pastores o las impresiones de la gente que conoce cada recoveco del terreno estudiado constituyen valiosas aportaciones que me han servido para desarrollar mis ideas, y alcanzar el objetivo de convertir esta investigación arqueológica –que está elaborada a partir de restos materiales inertes– en un relato ágil sobre las vidas de las personas que poblaron estas montañas hace varios milenios.

El pastoralismo desempeña un papel fundamental en las esferas económica y cultural de estas montañas, donde las brañas constituyen lugares centrales para los modos de vida de sus pobladores. No en vano, estos asentamientos pastoriles en altura constituyen puntos de partida en los procesos de antropización ligados a las prácticas ganaderas (**Fig.5.11**). Por ello, me aproximé a estas realidades a través de múltiples vías, como la atención de los estudios etnográficos y antropológicos realizados por distintos investigadores a lo largo de los siglos XIX-XX (e.g. ACEVEDO Y HUELVES 1893; DEL LLANO ROZA DE AMPUDIA Y DE VALLE 1922; URÍA RÍU 1976), los relatos y las colecciones de fotografías antiguas obtenidas por viajeros o montañeros (e.g. LOMBARDÍA Y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003; ROS FONTANA 1999), la consideración de los estudios antropológicos y etnográficos conducidos desde finales del siglo XX (BARRENA DÍEZ 2001; CÁTEDRA TOMÁS 1989; GARCÍA FERNÁNDEZ 1988; GARCÍA MARTÍNEZ 1988,

una Arqueología contemporánea multivocal abierta a los referentes locales –generalmente subalter-  
nizados–.

2003, 2008; GÓMEZ GÓMEZ 2006; GRAÑA GARCÍA Y LÓPEZ ÁLVAREZ 2007; KRUGER 1949; LÓPEZ ÁLVAREZ Y GRAÑA GARCÍA 2003; RODRÍGUEZ PASCUAL Y FERNÁNDEZ 2010), así como la realización de estudios propios (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2007, 2009a, 2013b; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016). En este marco de partida, estudiar los referentes locales –y también de investigaciones desarrolladas en otras zonas de montaña (BALLESTEROS ARIAS 2004; BARKER 2008; BARKER *et al.* 1991; BOEHM 1983; CRIBB 1991; CHANG 1993; GALATY Y JOHNSON 1990; GARCIA CASAS 2013; INGOLD 1990; KEZICH Y VIAZZO 2004; LEIZAOLA CALVO 1997; RENDU 2003; SALZMAN 2002; SEÑORÁN 2007; YAKAR 2000)– me permitió disponer de analogías, recursos narrativos e inspiradores a la hora de elaborar relatos arqueológicos comprensivos sobre la biografía de los ambientes altimontanos en la Cordillera Cantábrica.

Las actividades pastoriles forman parte de un sistema productivo integral en el que confluyen con otras actividades como la agricultura, la ganadería estante o el aprovechamiento del bosque. Igualmente, las formas de poblamiento que vehiculan estos modos de vida se fundamentan en la ocupación de asentamientos estacionales en altura relacionados con otros enclaves –sedentarios o también temporales– ubicados en los valles o zonas bajas de las montañas. Es por ello que la investigación de los espacios pastoriles de montaña, o del pastoralismo como esquema productivo, se debe acometer de forma integrada junto con el estudio de los otros capítulos de su sistema subsistencial completo (e.g. EQUIPU BUEIDA 1991). Considero que sólo mediante el desarrollo de proyectos integrales que atiendan a los territorios y a los modos de vida propios de estas comunidades se podrá alcanzar una imagen completa de las formas de vida de estos grupos. Aunque a priori ésta sea una presunción fácil de asumir, resulta demasiado frecuente encontrar contraejemplos en la literatura disponible. Así, existen multitud de estudios centrados con demasiada fuerza en el componente pastoril de las comunidades tradicionales y que marginan u obvian las tareas agrícolas que las mismas familias desarrollan en los valles dentro de su ciclo estacional de labores agrarias. Por ello, en este trabajo trataré de no perder de vista ese marco más amplio, centrado en la comprensión de las formas de vida desplegadas a lo largo de la Prehistoria reciente por las sucesivas comunidades campesinas que han poblado este territorio.

Muchas brañas del área de estudio han estado en uso hasta hace apenas unas décadas, pues el régimen pastoril tradicional se encuentra en un proceso irremisible de desarticulación. En el transcurso de estos últimos años, he podido estudiar las formas ganaderas subactuales en su fase final de declive, con entrevistas y conversaciones informales con los últimos pastores que practicaron la ganadería trashumante en estas montañas y que encontraba durante mi trabajo de campo<sup>47</sup>. La información compartida por estos últimos se convierte en una ayuda inestimable para estudiar el registro arqueológico de estos asentamientos. Estas personas son excelentes informantes acerca de la toponimia, la parcelación del terrazgo o el dere-

---

<sup>47</sup> Ver epígrafe «5.2. Prospección arqueológica».

cho consuetudinario que regía la organización parroquial y aldeana. Además, sus testimonios permiten comprender en profundidad las prácticas productivas o las significaciones atribuidas a ciertos elementos del paisaje relacionados con restos materiales detectados mediante prospección (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2008). En este sentido, la encuestación etnográfica y los estudios de la cultura material relacionada con los pastores se convierten en herramientas destacadas para el desarrollo de este trabajo. Esta perspectiva me permite ganar en reflexividad y densificar la narrativa histórica sobre las formas culturales y subsistenciales de las montañas cantábricas, hasta unos niveles que las investigaciones arqueológicas no podrían alcanzar por sí mismas.





## Capítulo 6. Área de estudio

La Cordillera Cantábrica ofrece el marco general en el que se encuadra la presente investigación. Esta cadena montañosa –protagonista indiscutible de la geografía de la región cantábrica– ha sido considerada aquí como un objeto de estudio en sí mismo, lo cual se correlaciona con los objetivos de esta tesis doctoral. Tal y como exponía en el capítulo correspondiente, esta investigación pretende superar la tradicional consideración de las áreas de montaña como espacios liminales o de frontera cultural. Si tal consideración redundaba irremediabilmente en un escaso protagonismo de estas zonas en los discursos históricos generales, la presente tesis doctoral dirigirá su foco de atención hacia las zonas altimontanas cantábricas para reflexionar sobre los procesos históricos que mediaron en la construcción social de los paisajes culturales a lo largo de la Prehistoria reciente y reconstruir la genealogía de los procesos que vehicularon la antropización de estas montañas. Por ello, el cuerpo central de la narrativa será erigido con independencia –aunque no en aislamiento– de los procesos históricos que tuvieron lugar en la zona costera cantábrica o en la meseta central, pues constituyen periferias para esta investigación.

La selección de un área de estudio adecuada con respecto a las preguntas de investigación y los objetivos establecidos de partida resulta uno de los pasos clave en el éxito de una investigación. Los autores que encuadran sus trabajos en el marco de la Arqueología del Paisaje suelen estudiar áreas de estudio delimitadas por elementos geográficos. En su selección, existe el riesgo de caer en el localismo, como bien advierte Andrew Fleming (2012a: 465). Por ello, he creído necesario tener muy presente un rango variable de escalas geográficas de análisis sobre las que contrastar las interpretaciones de los casos de estudio. Así, la gran extensión de esta cadena montañosa, los vacíos investigadores y los problemas disciplinares descritos en relación con la Arqueología de la Prehistoria reciente cantábrica, junto a los objetivos de esta tesis, me han llevado a diseñar mi investigación en función de tres escalas territoriales de análisis. Este enfoque múltiple permite combinar distintas herramientas metodológicas en función del grado de apertura del zoom espacial, lo que al mismo tiempo facilita alcanzar diferentes grados de densidad en las narrativas interpretativas. La estrategia adoptada me lleva a manejar diferentes preguntas –o a modular su entonación– en las sucesivas escalas de análisis, lo cual contribuye a discutir de forma integral hipótesis interpretativas que derivan de las distintas densidades de las narrativas elaboradas.

Con este planteamiento de análisis territorial a distintas escalas, he procurado que la lectura de los datos obtenidos en una porción de la Cordillera Cantábrica pueda ser realizada desde distintos grados de apertura en el zoom analítico. De este modo, podré calibrar mejor el grado de certidumbre en las generalizaciones derivadas de los casos de estudio a escala micro. Al mismo tiempo, la consideración de esos

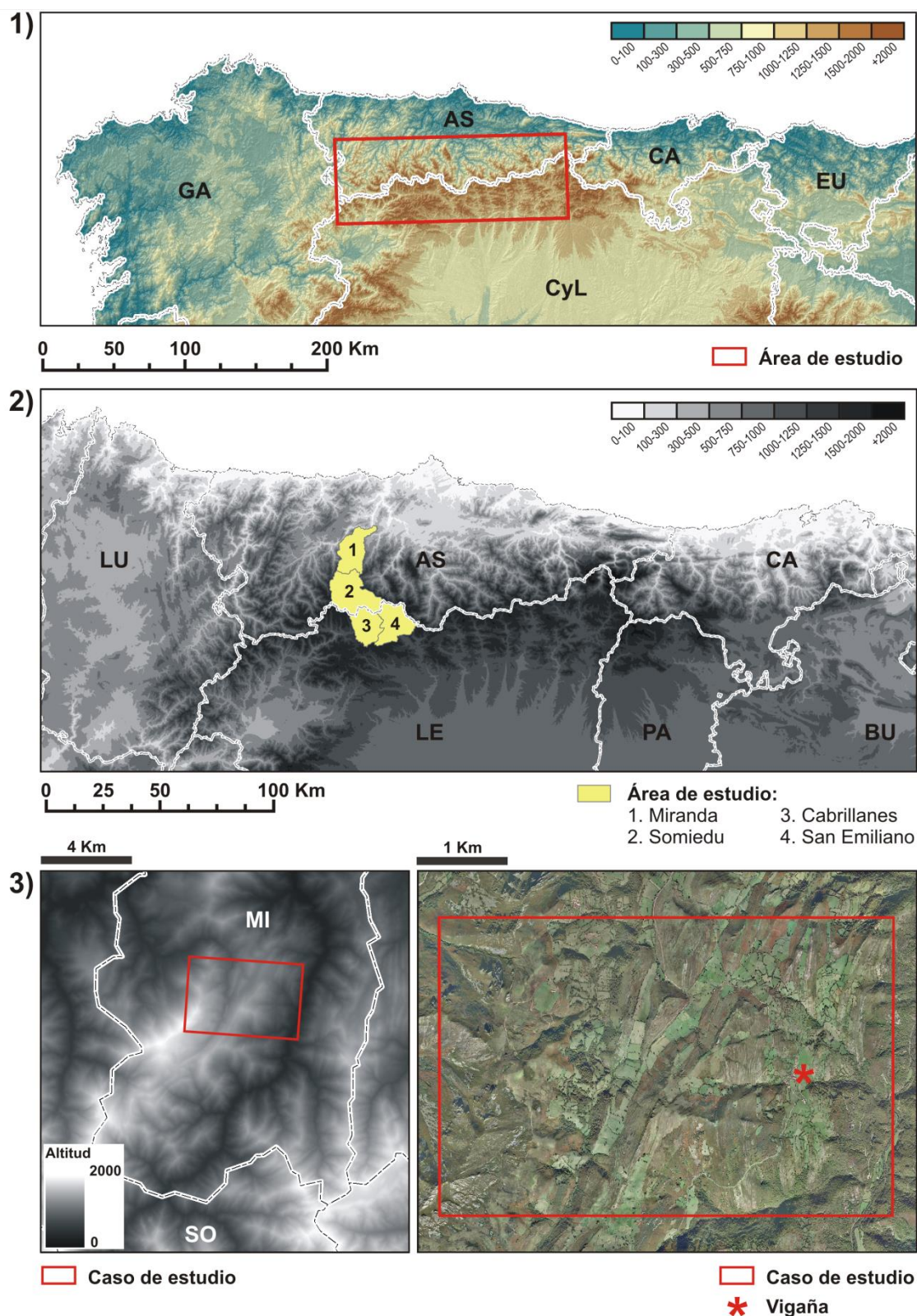


casos más reducidos me llevará a descender a ciertos detalles narrativos más o menos particulares en las lecturas más generales en términos territoriales. Esta forma de proceder me permitirá en definitiva plantear hipótesis e interpretaciones que puedan ser extensibles a distintas zonas con distintas escalas, con el objetivo de discutir, contrastar y enriquecer en última instancia los relatos arqueológicos vigentes para la Prehistoria reciente en la Cordillera Cantábrica.

Insistiré una vez más en que, dadas las limitaciones de partida para el conocimiento arqueológico de este período en esta región geográfica, mi tesis doctoral tiene una ambición eminentemente propositiva. Sobre todo, pretendo abrir nuevas líneas de discusión, incorporar nuevos datos al debate, revisar datos e informaciones preexistentes a la luz de nuevos enfoques, y definir nuevos problemas que permitan afinar las preguntas futuras en nuestro campo. Porque, ante todo, y en esto tienen especial relevancia la selección de los estudios de caso a distintas escalas, con esta tesis pretendo avivar la discusión en este ámbito de estudios arqueológicos en torno a la Prehistoria reciente cantábrica.

Con el ánimo de repasar las características de los territorios investigados en las distintas escalas de análisis, así como de justificar la idoneidad de los casos de estudio seleccionados, me detendré brevemente en la presentación y descripción geográfica de los diferentes niveles territoriales de esta investigación, descendiendo progresivamente en escala (**Fig.6.1**). En primer lugar, cabe considerar el segmento occidental de la Cordillera Cantábrica en un sentido amplio, escala macro que ha servido de telón de fondo y marco de diálogo general para extender las discusiones planteadas en este trabajo. A continuación, paso a describir el área que ha sido delimitada como zona de estudio a escala meso en el valle del Pigüenza (Asturias) y la comarca de Babia (León). Por último, introduzco el estudio de caso a escala micro en el entorno de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) donde he desarrollado investigaciones arqueológicas más intensivas.

Esta presentación sumaria sirve de punto de partida a los estudios de caso, para comprender el territorio en el que se desenvolverán mis investigaciones. Pero además, no debemos olvidar que en territorios de montaña como los que fundamentan la presente investigación, la geografía constituye uno de los condicionantes fundamentales para la vida de las comunidades que poblaron dichos territorios (FUNNELL Y PARISH 2001). Por ello, su consideración es especialmente relevante a la hora de abordar una investigación desde la Arqueología del Paisaje, como factores condicionantes –que no determinantes– de las formas de vida de las comunidades humanas.



**Fig.6.1:** Esta tesis doctoral se ha construido sobre tres escenarios con diferentes escalas geográficas: 1) Una contextualización general, amplia en lo territorial, que refiere las discusiones de esta obra al ámbito occidental de la Cordillera Cantábrica. 2) Un área de estudio intermedia, con un territorio que sirve de muestra para el área montañosa del Occidente Cantábrico y apoya el lanzamiento de hipótesis y modelos para analizar arqueológicamente los paisajes culturales de la Prehistoria reciente cantábrica. 3) Un caso de estudio micro en el entorno de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) donde se han densificado las investigaciones en zonas diversas del terrazgo de una aldea campesina subactual, para así hacer acopio de datos inéditos y plantear preguntas de investigación novedosas.

## 6.1. El marco general: la Cordillera Cantábrica

En primer lugar, resulta crucial contextualizar geográficamente la presente investigación en el ámbito general del área occidental de la Cordillera Cantábrica (**Fig.6.1-1**). Tal y como exponía en el capítulo con el que repasaba el estado actual de conocimientos para la Prehistoria reciente en la Cordillera Cantábrica, adolecemos de visiones integradoras que focalicen su atención en este territorio montañoso y que aglutinen las escasas informaciones arqueológicas disponibles. Por ello, y como horizonte territorial más extenso, he proyectado mis esfuerzos en una escala territorial de análisis amplia desde la cual establecer diálogos con los trabajos previos disponibles para esa área geográfica. Pretendo así reforzar la formulación de las interpretaciones para el área de estudio que puedan matizar o completar las narraciones vigentes para las montañas cantábricas acerca de los procesos sociohistóricos analizados en este trabajo. En este horizonte de discusión más amplio, lo fundamental será detectar puntos ciegos de las hipótesis de partida o contradicciones en las narrativas generadas en los casos de estudio de las escalas inferiores de análisis. De este modo, se podrán definir preguntas de investigación más apuradas o con enunciados inéditos para ampliar así el debate disciplinar en la Arqueología sobre la Prehistoria reciente cantábrica.

La Cordillera Cantábrica es una de las principales unidades de relieve en la península ibérica. Esta morfoestructura tiene varios cientos de kilómetros de longitud y está constituida, en su mayor parte, por un antiguo macizo herciniano que fue posteriormente levantado durante la orogenia alpina. En este último proceso geológico se produjo un levantamiento general de los relieves más occidentales –dentro de los cuales podríamos considerar los casos de estudio a escala micro y meso–, mientras que en la zona oriental –donde confluyen hoy día las regiones de Cantabria, Asturias y León– los empujes y deformaciones fueron más acusados, por lo que es allí donde se ubican los relieves más abruptos y las mayores altitudes de esta unidad de relieve (ROMERO LÓPEZ 1992: 5-6).

La cadena montañosa discurre con dirección Este-Oeste entre Euskadi y la actual provincia de Lugo. Su tercio más oriental muestra unas formas de relieve más suaves, mientras que adquiere sus altitudes máximas en su segmento centro-occidental, con los 2.648 msnm de Torrecerredo en el macizo de Los Picos de Europa<sup>48</sup>. Es, por tanto, la unidad de relieve más destacada de la cornisa cantábrica. La presente investigación centra su atención en el segmento occidental de esta cadena montañosa, que se corresponde con su tramo más elevado, en el que predominan los materiales precámbricos y primarios. Este sector conforma a la vez el reborde septentrional de las tierras llanas de la Meseta central ibérica y de la hoya del Bierzo.

---

<sup>48</sup> Este orónimo es una denominación moderna. No existe un topónimo local que aluda a esta unidad de relieve en su conjunto, pues lo habitual era nombrar de forma individualizada a los macizos de Los Picos del Cornión/Peñas Santas, Bulnes/Los Urrieles y Andara, de Oriente a Occidente.





**Fig.6.2:** Vista del valle de Teberga, en primer plano, y del Cordal de La Mesa al fondo desde Peña Sobia.

La Cordillera Cantábrica no constituye una cadena montañosa con una línea de cumbres bien definida y dos laderas que descieran progresivamente en cordales perpendiculares. Más bien, está conformada por un territorio montañoso de orografía compleja con unos 17.300 km<sup>2</sup> de extensión en un área de relieves accidentados de hasta 80 km de anchura. Dicha cadena montañosa no ofrece una clara jerarquización de los relieves, sino que sucesivos valles de origen glaciar y posterior modelado fluvial han dado lugar a una orografía laberíntica altamente compartimentada que responde a la diversa geología local (MUÑOZ JIMÉNEZ 1982: 15) (**Fig.6.2**). No en vano, las constantes variaciones tectónicas y litológicas, con sucesiones de bandas estrechas y próximas con distintos materiales, así como los frecuentes plegamientos y fracturas de la «rodilla asturleonés», condicionan la estructura general del relieve de la Cordillera Cantábrica. Ante esta diversidad de materiales y continuos plegamientos, los agentes morfoclimáticos y la erosión se abrieron camino durante el Cuaternario de manera a veces caótica, por lo que es frecuente que los valles tomen direcciones divergentes. Al mismo tiempo, mientras la vertiente septentrional de estas montañas ofrece una diferencia de altitud mucho más acusada respecto al Mar Cantábrico, hacia el mediodía el desnivel se modera, con una caída más suave y progresiva hacia las rañas leonesas por las que discurren diversos afluentes del Duero, o cursos fluviales que se dirigen hacia la hoya berciana, que forma parte de la cuenca hidrográfica del río Sil.



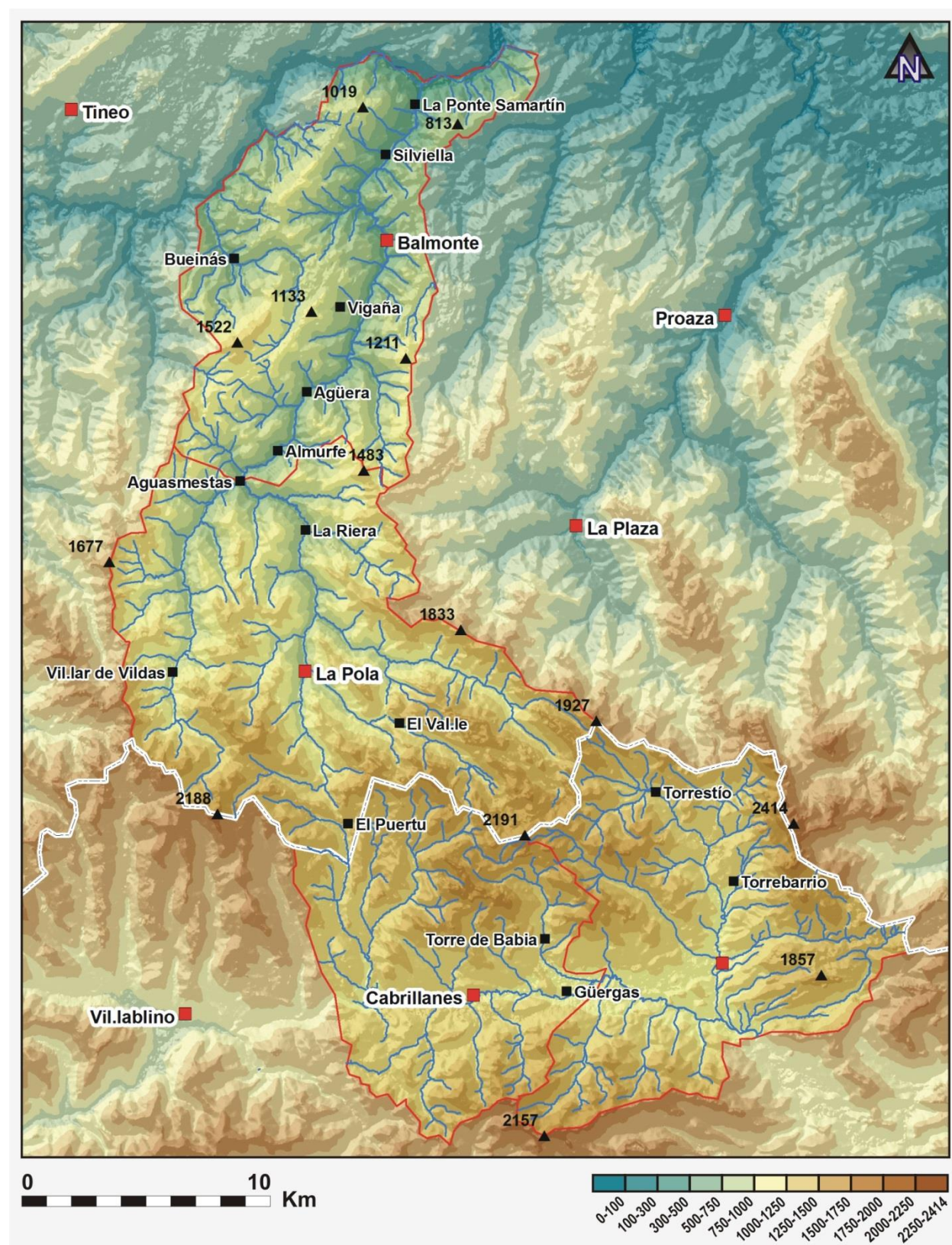


Fig.6.3: Área de estudio a escala intermedia a ambos lados de la Cordillera Cantábrica.

## 6.2. El área de estudio: valle del Pigüena/Babia

El segundo nivel de análisis vuelve su mirada hacia un territorio más reducido que constituye la escala geográfica intermedia de esta investigación. De este modo, he seleccionado como zona de estudio los municipios actuales de Miranda y Somiedu (Asturias), Cabrillanes y San Emiliano (León). Juntos conforman una suerte de transecto que atraviesa de Norte a Sur la Cordillera Cantábrica a lo largo de unos 50 km, por unos 12-15 km de anchura en la vertiente septentrional, que se abren hasta los 20 de amplitud en la cara Sur de las montañas (**Fig.6.1-2**). Con la selección del área de estudio a ambas vertientes de esta cordillera, por territorio de las actuales Asturias y León, trato de romper igualmente con los límites administrativos autonómicos/provinciales contemporáneos en la delimitación de esta investigación. Así, el área de estudio engloba la totalidad de la cuenca hidrográfica del río Pigüena en la vertiente septentrional de las montañas cantábricas, además de las sierras aledañas, mientras que hacia el Sur incluye la comarca leonesa de Babia, en las cabeceiras de los ríos Sil y Luna (**Fig. 6.3**).

Este segundo horizonte de la investigación tiene como objetivo fundamental servir de arena de discusión para las hipótesis derivadas del trabajo en la escala territorial más reducida –donde he podido alcanzar una mayor densidad de análisis– para valorar la idoneidad de los modelos allí propuestos sobre aspectos como las formas de poblamiento, los modos de subsistencia o los patrones de movilidad. No en vano, el caso de estudio a escala micro está englobado en el área de estudio, lo cual facilita la transición de la discusión entre ambos niveles territoriales de análisis. Al mismo tiempo, busco en esta escala territorial intermedia plantear lecturas más ambiciosas –menos particulares– de los procesos de antropización del área de estudio a lo largo de la Prehistoria reciente. Para ello, busco apoyo en los datos de orden arqueológico disponibles para todo ese territorio, que me sirven de guía para hilvanar las hipótesis y modelos interpretadores propuestos. En este proceso los estudios paleoambientales, geográficos, etnográficos... disponibles para el área de estudio sirven de engrudo fundamental para alcanzar una mirada integradora en lo disciplinar y ambiciosa en lo narrativo. Trato, en definitiva, de formular propuestas interpretadoras para las preguntas de investigación prefijadas que, partiendo de un caso local bien caracterizado, permitan lanzar discusiones arqueológicas con un alcance territorial y disciplinar más amplio.

La elección de este área de estudio para el análisis territorial a escala meso responde a su consideración como una zona representativa de la geografía general del segmento occidental de la Cordillera Cantábrica sobre la que probar las hipótesis y modelos derivados del estudio a escala micro. La estacionalidad del clima atlántico y la proximidad entre los diferentes pisos altitudinales en estas montañas favorecen la complementariedad de los aprovechamientos agrarios entre diferentes ámbitos del paisaje. Así, el territorio comprendido por esta área de estudio incluye algunos de los espacios más destacados en los que se conservaron, hasta hace pocas décadas, unos modelos preindustriales de aprovechamiento de los recursos disponibles en las





**Fig.6.4:** Pastor con un rebaño de ovejas merinas en el entorno del lago de La Cueva (Somiedu) en 1952 (fotografía de José Ramón Lueje, tomada de LOMBARDÍA Y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003: 203). La relevancia de las actividades pastoriles en la antropización de este territorio es clara ya desde la Prehistoria reciente. Hasta la actualidad se han mantenido diversos modelos de pastoralismo de los cuales encontramos ejemplos en el área de estudio.

montañas cantábricas entre los que destacan las actividades ganaderas y pastoriles (GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016) (**Fig.6.4**). En este contexto, ciertos componentes del paisaje actual permiten aquí lanzar lecturas regresivas de las formas culturales de poblamiento y subsistencia que, sin duda, sirven de complemento catalizador para acercarnos a los paisajes pretéritos sobre el contraste de ciertas referencias ajenas a nuestra mirada académica, presentista, predominantemente maximizadora y urbana.

El área seleccionada engloba hacia el norte el valle del río Pigüña y las sierras adyacentes, mientras que al sur del eje axial de la Cordillera Cantábrica el territorio analizado incluye la comarca leonesa de Babia. Es ésta una zona en la que dominan fundamentalmente litologías compuestas por pizarras y cuarcitas, como sucede de manera generalizada en el extremo más occidental de la Cordillera Cantábrica. Los diferentes estratos geológicos aparecen muy próximos, lo que propicia una diversidad litológica y paisajística acusada en zonas muy próximas entre sí. Este rasgo singulariza esta zona, que forma parte de la denominada «región de pliegues y mantos», frente a otros tramos de las montañas cantábricas donde dominan formaciones masivas de rocas sedimentarias y calizas.

La mitad septentrional del área de estudio coincide con la cuenca del río Pigüña, cuyo curso discurre con dirección Sur-Norte a lo largo de 46 Km hasta desembocar en el río Narcea. Este curso de agua nace en la Fuente de la Paradona,



**Fig.6.5:** Confluencia de los valles de Somiedu y El Valle, que descienden respectivamente desde El Puerto y el lago de El Valle, con La Pola de Somiedu en primer término y el poblado castreño de La Corona'l Castru a sus espaldas.

bajo el Puerto de las Zreizales, y recoge en su trayecto las aguas de otras corrientes de montaña, como el río Somiedu, en el que a su vez desembocan los ríos de El Valle y de Saliencia. Todos estos cursos fluviales tienen en común su nacimiento en zonas de alta montaña con una alta innivación invernal, por lo que toda la cuenca del Pigüña sufre una amplia variabilidad en su caudal, con un fuerte estiaje durante el verano y avenidas significativas producidas por el deshielo. El río Pigüña genera así pues un típico valle de montaña de la vertiente asturiana de esta cordillera, con una importante erosión remontante y una fuerza destacada que ha generado fondos estrechos y encajados que sólo en puntos muy concretos se ensancha ligeramente (**Fig.6.5**). Las vegas que se abren mínimamente en estos tramos ofrecen suelos fértiles pero pesados, aunque su aprovechamiento agrario sólo sería viable con la tecnología agrícola desarrollada en este territorio a partir de la Edad Media, tal y como demuestra la tardía instalación de las aldeas y las pueblas medievales en este sector del valle, ya en época plenomedieval (FERNÁNDEZ MIER 1995, 1999; RUIZ DE LA PEÑA SOLAR 1981).

En la cabecera de la cuenca hidrográfica del río Pigüña se alcanzan altitudes que superan los 2.000 msnm, con cumbres destacadas como El Cornón (2.188 msnm) o Peña Orniz (2.191 msnm). Las fuertes variaciones altitudinales de un área tan reducida reafirman el carácter montañoso del valle. Así por ejemplo, el 66% del territorio se sitúa por encima de los 800 msnm, mientras el 37% está por encima de los 1.200. Más aún, tres cuartas partes de este espacio tiene pendientes superiores al 30% (FERNÁNDEZ GARCÍA 1992: 111).





**Fig.6.6:** Vista de la desembocadura del río Pigüeña (al fondo) en el Narcea desde la Sierra de Nava (Salas). En primer término se eleva El Castu de Alava (Salas) que hace las veces de vigía sobre este espacio de confluencia caracterizado por las amplias vegas del fondo de valle.

Los límites de la cuenca del Pigüeña quedan delimitados por altas sierras en donde se extienden amplios pastizales, mientras las laderas presentan marcadas pendientes. Así, este territorio queda flanqueado por las sierras que conforman El Cordal de La Mesa, al Este, y las sierras de La Serrantina, Peña Manteiga y Bixega al Oeste. Son éstas sierras con perfiles ondulados por las que transitan vías de comunicación históricas que atraviesan la Cordillera Cantábrica, transitadas seguro desde la Prehistoria reciente –tal y como denuncian las concentraciones de monumentos megalíticos, en ocasiones alineados a lo largo de estas vías naturales, o situados otras veces en collados– y con un protagonismo de trascendencia regional a partir de época romana (GARCÍA FERNÁNDEZ *et al.* 1976; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011e; MAÑANA VÁZQUEZ 2011).

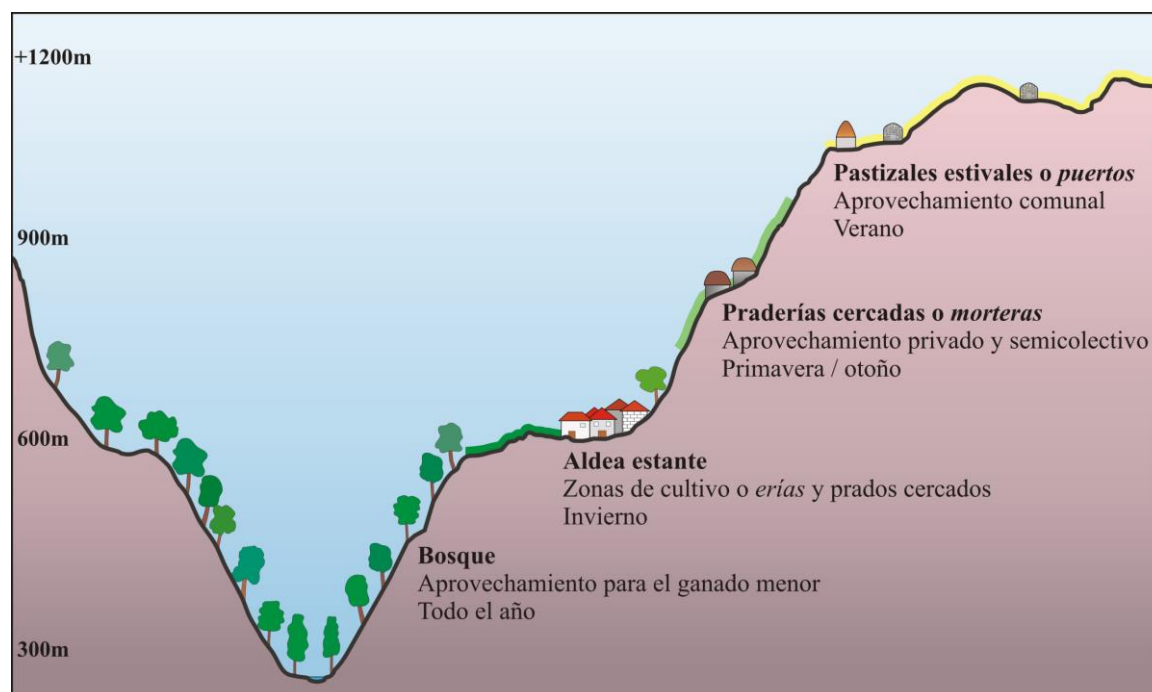
Sólo en el tramo final de la cuenca fluvial, cerca de su confluencia con el río Narcea, el fondo de valle se abre progresivamente con fértiles vegas fluviales en altitudes que descienden hasta los 100 msnm, al tiempo que las sierras ofrecen alturas más moderadas, cuyas cimas no rebasan ya los 1.000 msnm (**Fig.6.6**). Esta descripción da una imagen de lo accidentado de esta área montañosa, carácter que condiciona de manera notable la vida de las comunidades humanas que pueblan este territorio.



**Fig.6.7:** Vista del valle que desciende desde el lago de El Valle (Somiedu), donde es evidente el protagonismo del glaciario en el modelado de su perfil orográfico.

La configuración geomorfológica de esta zona de la Cordillera Cantábrica en su vertiente cantábrica es bastante compleja y diversa, lo que da forma a una orografía intrincada. El relieve actual es producto de una serie de procesos geológicos. Sobre la base original de la orogenia herciniana actuó el plegamiento alpino, tras lo cual dieron comienzo fenómenos de apalachismo, acompañados luego por el modelado glaciar del Cuaternario con zonas de nieves perpetuas por encima de los 1.500 m y un descenso de los frentes glaciares hasta los 800 m (MENÉNDEZ DUARTE Y MARQUÍNEZ 1996). Finalmente, el modelado kárstico actuó sobre las áreas calizas junto al encajamiento de la red hidrográfica a lo largo de todo este territorio. El modelado inicial apalachiano deriva de procesos de erosión diferencial sobre materiales más blandos, con lo que aparecen diferencias de altitud en relación con el sustrato litológico según la zona en la que nos encontremos. Se formaron así los valles primigenios con perfiles en “U” reconocibles en las zonas más altas de la cuenca del Piguëña (**Fig.6.7**). Con posterioridad, tuvieron lugar procesos de encajamiento de la red fluvial sobre las rocas areniscas que conformaban los fondos de valle apalachianos, con lo que se desencadenaría un encañonamiento progresivo de estos valles dando forma a un perfil en “V” reconocible en su sección inferior.

El resultado de la combinación de los fenómenos apalachianos y la erosión remontante de los ríos tiene una relación importante con las pautas de poblamiento en el área (FERNÁNDEZ MIER 1999: 32). No en vano, las comunidades humanas se ha asentado tradicionalmente sobre los rellanos que nacen en el tramo de contacto entre las secciones en “U” y “V” del valle (**Fig.6.8**). Será en estos “hombros” donde se



**Fig.6.8:** Esquema del sistema tradicional de poblamiento que muestran las aldeas del tramo medio del valle del Pi-güña, con indicación de los diferentes aprovechamientos estacionales del terrazgo en función de los factores altitudinales.

dispongan las aldeas campesinas subactuales, y donde reconoceremos también los poblados castreños de la Edad del Hierro, mientras los estrechos fondos del valle aparecen como espacios marginales para las pautas tradicionales de poblamiento. Por ello, cobran relevancia las sierras como unidades prioritarias para analizar las formas de ocupación y territorialización en estas montañas (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011d), con amplias zonas de pastos estivales en su sección superior y espacios aptos para una agricultura extensiva en los tramos de ladera más suave. No en vano, es en estas secciones menos pendientes de las laderas donde aparecen ubicadas las aldeas subactuales, y por donde discurrían los caminos tradicionales de la red de corto recorrido.

A través del eje axial de la Cordillera Cantábrica son varios los pasos de montaña que ponen en comunicación las dos vertientes de la cadena montañosa que articula el área de estudio. De Este a Oeste encontramos los puertos de La Mesa (1.785 msnm), La Farrapona (1.707 msnm), Somiedu (1.477 msnm) y Las Zreizales (1.743 msnm). Estos pasos principales, amén de otras ventanas menores de tránsito más dificultoso a cotas más elevadas, son las ventanas que comunican ambas vertientes. Éstas siempre han mostrado un alto grado de intercomunicación de sus habitantes, superando el pretendido carácter de barrera cultural que en ocasiones se otorga a las montañas. Los intercambios comerciales, las actividades pastoriles o cinegéticas, las fiestas y los matrimonios constituyen los principales vectores para dichas relaciones (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013b; LÓPEZ ÁLVAREZ Y GRAÑA GARCÍA 2003; VÁZQUEZ VARELA 2001).





**Fig.6.9:** Vista del valle de San Emiliano. Los valles de Babia muestran perfiles más amplios y están delimitados por montañas que se elevan por encima de los 2.000 msnm.

El tercio meridional del área de estudio a escala intermedia incluye la comarca leonesa de Babia, que en la actualidad está dividida entre los municipios de Cabrilanes y San Emiliano. Esta comarca ofrece una imagen típica de las cabeceras fluviales de los ríos leoneses que descienden desde la Cordillera Cantábrica (SÁNCHEZ ZURRO 2008). El relieve es accidentado, aunque los perfiles orográficos del valle son suaves en comparación con la mitad septentrional del área de estudio (**Fig.6.9**). El paisaje aparece dominado por montañas calcáreas de la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica así como sustratos pizarrosos caracterizados por numerosos pliegues en su litología, y la huella de los fenómenos glaciares es asimismo especialmente perceptible en esta vertiente meridional (GARCÍA DE CELIS Y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ 2002).

Por el Sur, la comarca de Babia está delimitada por una cadena montañosa que supera los 2.000 msnm –con cumbres como el pico La Cañada (2.154 msnm)– y que separa Babia de la comarca de Omaña. Entre medias, se disponen amplias praderías en una planicie destacada producto de la sedimentación cuaternaria por la que transita el río Luna (**Fig.6.10**), cuya cabecera está siendo capturada por la erosión remontante del río Sil, que presenta mucha más fuerza. En esta superficie llana, que se eleva por encima de los 1.100 msnm, desembocan valles cortos que descienden desde la Cordillera Cantábrica, los cuales muestran perfiles que insisten en la importancia del modelado glaciar en la configuración de la topografía de este territorio.

En este espacio se produce el nacimiento de los ríos Sil y Luna, por lo que la comarca de Babia constituye un punto de confluencia entre las cuencas hidrográficas del Miño-Sil y la del Duero, lo que otorga a la comarca cierta relevancia como zona natural de paso entre los valles centrales de la montaña central leonesa y los valles que conducen hacia la depresión del Bierzo. En este marco, el régimen tradicional de

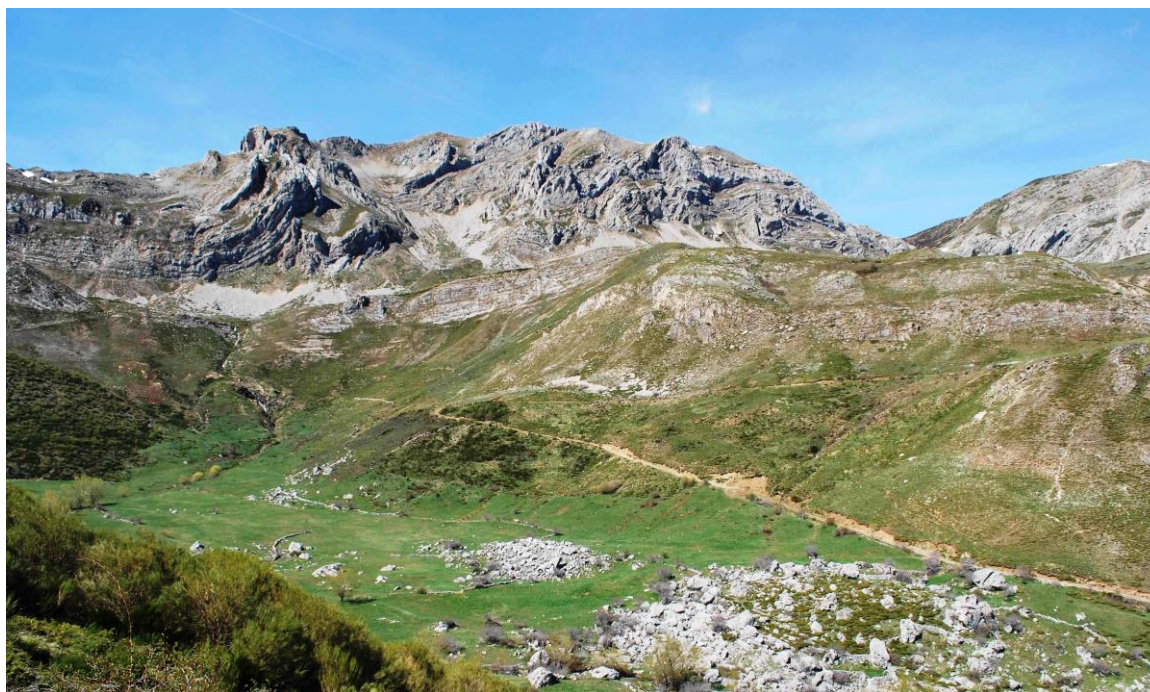


**Fig.6.10:** Vista de la planicie central de Babia en primavera desde La Peña Sulcastro (Quintanilla de Babia), con el pueblo de Cabrillanes en primer plano.

poblamiento ofrece una concentración de la mayoría de las aldeas en los márgenes de dicha planicie, que en su formato actual habría que remontar igualmente a época tardorromana/altomedieval (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985), a falta de investigaciones más precisas acerca de su genealogía.

Si hay algún rasgo que ponga en común los paisajes culturales de las dos vertientes del área de estudio es el peso de la ganadería en sus procesos de conformación. Todo el área de estudio constituye un territorio en el cual la subsistencia campesina en los modelos tradicionales preindustriales ha dependido en gran medida del aprovechamiento de los recursos ganaderos (GARCÍA MARTÍNEZ 2003; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016; RODRÍGUEZ PASCUAL Y FERNÁNDEZ 2010). Aquí la ganadería trashumante se ha mantenido en funcionamiento prácticamente hasta nuestros días. Pese a las importantes transformaciones producidas a partir de la segunda mitad del siglo XX, en los pastizales de esta área persisten en uso un buen número de brañas. Otras muchas están abandonadas, aunque sus estructuras son aún reconocibles y se conserva la memoria de los últimos pastores que las frecuentaron. Los frescos pastizales de altura de las sierras que se desgajan hacia el Norte de la Cordillera Cantábrica, las praderías subalpinas que se desarrollan sobre los relieves glaciares de las cumbres somedanas y las montañas más altas de Babia, o los extensos prados que crecen en la depresión por la que transita el río Luna han podido soportar una presión pastoril elevada, lo que ha generado una adaptación de las familias que poblaban estos territorios en forma de diversos modelos pastoriles que aprovechan los diferentes pisos altitudinales en función de las estaciones (**Fig.6.11**). Esta adaptación cultural al territorio, y su vigencia hasta hace no demasiadas décadas, constitu-





**Fig.6.11:** Los pastos frescos de las montañas de Babia ofrecen un paisaje propicio para su aprovechamiento ganadero. Lugares como éste, en las inmediaciones de la laguna de La Verde (Torre de Babia), acogen aún hoy grandes rebaños de merinas que vienen a pasar el verano en estas tierras desde las dehesas extremeñas o salmantinas.

yen un punto de especial interés a la hora de realizar aproximaciones arqueológicas como la aquí abordada<sup>49</sup>.

Al inicio de esta tesis, los conocimientos arqueológicos disponibles para el valle del Pigüena y la comarca de Babia eran limitados y, sobre todo, se encontraban muy deslavazados. Fundamentalmente, contábamos con conocimientos genéricos sobre la presencia de ciertos materiales arqueológicos reconocidos en superficie o por medio de hallazgos casuales, y con catálogos de yacimientos reconocidos por la población local o por investigadores ajenos al área de estudio.

El nivel más elemental de partida lo constituyen los inventarios y cartas arqueológicas elaborados a instancias de las autonomías correspondientes con un objetivo fundamentalmente gestor. Al arrancar esta investigación, se encontraban disponibles para todos los municipios encuadrados en la propia área de estudio o en su entorno más inmediato: Cangas del Narcea (SIERRA PIEDRA 1998), Grau (ESTRADA GARCÍA 1997), Miranda (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997), Salas (RODRÍGUEZ OTERO Y CAMINO MAYOR 1989), Somiedu (ESTRADA GARCÍA 2000b), Teberga (ESTRADA GARCÍA 2000c), Tineo (SÁNCHEZ HIDALGO Y MENÉNDEZ GRANDA 2001) y Yernes y Tameza (ESTRADA GARCÍA 1996) en Asturias; y Cabrillanes (TERRA ARQUEOS 2004-2005a), San Emiliano (TERRA ARQUEOS 2004-2005b) y Villablino (QUINTANA LÓPEZ *et al.* 2009; TERRA ARQUEOS 2001-2002) en León. Aunque, no debemos olvidar que tales inventarios y catálogos tienen una finalidad eminentemente práctica relacionada con la protección del Patrimonio cultural, la gestión del suelo y la ordenación del territorio. Estos trabajos

<sup>49</sup> Ver epígrafe «5.6. La atención a los referentes etnográficos locales».

responden a metodologías variables, producto en buena medida del contexto disciplinar de su momento de realización, así como de las fórmulas de contratación de dichos trabajos. Este factor no es baladí, pues llega a determinar el grado de detenimiento en la ejecución de los trabajos de prospección, así como el formato final en la presentación de la información recopilada.

Por su parte, la realización de las cartas e inventarios arqueológicos por municipios parte de investigaciones precedentes, entre las que debemos mencionar para el valle del Pigüena las labores prospectoras de José Manuel González (1966, 1973a, 1973b, 1975, 1978), las investigaciones de Claude Domergue (1990) sobre la minería aurífera romana y la tesis doctoral de Margarita Fernández Mier (1999). Para la vertiente leonesa, cabe citar trabajos generales a nivel provincial como los del padre Morán (1949, 1956-1961) o Tomás Mañanes (1977a, 1977b, 1981, 1988), y especialmente son interesantes las investigaciones de José Avelino Gutiérrez (1985, 1986-1987) para la montaña leonesa.

Con posterioridad a la elaboración de estas cartas –directamente relacionadas con la asunción de las competencias en materia de gestión del Patrimonio por parte de las CCAA y la incorporación de la Arqueología preventiva como práctica profesional enmarcada en la planificación territorial y urbanística, así como en los estudios de impacto– se produjeron una serie de intervenciones con resultados relevantes para nuestra investigación<sup>50</sup>. Estas se enmarcaron en la instalación de nuevos parques eólicos, como el de Sierra de Bixega (Miranda) que derivó en la excavación de varias estructuras catalogadas como túmulos en el inventario municipal (GABINETE ARQUEOLÓGICO 2005-2006) y trincheras de la guerra civil (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2009). Infraestructuras viarias como la A-63 conllevaron la documentación de estructuras romanas como el puente de Las Casas de La Ponte (Salas) (REQUEJO PAGÉS 2007) o el establecimiento rural romano de Las Murias, en Doriga (Salas) (ESTRADA GARCÍA 2007a). Diversos seguimientos y estudios previos relacionados con actividades extractivas mineras contemporáneas produjeron el reconocimiento y la documentación de complejos mineros de época romana, como en el caso de las minas de oro de Carllés (Salas) y El Valle-Bixega (Miranda)<sup>51</sup> (VILLA VALDÉS 1998, 1999b, 2007c; VILLA VALDÉS Y FANJUL MOSTEIRÍN 2006), mientras que la ampliación de una cantera de áridos en Cabruñana (Grau) derivó en la excavación del castro de El Picu La Forca (CAMINO MAYOR *et al.* 2009).

Asimismo, en zonas inmediatas al área de estudio han tenido lugar nuevas excavaciones programadas dentro del ámbito cronológico que incumbe a esta inves-

<sup>50</sup> También se han realizado otras tantas intervenciones preventivas o seguimientos por parte de profesionales autónomos o empresas de Arqueología comercial que no han derivado en nuevas informaciones arqueológicas que aporten nuevos datos a la elaboración de esta tesis doctoral.

<sup>51</sup> Además de las labores de documentación enmarcadas en estos trabajos de Arqueología comercial, disponemos también de investigaciones relacionadas con los complejos mineros romanos de Ablaneda-Godán (Salas) (FANJUL PERAZA Y MENÉNDEZ BUEYES 2003-2007; LÓPEZ MERINO *et al.* 2014), o la zona de El Valle-Bueinás (Miranda) (ÁLVAREZ ALBA Y FERNÁNDEZ MIER 1996).



**Fig.6.12:** La aldea de Vigaña se ubica en un hombro sobre el valle del Pigüña y constituye un buen ejemplo del esquema tradicional de poblamiento campesino en la vertiente septentrional de la Cordillera Cantábrica [Foto: MFM].

tigación. Se trata de las excavaciones en los castros de La Muela, La Zamora y La Laguna, en el municipio leonés de Villablino (RUBIO DÍEZ Y MARCOS HERRÁN 2010), así como los poblados fortificados de La Garba y La Cogollina en Teberga (Asturias) (FANJUL PERAZA *et al.* 2009). También se han desarrollado recientemente prospecciones arqueológicas encaminadas a identificar estructuras campamentales romanas relacionables con la conquista de estos territorios hacia el cambio de era, con resultados positivos en los cordales que se desgajan al norte de la Cordillera Cantábrica (DIDIERJEAN *et al.* 2014; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2011-2012), por los que discurren las rutas históricas ya mencionadas de La Mesa y La Serrantina que también han merecido estudios históricos de interés (FERNÁNDEZ MIER 2003; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011e; MAÑANA VÁZQUEZ 2011; MENÉNDEZ MENÉNDEZ 2004; PEYROUX 1992). En el contexto de las actuaciones de Arqueología preventiva, cabe destacar también los trabajos realizados en parques eólicos de las sierras al Sur del área de estudio, como los de Valdesamario (GARCÍA FERNÁNDEZ 2009) –que derivaría en la identificación de tres posibles asentamientos castreños (VIDAL ENCINAS Y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ 2011)– y San Feliz (GARCÍA FERNÁNDEZ 2010).

### 6.3. La aldea de Vigaña como estudio de caso

En última instancia, baso mi investigación en un estudio diacrónico de los paisajes culturales realizado a escala micro en el entorno de la actual aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) (**Fig.6.1-3**). Esta población de caserío apiñado distribuido en varios barrios está situada en un hombro a media altura de la ladera occidental que desciende hacia el Pigüña desde la Sierra de Arcéu. El río discurre por el fondo encajado del valle, unos 300 m por debajo de la cota de Vigaña, que se sitúa entre los 620 y los 680 m de altitud (**Fig.6.12**).





**Fig.6.13:** Vista de Vigaña y su espacio productivo desde el otro lado del valle, con Samartín d'Ondes (Miranda) en primer término. Se aprecia perfectamente la disposición de los espacios de cultivo y los prados cercados (hoy predominantes) en los sectores de pendiente más suave de la ladera, mientras que la parte alta de la Sierra d'Arcéu ofrece espléndidos pastizales en los que pastan los rebaños domésticos en régimen extensivo. Por su parte, el tercio inferior de la ladera y los tramos más pendientes de ésta aparecen ocupados por bosque y monte bajo.

Esta localidad y su espacio agrario circundante se asientan en su mayor parte sobre terrenos calizos y litologías areniscas. La proximidad de diferentes bandas de materiales entre sí y los frecuentes plegamientos propician tal diversidad litológica. La aldea se extiende en una de esas planicies resultado de la combinación de la erosión fluvial remontante sobre los relieves apalachianos precedentes. Sobre ese rellano, los suelos son ligeros en los espacios con pendientes pronunciadas, mientras que sobre los relieves más amables se han creado suelos más profundos de rendsinas. En la actualidad, los espacios agrarios que rodean el pueblo están ocupados mayoritariamente por prados cercados, aunque antes de la intensificación ganadera que ha transformado por completo el paisaje rural asturiano en las últimas décadas muchos estaban dedicados a cultivos diversos, de huerta en los espacios inmediatos a la aldea y diferentes tipos de cereales en el resto (GARCÍA FERNÁNDEZ 1988; GARCÍA MARTÍNEZ 2008) (**Fig.6.13**). Muchos de estos terrenos aparecen aterrizados, aunque la factura de tales instalaciones agrarias no se remonta más allá de la época moderna (FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013).

Por su parte, los espacios elevados por encima de la aldea constituyen un recurso de primer orden para la subsistencia campesina. A unos 400 metros de diferencia sobre la aldea de Vigaña se eleva la Sierra d'Arcéu que alcanza los 1.133 msnm en El Pico'l Cuernu y sobre la que se disponen amplios espacios de pastos entre los 850 y los 1.000 msnm (a menos de una hora de distancia a pie). Estas zonas ofrecen áreas óptimas para su aprovechamiento ganadero que funcionan en la actualidad como pastizales estacionales y zonas de producción de hierba seca. Los espacios con relieves más gentiles, como La Pradera'l Turón, así como la ladera que cae hacia el Este sobre la aldea de Vigaña, son en la actualidad espacios cercados de propiedad familiar/particular que aparecen separados por muretes contruidos con



Fig.6.14: Peña Manteiga desde la braña de L'Estoupiellu.

piedra seca y alambradas. Conforme ganamos altitud, aumenta el protagonismo de los terrenos abiertos ocupados por el monte bajo, como el entorno de Los Cabaninos y El Pico'l Cuernu. En estas zonas aparecen también praderas despejadas de matorral como L'Estoupiellu o Folgueras, en donde se concentran cabañas destinadas a la asistencia de las tareas pastoriles<sup>52</sup>. Estos espacios comunitarios dependen de cada pueblo, donde las familias con rebaños domésticos acuerdan las formas de su aprovechamiento en régimen comunal, para lo cual existen ordenanzas consuetudinarias.

Actualmente, el territorio aparece en general altamente compartimentado, y las diferentes aldeas cuentan con espacios comunales en las sierras con unos límites claramente establecidos. Así, los terrenos en altura de Vigaña lindan con relativa nitidez con los espacios ganaderos de las localidades vecinas de Faidiello (al Norte/Noreste), Las Estacas (al Norte/Noroeste), Balbona (al Noroeste/Oeste) y Castañera (al Sur). No cabe duda que al pensar en la Prehistoria reciente, cuando ni la densidad demográfica ni el grado de antropización del paisaje altimontano eran tan elevados, los límites del territorio aprovechado por los grupos humanos serían lige-

<sup>52</sup> En la actualidad, los asentamientos pastoriles en altura o brañas han perdido buena parte de su razón de ser. Hace tan sólo unas décadas eran enclaves llenos de vida durante la temporada estival, pues en ellos pernoctaban las personas encargadas del cuidado del ganado, se almacenaba hierba seca, se ordeñaba y en ocasiones se hacían quesos o manteca, se guarecía a los animales recién nacidos o a las reses enfermas... Con la mecanización de las actividades agrarias y la mejora de los accesos a los pastizales de altura –así como la intensificación de la ganadería tras la entrada del estado español en el Mercado Común Europeo– las brañas y las cabañas de monte se han convertido poco más que en meros almacenes de aperos, aunque no obstante siguen siendo en muchos casos lugares referenciales para las actividades pastoriles.

ramente más laxos, con territorios algo más extensos. A la vista de esta consideración, y pese a que el caso de estudio está íntimamente relacionado con la actual aldea de Vigaña, he preferido contemplar un territorio algo más extenso. Por ello, he delimitado un área cuadrangular arbitraria que desborda ligeramente el espacio agrario de esta localidad, abarcando terrenos desde el fondo del valle del río Pigüeña, hasta la cuerda más elevada de la Sierra de Peña Manteiga. Así, en relación con los pastizales que se extienden en la zona alta de esta sierra, cabe contemplar también zonas como las brañas de Ancueva y Campoleo, hacia el Sur, o la Sierra de Peña Manteiga que se eleva algo más al Oeste hasta alcanzar los 1.522 msnm (**Fig.6.14**), y que en la actualidad está ocupada mayoritariamente por monte bajo, excepto algunos pastizales que han sido roturados recientemente.



**Fig.6.15:** Parcelario de la aldea de Vigaña (FERNÁNDEZ MIER 1996a: 291).



**Fig.6.16:** Poblado castreño de El Castreño, en Vigaña, desde El Valle'l Pandu (izquierda). Túmulo de La Chalda, sobre la braña de L'Estoupiellu (derecha).

Vigaña y su entorno extendido suponen un ejemplo perfectamente representativo de los valles montañosos de la Cordillera Cantábrica. El área de estudio engloba un área geográfica de unos 15 km<sup>2</sup> en la que se han realizado excavaciones arqueológicas y prospecciones intensivas entre los años 2009 y 2013 que ofrecen el núcleo informativo original de esta tesis. Los trabajos arqueológicos de campo que dieron lugar a este repertorio de datos constituyen la última fase de una amplia secuencia investigadora que ha derivado en un conocimiento apurado de los procesos sociohistóricos más recientes que moldearon el paisaje agrario de este territorio. En este sentido, y como antecedentes a la realización de intervenciones arqueológicas en la aldea de Vigaña, se vienen desarrollando en las últimas décadas trabajos en diferentes ámbitos: recopilaciones de la toponimia tradicional (FERNÁNDEZ MIER Y ÁLVAREZ GARCÍA 1996), estudios del parcelario (FERNÁNDEZ MIER 1996a, 1999: 256-289, 2002) (**Fig.6.15**), vaciados de la documentación histórica disponible (FERNÁNDEZ MIER 1995, 2001), así como trabajos de carácter etnográfico (ÁLVAREZ GARCÍA Y FERNÁNDEZ MIER 1999; FERNÁNDEZ MIER Y ÁLVAREZ GARCÍA 1997; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016).

La aldea de Vigaña tal y como la conocemos en la actualidad –como unidad de poblamiento campesino en abierto– remonta sus orígenes hasta la época alto/plenomedieval (FERNÁNDEZ MIER 1999), aunque muy probablemente debamos retrotraer su carácter de aldea abierta hasta el período romano, a tenor de ciertos indicios que han visto la luz en el transcurso de las más recientes investigaciones arqueológicas en los sectores de El Valle y Entelailesia, en el entorno de su iglesia parroquial (FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 358-359). Además, en el espacio inmediato de la aldea se localizan varios elementos arqueológicos de interés para esta investigación, como el poblado castreño de El Castreño y varios monumentos megalíticos en las sierras que coronan su espacio agrario (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997, 1999) (**Fig.6.16**).

La existencia de este esfuerzo investigador previo allanó el inicio de esta investigación, pues señaló por ejemplo aquellos puntos de atención prioritaria para la búsqueda de enclaves que pudiesen albergar información arqueológica de interés para la Prehistoria reciente. En este nivel de análisis más reducido he podido em-

plear datos arqueológicos sobre la ocupación de este espacio a lo largo de la Prehistoria reciente, por medio del estudio arqueológico de asentamientos en abierto y espacios agrarios del Neolítico, monumentos megalíticos y sus entornos pastoriles en sus cotas más altas, así como un poblado fortificado de la Edad del Hierro.

El significativo grado de detalle alcanzado en un área tan reducida ofrece una buena oportunidad para generar lecturas diacrónicas e interpretaciones sobre los paisajes culturales de la Prehistoria reciente. Más aún, tales narrativas descansan en un conocimiento directo y detallado del territorio por parte del investigador y del equipo que ha canalizado estos trabajos. Por ello en ciertos puntos ha sido posible acceder a planos vivenciales sobre este paisaje que han avivado la generación de la narrativa. La interpretación de estos datos a la luz de los planteamientos de la Arqueología del Paisaje me permite plantear hipótesis sobre las pautas de poblamiento y de subsistencia de las comunidades que vivieron durante el período analizado en este territorio. Lo cual, facilita el contraste de estas lecturas con una mirada más amplia derivada de la atención a los estudios generales disponibles para el área noroccidental ibérica y el ámbito cantábrico.







## Capítulo 7: El Neolítico

Con la aparición de la agricultura y la ganadería se abre una nueva etapa en la historia de la humanidad. En adelante, cambiarán de manera sustancial los modos de vida, las formas de poblamiento, los patrones de movilidad, los escenarios para la convivencia y las relaciones humanas, así como las conexiones físicas y simbólicas que las comunidades establecerán con su entorno. Los seres humanos se adentrarán en un nuevo escenario en el que progresivamente ensayarán nuevas formas de concebir y relacionarse con el paisaje. Estas consideraciones justifican que la presente investigación arranque a partir del Neolítico como punto de inicio de la antropización efectiva del área de estudio.

La asunción de unos regímenes de vida en los que la producción de alimentos supera en importancia a la caza y a la recolección hace que, desde entonces, los seres humanos vinculen su cotidianeidad con espacios concretos en los que cultivan o a donde conducen preferentemente sus animales a pastar. Esos terrenos serán los mismos durante períodos variables de tiempo, unas veces más cortos –unas pocas semanas, una estación–, otras veces más largos –entre la siembra y la recolección, varios años consecutivos–. Muy probablemente, cumplirán con una serie de criterios geográficos y/o ecológicos determinados que les convertirán en espacios especialmente interesantes para ser aprovechados por los grupos. Por ello, el aprovechamiento de algunos terrenos pronto pasará a ser episódico e incluso recurrente. Más aún, algunos de esos espacios recibirán el esfuerzo y la atención de las familias o la colectividad, en forma de tareas agrarias como la siembra, la limpieza de las zonas agrícolas, la delimitación de los cultivos para evitar que entren en ellos los rebaños domésticos o los animales salvajes, o la realización de quemas para eliminar especies vegetales no deseadas además de favorecer el crecimiento de las especies domésticas y de pastizales para su aprovechamiento ganadero. El mantenimiento de estos terrenos, por tanto, condicionará la supervivencia y reproducción del grupo social, por lo que estarán cuidados y bajo cierto control por parte de las comunidades. Todos estos factores configurarán una serie de relaciones inéditas entre los seres humanos y su entorno, que propiciarán cambios a varios niveles con interés para los debates abordados en este trabajo. La atención a estos aspectos nos servirá para adentrarnos en algunas de las preguntas de investigación, relacionadas en este caso con los procesos sociales de construcción de los paisajes culturales en las montañas cantábricas durante el Neolítico.

Por un lado, es evidente que las nuevas actividades productivas desencadenan una serie de transformaciones físicas en el entorno habitado por los grupos neolíticos a partir de este período. Por citar algunos ejemplos, estas comunidades alteraron con su trabajo la composición de la cubierta vegetal de sus espacios agrarios, a través de la eliminación de especies silvestre en favor de los taxones domésti-

cos, o la realización de talas y quemas de superficies arbóreas y arbustivas para favorecer el crecimiento de los pastos. La puesta en marcha de las labores agrarias también generó impactos en la composición de los suelos, pues en sus inicios la agricultura excedería la capacidad regenerativa de los terrenos cultivados en régimen extensivo, sin prácticas de abonado o rotaciones de cultivos que mitigasen su agotamiento. Igualmente, trabajar la tierra desencadena procesos erosivos y de arrastre en ladera que, en ocasiones, inauguran las afecciones antrópicas en la geomorfología del territorio. Por todo ello, y por primera vez en los cientos de miles de años de la biografía de nuestra especie, los seres humanos comienzan durante el Neolítico a realizar modificaciones significativas, extensas y persistentes de la biosfera terrestre.

En segundo lugar, la previsible fijación de las comunidades respecto a los campos de cultivo –por muy mínima que ésta fuese– conlleva una modificación de las formas de poblamiento y movilidad de los grupos neolíticos en relación con las pautas propias de los cazadores-recolectores de períodos precedentes. Las nuevas actividades productivas conducen a las comunidades a establecer sus asentamientos en las inmediaciones de los terrazgos agrarios, al menos de forma temporal durante los momentos del año en los que se concentran las tareas agrícolas. Del mismo modo, el cuidado de los rebaños domésticos obliga a los miembros del grupo a conducir los animales domésticos a través de diferentes espacios –variables en las distintas épocas del año– en los que encontrasen pastos o agua fresca. Por ello, surgen modos pastoriles que conllevan diferentes ciclos de movilidad vinculada a los rebaños domésticos, ya fueran diarios, episódicos o estacionales. En conclusión, a partir de este momento, los movimientos de los grupos neolíticos y la selección de los espacios de habitación se adaptan necesariamente a los condicionantes derivados de la asunción de las formas agrarias de subsistencia.

Además, no cabe duda de que las nuevas formas de producir alimentos, la creciente consciencia de las personas sobre su capacidad de intervenir en la configuración física del territorio, así como las intervenciones progresivamente más intensas en la modelación de su entorno, derivan en nuevas formas de relacionarse con el mundo que les rodea. Como consecuencia de ello, las gentes del Neolítico construyen culturalmente nuevos horizontes discursivos a través de los cuales mirar, analizar o conceptualizar su cotidianeidad, el universo y a sí mismos. Podemos llegar a considerar que, con la implantación en el área de estudio de las nuevas formas de vida ligadas a la producción de alimentos, las comunidades neolíticas dan inicio a formas inéditas de construir socialmente los paisajes en los que viven. En estos nuevos escenarios, los seres humanos proyectan hacia su entorno diálogos simbólicos, identitarios y políticos que conforman nuevos formatos de paisajes culturales.

En último lugar, no debemos olvidar que para aproximarnos a las bases de los paisajes culturales del Neolítico deben ser considerados al mismo tiempo ciertos parámetros internos en estas sociedades de orden social, político e identitario. Tales características –variables en distintas comunidades o regiones– modulan las rela-

ciones posibles intra e intercomunitarias, así como entre los seres humanos y el universo a su alrededor. La instalación en las comunidades neolíticas de las nuevas formas productivas tendría así reflejo en las condiciones de convivencia, las relaciones familiares, entre las personas de distinto sexo, entre los miembros más jóvenes del grupo y los más ancianos... y, por supuesto, entre los diferentes grupos o comunidades. Los modos de socialización y de organización política vinculados a los nuevos escenarios de producción y poblamiento conllevan asimismo ajustes identitarios en las personas y las comunidades. A partir del Neolítico, la autoconsciencia personal y grupal, así como la capacidad de agencia de las personas cambia respecto a períodos precedentes. Por todo ello, podemos calibrar la importancia que las variaciones en la posición desempeñada por los seres humanos dentro de los ecosistemas –o los progresivos procesos de apropiación física y simbólica del territorio– tienen desde entonces en la configuración de los paisajes culturales.

En el extenso espectro de cambios que se desencadenan a partir del Neolítico, hay para el presente trabajo un aspecto clave que servirá de hilo conductor para el debate: con la adopción de la producción de alimentos por parte de los grupos humanos da comienzo la antropización duradera en las montañas cantábricas. De entonces en adelante, y a diferencia de los grupos mesolíticos, las comunidades neolíticas desplegarán progresivamente en este territorio una serie de intervenciones directas –junto a otras de orden discursivo o simbólico– que desembocarán en una reconceptualización de los paisajes culturales. Al alzar la mirada al horizonte, hacia los valles encajados de montaña o las cuerdas de las sierras que los coronan, los paisajes percibidos e imaginados por parte de estas comunidades serán diferentes, cultural y socialmente contruidos en relación con un contexto vivencial inédito.

Para abordar tales preguntas de investigación, ampliaré progresivamente la escala de análisis de modo que los datos recogidos para los diferentes niveles territoriales estudiados en esta tesis puedan ir completando y ampliando el debate. Así, en primer lugar presentaré los datos obtenidos en el estudio de caso a escala micro en el entorno de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias). Allí, la investigación intensiva de un pequeño territorio ha desvelado interesantes informaciones sobre el Neolítico en un espacio de montaña. A continuación, trasladaré las consideraciones obtenidas en ese primer estudio de caso a un área de estudio más amplia en la segunda escala territorial de análisis, coincidente con el valle del Pigüena y la comarca leonesa de Babia. Para ello, realizaré una revisión de las evidencias disponibles para este territorio y plantearé propuestas interpretativas sobre los procesos sociales de construcción de los paisajes culturales de este período, a modo de hipótesis interpretativas. Por último, amplificaré aún más la escala de discusión hasta conjugar los debates y las propuestas hasta entonces manejadas en este trabajo con los relatos y los datos conocidos para las montañas del área occidental cantábrica.

## 7.1. Los primeros grupos productores de alimentos en Vigaña

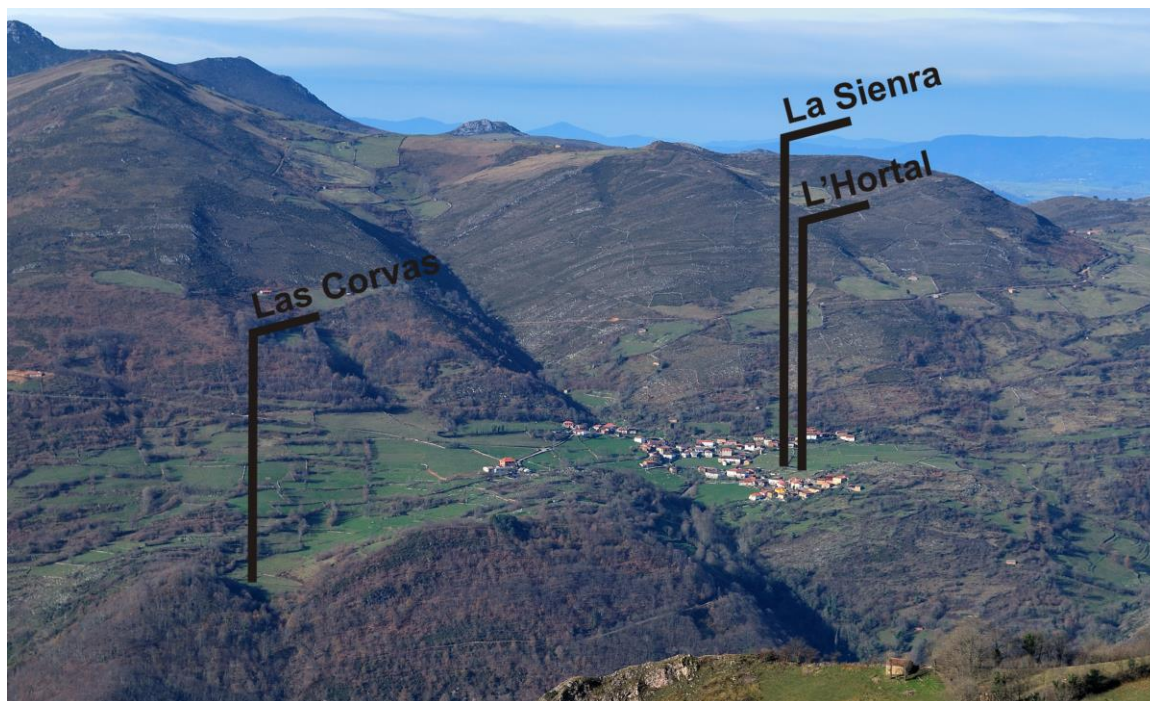
Entre 2009 y 2013 se realizaron en el entorno de la aldea de Vigaña una serie de intervenciones arqueológicas encaminadas a comprender la genealogía del paisaje en un espacio de montaña como éste, poniendo el acento en la época antigua y medieval (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2013a). Se pretendía ampliar y contrastar desde la Arqueología las propuestas previas que habían sido elaboradas fundamentalmente a partir de repertorios documentales, estudios de toponimia e investigaciones históricas de corte territorial (FERNÁNDEZ MIER 1999, 2009). Con relación a este ámbito cronológico los espacios rurales de las montañas del Occidente Cantábrico constituyen una suerte de agujero negro informativo, en un claro contraste frente a la fase alto-imperial romana –para la que contamos con informaciones arqueológicas diversas– y el posterior proceso de conformación de la red aldeana en época plenomedieval –sobre el que disponemos de noticias abundantes en la documentación escrita–.

El desarrollo de estas actuaciones conllevó la apertura de sondeos y trincheras exploratorias en un conjunto variado de localizaciones de la aldea de Vigaña y el espacio agrario circundante. Estos trabajos dieron como resultado la recuperación de informaciones referentes a cronologías múltiples, entre las que destacaron –por lo insólito e inesperado de su aparición– varios sectores en los que se identificaron horizontes de cronología neolítica (FERNÁNDEZ MIER y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016). Resulta especialmente significativo que tales descubrimientos se hayan producido en un contexto de trabajo que partía de un programa investigador de Arqueología tardoantigua/altomedieval, aunque esta paradoja tiene una explicación que bebe de la trayectoria investigadora de la Prehistoria reciente en el área de estudio, así como de las dinámicas investigadoras<sup>53</sup> y las tradiciones historiográficas más consolidadas en los territorios objeto de estudio en esta tesis doctoral<sup>54</sup>.

Los dos períodos citados –la Prehistoria reciente en un sentido amplio y la transición entre la Antigüedad y la Edad Media– sufren en el área de estudio de un problema equivalente: la invisibilidad del registro arqueológico más allá de una serie de hitos de carácter monumental –megalitos o castros en lo que respecta a la Prehistoria reciente, *villae* o establecimientos aristocráticos romanos, iglesias y fortificaciones medievales para esos siglos oscuros entre la Tardorromanidad y la Edad Media–. Estos elementos monopolizan en buena medida el interés investigador de la comunidad científica, así como las principales narraciones arqueológicas vigentes. Así pues, la localización de estas evidencias neolíticas en la aldea de Vigaña sirve para desterrar la idea de que la escasez de datos arqueológicos para este período en las montañas del Occidente cantábrico se debe a su inexistencia en el registro conservado.

<sup>53</sup> Ver epígrafe «3.1. Las dinámicas internas de la disciplina».

<sup>54</sup> Ver epígrafes «3.2. Las tradiciones investigadoras» y «3.3. El punto de inicio: genealogías de los conocimientos y “estados de la cuestión” en la Prehistoria reciente cantábrica».



**Fig.7.1:** Vista de la aldea de Vigaña con indicación de la localización de los sectores de Las Corvas, La Siembra y L'Hortal, donde las excavaciones ofrecieron datos sobre la ocupación de este espacio durante el Neolítico.

En este sentido, el hallazgo puntual de materiales líticos relacionables con la Prehistoria reciente en algunos collados y sierras de las montañas cantábricas –con ejemplos como las sierras planas de la costa asturiana más oriental (ARIAS CABAL y PÉREZ SUÁREZ 1990b, 1992; PÉREZ SUÁREZ y ARIAS CABAL 1979) y otras zonas localizaciones dispersas recogidas en los Inventarios arqueológicos por municipios–, la documentación de horizontes mesolíticos/neolíticos en el entorno de Peña Oviedo y La Calvera (Liébana, Cantabria) (DÍEZ CASTILLO 1995, 1996-1997, 2008), así como los niveles con materiales de la Edad del Bronce en posición secundaria en El Mayéu de Busián (Llén, Asturias) (CAMINO MAYOR y ESTRADA GARCÍA 2012), refuerzan la hipótesis de que efectivamente debían existir enclaves al aire libre asignables con estas cronologías de la Prehistoria reciente. Sin embargo, tales evidencias no habían sido reconocidas en posición primaria hasta el momento en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica.

Más bien parece que los vacíos informativos preexistentes se debieran a la aplicación de metodologías inadecuadas, así como al desinterés por alejarse de aquellos elementos más visibles, hasta entonces protagonistas de este período en la Cordillera Cantábrica –incluso en contextos de trabajo como la Arqueología preventiva (vid. GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2010)–. Por lo tanto, cabe considerar que han sido los presupuestos teórico-metodológicos desplegados en Vigaña los desencadenantes de los descubrimientos allí realizados. Esta lectura avala la necesidad de adoptar riesgos a la hora de plantear nuevos proyectos de investigación arqueológica. Además, refuerza la potencialidad de la Arqueología del Paisaje para abordar el estudio de la Prehistoria reciente cantábrica, en la línea de experiencias previas en territorios



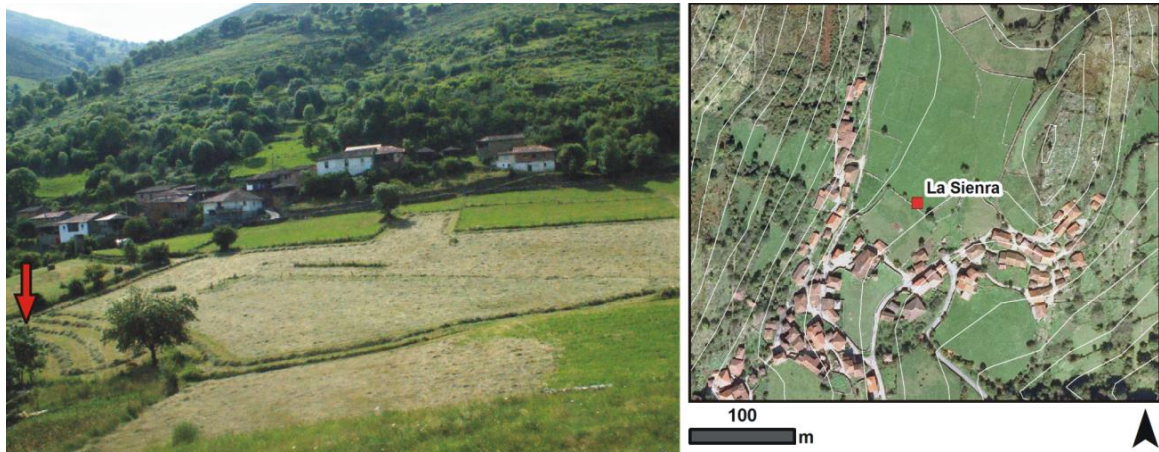


**Fig.7.2:** Vista del área de pastizales de La Pradera'l Turón desde Los Cabaninos.

próximos al aquí analizado<sup>55</sup>. En este sentido, y a raíz de esta experiencia, cabe adelantar la consideración de que sólo con el despliegue de nuevos métodos y enfoques frescos podremos sortear o superar algunos de los problemas que arrastraba la investigación arqueológica sobre este período en el sector occidental de la zona cantábrica.

A continuación, paso a presentar los datos obtenidos en el caso de estudio a escala micro. En él se han realizado intervenciones en varios puntos del entorno de Vigaña que permiten abordar las preguntas de investigación planteadas al inicio de esta tesis doctoral. Asimismo, los resultados de estas pesquisas me permitirán más adelante plantear modelos e interpretaciones para discutir en las otras escalas territoriales de esta investigación. De este modo, se exponen los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas en los sectores de La Sienra, Las Corvas y L'Hortal (**Fig.7.1**), así como las prospecciones emprendidas en los pastizales de altura que se elevan sobre la actual aldea de Vigaña en cotas que rondan o superan los 1.000 msnm (**Fig.7.2**). Finalmente, todos los datos serán discutidos en conjunto, para hacer balance de la metodología desplegada en el caso de estudio, así como para plantear unas bases sólidas que trasladar a la discusión final de este capítulo acerca del modelo interpretativo sobre los paisajes culturales del Neolítico en las montañas del sector occidental de la Cordillera Cantábrica.

<sup>55</sup> Sirva de ejemplo el estado actual de conocimientos disponible para la vecina Galicia en relación con el Neolítico (PRIETO MARTÍNEZ *et al.* 2012), resultado de décadas de aplicación de metodologías de gestión del Patrimonio y Arqueología preventiva conscientes de la importancia de los registros *off-site* y de los presupuestos teóricos que ofrece la Arqueología del Paisaje (AMADO REINO *et al.* 2002; BARREIRO MARTÍNEZ 2000, 2006; CACHEDA PÉREZ 2004; CRIADO BOADO 1995; CRIADO BOADO *et al.* 2000b, 2004).



**Fig.7.3:** El espacio agrario de La Sienra está en la actualidad destinado a la producción de hierba para la ganadería vacuna intensificada (izquierda), aunque en el pasado fue uno de los espacios agrícolas más destacados para la subsistencia campesina de los habitantes de Vigaña. El área de excavación se localiza a 624 msnm en uno de los márgenes de este espacio (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].

### 7.1.1. La Sienra

El área de La Sienra es un conjunto de parcelas de pequeñas dimensiones que constituye uno de los principales espacios agrarios de la aldea de Vigaña [ $x=723804$ ;  $y=4792793$ ;  $z=625$  m (datum: ETRS89 H29)]. Este sector está situado en un rellano con ligera pendiente unos metros al Noreste del caserío (**Fig.7.3**). Su perímetro exterior está delimitado por pequeños muretes y setos vivos, mientras que hacia el interior de este espacio cada terreno está demarcado por medio de mojones o *finsos* sobre los límites de cada parcela. Tradicionalmente, este espacio funcionaba como una ería, también denominadas *llourías* en esta zona de Asturias. Este tipo de estructuras agrarias eran aprovechadas según un régimen mixto comunal/familiar por parte de las comunidades campesinas. Así, las diferentes fincas que poseía cada familia eran cultivadas con cereales de manera particular, mientras que la ería en su conjunto era aprovechada tras la cosecha para que los rebaños de la aldea pastasen en régimen colectivo, con lo que el estiércol generado por los animales abonaba estas tierras. Para ello, existía un conjunto completo de ordenanzas que regulaban los derechos de paso, los accesos o el número de animales que podían pastar y cuándo por parte de cada familia (GARCÍA FERNÁNDEZ 1988). Aunque las familias campesinas de la aldea dedicaban tradicionalmente estos terrenos al cultivo de productos como cereales panificables, en la actualidad la producción de hierba y forraje para la cabaña ganadera monopoliza su aprovechamiento, lo que ha hecho desaparecer aquella dedicación agrícola más diversa y los manejos tradicionales previamente descritos.

La elección de este enclave para realizar una intervención arqueológica viene determinada por la relevancia de estos terrenos en los modos tradicionales de producción campesina de los pobladores subactuales de Vigaña, además de por su proximidad a las actuales zonas de hábitat. Dentro del área más extensa de La Sienra, el lugar elegido para realizar el sondeo buscó una de las zonas más próximas al actual



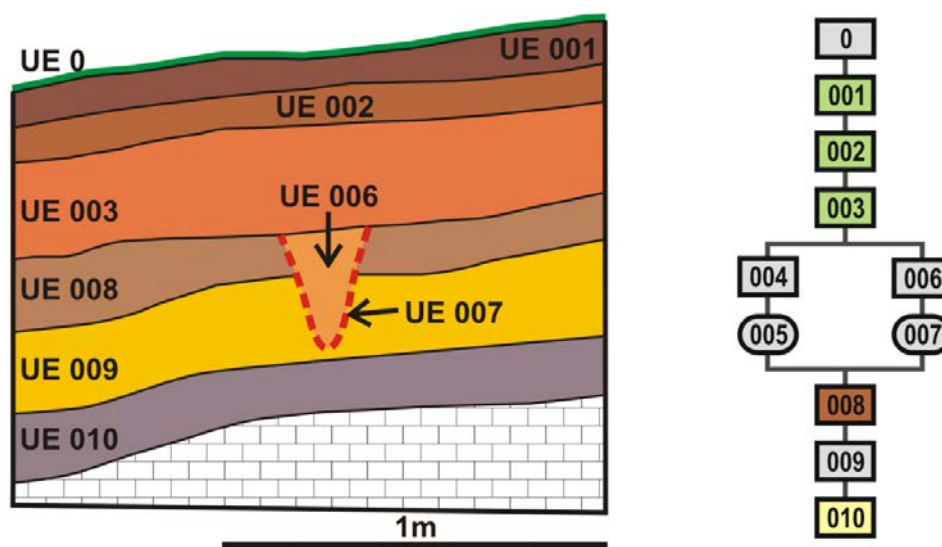


Fig.7.4: Perfil de la excavación de La Sienra de la campaña de 2010 junto a la matriz estratigráfica.

espacio habitado de Vigaña donde la pendiente es menos acusada. Se pretendía con ello reconocer una secuencia estratigráfica lo más amplia posible y reconocer quizá niveles antiguos de ocupación doméstica. En definitiva, la excavación perseguía identificar el primer momento de uso y la secuencia diacrónica del aprovechamiento de este tipo de espacios de carácter predominantemente cerealícola. Para ello, se realizó un sondeo de 1,5x1,5 m en la campaña de 2010 que permitiría reconocer una secuencia del uso agrario continuado de este terrazgo a partir de la Edad Media. Además, el nivel basal de la serie estratigráfica, dispuesto directamente sobre el horizonte geológico de arcillas, proporcionó una datación radiocarbónica que retrotrae la secuencia agraria hasta el III milenio cal a.C. El estudio de la estratigrafía y los materiales recuperados ha podido ser contrastado con una serie de análisis y estudios complementarios que, sin duda, han amplificado las posibilidades de debate en torno a este sondeo.

La secuencia estratigráfica reconocida en el sondeo realizado en La Sienra es relativamente simple (**Fig.7.4**) (FERNÁNDEZ MIER y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 359-360). Bajo la capa vegetal UE 0 fueron identificados una serie de estratos relacionables con los sucesivos campos de cultivo de época contemporánea, moderna y medieval (UEs 001, 002 y 003, respectivamente) a la vista de los escasos elementos cerámicos recuperados. Al retirar el último de esos tres niveles, se detectaron dos pequeños hoyos de poste de forma cónica y similar morfología que fueron individualizados como UEs 005 y 007, cuyos rellenos (UEs 004 y 006, respectivamente) mostraban una composición similar a la UE 003 que los cubría. Estos hoyos de poste podrían haber estado relacionados con alguna estructura agraria como una empalizada. Los hoyos cortaban el nivel UE 008 que contaba con abundantes carbones, así como un repertorio reseñable de fragmentos cerámicos. Un carbón recuperado en este nivel datado por radiocarbono arrojó una fecha que nos permite fecharlo en época alto-

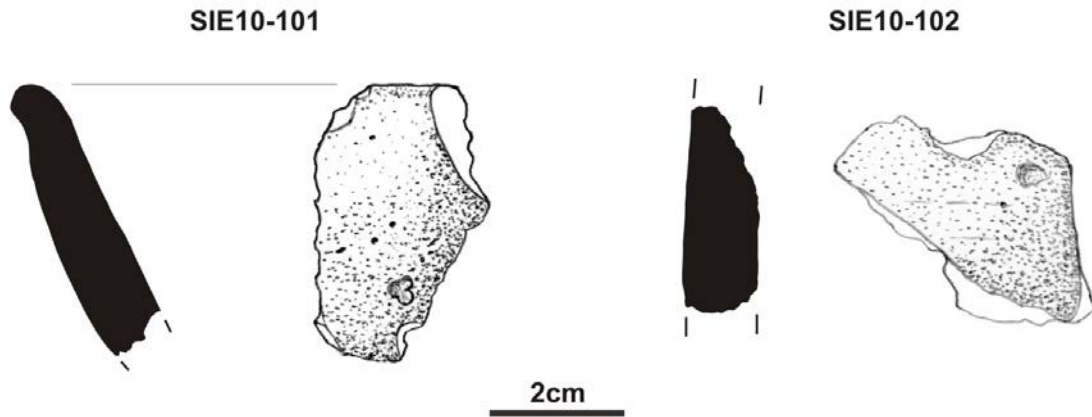


Fig.7.5: Cerámica recuperada en el nivel UE 010 de La Sierra.

Código fecha	Sector	Fecha BP	Cal BC-AD (2 sigma)	Material datado	Contexto arqueológico
DSH2223	La Sierra	1238 ± 30	685-878 cal d.C. (95,4%)	Carbón	UE 008
DSH2224	La Sierra	4091 ± 28	2859- 2809 cal a.C. (19,5%) 2752- 2722 cal a.C. (5,9%) 2701- 2569 cal a.C. (67,5%) 2516- 2501 cal a.C. (2,4%)	Carbón	UE 010

**Tabla 7.1:** Dataciones radiocarbónicas obtenidas en La Sierra, calibradas mediante la versión online del software OxCal v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013).

medieval, con una máxima probabilidad centrada en el siglo VIII cal d.C. (**Tabla 7.1: DSH2223**). Bajo ésta, se documentó un paquete UE 009 de tierra arcillosa, compacta y coloración anaranjada con escasos carbones. Dicha unidad se correspondería con un nivel carente de actividad antrópica formado por procesos naturales de erosión y deposición en ladera.

Bajo el nivel UE 009 estéril en informaciones arqueológicas, y como cierre de la secuencia del sondeo, se identificó un estrato UE 010 –con una apariencia similar a la UE 008– que descansaba directamente sobre un horizonte C compuesto por arcillas naturales formadas sobre el sustrato calizo de esta zona. Este paquete contenía algunos carbones y en él fueron recuperados dos fragmentos cerámicos de aspecto tosco y probable adscripción prehistórica, sin mayor concreción posible. Las dos piezas se corresponden con un fragmento de borde (SIE10-101) y un galbo (SIE10-102), y muestran un alto grado de rodamiento (**Fig.7.5**). Esta observación lleva a pensar que son dos elementos en posición secundaria desplazados por movimientos postdeposicionales desde algún lugar cercano en donde se habría desarrollado algún tipo de actividad o bien existiría una ocupación doméstica. Ambos fragmentos parecen formar parte de una misma pieza, aunque dado su reducido tamaño y el desgaste derivado de los procesos postdeposicionales a los que estuvieron expuestos, es difícil definir su forma. La pieza está hecha a mano y habría sido cocida en un horno simple sin gran control de su aireamiento, lo que generó una cocción mixta con un aspecto reductor en su cara externa y oxidante hacia el interior. Las pastas son porosas y se aprecia la presencia de elementos minerales como desgrasantes. El fragmen-

Muestra	pH	Carbonatos (%)	mat. org. (%)	C (%)	N (%)	C/N	P (ppm)	Ca (ppm)	K (ppm)
UE 002	6.10	0.00	4.87	2.79	0.29	9.60	50	4337	183
UE 003	6.60	0.00	3.12	1.81	0.21	8.60	26	4174	321
UE 008	6.80	0.00	2.01	1.18	0.13	9.40	21	3487	357
UE 009	6.90	0.00	0.79	0.46	0.07	6.30	9	2664	369
UE 010	7.00	0.00	1.12	0.65	0.08	8.50	8	2778	353

Tabla 7.2: Caracterización geoquímica de la secuencia estratigráfica de La Sienra (IRNASA).

Muestra	Arena gruesa (%)	Arena fina (%)	Limo (%)	Arcilla (%)	Textura
UE 002	27,3	12,0	20,5	40,2	Arcillosa
UE 003	24,8	14,2	22,4	38,6	Franco arcillosa
UE 008	23,5	15,6	21,8	39,1	Franco arcillosa
UE 009	21,3	18,1	24,9	35,7	Franco arcillosa
UE 010	18,7	16,7	24,7	39,9	Franco arcillosa

Tabla 7.3: Caracterización granulométrica de la secuencia estratigráfica de La Sienra (IRNASA).

to de borde SIE10-101 cuenta con un labio simple. La singularidad de este último nivel vendría corroborada por una datación radiocarbónica realizada a partir de un fragmento de carbón recuperado en este estrato que nos remite a la primera mitad del III milenio cal a.C. (**Tabla 7.1: DSH2224**). Por lo tanto, la UE 010 constituye un estrato aparentemente lacónico en sus informaciones arqueológicas, aunque éstas revelan, al menos, la presencia en las inmediaciones del sondeo de actividades humanas durante el Neolítico final.

Como complemento a los materiales y las estructuras arqueológicas recuperadas en esta secuencia, se realizaron una serie de estudios complementarios que maximizaron la información recuperada de este sondeo (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2014: 45-47). Así, el análisis químico de la composición de los diferentes estratos muestra un enriquecimiento progresivo de la presencia de materia orgánica, si atendemos a las variaciones en los niveles de nitrógeno, fósforo y calcio a lo largo de la estratigrafía<sup>56</sup>. Por el contrario, el potasio desciende conforme ascendemos en la secuencia, correspondiendo los niveles más altos de este elemento con las UEs 009 y 010 (**Tablas 7.2 y 7.3**). En paralelo, se produciría un incremento de la acidez del suelo en este espacio de dominio calizo.

La lectura de estos datos podría indicarnos que los horizontes tipo B más antiguos fueron creados en La Sienra a través de procesos de tala y quema, técnicas agrarias características de la agricultura itinerante de la Prehistoria reciente. Este tipo de prácticas permitían a aquellas comunidades despejar el bosque y el monte bajo en determinados sectores de estas montañas para abrir espacios propicios para la agricultura y los usos pastoriles. El empleo de las cenizas derivadas de las rozas como materia fertilizante explicaría los altos niveles de potasio, frente a la baja pre-

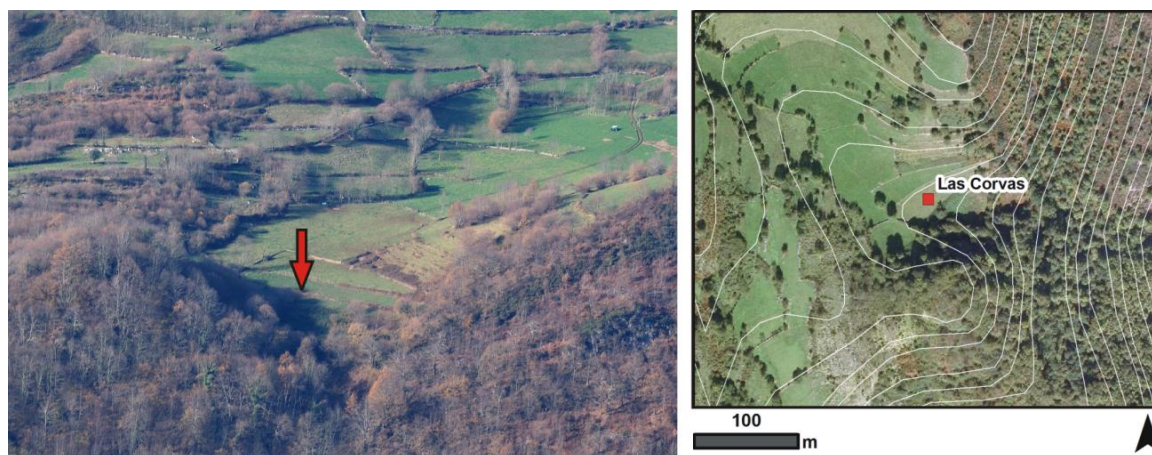
<sup>56</sup> Los estudios de composición química del suelo han sido realizados por el Instituto de Recursos Naturales y Agrobiología de Salamanca (IRNASA) del CSIC.

	Muestra 1 (UE010)	Muestra 2 (UE 009)	Muestra 3 (UE 009)
<i>Pinus ind.</i>	0	0	0
<i>Cupressaceae</i>	0	0	1
<i>Betula</i>	1	0	1
<i>Castanea</i>	0	0	1
<i>Populus</i>	1	0	0
<i>Poaceae</i>	7	3	6
<i>Compositae liguliflora</i>	0	0	2
<i>Compositae tubuliflora</i>	0	0	0
<i>Labiatae</i>	1	0	0
<i>Plantago</i>	0	0	2
<i>Leguminosae</i>	0	1	0
<i>Crassulaceae (Sedum tp.)</i>	1	0	0
<i>Ranunculaceae</i>	1	0	0
<i>Cyperaceae</i>	2	0	2
<i>Juncaceae</i>	7	1	7
<i>Liliaceae</i>	0	1	0
<i>Varia</i>	8	0	4
SUMA TOTAL	29	6	26
Filicales trilete	5	2	6
Filicales monolete	5	1	6
<i>Polypodiaceae</i>	8	0	0
<i>Pseudoschizaea</i>	4	3	9
<i>Glomus</i>	2	1	5
<i>Chaetomium</i>	0	0	1

**Tabla 7.4:** Resultados esporopolínicos estadísticamente no representativos de las UEs 009 y 010 de La Sierra (HERNÁNDEZ BELOQUI s.f.).

sencia de otros nutrientes como el fósforo o el nitrógeno. Con posterioridad, el hiato en la secuencia que representa la UE 009 insistiría en ese carácter episódico de los primeros usos agrarios de este espacio, aprovechados en años alternos para que los suelos recuperasen su capacidad productiva; aunque tampoco podemos desdeñar la posibilidad de que ciertos procesos erosivos hayan hecho desaparecer del perfil estratigráfico niveles subsiguientes a la UE 010. La escasa presencia de materia orgánica en la muestra tomada de la UE 009 confirma, al igual que los ratios de carbono/nitrógeno, el protagonismo de los procesos de erosión y sedimentación en ladera y la ausencia de actividad antrópica.

Por encima de estos niveles, los sucesivos usos agrarios en época medieval, moderna y contemporánea ofrecen un claro contraste con los niveles iniciales. Entonces se observa un nuevo modelo de aprovechamiento que, paulatinamente, genera un enriquecimiento en la presencia de materia orgánica. Esta observación, junto a la aparición creciente de fragmentos cerámicos y de materiales constructivos, indicaría la puesta en práctica de procesos de abonado con el aporte de estiércol y detritos domésticos desde el entorno inmediato de la aldea.



**Fig.7.6:** Las Corvas son un conjunto de parcelas en la parte baja de El Valle'l Pandu dedicadas a la producción de hierba seca (izquierda). El área de excavación se localiza a 548 msnm en uno de los márgenes de este espacio (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].

Por su parte, el estudio palinológico de la secuencia resultó no concluyente para los estratos de mayor interés para esta tesis doctoral (UEs 009 y 010), pues las muestras analizadas no conservaban suficientes restos de pólenes o esporas, por lo que el espectro esporopolínico resultante de su estudio no puede ser representativo del entorno vegetal del sondeo (**Tabla 7.4**) (HERNÁNDEZ BELOQUI s.f.). Sí se conservaba en los niveles superiores, en los que se reconoce un paisaje fuertemente antropizado a partir de la Edad Media, con la presencia de pastizales en el entorno de este espacio y un escaso protagonismo de la masa arbórea. A la vista de los estudios precedentes sobre el paleoambiente holoceno en esta región, el proceso deforestador tan evidente desde los niveles altomedievales de La Sienra se iniciaría en períodos precedentes (LÓPEZ MERINO 2009), situándose su punto de inicio en diferentes momentos de la Prehistoria reciente.

### 7.1.2. Las Corvas

El sector de Las Corvas forma un espacio del terrazgo de la aldea de Vigaña que se localiza en la parte baja de El Valle'l Pandu [ $x= 724019$ ;  $y= 4792025$ ;  $z= 549$  m (datum: ETRS89 H29)] (**Fig.7.6**). Esta pequeña vaguada está formada en la actualidad por un mosaico de prados cercados con setos vivos, alambradas y muretes de piedra que generan pequeños aterrazamientos. Las parcelas están destinadas a la producción de hierba seca y también se aprovechan como zonas de pasto a diente para el ganado vacuno en determinadas épocas del año. Aunque, hasta no hace muchos años, estos predios estaban dedicados al cultivo de maíz y patatas. Por el medio del valle descende un pequeño reguero canalizado que hace años regaba las parcelas, lo que amplificaría los procesos erosivos y de aportes de ladera relacionados también con los trabajos de labranza. Todo ello hace que la fisonomía actual de este espacio sea producto en buena medida de las actividades agrarias desarrolladas en los últimos dos o tres siglos. De este modo, el relieve actual de El Valle'l Pandu mues-





**Fig.7.7:** Vista de la primera trinchera de 1,5x4 m abierta en Las Corvas para documentar la secuencia asociada al muro de aterrazamiento UE 303 (izquierda) y del área de excavación ampliada en 2011 hasta los 4,5x3,5 m, con el derrumbe compuesto por las UEs 307 (grandes bloques) y 309 (piedras más menudas, en primer término) visto en planta (derecha).

tra una forma suavizada gracias al notable esfuerzo invertido en estas tierras por las familias campesinas de Vigaña durante varias generaciones. Así pues, la imagen actual de este espacio es bien diferente a la que probablemente ofrecía hace algunos milenios, cuando el perfil de esta vaguada descendería de una forma más abrupta e irregular. Sin duda alguna, un estudio geomorfológico pormenorizado de este pequeño vallejo ofrecería las claves necesarias para recomponer la apariencia del entorno de Las Corvas durante la Prehistoria reciente, que por el momento sólo alcanzamos a imaginar a la vista de ciertos rasgos reconocidos en la excavación de este sector.

En el extremo inferior de El Valle'l Pandu una de serie de fincas estrechas y alargadas con forma curva –de ahí su topónimo– son denominadas Las Corvas por los actuales vecinos de Vigaña. Como es constante en esta parte del terrazgo agrario de la aldea, las parcelas aparecen divididas por pequeños muretes de piedra que sirven a la vez como elementos de aterrazamiento y límites entre diferentes propiedades. Uno de esos muros divisorios propició la realización de una intervención en aras de fechar el primer uso agrario de esta zona tan alejada del núcleo principal de la aldea, y que complementase las intervenciones realizadas en sectores cercanos como La Granda, Las Murias, L'Eirón o Arrichere (FERNÁNDEZ MIER y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 359-363). Si bien destacaba el objetivo de datar la construcción de los muretes de piedra que aterrazan las parcelas de este valle, la proximidad de este espacio al poblado castreño de El Castro –que se alza sobre la parte baja de esta hondonada– sirvió de atractor complementario para realizar esta intervención arqueológica. Así, la posibilidad de documentar estructuras agrarias relacionables con



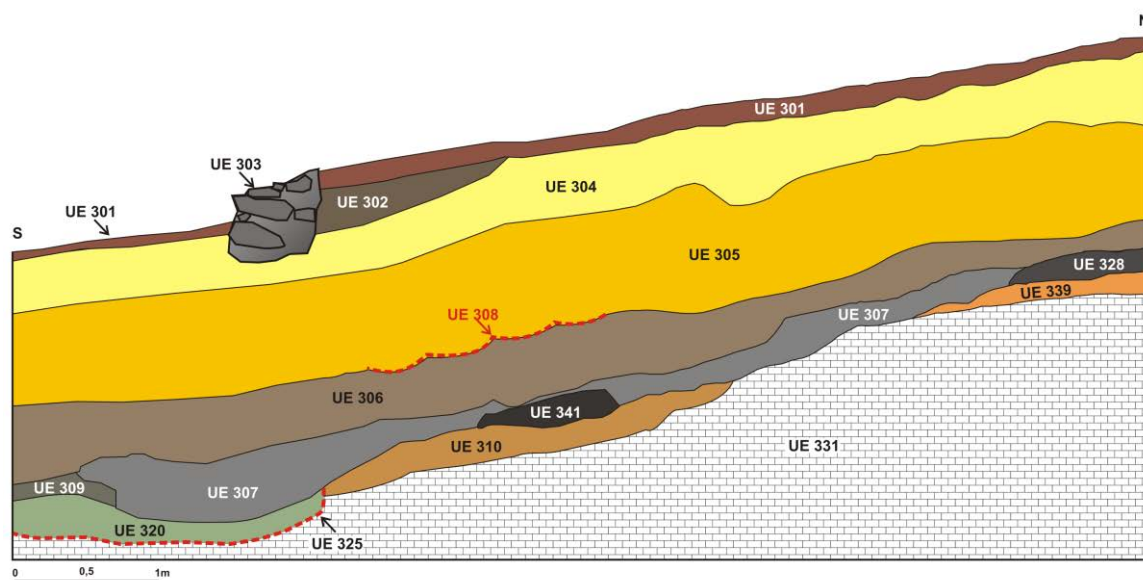
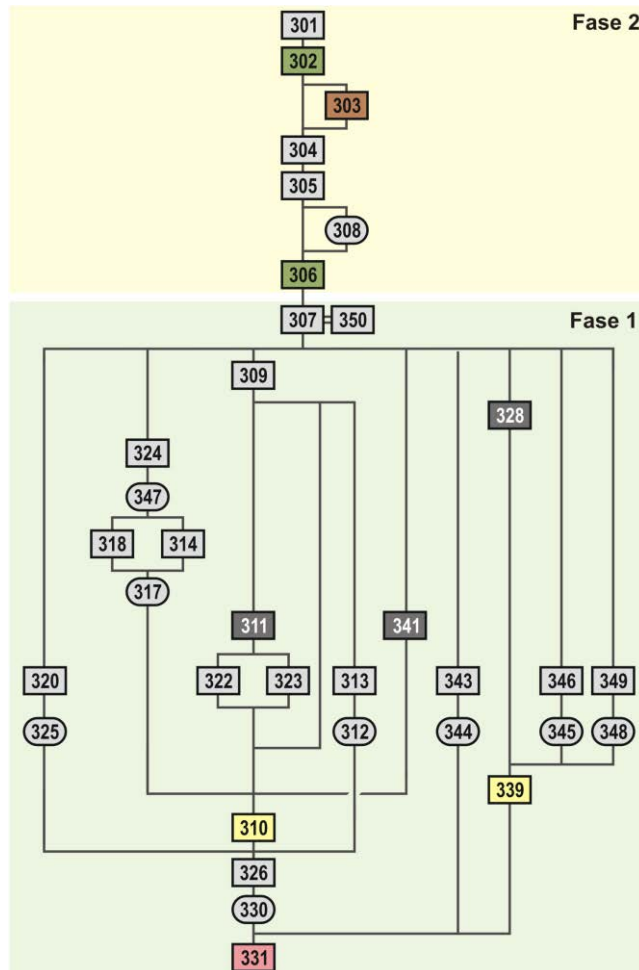


Fig.7.9: Perfil Suroeste de la excavación en Las Corvas al término de la excavación de 2012.

la inmediata aldea fortificada de la Edad del Hierro, siguiendo experiencias previas desarrolladas en la vecina Galicia (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2009; PARCERO OUBIÑA 2006) o en otros puntos de la península (GRAU MIRA y PÉREZ RODRÍGUEZ 2008; RUIZ DEL ÁRBOL 2001) para espacios de cultivo de época antigua, fue una razón con peso para ejecutar un primer sondeo en Las Corvas.

Durante la campaña de 2010 abrimos en este espacio una trinchera de 1,5x4 m que cortaba uno de los referidos muros de divisoria de fincas y aterrazamiento (**Fig.7.7**). Esa primera intervención nos permitió comprobar que el momento de construcción de la pequeña terraza podía remontarse al siglo XIX si atendíamos a los materiales recuperados en los niveles agrarios que se apoyaban en el murete y en los rellenos infrayacentes, con lozas y cerámicas modernas. Al no agotar la estratigrafía en aquella primera campaña, reanudamos los trabajos en 2011 hasta alcanzar los dos metros de profundidad e identificar un derrumbe con grandes bloques de piedra. Debido a las reducidas dimensiones del área de excavación –lo cual no ayudaba a comprender la naturaleza del estrato ni la procedencia de los materiales que formaban el derrumbe– la cata fue ampliada con medios mecánicos hasta comprender unas dimensiones de 4,5x3,5 m. Bajo el derrumbe se reconoció un nivel de ocupación delimitado parcialmente por zanjas con un hogar y hoyos de poste. En 2012 ampliamos el área de excavación hasta obtener una superficie de trabajo de 7,5x4,5 m en donde se reconocieron estructuras análogas a las de la campaña anterior, con un total de tres hogares, además de varios hoyos de poste. La datación de las mencionadas estructuras de combustión lleva su construcción y ocupación hasta el IV milenio cal a.C. Esto significa que el área de excavación de Las Corvas alberga las primeras construcciones neolíticas al aire libre hasta entonces reconocidas con claridad en las montañas del área asturleonense de la Cordillera Cantábrica.

La secuencia documentada en Las Corvas a través de los dos metros largos de estratigrafía arqueológica refleja dos grandes fases, con una primera en la que reco-

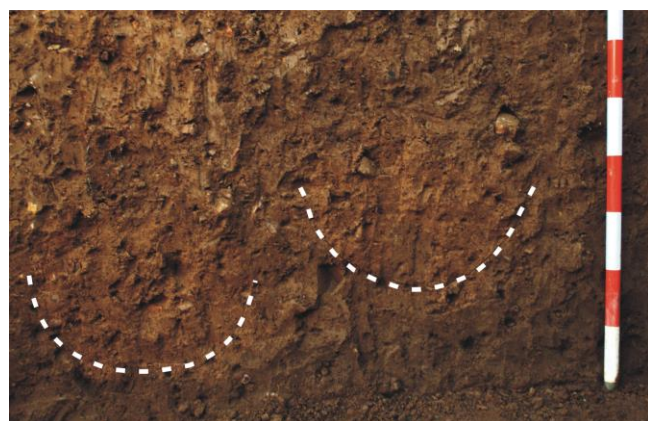


**Fig.7.8:** Matriz estratigráfica documentada en Las Corvas en el transcurso de las excavaciones arqueológicas desarrolladas durante las campañas de 2010, 2011 y 2012.

nocemos un espacio de niveles domésticos ocupados en sucesivos momentos del Neolítico, así como una segunda fase generada a partir del aprovechamiento agrario subactual de este espacio (**Fig.7.8**).

La parte alta de la secuencia se corresponde con una sucesión de niveles de uso agrario UEs 302, 304, 305 y 306. Estos estratos tienen una cronología moderna/contemporánea y se habrían formado en un contexto en el que los aportes derivados de la erosión en ladera y los trabajos agrarios de riego y labranza constituyen los vectores más importantes para la estratificación (**Fig.7.9**). A la vista de los materiales recuperados en los estratos UEs 301 y 302, que se apoyan en el murete UE 303 que forma este pequeño aterrazamiento, así como en los niveles más profundos, la cronología de esta estructura agraria no se remontaría, muy probablemente, más allá

del siglo XIX. Con anterioridad, esta parte del terrazgo agrario de Vigaña habría sido puesto en aprovechamiento en relación con la extensión de cultivos americanos como el maíz o las patatas a partir de los siglos XVI-XVII, que explican la formación de los potentes estratos UEs 304 y 305. Estos niveles se habrían formado como consecuencia de los aportes en ladera derivados de las prácticas de riego que aprovecharían el pequeño arroyo que desciende por el centro de El Valle'l Pandu. De hecho, en algunas secciones del perfil occidental del área de excavación se detectó una interfaz UE 308 que da paso a la primera de estas unidades más recientes (UE 305) (**Fig.7.10**), lo



**Fig.7.10:** Detalle del perfil Suroeste de Las Corvas en el que se señalan algunos de los surcos individualizados como la interfaz UE 308.



**Fig.7.11:** Cerámicas de Las Corvas. 1-6. Piezas de filiación prehistórica recuperadas en la UE 306. 7. Fragmento de material constructivo contemporáneo en la UE 306. 8-9. Lozas contemporáneas recuperadas en la UE 306. 10. Fragmentos cerámicos muy rodados localizados en el relleno UE 320 de la zanja UE 325.

cual podría corresponderse con evidencias de regadío –si identificamos estas estructuras como canales, *presas* o *sangradeiros* (GARCÍA MARTÍNEZ 2007: 19-20)–, sin desdeñar la opción de que fuesen surcos de arado.

En la sección más profunda de esta primera mitad de la secuencia de uso agrario, encontramos la UE 306, con una coloración ligeramente más oscura que las inmediatamente superiores. Este estrato se instala sobre el derrumbe UE 307 y en él se recogieron hasta una docena de fragmentos cerámicos rodados y altamente fracturados de cerámica hecha a mano y factura más bien tosca que podría ser considerada como prehistórica en un sentido genérico (**Fig.7.11: 1-6**). En este lote se reconocen fragmentos pertenecientes a distintos recipientes, aunque su pequeño tamaño y su estado de conservación impiden reconocer formas, si exceptuamos dos bordes (**Fig.7.12**). No obstante, entre este conjunto se recogieron también un fragmento de material constructivo contemporáneo (**Fig.7.11: 7**) y dos fragmentos de loza (**Fig.7.11: 8-9**). Este hecho individualiza este horizonte respecto a los que le suceden cronológicamente en la secuencia, lo que nos hablaría quizá de labores agrarias contemporáneas que habrían afectado a los estratos prehistóricos precedentes. Como resultado de estas actividades, algunos materiales se habrían incorporado en posición secundaria a la composición de los nuevos estratos. No obstante, si atendemos a su alto grado de rodamiento de los materiales tampoco podemos desdeñar la opción de que estos materiales provengan de otros sectores con ocupaciones prehistóricas situadas ladera arriba en El Valle'l Pandu. Estos restos llegarían hasta el área de excavación a través de los procesos erosivos ya descritos, así como por los movimientos de tierras producidos por los campesinos subactuales en los trabajos para la apertura de nuevos espacios del terrazgo agrario de Vigaña.



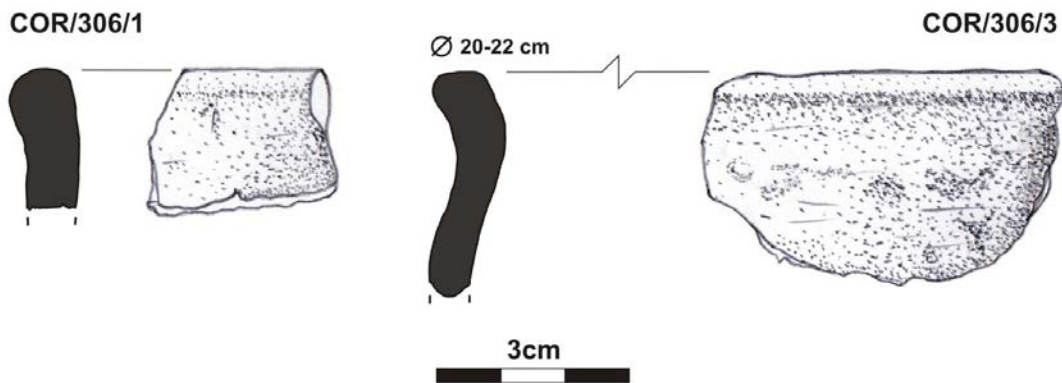


Fig.7.12: Bordes de dos fragmentos cerámicos recuperados en la UE 306 de Las Corvas.

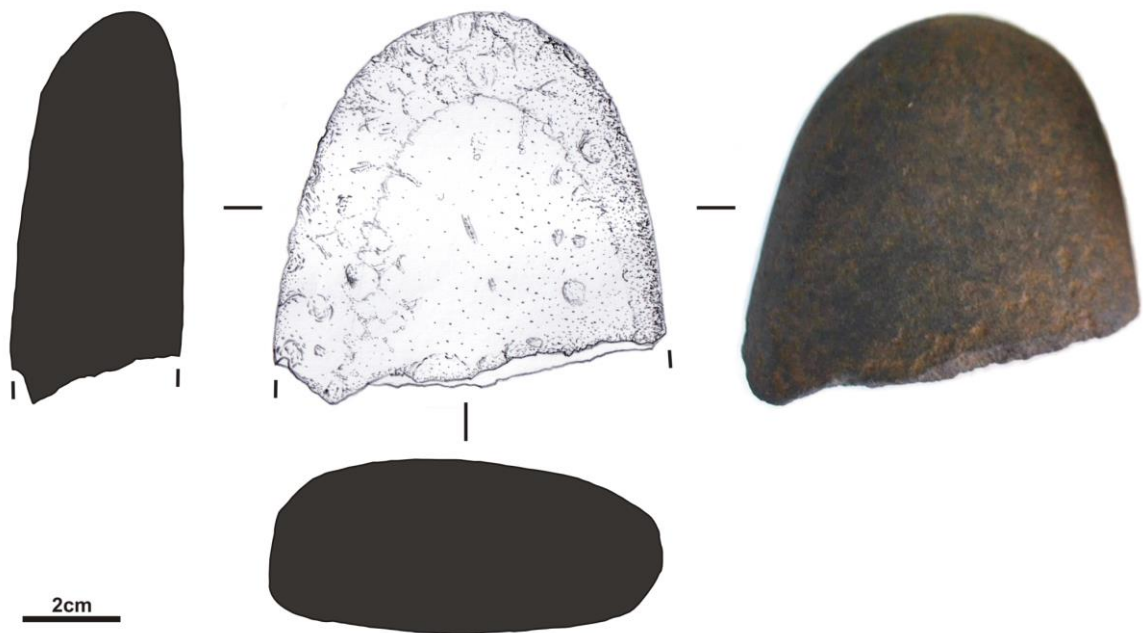


Fig.7.13: Fragmento de posible mano de molino de piedra pulimentada recuperado en la UE 307.

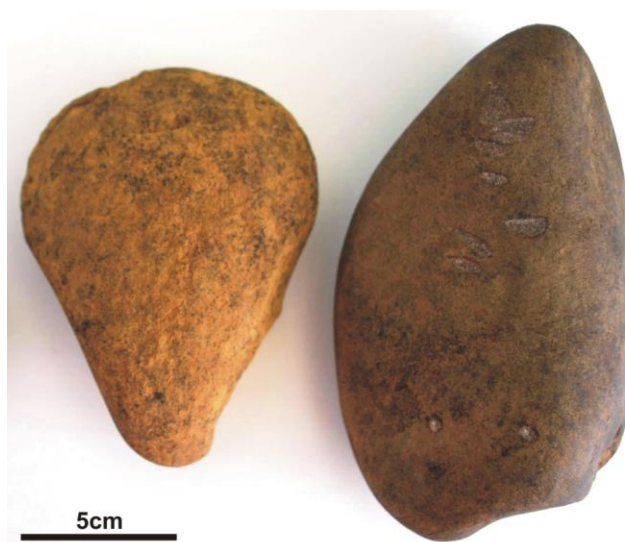
En las cotas inferiores de la estratigrafía las dinámicas sedimentológicas cambian de manera significativa. Esta parte de la secuencia está formada como consecuencia del acondicionamiento del terreno para la instalación y uso recurrente de una serie de estructuras de ocupación domésticas datadas en el Neolítico, que posteriormente dan paso a procesos de abandono y amortización.

El derrumbe compuesto por las UEs 307 de grandes bloques y 309 de piedras y cantos de pequeño tamaño aparecía, con mayor o menor potencia, por toda la extensión del área excavada (**Fig.7.7**). Constituye un nivel que sella y amortiza las estructuras constructivas precedentes, singularizado por las grandes piedras presentes en la UE 307. Paradójicamente, en los niveles subyacentes no se documentaron estructuras erigidas en piedra, por lo que la procedencia de este derrumbe de importantes dimensiones resulta incierta. Entre el conjunto pétreo se reconocen algunos bloques con alguna de sus caras trabajadas, aunque constituyen una clara

minoría. También se recuperó una pieza lítica pulimentada fracturada que posiblemente se correspondería con el extremo de una mano de molino o un pulidor (**Fig.7.13**), así como dos cantos que eventualmente podrían haber funcionado como «útiles de fortuna» (**Fig.7.14**). En general, se trata de un cúmulo desordenado de piedras de muy diferentes formas y tamaños que descienden por la ladera desde un punto indeterminado a una cota superior en la ladera. Por todo ello, determinar un origen antrópico o natural para esta gran colada resulta complicado, aunque la presencia de algunos carbones entre los bloques me inclina hacia la primera opción. Podríamos encontrarnos, quizá, ante el extremo final de un paquete estratigráfico generado por el colapso de algún tipo de estructura de aterrazamiento en la que la mayoría de las piedras documentadas en la cata constituirían su base, núcleo o relleno, aunque el grado de incertidumbre para plantear tal hipótesis es elevado.

Tras levantar el derrumbe descrito, se documentan varios grupos estratigráficos de relaciones complejas vinculados a niveles de ocupación doméstica. Las evidencias más claras de estas estructuras vienen determinadas por la presencia de tres hogares bien definidos UEs 311, 328 y 341 que se disponen sobre suelos de arcilla pisada cortados por algunas zanjas y hoyos de poste. Las tres estructuras de combustión, que definirían probablemente otras tantas unidades domésticas con sus respectivas ocupaciones, se distribuyen por el área excavada condicionadas por la existencia de un pequeño escalón que genera dos superficies diferenciadas. Esto se relaciona con la realización de ciertas labores de acondicionamiento del sustrato basal de arcillas UE 331 que habría sido rebajado en ciertos puntos y rellenado en otros para crear dos plataformas adecuadas para la ocupación doméstica en sus respectivas rasantes. Así, la plataforma inferior –al Sur de la cata– acogería el suelo UE 310 al que se superponen dos de los hogares –los definidos por las UEs 311 y 341–, mientras que en la plataforma superior –al Norte del área excavada– se localiza el suelo UE 339 sobre el que se dispone un tercer hogar, definido por la UE 328.

En la plataforma de ocupación inferior, destaca por su buena conservación el hogar definido por la UE 311 de cenizas. Esta estructura de combustión presenta una forma subcircular de 90 cm de diámetro, y su perímetro está delimitado por un conjunto de piedras de pequeño tamaño UE 323 y arcilla endurecida por el fuego UE 322 que conformaría las paredes del hogar (**Fig.7.15**). Al interior, el hogar conservaba una gran cantidad



**Fig.7.14:** Cantos recuperados en el derrumbe UE 307 que podrían haber funcionado como útiles de fortuna para trabajos diversos.



Fig.7.15: Foto del hogar UE 311 durante la campaña de 2011.

Código fecha	Sector	Fecha BP	Cal a.C.-d.C. (2 sigma)	Material datado	Contexto arqueológico
DSH3620	Las Corvas	4770 ± 31	3641-3516 cal a.C. (92,9%) 3398-3384 cal a.C. (2,5%)	carbón	UE 311
DSH5056	Las Corvas	4973 ± 37	3927-3877 cal a.C. (8,6%) 3804-3656 cal a.C. (86,8%)	carbón	UE 341
DSH5057	Las Corvas	4447 ± 39	3337-3209 cal a.C. (37,6%) 3194-3149 cal a.C. (8,6%) 3141-3007 cal a.C. (42,5%) 2988-2931 cal a.C. (6,6%)	carbón	UE 328

**Tabla 7.5:** Dataciones radiocarbónicas obtenidas en Las Corvas, calibradas mediante la versión online del software OxCal v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013).

de cenizas y madera quemada –UE 311– de la que se obtuvo una datación que llevaría esta estructura hasta mediados del IV milenio cal a.C. (**Tabla 7.5: DSH3620**). Asociados con este hogar se documentaron dos hoyos UEs 317 y 347 que cortan el suelo UE 310. Ambos están colmatados por piedras que sujetarían alguna estructura en madera relacionada con el funcionamiento del hogar<sup>57</sup>. Como aspecto significativo del carácter doméstico de esta ocupación, en el relleno UE 314 del primer hoyo se recuperó un fragmento de molino barquiforme (**Fig.7.16**).

El suelo UE 310 de arcilla pisada y piedras de pequeño tamaño definiría la estructura constructiva relacionable con este primer hogar. Los límites de la hipotética

<sup>57</sup> Resulta especialmente sugerente la analogía etnográfica derivada de las cocinas tradicionales con fuego bajo del área de estudio: junto al hogar o *llar* se dispone una estructura de madera denominada *torzanu* o *guindaste* compuesta por un pie derecho de madera y un travesaño del que cuelga la perola o *pote* gracias a unas cadenas o *calamicheras* que pendían del travesaño de madera anclado al pie derecho.





Fig.7.16: Fragmento de molino barquiforme que formaba parte del relleno UE 314 del agujero de poste UE 317.



Fig.7.17: Fotografía del hogar UE 341 durante la campaña de 2012.

cabaña podrían quedar delimitados por algunas zanjas documentadas en esta parte de la cata, aunque lo reducido del área de excavación dificulta la identificación de un contorno preciso para esta estructura. Así y todo, el trazado de las zanjas UE 325, 312 y 344 podrían definir parte de ese perímetro externo por el Suroeste, Sur y el Sureste, respectivamente. Por su parte, los agujeros de poste UEs 317 y 347 documentados en el perímetro inmediato del hogar UE 311 podrían estar en relación con las actividades desarrolladas en el hogar, como planteaba más arriba, aunque también podrían funcionar como soportes para postes centrales que sujetasen la techumbre de la cabaña.

Además del primer hogar ya descrito, sobre el suelo UE 310 se documentó una segunda estructura de combustión pegada al perfil Suroeste, que fue individualizada como UE 341 (**Fig.7.17**). Este hogar quedaría igualmente cubierto por el de-

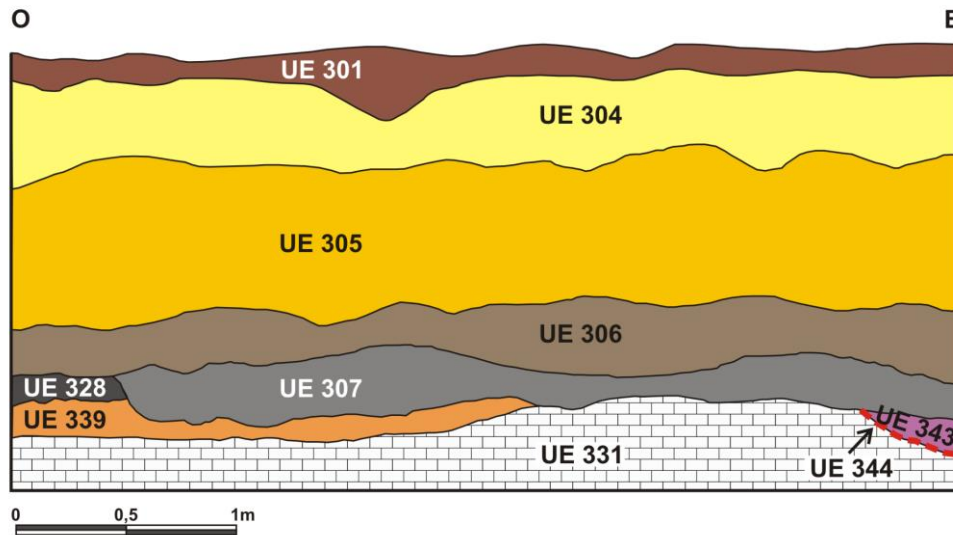


Fig.7.18: Perfil Noroeste de la excavación de Las Corvas tras la campaña de 2012.



Fig.7.19: Fotografía del hogar UE 328 documentado en la esquina noroccidental del área de excavación en 2012.

rumbe UE 307. Con un diámetro de 1 m y una profundidad máxima de 13 cm, la estructura estaba compuesta por un nivel de ceniza y carbones dentro de una pequeña cubeta simple con forma subcircular. Algunas piedras calizas servían de base de acondicionamiento. La datación de un carbón extraído del relleno nos lleva a fechas mínimamente más tempranas, en la primera mitad del IV milenio cal a.C. (**Tabla 7.5: DSH5056**).

Por su parte, en la plataforma superior se dispone otro nivel de uso doméstico, con un hogar UE 328 localizado en la esquina Noroeste de la cata. Este nivel de





**Fig.7.20:** Fotografía general del final de la excavación de 2012 en el sector de Las Corvas tomada desde el Noreste.

ocupación se dispondría sobre el suelo de arcilla pisada UE 339, así como sobre el propio sustrato de arcillas basales UE 331 (**Fig.7.18**). Este tercer hogar estaría definido por un nivel de carbones similar a las estructuras ya descritas, sin que apareciesen en este caso piedras en su base ni estructuras de arcilla formando sus paredes externas (**Fig.7.19**). No obstante, este hogar, cuyo escaso grosor podría indicar un uso muy limitado, fue reconocido tan sólo en una pequeña parte de su amplitud, pues se extendía más allá de los límites de la cata. De nuevo, la datación de un carbón recuperado en su interior nos traslada al IV milenio cal a.C., esta vez a su tercio final (**Tabla 7.5: DSH5057**). Completando las estructuras que componen esta plataforma de ocupación superior en el área excavada, dos hoyos de poste –UEs 345 y 348– cortan el suelo UE 339, pudiendo funcionar como soportes de elementos constructivos de esta tercera cabaña (**Fig.7.20**). Lamentablemente, las dimensiones del sector de excavación no ofrecieron la amplitud necesaria para reconocer la forma de su planta.

Una de las primeras observaciones derivadas del examen de los datos recuperados es la parquedad en materiales arqueológicos que ofrecen estas estructuras domésticas. Además de los fragmentos de útiles de piedra pulimentada ya referidos, sólo se recuperó un conjunto escaso de materiales cerámicos en el relleno UE 320 de una de las zanjas –UE 325– relacionables con los límites del suelo UE 310 (**Fig.7.11-10**). Estos fragmentos de pequeño tamaño muestran un alto grado de rodamiento, y su aspecto y manufactura concuerdan con los materiales provenientes del nivel UE 306 que recubre al derrumbe de piedras. Por ello, esta analogía formal apoyaría la idea de que aquellos son materiales neolíticos desplazados por movimientos post-

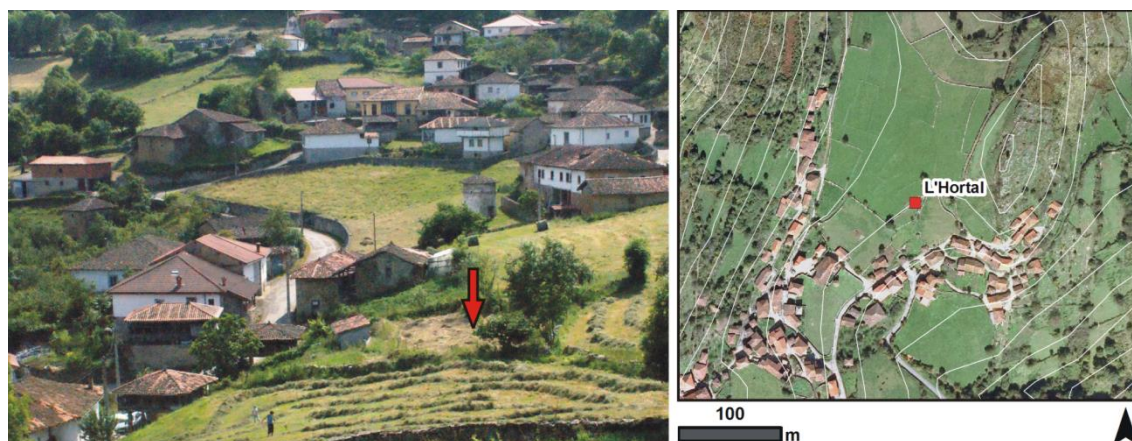
deposicionales diversos que serían incorporados a ese nivel agrario de cronología contemporánea.

En definitiva, la excavación del sector de Las Corvas derivó en la identificación de una serie de niveles con ocupaciones domésticas de cronología neolítica. Muy probablemente, nos encontramos ante un lugar en el que grupos nómadas de pastores y agricultores de tala y quema se asentaron de forma discontinua. Este lugar, orientado al Este y protegido mínimamente de los vientos dominantes, constituiría un lugar apropiado para el asentamiento recurrente de las comunidades neolíticas. En el marco de su régimen de vida itinerante, los grupos retornarían a este espacio episódicamente para establecer aquí su hogar durante unos meses o unos pocos años. Durante estos períodos de tiempo aprovecharían los suelos de El Valle'l Pandu para abrir campos de cultivo mediante técnicas agrícolas basadas en el aporte de nutrientes derivado de la quema de la vegetación preexistente. A la vez, conducirían sus rebaños por el territorio circundante, así como hacia los pastizales de altura que se ubican en la cima de las sierras que coronan este lugar. Las evidencias arqueológicas recuperadas nos impiden reconocer con precisión el tipo de estructuras constructivas asociadas a estos niveles, aunque bien podría tratarse cabañas erigidas con postes de madera, paredes de *xebatu*<sup>58</sup> y cubiertas vegetales. Las fechas radiocarbónicas obtenidas en los tres hogares de Las Corvas son acordes con las características de los escasos materiales recuperados y los rasgos constructivos identificados. Todo ello apoya la existencia en este sector de niveles neolíticos de ocupación doméstica, lo que en el momento de su hallazgo constituía el primer ejemplo al aire libre reconocido para el área asturleonense de las montañas cantábricas.

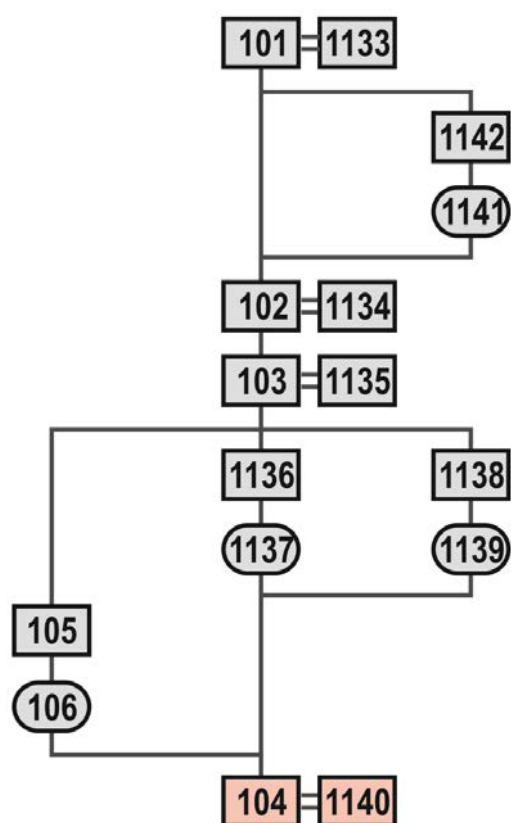
### 7.1.3. L'Hortal

El sector de L'Hortal se corresponde con una pequeña parcela cercada por muretes de piedra, alambradas y setos vivos anexa al espacio agrario de La Sienra por su margen occidental [x= 723841; y= 4792800; z= 621 m (datum: ETRS89 H29)]. El terreno se encuentra colgado sobre las casas del barrio de Fondosdevilla, hacia donde desciende un camino que rodea la parcela por el Sureste (**Fig.7.21**). Tradicionalmente, esta finca funcionaba como un espacio de cultivo para productos de huerta, aunque en la actualidad está destinada a la producción de hierba seca y sirve como espacio de pasto a diente para el ganado doméstico, pues sus reducidas dimensiones impiden su aprovechamiento mecanizado.

<sup>58</sup> Entretejido de varas –normalmente de avellano– revestido de barro y a veces cubierto por cal que se usa de pared o tabique en la arquitectura tradicional asturiana.



**Fig.7.21:** L'Hortal es una pequeña parcela al borde del espacio en abierto de Las Corvas (izquierda). El área de excavación se sitúa a 621 msnm (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].



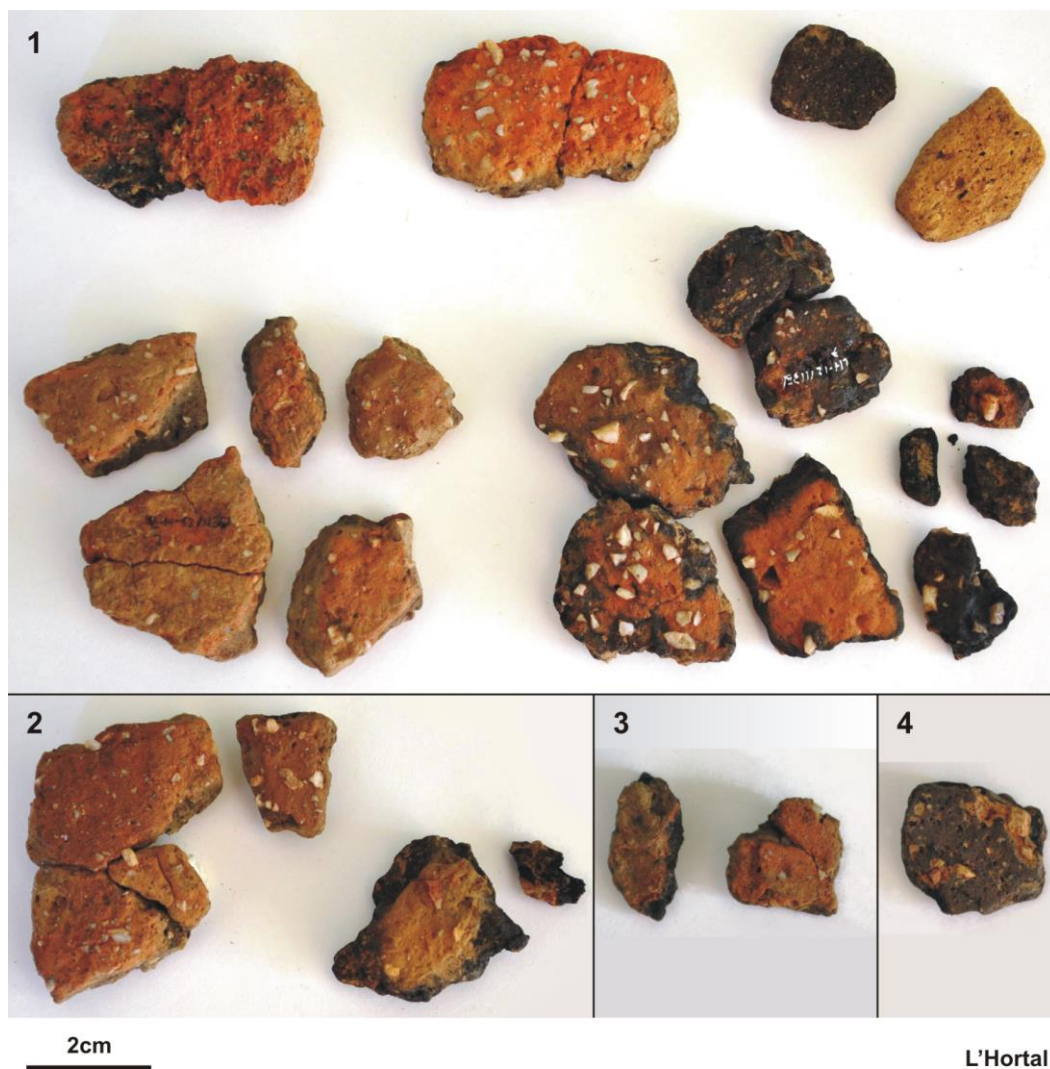
**Fig.7.22:** Matriz estratigráfica documentada en L'Hortal tras las excavaciones de 2011 y 2012.

Tras las interesantes informaciones recuperadas durante la campaña de 2010 en el cercano espacio de La Sierra, al año siguiente se planteó realizar otro sondeo en sus inmediaciones con unas motivaciones similares a las de aquél. A unas pocas decenas de metros y a una cota ligeramente inferior, aunque en una zona más resguardada de las inclemencias meteorológicas, se planteó un primer sondeo de 3x2 m. La corta secuencia, de apenas medio metro de potencia, da idea del protagonismo de los procesos erosivos en esta parcela, pues ofrece cierta inclinación hacia el Sur que habría facilitado el desarrollo de procesos de arrastre en ladera.

La estratigrafía resultante es muy simple, con una sucesión de niveles subactuales de aprovechamiento agrario en los que se identifican aportes de materiales modernos y contemporáneos. Estos se disponen directamente sobre un sustrato geo-

lógico que parece haber sido lavado en ciertos momentos, y en el que se reconocieron una serie de oquedades. La mayoría de ellas son resultado de procesos naturales, aunque alguna puede estar relacionada con estructuras negativas de factura antrópica. En una de éstas, la datación radiocarbónica de sendas muestras ofreció fechas encuadrables en el IV-III milenio cal a.C. A la vista de las alentadoras informaciones recuperadas en la primera campaña, en 2012 se continuó excavando en este sector, tras realizar una prospección con georradar que pretendía guiar la amplia-





**Fig.7.23:** Colección cerámica con probable filiación prehistórica recuperada en diferentes estratos de L'Hortal: 1. Nivel de uso agrario subactual UE 103 (=1135). 2. Relleno UE 1136 del silo UE 1137. 3. Relleno UE 1138 del silo UE 1139. 4. Relleno UE 105 –datado en el III milenio cal a.C.– del agujero de poste UE 106.

ción del área de excavación y maximizar de este modo los resultados esperables<sup>59</sup>. Así, se prolongó la trinchera del área original de excavación hasta alcanzar una longitud de 8 m, generando un quiebro al final de su recorrido con el objetivo de cotejar algunas anomalías reflejadas en las lecturas de georradar. El área de excavación resultante alcanza los 21 m<sup>2</sup> de superficie, describiendo una forma de “L”. Los resultados fueron igualmente interesantes, pues se detectaron nuevas oquedades sobre el sustrato basal, así como dos cortes de mayor tamaño y profundidad. Estas estructuras negativas son de hecho asimilables a silos de almacenamiento subterráneos que, lamentablemente, no han podido ser datados ante la ausencia en sus rellenos de materiales orgánicos.

<sup>5959</sup> La prospección por georradar fue realizada por el Centro de Asistencia a la Investigación Arqueometría y Análisis Arqueológico (C.A.I. AAA) de la Universidad Complutense de Madrid (CATANZARITI 2014).



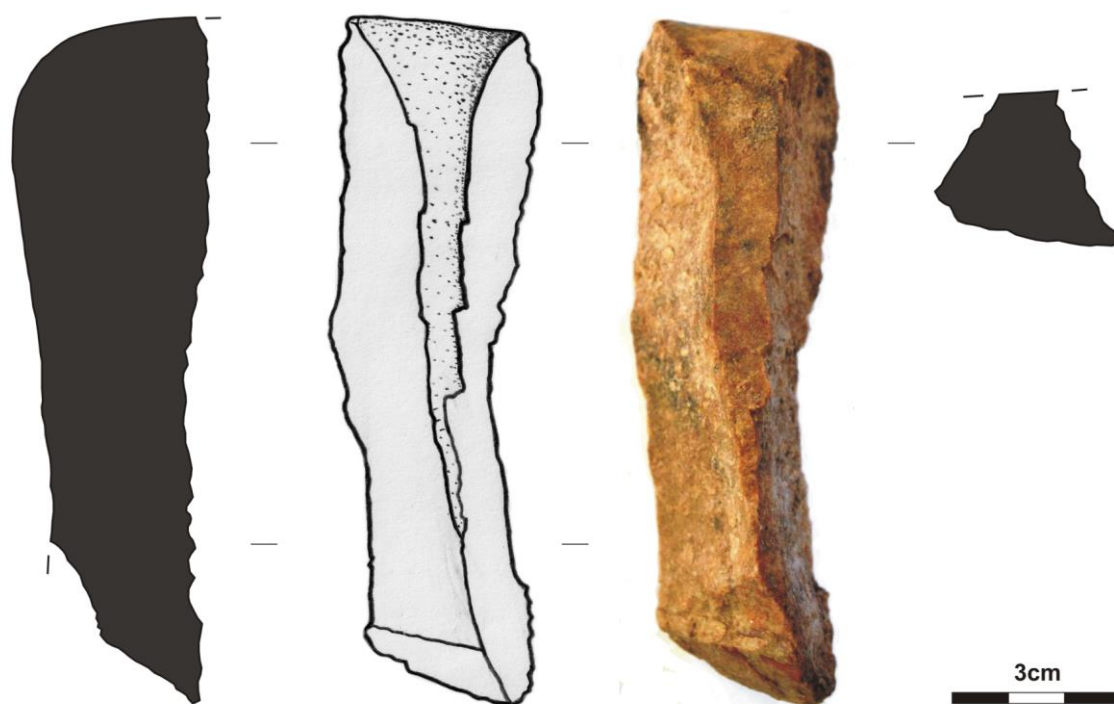


Fig. 7.24: Foto de elemento lítico pulimentado fracturado de la UE 1135.

Más en detalle, la secuencia en L'Hortal se inicia con dos niveles agrarios subactuales UEs 102 y 103 (equivalentes a las UEs 1134 y 1135 de la campaña de 2012) bajo la cubierta vegetal UE 101 (=UE 1133) (**Fig. 7.22**). Estos niveles contenían una cantidad destacada de materiales, con vidrio, cerámicas, lozas y materiales constructivos contemporáneos como elementos dominantes en el estrato UE 101, que también estaban presentes –con un protagonismo decreciente, eso sí– en los niveles subyacentes UEs 102 y 103. Esta observación apuntala la idea de que estos tres estratos sucesivos se corresponden con niveles severamente afectados por el laboreo agrícola subactual, que habría afectado la secuencia de L'Hortal hasta su nivel basal. De hecho, la escasa profundidad a la que aparece el horizonte C en esta secuencia, me lleva a considerar que la reja del arado habría arrasado por completo los niveles arqueológicos preexistentes, hasta decapar las arcillas naturales UE 104 (=1140). Sólo estructuras negativas excavadas –hoyos de poste o silos– en el nivel natural de arcillas se habrían conservado sin verse afectadas. En relación con los trabajos agrarios más recientes, también se identificó un gran hoyo UE 1141 de cronología contemporánea que afectaba la secuencia conservada hasta el nivel natural de arcillas 104.

Significativamente, el peso relativo de los materiales arqueológicos de cronología más reciente disminuye conforme descendemos en la secuencia, y en la UE 103 representan una clara minoría. En este estrato, el protagonismo lo acapara un lote de tres docenas de fragmentos cerámicos muy fracturados, de pequeño tamaño, aspecto tosco y hechos a mano que podrían adscribirse en un sentido genérico a cronologías prehistóricas (**Fig. 7.23: 1**). El alto grado de rodamiento de los materiales

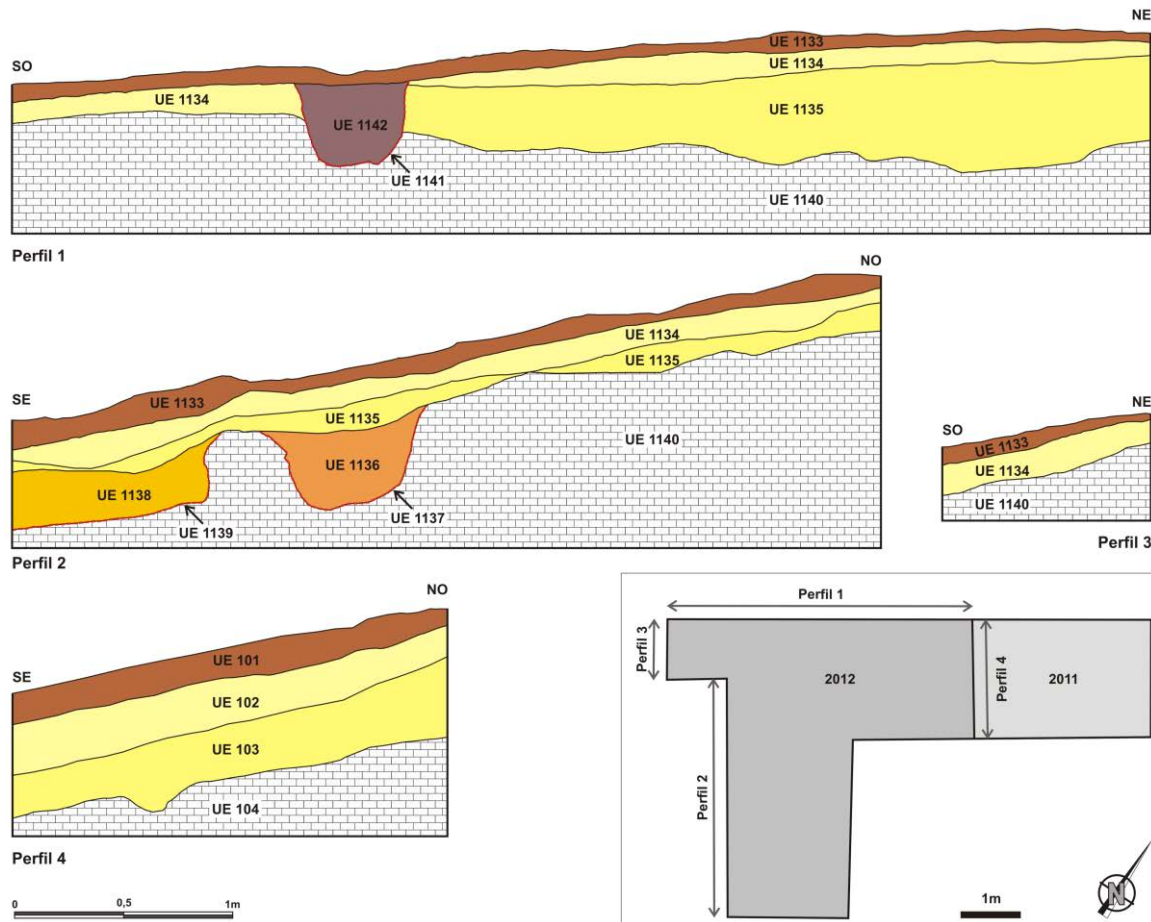


Fig.7.25: Perfiles documentados en L'Hortal durante las sucesivas campañas de 2011 y 2012.

indica que buena parte de ellos se encuentran aquí en posición secundaria como resultado de movimientos postdeposicionales diversos, ya fueran antrópicos, como las labores agrarias subactuales, o naturales, como los procesos erosivos en ladera. Los elementos recuperados formarían parte de al menos tres o cuatro cacharros diferentes. El examen de estas piezas denota unos rasgos formales similares, como su factura a mano o el empleo de desgrasantes minerales gruesos, aunque también se distinguen diversidad de pastas, diferentes grosores en las paredes o variedad en las condiciones atmosféricas en la cocción de los diversos recipientes. Es interesante constatar, asimismo, cómo este tipo de material cerámico presumiblemente neolítico no aparece en los estratos posteriores a la UE 103. En este nivel también se recuperó una pieza lítica fracturada que podría haber pertenecido a algún tipo de material lítico pulimentado, aunque sus dimensiones y la disposición de las fracturas impiden aseverarlo con total certeza (Fig.7.24).

Los niveles agrarios subactuales se superponen directamente al nivel de sustrato compuesto por arcillas (Fig.7.25). En este nivel basal se reconocieron un buen número de estructuras negativas de distintas dimensiones. Algunas de ellas pueden tener un origen natural, rellenas a su vez por materiales relacionados con la erosión de ladera que no se diferencian lo más mínimo de la UE 103. Estos hoyos presentan dimensiones variables, de entre 10 y 40 cm de diámetro, y profundidades



**Fig.7.26:** Vista general del sondeo abierto en L'Hortal durante la campaña de 2011, con el rosario de oquedades dispuestas sobre el nivel basal 104 (izquierda). Vista del hoyo UE 106, en cuyo relleno UE 106 –en proceso de excavación– se recuperaron dos carbones cuya datación sitúa esta estructura a caballo entre el IV y el III milenio cal a.C. (derecha).

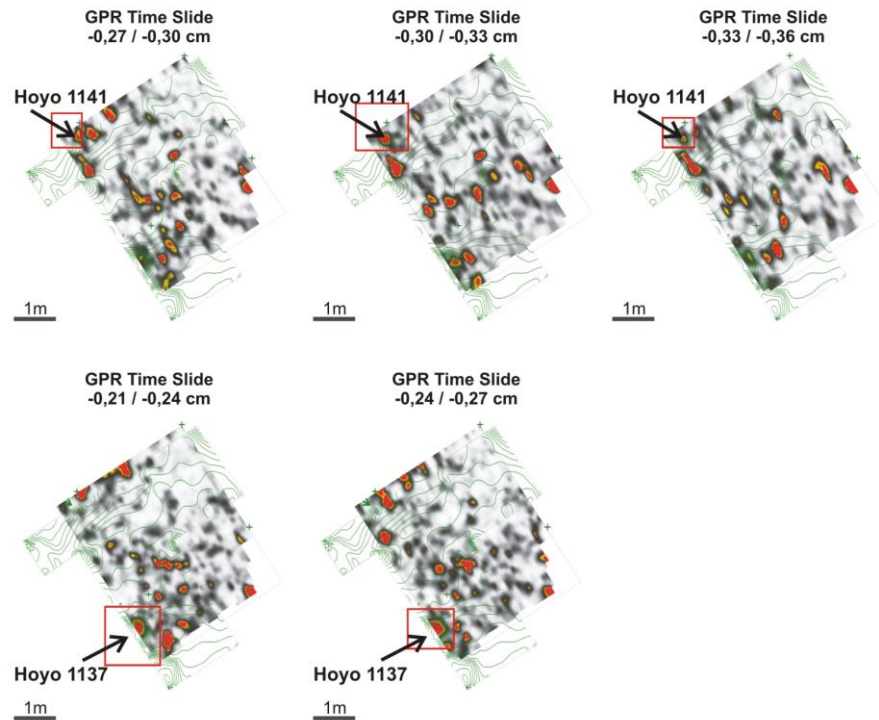
Código fecha	Sector	Fecha BP	Cal a.C.-d.C. (2 sigma)	Material datado	Contexto arqueológico
DSH3618	L'Hortal	4518 ± 53	3368-3084 cal a.C. (91,3%) 3066-3028 cal a.C. (4,1%)	Carbón	UE 105
DSH3619	L'Hortal	4350 ± 29	3081-3069 cal a.C. (2,5%) 3026-2901 cal a.C. (92,9%)	Carbón	UE 105

**Tabla 7.6:** Dataciones radiocarbónicas obtenidas en L'Hortal, calibradas mediante la versión online del software *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica *IntCal13* (REIMER *et al.* 2013).

mínimas, que en su mayoría no sobrepasan los 10 cm. Serían resultado los procesos erosivos en ladera, así como de procesos geológicos de solifluxión propios de las litologías calizas que componen el sustrato geológico de esta zona (**Fig.7.26**). Pero además de éstas, la unidad estratigráfica negativa UE 106 mostraba con mayor claridad su factura antrópica, relacionable con un agujero de poste, a la vista sobre todo de su mayor profundidad y de las características de la UE 105 que la rellenaba. En este estrato pudimos reconocer algunas piedras que funcionarían como los calzos que contribuían a la sustentación del poste. También se recuperó algún fragmento cerámico de filiación prehistórica (**Fig.7.23: 4**). El análisis radiométrico de dos carbones localizados en este relleno proporcionaría dos dataciones que nos llevan hasta un momento a caballo entre el IV y el III milenio cal a.C. (**Tabla 7.6**). Estas fechas son ligeramente anteriores a la datación obtenida en el probable nivel de uso agrario del cercano sondeo de La Sienra.

De cara a continuar excavando para la campaña prevista en verano de 2012, se realizó una prospección con georradar en este sector encaminada a detectar nuevas estructuras negativas excavadas en el sustrato basal de carácter arcilloso. Para ello, se empleó un aparato de georradar con antena monocal canal apantallada US-Radar de 500 MHz (CATANZARITI 2014: 3-4, 10) con el que se prospectó un área de 3x4,5 m al Suroeste del área excavada en 2011<sup>60</sup> mediante pasadas equidistantes cada 10 cm. Las imágenes resultantes, tras el correspondiente postprocesado de los datos, denunciaban la existencia de anomalías en el sustrato arcilloso que podrían

<sup>60</sup> El área prospectada en 2012 fue reducida, ya que el objetivo era únicamente valorar la validez de este método no invasivo para calibrar su aplicación extensiva en las campañas siguientes.



**Fig.7.27:** Mapas georradar en los que se distinguen las señales de amplitud negativa que caracterizan las unidades negativas UEs 1141 (arriba) y 1137 (abajo) a distintas profundidades.

corresponderse con estructuras negativas. Efectivamente, durante las excavaciones de la campaña de 2012 documentaríamos dos unidades negativas, UEs 1137 y 1141 que habrían estado ya reflejadas en las lecturas de georradar (CATANZARITI 2014: 14-18) (**Fig.7.27**).

La ampliación del área de excavación en 2012 mediante trincheras exploratorias permitió reconocer una secuencia análoga a la de la campaña anterior, con una novedad interesante. De nuevo se documentaban cortes en las arcillas basales, cuyas dimensiones y morfología no dejaban duda sobre su carácter antrópico. Se trata de dos hoyos UEs 1137 y 1139 de dimensiones amplias –aunque no se reconoció su planta al completo al aparecer pegados al límite del área de excavación– cuyas características invitan a considerar una función de estructuras subterráneas de almacenaje o silos (**Fig.7.28**). Como resultado de los procesos erosivos en ladera, así como de las labores agrarias desarrolladas en la parcela, las estructuras y sus rellenos UEs 1136 y 1138, respectivamente, aparecieron decapados, conservando únicamente los 40 cm más profundos de sus dimensiones originales. El sedimento de los rellenos de ambas estructuras subterráneas fue recogido en su totalidad y sometido a flotación, aunque lamentablemente esta labor no derivó en la obtención de semillas o carbones<sup>61</sup>, lo que ha imposibilitado de paso la datación radiocarbónica de dichas estructuras. En cuanto a los materiales arqueológicos recuperados, en ambos hoyos se recogieron cerámicas fragmentadas de apariencia similar a la identificada en el resto

<sup>61</sup> Esta tarea fue realizada por el equipo que coordina Leonor Peña Chocarro en el seno del Grupo de Investigación en Arqueobiología del CCHS-CSIC.





**Fig.7.28:** La ampliación de 2012 en L'Hortal siguiendo las lecturas de la prospección por georradar desveló la existencia de dos estructuras subterráneas de almacenamiento cuya cronología no ha podido ser clarificada, aunque se asocian a materiales cerámicos probablemente neolíticos (arriba). Vista en detalle de los silos UE 1139 (abajo, izquierda) y UE 1137 (abajo, derecha).

del sector (**Fig.7.23: 2-3**). No obstante, estos elementos recuperados en los rellenos de los silos presentan quizá un menor grado de rodamiento, lo que es buena muestra del alcance de las labores de arado que habrían afectado a las piezas recuperadas en la UE 103.

Los datos recogidos durante las campañas de 2011 y 2012 en L'Hortal permiten constatar la existencia en este sector de actividades humanas durante el Neolítico. Nos encontraríamos ante un uso ligeramente anterior en el tiempo a la fecha en la que se podría encuadrar el horizonte agrario de la UE 010 del sondeo de La Sienra. En este caso, llama la atención la cantidad de fragmentos de cerámica prehistórica recuperados, que sobresalen en relación, no ya con el referido sector de La Sienra, sino también respecto al más claro contexto doméstico de Las Corvas. Este hecho, unido a la presencia de dos estructuras asimilables a silos de almacenamiento de cronología no precisada y de un agujero de poste datado en el cambio entre el IV y el III milenio cal a.C. pone en valor el interés de este espacio, pues constituye junto a

Las Corvas un escenario arqueológico inédito hasta el momento en la investigación de la Prehistoria reciente en el Occidente Cantábrico. La naturaleza de los restos aquí identificados me lleva a considerar la existencia horizontes de ocupación de carácter doméstico en las inmediaciones. No obstante, las afecciones derivadas de las labores agrarias subactuales, así como la escasa amplitud del área de excavación no permiten reconocer la naturaleza ni el formato de dicha ocupación.

Si consideramos en conjunto la excavación de L'Hortal y el cercano sondeo de La Sienra, podemos vislumbrar cómo este espacio privilegiado para las actividades agrarias de la actual aldea de Vigaña habría estado ocupado durante el Neolítico aprovechando estas potencialidades. Por un lado, nos encontramos con la UE 010 de La Sienra como un posible campo de cultivo neolítico, al tiempo que en L'Hortal se constatan ciertas evidencias estructurales y materiales vinculables con una ocupación más que puntual de este espacio. Por ello, no resulta descabellado contemplar la existencia en este lugar de un asentamiento dedicado al aprovechamiento agrario del entorno. No obstante, esta hipótesis debe aún ser tomada con relativa prudencia, pues carecemos de evidencias materiales rotundas para esa ocupación. Sea como fuere, el espacio considerado reúne ciertas condiciones locacionales que resultan propicias para atraer el establecimiento de algún grupo nómada del Neolítico en el marco de su régimen de vida itinerante por estas montañas.

#### 7.1.4. Los pastizales de altura

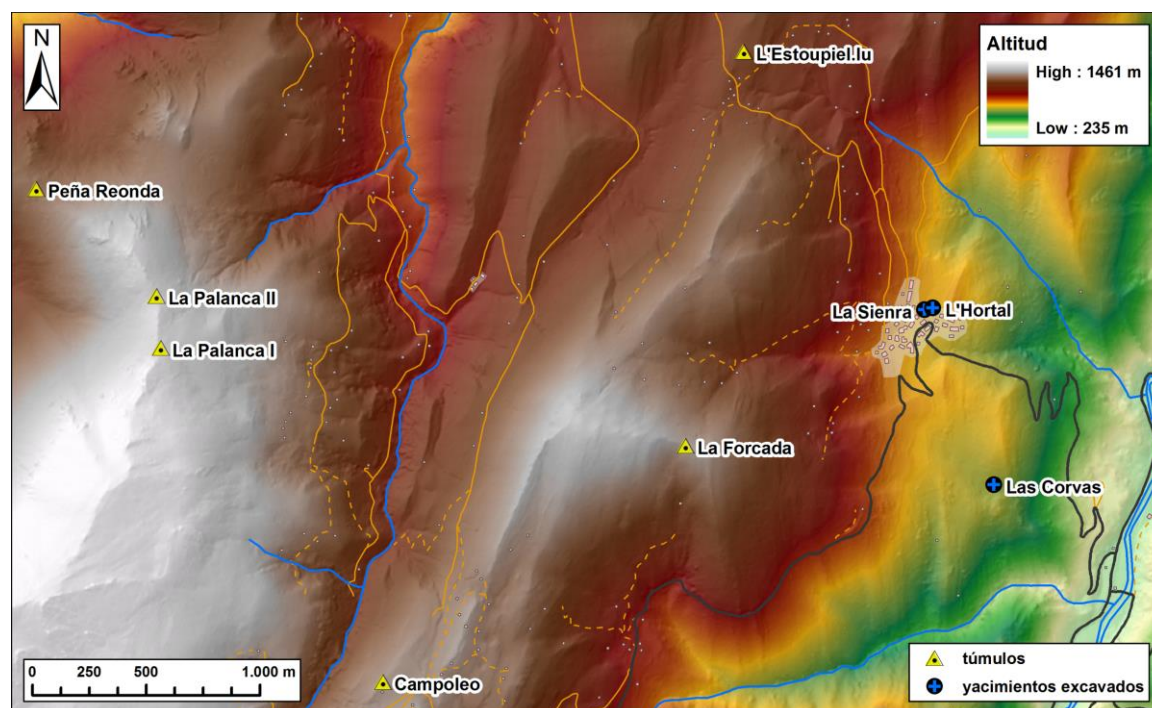
155

Nadie pone en duda la importancia del aprovechamiento ganadero de los pastizales de altura en los modelos de subsistencia de las comunidades campesinas que han poblado estas montañas a lo largo de los tiempos. Las evidencias arqueológicas, los estudios paleoambientales y los relatos históricos y etnográficos señalan el papel central de estos ámbitos altimontanos en las formas de producción de los distintos períodos históricos. Por ello, en un estudio de caso a escala micro de los paisajes neolíticos del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica resulta obligatorio detener la mirada en los amplios pastizales de sus cumbres, y tratar de comprender su relevancia en la cotidianeidad de las gentes que los frecuentaron tras el desarrollo de las fórmulas de producción de alimentos.

Como anticipaba en el capítulo de metodología referente a la prospección arqueológica<sup>62</sup>, tal objetivo encuentra una serie de obstáculos importantes, derivados de las limitaciones del registro, así como de los propios condicionantes geográficos y ambientales que dificultan la realización en estos espacios de prospecciones arqueológicas con metodologías convencionales. Por ello, los planteamientos previos a la realización de dicho trabajo han de partir necesariamente de la consideración de todo tipo de fuentes y estímulos que maximicen los resultados potenciales de la investigación. Así, el conocimiento etnográfico de los modos tradicionales de pastoreo

<sup>62</sup> Ver epígrafe «5.2. Prospección arqueológica».





**Fig.7.29:** Plano del área de estudio a escala micro con la localización de los túmulos de La Chalga, La Forcada, Campoleo, La Palanca I, La Palanca II y Peña Reonda, así como los sectores con ocupaciones neolíticas de La Sierra, L'Hortal y Las Corvas en las inmediaciones de Vigaña.

en estas montañas, así como el establecimiento de lecturas regresivas del paisaje, han sido referentes clave en el planteamiento de los trabajos realizados en los pastizales de altura de las sierras que se elevan por encima de Vigaña (GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016).

Al volver la mirada hacia los pastizales de altura en busca de la presencia humana durante la Prehistoria reciente, las manifestaciones megalíticas ofrecen los rastros arqueológicos más evidentes que nos podemos encontrar en estas zonas. Estos elementos presentan una cronología amplia en el área cantábrica, de más de tres milenios (V-II milenio cal a.C.), entre el Neolítico y la Edad del Bronce (ARIAS CABAL *et al.* 2006; DE BLAS CORTINA 2008a, 2008c, 2008d; GONZÁLEZ MORALES 2012; MARÍN SUÁREZ 2011a; TEIRA MAYOLINI 1994). Como no podía ser de otra forma, los espacios de pastos de Vigaña no escapan a tal situación, y en ellos se documenta la presencia de varios megalitos en localizaciones habituales para este tipo de hitos monumentales. Los ejemplos identificados son los túmulos de La Chalga, La Forcada, Campoleo, La Palanca I, La Palanca II y Peña Reonda (**Fig.7.29**). Mientras los dos primeros permanecían inéditos, los cuatro restantes están incluidos en el Inventario del Patrimonio Cultural de Asturias del municipio de Miranda con las fichas números 45, 50, 51 y 52, respectivamente (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997)<sup>63</sup>.

<sup>63</sup> El listado de bienes arqueológicos incluidos en el Inventario del Patrimonio Cultural de Asturias del concejo de Miranda ha sido publicitado por Resolución de 23 de diciembre de 2013, de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias, consultable en el *Boletín Oficial del Principado de Asturias*, núm. 18, de 23 de enero de 2014.



Fig.7.30: Vista del túmulo de La Forcada.

A falta de disponer de secuencias arqueológicas que permitan aquilatar la biografía particular de cada uno de estos monumentos, me veo obligado a manejar una cronología abierta en su consideración para el caso de estudio. Con este límite de partida a la vista, y a expensas de poder efectuar excavaciones arqueológicas que concreten la antigüedad de estos elementos, reduciré mis análisis a considerar desde una perspectiva genérica el papel de estos hitos en el territorio a partir de su lógica locacional. En ningún caso pretendo dar por hecha una u otra cronología, aunque asumo como muy probable que alguno de estos monumentos efectivamente se corresponda al período neolítico<sup>64</sup>. Sólo así podré poner en juego modelos territoriales completos para analizar la cotidianeidad de las comunidades neolíticas que poblaron el territorio del caso de estudio, tal y como hemos visto en los sectores previamente descritos del entorno inmediato de Vigaña, con el objetivo último de plantear hipótesis con las que enriquecer la discusión general del trabajo.

El túmulo de La Chalga se sitúa en la cresta de la elevación de la Sierra d'Arcéu, en el espacio de pastos comunales de L'Estoupiellu. El monumento está formado por una gran masa tumular de composición fundamentalmente terrera con unos 14 m de diámetro y unos 5 m de altura máxima conservada. En su parte central se conserva un hoyo de expolio en el que no se observan elementos pétreos atribuibles a una cámara ortostática. Desde esta posición, el monumento constituye un hito bien visible desde buena parte de las zonas de pasto de su entorno, como el actual comunal de L'Estoupiellu, donde se abre el collado que da paso a este espacio de altura desde la aldea de Vigaña, o La Pradera'l Turón, ocupada en la actualidad por prados cercados.

<sup>64</sup> Asunción que retomaré, de nuevo obligado por las limitaciones del registro, en el capítulo correspondiente a la Edad del Bronce.

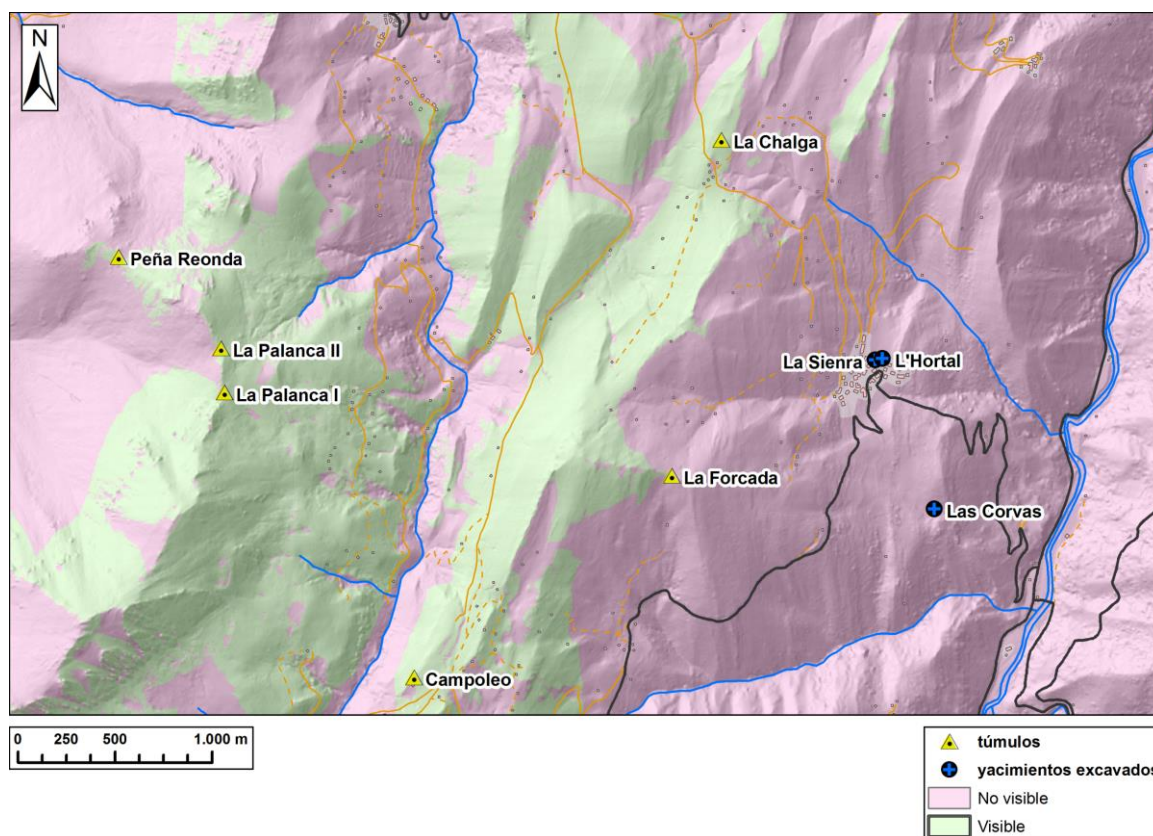
El túmulo de La Forcada es un elemento mucho más discreto que el ejemplo anterior. Está formado por un pequeño amontonamiento terrero de unos 8-10 m de diámetro y no más de 0,5 m de altura (**Fig.7.30**). Se encuentra bastante alterado por la erosión y un gran hoyo de expolio en su espacio central. La localización de este elemento es relativamente singular en el estudio de caso a escala micro, pues se sitúa sobre un pequeño collado a 1.049 msnm que une la línea de cumbres principal de la Sierra d'Arcéu desde el Pico'l Cuorno (1.133 msnm) con una pequeña elevación en espolón que cuelga sobre la aldea de Vigaña. Las pendientes de su entorno son acusadas, por lo que la movilidad a través de estas laderas no parece que pudiese determinar la existencia de caminos principales. No obstante, su posición destacada sobre el valle del río Pigüña le otorga una amplísima visibilidad sobre la ladera occidental de las sierras situadas por encima de las localidades de Ondes y Samartín d'Ondes, por donde discurre la vía histórica del Camín Real de La Mesa, cuyo recorrido se encuentra jalonado por una alta concentración de túmulos.

El túmulo de Campoleo o del Prao Llongu se encuentra en una zona de pastizales aprovechada en la actualidad por los vecinos de la aldea de Cigüedres. Se localiza a 1.030 msnm en una zona de prados cercados de la Sierra de Quintanal. Está formado por una acumulación de piedras de pequeño tamaño y tierra que no destaca en exceso de su entorno, con un diámetro genérico de unos 20 m y una altura conservada de no más de 0,5 m. Muestra un hoyo central en el que no se observa la presencia de ortostatos (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº45). Su posición en una amplia campera no lo confiere demasiada altura relativa sobre su entorno, aunque controla visualmente las principales elevaciones de los alrededores, como el Pico'l Cuorno o la falda de Peña Manteiga.

El Collado de La Palanca se sitúa a 1.148 msnm en las estribaciones septentrionales de la línea de cumbres de Peña Manteiga. En este entorno más bien accidentado, cubierto en la actualidad por monte bajo extremadamente intrincado, este collado ofrece una silueta fácilmente reconocible, abierto entre dos peñascos destacados que alcanzan los 1.236 y los 1.174 msnm. A ambos lados de esta ventana se localizan sendos túmulos denominados La Palanca I (al sur) y La Palanca II (al norte). El primero de ellos conserva una masa tumular de unos 7-8 m de diámetro y poco más de 0,5 m de altura con una depresión central relacionable con un hoyo de expolio (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº50). El segundo elemento tiene un diámetro de unos 10 m y una altura de 0,5 m (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº51). Desde sus respectivas posiciones, los túmulos obtienen una amplia visibilidad sobre los pastizales de su entorno. De hecho, al analizar este parámetro en conjunto junto a los restantes monumentos englobados en el área de estudio a escala micro, la visibilidad acumulada denota la importancia de su posición en relación con las zonas óptimas para su aprovechamiento pastoril (**Fig.7.31**).

El último túmulo documentado hasta el momento en el estudio de caso es el de Peña Reonda, situado en el collado homónimo a 988 msnm, en las estribaciones septentrionales de Peña Manteiga (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº52). Este elemento

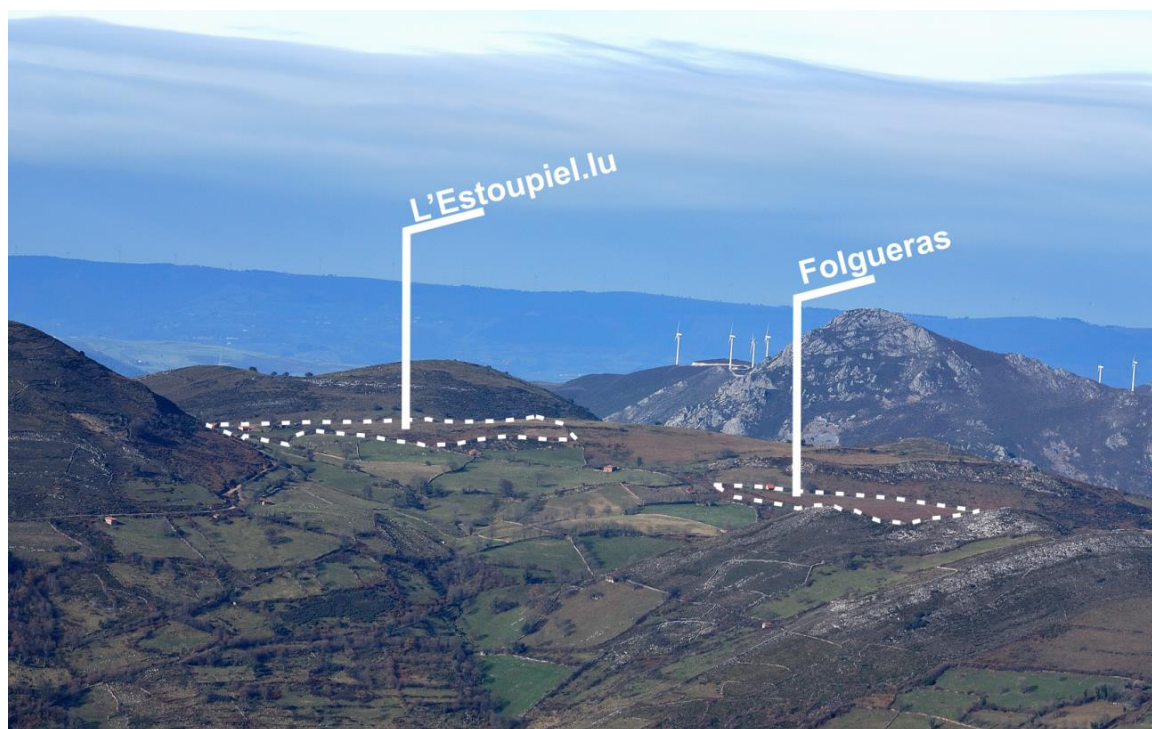




**Fig.7.31:** Estudio de la visibilidad acumulada a partir de los seis monumentos tumulares identificados en el área de estudio a escala micro.

está localizado en un lugar próximo a los de La Palanca, compartiendo una posición semejante en un collado rodeado de peñascos escarpados y pendientes acusadas ocupadas en la actualidad por monte bajo. Presenta una masa tumular compuesta notoria formada por tierra y bloques de cuarcita con un diámetro de entre 11 y 12 m y un altura conservada de entre 0,5 y 1 m. En su zona central existe un hoyo de expolio en el que asoma un bloque pétreo que podría relacionarse con una cámara ortostática.

Más allá de los monumentos megalíticos, las actividades humanas en los espacios altimontanos habrían dejado otro tipo de restos materiales, aunque su naturaleza y las propias características físicas y ambientales de las montañas cantábricas dificultan su reconocimiento. En relación con las actividades pastoriles, es presumible si atendemos a referentes etnográficos o etnoarqueológicos locales (GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016) o lejanos (CRIBB 1991; KHAZANOV 1994; YAKAR 2000) que las personas encargadas de estas tareas contasen durante el Neolítico con establecimientos temporales en los que pernoctarían y desde los que organizarían sus actividades diarias. No obstante, su predecible condición temporal, la baja densidad de sus ocupaciones y el empleo de técnicas constructivas simples generan que este tipo de asentamientos pastoriles sean prácticamente imperceptibles en el registro arqueológico conservado. En muchos casos, su previsible localización en lugares reutilizados con las mismas funciones en épocas subsiguientes hace que las evidencias más antiguas sufran las alteraciones producidas por las ocupaciones más recientes.

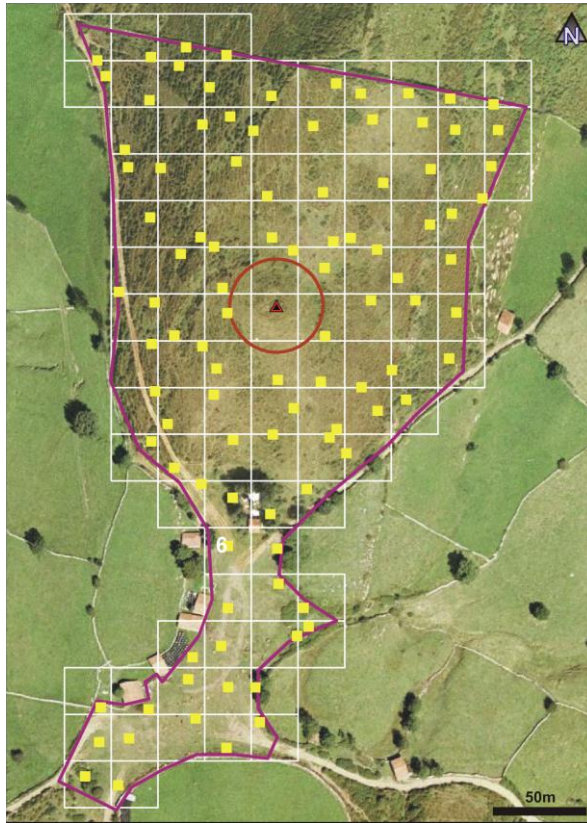


**Fig.7.32:** Los espacios comunales de Folgueras y L'Estoupiel.lu fueron los lugares seleccionados para plantear la realización de prospecciones con levantamiento del tapiz vegetal. En la imagen, indicación de su localización sobre fotografía tomada desde El Colláu Valbona, en El Cordal de La Mesa.

En este sentido, a nadie se le escapa la frecuente relación entre túmulos prehistóricos y brañas de pastores subactuales –como sin ir más lejos se vislumbra en el caso de estudio con los monumentos de La Chalga y Campoleo–. Los mismos espacios resguardados de los vientos dominantes, con visuales amplias de los principales espacios de pastizales, cerca de vías cómodas que comuniquen los espacios de pastos con las zonas bajas de los valles o en proximidad a fuentes y corrientes de agua fresca aúnan ventajas que llamarían la atención de los grupos pastores en épocas diferentes. Por ello, creo que la utilización de estímulos y referentes etnográficos locales como factores para obtener modelos predictivos que localicen establecimientos pastoriles pretéritos es un procedimiento altamente útil, con experiencias ilustrativas en este sentido en espacios montañosos como la vertiente italiana de los Alpes (CARRER 2013b).

A la vista de las anteriores consideraciones, resulta probable llegar a asumir que esos asentamientos pastoriles del Neolítico se emplazarían en las inmediaciones de algunos conjuntos tumulares (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2010), funcionando conforme a lógicas locacionales conjuntas –tal y como ha sido propuesto con solvencia para ciertas sierras gallegas (CRIADO BOADO *et al.* 2000a; CRIADO BOADO y MAÑANA BORRAZÁS 2003; VILLOCH VÁZQUEZ 2001)–; y que concordarían también en algunos casos con los patrones de aprovechamiento ganadero de las montañas cantábricas por parte de las comunidades preindustriales subactuales. En esta dirección, algunas investigaciones pioneras desarrolladas en el área central de la Cordillera Cantábrica han detectado efectivamente estructuras habitacionales en altura –muy probablemente





**Fig.7.33:** Plan inicialmente previsto para la prospección con levantamiento del tapiz vegetal en el espacio comunal de L'Estoupiellu en los puntos generados aleatoriamente dentro de cuadrículas de 25 m de lado. El entorno del monumento megalítico de La Chalba (triángulo) fue respetado, evitando realizar sondeos en un radio de 25 m.

estacionales– datadas en el Neolítico, como el asentamiento localizado en el entorno de Peña Oviedo, en la comarca de Liébana (Cantabria) (DÍEZ CASTILLO 1995, 1996-1997, 2008). Como muestra de la dificultad de documentar estas esquivas evidencias para este período tan distante, debemos recordar que al prospeccionar los pastizales de altura de las montañas cantábricas muchas veces resulta complicado dar con establecimientos ganaderos abandonados hace tan sólo un par de siglos (LÓPEZ GÓMEZ *et al.* en prensa), pues sus características constructivas y las condiciones ambientales de esta tierra rápidamente conducen a la amortización e invisibilización de su rastro material.

Además de los monumentos megalíticos y los asentamientos pastoriles estacionales, los pastizales de altura también contienen otras evidencias aún más difíciles de documentar, como son los conjuntos de materiales recupera-

dos en superficie. Se trata de asociaciones de elementos, fundamentalmente líticos, que en ocasiones se recogen en sierras y espacios de montaña como señales de la realización de ciertas actividades *off-site* por parte de los grupos prehistóricos. En ocasiones, los materiales son detectados en collados o en la cuerda de las sierras donde las condiciones de visibilidad del terreno así lo permiten –camino, torrenteras o cortafuegos, por ejemplo–, y otras veces aparecen en entornos de necrópolis tumulares en las que se han desarrollado intervenciones más allá de los límites estrictos de las corazas tumulares (DE BLAS CORTINA 1996).

Ante el objetivo de comprender los patrones de aprovechamiento de los pastizales de altura en el caso de estudio, no bastaba con manejar las pistas proporcionadas por los megalitos proyectando su distribución sobre un mapa mudo. Se hacía necesario además aplicar métodos capaces de detectar evidencias materiales en superficie o estructuras amortizadas, como las que aparecen dispersas en otros puntos de la Cordillera Cantábrica. Para ello, se debían superar problemas como la baja visibilidad de la exuberante cubierta vegetal presente en los pastizales de estas montañas, de cara a realizar prospecciones arqueológicas con una mínima esperanza de éxito. En esta dirección, seleccioné los espacios comunales de L'Estoupiellu y Folgueras, en Vigaña (**Fig.7.32**), para poner en marcha durante el verano de 2011 una



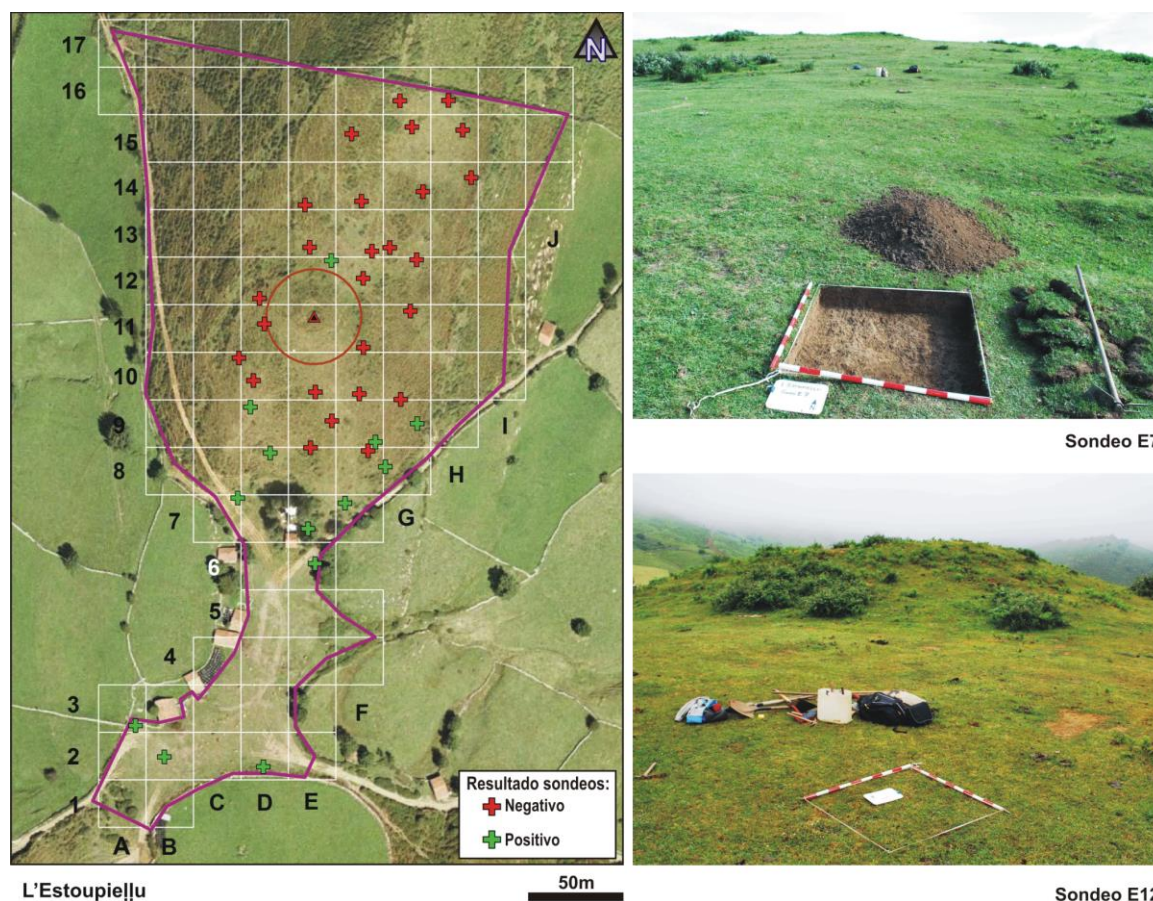


**Fig.7.34:** Folgueras es un espacio comunal donde pastan los rebaños de ganado vacuno y caballar de Vigaña y la vecina aldea de Faidiello (izquierda) y constituye uno de los espacios donde realizamos labores de prospección mediante el levantamiento del tapiz vegetal (derecha).

estrategia experimental de prospección mediante la realización de pequeños sondeos con el levantamiento de la cubierta vegetal. Con ese objetivo, se estableció una malla virtual de cuadrículas con 25 m de lado en las que se obtuvieron puntos aleatorios mediante un sistema automatizado de muestro estratificado<sup>65</sup> (**Fig.7.33**). En cada uno de estos puntos fueron delimitados sondeos de 1x1 m en los que retiramos manualmente la capa vegetal con el objetivo de recuperar materiales muebles no visibles en superficie, deteniéndonos al agotar el horizonte A del terreno. Para su diseño se atendió a una serie de referentes puestos en práctica en algunas experiencias prospectoras previas en diferentes territorios (GARCÍA PUCHOL *et al.* 2010; McMANAMON 1984; RICHARDS 2008: 557; VAN DER VELDE 2001).

Folgueras es una campera amplia y llana de pastos comunales que en la actualidad están aprovechados estacionalmente por los rebaños vacunos y caballares procedentes de Vigaña y la vecina aldea de Faidiello (Miranda). Este espacio se encuentra a unos 820-850 msnm y en su extremo meridional se localiza una cabaña de monte actualmente en uso. En su entorno, se sitúan más construcciones de este tipo dentro de prados cercados de aprovechamiento y propiedad particular que son destinados a la producción de hierba seca durante el verano (**Fig.7.34**). También se identifican los restos fosilizados de estructuras agrarias para la delimitación de espacios de cultivo en el monte o *cavaos*, en los que se plantaba esporádicamente cultivos como el centeno (FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 363). En esta área se realizaron nueve sondeos que arrojaron unos resultados limitados, pues únicamente fueron recuperados materiales arqueológicos contemporáneos –teja fundamentalmente– en los sondeos A1, A2, A3, B2, B3 y C3, pero nada que nos llevase a los momentos más tempranos del aprovechamiento ganadero de este espacio.

<sup>65</sup> Se utilizó para ello el paquete de herramientas *Hawths Tools* en el programa *ESRI ArcGIS 9.3*.

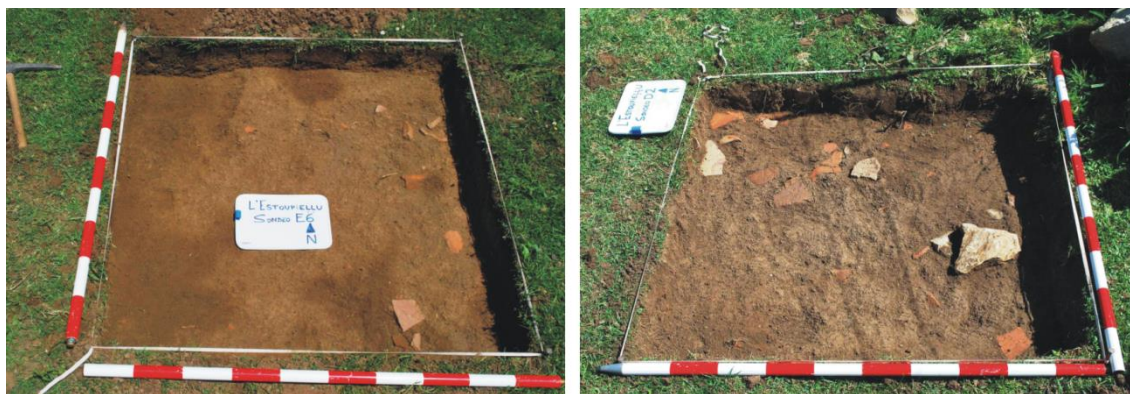


**Fig.7.35:** Resultados positivos/negativos de los sondeos realizados en el polígono de prospección correspondiente al espacio comunal de L'Estoupiellu y vista en detalle de los sondeos E7 y E12 en los que se recuperaron piezas líticas relacionadas, probablemente, con los grupos que construyeron monumentos megalíticos como el de La Chalga, al fondo en ambas fotografías.

Por su parte, el área de L'Estoupiellu se sitúa a unos 875-900 msnm y aquí los resultados revistieron de un mayor interés. Este espacio comunal está aprovechado en la actualidad por los vecinos de Vigaña como espacio de pastos y braña. En él se localizan cuatro cabañas, tres de las cuales siguen en uso y en perfecto estado de conservación, mientras una cuarta permanece abandonada. Como nota interesante, esta braña acoge en las inmediaciones de las cabañas localizadas en la parte baja de L'Estoupiellu una romería a mediados del mes de agosto a la que acuden los vecinos de las aldeas próximas en las diferentes vertientes de la Sierra d'Arcéu, que nos invita a pensar en la centralidad de este espacio para las comunidades que pueblan estas montañas en la actualidad. Más allá de estas apreciaciones, el interés de este sector crece al considerar que la braña aparece en todo momento dominada visualmente por la imponente masa tumular de La Chalga, monumento que se localiza en la parte alta de este espacio comunal.

A la vista de la potencialidad de este espacio, y pese a las evidentes afecciones del registro producidas por las modificaciones recientes de su intensa y continuada ocupación en los últimos tiempos, se realizaron un total de 39 sondeos valorativos, de los cuales trece aportaron materiales arqueológicos (**Fig.7.35**). De entre los 153 materiales arqueológicos recuperados, sobresalen los elementos constructivos, ma-





**Fig.7.36:** Sondeo E6 en las inmediaciones de la tejera localizada en el extremo Sureste del polígono de prospección de L'Estoupiellu en el que aparecieron abundantes fragmentos de tejas (izquierda). Sondeo D2 en el área donde actualmente se sitúan las cabañas que constituyen otro foco destacado para la aparición de restos constructivos subactuales (derecha).



**Fig.7.37:** En el sondeo E12 pudimos observar la aparición de una fina capa de arcilla rubefactada directamente sobre el horizonte C con la presencia de escasos y pequeños carbones.

yoritariamente tejas curvas procedentes de los restos de una tejera de cronología moderna/contemporánea documentada en el extremo Sureste del polígono de prospección (cuadrículas E4-E5-F4-F5). Es notable la cantidad de materiales recuperados en sondeos practicados en sus inmediaciones, como el cuadro E6 (65 fragmentos de teja), o en los realizados cerca de las actuales cabañas, como los cuadros D2 (61 fragmentos de teja y 1 fragmento de vidrio) y A3 (11 fragmentos de teja, 1 clavo de hierro y 1 pieza cerámica moderna) (**Fig.7.36**).

También destacan por su singularidad los materiales líticos VIG/11/EST/501/2 (sondeo E7); VIG/11/EST/501/5 (Sondeo D9); VIG/11/EST/501/7 (Sondeo E12). Se trata de pequeñas piezas de sílex, restos de talla o de descortezado de núcleos que, presumiblemente, habría que relacionar con las actividades de las comunidades constructoras de megalitos que frecuentarían estos espacios serranos al menos desde el Neolítico. A pesar de recuperar estos ma-

teriales, en ninguno de los sondeos se documentaron evidencias estructurales que pudieran indicar asentamientos antiguos. Igualmente, algunos sondeos ofrecieron evidencias sugerentes, como restos de rubefacción y alteraciones del sustrato arcilloso reconocidas en algunos sondeos –como el E12 (**Fig.7.37**)– realizados en la parte más alta del espacio de L’Estoupiellu. Estas trazas podrían quizá relacionarse con los procesos de apertura de estos pastizales, aunque lamentablemente en ningún caso recuperamos concentraciones suficientes de materia orgánica para obtener dataciones por radiocarbono.

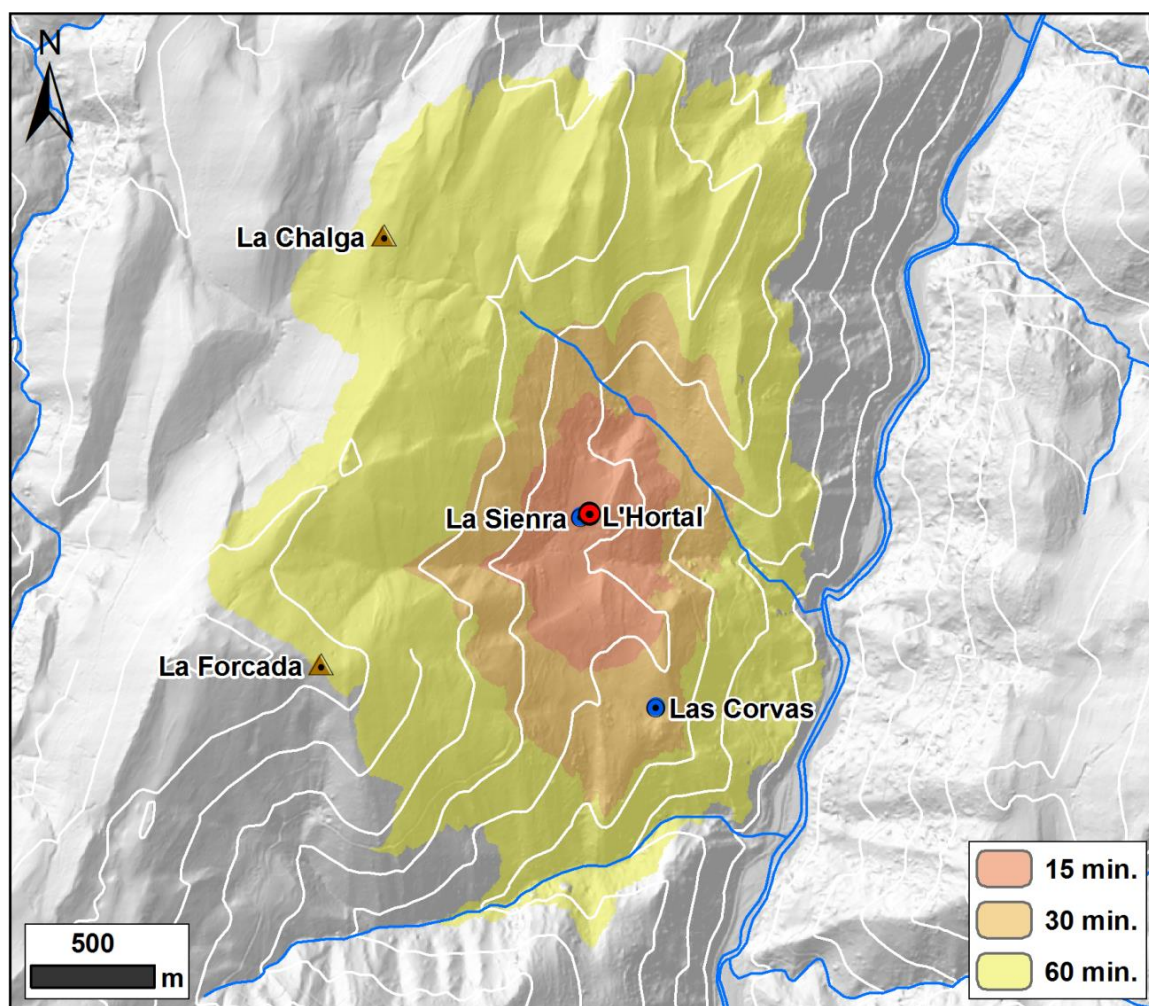
La experiencia de prospección en L’Estoupiellu y Folgueras fue positiva. Más allá de los discretos resultados obtenidos, su desarrollo ayudó a calibrar la idoneidad del método de trabajo allí desplegado, señalando sus carencias y apuntando hacia posibles vías de solución que puedan maximizar los resultados obtenidos en futuras aplicaciones prácticas de este método de prospección. Fundamentalmente, sería necesario establecer correcciones en la densidad del muestreo que tuviesen en consideración la presencia de ciertos elementos antrópicos conocidos, así como descartar áreas de fuertes pendientes o de acusado tránsito contemporáneo. En cuanto a los resultados del caso de estudio, cabe apuntar hacia la fuerte presencia y acción antrópica que los grupos campesinos subactuales han ejercido sobre este espacio de braña, presumiblemente alterando y borrando las huellas de la presencia antrópica más antigua. Así y todo, la ineludible presencia del túmulo megalítico de La Chalga y los escasos pero significativos restos líticos recuperados en la prospección ayudan a valorar el protagonismo de las comunidades prehistóricas en la primera frecuentación y aprovechamiento de estos espacios altimontanos.

### 7.1.5. Síntesis

Tal y como he presentado hasta el momento, en el transcurso de los trabajos arqueológicos desarrollados durante los últimos años en el entorno de la aldea de Vigaña (Miranda, Asturias) se ha hecho acopio de informaciones diversas relacionadas con el poblamiento neolítico de este espacio durante diferentes momentos del IV-III milenio cal a.C. Así, se han recuperado evidencias directas de estructuras domésticas en el sector de Las Corvas, además de pruebas más discretas de ocupaciones en el entorno de L’Hortal. También se ha identificado un probable nivel de uso agrícola en la secuencia estratigráfica documentada en La Sienra. Por último, en el transcurso de las prospecciones realizadas en los pastizales de altura del territorio de Vigaña se han detectado monumentos megalíticos y hallazgos materiales en superficie que proporcionan pistas sobre la configuración de los usos pastoriles de estos ámbitos serranos a partir del Neolítico.

Al examinar las piezas de información arqueológica recuperadas en el caso de estudio, resulta posible trazar una imagen general de las formas de vida de quienes iniciaron en Vigaña la antropización de este territorio de montaña a partir del Neolítico. Pese a las carencias para completar el puzle, trataré de conformar una hipótesis





**Fig.7.38:** Estudio de accesibilidad hacia el entorno desde el sector de L'Hortal, con la representación de las isocronas de 15, 30 y 60 minutos. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].

interpretativa general sobre los procesos sociales y culturales que se desencadenaron en estas montañas durante el IV y el III milenio cal a.C., en contraste con las reflexiones realizadas en las escalas superiores de análisis (*vid infra*). Soy consciente en este punto de los problemas que se derivan de manejar en conjunto evidencias e informaciones no estrictamente sincrónicas para el caso de Vigaña. De hecho, media casi un milenio entre los horizontes más antiguos documentados en Las Corvas y la fecha más reciente asociada con las evidencias neolíticas recuperadas en L'Hortal. Más aún, en la formulación de mis propuestas manejaré evidencias cuya cronología no ha sido del todo clarificada, como en el caso de los megalitos o los materiales líticos identificados en los pastizales de altura. Sin embargo, apuesto por tomar este camino –mientras no dispongamos de evidencias más completas– como única vía para abordar algunas de las preguntas que dieron inicio a esta investigación, que a su vez permitirán a nuestra disciplina profundizar en los debates y depurar los interrogantes que definirán futuros proyectos.

Si contemplamos por separado todas las informaciones obtenidas en cada sector, constituyen en la mayor parte de los casos evidencias tenues muy poco ex-

presivas sobre las formas de vida de los primeros grupos productores de alimentos que frecuentaron el actual territorio de Vigaña. No obstante, el examen en conjunto de todos estos datos da como resultado la multiplicación –en vez de la suma– de la capacidad interpretadora que cada sector ofrecía por sí mismo. Esta consideración sirve de refrendo para la experiencia obtenida en el caso de estudio, pues el desarrollo de investigaciones arqueológicas con esta densidad en la cobertura del terreno, junto con la apuesta decidida por aprovechar las posibilidades del registro *off-site* y los estudios complementarios, maximizan las opciones de alcanzar una comprensión profunda sobre el poblamiento pretérito de un territorio dado. Por ello, constituye una experiencia valiosa de la que obtener enseñanzas a partir de los errores y aciertos en sus planteamientos teórico-metodológicos, para tratar así de replicar este tipo de actuaciones realizadas desde la Arqueología del Paisaje en nuevos casos de estudio de las montañas cantábricas. Mediante este tipo de proyectos, sin duda llegaremos a comprender mejor la genealogía y los procesos de construcción social de los paisajes culturales a comienzos de la Prehistoria reciente.

El tipo de localizaciones en las que se han identificado niveles neolíticos en el caso de estudio a escala micro se corresponden con los principales espacios productivos en los esquemas tradicionales de aprovechamiento campesino de estas montañas. Así, las evidencias de poblamiento o de uso agrícola han sido detectadas en lugares que, hasta no hace más de unas pocas décadas, estaban dedicados al cultivo de especies domésticas diversas<sup>66</sup>. Estos espacios del entorno de L'Hortal y Las Corvas acogieron los campos en los que se desarrollarían los cultivos itinerantes de roza, coincidiendo con los entornos más accesibles desde los lugares de poblamiento (**Figs.7.38 y 7.39**). Las limitaciones derivadas de la accidentada orografía de este valle de montaña limitan notablemente los espacios posibles en los que tratar de rastrear ocupaciones pretéritas: no abundan los terrenos con pendientes suaves sobre los que abrir campos de cultivo, ni los lugares soleados y con puntos cercanos para el aprovisionamiento de agua fresca en los que considerar establecer asentamientos domésticos. De este modo, las zonas con pendientes más importantes puestas en aprovechamiento agropecuario durante los últimos siglos –gracias a la construcción de terrazas agrarias– constituyen espacios donde resulta improbable reconocer niveles precedentes con usos agrarios neolíticos como los niveles detectados en La Sienra. Así pues, estos factores serán importantes a la hora de reproducir en otros territorios investigaciones como la desarrollada en este caso de estudio.

Por su parte, las estructuras y los indicios recuperados en las zonas de pastizales de altura coinciden también con las propuestas planteadas para el área geográfica que sirve de contexto general para esta investigación (DE BLAS CORTINA 2008d, 2012; DÍEZ CASTILLO 1996-1997; TEIRA MAYOLINI 1994). Así, monumentos megalíticos y lugares de altura en los que los grupos neolíticos desarrollarían actividades rela-

<sup>66</sup> Esto no quiere decir que existan continuidades en estos aprovechamientos, sino que los parámetros locacionales y los condicionantes del entorno para la elección de estos terrenos serían, al menos, parcialmente convergentes.



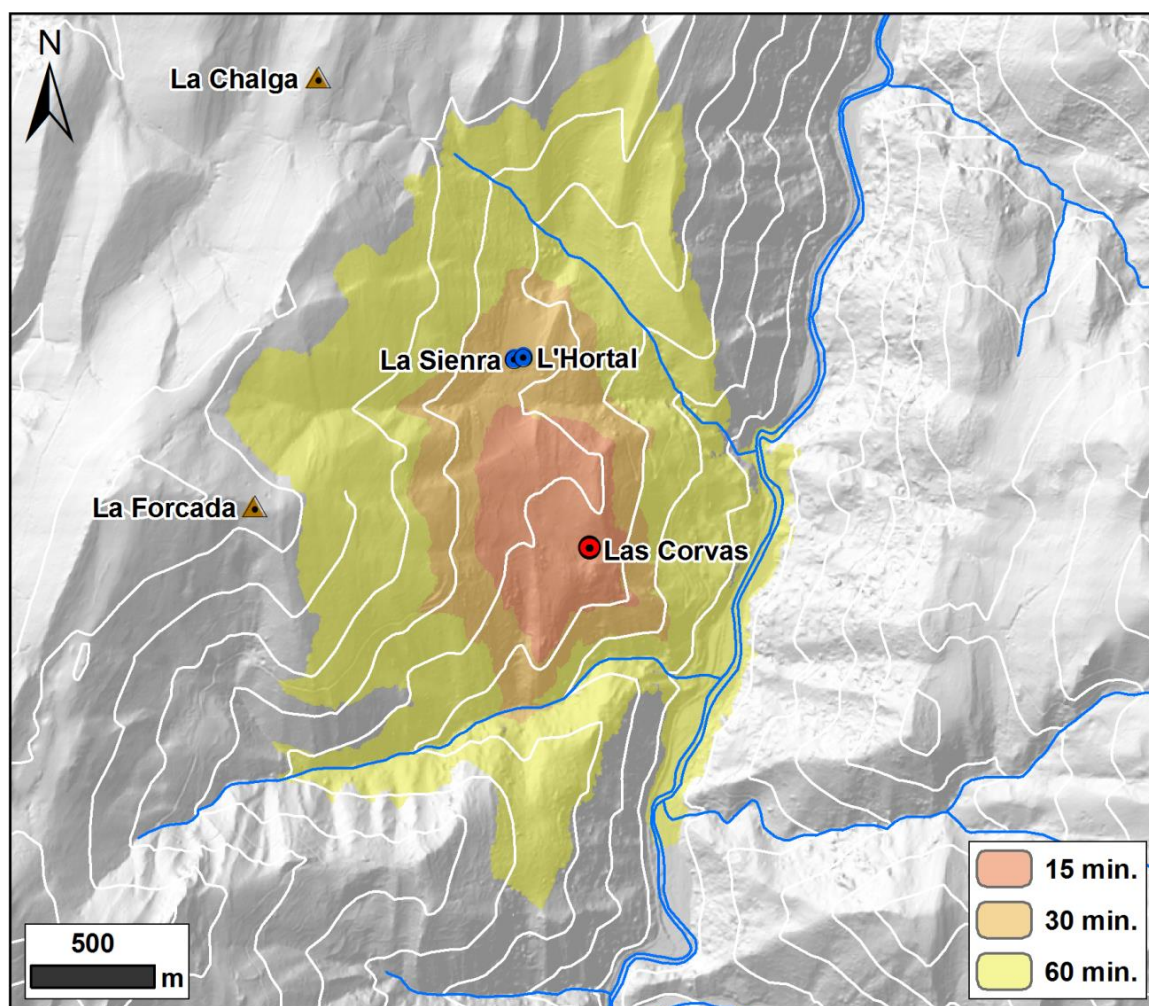


Fig.7.39: Estudio de accesibilidad hacia el entorno desde el sector de Las Corvas, con la representación de las isocronas de 15, 30 y 60 minutos. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].

cionadas con el cuidado del ganado, la caza o la recolección de productos vegetales silvestres, coinciden de nuevo con zonas en las que encontramos usos o percepciones actuales relacionadas con el pastoreo y el aprovechamiento del monte, los asentamientos pastoriles estacionales (las brañas), las comunicaciones tradicionales de medio y largo recorrido, o aquellos puntos nodales del territorio en los que en contextos sociales o festivos confluyen las comunidades procedentes de los territorios vecinos de las distintas vertientes de estas sierras.

En este sentido, vemos cómo los asentamientos de L'Hortal y Las Corvas se sitúan en zonas desde las cuales se accedería a las zonas de pasto en rangos temporales de en torno a una hora, considerando los estudios de accesibilidad realizados (Figs.7.38 y 7.39). Significativamente, túmulos como La Chalga y La Forcada aparecen localizados en puntos de acceso a esos espacios de pasto, reforzando su sentido estructurante en los paisajes sociales y productivos de las comunidades de la Prehistoria reciente. Los desplazamientos cotidianos que probablemente realizarían las personas de la Prehistoria reciente entre las zonas a media ladera donde dispondrían de las zonas de cultivo y los espacios serranos en donde alimentarían a sus

rebaños en época estival estarían así pautados espacial y temporalmente por estos hitos monumentales.

La consideración global de las evidencias recuperadas en los distintos sectores de Vigaña refieren al desarrollo de unas formas de subsistencia ligadas a la producción de alimentos a partir del IV milenio cal a.C. Constituyen las pruebas más tempranas de la presencia de grupos humanos que vivieron o frecuentaron este espacio en el Neolítico. Entonces, estas gentes pusieron en marcha unos modos de vida en los que la agricultura y la ganadería constituían las actividades centrales de su cotidianeidad, y que a la vez imprimieron cambios profundos respecto a épocas precedentes en las relaciones entre las comunidades y su entorno. En este sentido, estos grupos desencadenaron procesos antropizadores que en adelante marcarían profundamente el aspecto y la configuración del paisaje en estas montañas durante los períodos subsiguientes del Holoceno, como se puede comprobar en diferentes secuencias polínicas con registros referentes a este período en lugares próximos como la turbera de La Molina (Salas) (LÓPEZ MERINO 2009: 133-167).

En general, creo que puede hacerse una valoración satisfactoria de los resultados obtenidos referentes al Neolítico en este estudio de caso a escala micro. Si los contextualizamos en el estado general de los conocimientos disponibles para el área montañosa cantábrica, constituyen una referencia fundamental para avanzar en los debates relacionados con el poblamiento neolítico de esta región geográfica. No en vano, carecíamos hasta el momento de una muestra informativa tan densa o completa para un espacio de media/alta montaña del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica en el que pudiéramos valorar gran parte de las experiencias cotidianas de una comunidad neolítica. Si acaso, el conjunto informativo sobre el que descansan las propuestas aquí planteadas adolece de la falta de informaciones paleoambientales locales, así como de la ausencia de intervenciones directas sobre los monumentos megalíticos localizados en las brañas de Vigaña, que hubieran permitido confirmar la cronología de estos hitos espaciales. Por todo ello, el trabajo desarrollado en el entorno de Vigaña constituye un buen punto de inicio para lanzar nuevos proyectos y profundizar en ciertos debates no suficientemente explorados hasta ahora por las dinámicas investigadoras de la Prehistoria reciente cantábrica.

## 7.2. El Neolítico en el valle del Pigüena y la comarca de Babia

Tras reflexionar acerca de un caso de estudio a escala micro como el previamente presentado de Vigaña, resulta conveniente contrastar las informaciones allí obtenidas con una realidad más amplia que represente un segundo nivel de análisis territorial más extenso. En este caso, las evidencias arqueológicas disponibles para el valle del Pigüena y sierras anexas, además de la comarca de Babia, me sirven de tablero al que trasladar los modelos derivados de caso de estudio a escala micro. Busco de este modo discutir las hipótesis construidas en torno a las intervenciones

realizadas en Vigaña sobre un registro más amplio, complementar las interpretaciones planteadas, cuestionar sus asunciones y obtener, en definitiva, una propuesta más completa y sólida acerca de los modelos de poblamiento y la genealogía de los paisajes culturales del Neolítico en las montañas del Occidente Cantábrico.

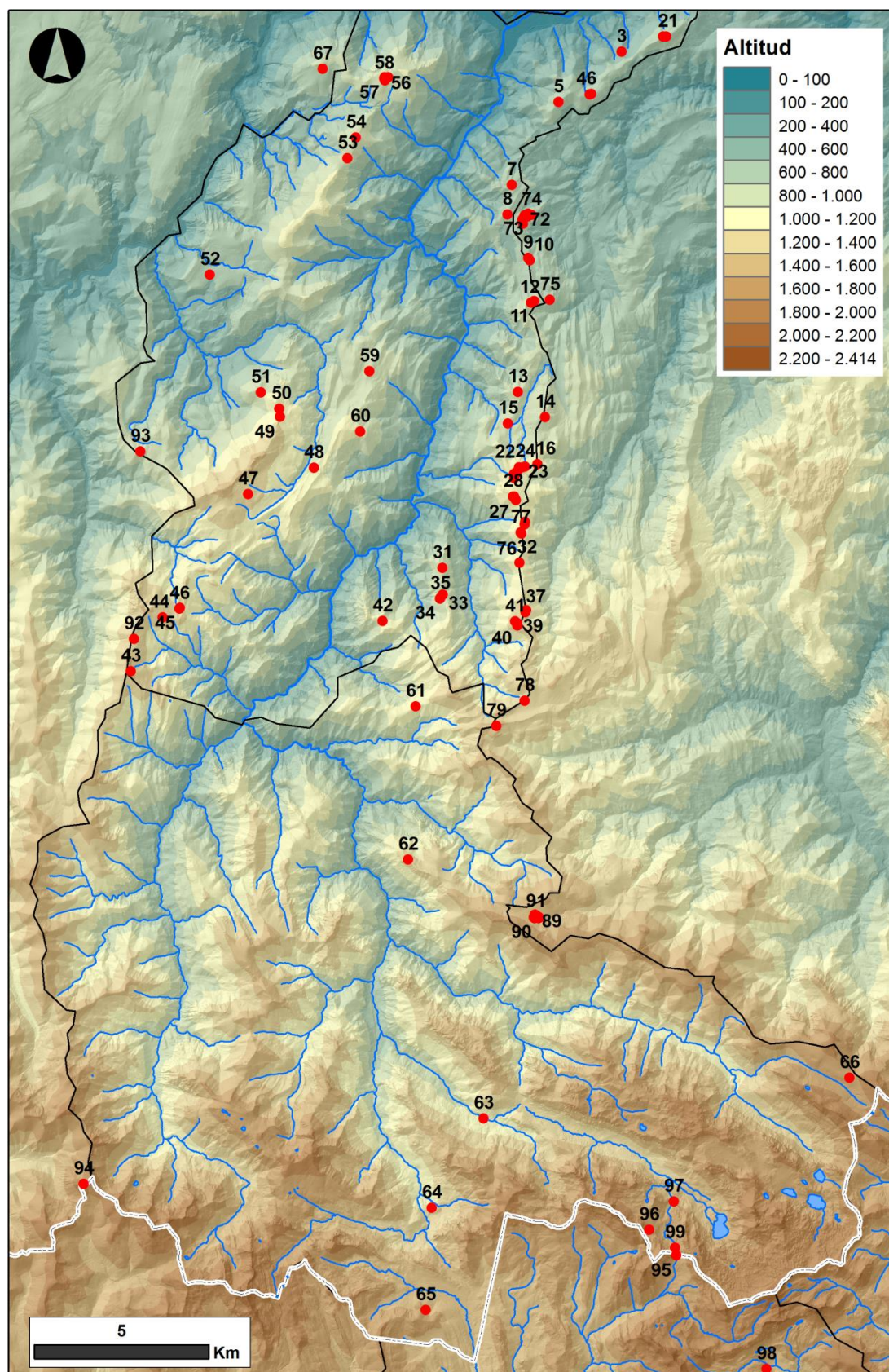
Como primera consideración previa, resulta necesario calibrar el valor de los datos disponibles para este segundo nivel territorial de análisis, pues su representatividad y la calidad del registro condicionarán la validez de este segundo paso en el proceso investigador. En este sentido, hay que destacar la existencia de diversos desequilibrios en el tipo de datos arqueológicos disponibles para el Neolítico en el área de estudio.

En primer lugar, cabe señalar la ausencia en este territorio de evidencias arqueológicas relacionables con poblados, estructuras domésticas, niveles de ocupación en cuevas o asentamientos de algún tipo –obviando, claro está, las recientemente documentadas en el entorno de Vigaña–. Los túmulos y megalitos constituyen así pues los yacimientos con más presencia en el registro arqueológico relacionable con el Neolítico en estas montañas (**Fig.7.40**). No obstante, debo referirme de nuevo aquí al hecho de que algunos de estos monumentos podrían ser atribuidos a la Edad del Bronce, a falta de intervenciones arqueológicas que lo pudieran determinar, aunque su consideración puede contribuir a desbrozar los caminos para la investigación y lanzar el debate.

Las referencias de hallazgos a materiales líticos en superficie ofrecen la misma problemática en cuanto a su indefinición cronológica, lo que también problematiza la toma en consideración de los por otra parte escasos conjuntos del Alto de La Madalena (Somiedu/Teberga), Cueiro (Teberga), Xoncáu (Miranda) y El Picu la Berza (Miranda) que completarían el mapa de dispersión de las evidencias relacionables con el Neolítico dentro del área de estudio. Más allá de las evidencias arqueológicas, disponemos también de registros paleopalinológicos recuperados dentro del área de estudio en el Lago de El Valle (Somiedu) (ALLEN *et al.* 1996; MCKEEVER 1984) y la Laguna de La Mata (Cabrillanes) (BELET 1993; JALUT *et al.* 2010), que ofrecen segmentos en sus secuencias referidos al período Neolítico.

En segundo término, existe un claro desequilibrio en la distribución geográfica de los restos atribuibles al Neolítico, pues prácticamente no se han identificado yacimientos arqueológicos de este tipo en la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica (TERRA ARQUEOS 2004-2005a, 2004-2005b). Únicamente podemos considerar en esta zona tres túmulos: el túmulo de El Colláu de La Paredina (Somiedu), en el paso de montaña homónimo que comunica El Valle del Lago con el alto curso del río Sil sobre la aldea de La Cueta (Cabrillanes), el túmulo de El Monte'l Escoréu en las praderías de El Puertu (Somiedu), dentro de la cuenca hidrográfica del río Sil; y el túmulo de La Fuente'l Cabril, en las inmediaciones de La Collada de Carbazosa (Cangas del Narcea)–, mientras que la inmensa mayoría de las informaciones se concentran en el segmento del área de estudio que vierte sus aguas hacia el Mar Cantábrico.





**Fig.7.40:** Distribución de los monumentos megalíticos identificados en el área intermedia de estudio, a partir de los inventarios arqueológicos por municipios (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997; ESTRADA GARCÍA 1997, 2000b, 2000c; RODRÍGUEZ OTERO Y CAMINO MAYOR 1989; SÁNCHEZ HIDALGO Y MENÉNDEZ GRANDA 2001; SIERRA PIEDRA 1998) y las prospecciones realizadas durante esta investigación doctoral.

Esta observación me lleva a sospechar la existencia de vacíos en los inventarios arqueológicos por municipios realizados en la actual provincia de León, en los que se encontrarían infrarrepresentados los monumentos megalíticos para la Prehistoria reciente<sup>67</sup>. En este sentido, resulta incluso llamativa esta ausencia generalizada del Megalitismo en la actual provincia de León –si exceptuamos algunos monumentos localizados en el Noreste de este territorio (ARIAS CABAL *et al.* 1995; GONZÁLEZ MORALES 1988)–, frente a la documentación más o menos amplia de evidencias de este tipo en todas las provincias limítrofes parte de la cuenca del Duero (e.g. DELIBES DE CASTRO 2010; DELIBES DE CASTRO y VAL RECIO 1990; MORENO GALLO 2004, 2009). Esta situación llega a chirriar al observar plasmaciones cartográficas actualizadas de la distribución del megalitismo a escala peninsular (GARRIDO PENA *et al.* 2012a: 15, figura 3), en las que la provincia de León supone un verdadero vacío.

La ausencia de una tradición sólida en las investigaciones arqueológicas de esta región podría explicar esta ausencia de manifestaciones megalíticas en la vertiente meridional del área de estudio –algo extensible al resto de la actual provincia de León–. Esto me lleva a asumir la imperiosa necesidad por llevar a cabo prospecciones extensivas en estos territorios, pues es probable que la existencia de túmulos en esta vertiente haya pasado hasta ahora inadvertida. No en vano, en espacios como la pequeña sierra litoral de Monte Areo (Xixón/Carreño, Asturias), donde se ha desarrollado una labor investigadora continuada a lo largo de las últimas décadas (DE BLAS CORTINA 1995, 1999a, 1999b; DE BLAS CORTINA *et al.* 2009), siguen documentándose monumentos de este tipo que permanecían hasta el momento inéditos (SÁNCHEZ HIDALGO y MENÉNDEZ GRANDA 2013b). No obstante, he de decir que durante la realización de la presente investigación realicé exploraciones puntuales por las montañas de Babia de localizaciones propicias para la documentación de estos monumentos, siempre con resultados infructuosos.

Por último, y en la misma línea de la anterior consideración, al comparar la distribución y la abundancia relativa de los monumentos megalíticos catalogados en los dos municipios asturianos que integran el área de estudio –Miranda y Somiedu– también se vislumbran ciertos desequilibrios en su representación. Así, en el caso del primer concejo se observa una alta densidad de megalitos (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997), mientras que el segundo muestra una presencia más exigua de estos elementos (ESTRADA GARCÍA 2000b), aun considerando que la geografía de ambos territorios responde a unos parámetros similares. Esto incidiría quizá en una mayor exhaustividad de las prospecciones realizadas en el contexto de la realización del inventario arqueológico del primer municipio respecto al segundo.

Los desequilibrios relacionados con la representatividad de la muestra arqueológica en el área de estudio para el Neolítico son en realidad rasgos extensibles

<sup>67</sup> En la zona de Babia únicamente se conocen referencias orales sobre una posible cista dolménica en el paraje de Las Verdes, en Torre de Babia, a la que me referiré en el capítulo correspondiente a la Edad del Bronce, pues de este elemento provendrían dos piezas de bronce asignables a esa cronología.

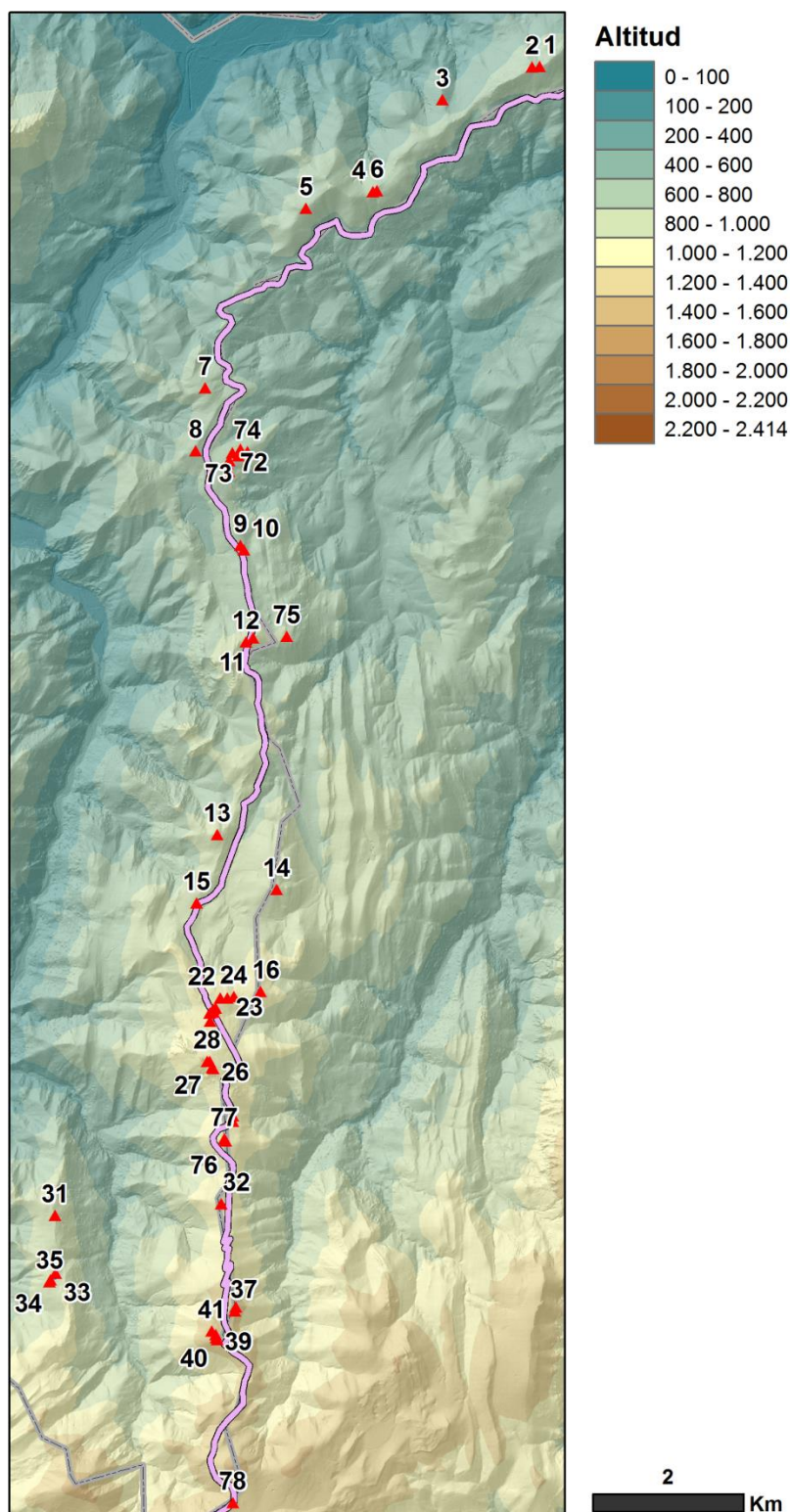


a cualquier transecto que pudiera haber seleccionado a ambos lados del eje axial de la Cordillera Cantábrica en el sector asturleonés de estas montañas. Representan, por tanto, unos límites investigadores extendidos –derivados de cuestiones geográficas y de condiciones diversas del marco disciplinar de la Arqueología en esta región geográfica– que me encontraría en cualquier otro territorio que hubiera seleccionado para emprender un trabajo como éste. Así, la inexistencia de asentamientos con ocupaciones neolíticas en el Occidente Cantábrico o la práctica ausencia de monumentos megalíticos en las montañas de la actual provincia de León son tópicos extendidos en la Arqueología de este territorio (BERNALDO DE QUIRÓS y NEIRA CAMPOS 1999: 64-65; DELIBES DE CASTRO 2010: 16-17). De hecho, ambos aspectos representan barreras a derribar si pretendemos avanzar en la comprensión de esta fase inicial de la Prehistoria reciente en las montañas cantábricas. Además, las diferencias en la exhaustividad o el grado de detalle de los inventarios arqueológicos por municipios realizados en esta región son resultado de los diferentes escenarios en los que se han realizado este tipo de actuaciones, con variaciones en las metodologías o el grado de cobertura de las prospecciones, las fuentes informativas manejadas en su planificación, los marcos reguladores de estos contratos, la formación y familiaridad de los prospectores con los diferentes elementos arqueológicos del registro, el grado de humanización y la diferencia en la presión ejercida en los distintos territorios por desarrollos recientes de tipo urbanístico o de infraestructuras, e incluso los diversos escenarios normativos en los que se ha desarrollado la Gestión del Patrimonio en el contexto administrativo y territorial del estado de las autonomías.

En definitiva, los elementos disponibles para acercarnos a los paisajes culturales del Neolítico en el área de estudio –amplificando los datos obtenidos en las intervenciones de Vigaña– son varias decenas de monumentos megalíticos, unas pocas concentraciones de materiales líticos recuperadas en superficie, así como los registros paleobotánicos que han sido estudiados en depósitos naturales. A continuación, se presentan y contextualizan estas evidencias, para disponer de una visión de conjunto que me permita lanzar finalmente una serie de propuestas interpretativas.

### 7.2.1. Los monumentos megalíticos

Como anticipaba, todas las manifestaciones megalíticas identificadas en el área de estudio se encuentran en las sierras que estructuran la cuenca del río Pigüeña, en la vertiente cantábrica de este territorio (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997; ESTRADA GARCÍA 2007c; GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1973b). En este espacio se han identificado un total de 99 monumentos megalíticos, que en su mayor parte se localizan en las cuerdas de las sierras principales, jalonando vías de comunicación de medio/largo recorrido como la ruta de La Serrantina o El Camín Real de La Mesa (**Fig.7.41**).



**Fig.7.41:** El trazado del Camín Real de La Mesa y la distribución de los megalitos muestran una estrecha relación en los límites entre los municipios de Miranda y Grau.

Estos itinerarios son en realidad vías naturales de comunicación cuyas características con relieves suaves y líneas de cumbres aplanadas con alturas más o menos constantes han favorecido un tránsito intenso a lo largo de los tiempos (FERNÁNDEZ MIER 1999, 2003; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011e; MAÑANA VÁZQUEZ 2011). Las



**Fig.7.42:** Vista desde el Este de los dos supuestos túmulos de La Bovia o Los Cobertorios [Foto: Gabinete Arqueológico SL (2003)].



**Fig.7.43:** Vista del supuesto túmulo de Picos Prietos (izquierda) y sondeo realizado que confirmó su origen natural (derecha) [Foto: Gabinete Arqueológico SL (2000)].

ubicaciones seleccionadas por las comunidades prehistóricas para erigir estos monumentos son también coincidentes con algunos de los principales pastizales de altura de estas montañas, que han servido como atractores para el desarrollo de las actividades pastoriles a lo largo de la Historia. Además, estos espacios serranos son escenario de fiestas estivales, celebraciones y romerías de diverso tipo, que en ciertos casos tienen lugar a no mucha distancia de algunos de estos monumentos.

El estudio del megalitismo en el área de estudio hunde sus raíces –como en otras partes de la región cantábrica (ÁLVAREZ MARTÍNEZ 2010; MARTÍN TORRES 2001b)– en la labor pionera de anticuarios y eruditos locales, quienes ofrecen noticias sobre la localización de dólmenes y túmulos en los territorios que les eran próximos (e.g. ARIAS Y CAUNEDO 1884). Estas apreciaciones terminarían reflejadas en los característicos catálogos monumentales o diccionarios históricos del siglo XIX y co-

mienzos del siglo XX (e.g. CANELLA SECADES y BELLMUNT 1895-1900). Tras estas aproximaciones, se realizarían las primeras catalogaciones amplias dentro del campo científico de la Arqueología, horizonte en el que la labor prospectora del filólogo José Manuel González y Fernández-Valles (1952b, 1973b) resulta crucial para la vertiente septentrional del área de estudio, junto a autores como Fermín Bouza Brey (1963, 1965) con un alcance geográfico más limitado para sus exploraciones.

A partir de entonces, el siguiente hito en las investigaciones de este tipo de manifestaciones monumentales se sitúa en la realización de los ya referidos inventarios arqueológicos por municipios, que estabilizarían la catalogación de este tipo de yacimientos y sentarían las bases para el desarrollo de eventuales actuaciones para la Gestión del Patrimonio arqueológico. Disponemos también de estudios referidos a vías históricas o espacios arqueológicos del entorno donde son frecuentes los megalitos que nos sirven igualmente para contextualizar y ampliar las informaciones disponibles para el área de estudio (DE BLAS CORTINA 1977; ESTRADA GARCÍA 2000a; FERNÁNDEZ MIER 2003; MAÑANA VÁZQUEZ 2011). Hasta el momento, no disponemos de excavaciones en megalitos dentro de este territorio, puesto que la única intervención realizada sobre elementos catalogados como tales sirvió para descartar tal consideración en tres presuntos monumentos megalíticos de la Sierra de Bixega (Miranda), los cuales serían finalmente considerados elementos naturales no antrópicos (GABINETE ARQUEOLÓGICO 2000, 2003, 2007) (**Figs.7.42 y 7.43**).

Más allá de estas aproximaciones arqueológicas o siquiera *protoarqueológicas*, los megalitos constituyen elementos con un sensible protagonismo en los espacios en los que se encuentran. No en vano, su propia monumentalidad y la selección por parte sus constructores de ubicaciones destacadas en el paisaje son características consustanciales de estos elementos. De este modo, las gentes que han frecuentado los espacios en los que aparecen estas manifestaciones monumentales no han permanecido indiferentes a su existencia. Los pobladores de estas montañas han reinterpretado su significado a lo largo de generaciones al margen de los parámetros empíricos de la ciencia arqueológica o antropológica. Así, los megalitos se encuentran presentes en narrativas locales formando parte de la tradición oral del folklore, funcionando por ejemplo como referencias fijas para los conocimientos geográficos de las poblaciones campesinas o de anclajes para leyendas o regulaciones del derecho consuetudinario (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2011; ÁLVAREZ PEÑA 2001, 2007a; MARTINÓN TORRES 2001a, 2008; MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2015). Por ello, la atención a este género de relatos constituye una vía interesante para realizar a nuevas identificaciones de este tipo de elementos –como así sucedió con el túmulo de La Chalga, en la braña de L'Estoupie!lu–, para acceder a nuevos planos en el análisis de estos monumentos (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2008) y sobre todo para calibrar su relevancia en los paisajes percibidos por diferentes grupos humanos (BARRETT 1999; HINGLEY 1996, 1999). Por ello, la atención a las compilaciones del folklore o de la toponimia local han constituido vías de análisis interesantes para el estudio del megalitismo en el





Fig.7.44: Vista de uno de los túmulos integrantes del conjunto del Collao Balbona (Miranda).

área de estudio (BARTOLOMÉ PÉREZ 2013; PRIETO SARRO 2012; SUÁREZ LÓPEZ 2001, 2003).

Los túmulos localizados en el área de estudio se disponen normalmente en posiciones destacadas de las sierras. La mayoría de estos elementos forman parte de conjuntos amplios dispersos a lo largo de kilómetros por los cordales de La Mesa, La Serrantina, Sierra de Bixega, Sierra de Peña Manteiga, Sierra del Courío, Sierra del Pedrorio. Aunque, no es habitual identificar concentraciones en espacios reducidos que comprendan más de cinco monumentos –excepción de lo cual encontraríamos en los conjuntos de Balbona (Miranda) (**Fig.7.44**) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº 98) y Piedraxueves (Teberga) (ESTRADA GARCÍA 2000c: ficha nº45)– pues la mayoría de estos elementos se sitúan en localizaciones en las cuales raras veces cuentan con la compañía de estructuras análogas en un radio de cincuenta metros.

Muchos megalitos se emplazan en puntos destacados de las sierras del área de estudio que sobresalen por su visibilidad o bien por su importancia en los movimientos pastoriles, así como en las comunicaciones a media/larga distancia a través de estos espacios altimontanos. Suelen estar localizados en terrenos llanos o con suaves pendientes –aunque se localicen en entornos de fuertes pendientes– de lugares reconocibles en estas zonas. De esta forma, su posición y su propia monumentalidad los individualiza de algún modo en la distancia, haciéndoles fácilmente perceptibles para aquellas personas que puedan reconocer su importancia en el paisaje conforme se acercan. Su acumulación en algunas secciones de estas sierras es tal que termina por obtenerse una imagen de omnipresencia de estos marcadores culturales. Tal sensación se ve acrecentada por el tipo de emplazamientos seleccionados para su construcción, puesto que aprovechan casi siempre enclaves topográficos que destacan visualmente para quienes transitan estos espacios, como las





**Fig.7.45:** Túmulo de La Paredina, en Somiedu, ubicado en el collado homónimo a 1734 msnm que comunica los pastizales de la cabecera del valle de El Valle desde Murias Llongas, con el nacimiento del río Sil sobre la aldea de La Cueta.

cimera de la sierras, los cambios de vertiente en las vías tradicionales de comunicación, los collados donde convergen diferentes líneas de cumbres o el término de cordales que se desgajan desde la sierra principal<sup>68</sup>.

El análisis locacional de los megalitos en el área de estudio revela la estrecha relación que se establece entre estos monumentos y los espacios de tránsito, tal y como ya ha sido analizado ampliamente para el ámbito general de las montañas occidentales cantábricas (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2015; DE BLAS CORTINA 2008d: 558-559; GÓMEZ VILA 2005; GRAÑA GARCÍA 1983). No en vano, las dos principales agrupaciones de túmulos del área de estudio se sitúan en los sistemas de sierras que, desde el eje axial de la Cordillera Cantábrica, descienden con dirección Sur-Norte hacia la marina cantábrica. Por estos mismos cordales transitan dos vías naturales de comunicación como el Camín Real de La Mesa o la Ruta de La Serrantina. De esta forma, los megalitos localizados en sus proximidades podrían ser considerados como un conjunto de jalones o referencias monumentales que delimitarían esos itinerarios. De hecho, en algunas secciones de estas rutas los viandantes pueden divisar constantemente algún megalito a lo largo de tramos significativos de su camino, de forma que estos funcionarían como una suerte de centinelas de sus movimientos.

Otros megalitos, en cambio, están emplazados en localizaciones menos prominentes en términos visuales aunque igualmente importantes en los movimientos

<sup>68</sup> Asimismo, su monumentalidad podría haberse visto acrecentada de contemplarse la existencia de estelas sobre las corazas tumulares, tal y como se ha propuesto para algunos ejemplos cantábricos cercanos al área de estudio como el de La Collá Cimera (DE BLAS CORTINA 1992: 54, 1997a: 70-71).





**Fig.7.46:** El túmulo de El Chano de las Meriendas se sitúa a 1572 msnm en un lugar destacado de un vallejo lateral por el que se accede cómodamente hacia los pastizales a 1650 msnm del entorno de la braña estival de Murias Llon-gas (Somiedu), desde el amplio valle de origen glaciar de El Valle.

a través de las sierras del área de estudio. Se trata de túmulos localizados en collados, pasos de montaña u otros puntos nodales para las comunicaciones (**Fig.7.45**), en lugares tradicionales para el establecimiento de asentamientos pastoriles estacionales, así como en espacios en los que se forman pequeñas charcas de agua. En esta clase de emplazamientos, los megalitos pueden o no estar ligados a posiciones con visibilidades amplias en los entornos serranos del área de estudio, pero todos ellos se asocian a lugares muy presentes en los paisajes imaginados o recordados por las personas que frecuentaban estos espacios durante la Prehistoria reciente. No en vano, tales localizaciones constituyen espacios centrales para las actividades desarrolladas por las personas encargadas de las actividades pastoriles, con lo que los túmulos serían en estos casos invitados silenciosos en los *taskscape*s cotidianos de estos grupos (INGOLD 1993). Los megalitos funcionarían así como hitos monumentalizadores de ciertos lugares en los pastizales de altura transitados con frecuencia por estas gentes. Por ello, independientemente de su prominencia visual en el territorio, estos megalitos tendrían una gran prominencia figurada en los paisajes percibidos y contruidos culturalmente por los pastores prehistóricos sobre la base de su experiencia cotidiana, e igualmente serían referencias físicas probables para anclar los relatos orales relacionados con esos espacios.

La relación existente entre algunos megalitos del área de estudio y los espacios de aprovechamiento ganadero en las cumbres de estas sierras constituye otra conexión destacada que conviene tomar en consideración. Así, muchos de estos monumentos se localizan directamente en espacios dedicados tradicionalmente a usos

pastoriles estacionales, o bien en posiciones dominantes desde las cuales ejercen una fuerte presencia sobre estos terrenos. En este sentido, resultan muy ilustrativas algunas tentativas que trataron de relacionar la ubicación de túmulos megalíticos con los patrones diarios del movimiento de los rebaños en una zona concreta de monte en las montañas gallegas. Esto permitió establecer ciertas correlaciones entre la localización de estos monumentos, sus campos de visibilidad y determinados puntos que constituían espacios clave en esos movimientos recurrentes (vid. INFANTE ROURA *et al.* 1992). Ejemplos del área de estudio como El Chano las Meriendas (**Fig.7.46**), ubicado en el camino que comunica la zona alta de La Pradera de El Valle con la braña estival de Murias Llongas nos muestran la relevancia de los monumentos megalíticos en los paisajes pastoriles. Estos elementos estarían aquí materializando expresiones culturales de los grupos relacionables quizá con la apropiación de estos espacios o con la consolidación de su usufructo apelando a sus ancestros, pues no debemos olvidar la naturaleza funeraria de los ritos que darían lugar a su construcción.

Por último, existe otro género interesante de ubicaciones para los túmulos del área de estudio que puede abrirnos vías provechosas para la generación de narrativas, pues algunos ejemplos –como La Chalga en la braña de L’Estoupiellu de Vigaña (Miranda) (**Fig.7.47**), o los túmulos de El Campo Cueiro y La Cuendia La Celada en Cueiro (Teberga)– se localizan en espacios relevantes en el plano social y simbólico para las poblaciones campesinas subactuales de estas montañas. Durante el verano se celebran en estos lugares fiestas, ferias de ganado o romerías en fechas señaladas en las cuales se reúnen gentes procedentes de distintas aldeas situadas en los valles de la contorna, normalmente cristianizadas en la actualidad bajo alguna advocación del santoral católico. Estas fiestas se celebran en collados o espacios de pastos en los que normalmente confluyen durante el verano los rebaños de familias que habitan en distintas poblaciones del entorno. En estos espacios, convergen a veces límites entre parroquias o municipios, y en ocasiones existen ermitas. A la vez, también se observa la existencia de túmulos prehistóricos en posiciones prominentes sobre estos espacios o en los collados que les dan acceso. Por su parte, la toponimia desvela informaciones sugerentes, como el probable culto romano a Júpiter en el caso de Piedraxueves (GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1956) –enclave donde se localiza la necrópolis tumular homónima (ESTRADA GARCÍA 2000c: ficha nº45)–, hagiotopónimos varios, nombres de lugar diversos referentes a tesoros (La Chalga, Túmulo del Llombu L’Ayalga), a los míticos moros (túmulos de L’Alto del Mouro) o a elementos que podrían recordar algunas manifestaciones megalíticas (Necrópolis de Los Cobertorios).

### 7.2.2. Los conjuntos líticos en superficie

En el área de estudio contamos con un segundo grupo de evidencias arqueológicas relacionables con la Prehistoria reciente en un sentido genérico que compar-





**Fig.7.47:** La fiesta de L'Estoupiellu se celebra a mediados de agosto en esta braña de Vigaña bajo la vigilancia del gran túmulo de La Chalga (señalado). Desde bien temprano y hasta que cae la noche, la gente disfruta de la compañía de sus vecinos, de las meriendas a base de tortillas, empanadas y *frixuelos*, se juega a los bolos o a tirar la cuerda, mientras los jóvenes demuestran sus habilidades al volante de quads y todoterrenos, y el servicio de bar organizado por la comisión local de fiestas genera el marco idóneo para discutir sobre fútbol, ganado y otros temas a ritmo de cumbia.

te algunos de los problemas ya mencionados en el epígrafe anterior en relación con los megalitos: son los conjuntos de materiales líticos hallados en superficie. Estas agrupaciones de materiales aparecen en algunas zonas del área de estudio y están constituidos por conjuntos exiguos de piezas líticas, en su mayor parte lascas y láminas. Así, han sido reconocidos hasta el momento los conjuntos de Xoncáu (Miranda), El Alto La Madalena (Teberga/Somiedu), El Picu La Berza (Miranda) y el campo de Cueiro (Teberga), a los que se unen los materiales recuperados en el transcurso de las prospecciones realizadas en el estudio de caso en el entorno de L'Estoupiellu (Miranda).

Tal y como anticipaba en la sección metodológica de esta tesis doctoral<sup>69</sup>, la visibilidad del área de estudio para las labores de prospección es exigua, por lo que

<sup>69</sup> Ver epígrafe «5.2. Prospección arqueológica».

la recuperación de conjuntos de materiales líticos en superficie ha sido posible de forma puntual, con lotes de unas pocas piezas documentadas en algunos espacios de pastizales del área de estudio en los que, de manera excepcional, las condiciones de visibilidad eran más favorables. Tales condiciones se producen en zonas como torrenteras, caminos, superficies recién roturadas para trazar cortafuegos o terrenos desprovistos de la cubierta vegetal por el tránsito de los rebaños. Esto limita las opciones de recuperar este tipo de materiales en el transcurso de las prospecciones convencionales de superficie, y hace que la muestra de piezas disponibles responda a sesgos marcados que vienen determinados por la evolución geomorfológica del terreno en los últimos milenios, además de por las actividades antrópicas subactuales que hayan podido sacar a la luz este tipo de materiales.

La atribución cronológica de estos elementos es cuestionable, pues el análisis de sus características formales –especialmente las relativas a sus procesos de talla–, únicamente deriva en la consideración de su naturaleza *postpaleolítica* en un sentido genérico. Así, al igual que sucedía con los megalitos, otorgar una cronología amplia a estos lotes resulta la opción más factible sin dar demasiados saltos mortales en su estudio, pues estos elementos podrían estar adscritos a diversas fases de la Prehistoria reciente. Pero, como también sucedía con los megalitos, lo importante al considerar estos conjuntos es analizar en un sentido general sus contextos de aparición en términos espaciales y paisajísticos, para así adentrarnos en debates más ricos a la hora de plantear hipótesis interpretativas que nos ayuden a comprender los paisajes culturales de la Prehistoria reciente. En este sentido, estas piezas componen un registro *off-site* que puede ser útil para tomar ciertas orientaciones en la generación de narrativas sobre la cotidianeidad de las gentes que los produjeron, vislumbrar la presencia en determinados lugares de los grupos humanos, y amplificar la potencia interpretativa de la consideración del resto de informaciones disponibles en el registro a nuestro alcance. Por ello, he optado por considerar este tipo de evidencias como posibles evidencias neolíticas, que de nuevo a la hora de analizar la Edad del Bronce tendrán su relevancia, ante la falta de informaciones más amplias y densas para estos primeros estadios de la Prehistoria reciente.

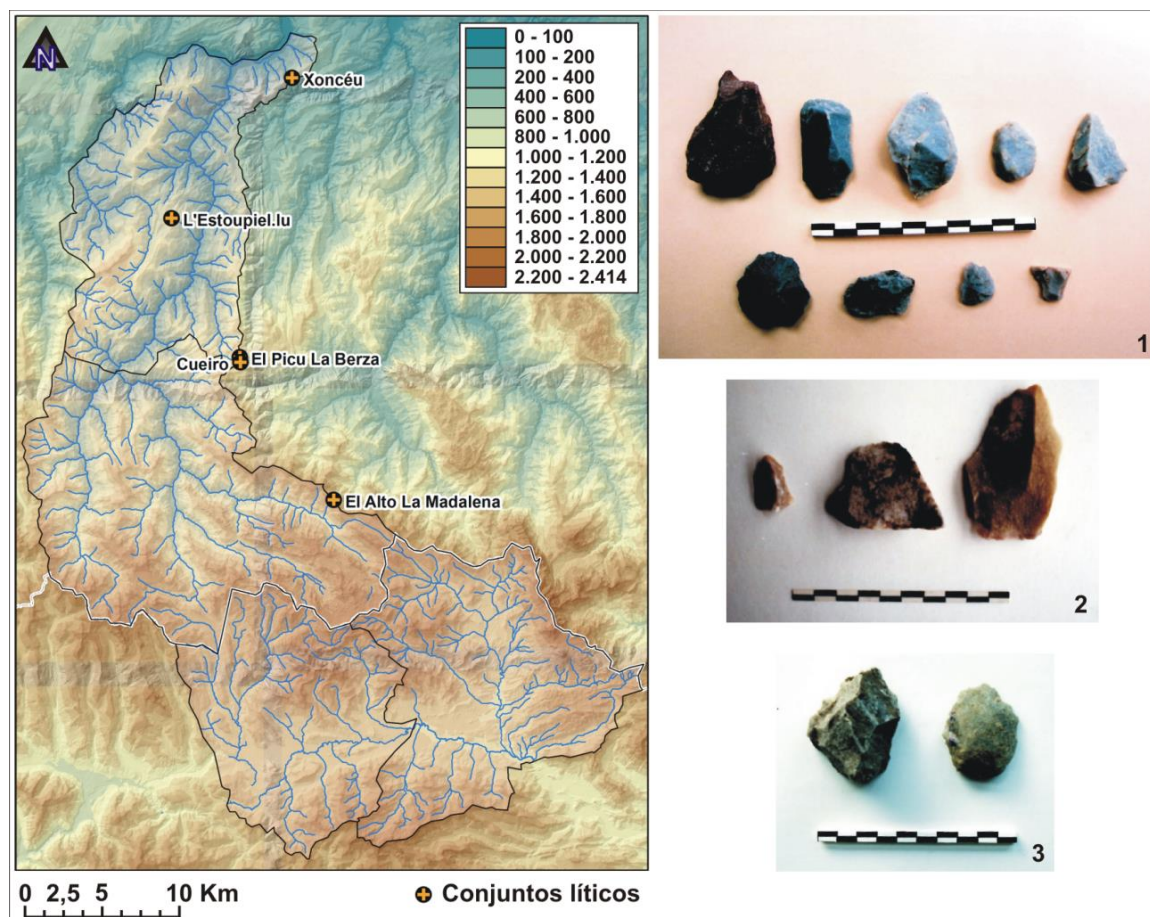
Pese a estas consideraciones previas, disponer de estos pocos conjuntos de materiales líticos en superficie en el área de estudio abre el camino para considerar la presencia de los grupos humanos en nuevos lugares de este territorio durante la Prehistoria reciente, diversificando otros tipos de informaciones disponibles.

El conjunto de materiales de Xoncáu (Miranda) fue recuperado por el incansable José Manuel González y Fernández-Valles en el transcurso de una de sus prospecciones a lo largo del Camín Real de La Mesa en octubre de 1969<sup>70</sup>. Estos materiales fueron divisados en uno de los collados al sur del pico Pedrorio, localizándose varias piezas líticas talladas. Lo componen “una hachuela unifacial negro

---

<sup>70</sup> Esta referencia ha sido recogida de los diarios de campo del archivo personal del filólogo por los autores de la Carta Arqueológica del municipio de Miranda (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº89).





**Fig.7.48:** Localización de los conjuntos líticos en superficie del área intermedia de estudio. 1: materiales recuperados en El Alto La Madalena (Somiedu/Teberga). 2: Piezas de El Picu La Berza (Miranda). 3: Piezas halladas en el campo de Cueiro (Teberga).

rojiza” y “dos lascas” que aparecen cerca de una fuente del lado septentrional del collado, mientras otro grupo de piezas fue hallada del otro lado del mismo collado – desconocemos el número total de este último elenco–. Por su parte, los autores de la carta arqueológica prospectaron el lugar y no documentaron nuevos restos de talla, aunque sí reconocieron la existencia de abundantes cantos de cuarcitas en ese lugar. La consideración de este conjunto es la que más dudas ofrece, pues José Manuel González alude a que estos materiales implicarían la presencia de “los paleolíticos” en este collado, por lo que quizá las características morfológicas de estos materiales se correspondan con tal cronología<sup>71</sup>.

A 1.540 msnm, el collado de El Alto La Madalena actúa de límite en la actualidad entre los municipios de Somiedu y Teberga, y sirve de vía de comunicación entre el valle somedano de Saliencia y el de La Somoza en Teberga. Además, este punto está atravesado por la vía histórica del Camín Real de La Mesa y en sus inmediaciones se sitúa la ermita de La Madalena (ESTRADA GARCÍA 2000c: ficha nº9). En este importante nudo de comunicaciones, las prospecciones encaminadas a realizar los inventarios arqueológicos de estos municipios propiciaron la identificación de un

<sup>71</sup> Los materiales de Xoncéu se encuentran inéditos, formando parte de la colección particular del filólogo, gestionada en la actualidad por su familia.

conjunto de 9 elementos líticos de aspecto *postpaleolítico* realizados en cuarcita (**Fig.7.48: 1**). Las piezas eran visibles sobre el terreno en zonas despejadas de vegetación por la acción del ganado o la erosión. El conjunto está compuesto por un perforador atípico, una lasca simple con talón facetado, una lasca de descorticado secundario con talón cortical, tres lascas simples con talón liso, dos lascas simples con talón cortical y un fragmento distal de lasca (ESTRADA GARCÍA 2000b: ficha nº8, 2000c: ficha nº49).

En El Picu La Berza fueron identificadas tres piezas líticas clasificables en un sentido genérico como *postpaleolíticas* (**Fig. 7.48: 2**). Se trata de dos lascas simples de cuarcita y una de sílex recuperadas treinta metros por debajo de esta cumbre del concejo de Miranda, en su ladera suroccidental (ESTRADA GARCÍA 2000d).

Muy próxima a la localización anterior, el campo de Cueiro es un extenso pastizal calizo en donde confluyen en la actualidad los municipios de Grau, Teberga, Somiedu y Miranda. En el entorno el túmulo homónimo –situado en un collado atravesado por el Camín Real de La Mesa, donde confluyen además dos caminos que ascienden al cordal desde el pueblo de Montouvo en el valle del Pigüña y desde los puertos del Maravio en Grau– el autor del inventario arqueológico de Teberga identificó dos piezas líticas que clasificó como *postpaleolíticas* (**Fig.7.48: 3**): un núcleo informe de cuarcita y una lasca de descorticado con talón liso también de cuarcita (ESTRADA GARCÍA 2000c: ficha nº33).

Si bien los conjuntos líticos referidos constituyen materiales poco expresivos respecto a las actividades desarrolladas por las personas que los produjeron, o incluso sobre su cronología, el análisis contextual de estos materiales arroja ciertas notas e interés. Así, la primera consideración que se puede realizar al comprobar el tipo de localizaciones en las que aparecen y su entorno, es que este conjunto de materiales aparecen recurrentemente ligados a espacios de pastos surcados por vías de comunicación, que además aparecen profusamente monumentalizados mediante túmulos megalíticos.

Lamentablemente, las evidencias funerarias de estos primeros pobladores son las mejores evidencias arqueológicas, casi únicas, acerca del poblamiento de estos grupos en el área montañosa cantábrica. Dada su elevada movilidad, es presumible pensar en establecimientos temporales erigidos con materiales perecederos en la cercanía de los espacios productivos. A la luz de algunas escuetas evidencias, sería posible contemplar que, en la cercanía de algunas de las manifestaciones megalíticas, se dispusiesen estos tipos de asentamientos. Así lo parecen indicar hallazgos materiales difícilmente caracterizables en lo cronológico, como las dispersiones de materiales al aire libre en El Llano de los Carriles (ARIAS CABAL y PÉREZ SUÁREZ 1992; ONTAÑÓN PEREDO 2003a: 159-160), la Sierra Plana de La Borbolla (ARIAS CABAL y PÉREZ SUÁREZ 1990b; PÉREZ SUÁREZ y ARIAS CABAL 1979) o el macizo de L'Aramo (DE BLAS CORTINA 1996, 2012). Respecto a nuestra zona de estudio, sería presumible considerar que, en algunos de los espacios de pastos en donde aparecen mayoritariamente

localizados los túmulos, pudiese existir alguno de estos establecimientos temporales, tan mal caracterizados aún por la Arqueología cantábrica. Sin duda alguna, el referente mejor caracterizado lo constituyen las excavaciones conducidas por Agustín Díez Castillo (1996, 1996-1997, 2008) en el conjunto de Peña Oviedo, en la comarca cántabra de Liébana, donde han sido identificadas un conjunto de monumentos tumulares junto a estructuras de ocupación datables en el Neolítico final/Calcolítico, así como un abrigo cercano –La Calvera– con niveles que se pueden remontar al Mesolítico.

### 7.2.3. Registros paleoambientales

Con el desarrollo de la producción de alimentos y la extensión de la agricultura y la ganadería como formas básicas para la subsistencia, la capacidad de los grupos neolíticos de intervenir y transformar el medio que les rodeaba se vio acrecentada. Por ello, la atención a registros paleoambientales como las secuencias paleopalinológicas recuperadas en contextos naturales resulta una herramienta extremadamente útil para analizar las relaciones que se establecían en un momento dado entre los grupos humanos y su entorno. Así, contamos para el área de estudio con secuencias palinológicas con datos para el Neolítico en el Lago de El Valle (Somiedu) y la Laguna de La Mata (Cabrillanes). Además, es importante considerar las secuencias de la Laguna del Castro (Villaseca, Villablino) y de la turbera de La Molina, pues se encuentran en los márgenes del área de estudio. Este repertorio abre una ventana aceptable a través de la cual asomarse al paleoambiente de este territorio durante el Neolítico, pues ofrecen lecturas diversas y proceden de zonas de alta montaña –Lago de El Valle, Laguna de La Mata y Laguna del Castro– y de media montaña –La Molina–, lo que me permitirá tener una visión geográfica mínimamente amplia para calibrar la variedad de relaciones que los grupos neolíticos establecieron con su entorno.

El Lago de El Valle<sup>72</sup> es el mayor de los Lagos de Saliencia (Somiedu). Está situado en la cabecera del valle homónimo a 1.570 msnm, abriéndose bajo él un amplio valle orientado al Norte con un perfil en “U” característico de los relieves glaciares protagonistas de la orografía de esta área. El estudio inicial de la secuencia polínica que contenían los sedimentos lacustres fue realizado por McKeever (1984), mientras que las dataciones en las que descansaba su estudio serían posteriormente revisadas (ALLEN *et al.* 1996: 142, tabla 4b)<sup>73</sup>. El registro obtenido conserva una amplia secuencia que arranca desde finales del Pleistoceno –hacia el 20000 BP– y cubre sin hiatos todo el Holoceno (**Fig.5.9**).

<sup>72</sup> El Lago de El Valle ha sido a veces erróneamente denominado Lago del Ajo en la literatura científica, lo que ha generado cierta confusión respecto a su localización (MUÑOZ SOBRINO *et al.* 2003: 33).

<sup>73</sup> Al no haber podido consultar la tesis doctoral de McKeever (1984), me baso en los datos referenciados en publicaciones posteriores que recogen y discuten el estudio original (ALLEN *et al.* 1996; CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012; LÓPEZ MERINO 2009; MUÑOZ SOBRINO *et al.* 1997; PEÑALBA GARMENDIA 1994).

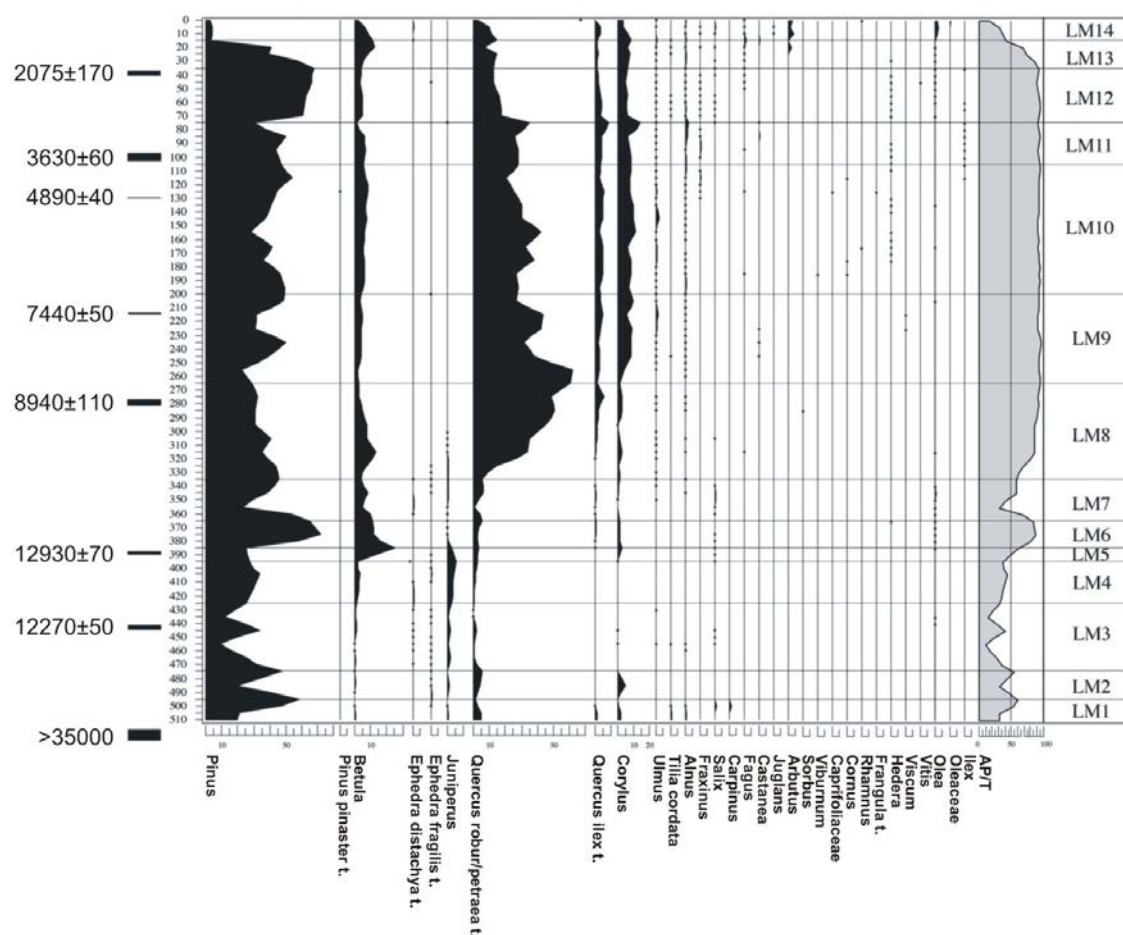


Fig.7.49: Diagrama del espectro polínico arbóreo de la Laguna de La Mata (JALUT *et al.* 2010).

A comienzos del Holoceno se observa una recuperación significativa de la masa arbórea, con una importancia destacada para el género *Pinus*. Paulatinamente, la suavización definitiva del clima durante el Holoceno propicia la reducción de la extensión de los pinares durante los milenios sucesivos, al desencadenarse una sucesión ecológica que favorecería la extensión progresiva de formaciones termófilas de abedulares, robledales y finalmente formaciones mixtas con avellanos. Esa suavización del clima holoceno se constata por la presencia constante de *Ulmus*, *Alnus* y *Fraxinus* a partir del II milenio cal a.C.

Hacia el 5000 cal a.C. se observa el punto álgido en la extensión del bosque (ALLEN *et al.* 1996: 144). De entonces en adelante, se asiste a una disminución mínima pero progresiva de la cubierta forestal, mientras se percibe una reducida pero constante presencia de formaciones de matorrales, entre las que destaca el peso de los taxones de *Ericaceae*. La secuencia no refleja una deforestación acusada, ni existen evidencias de cereales u otros taxones domésticos durante estos primeros milenios de la Prehistoria reciente, como sí sucede en otras partes de la Cordillera Cantábrica (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006). Los estudios que discuten la secuencia no asumen una incidencia antrópica significativa hasta una fecha tan tardía como el I milenio cal a.C. (ALLEN *et al.* 1996: 145; LÓPEZ MERINO 2009: 50, 228; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006: 7; SÁNCHEZ-PALENCIA *et al.* 2011). No obstante, la continuidad en la curva del

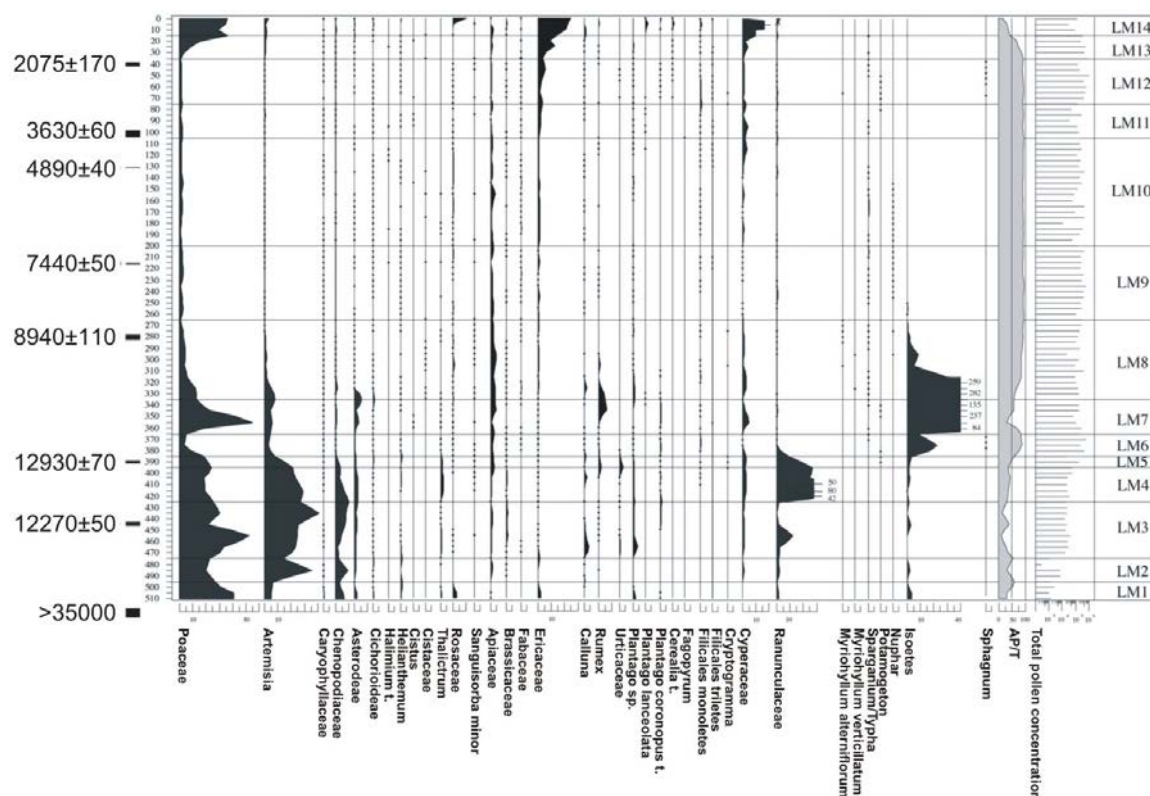


Fig.7.50: Diagrama del espectro polínico herbáceo de la Laguna de La Mata (JALUT *et al.* 2010).

género *Ericaceae* a lo largo del Holoceno medio y la mínima presencia de *Plantago* sp. y *Rumex* tipo paralela a la disminución de la extensión de los pinares, me llevan a plantear la posible presencia de actividades ganaderas en el entorno –quizá no inmediato– del Lago de El Valle. En este entorno contamos además con algunos monumentos megalíticos ubicados en zonas pastoriles, como el dolmen del Canto sobre'l Augua y los túmulos del Collau de La Paredina y del Chano Las Meriendas (ESTRADA GARCÍA 2000b: fichas nº22, 23 y 24, respectivamente).

La Laguna de La Mata –también denominada Laguna de El Miro– se encuentra en la cuenca hidrográfica del río Sil y se localiza al Oeste de la localidad de Vega de Viejos (Cabrillanes) a una altitud de 1.500 msnm. Su formación se relaciona con el retroceso de los hielos al término del último máximo glaciar. De esta laguna disponemos de una columna polínica de 5,32 m obtenida en su área central, que ha sido muestreada cada 5 cm (BELET 1993; JALUT *et al.* 2010) (**Figs.7.49 y 7.50**). Del análisis de la secuencia de la Laguna de La Mata podemos inferir observaciones valiosas –y con gran resolución temporal– sobre la paleovegetación del territorio circundante durante varios milenios y el impacto antropizador que ejercieron los grupos humanos en esta zona de la vertiente meridional del área de estudio a partir del Neolítico. Su estudio y análisis fue publicado en conjunto con una columna de similares características y extensión cronológica obtenida en La Laguna del Castro (Villasaca, Llaciana), apenas a 5 km de La Mata (JALUT *et al.* 2010), que se sitúa a 1.310 msnm. A pesar de que esta laguna queda fuera del área de estudio, sirve de apoyo y complemento a los datos que ofrece la secuencia de La Mata.



Tras la retirada de los hielos al término de la última glaciación, se observa una importante extensión del bosque en el entorno de la Laguna de La Mata, conformado por pinos, abedules y robles. Del 9550 cal a.C.<sup>74</sup> en adelante irán apareciendo progresivamente nuevas especies arbóreas como avellanos y olmos, seguidos poco después por alisos o fresnos, mientras que aumentará ligeramente la importancia de los robledales. Hacia el 6550 cal a.C. se observa un máximo para la expansión del bosque, que dará paso durante el resto de la secuencia a un progresivo descenso en su relación específica frente a la vegetación no arbórea. Tanto aquí, como en la cercana Laguna del Castro destaca el protagonismo del género *Pinus* entre las especies arbóreas, y prevalecerá a grandes rasgos a lo largo del Holoceno (JALUT *et al.* 2010: 343).

En los niveles 214-215 de La Mata (fechados hacia el 5750-5650 cal a.C.) se identifican los indicadores antrópicos más tempranos, con el inicio de la presencia continuada de las especies ericáceas y una caída de las especies del género *Quercus*. Se observan incrementos de la presencia de *Ericaceae* y *Calluna*, así como la presencia regular de *Plantago*, *Chenopodiaceae* y *Artemisia*, además de pólenes ocasionales de *Cerealia* (JALUT *et al.* 2010). Este tipo de datos tempranos han sido tradicionalmente considerados prueba de actividades antrópicas no relacionables aún con el desarrollo de fórmulas de subsistencia neolíticas (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010; MUÑOZ SOBRINO *et al.* 2005), por lo que deberíamos considerarlas quizá como muestras de las frecuentaciones de estos espacios altimontanos por parte de grupos mesolíticos.

Alrededor del 3450 cal a.C. se observa un descenso notable de los pólenes de *Quercus* frente al mantenimiento del peso específico de los pinos. En paralelo, se consolida la presencia de *Cerealia* –lo cual es ligeramente más evidente en la secuencia de La Laguna del Castro (JALUT *et al.* 2010: 338)– y la extensión del monte bajo, compuesto fundamentalmente por *Ericaceae* y *Calluna*.

La leve aunque progresiva disminución de la cubierta arbórea que se percibe a lo largo de los VI-III milenios cal a.C. afecta, sobre todo, a los porcentajes de la presencia de *Quercus* y no a los pinos, lo que se puede relacionar con una incidencia en la extensión del monte bajo, los espacios agrícolas y ganaderos a costa fundamentalmente de las masas de *Quercus*. Así, estos procesos deforestadores se desarrollarían en un primer momento en las zonas más bajas, mientras los pisos alpinos a mayor altitud permanecerían en buena medida cubiertos por pinares (LÓPEZ MERINO 2009: 50-51).

A la vista de los datos de esta secuencia, los indicadores palinológicos muestran un impacto antrópico limitado entre el 5750 y el 2550/2050 cal a.C., que se correspondería con buena parte del Neolítico. Esta observación concuerda con las observaciones derivadas del estudio de otros registros en el NW ibérico (LÓPEZ

<sup>74</sup> La cronología de las secuencias analizadas en las lagunas de La Mata y El Castro ha sido tomadas de la publicación de sus resultados (JALUT *et al.* 2010: 335, tabla 1). Dicho trabajo ofrece las fechas calibradas expresadas en años calibrados antes del presente, que aquí transformo en años calibrados a.C.

MERINO 2009; MARTÍNEZ CORTIZAS *et al.* 2009), como también se observa en el Lago de El Valle (Somiedu). En este sentido, las secuencias obtenidas en las lagunas de La Mata y El Castro muestran un primer reflejo de esa presión antrópica temprana en los registros paleoambientales a partir del 5050 cal a.C., que se acelera en el III milenio a.C. Entonces se produce un incremento en los valores de *Ericaceae*, como se observa en los niveles 97,5-102,5 de La Mata (1974 cal a.C.).

El género *Pinus* empieza a perder peso específico en la secuencia de La Mata a partir del 2550 cal a.C. (nivel 75), mientras se observa una extensión progresiva y continuada del monte bajo. Esto nos hablaría, quizá, de una extensión o profundización de los trabajos de apertura de pastizales para su aprovechamiento ganadero en zonas más altas a finales del Neolítico. Podríamos interpretar así que la presión agrícola y ganadera se centraría en un primer momento del Neolítico en la apertura de espacios de cultivos y pastizales para el ganado doméstico en zonas a menor altura, donde tales actividades incidirían fundamentalmente en formaciones boscosas de hoja caduca compuestas por especies del género *Quercus*. Sin embargo, a finales del Neolítico la presión ganadera iría en aumento y se trasladaría a mayores altitudes, donde los grupos comenzarían a deforestar espacios cubiertos por pinares. Estas observaciones contrastan con el tardío o tenue impacto antrópico que veíamos en el entorno del Lago de El Valle, situado apenas a una decena de kilómetros del otro lado del eje axial de la Cordillera Cantábrica.

Por último, disponemos de un último estudio con interés para esta escala de análisis, a pesar de su localización unos kilómetros más allá del límite del área de estudio en dirección Noroeste. Se trata de la turbera de La Molina o del Alto de La Espina (Salas), situada a unos 650 msnm. Su secuencia ha sido recientemente estudiada (LÓPEZ MERINO 2009: 133-167) y publicada (LÓPEZ MERINO *et al.* 2011, 2014; MARTÍNEZ CORTIZAS *et al.* 2013). La consideración de esta secuencia resulta especialmente interesante como contraste frente a los registros de alta montaña que he presentado anteriormente, pues su localización y su entorno responden a un contexto geográfico encuadrable en la media montaña. Esto nos permite extraer informaciones útiles para analizar las secciones más bajas del área de estudio, que comparten a grandes rasgos las características de La Molina.

Aquí, los rastros más antiguos de antropización nos remiten a los momentos en los cuales se produciría la transición entre el Mesolítico y el Neolítico. Así, a partir de la segunda mitad del VI milenio cal a.C. disminuye la superficie arbolada, en la que si bien inicialmente predominaba el género *Quercus*, pronto compartirá el protagonismo con los avellanos. En esta progresión, aparecen en la columna pólenes relacionadas con actividades ganaderas, como *Plantago lanceolata* tipo y *Plantago major/media* tipo, además de hongos coprófilos (*Sordaria* y *Sporormiella*) que indicarían el desarrollo local de actividades pastoriles hacia el 5200 cal a.C. No obstante, será hacia fines del V milenio cal a.C. cuando se detecte la presencia esporádica de pólenes de cereales, que reflejarían más bien una agricultura regional, no desarrollada en las inmediaciones de esta turbera (LÓPEZ MERINO 2009: 158-159). Esas pri-

meras evidencias de actividades agrarias desarrolladas en el entorno de la turbera de La Molina –ca. 4000 cal a.C.– podrían haber estado protagonizadas por los mismos grupos humanos que construyeron en sus cercanías los numerosos monumentos megalíticos que se encuentran en aquel territorio, como las necrópolis tumulares de Bodenaya, La Cueva, Sierra d’Idarga, L’Altu Calabazos, Penausén y La Espina, en el municipio de Salas (RODRÍGUEZ OTERO Y CAMINO MAYOR 1989: fichas nº4, 13, 20, 36, 39 y 52, respectivamente) –de entre las cuales ha sido excavado el túmulo de Penausén I (DE BLAS CORTINA 1978)– así como la necrópolis de la Sierra de Tineo (SÁNCHEZ HIDALGO y MENÉNDEZ GRANDA 2001: ficha nº73).

Durante el III milenio cal a.C. las dinámicas de antropización permanecen sin grandes cambios, con evidencias episódicas de agricultura y pruebas más fuertes de pastoreo que se evidencian, sobre todo, con la extensión de *Ericaceae* y la presencia relativamente constante de diferentes variedades de *Plantago*. Además, se produce un ensanchamiento en la diversidad del espectro polínico presente en la columna, lo cual indicaría la generación de un paisaje agrario más variado.

Al comparar la lectura de la secuencia polínica de La Molina con las que disponemos en áreas de alta montaña para el área de estudio, el principal rasgo diferenciador es la identificación de formas de subsistencia productoras de alimentos en momentos más tempranos que en secuencias como las del Lago de El Valle o las lagunas de La Mata y El Castro. Esta diferenciación, con un primer impacto antropizador en zonas costeras o de media montaña se confirma al considerar otros registros paleoambientales de la región occidental cantábrica (LÓPEZ MERINO 2009; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006), con evidencias tempranas de pastoreo a finales del VI milenio cal a.C. en Monte Areo (Xixón/Carreño), así como de actividades agrícolas en la primera mitad del V milenio cal a.C. (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010).

#### 7.2.4. Síntesis

Los datos manejados en relación con el Neolítico para esta segunda escala territorial de análisis ofrecen diversos problemas que limitan las posibilidades para construir narrativas densas acerca de la cotidianeidad de los grupos que habitaron el área de estudio. Como he presentado en los apartados precedentes, las evidencias disponibles están formadas por una serie de elementos arqueológicos –túmulos y conjuntos de materiales líticos en superficie– que ofrecen cierta incertidumbre respecto a su efectiva adscripción cronológica al Neolítico, pues bien podrían relacionarse igualmente con la Edad del Bronce. Por otro lado, la representatividad de estos restos ofrece ciertos desequilibrios, pues el grueso de los yacimientos conocidos se corresponde con monumentos megalíticos de carácter funerario, mientras que carecemos de datos referentes a contextos habitacionales si exceptuamos los enclaves excavados en Vigaña. Además, la distribución de estos elementos no es homogénea, ya que la vertiente meridional del área de estudio a escala intermedia no cuenta con túmulos que hayan sido identificados hasta la fecha.

Pese a estos problemas, la consideración de los megalitos y de los conjuntos líticos en superficie identificados en el área de estudio me sirve para explorar las formas de vida de los grupos neolíticos y las dinámicas sociales y subsistenciales que actuarían en la conformación de los paisajes culturales del Neolítico. Con este objetivo, el conocimiento directo del territorio analizado, el escrutinio de los datos proporcionados por los estudios paleoambientales, así como la atención a los estudios etnográficos de las comunidades campesinas preindustriales que habita(ba)n este territorio, me sirven de soporte para generar una serie de hipótesis interpretativas.

Las características formales, las localizaciones y los entornos en los que se sitúan los megalitos –a pesar de las limitaciones de este tipo de muestra– suponen una vía provechosa para reflexionar acerca de la monumentalización de los espacios productivos en estas montañas, de uso eminentemente ganadero. Así, vemos cómo la gran mayoría de estos monumentos aparecen en localizaciones ligadas con los movimientos a través de estas montañas, que en buena medida parecen coincidir con las lógicas del tránsito asociado con actividades pastoriles estacionales. En este sentido, la construcción de los megalitos en estos espacios privilegiados para la ganadería podría ser contemplada como una intervención cultural directa en la modelación del territorio. Estas nuevas actitudes se desarrollarían de la mano del nuevo modelo productivo itinerante agrícola y ganadero que condicionará los procesos de construcción social de los paisajes culturales del Neolítico.

Por un lado, estas consideraciones contemplan una vertiente física de ese modelado, con la erección de verdaderos hitos bien visibles en las sierras relacionados con cierto tipo de localizaciones (vías naturales de tránsito, asentamientos estacionales en altura, principales espacios de pasto, puntos de aprovisionamiento de agua, zonas de encuentro con grupos vecinos, etc.). En estos puntos, los monumentos materializarían discursos o narrativas relacionables, quizá, con la apropiación de estos espacios por parte de los grupos, o con la fijación de tradiciones orales o regulaciones que dictasen los parámetros que organizarían el aprovechamiento de estos espacios. Pero además, la propia acción de erigir megalitos y reconocer su importancia en lo sucesivo contendría una importante carga simbólica, en cuanto a que estos elementos naturalizarían y reproducirían las nuevas relaciones culturales, productivas y emotivas que se establecerían entre los grupos neolíticos y su entorno en este nuevo régimen de vida.

Al mismo tiempo, el análisis de las manifestaciones megalíticas o de las estaciones donde se han recuperado materiales líticos en superficie me permite llenar de puntos un mapa mudo del área de estudio. No obstante, esta imagen gana en profundidad y en matices narrativos al considerar la antropización progresiva del territorio a partir de este período como segundo factor clave en la comprensión de los paisajes culturales del Neolítico. Como consecuencia del desarrollo de la agricultura, y especialmente de la ganadería, los seres humanos y sus rebaños generarían –directa o indirectamente– modificaciones en la cubierta vegetal. Estos cambios pueden ser analizados a través de los registros paleoambientales disponibles para este

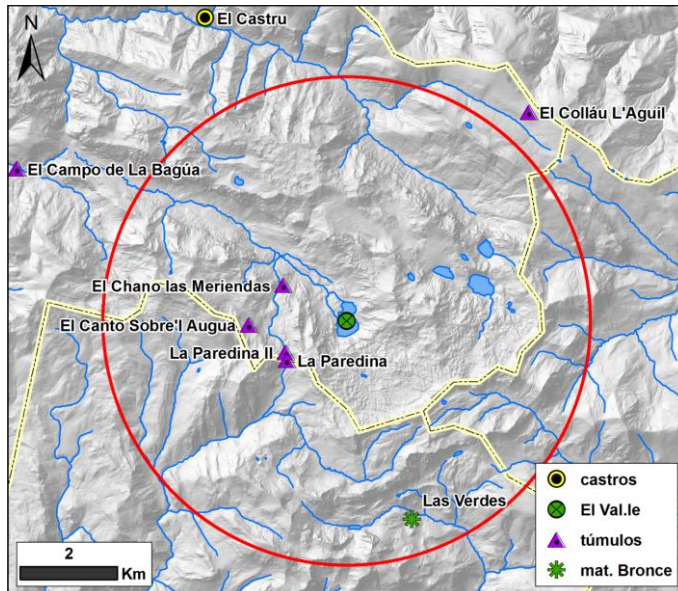
territorio. En este sentido, los estudios paleopalinológicos disponibles nos muestran tenues impactos antrópicos sobre el entorno de las zonas origen de estas muestras. Así, el tímido inicio de procesos de matorralización y de retroceso del bosque, la presencia de plantas ruderales o de hongos coprófilos se vincularían a la extensión de las formas neolíticas de subsistencia desde el Holoceno medio (a partir del 5500 cal a.C.).

No obstante, el análisis comparado de los datos paleoambientales disponibles para el área de estudio muestra una diversidad regional en los tiempos y en la intensidad con la que se extendieron las formas de vida que caracterizan al Neolítico. Así, las zonas de media montaña en el extremo Norte de este territorio asistirían a un desarrollo más temprano de la ganadería y la agricultura, mientras que la antropización sería más tardía en los espacios de alta montaña en la divisoria de la Cordillera Cantábrica. Además, en las zonas más elevadas los procesos antropizadores seguirían diferentes pautas según los diferentes espacios, lo que nos habla de dinámicas antropizadoras diferenciadas a escala local según las diferentes sierras o valles. Esta consideración debe ser enlazada con el carácter local de los registros paleopalinológicos, en los que los procesos de deposición y sedimentación de los pólenes reflejan fundamentalmente procesos locales (RUIZ ZAPATA *et al.* 1996a: 217; VICENT GARCÍA *et al.* 2010: 541) –especialmente en lo concerniente con la agricultura cerealícola (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a)–, y además dinámicas regionales, aunque en este sentido intervienen factores no fácilmente mensurables, como el alcance en la dispersión del polen de diferentes taxones o los vientos dominantes, cuyo peso específico no puede ser calibrado con estudios concretos.

Una primera inferencia posible a la vista de estos datos sería considerar una baja densidad demográfica en este período, que conllevaría una presión antropizadora baja y poco constante sobre las zonas más altas de estas montañas. Además, podemos ver cómo esa presión cambia ligeramente con el tiempo, pues si bien las primeras evidencias de antropización continuada en el territorio arrancan desde el V milenio cal a.C. en zonas bajas como el entorno de la turbera de La Molina, en zonas más altas como los entornos de la Laguna de La Mata o del Lago de El Valle se retrasan ligeramente en el tiempo hasta el IV-III milenio cal a.C. Más allá de esto, tales diferencias temporales en la percepción de las primeras trazas de las comunidades neolíticas en el territorio podría deberse de hecho con los diferentes ritmos que seguiría la extensión de las nuevas formas de vida entre las comunidades humanas que habitarían el territorio (ARIAS CABAL *et al.* 2000). Así, en vez de pensar en vacíos poblacionales, podríamos manejar la opción de la persistencia durante algunos siglos de los modos de vida cazadores-recolectores del Mesolítico en ciertas zonas o su baja ocupación en las primeras fases de la neolitización considerando una baja demografía para las poblaciones cantábricas.

Los patrones de distribución de los megalitos, su análisis locacional y la consideración de sus entornos me lleva a reseñar un protagonismo central de la ganadería en la configuración de los modos de vida, los procesos de antropización, los





**Fig.7.51:** Ubicación del depósito paleoambiental del Lago de El Valle (Somiedu) con indicación de yacimientos arqueológicos en su entorno y buffer de 5 km de radio.

patrones de poblamiento y las relaciones sociales intra e inter-comunitarias de los grupos neolíticos en el área de estudio a escala intermedia. Así, los datos presentados permiten valorar la gran importancia de los espacios pastoriles de altura para estos grupos. Por ello, la comprensión de estos paisajes altimontanos ha de fundamentarse en analizar en conjunto la relevancia cultural del megalitismo, junto al estudio de los patrones de antropización de la alta montaña a partir de los registros paleoambientales.

Igualmente, las evidencias disponibles me llevan a considerar el carácter menos destacado de la agricultura en los modos de subsistencia de las comunidades neolíticas del área de estudio, especialmente en las zonas con una altitud media más elevada. No obstante, soy plenamente consciente de que quizá esta observación esté condicionada por el limitado peso de los cereales en registros polínicos de esta escala territorial de análisis como los del lago de El Valle o las lagunas de La Mata y El Castro, que hay que recordar se sitúan a unas altitudes respectivas de 1.570, 1.500 y 1.310 msnm. Sin embargo, debido a la significativa verticalidad del relieve, en radios inferiores a los 5 km lineales desde estos lugares encontramos espacios propicios para la agricultura extensiva en torno a los 1.000 msnm (**Fig.7.51**). Por ello, si consideramos el régimen itinerante de las formas de poblamiento de estas comunidades y su alta movilidad, creo posible contemplar la existencia de prácticas agrícolas a pequeña escala en las zonas bajas de estas áreas de alta montaña, que quizá no dejarían señales contundentes en las secuencias antes presentadas.

Más aún, la dispersión y la escasa producción polínica de los cereales limitan que la existencia de estos cultivos se vea reflejada en los espectros polínicos de una determinada columna polínica, incluso cuando el área de cultivo estuviera cercana a la zona de muestreo (LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2003a: 24). Así, algunos autores han demostrado que la ausencia de pólenes de *Cerealia* en espectros polínicos no determina la inexistencia de actividades agrícolas, ya que se suelen observar retardos en los registros polínicos de tales prácticas relacionadas con la lejanía de las zonas cultivadas o el efecto «filtro» que generaría una extensa cubierta forestal (cf. BERGLUND 1985: 78).

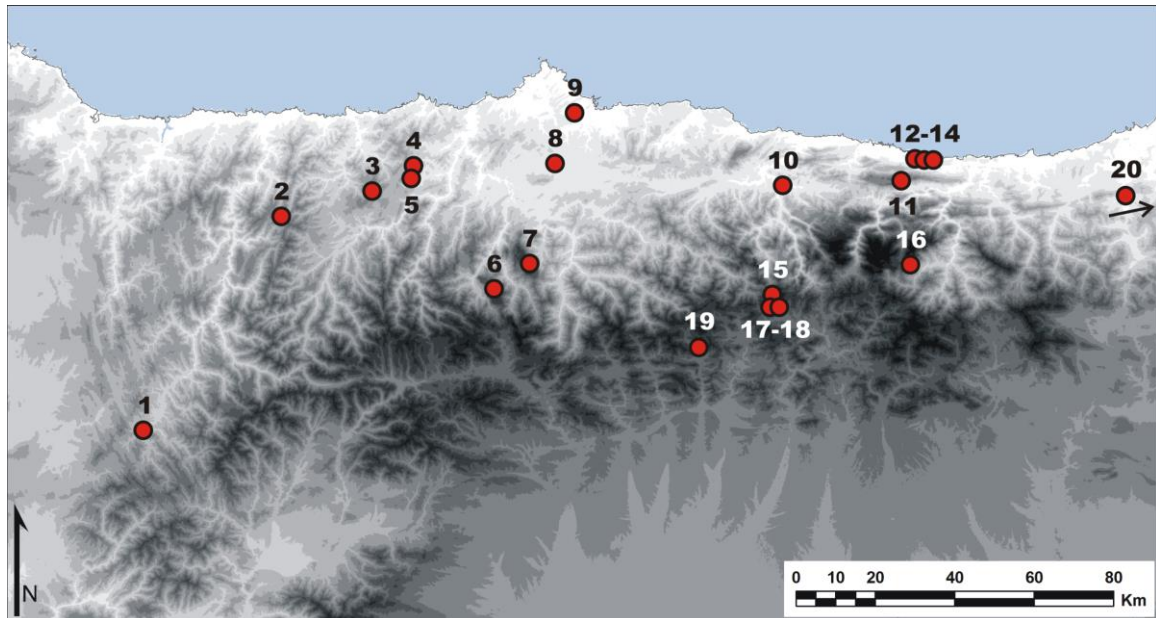
Para cerrar esta recapitulación final de las informaciones disponibles para el área de estudio, creo pertinente contrastar los datos disponibles a este segundo nivel de análisis territorial con las evidencias recuperadas en el transcurso de las in-

tervenciones realizadas en el entorno de Vigaña. Esta simple comparación nos permite reconocer la existencia de datos referentes a espacios productivos y asentamientos neolíticos que han sido identificados a través del desarrollo de un programa investigador que parte de la Arqueología del Paisaje como marco teórico-metodológico y que no desprecia las potencialidades del registro *off-site*. Así, creo que la contextualización a una escala superior de aquellos datos y su contrastación con las evidencias disponibles para la comarca de Babia o el valle del Pigüña ponen en valor la pertinencia de perfeccionar a la luz de la experiencia los métodos puestos en práctica en el caso de estudio a escala micro, y de reproducir en nuevos escenarios tales procedimientos investigadores. Queda claro que la vía de trabajo planteada en Vigaña supone un itinerario atractivo para proseguir y amplificar las investigaciones sobre el Neolítico en las montañas cantábricas, de un modo análogo a experiencias previamente desarrolladas en esta dirección (e.g. DÍEZ CASTILLO 1996-1997). De este modo, podremos densificar los datos referentes a este período, para lograr emitir valoraciones más detalladas a las preguntas de investigación.

### 7.3. Las dinámicas antropizadoras en el sector occidental de la Cordillera Cantábrica durante el Neolítico

Con el desarrollo del Neolítico se observan las primeras trazas de la presencia humana continuada en las zonas altimontanas del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica, si atendemos a las evidencias arqueológicas y paleoambientales disponibles. Es entonces cuando las primeras comunidades ganaderas y agricultoras comenzaron a frecuentar con mayor asiduidad estos espacios elevados, que hasta entonces sólo habrían recibido visitas puntuales de los grupos cazadores-recolectores. Según las tesis tradicionales, los grupos mesolíticos únicamente habrían frecuentado estas montañas episódicamente, tal y como manifiestan las evidencias disponibles en algunos yacimientos localizados a altitudes significativas, como el abrigo de La Calvera (Liébana, Cantabria) (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 81-88) o las cuevas de El Espertín (Burón) y La Uña en León (BERNALDO DE QUIRÓS y NEIRA CAMPOS 1992; NEIRA CAMPOS *et al.* 2006), además del excepcional hallazgo de los cadáveres de dos hermanos mesolíticos recuperados en la sima de La Braña-Arinteros (Valdelugeros, León) (OLALDE *et al.* 2014; VIDAL ENCINAS y ENCINA PRADA 2010; VIDAL ENCINAS *et al.* 2008) (**Fig.7.52**). Pero el desarrollo de nuevas investigaciones permite replantear tales consideraciones y asumir quizá una mayor presencia de los grupos cazadores-recolectores del tardiglaciario y primeros momentos del Holoceno.

En general, las investigaciones recientes ponen de manifiesto que grupos arqueológicos como el Asturiense –íntimamente ligado a las zonas costeras– no serían las únicas manifestaciones postazilienses del Mesolítico cantábrico, y que, efectivamente, las zonas montañosas del interior cantábrico y el piedemonte



**Fig.7.52:** Fig.Yacimientos citados en este capítulo. 1: Cueva de Valdavara. 2: Sierra de Carondio. 3: Necrópolis Sierra de Tinéu. 4: Necrópolis de Bodenaya. 5: Necrópolis de Penausén. 6: Sierra de La Sobia. 7: L'Aramo. 8: La Torca'l Arroyu. 9: Monte Areo. 10: Dolmen de la Capilla de Santa Cruz. 11: Cueva de Arangas (Cabrales). 12: Sierra Plana de la Borbolla. 13: Llano de Los Carriles. 14: Abrigo de Mazaculos II. 15: Túmulo del Puerto de Ventaniella. 16: Conjunto de Peña Oviedo/La Calvera. 17: Cueva de El Espertín. 18: Cueva de La Uña. 19: Esqueletos de La Braña-Arintero. 20: Cueva de El Mirón.

meseteño acogerían poblaciones cazadoras-recolectoras –al menos estacionalmente– a partir del interestadio climático cálido Bølling-Allerød (GALLEGO LLETJÓS 2013: 301, 305-306; GONZÁLEZ MORALES *et al.* 2004; MARÍN ARROYO 2009; STRAUS Y GONZÁLEZ MORALES 2003). Entre otros ejemplos, cobran valor los resultados derivados de las prospecciones en diferentes comarcas interiores de Cantabria que han ofrecido numerosas estaciones mesolíticas, algunas a altitudes significativas (MUÑOZ FERNÁNDEZ Y RUIZ COBO 2010; RUIZ COBO Y FERNÁNDEZ IBÁÑEZ 2006; RUIZ COBO *et al.* 2007), así como la revalorización de los datos disponibles para los niveles epipaleolíticos/mesolíticos previamente conocidos en estos territorios elevados.

En esta línea, las investigaciones desarrolladas en las últimas dos décadas en otras zonas de montaña del continente europeo están reconociendo una presencia cada vez más importante de los grupos cazadores-recolectores del tardiglaciario en medios alpinos y sudalpinos (e.g. CURDY 2007: 103-104; GASSIOT BALLBÈ *et al.* 2010: 35-36; MONIN *et al.* 2010; TZORTZIS *et al.* 2008), lo que reforzaría la consideración de tal posibilidad para las montañas del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica. Por ello, debemos permanecer abiertos a la opción de que, efectivamente, esta zona estuviese poblada durante el Mesolítico a altitudes sorprendentes, siendo foco de atracción estival para grupos cazadores-recolectores.

No en vano, el impacto de los grupos cazadores recolectores en su entorno es un aspecto difícil de evaluar a la luz de estudios paleobotánicos (ROWE Y KERSHAW 2008: 434), por lo que sería probable contemplar la presencia de grupos en espacios altimontanos sin que exista un correlato de sus actividades en las abundantes secuencias palinológicas recuperadas en contextos lacustres y turberas de la Cordillera

Cantábrica. No en vano, los paisajes de los grupos cazadores-recolectores han sido caracterizados en ocasiones como «paisajes ausentes» (CRIADO BOADO 1993a: 23) por la marcada pasividad de los grupos respecto a su entorno, aunque inmediatamente se reconocen situaciones de incidencia activa de estos grupos en la naturaleza, con clareos del bosque para generar espacios propicios para la caza, o incluso intervenciones involuntarias en medios aparentemente prístinos como la selva amazónica que favorecerían el crecimiento de determinadas especies vegetales de las que se recolectarían sus frutos (e.g. POLITIS *et al.* 1997). Por lo tanto, pese a que es a partir del Neolítico cuando los seres humanos comienzan a incidir significativamente en el medio a través de sus actividades productivas, no debemos descartar la existencia de antecedentes en el aprovechamiento de los recursos disponibles en estas zonas altimontanas durante el Mesolítico.

Con estas advertencias en consideración, y a la luz de los datos aportados en relación con los niveles territoriales de estudio a escala micro e intermedia, mi objetivo en los epígrafes que siguen es contextualizar las discusiones previamente esbozadas en la escala superior de análisis geográfico. En este sentido, retomaré las observaciones planteadas para el caso de estudio del entorno de Vigaña, así como los territorios del valle del Pigüena y la comarca de Babia, para trasladar los modelos que podía esbozar en tales escenarios al marco general del sector occidental de la Cordillera Cantábrica. En este espacio más amplio dispondré de nuevos datos e investigaciones previas que complementarán los datos recopilados hasta entonces. Con ello, trataré de completar los modelos anteriormente esbozados y proponer narrativas interpretativas más completas acerca las formas de vida de las comunidades neolíticas en zonas de montaña y los procesos tempranos de antropización del paisaje.

### 7.3.1. Formas de subsistencia

El conocimiento de los modos de subsistencia durante el Neolítico en el área de estudio choca, una vez más, con las limitaciones de las informaciones arqueológicas disponibles. Así, las pruebas directas de las especies vegetales –semillas o macrorrestos vegetales– y animales –restos óseos– que servirían de base para el sustento a estas comunidades constituyen evidencias escasas o directamente inexistentes en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica. Esto debe ser relacionado con la práctica inexistencia de niveles de ocupación neolíticos en el territorio investigado, junto con los problemas de conservación de los restos arqueológicos en relación con las condiciones climáticas y edafológicas en esta región. No en vano, debemos recordar cómo los sedimentos flotados de los sectores de Las Corvas y L'Hortal –incluyendo aquí dos silos subterráneos– en Vigaña no derivaron en la identificación de restos carpológicos o macrorrestos vegetales. Por ello, es necesario utilizar vías alternativas para analizar las formas de subsistencia de los grupos neolíticos en las montañas cantábricas.

Fundamentalmente, cabe recurrir a la comparación con regiones próximas donde sí existen evidencias arqueológicas de este tipo. Tales ejemplos se concentran en la zona costera de las actuales Asturias y Cantabria, al Este del área de estudio, frente a las carencias informativas de este tipo de registros en otras zonas periféricas al territorio aquí investigado, como serían la zona interior de la provincia de Lugo o León (vid. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ 2011). Así por ejemplo, en el entorno extendido del área de estudio disponemos de un pequeño conjunto de restos óseos de La Torca'l Arroyu (Llanera, Asturias) asignables al IV milenio cal a.C. (JORDÁ PARDO *et al.* 2008). Este conjunto aparece en posición secundaria en el interior de un sistema kárstico de la depresión central asturiana al que los estudios geoarqueológicos indican que habrían llegado desplazados desde un asentamiento neolítico al aire libre no localizado (JORDÁ PARDO *et al.* 2007). Los restos óseos recuperados indican la presencia de vaca, oveja y cabra domésticas, aunque lo limitado de la muestra (NR=203) impide realizar mayores consideraciones (JORDÁ PARDO *et al.* 2008: 213). Por su parte, el nivel neolítico A2 de la cueva de Mazaculos II (Llanes, Asturias), a caballo entre el V y el IV milenio cal a.C. [GaK-15221 5050±120 BP; 4226-3634 cal a.C. (95,4%)]<sup>75</sup>, ofrece otra pequeña colección de elementos óseos (NR=381) entre los que se reconoce la presencia de vaca y ovicaprinos domésticos (MARÍN ARROYO y GONZÁLEZ MORALES 2009: 57-58). Por último, recientemente se han iniciado investigaciones en la cueva de Valdavara (Becerreá, Lugo) que ha ofrecido unos pocos restos óseos en un horizonte funerario datado en el último tercio del III milenio a.C., con presencia de restos de ovicaprinos (VAQUERO RODRÍGUEZ *et al.* 2009).

Respecto a los restos carpológicos identificados en yacimientos arqueológicos próximos al área de estudio, de nuevo debemos acudir a referentes demasiado distantes, ubicados predominantemente en zonas bajas bien diferentes a las características montañosas del área de estudio. Así por ejemplo, en la cueva de Arangas (Cabrales) se han identificado restos de avellanas, bellotas, así como granos de cebada desnuda en el nivel D, datado en el IV milenio cal a.C. (ARIAS CABAL *et al.* 2013: 127-130). Tal y como advertía al comienzo del epígrafe, acudir a referentes alejados de las particulares condiciones geográficas y ambientales del área de estudio puede suponer un procedimiento que nos desconecte en exceso de la propia área de estudio. No obstante, es interesante calibrar la presencia efectiva de taxones domésticos en el entorno inmediato y sus cronologías de aparición.

Para superar esta limitación, he optado en lo posible por potenciar la reflexión sobre determinados aspectos de los registros arqueológicos y paleoambientales disponibles en la propia área de estudio que refieran a las formas subsistenciales de los grupos neolíticos en la Cordillera Cantábrica. Algunos de estos temas abren vías indirectas para la generación de hipótesis sobre las fórmulas agrícolas o ganaderas

<sup>75</sup> La fecha radiocarbónica GaK-15221 (5050±120 BP) ha sido calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY Y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013). El resultado ofrece los siguientes rangos de probabilidades: 4226-4204 cal a.C. (0,9%); 4166-4128 cal a.C. (1,5%); 4115-4098 cal a.C. (0,5%); 4076-3634 cal a.C. (92,5%).



desarrolladas por estas gentes. En esta línea, las formas de poblamiento, los patrones de territorialidad y las fórmulas de movilidad de estas comunidades nos ofrecen un marco de partida fundamental para conocer el régimen de vida de estas comunidades, pues estos aspectos condicionan las formas de subsistencia desplegadas en estas montañas. Las herramientas empleadas en las tareas agrarias o en el procesamiento de los alimentos constituyen también evidencias de interés. Además, las secuencias polínicas recuperadas en contextos naturales ofrecen lecturas sobre la cobertura vegetal del territorio, donde se pueden identificar la presencia/ausencia de cultivos o la extensión de los terrenos aptos para las actividades pastoriles.

Los grupos neolíticos desarrollarían un régimen de vida itinerante condicionado por las posibilidades de aprovechamiento que brinda este territorio montañoso. Como planteaba anteriormente, las tecnologías agrarias disponibles en esta época orientarían su agricultura hacia un régimen extensivo centrado en los cultivos de tala y quema. Esta técnica de cultivo resulta bien conocida por multitud de estudios etnográficos y etnohistóricos, y su empleo ha sido constatado en localizaciones diversas de todo el planeta por parte de comunidades preindustriales diversas (OTTO y ANDERSON 1982; ROOSEVELT 2013; SMERDEL 2014). Especialmente interesantes resultan algunos estudios experimentales que han demostrado la eficiencia de esta forma de cultivo, con rendimientos sorprendentemente altos (REYNOLDS 1977; RÖSCH *et al.* 2004).

A pesar de que la mayoría de los estudios referentes a la agricultura de tala y quema se refieren a espacios tropicales como las selvas del Sudeste asiático o la Amazonía, en el área de estudio esta fórmula de cultivo era desarrollada en época preindustrial. Así, en muchas aldeas de la Cordillera Cantábrica era habitual ampliar los terrazgos de cultivo con la apertura mediante quemas de espacios de monte: son los denominados *cavaos*, *sernas*, *rozas* o *borronadas* en los que se plantaban patatas o cereales como el centeno (GARCÍA FERNÁNDEZ 1988: 129-140; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ 1989: 231-232). Esta fórmula permitía aprovechar espacios marginales para una producción agraria ocasional, mientras los espacios más aptos para su aprovechamiento agrícola estaban cultivados de manera intensiva, empleando para ello técnicas de fertilización como el abonado. Sin embargo, durante la Prehistoria reciente la técnica de tala y quema sería puesta en práctica en las zonas más interesantes para la agricultura, como veíamos en Vigaña en el sector de La Sienra.

Los grupos iniciarían los preparativos para instalar sus campos de cultivo con la selección de los terrenos más propicios para estas actividades en áreas soleadas, con una incidencia baja de las heladas primaverales más severas, una orografía llana o con pendientes suaves, suelos ligeros fáciles de trabajar y que no sufrieran encharcamiento... Tales factores limitan por ejemplo los espacios propicios para la instalación de tierras agrícolas en zonas como la del caso de estudio a escala micro, en donde encajarían sectores del entorno de Vigaña como La Sienra, L'Hortal o los tramos con menos pendiente de El Valle'l Pandu. Así, observábamos en estas zonas la existencia de niveles de ocupación o de cultivos datados en el Neolítico (IV-III mile-

nio cal a.C.). Tales factores se ven complementados por otros condicionantes, como la cercanía a zonas propicias para el establecimiento de lugares de poblamiento, en donde concurren además variables como la cercanía a puntos de aprovisionamiento de agua fresca para el consumo humano y de los rebaños domésticos, así como su probable relación con referentes paisajísticos prominentes como podría ser el cerro de El Castru respecto al sector de Las Corvas.

La preparación de los campos de cultivo se iniciaría con la limpieza y la apertura de las nuevas zonas agrarias, despejando superficies cubiertas por árboles o monte bajo para generar los nuevos terrazgos. En el transcurso de estas tareas de desbroce y apertura de claros cobrarían protagonismo el manejo del fuego, así como herramientas características del Neolítico como las hachas líticas pulimentadas (vid. FÁBREGAS VALCARCE 1992). Estos útiles servirían para talar los árboles más delgados, mientras los de mayor porte serían respetados, tal y como se observa en las prácticas agrícolas de diferentes grupos preindustriales (cf. GONZÁLEZ RUIBAL 2003a: 76-78). La vegetación desbrozada se acumularía en montones y se quemaría, distribuyendo luego las cenizas por el terreno roturado. Estas cenizas resultantes de las quemaduras controladas del monte servirían de materia fertilizante para el crecimiento de los cultivos domésticos, tal y como se intuye, por ejemplo, en los análisis de composición química de la UE 010 del sondeo realizado en La Sienra. Estas actividades producirían un claro impacto en la vegetación de las zonas ocupadas por estos grupos, en las que se produciría una disminución de la cubierta arbórea para dejar sitio a los campos de cultivo, tal y como se observa en algunas secuencias palinológicas obtenidas en turberas y contextos lacustres de esta región. También se acrecentaría ligeramente la erosión de las parcelas (SOTO *et al.* 1995), especialmente en las zonas cultivadas en ladera.

Las nuevas tierras serían trabajadas por los grupos neolíticos empleando herramientas como azuelas de piedra pulimentada o palos cavadores realizados con madera endurecida al fuego. Para la recolección se usarían técnicas que no conllevarían la siega de los cereales, sino que muy probablemente las plantas se arrancarían por completo o bien se utilizarían instrumentos como las *mesorias*<sup>76</sup> (ZAPATA PEÑA *et al.* 2004: 303-304), pues apenas existen elementos líticos como los dientes de hoz en el registro del Neolítico en el área cantábrica (GASSIN *et al.* 2010; IBÁÑEZ ESTÉVEZ *et al.* 2008). El empleo de animales de tiro no está constatado en estos momentos, en los que además se alcanzaba una profundidad escasa en el volteo de la tierra durante la preparación de los suelos. Para el Neolítico, las técnicas agrarias disponibles tampoco contemplaban el abonado de los campos ni las rotaciones de cultivos. En este contexto, debemos asumir que los espacios agrarios verían reducida su capacidad de carga y regeneración al disminuir los nutrientes del suelo una vez se obtuviesen un

<sup>76</sup> Las *mesorias* son una herramienta compuesta por un par de palos delgados que sirven para separar las espigas del tallo del cereal. En el segmento asturleonés de la Cordillera Cantábrica eran tradicionalmente empleadas para la recolección de la escanda, variedad de trigo de espiga quebradiza (VV.AA. 2002: 35).

par de cosechas consecutivas. Por ello, este régimen de laboreo agrícola implicaría el abandono periódico de las parcelas durante varios años para esperar por su recuperación, mientras eran trabajados otros espacios agrarios que, tras su desbroce y quema, ofrecían los nutrientes y las condiciones óptimas para la instalación de nuevos cultivos. Así, estas técnicas agrícolas derivan en un aprovechamiento extensivo del territorio, un régimen itinerante de poblamiento y bajas densidades poblacionales.

La diversidad de cultivos identificados para el Neolítico en la península ibérica es una de las más amplias documentadas hasta ahora en la cuenca mediterránea, habiéndose identificado para el área cantábrica, por ejemplo, el cultivo de cuatro cereales diferentes: escanda, espelta, trigo desnudo y cebada antes del 4000 cal a.C., aunque las legumbres están ausentes hasta el momento (PEÑA CHOCARRO y ZAPATA PEÑA 2012, 2014; ZAPATA PEÑA *et al.* 2004: 299). Esta diversidad podría hacernos pensar en pequeñas parcelas en las que se cultivarían diferentes especies para así minimizar los riesgos de perder las cosechas (ZAPATA PEÑA *et al.* 2004: 302-303). No obstante, las evidencias disponibles son aún escasas y se refieren en los casos más próximos al área de estudio a yacimientos en cueva de zonas costeras o valles bajos del Oriente de Asturias, Cantabria y País Vasco (ARIAS CABAL *et al.* 2013; PEÑA CHOCARRO *et al.* 2005; ZAPATA PEÑA 2005, 2007). La presencia de elementos de mollienda en yacimientos arqueológicos, como el fragmento de molino barquiforme recuperado en el nivel de derrumbe que sella la secuencia neolítica de Las Corvas, nos recuerda la presencia y la relevancia de la agricultura cerealícola para estas comunidades neolíticas.

Por su parte, las actividades pastoriles vinculadas a los primeros rebaños domésticos estarían fundamentadas en la búsqueda por parte de los grupos humanos de espacios en donde alimentar el ganado con pastos naturales en las diferentes épocas del año. Así, las personas encargadas del manejo de los animales los conducirían por el territorio siguiendo los ritmos de las estaciones y aprovechando la diversidad ecológica que ofrece este territorio montañoso en relación con las importantes diferencias altitudinales en zonas próximas entre sí. Estos primeros rebaños estarían conformados por animales de diferentes especies, como vacas, cabras y ovejas, entre los que primarían en general los ovicaprinos (ALTUNA y MARIEZKURRENA 2009; LIESAU y MORALES MUÑIZ 2012). Los cerdos también estarían presentes, aunque a veces resulta difícil distinguir sus restos óseos de los jabalís que serían cazados por parte del grupo. Los pastores del Neolítico a buen seguro contarían con la asistencia de perros domésticos –especie presente desde el Paleolítico Superior en el registro arqueológico de esta región (ALTUNA y MARIEZKURRENA 1985; VIGNE 2005)– en el control de los rebaños.

La presión de los rebaños favorecería la apertura progresiva de pastizales frente a las superficies cubiertas por arbolado o monte bajo, sobre todo en los espacios altimontanos. Los grupos también incidirían de forma directa en la construcción de un paisaje favorable al desarrollo de las actividades pastoriles mediante acciones



**Fig.7.53:** La quema periódica de espacios de monte bajo y arbolado es una estrategia frecuente en el manejo actual de pastizales como los del tramo alto del río Sil, por encima de La Cueta (Cabrillanes), para favorecer la expansión de los pastos.

deforestadoras como las quemas controladas. De nuevo el fuego sería un vehículo fundamental para la antropización de estas montañas, que paulatinamente verían modificado su aspecto a través del retroceso y el clareo del bosque (**Fig.7.53**). Estos procesos harían que las praderas alpinas de la Cordillera Cantábrica dominadas por las gramíneas extendiesen su superficie hacia zonas a una altitud inferior a la de su cota natural de aparición gracias a la reducción de las superficies cubiertas por arbolado. Como consecuencia de estos cambios amplificarían su presencia determinadas especies, como las plantas ruderales o los hongos coprófilos.

Con la adopción de la ganadería, los grupos no abandonarían las actividades cinegéticas. Así, en zonas de montaña como la que constituye el área de estudio sería esperable que las comunidades neolíticas siguiesen desarrollando la caza de especies salvajes como la cabra montés, el ciervo o el rebeco, tal y como muestran las colecciones de restos de fauna de innumerables yacimientos de cronología neolítica en la península ibérica (LIESAU y MORALES MUÑIZ 2012) y del área central y oriental cantábrica (ALTUNA y MARIEZKURRENA 2009). De nuevo, los escasos datos disponibles en mi área de investigación impiden fundamentar estas consideraciones en evidencias locales, aunque al acudir a los referentes limítrofes, como El Mirón en la cuenca media del río Asón (Cantabria) (MARÍN ARROYO 2009), las cuevas de Mazaculos II (MARÍN ARROYO y GONZÁLEZ MORALES 2009) y Arangas (ARIAS CABAL *et al.* 2013), en la franja costera asturiana y la sierra prelitoral del Cuera, respectivamente, vemos el peso específico de los cérvidos o el jabalí en los conjuntos arqueozoológicos de los niveles neolíticos.

Tras la asunción de las formas productoras de alimentos en el V milenio cal a.C., sucesivas generaciones de los grupos neolíticos de las montañas occidentales

cantábricas subsistirían en este territorio. Más allá de la parquedad de los datos –o de la exposición simplificadora de sus formas de vida en este capítulo– estas gentes no mantendrían unos modos de vida estáticos ni homogéneos durante los largos dos/tres milenios. El Neolítico no sería una fase inmutable en términos cronológicos o geográficos. Así, ya la propia adopción de la economía productora sería muy probablemente un proceso que se prolongaría en el tiempo, con posibles arranques precursores y retornos a los modos depredadores; y que también se produciría en diferentes momentos según las distintas zonas dentro del área de estudio. Además, a lo largo de los siglos encapsulados como «neolíticos», las gentes del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica modificarían sus formas de vida, tal vez experimentando con nuevas técnicas agrarias, o con diferentes estilos en el manejo del ganado. En la misma línea, su régimen de vida itinerante, y tal vez una conjunción entre un paulatino crecimiento demográfico y un mejor control de sus formas productivas agrícolas y ganaderas les llevaría a extenderse hacia nuevos territorios, también en conjunción con las variaciones naturales de los factores climáticos que condicionarían su cotidianidad.

En este sentido, podemos comprender cómo se producen procesos generales de creciente presión antrópica sobre las masas boscosas a lo largo de todo el período, aunque al descender al detalle y repasar caso a caso los datos paleoambientales disponibles podemos obtener lecturas puntualmente divergentes. Estos contrastes refuerzan esa hipotética diversidad en la humanización de los paisajes culturales del Neolítico. Por ejemplo, en el área de estudio a escala intermedia comprobábamos cómo el entorno de la turbera de La Molina en La Espina (Salas) muestra una antropización del entorno asociada a prácticas campesinas anterior a lo observado en las lagunas leonesas de La Mata (Cabrellanes) o El Castro (Villablino). Más aún, a escasos diez kilómetros a vuelo de pájaro desde La Mata, la secuencia recuperada en el lago de El Valle denunciaba la práctica incomparecencia de las actividades antrópicas hasta el I milenio cal a.C.

Si observamos, no obstante, la existencia de ciertos procesos generales que nos hablan de la consolidación del régimen de vida neolítico en estas montañas a lo largo del IV-III milenio cal a.C. En este tiempo, especialmente la secuencia de La Mata nos indica un retroceso de las masas boscosas que iría acompañado de la extensión de matorrales y praderas, así como la aparición puntual de cultivos de cereal. Pero esos primeros impactos derivarían en un retroceso marcado en la presencia del taxón *Quercus*, mientras que el protagonismo de los pinares se mantendría un tiempo, hasta que estas formaciones boscosas comenzarían también a menguar. Si asumimos la distribución natural de estas formaciones boscosas en distintos pisos altitudinales de estas montañas, podemos vislumbrar cómo esa extensión de pastizales y zonas cultivadas afectaría primero a las zonas más bajas, mientras que los pinares –localizados a mayor altura– verían reducida su extensión en un momento posterior. Por lo tanto, tenemos en esta secuencia un indicio para pensar en una antropización progresiva de la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica asociada a la exten-



sión de las prácticas ganaderas durante el Neolítico. En este proceso, las zonas más altas serían antropizadas en momentos finales del Neolítico, o ya en fases posteriores de la Prehistoria reciente cantábrica, cuando quizá la ganadería habría alcanzado un peso significativo de las fórmulas de subsistencia de estos grupos, se desarrollarían con firmeza prácticas pastoriles asimilables a la trasterminancia, o quizá la densidad de población en estas montañas conllevaría una mayor presión sobre el territorio.

En conclusión, el marco subsistencial de las comunidades neolíticas queda sobre todo definido para el área occidental de la Cordillera Cantábrica por el peso de la itinerancia en la vida cotidiana de estas gentes. Los grupos establecerían una relación estrecha con determinados espacios productivos –zonas de cultivo y espacios pastoriles– cuyo aprovechamiento vendría determinado por ritmos cíclicos que conllevarían desplazamientos a diferentes escalas temporales. Mientras los cultivos de tala y quema requerirían el cambio de los espacios agrarios tras cada cosecha –o dos, a lo sumo–, la atención de los rebaños de ganado implicaría desplazamientos de quienes se encargasen de estas labores que cambiarían según los días y las estaciones. Este rasgo condicionaría el establecimiento de unos patrones de poblamiento determinados, así como la selección de los lugares de hábitat preferentes por parte de las comunidades.

### 7.3.2. Formas de poblamiento

203

Las formas de vida centradas en la producción de alimentos y la nueva manera de percibir, relacionarse y conceptualizar el paisaje cultural en el que se desenvolvían las gentes del Neolítico en las montañas cantábricas determinarían a grandes rasgos sus formas de poblamiento. Arqueológicamente, resulta aún difícil acceder de manera directa a este tipo de evidencias materiales, pues constituyen una realidad esquivada en el registro de las montañas cantábricas. Existen claras dificultades por localizar los asentamientos al aire libre que estructurarían las formas de habitar del Neolítico debido a las condiciones climáticas y edafológicas de este territorio, así como a ciertos procesos tafonómicos que borrarían estos restos.

Como ejemplo de esto disponemos del caso ya referido del establecimiento al aire libre identificado en el entorno de La Torca'l Arroyu (Llanera, Asturias), cuyos restos habrían sido desplazados por procesos postdeposicionales hasta el fondo de esta sima kárstica, mientras las trazas del asentamiento en su posición original ocupando una suave ladera habrían desaparecido (JORDÁ PARDO *et al.* 2007). Asimismo, hemos podido calibrar directamente la fuerza de estos factores geomorfológicos en el sector de Las Corvas de Vigaña, donde la actividad agraria reciente de los últimos dos o tres siglos generó potentes acumulaciones de sedimentos que ocultaban por completo la existencia de este lugar de habitación neolítico a más de dos metros de profundidad respecto a la cota actual del suelo. Procesos de este tipo han sido reconocidos igualmente en otros asentamientos de la Prehistoria reciente en el Noroeste

peninsular, especialmente en zonas con laderas acusadas (e.g. DÍAZ VÁZQUEZ *et al.* 1994). Una vez se logren identificar en el Occidente Cantábrico nuevos enclaves similares a Las Corvas, sería fundamental avanzar en la elaboración de un modelo ocupacional predictivo para así disponer una estrategia efectiva que facilite localizar, avanzar en su investigación, y garantizar la conservación efectiva de este tipo de asentamientos recurrentes en la Prehistoria reciente.

Además de estos factores externos a la disciplina, los propios investigadores nos hemos visto en ocasiones encandilados por la monumentalidad de los túmulos y megalitos que caracterizan este período, frente lo discreto o imperceptible del registro doméstico. Así, “con frecuencia los arqueólogos olvidamos que los dólmenes fueron sólo las tumbas de las comunidades de una época (...) [por lo que] nadie ha dudado en conceder todo el protagonismo a las sepulturas ni en hablar de una ‘cultura dolménica’, lo que se explica, en parte, por el deslumbramiento que produce el carácter colosal de las construcciones, pero también y sobre todo por lo inadvertidos que pasan los poblados de quienes las erigieron, al carecer por completo de su espectacularidad” (DELIBES DE CASTRO y HERRÁN MARTÍNEZ 2007: 123). Esta observación, dedicada al Neolítico del tramo medio del valle del Duero –zona en la que existe un registro doméstico mínimamente significativo (e.g. MARTÍN MONTES y PÉREZ RODRÍGUEZ-ARAGÓN 1997)– bien podría aplicarse al segmento asturleonés de la Cordillera Cantábrica, donde efectivamente se han invertido unos esfuerzos reseñables en la investigación de las manifestaciones funerarias de tipo megalítico (ARIAS CABAL *et al.* 1995, 2005; DE BLAS CORTINA 1983, 1997b, 2000a, 2008d, 2010). Sin embargo, hasta ahora no se había dedicado una energía semejante al objetivo de detectar las evidencias de los asentamientos al aire libre de los grupos que erigieron y dieron sentido a tales monumentos. Este extremo ha llegado a condicionar las políticas de gestión patrimonial en ciertas actuaciones de Arqueología preventiva (e.g. GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2010) y aún lastra la agenda investigadora de la Prehistoria reciente en esta zona.

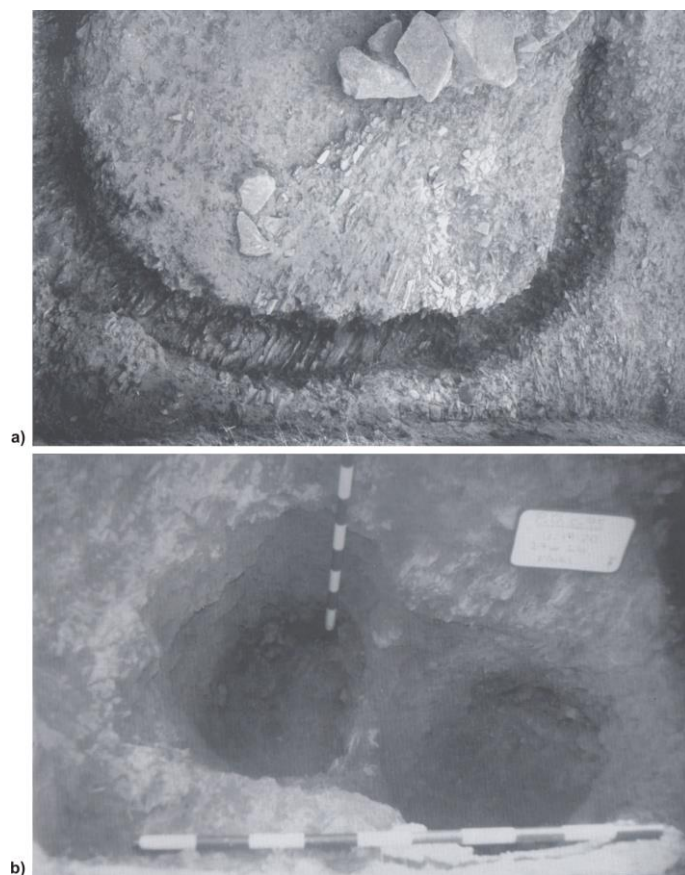
Los asentamientos principales de los grupos neolíticos en el área occidental de la Cordillera Cantábrica tomarían la forma de poblados estables, al menos durante cada temporada agraria. La necesidad de atender a las labores agrícolas, la vigilancia de los cultivos frente a los animales salvajes y también los domésticos, así como ante grupos vecinos, crearía la necesidad en estas comunidades de vivir en las proximidades de los campos de cultivo. No obstante, el régimen itinerante de la agricultura de tala y quema conllevaría el abandono a los pocos años de las zonas de cultivo –una vez se agotasen los nutrientes de los suelos– en busca de nuevos espacios que pudiesen soportar la carga de las prácticas agrícolas. Por ello, con el desarrollo de las formas de vida características del Neolítico no asistiríamos al surgimiento de un sedentarismo pleno, sino que los grupos humanos se desplazarían por un territorio cercano, trasladando cada pocos años sus poblados a las proximidades de los terrazgos agrarios recién roturados.

Con estas dinámicas de poblamiento como marco, determinados puntos especiales del territorio actuarían como atractores de las ocupaciones recurrentes de los grupos neolíticos. Lugares en las inmediaciones de las zonas más aptas para su aprovechamiento agrario, con puntos de aprovisionamiento de agua en sus cercanías, y vías de acceso cómodo hacia las tierras altas –donde se establecerían las zonas de aprovechamiento ganadero en época estival–, reunirían condiciones favorables que resultaron ventajosas para el establecimiento de sus poblados. Ciertas zonas, por tanto, serían identificadas por los grupos como lugares interesantes para asentarse periódicamente, cada ciertos años, por lo que darían lugar a focos que acogerían reocupaciones domésticas.

Serían estas frecuentaciones repetitivas de determinados espacios los vectores que configurarían yacimientos como el que se intuye en Las Corvas. En este sector del terrazgo de la aldea actual de Vigaña se localizaron unos horizontes estratigráficos que muestran evidencias de ocupaciones domésticas con unos parámetros formales similares. Sin embargo, los restos de estas ocupaciones se dilatan a lo largo de varios siglos, con hasta tres dataciones radiocarbónicas tomadas de tres hogares relacionados con otras tantas cabañas que habrían sido ocupadas en momentos diferenciados y distanciados en el tiempo. Estos lugares vendrían a funcionar como «zonas de acumulación» en las formas de ocupación características del régimen itinerante de poblamiento seguido por los grupos humanos del Occidente Cantábrico a lo largo de la Prehistoria reciente.

El concepto de «zonas de acumulación» fue acuñado por Fidel Méndez Fernández (1994, 1995, 1998) en sus estudios sobre los patrones de poblamiento de la Edad del Bronce en Galicia, aunque define perfectamente las características de estos modelos de recurrencia en la ocupación de ciertos espacios por parte de los grupos nómadas de la Prehistoria reciente cantábrica en su conjunto. Así, estos lugares acogieron repetidamente a lo largo de sucesivas generaciones los asentamientos humanos de diferentes grupos de pastores y agricultores de tala y quema que desarrollaban regímenes de vida itinerantes. Estas formas de poblamiento y de movilidad residencial serían la tónica general durante la Prehistoria reciente y perdurarían en las montañas del Occidente Cantábrico hasta la fundación del paisaje sedentario y compartimentado focalizado en los poblados castreños de la Edad del Hierro.

La arquitectura de las estructuras domésticas construidas en este tipo de asentamientos estaría adaptada a las circunstancias de temporalidad propias de este régimen de vida. Los espacios domésticos constituirían así un reflejo de las formas de vida y las relaciones sociales que definían la cotidianeidad de sus habitantes. Las cabañas seguirían formas constructivas simples aprovechando materiales locales y se adaptarían a su previsible corta ocupación, limitada a lo sumo a unas pocas temporadas agrícolas. Así, las cabañas erigidas con postes de madera, paredes de barro y techumbres con cubierta vegetal –como las que se intuyen en los niveles de ocupación del sector de Las Corvas en Vigaña– serían el formato constructivo más exten-



**Fig.7.54:** Estructuras neolíticas en el conjunto de Peña Oviedo (Liébana, Cantabria). Zanja de cimentación de la cabaña nº1 (a) y silos vinculados a las cabañas de la Campa de La Calvera (b) (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 102, 105).

dido. Los mayores esfuerzos constructivos irían encaminados al acondicionamiento general del espacio de hábitat, como se vislumbra en Las Corvas con la creación de mínimas plataformas sobre las que se levantarían las cabañas. Por su parte, los hogares constituyen los elementos materiales más clarificadores a la hora de identificar su naturaleza doméstica, junto a la presencia de materiales como el utillaje lítico para la molienda, o la posible presencia de silos de almacenamiento en el sector de L'Hortal.

En general, son todos ellos rasgos compartidos con otras evidencias domésticas documentadas en el área general de estudio (DÍEZ CASTILLO 1995, 1996), así como en otras partes

de la península ibérica (e.g. BERNABEU AUBÁN *et al.* 2003; CERRILLO CUENCA 2006; MARTÍ OLIVER y BERNABEU AUBÁN 2012). Muchas veces, resulta complicado siquiera definir la forma o el número de estas construcciones, debido a las reocupaciones sucesivas de un mismo espacio y a la naturaleza endeble de sus formas constructivas. Además, “la entidad de las evidencias arqueológicas documentadas en los yacimientos al aire libre impide caracterizar espacios domésticos más allá de las hipótesis sobre la relación espacial entre diversas estructuras de habitación, almacenamiento y combustión” (GÓMEZ PUCHE y DÍEZ CASTILLO 2005: 477). Para sortear este problema, se hacen necesarias excavaciones con áreas de trabajo lo suficientemente extensas, así como un cuidadoso y exhaustivo registro topográfico de las unidades de estratificación documentadas. Por desgracia, ninguna intervención en el área de estudio cumple con estos factores, que se sitúan así pues como condicionantes de futuras investigaciones en este ámbito.

En el conjunto de Peña Oviedo, en la comarca de Liébana (Cantabria) encontramos el ejemplo más próximo con evidencias neolíticas de ocupación en zonas de montaña. En este paraje, varios rellanos ofrecen una alta concentración de monumentos megalíticos y círculos líticos vinculados a un llamativo crestón rocoso conocido como Peña Oviedo. El área fue objeto de excavaciones continuadas en la década de 1990, ofreciendo informaciones sumamente interesantes para analizar la huma-

nización de los espacios altimontanos en los primeros momentos de la Prehistoria reciente (DÍEZ CASTILLO 1995, 1996, 1996-1997: 93-111, 2008). La campa de La Calvera, al pie de la Peña Oviedo, concentra las evidencias más interesantes a considerar, pues en las inmediaciones de varias estructuras megalíticas fueron documentados los restos de dos cabañas datadas en el Neolítico, así como dos pequeños silos excavados en el nivel natural del terreno (**Fig.7.54**). Respecto a las cabañas, la primera de ellas está delimitada por una zanja perimetral en la que las evidencias de potasio sugieren que habrían sido hincados postes de madera. La segunda construcción está definida por varios agujeros de poste y aparece parcialmente cubierta por parte de la masa tumular del denominado dolmen de Peña Oviedo 1 (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 99), datado en el Neolítico<sup>77</sup> y que ofreció materiales característicos de este momento, como láminas y una gran hacha pulimentada, lo que proporciona una datación *ante quem* para la cabaña nº2. Los materiales recuperados en las cabañas y su entorno dan cuenta de la ocupación doméstica del enclave, con productos de talla, lascas y láminas, algunos materiales de piedra pulimentada y unos pocos fragmentos cerámicos. En ambas cabañas abundaban los restos de avellanas, más escasos en los mencionados silos. En el espacio exterior entre las dos estructuras domésticas se recuperaron algunos elementos de hoz, así como semillas de cereal, entre las que se identificó la cebada (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 101). La recurrencia en el uso de este espacio queda atestiguada por la presencia de dataciones de cronología histórica<sup>78</sup> o de la Edad del Bronce<sup>79</sup> en algunos niveles superiores de la secuencia –posteriores a las cabañas–, elementos tan sintomáticos como un fragmento de fíbula anular hispánica (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 103), así como estructuras más modernas, como un aterrazamiento –¿medieval?– formado por un muro que se prolonga más de cien metros generando un espacio llano. Por su parte, el denominado círculo lítico de Peña Oviedo 2 fue igualmente datado en el Neolítico<sup>80</sup>, aunque sería objeto de reutilizaciones a la vista de materiales recuperados co-

<sup>77</sup> Se obtuvo una fecha radiocarbónica GrN-18782 (5195±25 BP) de un carbón integrante de una hoguera reconocida en la base del túmulo (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 108) ha sido calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013) y ofrece el rango de probabilidad: 4041-3966 cal a.C. (95,4%).

<sup>78</sup> La fecha radiocarbónica GrN-19049 (555±35 BP), obtenida en uno de los niveles (nivel 2) intermedios de la secuencia en el área que se extiende entre las dos cabañas (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 103), ha sido calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013) y ofrece los rangos de probabilidad: 1305-1364 cal d.C. (47,2%); 1384-1434 cal d.C. (48,2%).

<sup>79</sup> La fecha radiocarbónica GrN-20885 (3100±25 BP), obtenida en uno de los niveles (nivel 3) intermedios de la secuencia en el área que se extiende entre las dos cabañas (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 103), ha sido calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013) y ofrece el rango de probabilidad: 1428-1293 cal a.C. (95,4%).

<sup>80</sup> Se obtuvo la fecha radiocarbónica GrN-19048 (4820±50 BP) (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 111) que ha sido calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013) y ofrece el rango de probabilidad: 3705-3516 cal a.C. (94,0%); 3398-3385 cal a.C. (1,4%).



mo una pequeña chapita de cobre y cerámicas recuperadas en niveles alterados por la acción de buscadores de tesoros (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 109-111).

Dentro de estas formas de poblamiento nómadas con reocupaciones de los mismos espacios, los grupos recién llegados a estas zonas de acumulación aprovecharían en un momento dado materiales constructivos allí presentes de las anteriores fases de ocupación, como piedras o maderos en buen estado. Además de estos elementos, también reutilizarían algunos artefactos que los grupos no podrían acarrear consigo en sus traslados periódicos, debido a su peso o volumen, como los utensilios de molienda. Así, molinos barquiformes o morteros fabricados en piedra serían objetos que probablemente permanecerían en estos lugares a la espera de un nuevo uso, tal y como sucede en algunas comunidades nómadas subactuales. Incluso, algunos autores han llegado a plantear que estos instrumentos serían indicadores o recordatorios para estos grupos de las ubicaciones adecuadas para establecerse, una vez que los restos de ocupaciones efímeras precedentes hubiesen desaparecido (CRIBB 1991: 80).

Otras evidencias materiales bien expresivas de las nuevas formas de vida desplegadas por las comunidades productoras de alimentos serían la cerámica y las estructuras de almacenamiento. Con la asunción de la agricultura, los grupos necesitarían disponer de sistemas de almacenamiento para productos como los cereales. Tales dispositivos debían garantizar su conservación a lo largo de muchos meses, hasta la obtención de la siguiente cosecha, lo cual deriva de la asunción por parte de estas gentes del rendimiento aplazado de sus actividades productivas. Así, estos grupos desarrollarían mecanismos diversos para almacenar los productos agrarios y asegurar su subsistencia hasta la siguiente cosecha. Entre estos sistemas, destacan los silos subterráneos, pues han perdurado con mayor facilidad en el registro estratigráfico de algunos yacimientos. Es el caso del sector de L'Hortal, en Vigaña, donde se han documentado dos de estas estructuras, aunque su cronología no ha podido ser clarificada, pese a que en su entorno se ha identificado un hoyo de poste datado en el tránsito entre el IV y el III milenio cal a.C., así como cerámica asignable en un sentido genérico a la Prehistoria reciente. También fueron reconocidos silos en el yacimiento de Peña Oviedo (Liébana), asociados a una cabaña (DÍEZ CASTILLO 1995, 1996).

Por su parte, la cerámica permitiría también la conservación de ciertos productos, favoreciendo a su vez su transporte e intercambio. Este elemento ha sido tradicionalmente considerado uno de los «marcadores culturales» o referentes materiales claros de neolitización en la región cantábrica (CUBAS MORERA 2009), en conjunción con la observación de otros rasgos complementarios como la presencia de especies domésticas, el fenómeno megalítico o la piedra pulimentada<sup>81</sup>. Como con-

---

<sup>81</sup> No obstante, y sin entrar en debates que exceden los objetivos de esta tesis doctoral, está constatada la presencia de materiales cerámicos en niveles mesolíticos de la región cantábrica (ARIAS CABAL 1996; FANO MARTÍNEZ y CUBAS MORERA 2012), como resultado de intercambios o de un proceso de

traste a los silos o de los útiles de molienda de mayores dimensiones, los contenedores cerámicos –salvo los de mayores dimensiones– eran elementos relativamente fáciles de transportar, y que por lo tanto los grupos no dejarían tras de sí al abandonar los asentamientos en sus episódicos traslados de residencia (vid. CRIBB 1991: 75-79). Este factor, unido a la previsible extensión de recipientes elaborados con fibras vegetales, madera o pieles, explica lo limitado de los repertorios cerámicos recuperados en los yacimientos neolíticos de la Cordillera Cantábrica (CUBAS MORERA 2013). Estos recipientes servirían para guarecer y cocinar alimentos como los cereales, a la vez que podrían funcionar de contenedores para líquidos. Pero, su aparición y extensión tendría además incidencia en aspectos como las formas de procesamiento y consumo de los alimentos. Así, los cacharros cerámicos estarían vinculados a nuevas comidas derivadas de las novedades en la dieta neolítica, como las gachas a base de harinas de cereales o frutos silvestres como las bellotas; o papillas en las que se emplearía la leche<sup>82</sup>.

Al considerar la más que probable relevancia de la ganadería en los esquemas productivos de las comunidades neolíticas, resulta esperable contemplar un desarrollo singular de las actividades pastoriles en zonas de montaña como la que nos ocupa. Dichas actividades aprovecharían la complementariedad ecológica derivada de los contrastes altitudinales presentes en estos territorios de orografía accidentada. En este sentido, debemos valorar como pruebas la paulatina monumentalización de los pastizales cantábricos mediante la erección de diferentes manifestaciones megalíticas, junto con la reducción progresiva del bosque paralela a la extensión de zonas de matorral y praderas de gramíneas según denuncian las secuencias palinológicas de la región.

El aprovechamiento de los espacios de altura, con extensos pastos de buena calidad que permanecen frescos durante los meses más calurosos del año, es una opción que se les abriría a los grupos neolíticos condicionada a la estacionalidad de este recurso. Sólo tras la progresiva fusión de las nieves invernales en las zonas más altas, y con la atemperación de los rigores climáticos o las heladas nocturnas, los rebaños domésticos de las comunidades neolíticas serían conducidos hacia esos espacios. No obstante, el elemento limitador para el sostenimiento de los rebaños serían los espacios disponibles para proporcionarles alimento durante el invierno, como señala la observación de variados ejemplos etnográficos (cf RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998: 113-114).

---

cambio cultural y productivo hacia el Neolítico complejo, en el que se producirían quizá procesos de neolitización en mosaico.

<sup>82</sup> No existen estudios que diluciden el consumo de la leche por parte de los primeros grupos neolíticos del área cantábrica. Tradicionalmente, se consideraba que este producto comenzaría a ser consumido como parte del paquete de la «Revolución de los Productos Secundarios» (SHERRATT 1981, 1983), aunque existen investigaciones recientes que retrotraen su aprovechamiento al Neolítico más temprano, como proponen algunos autores para el paradigmático poblado del Neolítico inicial de La Draga (Girona), en fechas del VI milenio cal a.C. (GILLIS *et al.* en prensa).

Debido a la necesidad de cuidar el ganado, así como a la existencia de otros recursos interesantes –como la caza o la recolección de ciertos productos vegetales–, así como a las distancias respecto a los asentamientos que se establecerían en los valles, próximos a los espacios de cultivo, es probable considerar la existencia en los pastizales estivales de establecimientos en altura de ocupación estacional. Estos enclaves acogerían estructuras simples que facilitarían la pernoctación de las personas encargadas de cuidar el ganado, así como el cuidado de animales en condiciones que requiriesen especial atención –madres preñadas, crías recién nacidas o especímenes enfermos–. Serían, en definitiva, una suerte de brañas neolíticas orientadas a la asistencia y sostenimiento de las labores pastoriles estacionales desarrolladas lejos de los poblados principales de estas comunidades. Pero, ¿dónde se ubicarían estos asentamientos, y por qué no se han identificado hasta ahora en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica?

Hasta el momento, contamos con escasas evidencias que nos hablen de ocupaciones neolíticas en los espacios de altura, siendo la más próxima a nuestra área de estudio el ya referido conjunto de Peña Oviedo (Liébana, Cantabria). Las evidencias en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica se reducen a la presencia de colecciones poco expresivas de materiales líticos hallados en superficie, o las relaciones más que evidentes entre ciertos conjuntos de megalitos y espacios de brañas tradicionalmente ocupadas de manera estacional por los pastores subactuales que han frecuentado con sus rebaños estos mismos espacios hasta hace unas pocas décadas (GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016). Así pues, la consideración de que existan este tipo de enclaves ya en el Neolítico no deja de ser una propuesta que deberá ser reafirmada mediante investigaciones arqueológicas (**Fig.7.55**). No obstante, debemos recordar que tales labores no han sido acometidas hasta la realización de la presente tesis doctoral. Por ello, la confirmación de esta hipótesis requiere de futuras investigaciones en esta dirección.

### 7.3.3. Patrones de movilidad

El modelo de subsistencia que desarrollarían las comunidades neolíticas de las montañas del Occidente Cantábrico conllevaría una marcada movilidad en su vida cotidiana. El régimen itinerante de las prácticas agrícolas y pastoriles imprimiría a los grupos la necesidad de desplazarse según distintos ritmos por el territorio, dentro de un esquema general de movilidad que podríamos caracterizar como nómada (cf. CRIBB 1991: 15-20). Tal categorización ha de ser matizada, dada la diversidad de formas de nomadismo definidas por antropólogos y etnógrafos atendiendo a aspectos como el peso específico de las actividades agrícolas en la subsistencia de estos grupos –frente al pastoralismo, que sería la actividad predominante– o los diferentes patrones de movilidad, más o menos cíclicos (INGOLD 1980; KHAZANOV 1994; SALZMAN 2002). Ante las limitaciones que ofrece el registro arqueológico en mi área de estudio, no dispongo de suficientes elementos de juicio para concretar, de



**Fig.7.55:** Ruinas de una cabaña localizada a unos 1790 msnm en las proximidades del túmulo de El Canto sobre'l Augua (Somiedu). Restos de este tipo se multiplican en el entorno de los pastizales estivales del área de estudio, similares a estructuras que en otras zonas montañosas ofrecen cronologías diversas, en ocasiones prehistóricas.

momento, dichos matices. No obstante, los datos disponibles permiten apuntar algunas observaciones que resultarán útiles para describir un modelo contencioso que nos sirva como base útil para abordar una discusión acorde con los objetivos de esta investigación.

El examen de las evidencias arqueológicas disponibles en el área general de estudio, junto a la consideración de las condiciones geográficas de este territorio, me llevan a considerar distintos niveles de movilidad en la cotidianeidad de los grupos que habitaban estas montañas durante el Neolítico. Por un lado, los grupos neolíticos seguirían un modelo de movilidad plurianual derivado de la puesta en marcha de una agricultura de tala y quema. Este componente es el que confiere a los patrones de movilidad neolíticos ese carácter nómada, pues no disponían de una residencia fija que estructurara sus movimientos (CRIBB 1991: 19). Más bien, estos agregados de población se desplazarían cada año –o cada pocos años– entre diferentes localizaciones dentro de un rango espacial determinado. No en vano, las ubicaciones de sus poblados cumplirían con una serie de parámetros locacionales a los cuales sería posible acceder a partir de un número significativo de localizaciones confirmadas arqueológicamente. A partir de ello, se podrá llegar a elaborar un modelo locacional predictivo. No obstante, en la selección de estos puntos de poblamiento se atendería a una serie de factores entre los cuales podría aventurarme a adelantar algunos, como una mínima protección de los asentamientos frente a los vientos dominantes, su cercanía a fuentes de agua fresca o respecto a ciertos espacios de orografía amable

donde instalar sus campos de cultivo, así como su inmediatez respecto a rutas de fácil acceso hacia los pastizales de altura en los tramos altos de las sierras.

De este modo, los grupos de agricultores de tala y quema que poblaban las montañas del Occidente Cantábrico buscarían nuevos terrazgos donde poder desplegar sus rutinas agrícolas al inicio de cada temporada agraria. Si el entorno inmediato de su poblado había sido ya cultivado en años anteriores, el grupo desplazaría su asentamiento hacia una nueva localización, con el objetivo de roturar nuevas tierras y aprovechar las cenizas derivadas de las quemas para hacer prosperar sus cultivos. La distancia de estos desplazamientos no sobrepasaría, muy probablemente, la docena de kilómetros, dependiendo en cada caso de la disponibilidad de espacios de bosque o monte bajo donde poder efectuar quemas. La baja densidad demográfica en estos momentos posibilitaría estos movimientos, haciendo que las reocupaciones de terrazgos ya cultivados se espaciasen lo suficiente en el tiempo para que los rendimientos de esas tierras se mantuviesen altos sin necesidad de intensificar la producción agrícola.

Por otro lado, los grupos neolíticos cumplirían con otro nivel de movilidad estacional independiente del anterior, fundamentalmente vinculado en con las actividades pastoriles. Este tipo de prácticas productivas aprovechaba la gran potencialidad del territorio altimontano de la Cordillera Cantábrica para el sostenimiento de la cabaña ganadera. Así, los diferentes pisos altitudinales de estas montañas constituirían un marco perfecto para desplazar los rebaños a través de diferentes biotopos muy cercanos entre sí, separados no obstante por la verticalidad de este territorio. La importancia del régimen estacional en el clima atlántico predominante demarcaría los límites en el acceso a las zonas más altas de las montañas, donde crecen amplios pastizales que aguantan frescos los meses estivales. En cambio, el frío y las nieves bloquearían el acceso a estas zonas durante la temporada invernal, cuando los rebaños se alimentarían en zonas más bajas. Asimismo, la diversidad en la composición de la cabaña ganadera de estas comunidades derivaría en aprovechamientos diferenciados según las especies. No sólo las actividades pastoriles demandarían el desarrollo de una movilidad en el territorio ligada a las estaciones, sino que las prácticas cinegéticas y la recolección de determinados productos vegetales conllevarían movimientos cíclicos por diferentes zonas, al igual que ocurriría con la adquisición de determinadas materias primas.

Descendiendo al último nivel en estos patrones de movilidad del modelo propuesto para el Neolítico, los miembros del grupo cumplirían también con una movilidad diaria, con traslados cortos entre los poblados y los campos de cultivo, hacia los puntos de abastecimiento de agua o hasta las zonas de recolección próximas a los poblados. Movimientos todos ellos de corto recorrido, pero que de nuevo implicarían movimientos regulares alrededor de los poblados de ocupación anual o pluri-anual. Por su parte, las personas encargadas de atender a los rebaños domésticos realizarían movimientos diarios acompañando al ganado, ya fuesen desde los poblados de valle o en lo alto de los pastizales. Quienes conducían a los rebaños seguirían



rutas prefijadas desde los poblados o desde los hipotéticos asentamientos en altura siguiendo sus conocimientos del territorio. Si en cada época del año frecuentaban diferentes espacios altitudinales, cada día guiarían a los rebaños hacia distintos recovecos del territorio, para proveerles de agua o intentar no agotar los pastos disponibles<sup>83</sup>. Muchos de estos trayectos los harían levantando la vista en búsqueda de ciertos referentes visuales que confirmasen el camino a seguir, entre los cuales encontrarían peñas o árboles destacados, y también monumentos funerarios erigidos por sus antepasados (BRADLEY 1998). Estos elementos naturales y artificiales funcionarían en parte como centinelas de estos movimientos y de las prácticas productivas vinculadas a ellos.

Todos estos ritmos determinarían ciclos de diferente duración, relativamente rígidos o estructurados, en los que los poblados de los valles no constituirían anclajes espaciales a largo plazo, puesto que su localización variaría cada ciertos años. Así se explica el protagonismo monumental que se atribuye a los muertos, para quienes se construiría tumbas monumentalizadas que, muy probablemente, serían los anclajes territoriales más persistentes para estas comunidades. Su emplazamiento en lugares prominentes y en zonas centrales para los modos de subsistencia<sup>84</sup> les conferiría un papel significativo, no sólo en la ordenación de los paisajes productivos y de los patrones de movilidad, sino también como transmisores de los mitos y la propia identidad de los grupos.

#### 7.3.4. La antropización del paisaje

Como he presentado en apartados anteriores, a partir del Neolítico las comunidades humanas incidirán activamente en la modelación del paisaje. Como resultado de acciones directas –quemadas, desbroces, talas, aprovechamiento de madera– los grupos neolíticos generaron impactos significativos en el entorno en el que desarrollaban sus vidas. Esta huella es perfectamente perceptible en los registros paleoambientales, como los que están disponibles en el área de estudio. Así por ejemplo, las columnas polínicas recuperadas en la turbera de La Molina y en la laguna de La Mata reflejaban cambios a lo largo del Neolítico en la cubierta vegetal de su entorno como consecuencia de la extensión de las actividades agrícolas y pastoriles. Dichos procesos también son constatables en las secuencias paleoambientales de otros lugares del segmento occidental de la región cantábrica, como la turbera de Monte Areo (Xixón/Carreño, Asturias) (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010), el Llagu Enol (Cangues d'Onís,

<sup>83</sup> En este sentido, resulta ilustrativo cómo en las montañas de León, los diferentes pastores siguen distintos recorridos o *careos* según los días, que acuerdan con los pastores presentes en los pastos, para así aprovechar espacios variados y evitar que se mezclen sus respectivos hatos (GÓMEZ SAL 1991: 55).

<sup>84</sup> En el área de estudio, la práctica totalidad de los megalitos conocidos se vinculan a espacios donde las actividades productivas mejor acomodadas encontrarían sería las ganaderas –sin descartar las cinegéticas–, aunque no debemos desdeñar la relación de necrópolis megalíticas en otras zonas más bajas del Occidente Cantábrico con espacios aprovechables desde una perspectiva agrícola.

Asturias) (MORENO *et al.* 2011; VALERO GARCÉS *et al.* 2010) o el depósito lacustre de Laguillín (Riello, León) (García-Rovés en CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012: 378-380). Además de los cambios directos producidos por los seres humanos, otros son consecuencia indirecta de sus actividades, como la extensión de plantas ruderales o de las comunidades vegetales de las praderías alpinas, favorecidas por el pastoreo y las quemadas producidas por las gentes neolíticas.

El análisis de diferentes registros paleoambientales revela una incidencia gradual en el entorno como consecuencia de los procesos de antropización que se inauguran en el Neolítico. La antropización del paisaje sería progresiva, aunque no necesariamente unilineal. Así por ejemplo, las secuencias polínicas analizadas desvelan curvas irregulares en la representación de especies vinculadas con las actividades antrópicas como los cereales o las ericáceas, relacionables estas últimas con los procesos de matorralización desencadenados por los incendios provocados para abrir nuevos espacios de pasto. En este sentido, debe reconocerse la diversidad de situaciones entre distintas zonas, con espacios en los que el entorno se humanizaría más tarde que en otros –como bien se percibe en las diferencias temporales en la tardía antropización del entorno del lago de El Valle– frente a los procesos más tempranos de las cercanas lagunas de La Mata y El Castro. Más aún, todas ellas mostrarían un retraso frente a otras secuencias, como las de las turberas de La Molina y Monte Areo.

Frente al rígido relato unilineal de la progresiva y plácida adopción de la agricultura y la ganadería por parte de las comunidades neolíticas, probablemente se debieron producir alteraciones, cambios de ritmo y retrocesos en el desarrollo de estas actividades productoras de alimentos. A pesar de esta consideración, estas formas subsistenciales se irían consolidando en el largo plazo, aunque debieron existir también diversidad de formatos o de modelos en su plasmación sobre el territorio, en función de las características geográficas de cada zona, del peso que adquiriesen determinadas especies domésticas frente a otras en el seno de cada grupo, de las dinámicas culturales locales de las poblaciones mesolíticas o de variaciones climáticas puntuales a lo largo del Holoceno.

La densidad demográfica, por otra parte, no sería muy elevada, y esto generaría ventanas de oportunidad para que los grupos se desplazasen entre distintos valles y sierras dentro de sus patrones de movilidad nómada. De este modo, estas gentes abandonarían y reocuparían distintos territorios en función de factores diversos durante períodos de tiempo más o menos prolongados. En este sentido, hacen falta secuencias arqueológicas y también paleoambientales de un mayor número de sitios, y que a la vez sean más detalladas. Sólo así podremos advertir todos estos matices, cuya consideración nos ayudaría a comprender las variantes locales de los procesos generales de antropización.

En definitiva, el Neolítico constituye un punto de inicio en la genealogía del paisaje altamente humanizado que caracteriza el sector asturleonés de la Cordillera

Cantábrica. Sería éste un tímido comienzo –o el referente más distante y difuso– para las unidades paisajísticas en mosaico generadas por las comunidades campesinas. Los campos de cultivo y los pastizales ganarían terreno frente al bosque, amplificando paulatinamente la diversidad que caracteriza a los paisajes culturales de estas montañas (FERNÁNDEZ SALINAS 2013). En adelante, los grupos humanos se familiarizarían con las tareas agrarias, experimentando diferentes técnicas, reconociendo las necesidades de estas actividades e instalándose en nuevos territorios. El «paraíso natural» que los expertos en marketing han instalado en nuestro subconsciente para referirnos a las montañas asturleoneras empezaría entonces a cobrar forma por medio del fuego y el hacha.

### 7.3.5. La humanización de las montañas a través de la monumentalidad megalítica

Además de modificar la composición de la cubierta vegetal de estas montañas con la realización de quemas controladas y desbroces para dejar sitio a pastizales y campos de cultivo, las gentes neolíticas ejercerían un papel transformador mucho más activo y directo, construyendo monumentos megalíticos que alterarían la fisonomía del terreno en determinados enclaves. Como resultado de estas monumentalizaciones puntuales, un nuevo mundo de significados quedaría establecido en estos espacios, ahora codificados materialmente de acuerdo con un nuevo régimen de signos y valores propio del Neolítico. Probablemente, esta nueva gramática espacial condicionaría las actividades productivas o los desplazamientos a través de las sierras, de forma que el fenómeno del megalitismo estructuraría los paisajes culturales neolíticos en estrecha relación con los diferentes niveles identitarios de estas gentes.

Unos pocos siglos tras la adopción del modo de subsistencia neolítico en la región cantábrica, se iniciaría un proceso de monumentalización del paisaje con el desarrollo del fenómeno megalítico en la línea de lo que acontecía en aquellas cronologías por toda la fachada atlántica (BRADLEY 1998; SCARRE 2002; THOMAS 2012). No obstante, la extensión de este tipo de manifestaciones no coincidió en el tiempo con la aparición de la agricultura o la ganadería. Así, los testimonios más tempranos de los que disponemos para asumir la producción de cereales en el área extendida de estudio están datados hacia el 4800 cal a.C., con la presencia de pólenes de *Cerealia* en la turbera de Monte Areo (Xixón/Carreño) (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010). Por su parte, los elementos megalíticos más antiguos de los que se han podido obtener dataciones radiocarbónicas –precisamente en la necrópolis situada en las inmediaciones de la citada turbera– no alcanzan tal antigüedad. En este sentido, monumentos como Monte Areo V o Monte Areo XII ofrecen dataciones radiocarbónicas centradas en la segunda mitad del V milenio cal a.C. (DE BLAS CORTINA 1999b; FANO MARTÍNEZ *et al.* 2015). Esta observación va en la línea que llevan años defendiendo investigadores como Pablo Arias, para quienes el megalitismo no sería síntoma de la más temprana neolitización de la región cantábrica, sino que sería un fenómeno ligeramente más



**Fig.7.56:** El conjunto megalítico de la Sierra de Carondio aparece íntimamente ligado al camino tradicional de La Carreiriega de los Gallegos. Muchos túmulos se vinculan a monumentos naturales como los crestones rocosos de la imagen, pautando el discurrir de esta ruta tradicional. En los puntos en los que ningún túmulo es visible desde la ruta, los crestones se mantienen visibles, o bien picos destacados de la orografía, como Picoagudo (el pico con forma triangular que sobresale sobre el horizonte).

tardío (ARIAS CABAL *et al.* 2000). Lo cual no obvia, sin embargo, que podamos asumir que la efectiva neolitización de determinados territorios, como las zonas montañosas más elevadas de la Cordillera Cantábrica, fuese un proceso paralelo a la extensión de los megalitos por estos territorios por parte de comunidades eminentemente ganaderas (DÍEZ CASTILLO 1996-1997, 2008), debido a la tardía incorporación de estos territorios a los modos de subsistencia neolíticos.

Podríamos llegar a considerar que el proceso de monumentalización del paisaje a través de la erección de megalitos funerarios sería un fenómeno ligado a la consolidación de un modelo con el que los grupos pioneros del Neolítico cantábrico estuvieron experimentando unas pocas generaciones. A partir de entonces, las comunidades de la Prehistoria reciente cantábrica continuarían instalando monumentos megalíticos durante varios milenios. No en vano, estas construcciones funerarias pueden vincularse al Neolítico, pero en algunos casos este modelo monumental pervive hasta el II milenio cal a.C. en la Edad del Bronce, como el recientemente excavado túmulo T-VI de la necrópolis de la Sierra de Carondio (Ayande, Asturias) [Beta-

324748: 3110±30 BP; 1437-1288 cal a.C. (95,4%) (BLANCO VÁZQUEZ *et al.* 2013: 405)]<sup>85</sup>.

En los espacios montañosos del área de estudio, los túmulos megalíticos fueron contruidos de manera predominante en la parte alta de las sierras. Para ello, se eligieron ubicaciones prominentes en estrecha relación con zonas de pasto o determinados lugares centrales para el tránsito a través de estos espacios. La importancia de los pastizales de altura para el sostenimiento de las actividades pastoriles de los grupos neolíticos conllevó que se desencadenasen procesos culturales de apropiación simbólica de estos espacios. En este marco podríamos entender la razón de ser de los megalitos, como monumentos que codificarían materialmente discursos sancionadores del aprovechamiento de los pastos de altura, así como soporte o «topogramas» (sensu SANTOS GRANERO 1998, 2004) para la transmisión de mitos de origen o regulaciones de las prácticas ganaderas acordadas entre diferentes grupos, que podrían anclarse igualmente –o de forma complementaria– sobre monumentos naturales (vid. BRADLEY 2000).

Como muestra de esa posible complementariedad entre los megalitos y determinados elementos naturales destacados en el paisaje –por ejemplo, afloramientos rocosos o peñascos destacados– resulta interesante considerar el ejemplo de la Sierra de Carondio (Ayande/Villayón, Asturias). Allí se extiende una de las concentraciones megalíticas más destacadas de las sierras interiores de la actual Asturias, en relación con un espacio de aprovechamiento pastoril en época estival que a la vez sirve como espacio de tránsito natural entre las cuencas hidrográficas del Narcea y el Navia (GRAÑA GARCÍA 1983; JORDÁ CERDÁ *et al.* 1972-1973: 134). Este conjunto ha sido analizado desde una perspectiva espacial, para concluir que existe una relación directa entre el trazado de la vía natural que atraviesa longitudinalmente esta sierra –el camino tradicional actual es conocido como La Carreiriega de los Gallegos– y las cuencas de visibilidad de los túmulos (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2011). Lo singular de esta relación es que en aquellos tramos donde no era visible algún monumento tumular, algún crestón cuarcítico de singular color blanquecino o elevaciones prominentes como Picuagudo ejercían un dominio visual sustitutorio (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2011: 160), lo cual sirve de interesante ejemplo con el que reflexionar la complementariedad entre monumentos naturales y monumentos antrópicos (**Fig.7.56**).

Como ya he comentado anteriormente, resultan frecuentes en la Arqueología de la Prehistoria reciente cantábrica las referencias a concentraciones de megalitos alineados con vías naturales de largo recorrido, así como su emplazamiento en lugares clave para el tránsito a través de estos espacios de montaña. En el caso de estudio a escala micro del entorno de Vigaña reconocemos en este sentido los ejemplos de La Forcada, La Palanca I y La Palanca II. Todos ellos se ubican en collados entre

<sup>85</sup> La fecha radiocarbónica Beta-324748 (3110±30 BP BP) ha sido calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013), ofreciendo un único rango de probabilidad 1437-1288 cal a.C. (95,4%).





**Fig.7.57:** Vista de la Capilla de la Santa Cruz, en Cangues d'Onís, erigida sobre un gran túmulo megalítico frente a la confluencia de los ríos Sella y Güeña.

diferentes vertientes y puntos nodales de los esquemas de movilidad a través de estos espacios. Por su parte, en el área de estudio a escala intermedia son notables las concentraciones de túmulos alineados con las vías naturales de comunicación que siguen los caminos tradicionales de La Serrantina y El Camín Real de La Mesa. Ejemplos de megalitos con localizaciones íntimamente ligadas a las comunicaciones son igualmente abundantes en otros espacios del Occidente Cantábrico, como los diferentes túmulos situados en la Sierra de la Sobia (Teberga/Quirós, Asturias) o en pasos de montaña como el Puerto de Ventaniella, entre Ponga (Asturias) y Burón (León)<sup>86</sup>. Lo más destacado son algunos ejemplos de este tipo que nos obligan a descender de las montañas, como el célebre túmulo que sirve de base a la capilla de Santa Cruz (Cangues d'Onís, Asturias) (**Fig.7.57**). Este gran túmulo megalítico, sobre el cual se construiría según la tradición la primera iglesia erigida por la nascente monarquía asturiana en la Alta Edad Media, está localizado en un fondo de valle, junto a la confluencia de los ríos Sella y Güeña. Es ésta una ubicación poco prominente, pero que sin duda refiere a un punto nodal fundamental en las comunicaciones tradicionales en la zona del Oriente asturiano (DE BLAS CORTINA 1979, 2008d: 529-537; VEGA DEL SELLA 1919).

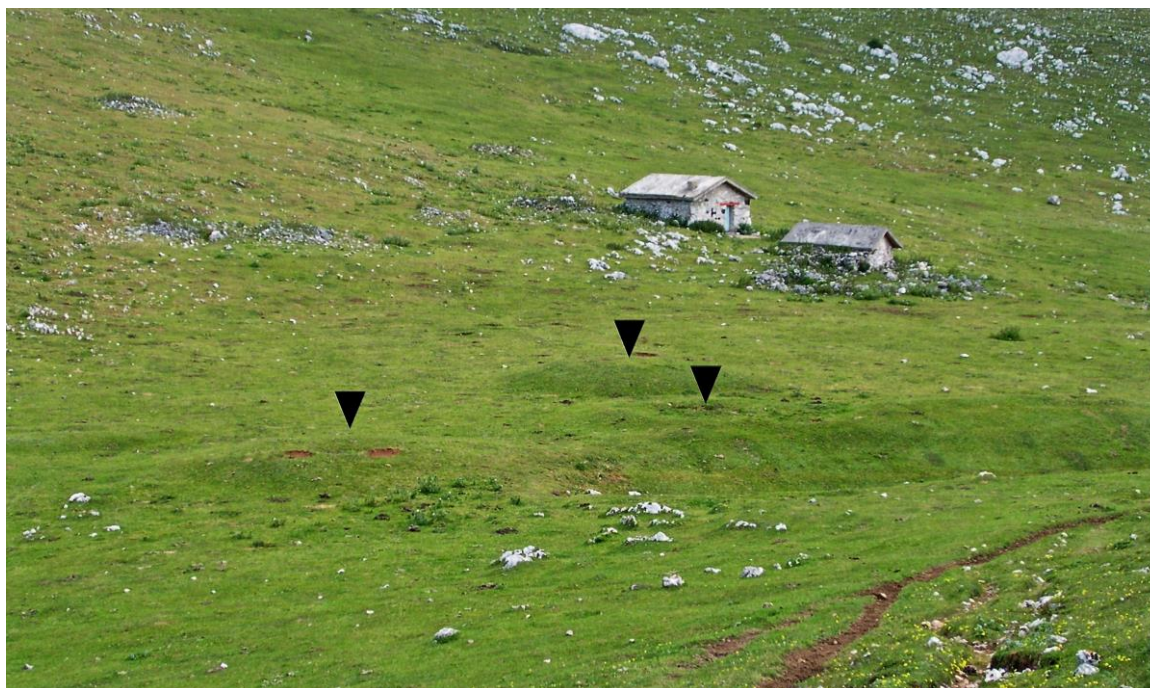
El componente funerario es el que desencadenaría las ceremonias sociales y rituales en las que se enmarca la construcción de nuevos megalitos. Así, resulta interesante ligar este elemento motor con el recuerdo monumentalizado de una persona que formaba parte del grupo: un ancestro que habría transitado aquellos espacios, conduciendo quizá a su rebaño, y que en adelante recordaría a los integrantes de su grupo y a los grupos vecinos la relación familiar entre los pastizales y la comu-

<sup>86</sup> En el mismo sentido, encontramos multitud de ejemplos en otras zonas de la península (CRIADO BOADO *et al.* 1990-1991; GALÁN DOMINGO y MARTÍN BRAVO 1991-1992).

nidad. Por lo tanto, esta hipótesis serviría para plantear una relación entre la humanización o la domesticación de los paisajes serranos a través de monumentos funerarios, y la reclamación del usufructo de aquellos espacios de pasto por parte de un determinado grupo.

Además, creo que sería valioso considerar la energía que destinarían los grupos a la antropización de los pastizales de altura, que además podría tener un correlato o una continuación en la propia acción monumentalizadora de instalar los megalitos. La apertura de las praderas y su consolidación frente al avance del arbolado y el monte bajo –con el empuje de los principios de la sucesión ecológica– sería resultado de una importante cantidad de esfuerzo por parte de los grupos humanos. Así, los agregados de población neolítica habrían abierto estos espacios con la realización de quemas, la tala de árboles y matorrales a golpe de hacha pulimentada, así como por medio de unos manejos pastoriles determinados que permitirían consolidar y ampliar las praderas. En este mismo sentido, los megalitos pueden ser considerados como una inversión paralela de energía por parte de los mismos grupos, que construirían de manera colaborativa estos marcadores monumentales. La relación entre los dos tipos de esfuerzos es un aspecto sobre el que reflexionar en la valoración en conjunto de la antropización y la monumentalización de los espacios de pasto, como resultado de trabajos complementarios y a la vez convergentes en términos sociales. Por ello, los megalitos pueden ser considerados como una monumentalización del esfuerzo colectivo de los grupos de la Prehistoria reciente en la apertura y mantenimiento de los espacios productivos, que a la vez funcionarían como elementos articuladores en los paisajes sociales y productivos de las altas montañas cantábricas. De este modo, estos monumentos serían una metonimia perfecta para la doble valoración de los paisajes culturales como el resultado del trabajo y como realidad estructurante de la realidad social de los grupos humanos (MITCHELL 1998: 94).

La ubicación de estos monumentos en lugares centrales y visualmente prominentes de los espacios de pastos serviría de marco para plantear esta hipótesis, con ejemplos en el estudio de caso a escala micro como La Chalga o Campoleo –situados en medio de zonas especialmente favorables para el aprovechamiento ganadero de los espacios serranos situados por encima de la aldea de Vigaña– o el Túmulo del Monte'l Escoréu sobre los amplios pastizales de altura de El Puerto en Somiedu. Además, si asumimos que algunos de estos túmulos aparecen en lugares óptimos para la instalación de asentamientos pastoriles estacionales –lo cual deriva del frecuente reconocimiento de coincidencias en la localización de túmulos prehistóricos y brañas subactuales–, podemos llegar a contemplar la hipótesis de que fuesen verdaderos «punto cero» de la antropización de estas montañas. ¿Sería posible, así pues, plantear la existencia de establecimientos temporales a la sombra de algunos de estos monumentos? En mi opinión, tal opción es más que probable, en la línea de otros autores (DÍEZ CASTILLO 1996-1997: 129), aunque siempre insistiría en la multifuncionalidad de estos demarcadores monumentales. No obstante, para la con-



**Fig.7.58:** La mayada de Los Veneros, en el macizo de L'Aramo, es buen ejemplo de tantos enclaves pastoriles reconocibles en las montañas del Occidente Cantábrico en los que manifestaciones megalíticas y usos pastoriles tradicionales coinciden en un mismo espacio hasta conformar una regularidad palpable.

trastación de esta propuesta se hace necesario realizar intervenciones arqueológicas en enclaves donde se produzcan este tipo de coincidencias locacionales, lo cual aún no ha sido abordado en el sector occidental de la Cordillera Cantábrica (**Fig.7.58**).

### 7.3.6. Organización social

La lectura de los paisajes que se asocian al largo período Neolítico debe atender también a los aspectos sociales y políticos del modelo de organización social de estas comunidades, así como a las claves identitarias que regirían su forma de percibir y construir socialmente los paisajes culturales de esta fase. De nuevo, la parquedad de la información arqueológica disponible constituye la principal limitación para lanzar propuestas sobre este tema. No obstante, es posible aventurar algunas cuestiones de partida, que al menos establezcan unos parámetros de mínimos sobre los que avanzar en la discusión y en el planteamiento de hipótesis de trabajo.

La consideración de las formas de vida de las comunidades neolíticas conlleva una valorización necesaria de la importancia de los grupos, como células básicas de las formas de subsistencia y del modelo de organización social. Estas gentes pioneras en la extensión de la agricultura y la ganadería por las montañas occidentales cantábricas fundamentarían su seguridad y su porvenir en la colaboración que se establecería en el seno de los pequeños núcleos de población que protagonizarían la vida neolítica. Estos grupos estarían compuestos probablemente por unas pocas decenas de personas, y en ellos los lazos familiares constituirían uno de los elementos cohesionadores fundamentales. Además, la colaboración entre todos sus integrantes



sería necesaria para garantizar la subsistencia y la reproducción de las comunidades. Por ello, el trabajo colaborativo funcionaría asimismo como otro elemento agregador de estas sociedades indivisas en las que el poder sería detentado por las colectividades en su conjunto.

Las relaciones entre los diferentes grupos debían conllevar un entendimiento necesario entre vecinos con el ánimo de garantizar la existencia de ciertos intercambios de informaciones, productos y materias primas, sostener las prácticas matrimoniales exogámicas y acordar el reparto de los espacios productivos más interesantes. A pesar de que la densidad poblacional debía ser relativamente baja, existirían muy probablemente porciones del territorio codiciadas por grupos vecinos. Para ello, serían importantes los pactos o negociaciones para pautar su aprovechamiento a partir del establecimiento de límites o del aprovechamiento mancomunado de esos espacios. En relación con esta variable de las relaciones intergrupales, los pastizales de beneficio estival en las cumbres de las sierras constituirían sin duda uno de esos espacios cuyo usufructo sería motivo de potenciales fricciones entre diferentes grupos. Por ello, cabe reforzar la consideración de las montañas como espacios de confluencia para distintas comunidades llegadas desde diferentes vertientes.

Debido a la centralidad de los espacios altimontanos en los modos de subsistencia y en los patrones de movilidad de estas comunidades, es inevitable asumir la existencia de regulaciones de cara a su aprovechamiento por parte de los grupos vecinos. Así, resulta interesante contemplar la posibilidad de que en fechas prefijadas se produjesen encuentros en lo alto de las montañas entre grupos vecinos que, con un aspecto social o ritual, determinasen los modelos de vecindad y aprovechamiento estival de los puertos. Si asumimos que estas reuniones se producirían en lugares nodales de los paisajes serranos, descubriremos que muchos de esos espacios se encuentran justamente monumentalizados por túmulos megalíticos. Por ello, no resultaría demasiado aventurado plantear que los acuerdos entre grupos vecinos se fundasen o se renovasen en contextos sociales y rituales relacionados con los monumentos megalíticos. En este sentido, es importante remarcar que los túmulos no serían meros lugares de enterramiento; sino que en algunos casos funcionarían también –o sobre todo– como espacios ceremoniales o festivos para los vivos. Los monumentos megalíticos serían así puntos de encuentro o de agregación social; elementos monumentales que reforzarían la organización de los grupos neolíticos en relación con los niveles identitarios relacionados con el linaje o la autoconsciencia grupal, pero también construcciones a cuya sombra se producirían encuentros y actividades sociales determinantes para las relaciones vecinales entre grupos, así como para dar mayor seguridad a la organización de sus modos de subsistencia.

Por último, creo importante al menos enunciar un aspecto fundamental para discutir en posteriores desarrollos narrativos sobre los paisajes neolíticos. Con la puesta en práctica por parte de los grupos neolíticos cantábricos de las formas agrícolas y pastoriles propias de su régimen itinerante de vida, es previsible contemplar

a partir de este momento una división creciente en las tareas desempeñadas por las diferentes personas integrantes del grupo en el transcurso de su cotidianeidad. Ante el surgimiento de nuevas y diversas tareas relacionadas con las prácticas agrarias y ganaderas, la recolección de vegetales, la caza, la adquisición de materias primas, el abastecimiento de agua... resulta predecible considerar una creciente división de tales tareas en función del género. Así, debido a que las mujeres se harían cargo del grueso de las tareas de crianza, cuidados y socialización de los miembros infantiles de las comunidades, se verían desplazadas de ciertas tareas como las actividades pastoriles o la realización de desplazamientos largos en búsqueda de materias primas distantes o del establecimiento de intercambios con grupos vecinos. Serían hombres quienes con mayor probabilidad desempeñarían estas tareas, mientras las actividades de mantenimiento y otras tareas a desempeñar en proximidad de los poblados concentrarían preferentemente las responsabilidades de las mujeres (GONZÁLEZ MARCÉN *et al.* 2005, 2008).

Esta distancia quizá no conllevaría la pérdida inmediata de poder o de autoridad de las mujeres en el seno del grupo, pero consolidaría una pequeña y creciente diferencia entre ambos sexos en cuanto a la experiencia y ciertas habilidades relacionadas con el control espacial de su entorno. Al mismo tiempo, los hombres adquirirían en mayor proporción tales habilidades, a través por ejemplo del desempeño de labores especializadas como el manejo del ganado y su acompañamiento en sus desplazamientos estivales hacia las zonas altas. Así, la mayor movilidad de los hombres frente a las mujeres por el territorio generaría una pequeña diferencia de confianza y experiencias en sus relaciones con el paisaje (HERNANDO GONZALO 2000: 40-41), que a largo plazo serviría para consolidar las crecientes diferencias de poder entre hombres y mujeres en relación con la mayor individualización de algunos hombres frente al resto del grupo (HERNANDO GONZALO 2012: 111-112, 2015a). No obstante, las limitaciones del registro suponen un freno al lanzamiento de propuestas sobre este tema, que deberían conjugarse igualmente con una exploración más exhaustiva de la literatura etnográfica y antropológica en búsqueda de analogías interpretativas.







## Capítulo 8. La Edad del Bronce

El registro arqueológico disponible para la Edad del Bronce en las montañas occidentales cantábricas adolece de problemas convergentes con lo ya expuesto en el capítulo anterior para el Neolítico. Tal consideración se agrava, no obstante, al pensar que nos encontramos ante un período más cercano en el tiempo. Los principales testimonios arqueológicos referentes a este período en el Occidente Cantábrico son los monumentos megalíticos, algunos materiales metálicos de los que en su mayoría no conocemos su contexto preciso de aparición, así como unas pocas manifestaciones de arte esquemático presentes en abrigos rupestres. Además, en el extremo oriental del área general de estudio se encuentran también disponibles algunas secuencias arqueológicas en cuevas. Por último, la atención a los estudios paleoambientales con secuencias disponibles para estas cronologías termina de iluminar el escenario para poder elaborar las narrativas arqueológicas sobre las formas de vida de las comunidades de la Edad del Bronce.

La parquedad de informaciones disponibles para esta fase de la Prehistoria reciente es paradigmática al valorar los datos disponibles en las dos escalas inferiores de análisis planteadas en esta investigación. Así, la Edad del Bronce permanece absolutamente ausente del registro disponible en el estudio de caso del entorno de la aldea de Vigaña. No se disponía de informaciones previas para este período, y lamentablemente no han sido identificados niveles con esta cronología en el transcurso de las intervenciones desarrolladas durante los últimos años en su entorno. Por su parte, en el área de estudio a escala intermedia existen tan sólo algunos materiales bronceos descontextualizados, una estación de arte esquemático más bien poco expresiva, además de las informaciones paleoambientales derivadas de las secuencias paleopalinológicas localizadas en la zona. Asimismo, podemos incorporar al análisis los túmulos megalíticos y los conjuntos líticos recuperados en superficie que han sido presentados genéricamente en el capítulo precedente sobre el Neolítico, ya que tales manifestaciones ofrecen una horquilla cronológica amplia que pueden corresponderse igualmente con este período.

Lógicamente, esta situación hace que la estructura narrativa y de discusión adoptada en este capítulo deba variar respecto al formato dispuesto en los capítulos de esta tesis referentes al Neolítico y la Edad del Hierro. Por ello, tras la introducción general al capítulo, pasaré directamente a presentar y discutir los datos disponibles en el área intermedia de estudio –la comarca de Babia y la cuenca del río Pigüña–, para finalmente plantear una discusión más amplia que contextualice todas estas informaciones en el estado actual de conocimientos referido al segmento asturleonés de la Cordillera Cantábrica.

Durante la Edad del Bronce se produce en la península ibérica un importante avance en las tecnologías disponibles para las comunidades humanas con el desarro-

llo de la metalurgia y de nuevas técnicas productivas. Los grupos amplifican el alcance de sus actividades, se atisba cierto crecimiento demográfico y todo ello genera nuevos impactos en su entorno. Asimismo, la consolidación de las formas productivas fundamentadas en la agricultura y la ganadería con nuevas técnicas agrarias y manejos más complejos de los rebaños traerían consigo ligeras variantes en los modos de poblamiento que conllevarían una mínima territorialización de los grupos humanos, así como la formación de modelos organizativos complejos, con el surgimiento de desigualdades (BLASCO BOSQUED 1993; CRUZ BERROCAL *et al.* 2013; DÍAZ DEL RÍO 2001; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 2001). No obstante, los escuetos datos disponibles para el Occidente Cantábrico, así como el tradicional conservadurismo cultural de sus habitantes refractario a los cambios y a las innovaciones exteriores (DE BLAS CORTINA 2000b; MARÍN SUÁREZ 2011a), dificultan la percepción a partir del registro arqueológico de cambios significativos en el día a día de las personas que poblaban estas montañas respecto al período neolítico precedente. En este sentido, no será hasta la última mitad del II milenio cal a.C. con el desarrollo del Bronce final cuando podamos asumir transformaciones en la manera de habitar el paisaje de las comunidades de la Edad del Bronce en el área de estudio.

Los perduración de los megalitos en la Edad del Bronce del Occidente Cantábrico es segura para sus primeros momentos, si bien la continuidad del fenómeno megalítico hacia el Bronce final no está suficientemente clara (ARIAS CABAL y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998; ARIAS CABAL *et al.* 2005; DE BLAS CORTINA 1983, 2008a, 2008c; FÁBREGAS VALCARCE y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1997; FÁBREGAS VALCARCE y VILASECO VÁZQUEZ 2004), tal y como apuntarían algunas evidencias en discusión como la fecha Ly-2939 de  $3160 \pm 130$  BP obtenida en el túmulo de Piedrafita V (Les Regueres, Asturias) (DE BLAS CORTINA 2006b), que calibrada nos lleva a una horquilla 1741-1711 cal a.C. (1,3%); 1700-1056 cal a.C. (94,1%)<sup>87</sup> a las puertas del I milenio cal a.C.

Así pues, los materiales bronceños forman el repertorio de elementos arqueológicos más elocuente para el área de estudio referente a la Edad del Bronce. Buena parte de estos materiales son resultado de hallazgos casuales realizados por los habitantes de estos valles de montaña en el transcurso de sus actividades cotidianas como los trabajos agrícolas o la realización de obras para la apertura de caminos. En otros casos, los elementos bronceños fueron recuperados en rebuscas clandestinas de yacimientos arqueológicos realizadas por los propios campesinos, así como por buscadores de tesoros o *chalqueiros* (DE BLAS CORTINA y LÓPEZ ÁLVAREZ 2001; SUÁREZ LÓPEZ 2001). Buen ejemplo de esto son la colección Soto-Cortés, reunida a finales del siglo XIX por este noble del oriente de Asturias (ÁLVAREZ MARTÍNEZ 2010; DIEGO SOMOANO 1960); la colección Fontaneda con materiales del piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica (DELIBES DE CASTRO *et al.* 1999); o la colección

<sup>87</sup> La calibración a dos sigma se ha sido realizada con el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica *IntCal13* (REIMER *et al.* 2013).

privada comúnmente denominada *Tabularium Artis Asturiensis* que fue reunida por el coleccionista ovetense Joaquín Manzanares a mediados del siglo XX.

Pese a carecer de contexto, o en muchas ocasiones de procedencia clara, estos materiales sirven como principal fuente informativa para advertir la presencia de los grupos de la Edad del Bronce en el territorio. Asimismo, el estudio de su distribución –o de las localizaciones particulares en los casos de los que se dispone de esa información– sirve de fuente informativa para inferir comportamientos sociales, la existencia de redes de intercambio o de territorializaciones de las formaciones sociales o las diferentes identidades. Al mismo tiempo, su estudio arqueográfico deriva en conocimientos sobre las esferas tecnológicas y productivas de estas comunidades. Otras evidencias a tener en cuenta para este período son las explotaciones mineras en áreas de montaña (DE BLAS CORTINA *et al.* 2013; DE BLAS CORTINA y SUÁREZ FERNÁNDEZ 2010), las estaciones de arte esquemático (DE BLAS CORTINA 2008b; DÍAZ CASADO 1993; GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1975; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y AVELLÓ ÁLVAREZ 1986) o las concentraciones de materiales líticos en superficie.

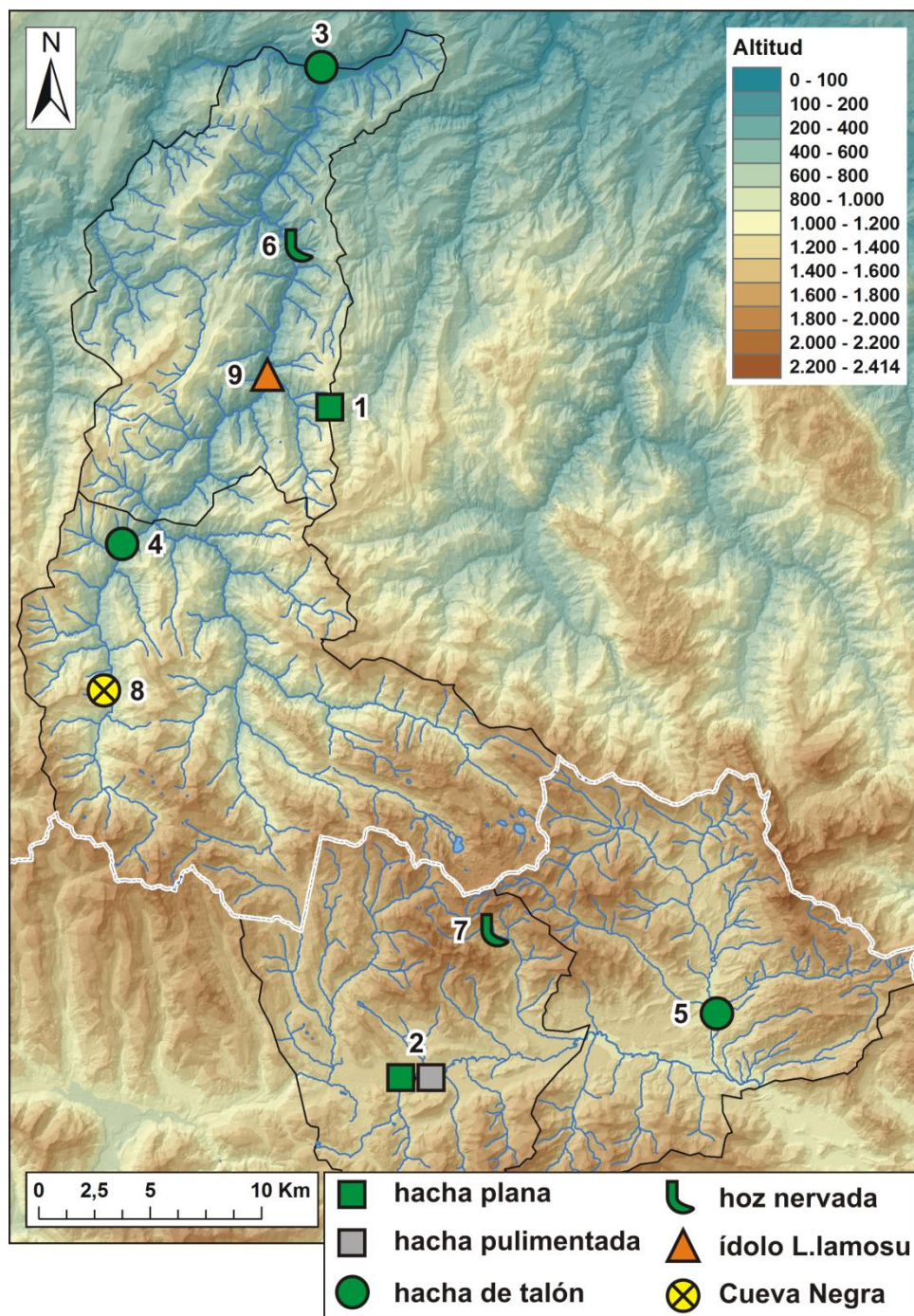
### 8.1. La Edad del Bronce en el valle del Pigüena y la comarca de Babia

En el territorio estudiado en la escala intermedia de esta investigación no contamos con yacimientos arqueológicos que hayan podido ser datados con claridad en la Edad del Bronce. Esta situación responde a la ya aludida falta de investigaciones previas. Al igual que en otros espacios del Occidente Cantábrico, no se han desarrollado proyectos de investigación centrados en reconocer evidencias asignables a este período en el área de estudio, mientras que la Arqueología preventiva no ha ofrecido resultados positivos para la Edad del Bronce. No obstante, estas carencias son compartidas por buena parte de esta región, en donde este vacío de información no resulta extraño. No en vano, la falta de informaciones ha terminado por convertirse en un rasgo característico de este período para el segmento asturleonés de la Cordillera Cantábrica, si exceptuamos informaciones puntuales derivadas de intervenciones sobre algunos monumentos megalíticos –como los megalitos de La Mata'l Casare y Los Fitos en el macizo de L'Aramo (DE BLAS CORTINA 2012) o el túmulo VI de la Sierra de Carondio (BLANCO VÁZQUEZ *et al.* 2013)–, así como las informaciones detalladas sobre los espacios de minería cuprífera en diferentes puntos de la Cordillera Cantábrica (DE BLAS CORTINA *et al.* 2013; DE BLAS CORTINA y SUÁREZ FERNÁNDEZ 2010; MATÍAS RODRÍGUEZ *et al.* 2001).

Sin embargo, el potencial del área de estudio a escala intermedia para comprender esta etapa en la biografía de los paisajes de la Prehistoria reciente es aceptablemente alto, a la luz de la alta densidad de manifestaciones megalíticas existente en estas montañas, la presencia en diferentes localizaciones de piezas descontextualizadas de la metalistería propia de la Edad del Bronce, la existencia de estaciones con arte esquemático, además de la disponibilidad de excelentes secuencias paleo-



palinológicas que cubren este período en el Lago de El Valle (Somiedu) y la Laguna de La Mata (Cabrillanes) –amén de las cercanas de La Laguna del Castro (Villablino) y la turbera de La Molina (Salas)–. Por todo ello, las limitaciones de partida son importantes, aunque el análisis a realizar puede servir de punto de partida para acometer en el futuro investigaciones en búsqueda de datos y contextos arqueológicos que puedan ser incorporados a los debates sobre los paisajes culturales de la Prehistoria reciente del Occidente Cantábrico.



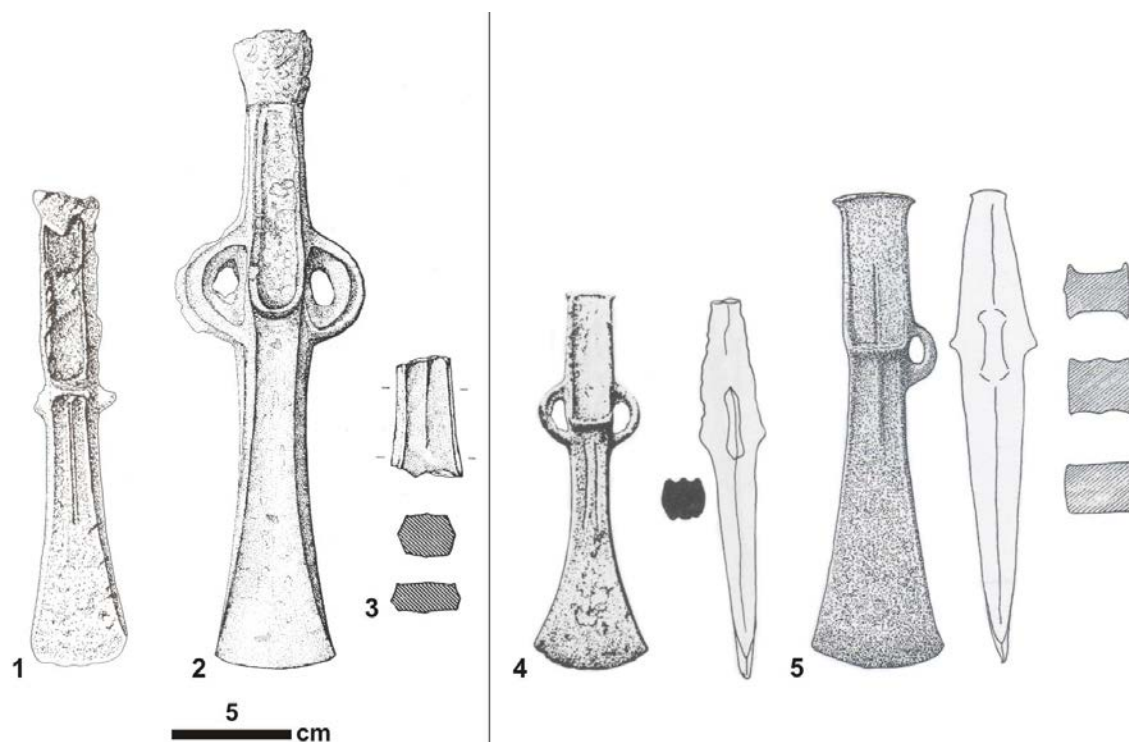
**Fig.8.1:** Distribución de los materiales relacionables con la Edad del Bronce en el área de estudio a escala intermedia. 1: ¿Hacha plana? de L. Iamosu. 2: Hacha plana y materiales líticos pulimentados de El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia. 3: Depósito de hachas de talón y anillas de Alava. 4: Hacha de talón y anillas de Santuchanu. 5: Hacha de talón y anillas de San Emiliano. 6: Hoz de Miranda. 7: Hoces de Las Verdes, Torre de Babia. 8: Cueva Negra. 9: Ídolo de L. Iamosu.

### 8.1.1. Las evidencias arqueológicas

Los materiales metálicos característicos de la Edad del Bronce constituyen las evidencias más claras que nos llevan a este período en el área de estudio. Lamentablemente, este tipo de elementos no son especialmente abundantes en este territorio. Así, en el extremo inferior de la cuenca del río Pigüña fue localizado un depósito con varias hachas de talón y anillas en Alava (Salas) en las inmediaciones de un castro frente a la desembocadura del río Pigüña en el Narcea. Otro elemento de este tipo ofrece como referencia de origen la localidad de Santuchanu en Somiedu. Además, en el Ashmolean Museum de Oxford existe una hoz de bronce con nervadura central de procedencia dudosa con indicación “Miranda, Asturias”, sobre la cual existe cierto consenso en relacionarla con el municipio homónimo. En la localidad de Llamosu (Miranda) hemos recopilado testimonios orales sobre la recuperación en una braña situada sobre esta localidad de una posible hacha plana de bronce. Por su parte, en la comarca de Babia al sur de la Cordillera se conoce un hacha plana de bronce que apareció junto a varios útiles pulimentados en la parte baja de la ladera de El Pico Sulcastro, en Quintanilla de Babia. Dos hoces de bronce fueron halladas en el paraje de Las Verdes, una zona de pastizales sobre la localidad de Torre de Babia. Además, se conoce un hacha de talón con una anilla –hoy desaparecida– cuya procedencia se refiere a San Emiliano (**Fig.8.1**).

En el entorno de El Castu de Alava fue localizado un depósito con una docena de hachas de bronce durante unas obras realizadas en 1921 para arreglar un camino. Así, los vecinos de la aldea descubrieron el conjunto en un lugar conocido como El Riestru, al oeste del poblado castreño, mientras extraían piedra para la mencionada obra (DE BLAS CORTINA 1991-1992: 114-116). Los materiales fueron entonces repartidos entre los vecinos allí presentes, y actualmente sólo conocemos el paradero de tres de estas piezas (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2007: 20-21; DE BLAS CORTINA 1983: 156-157; DE BLAS CORTINA y VILLA VALDÉS 2008: 663-664; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 35, 73; PAJARES BORBOLLA 2010: 50-52) (**Fig.8.2: 1-3**). De las tres piezas que se encuentran publicadas, dos de ellas son hachas con dos anillas –una de ellas muestra ambas anillas fracturadas– con mazarota de fundición (1-2) y las rebabas derivadas de su fundición en un molde bivalvo. La tercera pieza es un fragmento proximal de otra hacha de talón de 5 cm de longitud (3) recuperada en el pozo de saneamiento de una de las casas de Alava, a donde llegaría procedente del citado hallazgo en el entorno de El Castu de Alava. Su sección hexagonal y la presencia del nervio central asemejan este fragmento a las otras dos hachas descritas, lo que confiere mayor seguridad al hecho de que formen parte del mismo depósito. El resto de piezas habrían sido vendidas a chatarreros ambulantes (DE BLAS CORTINA 1991-1992: 117). La alta presencia de plomo en su composición metalográfica las inutilizaría en términos mecánicos, por lo que podrían así ser consideradas como hachas-lingote (DE BLAS CORTINA y FERNÁNDEZ-TRESGUERRES 1989: 183).

Este interesante lote de materiales de Alava podría constituir por sí mismo un depósito votivo del Bronce Final, sin una conexión directa con el castro. En este sen-



**Fig.8.2:** Hachas de bronce del área de estudio a escala intermedia (DE BLAS CORTINA 1983: 162, 1991-1992: 118; HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 461; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 73). 1-3: Alava (Salas). 4: Santuchano (Somiedu). 5: San Emiliano.

tido, el enclave sobre la confluencia de dos grandes ríos, bajo una elevación de forma singular y reconocible, sería una localización propicia para este tipo de depósito (COMENDADOR REY 2010; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1995). Así, cabe recordar la reiterada presencia de depósitos votivos u ofrendas culturales del Bronce final localizadas en cruces de caminos, con armas u objetos arrojados a las aguas o encajadas en las rocas (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998: 55). Sabemos que el conjunto de Alava apareció en una oquedad de la base del crestón calizo de este destacado cerro situado frente a la desembocadura del río Pigüña en el Narcea (**Fig.8.3**). Todo ello refuerza la hipótesis que contemplaría este lugar como un espacio nodal en las comunicaciones y los intercambios a través de estos valles, que quizá demarcaría un espacio neutral para el encuentro, el comercio y los intercambios, sin descartar que este punto pudiese marcar la existencia a sus pies de un vado que salvase el ancho cauce del río Narcea, ni que existiese algún tipo de asentamiento en sus proximidades controlando tan estratégico lugar (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1995: 22, 30-32).

El hacha de talón y anillas de Santuchanu en Somiedu se conserva en la actualidad en la colección privada del *Tabularium Artis Asturiensis* reunida por el coleccionista Joaquín Manzanares. Se trata de un ejemplar de talón grueso y hoja larga estriada con amplio filo y nervaduras en el talón que para Miguel Ángel de Blas (1983: 163) constituiría una producción local del Bronce final (**Fig.8.2: 4**). Para algunos autores, esta pieza podría ser incluida dentro de un grupo de «hachas de talón esbeltas» propio de las montañas asturleoneras. Este conjunto estaría caracterizado por hachas con la hoja nervada y lisa, además de una alta presencia de plomo en la





**Fig.8.3:** El perfil de El Castro de Alava se sitúa como un enclave referencial destacado desde las vegas abiertas en la confluencia de los ríos Píguña y Narcea.

aleación ternaria. La cronología propuesta para este grupo de piezas se situaría muy avanzada en la última centuria del Bronce final (DELIBES DE CASTRO *et al.* 1999: 94-96). Sin más información sobre su contexto de aparición, resulta tentador vincular esta pieza con el poblado castreño de El Castiellu en Santuchanu, y sumar a la ecuación la existencia de leyendas orales sobre tesoros escondidos por los moros (SUÁREZ LÓPEZ 2001: 288). Podría contemplarse así la existencia de un depósito votivo –del que formaría parte esta pieza– en las inmediaciones del referido poblado, tomando el conjunto como un depósito estructurado relacionado con algún acontecimiento social destacado, como podría ser la propia fundación del poblado en la Fase I del fenómeno castreño en el Occidente Cantábrico. No obstante, la falta de precisión sobre el lugar del hallazgo impide dar una mínima seguridad a tal opción, lo que obliga a considerar otras hipótesis diversas. Así, de nuevo es posible considerar la existencia de un depósito votivo de la Edad del Bronce, vinculado quizá al próximo río Píguña, que discurre encajado junto a la localidad de Santuchano a poco de converger en la localidad de Aguasmestas con el río Somiedu.

En el Ashmolean Museum de la Universidad de Oxford se conserva una hoz de bronce con nervadura central que habría sido hallada en algún lugar de Asturias mencionado como «Miranda» (DE BLAS CORTINA 1983: 178). Esta referencia es poco clara, pues existen en esta región hasta cuatro lugares que reciben tal denominación: la parroquia y la aldea homónima de Miranda en Avilés, la aldea de Miranda en Castriellón, la aldea de La Miranda en Llanera, así como el municipio de Miranda<sup>88</sup>. No obstante, buena parte de los autores que se han referido a este elemento concuerdan en asimilarlo al municipio de Miranda (DE BLAS CORTINA y FERNÁNDEZ MANZANO 1992:

<sup>88</sup> Consulta realizada en la edición online del Nomenclator del Instituto Nacional de Estadística, web-site: <http://www.ine.es/nomen2/index.do> (última consulta: 5 de septiembre de 2015).



**Fig.8.4:** Vista de la majada de Las Verdes (en primer plano) y el entorno de esta zona de pastizales sobre Torre de Babia.

403; CAMINO MAYOR 2003: 166, fig.2; MARÍN SUÁREZ 2011a: 349). Respecto a su adscripción cronológica, tradicionalmente estas hoces de bronce con nervadura central y prolongaciones laterales «en T» –en ocasiones denominadas «tipo Castropol», a la vista del conocido molde (ESCORTELL PONSODA 1982: 48, fig.202)– han sido asignadas al el Bronce final con argumentos meramente cronotipológicos (DE BLAS CORTINA 1983: 178-180). No obstante, la aparición de uno de estos elementos en el castro de El Castillo de Camoca en Villaviciosa (CAMINO MAYOR 1999: 157), así como la revisión de los contextos de estas piezas, ha llevado a Carlos Marín (2011a: 348-350) a extender su adscripción hasta la Fase Ib del fenómeno castreño, en la que se fundan los primeros poblados de la Edad del Hierro en el Occidente Cantábrico.

Según testimonios orales, en la aldea de Llamousu (Miranda), se habría recuperado una pieza metálica –probablemente un hacha plana de bronce, en función de las descripciones aportadas– que habría aparecido en la campa de Los Madeiros, una braña de altura sobre la aldea de que se sitúa a la vera del Camín Real de La Mesa. La pieza, que no hemos podido inspeccionar personalmente, se encuentra en manos de un vecino de Llamousu, quien la habría recuperado en el entorno de una cabaña de monte localizada en la mencionada braña. La abundancia de monumentos tumulares en este entorno transitado por la vía histórica del Camín Real de La Mesa –como los conjuntos de Peñas Negras (Miranda), La Forcada (Grau) o Los Cobertorios (Miranda)– hace plausible considerar un origen funerario de este elemento.

En la ladera de El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia habrían aparecido un hacha de bronce amarillento de tipo plano, con escotaduras y filo convexo, posible



«tipo Barcelos» a la vista de la descripción hecha por Gómez Moreno (1925: 1). Esta pieza –que en la actualidad se encuentra en paradero desconocido (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 60; HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 74)– habría sido hallada junto a una serie de útiles pulimentados (LUENGO 1941: 131), de los cuales se conserva un hacha pulimentada “de cuarcita de grano fino, de tendencia longilínea, sección oval y corte recto [que] mide 12x4,5x4 cm” en manos de un vecino de la localidad de Quintanilla de Babia (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 31). El hacha de bronce podría adscribirse tipológicamente al Bronce Antiguo (HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 230) o al Bronce Medio (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 82). Pese a que el lugar exacto de aparición de estos elementos no se conoce con precisión, las informaciones disponibles insisten en que estos materiales habrían aparecido en la llanura a los pies del cerro denominado El Pico Sulcastro, por lo que uno de los posibles contextos que podrían estar relacionados con estos materiales sería algún tipo de asentamiento sobre la llanada central de Babia, similar a los que en estas cronologías se encuentran ampliamente documentados en la cuenca del Duero (ABARQUERO MORAS 2005; BELLIDO BLANCO 1996; BLANCO GONZÁLEZ 2008; FERNÁNDEZ MORENO 2013; JIMENO MARTÍNEZ y FERNÁNDEZ MORENO 1991).

De un lugar desconocido en el municipio de San Emiliano procede un hacha bronceínea de talón con una anilla lateral de 213 mm de longitud por 61 mm de anchura (**Fig.8.2: 5**). La pieza muestra una nervadura central longitudinal con tres nervios decorativos anchos y planos en la hoja, que presentaba forma triangular, mientras la garganta era rectangular. El talón había sido rebajado y el filo, poco abierto, mostraba evidencias de uso. Los rebordes decrecían en altura a medida que se aproximaba al corte. Si bien en 1944 esta pieza se encontraba depositada en el antiguo Museo de León, actualmente se encuentra desaparecida (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 61; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 47; HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 76). Este *pastalve* podría ser adscrito cronotipológicamente al Bronce final II (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 44, 1983-1984: 114; FERNÁNDEZ MANZANO 1984: 22), aunque es muy probable que este tipo de materiales continúen produciéndose en la Fase Ib del fenómeno castreño en el Occidente Cantábrico.

Las Verdes es un espacio a más de 1.700 msnm de la zona de pastizales de altura sobre la localidad de Torre de Babia en la que se localiza una majada de pastores (**Fig.8.4**), camino de la Laguna de Las Verdes. De las proximidades de este lugar proceden dos hoces de bronce conservadas en el Museo de León que ofrecen unas dimensiones de 203x51 mm y 207x52 mm (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 62-63; HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 78) (**Fig.8.5**). Con una sección muy plana, difieren en su formato respecto al denominado «molde de Castropol» o a piezas como la conocida hoz de Sobrefoz (Ponga) –que hoy sabemos proviene de Pruneda (Nava)<sup>89</sup>–, al ser más anchas y más curvas que aquel referente. Los materiales de Las

<sup>89</sup> La hoz bronceínea de nervadura central habitualmente conocida como de Sobrefoz, integrante de la colección de Soto-Cortés, ha sido tradicionalmente tomada como parte de un depósito aparecido en esta localidad del municipio asturiano de Ponga. No obstante, la reciente revisión de los diarios per-



Fig.8.5: Hoces de Las Verdes (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 38).

Verdes tampoco cuentan con nervaduras ni ornamentaciones, que sí están presentes en las piezas de Castropol, aunque no en la de Pruneda (DE BLAS CORTINA 1983: 178-180). La lengüeta de empalme se ensancha gracias a unas prolongaciones laterales que les confieren una forma «en T» para ser insertada. En su descripción, José Avelino Gutiérrez se refiere a la presencia al dorso en ambas piezas de «un curioso signo «en V», lo que les confiere un carácter singular» (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 37-38, fig.6). Sobre su lugar de aparición, existen referencias que las ligan a una cista cuadrangular –¿posible estructura megalítica?– compuesta por lajas, que habría sido destruida<sup>90</sup>. Tal elemento estaría situado en un lugar conocido como El Paredón cercano a la majada de Las Verdes, recordado por los vecinos como “el sitio donde antiguamente se encontró un tesoro” (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 37). Por su semejanza respecto al conocido como «molde de Castropol» (cf DE BLAS CORTINA 1983: 178-179), se ha asumido para estas piezas una cronología genérica del Bronce final (GUTIÉRREZ

sonales de este erudito/anticuario realizada por Valentín Álvarez Martínez (2010) ha permitido vincular este elemento con un depósito vinculado al poblado castreño de El Castiello en Pruneda (Nava) junto a varias hachas planas y *pastalves* de talón y anillas (DE BLAS CORTINA 1975; PAJARES BORBOLLA 2010: 39-41).

<sup>90</sup> En la zona de Las Verdes hemos recogido igualmente testimonios sobre la existencia de una cista dolménica de planta cuadrangular construida con piedras calizas que César González Sainz identificó en compañía de Alberto Meléndez en 1997 (comunicación personal de César González Sainz, 2 de septiembre de 2015). Al no haber podido visitar este enclave, no disponer de imágenes y carecer de referencias espaciales precisas, no puedo concretar la naturaleza de este interesante elemento, ni si se correspondería con el posible lugar de procedencia de las hoces bronceas de Las Verdes.

GONZÁLEZ 1985: 37), del Bronce final III (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 49; FERNÁNDEZ MANZANO 1984: 23). Aunque también se las ha relacionado con la producción metalúrgica del grupo arqueológico meseteño del Soto de Medinilla de la Primera Edad del Hierro, considerando la existencia de un molde en arenisca para la confección de este tipo de piezas en niveles soteños del castro de Sacaojos (Santiago de Valduerna, León) (DELIBES DE CASTRO y ROMERO CARNICERO 1992: 246; HERRÁN MARTÍNEZ 2008: 316; LUENGO 1961), o la Fase I de los poblados castreños del Occidente Cantábrico (MARÍN SUÁREZ 2011a: 329)<sup>91</sup>.

La alta densidad de monumentos tumulares existente en la mitad septentrional del área de estudio es una evidencia más de la presencia de las comunidades humanas en este territorio montañoso también en la Edad del Bronce. Tal y como adelantaba en el capítulo anterior, en el Occidente Cantábrico esta clase de construcciones funerarias pueden ser adscritas de forma genérica a algún momento de la Prehistoria reciente entre el Neolítico y la Edad del Bronce. A priori, resulta imposible plantear alguna consideración cronológica más precisa sin disponer de materiales diagnósticos o dataciones radiocarbónicas claramente vinculadas a estos monumentos. Así pues, sólo me cabe trasladar a este nuevo período las consideraciones relacionadas con este tipo de manifestaciones monumentales ya presentadas en el capítulo precedente dedicado al Neolítico en el área a escala territorial intermedia de esta investigación. Dicho esto, la realización de excavaciones arqueológicas sobre manifestaciones megalíticas de diferentes morfologías y localizaciones debería ser una de las labores prioritarias para la profundización de los conocimientos sobre los paisajes megalíticos y las formas de vida de los diferentes momentos de la Prehistoria reciente en estas montañas. Con la ejecución de un plan preestablecido de intervenciones que atendiese a factores locacionales, tipologías constructivas, etc. sería quizá posible obtener algún tipo de modelo predictivo sobre la cronología de estos yacimientos a partir de sus características externas.

En clave convergente con la reflexión previa referida a la indefinición cronológica de los megalitos para el período comprendido entre el Neolítico y la Edad del Bronce, los conjuntos de materiales líticos hallados en superficie que también han sido ya presentados en el capítulo correspondiente al Neolítico, ofrecen una problemática análoga. Estos materiales de piedra tallada ofrecen, incluso, más incertidumbres respecto a su interpretación funcional o contextual. Por un lado, es difícil a la vista de los escasos elementos líticos recuperados en estos conjuntos –por no hablar de su escasa expresividad formal– plantear interpretaciones cronológicas. Así, estos materiales bien podrían ser producto de las actividades de talla de los grupos humanos que frecuentaron los espacios serranos en los que aparecen durante el Neolítico

<sup>91</sup> Estando de acuerdo con este autor en llevar la horquilla cronológica de este tipo de hoces bronceas hasta la Fase I del poblamiento castreño en el Occidente Cantábrico, cabe señalar que esto no nos debe llevar a relacionar de forma automática el hallazgo de las hoces de Las Verdes en los pastizales de altura sobre Torre de Babia con el poblado de El Castro de Torre de Babia (MARÍN SUÁREZ 2011a: 239, 348).

o la Edad del Bronce, e incluso quizá en el Mesolítico. En su mayor parte, estas piezas son elementos de talla derivados del descortezado de núcleos, o lascas simples que difícilmente pueden ser correlacionados con los conjuntos mejor caracterizados presentes en yacimientos megalíticos o en cuevas (vid ARIAS CABAL 1991; ARIAS CABAL y PÉREZ SUÁREZ 1990b, 1992; DE BLAS CORTINA 1981, 1992, 1999a, 2008d; JORDÁ CERDÁ *et al.* 1972-1973; ONTAÑÓN PEREDO 1996).

Los mismos problemas descritos que dificultan su clara adscripción cronológica impiden también definir una funcionalidad determinada para estos conjuntos de materiales. Así, la presencia de lascas, raspadores o láminas en las zonas altas de las sierras ha sido normalmente relacionada con las actividades cinegéticas desarrolladas por partidas de cazadores del Mesolítico, o bien por los propios grupos de la Prehistoria reciente (e.g. DE BLAS CORTINA 1996), aunque también podría relacionarse con tareas relacionadas o complementarias a las prácticas ganaderas. Así, la coincidencia de algunas de las localizaciones en las que se han recuperado materiales líticos con concentraciones tumulares vinculadas a pastizales estivales, invitan a contemplar a las personas encargadas de vigilar sus rebaños en los pastos de altura realizando actividades complementarias como el preparado de pieles o el trabajo de la madera mientras oteaban los movimientos de sus animales. Una cosa sí es clara, la no identificación de elementos de hoz o piezas líticas con el denominado «lustre de cereal» nos permiten por el momento descartar su relación con posibles prácticas agrícolas.

Pero, si hablamos de industria lítica en la Prehistoria reciente, debemos considerar la relevancia de elementos de piedra pulimentada como las hachas o azuelas que se producirían en el Neolítico o la Edad del Bronce. Sin embargo, no disponemos de referencias a este tipo de materiales en el área de estudio a escala intermedia. Su presencia, podría enfatizar narrativas como la ya planteada para el capítulo referente al Neolítico sobre su relevancia en los procesos deforestadores que protagonizarían la expansión de las formas agrícolas y ganaderas de producción de alimentos a lo largo de la Prehistoria reciente. Sin embargo, al atender a relatos no arqueológicos generados en este territorio, en este caso las narraciones orales del folklore campesino, podemos encontrar interesantes referencias que nos desvelan la existencia de este tipo de materiales en zonas como los valles de montaña del municipio de Somiedu.

Las hachas pulimentadas son en ocasiones denominadas *pedras del rayu* por los campesinos locales, a partir de la creencia ampliamente extendida en buena parte del continente euroasiático de que fueron formadas como consecuencia de la caída de rayos en el transcurso de las tormentas (ELIADE 1996: 34). Estos elementos, que los campesinos locales encontrarían en su entorno en el transcurso de sus faenas cotidianas o como resultado de rebuscas y exploraciones de yacimientos arqueológicos, eran considerados elementos protectores y curativos, por lo que constituían bienes preciosos que servían para curar enfermedades en los animales domésticos, así como para alejar las tormentas del hogar. De hecho, es relativamente habitual

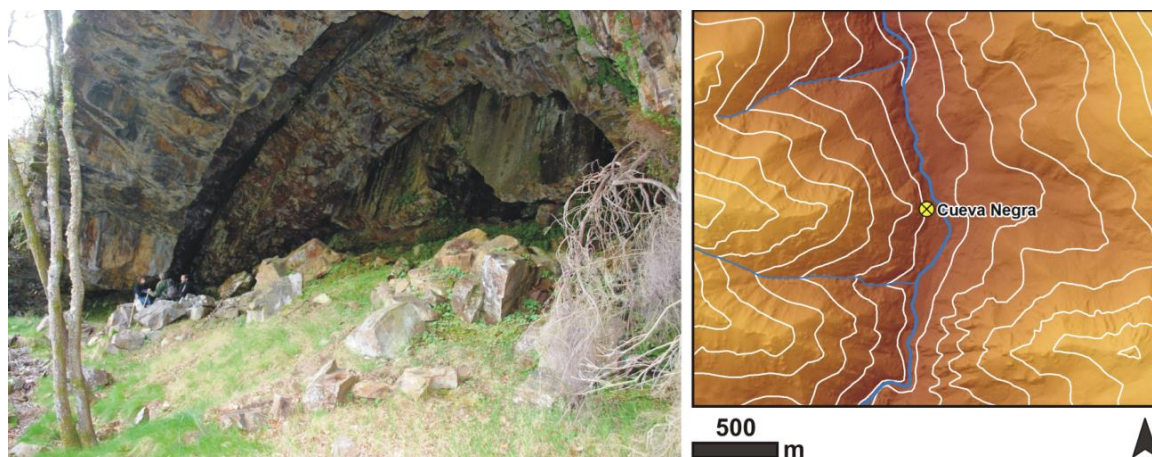
encontrar este tipo de elementos en desvanes o sobrados de casas antiguas o en las paredes de casas y cabañas (e.g. HEVIA LLAVONA 1997). Sobre estos elementos, Jesús Suárez López recogió en 1996 un ilustrativo testimonio de una mujer de 75 años en La Pola: “Las piedras del rayo caen y yo qué sé qué movimientos harán que quedan redondinas. Eran muy buscadas porque si una vaca tenía un acceso de hinchón o de pus o de algo, le pasaban la piedra del rayo y era un remedio muy bueno. Caen con el rayo, o que el rayo las coge y las haz dar vueltas. Queda redondina, redondina, así..., yo qué sé, del tamaño de un huevo, más planina. Son así como rojas y blancas, con unos colorinos muy guapos” (SUÁREZ LÓPEZ 2003: 100). El conocimiento que muestran de estas piezas muchos habitantes de estas montañas da testimonio de que debieron existir estos útiles pulimentados en el área intermedia de estudio. De hecho, en 1996 un hombre de 90 años de Perllunes aseguraba que “Hubo una en mi casa, donde me crié (...) Yo la piedra nun sé de ónde vino nin el principio, pero conocí la piedra en casa” (SUÁREZ LÓPEZ 2003: 100-101).

Además de los frecuentes túmulos y de los elementos materiales ya referidos, en el área de estudio cabe presentar con detalle el yacimiento de Cueva Negra en las inmediaciones de la aldea de Corés (Somiedu)<sup>92</sup>. Se trata de un gran abrigo bajo un frente rocoso que se localiza en una zona escarpada en la orilla izquierda del río Piñueña (**Fig.8.6**). La cavidad, abierta al Este/Sureste muestra unas amplias dimensiones –de unos 25 m de apertura, 10 m de altura máxima y 10 m de profundidad– y se encuentra en la actualidad cubierta por grandes bloques desprendidos de la pared rocosa y de la visera del abrigo. Sin duda alguna, este lugar pudo haber constituido un lugar de refugio ideal para los grupos de la Prehistoria reciente en sus desplazamientos por el territorio, así como lugar de aprisco para el ganado. Sin que se conozcan materiales arqueológicos recuperados en este lugar, su interés arqueológico deriva de la existencia de muestras de arte esquemático (ESTRADA GARCÍA 2007c: 430) similares en su factura a las composiciones ya conocidas en el ámbito cantábrico que suelen ser datadas en la Edad del Bronce (cf DE BLAS CORTINA 2008b; DÍAZ CASADO 1993; GÓMEZ-BARRERA 1992).

Los relatos orales del folklore abundan en la singularidad de este espacio para la población local. Así, se decía que en Cueva Negra existía un tesoro enterrado muy hondo, y que encima de la cueva había una media luna pintada indicando ese lugar. Este dalle resulta especialmente interesante, y bien podría ser producto de una interpretación popular de los propios grabados prehistóricos, como ha sido constatado en otras estaciones con arte prehistórico en el Occidente Cantábrico (ÁLVAREZ PEÑA 2007b; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011a), como la de Picu Berrubia en el municipio de Uviéu (DE BLAS CORTINA 1974-1975: 65-66). El interés del lugar queda subrayado por las narraciones que indican la llegada de forasteros que irían a excavar a la cavidad para llevarse el tesoro allí escondido (SUÁREZ LÓPEZ 2001: 209-210).

<sup>92</sup> Debo agradecer la amabilidad de Jesús Fuster, miembro de la guardería del medio rural del Principado de Asturias en Somiedu, quien me sirvió de guía en la visita a Cueva Negra que realicé en compañía de Armando Graña y Gustavo Pajares.





**Fig.8.6:** Cueva Negra es un gran abrigo (izquierda) situado a unos 780 msnm en un tramo encajado del valle del río Pigüña, en las inmediaciones de la aldea de Corés (Somiedu) (derecha) [equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].

El panel que alberga los sencillos motivos se ubica en la pared izquierda del abrigo, en donde se vislumbran varios trazos bastante perdidos y un signo ramiforme ejecutado por medio de trazos gruesos con el característico color rojo que domina otras composiciones de este tipo como las de Fresnéu (Teberga) (MALLO VIESCA y PÉREZ PÉREZ 1971), Cova del Demo (Bual) (DE BLAS CORTINA y CARROCERA FERNÁNDEZ 1985), Sésamo (Vega de Espinareda) (AVELLÓ ÁLVAREZ y GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1986-1987) o las que acompañan el conocido ídolo absidiado de Peña Tú (Llanes) (DE BLAS CORTINA 2010). Esta figura es la mejor conservada de la estación, con un trazo vertical de poco más de 20 cm que sirve de eje para una serie de trazos que salen hacia cada lado. A un lado y a otro fueron dibujados ocho trazos cortos –cuatro a cada lado– con longitudes más o menos similares de entre 6 y 8 cm y distancias entre ellos relativamente constantes. Estas líneas menores ofrecen una alineación general casi horizontal, con un trazado mínimamente curvado y ligeramente descendente hacia la izquierda que confiere a la composición cierta viveza, asemejándose la figura a una especie de planta o árbol esquematizado (**Fig.8.7**). Bajo este motivo se observan algunas otras líneas más finas cuyo trazado se encuentra más perdido. Tras examinar cuidadosamente todos los paneles del abrigo, no pude localizar nuevos motivos, quizá desaparecidos en el caso de que hubieran existido debido al lavado al que algunos tramos de la pared se ven sometidos por filtraciones naturales de agua.

La ubicación de Cueva Negra y la topografía de su entorno recuerda a la no muy lejano conjunto de los abrigos de Fresnéu (Teberga) (MALLO VIESCA y PÉREZ PÉREZ 1971). Cueva Negra se ubica en una angostura del curso alto del río Pigüña, siendo éste, quizá, el último tramo estrecho al remontar su recorrido en búsqueda de las zonas de pastizales por encima de los 1.000 msnm, una vez que en su ascenso se ha dejado atrás la última confluencia con otro río de caudal significativo, lo que ocurre en Aguasmestas cuando las aguas del río Somiedu confluyen en las del Pigüña. Tal y como plantean otros autores (DE BLAS CORTINA 2003a: 401-402; MARÍN SUÁREZ 2011c: 141), la localización de estos enclaves con pinturas esquemáticas, así como los motivos representados en sus pinturas, plantean su estrecha relación con



Fig.8.7: Signo ramiforme en el panel meridional de Cueva Negra, en Corés (Somiedu).

posibles rutas transitadas por los grupos de la Prehistoria reciente en el transcurso de sus desplazamientos pastoriles trasterminantes. En este sentido, Cueva Negra podría constituir un ejemplo más que aseguraría esta lectura estructural de su sentido en los paisajes culturales de la Edad del Bronce del Occidente Cantábrico. Estaciones como Cova Negra delimitarían así puntos importantes en esos movimientos, que funcionarían quizá como bisagras entre diferentes espacios ecológica y productivamente complementarios. Estos lugares funcionarían como puntos de parada y descanso en esas rutas, referentes destacados también en los paisajes simbólicos y sociales sirviendo de anclaje para narraciones orales, normas o reafirmaciones territoriales de los grupos. Cueva Negra se convertiría así en un hito espacial, monumento o topograma fundamental en la articulación de los movimientos de los grupos humanos de la Edad del Bronce, clave también en la regulación de los aprovechamientos pastoriles de estas montañas.

En el repaso a las evidencias arqueológicas disponibles para el área de estudio a escala intermedia cabe mencionar, por último, el conocido como «ídolo de Llamosu» (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº67; ESCORTELL PONSODA 1982: 20) (Fig.8.8). Su hallazgo tuvo lugar de manera fortuita en 1957 durante la construcción de la carretera que discurre entre el fondo del valle por el que fluye el río Pigüña atravesando el municipio de Miranda y las aldeas de Llamosu y Montouvo. En un lugar a media ladera del cerro denominado El Castiellu apareció este curioso objeto, junto a un conjunto de huesos humanos, lo que hace pensar en una sepultura de la cual no conservamos más datos (ALMAGRO GORBEA 1973: 277). El punto de aparición de estos

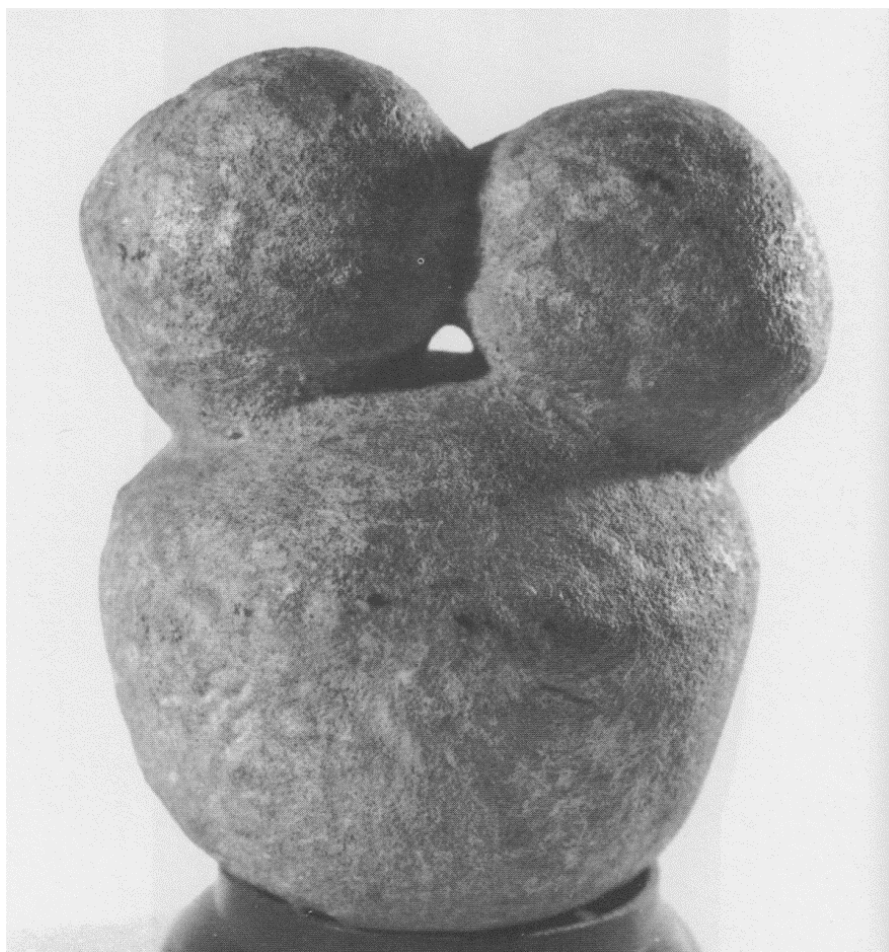


Fig.8.8: Ídolo de Lamosu (ESCORTELL PONSODA 1982: fig.26).

restos no coincide con localizaciones típicas de monumentos megalíticos, lo que puede llevarnos a asumir algún tipo de manifestación funeraria mal conocida aún en este territorio. Pese al sugerente topónimo del cerro en cuya ladera apareció esta pieza, y de que su topografía es a priori favorable para que este lugar pueda albergar algún tipo de poblamiento encastillado, el reconocimiento del enclave en búsqueda de elementos constructivos resultó infructuoso. El «ídolo de Lamosu» es una pieza elaborada sobre piedra arenisca que consta de una esfera inferior de 8,5 cm de diámetro máximo, mientras que la parte superior está formada por dos esferas más pequeñas de 5 y 5,2 cm de diámetro del mismo material. Los tres elementos aparecen unidos dando lugar a un hueco triangular en el centro. La pieza podría ser tomada como un ídolo en forma de figura femenina (ESCORTELL PONSODA 1982: 20). El desconocimiento de su contexto arqueológico preciso, así como la falta de paralelos claros, propicia una gran inseguridad sobre su atribución cronológica. Algunos autores plantean una filiación quizá neolítica (DE BLAS CORTINA 2008d: 564); mientras que en otros casos la pieza es adscrita a un momento más tardío que iría del Bronce Final a la Edad del Hierro (ALMAGRO GORBEA 1973: 277).



### 8.1.2. La información paleoambiental

Tras los primeros impactos antropizadores desarrollados a lo largo del Neolítico como resultado de la expansión de la agricultura y las prácticas ganaderas por estas montañas, la presencia de los grupos humanos continúa haciéndose notar en la Edad del Bronce. En este período, la influencia de las actividades productivas de las comunidades humanas reafirmará los procesos de antropización previos, con el incremento de los espacios abiertos para el establecimiento de cultivos o su aprovechamiento ganadero en detrimento de la superficie arbolada. Así, la mayoría de las secuencias palinológicas del área investigada ofrecen una indudable expansión de los espacios significativamente humanizados a partir del III y II milenio a.C., en concordancia con la evolución general del Noroeste peninsular, el área cantábrica y la submeseta norte (CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006, 2014; MARTÍNEZ CORTIZAS *et al.* 2009; MORENO *et al.* 2011; MUÑOZ SOBRINO *et al.* 2005). De nuevo, las mejores referencias paleoambientales para el área de estudio se encuentran disponibles en las secuencias palinológicas del Lago de El Valle y la Laguna de La Mata, así como los registros cercanos de La Laguna de El Castro y la turbera de La Molina.

La secuencia del Lago de El Valle a 1.570 msnm en la zona alta de Somiedu (McKEEVER 1984) muestra reducidos síntomas de la presencia antrópica en su entorno inmediato hasta el I milenio cal a.C. (ALLEN *et al.* 1996: 145; LÓPEZ MERINO 2009: 50, 228; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006: 7; SÁNCHEZ-PALENCIA *et al.* 2011). Como ya he apuntado en el capítulo precedente, podemos encontrarnos ante un ejemplo que refrenda la necesaria consideración local de los estudios paleopalínológicos, que insistiría en el carácter no generalizado de las actividades antrópicas durante la Prehistoria reciente en este medio montañoso. Así, durante la Edad del Bronce los síntomas que reflejan las actividades humanas en su entorno son más bien reducidos, a diferencia de lo que se observa en registros cercanos como la Laguna de La Mata o la Laguna del Castro en Cabrillanes y Villablino, respectivamente. Este aspecto podría relacionarse con la baja densidad en la ocupación de estas montañas, que implicaría quizá distintos grados en la antropización de distintas zonas. Sin ir más lejos, las diferencias en la densidad de la extensión de los monumentos megalíticos por los espacios altimontanos de las montañas cantábricas podrían servirnos de correlato arqueológico de estos diferentes grados de presión sobre el medio.

Por su parte, en la Laguna de La Mata próxima a Vega de Viejos en el municipio leonés de Cabrillanes se evidencian ciertos cambios derivados de los procesos de antropización en el tránsito entre el Neolítico final y la Edad del Bronce. Así, a pesar de que los síntomas de deforestación más fuertes se observan a finales del I milenio cal a.C., alrededor del 2550/2050 cal a.C. se hace patente la reducción de la masa forestal en el entorno de esta laguna situada a 1.500 msnm (JALUT *et al.* 2010: 347). Así, a partir fundamentalmente del 1500 cal a.C. se vislumbra un impacto antropogénico significativo en este territorio, considerando también los datos de la vecina Laguna del Castro, en Villaseca de Llaciana (Villablino), en donde se observa un in-

cremento antropizador significativo desde sus niveles 102,5-97,5 (1974 cal a.C.) (JALUT *et al.* 2010: 340).

Tal y como adelantaba al presentar los datos referentes al Neolítico, la observación de las especies dominantes en la masa forestal del entorno de La Laguna de La Mata a lo largo de la Prehistoria reciente ofrece una lectura interesante. Y es que, si durante el Neolítico la deforestación relacionada con la extensión de las nuevas fórmulas de producción de alimentos afectó principalmente a las masas de *Quercus*, los bosques de *Pinus* se verían tan sólo afectados a partir del 2550 cal a.C. (nivel 115 de la Laguna de La Mata), hasta comienzos del I milenio a.C. (nivel 75) (JALUT *et al.* 2010: 344). Esta evolución diferenciada podría deberse a las diferencias altitudinales en las actividades humanas, lo que soportaría la hipótesis de un ascenso progresivo de los espacios abiertos por los grupos humanos para favorecer principalmente los espacios de pastizales. Tal observación puede ser ligada a una presión creciente de las actividades ganaderas durante la Edad del Bronce, período para el cual se apunta una intensificación en el aprovechamiento de los productos secundarios en los manejos de los rebaños domésticos (SHERRATT 1983), lo cual quedaría especialmente patente de distintas zonas montañosas de Europa (BARKER 1999; CARRER 2013a; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998)<sup>93</sup>.

En la turbera de La Molina, situada en la altiplanicie de La Espina (Salas) a unos 650 msnm, el registro palinológico muestra con cierta resolución el proceso de antropización de esta zona de media montaña durante la Prehistoria reciente. El estudio del nivel TAE-2b de la secuencia (170-129 cm; 5050-810 cal a.C.) puede servir de referente para el análisis de la evolución del paisaje en la zona más septentrional del área de estudio durante la Edad del Bronce (LÓPEZ MERINO 2009: 153-154). En este depósito, se vislumbra un impacto humano que en el III milenio cal a.C. continúa la evolución seguida durante el Neolítico, con un protagonismo mayor de las actividades pastoriles frente a las agrícolas. No obstante, el paulatino enriquecimiento de la diversidad polínica podría denunciar un peso paulatino de este último cohorte de prácticas productivas. Con la transición hacia la Edad del Bronce la capacidad de agencia de los grupos humanos respecto a su entorno se incrementa, y las actividades productivas inciden con claridad en la extensión de la superficie arbolada, que comienza a decrecer de manera clara. Al mismo tiempo, se observa un progresivo proceso de matorralización relacionable con un creciente aprovechamiento pastoril de estos espacios de media montaña, en el que destacan taxones como *Erica* tipo –sobre todo–, *Rosa* tipo y *Calluna vulgaris*. Entre las plantas herbáceas destaca *Poa*-*ceae*, junto a indicadores ruderales como *Plantago lanceolata* tipo y *Plantago major/media* tipo, así como una presencia creciente de los microfósiles no polínicos de

<sup>93</sup> Este extremo ha sido propuesto como uno de los principales cambios en las sociedades de la Edad del Bronce del interior peninsular (HARRISON y MORENO LÓPEZ 1985), aunque las evidencias arqueozoológicas que soportaban tales argumentos han sido puestas en duda (MORALES MUÑIZ 1990: 255-266). Por ello, sería imprescindible disponer de datos arqueozoológicos amplios sobre los rebaños de estas gentes de cara a poder sostener con mayor seguridad esta hipótesis.



hongos coprófilos. Además de los indicadores polínicos, el registro de la turbera de La Molina también ha servido para estudiar la presencia de elementos traza relacionados con la contaminación atmosférica de diferentes metales, de cuyo análisis se desprende un auge de las actividades minero-metalúrgicas en el entorno de La Molina en el tránsito entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro (LÓPEZ MERINO 2009: 161-162).

## 8.2. Los paisajes culturales de la Edad del Bronce en las montañas del Occidente Cantábrico

Durante el II milenio a.C. las montañas del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica asisten al mantenimiento a grandes rasgos de las formas de vida de sus habitantes en relación con los modelos desarrollados con anterioridad tras la consolidación de las formas neolíticas de producción de alimentos. No obstante, se observan algunas particularidades que informan del desarrollo de ciertos procesos propios de este momento. A grandes rasgos, podemos considerar una intensificación en los procesos de antropización del entorno por parte de unas comunidades humanas que profundizarían y perfeccionarían algunos aspectos de la agricultura y la ganadería. Junto a otras innovaciones tecnológicas propias de este período –como el desarrollo de las actividades minero-metalúrgicas–, la esfera social de las comunidades de la Edad del Bronce también sufriría cambios ligados a una mayor territorialización de los grupos, a una mínima reducción de sus modos itinerantes de vida, así como al establecimiento de relaciones de largo alcance con relación a otros territorios próximos, como el Noroeste peninsular o la cuenca del Duero.

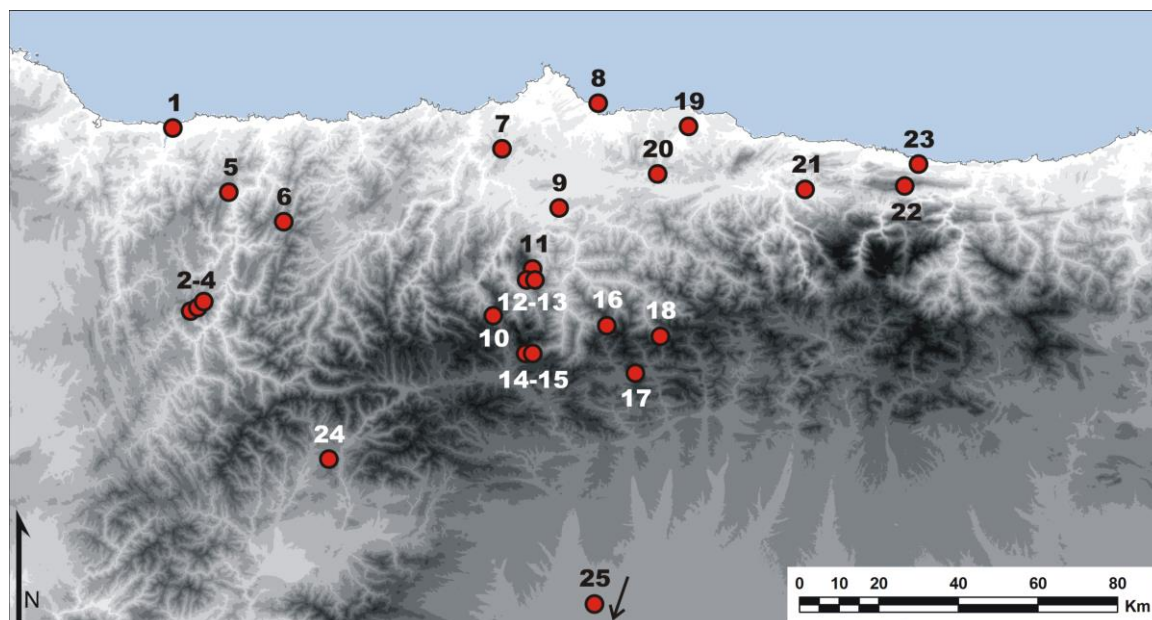
No obstante, los datos arqueológicos disponibles son demasiado limitados, por lo que la construcción de interpretaciones arqueológicas sobre este período es una empresa dificultosa. Aun así, pueden abrirse ciertos debates con relación a la Edad del Bronce a la vista de los objetivos de partida de esta investigación. De esta forma, la lectura de los estudios de paleoambiente muestran cambios en las tendencias antropizadoras respecto a fases previas de la Prehistoria reciente cantábrica, mientras que la consideración de novedades propias de este período –como los depósitos votivos, el desarrollo de la minería y la metalurgia del bronce o las estaciones con arte esquemático– sirven de puntos de partida para generar modelos que nos acerquen a los paisajes culturales de este momento. Por ello, resulta pertinente plantear algunas hipótesis provisionales sobre determinados temas, teniendo presente la necesidad de que en un futuro próximo tales propuestas puedan ser contrastadas mediante el desarrollo de programas investigadores que ofrezcan informaciones más firmes sujetas al registro arqueológico.

### 8.2.1. La aceleración en la antropización de los espacios altimontanos del Occidente Cantábrico

Durante el II milenio a.C., el área montañosa del Occidente Cantábrico asiste a un retroceso significativo de la superficie cubierta por arbolado, ahondando en la tendencia iniciada en milenios precedentes (LÓPEZ MERINO 2009; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006). Al mismo tiempo se intensifican los impactos antrópicos relacionados con la apertura de espacios agrícolas y ganaderos. Así, el cultivo de cereales se hace más evidente a través de la presencia cada vez más frecuente de pólenes de cereal en las secuencias palinológicas. La extensión de la ganadería se correlaciona con otros indicadores ampliamente reconocidos, como la presencia de especies vegetales propias de contextos ruderales de aprovechamiento pastoril, la identificación de microfósiles no polínicos de hongos coprófilos, o la expansión de especies de matorrales como las ericáceas derivados de procesos de matorralización y la creciente frecuencia de incendios. El incremento de la diversidad polínica es otro indicador que confirma la progresiva antropización del medio, con la creación de paisajes diversificados propios de la extensión de las prácticas agrarias de producción de alimentos por parte de los grupos de la Edad del Bronce (CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2010: 468).

Más allá del valle del Pigüenza y la comarca de Babia, la tendencia percibida a esa escala se constata en otras zonas del Occidente Cantábrico. En la secuencia leonesa de Laguillín (Riello) (García-Rovés en CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012: 380) se observa un declive acusado de los pinares desde finales del III milenio cal a.C. Durante la Edad del Bronce se produce un fuerte impacto antrópico que generó una rápida apertura de espacios boscosos, descendiendo el polen de *Pinus* del 80% al 25% mientras se expanden de forma paralela las formaciones herbáceas de vocación ganadera y se hace palpable un proceso de matorralización ligado a los brezales. En la misma línea, algunas secuencias localizadas en lugares de alta montaña, como la turbera del Puerto de San Isidro, muestran evidencias claras de la incidencia de los grupos humanos en su entorno, con puntos álgidos en la antropización de estos espacios de altura durante el II milenio a.C. Tales cambios en el paisaje se vincularían a la creación de pastizales de aprovechamiento ganadero (LÓPEZ MERINO 2009: 238). En el Llagu Enol, en los Picos de Europa, la incidencia de las actividades humanas en su entorno también se deja notar en esta fase, con una merma de la superficie arbolada y un incremento significativo de especies arbustivas como Ericaceae, junto a las especies *Plantago* sp. y *Rumex acetosella* tipo de ambientes ruderales (MORENO *et al.* 2011: 344). Este proceso sería convergente con las observaciones derivadas de la secuencia obtenida en la cercana cuenca de Comeya (JIMÉNEZ SÁNCHEZ *et al.* 2003).

No obstante, se observan diferentes intensidades o cronologías para los impactos antropizadores entre las diversas zonas con datos paleoambientales disponibles, lo cual debe servir de alerta frente a la composición de relatos evolucionistas o unilineales acerca de los procesos de antropización. Así por ejemplo, otros depósitos



**Fig.8.9:** Mapa con la localización de los yacimientos mencionados en el capítulo referente a la Edad del Bronce: 1: Molde de Castropol. 2: Monte Castrelo de Pelóu. 3: Túmulo de La Xorenga. 4: El Chao Samartín. 5: Cova del Demo. 6: Sierra de Carondio. 7: Necrópolis de Piedrafita. 8: La Campa Torres. 9: Grabados de El Picu Berrubia. 10: Abrigos de Fresnéu. 11: Minas de L'Aramo. 12: Dolmen de La Mata'l Casare. 13: Los Fitos. 14: Punta Palmela de Peña Ubiña. 15: Cueva del Gatu Vetu. 16: El Mayéu de Busián. 17: Mina de La Profunda. 18: Depósito del Puerto de Gumial. 19: El Castillo de Camoca. 20: Depósito de Pruneda. 21: Mina de El Milagro. 22: Cueva de Arangas. 23: Peña Tú. 24: Sésamo. 25: Castro de Sacaojos.

naturales situados en la alta montaña occidental cantábrica, como los de El Valle (Somiedu) o Lleitariegos (Villablino) ofrecen indicadores de una presión antrópica marcadamente discreta, mucho menores que en otros registros altimontanos del entorno. Por ello, habría que relacionar estas diferencias regionales con variaciones en los tiempos o la intensidad con la que se produjeron los primeros impactos antropizadores en las altas montañas del Occidente Cantábrico (CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2010: 469) y con una baja densidad en la ocupación del territorio por parte de los grupos humanos de la Edad del Bronce.

Ante la creciente abundancia de secuencias palinológicas en depósitos naturales<sup>94</sup>, resultan interesantes los por otra parte escasos análisis polínicos realizados en el transcurso de excavaciones arqueológicas en monumentos megalíticos como La Mata'l Casare, en el macizo de L'Aramo (DE BLAS CORTINA 1994) (**Fig.8.9**). En esta secuencia se vislumbran los impactos antrópicos relacionados con la consolidación del paisaje pastoril de su entorno con el aumento de los niveles de vegetación arbustiva y herbácea (Dupré Ollivier en LÓPEZ MERINO 2009: 49). Este estudio resulta especialmente ilustrativo al haber sido realizado en uno de los espacios arqueológicos más interesantes para comprender la humanización de los espacios serranos del Occidente Cantábrico y la relevancia del megalitismo en estos procesos a lo largo de la Prehistoria reciente (DE BLAS CORTINA 1990, 1992, 1996, 2012). En el mismo senti-

<sup>94</sup> Existe una síntesis reciente de las secuencias paleopalinológicas disponibles para toda la península ibérica que resulta un mapa perfecto para calibrar la amplitud de este género de estudios (CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012).

do, los análisis realizados en construcciones tumulares de la Edad del Bronce de Piedrafitas IV y V en Les Regueres ofrecen una visión equivalente de un paisaje progresivamente deforestado, en el que crecen paulatinamente los espacios abiertos cubiertos por herbáceas y se hace patente el proceso de matorralización relacionado con los aprovechamientos pastoriles de estas suaves sierras prelitorales (Dupré Ollivier en LÓPEZ MERINO 2009: 41).

Frente a las lecturas tomadas en ambientes altimontanos, las secuencias localizadas en zonas próximas a la costa cantábrica sirven como contraste para calibrar las diferencias geográficas de los impactos antropizadores sobre el medio. Así, que en las zonas bajas la presión humana sobre su entorno sería más acusada, como veíamos ya en relación con la temprana antropización de estos territorios durante el Neolítico. Por ejemplo, la turbera de Monte Areo (Xixón/Carreño) muestra a finales del III milenio cal a.C. y en el II milenio cal a.C. una clara disminución del bosque y un aumento de los procesos erosivos, relacionables con la extensión de la agricultura, extremo constatado por la elevada presencia de pólenes de cereal en la zona MTA-3 de la secuencia (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010: 1983). Por su parte, la turbera de Las Dueñas (Cuideiru) muestra igualmente una influencia notable de las actividades antrópicas, con evidencias acusadas de pastoralismo hacia la Edad del Bronce, entre las que destacan las presencias importantes de plantas ruderales como *Plantago lanceolata* tipo y microfósiles no polínicos de hongos coprófilos como *Sordaria* (LÓPEZ MERINO *et al.* 2006: fig.4).

### 8.2.2. Formas de poblamiento y subsistencia

La concentración de las evidencias arqueológicas relativas a la Edad del Bronce en contextos funerarios megalíticos o en cueva, junto a la ausencia de niveles de ocupación doméstica fechables con seguridad en este período, suponen los principales problemas a la hora de abordar el estudio de las formas de poblamiento y subsistencia en las montañas del Occidente Cantábrico. Así, únicamente algunas cuevas del área central cantábrica –como los niveles con hogares y evidencias de actividades metalúrgicas de la cueva de Arangas (Cabrales) (ARIAS CABAL y ONTAÑÓN PEREDO 1999)– pueden servirnos como referencias distantes al albergar niveles de ocupación en sus secuencias, aunque las actividades no relacionadas con una función funeraria son marginales (ARIAS CABAL y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998: 61).

Ante esta ausencia de evidencias en el área de estudio, cabe en primer lugar acudir a las regiones vecinas en búsqueda de referentes distantes que puedan servirnos de indicadores. Así, en el valle del Duero existen ejemplos relativamente abundantes de poblados para las sucesivas fases de la Edad del Bronce en estas tierras, cuya distribución no alcanza la mitad septentrional de la actual provincia de León. Entre estos son protagonistas los característicos «campos de hoyos» compuestos por fondos de cabañas y silos (BELLIDO BLANCO 1996) de los grupos arqueológicos

conocidos como «horizonte Parpantique», «Protocogotas» y «Cogotas I» (ABARQUERO MORAS 2005; BLANCO GONZÁLEZ 2008; RODRÍGUEZ MARCOS 2008). Estos asentamientos estarían relacionados con un modelo de ocupación itinerante en el que las prácticas pastoriles y el aprovechamiento estacional de espacios productivos complementarios bastante distantes entre sí condicionaría un régimen de vida marcado por la movilidad residencial (ABARQUERO MORAS *et al.* 2009; DAVIDSON 1980; GALÁN DOMINGO y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 2001; JIMENO MARTÍNEZ 1984, 1988, 2001; MARÍN SUÁREZ 2011a: 151-163; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998: 228).

En Galicia, el desarrollo de proyectos investigadores fundamentados en estudio con alta intensidad de regiones concretas desde la perspectiva de la Arqueología del Paisaje permitió identificar un modelo ocupacional para la Edad del Bronce (CRIADO BOADO *et al.* 1991; MÉNDEZ FERNÁNDEZ 1994, 1995, 1998), que posteriormente ayudaría a detectar numerosos asentamientos en el transcurso de actuaciones de Arqueología preventiva (e.g. BONILLA RODRÍGUEZ *et al.* 2006; CRIADO BOADO y CABREJAS DOMÍNGUEZ 2005; LIMA OLIVEIRA y PRIETO MARTÍNEZ 2002)<sup>95</sup>. La propuesta se fundamenta en la existencia de «áreas de acumulación» en donde se concentran lugares de ocupación no permanentes pero ocupados de manera recurrente, materiales relacionados con actividades diversas y espacios productivos en torno a pequeñas cuencas húmedas. Estas zonas –denominadas *brañas* en gallego<sup>96</sup>– constituyen espacios propicios para el desarrollo de una agricultura itinerante de rozas y fórmulas de pastoreo extensivo en las que el fenómeno megalítico (CRIADO BOADO 1988b; CRIADO BOADO y VILLOCH VÁZQUEZ 1998) y los petroglifos (BRADLEY *et al.* 1994) desempeñarían un papel articulador en la sintaxis territorial.

Por el momento, no contamos con datos que respalden la existencia de asentamientos sedentarios en las montañas occidentales cantábricas durante la Edad del Bronce. En líneas generales, y ante la falta de nuevas informaciones, resulta juicioso plantear en este período una continuidad con matices de los modelos de poblamiento y subsistencia descritos en el capítulo anterior para el Neolítico, especialmente en lo referente al Bronce antiguo. Así, las formas de vida nómadas relacionadas con prácticas pastoriles móviles y un régimen agrícola itinerante seguirían plenamente vigentes. No obstante, ciertos indicios como la antropización creciente del paisaje y la distribución de ciertos elementos materiales como los depósitos votivos, las estaciones de arte esquemático o las estelas y representaciones de ídolos absidiados, lleva a algunos autores a asumir una territorialización creciente de los grupos humanos de este período y al surgimiento de rutas trasterminantes verticales más establecidas (GALÁN DOMINGO y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 2001: 267-269; MARÍN SUÁREZ 2011c;

<sup>95</sup> Enclaves coincidentes con este modelo o que encajarían en diferentes opciones, pues el avance de las investigaciones en los últimos veinte años ha puesto de relieve la enorme diversidad en las formas de poblamiento de la Edad del Bronce gallega, lo cual ha sido posible con la identificación, excavación, estudio de una ingente cantidad de yacimientos arqueológicos, lo cual ha generado una ingente cantidad de literatura científica de la que pueden servir de ejemplo las referencias citadas.

<sup>96</sup> Nótese que este concepto en gallego difiere de la acepción en asturiano del mismo vocablo, que denomina a los asentamientos pastoriles estacionales.



RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998: 336-337), que de forma pareja favorecerían el establecimiento de relaciones de intercambio de mayor alcance entre territorios alejados (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998: 179).

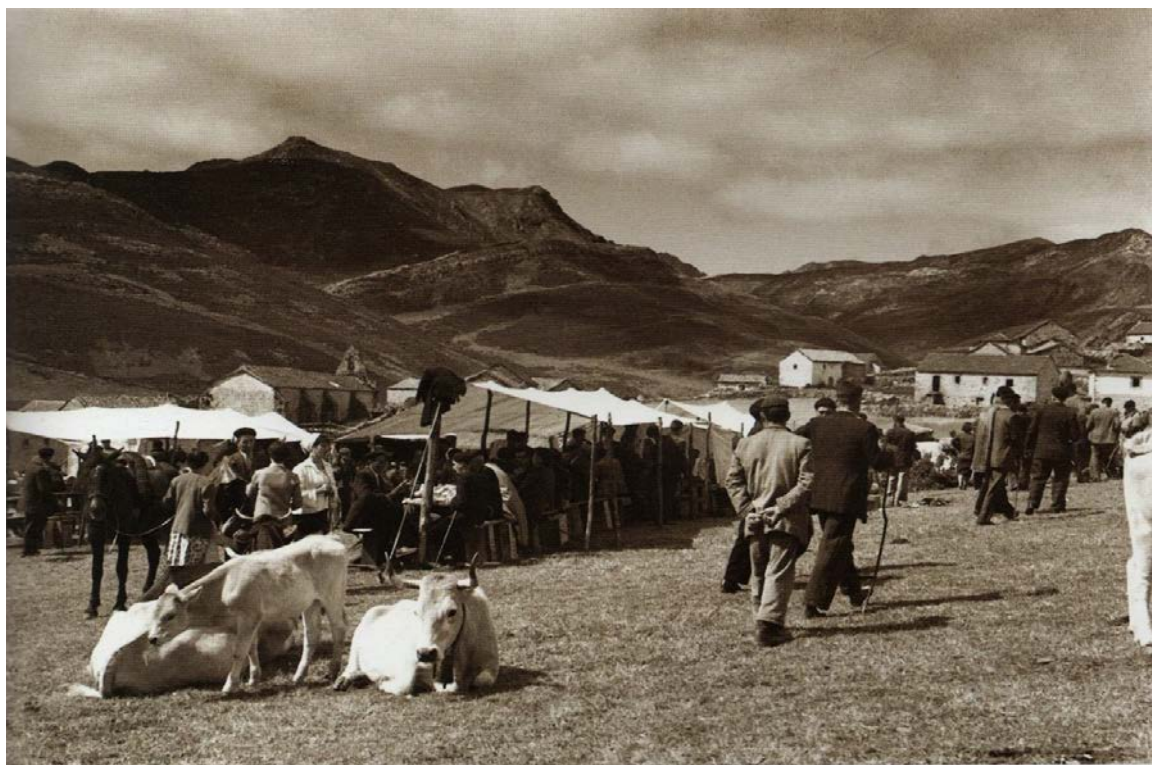
Para esta cronología, las informaciones disponibles para el lugar de El Mayeu de Busián (Llana), en la Sierra de La Carisa, son particularmente interesantes. Se trata de una braña a 1.500 msnm en la que existen ruinas de cabañas de pastores de cronología reciente y que aparece en la actualidad rodeada de monte bajo y zonas con praderas de aprovechamiento ganadero. En este enclave se practicaron varios sondeos en búsqueda de espacios de ocupación relacionados con una serie de estructuras militares romanas y medievales presentes en sus inmediaciones<sup>97</sup>. Los resultados de dicha intervención revelaron la existencia de un estrato datado en el Bronce antiguo<sup>98</sup>, sin relación con estructuras constructivas. En este nivel fueron recuperados carbones, un modesto lote de materiales líticos de aspecto *postpaleolítico* con lascas, una hoja y un núcleo, así como un pequeño fragmento cerámico de aspecto tosco. Sus excavadores proponen la formación de este estrato en el contexto de la ocupación de su entorno en un marco similar al de las brañas de época reciente (CAMINO MAYOR y ESTRADA GARCÍA 2012: 7-8). A estos materiales en posición secundaria se suman algunas piezas líticas relacionables con la Prehistoria reciente –como la base de un molino barquiforme– recuperadas en diversos espacios de esta sierra, en la que por otra parte abundan los monumentos megalíticos y se encuentran presentes algunas estaciones con petroglifos (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2015; DE BLAS CORTINA 2008c; CAMINO MAYOR y ESTRADA GARCÍA 2012: 8-9; ESTRADA GARCÍA 2007b; SIERRA PIEDRA y DÍAZ NOSTY 1999).

A la vista de todas estas evidencias, parece clara la presencia de grupos humanos en El Mayeu de Busián durante el Bronce antiguo, quienes establecerían asentamientos temporales en sus inmediaciones dedicados probablemente a la atención del ganado durante la temporada estival. Pese a que no se han exhumado estructuras claramente relacionables con este tipo de enclaves, los datos convergen con otros materiales o estructuras localizadas en espacios serranos equivalentes a éste, que han servido para plantear la existencia de asentamientos semejantes a las brañas o majadas de los regímenes pastoriles tradicionales de estas montañas durante la Prehistoria reciente (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013b; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016; MARÍN SUÁREZ 2011c).

Prueba de la frecuentación de estos espacios montañosos por grupos humanos procedentes de ambas vertientes la encontramos en la presencia de puntas de

<sup>97</sup> Se trata de los campamentos romanos del Monte Curriechos y El Picu Llagüezos (CAMINO MAYOR *et al.* 2007b; MARTÍN HERNÁNDEZ Y CAMINO MAYOR 2013), así como la fortificación lineal altomedieval de El Homón de Faro (CAMINO MAYOR *et al.* 2007a, 2010).

<sup>98</sup> La fecha radiocarbónica Ua-33674 (3485±40 BP) calibrada empleando el software online *OxCal* v4.2.4 (BRONK RAMSEY Y LEE 2013) a partir de la curva atmosférica IntCal13 (REIMER *et al.* 2013) ofrece los siguientes rangos de probabilidades: 1910-1730 cal a.C. (88,7%); 1730-1721 cal a.C. (6,7%).

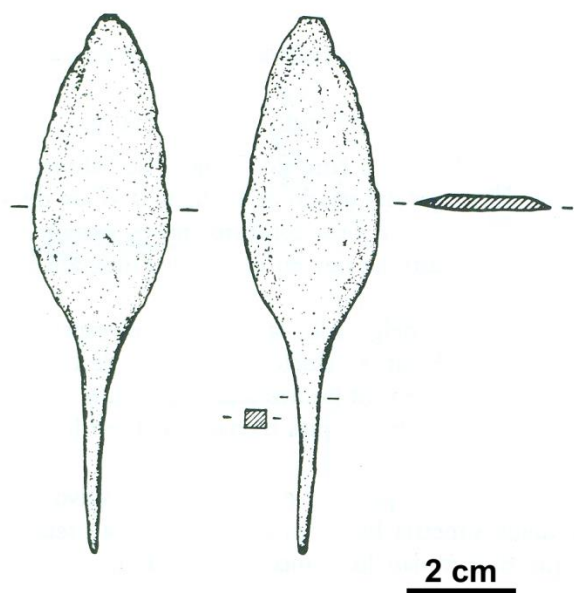


**Fig.8.10:** Fotografía tomada en septiembre de 1952 por José Ramón Lueje de la feria de ganado de El Puerto de Somiedu (Asturias). Este tradicional encuentro lúdico, social y comercial se celebra a comienzos de septiembre en este puerto de montaña entre Asturias y León, y a él acuden gentes procedentes de ambas vertientes de la Cordillera Cantábrica (LOMBARDÍA Y LÓPEZ ÁLVAREZ 2003: 131).

«tipo Palmela» del Bronce antiguo<sup>99</sup> en zonas elevadas del eje axial de la Cordillera Cantábrica, como Peña Ubiña (DE BLAS CORTINA 1991-1992) o los Picos de Europa (DE BLAS CORTINA y ROVIRA LLORENS 2005-2006). Se trata de un elemento de distribución típicamente meseteño, del que son escasos los materiales presentes en el tramo asturleonés de la Cordillera Cantábrica, a cuyos pastizales de altura llegarían como resultado de las frecuentaciones estivales de estas montañas por grupos móviles procedentes del valle del Duero (ONTAÑÓN PEREDO 2003b: 85). De esta coincidencia en los pastizales de altura se derivarían intercambios de productos como los minerales cantábricos (DE BLAS CORTINA 1998) o la sal procedente de los puntos productores del valle del Duero (DELIBES DE CASTRO 1993) (**Fig.8.10**), se establecerían nuevas relaciones matrimoniales o se llevarían a cabo actos sociales que implicarían quizá la formación de depósitos votivos como materializaciones de los acuerdos que sancionarían el aprovechamiento conjunto o complementario de los pastos estivales cantábricos (MARÍN SUÁREZ 2011c; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998).

Precisamente en el entorno altimontano de Peña Ubiña fue documentado recientemente otro referente interesante para el estudio del Bronce antiguo en el Occidente Cantábrico. Se trata de unos restos óseos humanos hallados en la cueva

<sup>99</sup> En verdad, las puntas de «tipo Palmela» son materiales relacionados en sus zonas de origen con el grupo arqueológico Calcolítico que, como discutía al comienzo de esta tesis, no parece verse reflejado con entidad propia en el área de investigación, por lo que prefiero manejar para esta zona un laxo Neolítico final/Bronce antiguo con frontera hacia el año 2000 cal a.C.



**Fig. 8.11:** Punta Palmela procedente de Peña Ubiña (Llana, Asturias) (DE BLAS CORTINA 1991-1992: 111).

del Gatu Vetu<sup>100</sup>, que se corresponden con un individuo varón de entre 16 y 18 años datado “entre el 1900 y el 1800 antes de Cristo, en la transición entre el Neolítico y la Edad del Bronce”<sup>101</sup>. Este esqueleto completo apareció en una sima a 1.900 msnm de La Paré de Los Cinchos, en el macizo de las Ubiñas (Quirós). La posición en la que fue hallado este esqueleto indicaría que “el individuo estaba sentado cuando murió”, mientras que la ausencia de restos arqueológicos relacionados con el difunto descartaría la naturaleza funeraria para estos restos. La información disponible sobre los restos menciona la observación de “una pequeña fractura sobre el ojo derecho”

y que se descartaban problemas de malnutrición. Por todo ello, cabría pensar quizá en una persona que se encontraba en estas montañas en el transcurso de actividades pastoriles o quizá cinegéticas, y que pereció en esta cavidad tras resguardarse quizá para recuperarse de una caída, o para protegerse frente a condiciones climáticas adversas.

Por su parte, la fase final de la Edad del Bronce ofrece algunas evidencias sutiles que permiten plantear ciertas acotaciones respecto a la elección por parte de los grupos del Bronce final para establecer sus asentamientos en ciertos enclaves prominentes en el paisaje. Así, en diversos poblados fortificados de la Edad del Hierro en el Occidente Cantábrico –como los de La Campa Torres (Xixón) (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 28), Monte Castrelo de Peláu (Grandas de Salime) (MONTES LÓPEZ *et al.* 2009) o El Chao Samartín (Grandas de Salime) (VILLA VALDÉS 2007d)– se han obtenido dataciones radiocarbónicas previas a la fundación de estos poblados sedentarios, normalmente desconectadas de estructuras o materiales arqueológicos. Estas fechas han sido interpretadas por algunos autores como la evidencia de que los enclaves ocupados a partir de la Edad del Hierro por las comunidades castreñas plenamente sedentarias habían sido episódicamente frecuentados por las comunidades nómadas de la Edad del Bronce (MARÍN SUÁREZ 2011a: 164). Lo cual nos infor-

<sup>100</sup> Estos restos óseos toman tal denominación por haber aparecido en las inmediaciones de unos restos paleontológicos de lince boreal.

<sup>101</sup> La información disponible respecto a este hallazgo se limita a las noticias publicadas en prensa en relación con la rueda de prensa mediante la cual se comunicó a la opinión pública este hallazgo en enero de 2014. Los responsables de su estudio son la antropóloga física Belén López Martínez de la Universidad de Oviedo, además de los técnicos César García de Castro y Gabino Busto del Servicio de Patrimonio cultural del Principado de Asturias (MARQUÉS 2014; RTPA 2014).

ma de que en un momento avanzado de la Edad del Bronce los grupos nómadas del Occidente Cantábrico comenzarían a establecer sus poblados en localizaciones prominentes del paisaje en el transcurso de sus desplazamientos. Muy probablemente, esta situación no generaría diferenciaciones en sus formas de poblamiento, al igual que se observa en la coexistencia entre asentamientos situados en diferentes localizaciones dentro del grupo arqueológico de Cogotas I en el valle del Duero (CRESCO DÍEZ y HERRÁN MARTÍNEZ 2012: 393-394). No obstante, las ocupaciones precastreñas de estas posiciones pueden mostrar quizá una progresiva atracción de estas localizaciones destacadas en el paisaje para el establecimiento de los lugares de hábitat, al tiempo que podríamos contemplar un régimen productivo en estos grupos que quizá dispusiese de la tecnología y los conocimientos agrarios necesarios para aprovechar espacios sobre los que a partir de la Edad del Hierro se instalarían campos de cultivo permanentes. En definitiva, estos referentes –por el momento sutiles– de la ocupación de enclaves en la Edad del Bronce sobre los que posteriormente se desarrollarían castros estaría reflejando experiencias sociales, subsistenciales y vivenciales que anticiparían y harían posteriormente posibles los rápidos procesos de cambio cultural que desencadenaron la construcción de los paisajes castreños.

Las limitaciones del registro arqueológico doméstico dificultan en el mismo sentido la composición de modelos subsistenciales para las comunidades de la Edad del Bronce (ARIAS CABAL y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998: 62). Ante la imposibilidad de analizar los patrones locacionales de los lugares de hábitat o analizar los restos arqueobiológicos recuperables en los espacios domésticos o en estructuras de almacenamiento, resulta difícil definir los caracteres propios para las actividades productivas de la Edad del Bronce. Por lo tanto, la lectura de esta fase de la Prehistoria reciente debe ser generada a partir de mimbres similares a los previamente manejados en relación con el Neolítico. Por ello, la consideración de datos procedentes de regiones próximas, la atención a los estudios paleoambientales, así como la lectura territorial de las evidencias arqueológicas disponibles, se convierten en las mejores herramientas para construir las narrativas arqueológicas sobre los modos de subsistencia de la Edad del Bronce en el Occidente Cantábrico.

Las prácticas agrícolas durante la Edad del Bronce del Occidente Cantábrico continuarían *grosso modo* con la experiencia acumulada por las comunidades locales a lo largo del Neolítico. El régimen de vida nómada y el mantenimiento de unas formas sociales de organización tendentes a la isonomía interna no harían necesario generar innovaciones técnicas en los modos de producción, lo cual podría ser entendido como una búsqueda consciente del mantenimiento de la escala productiva por parte de estos grupos. Tal extremo cobra valor al considerar el carácter refractario de las comunidades a lo largo de la Edad del Bronce en estos territorios frente a influjos externos como el fenómeno campaniforme o los circuitos comerciales del denominado Bronce final atlántico (MARÍN SUÁREZ 2011a).

No obstante, el análisis de las secuencias paleoambientales muestra una ampliación de la superficie antropizada como consecuencia de las actividades pastoriles

y agrícolas, así como una diversificación del paisaje agrario. Por ello, es probable considerar como hipótesis la extensión demográfica de estas poblaciones, junto a la disposición de nuevas técnicas agrarias que ampliarían su alcance antropizador, como el aprovechamiento de nuevos cultígenos o el desarrollo de nuevos manejos ganaderos. No obstante, se mantiene para otras partes de Europa que aún en la transición Calcolítico-Bronce Antiguo los grupos tendrían una escasa rotación de cultivos, con un escaso empleo de plantas nitrogenantes o del abonado de la tierra (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1992: 226), por lo que la agricultura itinerante de tala y roza se mantendría en muchas partes de Europa –probablemente también en las montañas del Occidente Cantábrico– como la práctica productiva dominante.

En este sentido, contemplar la introducción del arado en este momento podría ser una opción que explicase el incremento de la antropización en ciertos espacios, así como la observación en algunas secuencias paleoambientales de procesos erosivos significativos. Así, el empleo de arados de madera o que empleasen elementos líticos pulimentados como rejas podría ser una opción al alcance de las comunidades de la Edad del Bronce en el Occidente Cantábrico, tal y como ha sido propuesto para diversas zonas de Europa en este momento (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1992). No obstante, tal extremo debería ser constatado con la documentación en el área de estudio de paleosuelos agrícolas datados en este período que muestren surcos de arado, o con la observación en colecciones arqueozoológicas de los expresivos marcadores paleopatológicos relacionados con el empleo del ganado mayor en labores de tiro, evidencias todas ellas ausentes por el momento del registro material de las montañas occidentales cantábricas. Y Además, cabe considerar el limitado impacto del empleo de arados ligeros si ésta no era una práctica combinada con el abonado y con la introducción del cultivo de legumbres en rotación con los cereales (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998: 184-185).

Respecto a la ganadería, he adelantado ya la idea extendida de que en la Edad del Bronce se asistiría a una intensificación en los aprovechamientos ganaderos de los espacios altimontanos. Para muchos autores, esto estaría relacionado con el aprovechamiento de los productos secundarios, y con una creciente territorialización de los grupos humanos. Aunque seguirían manteniendo un régimen de vida itinerante, estas gentes reducirían tal vez sus desplazamientos y generarían rutas trasterminantes verticales más directas para el aprovechamiento ganadero de los pastos de altura, frente a los movimientos más discontinuos o circulares propios de épocas precedentes<sup>102</sup>.

Esta observación me sirve para recordar cómo la utilización del calificativo «nómada» en relación con las formas subsistenciales y los patrones de movilidad de un grupo humano determinado no es suficiente. No en vano, tal concepto encierra un amplio espectro de variedades diferentes en las formas de vida nómadas, relacionadas con diferentes gradientes en el componente móvil de los grupos, la rele-

<sup>102</sup> Ver epígrafe «7.3.3. Patrones de movilidad» dentro del capítulo referente al Neolítico.



vancia social y subsistencial del ganado, o decisiones culturales tomadas de forma consciente por los propios grupos nómadas (cf BARNARD y WENDRICH 2008; CRIBB 1991; FRACHETTI 2008; SALZMAN 2002). Así pues, es necesario tener muy presente esta variabilidad en las formas de movilidad puestas en práctica por los grupos del Occidente Cantábrico en diferentes momentos de la Prehistoria reciente (MARÍN SUÁREZ 2011a: 160-162), pues lejos de mostrar modelos rígidos, es muy probable que los grupos de estas montañas tomaran a lo largo del tiempo decisiones que variaran sus formas de vida nómadas como respuesta a motivos diversos de índole social, productiva o ambiental.

Estas observaciones se vuelven una advertencia sobre el peso conferido a los tiempos largos en las narraciones arqueológicas de la Prehistoria reciente. Tal perspectiva debe ser a la vez conjugada con la lectura de procesos de tiempos cortos que nos permitirían enriquecer estos relatos y comprender mejor los matices de la experiencia humana y la diversidad de los paisajes culturales en tiempos prehistóricos. Una diversidad constatada perfectamente al observar por ejemplo los modelos pastoriles desplegados en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica por parte de las comunidades preindustriales, de modo que en un mismo sector montañoso llegaban a coincidir hasta tres modelos distintos de aprovechamiento de los pastizales de altura relacionados con diferentes grupos sociales, procedencias geográficas diversas y fórmulas de movilidad divergentes (GARCÍA MARTÍNEZ 2003; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013b; LÓPEZ ÁLVAREZ y GRAÑA GARCÍA 2003; RODRÍGUEZ PASCUAL y FERNÁNDEZ 2010).

El fenómeno megalítico continúa plenamente vigente durante la Edad del Bronce en el Occidente Cantábrico, con dudas únicamente sobre su continuidad en el Bronce final. Por ello, este código monumentalizador de las sierras asturleonesas seguiría articulando los paisajes culturales de la Edad del Bronce. Como he discutido ya en el capítulo referente al Neolítico, los túmulos funerarios o las estaciones con petroglifos desempeñarían un papel relevante en la organización de los aprovechamientos pastoriles, como referentes o marcadores espaciales en los desplazamientos y actividades enmarcadas en las prácticas pastoriles cotidianas (CRIADO BOADO 1993a: 40), y como monumentos sancionadores de los posibles acuerdos entre grupos vecinos. Además, los grupos de la Edad del Bronce generarían nuevos referentes en el paisaje, como las estaciones de arte esquemático o los ídolos y representaciones con motivos absidiados. La distribución de estos elementos reforzaría la opción de que efectivamente existiesen rutas trasterminantes verticales con ritmos y trazados más firmes respecto a momentos más tempranos de la Prehistoria reciente. A esto se añade la consideración de numerosos materiales metálicos documentados en zonas altas que podrían estar relacionados con prácticas sociales ritualizadas en los que tendrían cabida los depósitos votivos, con ejemplos frecuentes de este fenómeno en el entorno de los pasos de montaña en otras partes de Europa (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1995: 22-23). En el Occidente Cantábrico podemos citar ejemplos de este tipo como el del Puerto de Gumial en el Alto Aller (ESCORTELL PONSODA 1973).

Las actividades mineras y metalúrgicas constituyen actividades productivas desarrolladas en la Edad del Bronce inéditas en momentos precedentes de la Prehistoria reciente. Las minas de minerales cupríferos ampliamente reconocidas en L'Aramo (Riosa) (DE BLAS CORTINA 2003b, 2007; DE BLAS CORTINA *et al.* 2013; DE BLAS CORTINA y SUÁREZ FERNÁNDEZ 2009a), El Milagro (Onís) (DE BLAS CORTINA 2001, 2007-2008) o La Profunda (Cármenes) (DE BLAS CORTINA y SUÁREZ FERNÁNDEZ 2009b; MATÍAS RODRÍGUEZ *et al.* 2001) son los ejemplos mejor estudiados arqueológicamente de las montañas del Occidente Cantábrico. Aunque en este territorio existen multitud de pequeñas mineralizaciones fácilmente accesibles para extracciones de pequeña escala por parte de las comunidades de la Edad del Bronce. Los enclaves arriba referidos revelan el desarrollo de técnicas e instrumental específico relacionado con estas labores extractivas, que llegarían a producir notables cantidades de mineral de cobre. Este material muy probablemente satisfaría las necesidades de esta materia prima en una amplia extensión del Noroeste y centro de la península ibérica, considerando su inmediata inserción en redes de intercambio de amplio alcance (DE BLAS CORTINA 1998; DE BLAS CORTINA y SUÁREZ FERNÁNDEZ 2010). Su extracción muy probablemente implicaría la participación estacional de los grupos de esta región, quizá como actividad complementaria a la atención del ganado durante la temporada estival. La presencia de materiales alóctonos en el entorno de los centros principales de producción de mineral cuprífero, como L'Aramo (DE BLAS CORTINA 2012; DE BLAS CORTINA *et al.* 2013), reforzaría la relevancia de estas actividades en las relaciones con las comunidades de territorios vecinos como la cuenca del Duero, de donde incluso quizá cabría considerar la procedencia de una parte de las personas que se dedicarían a estas labores extractivas.

Por su parte, el estudio de los materiales metalúrgicos presentes en el Occidente Cantábrico determina la consideración de producciones locales que responden a decisiones técnicas que caracterizan los procesos productivos regionales. Entre otros indicadores, deben subrayarse las producciones de bronce ternarios y la abundancia de hachas de talón y anillas frente a una diversidad mayor de los repertorios de metalistería en otras regiones próximas (ARIAS CABAL y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998; DE BLAS CORTINA 1983; DÍAZ-ANDREU 1988; MARÍN SUÁREZ 2011a). Estos indicadores se unen a la observación de tipos locales de cerámica, como la vajilla «tipo Trespando» propia de los primeros momentos de la Edad del Bronce en el área central y oriental de la cornisa cantábrica (ARIAS CABAL *et al.* 1986; TOLEDO CAÑAMERO 1999; VEGA MAESO 2011). Una vez más, la parquedad del registro arqueológico limita la realización de lecturas más amplias. Por ejemplo, para el Bronce final ni siquiera se han reconocido materiales cerámicos en el área de estudio, pese a la alta densidad que muestran los materiales metálicos; mientras que para los primeros momentos del período únicamente podemos considerar los fragmentos hallados en hoyos funerarios que reutilizan el túmulo neolítico de La Xorenga (Grandas de Salime) (DE BLAS CORTINA 2006a: 239-240; SÁNCHEZ HIDALGO 1999). Aunque, esto podría derivar de la alta estima por estos objetos demostrada por coleccionistas y eruditos locales en

momentos previos al desarrollo y consolidación de la disciplina arqueológica (ÁLVAREZ MARTÍNEZ 2010).



## Capítulo 9. La Edad del Hierro

A comienzos del I milenio cal. a.C. tuvo lugar un profundo cambio social y cultural que marcaría el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro. Los grupos nómadas de la fase precedente modificarían su cosmografía, sus modos de subsistencia y sus pautas de poblamiento muy rápidamente, convirtiéndose a partir del siglo VIII cal. a.C. en grupos sedentarios que construirían aldeas monumentalizadas con fosos, murallas y la elección de enclaves destacados en el paisaje: los castros. Este proceso de cambio está cada vez mejor caracterizado arqueológicamente a través de los estudios radiométricos (JORDÁ PARDO *et al.* 2009), así como del análisis de los niveles más tempranos de los nuevos poblados en el área occidental cantábrica (CAMINO MAYOR *et al.* 2009; CELIS SÁNCHEZ 2002a; JORDÁ PARDO *et al.* 2011; MARÍN SUÁREZ 2009, 2011a; VILLA VALDÉS 2007d; VILLA VALDÉS y CABO PÉREZ 2003)

Los castros constituyen los nuevos lugares monumentalizados de hábitat sedentario, que en el área de estudio aparecen a partir del siglo VIII cal a.C. en lo que se ha denominado Fase Ib de la periodización propuesta por Carlos Marín (2011a: 11) para la Edad del Hierro del Occidente Cantábrico. El cambio en el modelo de poblamiento y la plena sedentarización de las comunidades castreñas es el hecho más trascendental que materializa la ruptura frente a las formas de vida previas de los grupos de la Edad del Bronce. Por ello, la fundación de los primeros castros –y no la adopción del hierro, por paradójico que esto resulte– será el factor fundamental que mejor reflejará en el registro arqueológico el tránsito hacia este último período de la Prehistoria reciente en las montañas cantábricas. No obstante, la sedentarización no es un fenómeno que pueda ser analizado de manera aislada. Es sólo uno más de una serie de factores que determinarían un cambio crucial en el desarrollo de las formas de vida campesinas en estas montañas. Las nuevas formas de poblamiento y subsistencia generaron procesos de territorialización y compartimentación del entorno de los castros, lo que se uniría al desarrollo de nuevas formas sociales e identitarias. En definitiva, este nuevo escenario transformó el marco estructural de relaciones entre las comunidades humanas y su entorno, lo que desembocaría en la transformación de los paisajes culturales construidos por los grupos que poblaban los nuevos poblados monumentalizados.

La fundación de poblados sedentarios se acompaña de una serie de innovaciones como la introducción en las formas agrarias de nuevas especies cultivadas de cereales –el mijo y el panizo– o la extensión de la siembra de legumbres. No obstante, los cambios productivos no sólo afectaron a la agricultura. Así, en la ganadería cobró protagonismo el ganado vacuno, y como resultado de la sedentarización y de nuevas rotaciones de cultivos en los campos estables se inaugurarían manejos inéditos de los rebaños. La estabilización de los terrenos agrarios en el entorno de los poblados favoreció el abonado de las parcelas más próximas, al tiempo que los pa-



trones de movilidad ganadera profundizarían en el desarrollo de prácticas trasterminantes. Los interesantes pastizales estivales de las zonas altas de las sierras serían aprovechados con mayor intensidad, lo cual queda reflejado en las secuencias paleoambientales que muestran una extensión progresiva de las áreas cubiertas por herbáceas y los ambientes ruderales, junto a un retroceso del bosque y el monte bajo.

Además de estos factores culturales locales, es importante subrayar el papel de ciertos condicionantes ambientales, como el tránsito entre el del periodo climático Subboreal y la fase Subatlántica, con unas condiciones más húmedas. También se asiste entonces al colapso de los circuitos comerciales atlánticos que habían dominado la última fase de la Edad del Bronce (RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1993, 1998). Por el contrario, a comienzos de la Edad del Hierro las redes de intercambios mediterráneas vehiculadas a través de los contactos coloniales fenicios alcanzarían las zonas costeras de la fachada noratlántica peninsular (GONZÁLEZ RUIBAL 2004), que se intensificarían a partir de mediado el I milenio a.C. con el protagonismo de los comerciantes púnicos y gaditanos (GONZÁLEZ RUIBAL 2006c; GONZÁLEZ RUIBAL *et al.* 2010). No obstante, este fenómeno afectó fundamentalmente al área gallega, siendo marginal el alcance de estos contactos en el Occidente Cantábrico, zonas que aparentemente se mantendrían refractarias a estas redes comerciales (MARÍN SUÁREZ 2011a).

En este nuevo marco, las numerosas novedades en la cotidianeidad de los habitantes de los castros generarían un punto de inflexión en la biografía de los paisajes culturales de las montañas cantábricas. Por primera vez a lo largo de la Prehistoria reciente, las personas pasarían gran parte de su vida en los mismos territorios, desarrollando buena parte de sus rutinas en torno a los poblados y sus entornos productivos. En muchos casos, la gente nacería y moriría en el mismo poblado, algo inaudito hasta entonces si consideramos el régimen de vida itinerante de los grupos del Neolítico o la Edad del Bronce que precedieron a estas comunidades en este mismo territorio. Como consecuencia de todo esto, los referentes identitarios de las comunidades, los modelos de organización social, las formas de subsistencia, la experiencia vivencial de las personas y las relaciones que establecerían con su entorno imprimirían una huella profunda en los paisajes de la Edad del Hierro. Así, se desarrollaron unas formas de habitar campesinas que, en adelante, mediarían en las formas de antropización y humanización del paisaje en estas montañas.

No obstante, el I milenio a.C. no sería un período homogéneo. Las lecturas diacrónicas del paisaje en un lapso de tiempo tan extenso como la Prehistoria reciente corren el riesgo de atender excesivamente a los tiempos largos y despreciar los períodos más cortos de tiempo, como bien advierte Ian Morris (2000). La existencia de informaciones más detalladas para la Edad del Hierro permiten no desatender esta consideración –frente a la mayor dificultad de cumplir con este objetivo en períodos peor caracterizados en el área de estudio como el Neolítico o la Edad del Bronce– y así debe contemplarse este período como una fase con ciertos caracteres

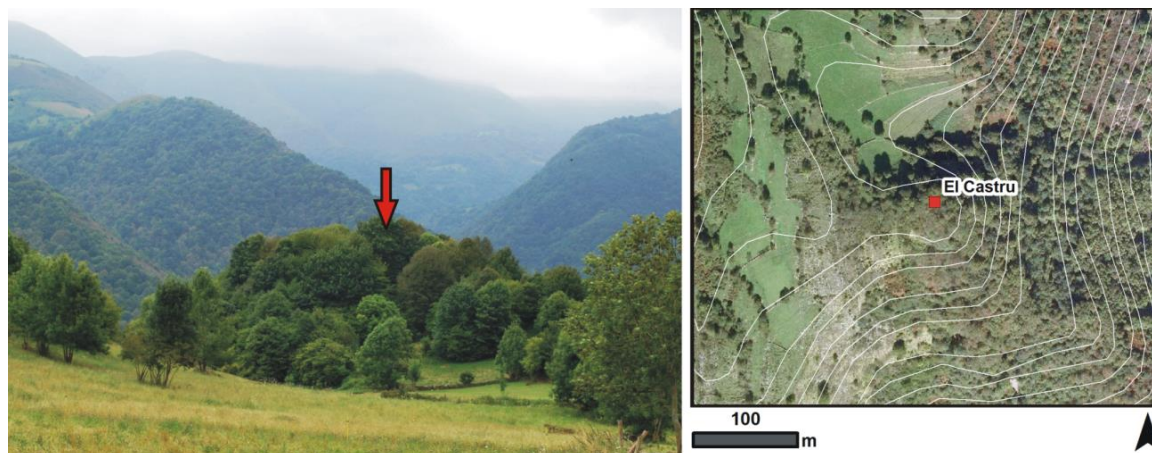
comunes, pero también con diversidad, cambios y transformaciones a lo largo de los ocho siglos que comprende.

Para reflexionar acerca de los paisajes culturales de la Edad del Hierro en las montañas occidentales cantábricas, retomaré el formato de presentación de datos y discusión a diferentes escalas territoriales. En un primer momento, me detendré en presentar las informaciones arqueológicas recuperadas en el transcurso de la excavación del poblado de El Castru. Este pequeño castro se localiza en el entorno de la aldea de Vigaña que ha servido de estudio de caso a escala micro en la presente investigación. Además de exponer los resultados de las intervenciones desarrolladas en los años 2012 y 2013, discutiré los datos disponibles a la vista de las preguntas de investigación preestablecidas. A continuación, contextualizaré los conocimientos y las propuestas derivadas del análisis de El Castru a una escala territorial más amplia coincidente con el área intermedia de estudio. En este territorio montañoso a caballo entre las actuales Asturias y León realizaré también un estudio general de los patrones de poblamiento que adoptan los diferentes poblados castreños conocidos en esta área, contextualizando estas informaciones en los datos paleoambientales disponibles para esta escala. Para terminar, contrastaré los modelos y los debates previamente abordados con las informaciones y las narraciones arqueológicas vigentes para el segmento asturleonés de la Cordillera Cantábrica. En este último nivel territorial de análisis atenderé especialmente a los aspectos relacionados con los modos de subsistencia y las formas de poblamiento de las comunidades castreñas, y su relación con los modelos de organización social de las gentes que poblaron las montañas occidentales cantábricas a lo largo del I milenio a.C.

### 9.1. El Castru (Vigaña): Una aldea monumentalizada en el valle del Pigüeña

El Castru es un poblado castreño situado en las proximidades de la aldea de Vigaña (**Fig.9.1**), en el municipio asturiano de Miranda [ $x= 724129$ ;  $y= 4791930$ ;  $z= 563$  m (datum: ETRS89 H29)]. Este yacimiento aparece catalogado como «castro» en el Inventario Arqueológico municipal (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº 101)<sup>103</sup>. En dicho inventario –al igual que en toda la documentación oficial de la administración autonómica del Patrimonio arqueológico– el recinto castreño es denominado con el topónimo «La Mata el Castru», el cual no es empleado por los vecinos de Vigaña. En cambio, este yacimiento es comúnmente denominado como «El Castru», topónimo que utilizaré en adelante. Al inicio de este trabajo, este castro aparecía recogido en diferentes investigaciones científicas (DÍAZ NOSTY *et al.* 1999; FANJUL PERAZA 2005;

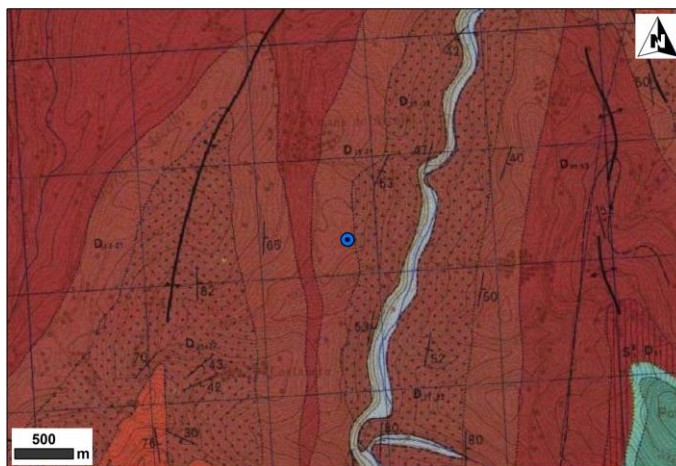
<sup>103</sup> Asimismo, recientemente ha sido incluido en el Inventario del Patrimonio Cultural de Asturias referente al municipio de Belmonte de Miranda como bien arqueológico nº101 por resolución de 23 de diciembre de 2013 de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias publicada en el *Boletín Oficial del Principado de Asturias*, núm. 18, de 23 de enero de 2014.



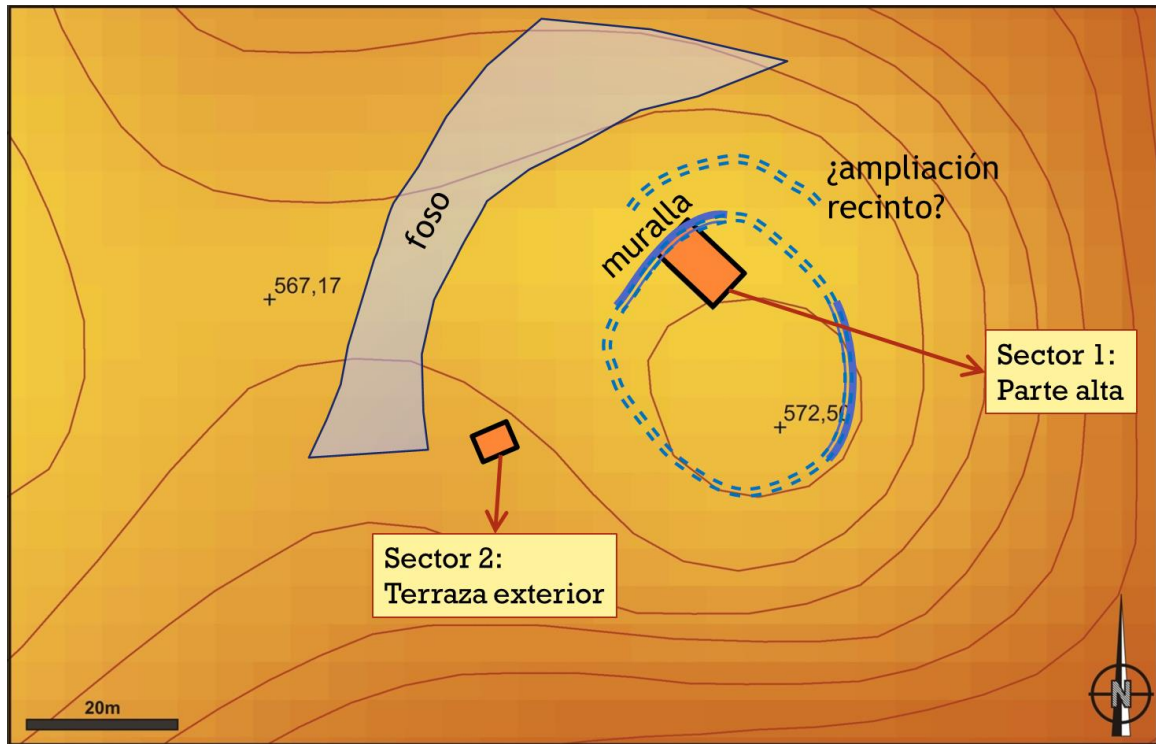
**Fig.9.1:** El Castru está colgado sobre el valle del río Pigüña en un pequeño cerro (izquierda). El punto más alto del yacimiento se eleva hasta los 563 msnm, un veinte metros por encima de los terrenos circundantes de El Valle'l Pandu (derecha) [Equidistancia de las curvas de nivel: 10 m].

FERNÁNDEZ MIER 1999; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2009b, 2011d; MARÍN SUÁREZ 2011a), aunque en algunos casos las descripciones o su localización eran erróneas (vid. FANJUL PERAZA 2015: 371). Sus características formales se corresponden con las de los poblados fortificados habitados en el área occidental cantábrica durante la Edad del Hierro por comunidades campesinas plenamente sedentarias (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007; MARÍN SUÁREZ 2011a; MAYA GONZÁLEZ 1989; PARCERO OUBIÑA 2002; VILLA VALDÉS 2007d).

El recinto fortificado de El Castru se asienta sobre un crestón de roca caliza de la formación Moniello con una franja cercana de areniscas ferruginosas de la formación Naranco hacia el Oeste (**Fig.9.2**). Esta elevación se ubica a media ladera sobre el valle encajado del río Pigüña, que discurre unos 240 metros por debajo de la cota del yacimiento. La acusada pendiente de la ladera que desciende hacia el río Pigüña sobre el crestón en el que se sitúa el poblado limitaría su accesibilidad por sus lados Este y Sur, potenciando a su vez la fácil defensa del emplazamiento. Hacia el Norte y el Oeste se aprecian con total nitidez hasta dos fosos y terraplenes de disposición concéntrica que delimitan un espacio de forma ovalada de 35x35 m en la cumbre que constituiría el principal espacio habitable del enclave. La zona más elevada está delimitada por una muralla que describe un perímetro subcircular cerrando, de esta manera, un espacio intramuros de escasas dimensiones: no su-



**Fig.9.2:** Localización de El Castru sobre el Mapa Geológico de España 1:50.000.



**Fig.9.3:** Plano con la ubicación de los dos sectores intervenidos en la campaña de 2012 en El Castro sobre cartografía IGN/SITPA. Equidistancia de las curvas de nivel: 10m.

periores a las 0,15 ha<sup>104</sup>. Así, este conjunto de obras defensivas, junto al aprovechamiento de la propia orografía del terreno, contribuyen a dotar al castro de un importante grado de fortificación y monumentalidad.

El castro se sitúa en el fondo de una pequeña vaguada conocida como El Valle'l Pandu que se abre al Noroeste del yacimiento. Este ámbito se encuentra ocupado en la actualidad por prados cercados destinados al pasto y a la producción de heno. Otros espacios circundantes están hoy poblados por bosques y monte bajo, que normalmente se han desarrollado en los últimos cincuenta años tras el abandono de los campos de cultivo y prados de siega que fueron aprovechados por los campesinos de Vigaña hasta mediados del siglo XX, cuando se inició progresivamente un declive acusado del régimen tradicional de producción agraria (FERNÁNDEZ MIER y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013). Actualmente, el espacio ocupado por el yacimiento de El Castro está cubierto por una densa vegetación, compuesta mayoritariamente por árboles caducifolios de gran porte –castaños, robles y algún cerezo silvestre– y sotobosque asociado de helechos, avellanos y rosales silvestres.

<sup>104</sup> Esta reducida extensión podría verse ligeramente ampliada hasta las 0,25-0,30 ha si fuera constatada la ocupación de alguna de las terrazas existentes en la ladera septentrional del cerro. En esa ladera se observan dos terrazas más amplias y de aspecto más antiguo que el resto de las parcelas aterrazadas que rodean el cerro. Hasta el momento, no se ha intervenido en estos espacios que, de tener en algún caso un origen relacionable con la ocupación de este poblado durante la Edad del Hierro, habrían sufrido fuertes transformaciones en época reciente con las labores de creación de espacios agrarios aterrazados.





**Fig.9.4:** Vista del sondeo de 3x4 m practicado en la terraza meridional de El Castro en pleno proceso de excavación, tras la retirada de las UEs 2001 y 2002, con la UE 2004 en planta.

Al inicio de las excavaciones, en el recinto se apreciaban diversos derrumbes de bloques de piedra procedentes de la muralla que circunda la parte alta del castro y quizá de algunas construcciones arruinadas. El aprovechamiento agrario de este espacio en época reciente ha tenido como consecuencia la modificación de la fisonomía del cerro sobre el que se ubica el antiguo poblado. Las transformaciones más importantes se produjeron en sus laderas, en las que se construyó un complejo sistema aterrazado mediante el levantamiento de paredes de piedra, la excavación de terrazas escalonadas en la ladera, así como el aporte de tierra y abono procedentes de los alrededores, e incluso de la cercana aldea de Vigaña. En ocasiones, estos procesos de creación de terrazgo reutilizaron elementos constructivos de la ruina original del castro y alteraron la estratigrafía relacionada con la ocupación y el colapso del poblado castreño, como significativamente quedó de manifiesto en la intervención desarrollada en la terraza meridional del poblado durante la campaña de 2012.

Las actuaciones desarrolladas en El Castro se prolongaron durante un total de doce semanas repartidas en dos campañas durante los años de 2012 y 2013. En este período de tiempo se excavaron dos sectores diferenciados del yacimiento que abarcan una extensión total de 72 m<sup>2</sup> (**Fig.9.3**). Asimismo, se realizó una topografía parcial del enclave y se reconoció exhaustivamente la superficie del poblado de cara a analizar su estado actual de conservación e identificar las estructuras antiguas perceptibles a simple vista. Estas pesquisas iniciales se completaron con un vaciado de la información previa existente sobre este poblado y con la realización de entrevistas etnográficas a los habitantes de la cercana aldea de Vigaña, para recuperar



informaciones orales y tradiciones del folklore relacionadas con el propio yacimiento o con los aprovechamientos tradicionales de su entorno.

De hecho, y aunque unas líneas más arriba me refería a los conocimientos previos que existían sobre El Castru, en ese conjunto de referencias se incluyen tan sólo las informaciones conocidas dentro del ámbito académico. Sin embargo, este poblado castreño ha sido de sobra conocido por los habitantes del entorno, quienes siempre identificaron la presencia de ruinas pretéritas relacionadas con la ocupación del cerro por gentes *antiguas*. Así, tal y como sucede en otros castros del área cantábrica y el Noroeste ibérico (AYÁN VILA 2005a, 2005b; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011a; GONZÁLEZ REBOREDO 1971), los restos de la ruina castreña no habrían pasado inadvertidos para los campesinos del entorno, quienes interpretarían en clave mítica la naturaleza de tales evidencias, que estarían muy presentes en las narrativas orales del folklore tradicional. Así, varios habitantes de edad avanzada en la vecina aldea de Vigaña identificaban perfectamente las defensas amortizadas del poblado de El Castru, o referían la existencia de ruinas de casas, e incluso de tesoros escondidos por los antiguos habitantes de aquel lugar: los *moros* o *mouros*. Así, como ocurre en relación con otros poblados castreños del entorno (ÁLVAREZ PEÑA 2007a, 2012; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011a; SUÁREZ LÓPEZ 2001), existen en Vigaña unos versos que transmiten el lugar en el que buscar un tesoro escondido por estos personajes míticos:

*En El Castru junto a una higuera  
hay un telar de oro con su urdidera*<sup>105</sup>

263

Durante la campaña de actuaciones arqueológicas de 2012 se realizó una intervención exploratoria en el yacimiento de El Castru en dos sectores diferenciados. En primer lugar, se practicó un sondeo de 3x4 m en una de las terrazas mejor conservadas de la ladera meridional del cerro (**Fig.9.4**). Este sondeo buscaba discernir entre las estructuras defensivas prehistóricas y las estructuras agrarias subactuales que habían modificado sustancialmente el relieve de El Castru, y localizar eventualmente el trazado de las líneas defensivas del poblado. El sondeo permitió abordar los problemas de definición del trazado de las obras defensivas en este sector del yacimiento –pues en otras zonas del poblado éstas se adivinan con mayor facilidad–, descartando que la muralla discurriese por esta terraza –la más exterior al recinto–. Pese a que se agotó la estratigrafía del sondeo, no se pudo constatar la ocupación doméstica de esta terraza ni se localizó la muralla del poblado fortificado. En cambio, los resultados permitieron comprobar que este aterrazamiento se corresponde con una estructura agraria levantada en época contemporánea. Por lo tanto, este

<sup>105</sup> Este testimonio oral fue recogido en la aldea de Vigaña en una conversación mantenida entre las vecinas Justa y Emilia durante la realización de una entrevista que incluída en un video-documental sobre las actuaciones arqueológicas desarrolladas en el entorno de Vigaña en el verano de 2013. Ver video íntegro en: <https://www.youtube.com/watch?v=IQwUDk2b7dg> (último acceso: 8 de septiembre de 2015).



**Fig.9.5:** Izquierda: Vista del sondeo inicial de 4x4 m realizado en la parte alta de El Castro tras retirar los niveles vegetales [Foto: CMB]. Derecha: Vista del área de excavación una vez esta fue ampliada hasta los 6x8 m, con el objetivo de reconocer en toda su extensión la construcción definida por el muro UE 3008 detectada en el sondeo original de 4x4 m [Foto: CMS].

sondeo se localizaría en una zona al exterior del recinto amurallado del poblado habitado durante la Edad del Hierro/época altoimperial romana.

La segunda área intervenida está localizada en la explanada superior del castro. En esta zona se pretendía comprobar la presencia de estructuras domésticas y caracterizar arqueográficamente la ocupación del poblado, pues este espacio parecía el más propicio para albergar las unidades domésticas de la comunidad de la Edad del Hierro que vivió en El Castro. Para ello, en 2012 se delimitó una cata de 4x4 m de extensión que, con posterioridad, sería ampliada hasta los 6x8 m (**Fig.9.5**). La excavación de la zona superior del castro permitió documentar una construcción doméstica con su planta casi completa, así como un área de trabajos metalúrgicos. Entre los materiales muebles recuperados, destacaba la abundante colección de restos óseos de fauna, así como elementos relacionados con las actividades metalúrgicas.

Durante la campaña de 2013 se retomaron las excavaciones arqueológicas en este sector continuando la excavación del espacio interior de la cabaña castreña y del espacio exterior hacia el Noroeste donde se habían reconocido las estructuras metalúrgicas. Además, se amplió ligeramente el área de excavación, hasta obtener un área de intervención de 6x10 m. En el transcurso de esta campaña se reconoció la existencia de dos nuevas construcciones y se profundizó en la comprensión del área de trabajos metalúrgicos, donde fueron identificadas nuevas estructuras. Asimismo, se reconoció un pequeño segmento de la muralla que delimita el recinto fortificado. Durante las últimas semanas de la campaña, en previsión de no agotar la estratigrafía del yacimiento en el área de excavación abierta, se priorizaron los trabajos en un área de unos 16 m<sup>2</sup> de la esquina Norte de la cata, donde se trató de obtener una secuencia estratigráfica completa de las sucesivas fases de ocupación.

Las excavaciones realizadas en El Castro durante las campañas de 2012 y 2013 ofrecen informaciones útiles para comprender la secuencia de ocupación de este asentamiento castreño y las formas de vida de sus habitantes. Así, estas actuaciones arqueológicas han permitido recuperar gran cantidad de datos sobre la biografía de este poblado castreño que servirán de sustento principal para plantear

lecturas sobre los paisajes culturales de la Edad del Hierro en el estudio de caso a escala micro de esta tesis doctoral. Las investigaciones han derivado en la recuperación de una gran cantidad de restos óseos de fauna, así como una interesante colección de materiales metálicos, en su mayoría gotitas de fundición y otros subproductos relacionados con los trabajos artesanales, como escorias, crisoles, etc. En menor cantidad, fueron recuperados elementos cerámicos y líticos, al tiempo que se recogieron muestras de sedimento que sirvieron para realizar diferentes analíticas y estudios complementarios –algunos aún en curso de realización–. La contextualización de estas informaciones y su contrastación con los resultados obtenidos en yacimientos análogos del entorno (CAMINO MAYOR *et al.* 2009; FANJUL PERAZA *et al.* 2009; GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011d; MARÍN SUÁREZ 2011a; RUBIO DÍEZ Y MARCOS HERRÁN 2010; VILLA VALDÉS 2007d) permiten densificar el conocimiento arqueológico de las formas de vida de las comunidades castreñas en el ámbito occidental cantábrico. Por su parte, también se han recuperado informaciones relacionadas con el aprovechamiento agrario de las ruinas del poblado a partir de finales del siglo XIX/comienzos del siglo XX. Terminada la segunda campaña de excavación, el área de trabajo fue restituida a su estado original, una vez que las estructuras y los límites del área excavada fueron selladas con malla geotextil.

### 9.1.1. La secuencia

En las páginas que siguen, sintetizo los resultados de la excavación de El Castu. En primer lugar se presenta el sondeo realizado en la terraza meridional de El Castu durante la campaña de 2012. A continuación, se describe la secuencia más rica y completa de la excavación en área realizada durante las campañas de 2012-2013 en la parte alta del yacimiento. La exposición comienza con los niveles más recientes y va remontando progresivamente hacia atrás en el tiempo para presentar la biografía completa del poblado según fue reconocida en su excavación. Para ordenar la descripción del área alta del recinto, la secuencia está organizada en seis «fases» cronológicas numeradas correlativamente de la más antigua a la más reciente. Tales fases han de ser consideradas como grupos o conjuntos de unidades estratigráficas que funcionaron o fueron formadas en momentos muy próximos. No obstante, dichas fases pueden reflejar horquillas temporales de duración variable, que deberán ser revisadas a la luz de las dataciones radiocarbónicas y de futuras intervenciones.

#### ■ Terraza meridional de El Castu

El sondeo realizado en este sector durante la campaña de 2012 pretendía determinar la cronología y la naturaleza constructiva de este aterrazamiento. Se trata de un espacio agrario contenido por una gran terraza que se asoma al foso perimetral del poblado en el límite meridional de El Castu. Con el objetivo de verificar la



**Fig.9.6:** Tras levantar el muro UE 2003 que sustenta la terraza –del que son visibles tres bloques en el perfil Sur del sondeo en la esquina inferior derecha de la imagen–, el espacio agrario en construcción se rellenaría con piedras (UEs 2006 y 2010) para luego disponer los niveles de cultivo.

posible ocupación de este espacio y comprobar si la terraza visible en la actualidad enmascara una línea de muralla o un aterrazamiento coetáneo al poblado castreño, se delimitó un área de intervención de 3x4 m. Finalmente, las labores de excavación confirmaron que este área se encuentra libre de ocupación castreña y que el muro que aterraza la parcela es de cronología reciente, sin obras ni fases antiguas. No obstante, este sondeo permitió recuperar informaciones interesantes sobre los habitantes del inmediato poblado castreño, pues se reconoció un posible basurero extramuros.

Las primeras unidades de la secuencia, inmediatamente bajo el nivel vegetal UE 2001, se corresponden con horizontes agrarios subactuales UEs 2002, 2004 y 2007. Así lo denuncia la presencia de algunos fragmentos de lozas y vidrios modernos, lo cual lleva a proponer una cronología contemporánea para estos estratos apoyados en la terraza, con una antigüedad que no excedería los siglos XIX-XX. Los materiales recuperados habrían llegado a El Castro en el transcurso de las prácticas de abonado que, tal y como nos trasladaron algunos informantes de la aldea de Vigaña, aportaban estiércol y basuras domésticas a estas parcelas<sup>106</sup>. Los vecinos transportaban estos materiales hasta estas nuevas tierras de labor mediante *goxos* o cestos de fibras vegetales desde la localidad próxima. No en vano, la localización de este sondeo es inmediata a la senda que conduce hacia las fincas situadas en la parte alta del yacimiento arqueológico. Dicha senda supera los fosos defensivos del castro en su parte más alta, que aparecen en este punto rellenos de estériles y con una pa-

<sup>106</sup> Según los testimonios orales, estas parcelas se dedicaban preferentemente al cultivo de patatas.



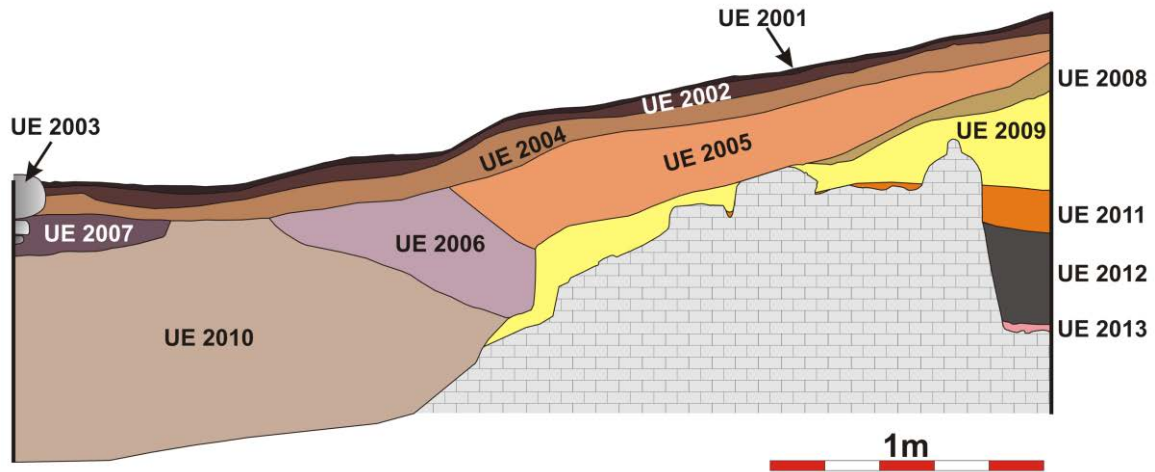


Fig.9.7: Perfil Norte del Sondeo realizado en la terraza meridional de El Castro.

red de piedra colocada a hueso que los sostiene para crear así el camino que salva el cinturón defensivo del poblado castreño. De hecho, es muy probable que el acceso original al poblado de El Castro se produjese por este mismo punto, pues constituye la zona más accesible del recinto castreño.

Así pues, la terraza de la ladera meridional de El Castro funcionaría como un pequeño espacio de cultivo sobreelevado y nivelado respecto a la pendiente natural mediante aportes de composición terrosa (UE 2005) y rellenos de piedras (UEs 2006 y 2010). Tales niveles se apoyan en el muro exterior de la terraza (UE 2003) para nivelar este espacio que luego sería puesto en cultivo (**Fig.9.6**). La generación del nuevo espacio aterrazado implicaría la remoción de importantes paquetes de materiales de la propia ladera, que también incluyen aportes procedentes de la ruina castreña. Destaca sobre todo la UE 2010 compuesta por bloques de mediano y gran tamaño que habrían sido obtenidos por los campesinos subactuales de los derrumbes de las construcciones castreñas presentes en el interior del recinto fortificado y de la muralla que lo delimitaría. No en vano, al excavar esta unidad se reconocieron algunos fragmentos de molinos circulares, así como sillarejos trabajados por una o dos de sus caras con una factura similar a los reconocidos en los paramentos de la muralla o las cabañas C-1 y C-2 identificadas durante las excavaciones en la parte alta de El Castro.

Los niveles de cultivo y los rellenos de esta terraza agraria subactual se apoyan en la estructura UE 2003 de la pared de la terraza. Esta unidad constructiva está compuesta por grandes bloques colocados a hueso y presenta una altura que, en algunos tramos, supera 1 m. El aterrazamiento se alza ligeramente ataludado para mayor estabilidad de la estructura agraria. Al delimitar el sondeo practicado en este sector de El Castro, se situó el extremo meridional del área de excavación en la línea superior de la terraza, que en la actualidad aparece densamente poblada por avellanos. Dado que las pretensiones de esta intervención eran valorar la potencialidad arqueológica de la terraza en los momentos previos a la apertura de tierras de culti-





**Fig.9.8:** Vista del sondeo tras retirar las UEs 2005 y 2008. Bajo estas aparecen estratos discontinuos como la UE 2009 con arcillas y bloques de pequeño/mediano tamaño (a la derecha de la imagen), niveles de arcillas aparentemente naturales sobre la roca madre (UE 2011), así como bolsadas de materiales circunscritas a oquedades de cierta profundidad, como la UE 2012 en la esquina Noreste.

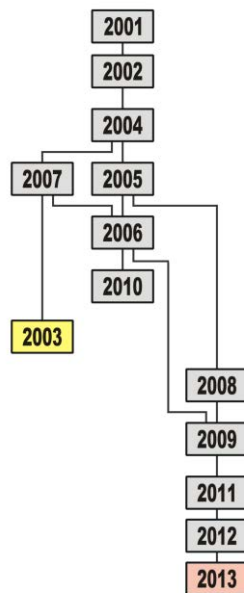
vo subactuales, se descartó intervenir directamente sobre esta estructura agraria<sup>107</sup>. Por lo tanto, el reconocimiento de la unidad constructiva UE 2003 fue limitado, y su descripción parte más bien de la observación de su alzado hacia el exterior del área de excavación, donde su paramento externo está cubierto por vegetación y hojarasca.

Bajo los niveles vinculados a la construcción de la terraza y sobre la roca madre, se reconocieron los niveles UEs 2008, 2009 y 2011 anteriores al levantamiento de esta estructura agraria que se habrían formado por dinámicas naturales de arrastre de ladera (**Fig.9.7**). Estos rellenos nivelan las irregularidades del terreno generadas entre los afloramientos de la roca madre, compuesta en este punto por grandes bloques calizos (**Fig.9.8**). En ellos se recogieron escasos materiales de filiación castreña en posición secundaria –fundamentalmente fragmentos cerámicos, escorias y pequeños elementos de bronce, así como restos óseos de fauna– sin intrusiones de elementos modernos. Así, es posible al menos aventurar una relativa antigüedad de estos estratos, sin llegar a discernir si se formarían con posterioridad o en sincronía a la ocupación del poblado castreño. Al considerar este sector como zona exterior del castro, estos materiales procederían de basureros extramuros o bien

<sup>107</sup> Tampoco se pretendía desmontar esta estructura muraria ni talar los árboles presentes en este espacio, que se erguían jalonando el límite aterrazado de este sector, para así minimizar la incidencia de las actividades arqueológicas en este terreno de propiedad particular.



**Fig.9.9:** Vista en detalle del perfil de la esquina Noreste del sondeo. Bajo el nivel arcilloso ligeramente anaranjado UE 2011 se observa el paquete ennegrecido UE 2012 que descansa en una concavidad de la roca madre y que contenía gran cantidad de restos óseos y carbones.



**Fig.9.10:** Matriz Harris con la secuencia estratigráfica reconocida en la terraza meridional de El Castre. En amarillo se distingue la estructura que sostendría la terraza –UE 2003– y en rosado se señala el nivel de arcillas naturales UE 2013.

derivarían del proceso de ruina y desmantelamiento del caserío, desplazados hacia el exterior por procesos postdeposicionales naturales previos a las modificaciones recientes de la topografía del cerro. No obstante, se puede tomar como dato significativo el hecho de que la excavación de la UE 2011 no deparase la recuperación de materiales arqueológicos, lo que unido a su composición arcillosa podría llevar a pensar en una unidad formada en una fase de escasa actividad antrópica en su entorno inmediato.

Sin embargo, en algunas de las concavidades existentes sobre la roca madre se reconoció una unidad de estratificación antigua –anterior al citado nivel UE 2011– con restos materiales relacionables con la ocupación castreña del cerro. Se trata de la UE 2012 localizada en la esquina Noreste del sondeo con una importante presencia de carbones y restos óseos (**Fig.9.9**). Esta bolsada aparecía en una concavidad de la roca madre –de la que afloraba un crestón de grandes dimensiones en el centro del sector excavado– y sobre el nivel de arcillas naturales UE 2013 que marcaba el final de la secuencia (**Figs.9.10**). La elevada acumulación de materiales –fundamentalmente fragmentos óseos de fauna– y la coloración ennegrecida de su matriz me lleva a

interpretar dicha unidad como un basurero exterior al poblado castreño, cuya cronología podría ser precisada por la datación radiocarbónica de elementos de vida corta.

### ■ Parte alta de El Castre

La excavación de la parte alta de El Castre ha permitido reconocer una secuencia ocupacional para este poblado fortificado que arrancaría en la Primera Edad del Hierro con la construcción de la muralla perimetral y estructuras domésticas en su interior (fase 1) erigidas con materiales perecederos y adoptando un formato

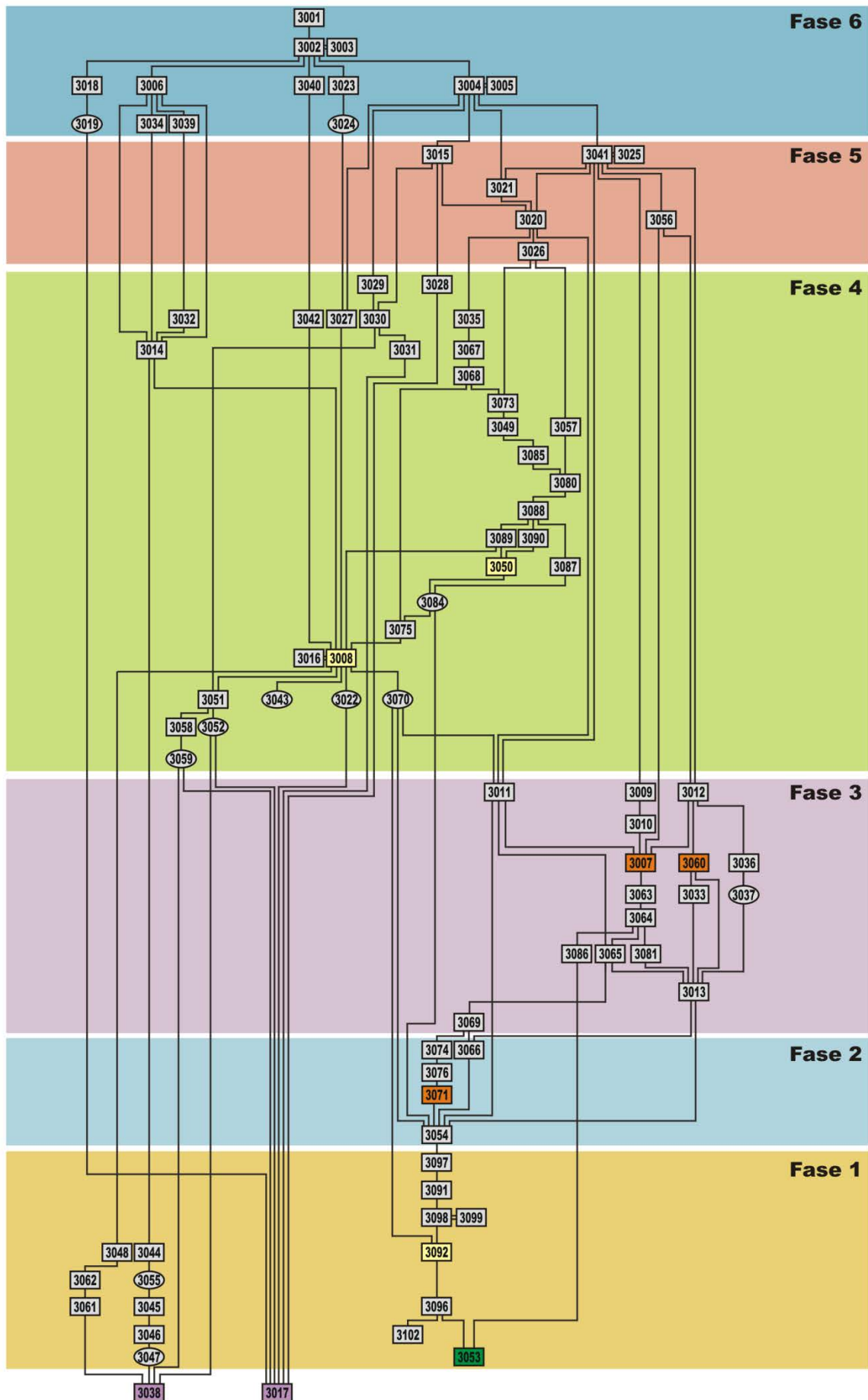
Lab cod.	Tipo	Material datado	UE	Fecha BP	Cal BC-AD 1 sigma	Cal BC-AD 2 sigma
Beta-377280	AMS	Hueso	3080 (fase 4)	2230 ± 30	366-351 cal BC (10,1%) 300-210 cal BC (58,1%)	384-339 cal BC (20,8%) 328-204 cal BC (74,6%)
DSH5058	conv.	carbón	3009 (fase 3)	2162 ± 32	352-297 cal BC (35,1%) 228-221 cal BC (3,0%) 211-168 cal BC (30,0%)	359-274 cal BC (41,3%) 260-108 cal BC (54,1%)
Fi2985	AMS	Hueso	3064 (fase 3)	2230 ± 60	378-347 cal BC (14,4%) 319-206 cal BC (53,8%)	403-162 cal BC (94,7%) 130-120 cal BC (0,7%)
Fi2952	AMS	Hueso	3066 (fase 2)	2365 ± 80	738-688 cal BC (10,4%) 664-646 cal BC (3,3%) 548-366 cal BC (54,5%)	768-352 cal BC (88,5%) 296-228 cal BC (6,3%) 220-212 cal BC (0,6%)
Fi2984	AMS	Hueso	3092 (fase 1)	2350 ± 50	510-379 cal BC (68,2%)	746-686 cal BC (6,7%) 666-643 cal BC (1,9%) 554-354 cal BC (82,6%) 290-232 cal BC (4,1%)

**Tabla 9.1:** Dataciones radiocarbónicas obtenidas en El Castro, calibradas mediante la versión online del software OxCal v4.2.4 (BRONK RAMSEY y LEE 2013) utilizando la curva atmosférica *IntCal13* (REIMER et al. 2013).

similar al observado en alguna cabaña parcialmente publicada del castro de El Castillo de San Martín (Soto del Barco) (CARROCERA FERNÁNDEZ y CAMINO MAYOR 1996: 60) (**Tabla 9.1**). Posteriormente, se suceden dos horizontes datados en la Segunda Edad del Hierro caracterizados por las actividades artesanales en los que se instalaron cubetas en las cuales se desarrollaron trabajos en los que el calor jugaba un papel importante. Para la primera de ellas (fase 2) no se ha podido concretar la naturaleza de tales labores, mientras que la segunda (fase 3) ofrece un repertorio de evidencias que permiten constatar los trabajos metalúrgicos relacionados con productos bronceos, que se sucederían durante la Segunda Edad del Hierro. A continuación, se ha individualizado otra etapa en la ocupación del poblado (fase 4) en la que se construirían cabañas a partir del siglo IV-III cal a.C. que adoptan un formato arquitectónico cercano a castros próximos como El Castiello de Llagú (Uviéu) (BERROCAL-RANGEL *et al.* 2002), aunque con rasgos particulares que individualizan este modelo edilicio. Algunas de estas construcciones estarían habitadas hasta momentos posteriores a la amortización de la muralla castreña (fase 5) ya en las primeras décadas de la época altoimperial romana, momento en el cual se abandonaría el poblado. Finalmente, se reconoce una fase final en la secuencia de El Castro como espacio agrario en época contemporánea (fase 6) (**Fig.9.11**).

**Fig.9.11:** Matriz estratigráfica de la secuencia descrita en la parte alta de El Castro. Las relaciones entre unidades aparecen simplificadas y se señalan las diferentes fases cronoestratigráficas que conforman la secuencia de este sector del poblado.





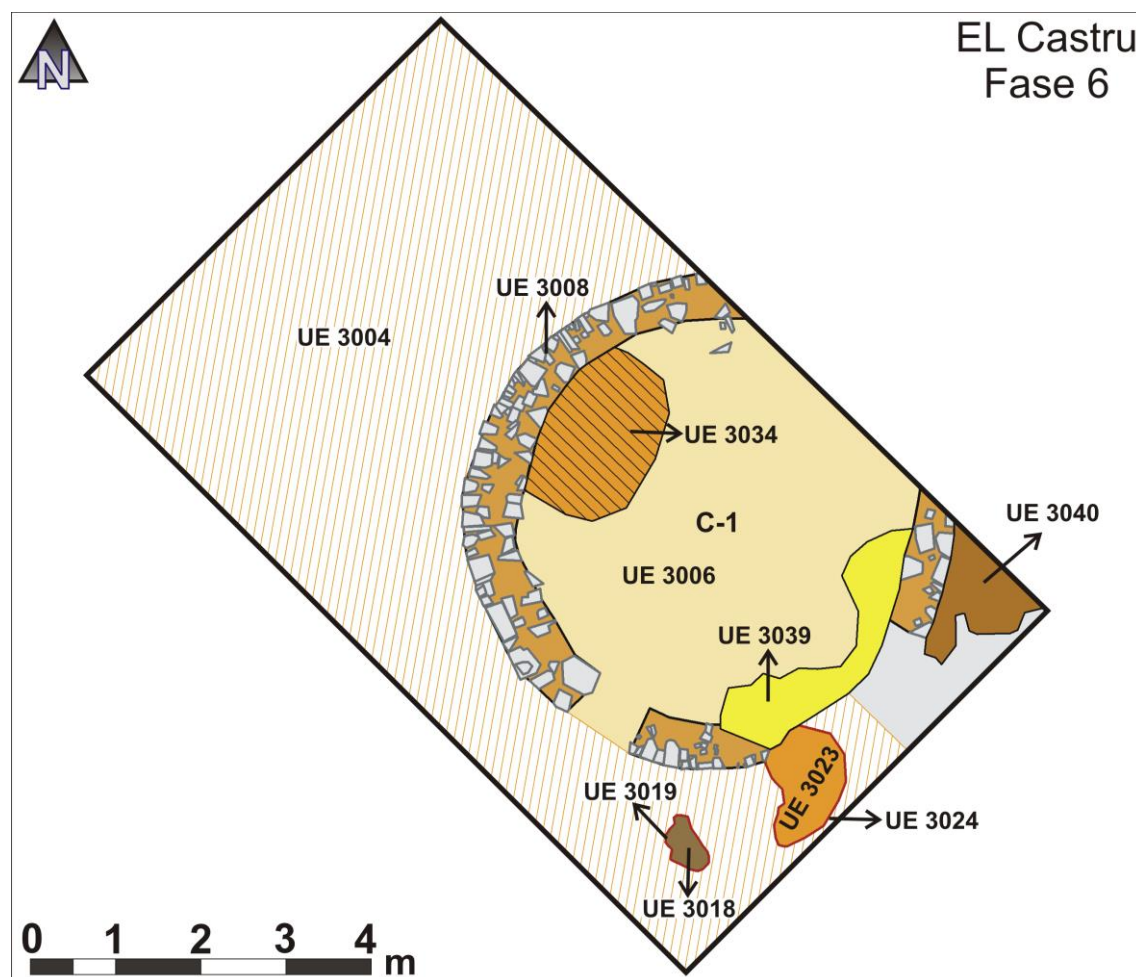


Fig.9.12: Plano del área de excavación en el que se muestra la disposición de los estratos relacionados con la Fase 6.

#### + Fase 6

La secuencia estratigráfica reconocida en la parte alta de El Castru se inicia con dos horizontes sucesivos de niveles superficiales que se corresponden con la última fase de uso del yacimiento. Son la capa húmica UE 3001 y el nivel de cultivo subactual UE 3002 creado por la acción del arado y la azada, con gran presencia de materia orgánica. Tal y como se reconocía en los niveles subactuales de la terraza meridional de El Castru, estos estratos superficiales fueron creados a partir de la remoción de los niveles subyacentes, además de recibir aportes de abono, basuras y materiales acarreados hasta allí por los campesinos locales desde la cercana aldea de Vigaña. En estos dos niveles resulta frecuente la aparición de fragmentos de tejas modernas y vidrio plano, así como lozas y cerámicas de cronología reciente. Igualmente, se recogieron algunos materiales más antiguos que habrían sido removidos por la acción del arado y de la azada, como una mano de molino, escorias o fragmentos cerámicos de tipología castreña.

Bajo los niveles superiores, se individualizaron tres unidades relacionadas con la ruina y amortización del poblado (UEs 3004, 3006 y 3040). Todas ellas se ha-





**Fig.9.13:** Vista de la estructura de C-1 tras retirar la capa húmica UE 3002.

brían visto afectadas por las labores agrícolas desarrolladas en El Castro durante la última centuria. Así, la acción del arado y la azada habrían funcionado como agentes tafonómicos principales en la alteración de estos niveles, junto al acarreo de piedras y elementos constructivos que serían apartados hacia las lindes del terreno para no entorpecer las labores agrarias, o que también serían reutilizados para construir las terrazas agrarias del entorno (**Fig.9.12**). Al considerar los elementos muebles recuperados en estas tres unidades se comprende mejor su naturaleza, pues se identifican materiales modernos como vidrios, cerámicas vidriadas y lozas junto a materiales relacionados con la ocupación de El Castro durante la Edad del Hierro y la época altoimperial romana.

Recientemente también se habrían producido otro tipo de afecciones de la secuencia arqueológica. Por ejemplo, la cabaña castreña C-1 –cuyo trazado podía intuirse al retirar la capa húmica UE 3002 (**Fig.9.13**)– sufrió los efectos de la acción del arado, que desplazó algunas de las lajas y la argamasa que recubría su zócalo formando los paquetes UEs 3034 y 3039 de materiales constructivos desplazados lateralmente. En el caso más claro de la UE 3034, las dos hiladas superiores del zócalo serían arrastradas hacia el interior de la construcción desde el tramo noroccidental del arco de la cabaña (**Fig.9.14**). En el extremo opuesto de la construcción C-1, el desplazamiento habría sido más limitado, formando la UE 3039 a partir de la argamasa UE 3016 que recubría el zócalo UE 3008. La escasa entidad del zócalo en esta parte sudoriental de su trazado –inexistente en algún tramo al aprovechar la cabaña la roca madre como cimentación (*vid infra* fase 4)– así como la proximidad al hoyo UE 3024 que habría afectado un pequeño tramo del zócalo hasta desmontarlo parcialmente, hacen que esta UE 3039 sea más discreta que el estrato semejante UE 3034. Estos movimientos postdeposicionales avalan la sospecha de que la acción del arado, junto a la erosión en ladera posterior al abandono del poblado, habrían bo-



**Fig.9.14:** Arriba, izquierda: Vista desde el Noreste de las lajas UE 3034 desplazadas del zócalo de C-1 por la acción del arado. Arriba, derecha: Vista en planta de la UE 3039, similar a la anterior aunque con menor entidad, en las proximidades del hoyo UE 3024. Abajo, izquierda: Vista del hoyo UE 3019 tras retirar su relleno. Abajo, derecha: Vista en del hoyo UE 3024 tras excavar su relleno.

rrado todo rastro del nivel de uso interior de la cabaña C-1, pues no se identificó ningún nivel interpuesto entre las UEs 3006, 3034 y 3039 y los rellenos de nivelación UEs 3014 y 3032 del interior de la cabaña (*vid infra* fase 4).

Por otro lado, al retirar la UE 3004 del área exterior a la construcción C-1 se observó la presencia de dos unidades negativas UEs 3019 y 3024 de finalidad incierta y cronología reciente, como indica la presencia de materiales contemporáneos en sus rellenos. En el primer caso, su forma y su escasa profundidad no llevan a interpretarlo como un hoyo de poste en su formato actual, aunque las actividades agrícolas recientes podrían haber alterado su forma y dimensiones originales. Una segunda hipótesis sobre su origen sería contemplar la UE 3019 como el negativo de un gran bloque de piedra –similar o integrante de la UE 3029– desplazado por las tareas agrícolas subactuales, cuyo lugar habría sido luego ocupado por materiales removidos en el transcurso de estas labores. Su relleno UE 3018 contenía algún fragmento cerámico de aspecto moderno y unos pocos materiales de tipología castreña que estarían aquí depositados en posición secundaria. Por su parte, el hoyo UE 3024 presenta una forma irregular tendente a ovalada y afecta al mismo tiempo al zócalo de C-1 y al relleno de su zanja de cimentación. Su relleno UE 3023 está compuesto por materiales diversos derivados de los estratos que afectó la excavación de este hoyo, con lajas que provendrían del zócalo y materiales contemporáneos como un fragmento de loza y un proyectil de arma de fuego de pequeño calibre.





**Fig.9.15:** Vista desde el Oeste del techo de la UE 3015. Esta unidad se relacionaría con un horizonte de tránsito al exterior de la construcción C-1. Destaca la gran cantidad de fauna documentada en este depósito, así como los característicos cantitos blancos de caliza que acondicionan el nivel de uso sobre este nivel.

#### + Fase 5

La quinta fase identificada en la secuencia de El Castro comprende un grupo de unidades estratigráficas relacionadas con el último momento de uso de la cabaña castreña C-1 y un nivel de tránsito exterior a ésta documentado en el cuadrante occidental del área de excavación. El estudio de los materiales recuperados en estos contextos lleva a considerar una cronología final para esta fase que alcanza la época altoimperial romana, mientras su inicio arrancaría a finales de la Segunda Edad del Hierro. Tal cronología constituye el último momento de la biografía de esta aldea fortificada a la luz de las evidencias disponibles hasta la fecha.

En el área exterior a C-1 hacia el Noroeste, Oeste y Suroeste se individualiza el nivel UE 3015, caracterizado por la abundancia de materiales arqueológicos. Cubierta por los niveles de derrumbes y la amortización en este espacio, la UE 3015 forma un nivel de tránsito hacia el exterior de la construcción C-1 en cuyo techo, así como en los primeros 10-20 cm del estrato, son abundantes los pequeños cantos redondeados y blanquecinos de caliza que acondicionarían esta superficie para el tránsito cotidiano de los habitantes del poblado (**Fig.9.15**). Este nivel rodea por el exterior la citada cabaña con una anchura constante de unos 60-70 cm y rellena a la vez la zanja de cimentación UE 3070 que sirve de acomodo al zócalo UE 3008 de C-1. Dicha unidad negativa cortó niveles más antiguos y como resultado de ello algunos materiales de esas fases previas se incorporaron al contenido de la UE 3015, como cerámicas, elementos de bronce, fragmentos de crisoles, etc. (**Fig.9.16**). Durante su excavación se recuperó una cantidad importante de materiales arqueológicos, como



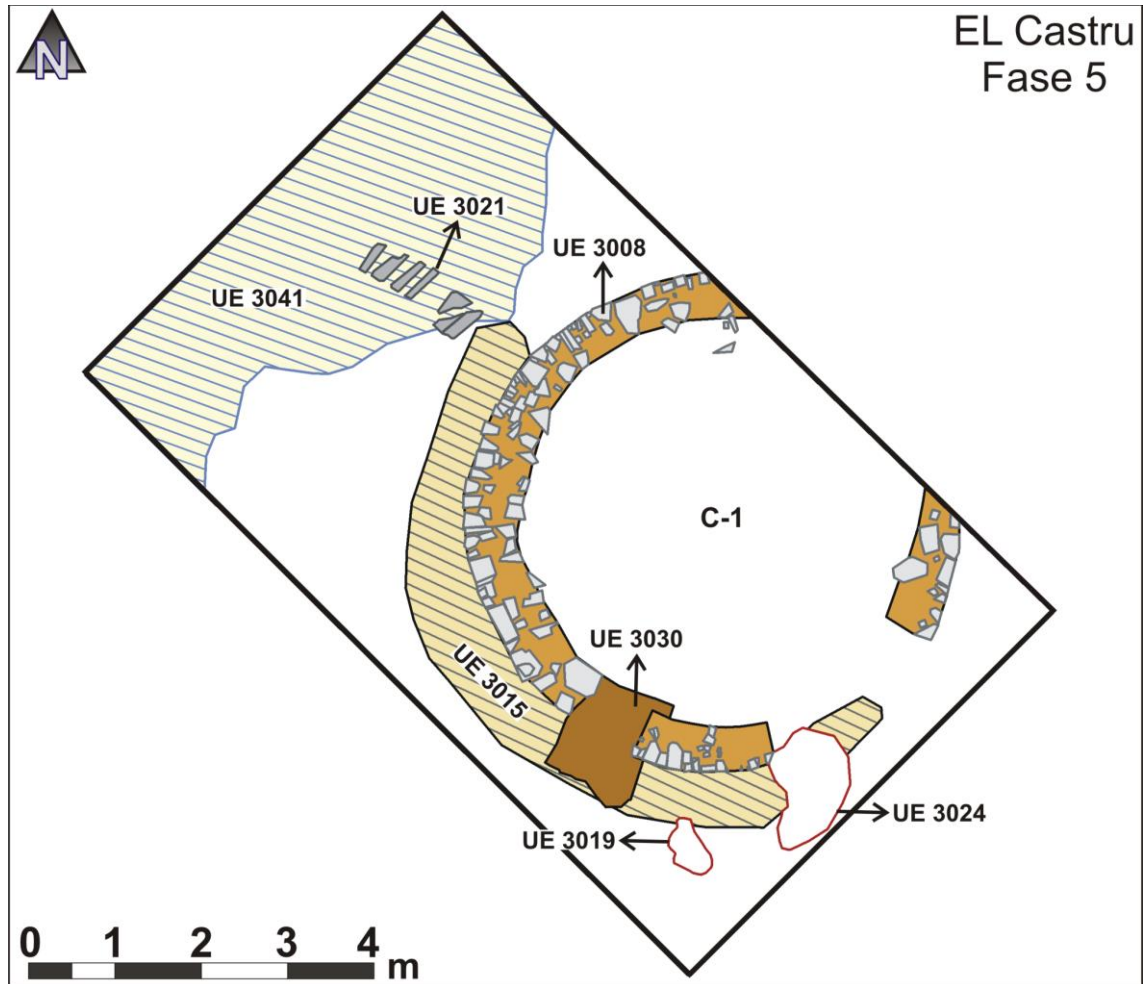
**Fig.9.16:** Vista desde el Noroeste de la UE 3015 pegada al arco exterior del zócalo UE 3008, dentro de la zanja UE 3070. Su extensión está delimitada en la imagen por líneas discontinuas.

cerámicas –con piezas de común romana en su parte más alta y otros fragmentos de piezas reductoras con decoraciones de líneas bruñidas características de la Segunda Edad del Hierro– o pequeños fragmentos de bronce<sup>108</sup>. Pero, sin duda, destacan por su gran cantidad los materiales arqueozoológicos relacionables con despojos del consumo doméstico o del procesamiento cárnico de los animales sacrificados. La magnitud de la colección recuperada generó por ejemplo una imagen insólita de hasta una decena de hemimandíbulas de vacuno dispuestas en el techo de dicha UE.

Con una apariencia similar a la de UE 3015 se identificó la UE 3041: un depósito de tierra marrón anaranjada de textura arcillosa y una alta frecuencia en su techo de calizas blancas y redondeadas de pequeño tamaño. La cota superior de este estrato mantiene un nivel constante que sigue la pendiente progresiva del terreno. Pese a ello, la potencia del nivel varía en función de la altura máxima de las estructuras y los estratos subyacentes. Así por ejemplo, sobre la cubeta metalúrgica definida por la UE 3007 aparece un mayor número de piedras de tamaño medio colocadas horizontalmente, mientras que en otras zonas donde los niveles inferiores están más altos –por ejemplo, sobre la muralla UE 3053– la potencia de la UE 3041 mengua y sólo se documentan algunos cantos blancos de caliza. En la matriz de la UE 3041 aparecen carbones de pequeño tamaño y una gran cantidad de restos óseos de fau-

<sup>108</sup> Estos elementos metálicos procederían en su mayoría del espacio metalúrgico contiguo formado por la cubeta metalúrgica definida por la UE 3007 perteneciente a la Fase 3 de la secuencia de ocupación del poblado. Por lo tanto, estos materiales estarían aquí depositados en posición secundaria, removidos por la apertura de zanjas y las regulaciones del terreno que conllevó la construcción de la cabaña C-1.





**Fig.9.17:** Plano del área de excavación en el que se sitúan las UEs exteriores a la cabaña C-1 que servirían de niveles de tránsito UE 3015 y 3041 correspondientes a la Fase 1, así como la estructura de largueros de piedra UE 3021.

na. Entre los fragmentos cerámicos recuperados en este depósito, cabe mencionar la presencia de cerámica común romana de cronología altoimperial que probablemente señalaría el momento más reciente del funcionamiento de la construcción C-1 y del propio asentamiento de El Castro. En definitiva, el nivel UE 3041 puede ser interpretado como un nivel de uso al exterior de la cabaña C-1 en época altoimperial romana, posterior al derrumbe UE 3020 que, con toda probabilidad, procedería del colapso/desmantelamiento de la muralla UE 3053. Sería, así pues, equivalente a la parte final de la formación del estrato UE 3015.

Por su parte, en el punto en el que la UE 3041 cambia ligeramente de pendiente para dar paso a la caída donde aparece masivamente la UE 3020, se instala una pequeña estructura de piedras o murete denominado UE 3021. Dicha estructura está formada por una serie de largueros de piedra caliza de grandes dimensiones colocados a hueso directamente sobre el derrumbe UE 3020 y la unidad constructiva UE 3007 de la estructura metalúrgica Cu-1 (*vid infra*, fase 3). Esta estructura materializa la intención de regularizar una extensión de terreno donde los niveles de derrumbes y amortizaciones previas mostraban un aspecto caótico que dificultaba el tránsito (**Fig.9.17**).





**Fig.9.18:** Izquierda: Vista en planta del derrumbe UE 3020, desde el Noreste, en la esquina Norte de la excavación durante la campaña de 2012. Derecha: Vista del derrumbe UE 3020 en la esquina Norte de la cata ampliada de 2013 en proceso de excavación.

Bajo los niveles UEs 3015 y 3041, se documentó una gran colada de derrumbe compuesta por las UEs 3020 y 3026. La UE 3020 está formada por bloques de gran tamaño, muchos de ellos careados, que se extiende por los dos tercios del espacio al Noroeste de la construcción C-1 (**Fig.9.18**). Estaría formada por lajas de piedra procedentes del colapso de alguna estructura de considerable tamaño y ofrece una potencia creciente hacia el Norte, a modo de colada descendente en la que muchos bloques muestran un claro buzamiento Suroeste-Noreste. Conforme se excavaba este estrato, era frecuente observar la existencia de huecos entre las lajas del paquete, rasgo característico de los derrumbes masivos. En la parte más baja del derrumbe, entre la esquina Norte y el espacio donde casi confluyen las cabañas C-1 y C-2, la entidad de los bloques que componen el nivel aumenta, y aparecen grandes sillarejos mejor trabajados, con una matriz arcillosa entre medias de coloración anaranjada más clara y con mayor plasticidad, observaciones que llevaron a individualizar este nivel como UE 3026. Si bien muchos de estos grandes bloques muestran un buzamiento Suroeste-Noreste homólogo al nivel UE 3020 inmediatamente superior, algunos de ellos aparecen dispuestos de manera más bien horizontal y se hacen más notables los huecos entre piedras. Todo ello hace pensar que las UEs 3026 y 3020 formarían un mismo paquete de derrumbe, con la UE 3026 como su primera colada. En definitiva, se podría plantear que este derrumbe masivo procedería del desmantelamiento o colapso de la muralla UE 3053 localizada en la esquina Oeste de la cata. Además, cabe notar que este derrumbe iría a parar contra el zócalo UE 3008 de C-1, a la vez que cubriría por completo la testa del muro UE 3050 de la cabaña C-2. De ello se desprende que la cabaña C-2 estaría ya amortizada en el momento de producirse este derrumbe. Sobre los niveles de derrumbe se instalaría con posterioridad un horizonte de tránsito hacia el exterior de la cabaña C-1 ya en época altoimperial romana compuesto por los niveles UEs 3015 y 3041. En ese acondicionamiento cobraría sentido la estructura UE 3021, que marcaba el cambio de pendiente en la superficie más alta de la UE 3020, posiblemente para acomodar mejor la superficie del nivel de tránsito UE 3041.

Por último, se incluye en la fase 5 el nivel UE 3056 que aparece aislado en la esquina Oeste del área de excavación, depositado en la concavidad formada entre las cubetas metalúrgicas definidas por las arcillas 3007 y 3060 y el alzado de la muralla UE 3053. Este paquete podría cumplir la función de regularizar la superficie sobre que se instala la UE 3041, amortizando para ello estructuras previas abandonadas o derrumbadas. Aunque también es factible pensar que esta concavidad entre las estructuras metalúrgicas Cu-1 y Cu-2, y la muralla UE 3053 fuese colmatada progresivamente durante el funcionamiento de esta área artesanal y su posterior abandono en la fase 4. La reducida extensión de este estrato y la inexistencia de materiales significativos impiden emitir una interpretación cronoestratigráfica más ajustada.

#### + Fase 4

La fase 4 está compuesta por los grupos estratigráficos relacionados con la construcción de las cabañas castreñas C-1 y C-2 fundadas en la Segunda Edad del Hierro y una pervivencia que alcanzaría, en el caso de la primera, las primeras décadas de la dominación romana de este territorio, ya en la fase altoimperial romana (fase 5). El levantamiento de estas dos cabañas conllevó la realización de una serie de zanjas de cimentación, así como el vertido de rellenos y niveles de acondicionamiento del espacio ocupado por construcciones precedentes ya amortizadas.

El zócalo UE 3008 define la cabaña C-1. Está construido con lajas de cuarcita y también algunas calizas y describe un trazado circular que coincide con patrones constructivos observados en la arquitectura doméstica de la Edad del Hierro en otros castros del Occidente Cantábrico (AYÁN VILA 2012a; BERROCAL-RANGEL *et al.* 2002; MARÍN SUÁREZ 2011a). La cabaña cuenta con unos 4,5 m de diámetro interior<sup>109</sup> que generarían una superficie aproximada de 17 m<sup>2</sup>, aunque de incluir la anchura del propio zócalo –que alcanza los 70 cm en sus tramos con mayor anchura– el diámetro total de la construcción, de muro exterior a muro exterior, sería de 5,75 m (**Fig.9.19**). Mientras el paramento exterior del zócalo fue construido con sumo cuidado, la estructura UE 3008 no presenta una cara interna definida, ya que se iría levantando conforme se elevaba su espacio interior con rellenos o niveles de preparado para el suelo (UEs 3014 y 3032). Las lajas de este zócalo están trabadas y cubiertas por un emplasto de arcillas amarillentas UE 3016 que recubre por completo la estructura hacia el exterior. La altura de la UE 3008 varía en función de la pendiente natural del terreno, con dos o tres hiladas en su tramo Suroeste, junto a la entrada, y hasta nueve o diez hiladas esquina Norte del área de excavación. El zócalo

<sup>109</sup> La estimación de la superficie interior ha sido obtenida a partir de la topografía realizada durante la excavación, aunque dos factores impiden obtener un cálculo certero: a) una mínima parte de construcción C-1 quedó fuera del área de excavación; b) muy probablemente el espacio interior de la cabaña estaría delimitado por una pared compuesta por adobe y materiales vegetales instalada sobre el zócalo UE 3008, aunque no tenemos constancia del límite hacia el interior de esa pared erigida con materiales perecederos, por lo que la estimación de su superficie está tomada del límite interior del zócalo UE 3008, que a su vez no muestra una cara interna clara.



**Fig.9.19:** Vista cenital de la cabaña C-1 desde el Sureste, tras ser retirados los niveles superficiales. Se observa la forma circular de la construcción con 4,5 m de diámetro interior y hasta 5,75 m considerando la anchura del zócalo. El umbral de la cabaña se abre al Este. Allí donde el nivel de la roca madre es alto, no se construye el zócalo (en primer término), sino que el propio crestón rocoso sirve de cimentación para el alzado de la cabaña, a buen seguro realizado con materiales vegetales y barro.

parece estar completamente sellado e impermeabilizado con la propia arcilla amarilla UE 3016 que cubre su cara externa y la superficie horizontal sobre su testa. Lamentablemente, el interior de la cabaña había sido arrasado por procesos erosivos, además de por las recientes labores agrícolas, dada la escasa profundidad a la que se encontraban los restos –algunas lajas del zócalo UE 3008 aparecían apenas 10 cm bajo la cota de inicio de excavación– y su proximidad al inicio de la pendiente hacia la que cae la ladera nororiental de El Castu (**Fig.9.20**). Tampoco fueron detectados los hoyos de poste que debían existir en su espacio interior para sostener la estructura de la cubierta.

Bajo la UE 3006 que amortiza el espacio interno de C-1 se reconocen directamente los rellenos interiores que nivelaban el suelo de la cabaña: las UEs 3014 y 3032. Estos dos rellenos componen el paquete de nivelación y se depositan directamente sobre la roca madre, un nivel de arcillas naturales UE 3038 que aparece directamente sobre ésta, y amortizan también niveles previos de la fase 1. Ambos habrían sido vertidos en paralelo a la construcción del zócalo UE 3008 de la cabaña; de hecho, las UEs 3008, 3014 y 3032 conformarían un único elemento constructivo a modo de «cilindro» o «tambor» que serviría para asentar la cabaña C-1.

En relación con la cabaña C-1 se documentaron una serie de unidades constructivas frente al umbral de la puerta –que muestra una orientación hacia el S-SSO–





**Fig.9.20:** Vista de la cabaña C-1 desde el Oeste durante el levantamiento de la UE 3006, proceso que dejaba los rellenos internos UEs 3014 y 3032 en planta. Estos paquetes elevarían y nivelarían el suelo de la cabaña, no conservado. En primer plano se observa el nivel de lajas desplazadas horizontalmente por el arado (UE 3034). Al fondo, puede distinguirse el gran hoyo de expolio UE 3024 que afectó la conservación de parte del trazado del zócalo en esa zona. En la esquina superior derecha, se vislumbra el nivel geológico de arcillas anaranjadas UE 3017 que se extiende al exterior de la cabaña y que habría sido zanjado en esa zona para instalar el zócalo UE 3008.

cuya función no ha podido ser esclarecida debido a su posición marginal respecto al área intervenida. Se trata de varios bloques pétreos de grandes dimensiones UEs 3028 y 3029 que flanquean la entrada de C-1, junto al murete UE 3031 (**Fig.9.21**). Los bloques de la UE 3028 se disponen paralelos al zócalo de C-1, hacia el Oeste del umbral de la entrada de la cabaña. Están colocados en el límite exterior de la UE 3015, que se apoya en estos bloques. De forma análoga, aunque al Este de la entrada a la cabaña, se sitúa la UE 3029. Entre estas dos estructuras y alineado con ambas se localiza el murete UE 3031 compuesto por pequeños bloques de caliza mínimamente trabajados que aparece justo frente a la puerta de la cabaña C-1. Por su parte, la UE 3030 es un estrato de matriz arcillosa que se sitúa al exterior de la cabaña frente a la puerta. Este estrato se individualiza respecto a otros como la UE 3015 por su localización, aunque ofrece características ligeramente diferentes, como una mayor dureza o una menor presencia de materiales arqueológicos, que además aparecen más fragmentados. La UE 3030 sería así pues una colada procedente del nivel interior de suelo de la cabaña C-1 que se habría conservado en la zona del umbral de esta construcción como un nivel de tránsito en la entrada y al exterior de la cabaña.

En la campaña de 2013 se detectó la cabaña circular C-2 de morfología constructiva típicamente castreña y apariencia similar a C-1. Lamentablemente, el trazado reconocido de su muro/zócalo UE 3050 es mínimo, ya que la construcción apenas

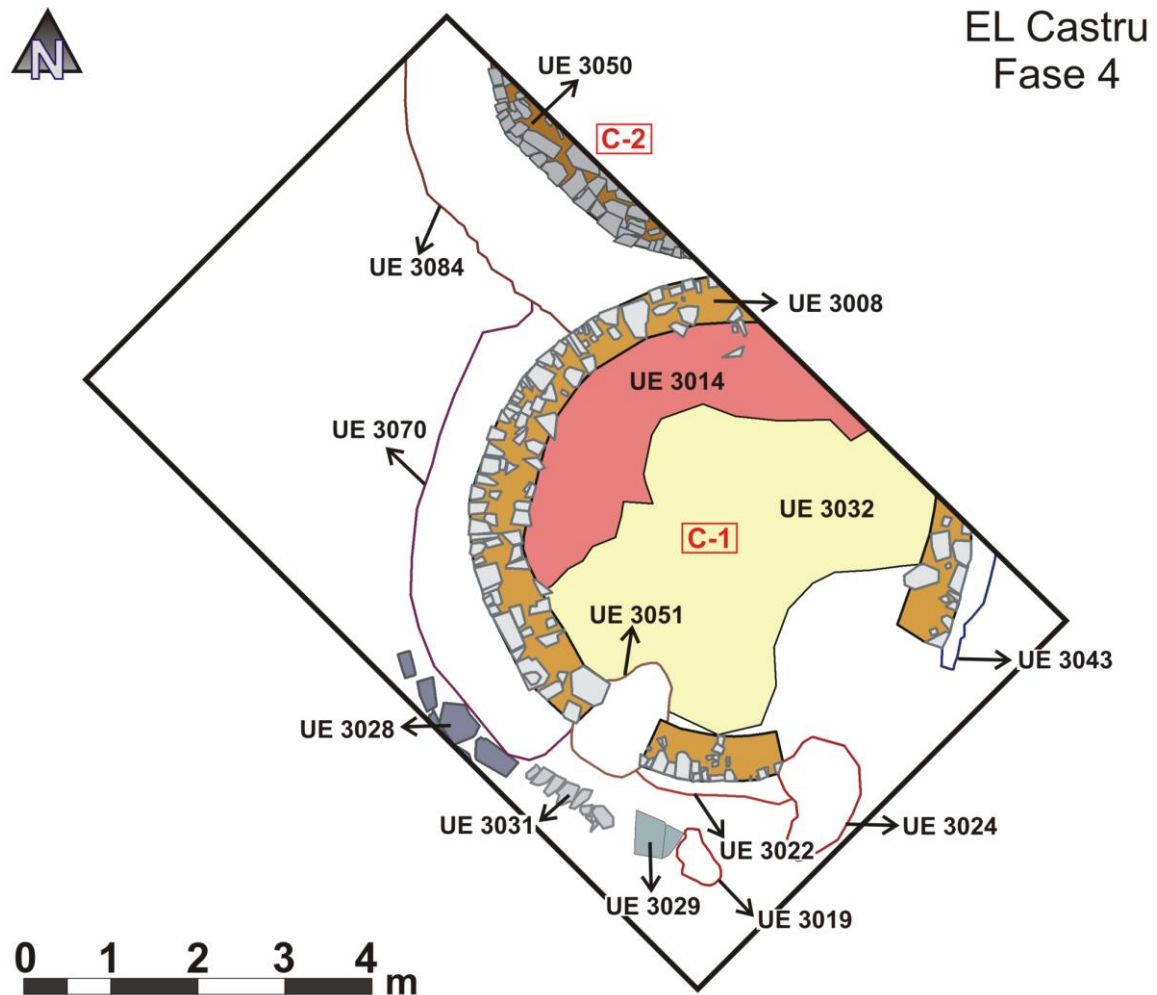




**Fig.9.21:** Vista desde el Sureste de las UEs 3029 (bloques en primer plano), 3031 (murete frente a la entrada) y 3028 (bloques a continuación); frente a la entrada de la cabaña C-1 siguiendo en paralelo la alineación del zócalo UE 3008. Bajo el umbral de la entrada se distingue en planta el relleno UE 3051 del hoyo UE 3052.

sobresale medio metro desde el perfil Noreste (**Fig.9.22**). Por ello, sólo se ha reconocido la testa del muro que la define, así como su zanja de cimentación hacia el exterior (**Fig.9.23**). La unidad constructiva UE 3050 describe un trazado curvo que lleva a esta construcción a casi adosarse con el zócalo de C-1. El zócalo/muro está levantado con sillarejo de mediano y gran tamaño del que se conservan hasta ocho hiladas. Debido a que únicamente se ha reconocido un pequeño tramo de esta construcción, resulta difícil discernir si se trata de un zócalo que funcionaba únicamente como cimentación bajo el rasante del suelo –como en el caso de la UE 3008 en la cabaña C-1– o si parte de la estructura UE 3050 también se elevaría por encima de la rasante del suelo. No obstante, al examinar la estructura constructiva de su alzado, se advierten dos escalones sucesivos en su cara externa (**Fig.9.24**). Un primer reborde en la parte más baja estaría relacionado con la fundamentación de la estructura en el fondo de la zanja de cimentación, a modo de zapata. Hacia la mitad de la altura conservada de la UE 3050 se distingue un segundo reborde, que podría indicar quizá el tránsito hacia una hipotética sección aérea de la pared de la cabaña C-2. Tal consideración cobra sentido al comprobar que esa cota coincide con el techo de los estratos que rellenan la zanja de cimentación UE 3084 creada para instalar esta





**Fig.9.22:** Planimetría con las estructuras y los estratos clave en el sistema constructivo de las cabañas C1 y C2. Además de las propias estructuras constructivas (zócalos UEs 3008 y 3050, respectivamente), se representan las zanjas de cimentación creadas para instalar dichos zócalos (UEs 3022, 3043 y 3070 para la cabaña C1 y UE 3084 para la C-2). También aparecen un conjunto de estructuras relacionadas con la entrada de la cabaña C-1, como el hoyo bajo el umbral UE 3051, y las UEs constructivas UEs 3028, 3029 y 3031.



**Fig.9.23:** Izquierda: Vista del muro/zócalo UE 3050 tal y como aparecía conforme retirábamos los derrumbes UEs 3020 y 3026 que lo cubrían. Derecha: Vista de la cabaña C-2 que apenas asoma del perfil Noreste del área de intervención durante la excavación de los rellenos de su zanja de cimentación [Foto: SLM].

estructura. Lamentablemente, tal extremo no puede ser clarificado al no haber reconocido en el área de excavación la cota de suelo interior de la cabaña.

Tras la descripción de las dos construcciones protagonistas de esta fase 4 conviene prestar atención al proceso constructivo de ambas estructuras, durante el



**Fig.9.24:** Vista de la estructura UE 3050 durante la excavación de los rellenos de su zanja de cimentación UE 3084 desde el Suroeste (es visible el relleno UE 3088 de vivo color rojizo), en la que se señalan los dos rebordes o escalones que segmentan el alzado de este elemento constructivo [Foto: SLM].

cual se excavaron varias zanjas de cimentación –UEs 3022, 3042 y 3070 para C-1 y UE 3084 para C-2–. El reconocimiento de estas unidades negativas resultó una tarea compleja debido a la existencia de sucesivos estratos que rellenan ambas zanjas, a la remoción de materiales precedentes en el transcurso de la construcción de las cabañas C-1 y C-2, y a las relaciones que se establecen entre las zanjas de ambas estructuras. Sin embargo, su estudio permite aseverar por ejemplo que la cabaña C-1 se construye en un momento anterior a C-2. Así, la excavación de la zanja de cimentación UE 3084 de C-2 cortó los rellenos más profundos de la zanja de cimentación UE 3070 de C-1. Igualmente, los estratos que rellenan la zanja UE 3084 de C-2 se apoyan en el lienzo exterior del zócalo de C-1. No obstante, se observan relaciones de contemporaneidad en el uso del espacio exterior a ambas cabañas, con lo que al mismo tiempo se puede afirmar que las dos cabañas funcionarían de forma sincrónica durante la fase 4.

La UE 3084 es un corte realizado en la esquina Norte de la cata para crear la zanja de cimentación de la cabaña C-2 e instalar su zócalo/muro UE 3050 (**Fig.9.25**). Esta zanja corta distintos estratos pertenecientes a las fases 1, 2 y 3 hasta alcanzar la superficie de la roca madre, cuya profundidad aumenta hacia esta zona de la cata debido a la pendiente natural del terreno. Por ello, sus constructores probablemente decidieron situar una hilada de piedras calizas UE 3087 colocadas a soga sobre la roca madre para sostener la pared vertical de la zanja (**Fig.9.26**). Instalado este murete UE 3087, el fondo de la zanja abierta para erigir C-2 se sellaría con una sucesión de pequeños niveles de arcillas UEs 3089, 3090 y 3088 con la probable intención de impermeabilizar su fondo, entre los que destaca por su llamativo color rojizo la UE 3088 (**Fig.9.27**). Sobre estos niveles presentes al fondo de la zanja UE 3084 se depositaron posteriormente otros tres niveles de relleno de mayor porte individualizados como UEs 3080, 3085 y 3057.





**Fig.9.25:** Izquierda: Vista de los rellenos UE 3080 (en primer plano) y 3085 (hacia la confluencia de C-2 y C-1) de la zanja UE 3084 desde el Noreste en proceso de excavación (había sido ya retirada la UE 3057). Se aprecia el trazado de su corte hasta conectar con el zócalo UE 3008 de la cabaña C-1 (parte superior de la foto). Derecha: Misma vista, con la excavación de los niveles que rellenan la zanja UE 3084 avanzada. Se aprecia el nivel rojizo de arcillas UE 3088 y los bloques UE 3087 sobre la roca madre, en el borde de la zanja más alejado del muro UE 3050 de C-2 [Fotos: SLM].



**Fig.9.26:** Vista cenital del fondo de la zanja UE 3084 desde el perfil Noreste en la que se distingue la roca madre sobre la que se asienta el muro UE 3050 de C-2, así como el murete UE 3087 que corre paralelo a éste [Foto: SLM].

La UE 3080 fue el primer estrato en ser depositado en la zanja de los tres citados, con tierra suelta muy fina de color gris claro y bloques de mediano tamaño, además de alguno grande, que habrían sido apoyados contra el muro UE 3050 con un mínimo cuidado. Este estrato se extiende desde la esquina Norte de la cata hasta la mitad del zócalo y gana anchura al fondo de la zanja, donde llega a ocupar toda su amplitud, mientras que en la parte alta sólo aparece pegado al zócalo UE 3050, alcanzando como techo el segundo reborde del muro. En la excavación de este nivel se recuperó una abundante colección de restos óseos de fauna –uno de los cuales pudo ser datado (Beta-377280) en una horquilla amplia que se extiende entre los siglos IV-III cal a.C.–, además de elementos metálicos de bronce, cuya singularidad nos





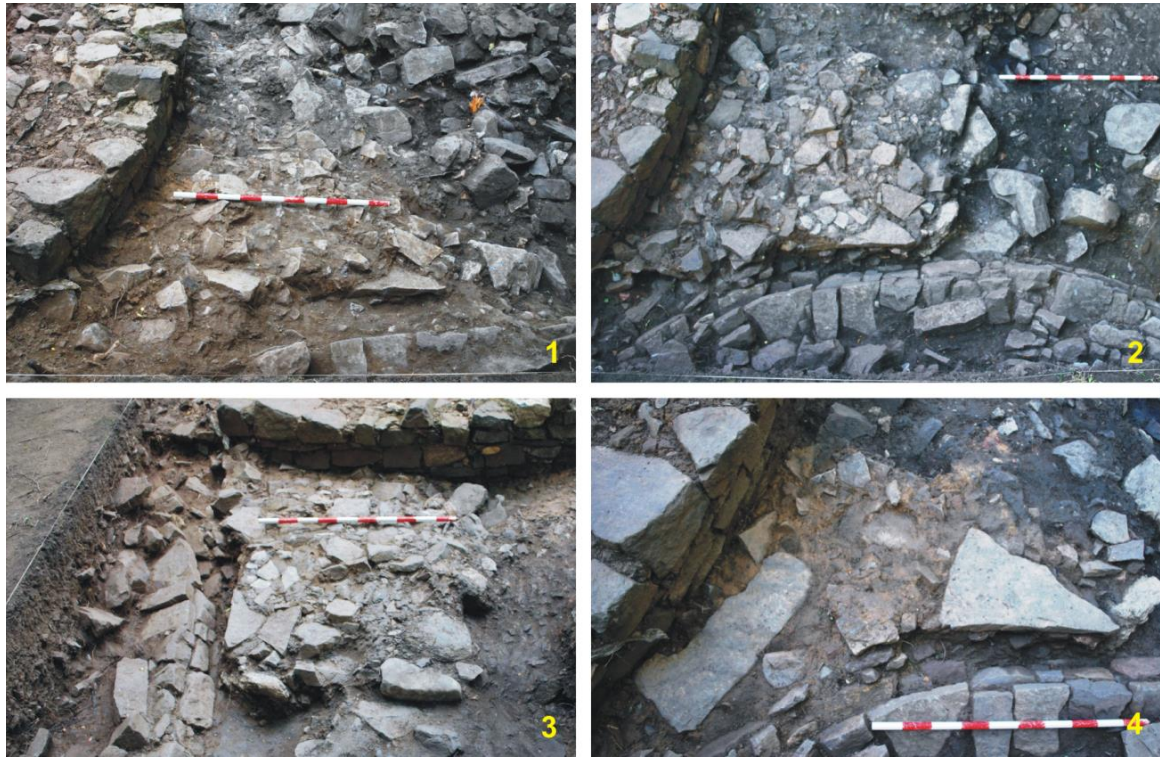
**Fig.9.27:** Vista cenital de la zanja UE 3084 desde el perfil Noreste en la que se observa el trazado del murete UE 3087 sobre la roca madre y paralelo al muro UE 3050 de C-2, con el estrato arcilloso UE 3088 de color rojo apoyándose en las estructuras C-1 y C2 [Foto: SLM].



**Fig.9.28:** Izquierda: Vista desde el Sur del relleno UE 3057 en planta tras la retirada del nivel UE 3026. Derecha: Vista cenital desde el perfil Noreste de los grandes bloques que aparecen embutidos en el relleno UE 3057 una vez que retiramos buena parte de la matriz arcillosa (que continuaba bajo los bloques, una vez retiramos estos).

llevará a un origen para este conjunto que sobrepasa lo meramente casual. La UE 3085 con matriz arcillosa marrón anaranjada, pequeños bloques de piedra y carbones ocuparía el hueco dejado por la UE 3080 en la zona más cercana a C-1 del interior de la zanja UE 3084. En el transcurso de su excavación se recogió una gran cantidad de restos óseos de fauna y algunos fragmentos cerámicos. Por último, la UE 3057 es un estrato de arcilla amarilla bastante compacto con grandes bloques de sillarejo (**Fig.9.28**). Se apoya en el muro 3050 y se sitúa sobre la UE 3080, aunque su extensión no llega a los 2 metros cuadrados en el área de excavación, pues aparece en la esquina Norte de la cata. Su techo, coincidente con la cota de la parte alta de los rellenos UEs 3080 y 3085 nos muestra un posible uso como nivel de tránsito, a una cota también similar a la de la plataforma constructiva de piedras UE 3049 que apa-





**Fig.9.29:** La plataforma UE 3049 fue reconocida y definida tras retirar los derrumbes UEs 3020 y 3026, observándose la UE 3073 parcialmente sobre la plataforma, al término de la zanja UE 3070 (1). Esta estructura está adosada a los muros de las cabañas C-1 y C-2 y se compone de lajas trabadas con arcilla anaranjada (2). Se observa una pequeña separación abierta entre la plataforma UE 3049 y el muro UE 3050 de C-2, probablemente relacionada con la inestabilidad de la ladera en la esquina Norte del área de excavación (3). Al desmontar esta estructura, se observó que su núcleo estaba formado por grandes bloques y arcilla anaranjada (4).

rece en la confluencia de las cabañas C-1 y C-2. En la excavación de la UE 3057 se recogieron restos óseos de fauna y algún fragmento de cerámica, así como un cuchillo de hierro con empuñadura de hueso.

La cabaña C-1 ha sido reconocida prácticamente en toda su extensión, aunque un pequeño tramo del arco de su zócalo queda fuera del área de excavación hacia el perfil Noreste. En esta amplia extensión se han detectado tres zanjas de cimentación diferentes –UEs 3022, 3042 y 3070– que servirían para instalar el zócalo UE 3008 de la cabaña. El trazado de esta estructura queda individualizado en distintos tramos interrumpidos por la entrada a la cabaña y un afloramiento rocoso que sustituye por completo al zócalo UE 3008 en la esquina Este del área de excavación. De hecho, en las hendiduras del crestón se distingue arcilla amarillenta similar al recubrimiento UE 3016 del zócalo que regularizaría su superficie para instalar el alzado de la cabaña C-1 con paredes de materiales vegetales y barro. Entre las zanjas excavadas para cimentar C-1, la UE 3070 es la unidad que aporta más información. Con una anchura variable que alcanza los 70 cm hacia el exterior del zócalo UE 3008, la zanja estaría colmatada por diferentes unidades de rellenos –UEs 3075, 3068, 3067 y 3035– pertenecientes a distintos momentos de las fases 4 y 5, durante las cuales esta construcción mantendría su vigencia. Algunos de estos rellenos serán cortados a su vez en el transcurso de la construcción de la cabaña C-2, cuyo levantamiento presenta una





**Fig.9.30:** Izquierda: Vista del hoyo UE 3052 con el relleno UE 3051 en planta bajo el umbral de C-1 desde el Suroeste. En primer plano se observa el murete UE 3031 y se distingue cómo el zócalo UE 3008 está asentado parcialmente sobre el relleno UE 3051. Derecha: Vista desde el Sur del hoyo UE 3052 bajo el umbral de C-1 tras excavar el relleno UE 3051 por completo, con el relleno UE 3058 en planta en el fondo del primer hoyo, delimitado por el corte más profundo de UE 3059.

cronología inmediatamente posterior a la de C-1, aunque su funcionamiento sea coincidente en el tiempo con ésta durante la fase 4.

Completada la construcción de la cabaña C-2, los habitantes de El Castru acondicionaron el espacio exterior compartido entre esta estructura y la inmediata cabaña C-1. Así, en el ámbito donde confluyen ambas construcciones instalaron una plataforma de piedras UE 3049 compuesta por sillarejos de mediano/gran tamaño trabadas con arcilla naranja (**Fig.9.29**). Esta estructura se adosa a los zócalos UEs 3008 y 3050 para generar un nivel de tránsito en esta zona. A la vez, esta estructura otorga una mayor integridad y consistencia al terreno en esta área, donde la profundidad de la roca madre y la pendiente de la ladera exigieron la dedicación de grandes esfuerzos para cimentar las cabañas C-1 y C-2. Sobre esta plataforma se distingue la UE 3073 como un nivel de tránsito durante el uso de las cabañas.

Si bien las cabañas C-1 y C-2 fueron construidas en un momento muy próximo entre sí, su abandono se produciría probablemente en diferentes fases. Mientras la cabaña C-1 permanecería muy probablemente en uso hasta la fase 5, en conexión con los niveles exteriores de tránsito UEs 3015 o 3041 dispuestos sobre los niveles de derrumbe y amortización de la muralla, ya en un momento altoimperial romano, la construcción C-2 no sobreviviría a la fase 4 de la secuencia. Tal afirmación responde a la observación de que el derrumbe UE 3020 se apoya contra el muro UE 3050 hasta cubrirlo por completo. Lo cual es muestra de que bien la construcción se encontraría entonces abandonada, o bien el derrumbe de la muralla afectaría su integridad y no se volvería a reparar posteriormente.

El último conjunto de unidades estratigráficas a presentar dentro de esta fase 4 lo componen dos hoyos reconocidos bajo el umbral de la puerta de C-1. En este punto, y antes de que los constructores de la cabaña levantasen el zócalo de piedra UE 3008, se abrieron dos hoyos sucesivos que cortan los niveles de arcillas naturales que aparecen sobre la roca madre. Así, el relleno arcilloso UE 3051 de coloración marrón oscura con motas amarillas, naranjas y rojas que se extendía en el interior de la unidad negativa UE 3052 de forma subcircular (**Fig.9.30**). Este relleno muestra-



**Fig.9.31:** Vista en detalle del espacio artesanal detectado en 2012 desde el perfil Noroeste, con la cubeta para la reducción de cobre Cu-1 en primer término y la UE 3010 de arcillas rubefactadas en su interior, visible tras retirar la UE 3009 de relleno. A su derecha, vista en planta de las UEs 3012 y 3033 de esta fase de trabajos metalúrgicos.

ba la presencia de carbones y distintas concentraciones de restos de fauna, alguna de ellas significativamente pegada a las paredes de la unidad negativa del hoyo. A su vez, tras retirar el relleno UE 3051 se identificó al fondo de ese primer hoyo una sobreexcavación del perfil inicial del negativo del hoyo que configuraba un segundo hoyo UE 3059 a mayor profundidad y de menores dimensiones. Esta segunda concavidad presenta una boca subcircular con poca profundidad y su relleno UE 3058 era un paquete poco compacto con material terroso de color marrón y piedras de pequeño tamaño, con menor presencia de carbones respecto a la UE 3051. De nuevo se recuperaron abundantes restos óseos de fauna y varios cantos de piedra depositados en el borde de este hoyo más profundo.

### + Fase 3

La fase 3 de la secuencia se corresponde con un horizonte de la Segunda Edad del Hierro en el que las actividades metalúrgicas son protagonistas centrales. Este grupo estratigráfico engloba una serie de niveles y estructuras relacionadas con el trabajo metalúrgico para la obtención de piezas metálicas con base cobre. Así, se reconocen dos estructuras constructivas para la reducción de cobre –Cu-1 y Cu-2– y varios niveles relacionados con el uso de esta área de trabajo artesanal. Las estructuras asignables a esta fase aparecen circunscritas al cuadrante Oeste del área de excavación y los niveles que integran este conjunto fueron posteriormente amortizados por estratos asignables a la fase 5. Además, las actividades constructivas desarrolladas durante la fase 4 para el levantamiento de la cabaña C-1 generarían

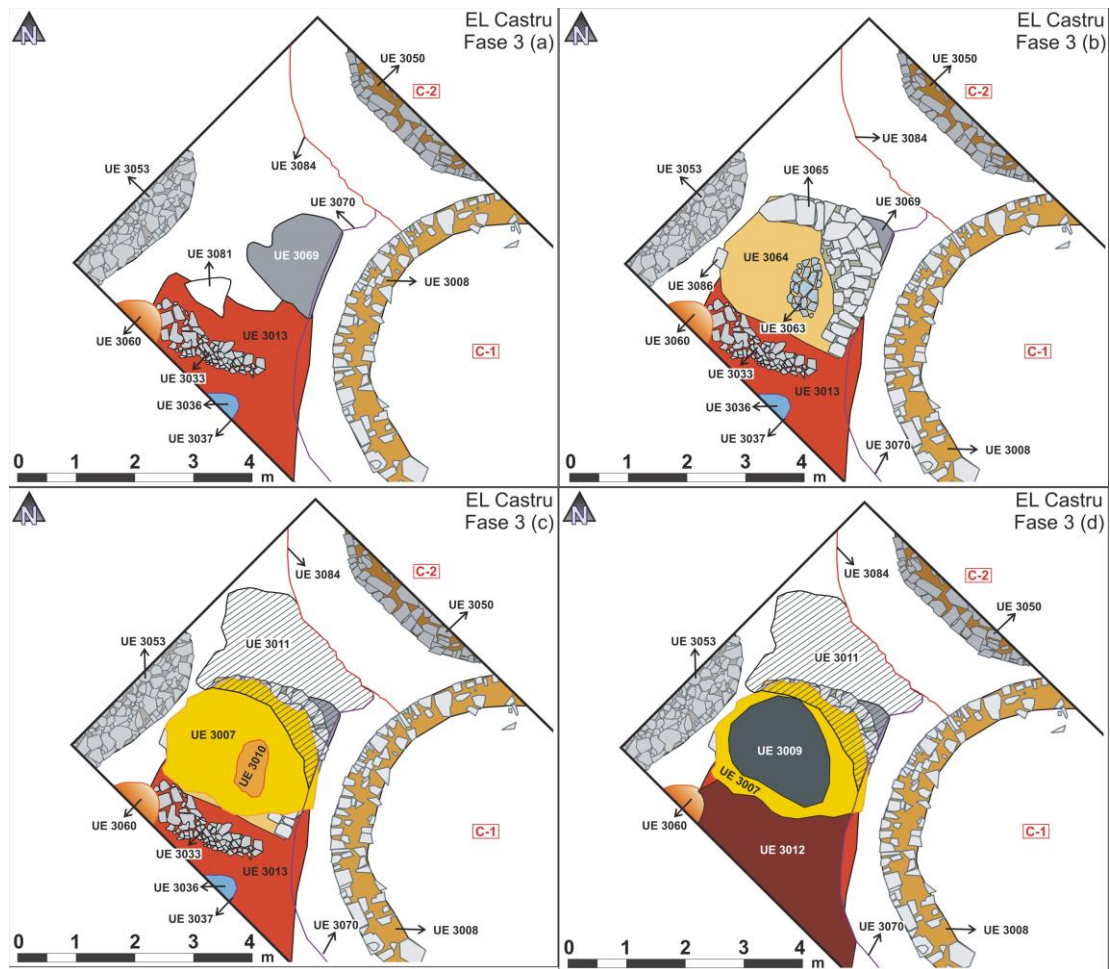




**Fig.9.32:** Vista cenital de la cubeta metalúrgica Cu-1 definida por la UE constructiva de arcillas amarillas UE 3007. Se aprecia la concavidad principal para la reducción de cobre a la derecha del jalón y el anillo pétreo UE 3065 que sostendría la estructura por el arco septentrional sobre la pendiente dominante del terreno. En primer término, se ve el enchado de piedras UE 3033 sobre el suelo de arcillas enrojecidas UE 3013. A la izquierda de la imagen aparece la muralla UE 3053 [Foto: CMS].

afecciones severas a los elementos aquí descritos, fundamentalmente debidas a la apertura de zanjas de cimentación que cortarían los niveles metalúrgicos. Por ello, muchos materiales directamente relacionados con las actividades de esta fase – como gotitas de fundición, escorias, fragmentos de crisoles, etc.– fueron removidos e incorporados a los procesos de estratificación de momentos posteriores.

Descubierta parcialmente en la campaña de 2012 y reconocida en toda su extensión durante la intervención de 2013, la cubeta metalúrgica Cu-1 domina la fase 3 pegada al interior de la muralla UE 3053 en la esquina Oeste del área de excavación (**Fig.9.31**). Se trata de una estructura de combustión para la reducción de mineral de cobre y/o la fundición de chatarra de bronce, construida con una arcilla amarilla con apariencia plástica muy endurecida denominada UE 3007. Este estrato está compuesto por arcillas a las que se habrían incorporado pequeños cantos y gravas, unos pocos huesos, así como algunas piedras angulosas de pequeño tamaño. Probablemente, la inclusión de estos elementos conferiría a la estructura metalúrgica una mayor consistencia, integridad y resistencia al calor. La unidad constructiva UE 3007 ofrece un nivel de preservación relativamente bueno, conservando las dimensiones de la estructura de planta ovalada, y una mínima parte de su cubeta interior (**Fig.9.32**). No obstante, la estructura Cu-1 se habría visto afectada por la apertura de la zanja de cimentación UE 3070 para la cabaña C-1. Del mismo modo, el uso de este espacio del poblado durante las fases 4 y 5 habría terminado por modificar este



**Fig.9.33:** Planimetrías correspondientes a los sucesivos horizontes constructivos (a-c) y de uso (d) del espacio de actividades metalúrgicas que caracteriza a la Fase 3 del área de excavación, con la estructura Cu-1 definida por las arcillas UE 3007 como elemento protagonista (c).

espacio de trabajo metalúrgico. Asimismo, la estructura Cu-1 se localiza en el punto donde la pendiente natural del terreno buza de manera pronunciada hacia el Noreste. Por ello, la cubeta ha sufrido también los movimientos de ladera que referíamos al describir la cabaña C-2 y su relación con la plataforma UE 3049. De esta forma, la cubeta Cu-1, que en origen se apoyaba en el segmento de muralla reconocido en la esquina Oeste de la cata, se habría separado ligeramente de aquella en algún momento posterior a la amortización del taller metalúrgico. Del mismo modo, la mitad nororiental de esta estructura aparece rehundida, acompañando el buzamiento general de los estratos superpuestos UEs 3011, 3026, 3020 y 3041 (**Fig.9.33**).

El interior de la estructura Cu-1 conservó parte de la concavidad original de la cubeta metalúrgica. En ella se reconoció el relleno UE 3009 relacionable con la amortización del horno una vez éste dejó de funcionar, nivel en el que se obtuvo una datación (DSH5058) entre los siglos IV-II cal a.C. que marca una fecha *ante quem* para el funcionamiento de la cubeta. Se trata de un estrato arcilloso con presencia de carbones y residuos de los procesos metalúrgicos desarrollados en la cubeta Cu-1. Además es probable se depositasen en ella restos diversos de basura tras el aban-

dono del área metalúrgica. Entre los materiales recuperados en este nivel, sobresalen los elementos relacionados con las actividades metalúrgicas, así como materiales de procedencia doméstica: fragmentos de crisoles, unas pocas escorias, decenas de gotitas de fundición, piezas de bronce, restos de fauna y algunos fragmentos cerámicos con una filiación crono-tipológica asimilable a la Segunda Edad del Hierro (MARÍN SUÁREZ 2012).

Al exterior de la estructura Cu-1 se generó una importante colada de desechos derivados de las actividades metalúrgicas que cae desde la cubeta hacia el Norte-Noreste, siguiendo la pendiente de la ladera. Este nivel UE 3011 es un gran paquete que constituiría un basurero al Norte/Noreste de la estructura metalúrgica Cu-1 con una potencia creciente, desde unos pocos centímetros en el borde de la cubeta, hasta 50 cm en la parte más septentrional de su extensión, sobre el acusado cambio de pendiente que existiría en esta área. Una de las principales características de este estrato es la gran abundancia de carbones. Aparecen también grandes piedras, buzando en diferentes direcciones sin que parezcan estar colocadas, aunque predominan las que siguen el buzamiento general hacia el Noreste. Algunos de estos bloques –los que aparecen en las cotas más altas del nivel– podrían formar parte de los niveles de derrumbe UEs 3020 y 3026 de la fase 5, que se habrían clavado en el nivel subyacente. Otros habrían sido aportados durante la formación de este basurero, en el que además de materiales originados por las actividades metalúrgicas también son evidentes los desechos domésticos provenientes de las áreas del poblado habitadas de forma sincrónica al funcionamiento de este taller metalúrgico. Algunas piedras, que muestran en ocasiones un mínimo orden en su disposición, podrían haber sido colocadas para asentar y asegurar la pendiente del basurero que se apoyaría en la cubeta Cu-1. La excavación de la UE 3011 ofreció una alta densidad de materiales arqueológicos, con restos óseos de fauna, fragmentos cerámicos, elementos metálicos, escorias y crisoles. La homogeneidad de su matriz ennegrecida, con abundante presencia de carbones, imposibilitó la distinción de subniveles. No obstante, es probable que estos existiesen, como consecuencia de sucesivas coladas formadas por las limpiezas de la cubeta metalúrgica y los vertidos de basura doméstica. El emplazamiento elegido para instalar la estructura Cu-1 se corresponde con un lugar marginal dentro del poblado, pegado a la cara interna de la muralla. Esta ubicación es análoga a otros espacios metalúrgicos reconocidos para la Edad del Hierro del Occidente Cantábrico (FANJUL PERAZA *et al.* 2009; FANJUL PERAZA y MARÍN SUÁREZ 2006; JORDÁ PARDO *et al.* 2011; MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 91-97; MAYA GONZÁLEZ *et al.* 1993; VILLA VALDÉS 2004).

La estructura Cu-1 se instalaría en un espacio en el que ya existían niveles y estructuras previas, y en el que además daba inicio el arranque de la pendiente que cae hacia el Noreste. Por ello, fue necesario para los habitantes del poblado invertir cierto esfuerzo en el acondicionamiento y nivelación de esta área. Así, la cubeta descansa sobre una serie de estratos de relleno y unidades constructivas. En primer lugar, sobre las UEs infrayacentes 3013 y 3069 se colocó un arco de grandes bloques





**Fig.9.34:** Vistas desde el Noreste de la estructura metalúrgica Cu-1 en las que se aprecian los esfuerzos constructivos para elevar y nivelar esta cubeta metalúrgica definida por la arcilla amarilla UE 3007. Con tal objetivo, se instala el arco de piedras UE 3065 hacia el límite nororiental de la estructura, conforme se aporta el relleno terroso UE 3064. Izquierda: Vista de la Cu-1 tras retirar la UE 3011 en la que se distingue la arcilla UE 3007 cubriendo los bloques UE 3065. Derecha: Tras retirar la UE 3007 en la mitad de la estructura, se observa la disposición del cinturón de bloques UE 3065, el relleno UE 3064, así como la “parrilla” de lajas planas UE 3063 en el centro de la cubeta.



**Fig.9.35:** En el espacio central de la cubeta metalúrgica Cu-1 y bajo la arcilla UE 3007, se documenta la existencia de una plataforma de piedras planas o “parrilla” con la probable función de potenciar la temperatura del horno en este espacio. Izquierda: Vista de la mitad meridional de la UE 3063; al fondo se distingue el nivel rojizo UE 3013 así como la UE 3033 [Foto: SLM]. Derecha: Vista de la mitad septentrional de la UE 3063 en la que se observa perfectamente la rubefacción que sufrió la arcilla suprayacente que individualizamos por este motivo como UE 3010.

de piedra compuesto por las UEs 3065 y 3086. Estos bloques se instalan en la parte baja de la pendiente –en el espacio que necesariamente se ha de elevar– y funcionan como elementos de contención para los rellenos que se arrojan en su interior (**Fig.9.34**). La colocación de estos mampuestos de gran tamaño y de aspecto tosco puede parecer poco cuidada, pero cumplen perfectamente la función de sustentar la base de la cubeta metalúrgica. Los bloques se irían asentando al mismo tiempo que se aportarían materiales de relleno a su interior y se disponen hasta en dos líneas superpuestas, la inferior más exterior, la superior más cerrada.

El interior del anillo pétreo definido por las UEs 3065 y 3086 aloja dos paquetes de relleno que contribuirían a elevar la estructura Cu-1 hasta la cota final de la cubeta: las UEs 3081 y 3064. En su parte más baja, la UE 3081 se extiende de manera más restringida con una planta subcircular y una amplitud máxima de 50x40 cm. Por su parte, la UE 3064 es un potente relleno de tierras marrones sueltas y tacto grasiento con muchos carbones que se irían vertiendo en paralelo a la instalación del anillo pétreo UE 3065. En su excavación se recuperaron gran cantidad de restos

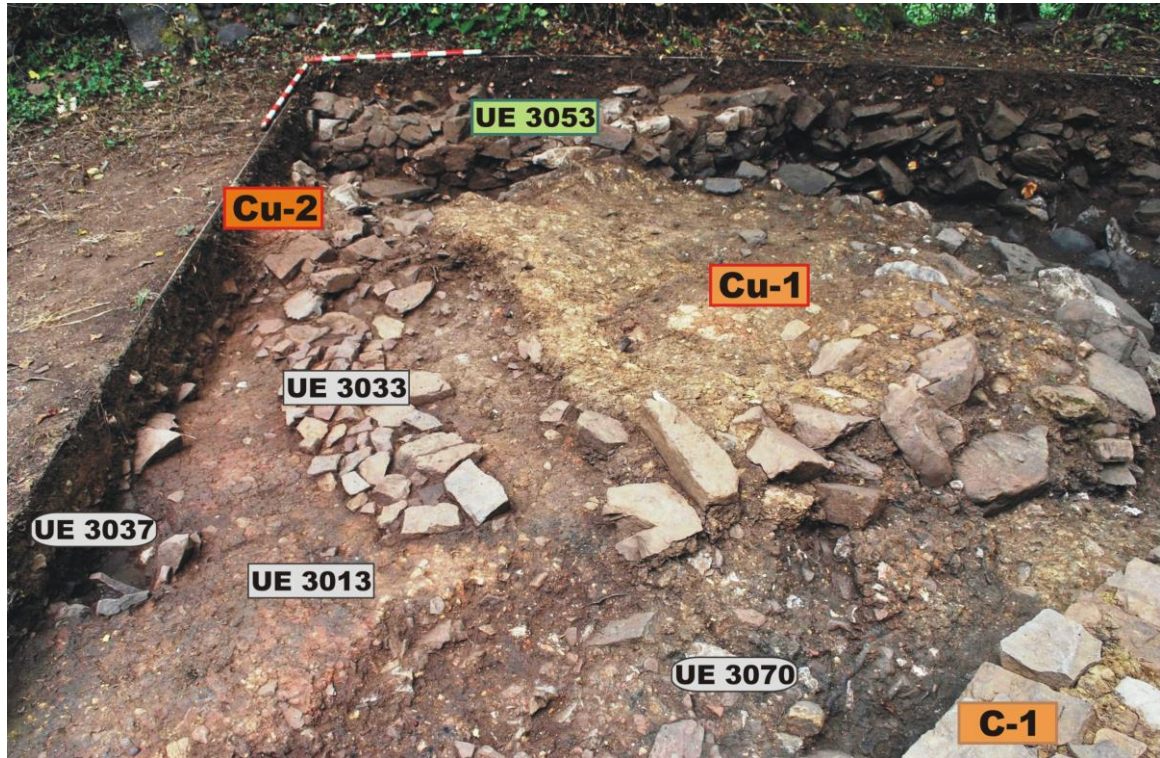


**Fig.9.36:** Vista desde el Noreste de la UE 3060 de arcilla de la segunda estructura metalúrgica -Cu-2- que asoma en el perfil Suroeste del área de excavación, asentada sobre un lecho de piedras del que arranca la UE 3033.

óseos de fauna, así como piezas de bronce, entre las que destacan una cabeza de fíbula de torrecilla y un pequeño lingotillo, aunque no aparecían gotitas de fundición, tan abundantes en otros estratos como la UE 3011. Por ello, podría determinarse su origen en aportes de residuos domésticos sin una clara presencia de materiales relacionados con la actividad metalúrgica. La datación de un hueso (Fi2985) recuperado en este estrato ofrece una datación *post quem* para el funcionamiento de la estructura metalúrgica Cu-1 en la Segunda Edad del Hierro. Directamente sobre el techo de esta unidad se disponía la arcilla UE 3007 que generaba el fondo y las paredes de la cubeta metalúrgica Cu-1, así como la unidad UE 3063 en el centro de la cubeta.

La UE 3063 está compuesta por lajas planas de pocos centímetros de espesor dispuestas en la concavidad central de la estructura Cu-1 formando un disco ovalado de aproximadamente 1 m en su eje mayor SO-NE y 0,60 m en su eje menor (**Fig.9.35**). Inmediatamente sobre esta plataforma de piedras o «parrilla», cuyo techo es constante con el de la UE 3064, se asienta la UE 3007 de arcillas amarillas. El espacio sobre estas lajas UE 3063 sería el ámbito central en las labores metalúrgicas y sobre ellas se alcanzarían las temperaturas más altas de la cubeta. Por ello, la arcilla de la UE 3007 que cubre directamente las piedras de la UE 3063 aparece marcadamente rubefactada, hasta adquirir una coloración anaranjada muy viva que llevó a individualizar este sector de las arcillas constructivas de la Cu-1 como la UE 3010, coincidente en su extensión con la superficie de la UE 3063. El estrato UE 3010 presenta una gran dureza y una alta compactación, con una textura que se aproxima a la





**Fig.9.37:** Vista desde el Sureste de la esquina Oeste del área de excavación durante la campaña de 2013, con referencias a diferentes unidades presentes en esta zona.



**Fig.9.38:** Izquierda: Vista desde el Sureste de la esquina Oeste del área de excavación durante la campaña de 2012. Se observa en primer plano la zanja de cimentación UE 3070 de la cabaña C-1 rellena por la UE 3015 (en proceso de excavación) y el nivel UE 3013 destaca por el vivo color rojo de su superficie rubefactada, sobre la que se dispone la UE 3033. Derecha: Vista desde el Sureste de la esquina Oeste del área de excavación durante la campaña de 2013, tras desmontar completamente la estructura metalúrgica Cu-1. La UE 3013 inicia un descenso acusado buzando al Noreste, sobre la UE 3069 infrayacente [Foto: SLM].

cerámica. La sección de la cubeta permite reconocer la disposición constructiva de la estructura Cu-1 con un perfil alentejado de la UE 3010.

Por su parte, la estructura Cu-2 aparece en la misma zona que la primera cubeta, aunque en el área de excavación sólo asoman unos centímetros de la unidad constructiva UE 3060 que la definiría en planta desde el perfil Suroeste de la cata, con unas características similares a la UE 3007 (**Fig.9.36**). Este estrato se dispone sobre la UE 3013, con lo que es probable que su funcionamiento fuese sincrónico y muy próximo al de la cubeta Cu-1.





**Fig.9.39:** Izquierda: Vista desde el Noroeste de la UE 3033 durante la campaña de 2012. Derecha: Vista desde el Suroeste de la UE 3033 durante la campaña de 2013, en pleno proceso de excavación de la estructura Cu-1, en la que se ve en planta el relleno terroso UE 3064 y la “parrilla” UE 3063. En primer plano, pegada al perfil, se observa la UE 3060 montando sobre la UE 3033 [Foto: SLM].



**Fig.9.40:** Vista desde el Sureste de la UE 3012 en planta durante la campaña de 2012. Se distinguen los abundantes carbones presentes en este nivel de uso del área metalúrgica formado sobre el nivel UE 3013, cuyo vivo color rojo por las alteraciones producidas por las altas temperaturas comienza a distinguirse, así como la UE 3033. En primer plano se observa bien el relleno UE 3015 de la zanja UE 3070 relacionada con la construcción de la cabaña C-1.

Las dos estructuras metalúrgicas reconocidas para esta fase –las cubetas Cu-1 y Cu-2– se instalan en la esquina Oeste de la cata (**Fig.9.37**) sobre el nivel homogéneo UE 3013. Éste es un nivel de arcilla endurecida de color marrón oscuro que en su superficie presenta grandes manchas rojizas generadas por la rubefacción (**Fig.9.38**). Tales alteraciones insisten en el protagonismo de las actividades metalúrgicas en esta fase de la secuencia de El Castre. Este estrato generaría la superficie sobre la cual se realizaría el tránsito durante el funcionamiento de las cubetas meta-





**Fig.9.41:** Izquierda: Vista del hoyo definido por la UE negativa 3037 con el relleno UE 3036 en planta desde el Noreste, tras ser retirado el nivel UE 3012 que lo cubría. Derecha: Vista del corte UE 3037 que formaría el posible hoyo de poste documentado en el perfil Sureste del área de excavación, cortando la UE 3013. Se observan algunas pequeñas lascas que delimitaban la interfaz del hoyo, quizá como calzos para el poste hincado en este lugar.



**Fig.9.42:** Fotografía de trabajo con la UE 3069 en planta al término de la excavación del relleno UE 3064. Alguno de los bloques en primer plano aún pertenecerían al anillo de piedras UE 3065 que delimitaba la estructura Cu-1. A la derecha del jalón, se observa en planta la UE 3066 de coloración más oscura que aún no había sido delimitada.

lúrgicas Cu-1 y Cu-2 en este espacio pegado a la cara interna de la muralla del poblado. Sobre ella, se instalarían estructuras como la UE 3033, que acondiciona un sector de este espacio para el tránsito, y se formaría un nivel de uso UE 3012.

La UE 3033 (**Fig.9.39**) está compuesta por un conjunto de piedras calizas de pequeño/mediano tamaño (5-20 cm) y se extiende durante 2 m por una franja de anchura más o menos constante que discurre con dirección Oeste-Este en paralelo al límite exterior de la cubeta Cu-1. Esta unidad parece formar un pavimento, aunque también podría ser la parte basal de un murete arrasado –contra esta hipótesis, las piedras que conforman esta estructura presentan una entidad mínima–. La UE 3033 aparece embutida en el nivel subyacente UE 3013.

El estrato UE 3012 sería un nivel de uso relacionado con los trabajos desarrollados en torno a estas cubetas metalúrgicas que aparece sobre las UEs 3013 y 3033.





**Fig.9.43:** Fotografía de trabajo durante el proceso de excavación de la UE 3054, que va dejando visto el techo de los estratos que componen la fase 1 [Foto: SLM].

Es un nivel de matriz arcillosa con pellas de arcilla rubefactada, aunque es menos plástico que el nivel inferior UE 3013 (**Fig.9.40**). Constituiría un estrato formado por el tránsito y el uso del espacio metalúrgico en el que se ubica. Como consecuencia de ello, durante su excavación se documentó una gran cantidad de carbones y materiales relacionables con las actividades metalúrgicas, siendo abundantes las gotitas de fundición. También se recogieron restos óseos de fauna y algunos fragmentos de cerámica. Tras excavar el estrato UE 3012, también se reconoció un hoyo excavado en el nivel UE 3013, cuya unidad negativa UE 3037 ofrece una planta tendente a circular en el perfil Suroeste de la cata. Su relleno UE 3036 tiene una matriz terrosa de coloración grisácea junto a carbones y algunas piedras que parecían estar clavadas en los bordes del hoyo, marcando la pared del corte (**Fig.9.41**). Por ello, podría ser un hoyo destinado a la sujeción de algún poste relacionado con estructuras lógicas vinculadas al área de actividad metalúrgica.

Finalmente, la UE 3069 es un estrato terroso de color marrón que se extiende bajo la cubeta metalúrgica Cu-1 con pellas arcillosas amarillentas y calizas informes de pequeño y mediano tamaño (**Fig.9.42**). Algunas de estas piedras calizas aparecen mínimamente descompuestas en granos, rasgo que individualiza fácilmente este estrato respecto a las unidades con las que contacta. En el transcurso de su excavación recuperamos abundantes restos de fauna, algún material de hierro y elementos de bronce. Nos encontraríamos ante una posible capa de preparado para construir el espacio metalúrgico de la Cu-1, antes de la instalación de los bloques UE 3065 y el relleno masivo UE 3064. Del mismo modo, podría ser un nivel de amortización/abandono de las estructuras pertenecientes a la fase 2.

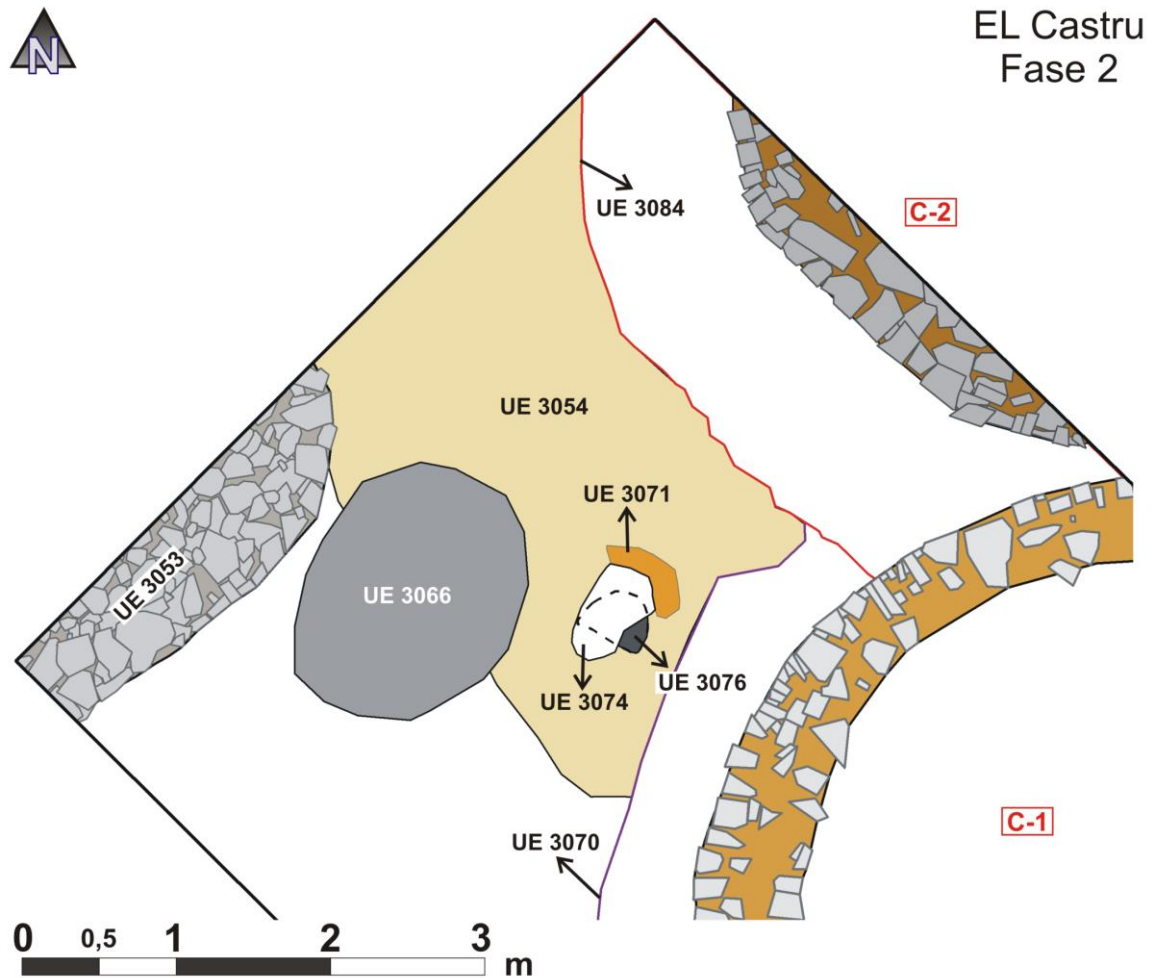


Fig.9.44: Plano de la Fase 2 con la cubeta Cu-3 y la UE 3066, ambas estructuras sobre el nivel UE 3054.

### + Fase 2

Bajo los estratos que componen la fase 3 fueron reconocidos una serie de niveles que han sido agrupados en esta fase 2. Se trata de estructuras relacionables con actividades artesanales, aunque no se ha podido determinar el tipo de trabajos desarrollados. Es posible que estos niveles estén datados en un momento muy cercano a las actividades desarrolladas en los niveles superiores de la fase 3. Esta fase sería en tal caso inmediatamente anterior a la construcción de la estructura Cu-1.

La base de esta fase está constituida por la UE 3054, localizada en la esquina Norte de la cata, al exterior de las cabañas C-1 y C-2 (**Fig.9.43**). Su extensión reborda el área que posteriormente será ocupada por la estructura Cu-1 (*vid supra*, fase 3) y se apoya en la muralla UE 3053. La UE 3054 es un depósito heterogéneo compuesto por tierra suelta con algunas zonas más endurecidas y de textura arcillosa, así como áreas ennegrecidas debido a la existencia de concentraciones de carbones –algunas de ellas derivadas de percolaciones o intrusiones procedentes de la UE 3011–, mientras que algunas manchas de mayor entidad podrían ser troncos quemados. También es constante la abundancia de restos óseos de fauna, así como la ausencia de materiales bronceos. Este estrato fue afectado en un momento posterior a su deposición por la apertura de las zanjas de cimentación de las cabañas C-1 y





**Fig.9.45:** Secuencia constructiva de la estructura Cu-3 de la fase 2, caracterizada por el relleno blanquecino de composición caliza UE 3074 (1), bajo el cual se documentó un pequeño relleno ennegrecido con carbones UE 3076 (2). La arcilla anaranjada UE 3071 creaba la concavidad de la estructura Cu-3 (3), dentro de la cual se disponían los anteriores rellenos. Finalmente, la cubeta tomaba como base una serie de piedras (4) sobre el nivel infrayacente UE 3054.

C-2 –UEs 3070 y 3084, respectivamente– (*vid supra*, fase 4). En dicha fase constructiva, una parte marginal de su extensión fue cubierta por la plataforma UE 3049 y por los niveles dispuestos sobre dicha estructura.

Sobre la UE 3054 fue identificada una estructura tipo cubeta –Cu-3 en adelante– formada por los estratos UEs 3071, 3076 y 3074 (**Fig.9.44**). La UE 3071 es un círculo de arcilla compactada construido sobre una agrupación de piedras de pequeño/mediano tamaño colocadas sin demasiado cuidado (**Fig.9.45**). Estas piedras habrían sido seleccionadas sin ningún criterio específico de entre las que afloraban en la infrayacente UE 3054 y se utilizarían para consolidar la forma de la estructura definida por la arcilla UE 3071. Esta unidad da forma a una pequeña cubeta en cuyo interior fueron documentados dos rellenos diferentes. En el fondo de la concavidad se individualizó la UE 3076, como un relleno de coloración oscura con abundantes carbones. A la vista del tipo de estructura y de su apariencia, es posible considerar que este nivel UE 3076 fuese el resultado de procesos de combustión desarrollados en el interior de la cubeta Cu-3. Por su parte, la UE 3074 es el relleno superior de la cubeta, compuesto por un sedimento blanco de textura granulada que, en apariencia, y a la espera de futuros análisis de su composición, posiblemente sea un subproducto derivado de la calcificación parcial de calizas sometidas a altas temperaturas. Posteriormente, la cubeta Cu-3 habría sufrido alteraciones, ya que sobre ella descansaba directamente el anillo de bloques UE 3065 que delimitaba la extensión máxima de





**Fig.9.46:** Vista desde el Noreste de la UE 3066 en planta, definida tras retirar los rellenos UEs 3064 y 3081 que elevaban la estructura Cu-1. Este nivel de coloración negra contenía abundantes carbones y restos óseos de fauna y se asentaba directamente sobre la UE 3054 con una extensión ovalada, resultado quizá de alguna estructura de combustión prácticamente arrasada hasta su base [Foto: SLM].

los rellenos que elevarían la gran cubeta metalúrgica Cu-1. Por ello, la estructura aparece parcialmente destruida.

La función de la pequeña cubeta Cu-3 resulta incierta. Un aspecto a considerar en su interpretación es la inexistencia o muy baja frecuencia de aparición de materiales metálicos en los estratos de esta fase 2, lo que contrasta radicalmente con niveles relacionados con la Cu-1. A la vista de las evidencias disponibles, se advierte el desarrollo de actividades que conllevaron la presencia de calor, y que probablemente no implicaron la reducción de minerales o la fusión de metales. Tales actividades llegaron a calcificar en su interior piedras calizas de manera parcial, material abundante en la UE 3069 que amortiza esta fase y da paso a la fase 3 de la secuencia.

Además de esta pequeña cubeta, la fase 2 incluye la presencia de la UE 3066: un nivel de tierra suelta y color negro con abundantes carbones que se extiende bajo la cubeta metalúrgica Cu-1 (**Fig.9.46**). Este estrato describe una planta ovalada sobre la UE 3054 con una sección aplanada, siendo posible que constituya el fondo de una cubeta amortizada o arrasada de la que sólo se conservaría una delgada capa sobre la UE 3054. Con los datos disponibles no es posible determinar su función con claridad, aunque es posible pensar en los restos de una estructura de combustión arrasada. En su excavación se recuperaron abundantes huesos de fauna, y de nuevo estuvieron ausentes los materiales relacionables con actividades metalúrgicas. La datación de un elemento óseo recuperado en su relleno ofrece una fecha (Fi2952) que, al ser calibrada, nos muestra una horquilla amplísima en relación con la deno-





**Fig.9.47:** Izquierda: Fotografía de trabajo durante la definición de la UE 3091 en planta. Derecha: Vista desde el Noroeste de la UE 3091 conforme se iba retirando la UE 3054 [Fotos: SLM].



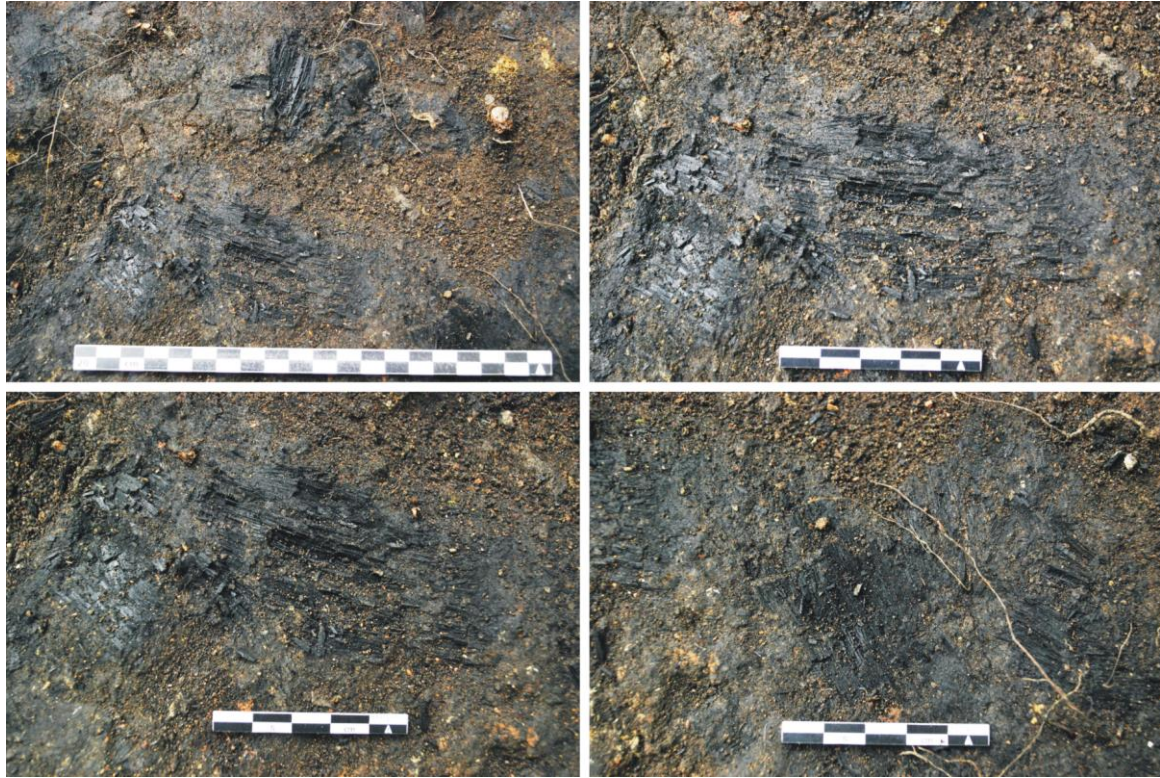
**Fig.9.48:** Vista desde el Noreste de la UE 3098 en planta, sobre el suelo de C-3. Se observa perfectamente cómo la cabaña aparece cortada por las zanjas posteriores UEs 3070 y 3084 de C-1 y C-2, respectivamente [Foto: SLM].

minada meseta de la Edad del Hierro en la curva de calibración, que se extiende entre los siglos VIII y III cal. a.C., aunque el mayor porcentaje de probabilidad a dos sigmas se concentra en el segmento VIII-IV cal a.C.

#### + Fase 1

Esta fase se corresponde con la más antigua detectada hasta el momento en El Castre. Se compone de un conjunto de evidencias relacionadas con una construc-





**Fig.9.49:** Fotos en detalle de fragmentos de madera carbonizada, con las fibras de las piezas líneas perfectamente visibles, en la concentración individualizada como UE 3099 [Fotos: SLM].

ción erigida con posterioridad al levantamiento de la muralla UE 3053. Esta cabaña, que emplea materiales perecederos en su construcción, ha sido denominada C-3.

Tras excavar el nivel UE 3054 en la esquina Norte del área de excavación, se reconoció en planta un nivel de tierra suelta con una gran presencia de carbones y restos de madera quemada que fue individualizado como UE 3097. La superficie excavada presenta una forma subcircular, circunscrita al arco noroccidental de la cabaña C-3 y apoyándose en la muralla. Su extensión reducida arranca del perfil de trabajo que se mantuvo como avance máximo de la excavación hacia el Suroeste de los estratos correspondientes a la fase 1. Este perfil serviría de testigo para relacionar la estratigrafía de este sector con respecto a la muralla, a la vez que delimitaba el área de trabajo para profundizar la excavación e intentar agotar la potencia estratigráfica existente en este sector.

Cubierto por el estrato UE 3097, y de manera generalizada por la UE 3054 de la fase previa, aparece un nivel extenso de tierra suelta y matriz muy negra, con abundantes carbones y piedras planas de tamaño medio, algunas de las cuales aparecen quemadas. Este estrato UE 3091 constituiría un posible derrumbe de la cubierta vegetal de la construcción C-3 (**Fig.9.47**). La marcada horizontalidad que ofrecen la mayoría de las lajas de este nivel, y el hecho de que se dispongan siguiendo un arco cuyo límite coincide con el borde exterior hacia el Norte/Noreste del suelo subyacente de la cabaña C-3 serían los argumentos para proponer tal hipótesis. Las citadas lajas podrían haberse situado en origen sobre la techumbre de la cabaña

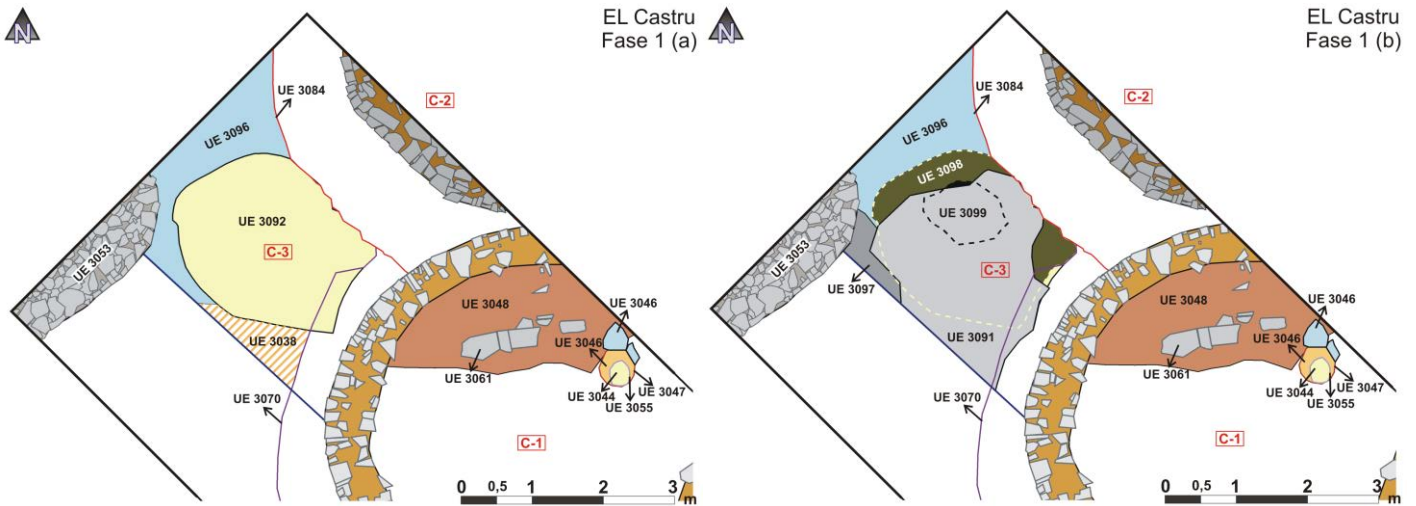




**Fig.9.50:** Vista del suelo UE 3092 de la cabaña C-3 desde el Noreste. Se distinguen los límites de la cabaña y las UEs subyacentes, UE 3096 a la derecha de la imagen, y arcillas naturales UE 3038 en la esquina superior de la imagen. El suelo aparece cortado en la izquierda de la imagen por la zanja de cimentación UE 3070 de C-1, así como por la zanja UE 3084 de C-2 en primer plano [Foto: SLM].

con el objetivo de mantener en su sitio los componentes de la cubierta vegetal (brezo, paja, etc.).

Bajo el nivel UE 3091, se distingue un nuevo estrato UE 3098, compuesto por carbones y tierra suelta muy ennegrecida (**Fig.9.48**). Esta unidad aparece directamente depositada sobre el suelo UE 3092 de la C-3, coincidiendo ambos en su extensión. La matriz de la UE 3098 muestra un espesor reducido de 3-5 cm, mientras que en algunas zonas apenas llega a 1 cm. Además de la mayoritaria presencia de carbones y madera quemada, en esta unidad también se recogen algunos huesos de animales. El estrato UE 3098 sería asimilable, por lo tanto, con el último nivel de ocupación depositado sobre el suelo infrayacente de la construcción C-3, sobre el cual caería el material constructivo de las paredes y la cubierta de la cabaña en su derrumbe, probablemente debido a un incendio. Como consecuencia de la gran concentración de carbones y de la presencia de grandes fragmentos de madera en los que se reconocían perfectamente las fibras vegetales, se asignó una UE 3099 de extensión limitada con forma ovalada (**Fig.9.49**), que equivaldría a la UE 3098 general. Sería ésta una concentración puntual de vigas y maderas de la techumbre derrumbadas sobre la cabaña, que se habrían vencido hacia este punto según las circunstancias del colapso. Este subnivel se localiza en el extremo Norte de C-3, directamente sobre el suelo UE 3092.



**Fig.9.51:** Planimetría de la Fase 1 del área de excavación, con los estratos relacionados con la cabaña C-3 (a) y sus posteriores derrumbes y niveles de amortización (b). Bajo la cabaña C-1 de la Fase 4 de la secuencia, se detectaron varias estructuras que, por sus características y su topografía, podrían estar vinculadas a la cabaña C-3 (a).

La UE 3092 se corresponde con el suelo interior de la cabaña C-3. Se trata de un nivel de arcilla compacta de coloración amarilla muy clara, en cuya superficie existen manchas de carbones procedentes de las UEs 3091 y 3099 (**Fig.9.50**). En toda su extensión, este suelo muestra una constante horizontalidad, consecuencia seguro de su cuidadosa confección y mantenimiento. Sus límites quedan definidos por una interrupción constante y regular de su extensión, lo que sin duda se corresponde con el negativo o el arranque de una pared no conservada levantada con materiales perecederos sobre la cual se apoyaba el suelo UE 3092. Un hueso depositado en este estrato ha sido datado (Fi2984) ofreciendo una fecha de amplia extensión entre los siglos VIII y III cal a.C. debido a la planicie en la curva de calibración, aunque la mayor proporción de su segmento de probabilidad se concentra entre los siglos VI-IV cal a.C., coincidiendo con la Fase Ic del fenómeno castreño en el Occidente Cantábrico. La extensión reconocida para esta cabaña permite determinar una planta rectangular con extremos redondeados. Las dimensiones conservadas son de 2,20 m de anchura y 2,75 m de longitud máxima, pues la extensión de esta construcción se vería afectada por la apertura de las zanjas de cimentación de las cabañas C-1 y C-2 durante la fase 4. La cabecera occidental de la construcción se sitúa al pie de la muralla UE 3053, en el punto donde ésta interrumpe su trazado y el lienzo murario se retrae hacia el perfil Noroeste de la cata. En esta área de máxima proximidad, cabe reseñar que no llega a haber contacto físico entre el estrato UE 3092 y la muralla (**Fig.9.51**).

Bajo el suelo interior de la cabaña C-3 se reconoció un nivel subyacente que se apoya en la muralla. Es la UE 3096, un nivel de tierra marrón anaranjada pegada al extremo curvado de la muralla y que sólo se pudo reconocer parcialmente en el estrecho espacio libre entre el perfil Noroeste de la cata y la cabaña C-3, así como bajo ésta, en un pequeño cuadro de 1 m x 1,4 m que fue delimitado a modo de sondeo (**Fig.9.52**). Con dicho sondeo se pretendía valorar las relaciones estratigráficas existentes entre la cabaña C-3 y la muralla. Agotada la UE 3096 en el sondeo, se





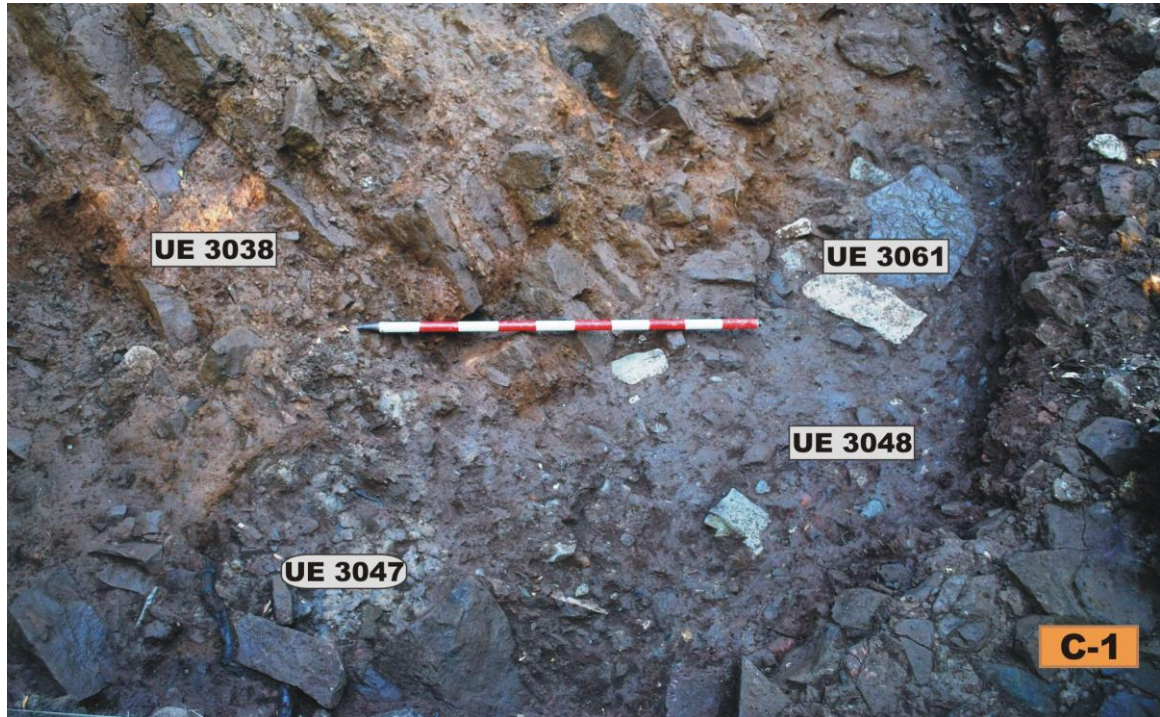
**Fig.9.52:** Izquierda: Fotografía de trabajo de detalle con restos óseos de suido durante la excavación de la UE 3096. Derecha: Vista desde el Noreste de la UE 3096 durante la realización del sondeo en la confluencia de C-3 y la muralla, tras retirar el suelo UE 3092.



**Fig.9.53:** Vista desde el Sureste del sondeo realizado en la confluencia de C-3 y la muralla en la que se observa la UE 3102 que no llegamos a excavar y que se extendía bajo la UE 3096.

comprobó que esta cabaña y la UE 3096 infrayacente son ambas posteriores a la muralla. En su excavación se recuperó una gran cantidad de fauna, particularmente reseñable al considerar la escasa extensión intervenida de este estrato. Este nivel actuaría así de relleno de acondicionamiento para asentar el suelo de la cabaña C-3. Por lo tanto, la construcción descansaría sobre el nivel de la roca madre que, con una acusada pendiente, cae hacia el Noreste en este sector de la cata, así como sobre el nivel de arcillas naturales UE 3038 que se identifica puntualmente al Sur de C-3. En aquellos sectores donde el nivel de roca madre desciende ligeramente, tal y como sucede en el extremo occidental de la cabaña, el suelo UE 3092 cubre el estrato UE 3096 que funcionaría como nivel de preparación para disponer el suelo de C-3. Finalmente, bajo la UE 3096 se identificó la unidad UE 3102 caracterizada por su colo-





**Fig.9.54:** Vista desde el Noreste del interior de C-1 tras retirar los rellenos UEs 3014 y 3032 con las unidades relacionadas con esta fase 1 señaladas.

ración grisácea y una textura terrosa de mayor dureza respecto al nivel anterior (**Fig.9.53**). Este estrato se correspondería con el nivel más antiguo documentado bajo la construcción C-3, del que desconocemos lamentablemente su naturaleza al no haber sido excavado. Las relaciones intuitivas a la vista del estrato en planta implicarían su posterioridad respecto a la muralla UE 3053.

Además de los niveles constructivos localizados al exterior de la cabaña C-1 en la esquina Norte de la cata, también se localizaron ciertas estructuras asimilables a la fase 1 en el interior de la cabaña C-1, bajo los rellenos UEs 3014 y 3032 de la fase 4 (**Fig.9.54**). Así, tras retirar estos rellenos se observó la existencia de un ligero rebaje en la roca madre, a partir del cual se definía un posible nivel de suelo UE 3048. Igualmente, se identificó un murete UE 3061 de grandes bloques careados paralelo a este rebaje. Por último, siguiendo *grosso modo* la misma línea se identificó un gran hoyo de poste relacionable con algún tipo de construcción de cierto porte. Todas estas estructuras podían vincularse de algún modo con construcciones de las primeras fases de este asentamiento castreño. Se podría asumir su relación con la estructura constructiva C-3, pues estas estructuras mantienen una cota que se corresponde con el nivel de dicha cabaña. No obstante, existen ciertas dudas para establecer tal relación, pues los dos grupos de niveles están separados por el zócalo UE 3008 de la cabaña C-1 y aparecen cortados por su zanja de cimentación UE 3070.

El estrato UE 3048 constituye un nivel de ocupación que podría ser considerado un suelo similar o incluso equivalente al de la cabaña C-3, pues su cota superior coincide con la del estrato UE 3092 (**Fig.9.55**). No obstante, sus características no encuentran un paralelo claro en las unidades descritas para el área exterior de la





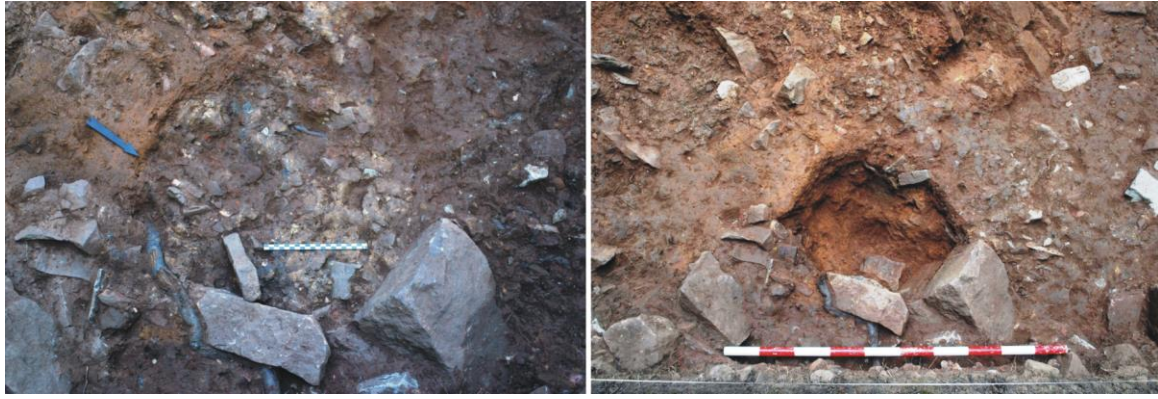
**Fig.9.55:** Vista desde el Sureste del interior de la cabaña C-1 tras retirar sus rellenos de nivelación, tras lo cual dejamos vista en planta la UE 3048 que se distingue bien en la parte superior derecha de la imagen como el nivel marrón más oscuro que destaca frente al anaranjado de las arcillas naturales UE 3038 que cubren la roca madre [Foto: CMS].



**Fig.9.56:** Vista desde el Oeste de los bloques UE 3061 paralelos al rebaje de la roca madre, con el nivel de relleno UE 3062 en el estrecho hueco existente entre la UE 3061 y el zócalo UE 3008 de C-1, en primer término [Foto: SLM].

esquina Norte, como el característico color amarillo de la arcilla UE 3092 o su consistencia. Tampoco son abundantes los materiales arqueológicos –limitados a unos pocos fragmentos de huesos de fauna–, ni se reconocen carbones o madera quemada sobre la UE 3048 asimilables con el nivel de desplome de la techumbre de C-3 reconocido sobre el suelo UE 3092. Por lo tanto, la relación entre las UEs 3048 y 3092 constituye una hipótesis probable por la topografía y la disposición de los estratos, aunque su validez se ve limitada por las evidencias contrarias ya mencionadas.





**Fig.9.57:** Izquierda: Vista en planta del hoyo UE 3047 con su relleno de arcilla amarillenta UE 3045 y los calzos UE 3046. A su vez, a la izquierda de la escala se observa el relleno más oscuro UE 3044 que rellena un segundo hoyo UE 3055. Derecha: Vista del hoyo una vez fueron excavados sus rellenos. Se observa la arcilla natural UE 3038 en la que está excavada esta estructura negativa, así como el crestón de roca madre, a la derecha del jalón [Foto: JRC].



**Fig.9.58:** Vista desde el Noreste en la que se relaciona el hoyo UE 3047 con el nivel de suelo UE 3048 y la estructura de bloques UE 3061 que aflora en la zona superior derecha de la imagen, distinguiéndose cómo el techo de estas dos últimas unidades es coincidente en cota [Foto: JRC].

Paralela a la mencionada entalladura en la roca madre aparece también la estructura de grandes bloques de piedra alineados UE 3061 que sigue la misma dirección Este-Oeste que el lado meridional de C-3 (**Fig.9.56**). Este trazado concuerda igualmente con la ubicación del gran hoyo de poste UE 3047. De funcionar conectado a aquella cabaña, y considerando que no identificamos ningún bloque constructivo relacionado con las paredes de C-3 vinculado al suelo UE 3092, debemos pensar en una función estructural determinada para estos grandes bloques.

Por último, el gran hoyo UE 3047 muestra una planta circular con un diámetro medio de 50/60 cm la parte más alta de su sección, con 30 cm de profundidad máxima que alcanza la roca madre (**Fig.9.57**). En su límite Noreste se distinguen varias piedras individualizadas como UE 3046 que actuarían como calzos para sujetar un poste de madera hincado en este hoyo. La UE 3045 constituye el relleno del hoyo UE 3047, que a su vez está cortado por un segundo hoyo UE 3055 más reduci-



**Fig.9.59:** Izquierda: Vista de la muralla en la esquina Oeste tras retirar la UE 3004. Derecha: Vista de la muralla en la esquina Oeste una vez fueron retirados los niveles UEs 3041 y 3009.

do -15/20 cm de diámetro- relleno por la UE 3044. Este grupo de estratos compondría un hoyo de poste con el porte suficiente para sostener una estructura de cierto tamaño. Considerando su alineación paralela, aunque ligeramente desviada, respecto al entalle que acoge el nivel de uso UE 3048 y al murete UE 3061, no sería descabellado plantear que este conjunto de evidencias formase parte de alguna construcción o nivel de ocupación perteneciente a la fase 1 (**Fig.9.58**), relación que se podría extender en relación con la cabaña C-3, pues también guarda alineación con la línea más exterior del suelo UE 3092 de dicha cabaña.

Finalmente, la secuencia estratigráfica reconocida en la parte alta de El Castru termina con la presentación de la muralla del poblado UE 3053, reconocida sólo parcialmente en la esquina Oeste del área de excavación. Este elemento defensivo sería la estructura más antigua reconocida hasta la fecha en la secuencia cronoestratigráfica de El Castru. Presenta un alzado compuesto por piedras de mediano y gran tamaño sólo levemente trabajadas. Muchos de estos bloques son largueros de grandes dimensiones colocados a hueso. El corazón de la estructura está compuesto por un relleno de cascajo y piedras de mediano tamaño, por lo que se intuye al observar la parte alta de la estructura en la esquina Oeste del área de excavación (**Figs.9.59, 9.60 y 9.61**). Su trazado discurre con dirección Suroeste-Noreste bordeando la parte alta de El Castru por el límite exterior del recinto. Delimitaría así el pequeño espacio habitable de la explanada superior del poblado sobre el arranque de la ladera pronunciada que cae hacia el foso del margen occidental del cerro. La muralla conserva varias hiladas de alzado, a cuyo paramento interior se le adosan sucesivos niveles de las fases 1, 2 y 3. Con posterioridad, tras el derrumbe generalizado de esta estructura, que generaría los derrumbes masivos UEs 3020 y 3026, la muralla sería amortizada, generándose un nivel de tránsito sobre ella definido por la UE 3041 en la fase 5. A través de la inspección superficial del terreno de El Castru se puede comprobar cómo el trazado de la muralla se corresponde con los límites actuales del parcelario, y cómo sobre él se observan acopios y amontonamientos de piedras que, probablemente, aúnan restos constructivos de la propia muralla, junto a bloques desplazados desde el interior del poblado hasta el perímetro defensivo por los campesinos que trabajaron estos terrenos en época reciente.





**Fig.9.60:** Vista de la muralla desde el Sureste durante la realización de una sección transversal a la estructura metalúrgica Cu-1.



**Fig.9.61:** Vista de la muralla desde el Noreste tras excavar la UE 3007 en la mitad meridional de la cubeta Cu-1, con la UE 3054 en la mitad Norte de la misma estructura apoyándose en el paramento interior de la muralla.

### 9.1.2. El espacio doméstico

El análisis de la arquitectura y los espacios domésticos de los grupos castreños en el área cantábrica goza en los últimos años de una vitalidad renovada gracias a nuevos estudios que centran su atención en estos aspectos en diferentes poblados (AYÁN VILA 2001; LÓPEZ GONZÁLEZ *et al.* 2010; LÓPEZ MARCOS *et al.* 2011; RODRÍGUEZ DEL

CUETO 2012, 2013; VILLA VALDÉS 1999-2000). Este horizonte facilita la incorporación de los datos recuperados en El Castro a los debates de amplio alcance regional en los que la arquitectura es analizada como un dispositivo más la expresión material de las identidades comunitarias o familiares de los pobladores de los castros (AYÁN VILA 2012a, 2013; MARÍN SUÁREZ 2011a). No en vano, la domesticidad constituye un espacio privilegiado para contrastar lecturas sociológicas sobre las formas de vida de las comunidades castreñas con el registro arqueológico, sin que dichas miradas deban separar lo arquitectónico de lo social (HABER 2011a).

En el transcurso de las excavaciones de El Castro fueron documentadas tres estructuras domésticas construidas y ocupadas en distintas fases de la secuencia del poblado. Estas evidencias son en todo caso parciales, puesto que dentro del área de excavación no se recuperó al completo el trazado de ninguna construcción junto con sus niveles de uso. Además, las cabañas mostraban afecciones que han impedido una mejor conservación de sus estructuras. En el caso de la edificación más antigua –la cabaña C-3 de la fase 1– las subsiguientes ocupaciones de la aldea borrarían una parte significativa del trazado de sus restos constructivos. Por su parte, el aprovechamiento agrario subactual del terrazgo en el que se sitúa este yacimiento alteró los restos de la cabaña C-1 ocupada en las fases 4 y 5 y eliminaría por ejemplo los suelos interiores o las trazas de su presumible hogar y de los hoyos de poste que sustentarían su cubierta. Pese a las limitaciones del registro doméstico de El Castro, su análisis despierta interés si consideramos el vacío geográfico en el que se situaba este yacimiento respecto a los conocimientos arqueológicos disponibles para la domesticidad de la Edad del Hierro en el área cantábrica (AYÁN VILA 2008, 2012a; MARÍN SUÁREZ 2011a: 299-307, 427-441).

En la primera fase de ocupación identificada en El Castro fue reconocida la estructura C-3, datada en la Primera Edad del hierro. Los restos conservados de esta construcción la caracterizan como una cabaña alargada de planta oblonga o bien rectangular con sus extremos redondeados. La excavación de las zanjas de cimentación de las cabañas C-1 y C-2 durante la fase 4 de la secuencia impidió la conservación de buena parte del trazado de los restos constructivos de C-3, por lo que únicamente se conserva con claridad su extremo noroccidental con unas dimensiones de 2,20 m de anchura y 2,75 m de longitud máxima.

Tal y como se observa en buena parte de los ejemplos arquitectónicos documentados para la Primera Edad del Hierro del área general de estudio, la cabaña C-3 está construida con materiales perecederos. Así, la estructura general de la construcción habría sido levantada con postes de madera que sostendrían también la cubierta. Las paredes estarían conformadas muy probablemente por entretejidos vegetales recubiertos de barro, o elementos de tapial, que al menos en una parte de su alzado estarían enlucidas en color blanco (**Fig.9.62**). Directamente sobre su alzado se apoyaría el nivel de suelo interior de la cabaña, preparado con arcilla apisonada. Además, la cabaña estaría techada por una cubierta vegetal compuesta de brezos,





**Fig.9.62:** Fragmentos de tapial con enlucido de color blanco recuperados en la UE 3092 de la cabaña C-3.

escobas o paja de cereal, elementos de cubrición sobre los que se dispondrían algunas piedras planas que evitarían que el viento se llevase parte de la cubierta.

Como apuntaba en la presentación de la secuencia estratigráfica para la fase 1 de la parte alta de El Castro, bajo los rellenos de nivelación de la cabaña C-1 fueron asimismo reco-

nocidos una serie de estructuras dispuestas directamente sobre la roca madre. Son el posible nivel de suelo UE 3048, el murete UE 3061 y el gran hoyo de poste definido por el corte UE 3047, todas ellas previas a la fase 4. Estos elementos formarían parte de estructuras constructivas de las primeras fases de ocupación del poblado. Aunque, sin materiales arqueológicos diagnósticos ni dataciones radiocarbónicas resulta complicado vincular estos estratos a ninguna fase en concreto. Sin embargo, al atender a su topografía y a su disposición espacial resulta tentador relacionar tales evidencias con el horizonte ocupacional de la cabaña C-3. Así, el límite exterior meridional del suelo UE 3092 mantendría una línea correlacionable con la alineación del rebaje sobre la roca madre en el que se instala el nivel UE 3048, coincidente también con el murete UE 3061, así como con el emplazamiento del hoyo de poste UE 3047. Por lo tanto, no sería descabellado contemplar estos estratos como elementos integrantes de la cabaña C-3. Lo cual llevaría a valorar una longitud total para dicha construcción de hasta 6 m. Al mismo tiempo, podríamos plantear la existencia de una entrada orientada al mediodía coincidiendo con el murete UE 3061, puesto que su techo plano y regular haría que esta estructura no desentonase con su consideración como zócalo hacia el exterior de la cabaña C-3.

En la Segunda Edad del Hierro, los habitantes de El Castro construyeron sucesivamente las cabañas C-1 y C-2 dando inicio a la formación de la fase 4 de la secuencia en un momento del siglo IV-III cal a.C. Ambas estructuras muestran unas características constructivas similares, aunque cabe insistir en el parcial reconocimiento de la estructura C-2 debido a su localización en una zona marginal respecto al área intervenida. Estas dos cabañas presentan una planta circular definida por estructuras levantadas en mampostería de piedra que utilizan bloques de cuarcita careados extraídos probablemente de los frentes rocosos localizados en la ladera oriental del poblado. Los mampuestos que forman las unidades constructivas UE 3008 y 3050 de C-1 y C-2, respectivamente, aparecen cuidadosamente colocados, trabados con argamasa de color amarillento. Para la instalación de los mu-

ros/zócalos que las definen, sus constructores plantearon la excavación de zanjas de cimentación en búsqueda de la roca madre, sobre la que se asientan estas unidades constructivas.

La cabaña C-1 fue construida en primer lugar, iniciándose el proceso con la excavación de las zanjas perimetrales de cimentación, que en todo momento alcanzan los horizontes naturales del terreno. Una vez abiertas las zanjas, el zócalo UE 3008 fue instalado sobre la roca madre. Mientras su cara externa fue erigida con una disposición cuidada, hacia el interior de la construcción no se realizó una cara interna, ya que dicho espacio sería rellanado de forma paralela por los niveles UEs 3014 y 3032 que elevarían el suelo de la cabaña hasta la cota más alta del zócalo. De este modo, esta estructura de mampostería debe ser contemplada como un zócalo y no como un muro, que junto a los rellenos internos genera una plataforma circular de hasta 5,75 m de diámetro que soportaría la estructura constructiva por encima del nivel del suelo. No en vano, la aplicación del recubrimiento de arcillas amarillas UE 3016 sobre la cara externa de esta estructura pétreo ocultaría por completo su fábrica de mampostería.

Lamentablemente, la acción del arado y de la azada en las actividades agrícolas de época contemporánea decaparon la superficie de esta construcción, por lo que no ha conservado sus niveles de uso doméstico, ni tampoco las huellas de los postes que soportarían sus paredes y la cubierta. No obstante, un corto tramo del zócalo UE 3008 en su tramo suroccidental conserva su nivel más alto, en el cual algunos mampuestos configuran unos pequeños huecos en el zócalo que podrían haber servido de camas para los postes verticales de las paredes. La cabaña castreña C-1 se alzaría así pues con postes de madera, entre los cuales se levantarían paredes de madera y barro, siguiendo unos parámetros constructivos que acercarían esta cabaña a los referentes ya conocidos en otros castros cantábricos del área central de la actual Asturias, como los de La Campa Torres (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 55-57, 85-88), El Castiellu de Llagú (BERROCAL-RANGEL *et al.* 2002: 120-137; LÓPEZ GONZÁLEZ *et al.* 1999), El Picu Castiellu de Moriyón (CAMINO MAYOR 1997: 60-78) o el más próximo de La Garba (FANJUL PERAZA *et al.* 2007: 72-73).

La puerta de la cabaña C-1 se abre hacia el Suroeste con un vano de 70 cm de anchura reconocido por la interrupción del zócalo UE 3008. La colocación del umbral en este punto vendría determinada por una acción previa a la construcción de la cabaña: quizá la primera realizada por las personas que la construyeron una vez fue elegido su emplazamiento. En este punto, sería excavado el hoyo UE 3052 de forma subcircular de 85x135 cm de boca, cuyo fondo sería a su vez sobreexcavado con un segundo hoyo UE 3059 de menores dimensiones –60x80 cm– (**Fig.9.30**). La presencia de estos hoyos excavados en los niveles geológicos bajo el umbral de la puerta de C-1 –se desconoce con precisión si fueron realizados consecutivamente o bien medió cierto espacio temporal entre ambos– resulta llamativa. Toda vez que se descarta la coincidencia fortuita del hoyo y el umbral, su interpretación irremediabilmente conduce a la consideración de un origen relacionado con un episodio fundacional de





**Fig.9.63:** Cantos rodados recuperados en el relleno UE 3058 del hoyo bajo el umbral de la puerta de C-1.

esta construcción. A pesar de que el contenido de sus respectivos rellenos no ofrece materiales inusuales o especiales que clarifiquen la funcionalidad de estas estructuras, resulta fácil pensar en su vinculación con algún contexto social de trasfondo ritual o simbólico que habría que relacionar con el inicio de la actividad constructiva que conllevaría la fundación de una nueva casa. Entre los materiales recuperados en su interior, únicamente cabe citar la presencia de dos cantos de piedra cuidadosamente dispuestos sobre el fondo del hoyo más profundo (**Fig.9.63**), mientras que algunos de los restos óseos de fauna aparecían pegados a las paredes de los negativos de ambos hoyos. Entre estos, fueron recuperados un total de 108 restos en el relleno UE 3051 y 5 restos en el nivel UE 3058. Todos ellos aparecen altamente fragmentados, no se reconocieron deposiciones en conexión anatómica y en la mayor parte de los casos se correspondían con restos de vacuno o elementos indeterminados de macromamíferos (que con total seguridad serían igualmente vacas).

Además, hacia el exterior y frente al acceso de C-1 se sitúan una serie de bloques de piedra y un murete cuya función estructural no está clara, aunque podrían haber desempeñado algún papel en la configuración de la entrada de la cabaña. Así, los bloques UEs 3028 y 3029 flanquean su umbral a una distancia constante del límite exterior del zócalo, mientras que el murete UE 3031 mantiene esa misma distancia respecto a la pared exterior de C-1, adelantado frente al umbral de la cabaña con una longitud coincidente con la apertura de la puerta de la cabaña. Entre las posibles opciones interpretativas, podríamos encontrarnos antes restos de estructuras previas a la cabaña C-1, aunque es sugerente la posibilidad de considerar la existencia de algún tipo de estructura constructiva relacionada con la puerta, a modo de vesti-

bulo o porche cubierto, con postes de madera verticales asentados sobre los bloques UEs 3028 y 3029, y la UE 3031 como pie para ese umbral del vestíbulo.

La cabaña C-2 se corresponde también con la fase 4 del poblado, si bien su construcción fue posterior al levantamiento de la construcción C-1. Esta relación de posterioridad queda clara al observar las conexiones entre sus respectivas zanjas de cimentación, tal y como describía en la presentación de la secuencia estratigráfica de esta fase. En apariencia, las características constructivas de C-2 se asemejan bastante a las de la cabaña C-1, aunque el reconocimiento de esta construcción ha sido muy limitado. Sin embargo, hay una observación que diferencia a la construcción C-2, pues el análisis de su paramento externo UE 3050 me lleva a considerar que probablemente se alzaría por encima de la cota del suelo, a diferencia de C-1. Así, uno de los rebordes que se evidencian en la cara externa de esta unidad arquitectónica coincide en su cota con el techo de los rellenos exteriores de su zanja de cimentación, y también con la rasante más alta de la plataforma constructiva UE 3049 que se situaba en la confluencia entre las cabañas C-1 y C-2. Por ello, creo que la apariencia externa de esta cabaña sería ligeramente diferente a la vecina C-1, puesto que contaría al menos con varias hiladas de mampostería por encima de la cota del terreno, sobre las cuales se elevarían quizá paredes de madera y barro.

La edificación C-2 fue construida en un espacio marginal del poblado, lo que llevó a sus constructores a invertir cierto esfuerzo por consolidar la ladera sobre la que se situaba. La acusada pendiente del terreno, la cercanía respecto a la cabaña C-1 y la inestabilidad de este sector en el que se situaba la colada de basuras domésticas y metalúrgicas UE 3011, les obligaría a adoptar una serie de precauciones de las que ofrecen fiel testimonio el proceso constructivo de su cimentación, así como la plataforma constructiva UE 3049 que consolidaría la zona de contacto entre C-1 y C-2. Por ello, su zanja de cimentación recibió una cuidada atención constructiva, y también se buscó consolidar el terreno en el que su trazado se aproximaba hasta unos pocos centímetros de la cabaña C-1 mediante la adición, una vez rellena por completo la zanja UE 3084, de una plataforma UE 3049 de grandes bloques de piedra adosada a los muros de ambas cabañas.

De especial interés resulta analizar el proceso formativo de los estratos que rellenan la zanja de cimentación de C-2, pues una serie de evidencias denotan la existencia de procesos que se alejan de lo funcional para acercarse al componente ritual o simbólico también presente en la construcción de esta cabaña. Así, tras alcanzar el nivel geológico y erigir la estructura de mampostería UE 3050 y la hilada paralela de bloques UE 3087 que sostendría el talud de la zanja, sus constructores sellaron perfectamente el fondo de ésta con dos niveles de arcillas UEs 3089 y 3090 sobre la roca madre. Por encima de estos, extenderían otro nivel de arcillas UE 3088 con un color rojo muy vivo, que ofrece un grosor constante, y sobre el cual aparecieron depositados una escápula derecha de cerdo, un fragmento proximal de radio de vacuno y un fragmento distal de tibia de vacuno, los dos últimos con mordeduras de perro.



**Fig.9.64:** Fotografías de trabajo que muestran el proceso de excavación del conjunto de restos óseos que integran el depósito votivo recuperado en la UE 3080, dentro de la zanja de cimentación de la cabaña C-2, con los cuernos de carnero colocados sobre un bloque que sustituiría a la cabeza del animal.



**Fig.9.65:** Materiales destacados recuperados en la zanja de C-2. 1: Cuchillo afalcatado con empuñadura recuperado en el relleno UE 3057. 2: Fragmento de asta trabajado como empuñadura recuperado en la UE 3080 [Fotos: MH].

Posteriormente, el proceso más interesante tendría lugar en la deposición del relleno UE 3080, que tiene lugar en el centro del área reconocida de la zanja UE 3084. Así, este relleno de tierra grisácea y bloques pétreos de mediano tamaño se deposita contra el muro UE 3050, colocando las piedras con un mínimo cuidado a medida que el paquete asciende, apoyadas siempre contra el lienzo de mampostería. En este relleno, se recuperó una cantidad importante de restos óseos de fauna depositados sin orden aparente que suman un total de 399 restos. Dentro de este conjunto se identificaba una concentración en la parte alta del paquete estratigráfico, bajo los bloques de mayor tamaño que se apoyaban en el lienzo de la UE 3050, compuesta por restos óseos de ovicaprinos y vacuno. Finalmente, el conjunto aparece coronado por un gran bloque de piedra de forma cúbica sobre el que fueron cuidadosamente colocados dos cuernos de carnero, de tal modo que ese bloque señalado vendría a sustituir la cabeza del animal (**Fig.9.64**). Posteriormente, se depositarían los estratos UEs 3085 y 3057 a ambos lados del paquete UE 3080, recuperándose una gran cantidad de restos óseos de fauna –718 restos en la UE 3085 y 637 en la UE 3057–.

Además, en la parte alta del nivel UE 3057 fueron recuperados dos objetos singulares: un fragmento de asta trabajado para dar forma a un enmangue, y un cuchillo afalcado de hierro con las cachas de hueso (**Fig.9.65**).

Esta descripción de la disposición estratigráfica y los objetos documentados en la zanja de cimentación de la cabaña C-2 ofrecen una serie de apoyaturas para plantear propuestas interpretativas que superen los parámetros formales de un simple proceso constructivo. Así, estas evidencias permiten aventurar que en el marco de la construcción de esta vivienda castreña tuvieron lugar una serie de acciones que, como también intuíamos en los hoyos excavados bajo el umbral de la vecina cabaña C-1, estarían enmarcadas en prácticas sociales ritualizadas protagonizadas por las personas que construyeron estas nuevas cabañas. Estas evidencias del registro constituirían únicamente una parte de los rituales o las acciones realizadas por quienes construyeron estas edificaciones, ya que buena parte de los componentes de esas ceremonias serían elementos no materiales como bailes, cánticos, olores, palabras... En la consideración y el análisis de las evidencias observables a través del registro arqueológico no se puede aislar «lo ritual» de «lo funcional/lo práctico», pues con ello no haríamos más que proyectar sobre el registro nuestra propia realidad estructurante derivada de la lógica cartesiana, como ha discutido con claridad Joanna Brück (1999). Por todo ello, creo necesario llamar la atención sobre la importancia de la construcción de una nueva casa como un acontecimiento social trascendental en el seno de la comunidad. No en vano, este proceso constructivo materializaría la creación o la renovación de una unidad familiar, garantía por tanto de la reproducción del grupo y de su viabilidad futura en términos sociales, productivos y biológicos.

La construcción de una nueva casa necesitaría de una importante inversión de energía por parte del grupo, así como de materiales. Al mismo tiempo, es presumible considerar que el desarrollo de este trabajo debía contar con la aquiescencia del grupo castreño, que quizá tomaría parte en el proceso constructivo como expresión de la solidaridad vecinal, y que necesariamente debería de aprobar la fundación, la ampliación o la reforma de un nuevo hogar. Así, es probable que en paralelo al levantamiento de las paredes o del techado de la nueva estructura de habitación tuviesen lugar actos de contenido social y simbólico que segmentarían el proceso constructivo, a modo de depósitos votivos, ceremonias o banquetes. Estos eventos ritualizarían el proceso constructivo, protegerían quizá el devenir de la vida familiar en la nueva casa, y fortalecerían los lazos comunitarios del conjunto de familias que habitaban el poblado de El Castre. Por ello, las evidencias arqueológicas relacionadas con los hoyos bajo el umbral de la cabaña C-1 o los depósitos y los materiales recuperados en la zanja de cimentación de la construcción C-2 –así como la disposición y la elección de colores de los rellenos de esta zanja– podrían ser depósitos estructurados y reflejar elecciones precisas, pautadas incluso por determinadas convenciones sociales.



Los paralelos para estas observaciones en castros del entorno son escasos, con ejemplos en los depósitos de cerámicas estampilladas en niveles fundacionales de unidades domésticas de la Segunda Edad del Hierro en el poblado de San Llois (Ayande, Asturias) (MARÍN SUÁREZ 2007: 154, 2011a: 444), el hacha de talón y anillas hallada bajo un hogar en otra cabaña de la misma época en El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) (DE BLAS CORTINA y VILLA VALDÉS 2007), o los enterramientos de perinatales y de un cordero bajo el pavimento de la cabaña denominada «estructura 05» de La Peña del Castro (La Ercina, León) (GONZÁLEZ GÓMEZ DE AGÜERO *et al.* 2015: 196)<sup>110</sup>. En definitiva, evidencias de este tipo serían testimonios de la compleja realidad social que rodearía el levantamiento de una nueva cabaña, debido a la relevancia simbólica de la esfera doméstica y a la importancia de la reciprocidad interna en las comunidades de la Edad del Hierro cantábrica.

No obstante, los depósitos estructurados definidos en El Castru con relación a los procesos constructivos de nuevas unidades domésticas ofrecen una particularidad interesante. Su naturaleza parece estar originada fundamentalmente alrededor de la comida, pues estos conjuntos aparecen formados sobre todo por restos óseos de fauna. Por ello las evidencias disponibles incitan a considerar la relevancia de la celebración de banquetes en el transcurso de estos eventos de congregación social alrededor de la fundación o ampliación de una casa. La familia convocante agasajaría a sus vecinos con el sacrificio de un animal –la presencia del cuchillo afalcatado en la zanja de cimentación de C-2 me inclina a pensar que este acto sería parte importante del acontecimiento–, seleccionado quizá entre los mejores de su rebaño –lo cual podríamos inferir de la relevancia otorgada a la cornamenta del carnero en este depósito, coronando el conjunto óseo generado en el banquete–. Esta situación no resulta extraña al considerar la importancia del ganado en las formas de subsistencia de los habitantes de El Castru<sup>111</sup>. Por ello, el consumo colectivo de carne podría ser el eje central de las ceremonias sociales tipo *potlatch* que en momentos destacados de la biografía de estas comunidad contribuiría a estrechar los lazos intracomunitarios de los habitantes de El Castru. Al mismo tiempo, este tipo de prácticas evitaría la acumulación de riqueza por parte de determinados individuos o familias, lo que reforzaría la isonomía interna de los grupos evitando la consolidación de diferencias sociales entre sus integrantes. De todo ello, se puede considerar igualmente la relevancia de los rebaños como referente de prestigio de las familias y la propia comunidad. Más allá de constituir una base económica para la mera subsistencia, el ganado sería considerado como un reflejo de la dignidad de sus poseedores, a la vez que un almacén de riqueza con la que afrontar, por ejemplo, acuerdos matrimoniales con otras familias (PARKER PEARSON 2000).

<sup>110</sup> Sin embargo, pese a que puedan parecer pocos ejemplos, a escala ibérica han sido reconocidas múltiples evidencias de este tipo, especialmente en el levante (OLIVER FOIX 1996), y también en el interior peninsular (CABRERA DÍEZ y MORENO-GARCÍA 2014).

<sup>111</sup> Ver epígrafe «9.1.3. Formas de subsistencia».

	FASE 1				FASE 2			FASE 3		FASE 4	FASE 6
	3048	3098	3091	3097	3054	3066	3076	3009	3064	3051	3023
<b>CEREALES</b>											
<i>Hordeum vulgare</i> subsp. <i>vulgare</i>							1	1	1	1	
<i>Hordeum vulgare</i>				1				1	1		
<i>Setaria italica</i>			1			1		3	1	1	
<i>Setaria italica</i> gluma								1			
<i>Triticum aestivum-durum</i>	1	1			2	3		3		1	
<i>Triticum</i> sp.					3	4		3			
<i>Triticum dicoccum</i>					1			2			
<i>Triticum dicoccum</i> espiguilla						3					
<i>Hordeum/Triticum</i> frag.						6		3			1
<b>FRUTOS</b>											
<i>Prunus</i> sp.								1			
<b>PLANTAS SILVESTRES</b>											
<i>Avena</i> sp.		1									
<i>Atriplex</i> sp.								1			
<i>Chenopodium</i> sp. actual?				1				3			17
Ciperacea								1			
<i>Fallopia convulvulus</i>					1			2			
<i>Galium aparine</i>					1						
Leguminosa pequeña											1
<i>Plantago</i> sp.								1			
Rubiacea						1		1			
<i>Rumex</i> sp.		1									
Sclerotia											35
Indeterminada			1		3			2			
nº restos:	1	3	2	2	11	18	1	29	3	3	54
nº taxones:	1	3	1	2	5	6	1	15	3	3	4

**Tabla 9.2:** Materiales arqueobotánicos recuperados en El Castro (PEÑA CHOCARRO *et al.* s.f.).

### 9.1.3. Formas de subsistencia

Los materiales arqueobiológicos recuperados durante las excavaciones realizadas en El Castro facilitan la construcción de un conocimiento sólido acerca de las formas de subsistencia de las comunidades que poblaron esta aldea monumentalizada durante la Edad del Hierro. Así, se han podido realizar estudios arqueobotánicos de las semillas y macrorrestos vegetales identificados en muestras de sedimentos seleccionadas en diferentes estratos<sup>112</sup>. También se realizó un completo análisis de la colección de restos arqueozoológicos recuperados durante las excavaciones de El Castro<sup>113</sup>. Otros estudios –antracológicos y palinológicos– aún se encuentran pendientes de ser finalizados. Por último, he tratado de amplificar la potencia interpretativa de este tipo de estudios mediante su discusión a la luz del análisis de las potencialidades productivas del entorno de este poblado castreño, así como con su contrastación con el modelo campesino tradicional de aprovechamiento de estas zonas de montaña.

En el transcurso de las excavaciones se tomaron muestras de tierra de diferentes estratos con el objetivo de cribar y flotar los sedimentos, para así recuperar restos carpológicos. Estos estudios tuvieron un éxito relativo, al verificar la conservación de algunas semillas y frutos en las muestras de sedimentos analizadas (**Tabla**

<sup>112</sup> La flotación y el estudio de las muestras arqueobotánicas obtenidas en las excavaciones de El Castro ha sido realizado por el grupo de trabajo coordinado por Leonor Peña Chocarro en el Grupo de Investigación de Arqueobiología (CCHS-CSIC), a quienes agradezco su colaboración y su buena disposición para discutir los resultados del estudio (PEÑA CHOCARRO *et al.* s.f.).

<sup>113</sup> El análisis de esta colección ha sido realizado por el equipo dirigido por Marta Moreno García del Grupo de Investigación de Arqueobiología (CCHS-CSIC).

**9.2).** Aunque lo reducido de la muestra impide realizar consideraciones detalladas o comparativas diacrónicas entre las sucesivas fases de la secuencia cronoestratigráfica. No obstante, la consideración de los datos disponibles constituye una base interesante para discutir aspectos referentes a la dieta y a las prácticas agrícolas de los habitantes de El Castu. Al mismo tiempo, permiten también considerar someramente la configuración del paisaje agrario del entorno de este poblado. En primer lugar, se presentan los datos obtenidos en las sucesivas fases de ocupación del poblado, para posteriormente plantear algunas conclusiones sobre las prácticas agrarias de las gentes que habitaron El Castu durante la Edad del Hierro.

En la primera fase de la secuencia se han documentado escasos materiales carpológicos, todos ellos relacionados con los niveles de amortización de la cabaña C-3. Su escasez indica la ausencia de concentraciones relacionables con el almacenamiento del cereal, actividades para las cuales contamos con escasas evidencias en el área extendida de investigación<sup>114</sup>. Más bien se debería pensar en su recuperación como resultado de la incorporación fortuita de estos elementos a los suelos de la cabaña y su posterior carbonización durante el incendio que muy probablemente conllevaría la amortización de esta construcción. Los elementos recuperados indican la presencia de cereales, con tres taxones identificados: la cebada (*Hordeum vulgare*) –posiblemente vestida–, los trigos desnudos (*Triticum aestivum-durum*) y el panizo (*Setaria italica*). El estudio de estos elementos carpológicos indica que se trata de granos limpios desprovistos de las glumas, por lo que estarían listos para su consumo. Entre las plantas silvestres identificadas, se documentan la avena (*Avena* sp.) y una poligonácea (*Rumex* sp.). En ambos casos no se pudo definir su especie concreta, siendo probablemente malas hierbas que crecerían en los campos de cultivo de cereales, así como en praderías de aprovechamiento ganadero.

La fase 2 ofrece un conjunto de restos interesante, sobre todo al considerar lo limitado de las evidencias reconocidas hasta ahora para este grupo estratigráfico. Así, en la UE 3054 –que supone la base de esta fase– se recuperaron restos de trigos desnudos y de escanda menor, junto a la presencia de *Fallopia convulvulus* y *Galium aparine*, plantas silvestres que suelen crecer en zonas de cultivo de cereal, por cuyos tallos trepan. El relleno de la cubeta Cu-3 contenía tan sólo un grano de cebada vestida (*Hordeum vulgare* subsp. *vulgare*). Por último, la UE 3066 aportó granos de panizo y de trigos desnudos, además de bases de espiguilla de escanda menor

<sup>114</sup> A diferencia del valle del Duero –con casos tan singulares como el poblado zamorano de La Corona (Manganeses de la Polvorosa) (MISIEGO TEJADA *et al.* 2013: 219-222) o El Soto de Medinilla (Valladolid) (ROMERO CARNICERO 1992: 205-206)– o del área más noroccidental de la península ibérica, donde existen diferentes evidencias de este tipo de estructuras (PARCERO OUBIÑA y AYÁN VILA 2009) –que además han deparado interesantes colecciones arqueobotánicas (TEIRA BRIÓN 2010; TERESO *et al.* 2013)–, en el Occidente Cantábrico disponemos únicamente de ejemplos puntuales como una de las cabañas del castro de El Picu Castiellu de Moriyón (Villaviciosa, Asturias), a la que se adosan dos estructuras de piedra interpretadas por su excavador como almacenes para el cereal y frutos como las bellotas (CAMINO MAYOR 1997: 69-71), o el posible cabazo propuesto para una estructura pétrea a modo de zócalo en el castro de San Lluís, en torno a la cual se concentran grandes contenedores cerámicos (MARÍN SUÁREZ 2007: 156-157).



**Fig.9.66:** Semillas y frutos de El Castu. 1. *Hordeum vulgare* subsp. *vulgare*, 2. *Triticum aestivum-durum*, 3. *Triticum dicoccum* (base de espiguilla), 4 y 5. *Setaria italica*, 6. *Prunus* sp., 7. *Fallopia convulvulus*, 8. *Galium aparine*, 9. Indeterminada, 10. Rubiaceae, 11. *Atriplex* sp., 12. *Chenopodium* sp. (PEÑA CHOCARRO et al. s.f.).

(*Triticum dicoccum*) y sólo un taxón silvestre: una rubiácea de la que no se puede ni tan sólo confirmar el género al que pertenece.

Los niveles relacionados con las actividades metalúrgicas de la fase 3 ofrecen otro pequeño lote de carporrestos, fundamentalmente obtenidos en el relleno UE 3009 que amortizaba la concavidad central de la cubeta metalúrgica Cu-1 tras el cese de su actividad artesanal. Por ello, es previsible que en tal espacio se depositasen entonces basuras domésticas posteriores a su funcionamiento como espacio metalúrgico. Así, fueron identificados granos de cebada vestida, panizo, trigos desnudos y escanda menor en cantidades similares. Aparece también un fruto de algún tipo de *Prunus*, que bien podría ser resultado de actividades recolectoras, ya que no existen elementos para defender que se trate de algún cultivo. También es abundante la presencia de plantas silvestres, con taxones como *Fallopia convulvulus* o Rubiaceae, junto a otros nuevos como *Chenopodium*, que pueden ser intrusiones actuales, Ciperaceas y *Plantago*. Todos ellos son taxones que podrían crecer en campos de cultivo junto a los cereales o en ambientes ruderales de aprovechamiento ganadero. Además, de una muestra procedente del relleno UE 3064 que elevaba y nivelaba el espacio metalúrgico para erigir la cubeta Cu-1, se recuperaron granos de cebada vestida y panizo.

En el relleno UE 3051 del hoyo UE 3052 bajo el umbral de la cabaña C-1 correspondiente a la fase 4 de la secuencia, se recuperaron tres granos de cebada ves-



tida (*Hordeum vulgare* subsp. *vulgare*), panizo (*Setaria italica*) y trigo desnudo (*Triticum aestivum-durum*).

Por último, en la fase 6 relacionada con los niveles de aprovechamiento agrario de El Castu en época contemporánea, así como en las remociones de la secuencia derivadas de estas actividades, la muestra tomada en el interior del hoyo UE 3024 (en el relleno UE 3023) ofreció un buen lote de carporrestos que, además de un fragmento de cebada/trigo, estaba formado por *Chenopodium* y esporas de *Sclerotia*.

Del análisis de las evidencias carpológicas (**Fig.9.66**), se pueden plantear algunas consideraciones referentes a las especies cultivadas por los habitantes de El Castu. A partir de los restos disponibles, sólo es posible confirmar la presencia de cultivos de cereales en las diferentes fases de la secuencia arqueológica, con trigos desnudos y vestidos, cebada vestida y panizo. En cambio, no se identificó la presencia de legumbres que sí se documentan en otros poblados del Occidente Cantábrico a lo largo de la Edad del Hierro, como el cercano castro de La Garba (Teberga, Asturias) (FANJUL PERAZA y FERNÁNDEZ RUESTRA 2009: 471). No obstante, lo exiguo de la muestra de El Castu impide valorar la evolución diacrónica de las prácticas agrarias, el peso específico de las diferentes especies u otros aspectos que requerirían de un conjunto de restos más amplio y diversificado en los diferentes estratos. Así pues, sólo es posible realizar una valoración genérica para la ocupación del poblado en su conjunto, que sin duda se podría enriquecer con la continuación de las excavaciones en este yacimiento y la intensificación de los muestreos arqueobotánicos.

Entre los trigos, aparecen restos de las variedades vestida y desnuda. Del primer tipo, se identifica en El Castu la escaña almidonera menor (*Triticum dicocum*), mientras que entre las variedades desnudas todos los granos han sido incluidos en la categoría arqueobotánica contenciosa *Triticum aestivum/durum* que incluye estas dos especies, dada la imposibilidad de separarlas cuando sólo se conservan los granos. Además, se referencian otros ejemplos en la categoría *Triticum* sp. si la mala conservación de los granos impidió identificar la especie determinada de trigo a la que pertenecían. Al atender a qué restos se conservaban de ambos grupos (trigos vestidos/desnudos), se comprueba que de los segundos sólo aparecen granos, mientras que de los primeros aparecen granos y fragmentos de espigas. Así, mientras los primeros no se desprenden del todo de sus envolturas durante la trilla, sí lo hacen los segundos. Por ello, esto nos permite comprobar que en el caso de los trigos vestidos esta actividad sería desarrollada –al menos parcialmente– en el poblado. El reconocimiento de restos de panizo (*Setaria italica*) en diferentes estratos a lo largo de la secuencia de El Castu confirma el protagonismo de los cereales de ciclo corto en la agricultura desarrollada por sus habitantes<sup>115</sup>. También se documentan restos de cebada en sus variedades vestida (*Hordeum vulgare* subsp. *vulga-*

<sup>115</sup> Esto resulta muy significativo para comprender los aspectos sociales y culturales más característicos de la Edad del Hierro, como la sedentarización o el crecimiento demográfico de sus poblaciones.



**Fig.9.67:** Elementos de molienda de El Castro: 1: Fragmentos de molinos circulares provenientes de la UE 2010 de la terraza meridional. 2: Posible molino barquiforme (o yunque) reutilizado como elemento constructivo en la UE 3065 de la estructura Cu-1.

re) en varias unidades estratigráficas de las fases de ocupación del poblado castreño en las que se conservaron restos arqueobotánicos.

Más allá de las especies representadas, y pese a lo reducido de la muestra, pueden plantearse otras cuestiones de interés, como ciertos aspectos relacionados con la recolección de los cereales. Así, la práctica ausencia de fragmentos del tallo (sólo 9 fragmentos en las fases 2 y 3) así como de nudos de la paja apunta a la presencia casi exclusiva de espigas en el poblado. Aunque no se dispone materiales ni referencias a los útiles empleados en las labores agrícolas desarrolladas por los habitantes de El Castro, la ausencia de malas hierbas así como de elementos del tallo de los cereales permite suponer que, o bien fueron recolectadas sólo las espigas de cereal –como sucede actualmente en aquellas zonas de Asturias donde se cultivaba de forma tradicional el *Triticum dicoccum* hasta hace pocos años (PEÑA CHOCARRO 1996)– o bien se recolectó con la paja, y luego esta se separó –como se realizaba en otras zonas peninsulares como Navarra (PEÑA CHOCARRO y ZAPATA PEÑA 1997)– antes de transportar el cereal hasta el poblado.

Entre los útiles relacionados con el procesado de los cereales sí están presentes en el registro de El Castro los elementos de molienda, a través de varios fragmentos de molinos recuperados en diferentes posiciones. Así, fueron documentados fragmentos de molinos circulares en las fases 4 y 5 de la parte alta del poblado. Además, también se recuperaron algunos elementos de molienda en el estrato UE 2010 del sondeo realizado en la terraza meridional del cerro (**Fig.9.67**), a donde habrían llegado probablemente por medio de movimientos de ladera y los ya referidos acarreos de materiales realizados en época subactual. Lamentablemente, ninguno de estos elementos fue localizado sobre un suelo, lo que contribuiría a vislumbrar aspectos sociales relacionados con las actividades de molienda, su espacialidad, su relación con las unidades domésticas, etc.

Por su parte, entre los restos recuperados tras la flotación de los sedimentos muestreados de El Castro también se reconoció un escaso conjunto de especies silvestres. Entre ellas, sólo una semilla de algún tipo de pruno (*Prunus* sp.) –grupo que

FASE	1 N	2 N	3 N	4 N	5 N	6 N	TOTAL N
<b>MAMÍFEROS</b>							
Caballo ( <i>Equus caballus</i> )	-	1	2	5	-	-	8
Vacuno ( <i>Bos taurus</i> )	49	82	386	259	565	69	1409
Oveja/Cabra ( <i>Ovis/Capra</i> )	30	71	447	207	184	27	966
[Cabra ( <i>Capra hircus</i> ) ]	[1]	[1]	[37]	[19]	[16]	[2]	[76]
[Oveja ( <i>Ovis aries</i> ) ]	[3]	[25]	[109]	[65]	[34]	[-]	[236]
Jabalí/Cerdo ( <i>Sus scrofa/dom.</i> )	99	136	369	137	228	25	995
[Jabalí ( <i>Sus scrofa</i> )]			[2]				
Ciervo ( <i>Cervus elaphus</i> )	-	-	5	1	6	2	14
Corzo ( <i>Capreolus capreolus</i> )	-	-	2	-	1	-	3
Macromamífero	94	270	1128	560	799	126	2977
Mesomamífero	225	317	1636	755	688	63	3684
No determinado	62	164	1107	397	994	124	2848
<b>AVES</b>							
Paloma torcaz ( <i>Columba palumbus</i> )	-	-	1	-	-	-	1
No determinado	-	-	1	-	-	-	1
<b>PECES</b>							
	-	-	2	-	-	-	2
<b>Total</b>	<b>559</b>	<b>1041</b>	<b>5086</b>	<b>2321</b>	<b>3465</b>	<b>436</b>	<b>12908</b>

**Tabla 9.3:** Colección arqueozoológica de El Castu (Vigaña). Número de restos (N) recuperados manualmente en cada fase. Oveja/cabra incluye los restos identificados específicamente.

incluye los ciruelos o los cerezos– habría sido recolectada para su consumo humano. El resto de taxones identificados son en su mayoría hierbas que delatan un paisaje en mosaico alrededor del poblado, pues crecen en campos de cultivo y espacios de uso ganadero, en los márgenes de caminos o en lugares marginales de los poblados. El conjunto de restos con mayor representación es *Chenopodium*, pero podrían tratarse más bien de restos actuales introducidos en la estratigrafía arqueológica por insectos o roedores. Un taxón con cierto protagonismo es *Fallopia convulvulus*, especie que crece habitualmente en campos de cereales sobre suelos arenosos poco pesados susceptibles de ser trabajados por medio de la azada o arados de madera. Esta especie podría ser, así pues, síntoma de la selección de suelos ligeros para el establecimiento de los campos de cultivo, en los que crecería trepando por los tallos de los cereales, al igual que otras plantas presentes en la muestra de El Castu como *Galium aparine*. Por otro lado, la presencia de taxones como *Avena* sp., *Plantago* sp., Rubiaceas o *Rumex* sp. insiste en esa diversidad y humanización del entorno de esta aldea monumentalizada.

En definitiva, el estudio arqueobotánico de los materiales recuperados en El Castu confirma la presencia de una agricultura cerealícola a lo largo de toda la secuencia de ocupación del poblado, con una diversidad de especies que nos llevan a considerar un régimen productivo derivado de la combinación de diferentes cultivos, con cereales de invierno y también de verano, como el panizo. Así, esta aldea monumentalizada estaría rodeada a buen seguro por un paisaje en mosaico compuesto por diferentes espacios agrarios multifuncionales, en los que además de las

actividades agrícolas, se desarrollarían también prácticas ganaderas complementarias. Aunque, para conocer las formas ganaderas desplegadas por los habitantes de El Castro, las excavaciones desarrolladas en este poblado ofrecieron una colección de restos óseos de fauna de excepcional valor, por su amplitud, la buena conservación de los materiales arqueozoológicos, así como por su exhaustivo registro en campo y su detallado estudio posterior en laboratorio<sup>116</sup>.

Durante la excavación de El Castro se prestó especial atención a la recuperación de materiales arqueobiológicos como los restos óseos de fauna, lo que derivó en la documentación de un total de 12.908 elementos distribuidos en las seis fases de la secuencia (**Tabla 9.3**). Entre las cinco fases concernientes a la biografía ocupacional del yacimiento destaca el reparto desigual de estos materiales, lo que puede estar relacionado con la extensión de los estratos correspondientes con estas fases y con la naturaleza de las diferentes unidades estratigráficas. Así, la fase 1 vinculada a la ocupación y amortización de la cabaña C-3 de la Primera Edad del Hierro ofrece el conjunto más exiguo, con 559 restos, lo que se deriva fundamentalmente de la escasa potencia y amplitud de estos estratos respecto al área total intervenida en la parte alta del poblado. En el extremo contrario, la fase 3 relacionada con los niveles de trabajo metalúrgico y basureros aledaños ofrece 5.086 restos, mientras que las fases 4 y 5, relacionadas con la construcción de las cabañas C-1 y C-2 de la Segunda Edad del Hierro y su uso hasta momentos ligeramente posteriores al cambio de era ofrecen 2.321 y 3.456 restos, respectivamente. Esto se relacionaría con la naturaleza de algunos de los estratos que componen estas fases, pues por ejemplo encontramos rellenos de nivelación para la construcción de la cubeta Cu-1 como la UE 3064 en la que se recuperaron 2.399 restos óseos, paquetes que compondrían coladas de basuras domésticas y relacionadas con las actividades artesanales como la UE 3011 con 1.903 restos, o rellenos de las zanjas de cimentación de las cabañas, como la UE 3085 en la que se identificaron 718 restos. Igualmente, resulta interesante la significativa cantidad de restos recuperados en la fase 2, considerando su reducida extensión.

A grandes rasgos, la colección recuperada en la parte alta de El Castro permite establecer una serie de consideraciones relacionadas con la composición de la cabaña ganadera del poblado y su evolución a lo largo de la secuencia, así como so-

<sup>116</sup> El análisis arqueozoológico de los restos recuperados en El Castro ha sido coordinado por Marta Moreno-García (CCHS-CSIC). El trabajo se encuentra aún en desarrollo, por lo que los datos aquí presentados podrían aún sufrir mínimas variaciones, además de no disponer por el momento de algunas informaciones como el NMI por especies y fases. Las interpretaciones que presento acerca de esta colección derivan en buena medida de las interesantes discusiones que he mantenido en los últimos meses con la investigadora responsable de este estudio. Un avance de este trabajo, relativo al conjunto de restos recuperado en la campaña de 2012, fue presentado en la Reunión científica *La romanización en la península ibérica: una visión desde la Arqueozoología* (Universidad de León, 19-20 de septiembre de 2013) por Marta Moreno-García y quien suscribe, a través de la comunicación «La gestión de la cabaña ganadera en un asentamiento castreño de montaña: El Castro (Vigaña, Asturias)» (website: <http://arqueozoologiadelaromanizacion.blogspot.com.es/>, último acceso: 30 de junio de 2015).



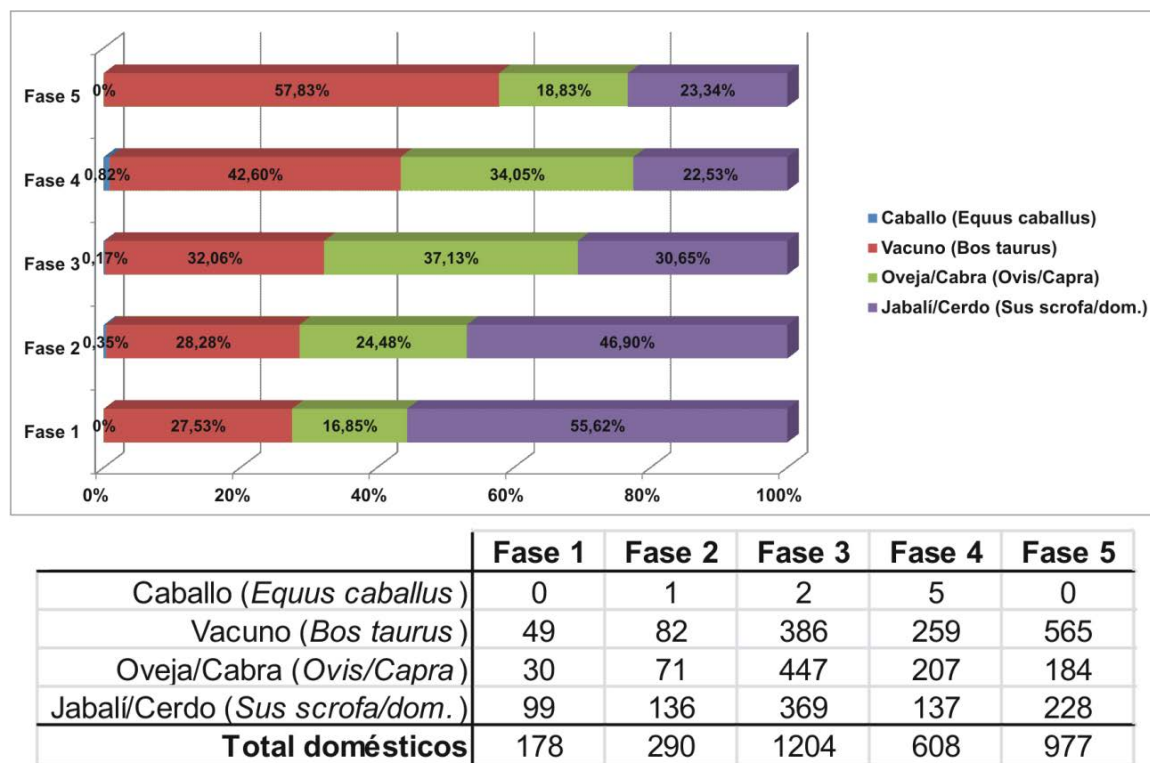


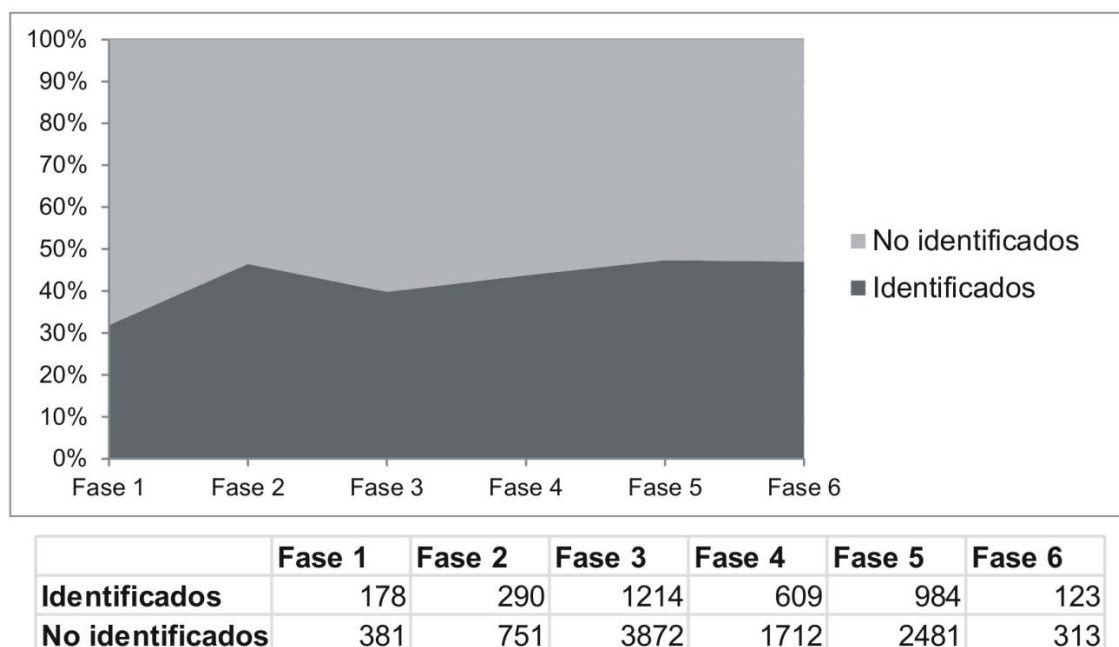
Fig.9.68: Relación entre el número de restos de especies domésticas por especies y fases.

bre la dieta de sus habitantes. En primer lugar, destaca la absoluta prominencia de los restos óseos relacionados con las especies domésticas, siendo muy escasa la presencia de especies salvajes, entre las que se documenta ciervo, corzo, jabalí y paloma torcaz.

Al analizar el peso específico de las diferentes especies a lo largo de la secuencia, se ven interesantes cambios cuyo origen podría reflejar diferencias en la composición de la cabaña ganadera; aunque tal asunción puede ser errónea si existiesen patrones de deposición de los restos que introdujeran sesgos en la muestra. Además, los datos que por el momento pueden ser manejados de la colección arqueozoológica son tan sólo el número de restos (NR) por especie y no el cálculo del número mínimo de individuos (NMI). Con la debida cautela, y con el objetivo de lanzar la discusión, he optado sin embargo por emplear las informaciones disponibles para realizar interpretaciones en un sentido diacrónico con este género de datos<sup>117</sup>. Lógicamente, estas valoraciones deberán ser reconsideradas con el avance del estudio arqueozoológico de esta colección, aún en curso.

Así, la fase 1 aparece claramente dominada por los restos de porcino, mientras que el vacuno se sitúa en un segundo nivel, levemente por delante del conjunto

<sup>117</sup> En la discusión diacrónica de los materiales arqueozoológicos se ha optado en ocasiones por unificar el análisis de las fases 2 y 3. Esto responde, por un lado, a lo reducido de la muestra en la fase 2, al tiempo que estas dos fases pueden ser interpretadas como niveles sucesivos de actividades muy próximas en el tiempo. Por su parte, los materiales recuperados en estratos de la fase 6 de la secuencia de El Castro no serán considerados en estos análisis, pues son materiales removidos en el transcurso de las actividades agrícolas subactuales desarrolladas en este enclave.

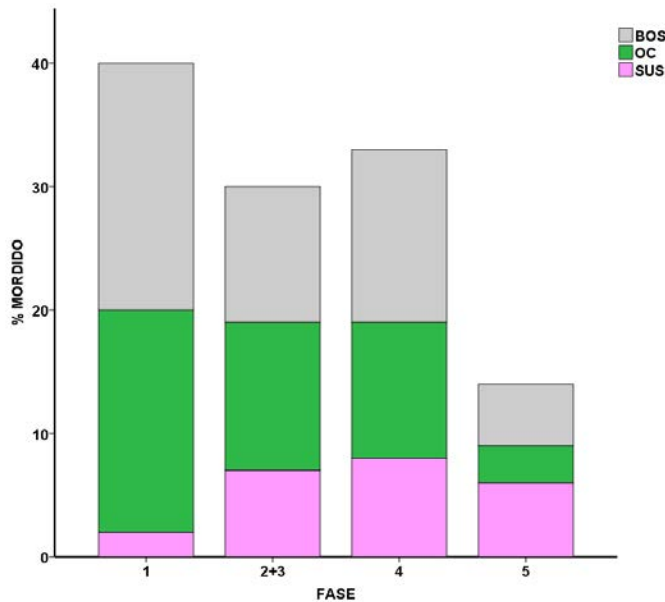


**Fig.9.69:** Relación entre los restos óseos identificados y no identificados por fases en la excavación de El Castro.

oveja/cabra (**Fig.9.68**). Entre los restos óseos recuperados en El Castro que han sido considerados de cerdo/jabalí, la variedad doméstica es probablemente la especie a la que se corresponden la mayoría de estos restos, visto que sólo fueron identificados restos de la especie salvaje en contados casos, considerando al mismo tiempo la escasa relevancia de las actividades venatorias en la cotidianeidad de la comunidad que se asentó en El Castro durante la Edad del Hierro. A pesar de todo, la muestra disponible para la fase 1 es bastante pequeña para obtener conclusiones firmes, ya que en definitiva sólo 178 huesos pudieron ser identificados a nivel de especie. Por ello, estos valores pueden estar derivados de algún tipo de sesgo no controlado. Así, los restos recuperados en los estratos correspondientes a esta fase aparecían muy fracturados, lo que se visualiza bien al calibrar el porcentaje de restos óseos que pudieron ser identificados, frente a los que no fue posible, o sólo se pudieron incluir en grupos genéricos (**Fig.9.69**). Igualmente reseñable es valorar la alta frecuencia de restos con marcas de origen animal (mordidos y con dentadas probablemente de perro) en esta fase 1, que por otro lado parece afectar en mayor proporción a los huesos de vacuno y ovicaprino que a los de porcino (**Fig.9.70**).

A partir de la fase 2 se observa un incremento progresivo de la cabaña vacuna y del ganado ovicaprino, mientras disminuye la presencia de restos de porcino. Entre los 71 restos óseos identificados como oveja/cabra en esta fase, 26 pudieron ser identificados a nivel de especie, correspondiendo 25 de ellos a oveja.

En la fase 3 prosigue el incremento del peso específico del ganado vacuno. A pesar de que los restos de ovicaprinos son aún más numerosos –con más de un tercio de los restos identificados entre las especies domésticas– si se considera el aporte cárnico que ofrecería el ganado vacuno se puede calibrar su relevancia destacada en la cabaña ganadera. Esta advertencia cobrará aún más valor en las fases más re-



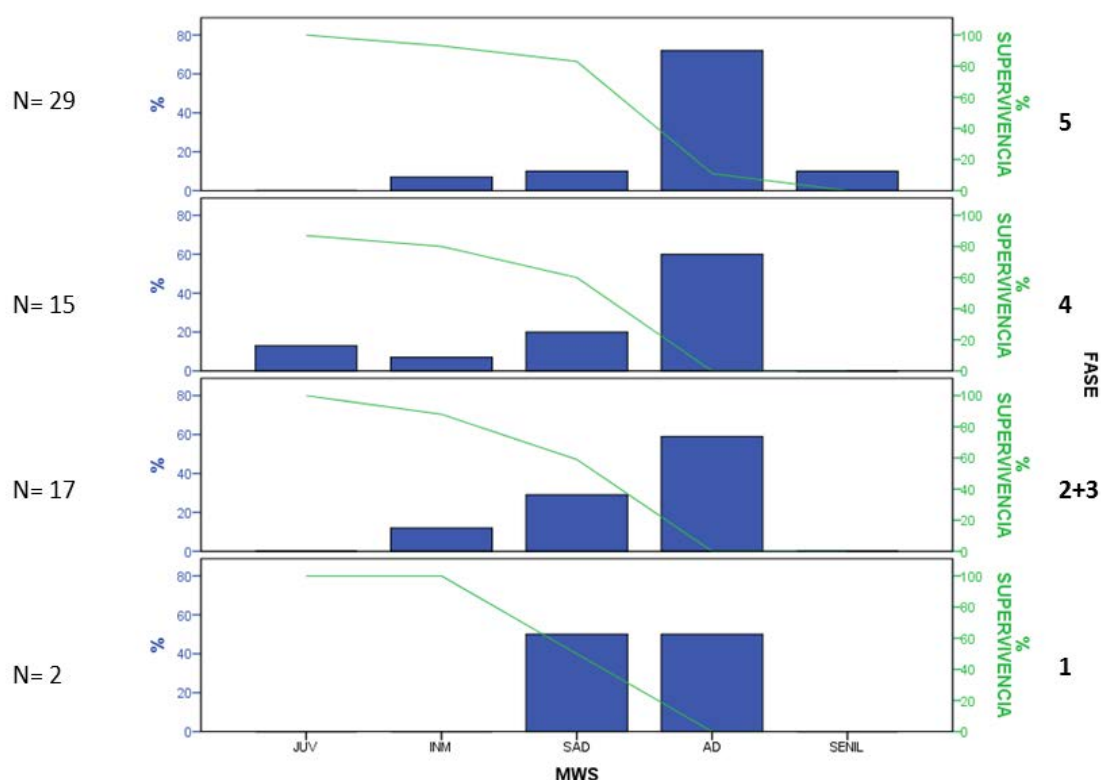
**Fig.9.70:** Presencia de marcas de dientes y mordidas de perro en los restos óseos por fases [Elaboración: Marta Moreno-García].

cientes de la secuencia, cuando más allá de esta consideración, las vacas serán el animal con más presencia en la colección arqueofaunística. De nuevo, al observar los restos identificados a nivel de especie entre los ovicaprinos, se observa un mayor peso de las ovejas, que prácticamente triplican el número de restos de las cabras.

La fase 4 formada por las unidades estratigráficas que coinciden con la construcción de las cabañas de la Segunda Edad del Hierro muestra por primera

vez en la secuencia al ganado vacuno como el conjunto de restos óseos más numerosos en la colección. Junto con el mayor aporte cárnico por animal que ofrece este tipo de animales, empuja a asumir un protagonismo destacado del ganado vacuno en los rebaños de los habitantes de El Castro durante la Segunda Edad del Hierro. Por detrás, los ovicaprinos se sitúan en segunda posición con una proporción que ronda el tercio del número de restos, siendo de nuevo la oveja más abundante que la cabra en los casos que se pudo discernir la especie en el conjunto de ovicaprinos. El ganado equino alcanza en esta fase su mayor cota de representación, que no deja de ser testimonial (5 restos que representan menos de un 1% del total de restos óseos identificados como especies domésticas). La presencia residual de esta especie en la colección arqueozoológica lleva a considerar, al menos, que los habitantes de El Castro no consumirían esta especie con fines alimenticios. Aunque esto no descarta su presencia en el paisaje circundante del poblado, considerando que quizá una vez muertos estos animales podrían recibir un trato diferencial en la deposición de sus restos. No en vano, esto sería coincidente con la realidad observada respecto a los cánidos domésticos, ausentes absolutamente en la colección recuperada en la excavación, y que sin embargo son omnipresentes a través de las marcas de dientes sobre una parte importante de la colección arqueozoológica de El Castro.

Para terminar, en la fase 5 se consolida el absoluto protagonismo del ganado vacuno, que alcanza una presencia del 57,8% entre los restos identificados de especies domésticas. Más aún, este dato aumentaría al considerar que la práctica totalidad de los restos óseos clasificados como macromamíferos no identificados (fragmentos de vértebras, costillas, cráneo, esquirlas de huesos largos, etc.) se corresponderían probablemente con esta misma especie, dado que entre las especies de mayor tamaño el ganado vacuno sería claramente predominante, al asumir la presencia residual del ganado equino. Mientras tanto, entre los restos óseos clasifi-

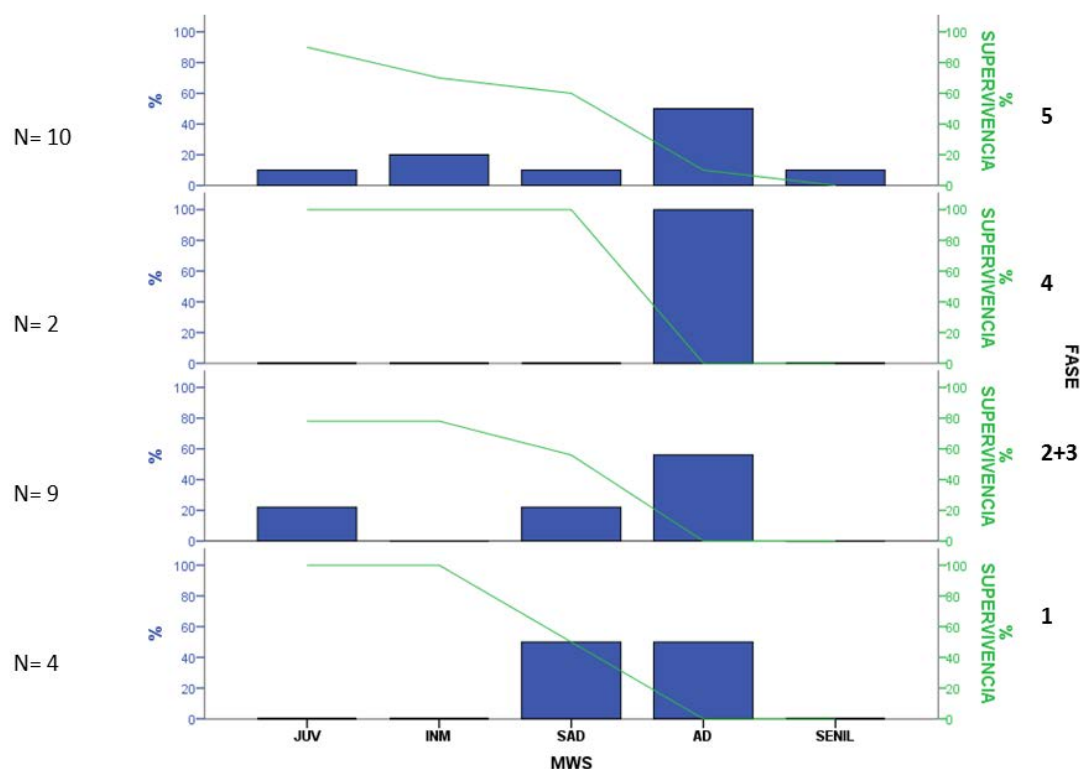


**Fig.9.71:** Perfil de mortandad del ganado vacuno de El Castu por fases. N es el número de mandíbulas cuantificado en cada fase. El porcentaje de supervivencia indica la frecuencia de animales vivos en cada uno de los grupos de edad definidos. JUV: jóvenes menores de 6 meses; INM: inmaduros entre 6-18 meses; SAD: sub-adultos entre 18-36 meses; AD: adultos y SENIL: animales viejos [Elaboración: Marta Moreno-García].

cados como mesomamíferos no identificados debemos repartir esos elementos entre ovicaprinos y suidos, aunque significativamente en esta fase estas piezas no clasificadas muestran un peso inferior al de los macromamíferos no identificados, lo que ocurre por primera vez en la secuencia. Así, los ovicaprinos disminuyen su presencia significativamente en esta fase, cediendo la segunda posición en la presencia de restos al ganado porcino. Una vez más, entre los restos identificados a nivel de especie el ganado ovino resulta más abundante que el caprino. El descenso drástico en las marcas de dientes presentes en los huesos de la fase 5 indicaría una menor exposición de los restos consumidos a los cánidos, que o bien estaban menos presentes en el poblado, no disfrutando quizá de fácil acceso a estas zonas intramuros para terminar de consumir los restos alimenticios desechados, o bien los procesos de formación de estos estratos derivaban en un enterramiento más rápido de los desechos domésticos.

En conclusión, la colección de restos arqueozoológicos recuperados en la parte alta de El Castu muestra la relevancia de las prácticas ganaderas en las formas de subsistencia de las comunidades de la Edad del Hierro. Los habitantes de esta aldea monumentalizada aprovechaban diferentes especies entre las que probablemente el caballo estaba ausente, o al menos no era empleado para el consumo humano de su carne. Por su parte, la lectura diacrónica de los datos por fases muestra el tránsito de

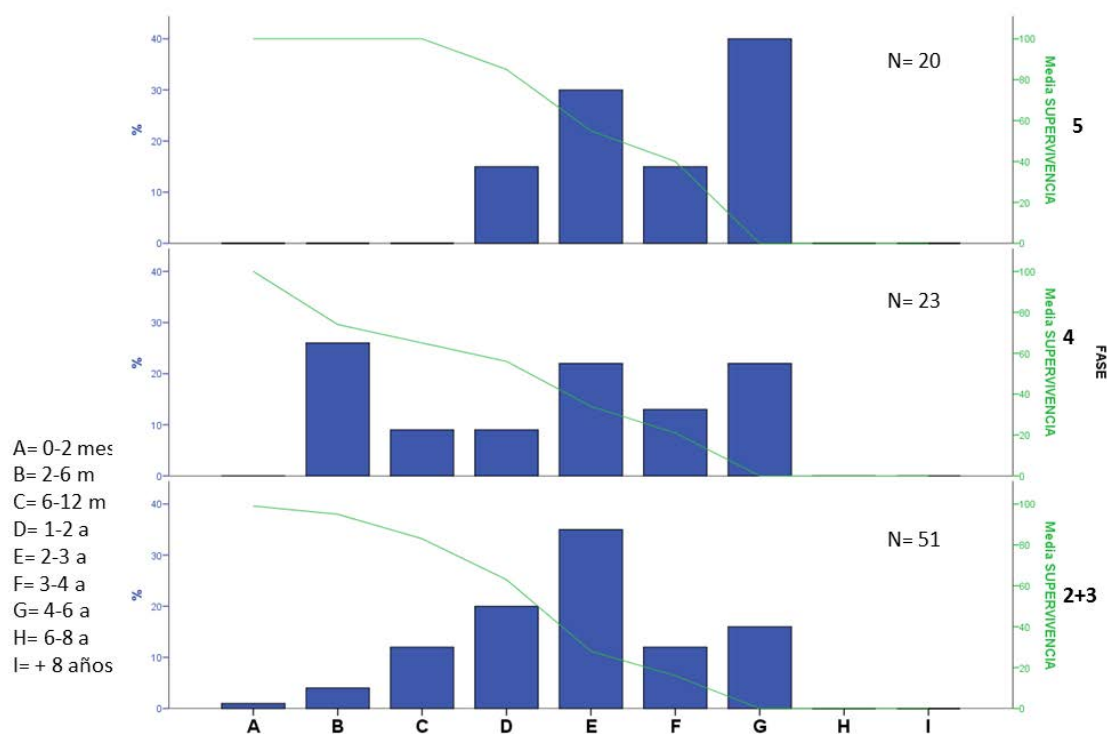




**Fig.9.72:** Perfil de mortandad del ganado porcino de El Castro por fases. N es el número de mandíbulas cuantificado en cada fase. El porcentaje de supervivencia indica la frecuencia de animales vivos en cada uno de los grupos de edad definidos. JUV: jóvenes menores de 6 meses; INM: inmaduros entre 6-18 meses; SAD: sub-adultos entre 18-36 meses; AD: adultos y SENIL: animales viejos [Elaboración: Marta Moreno-García].

una economía basada en la explotación mixta de las tres cabañas domésticas en la Primera Edad del Hierro hacia una fórmula ganadera en la que la ganadería del vacuno adquiere una relevancia notable a finales de la Segunda Edad del Hierro, así como en el breve lapso de tiempo ya en época romana en el que se mantendría ocupado este enclave.

La amplitud de la colección de restos óseos examinada en El Castro permite plantear análisis acerca de los manejos ganaderos por especies y fases a partir de los perfiles de mortandad por especies. En el caso del ganado vacuno, esto pudo realizarse a partir del estudio de las mandíbulas (**Fig.9.71**). Mientras en la fase 1 no contamos con restos suficientes para obtener conclusiones, en las fases 2, 3 y 4 se observa una tendencia clara del sacrificio de animales adultos, aunque también son sacrificados animales inmaduros y sub-adultos que no habrían llegado a desarrollarse totalmente. Este patrón respondería a un aprovechamiento diversificado de los recursos brindados por este tipo de ganado (leche, carne, estiércol y fuerza motriz). En cambio, durante la fase 5 se asiste a un incremento del sacrificio de animales en edad adulta, e incluso individuos seniles. Tal situación puede ser interpretada como resultado de la creciente importancia del ganado vacuno en el desempeño de labores agrícolas como bestia de tiro, aunque puede ser también un síntoma del aumento notable en el número de animales disponibles. Tal consideración puede verse reforzada a la vista del elevado número de restos óseos documentados en esta fase, así



**Fig.9.73:** Perfil de mortandad del ganado ovicaprino de El Castu por fases. N es el número de mandíbulas cuantificado en cada fase. El porcentaje de supervivencia indica la frecuencia de animales vivos en cada uno de los grupos de edad definidos. A: 0-2 meses; B: 2-6 meses; C: 6-12 meses; D: 1-2 años; E: 2-3 años; F: 3-4 años; G: 4-6 años; H: 6-8 años; I: +8 años [Elaboración: Marta Moreno-García].

como por su abrumador peso específico en la colección estudiada. No resulta demasiado atrevido llegar a considerar que en la fase 5 de El Castu sus habitantes bascularían sus manejos ganaderos hacia una cierta especialización en el ganado vacuno, frente a la mayor diversificación de fases precedentes.

El análisis de los perfiles de sacrificio de los suidos muestra un resultado más o menos constante, en el que los animales serían mantenidos con vida hasta el punto óptimo de su desarrollo corporal (**Fig.9.72**). Las criaturas serían entonces sacrificadas para su procesamiento y consumo cárnico. Esto implica que el régimen ganadero con esta especie consistiría en el mantenimiento de hembras para la cría, mientras se sacrificarían preferentemente los machos. En la fase 5 se observa un mayor consumo de animales jóvenes, aunque tal consideración debe contemplar la menor incidencia de los cánidos sobre los restos óseos de esta fase, por lo que podríamos aventurar que restos de estos perfiles de edades podrían haber desaparecido en fases previas por procesos tafonómicos, en este caso el consumo de estos restos óseos por parte de perros domésticos. Aunque también es posible plantear un cambio en el modelo de gestión de esta especie a finales de la Segunda Edad del hierro. No obstante, lo limitado de la muestra –sobre todo en alguna de las fases– lleva a tomar cautelas ante esta discusión.

Al igual que en las otras cabañas ganaderas, el perfil de mortandad de los ovicaprinos deriva en la consideración de modificaciones a lo largo de la secuencia cro-

	MTT		1ª falange		2ª falange	
	patol.	total	patol.	total	patol.	total
<b>Fase 1</b>	–	–	–	–	–	–
<b>Fase 2</b>	1	3	–	–	–	–
<b>Fase 3</b>	1	9	1	10	1	8
<b>Fase 4</b>	1	11	1	7	–	–
<b>Fase 5</b>	2	13	2	13	–	–

**Tabla 9.4:** Paleopatologías relacionables con el empleo del ganado vacuno en labores agrícolas: patologías identificadas respecto al total de restos de cada tipo de hueso. Datos distribuidas por fases. MTT: metatarsos traseros.

noestratigráfica (**Fig.9.73**). Descartada la fase 1 de la discusión por lo exiguo de la muestra, en la suma de las fases 2 y 3 se observa un pico de mortalidad elevado entre los 2 y 3 años, mientras que el sacrificio de animales más jóvenes indica un consumo cárnico preferente de estos animales, aunque este modelo también facilitaría el aprovechamiento de productos como la leche y quizá la lana a partir de las hembras criadoras. En la fase 4 el pico de mortalidad se concentra en animales de entre 2 y 6 meses, en los subadultos de entre 2 y 3 años, además de los plenamente adultos del estadio G. Estos datos prolongarían la diversificación productiva de las fases previas, aunque se atisba un aprovechamiento más intenso de la leche. Por último, en la fase 5 se observa una clara tendencia al sacrificio de animales adultos, una vez que su vida productiva se hubiera agotado. Esta observación insistiría en el protagonismo del ganado ovicaprino en esta fase de cara a la producción de leche y lana; y a la vez, concuerda con la pérdida de importancia del ganado ovino y caprino a lo largo de la secuencia en favor del ganado vacuno, que concentraría –junto con el ganado porcino– la producción de carne.

Por su parte, el análisis de los restos óseos de fauna reveló la presencia de ciertas patologías que amplían la información disponible sobre los manejos del ganado por parte de los habitantes de El Castre. Así, varios metatarsos traseros y primeras y terceras falanges de vacuno muestran paleopatologías relacionadas con el empleo de estos animales en trabajos agrarios, como la presencia de cóndilos asimétricos o falanges con exostosis (**Tabla 9.4**). Estas apreciaciones se muestran similares a lo observado en el bovino de otros castros del área general de estudio como La Campa Torres (ALBIZURI Y CANADELL 2001: 329). Estas evidencias fueron reconocidas en diferentes fases, lo que por un lado insiste en el desarrollo de las prácticas agrícolas de estas comunidades, así como en la integración de las actividades agrícolas y ganaderas en un modelo de aprovechamiento campesino del territorio.

La presencia del perro doméstico en El Castre no ha podido ser atestiguada de forma directa a través de sus restos óseos, como sí ha sucedido en otros castros del Noroeste peninsular como La Campa Torres (Xixón, Asturias) (ALBIZURI Y CANADELL 2001: 332; LIESAU y GARCÍA GARCÍA 2005: 264) o Neixón Grande (Boiro, A Coruña) (FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ 2005: 239-241, 2008: 243-244). No obstante, la abundante presencia de mordeduras y marcas de dientes sobre restos óseos de fau-

na constatan su presencia, así como la identificación de seis coprolitos de cánido en las UEs 3011, 3064 y 3069, todas ellas pertenecientes a la fase 3.

Además de los restos óseos de animales domésticos, la colección analizada en la parte alta de El Castru ofrece unos pocos fragmentos relacionados con animales salvajes, lo que permite valorar la relevancia de actividades como la caza o la pesca en la dieta de sus habitantes. Como anticipaba anteriormente, la primera observación se refiere a la presencia testimonial de elementos óseos de este tipo de animales. Únicamente aparecen 14 restos óseos de ciervo, 3 restos de corzo, 2 huesos individualizados con seguridad como jabalí entre los restos de suidos, así como 1 hueso de paloma torcaz –junto a otro de ave no identificado a nivel de especie–. Asimismo, es posible considerar que algunos restos de animales salvajes podrían formar parte de los no identificados, o que algunos huesos de cérvidos formarían parte del grupo contencioso de macromamíferos no identificados. No obstante, los datos de especies salvajes identificadas se mueven en cifras que nunca superan unas pocas décimas porcentuales respecto al resto de la colección arqueozoológica. Esto lleva a pensar en la caza como una actividad excepcional para la vida cotidiana de los pobladores de El Castru, con un papel marginal en las formas subsistenciales de esta comunidad de la Edad del Hierro. De hecho, la escasa presencia de estas especies debe ser aún más relativizada al considerar que buena parte de los restos de ciervo o corzo se corresponden con fragmentos de asta que podrían proceder de piezas de desmogue recolectadas en el entorno del poblado empleadas en la fabricación de mangos y utensilios diversos.

La nota singular en la colección viene derivada de la presencia de dos vértebras de pez recuperadas en la UE 3011 de la fase 3; un estrato que además de servir de basurero para las actividades metalúrgicas desarrolladas en torno a la cubeta Cu-1, también acogería desechos domésticos procedentes de las unidades domésticas de su entorno. Los restos, que aún no han sido estudiados en detalle, parecen corresponderse con alguna especie de salmónidos, como la trucha o el salmón. Así pues, serían las primeras evidencias para la región occidental cantábrica sobre el aprovechamiento piscícola de los cursos fluviales durante la Edad del Hierro (GONZÁLEZ GÓMEZ DE AGÜERO 2013: 342)<sup>118</sup>. No en vano, la cercanía del río Pigüena, en el que abundan las truchas e incluso los salmones en su tramo inferior inmediato a su desembocadura en el río Narcea, podría constituir el punto de origen de estos restos ictiológicos en El Castru. En definitiva, la pesca fluvial sería una actividad es-

<sup>118</sup> Sí contábamos, no obstante, con numerosas evidencias de la pesca marina en yacimientos castreños próximos a la costa, a través de los restos de ictiofauna en La Campa Torres (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 233) y El Campón del Olivar (RODRÍGUEZ LÓPEZ *et al.* 2005), así como por la presencia de anzuelos metálicos entre el repertorio material de poblados como El Picu'l Castru de Caravia (ESCORTELL PONSODA 1982: 74, fig.350; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 90), Mohías (MARTÍNEZ FERNÁNDEZ y JUNCEDA AVELLO 1968: 196) o La Campa Torres (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 131). Asimismo, en el valle del Duero contamos igualmente con testimonios relacionados con el aprovechamiento de moluscos dulceacuícolas en yacimientos de la Edad del Hierro y romanos (GONZÁLEZ GÓMEZ DE AGÜERO *et al.* 2014).



FASE	TOTAL N
<b>MAMÍFEROS</b>	
Caballo ( <i>Equus caballus</i> )	--
Vacuno ( <i>Bos taurus</i> )	43
Oveja/Cabra ( <i>Ovis/Capra</i> )	13
[Cabra ( <i>Capra hircus</i> ) ]	[6]
[Oveja ( <i>Ovis aries</i> ) ]	[--]
Jabalí/Cerdo ( <i>Sus scrofa/dom.</i> )	10
<b>Total domésticos</b>	<b>66</b>
Ciervo ( <i>Cervus elaphus</i> )	14
Corzo ( <i>Capreolus capreolus</i> )	3
<b>Total salvajes</b>	<b>17</b>
<b>Sin identificar</b>	
Macromamífero	53
Mesomamífero	43
No determinado	261
<b>Total</b>	<b>327</b>

**Tabla 9.5:** Restos arqueozoológicos (NR) recuperados en la UE 2012 (basurero extramuros de la terraza meridional de El Castro).

perable en una comunidad humanos sedentaria que aprovecharía la mayor parte de recursos disponibles de su entorno.

Además de la numerosa colección de restos óseos recuperados en la parte alta de El Castro, en el sondeo practicado en 2012 sobre la terraza meridional del cerro –al exterior del perímetro amurallado– se documentaron otros 540 restos óseos de fauna. De ellos, 327 pertenecían al basurero extramuros de cronología indeterminada, aunque relacionable con la ocupación del poblado (**Tabla 9.5**). En este conjunto, sobresale la representación del ganado vacuno, y resulta igualmente destacable la presencia de una cantidad reseñable de restos de ciervo y corzo. No obstante, el escaso número de restos disponibles en este estrato, de los cuales sólo 83 piezas pudieron ser identificadas a nivel

de especie, limita las posibilidades de análisis.

El análisis de los restos arqueobiológicos de El Castro constituyen el testimonio material de una comunidad campesina que desarrollaba un régimen de subsistencia diversificado. No obstante, las informaciones potenciales en este ámbito aún no han sido exploradas en su totalidad. Así, los estudios antracológicos de los restos de maderas y carbones recuperados durante la excavación aún han sido realizados. Respecto a los estudios palinológicos, estos tampoco han sido concluidos hasta el momento<sup>119</sup>, aunque su potencialidad informativa será reducida al disponer de escasas muestras procedentes de suelos u otros estratos en los que este tipo de estudios ofrecen mayores certidumbres. Igualmente, el no disponer de una secuencia palinológica de largo recorrido en algún depósito natural cercano al yacimiento supone una desventaja para interpretar los efectos de las actividades agrarias de los habitantes de El Castro sobre su entorno más inmediato. Por ello, sería muy interesante poder realizar este tipo de estudio en un futuro próximo. Por su parte, el estudio arqueozoológico de los restos óseos de animales aún se encuentra en curso de análisis, por lo que su avance ofrecerá informaciones interesantes que completarán la lectura aquí adelantada en relación, por ejemplo, a las tallas de las diferentes especies y su evolución a lo largo de la secuencia cronoestratigráfica del poblado.

<sup>119</sup> El equipo coordinado por José Antonio López Sáez del Grupo de Investigación de Arqueobiología (CCHS-CSIC) se encuentra en estos momentos procesando y estudiando varias muestras de sedimento obtenidas en las excavaciones de 2012 y 2013 de la parte alta de El Castro.

En conclusión, el modelo de subsistencia de los habitantes de El Castro se fundamentaría en una combinación de la agricultura cerealícola con una ganadería mixta de ganado bovino, ovicaprino y porcino que, paulatinamente, se iría especializando en el ganado vacuno. Además, diversas actividades complementarían la dieta de estas gentes, como la caza, la pesca y la recolección, aunque estas tareas supondrían un componente menor, quizá acotado en momentos puntuales del año en los que estos recursos complementarios serían más accesibles, como la temporada de desove de los salmones a finales del verano/comienzo del otoño, o la época invernal en la que este territorio acogería aves invernantes como las palomas torcaces.

Si analizamos estos datos globalmente en términos de paisaje, las formas subsistenciales de la comunidad que vivió durante varias generaciones en El Castro se relacionan con un modelo agrario que aprovecharía los variados recursos disponibles en el territorio que rodea esta aldea monumentalizada. El paisaje en torno al poblado ofrecería una imagen en mosaico, con campos de cereal y pequeñas huertas en su entorno más cercano, hacia las que se dirigirían las sendas o caminos más transitados por los habitantes de la aldea. Estos terrenos buscarían probablemente suelos ligeros fáciles de trabajar con la tecnología agraria entonces disponible, y serían sembrados con diferentes especies de cereales –tanto especies de verano como de invierno– buscando así no sobrecargar la capacidad regenerativa de los suelos, y minimizar al mismo tiempo los riesgos de pérdida de las cosechas derivadas de heladas tardías, tormentas o plagas. Como resultado del trabajo continuado del arado y la azada en ciertos espacios, así como del abonado por parte del ganado, paulatinamente se generarían transformaciones en los suelos, generándose gruesos horizontes A y B, a la vez que se producirían modificaciones geomorfológicas del terreno circundante al castro, con la formación de estructuras tipo *lynchet* (FOWLER 1983: 108-109). Así, pese a que las excavaciones desarrolladas en ámbitos próximos a El Castro –como en Las Corvas, Las Murias o L'Eirón– no documentamos estructuras agrarias fechables en la Edad del Hierro, no sería extraño poder documentarlas en su entorno a semejanza de algunos ejemplos bien conocidos en Galicia (PARCERO OUBIÑA 1999, 2006). No obstante, quizá en este caso los trabajos agrarios más recientes de cronología moderna y contemporánea habrían afectado a la conservación de esas trazas más antiguas (FERNÁNDEZ MIER y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013).

El ganado menor, compuesto por ovejas, cabras y cerdos, pasarían buena parte del tiempo en estos terrenos inmediatos a El Castro, aprovechando el alimento disponible en los campos de cereal recién segados, así como en los prados o espacios de monte bajo próximos al asentamiento. El ganado porcino aprovecharía además las áreas arboladas, que también servirían de fuente de abastecimiento de madera para la construcción y leña como combustible. Por su parte, los rebaños de vacuno pasarían los meses invernales en espacios de prados próximos al poblado, mientras que a partir de la primavera muy probablemente serían conducidos hasta espacios elevados hacia los que se desarrollaría algún tipo de movilidad estacional. En estos lugares, sería plausible asumir la existencia de asentamientos estacionales destina-

dos a auxiliar las tareas pastoriles y acoger a las personas encargadas de cuidar el ganado durante el verano (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011d), aunque carecemos por el momento de evidencias en el área de estudio que sujeten esta propuesta, lo cual se correlaciona en mi opinión con los vacíos investigadores que ya señalé al comienzo del trabajo en relación con las áreas montañosas del Occidente Cantábrico.

Los pastizales de mejor calidad en los pastizales de aprovechamiento estival serían destinados al alimento de las vacas y del ganado ovino. Mientras, las cabras se alimentarían en otras zonas con roquedos o mayores pendientes, sirviendo de línea de avance o mantenimiento de los pastizales, al alimentarse sin problema de matorrales y plantas que el ganado ovino o el vacuno no logra procesar. El incremento del peso del ganado vacuno en las fases 4 y 5 de la secuencia podría indicar en este sentido una importancia creciente de la trasterminancia relacionada con el ganado vacuno conforme avanzamos en la Edad del Hierro, lo cual se relacionaría asimismo con la consolidación del proceso antropizador del entorno de El Castro tras el esfuerzo y la energía invertida en este proceso por las sucesivas generaciones de sus habitantes. No en vano, el manejo mixto de las diferentes cabañas domésticas permitiría mantener abiertos estos espacios de pastos y ganar nuevas zonas frente a los principios naturales de sucesión ecológica, que continuamente impulsarían el avance del bosque y el monte bajo. En este sentido, el desarrollo de unas pautas ganaderas adecuadas a partir de la experiencia pastoril acumulada generación tras generación, junto con la realización de talas y quemas por parte de los grupos castreños, constituirían el principal elemento antropizador que conformaría los paisajes de la Edad del Hierro. Conviene remarcar que en este momento se introducirían novedades en las relaciones entre las comunidades humanas y su entorno –la sedentarización y la nuclearización de las formas de poblamiento, junto con el crecimiento demográfico– que discutiré más adelante y que determinarán la singularidad de esta fase histórica respecto a momentos precedentes de la Prehistoria reciente en el Occidente Cantábrico.

#### 9.1.4. Actividades artesanales

En las diferentes fases de ocupación identificadas en la secuencia de ocupación de El Castro existen contextos estratigráficos y restos materiales que constituyen los mimbres para comprender una serie de actividades productivas de sus habitantes que podríamos encuadrar genéricamente bajo el ámbito de las artesanías. Destacan por la cantidad de información disponible y por su relevancia a escala regional los contextos de trabajo metalúrgicos identificados en la fase 3, aunque también pueden realizarse consideraciones de interés sobre otras producciones, como la cerámica, los trabajos textiles o la cantería.



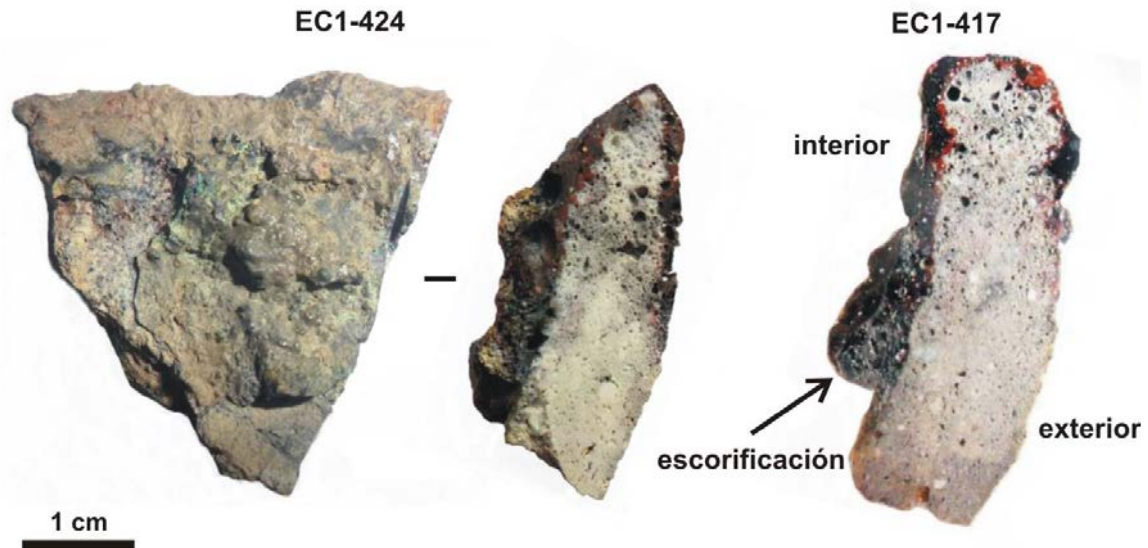
**Fig.9.74:** Corte realizado en la cubeta Cu-1 de manera perpendicular al perfil Noroeste de la cata durante la campaña de 2013. Se aprecia bien la estratigrafía de esta estructura metalúrgica, con los bloques de la UE 3065 trazando un arco perimetral en el tramo de mayor pendiente, el relleno terroso UE 3064, el lentejón rubefactado y de color rojizo UE 3010 sobre la "parrilla" UE 3063, y finalmente la arcilla amarilla UE 3007. La estructura se apoya en la muralla UE 3053.

### ■ *La metalurgia del bronce*

Una de los aspectos más interesantes documentados en las excavaciones arqueológicas de El Castro es la relevancia de las actividades metalúrgicas en la fase 3 de la secuencia. Como presentaba en el epígrafe correspondiente, fueron identificadas dos estructuras metalúrgicas para la reducción de cobre cuyo funcionamiento pudo ser datado en la Segunda Edad del Hierro. La cubeta denominada Cu-1 fue excavada por completo, derivando en un conocimiento detallado sobre sus características constructivas (**Fig.9.74**) y los procesos de trabajo puestos en práctica por los habitantes de El Castu en este espacio de trabajo artesanal. El estudio de las estructuras reconocidas, junto con el análisis detallado de los procesos de trabajo metalúrgicos a partir de los crisoles, escorias y materiales bronceos derivados del proceso (FARCI 2014), así como su contrastación con las evidencias análogas disponibles en el área más amplia de estudio, facilitan la lectura en clave social de estas actividades.

En el entorno de la cubeta Cu-1 fueron identificados materiales relacionados con las actividades metalúrgicas, como crisoles, escorias, gotitas de fundición, lingotillos y fragmentos de chatarra de bronce, así como una abundante presencia de carbones. Sin embargo, a la vista del registro arqueológico era difícil a priori discernir el tipo concreto de técnicas desplegadas en la cadena operativa metalúrgica de El Castu. Por ello, se realizó un estudio arqueométrico detallado de las evidencias disponibles, a partir de la observación macroscópica de los restos, la aplicación de fluorescencia de rayos-x por medio de un equipo portátil (pXRF), el análisis de las secciones transversales de los elementos metalúrgicos con microscopía óptica y el





**Fig.9.75:** Crisoles de la fase 3. Fragmento de crisol EC1-424 (UE 3011) de pasta blanquecina con escorificación gruesa en su cara interna y muestras de productos derivados de la corrosión del cobre (izquierda). Fragmento de crisol EC1-417 (UE 3011) con escorificación interna y poros hinchados, así como perlas metálicas y productos derivados de la corrosión de cobre (derecha).

estudio de muestras con un microscopio electrónico de barrido con energía espectrométrica dispersiva (SEM-EDS) (FARCI 2014)<sup>120</sup>.

En el transcurso de las excavaciones en El Castro fueron recuperados una treintena de fragmentos de crisoles. Generalmente, estos elementos fueron documentados en las UEs 3009 y 3011 de la fase 3; aunque algunos aparecieron en posición secundaria en niveles de fases posteriores como las UEs 3035, 3057, 3080 o 3085 (fase 4), la UE 3015 (fase 5) o incluso la UE 3018 (fase 6). La mayoría de estas piezas son bordes, que en algunos casos nos permiten recomponer la sección completa de estos elementos. Estos crisoles fueron elaborados a mano, utilizando normalmente una arcilla blanquecina seleccionada para este tipo de piezas, y sólo algunos ejemplos fueron realizados con pastas oscuras en las que se incluyeron arenas de cuarzo como desgrasante<sup>121</sup>. Normalmente, sus paredes tienen una anchura de entre 1 y 2 cm, con bases planas aún más gruesas. Respecto a las formas reconocidas, existen dos variantes: un primer tipo con formas abiertas y poco profundas que en apariencia son de mayor tamaño; y otro grupo en forma de copa y con paredes rectas ligeramente más delgadas. Todos ellos ofrecen un tamaño pequeño, con

<sup>120</sup> Esta investigación fue realizada por Carlotta Farci (2014) como caso de estudio de su disertación de máster «Investigating Bronze Production in the Iron Age of the Iberian Peninsula – A Case study: El Castro, Vigaña (Belmonte de Miranda, Asturias, NW Spain)» realizada en el marco del MSc in Technology and Analysis of Archaeological Materials del Institute of Archaeology de la University College London (Curso académico 2013/2014), bajo la dirección de Marcos Martín-Torres. Agradezco sinceramente la buena disposición y la ayuda prestada por ambos investigadores, así como las interesantes discusiones que han contribuido a ampliar el conocimiento disponible sobre las formas de vida de los habitantes de El Castro.

<sup>121</sup> Las diferencias en la selección de materias primas para confeccionar los crisoles podrían reflejar diversas composiciones de los metales en ellos procesados.

alturas de entre 3 y 5 cm. Los diámetros de sus bocas oscilan entre los 5 y los 10 cm, con capacidades de entre 80 y 100 cm<sup>3</sup>.

La cara interna de los fragmentos de crisol recuperados mostraba a simple vista una presencia abundante de escorificaciones oscuras, poros hinchados, concentraciones de cobre y otras pepitas metálicas; trazos todos ellos de su empleo en procesos metalúrgicos (**Fig.9.75**). El análisis pXRF confirmaría su empleo en estas labores para la producción de bronce, detectando de manera extendida la presencia de cobre, estaño y plomo en las superficies interna y externa de estas piezas. El fragmento de crisol EC1-417 elaborado con arcilla más oscura y arenas de cuarzo como desgrasantes mostró además la presencia de oro y plata, procedente de la UE 3011. Los análisis SEM-EDS confirmarían la presencia generalizada de cobre y estaño, confirmando su empleo generalizado en trabajos metalúrgicos para la obtención de bronce. La presencia de plomo en las gotas de metal es relativamente menor, y quizás se deba únicamente a impurezas en las materias primas empleadas.

Las vitrificaciones observadas en los bordes de los crisoles y sus paredes internas indican que el calentamiento de los crisoles en las cubetas se realizaría desde arriba, con carbón vegetal mezclado con la carga, y que las temperaturas superarían en algunos casos los 1200°C. Por su parte, los elementos que conservan parte de las bases sugieren que eran precalentados previamente antes de ser introducidos en las cubetas, donde serían recubiertos por cenizas y carbones candentes, tal y como sugiere igualmente el estudio de los crisoles de La Campa Torres (ROVIRA LLORENS Y GÓMEZ RAMOS 2001).

Los estudios arqueometalúrgicos también indican que probablemente el cobre y el estaño serían reducidos en conjunto desde formas minerales en el propio espacio metalúrgico de El Castre. Esto confirmaría la conducción de diferentes procesos metalúrgicos en este sitio, con fundición de minerales de cobre y estaño, así como cementación de minerales de estaño con cobre metálico o quizás con bronce amortizados para incrementar su contenido en estaño. Sin embargo, no se observaron evidencias claras de fundición de chatarra, lo cual resulta chocante ante la gran cantidad de pequeñas piezas o elementos fracturados de bronce que fueron recuperados en niveles de uso de la fase 3 como la UE 3012 o en la colada/basurero UE 3011 vinculada al funcionamiento de la cubeta Cu-1 (**Fig.9.76**). Además, ciertas muestras de las escorificaciones preservadas en algunos crisoles podrían indicar tal vez la incorporación intencional de plomo, aunque en otros casos las cantidades presentes hablarían más bien del aprovechamiento de minerales de cobre extraídos de veneros o menas polimetálicas. Esto podría derivarse de una tradición local arraigada en el Occidente Cantábrico desde el Bronce final, cuando las aleaciones ternarias presentes en productos como las hachas de talón y anillas sería uno de los rasgos definitorios que individualizarían las producciones de este territorio frente a las de regiones próximas como el valle del Duero (DE BLAS CORTINA Y FERNÁNDEZ MANZANO 1992: 404; MARÍN SUÁREZ 2009: 30).



**Fig.9.76:** Materiales bronceos recuperados en diferentes estratos de la zona alta de El Castro [Fotos: MH].

La riqueza en recursos minerales del área de estudio facilitaría el acceso a estos recursos por las comunidades locales. Las necesidades de producción bien podrían ser cubiertas a pequeña escala por parte de los mismos habitantes de El Castro, pues las materias primas son fácilmente accesibles en la región cantábrica, y a la vez la tecnología necesaria para llevar a cabo el proceso es relativamente sencilla (ROVIRA LLORENS 2002). Esto concuerda con el pequeño tamaño de los crisoles recuperados. Asimismo, el estudio de las escorias desvela el aprovechamiento de diferentes menas minerales en la producción de las aleaciones de cobre obtenidas en El Castro: no sólo se iniciaría su reducción desde óxidos cupríferos o casiterita, sino también, posiblemente, desde menas sulfuradas.

En conclusión, el estudio arqueométrico de los materiales relacionados con los niveles metalúrgicos de la fase 3 de El Castro, junto con el análisis de estos contextos arqueológicos, denotan la existencia de un taller metalúrgico de pequeño tamaño y producción a pequeña escala que colmaría las necesidades de este tipo de materiales para la propia comunidad del poblado. Las personas encargadas de estas labores no se limitarían a refundir y reciclar metales, sino que también se encarga-

	Fase 1	Fase 2	Fase 3	Fase 4	Fase 5	Fase 6
CTO 0			1		12	1
CTO 1			64	28	94	20
CTO 2					2	7
CTO 3						3
C.Mod						5
Loz.						16
Indet.					41	1

**Tabla 9.6:** Elementos cerámicos clasificados por las diferentes CTOs y referidos por fases de la secuencia cronoestratigráfica. CTO0: CTO Primera Edad del Hierro. CTO1: CTO indígena de la Segunda Edad del Hierro. CTO2: Cerámica común romana. CTO3: *Terra Sigillata*. C.Mod: Cerámica moderna. Loz.: Lozas. Indet.: Indeterminada.

rían de realizar procesos de reducción de minerales, incluyendo casiterita y posiblemente minerales de cobre, para generar distintas aleaciones. Además, tal y como es común en otros contextos de trabajo metalúrgico en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico, estos mismos artesanos se encargarían muy probablemente de realizar también trabajos metalúrgicos con otros metales como el hierro, e incluso con metales preciosos como el oro y la plata (FANJUL PERAZA Y MARÍN SUÁREZ 2006: 127; VILLA VALDÉS 2004: 256), lo cual ha sido claramente constatado en El Castro para la Segunda Edad del Hierro. Los niveles metalúrgicos de la fase 3 de El Castro se corresponden con un taller versátil, cuya actividad se fundamentaría en base a la amplia disponibilidad de minerales en su entorno, así como a la autosuficiencia a nivel de comunidad de las formas productivas y los modos de subsistencia de los grupos de la Edad del Hierro en las montañas cantábricas. Lo cual descarta otros modelos más complejos que fundamentarían los procesos metalúrgicos y la circulación de estos bienes a partir de redes especializadas con núcleos encargados de la extracción de los minerales cupríferos y su reducción preliminar, junto a talleres distribuidos en diferentes asentamientos centrados en la fabricación de los productos finales.

## ■ La cerámica

La excavación del sector intramuros del poblado fortificado de El Castro derivó en la recuperación de 295 fragmentos o concentraciones de cerámica en las diferentes fases de su secuencia cronoestratigráfica, además de otras 13 piezas recogidas en el sondeo abierto al exterior del recinto en la terraza meridional<sup>122</sup>. En general, se corresponden mayoritariamente con piezas de pequeño tamaño, muy fragmentadas y en precario estado de conservación, lo cual ha dificultado su estudio. Sólo en contados casos se ha podido recomponer porciones significativas de los cacharros, lo que ha mermado la potencialidad de estudio de este elenco de materiales.

Si descontamos los materiales de cronología moderna y contemporánea recuperados en la fase 6 (**Tabla 9.6**), la cerámica coincide en líneas generales con las

<sup>122</sup> En el análisis y estudio de los materiales cerámicos de El Castro he contado con la ayuda de Carlos Marín Suárez, a quien debo agradecer su colaboración en el dibujo y catalogación de las piezas.

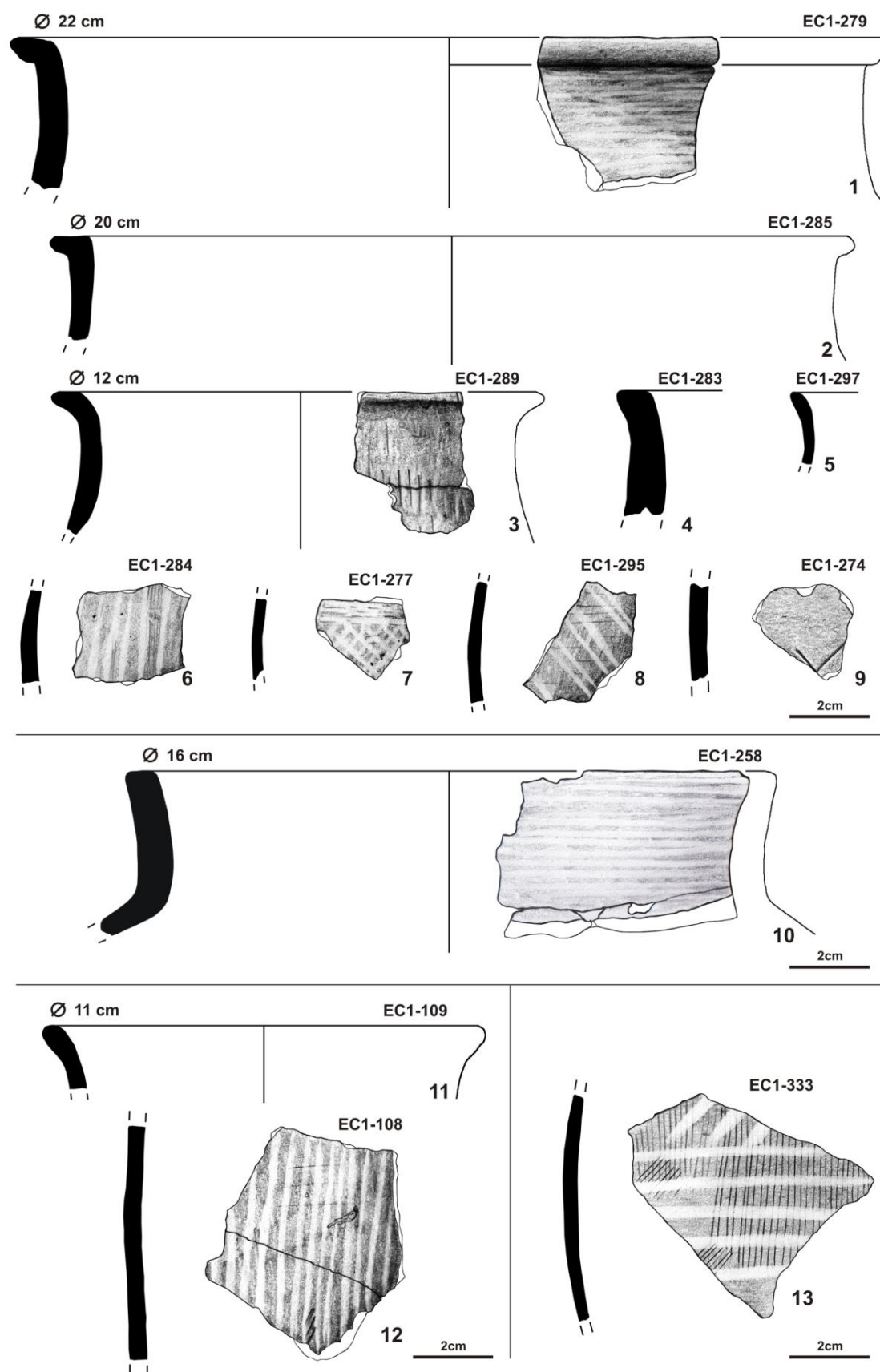


pautas propias de las Cadenas Tecnológico Operativas (CTO)<sup>123</sup> de la Edad del Hierro del área occidental cantábrica (cf. MARÍN SUÁREZ 2007, 2008, 2012; MARÍN SUÁREZ Y JORDÁ PARDO 2007). Únicamente, algunas piezas recuperadas en los niveles de tránsito dispuestos sobre el derrumbe o amortización de la muralla castreña en la fase 5 coincidirían con la CTO común romana, conforme se ha identificado en las fases más tempranas de ocupación de algunos poblados castreños –especialmente en el interior occidental de Asturias– en las primeras décadas del siglo I d.C. (cf. HEVIA GONZÁLEZ y MONTES LÓPEZ 2009), aunque en El Castro están prácticamente ausentes piezas de la CTO correspondiente a la *terra sigillata*, pues sólo algunos elementos muy rodados de la UE superficiales 3002 (piezas EC1-70, EC1-77 y EC1-245) podrían ser galbos de esta característica producción romana (**Fig.9.83-3**) cuyos repertorios mejor estudiados en poblados castreños de nuevo nos llevan a los castros de la parte alta del río Navia (MENÉNDEZ GRANDA y SÁNCHEZ HIDALGO 2014; SÁNCHEZ HIDALGO y MENÉNDEZ GRANDA 2005; VILLA VALDÉS *et al.* 2006), además de poblados como San Lluís (JORDÁ PARDO *et al.* 2014; MARÍN SUÁREZ 2007), Arancedo (FERNÁNDEZ BUELTA 1950; MARÍN SUÁREZ 2008) o La Campa Torres (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 1992, 1995, 1996).

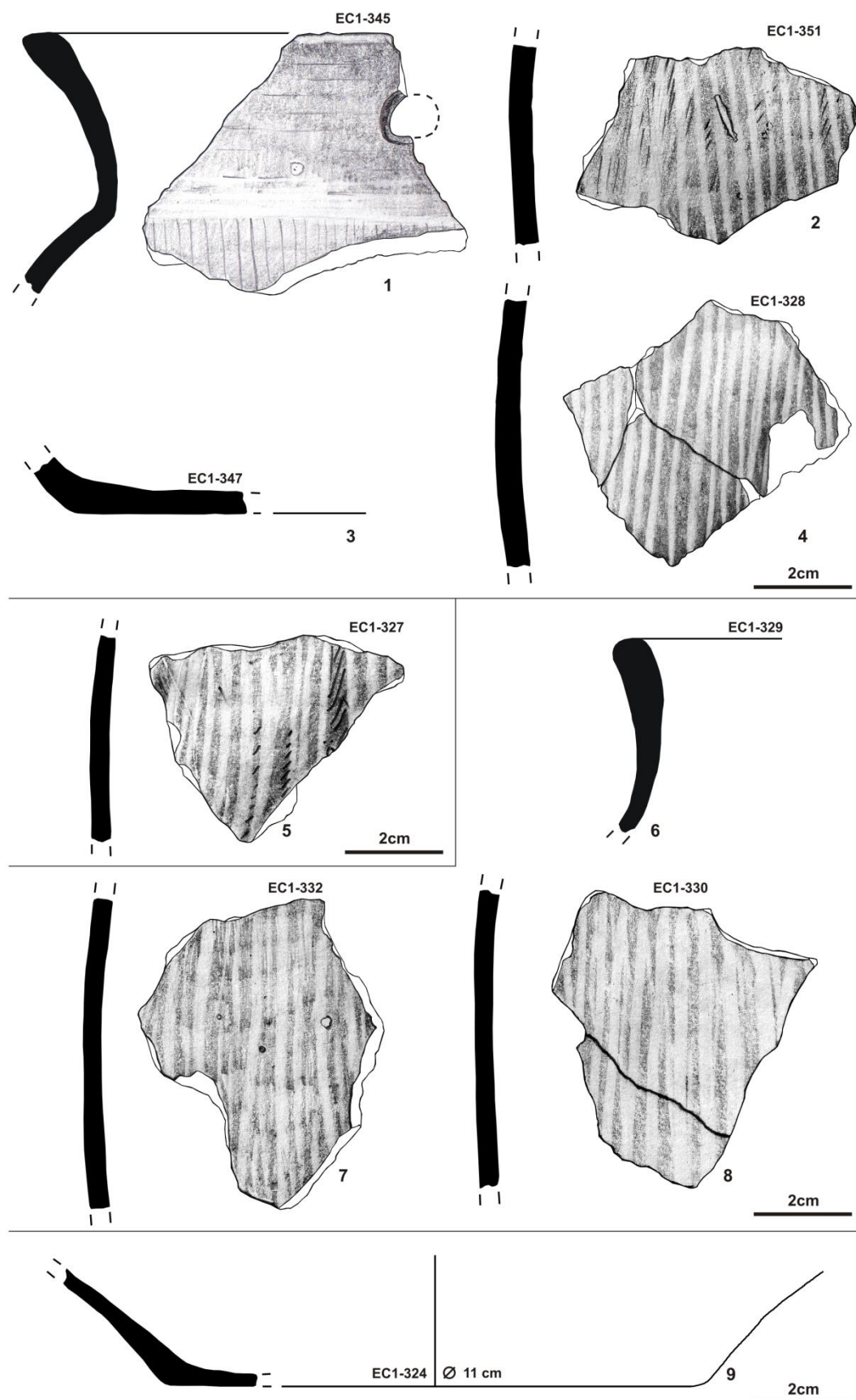
Significativamente, buena parte de los materiales cerámicos en El Castro proviene de los estratos de la parte de la secuencia correspondiente con la Segunda Edad del Hierro. Así, las mayores concentraciones de cerámica aparecen en la gran colada de basuras metalúrgicas y desechos domésticos UE 3011 de la fase 3, en los estratos que rellenan las respectivas zanjas de cimentación de las cabañas C-1 y C-2 erigidas en la fase 4, y especialmente en los niveles de tránsito exteriores a C-1 de la fase 5 como la UE 3015 o la UE 3041 que se sitúa sobre el derrumbe UE 3020 de la muralla del poblado. Es necesario clarificar que buena parte de estos materiales están depositados en posición secundaria en los estratos donde aparecen, formando parte de rellenos que fueron movilizados y aportados en el transcurso de procesos constructivos o de amortización de diferentes estructuras castreñas. Esto explica, por ejemplo, la alta fragmentación de las piezas, así como la dificultad por pegar y remontar porciones significativas de los recipientes cerámicos.

La distribución de los materiales por fases manifiesta igualmente la parquedad del registro en las fases más antiguas (fases 1 y 2). Así, la fase 1 muestra una ausencia total de materiales cerámicos, aunque en otros estratos de la secuencia han sido identificados algunos fragmentos cerámicos en posición secundaria cuyas características nos llevan a relacionar su filiación con la Primera Edad del Hierro. Por su parte, la fase 2 tampoco ofreció materiales de esta clase.

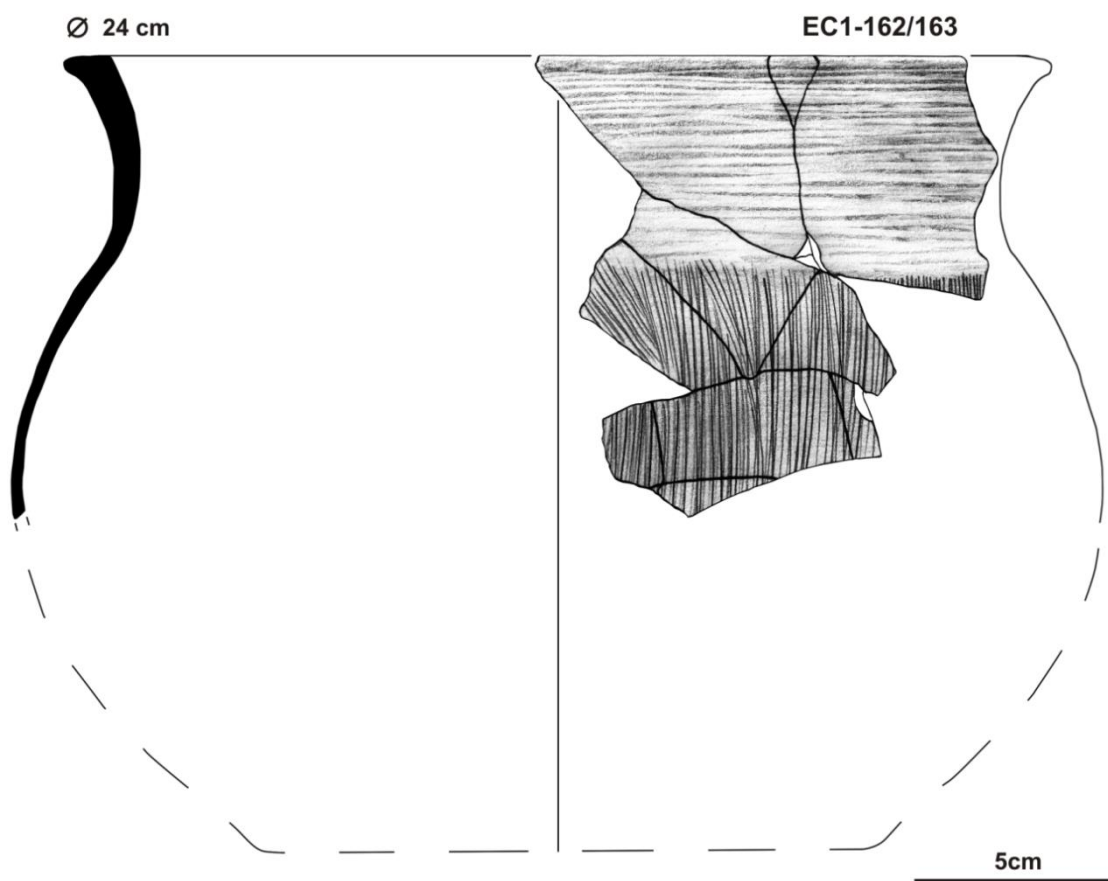
<sup>123</sup> La consideración de este marco de análisis de las Cadenas Tecnológico Operativas permite ir más allá de las meras cuestiones descriptivas de las piezas y llevar el análisis de producciones como las cerámicas al contexto social más amplio en el que estos elementos son fabricados, usados y descartados, sin que la obsesión por los materiales nos impidan ver no ya las manos, sino las personas que hay tras los objetos, y sus contextos culturales, sociales y políticos (COBAS FERNÁNDEZ y PRIETO MARTÍNEZ 2001; MARTÍN TORRES 2002).



**Fig.9.77:** Cerámicas de la fase 3 de El Castro asignables a la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro). 1-9: Varias piezas de la UE 3011. 10: Fragmento de borde flexionado y recto de labio aplanado «tipo Neixón pequeño» de la UE 3009. 11-12: Materiales de la UE 3012. 13: Pieza decorada recuperada en el relleno UE 3064.



**Fig.9.78:** Cerámica de la fase 4 de El Castre de la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro). 1-4: UE 3085. 5: UE 3080. 6-8: UE 3057. 9: UE 3051.



**Fig.9.79:** Olla remontada a partir de varios fragmentos (EC1-162/163) de la UE 3015 (fase 5) con perfil en «S» y borde exvasado curvo-plano con labio redondeado y decoración a base de líneas bruñidas horizontales por rotación en el cuello, sobre escobillado oblicuo y verticales en el cuerpo.

En la fase 3 contamos con un mínimo repertorio de materiales coherente a grandes rasgos con la cronología propuesta para esta sección de la secuencia, así como con las características generales de la CTO de la Segunda Edad del Hierro en este segmento de las montañas cantábricas (MARÍN SUÁREZ 2012) (**Fig.9.77**). Los recipientes cerámicos estarían fabricados a pequeña escala, probablemente en la esfera doméstica, siguiendo técnicas de rotación lenta a partir de la unión manual de colombinos. Encontramos unas producciones cuidadas con paredes no demasiado gruesas y decoraciones a base de líneas bruñidas horizontales (1, 4, 10), verticales (6, 12) o en retículas (8), así como combinaciones entre líneas bruñidas horizontales y en retículas (7, 13) que probablemente se repartirían respectivamente en los hombros y el cuello, y en la panza de las piezas, respectivamente. También se ha documentado un galbo con decoración de un triángulo inciso (9) similar a decoraciones frecuentes en cerámicas de La Campa Torres (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 175-177, figs.124-127). Las atmósferas de cocción de las piezas varían, aunque suelen ser mixtas, con ejemplos de cocciones más bien reductoras (1, 3, 6, 8-13) y predominantemente oxidantes en otros (2, 4-5, 7). En cuanto a los perfiles de las piezas, se corresponden mayoritariamente con ollas con perfil en «S», cuellos rectos y bordes planos (1-5), flexionados (10) o ligeramente exvasados curvos (11).



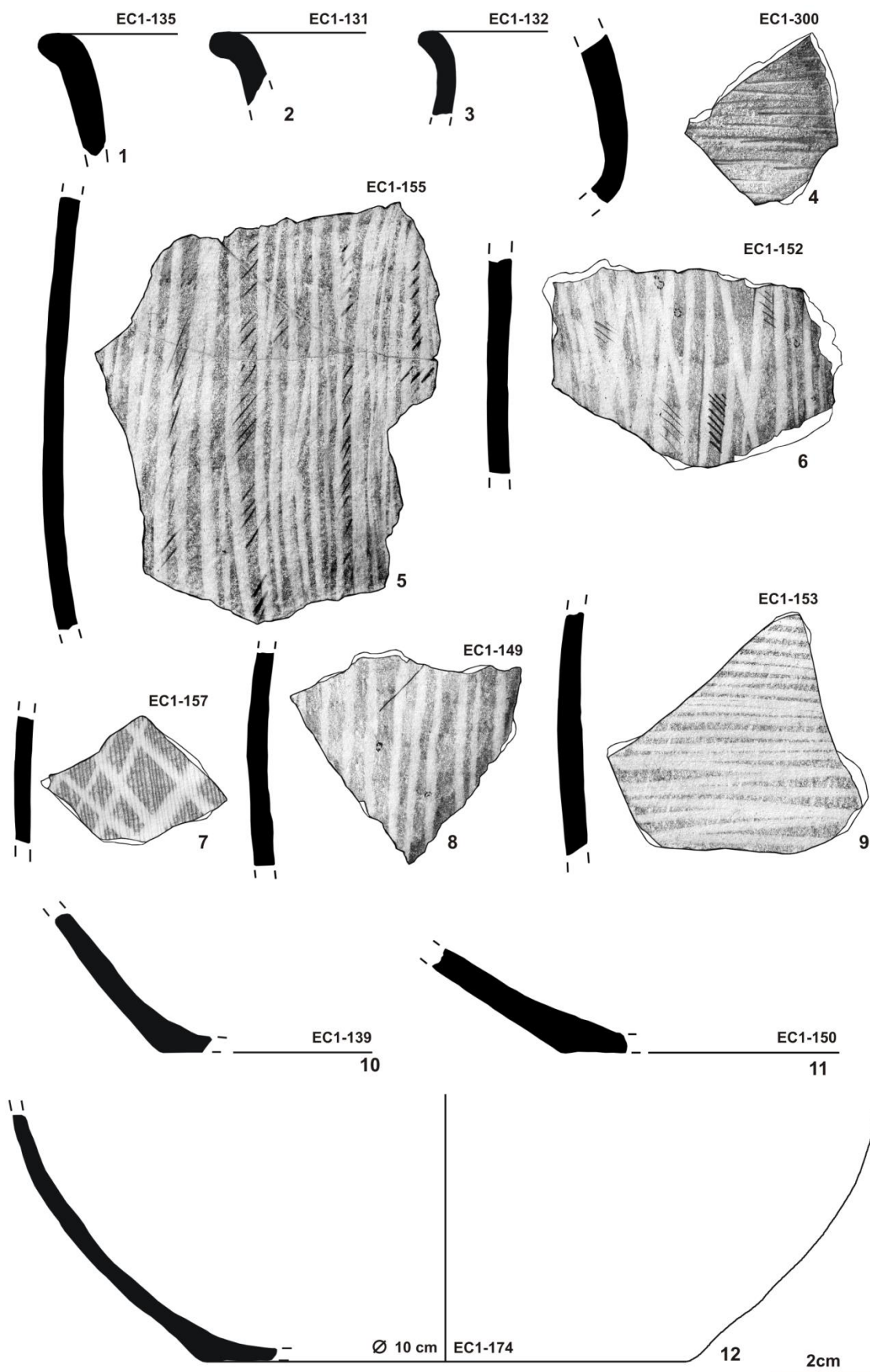
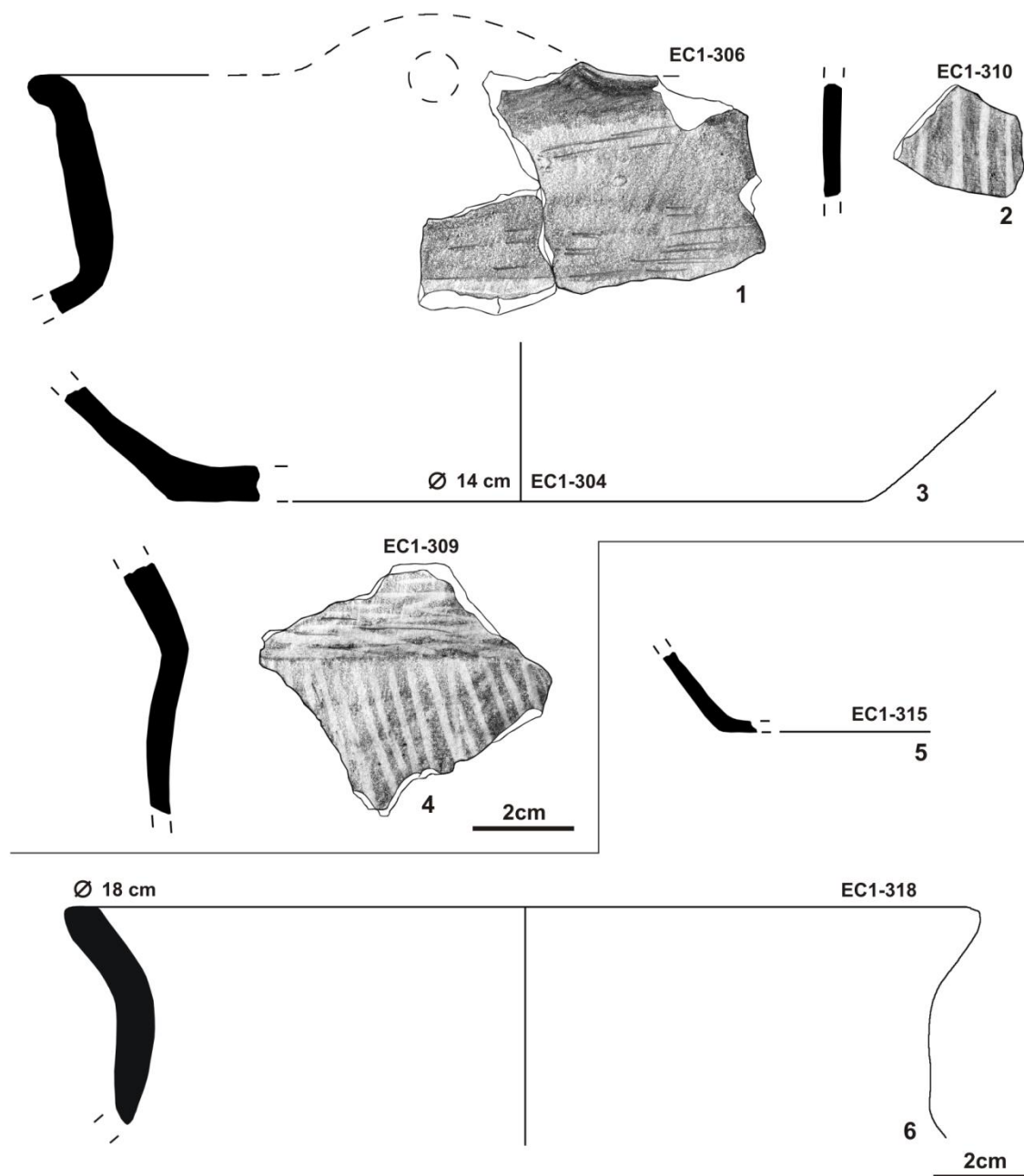


Fig.9.80: Cerámica de la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro) de la fase 5 de El Castu. 1-12: Piezas de la UE 3015.



**Fig.9.81:** Cerámica de la CTO 1 (Segunda Edad del Hierro) de la fase 5 de El Castu. 1-4: Materiales de la UE 3020. 5-6: Piezas de la UE 3026.

La cerámica recuperada en la fase 4 insiste en la tónica ya expuesta para la fase previa, coincidiendo plenamente con la misma tradición cerámica de la CTO prerromana (**Fig.9.78**). Así, aparecen decoraciones con líneas bruñidas verticales (2, 4-5, 7-9) y en algunas piezas se advierte un tratamiento superficial previo a base de escobillado (1, 4). En cuanto a las formas, dominan las ollitas con bordes rectos ligeramente exvasados (1), labios aplanados (6) y bases planas (3, 9). Además, se encuentran piezas con orejetas perforadas (1) típicas del grupo arqueológico denominado «taller de la Cuenca del Narcea/Zona suroccidental cantábrica» (MARÍN

SUÁREZ 2012: 180-182) y que, además de en estos niveles de la fase 4 de El Castro, encontraremos también en la fase 5.

La fase 5 ofrece el repertorio más extenso y diverso de materiales cerámicos, correspondiente en su mayoría con elementos de la CTO 1 prerromana. La UE 3015 contiene la parte más importante de esta colección cerámica, destacando especialmente algunas piezas que pudieron ser remontadas a partir de varios fragmentos para obtener perfiles casi completos (**Fig.9.79**). Entre las piezas recuperadas en este estrato (**Fig.9.80**), de nuevo encontramos ollitas y recipientes de cocina con perfiles en «S» y borde exvasado recto-plano de labio redondeado (1), exvasado curvo de labio redondeado (2) o exvasados curvo-plano de labio redondeado (3) y bases planas (10-12). Los materiales cuentan con decoraciones en su cara exterior a base de líneas bruñidas horizontales por rotación (1-2, 4, 9, 12), bruñidos homogéneos (3), líneas bruñidas verticales sobre escobillado oblicuo (5-6, 8), o líneas bruñidas oblicuas sobre escobillado vertical (7). En contados casos, muestran la aplicación de engobes (2).

Los materiales recuperados en los estratos que componen el derrumbe de la muralla (UEs 3020 y 3026) no muestran diferencias respecto a lo ya descrito (**Fig.9.81**). Así, continúan las formas tipo olla, con bordes rectos de labio aplanado (6) y bases planas (3, 5), con decoraciones en las que la técnica del bruñido es protagonista, ya sea mediante líneas horizontales por rotación (1, 3-4, 6), verticales (2) u oblicuas (4). De nuevo se comprueba una modulación diferencial en la decoración de las diferentes secciones de la pieza, con repertorios diferenciados entre el cuello y la panza de los recipientes (4). También son características las orejetas perforadas, que reciben bruñido (1) y que parece que resultan secciones especialmente frágiles, pues en la mayor parte de los casos aparecen fracturadas (**Fig.9.82**) mostrando esa rotura la manufactura de los recipientes a partir de colombinos. La cocción de todas estas piezas de las fases 4 y 5 son diversas, vislumbrando diferentes variedades en piezas con formas y decoraciones convergentes.

Para terminar el repaso del repertorio cerámico, en las fases 5 y 6 se pudieron recuperar unos pocos fragmentos cerámicos que se corresponderían ya con producciones de lo que se ha denominado CTO 2 o común romana, con piezas realizadas por rotación rápida y probablemente producidas en alfares instalados en los principales núcleos de población de época romana en el Noroeste peninsular (**Fig.9.83**). Contamos con ejemplos de común romana (2), así como platos que se corresponden con producciones características de los alfares de *Lucus Augusti* (ALCORTA IRASTOZA 2005) (1, 4) –en ocasiones cuentan con engobes rojizos fácilmente reconocibles (4)– que coincidirían con una serie de producciones frecuentes en los niveles iniciales de las fases romanas en algunos castros del interior occidental cantábrico como El Chao Samartín (HEVIA GONZÁLEZ y MONTES LÓPEZ 2009: 129-131; MONTES LÓPEZ y HEVIA GONZÁLEZ 2014: 220, fig.7).

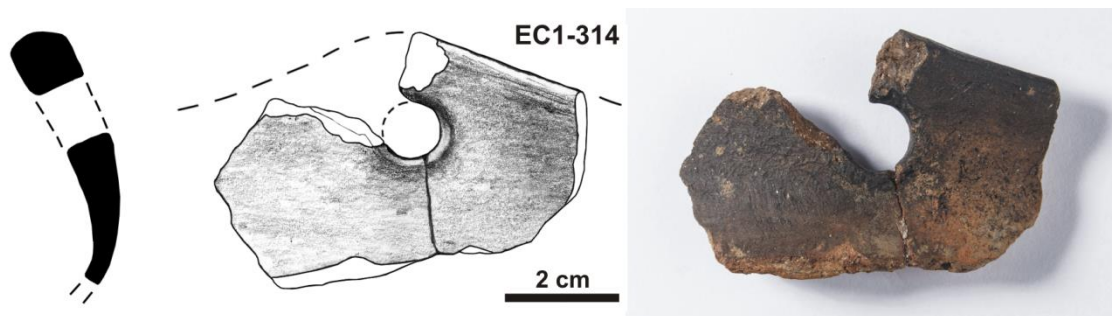


Fig.9.82: Fragmento cerámico de borde con orejeta perforada recuperado en la UE 3026.

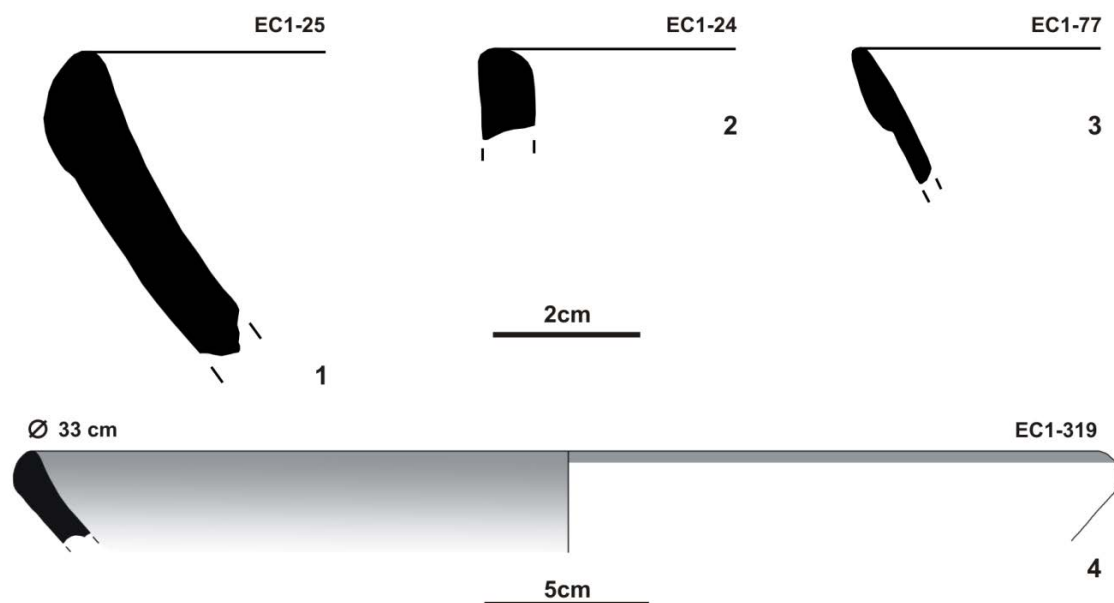


Fig.9.83: Cerámicas romanas de El Castru. 1-2: CTO “común romana” de la UE 3002 (fase 6). 3: Posible borde de *terra sigillata* recuperado en la UE 3003 (fase 6). 4: Plato “imitación de rojo pompeyano” de la CTO 2 hallado a techo de la UE 3041 (fase 5).

La identificación de piezas de *terra sigillata* (CTO 3) fue siempre dudosa (3) debido a que los fragmentos que coincidirían con sus características definitorias habían perdido su inconfundible engobe exterior por el alto rodamiento de las piezas documentadas en los niveles superficiales. Así es significativo que buena parte de las piezas asimilables a producciones romanas de las CTOs 2 y 3 apareciesen en los estratos de la fase 6 formados como resultado de los trabajos agrícolas desarrollados en El Castru a lo largo del siglo XX. Esto estaría confirmando que el final de la biografía de este poblado coincidiría con la ocupación de algunas de las estructuras domésticas erigidas en la fase 4 –como podría ser el caso de la cabaña C-1– que continuarían habitadas unas pocas décadas tras el cambio de era, ya con las defensas del poblado amortizadas.



### ■ Otras actividades artesanales

El registro arqueológico obtenido en las excavaciones de El Castro ofrece cierta resistencia para profundizar las actividades artesanales más allá de las producciones metalúrgicas y cerámicas. Asumiendo que producciones como la metalurgia o la fabricación de cerámica serían desarrolladas dentro del poblado –por especialistas a tiempo parcial en el primer caso y a escala doméstica en el segundo– resulta previsible considerar que otras actividades como la elaboración de textiles, la cestería, el tratamiento de pieles y el trabajo del cuero, la carpintería o la cantería serían también afrontadas en el poblado desde la esfera doméstica o la comunitaria.

No obstante, existen escasas o nulas apoyaturas para escrutar el desarrollo de estas actividades, pues por ejemplo únicamente fue recuperada una pesa de telar fabricada en piedra que, paradójicamente, apareció a techo de uno de los estratos más antiguos de la secuencia reconocida en El Castro –la UE 3102 de la fase 1, previa a la cabaña C-3– que únicamente fue documentado sin haber podido reconocer su naturaleza o composición (**Fig.9.84**). Con relación a la cestería, la carpintería o el trabajo con fibras vegetales, no tenemos más evidencias que la observación del empleo recurrente de materiales lúneos en la arquitectura doméstica, donde a buen seguro las cubiertas de las cabañas estarían realizadas con brezos o paja sobre arzones de madera –como era bien perceptible en los niveles de derrumbe y amortización de la cabaña C-3, así como el probable empleo de entretejidos vegetales con ramas de árboles y arbustos como el avellano para erigir las paredes de las cabañas, luego recubiertas de barro. Como objetivo de futuro, sería plausible esperar nuevos datos de interés como resultado del estudio antracológico de las muestras conservadas, por ejemplo en el nivel UE 3091 que amortizaba la cabaña C-3 de la Primera Edad del Hierro y en el que se recuperaron restos de maderas de considerables dimensiones<sup>124</sup>.

En la arquitectura doméstica, y también en los materiales de molinenda, observamos las destrezas de los habitantes de El Castro en los trabajos



**Fig.9.84:** Pesa de telar sobre canto rodado perforado hallada en la UE 3102 de la fase 1.

<sup>124</sup> En este sentido, en los últimos tiempos se están realizando interesantes trabajos que permitirían comprender mejor las formas de trabajar la madera de los grupos de la Edad del Hierro (e.g. MARTÍN SEIJO y CARRIÓN MARCO 2012).

de cantería, actividad que si bien ha sido convenientemente estudiada para la Edad del Hierro en otras zonas de la península como el occidente de la meseta (RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ 2012), carecemos de estudios monográficos en el Noroeste peninsular. En esta región sí ha sido en cambio un elemento de atención colateral al analizar por ejemplo la arquitectura doméstica (AYÁN VILA 2012a) o las obras de fortificación de los poblados castreños (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007: 294-297). En El Castro, ha sido interesante constatar cómo sus habitantes sacaron provecho de la propia geología del cerro sobre el que se establece el poblado, pues los materiales constructivos de la muralla o el zócalo de las cabañas C-1 y C-2 habría sido extraída probablemente del frente rocoso de cuarcitas que genera el primer tramo de pendiente hacia la ladera oriental de la colina,



**Fig.9.85:** Pequeña oquedad artificial abierta en el frente de cuarcita de la ladera oriental de El Castro donde se observan extracciones de piedra con cuñas de hierro de cronología indeterminada.

donde incluso se puede observar una pequeña cavidad artificial generada por estas actividades (**Fig.9.85**)<sup>125</sup>. En efecto, en este punto es posible aún hoy observar evidencias de extracciones de piedra empleando cuñas de hierro, aunque no obstante bien podrían ser evidencia de extracciones más recientes relacionadas con la construcción de las terrazas agrarias contemporáneas que modificaron la fisonomía del cerro ya en el siglo XX.

### 9.1.5. Síntesis

El Castro es un poblado fortificado fundado en la Primera Edad del Hierro con la construcción de una muralla de mampostería que rodea la parte alta del cerro. La excavación de un área de 60 m<sup>2</sup> en la parte alta de este castro ha derivado en el reconocimiento de una secuencia cronoestratigráfica compleja con sucesivas fases que alternan niveles de uso doméstico con cabañas (fases 1, 4 y 5) y espacios artesanales (fases 2 y 3). La secuencia cronoestratigráfica se prolonga a lo largo de toda la Edad del Hierro, con un dominio en la secuencia de estratos relacionados con la Segunda Edad del Hierro (fases 2-4). La ocupación de esta aldea monumentalizada concluiría en la fase 5, durante las primeras décadas del siglo I d.C., cuando el poblado perdería su carácter fortificado viendo cómo sus murallas serían amortizadas; poco tiempo

<sup>125</sup> Sobre este aspecto, agradezco las consideraciones sobre el terreno de Jesús Rodríguez Hernández.

después, el asentamiento de El Castu sería abandonado. No será hasta los siglos XIX-XX cuando de nuevo se reconozcan actividades antrópicas en este cerro (fase 6) con el establecimiento sobre la ruina castreña de pequeñas parcelas aterrazadas para el cultivo, que en la actualidad han sido abandonadas.

El estudio de la secuencia arqueológica reconocida en El Castu ha sido posible gracias al concurso de investigadores procedentes de disciplinas diversas. La investigación se ha desarrollado en un marco de diálogo interdisciplinar con el establecimiento de discusiones abiertas alrededor de unos objetivos comunes. Esta estrategia ha permitido exprimir al máximo las informaciones ocultas en el registro estratificado de este yacimiento, lo cual ha sido posible al ser extremadamente puntillosos con la correlación cronoestratigráfica de las muestras arqueobiológicas analizadas. Así, el análisis y la discusión de los datos arqueobiológicos –referidos siempre a sus contextos estratigráficos– ofrece una detallada comprensión diacrónica de la biografía de estas comunidades y de los procesos de antropización a lo largo del tiempo. Esto contrasta –de ahí mi insistencia– con muchas de las investigaciones desarrolladas previamente en otros castros del Occidente Cantábrico. De manera extendida, los estudios arqueozoológicos de algunos yacimientos son presentados sin referencias precisas a las fases o niveles a los que pertenecían los restos –como sucede en estudios referentes a los castros de Llagú (ADÁN ÁLVAREZ 2003; LIESAU y GARCÍA GARCÍA 2002) o La Campa Torres (ALBIZURI Y CANADELL 2001)–. Incluso, algunos de los estudios palinológicos realizados a partir de muestras obtenidas en estratos arqueológicos han sido publicados sin tan siquiera incluir referencias claras a la secuencia cronoestratigráfica del yacimiento –como sucede en El Chao Samartín (GIL GARCÍA *et al.* 2003) o en El Castiello de Llagú (FOMBELLA BLANCO y GARCÍA-ROVÉS FERNÁNDEZ 2006)–. En definitiva, la inclusión de especialistas de diversas disciplinas en los proyectos arqueológicos no sirve de mucho si en paralelo no se establece un escenario de diálogo abierto y en doble dirección que genere una agenda compartida de trabajo.

Las gentes que vivieron en este poblado a partir de la Primera Edad del Hierro desarrollaron un modelo agrario fundamentado en la complementariedad entre la agricultura y la ganadería. En el entorno inmediato de El Castu, se establecería un mosaico de campos con aprovechamientos agrarios diversos en los cuales se cultivaban diferentes tipos de cereales de verano e invierno de variedades desnudas y vestidas, junto a terrenos en los que se alimentaría al ganado doméstico. Los limitados datos carpológicos disponibles no respaldan la realización de una lectura lo suficientemente detallada para advertir modificaciones de las prácticas agrícolas a lo largo de la secuencia, matices que sí advertimos al analizar los más numerosos restos arqueozoológicos.

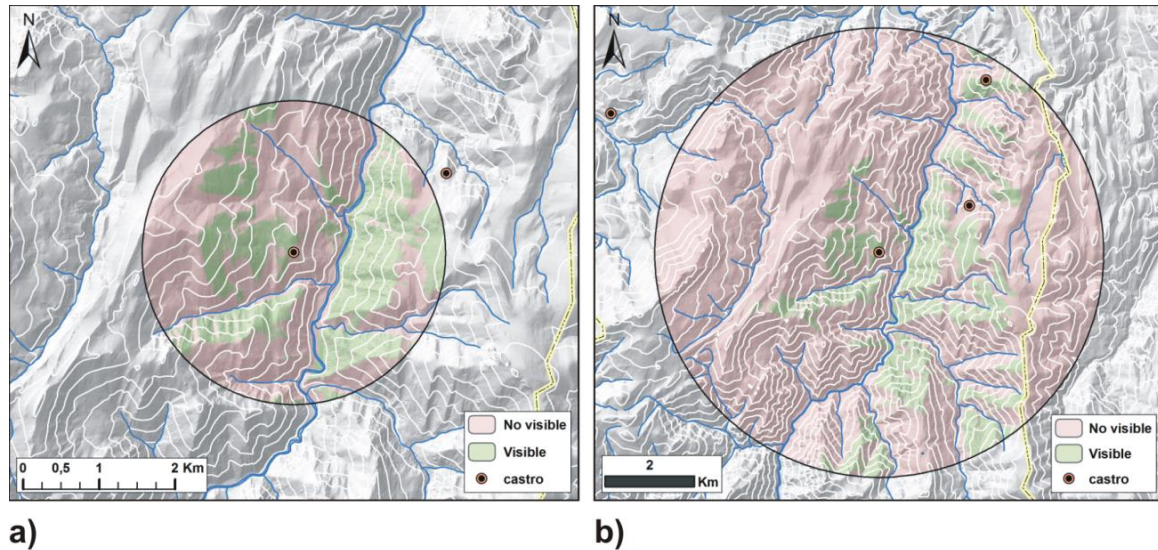
En efecto, los restos óseos de fauna recuperados en las sucesivas fases del poblado invitan a contemplar una tendencia progresiva hacia la especialización ganadera en torno a la cabaña vacuna. Así, los rebaños de los habitantes de El Castu estarían conformados en la Segunda Edad del Hierro mayoritariamente por reses de

ganado vacuno –con un peso que aumentaría conforme avanza el período–, frente a una relación más equilibrada respecto a las cabañas porcina y de ovicaprinos en las fases más antiguas. Los rebaños serían manejados según un régimen de pastoreo trasterminante que muy probablemente obtendría provecho de los diferentes ecotopos accesibles en torno a esta aldea sedentaria en función de las significativas diferencias altitudinales que ofrece la geografía de esta zona montañosa. Por su parte, actividades como la recolección de frutos silvestres, la caza o la pesca fluvial complementarían el régimen subsistencial de estas gentes, aunque su peso sería claramente menor, probablemente ligado a momentos puntuales del ciclo estacional con gran disponibilidad de este tipo de recursos.

La comunidad que habitó El Castro a lo largo de la Edad del Hierro desarrolló un régimen de vida que puede ser definido fundamentalmente por la autosuficiencia. Los datos disponibles en la secuencia del poblado no sólo indican que la producción agrícola y ganadera colmaría las necesidades subsistenciales de sus habitantes, sino que además, actividades como la manufactura de productos metalúrgicos, cerámicos, textiles... quedaría también cubierta a escala del poblado. En el mismo sentido, las excavaciones no han identificado materiales alóctonos que pudiesen estar relacionados con intercambios de larga distancia. Por lo tanto, es presumible imaginar una fuerte cohesión comunitaria de las gentes de este poblado, cuyos referentes identitarios más robustos descansarían en la propia comunidad, y cuya organización sociopolítica pivotaría también sobre la esfera local, con la autonomía como rasgo más sobresaliente.

El Castro sería una aldea monumentalizada gracias a la selección de un enclave destacado en la topografía de su entorno y a la realización de obras defensivas que enfatizarían su prominencia en el paisaje (**Fig.9.86**). La conducción de estas obras defensivas y su mantenimiento a lo largo del tiempo sería un esfuerzo emprendido por la comunidad en su conjunto: una materialización de la unidad social, política y económica del grupo, así como del peso identitario del poblado en su cosmografía. El dispositivo defensivo/monumental sería, en definitiva, una inversión de esfuerzo colectiva que reforzaría hacia el interior los lazos intracomunitarios de la población de El Castro mediante la experiencia constructiva en sí misma (PARCERO OUBIÑA 2005). Ante consideraciones de este tipo, conviene recordar el carácter sedentario de poblados como El Castro, frente al régimen itinerante que caracterizaba a los grupos de la Edad del Bronce que les precedieron en este territorio montañoso. Si en momentos previos de la Prehistoria reciente el ámbito funerario sería monumentalizado, con los megalitos ejerciendo como repositorio identitario y referente territorial de los grupos, tras el tránsito a la vida sedentaria en la Edad del Hierro se producirá un cambio radical, invisibilizándose la muerte y monumentalizándose los poblados, que en adelante serán los principales soportes identitarios de los grupos humanos y referentes recurrentes de su vida cotidiana.





**Fig.9.86:** Visibilidad del poblado de El Castro en un radio de 2 km (a) y 5 km (b).

La importancia de los dispositivos defensivos/monumentales en la primera fase de ocupación de El Castro cobra relevancia si consideramos una paradoja observable de forma generalizada en la arquitectura de los castros del Noroeste peninsular y área cantábrica (AYÁN VILA 2013: 43). Los constructores de estos asentamientos conocen bien el uso de la mampostería como técnica constructiva, tal y como demuestran en la construcción de las murallas más tempranas de los poblados castreños a comienzos de la Primera Edad del Hierro<sup>126</sup>; sin embargo, la arquitectura doméstica es ejecutada mayoritariamente con madera y barro. Si se asume que la mampostería pudiera ser una técnica altamente valorada –pues era un dispositivo sólo empleado en los lienzos de las murallas castreñas que materializaban hacia fuera el prestigio de la comunidad en su conjunto– podríamos entender cómo las casas –que pueden ser contempladas como la materialización de las identidades familiares– adoptaban sin embargo técnicas menos nobles, sin las connotaciones simbólicas y sociales de prestigio que estarían adosadas a la mampostería. Precisamente, la arquitectura castreña trataba de reforzar esa unidad interna eliminando o enmascarando las posibles diferencias intracomunitarias para subrayar lo que les unía como agregación social. Esto concuerda con la metáfora propuesta por Alejandro Haber (HABER 2011a: 26-27) para comprender la esfera doméstica de sociedades indivisas como «sedimento», frente a la concepción de «monumento» que estaría aquí ligada a la esfera comunitaria, materializándose esa monumentalidad en las murallas, lo cual sirve de guía para calibrar la importancia de la comunidad en la configuración de las identidades de la Edad del Hierro.

Al mismo tiempo, el monumental dispositivo defensivo de El Castro compuesto por dos fosos y una muralla reflejaría material y visualmente hacia el exterior la identidad compartida de sus habitantes. Lo cual visibilizaría la importancia en tér-

<sup>126</sup> La muralla del recinto inicial de El Chao Samartín, construida en madera (VILLA VALDÉS y CABO PÉREZ 2003), sería una excepción a esta observación.



**Fig.9.87:** Vista de la terraza reconocible en la ladera Noreste de El Castro, inmediatamente bajo el reborde más alto de la muralla del poblado, que podría albergar una ocupación aún no explorada ni confirmada de esta aldea monumentalizada.

minos sociales y políticos del agregado poblacional local, confrontándolo respecto a las colectividades castreñas del entorno más próximo. Tal y como han manifestado algunos autores (GONZÁLEZ GARCÍA *et al.* 2011; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007; MARÍN SUÁREZ 2011a; SASTRE PRATS 2008), la asunción de este código explícitamente relacionado con la guerra –construyen fosos defensivos y murallas, al fin y al cabo– alejaría las tensiones internas de la comunidad hacia el exterior, enfatizando un enfrentamiento más retórico que real respecto a otras comunidades vecinas (GONZÁLEZ GARCÍA 2009). Este proceso daría forma a un paisaje social fragmentado, donde las tensiones sociales y políticas más cortantes se producirían entre las comunidades vecinas, que habitarían en castros de tamaños, contingentes poblacionales y territorios agrarios con dimensiones similares... Todo ello desdibujaría las tensiones internas de los grupos, que mantendrían una isonomía social aparente hacia adentro, mientras se minimizaba o dificultaba el ascenso en términos de relevancia social o económica de familias o personas determinadas en el seno de cada castro.

Por último, el análisis de la secuencia reconocida en El Castro nos ofrece también lecturas diacrónicas sobre algunos aspectos, entre los que cabe destacar las transformaciones en la trama urbana del poblado. Así, y pese a la escasa extensión reconocida arqueológicamente del espacio interno, se observa cómo un área probablemente marginal del poblado –considerando su situación sobre el arranque de la pendiente y su ubicación alejada de la presumible entrada desde la zona Suroeste del poblado a través de los fosos– sería progresivamente ocupada con una mayor



densidad, que en la fase 4 llenaría espacios antes vacíos, desplazaría actividades artesanales preexistentes e incluso debería invertir grandes esfuerzos para consolidar un espacio inestable para levantar la construcción C-2. Esta observación podría llevarnos a considerar un mínimo incremento en la densidad de ocupación del poblado, quizá relacionado con un crecimiento poblacional de esta pequeña comunidad. Este proceso, que puede ser observado en multitud de castros del Occidente Cantábrico, podría haber llevado incluso a ocupar zonas aún inexploradas de las laderas de El Castru (**Fig.9.87**), en un proceso observable por ejemplo en el poblado próximo de El Castru de Alava.

## 9.2. El paisaje castreño en un área de montaña: el valle del Pigüeña y la comarca de Babia durante la Edad del Hierro

La extensión de las formas de vida sedentarias, la elección de un formato poblacional caracterizado por su monumentalidad, así como un previsible aumento demográfico<sup>127</sup> hacen que la presencia de las comunidades castreñas en el registro arqueológico del Occidente Cantábrico sea bien palpable. De este modo, los castros son yacimientos arqueológicos fácilmente reconocibles en las montañas cantábricas, con una distribución que alcanza densidades significativas en ciertas zonas. Además, los castros y la Edad del Hierro han constituido uno de los principales focos de atención para las investigaciones arqueológicas en el área general de estudio en las últimas décadas (FERNÁNDEZ-POSSE 1998; MARÍN SUÁREZ 2004), así como uno de los referentes pretéritos más presentes sobre el pasado prehistórico de estos territorios para el público actual (ALONSO GONZÁLEZ y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013; MARÍN SUÁREZ 2005a; MARÍN SUÁREZ *et al.* 2012) (**Fig.9.88**). El área de estudio seleccionada en la escala intermedia de esta investigación no escapa a esta situación y, pese a lo abrupto de este territorio y a la presencia de zonas con una elevada altitud media, la cuenca del Pigüeña y la comarca de Babia albergan hasta 23 yacimientos que pueden ser catalogados como castros con relativa seguridad.

Es importante, antes de proseguir con este epígrafe, hacer notar el tono condicional implícito en la anterior oración. En efecto, de considerar únicamente las evidencias disponibles en superficie, los castros no son enclaves que puedan ser identificados de manera inequívoca. Por un lado, las condiciones geomorfológicas y climáticas de las montañas cantábricas suponen un problema para el reconocimiento de los yacimientos arqueológicos sobre el terreno. El crecimiento de la vegetación, el desarrollo de procesos erosivos u otros fenómenos naturales distorsionan las características constructivas de los sitios pretéritos, impidiendo su fácil categorización, o siquiera su mera localización. Además, la intensa biografía de los paisajes

<sup>127</sup> El incremento en el número de poblados con ocupaciones conocidas para la Segunda Edad del Hierro, así como su mayor tamaño y densidad constructiva (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007, 2008c; MARÍN SUÁREZ 2011a; VILLA VALDÉS 2007d) evidencian un crecimiento poblacional a lo largo del I milenio a.C. en el Occidente Cantábrico.



**Fig.9.88:** La *Anaparástas* del castro de Coaña de Antonio García y Bellido sigue (1942) constituye una imagen ampliamente extendida de los poblados castreños de la Edad del Hierro cantábrica que aún hoy nos sirve para ilustrar estas aldeas monumentalizadas.

culturales cantábricos desde el término de la Edad del Hierro ha transformado profundamente el terreno en muchas zonas. Por ello, los espacios otrora ocupados por antiguos castros han podido sufrir afecciones derivadas del aprovechamiento agrario de sus ruinas, la reincidencia del poblamiento en estos lugares o el desarrollo de actividades extractivas a lo largo de los últimos dos milenios. Factores antrópicos de este tipo alteran, esconden o incluso hacen desaparecer las trazas de algunos poblados castreños<sup>128</sup>. De todo esto se desprende lo dificultoso que en ocasiones resulta identificar la existencia de un yacimiento arqueológico de tipología castreña únicamente a través de la inspección arqueológica superficial de los enclaves sospechosos.

Lamentablemente, ésta ha sido una situación con la que me he encontrado de manera recurrente en el área de estudio, donde varias localizaciones ofrecen dudas razonables sobre la efectiva existencia de trazas constructivas antiguas relacionadas con poblados fortificados de la Edad del Hierro. En algunos casos, como La Bra-

<sup>128</sup> Pese a la monumentalidad y a la prominencia de estos enclaves, no han sido pocos los castros desaparecidos total o parcialmente en el Occidente Cantábrico, entre los cuales quizá uno de los casos más sangrantes –y recientes– lo encontramos en la destrucción de El Castiellu de Llagú, en el entorno de Uvieú, durante las décadas de 1990 y 2000, como resultado de la extensión de una cantera de áridos (ESTRADA 1997; MORO VALLINA 2007: 95) que alimentaba la vorágine de la burbuja constructiva del estado español (OBSERVATORIO METROPOLITANO 2013; RODRÍGUEZ LÓPEZ y LÓPEZ HERNÁNDEZ 2011).



ña'l Castru en Almurfe (Miranda), terminé por descartar tales yacimientos por lo endeble de las evidencias consideradas, y en otros ejemplos, como El Cogollu en La Rebolada (Somiedu), mantuve su consideración –no sin reservas– durante la realización de esta investigación.

A todo esto se le añaden las dificultades por categorizar con facilidad la naturaleza de determinados restos materiales presuntamente relacionados con los recintos fortificados de la Edad del Hierro. Así, bajo la etiqueta «castro» se enmascaran en ocasiones otro tipo de evidencias arqueológicas que adoptan formatos similares y pueden llevar a engaños. No en vano, muchos yacimientos arqueológicos con emplazamientos elevados y que muestran dispositivos defensivos han sido categorizados como castros. Sin embargo, estos enclaves pueden ser en verdad expresiones materiales tan diversas como castillos medievales, torres tardorromanas, trincheras y fortines de conflictos armados recientes, campamentos romanos altoimperiales o estructuras agrarias subactuales, entre las opciones más frecuentes<sup>129</sup>. Otras veces, la simple existencia de un topónimo relacionable con el vocablo «castro» sobre un lugar elevado ha llevado a la consideración contenciosa de estos lugares como yacimientos.

Estas situaciones responden fundamentalmente a las motivaciones que condicionan la elaboración de los inventarios y cartas arqueológicas de las instituciones públicas encargadas de la gestión y conservación del Patrimonio cultural (FANJUL PERAZA 2005: 13-14; FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ 2009: 7-10; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2011a: 231-232; MONTERO GUTIÉRREZ 2006-2007: 267-268; VIDAL ENCINAS 2015: 26-28). Obviamente, para estas instancias resulta conveniente considerar y catalogar todos los yacimientos dudosos ante la prevención de que efectivamente pudieran serlo. Sin embargo, esta preocupación ha terminado por convertir la etiqueta «castro» en un verdadero cajón de sastre de los inventarios arqueológicos de territorios como Asturias o León. Lo cual, genera un problema a la hora de emplear esos documentos gestores como punto de partida de investigaciones como ésta.

<sup>129</sup> Como respuesta a estas situaciones, algunos investigadores hablan de “reocupaciones” de castros, extremo con el que no estoy de acuerdo, pues lleva a demasiadas confusiones. Creo que el impulso investigador desarrollado en el Noroeste peninsular y la orla cantábrica durante los últimos 25 años ha puesto de relieve que el concepto «castro» lleva pareja una definición sociológica relativa a la vida de una comunidad campesina en la Edad del Hierro con unas características sociales y culturales definitorias que les son propias. Por ello, que un lugar previamente ocupado por una de estas comunidades sea tiempo después elegido para el desarrollo de otro tipo de actividades, no implica que el castro renazca o sea reocupado, sino que ese emplazamiento recibiría otro tipo de ocupación diferente, superpuesta a la castreña en la rica y compleja biografía de ese emplazamiento.

### 9.2.1. Los poblados castreños del área de estudio

La investigación del fenómeno castreño en el área de estudio dio comienzo en el tercio central del siglo XX<sup>130</sup>, con la catalogación de algunos de los castros presentes en la zona de Babia por César Morán (1949, 1956-1961), mientras que José Manuel González (1952a, 1966, 1973a, 1978) prospectaba y documentaba unos pocos poblados en la vertiente septentrional del área de estudio. En la década de 1980 daría comienzo el proceso de catalogación de yacimientos arqueológicos por municipios en la actual Asturias, dentro de los Inventarios Arqueológicos realizados a instancias de la Consejería de Cultura del gobierno autonómico. De este modo, se reconocerían paulatinamente los municipios de Salas (RODRÍGUEZ OTERO y CAMINO MAYOR 1989), Miranda (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997) y Somiedu (ESTRADA GARCÍA 2000b). En el lado leonés del área de estudio, la realización de estos catálogos municipales fue posterior, pues en Castilla y León se apostó en un primer momento por realizar los Inventarios Arqueológicos Provinciales, que en el caso de León serían sólo parcialmente realizados y publicados (e.g. MAÑANES 1977a). Por ello, los inventarios por municipios de Cabrillanes (TERRA ARQUEOS 2004-2005a) y San Emiliano (TERRA ARQUEOS 2004-2005b) son más recientes.

Al mismo tiempo, cabe destacar las investigaciones conducentes a la obtención del doctorado por parte de José Luis Maya (1987-1988, 1989) y Margarita Fernández Mier (1999)<sup>131</sup>. Sus trabajos fueron desarrollados de forma previa a la realización de alguna de las prospecciones previamente citadas, examinando respectivamente el poblamiento castreño de Asturias en su conjunto y del valle del Pigüña en particular. El primer trabajo se corresponde con una puesta en orden de los conocimientos arqueográficos disponibles en aquel momento, por lo que se refiere en algunos momentos a poblados o materiales arqueológicos incluidos en esta área de estudio. La segunda investigación fue planteada como un estudio territorial y del poblamiento entre los siglos I-XIII d.C. en el valle del río Pigüña, por lo que la autora reconoce en su realización varios yacimientos castreños hasta entonces desconocidos, ampliando notablemente la nómina de los poblados conocidos en la zona.

En la primera década del siglo XXI ve la luz un catálogo de los castros de Asturias que también examina los enclaves existentes en el valle del Pigüña (FANJUL PERAZA 2005), aunque en él se establecen unas condiciones demasiado severas sobre la efectiva catalogación de los castros. Este autor termina por descartar muchos poblados cuyos rasgos formales, tal y como se comprobó en el cercano municipio de Salas (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2007), se mostraban lo suficientemente claros como para no tener ni una mínima duda sobre su efectiva caracterización como recintos

<sup>130</sup> No por ello los castros y otros yacimientos arqueológicos pasarían hasta entonces desapercibidos. Al margen de la Academia y de los sistemas cultos de generación de conocimiento, estos enclaves eran protagonistas fundamentales del folklore campesino y su tradición oral (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011a).

<sup>131</sup> Esta tesis doctoral fue leída en la Universidad de Oviedo en 1995, siendo publicada con posterioridad.

castreños adscribibles a la Edad del Hierro. Además, diferentes estudios realizados a la vista de los catálogos ya referidos ofrecen síntesis a escala regional que sirven para contextualizar el poblamiento castreño de la vertiente septentrional del área de estudio (CAMINO MAYOR 2002, 2005; RÍOS GONZÁLEZ y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS 1998, 2001; VILLA VALDÉS 2007d, 2008a) pues, como ya advertí al comienzo de la tesis, son escasos los trabajos que exceden los límites administrativos contemporáneos en sus acercamientos a la Edad del Hierro (MARÍN SUÁREZ 2011a).

Por su parte, al sur de la Cordillera Cantábrica cabe destacar el estudio sobre el poblamiento antiguo y medieval de la montaña central leonesa de José Avelino Gutiérrez González (1985) en forma de Memoria de Licenciatura. En su desarrollo, este investigador identificó y estudió buena parte de los castros reconocibles en la zona de Babia, generando una síntesis de las tipologías defensivas para los recintos castreños de su área de estudio (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1986-1987). También son importantes trabajos a una escala regional más amplia que abordan la Edad del Hierro de la provincia de León (CELIS SÁNCHEZ 1996; MAÑANES 1988; VIDAL ENCINAS 2015) ante la falta de desarrollo de la Arqueología de la Edad del Hierro en el tercio norte del territorio leonés<sup>132</sup>. No obstante, en la última década se han emprendido dos proyectos interesantes en la montaña cantábrica leonesa –La Peña del Castro, en La Ercina (GONZÁLEZ GÓMEZ DE AGÜERO *et al.* 2015) y la realización de excavaciones en tres castros del municipio de Villablino (RUBIO DíEZ y MARCOS HERRÁN 2010)– que, sin duda, arrojarán mucha luz sobre este territorio tan necesitado de informaciones arqueológicas para la Edad del Hierro.

Además de estos trabajos de catalogación y síntesis regionales, en el área de estudio no se habían realizado al inicio de esta investigación intervenciones arqueológicas en castros, más allá de las prospecciones mencionadas. Por lo tanto, las lecturas cronológicas y culturales sobre estos yacimientos castreños deben ser referidas necesariamente al conocimiento establecido para el ámbito más amplio del Occidente Cantábrico, donde los poblados castreños presentan una vigencia temporal entre el siglo VIII cal a.C. y el siglo II d.C. (CELIS SÁNCHEZ 1996; JORDÁ PARDO *et al.* 2009; MARÍN SUÁREZ 2011a; VILLA VALDÉS 2002b, 2007d).

Por otra parte, la lectura del paisaje castreño del área de estudio a ambos lados de la Cordillera Cantábrica puede apoyarse igualmente en yacimientos excavados en zonas próximas, como los castros de El Picu La Forca (Grau) (CAMINO MAYOR *et al.* 2009), La Cogollina y La Garba (Teberga) (FANJUL PERAZA *et al.* 2009), La Laguna, La Muela y La Zamora (Villablino) (RUBIO DíEZ y MARCOS HERRÁN 2010), El Chano (Perranzanes) (CELIS SÁNCHEZ 2002b; LÓPEZ MARCOS *et al.* 2004), Llarón (Cangas del Narcea) (MAYA GONZÁLEZ y DE BLAS CORTINA 1983) y San Lluís (Ayande) (JORDÁ PARDO *et al.* 2014). Además de las informaciones arqueológicas, deben ser consideradas las lec-

<sup>132</sup> El escenario es diferente en lo que respecta a otras zonas mejor estudiadas, como el Bierzo o la zona montañosa en su límite con Zamora (CELIS SÁNCHEZ 2003; FERNÁNDEZ-POSSE y SÁNCHEZ-PALENCIA 1988; SÁNCHEZ-PALENCIA 2000; SÁNCHEZ-PALENCIA y FERNÁNDEZ-POSSE 1985).

turas paleoambientales proporcionadas por las secuencias polínicas tomadas en depósitos naturales.

Tras revisar los catálogos e inventarios arqueológicos disponibles para el área de estudio, atender a la literatura existente y realizar comprobaciones sobre el terreno de los yacimientos previamente citados –así como de nuevas localizaciones susceptibles de acoger recintos castreños– he considerado la existencia de 23 castros en este territorio. Esta nómina de sitios incluye a los yacimientos cuyas características formales ofrecen pocas dudas sobre su caracterización como castros que, no obstante, continúan latentes en unos pocos casos.

Las características fundamentales que he tomado en consideración para identificar este tipo de yacimientos son su localización en elevaciones o espolones de sierras destacados sobre el terreno más inmediato, además de la existencia de dispositivos defensivos como murallas, fosos y taludes defensivos en los lados más accesibles de estos asentamientos. También valoré la disponibilidad de espacio suficiente al interior de los recintos para la instalación de las unidades domésticas propias de las comunidades castreñas, la presencia de derrumbes, así como la existencia de materiales arqueológicos vinculables a la Edad del Hierro. Otros argumentos, como los topónimos del tipo «El Castru», «El Castiello», «Peña Sulcastro», «La Corona»... o la memoria local sobre tradiciones orales del folklore referidas a los míticos moros, tesoros o hallazgos fortuitos de materiales arqueológicos fueron también considerados. No obstante, este tipo de evidencias sirvieron más bien de apoyo o confirmación de otras informaciones, o bien de llamada de atención para dirigir mis pasos hacia determinados enclaves en el transcurso de las labores de prospección.

Muchos de los yacimientos considerados no ofrecen duda alguna sobre su filiación castreña, como los casos de El Castru de Alava, El Castru de Ondes, el recinto de Penaguda en Bueinás, El Castro de La Majúa o El Pico Sulcastro de Quintanilla de Babia, por citar algunos ejemplos. Todos ellos muestran localizaciones previsibles en el poblamiento castreño de las montañas cantábricas, disponen de perímetros amurallados fácilmente reconocibles o fosos defensivos de clara factura castreña, mientras que al interior existe espacio suficiente para el desarrollo arquitectónico característicos de estas comunidades, se observan derrumbes o se conocen materiales procedentes de estos lugares.

En otros casos, la suma de factores terminó por ofrecer una seguridad a mi juicio notable sobre su adscripción, de lo que resulta buen ejemplo El Castiellu de Santuchanu. Este yacimiento del municipio de Somiedu se ubica sobre un pequeño espolón que se asoma sobre el río Pigüña en un tramo relativamente encajado del valle, situado bastante bajo respecto al citado curso fluvial. El espacio interior del recinto no es excesivamente grande, con unos ejes mayores de 75x45 m en la planta alargada que se adivina con dificultad entre el bosque. Algún sector de este espacio parece demasiado accidentado y su superficie está bastante transformada por algu-

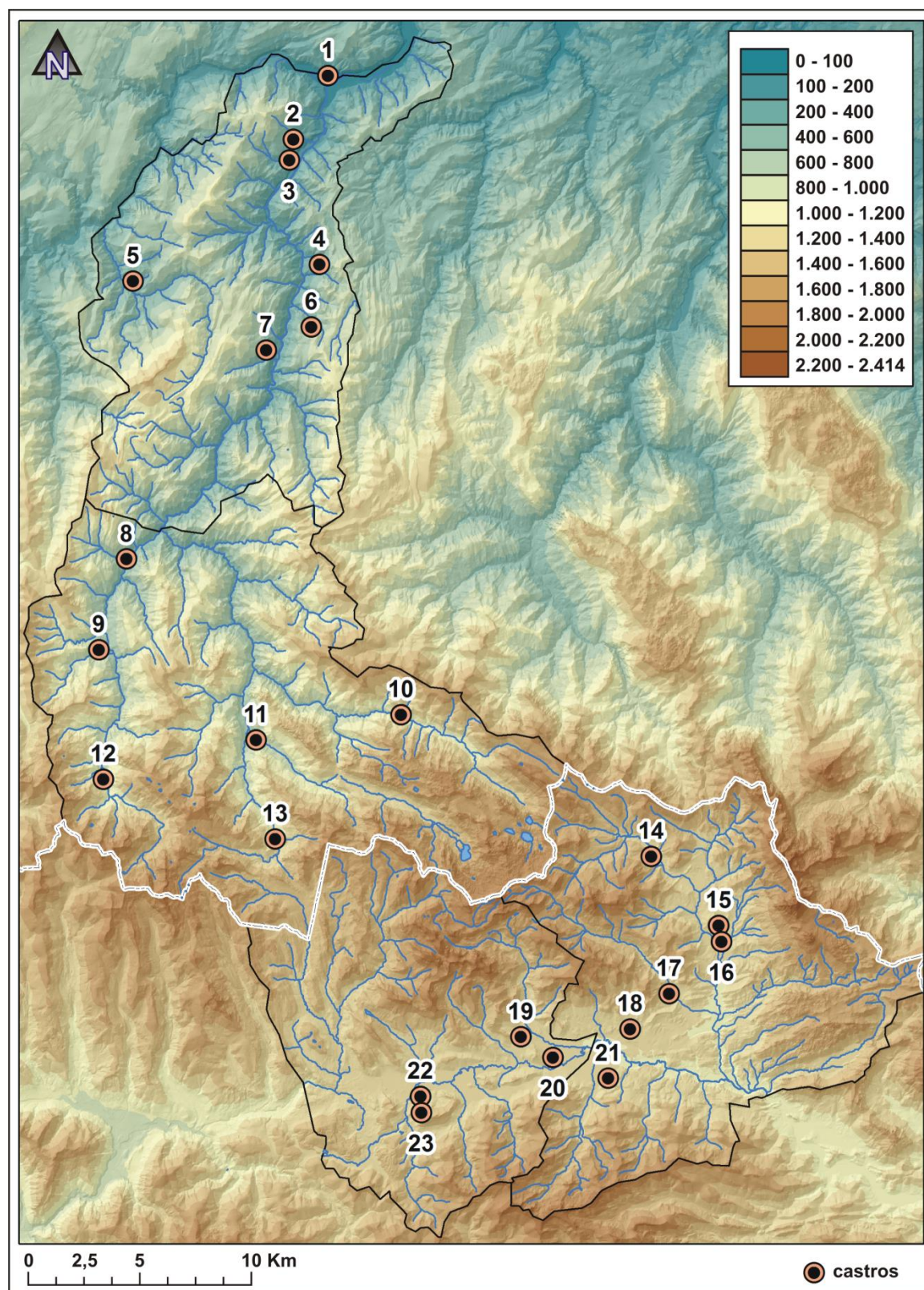




**Fig.9.89:** El Castiellu de Santuchanu (Somiedu) es un pequeño castro encajado en el fondo del valle con un foso en su vertiente más accesible (izquierda) y numerosas terrazas modernas y amontonamientos de piedra que derivarían de la ruina castreña (derecha). En el recinto, se recuperó una mano de molino (centro).

nas terrazas agrarias recientes. Mis dudas iniciales al considerar las características locacionales y la fisonomía de este enclave eran notorias, aunque una observación más detallada del sitio me hizo cambiar de opinión (**Fig.9.89**). Así, el yacimiento cuenta con un foso defensivo que lo aislaba por su lado más accesible –Suroeste–, aunque su trazado se encuentra enmascarado por la caja de un camino moderno que lo ha alterado, ensanchándolo. En el mismo sentido, el reconocimiento detenido del recinto permite descubrir una plataforma que lo circunda por el lado Este que se asoma al río, así como en su extremo Norte, sobre la que sería posible acomodar estructuras domésticas. Se observan también derrumbes de piedra que habrían servido de acopio para la construcción de las terrazas agrarias, especialmente en su extremo meridional, aunque se aprecian otros derrumbes no relacionados con estas estructuras agrarias que podrían derivar de la ruina castreña. A la vez, resulta interesante comprobar cómo algunos vecinos de la inmediata aldea de Santuchanu recuerdan historias sobre tesoros escondidos por los moros en El Castiellu y en su entorno, con leyendas como la recogida por Jesús Suárez en su compilación de tradiciones orales del folklore relativas a tesoros (2001: 288). Estas tradiciones bien podrían tener su origen en la interpretación campesina de las evidencias arqueológicas de este yacimiento, que recibe el sugerente nombre de El Castiellu, al que además podríamos relacionar un hacha de bronce de talón y anillas de filo curvo conservada en la colección Manzanares con la única referencia sobre su procedencia de “Santuchanu, Somiedu” (DE BLAS CORTINA 1983: 163, fig.47). Por último, durante la prospección de este enclave pude recuperar una mano de molino. En definitiva, el examen atento de las evidencias disponibles me llevan finalmente a considerar El Castiellu como un castro, pese a lo poco expresivas que son cada una de sus características de manera individualizada.





**Fig.9.90:** Distribución de los castros identificados en el área de estudio a escala intermedia. 1: El Castru, Alava (Salas). 2: El Castru, Lleiguarda (Miranda). 3: Las Coronas, Beyu (Miranda). 4: El Monte la Caimada, Tiblós (Miranda). 5: Penaguda, Bueinás (Miranda). 6: El Castru, Ondes (Miranda). 7: El Castru, Vigaña (Miranda). 8: El Castie||u, Santuchanu (Somiedu). 9: El Cogol||u, La Rebol||ada (Somiedu). 10: El Castru, Arbichales (Somiedu). 11: La Corona'l Castru, La Pola (Somiedu). 12: El Castru, Vi||lar de Vildas (Somiedu). 13: El Castie||u, L||amardal (Somiedu). 14: El Pico'l Castro, Torrestío (San Emiliano). 15: Castro Lutarieto, Torrebarrio (San Emiliano). 16: Entrambosríos, Torrebarrio (San



Emiliano). 17: El Castro, La Majúa (San Emiliano). 18: La Peña de Sucastro, Cospedal (San Emiliano). 19: El Castro, Torre de Babia (Cabrillanes). 20: El Otero de San Miguel, Güergas de Babia (Cabrillanes). 21: Otero de Fontanilla, Riologo (San Emiliano). 22: El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia (Cabrillanes). 23: La Corona, Quintanilla de Babia (Cabrillanes).

Tal y como he descrito para el inicialmente poco claro yacimiento de El Castiellu de Santuchanu, realicé indagaciones y pesquisas en esa línea para finalmente llegar a considerar como poblados castreños 17 castros del área de estudio. En este grupo incluyo los poblados de El Castru en Alava (Salas), El Castru de Lleiguarda (Miranda), Penaguda en Bueinás (Miranda), El Castru en Ondes (Miranda), El Castru en Vigaña (Miranda), El Castiellu en Santuchanu (Somiedu), El Castru en Arbichales (Somiedu), La Corona'l Castru en La Pola (Somiedu), El Castiellu en Llamardal (Somiedu), El Pico'l Castro en Torrestío (San Emiliano), Castro Lutarieto en Torrebarrio (San Emiliano), El Castro en La Majúa (San Emiliano), El Castro en Torre de Babia (Cabrillanes), El Otero de San Miguel en Güergas de Babia (Cabrillanes), Otero de Fontanilla en Riologo (San Emiliano) y El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia (Cabrillanes) y La Corona en Quintanilla de Babia (Cabrillanes) **(Fig.9.90)**.

Por su parte, los yacimientos que no he podido confirmar del todo como poblados castreños, aunque ofrecen argumentos parcialmente solventes sobre su consideración como tales, son los de Las Coronas en Beyu (Miranda), El Monte la Caimada en Tiblós (Miranda), El Cogollu en La Rebollada (Somiedu), El Castru en Villar de Vildas (Somiedu), Entrambosríos en Torrebarrio (San Emiliano) y La Peña de Sucastro en Cospedal (San Emiliano). Este conjunto de 6 yacimientos no dejan



**Fig.9.91:** Vista del yacimiento de Entrambosríos, en Torrebarrio (San Emiliano). El enclave muestra las características habituales de los poblados castreños, con una muralla perimetral que circunda la pequeña elevación, así como terrazas que estructuran sucesivas plataformas propicias para el establecimiento de construcciones domésticas. No obstante, su escasa prominencia inmediata al fondo de valle, no resulta habitual en los castros del Occidente Cantábrico, por lo que no descartaría su adscripción a otro tipo de asentamiento antiguo.



**Fig.9.92:** El Castu en Perllunes constituye un buen ejemplo de localización considerada como potencial poblado castreño únicamente a partir de su topónimo y su localización prominente (izquierda), aunque sobre el propio cerro no se observan evidencias materiales de ninguna clase y su superficie no parece propicia para albergar un asentamiento.

clara la factura antrópica de las trazas que podrían ser consideradas como fosos o murallas –así sucede en Las Coronas de Beyu, El Monte la Caimada en Tiblós, El Cogollu en La Rebollada, El Castu de Villar de Vildas y La Peña de Sucasro en Cospedal–, o bien mantengo dudas sobre la cronología de los yacimientos, dado que muestran posiciones extrañas en otros poblados castreños del entorno –así sucede en La Peña de Sucasro de Cospedal– o bien se sitúan sobre localizaciones poco usuales en este tipo de aldeas fortificadas de la Edad del Hierro al estar prácticamente en fondos de valle –como sucede en Entrambosríos en Torrebarrio (**Fig.9.91**)–.

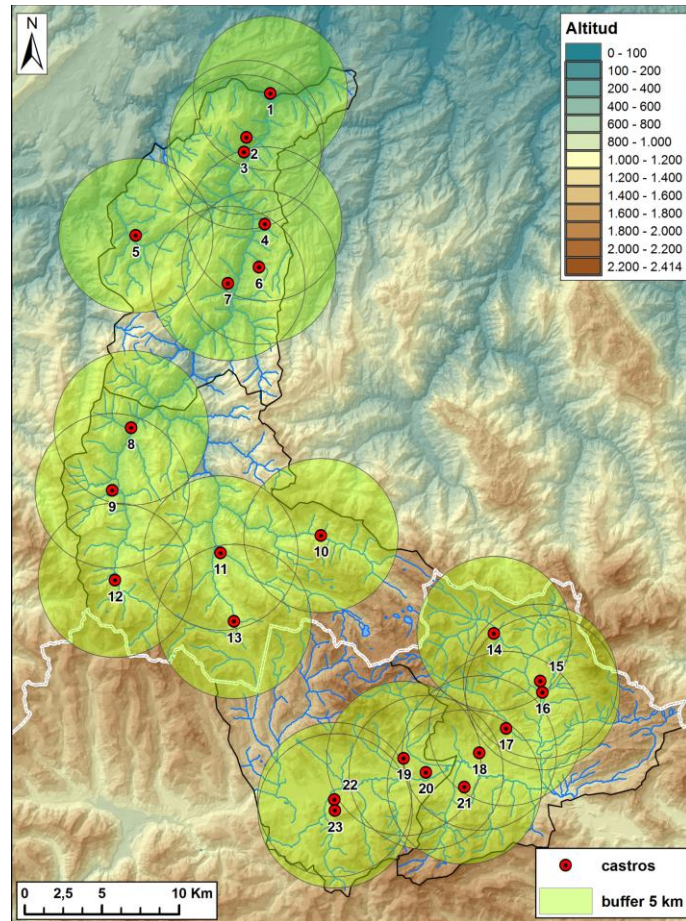
Además de todos estos 23 yacimientos finalmente considerados en el desarrollo de mi trabajo, algunos otros enclaves han sido mencionados como posibles castros de ocupación prerromana por diferentes autores, o están incluidos en los inventarios arqueológicos municipales bajo la etiqueta «castro». En algunos casos, los argumentos ofrecidos en tales consideraciones son demasiado tenues y en el transcurso de las prospecciones sobre el terreno no observé firmes evidencias que soportasen tales consideraciones, como sucede en El Castu de Menes (Miranda) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº62; FERNÁNDEZ MIER 1999: 126-128), La Cogolla en Cezana (Miranda) (FERNÁNDEZ MIER 1999: 133-134), El Castiellu entre Samartín d'Ondes y Lamosu (Miranda) (FERNÁNDEZ MIER 1999: 151), La Braña'l Castu en Almurfe (Miranda) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº5), El Castiechu en Cuevas (Miranda) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº42), el pueblo de Castro (Somiedu) (FERNÁNDEZ MIER 1999: 161-162), Los Sierros en Urria (Somiedu) (FERNÁNDEZ MIER 1999: 160-161) o la peña de El Castu sobre Perllunes (Somiedu) (FERNÁNDEZ MIER 1999: 162-163) (**Fig.9.92**). Otros enclaves que en algún momento fueron considerados como castros se corresponden más bien con evidencias de otro tipo, como fortificaciones medievales –El Picu Cervera (Miranda) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº31; GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1973a)–, estructuras agrarias subactuales –La Mota en Samartín d'Ondes (Miranda) (FERNÁNDEZ MIER 1999: 149-150)–, o sistemas de trincheras de la Guerra Civil –El Castu de Freisnéu (Miranda) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº33)–.



Los 23 castros considerados en el área de estudio aparecen distribuidos por todo el espacio analizado, aunque se observan ciertos vacíos y espacios con densidades significativas. Tales diferenciaciones parecen en buena medida condicionadas por la geografía de este territorio montañoso. En primer lugar, se observan dos concentraciones principales de castros, situadas en el tercio inferior de la cuenca fluvial del río Pigüña y a ambos márgenes de la llanura central de la comarca de Babia (**Fig.9.93**). El primer grupo está compuesto por 6 castros situados a lo largo de los 12 km de longitud del tramo inferior del río Pigüña hasta su desembocadura en el río Narcea, frente a la cual se alza el recinto de El Castre de Alava. A este grupo podríamos añadir como séptimo

componente el castro de Penaguda en Bueinás, localizado en la cuenca del río Cauxa, por lo que queda separado del conjunto principal por la Sierra de Bixega. La segunda concentración se agrupa en torno a la depresión central de Babia con 10 poblados en un área de no más de 15 km de amplitud. En este conjunto, 6 de los castros aparecen ubicados en los márgenes de esta planicie que ve nacer al río Luna, mientras los 4 restantes se localizan en el valle de San Emiliano. El resto de castros del área de estudio están situados en los profundos valles del municipio asturiano de Somiedu, aunque su distribución se muestra más espaciada. Así, la separación media entre los castros inmediatos ronda los 5 km, lo cual debe relacionarse con la marcada compartimentación de este territorio estructurado en base a los profundos valles de origen glaciar de Saliencia, El Valle, El Puerto y la cabecera del Pigüña.

Por su parte, se observan algunos vacíos en la distribución de los poblados castreños que pueden ser significativos en el análisis de las pautas de poblamiento adoptadas por las comunidades castreñas. Así, destaca fundamentalmente el vacío determinado por el recorrido de las altas cumbres de la Cordillera Cantábrica, con una ausencia de poblados en las cabeceras de los valles. No obstante, resulta notable comprobar cómo en la vertiente septentrional de las montañas encontramos castros



**Fig.9.93:** Distribución de los castros en el área de estudio. Se ha trazado un buffer de 5 km en torno a todos los poblados, lo que enfatiza las diferentes densidades y concentraciones de los poblados, así como los vacíos.



**Fig.9.94:** Vista general de El Castru de Viñar de Vildas, localizado a 1.098 msnm en un sector del tramo alto del río Pigüña en la que los espacios de aprovechamiento ganadero son protagonistas.

situados en altitudes que superan los 1.000 msnm, con los ejemplos de El Castiellu de Llamardal a 1.206 msnm, El Castru de Viñar de Vildas a 1.098 msnm (**Fig.9.94**) o El Castru de Arbichales a 1.094 msnm de altitud máxima. Se trata de uno de los conjuntos castreños localizados a una mayor altitud entre los castros de la vertiente septentrional de las montañas occidentales cantábricas, lo cual nos estaría mostrando quizá una altitud límite a la que podríamos encontrar estas aldeas sedentarias de la Edad del Hierro. Por su parte, los castros de la vertiente meridional del área de estudio se encuentran también a altitudes muy elevadas, como La Corona en Quintanilla de Babia a una altura máxima de 1.450 msnm, El Pico'l Castro de Torrestío a 1.416 msnm o Castro Lutarieto en Torrebarrio a 1.347 msnm. Constituyen también cotas límite para este tipo de establecimientos, reproduciendo en este caso la pequeña diferencia en la altitud máxima entre ambas vertientes a la que suelen encontrarse las aldeas que hasta hace medio siglo fundamentaban sus modos de vida en la producción agraria.

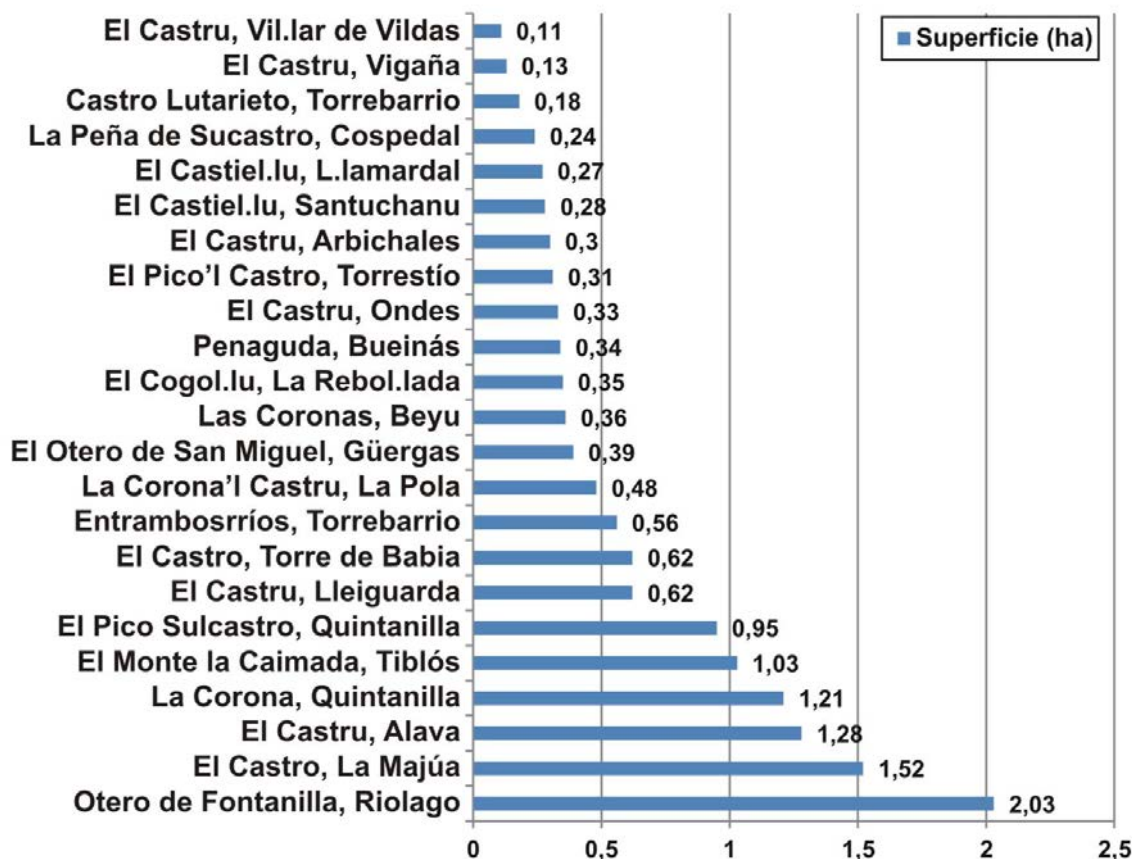
Asimismo, se observa otro vacío en la distribución de los castros en el área de estudio que resulta especialmente llamativo. En el tramo medio del río Pigüña permanecen ausentes los castros en el espacio en el cual se sitúan actualmente los límites entre los municipios de Miranda y Somiedu. De hecho, más de 11 kilómetros en línea recta separan el poblado de El Castiellu de Santuchanu de El Castru en Viña. Al reparar en este hecho, la primera consideración que traté de refutar fue la existencia de carencias en los trabajos de prospección realizados hasta la fecha. Por ello, revisé diversas localizaciones cuya topografía y emplazamiento podían invitar a

la instalación de un poblado castreño, resultando infructuosas tales tentativas. Como consecuencia de ello, valoro tres opciones que podrían justificar este hiato en la distribución de los castros a lo largo del valle. En primer lugar, es evidente que este tramo del área de estudio es uno de los territorios con un relieve más accidentado. El fondo por el que discurre el río Pigüña es muy estrecho y cuenta con paredes encajadas, mientras las laderas del valle ofrecen escasos terrenos llanos en los que fuera posible el desarrollo de actividades agrícolas sobre suelos ligeros como los que buscaban preferentemente las comunidades de la Edad del Hierro. Por ello, quizá este vacío en la distribución de los poblados responda únicamente a una limitación de orden geográfico para el asentamiento de los grupos castreños y el desarrollo de sus formas de subsistencia. En segundo lugar, cabría reconsiderar que efectivamente exista algún poblado no identificado hasta el momento en las localizaciones previamente descartadas que no mostraban parámetros formales claros sobre su naturaleza castreña –como el pequeñísimo lugar de El Castiechu en Cuevas (Miranda) (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº42)– o incluso enmascarado o profundamente transformado bajo algún yacimiento adscrito a otras cronologías –como podría ser El Castro de Montouvo (Miranda), considerado una fortificación medieval (SIERRA PIEDRA 2008)–. Por último, queda contemplar una última razón que enlaza con la primera, según la cual este vacío podría estar relacionado con una baja densidad poblacional en estas montañas durante la Edad del Hierro, que explicaría la existencia de territorios desocupados en diferentes zonas del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica. De existir esta baja densidad en la ocupación de ciertos territorios, resulta esperable que sean espacios accidentados poco propicios para el desarrollo de las formas agrarias propias de las comunidades de la Edad del Hierro los que permanezcan desocupados.

### 9.2.2. Características formales de los castros

Una de las características que más llama la atención de los poblados castreños en el área de estudio es su reducido tamaño. Ésta es la tónica habitual en los castros del Occidente Cantábrico, tal y como se viene insistiendo desde las primeras catalogaciones generalizadas de este tipo de sitios fortificados (GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1966). Entre los 23 castros considerados en este territorio, sólo cinco sobrepasan la hectárea, e incluso sólo nueve cuentan con una superficie que





**Fig.9.95:** Gráfico con las superficies interiores estimadas para los poblados castreños del área de estudio a escala intermedia.

supere las 0,5 ha (**Fig.9.95**)<sup>133</sup>. Destacan especialmente enclaves como El Castru de Vil.lar de Vildas<sup>134</sup> o El Castru de Vigaña con superficies que no alcanzan las 0,15 ha.

Al considerar la distribución de los poblados con diferentes tamaños en el área de estudio, comprobamos cómo los enclaves de mayores dimensiones se concentran en el curso inferior del río Pigüena y, de manera singular, en la llanada central de Babia, al sur la Cordillera Cantábrica (**Fig.9.96**). Por su parte, los castros de dimensiones más reducidas aparecen localizados en los valles interiores. Esta distribución podría estar relacionada con las características del relieve y con la disponibilidad de tierras con poca pendiente para el desarrollo de la agricultura. Así, los castros de menores dimensiones se localizan siempre en entornos donde en la actualidad existen espacios agrarios de extensión limitada y que, como veíamos en relación con El Castru de Vigaña, en su mayor parte son producto de procesos de

<sup>133</sup> El cálculo de las superficies interiores de los poblados ha sido realizado a partir de los datos tomados sobre el terreno mediante GPS y anotaciones sobre cartografía, así como mediante la consideración de diferentes series de fotografía aérea. En ocasiones, tal y como mencionaba en el epígrafe anterior, la intrincada vegetación, la amortización de las estructuras o las alteraciones recientes sufridas por muchos poblados, entorpecen el reconocimiento de los perímetros amurallados en los recintos castreños. Por lo tanto, los cálculos de superficie aportados han de ser tomados con una aproximación tentativa.

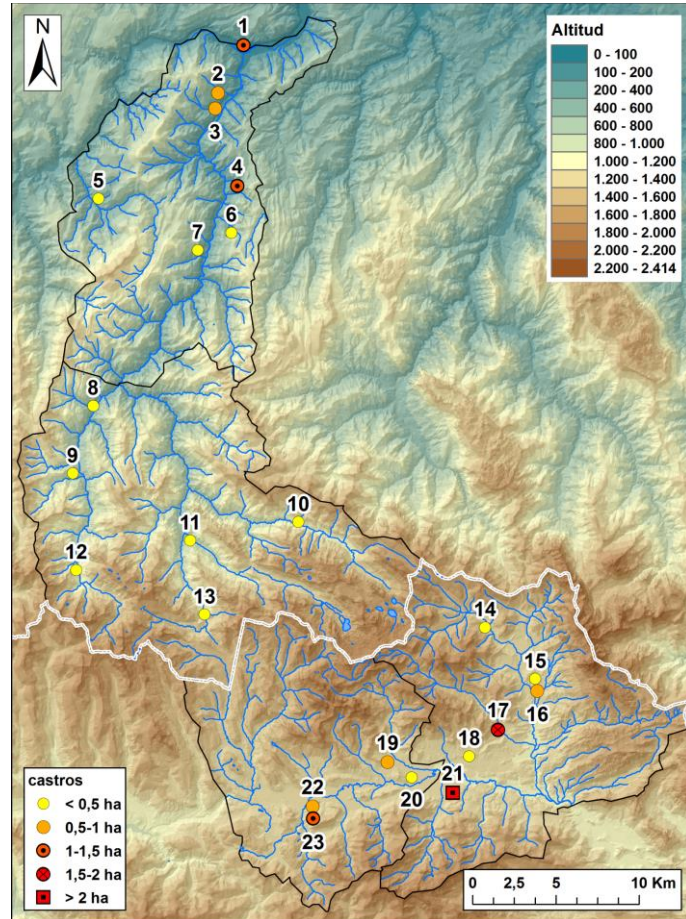
<sup>134</sup> Aunque éste es uno de los asentamientos que ofrecen un mínimo margen de duda sobre su adscripción castreña.



construcción de terrazas que deberíamos remontar no más allá de la Edad Moderna. En cambio, poblados como Otero de Fontanilla en Riolago (2,03 ha), El Castro de La Majúa (1,52 ha) o El Castru de Alava (1,28 ha) se encuentran rodeados por relieves amables con suelos ligeros aptos para la agricultura con las técnicas propias de la Edad del Hierro (**Fig.9.97**).

La ausencia de excavaciones arqueológicas impide analizar la cronología de los poblados que ofrecen distintas superficies, en el caso de que tales diferencias pudieran reflejar diversas cronologías. Lo que sí se puede comprobar es cómo algunos poblados cuentan con sucesivos recintos amurallados que amplían progresivamente su

superficie interna. El caso más claro está en El Castru de Alava, en el cual se pueden distinguir tres recintos a diferentes cotas que amplían la superficie amurallada descendiendo por la ladera septentrional del cerro y que podrían indicar un crecimiento progresivo de este enclave fortificado. En la misma línea, El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia cuenta con un primer recinto (A) de 0,70 ha delimitado por una muralla que se acomoda parcialmente en los afloramientos rocosos, al que se le adosa un segundo recinto (B) de 0,25 ha en su lado meridional, formado por una ampliación del perímetro amurallado (**Fig.9.98**)<sup>135</sup>. Otro enclave en el que se mencionan dos recintos –uno de ellos a modo de acrópolis– es El Otero de San Miguel (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 35) que, a pesar de que han sido alterados por el labrado reciente del yacimiento, se detectan en su ladera sudoriental. En general, estas muestras concuerdan con la idea propuesta por Carlos Marín (2011a) sobre la larga duración en la ocupación de los castros en el interior montañoso del Occidente Cantábrico, frente al modelo planteado para el Noroeste peninsular en donde se asiste a un cambio generalizado de emplazamientos hacia el fondo de valle que coincide con



**Fig.9.96:** Distribución de los poblados castreños del área de estudio con indicación de su superficie interior reconocida.

<sup>135</sup> Las murallas observables en El Pico Sulcastro han sido descritas como un posible encerradero de ganado (*sic*) (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 32), identificando sin embargo como castro una elevación vecina que en la actualidad se encuentra ocupada por antenas de telefonía en el que no he advertido evidencias constructivas antiguas. Este error en la localización de este castro se reproduce en la carta arqueológica del municipio de Cabrillanes (TERRA ARQUEOS 2004-2005a: ficha nº24-029-0010-01).

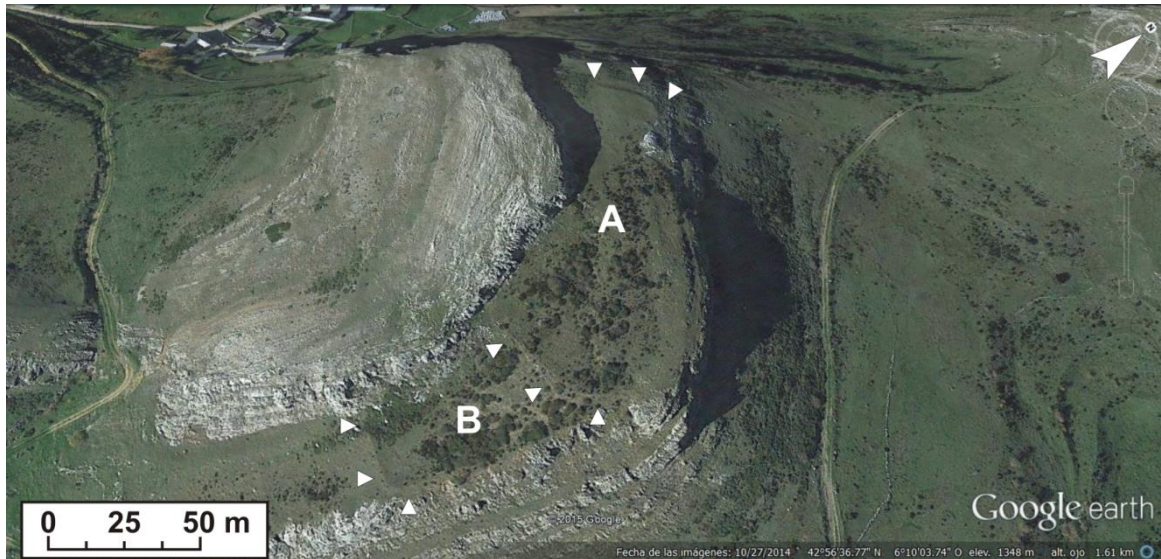


**Fig.9.97:** Vista de los terrenos que configuran el entorno del poblado de Otero de Fontanilla en Riolo, situado a un lado de la planicie central de Babia, por lo que en su entorno más inmediato dispone de terrenos de fondo de valle propicios para su aprovechamiento ganadero en la Edad del Hierro, así como suelos más ligeros en suave pendiente en sus márgenes.

la ampliación de la superficie de los asentamientos (FÁBREGA ÁLVAREZ 2005b; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007; PARCERO OUBIÑA 2000, 2002). Este hecho singulariza las formas de poblamiento del área occidental cantábrica (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c), e insiste en la diversidad regional de las formas sociales de las comunidades castreñas (GONZÁLEZ RUIBAL 2008c, 2011b; MARÍN SUÁREZ 2011a, 2011b).

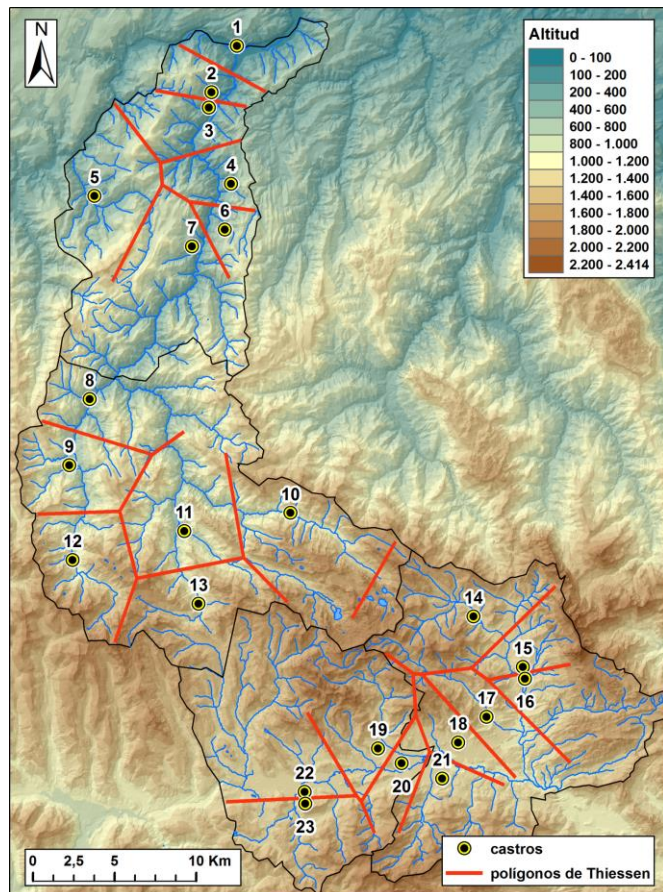
El análisis de la superficie amurallada de los poblados permite valorar aspectos como el área edificable de los recintos, lo cual resulta interesante para discutir el tamaño de las comunidades castreñas, el número de unidades familiares que compondrían los grupos, etc. No obstante, abordar estos aspectos sin contar con excavaciones en área que desvelen las densidades de ocupación habituales en estos poblados supone un riesgo. Además, el área interior de alguno de los poblados cuenta con zonas difícilmente habitables a la vista de afloramientos rocosos o áreas accidentadas que reducirían más aún el espacio interior potencialmente edificable en los castros. En general, los datos disponibles muestran la existencia generalizada de comunidades reducidas a unas pocas familias, lo que haría que estos establecimientos campesinos mantuviesen una población pocas veces superior a las 50-100 personas. Unas cifras que dan cuenta de la baja densidad demográfica de este territorio durante la Edad del Hierro, toda vez que incluso deberíamos valorar que los 23 castros identificados en el área de estudio seguramente no tendrían un funcionamiento sincrónico a lo largo del período. Esta observación cobra sentido especialmente al valorar la cercanía a la que se encuentran algunos poblados entre sí, como bien ejemplifican Castro Lutarieto y Entrambosríos en Torrebarrio o El Pico Sulcastro y La Corona en Quintanilla de Babia, separados en ambos casos por poco más de 700 m en línea recta (**Fig.9.99**).





**Fig.9.98:** Vista de El Pico Sulcastro (Quintanilla de Babia, Cabrillanes) en ortofoto visualizada con *Google Earth*, con indicación de los dos recintos que componen el castro.

El espacio habitable de los poblados se localiza en algunos casos en la llanada superior del castro delimitada por la muralla, como se puede comprobar en los enclaves de El Castru de Lleiguarda, Las Coronas de Beyu, El Pico'l Castro de Torrestío o El Otero de San Miguel en Güergas de Babia. Los castros con relieves más suaves en su espacio interior –especialmente los situados en la comarca de Babia– adoptan este patrón en su organización espacial, aunque también se observan terrazas estructurando su interior, como se comprueba en los poblados de Otero de Fontanilla en Riolo o El Castro de Torre de Babia (**Fig.9.100**). Por su parte, los habitantes de los castros ubicados en localizaciones más abruptas o con pendientes acusadas se verían obligados a invertir un mayor esfuerzo en el acondicionamiento de los espacios interiores. De esta forma, crearían terrazas o plataformas para acomodar las construcciones domésticas a la pendiente de los cerros o espolones sobre los que se instalan. Un buen ejemplo de ello sería El Castiellu de



**Fig.9.99:** Ejercicio de visualización de la proximidad entre diferentes castros utilizando polígonos de Thiessen.



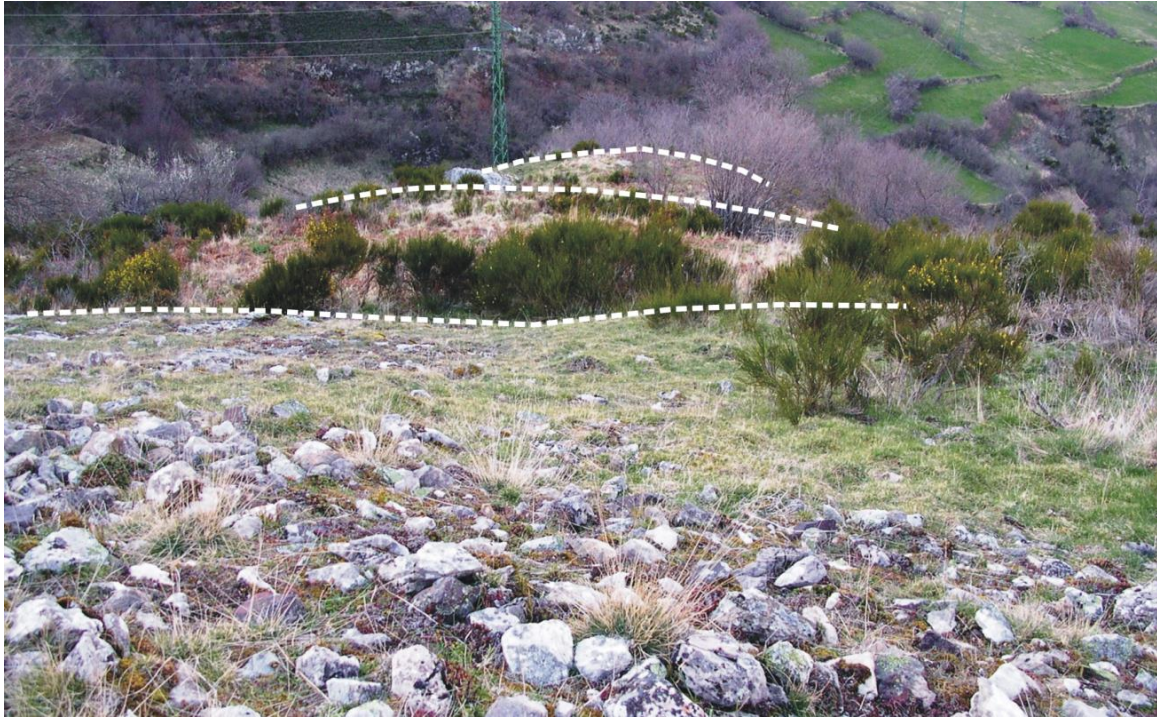


**Fig.9.100:** Vista de El Castro de Torre de Babia –parcialmente transformado por las labores agrícolas recientes que desdibujan sus límites por los lados Norte y Noreste– cuenta con varias terrazas que rodean su parte más alta a diferentes niveles que servirían de espacios para el asentamiento de las construcciones domésticas.

Llamardal (**Fig.9.101**), con tres aterrazamientos sucesivos que descienden por la ladera y generan los espacios necesarios para erigir el caserío sobre este crestón rocoso. Otros poblados adoptan una disposición «en corona», apoyándose fundamentalmente en el perímetro amurallado que generan terrazas que circundan los yacimientos, sobre las que se elevarían a su interior las estructuras domésticas. Este modelo resulta muy habitual en pequeños castros del Noreste de León y el Centro y Oriente de Asturias, como el célebre poblado de El Picu'l Castro de Caravia, excavado a comienzos del siglo XX por Aurelio del Llano (1919).

El crecimiento de la vegetación y los usos agrarios subactuales impiden reconocer estructuras al interior de buena parte de los castros del área de estudio. No obstante, en muchos son evidentes los derrumbes en su perímetro, y también en las zonas en las que se ubicaría el caserío. Pese a los límites actuales de la visibilidad en superficie, diversos autores mencionan la existencia de estructuras en el espacio interno de algunos castros. Así, en El Otero de San Miguel de Güergas de Babia eran visibles hasta no hace mucho, según Avelino Gutiérrez (1985: 36-37), los restos constructivos de seis construcciones circulares u ovaladas en el sector noroccidental del yacimiento. Sin embargo, en las visitas a este yacimiento las únicas estructuras detectadas durante las visitas al enclave fueron varias concavidades profundas y de grandes dimensiones que podrían ser puntos de extracción de piedra. En la misma línea, se aprecian también construcciones circulares en La Corona'l Castro de La Pola, entre la densa vegetación de avellanos (FERNÁNDEZ MIER 1999: 164). En Otero de Fontanilla de Riologo eran visibles algunos muros rectilíneos sin que se apreciaran





**Fig.9.101:** Vista de las terrazas que generan el espacio habitable a distintos niveles en la ladera noroccidental de El Castiellu de Llamardal (Somiedu) desde el punto más alto del recinto, tras los fosos defensivos.



**Fig.9.102:** Normalmente, las murallas de los poblados del área de estudio aparecen bastante arrasadas, como en El Otero de San Miguel, en Güergas de Babia (izquierda), mientras que las murallas mejor conservadas se observan en recintos que no han sido trabajados recientemente como espacios agrarios, y en los que las murallas sirven para generar plataformas sobre las que se construirían las estructuras domésticas de los poblados, como en Otero de Fontanilla, en Riolo (derecha).

plantas al completo (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 40). Por último, entre los abundantes derrumbes presentes en el interior de El Castru de Ondes, se distingue una cazoleta labrada sobre la roca que bien podría servir de apoyo a algún elemento constructivo de madera (DÍAZ NOSTY *et al.* 1997: ficha nº93; FERNÁNDEZ MIER 1999: 146).

Los dispositivos defensivos visibles en los yacimientos están compuestos fundamentalmente por fosos y murallas. De hecho, su reconocimiento constituye en la mayor parte de los poblados el principal argumento para plantear la existencia de un asentamiento castreño. En la mayor parte de los casos, las murallas rodean buena parte del recinto de los poblados creando a su vez terrazas para el establecimiento del caserío (**Fig.9.102**). En muy pocos castros se observa el lienzo de la muralla,





**Fig.9.103:** Fosos defensivos del área de estudio. a: foso excavado en la roca de El Castru de Alava en el collado noroccidental que conecta el cerro con el relieve circundante; b: primer foso de El Castiellu de Llamardal excavado en la roca; c: doble foso de El Castru de Arbichales; d: doble foso con talud terrero intermedio en el lado oeste de El Castru de Lleiguarda.

aunque cuando esto ha sido posible se identifican cintas continuas, permaneciendo ausentes hasta el momento las características «murallas de módulos» (CAMINO MAYOR 2000; VILLA VALDÉS 2007b) encuadrables cronológicamente en la transición entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro (fases Ic y Ila) (MARÍN SUÁREZ 2011a: 223-224).

Por su parte, los fosos rodean parcialmente los poblados por sus lados más expuestos, que coinciden también con los itinerarios de acceso a los poblados. Así, el componente monumentalizador comparte protagonismo con las razones puramente defensivas. Además, en los puntos de más fácil acceso a los recintos pueden concentrarse varios fosos paralelos –hasta tres consecutivos se documentan en El Castru de Ondes–, así como con la disposición de taludes o parapetos levantados con los estériles extraídos de los propios fosos (**Fig.9.103**). Cabe señalar la ausencia de fosos en algunos castros, como los que se sitúan en la comarca de Babia o los de El Castru de Villar de Vildas, El Monte la Caimada o Las Coronas de Beyu. En algunos casos, este hecho coincide con castros cuya naturaleza reviste para mí ciertas dudas, aunque en la mayor parte de los casos dos razones podrían justificar su ausencia: que fueran estructuras innecesarias en localizaciones suficientemente inaccesibles o prominentes en el paisaje, o bien como resultado de su colmatación, producto en la mayor parte de los casos de las actividades agrarias desarrolladas en su entorno a lo largo de los últimos dos milenios.

Uno de los principales problemas para plantear una lectura solvente de los patrones de poblamiento para la Edad del Hierro en el área de estudio es la carencia de informaciones que refieran cronologías para la ocupación de buena parte de los poblados. Así, en el valle del Pigüña únicamente disponemos de unos pocos materiales procedentes de castros o sus inmediaciones. Como presentaba en el capítulo anterior, en las inmediaciones de El Castru de Alava fue localizado a comienzos del siglo XX un depósito con una docena de hachas de bronce de talón y anillas (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2007: 20-21; DE BLAS CORTINA 1983: 156-157, 1991-1992: 114-117; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 35, 73; PAJARES BORBOLLA 2010: 50-52). Además de considerar este conjunto como un posible depósito votivo del Bronce final, su inmediatez respecto a este poblado castreño lleva a plantear su relación con el mencionado castro. Así, existe una firme posibilidad de que este conjunto de materiales pueda estar ligado a la primera etapa de la biografía del cerro como un asentamiento fortificado erigido en la fase Ib del fenómeno castreño. De hecho, tal asociación es relativamente frecuente en el Occidente Cantábrico, con materiales bronceos localizados en las inmediaciones de algunos poblados castreños (DE BLAS CORTINA 1983, 1991-1992; DELIBES DE CASTRO *et al.* 1999; FERNÁNDEZ MANZANO 1996; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985; HERRÁN MARTÍNEZ 2008; PAJARES BORBOLLA 2010). Ejemplo de esto sería el hallazgo de un hacha de talón y anillas y un fragmento de otra en las proximidades de los fosos más exteriores del castro de Llarón (Cangas del Narcea) (MAYA GONZÁLEZ Y DE BLAS CORTINA 1983: 183). Al mismo tiempo, excavaciones recientes han permitido recuperar materiales de este tipo relacionados con los perímetros defensivos más tempranos de algunos castros como El Picón de La Coroza (Tapia de Castariego) (VILLA VALDÉS 2007a: 280). Lejos de empujar el nacimiento de los poblados castreños hacia la Edad del Bronce, estas relaciones enfatizan la vinculación de este tipo de materiales bronceos con contextos fundacionales de las aldeas monumentalizadas de la Primera Edad del Hierro (Fase Ib) (MARÍN SUÁREZ 2009, 2011a). Además, en el interior del poblado de Alava también se encontraron molinos circulares, uno de ellos decorado (MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 35).

El Castiellu de Santuchanu en el tramo medio/alto del Pigüña es otro enclave al que podría vincularse un hacha broncea de talón y anillas (DE BLAS CORTINA 1983: 163, fig.47), así como una mano de molino barquiforme, tal y como adelanté en el epígrafe anterior.

En el paraje elocuentemente denominado El Caváu de Las Pesetas, situado en un punto del camino que asciende hacia la braña de Mumián en las cercanías de la aldea de El Couto (Somiedu), se han producido sucesivos hallazgos de denarios celtibéricos de plata en diferentes momentos a lo largo del siglo XX (ESTRADA GARCÍA 2000b: ficha nº4; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 281; MENÉNDEZ GARCÍA 1960). Dichas piezas han sido dadas a conocer en diferentes momentos como procedentes de Gúa – aldea próxima a este lugar –, El Couto/El Coto de Buenamadre o de El Cavau de Las Pesetas. No obstante, parece que su procedencia sería única, sin poder confirmar su pertenencia a un solo tesorillo o a varios diferentes. El lugar de El Caváu de Las Pese-

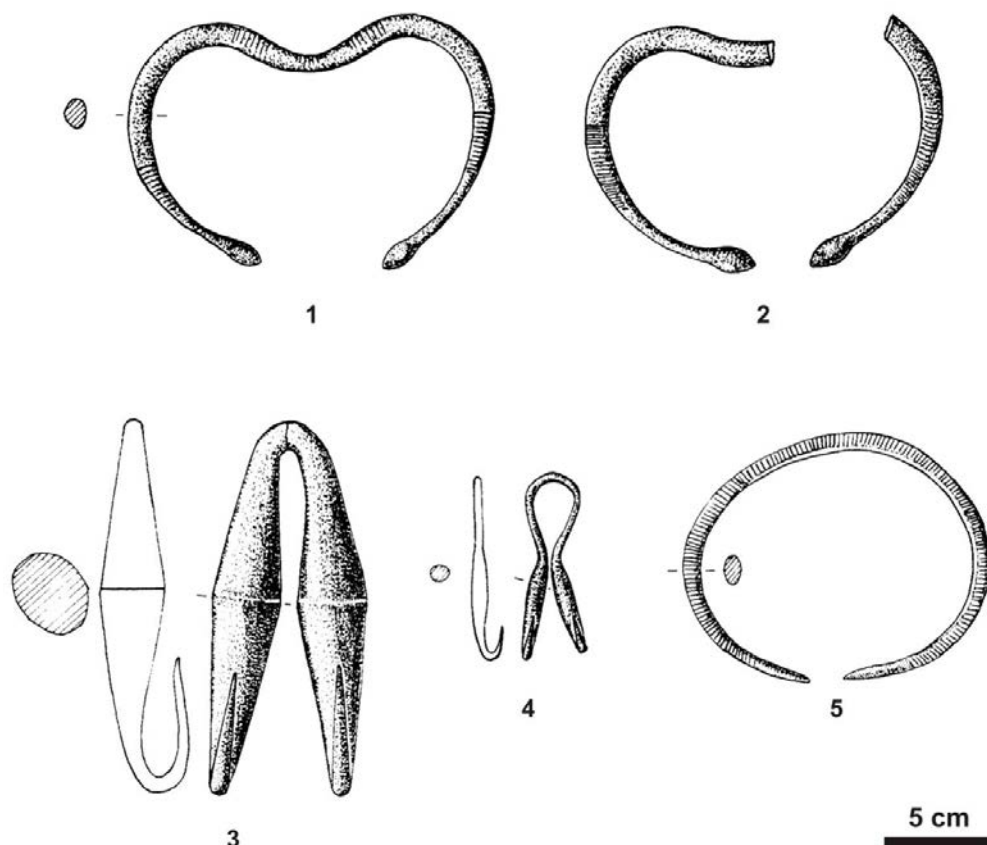
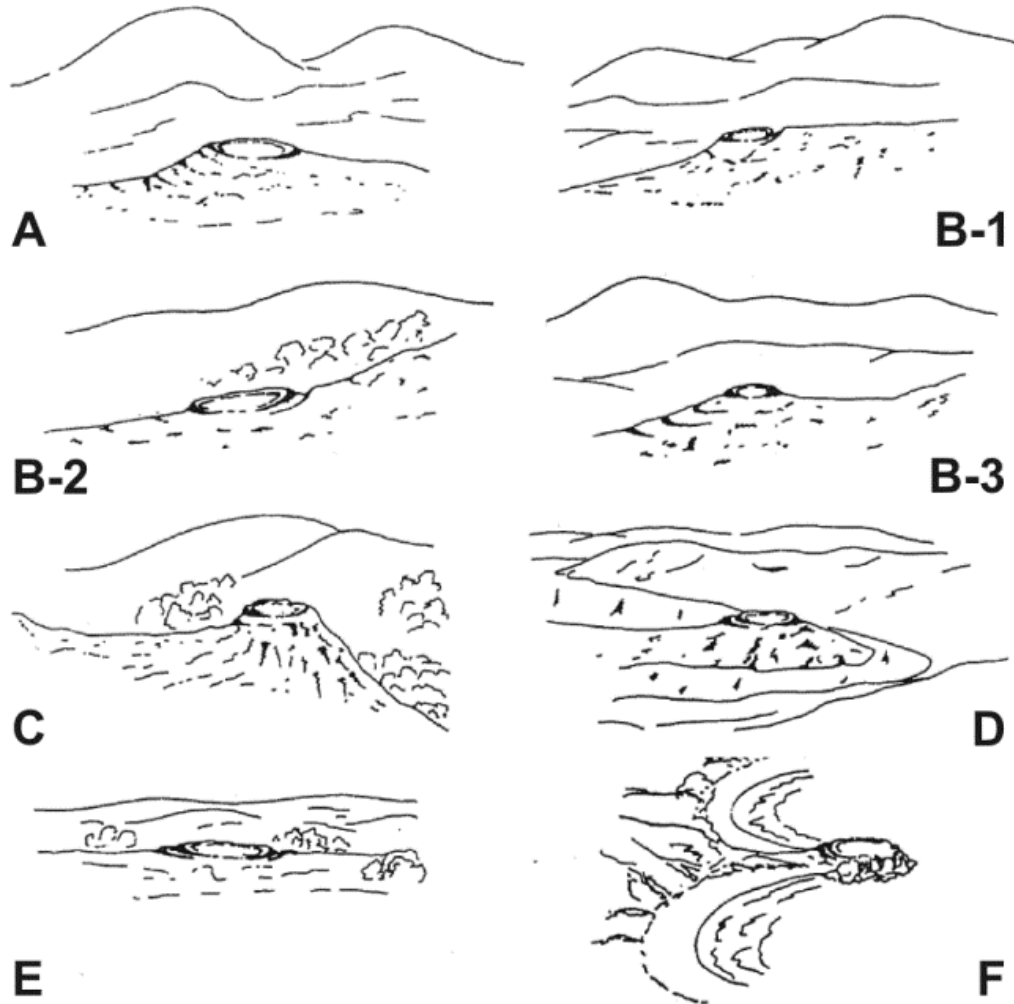


Fig.9.104: Piezas de bronce halladas en el poblado de El Castro de La Majúa (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 49).

tas es en la actualidad un conjunto de prados cercados que no ofrece características reseñables, y las piezas aparecerían en el transcurso de las labores agrícolas habituales que la población campesina desarrollaba en este lugar. Cabe destacar su proximidad respecto al castro de La Corona'l Castru en La Pola, encontrándose un poco más distante El Castiellu de Llamardal. Las dos piezas que son legibles y han sido publicadas –a pesar de que se descubrirían otras vendidas a anticuarios– muestran cabezas masculinas en el anverso y jinetes con lanzas en el reverso con las leyendas de AREGORADA y SEGOBIRICES, datables respectivamente entre el 100-27 a.C. y ca. 130 a.C. (MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 281). Estos materiales recuerdan a conjuntos también documentados en otros castros de las montañas cantábricas como los dos tesorillos de 17 y 27 denarios celtibéricos, respectivamente, recuperados en las excavaciones de El Chano en Peranzanes (ALEGRE MANCHA y CELIS SÁNCHEZ 1994; CELIS SÁNCHEZ 2002b) o el denario de VARACOS con origen impreciso en el entorno de Oviedo (MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 281; MENÉNDEZ GARCÍA 1960).

En el transcurso del reconocimiento de El Pico Sulcastro de Quintanilla de Babia advertí la presencia de un pequeño fragmento cerámico de una pieza bruñida de aspecto asimilable a la cerámica típica de la Segunda Edad del Hierro en el Occidente Cantábrico. En las inmediaciones de este castro son también conocidos materiales relacionables con la Edad del Bronce (DELIBES DE CASTRO y FERNÁNDEZ MANZANO 1983: 60), así como varios objetos de bronce vinculables a la Edad del Hierro: dos





**Fig.9.105:** Tipos de emplazamiento topográfico de los castros respecto a su entorno inmediato (CARBALLO ARCEO 1996: 346).

agujas finas y largas, dos anillas, dos cadenillas, un fragmento de broche de cinturón y chapas perforadas (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 32; MORÁN 1949: 28).

Además, de la zona alta de El Castro de La Majúa proceden tres brazaletes y dos broches de cinturón realizados en bronce que fueron hallados casualmente por un campesino local (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ 1985: 48-50), entre los cuales destacan las piezas laciformes de amplia distribución en la Segunda Edad del Hierro del Occidente Cantábrico (**Fig.9.104**). Se han recogido también testimonios orales de vecinos sobre el hallazgo de una pulsera de bronce en El Castiellu de Llamardal hace unos 40 años durante la construcción de alguno de los postes de electricidad visibles sobre este castro (FANJUL PERAZA 2005: 154). Para terminar, Margarita Fernández Mier alude al hallazgo de cerámicas no asimilables con claridad a ninguna cronología determinada en El Monte la Caimada (1999: 137).



**Fig.9.106:** Castro de El Monte la Caimada, Tiblós (Miranda) sobre un promontorio destacado con laderas acusadas en tres de sus lados.

### 9.2.3. Pautas locacionales de los poblados castreños

Las comunidades de la Edad del Hierro elegían localizaciones muy concretas para construir los castros, lo cual ha servido a los investigadores para considerar estas ubicaciones como uno de los aspectos más importantes para caracterizar y analizar este tipo de poblamiento en el Noroeste peninsular y el área cantábrica (e.g. AGRAFOXO PÉREZ 1992; CARBALLO ARCEO 1996; GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1976: 60-64; RÍOS GONZÁLEZ Y GARCÍA DE CASTRO VALDÉS 1998: 28-32). Al igual que en los territorios vecinos, los castros del Occidente Cantábrico fueron construidos sobre localizaciones destacadas en el paisaje. No obstante, esta aseveración puede ser calibrada mediante un estudio detallado de las pautas locacionales que mediarían en la selección de sus emplazamientos. Con este objetivo, analizaré los tipos de emplazamientos y su fisonomía, el grado de resalte topográfico respecto a su entorno, la prominencia visual de sus posiciones en el paisaje y la accesibilidad teórica hacia sus entornos. Para ello, me basaré en la realización de análisis geográficos utilizando SIG, así como en el conocimiento directo de los asentamientos.

Por regla general, los lugares seleccionados por los grupos de la Edad del Hierro para erigir los castros buscarían lugares fácilmente defendibles por sus condiciones orográficas naturales, así como puntos destacados o singulares del paisaje ampliamente visibles y fácilmente reconocibles en su entorno inmediato. Estas observaciones son aplicables a la inmensa mayoría de los poblados analizados en el área de estudio a escala intermedia. Siguiendo una tipología de localizaciones pro-

puesta por Xúlio Carballo (1996: 316-317) para Galicia que toma en consideración el entorno más inmediato de los castros –entre 200 y 300 m– (**Fig.9.105**), encontramos que la mayoría de los poblados se acomodan en lo alto de cerros aislados que dominan su entorno circundante (tipo A): El Castu de Villar de Vildas, El Pico'l Castro de Torrestío, Castro Lutarieto en Torrebarrio, El Castro de La Majúa, El Castro de Torre de Babia, El Otero de San Miguel en Güergas de Babia, Otero de Fontanilla en Riolago o El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia. Sobre cerros o espolones con tres de sus lados aislados por fuertes pendientes naturales (tipo C) pueden ser mencionados El Castu de Alava, El Monte la Caimada en Tiblós (**Fig.9.106**), Penaguda en Bueinás y La Peña de Sucasro de Cospedal. Un grupo numeroso fue erigido seleccionando para ello zonas en ladera sobre rupturas en la línea de pendiente (tipo B), entre los cuales se pueden distinguir aquellas localizaciones en las que la pendiente se agudiza ladera abajo, con lo que el dispositivo defensivo se concentra en la parte alta del recinto –tipo B-1: El Cogollu de La Rebolada, La Corona'l Castu de La Pola, El Castiellu de Llamardal y La Corona de Quintanilla de Babia–; los lugares donde la pendiente es más marcada en la parte alta –tipo B-2: El Castu en Arbichales–; así como los que aprovechan un pequeño descanso en la línea de pendiente –tipo B-3: El Castu de Lleiguarda, Las Coronas de Beyu, El Castu en Ondes y El Castu de Vigaña–. Por último, también encontramos castros en elevaciones sobre curvas de ríos o sobre la confluencia de dos cursos fluviales, entre los que documentamos con claridad el castro de El Castiellu de Santuchanu, además de poder incluir aquí, o en el tipo A, el poblado de Entrambosríos en Torrebarrio.

En general, se observa una predilección por lugares destacados con fuertes pendientes en dos o tres de sus vertientes, mientras que las zonas más accesibles que darían acceso al poblado son las que concentran el grueso de los dispositivos defensivos. No obstante, esta clasificación está determinada por la propia disponibilidad de lugares de los diversos tipos descritos en la geografía local. Así, resulta evidente si atendemos a la fisonomía de los lugares seleccionados para erigir los castros que la diversidad en la orografía del área de estudio determina ciertas diferenciaciones. Así, en los valles profundos y encajados de la vertiente septentrional de las montañas cantábricas escasean los cerros aislados y prominentes situados en las proximidades de zonas cultivables, por lo que vemos una mayoría de castros instalados sobre localizaciones de los tipos B. Sólo en la parte más baja del valle del Pi-güña, donde las alturas máximas descienden notablemente, se pueden distinguir poblados sobre ubicaciones tipo C. Al contrario, la geografía de la comarca leonesa de Babia ofrece multitud de localizaciones singularizadas en el relieve local tan sólo unas decenas de metros por encima de los terrenos cultivables de los tramos más bajos de las laderas. Lo cual se plasma en una selección generalizada, salvo contadas excepciones, de localizaciones tipo A. Así pues, no resulta éste un análisis demasiado útil, más que para caracterizar de forma genérica el tipo de localizaciones adoptadas por los poblados, lo cual se muestra en el área de estudio fuertemente vinculado a la disponibilidad de lugares prominentes en las inmediaciones de terrenos suscepti-

ID	Yacimiento, Lugar	Z (MDT)	AR (800 m)	ARt (800 m)	AR (2 km)	Art (2 km)
1	El Castru, Alava	204,182225	60,8801622	0,95803096	-54,213893	-0,40676323
2	El Castru, Lleiguarda	331,706436	-2,05473371	-0,01750978	-107,344407	-0,46219833
3	Las Coronas, Beyu	271,257197	15,4909466	0,1658644	-163,086919	-1,09820494
4	El Monte la Caimada, Tiblós	568,314753	87,2355907	0,59365008	14,7952221	0,07905359
5	Penaguda, Bueinás	499,499738	-	-	-	-
6	El Castru, Ondes	672,272270	14,353935	0,12627177	2,07482126	0,00947604
7	El Castru, Vigaña	562,226722	81,2084417	0,56730432	-95,0700922	-0,44757263
8	El Castiel.lu, Santuchanu	505,463441	-111,103148	-1,02301354	-273,197814	-1,47874532
9	El Cogol.lu, La Rebol.lada	862,946844	73,4683285	0,6894393	-73,8073673	-0,41595164
10	El Castru, Arbichales	1.086,98727	-98,5466664	-0,80343184	-266,574621	-1,29509143
11	La Corona'l Castru, La Pola	841,23468	-22,7038575	-0,17915966	-217,197083	-1,03788565
12	El Castru, Vil.lar de Vildas	1.097,98695	-26,3748634	-0,20947445	-211,221055	-0,96465835
13	El Castiel.lu, L.lamardal	1.204,04056	-38,5608812	-0,39380286	-222,410246	-1,1419922
14	El Pico'l Castro, Torrestío	1.416,33075	-6,8766505	-0,07050599	-112,158877	-0,71571907
15	Castro Lutarieto, Torrebarrio	1.349,56725	78,1899349	2,08716475	30,7187435	0,36400965
16	Entrambosríos, Torrebarrio	1.237,28719	-5,59977577	-0,15743334	-98,2726273	-0,89152969
17	El Castro, La Majúa	1.315,43011	-24,7794846	-0,31662399	-63,0067795	-0,43685036
18	La Peña de Sucastro, Cospedal	1.337,32517	75,2878211	1,95997637	70,0345252	0,7019403
19	El Castro, Torre de Babia	1.272,35911	-6,69276512	-0,14070717	-110,904435	-0,94192686
20	El Otero de San Miguel, Güergas	1.243,11945	7,97760206	0,21074722	-57,3831157	-0,55585526
21	Otero de Fontanilla, Riolo	1.258,48156	5,75181911	0,1416792	-71,849011	-0,60394857
22	El Pico Sulcastro, Quintanilla	1.362,29969	60,4858425	1,1907136	32,3619411	0,42114129
23	La Corona, Quintanilla	1.445,20916	32,5043239	0,33002892	30,3267116	0,42235649

**Tabla 9.7:** Altura relativa (AR) y Altura relativa tipificada (ARt) de los poblados castreños analizados.

bles de ser puestos en aprovechamiento agrario con la tecnología agraria disponible en la Edad del Hierro.

El primer parámetro locacional a considerar en los castros del área de estudio mediante análisis SIG es su prominencia topográfica respecto al entorno que los rodea<sup>136</sup>. Al analizar la altura relativa simple (AR), observamos un primer dato llamativo y que contradice parcialmente lo expresado hasta el momento sobre la prominencia de los castros. Entre los 22 castros considerados, 10 están ubicados en lugares a una cota máxima inferior respecto a la cota media de su entorno, tal y como queda de manifiesto al considerar un entorno de 800 m (**Tabla 9.7**). Estos datos generales, permiten significar los prominentes emplazamientos de asentamientos como El Castru de Alava (+60,88 m), El Monte la Caimada de Tiblós (+87,24 m) o El Castru de Vigaña (+81,21 m), todos ellos ubicados en zonas elevadas sobre los valles inmediatos. Estas observaciones se ven exacerbadas al ampliar el entorno considerado para la AR hasta los 2 km, pues en este rango sólo 6 enclaves mantienen una

<sup>136</sup> Los análisis locacionales sobre el conjunto de poblados castreños del área de estudio no ha podido ser realizado sobre el castro de Penaguda en Bueinás (Miranda), pues la fisonomía de su entorno está fuertemente alterada por las actividades mineras desarrolladas en las últimas décadas. Al no disponer de cartografía previa a tales transformaciones similar a la manejada para el resto del área de estudio, he optado por descartar este asentamiento del análisis mediante SIG de las pautas locacionales, que por lo tanto han sido realizados sobre una muestra de 22 castros.

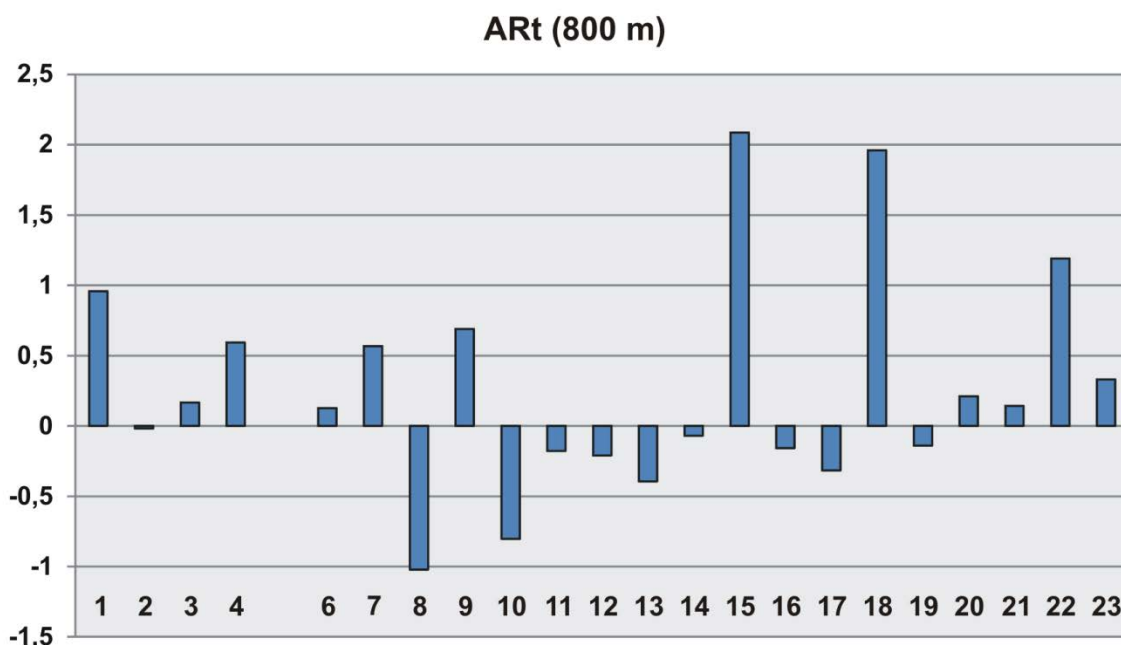




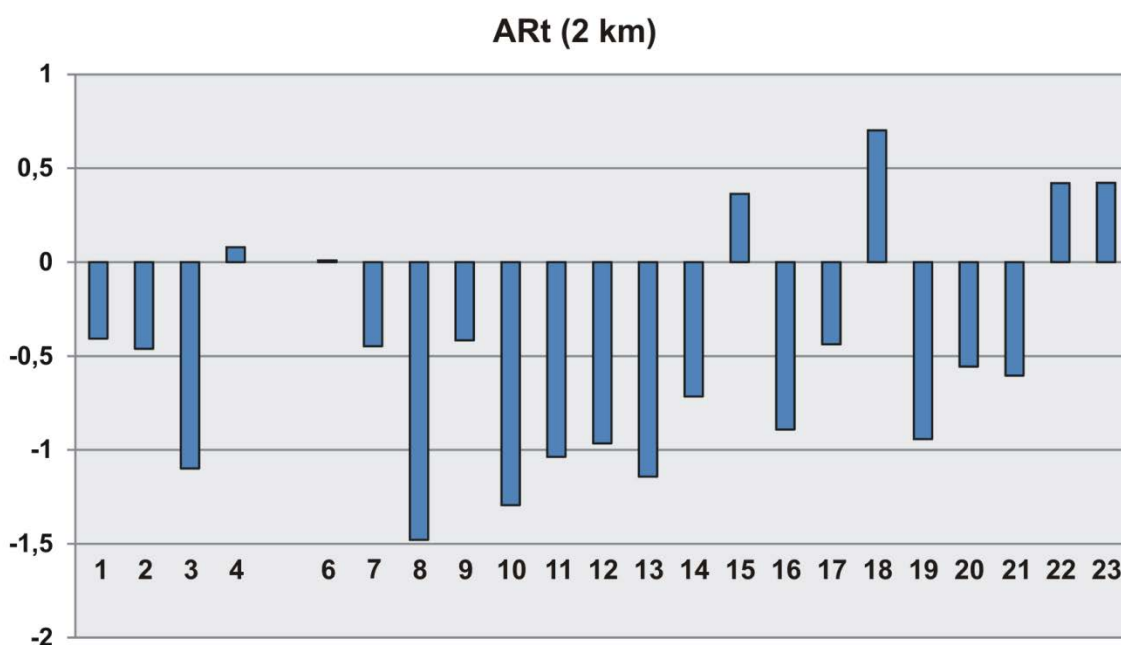
**Fig.9.107:** El Pico Sulcastro, en Quintanilla de Babia (Cabrillanes) se localiza en una elevación destacada sobre el fondo de valle, que además resulta visualmente prominente gracias a los crestones rocosos que coronan el cerro sobre el que se ubica.

cota superior a la altura media de su entorno. Con este radio, son los castros de la zona de Babia –localizados en valles más amplios– los que más destacan, con los ejemplos más significativos de La Peña de Sucastro en Cospedal (+70,03 m) y El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia (+32,26 m) (**Fig.9.107**). En el extremo opuesto, El Castiellu de Santuchanu (-273,20 m) y El Castru de Arbichales (-266,57 m) ofrecen los emplazamientos más deprimidos respecto a su entorno ampliado a 2 km.

Como se desprende del análisis de los datos brutos, la AR de estos poblados con entornos altimontanos muestra valores poco coincidentes con esa idea general de los castros como lugares destacados en su entorno, como otros estudios de este tipo han señalado ya (PARCERO OUBIÑA 2002: 90). Por ello, resulta interesante tratar de normalizar estos valores considerando también las características de su entorno, lo cual se consigue con la altura relativa tipificada (ARt), índice que deriva en valores comparables con otras zonas de estudio. Así, en un radio de 800 m se observa que la mayoría de los poblados oscilan entre valores de -0,5 y +0,5, siendo únicamente excepciones los poblados de la zona de Babia más elevados sobre la llanada del río Luna, así como El Castru de Alava situado frente a la confluencia de los ríos Narcea y Pigüena. En el lado contrario encontramos fundamentalmente a El Castiellu de Santuchanu y El Castru de Arbichales situados en zonas bajas de valles encajados (**Fig.9.108**). Al ampliar la escala de análisis hasta los 2 km, vemos cómo sólo unos pocos poblados ofrecen valores positivos (**Fig.9.109**), lo que se relacionará con las reducidas cuencas visuales de estos emplazamientos.

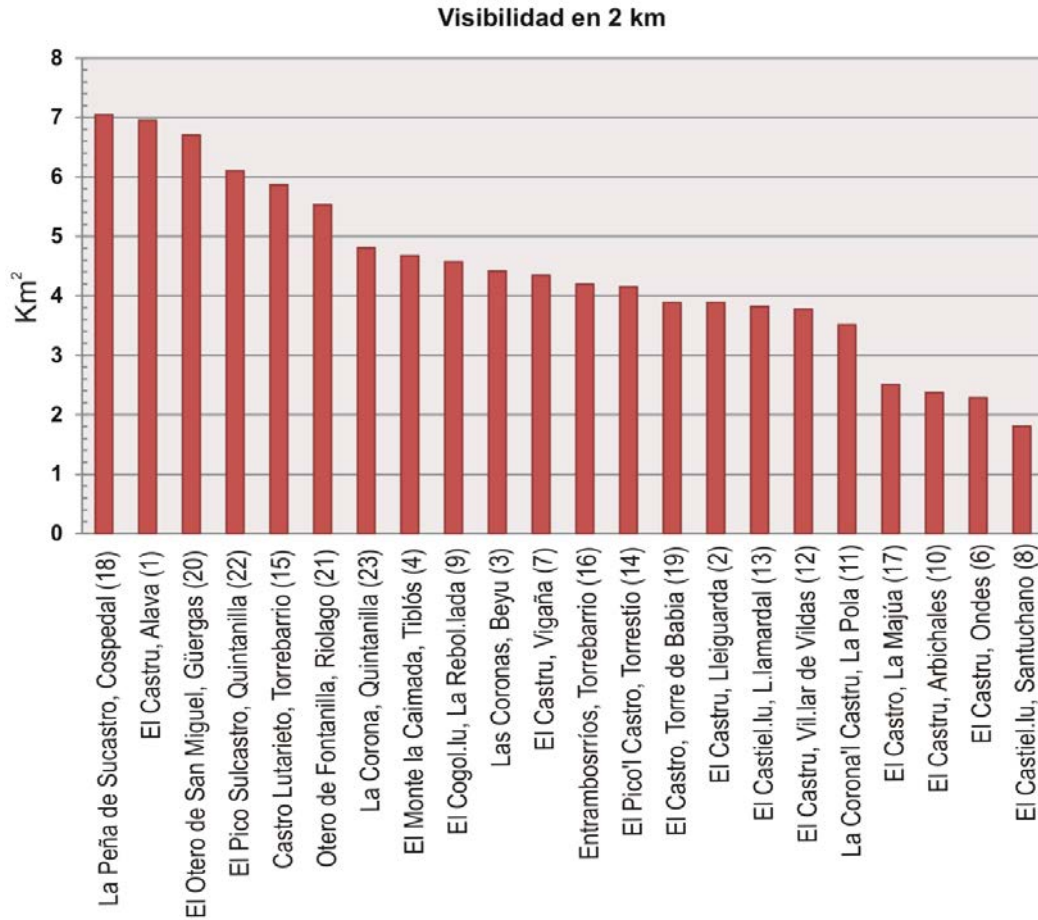


**Fig.9.108:** Gráfico con los valores de Altura relativa tipificada para los castros del área de estudio considerando un entorno de 800 m.



**Fig.9.109:** Gráfico con los valores de Altura relativa tipificada para los castros del área de estudio considerando un entorno de 2 km.

El análisis de la visibilidad de los castros hacia su entorno es una de las líneas de interés para conocer el patrón o los patrones de poblamiento seguidos en el área de estudio por los grupos de la Edad del Hierro. Es éste un parámetro discutible, pues su análisis parte de una lectura teórica sobre qué terrenos eran visibles o no al final de la Prehistoria reciente desde cada poblado castreño, sin poder sortear ciertos factores limitantes no controlables desde el presente. En primer lugar, este análisis no puede sortear el desconocimiento sobre el tipo determinado de cobertura vegetal que se interpondría en la línea visual entre el observador y el terreno cir-



**Fig.9.110:** Visibilidad del terreno circundante en un radio de 2 km desde los castros del área de estudio.

cundante del poblado (WHEATLEY y GILLINGS 2002: 191-192; ZAMORA MERCHÁN 2006: 47). Tampoco podemos obviar la incertidumbre sobre la relevancia real de este componente para la experiencia vivencial de los habitantes de los castros. No obstante, el análisis de la visibilidad puede ser considerado uno de los componentes principales del patrón locacional de estos poblados fortificados. Por lo tanto, constituye una vía en la búsqueda de ciertas regularidades que tal vez estuviesen presentes en las decisiones sobre la conveniencia para ubicar los poblados en uno u otro lugar. Así, es ésta una vía a explorar, cuya elocuencia debe ser tamizada por el investigador a la hora de generar sus interpretaciones arqueológicas (LLOBERA 2003: 29, 46). Porque, en definitiva, su consideración será un argumento más a examinar en la formulación de hipótesis, sin que de su observación surjan condicionantes fuertes en la construcción de las narrativas interpretativas.

Por regla general, los castros del área de estudio tienen una visibilidad limitada sobre su entorno. A media distancia –un radio de 2 km alrededor de los poblados– pocos son los que tienen una visibilidad directa sobre una extensión superior al 50% del terreno circundante (**Fig.9.110**) (**Tabla 9.8**). Destacan entre estos La Peña de Sucastro en Cospedal, El Castru de Vigaña o El Otero de San Miguel en Güergas que divisan extensiones de 7,05, 6,95 y 6,70 km<sup>2</sup>, respectivamente. Salvo otros casos

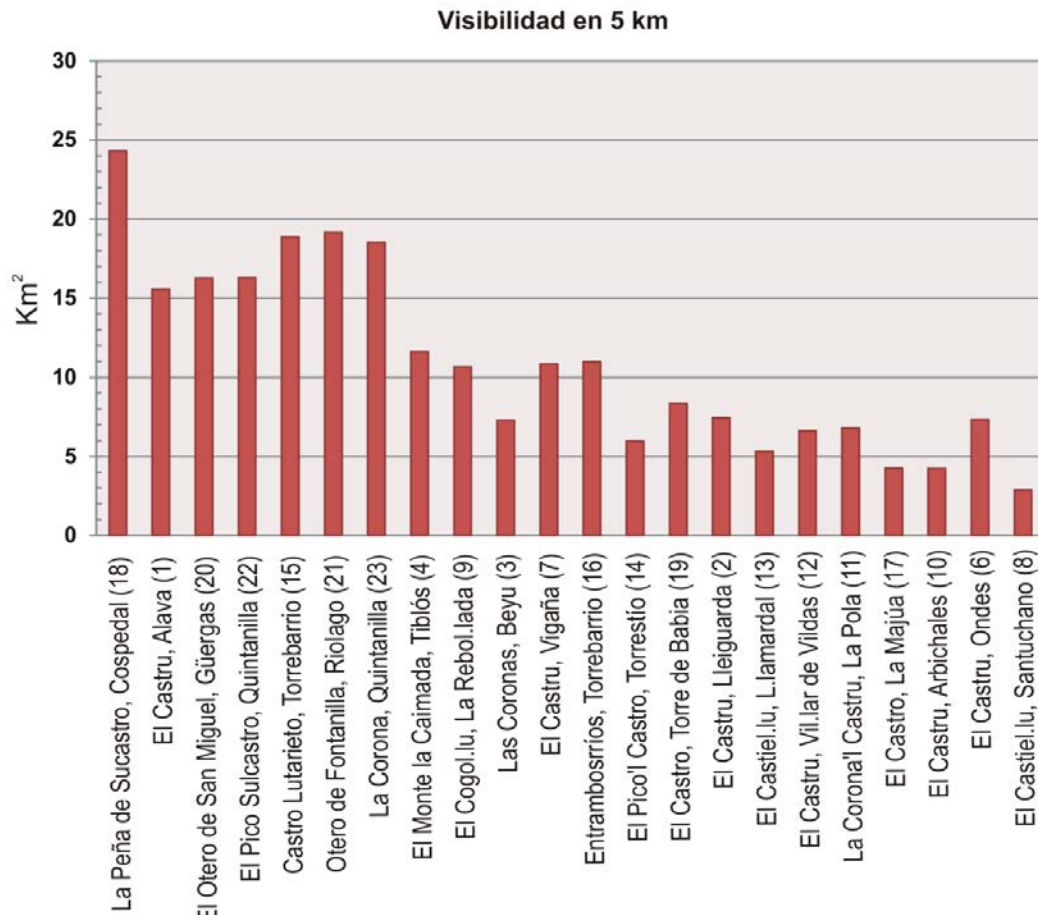
ID	Yacimiento, Lugar	Visib 2km (km <sup>2</sup> )	Visib 5 km (km <sup>2</sup> )
18	La Peña de Sucastro, Cospedal (18)	7,049450	24,327500
1	El Castru, Alava (1)	6,950425	15,563625
20	El Otero de San Miguel, Güergas (20)	6,704150	16,252125
22	El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia (22)	6,102675	16,281875
15	Castro Lutarieto, Torrebarrio (15)	5,864875	18,876975
21	Otero de Fontanilla, Riolo (21)	5,528900	19,146125
23	La Corona, Quintanilla de Babia (23)	4,804825	18,519250
4	El Monte la Caimada, Tiblós (4)	4,675550	11,619025
9	El Cogol.lu, La Rebol.lada (9)	4,571400	10,652450
3	Las Coronas, Beyu (3)	4,410950	7,280825
7	El Castru, Vigaña (7)	4,338950	10,849575
16	Entrambosríos, Torrebarrio (16)	4,194600	10,984800
14	El Pico'l Castro, Torrestío (14)	4,152475	5,956500
19	El Castro, Torre de Babia (19)	3,887500	8,354350
2	El Castru, Lleiguarda (2)	3,887150	7,441075
13	El Castiel.lu, L.lamardal (13)	3,821950	5,297650
12	El Castru, Vil.lar de Vildas (12)	3,775050	6,625150
11	La Corona'l Castru, La Pola (11)	3,511400	6,796825
17	El Castro, La Majúa (17)	2,506425	4,233775
10	El Castru, Arbichales (10)	2,374125	4,229375
6	El Castru, Ondes (6)	2,285125	7,323925
8	El Castiel.lu, Santuchano (8)	1,801425	2,868050
5	Penaguda, Bueinás (5)	–	–

Tabla 9.8: Visibilidad a 2 y 5 km desde los poblados analizados en el área intermedia de estudio.

que se acercan a esas cifras, la mayor parte de los poblados presentan visibilidades que oscilan entre el 30% –El Castru de Villar de Vildas con 3,77 km<sup>2</sup> rondaría ese porcentaje– y el 40% –La Corona en Quintanilla de Babia con 4,80 km<sup>2</sup> visibles desde su emplazamiento se queda ligeramente por debajo–. Por último, los emplazamientos en los fondos de valle o en enclaves encajados cierran esta relación, con visibilidades verdaderamente reducidas en El Castru de Arbichales, El Castru de Ondes o El Castiel.lu en Santuchanu. Estos castros ofrecen visibilidades respecto a los 2 km inmediatos de 2,37, 2,29 y 1,80 km<sup>2</sup> –valores que suponen respectivamente un 18,9%, 18,2% y 14,3% sobre la superficie total de sus entornos inmediatos–. Al observar qué emplazamientos se sitúan en cada extremo del gráfico, de nuevo observamos un comportamiento diferenciado entre los poblados de la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica –a los que se suman los situados en el tramo inferior de la cuenca del Pigüena–, respecto a los localizados en los valles de orografía más intrincada.

Al mismo tiempo, si escudriñamos los datos segmentando por cada uno de estos dos grupos de poblados, veremos mínimas diferencias en la visibilidad efectiva sobre su entorno de 2 km. Así, entre los castros de la vertiente septentrional del área de estudio destaca el ya mencionado sitio de El Castru de Alava, mientras que el grueso de los poblados se sitúan en el tramo medio con entornos visibles muy semejantes. Únicamente cabe destacar las reducidas visibilidades de El Castru de Arbichales, El Castru de Ondes y El Castiel.lu de Santuchanu, al situarse estos poblados en localizaciones notablemente deprimidas sobre su entorno más cercano. En el caso

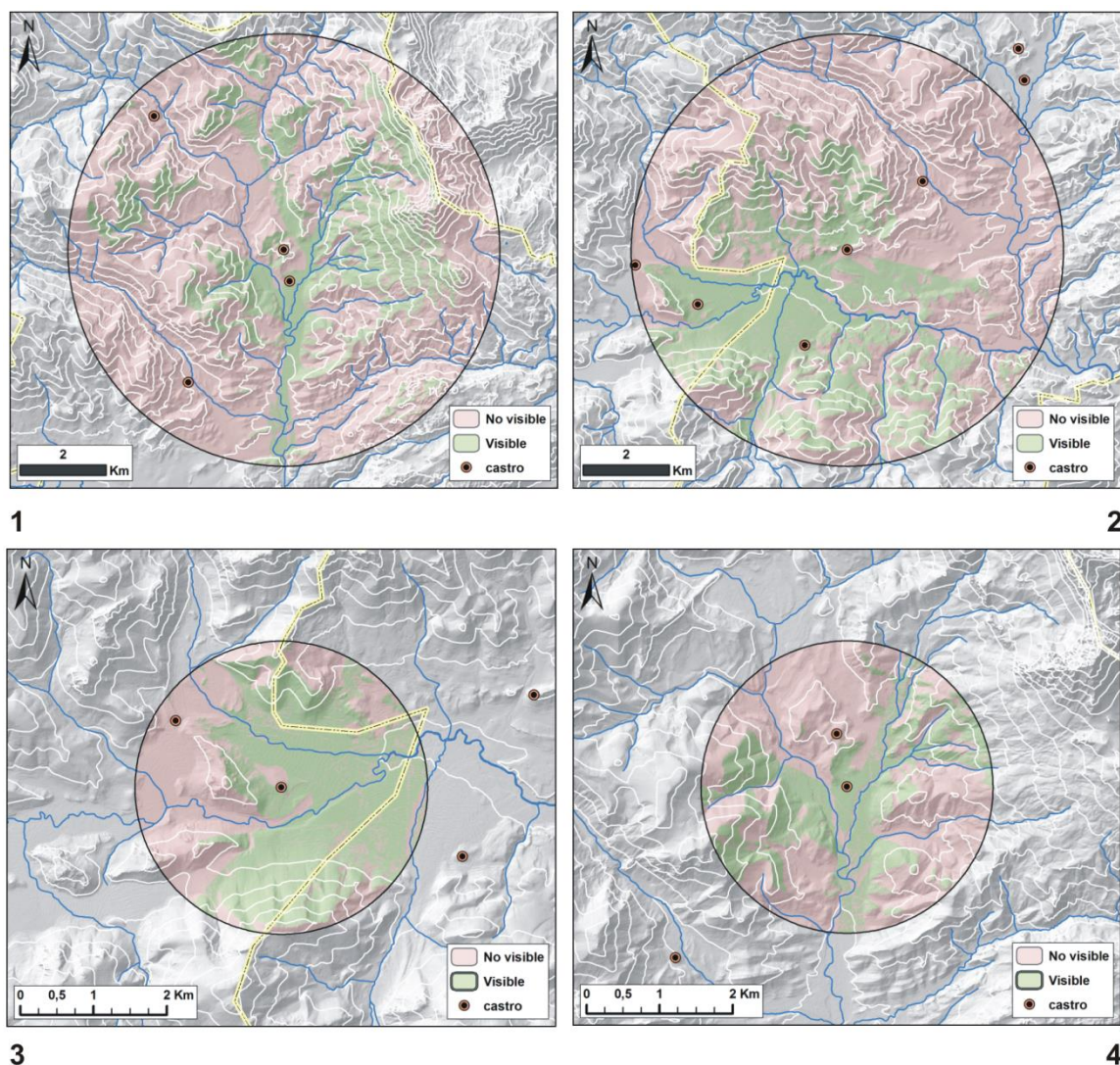




**Fig.9.111:** Visibilidad del terreno circundante en un radio de 5 km desde los castros del área de estudio.

de los recintos de Babia, casi todos los yacimientos copan los primeros puestos en el gráfico, aunque destaca el caso singular de El Castro de La Majúa, con una visibilidad notablemente reducida de tan sólo 2,51 km<sup>2</sup> (19,97% del entorno en los dos primeros kilómetros), lejos del siguiente poblado –El Castro de Torre de Babia– con 3,89 km<sup>2</sup> (30,96%).

Al ampliar la escala analítica hasta un radio de 5 km observamos diferentes comportamientos (**Fig.9.111**). Si en el ámbito más cercano los castros mostraban valores medios de entre el 30% y el 40% de visibilidad sobre su entorno, la visibilidad disminuye en este rango territorial más amplio, como es esperable en un territorio montañoso como éste. Así, se obtiene un promedio de 13,86% en la visibilidad sobre un entorno de 5 km, que si descartamos los valores extremos – La Peña de Sucastro en Cospedal con 24,33 km<sup>2</sup> (30,97%) y El Castiellu de Santuchano con 2,87 km<sup>2</sup> (3,65%)– desciende hasta el 13,51%. Mientras, el grueso de los valores se mueven en un rango que oscila entre el 6-7% y el 20%. Dentro de esta horquilla, los castros de Babia tienden a situarse de nuevo con valores relativos sobre su entorno superiores al conjunto de castros del área septentrional de estudio. Entre estos últimos destaca el notable dominio visual de El Castro de Alava con 15,56 km<sup>2</sup> visibles desde este recinto, que equivalen a un 19,81% del territorio circundante en los pri-

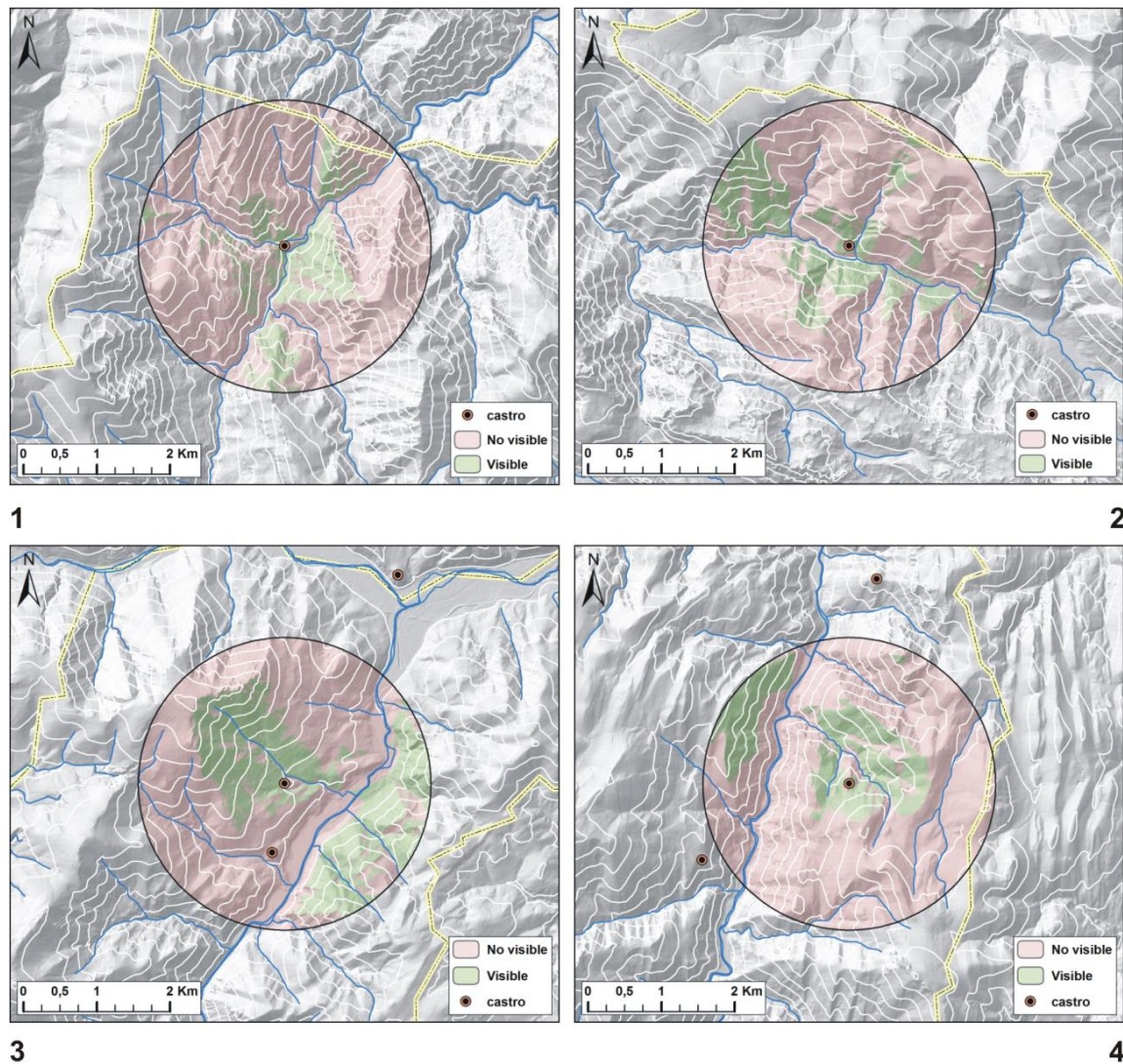


**Fig.9.112:** Representación cartográfica de las visibilidades en un radio de 5 km (1-2) o 2 km (3-4) desde varios poblados del área de estudio. 1: Castro Lutarieto, Torrebarrio. 2: La Peña de Sucastro, Cospedal. 3: El Otero de San Miguel, Güergas de Babia. 4: Entrambosríos, Torrebarrio. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].

meros 5 kilómetros. No obstante, este enclave es superado por algunos poblados leoneses que en el radio de 2 km ofrecían menores datos. Así, Otero de Fontanilla en Riologo, Castro Lutarieto en Torrebarrio o La Corona en Quintanilla de Babia muestran visibilidades que abarcan 19,15 km<sup>2</sup> (24,38%), 18,88 km<sup>2</sup> (24,04%) y 18,52 km<sup>2</sup> (23,58%), respectivamente.

Uno de los ejercicios interesantes respecto a la visibilidad es contrastar los cambios observados en la posición de algunos poblados entre los dos gráficos de visibilidades a 2 y 5 km respecto al conjunto de castros del área de estudio. Así, castros como El Castru de Ondes que en el radio más corto se situaban a la cola en cuanto a visibilidad sobre su entorno recuperan posiciones en la tabla superando a muchos poblados localizados en su entorno extendido. Situación a la inversa se constata en relación con el recinto de Las Coronas de Beyu o con El Pico'l Castro de Torrestío. De nuevo, el peso del relieve dominante en el entorno más amplio en el





**Fig.9.113:** Representación cartográfica de las visibilidades en un radio de 2 km desde varios poblados del área de estudio. 1: El Castiel|u, Santuchano. 2: El Castru de Arbichales. 3: El Castru, Lleiguarda. 4: El Castru, Ondes. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].

que se sitúan los poblados ejerce un fuerte factor condicionante de las condiciones de visibilidad de los diferentes castros sobre sus entornos.

Al valorar cualitativamente los espacios visibles desde los poblados –tarea en la que pongo en juego mis propias impresiones al realizar los reconocimientos de los poblados y sus entornos– las cifras previamente referidas son más fácilmente comprensibles. Además, algunas asunciones o impresiones previas derivadas de los estudios realizados con SIG pueden ser calibradas. Entre los poblados analizados, destaca en primer lugar la fuerte diferencia en la extensión de las superficies visibles desde cada enclave. Así, los poblados con mayores entornos visibles ofrecen normalmente una distribución de ese espacio en múltiples direcciones, como ejemplifican Castro Lutarieto en Torrebarrio o La Peña de Sucasro de Cospedal, con áreas visibles en el rango analizado de mayor alcance sobre los valles a su alrededor y las elevaciones más elevadas de sus respectivos entornos (**Fig.9.112**). Por su parte, resultan singulares los poblados ubicados a menores altitudes relativas en la zona de

Babia, como El Otero de San Miguel en Güergas o Entrambosríos en Torrebarrio, con visibilidades amplias a pesar de ello, que en el rango intermedio de 2 km divisan preferentemente amplios espacios llanos en el último tramo de pendiente de los valles en los que se localizan.

Respecto a las zonas montañosas al norte del eje axial de la Cordillera Cantábrica, por un lado se encuentran yacimientos en la parte baja de valles estrechos que ofrecen visibilidades singularmente reducidas, como El Castiellu de Santuchanu o El Castru de Arbichales, que además de dirigirse hacia laderas pendientes con aprovechamientos potenciales de bosque o pastoreo extensivo de ganado menor, también se orientan hacia pequeñas zonas donde sería posible desarrollar formas extensivas de cultivo sobre suelos ligeros (Fig.9.113).

La mayor parte de los castros de esta parte se ubican en cambio en zonas de ladera, sobre pequeños cerros o espolones elevados cercanos a los rellanos situados en la sección media de los valles. Estos poblados, como El Castru en Lleiguarda o El Castru de Ondes, ofrecen visibilidades intermedias, normalmente ajenas a las orillas de los ríos principales, que se focalizan en las zonas inmediatas a los castros. Mayoritariamente, estas zonas son en la actualidad prados cercados, aunque tradicionalmente fueron campos de cultivo instalados sobre pequeñas terrazas de cronología muy reciente, producto de la expansión del terrazgo agrario en época moderna/contemporánea (FERNÁNDEZ MIER 2010). Sin embargo, es presumible considerar que estos mismos espacios –especialmente los tramos de menor pendiente– albergasen en el I milenio a.C. campos de cultivo de morfología más simple en los que los grupos castreños desarrollarían sus prácticas agrícolas, tal y como se ha podido observar para este período en Galicia (PARCERO OUBIÑA 2006).

Otro aspecto habitual a considerar en los estudios locacionales es la intervisibilidad entre diferentes poblados. Respecto a este estudio, cabe advertir la insuficiencia de informaciones cronológicas respecto a la ocupación de la inmensa mayoría de poblados en el área de estudio. En este sentido, únicamente cabe consi-

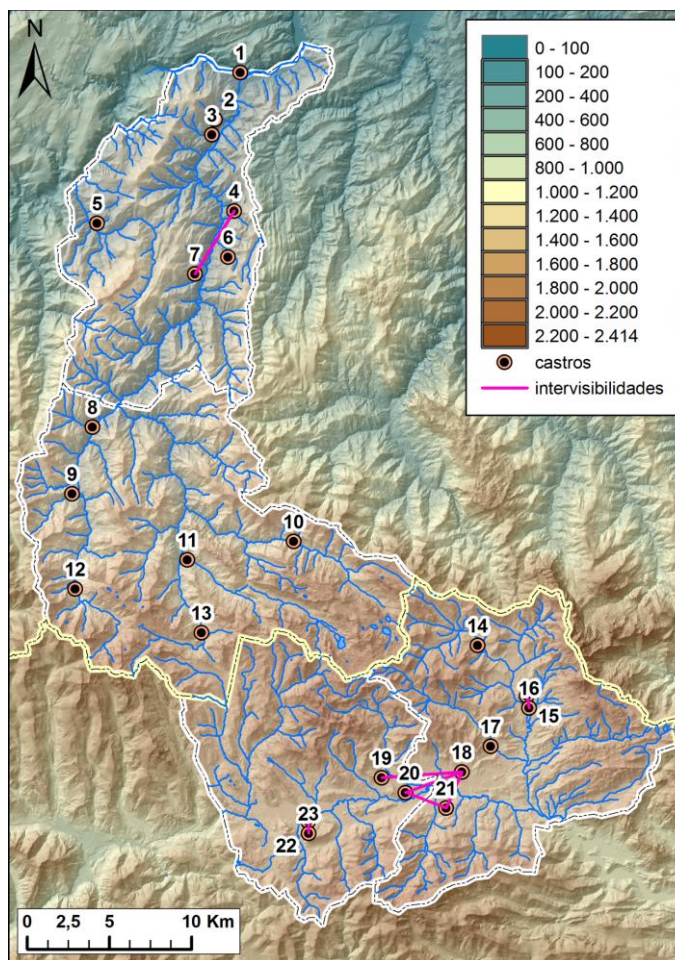
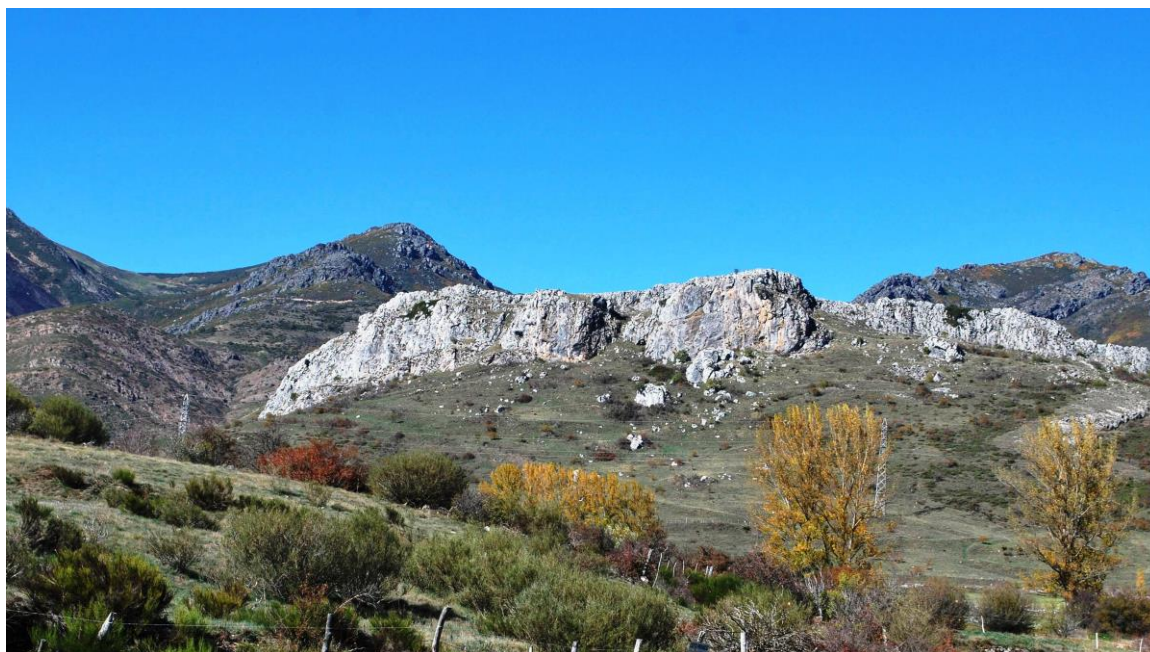


Fig.9.114: Visibilidad recíproca entre poblados castreños del área de estudio.

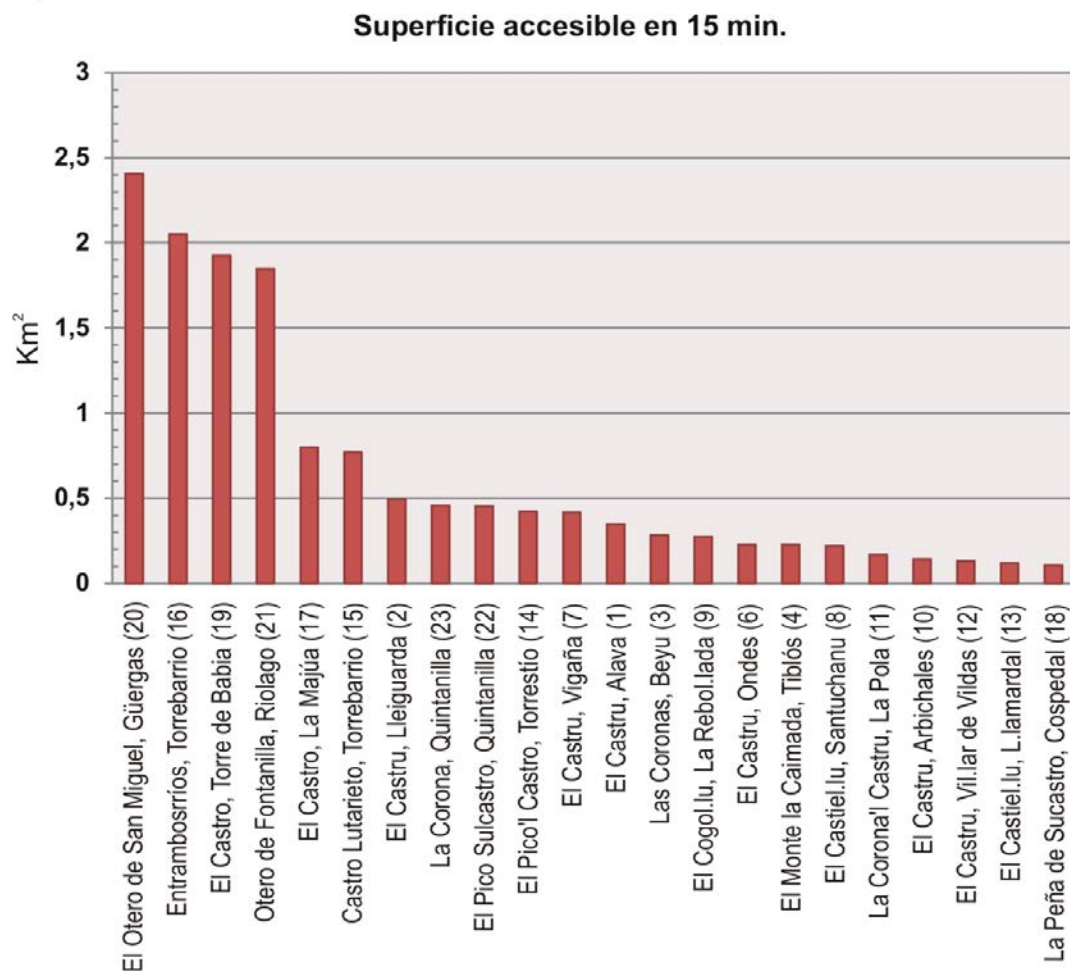




**Fig.9.115:** La Peña de Sucastro de Cospedal se localiza sobre una peña prominente bien visible en su entorno.

derar a partir de materiales arqueológicos hallados en superficie hipotéticas ocupaciones en la Primera Edad del Hierro en los poblados de El Castu de Alava, El Castiellu de Santuchanu y El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia, así como en El Castro de La Majúa y El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia durante la Segunda Edad del Hierro. A ellas sumamos la ocupación previamente descrita de El Castu de Vigaña a lo largo de ambos períodos. Con estas consideraciones previas, las interpretaciones a partir de estudios de visibilidad deben asumir de partida la inseguridad sobre la sincronía en la ocupación de diferentes yacimientos, aunque la tónica habitual en los poblados del Occidente Cantábrico son los poblados de largo recorrido fundados en la Primera Edad del Hierro y ocupados hasta el cambio de era (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c; MARÍN SUÁREZ 2011a). Pese a todo, en el área de estudio a escala intermedia se observan escasos ejemplos de intervisibilidades directas (**Fig.9.114**).

Así, en la zona septentrional se aprecia solamente la relación directa entre El Monte la Caimada y El Castu de Vigaña, separados ambos por el profundo valle encajado del río Pigüña. Entre los poblados localizados en la comarca de Babia el relieve más abierto facilita estas situaciones, reconocibles entre varios castros como la intervisibilidad entre El Pico Sulcastro y La Corona en Quintanilla de Babia, así como entre Castro Lutarieto y Entrambosríos en Torrebarrio. Ambos casos son poblados situados muy próximos entre sí, relación que abordaré más adelante a la luz de sus respectivos estudios de accesibilidad. Además, en la zona central y más amplia de esta llanada por la que discurre lentamente el curso alto del río Luna existe una red más compleja con La Peña de Sucastro de Cospedal como referente protagonista (**Fig.9.115**), pues es visible desde El Castro de Torre de Babia, El Otero de San Miguel en Güergas de Babia y Otero de Fontanilla en Riologo, siendo además los dos últimos visibles entre sí.



**Fig.9.116:** Accesibilidad del terreno circundante en los primeros 15 minutos desde los castros del área de estudio.

Por otra parte, en una zona con una orografía tan compleja y compartimentada, no debe resultar llamativo que las intervisibilidades entre poblados sean tan escasas, a pesar de que muchos se localicen muy próximos entre sí. Buen ejemplo de esto sería la cercanía sin intervisibilidad de poblados como El Castro de Lleiguarda y Las Coronas de Beyu, El Castro de Ondes y El Castro de Vigaña, o El Castro de La Majúa y La Peña de Sucastro en Cospedal. Esta observación insiste en el relativo aislamiento en su día a día de cada comunidad castreña en estas montañas del Occidente Cantábrico. No obstante, cabe relativizar tal consideración, presumiendo percepciones sensoriales más sutiles que suplirían esa intervisibilidad, y que insistirían en la presencia en la proximidad de otra comunidad castreña. Así, en el caso de que alguna de las parejas de poblados citadas más arriba coexistiesen habitadas al mismo tiempo –extremo que no podemos confirmar ni descartar a la luz de los datos disponibles–, los habitantes de cada poblado seguramente advertirían con frecuencia señales de su mutua presencia. Por ejemplo, el humo procedente de los hogares de la comunidad vecina o como resultado quizá de quemas controladas en el transcurso del mantenimiento o ampliación de los espacios abiertos, ascendería haciéndose visible tras los recodos del valle. Además, al analizar con detalle los espacios visibles en un radio de 5 km en torno a los poblados, se observa cómo en ocasiones son visi-

ID	Yacimiento, Lugar	ACC 15' (km <sup>2</sup> )	ACC 30' (km <sup>2</sup> )	ACC 60' (km <sup>2</sup> )
1	El Castu, Alava	0,3474	0,8596	7,929625
2	El Castu, Lleiguarda	0,495275	1,359825	4,995025
3	Las Coronas, Beyu	0,28275	1,46465	5,619275
4	El Monte la Caimada, Tiblós	0,227625	0,468825	2,043075
5	Penaguda, Bueinás	–	–	–
6	El Castu, Ondes	0,22785	0,868475	2,779775
7	El Castu, Vigaña	0,417875	0,734725	3,342525
8	El Castiel.lu, Santuchanu	0,2183	0,660925	3,390925
9	El Cogol.lu, La Rebol.lada	0,274775	0,433475	2,689625
10	El Castu, Arbichales	0,1414	0,3194	1,90145
11	La Corona'l Castu, La Pola	0,1677	0,644075	2,348075
12	El Castu, Vil.lar de Vildas	0,130375	0,491775	2,692825
13	El Castiel.lu, L.lamardal	0,118975	1,12415	3,86695
14	El Pico'l Castro, Torrestío	0,42175	1,75845	8,541125
15	Castro Lutarieto, Torrebarrio	0,77155	3,7254	15,292
16	Entrambosríos, Torrebarrio	2,050575	5,2334	18,2841
17	El Castro, La Majúa	0,797875	2,2558	13,3995
18	La Peña de Sucastro, Cospedal	0,10545	2,38885	16,254775
19	El Castro, Torre de Babia	1,92535	4,888275	20,1813
20	El Otero de San Miguel, Güergas	2,40565	6,1317	20,955675
21	Otero de Fontanilla, Riolago	1,84635	6,236225	19,644125
22	El Pico Sulcastro, Quintanilla	0,454075	4,074625	19,395875
23	La Corona, Quintanilla	0,4568	1,49635	14,92975

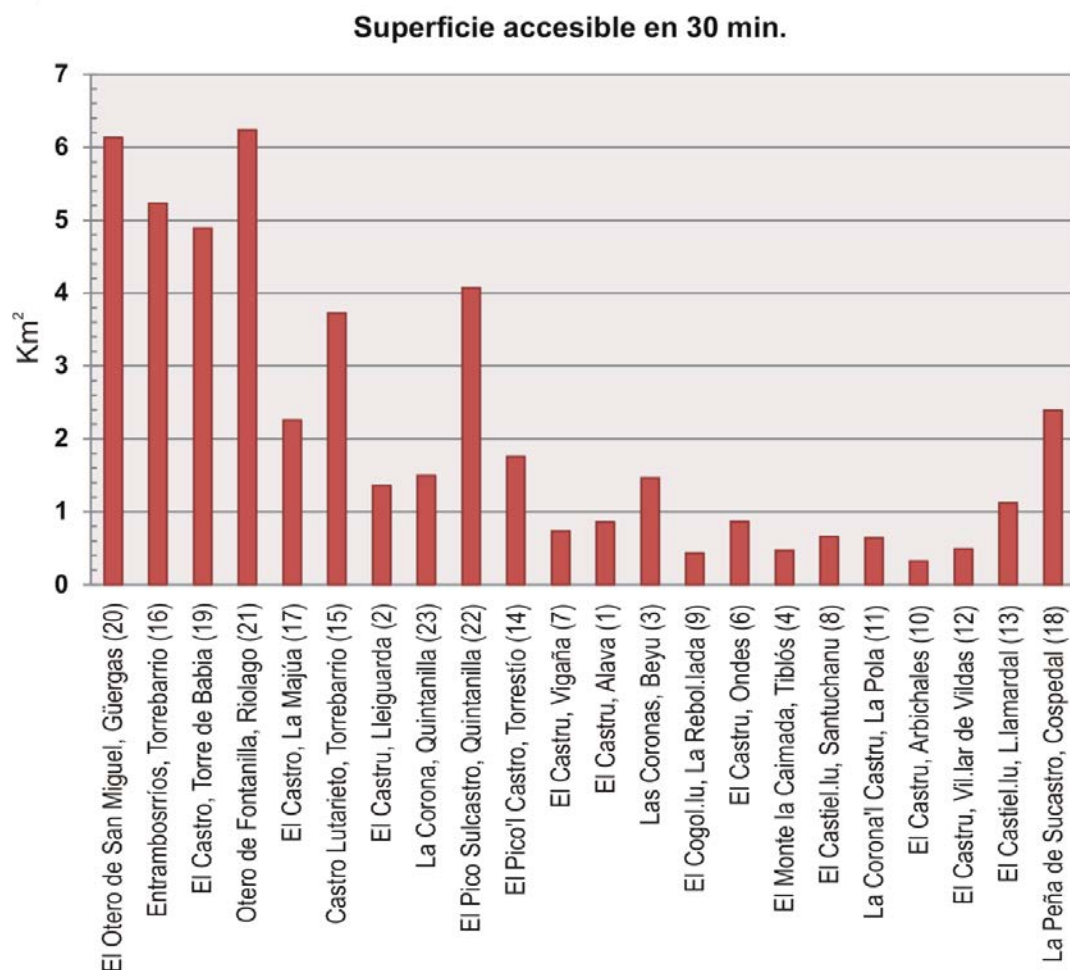
**Tabla 9.9:** Superficie accesible desde los poblados del área intermedia de estudio a 15, 30 y 60 minutos.

bles desde un castro espacios inmediatos a un segundo poblado que potencialmente serían aprovechados por aquellos como espacios agrarios. Así sucede recíprocamente entre El Castiellu de Santuchanu y El Cogollu de La Rebol.lada. Pese a que sus habitantes no divisasen los monumentales fosos y murallas del grupo cercano, sí observarían con relativa frecuencia a sus vecinos trabajando la tierra o cuidando del ganado en esos espacios próximos al otro castro, así como estructuras o elementos agrarios visibles en la distancia en esos lugares<sup>137</sup>.

Como vengo insistiendo en otras secciones del trabajo, los poblados castreños del Noroeste peninsular y las montañas cantábricas se caracterizan genéricamente por sus buenas condiciones defensivas y sus localizaciones prominentes en el paisaje. Esto determina de nuevo otro componente locacional de las ubicaciones seleccionadas por las gentes de la Edad del Hierro para erigir sus poblados sedentarios. Al analizar la accesibilidad al entorno circundante de los castros del área de estudio esa intencionalidad de aislamiento se hace patente, sobreponiéndose a otros factores locacionales importantes en otras épocas, como la cercanía a puntos de abastecimiento de agua fresca. En este sentido, la valoración de las superficies accesibles en los primeros quince minutos desde los distintos poblados ofrece datos sobre los que asentar la discusión (**Fig.9.116**)<sup>138</sup>. Así, desde la mayoría de los castros se accede en

<sup>137</sup> No puedo evitar pensar en el referente de los *balagares* en torno a un poste o *vara* de madera – almiar en castellano – o las *medas* de hierba seca –hacinas–, tan visibles en la distancia en el paisaje tradicional campesino de estas montañas.

<sup>138</sup> Este análisis fue realizado a partir de un estudio de costes de desplazamiento a pie, considerando para ello la pendiente del terreno como factor de fricción. Los cursos fluviales no fueron considerados



**Fig.9.117:** Accesibilidad del terreno circundante en los primeros 30 minutos desde los castros del área de estudio.

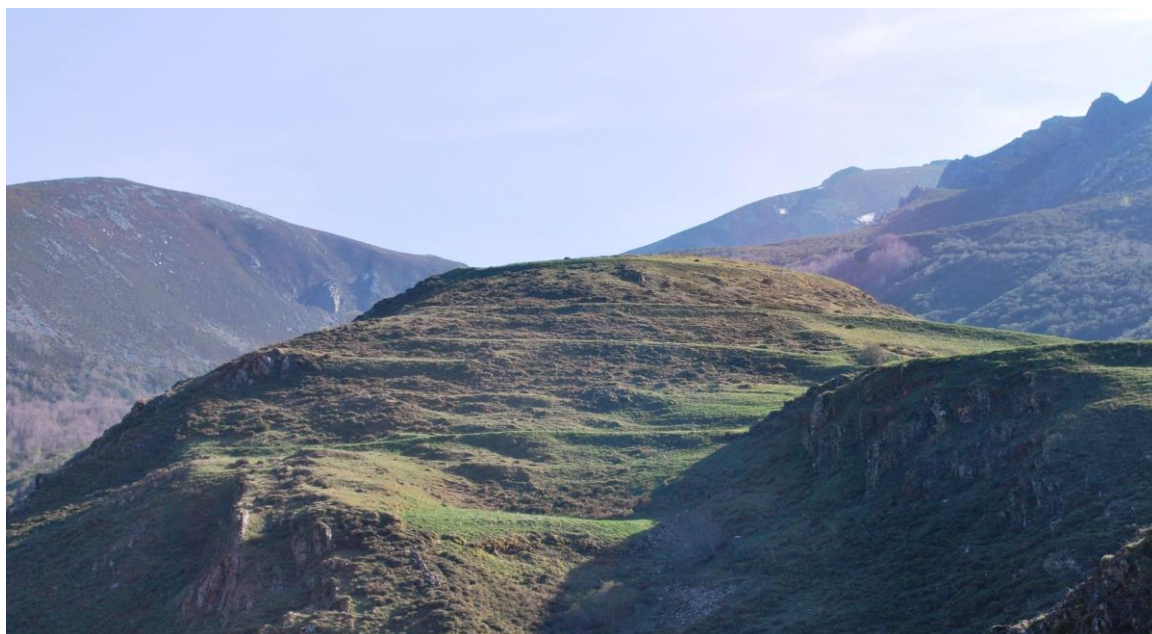
esos quince primeros minutos a una superficie teórica de menos 0,5 km<sup>2</sup> (**Tabla 9.9**). En determinados enclaves la dificultad para la movilidad en su entorno más inmediato es especialmente llamativa, como sucede en La Peña de Sucastro de Cospedal (0,11 km<sup>2</sup>), El Castiel.lu de Llamardal (0,12 km<sup>2</sup>), El Castru de Villar de Vildas (0,13 km<sup>2</sup>) o El Castru de Arbichales (0,14 km<sup>2</sup>). Por encima de estos, se sitúan el grueso de recintos castreños, con entornos accesibles en este tiempo de entre 0,2 y 0,5 km<sup>2</sup>. Una vez más en este estudio locacional de los castros del área de estudio, los sitios ubicados en Babia se singularizan en el análisis mostrando una alta accesibilidad hacia su entorno, con máximos en El Otero de San Miguel de Güergas (2,41 km<sup>2</sup>), Entrambosríos en Torrebarrio (2,05 km<sup>2</sup>) y El Castro de Torre de Babia (1,93 km<sup>2</sup>).

Al ampliar la distancia en este estudio hasta los treinta minutos, las tendencias previamente señaladas se refuerzan, aunque se observan algunos cambios (**Fig.9.117**). Los poblados situados en Babia continúan copando la parte más eleva-

---

en este cálculo –excepto el río Narcea– pues no constituyen elementos limitantes en los desplazamientos, si exceptuamos las grandes avenidas primaverales producidas por el deshielo. Respecto al caudaloso río Narcea, ase le atribuyó un coste para su vadeo equivalente a una dificultad de 50 grados de pendiente en una franja de 15 m de anchura.

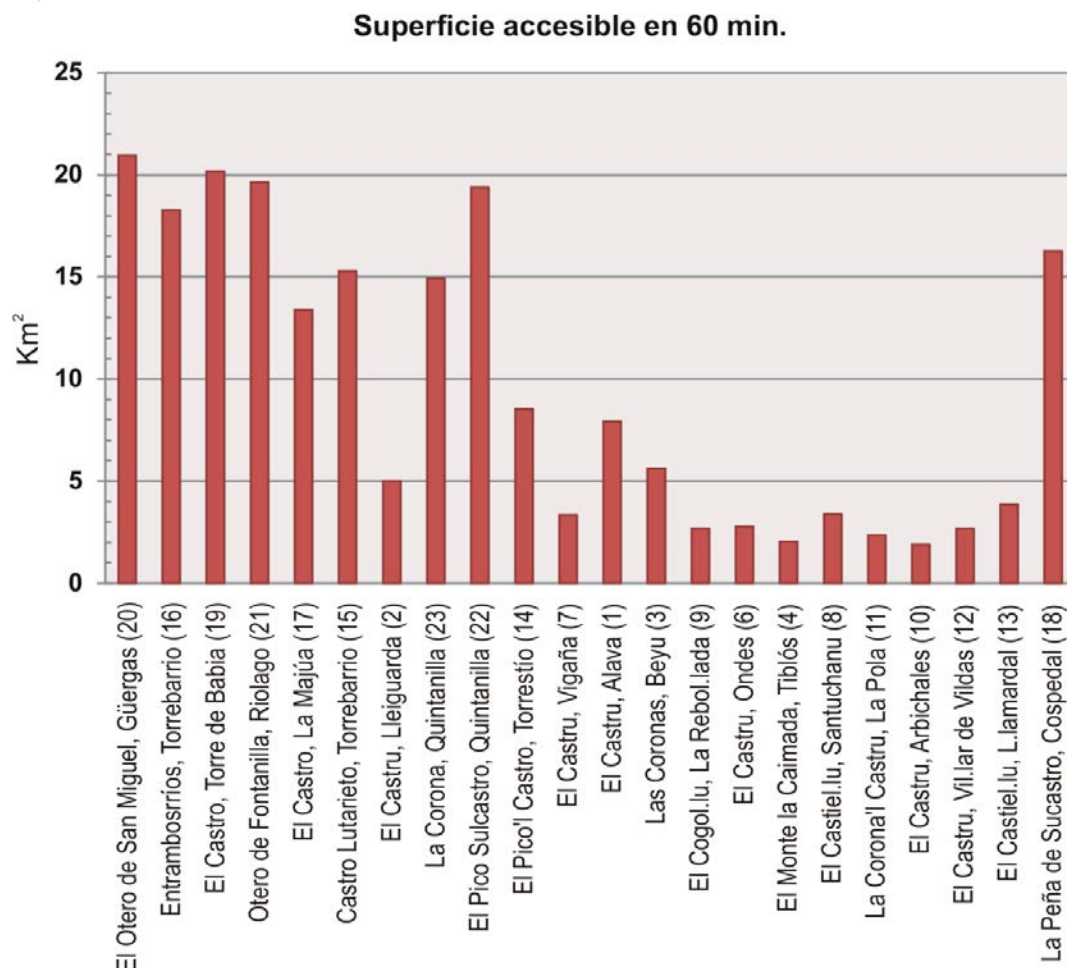




**Fig.9.118:** El Pico'l Castro de Torrestío se sitúa en un cerro de cima aplanada a a 1.416 msnm sobre un estrecho valle lateral a la llanada central de Babia.

da en la accesibilidad a su entorno, con Otero de Fontanilla en Riolago (6,24 km<sup>2</sup>), El Otero de San Miguel en Güergas (6,13 km<sup>2</sup>) y Entrambosríos en Torrebarrio (5,23 km<sup>2</sup>) como los casos que ofrecen una mayor accesibilidad hacia su entorno. Entre estos castros más meridionales, se observa cómo los ubicados en valles más estrechos –como El Castro de La Majúa o El Pico'l Castro de Torrestío (**Fig.9.118**)– se desvían de los valores más amplios de los castros ubicados en los márgenes de la gran llanada central de Babia. Por su parte, la accesibilidad de los poblados de los valles al Norte de la Cordillera Cantábrica se mantienen con entornos reducidos accesibles en media hora, y de nuevo comienzan a destacarse sobre el resto los poblados del curso inferior del río Pigüña, como Las Coronas de Beyu (1,46 km<sup>2</sup>) o El Castru de Lleiguarda (1,36 km<sup>2</sup>), frente a superficies más reducidas en poblados como El Cogollu de La Rebollada (0,43 km<sup>2</sup>) o El Castru de Arbichales (0,32 km<sup>2</sup>). De manera particular, El Castru de Alava ve limitada la accesibilidad sobre su entorno por la inmediatez del río Narcea (0,86 km<sup>2</sup>).

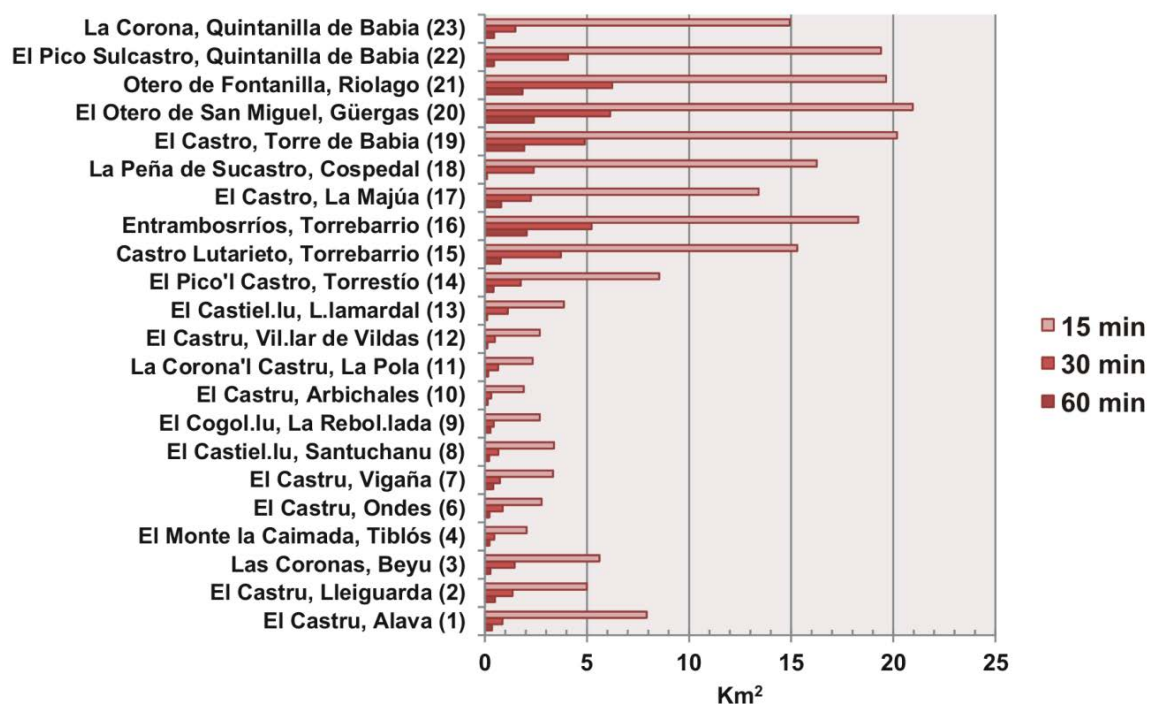
Por último, he tomado en consideración un rango temporal máximo de 60 minutos para valorar la accesibilidad más amplia de los poblados. Con esta selección difiero de otros estudios previos que han considerado un tercer nivel que sólo alcanzaba los 45 minutos (e.g. FÁBREGA ÁLVAREZ 2004; PARCERO OUBIÑA 2002). Sin embargo, sólo con la consideración de esta isocrona más distante he podido valorar el acceso a ciertos espacios de altura sobre las montañas más próximas a los castros analizados que presumiblemente jugarían un papel destacado en las prácticas ganaderas de estas comunidades (**Fig.9.119**). Los poblados de la zona sur del área de estudio se sitúan, como viene siendo la tónica habitual, entre los enclaves con mayores extensiones de terreno accesibles en el lapso temporal de una hora. El Otero de San Miguel de Güergas (20,96 km<sup>2</sup>), El Castro de Torre de Babia (20,18 km<sup>2</sup>), Otero de



**Fig.9.119:** Accesibilidad del terreno circundante en los primeros 60 minutos desde los castros del área de estudio.

Fontanilla en Riolago (19,64 km<sup>2</sup>) y El Pico Sulcastro de Quintanilla (19,40 km<sup>2</sup>) ofrecen los valores más amplios. Al mismo tiempo, los asentamientos septentrionales de El Castro de Arbichales (1,90 km<sup>2</sup>), El Monte la Caimada (2,04 km<sup>2</sup>) y La Corona'l Castro de La Pola (2,35 km<sup>2</sup>) son los de accesibilidad más reducida considerando la isocrona de 60 minutos.

Tras repasar las accesibilidades a los entornos de los castros en relación con distintos lapsos temporales, se observan evoluciones singulares en los valores de algunos de estos enclaves (**Fig.9.120**). El comportamiento de La Peña de Sucastro en Cospedal resulta especialmente llamativo, pues si bien se mostraba como el lugar con menor accesibilidad hacia su entorno en el primer rango espacio-temporal considerado, conforme se evalúa su accesibilidad con mayores rangos temporales ésta es mucho más amplia, y llega a ser uno de los sitios con mayor espacio accesible en su entorno al analizar la isocrona de 60 minutos, que se extiende por la superficie llana a sus pies en la depresión central de Babia. La topografía a escala micro de su localización justifica esta situación, pues este yacimiento –uno de los que me continúan ofreciendo dudas sobre su efectiva catalogación como castro, debido justamente a su peculiar emplazamiento– se localiza sobre un crestón rocoso relativamente



**Fig.9.120:** Gráfico comparativo con las accesibilidades de los poblados para las tres isocronas consideradas en el análisis locacional.

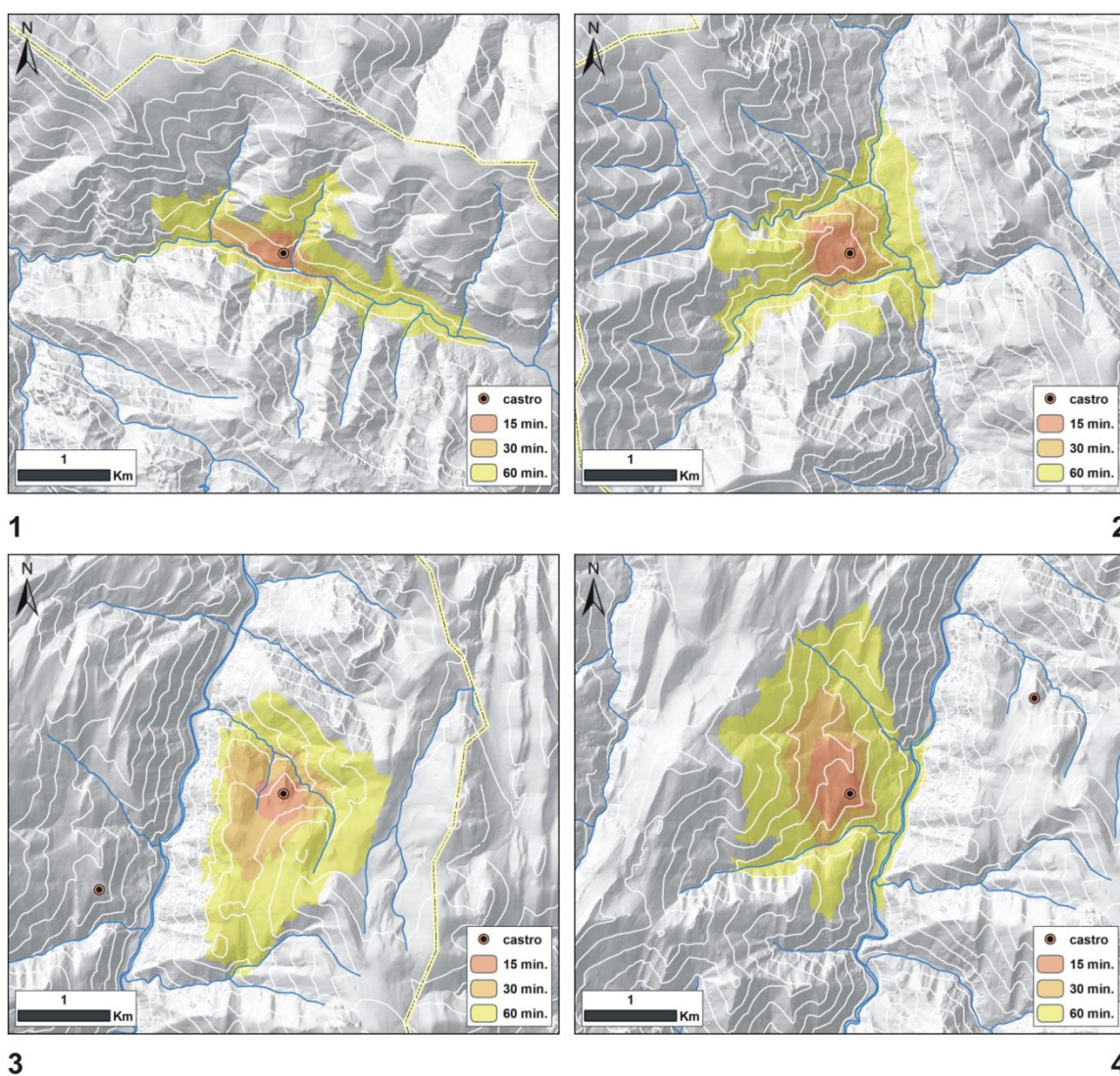
elevado con paredes casi verticales en alguna de sus vertientes y una superficie de tránsito dificultosa al estar poblada por afloramientos rocosos.

Si al analizar la visibilidad de los poblados del área de estudio era evidente una cierta diferenciación entre los castros de Babia y los de la mitad septentrional del área de estudio, la atención a la accesibilidad entre estos enclaves fortificados y su entorno refuerza tales diferencias. Así, de considerar la superficie accesible desde los poblados en sucesivas isocronas de 15, 30 y 60 minutos, el marcado condicionante derivado de la orografía diversa que caracteriza la zona investigada se enfatiza más aún. Llegados a este punto, cabe reconocer ya las evidentes diferencias locacionales existentes entre los castros de Babia y los de los valles septentrionales del área de estudio, que probablemente sobresalen por encima de otros factores o de diferencias internas más sutiles en los dos grupos de poblados que podrían derivar en la existencia de varios modelos locacionales para el área de estudio durante la Edad del Hierro.

Al volcar todos estos datos cuantitativos sobre la cartografía y contrastar esa información con el reconocimiento directo de los poblados, se pueden poner en valor los datos sobre accesibilidad en términos cualitativos. Así, se pueden comprender mejor las pautas de poblamiento y el peso de las formas de subsistencia en la configuración del paisaje castreño del área de estudio. Como era esperable, la accesibilidad desde los castros situados en las zonas más abruptas –como El Castru de Arbichales– ofrecen una distribución espacial que muestra una mayor afinidad de los movimientos más cortos hacia los tramos de ladera más suaves (**Fig.9.121**). Esos espacios con pendientes suaves podrían acoger potencialmente campos de cultivo

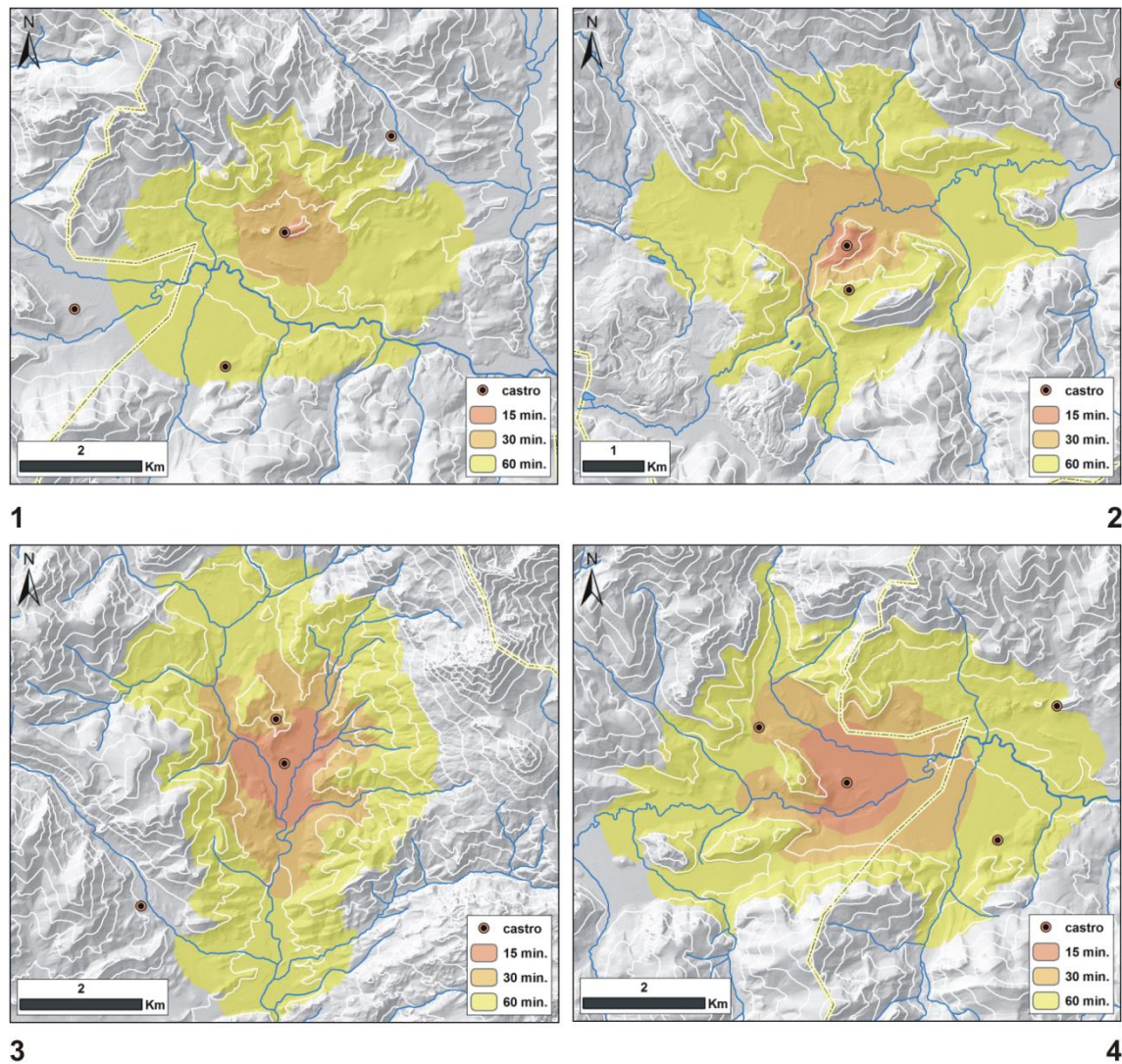


adecuados para la tecnología agraria de la Edad del Hierro, que además suelen coincidir con zonas visibles desde los asentamientos. Al mismo tiempo, es interesante observar cómo la localización de estos poblados determina en algunos casos –como El Castu de Ondes– que los fondos de valle por los que fluyen ríos como el Pigüña sean en verdad zonas marginales en los probables patrones de movilidad cotidianos para estas comunidades. Mientras tanto, las zonas altas de las sierras son espacios accesibles a una distancia de poco más de una hora, lo cual me hace subrayar su importancia como espacios productivos, así como ámbitos de confluencia con las comunidades vecinas. De hecho, hasta no hace más de un siglo cuando el asfalto se extendió sobre los caminos carreteros abiertos en época moderna por los fondos de los valles, los caminos empleados habitualmente por los campesinos de estas montañas en sus desplazamientos de largo/medio recorrido discurrían fundamentalmente a media ladera, o incluso por las suaves cuerdas de las sierras.



**Fig.9.121:** Representación sobre cartografía de las accesibilidades a diferentes castros del área de estudio. 1: El Castu, Arbichales. 2: El Cogol||u, La Rebol||ada. 3: El Castu, Ondes. 4: El Castu, Vigaña. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].



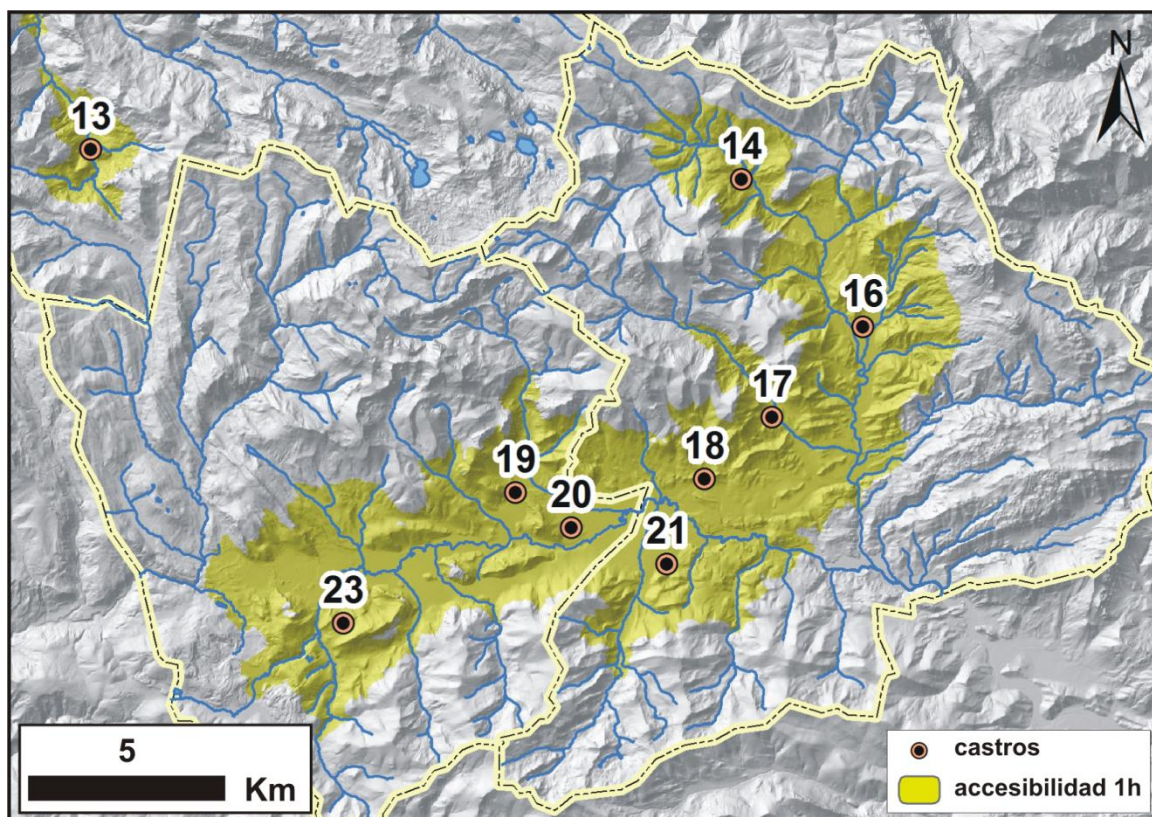


**Fig.9.122:** Representación sobre cartografía de las accesibilidades a diferentes castros del área de estudio. 1: La Peña de Sucastro, Cospedal. 2: El Pico Sulcastro, Quintanilla de Babia. 3: Entrambosríos, Torrebarrio. 4: El Otero de San Miguel, Güergas de Babia. [Equidistancia de las curvas de nivel: 100 m].

Respecto a los poblados castreños de la comarca de Babia, la suave orografía de la zona central del valle hace que buena parte de los poblados presenten una gran cantidad de terreno accesible en un corto intervalo de tiempo, lo que hace que las isocronas dibujen formas relativamente regulares en su plasmación cartográfica (**Fig.9.122**), frente a las marcadamente irregulares distribuciones que se pueden observar en los análisis de accesibilidad de los castros enclavados en los valles de montaña. En ocasiones, sin embargo, la selección de lugares verdaderamente aislados como sucede en La Peña de Sucastro en Cospedal provoca que el acceso a las zonas más inmediatas al exterior del poblado sea dificultoso en primera instancia, aunque una vez alcanzada la base del promontorio en este tipo de localizaciones, la accesibilidad es muy alta. Así pues, la mayor densidad de poblados en esta zona, junto a la suave orografía del área central de Babia, hacen que la accesibilidad acumulada –considerando una isocrona de 1 hora desde cada poblado– se extienda generando un continuo que incorpora los 8 poblados del área y que coincide con las

zonas más densamente pobladas desde época moderna (**Fig.9.123**). La situación es bien distinta de la observada al otro lado de la Cordillera Cantábrica, donde buena parte de los castros ofrecen mayores distancias teóricas respecto a los espacios cercanos a los poblados vecinos. Así, sólo en el curso inferior del río Pigüña se observan ligeros solapamientos entre las isocronas con un rango de una hora de algunos castros próximos entre sí (**Fig.9.124**).

Tal y como he adelantado anteriormente, y como queda patente en los mapas de distribución de los poblados castreños, en Babia encontramos algunos castros muy próximos entre sí. Esto es especialmente evidente en los casos de La Corona y El Pico Sulcastro de Quintanilla de Babia, además de en los asentamientos de Entrambosríos y Castro Lutarieto en Torrebarrio. Dichos yacimientos ofrecen solapamientos significativos en la accesibilidad a sus entornos, lo cual resulta llamativo si lo comparamos con el poblamiento castreño de otras zonas del Occidente Cantábrico. Respecto a estos casos, y a falta de mayores precisiones cronológicas, podríamos pensar en su funcionamiento diferenciado en el tiempo, producto quizá de cambios en las formas de poblamiento en diferentes momentos a lo largo de la Edad del Hierro.



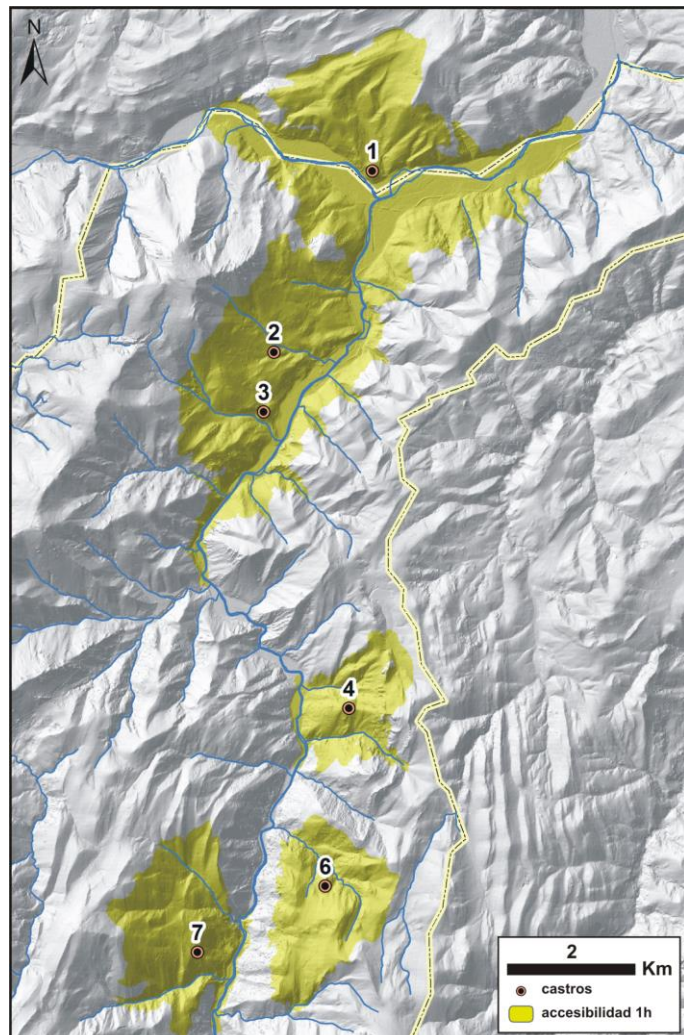
**Fig.9.123:** Acumulación de las isocronas de 1 h obtenidas a partir de los costes teóricos de desplazamiento alrededor de los castros de la comarca de Babia.



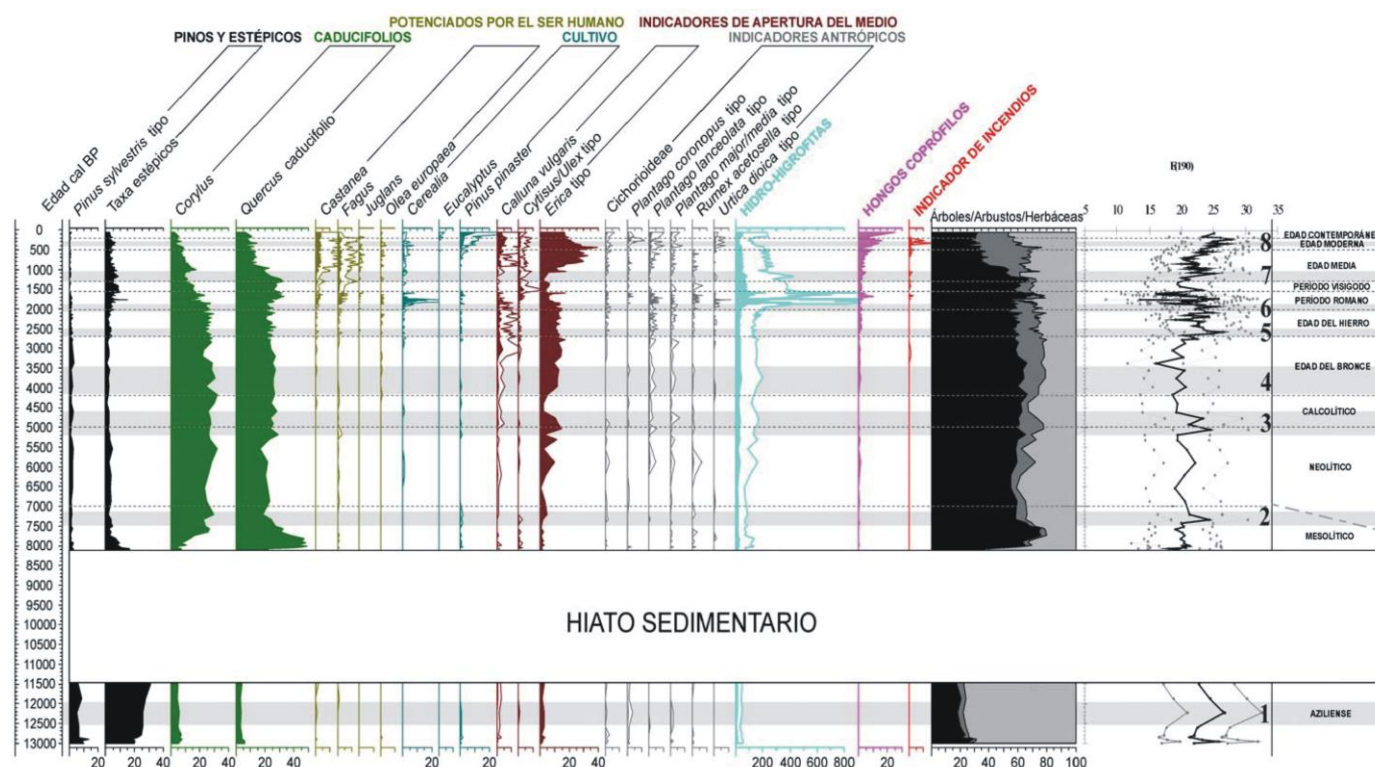
#### 9.2.4. El impacto de la sedentarización y las prácticas productivas en el área de estudio

El desarrollo de un régimen de vida sedentario desde la Edad del Hierro condicionará en adelante la relación de las comunidades humanas con su entorno, y este hecho mediatizará las pautas de antropización de las montañas cantábricas a partir del I milenio a.C. La atención combinada a los modelos de poblamiento y subsistencia, junto a la consideración de los estudios paleoambientales en depósitos naturales constituyen la mejor vía para calibrar el impulso antropizador que se desencadena con el cambio derivado de la consolidación del paisaje castreño en este territorio.

Al considerar las secuencias palinológicas disponibles para el área de estudio, queda de manifiesto que el desarrollo del paisaje castreño a partir del ca. 800 cal a.C. tiene consecuencias claras sobre la cubierta vegetal de esta zona de montaña. Así, las secuencias de la Laguna de La Mata y de la cercana Laguna del Castro muestran una continuación del proceso de apertura y matorralización del paisaje circundante (JALUT *et al.* 2010: 344). En el primer sitio, la presencia de *Plantago coronopus* tipo y pólenes de *Cerealia* desde 750/650 cal a.C., así como la extensión de *Ericaceae*, indican la progresiva deforestación y el desarrollo de las prácticas agrícolas en un radio cercano. Los valores de *Pinus* se mantienen altos hasta el 90 cal a.C., cuando decaen como consecuencia probablemente del inicio de las actividades mineras en época romana, que conllevarían un aumento de la presión sobre el territorio, pues en la región inmediata de Llaciana se desarrollarán extensos complejos de minería aurífera (APARICIO MARTÍNEZ 2010; DOMERGUE 1990; FERNÁNDEZ MIER 2006; MATÍAS RODRÍGUEZ 2013; SÁNCHEZ-PALENCIA 1995). El género de pseudocereales *Fagopyrum* aparece alrededor del 90 cal a.C., mientras especies ruderales como *Poaceae* incrementan sus porcentajes. El nuevo paisaje hacia el cambio de era estaría



**Fig.9.124:** Acumulación de las isocronas de 1 h obtenidas a partir de los costes teóricos de desplazamiento alrededor de los castros del curso inferior del río Pigüña.



**Fig.9.125:** Diagrama polínico simplificado de la secuencia estudiada en la turbera de La Molina, La Espina (Salas), con indicadores antrópicos (LÓPEZ MERINO 2009: 157).

moldeado por la deforestación, las quemas para la apertura de pastos y la extensión de los cultivos, lo que generaría un monte bajo dominante con *Ericaceae*, *Calluna*, *Cistaceae* y *Fabaceae*. Los valores altos de ericáceas en esta fase indicarían las quemas regulares del bosque y el monte bajo, según indican experimentos en tal sentido (CALVO *et al.* 1998). Estas actividades afectarían severamente a los pinares cantábricos (JALUT *et al.* 2010: 344).

Por su parte, la secuencia del Lago de El Valle ofrece los indicadores polínicos más tempranos de antropización efectiva sobre su entorno inmediato a partir del 791-416 cal BC. Se observa una importante matorralización constatada por el incremento de *Ericaceae*, así como una mayor presencia de taxones ruderales propios de ambientes de aprovechamiento ganadero como *Plantago* sp., *Rumex* tipo, *Asteraceae* y *Apiaceae* (ALLEN *et al.* 1996; LÓPEZ MERINO 2009: 50; MCKEEVER 1984). Este cambio afectó sobre todo a los pinares, lo que generó una extensión de los hayedos mientras disminuyen otras especies caducifolias, excepto *Betula*. En sincronía con el ascenso de *Fagus* aparecen en la secuencia pólenes de *Castanea* y *Juglans*, que ponen de manifiesto la antropización creciente hacia el cambio de era. Estas formaciones de castaños y nogales aumentan progresivamente a lo largo del I milenio a.C. en distintas zonas del área occidental cantábrica (LÓPEZ MERINO *et al.* 2009), aunque sólo a partir del cambio de era se podrían vincular con cultivos (CONEDERA *et al.* 2004).

Con el inicio de la Edad del Hierro, la turbera de La Molina muestra datos que denotan un cambio en las condiciones geoquímicas del depósito. Tales cambios po-



drían reflejar un repunte en la fuerza antropizadora desplegada en su entorno que produciría un aumento de la erosión por la extensión de los campos de cultivo por las comunidades humanas, además de la influencia del denominado evento 2800 cal BP en el que aumenta la pluviosidad coincidiendo con el tránsito entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro (LÓPEZ MERINO 2009: 160, 239). A lo largo del I milenio a.C. –período que *grosso modo* coincide con la zona TAE-3 (129-94 cm) de la secuencia (LÓPEZ MERINO 2009: 154)–, se advierte un nuevo máximo en la diversidad del espectro polínico presente en la secuencia, lo que puede ser correlacionado con la extensión de un paisaje antropizado en mosaico en su entorno (**Fig.9.125**). El proceso de matorralización, en el que destacan *Erica* tipo, *Calluna vulgaris* y *Rosa* tipo, sigue muy presente, lo cual va acompañado de indicadores de actividades pastoriles como *Plantago* y diversos hongos coprófilos –como *Sordaria* y *Sporormiella*– que se hacen más presentes, además de nuevas especies como Cichorioideae y Cardueae (LÓPEZ MERINO 2009: 160). Esto enfatiza el peso de los usos ganaderos en el aprovechamiento de su entorno con espacios abiertos dominados por herbáceas como Poaceae. La fortaleza de las actividades humanas se refleja igualmente en la normalización de los pólenes de cereal, constantes desde entonces en la curva polínica. Hayas y castaños ofrecen presencias esporádicas que indicarían su existencia puntual en el entorno.

Pero además de los datos paleopalinológicos recuperados en La Molina, también se han estudiado los restos de contaminantes metálicos atmosféricos que muestran el notable impacto a escala local de las actividades mineras y metalúrgicas desarrolladas hacia el cambio de era en su entorno, acompañadas de un acusado proceso deforestador (LÓPEZ MERINO *et al.* 2014; MARTÍNEZ CORTIZAS *et al.* 2013). Así, desde los inicios de la Edad del Hierro se observa en el entorno de La Molina un incremento de los indicadores derivados de las actividades minero-metalúrgicas, que no obstante alcanzarían sus niveles más altos tras el cambio de era con la apertura del complejo de minería aurífera de Ablaneda-Godán, hacia donde discurren varios canales desde la propia turbera de La Molina, ahora convertida en embalse de agua para abastecer los frentes extractivos de las cortas mineras cercanas (FANJUL PERAZA Y MENÉNDEZ BUEYES 2003-2007).

Los datos paleoambientales estudiados en depósitos naturales concuerdan con las hipótesis planteadas a escala local para El Castro de Vigaña respecto a las formas productivas puestas en marcha en estas montañas por los grupos castreños. También son convergentes con las formas de poblamiento derivadas del análisis locacional de los poblados castreños del área intermedia de investigación. Tras la plena sedentarización, estas comunidades desplegaron un régimen mixto agrícola y ganadero en el entorno inmediato de los castros (**Fig.9.126**), lo cual aceleró en estos espacios el proceso antropizador observado a lo largo de la Prehistoria reciente. La superficie arbolada continuaría viendo mermada su extensión, mientras se consolidaban y extendían los espacios abiertos con matorrales y ambientes ruderales, aun-



**Fig.9.126:** Vista del espacio más accesible próximo al castro de Las Coronas de Beyu, donde predominan suelos de moderada pendiente que, si bien en la actualidad están dedicados a la producción de hierba, constituyen espacios agrarios adecuados para el cultivo de cereales.

que estos procesos se focalizaron en adelante en los terrenos más estrechamente vinculados con los poblados castreños.

La nuclearización del poblamiento en torno a una serie de asentamientos estables moduló los procesos de antropización, iniciándose entonces nuevos formatos en estas relaciones entre los grupos humanos y su entorno. Los grupos que antecedieron en estas montañas a las comunidades castreñas desarrollaban un régimen de vida itinerante. Aquellas gentes se desplazaban cada cierto tiempo, trasladando sus asentamientos y abriendo nuevos espacios productivos tras la estela del hacha y el fuego. Por lo tanto, esos modos antropizadores eran en cierta medida cíclicos o intermitentes: recurrentes sobre ciertos espacios, faltos de continuidad en otros casos. De este modo, los principios de sucesión ecológica se pondrían en marcha al término de cada ciclo, como parte indispensable para la regeneración de los suelos dentro de los modos de producción propios del Neolítico y la Edad del Bronce. Con este sistema, una buena porción del territorio se vería afectada tarde o temprano por esta incesante pero discontinua presión antrópica, aunque al mismo tiempo esos impactos antropizadores fluctuaban en su duración e intensidad.

Con la fundación de un paisaje sedentario articulado en torno a los castros, los parámetros de esa presión antropizadora cambiaron por completo. De este modo, las zonas más próximas o accesibles a los poblados acogerían terrenos dedicados a la producción de alimentos que se convirtieron en permanentes. La incidencia de las acciones antrópicas se concentró en las inmediaciones de los poblados, que terminaron por convertirse en zonas fuertemente humanizadas. En torno a estas células monopolizadas por las actividades agrícolas y ganaderas se contuvo la sucesión

ecológica, alejando cada vez más al bosque y a los animales salvajes de los límites de los castros, convertidos estos en núcleos monumentalizados de esta nueva relación establecida entre los seres humanos y su entorno. Ciertos parámetros locacionales como la visibilidad o la accesibilidad hacia ese mosaico de espacios agrarios inmediato a los castros ayudarían a delimitar la distribución espacial de esa tensión entre las comunidades castreñas y su entorno.

La introducción de nuevos cultivos como el mijo y el panizo, la alternancia de cereales de invierno y de verano, así como la selección según las zonas de diferentes variedades de cereales, vestidas y desnudas, junto al cultivo de ciertas legumbres<sup>139</sup>, indican la diversidad de cultivos y técnicas agrícolas controladas por los grupos castreños (MARÍN SUÁREZ 2011a; PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007; TEIRA BRIÓN 2010). Por un lado, esta variedad puede estar relacionada con un mayor conocimiento de las prácticas agrícolas, que permitió aprovechar mejor las cualidades productivas de un espacio determinado. Al mismo tiempo, el aprovechamiento mixto agrícola y ganadero de esos terrenos reforzaría el sostenimiento de la capacidad de carga de los suelos, lo cual derivó en una paulatina generación de suelos más ricos y profundos que facilitaron la consolidación de campos permanentes sobre los que se instalarían campos de cultivo y espacios que también ofrecerían alimento al ganado doméstico. La creación de algún tipo de estructuras agrarias, junto con el empleo de la fuerza motriz de animales domésticos como las vacas para el trabajo de la tierra, terminó por consolidar físicamente los espacios productivos cercanos a los castros en las zonas propicias más fácilmente accesibles desde estos. Estos terrenos adoptarían formatos que sólo han sido tímidamente detectados en algunos puntos de Galicia (e.g. LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2009; PARCERO OUBIÑA 1999, 2006), aunque su estudio constituye sin duda una vía en la que concentrar esfuerzos futuros para una mejor caracterización y comprensión de las prácticas productivas de la Edad del Hierro<sup>140</sup>. La sutileza de este tipo de evidencias que apenas se advierten en superficie (CRIADO BOADO Y PARCERO OUBIÑA 1997: 25-26) y la tradicional falta de atención a este tipo de trazas pretéritas en el ámbito de la Gestión del Patrimonio cultural, suponen un límite que debe ser superado con la interiorización por parte de profesionales e instituciones gestoras de la importancia del registro *off-site*.

Mientras este paisaje en mosaico se consolidaba nuclearizado en torno a los castros, las zonas altas de las montañas recibieron una creciente presión ganadera a lo largo de la Edad del Hierro. Esta antropización progresiva de los espacios altimontanos es apreciable fundamentalmente a través de las secuencias polínicas ya presentadas, y concuerda con el peso creciente del ganado vacuno en la colección

<sup>139</sup> Pese a que el registro arqueobotánico recuperado en El Castro de Vigaña no ha deparado la identificación de leguminosas, éstas se encuentran presentes en otros poblados castreños del Occidente Cantábrico como los castros de la ría de Villaviciosa (CAMINO MAYOR 1997) o el de La Garba, en el cercano valle de montaña de Teberga (FANJUL PERAZA *et al.* 2009).

<sup>140</sup> En este sentido, la tradición investigadora británica acerca de este tipo de espacios productivos de la Prehistoria reciente ofrece experiencias fundamentales para guiar este tipo de trabajos (BRADLEY y YATES 2007; FOWLER 1983; YATES 1999, 2007).

arqueozoológica recuperada en el poblado de El Castro de Vigaña. Igualmente, las formas de poblamiento en el valle muestran una presumible permanencia de los asentamientos en puntos del territorio desde los cuales el acceso a los pastos de altura se produce en un lapso de tiempo que ronda los 60 minutos, tal y como denotan los estudios de accesibilidad de muchos castros en Babia y el valle del Pigüena. En este sentido, el desarrollo de unos manejos pastoriles que combinaban la acción de las distintas especies de la cabaña ganadera sobre diferentes comunidades vegetales detendrían el avance del monte bajo y el bosque en las zonas más altas. Estas prácticas permitieron consolidar los pastizales de altura compuestos por herbáceas cuya extensión se vería ampliada a lo largo del I milenio a.C., a la vista de secuencias paleopalinológicas como las del Lago de El Valle o la Laguna de La Mata. Esto resulta coherente con la importancia destacada del ganado vacuno, progresivamente más importante a lo largo de la Edad del Hierro, en El Castro de Vigaña. No en vano, las praderías alpinas abiertas en las zonas de altura constituían los lugares clave en su sostenimiento durante la mitad central de cada temporada agraria. Además, las quemadas controladas y la tala del bosque en determinados espacios completaría el rango de acciones antrópicas en las zonas serranas que contribuirían a extender los pastizales de altura.

En cuanto al aprovechamiento de los pastos de altura, vistas las características geográficas del área de estudio y la marcada estacionalidad del clima en estas montañas, su aprovechamiento se produciría fundamentalmente en los meses centrales del año. De esta forma, el pastoreo en las zonas más altas de las cumbres que delimitan el valle del Pigüena o la comarca de Babia se tuvo que desarrollar en un régimen estacional, tal y como venía produciéndose desde épocas precedentes. No obstante, la sedentarización de las comunidades castreñas y la creciente territorialización de sus formas de poblamiento y subsistencia generó modificaciones en las pautas ganaderas. Así, los manejos pastoriles mutarían probablemente desde unos movimientos más bien itinerantes, quizá con recorridos más abiertos y con límites laxos entre los aprovechamientos de comunidades vecinas, hacia unas pautas más cerradas. Al contemplar la plena sedentarización de los grupos castreños con sus poblados monumentalizados en los valles, cobra sentido considerar el establecimiento de movimientos verticales trasterminantes más directos, de tipo A-B, B-A (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011d), que también ha sido propuesto para las montañas del área central cantábrica (TORRES MARTÍNEZ 2003: 180-183), y que estaría sostenido en una especialización creciente en la cabaña vacuna.

Los espacios de pastos estaban probablemente organizados en torno a enclaves de ocupación estacional que servirían de apoyo a las tareas del cuidado del ganado, y quizá también para desarrollar ciertas actividades transformadoras a partir de productos derivados de los animales domésticos, como quesos o manteca. Este tipo de lugares podrían ser semejantes a las brañas estivales del paisaje pastoril tradicional en estas montañas (cf GARCÍA MARTÍNEZ 2003; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2016; LINARES GARCÍA 2004) (**Fig.9.127**), aunque permanecen ausentes del registro arqueo-





**Fig.9.127:** La braña de Murias Llongas es un establecimiento pastoril de ocupación estival ubicado a 1.650 msnm en la cabecera de El Valle de Lago en Somiedu. Está formado por varias decenas de cabañas construidas con piedra seca y encerraderos para el ganado, la mayoría completamente arruinados. Como otros asentamientos de este tipo, se ubica en las inmediaciones de una pequeña corriente de agua, en los márgenes de los amplios pastizales de su entorno.

lógico disponible para la región occidental cantábrica. Otros elementos que podrían funcionar como referentes articuladores de estos espacios son los monumentos megalíticos de momentos más tempranos de la Prehistoria reciente. Si bien para el I milenio a.C. no existen evidencias de construcciones o reutilizaciones de estos destacados marcadores espaciales, no cabe duda de que su relevancia y su prominencia en los pastizales de altura sería plenamente advertida por los grupos castreños (BARRETT 1999: 262), que podrían haberlos incorporado en su percepción y ordenación de sus experiencias en estos entornos.

El aprovechamiento de los pastizales de altura por parte de las comunidades castreñas que habitaban en las diferentes vertientes de estas sierras derivaría en la existencia de unos límites claros entre los diferentes poblados. Aunque, si consideramos la baja densidad demográfica de estas montañas durante la Edad del Hierro, no cabe contemplar la existencia de fuertes fricciones por el aprovechamiento de estos espacios, salvo quizá en algunos puntos de la zona de Babia –donde mayor se adivina la concentración poblacional–, o en segmentos muy concretos del área de estudio en los que el agua de los manantiales estuviera garantizada durante todo el verano o la calidad de sus pastos fuese reseñable<sup>141</sup>. En este sentido, es esperable

<sup>141</sup> Forzando las analogías respecto a otras épocas, resulta interesante comprobar cómo algunas de estas zonas albergan evidencias materiales de los reclamos o mecanismos materiales de apropiación de diferentes épocas, desde monumentos megalíticos, a mojones o estructuras agrarias delimitadoras de los espacios, considerando también ermitas o capillas medievales y modernas, o fortificaciones tardorromanas y medievales que funcionarían como centinelas de estos espacios y sus rutas de acce-

que su uso estuviese regulado entre las comunidades vecinas por medio de acuerdos sancionados por prácticas sociales diversas como celebraciones religiosas, eventos de agregación social o intercambios matrimoniales, entre otras opciones. No obstante, estas zonas serían sin duda puntos calientes en la tensión latente entre las diferentes comunidades castreñas que, como muchos autores han apuntado (GONZÁLEZ GARCÍA 2009; PARCERO OUBIÑA 2003), desplegarían un extenso código discursivo heroico o guerrero que serviría para distanciar los potenciales conflictos sociales desde el corazón de cada grupo castreño hacia las comunidades vecinas (GONZÁLEZ GARCÍA *et al.* 2011; SASTRE PRATS 2008).

### 9.2.5. Síntesis

El estudio territorial de los castros localizados en el área intermedia de estudio, el análisis de los datos paleoambientales disponibles en su entorno y la integración en la discusión de la lectura arqueológica derivada de la excavación de El Castru de Vigaña constituyen una buena base para reflexionar acerca de los paisajes culturales de la Edad del Hierro en las zonas montañosas del Occidente Cantábrico. En esta área geográfica, los poblados fortificados analizados responden fundamentalmente a un modelo locacional basado en la selección de emplazamientos prominentes respecto a su entorno próximo. En esos espacios inmediatos a los castros se reconocen terrenos con suelos ligeros y suaves pendientes propicios para la producción agrícola. Como resultado de las técnicas agrarias con rotaciones de cultivos, el empleo de diferentes variedades de cereales, un aprovechamiento agropecuario mixto de estos terrenos y el empleo de parte de la cabaña vacuna en el trabajo de la tierra, se puede considerar que en la Edad del Hierro se formarían los primeros campos de cultivo permanentes del Occidente Cantábrico, siempre vinculados a los poblados sedentarios. Los estudios de accesibilidad y visibilidad desde los enclaves enfatizan la relevancia de estos terrenos agrarios en el día a día de los habitantes de los castros, para quienes también sería importante disponer de un acceso cómodo hacia los pastizales de altura hacia donde se trasladarían estacionalmente las prácticas pastoriles.

La mayoría de los poblados analizados en el área de estudio concuerda con este patrón de asentamiento, sin que se observe una existencia clara de modelos sustancialmente diferenciados. Sólo las variaciones ya reseñadas entre los poblados situados en las dos vertientes de la Cordillera Cantábrica segmentan cuantitativamente las pautas locacionales analizadas a partir de los diferentes caracteres orográficos dominantes en ambas áreas. A pesar de ello, no se observan diferencias cualitativas en las formas de poblamiento vinculables a parámetros de índole cronológica, económica o sociopolítica. Esta consideración implica una línea de ruptura

---

so (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2013b; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y SUÁREZ MANJÓN 2009; LÓPEZ GÓMEZ *et al.* en prensa).

frente a las propuestas derivadas de otros estudios locacionales de poblados castreños en diversas zonas del Noroeste ibérico. En este sentido, destacan fundamentalmente las propuestas realizadas a partir de diferentes estudios de caso de la actual Galicia por César Parcero (2000, 2002, 2003), quien planteó el modelo comprensivo del «tres para dos» para caracterizar el poblamiento castreño a lo largo del milenio en el que los castros estarían vigentes como células básicas del paisaje castreño.

Dicha propuesta describe un proceso de paulatina intensificación productiva de las prácticas agrarias castreñas a lo largo del I milenio a.C. –confirmado por las evidencias sobre los modos de subsistencia disponibles para estas regiones (PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007; TEIRA BRIÓN 2010)–, mientras de manera paralela se produce un cambio en los modelos de poblamiento. Durante la Primera Edad del Hierro las comunidades castreñas seleccionan localizaciones prominentes para erigir los castros, vinculadas fundamentalmente con espacios propicios para el desarrollo de prácticas agropecuarias extensivas. Progresivamente, los modos de producción se fueron intensificando, en relación con un peso creciente de la agricultura. Este proceso condiciona un cambio en los lugares preferidos por las comunidades castreñas para establecer sus asentamientos, por lo que en la Segunda Edad del Hierro se asiste a la «conquista del valle». De esta forma, los castros se trasladan hacia emplazamientos más próximos a las tierras bajas, en cuyos espacios circundantes predominan suelos pesados favorables para la puesta en marcha de prácticas agrícolas intensivas. Como contrapunto a esta pérdida de prominencia, la monumentalidad de las defensas aumentaría en la Segunda Edad del Hierro (PARCERO OUBIÑA 2003: 285). Este patrón pervivirá a grandes rasgos durante los primeros siglos de la dominación romana.

Tras la definición de este modelo, el «tres para dos» ha sido aplicado con éxito en otras zonas (e.g. FÁBREGA ÁLVAREZ 2004; FÁBREGA ÁLVAREZ 2005a; MARÍN SUÁREZ 2006; PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007; VÁZQUEZ MATO 2010), pues ofrece un marco comprensivo para contextualizar en los paisajes culturales de la Edad del Hierro los procesos sociales, productivos e identitarios observados a grandes rasgos en las zonas costeras y las zonas de media montaña de la actual Galicia y zonas limítrofes (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007, 2011b). Sin embargo, las zonas de media y alta montaña del Occidente Cantábrico no parecen reproducir de manera uniforme este mismo patrón locacional, según se desprende del análisis realizado en el área de estudio de las montañas de Babia y el Pigüeña. En este territorio, tal y como se adelantaba en otros trabajos para las montañas occidentales cantábricas (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c; MARÍN SUÁREZ 2011a), predominan los castros de larga ocupación, con poblados habitados a lo largo de toda la Edad del Hierro. En este sentido, se aprecia en este territorio la existencia de un modelo locacional único para los emplazamientos de los castros. Únicamente se pueden considerar dos situaciones con localizaciones divergentes muy próximas en el espacio –los poblados de Castro Lutarieto y Entrambosríos en Torrebarrio, además de El Pico Sulcastro y La Corona en Quintanilla de Babia– que pudieran mostrar procesos convergentes con los advertidos en la zona noroccidental ibérica.

El mantenimiento de un modelo de poblamiento único para todo el I milenio a.C. puede estar parcialmente condicionado por factores de orden geográfico o ambiental. Aunque, sobre todo, cabe considerar el peso trascendental de los parámetros sociales e identitarios de las poblaciones castreñas de estos territorios, caracterizadas como «comunidades rurales profundas» (GONZÁLEZ RUIBAL 2011b: 260-262; MARÍN SUÁREZ 2011a)<sup>142</sup>. En esta línea, los grupos de cada poblado desarrollarían un régimen de vida marcadamente autónomo, con la comunidad como el referente identitario más fuerte. En términos sociopolíticos, existía un alto grado de isonomía en cuanto a las diferencias de poder observables de murallas hacia adentro (GONZÁLEZ GARCÍA *et al.* 2011; PARCERO OUBIÑA y CRIADO BOADO 2013: 263-264). Al mismo tiempo, se generaron paisajes sociales territorializados con marcadas tensiones entre las comunidades vecinas; tensiones plasmadas en el auge de un código guerrero que canalizaría los desajustes estructurales hacia afuera. No obstante, ese ambiente de confrontación debiera ser entendido más como una escenificación ritualizada que como un clima bélico permanente.

El modelo de poblamiento que define los paisajes culturales castreños en las montañas del Occidente Cantábrico se vincula más bien a un «tres para uno» (MARÍN SUÁREZ 2011a: 386), con el mantenimiento de las formas de poblamiento descritas y castros ocupados en muchas ocasiones entre las fases Ib o Ic del fenómeno castreño y la fase III en época romana. No obstante, no todo permanece inmutable a lo largo de estos ocho siglos, y frente a la lectura de tiempos largos de los modelos de poblamiento también se observan procesos de cambio y transformación a lo largo del I milenio a.C. Así por ejemplo, en las zonas donde funciona el modelo de poblamiento del «tres para dos» se observa una creciente monumentalización artificial de los poblados castreños, conforme éstos perdían prominencia con la elección de localizaciones más pegadas al fondo de los valles (PARCERO OUBIÑA 2003, 2005). Mientras, los cambios en los poblados de larga ocupación del Occidente Cantábrico se encaminarían fundamentalmente a ampliar la superficie edificable con la construcción de nuevas terrazas o cinturones amurallados más amplios que, a partir de la fase Ic y sobre todo en la Segunda Edad del Hierro adoptarán formas características, como las murallas de módulos, que conformarán un grupo arqueológico que se extiende por ambas vertientes del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica (MARÍN SUÁREZ 2011a: 416-425).

Además, durante la Edad del Hierro se asistiría a una creciente especialización productiva en torno al ganado vacuno. Esto tuvo implicaciones claras en las formas de poblamiento de las comunidades castreñas, y sería uno de los factores con más peso para no asistir en el Occidente Cantábrico a una «conquista del valle» (sensu PARCERO OUBIÑA 2000: 87) en la Segunda Edad del Hierro, sino que muy pro-

<sup>142</sup> Esta propuesta interpretativa toma forma a partir del modelo de «deep rurals» planteado por M.J. Jedrej (1995) para analizar las formas sociales e identitarias de un conjunto de pueblos situados en la frontera entre Sudán y Etiopía. Ver epígrafe «9.3.4. Particularidades de las montañas cantábricas en la Edad del Hierro».



blemente la importancia cada vez mayor de la ganadería vacuna empujaría a los grupos a redoblar su «conquista del monte». A la vez, el peso en aumento de la ganadería en términos productivos y simbólicos es otro elemento clave a la hora de caracterizar los paisajes sociales de los grupos castreños del Occidente Cantábrico. Así, el ganado –principalmente el vacuno– sería una de las bases principales en la subsistencia y reproducción de las comunidades castreñas. Aunque también constituiría una expresión del prestigio comunitario y una vía para la acumulación de los excedentes productivos generados por las comunidades. Como freno a su acumulación desmedida, y frente al riesgo desestabilizador de que determinadas familias o individuos acaparasen y patrimonializasen este valor, las comunidades castreñas articularían mecanismos sociales encaminados a su amortización, como el consumo ritualizado de carne en ceremonias tipo *potlatch* como las documentadas en El Castro de Vigaña.

### 9.3. La Edad del Hierro en las montañas occidentales cantábricas

Tradicionalmente, la Edad del Hierro del Noroeste ibérico ha sido incluida en la denominada «Cultura Castreña»: un contenedor histórico-cultural de paredes opacas dentro del cual se subsumen las formaciones sociales pertenecientes a la etapa prerromana de una área geográfica extensa. El factor común e igualador que abría las puertas a esta generalización es la definición de los castros como fósil-director de esta cultura arqueológica<sup>143</sup>. Esto hace que los modelos interpretativos sobre cuestiones de índole social, política e identitaria sean elaborados de forma uniformizadora, sin atender en exceso a las variaciones regionales o temporales existentes dentro del área por la que se extienden los castros. La «Cultura Castreña» se convierte así en una realidad monolítica en cuanto a su contenido interpretativo. De este modo, aquellas regiones en las que los asentamientos castreños constituyen la fórmula más extendida de poblamiento eran inmediatamente incorporadas al referido constructo historiográfico, posicionándolas más o menos cerca del núcleo irradiador de la Cultura Castreña, que aparecía focalizado en el área meridional gallega (MARÍN SUÁREZ 2011b: 124-125). Esta situación fue especialmente lesiva para el desarrollo de los estudios de la Edad del Hierro en los territorios castreños considerados como «periféricos», como las montañas occidentales cantábricas. En estas regiones, las narraciones histórico-culturales sobre la Edad del Hierro se muestran más pendientes de reseñar los rasgos comunes respecto a la definición normalizada de lo castreño o defender la antigüedad del fenómeno, que de analizar contextualmente las formas de vida de los pobladores de aquellos territorios que estudiaban.

<sup>143</sup> Definición adaptada a la acepción que Gordon Childe hizo de cultura arqueológica, como “una recurrencia de rasgos materiales característicos (cerámicas, productos metalúrgicos, tipos y forma de los asentamientos...) para unas coordenadas espaciales y temporales determinadas, ante lo cual podríamos hablar de pueblos o culturas” (1929: v-vi).

No obstante, en las últimas dos décadas se ha producido una verdadera transformación de los conocimientos arqueológicos disponibles para la Edad del Hierro en el área noroccidental ibérica y en su fachada cantábrica. No sólo se han multiplicado las excavaciones y –más importante– las publicaciones; también se ha asistido a una profunda renovación teórico-metodológica y se han abierto líneas de investigación hasta entonces inexploradas<sup>144</sup>. En la base de estos cambios pesan fundamentalmente dos factores: una renovación generacional en los protagonistas del campo disciplinar, y el impacto –desigual, según las zonas– de las investigaciones desarrolladas en el ámbito de la Arqueología preventiva. Como resultado de ello, la Edad del Hierro en estos territorios es en general un período bien caracterizado arqueográficamente y que está perfectamente integrado en los debates arqueológicos de alcance internacional (e.g. MOORE y ARMADA PITA 2011).

Uno de los aspectos más relevantes derivados de los desarrollos recientes producidos en estos territorios es el reconocimiento de la Edad del Hierro como una realidad diversa en términos sociales y culturales, así como en relación con aspectos básicos para el análisis de los paisajes pretéritos como los modos de subsistencia o las formas de poblamiento. Así, los últimos estudios presentan una Edad del Hierro diversa para la región noroccidental ibérica y el área cantábrica. Por un lado, se advierten especificidades culturales marcadas para las diferentes regiones. Y además, se observan variaciones significativas en ciertos aspectos de las formas de vida de sus protagonistas en relación con el eje temporal del período.

Sin embargo, pese al avance de las investigaciones y la superación de la arqueología histórico-cultural como marco de análisis, algunos conceptos aún persisten en uso, como la propia etiqueta de «Cultura Castreña». En la actualidad, aún es frecuente que se nos presente este constructo historiográfico como la *facies* local de la Edad del Hierro en el Noroeste ibérico. Incluso en investigaciones críticas erigidas sobre presupuestos teóricos avanzados, el concepto es ocasionalmente utilizado, vacío eso sí de sus rasgos definitorios clásicos. Lo cual mantiene una falsa sensación de unidad o uniformidad –sobre todo de cara al público general– que enmascara o desdibuja las aproximaciones contextuales atentas a las especificidades culturales regionales.

Por ello, he optado por emplear en mi investigación el concepto de «grupos arqueológicos» (GONZÁLEZ MARCÉN *et al.* 1992), pretendiendo con ello no reproducir –consciente o inconscientemente– aquellos aspectos de las investigaciones arqueológicas histórico-culturales que, desde mi punto de vista, empobrecen las vías para la discusión. Es ésta una vía apropiada para reconocer las diferencias y especificidades culturales del Occidente Cantábrico en la Edad del Hierro, para así enriquecer las narrativas arqueológicas sobre estos territorios y potenciar la discusión (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011c; MARÍN SUÁREZ 2011b). Con esta mirada se puede explicitar además el

<sup>144</sup> Ver epígrafe «3.3. El punto de inicio: genealogías de los conocimientos y “estados de la cuestión” en la Prehistoria reciente cantábrica».



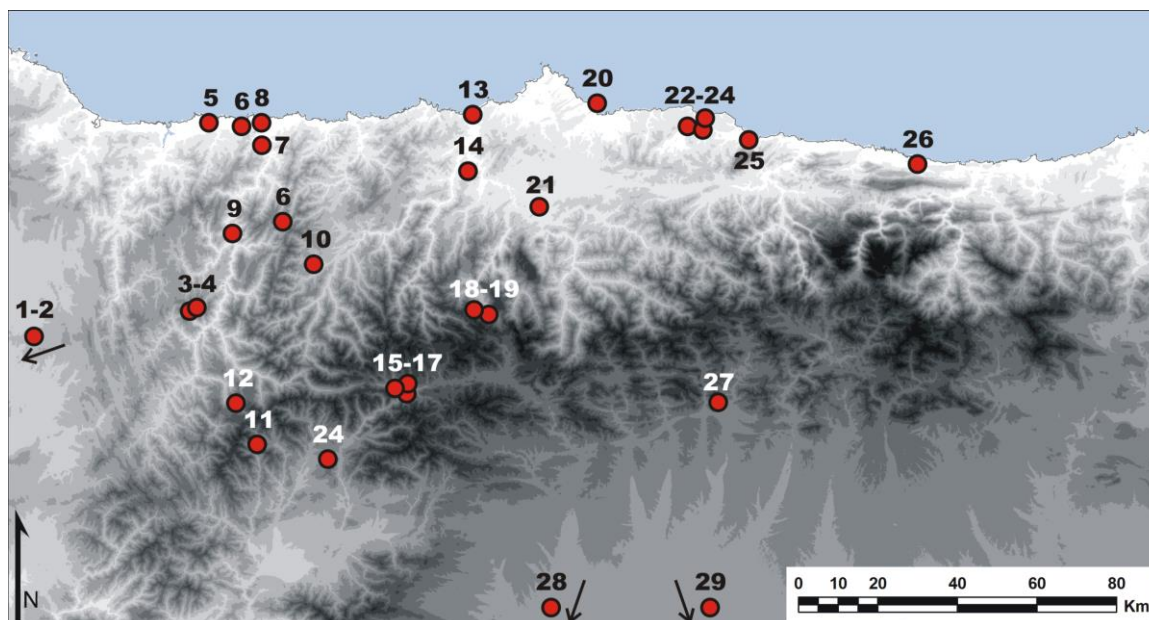
**Fig.9.128:** Los castros complementan la monumentalidad de sus sistemas defensivos con la selección de ubicaciones prominentes en el paisaje: vista del poblado de Os Castros, en Samartín del Valledor (Ayande).

actualismo que subyace a toda interpretación arqueológica, pues no se puede olvidar que somos investigadores contemporáneos quienes definimos grupos culturales de hace varios milenios en base a ciertos trazos observados en el registro arqueológico. Por ello, la certidumbre acerca del sentido de tales definiciones nunca será total (GONZÁLEZ MARCÉN *et al.* 1992: 24-25).

Las zonas montañosas del sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica constituyen una zona aún en sombras dentro de las informaciones disponibles para la Edad del Hierro en el ámbito regional más amplio. Al inicio de esta investigación, pocos eran los yacimientos castreños excavados y convenientemente publicados. Por ello, la excavación de El Castru y el estudio de las formas de poblamiento en la comarca de Babia y el valle del Pigüenza permiten plantear narraciones más sólidas sobre los paisajes de la Edad del Hierro, considerando a la vez el marco geográfico más amplio del Occidente Cantábrico.

### 9.3.1. La plena sedentarización de los grupos castreños

El surgimiento de los castros en el Occidente Cantábrico constituye el primer referente para asumir la plena sedentarización de los grupos humanos en la Prehistoria reciente. Esta observación ha de estar presente al valorar los factores que envuelven la selección de los primeros asentamientos estables –los castros– que, en adelante, articularán los paisajes cotidianos de las gentes de la Edad del Hierro. Así, los poblados fortificados que caracterizan este período son en primer lugar una materialización del abandono de las formas de vida nómadas de períodos precedentes.

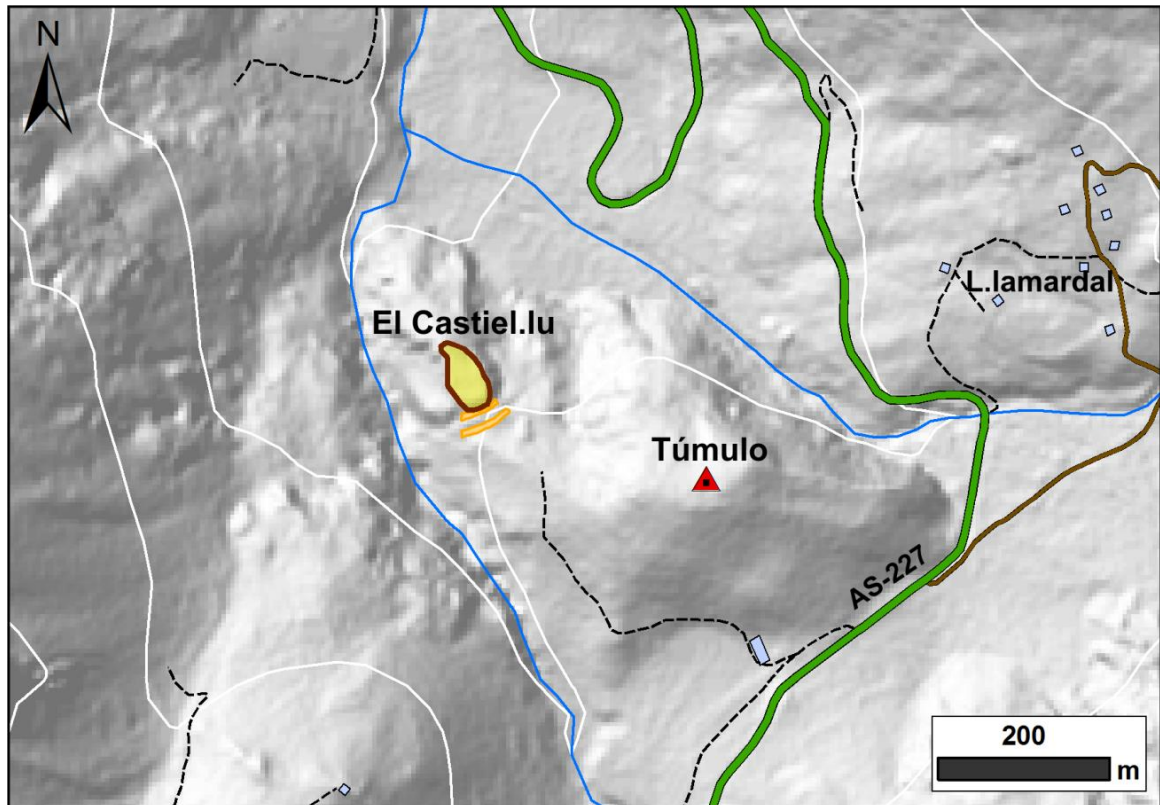


**Fig.9.129:** Enclaves mencionados en el capítulo de Edad del Hierro. 1: Neixón Grande. 2: Lucus Augusti. 3: Monte Castrelo de Pelóu, Grandas de Salime. 4: El Chao Samartín, Grandas de Salime. 5: El Picón de La Coroza, Tapia. 6: La Corona de Arancedo. 7: Castro de Coaña. 8: Mohías, Coaña. 9: El Castelón de Eilao. 10: San Lluís, Ayande. 11: El Chano de Peranzanes. 12: Llarón, Cangas del Narcea. 13: El Castillo de San Martín, Soto'l Barco. 14: El Picu La Forca, Grau. 15: La Zamora, Villablino. 16: La Muela, Villablino. 17: La Laguna, Villablino. 18: La Garba, Teberga. 19: La Cogollina, Teberga. 20: La Campa Torres, Xixón. 21: El Castiellu de Llagú, Uviéu. 22: El Castillo de Camoca, Villaviciosa. 23: El Picu Castiellu de Moriyón, Villaviciosa. 24: El Campón del Olivar, Villaviciosa. 25: El Picu'l Castro de Caravia. 26: Huentinegrasu, Llanes. 27: La Peña el Castro, La Ercina. 28: La Corona, Manganeses de la Polvorosa. 29: El Soto de Medinilla, Valladolid.

Por lo tanto, la monumentalización de los lugares de poblamiento mediante elementos defensivos y la selección de enclaves prominentes en su entorno puede ser considerada una consecuencia –o mecanismo social facilitador– de este trascendental cambio en sus formas de vida (CRIADO BOADO 1993a: 41) (**Fig.9.128**). En paralelo, los grupos que poblaban estas montañas abandonarían la práctica monumentalizadora en torno a los lugares funerarios, pues el megalitismo no perduraría hacia el I milenio a.C.

Tal y como apunté en el capítulo referente a la Edad del Bronce, el registro arqueológico del Occidente Cantábrico ofrece algunos datos sutiles que pueden llevar a considerar que los castros de la Edad del Hierro serían establecidos en lugares no del todo desconocidos para las últimas comunidades nómadas de la Prehistoria reciente. Así, en paleosuelos previos a la ocupación de algunos poblados como El Chao Samartín (Grandas de Salime) (VILLA VALDÉS 2002b: 151), Monte Castrelo de Pelóu (Grandas de Salime) (MONTES LÓPEZ *et al.* 2009: 320; VILLA VALDÉS 2007d: 27-28, 51) y La Campa Torres (Xixón) (MAYA GONZÁLEZ y CUESTA TORIBIO 2001: 28) han sido obtenidas dataciones radiocarbónicas centradas en torno al siglo XII cal a.C. no vinculadas con estructuras o materiales muebles, pero que han servido a algunos autores para asumir la existencia de ocupaciones episódicas en estos espacios por parte de los grupos nómadas de la Edad del Bronce (MARÍN SUÁREZ 2009, 2011a: 121) (**Fig.9.129**).





**Fig.9.130:** Plano que muestra la relación de proximidad entre el castro de El Castiellu de Llamardal y el túmulo de El Castiellu.

Tales valoraciones llevan a pensar que los lugares que posteriormente fueron fortificados para inaugurar las formas de vida sedentarias constituyeron en algunos casos espacios atractivos para los últimos grupos nómadas, quizá en relación con su carácter de monumentos naturales. Esto permite considerar si la monumentalización de estos emplazamientos con murallas y otros dispositivos artificiales no sería sino una amplificación de su carácter monumental natural, en relación con su prominencia en el paisaje o por su asociación con elementos llamativos. No en vano, existe un claro ejemplo en esta línea en el espléndido yacimiento arqueológico de El Chao Samartín, cuya zona más alta acoge un crestón rocoso de forma llamativa que sería integrado en la escenografía con profundas resonancias culturales que inaugura este dispositivo monumental ocupado a partir de la fase Ib del fenómeno castreño (VILLA VALDÉS y CABO PÉREZ 2003). En la misma línea, podría ser considerada la cercanía entre los nuevos enclaves monumentalizados de la Edad del Hierro y determinados monumentos antrópicos previos, como los túmulos megalíticos. Lo cual se vislumbra con claridad en la cercanía de castros de la fase Ib como el de El Picu La Forca (Grau) (CAMINO MAYOR *et al.* 2009) respecto a la necrópolis tumular –hoy arrasada– de Cabruñana (DE BLAS CORTINA 1977), relación evidente en el área de estudio a escala intermedia de este trabajo con la inmediatez entre El Castiellu de Llamardal y el túmulo de El Castiellu (**Fig.9.130**).

La aparición de los castros en Occidente Cantábrico debe llevarnos a considerar un nuevo escenario para las relaciones que establecían los grupos con su entorno. Los poblados constituían el eje básico en torno al cual las personas que

integraban estas comunidades desarrollaban sus actividades diarias. Por ello, estos lugares se convirtieron en las referencias más firmes y constantes para estas gentes, no sólo en su día a día, sino también a escalas temporales más amplias, como sus propias vidas. Porque, por primera vez en la Historia de estas montañas, las comunidades vería nacer, crecer y morir en un mismo asentamiento a buena parte de sus integrantes, exceptuando quizá las personas procedentes de poblados vecinos en el marco de determinadas prácticas matrimoniales. Las diferentes familias de una colectividad compartirían así una suerte de filiación topográfica con los castros, en donde el nexo identitario común para los miembros de un mismo grupo se vería materializado a través de prácticas y ceremonias sociales conjuntas. Entre estas, sin duda destacaban trabajos colaborativos como la construcción y las labores de mantenimiento de los dispositivos monumentalizadores del poblado, entre los cuales sobresalían las murallas (PARCERO OUBIÑA 2005).

Por último, una cuestión que aparece de forma recurrente en los debates sobre la sedentarización de las comunidades del Occidente Cantábrico en la Edad del Hierro está relacionada con la existencia de asentamientos diferentes a los castreños. ¿Vivía todo el mundo en castros durante la Edad del Hierro? Desde luego, el registro arqueológico conocido es contundente con la respuesta a esta pregunta, pues en el área occidental cantábrica no han sido reconocidos hasta el momento asentamientos para esta cronología ubicados al exterior de las murallas castreñas. Por ello, la total ausencia de evidencias de este tipo convenientemente contextualizadas, es un dato por ausencia que debe ser tomado en consideración. No obstante, este debate ofrece ciertos matices que deben ser considerados.

Como ya expresé en los capítulos introductorios, la Arqueología preventiva desarrollada en estos territorios no ha obtenido todos los resultados que hubieran sido esperables, fundamentalmente debido a fallas en su planificación, la inexistencia de planes gestores, la ausencia de seguimientos continuados a pie de obra, y el desprecio absoluto de las instituciones competentes en la Gestión del Patrimonio por el registro arqueológico *off-site*. Por ello, cabe mantener una mínima reserva acerca de que efectivamente puedan existir este tipo de enclaves.

Además, cabe repensar los matices de la pregunta original, pues ¿a qué nos referimos al plantear la existencia de asentamientos no castreños en la Edad del Hierro del Occidente Cantábrico? Si con ello se considera la existencia de asentamientos que sus habitantes pudieran considerar su hogar, es probable que la configuración social de los paisajes culturales de la Edad del Hierro, así como la estructura identitaria de estas comunidades, invalide tal opción. Porque, si los castros son contemplados como aldeas monumentalizadas que funcionaban como foco articulador para los mecanismos sociales e identitarios de unos grupos sociales no excesivamente jerarquizados, no se entendería la existencia paralela de asentamientos no castreños. Sin embargo, sí cabe contemplar la existencia de asentamientos en los que algunas personas pasasen cierto tiempo en cumplimiento con determinadas tareas. Así, tal y como yo he propuesto en relación con las actividades pastoriles estacionales en



**Fig.9.131:** Las murallas constituyen una materialización del trabajo cooperativo de las comunidades castreñas, por lo que contribuyen a consolidar las identidades topográficas de los grupos respecto a los poblados. Vista de las murallas de El Castelón de Eilao.

concordancia con otros autores (FANJUL PERAZA y FERNÁNDEZ Riestra 2009: 127; GONZÁLEZ y FERNÁNDEZ-VALLES 1976: 186-187; MARÍN SUÁREZ 2011a: 279-280; TORRES MARTÍNEZ 2003), resulta asumible considerar la existencia de puntos en los que se llevarían a cabo determinadas prácticas productivas con carácter temporal, entre las que además de las ganaderas podríamos también incluir otras actividades como las mineras o el aprovechamiento de los recursos pesqueros fluviales. Estas ocupaciones serían efímeras, quizá recurrentes, pero dichos enclaves nunca llegarían a generar conexiones sociales o simbólicas tan importantes como los poblados castreños, que seguirían siendo los únicos lugares que albergarían las casas de las gentes de la Edad del Hierro. Por lo tanto, el sedentarismo surgido con el paisaje castreño conllevaría cierto grado de movilidad de las personas lejos de los poblados, pero sus hogares estarían siempre ubicados al interior de los lienzos amurallados de los castros (Fig.9.131).

### 9.3.2. Un modo de vida campesino

La plena sedentarización de los grupos castreños del Occidente Cantábrico fue posible gracias al desarrollo de unas formas productivas fundamentadas en un régimen mixto agrícola-ganadero que posibilitó la reducción del territorio necesario para garantizar la reproducción biológica y social de las comunidades humanas. Varios son los factores que mediaron a buen seguro en este proceso, aunque no resulta sencillo calibrar el peso específico de cada uno de ellos. Lo cierto es que la fijación de las formas de poblamiento junto al desarrollo de las nuevas fórmulas productivas propició la aparición de los primeros campos de cultivo permanentes en estas mon-

tañas. Además, los pastizales de aprovechamiento ganadero fueron consolidados y ampliados en paralelo a la estabilización de un sistema ganadero trasterminante de tipo alpino. De todo esto dan buena muestra los registros paleoambientales disponibles para todo el Occidente Cantábrico. De manera convergente, los datos arqueológicos estudiados en los poblados –especialmente los arqueobiológicos– demuestran la utilización por parte de los grupos castreños de un amplio rango de variedades de cereal, la generalización de rotaciones de cultivos con cereales y legumbres, el empleo de la fuerza motriz del ganado en los trabajos agrarios, y también permiten considerar un incipiente abonado de los espacios agrarios más cercanos a los castros.

Las innovaciones introducidas en las prácticas productivas condicionarían de manera significativa las actividades cotidianas de los grupos castreños y, al mismo tiempo, marcarían una distancia reseñable respecto a las estrategias puestas en práctica por los grupos neolíticos y de la Edad del Bronce sobre estos mismos territorios. Todo lo cual contribuiría del mismo modo a diferenciar los nuevos paisajes culturales de la Edad del Hierro en relación con las percepciones y las experiencias propias de las fases previas de la Prehistoria reciente.

En relación con la agricultura, cabe destacar un cambio en la gestión de los espacios agrarios más interesantes para las comunidades humanas de estas montañas<sup>145</sup>. Durante buena parte de la Prehistoria reciente, los grupos nómadas que vivían en estas montañas desarrollaron estrategias de cultivo itinerantes a través de la agricultura de tala y quema<sup>146</sup>. Esta forma de despejar y preparar el terreno para su cultivo generaba suelos capaces de ofrecer rendimientos agrícolas óptimos uno o dos años seguidos, hasta que los nutrientes derivados de las cenizas se agotaban. Entonces, los grupos del Neolítico y la Edad del Bronce se desplazaban en búsqueda de nuevos espacios que roturar, a través de las zonas que conocían en los valles con las condiciones propicias para la agricultura extensiva. A partir de la Edad del Hierro, y tras el establecimiento de los campos de cultivo permanentes sobre esas tierras en rellanos a media ladera, los espacios agrarios serán puestos en producción con métodos diferentes, en los que probablemente el empleo de las quemas controladas y la fertilización por cenizas sería menos importante. Dicha técnica quedaría reservada en adelante para el aprovechamiento de espacios marginales con cultivos de variedades de cereal menos exigentes con los suelos, de un modo semejante a los tradicionales *cavaos* o *borronadas* que, hasta no hace mucho, eran abiertos por las comunidades preindustriales de estas montañas en determinadas zonas de monte

<sup>145</sup> Me refiero a los espacios con suelos ligeros y suaves pendientes –no muy abundantes en estos territorios– que han funcionado como atractores para los asentamientos humanos a lo largo de la historia, tal y como se comprueba en el área de estudio con la coincidencia en porciones reducidas del territorio de poblados castreños, aldeas actuales, ocupaciones romanas y medievales, y también evidencias de asentamientos neolíticos.

<sup>146</sup> Ver epígrafe «7.3.1. Formas de subsistencia».



cubiertas por bosque o matorral (e.g. GARCÍA FERNÁNDEZ 1988; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ 1989).

En la costa centro-oriental asturiana se constata la presencia continuada de cereales en los depósitos sedimentarios de la ría de Villaviciosa a partir de comienzos de la Edad del Hierro, junto al protagonismo de plantas ruderales (GARCÍA ANTÓN *et al.* 2006: 285). A pesar de su localización costera, estos datos revisten gran interés al poder correlacionarlos con los datos arqueobiológicos recuperados en los cercanos castros de El Castillo de Camoca, El Picu Castiellu de Moriyón o El Campón del Olivar (CAMINO MAYOR 1992, 1996, 1997, 1999). Las excavaciones en estos poblados muestran el desarrollo de una economía mixta agrícola y ganadera en este valle, donde se advierte un cambio en el modelo en las formas de poblamiento hacia la Segunda Edad del Hierro (CAMINO MAYOR 2002: 151-155) que invita a considerar un incremento del peso de las actividades ganaderas en los modos de subsistencia de los grupos castreños. No en vano, los estudio polínicos realizados en niveles arqueológicos de poblados como La Campa Torres (BUXÓ CAPDEVILA y ECHAVE JIMÉNEZ 2001) o El Castiello de Llagú (FOMBELLA BLANCO y GARCÍA-ROVÉS FERNÁNDEZ 2006) muestran el peso de los espacios abiertos y las zonas cubiertas por matorrales que revelarían la extensión de los espacios ganaderos en buena parte de sus territorios circundantes.

Por su parte, la ganadería constituye para las comunidades castreñas del Occidente Cantábrico una práctica productiva fundamental por su peso específico en la subsistencia de los grupos y como parte necesaria para el adecuado desarrollo de la agricultura. Los escasos estudios disponibles sobre restos arqueozoológicos relacionados con castros de esta región montañosa muestran una cabaña ganadera en la que aparecen representados el ganado ovicaprino, el porcino y el vacuno, con una presencia marginal del ganado caballar –que no parece haber sido consumido– y una relevancia mínima de las prácticas cinegéticas<sup>147</sup>. Entre las distintas especies que compondrían la cabaña ganadera, se observa normalmente una preponderancia del ganado vacuno, sobre todo al considerar la mayor masa cárnica aportada por estos animales. Pese a la limitación de los datos y la imposibilidad –como resultado de su inadecuada publicación– de realizar en muchos casos lecturas diacrónicas sobre la composición de las cabañas ganaderas a lo largo del I milenio a.C., cabe apelar al peso del ganado vacuno observado de manera generalizada en las colecciones disponi-

<sup>147</sup> No abundan los estudios arqueozoológicos relacionados con horizontes de la Edad del Hierro en el Occidente Cantábrico, debido en primer lugar a problemas en la conservación de este tipo de elementos, así como a la falta de tradición investigadora acerca de estos aspectos. Aun así, las colecciones publicadas más solventes son las referentes con La Campa Torres (ALBIZURI y CANADELL 2001; LIESAU y GARCÍA GARCÍA 2005) y El Castiellu de Llagú (ADÁN ÁLVAREZ 2001, 2003; LIESAU y GARCÍA GARCÍA 2002), a las que se suma la de El Castru de Vigaña (en estudio por Marta Moreno García). Además, existen colecciones menores o menciones genéricas en estudios generales sobre yacimientos que sirven para completar el desigual cuadro informativo sobre la ganadería castreña en el Occidente Cantábrico (ADÁN ÁLVAREZ *et al.* 1994; CAMINO MAYOR 1992, 1995a, 1997, 1999; CARROCERA FERNÁNDEZ 1995; CELIS SÁNCHEZ 2002b; FANJUL PERAZA *et al.* 2007; FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ 1996, 2003, 2007; JORDÁ CERDÁ *et al.* 1989; VILLA VALDÉS 1999a).

bles, así como su evolución en la secuencia descrita para El Castro de Vigaña<sup>148</sup>, en la que su peso aumenta hasta ser ampliamente dominante en la Segunda Edad del Hierro. Esto me lleva a contemplar una progresiva especialización ganadera en torno a esta especie, lo cual pone de relieve la relevancia de las prácticas pastoriles en la configuración de los paisajes productivos de las montañas asturleoneras. En este marco, cabría relacionar el papel de los perros en el desarrollo de estas labores, pues su presencia ha sido constatada de manera directa en el registro de La Campa Torres y El Castiellu de Llagú, mientras que en El Castro de Vigaña es reconocida a través de coprolitos y de una gran cantidad de mordeduras sobre los despojos domésticos.

Las tendencias locales observadas en los registros paleoambientales del área de estudio a escala intermedia inciden en que, tras la inercia antropizadora más o menos sostenida a lo largo de la Prehistoria reciente –variable según las zonas en cuanto a su intensidad y a los tiempos que pautan el proceso–, la incidencia de las actividades antrópicas en el paisaje se hará claramente patente a partir del I milenio a.C. Incluso en aquellas secuencias como la del lago de El Valle (Somiedu), donde la presión antrópica había sido especialmente tímida hasta ese momento, la antropización del territorio se hace visible de entonces en adelante (ALLEN *et al.* 1996). En la misma línea, la secuencia de Laguillín, al sur de Babia, muestra un incremento de la antropización que ya se había iniciado en el II milenio a.C. Así por ejemplo, los pinares desaparecen por completo a finales del I milenio a.C., mientras que de forma paralela se consolida el proceso de matorralización protagonizado, sobre todo, por brezales y se extienden los indicadores antrópicos de diferentes tipos (cf CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012: 380).

Lecturas en este sentido son coincidentes en la inmensa mayoría de los estudios paleoambientales disponibles en contextos naturales de las montañas cantábricas (LÓPEZ MERINO 2009: 160-162; LÓPEZ SÁEZ *et al.* 2006), entre los que podemos citar el análisis del depósito lacustre del Llagu Enol, en el macizo de los Picos de Europa (MORENO *et al.* 2011) o los datos disponibles en turberas del extremo occidental del área investigada, como en el Puerto de Lleitriegos. En esta turbera –a falta de dataciones que concreten los tiempos del proceso– la deforestación comenzará a apreciarse sólo en el Holoceno final, con la aparición de *Cerealia*, taxones ruderales como *Plantago*, *Asteraceae*, *poaceae* y *urticaceae*, y la constatación de procesos de matorralización con *Erica* y *Calluna* como protagonistas, junto a la mayor relevancia de castaños y nogales en su tramo final (cf CARRIÓN GARCÍA *et al.* 2012: 396). Idéntica situación se observa en secuencias de Ancares como las de A Cespedosa (MUÑOZ SOBRINO *et al.* 1997).

Así pues, los paisajes sedentarios de las comunidades castreñas ofrecen con total claridad una antropización creciente de los paisajes del Occidente Cantábrico. Tal situación se ve determinada por la plena sedentarización de las comunidades, así como por el desarrollo de unos modos de vida campesinos definidos a partir de

<sup>148</sup> Ver epígrafe «9.1.3. Formas de subsistencia».

cambios en las prácticas productivas agrícolas y ganaderas. En la Edad del Hierro, las familias que poblaban los castros de estos territorios desarrollaron una dependencia marcada con respecto a la tierra, en la que invertirán grandes esfuerzos para estabilizar los campos de cultivo como permanentes (PARCERO OUBIÑA 2002: 178) o para ampliar y conservar los pastizales de altura. Por ello, las comunidades castreñas dependerán en adelante del control efectivo y duradero sobre estos medios de producción –los campos de cultivo–, de cara a garantizar su reproducción social y subsistencial. Lo cual abrirá las puertas a situaciones posibles de explotación, junto a la necesidad de defender su acceso a la tierra frente a personas ajenas a la comunidad. Por todo ello, las poblaciones castreñas podrían ser consideradas desde entonces como campesinas (VICENT GARCÍA 1998), lo cual concuerda con los procesos observados en el surgimiento de los paisajes castreños territorializados y el establecimiento de marcadas tensiones intercomunitarias (GONZÁLEZ GARCÍA *et al.* 2011; PARCERO OUBIÑA 2002).

### 9.3.3. El nacimiento de un paisaje compartimentado

La fijación de los grupos a un poblado y a su respectivo entorno tras su sedentarización constituye un elemento fundamental a la hora de analizar los procesos de humanización y antropización del paisaje a lo largo de la Edad del Hierro. Por un lado, la incidencia de las actividades productivas del grupo en su entorno se concentraría en un rango determinado del espacio circundante en torno a sus poblados, donde se dispondrían los terrenos agrarios más intensamente cultivados. En estos espacios, las actividades agrarias de las poblaciones castreñas no sólo constituirían una injerencia en la composición de la cubierta vegetal de estos terrenos, sino que la estabilización de los campos de cultivo y el empleo de nuevas técnicas agrarias –como el aprovechamiento de la fuerza animal para el arado de la tierra o el abonado en aquellos espacios de aprovechamiento agropecuario mixto– generaría impactos también rastreables en la fisonomía del terreno y en la propia composición de los suelos. Por ello, los procesos de antropización se concentrarían en adelante en determinadas teselas de un paisaje humanizado en mosaico.

Pero además, la reducción en la movilidad cíclica de las personas –si exceptuamos los movimientos especializados vinculados a los manejos pastoriles trasterminantes o a los desplazamientos en búsqueda de determinadas materias primas– haría que las comunidades conociesen los entornos de sus poblados con una densidad inusitada hasta entonces. Así, los habitantes de los castros estarían familiarizados con todos los rincones de los espacios próximos. Probablemente, cada campo de cultivo, cada senda, cada fuente recibirían un nombre común para todos los integrantes del grupo, al igual que todas las montañas y los elementos significativos del paisaje que los rodeaba. El grado de detalle que alcanzaría entonces la toponimia en

torno a los asentamientos sería probablemente muy elevado<sup>149</sup>, por lo que todos los integrantes del grupo tendrían una profunda conciencia de los paisajes de su entorno: de sus formas, sus sonidos y olores, y también de las historias orales vinculadas a cada lugar, que engrosarían la memoria compartida por la comunidad. Esto les llevaría elaborar extensas y detalladas genealogías referentes a los escenarios de su vida cotidiana, reforzando su seguridad en el mundo a través de ese conocimiento compartido en la oralidad (sensu HERNANDO GONZALO 2002). En definitiva, esos paisajes vividos e imaginados del entorno de los poblados monumentalizados, con las imágenes y los sonidos propios de cada espacio, constituirían *taskscape*s familiares que actuarían como reconfortantes referencias nodales de sus experiencias, y que servirían al mismo tiempo de refuerzo en el fortalecimiento de los lazos sociales comunitarios que configuraban la identidad colectiva de los habitantes de cada castro.

Esta situación contrasta con los conocimientos que los habitantes de los castros tendrían de otras zonas más distantes. Con la reducción de la movilidad en la cotidianeidad de estas gentes, los referentes lejanos serían quizá más desconocidos, sólo al alcance de la gente procedente de otros lugares y que hubiese contraído matrimonio fuera de sus castros natales; o quizá de determinadas personas que, por diferentes motivos, hubieran realizado desplazamientos más importantes. Este tipo de conocimientos sería, así pues, una de las pocas vías al alcance de estos grupos sobre las que determinadas personas podrían individualizarse respecto a sus vecinos, a la vista del marco de economía moral que primaría en su seno. En este sentido, y considerando la limitación de movimientos a las que se verían sometidas las mujeres frente a los varones –pues ellas serían las encargadas predilectas de las actividades de mantenimiento (HERNANDO GONZALO 2000)–, la reducción de la movilidad de los grupos en su conjunto podría ser considerado uno de los elementos que a lo largo de la Edad del Hierro reforzaría el surgimiento de las diferencias de género, junto al auge del *ethos* guerrero propio de la Segunda Edad del Hierro.

Con la sedentarización, el desarrollo de un código monumentalizador que reforzaría la territorialidad alrededor de los castros, y el empleo discursivo de un código guerrero encaminado a enfatizar lo colectivo en contraposición a los grupos vecinos, los grupos castreños desarrollarían paulatinamente una ideología guerrera que cobraría importancia a lo largo de la Edad del Hierro (GONZÁLEZ GARCÍA 2009). Este proceso alcanzaría en el Occidente Cantábrico un alto grado de desarrollo en la Segunda Edad del Hierro, tal y como se observa en la extensión de algunos materiales como cuchillos y puñales afalcatados, fíbulas y otros ornamentos, fundamentalmente meseteños ante la inexistencia de tradiciones o producciones locales de este tipo (MARÍN SUÁREZ 2011a: 432). La escasa presencia de armas en el registro suele ser un argumento empleado habitualmente para minimizar la importancia de la violencia en estas comunidades, aunque más bien parece posible que tal situación esté

---

<sup>149</sup> Como testimonio de ello, los paisajes de estas montañas conservan hoy día variados topónimos de origen prelatino, especialmente relacionables con ríos y peñas o montañas destacadas (GARCÍA ARIAS 2000; GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1950, 1964; SEVILLA RODRÍGUEZ 1984).



derivada de los problemas de conservación, así como de los patrones de deposición relacionados con estos objetos. No podemos olvidar que carecemos de informaciones referentes al ámbito funerario para la Edad del Hierro del Occidente Cantábrico<sup>150</sup>, y es en este tipo de registro donde suelen concentrarse este tipo de hallazgos. No obstante, la baja aparición de armas resulta un problema que puede ser fácilmente relativizado al considerar igualmente las escasas herramientas agrarias recuperadas en castros del Occidente Cantábrico, hecho también señalado para Galicia (PARCERO OUBIÑA 2003: 291; TEIRA BRIÓN 2003).

En momentos precedentes de la Prehistoria reciente las experiencias de los pobladores de estas montañas determinarían una sintaxis espacial para los paisajes culturales esquematizable en base a puntos y líneas –progresivamente más nítidas éstas y de trazo más firme conforme la itinerancia de los agricultores de tala y quema se consolidaba en función de territorios mejor pautados en la Edad del Bronce-. Esas experiencias personales se fundamentarían así en desplazamientos lineales, movimientos cíclicos y la recurrencia episódica de ciertas actividades en determinados puntos del paisaje. Pero ahora, con la plena sedentarización de las comunidades castreñas y el desarrollo de formas de antropización y de configuración de los paisajes sociales crecientemente territorializadas, esa sintaxis espacial quedaría determinada fundamentalmente por polígonos que delimitarían territorios focalizados en torno a los poblados monumentalizados. En el interior de estos polígonos se desarrollarían las actividades productivas básicas, tendrían lugar los principales escenarios de socialización cotidiana e incluirían en su seno a todas las personas y familias con una identidad topográfica común: los castros.

Entre los distintos polígonos o territorios castreños, las relaciones intercomunitarias quedarían dilucidadas por los enfrentamientos discursivos –y muy raramente físicos– con las comunidades vecinas. En aquellos puntos de contacto o fricción, como los pastizales de aprovechamiento estival, se establecerían acuerdos mediante acontecimientos sociales ritualizados. Las tensiones estarían vehiculadas a través de una ideología guerrera, y servirían a las comunidades para esconder o impedir el desarrollo de las desigualdades intracomunitarias. No obstante, a lo largo de la Edad del Hierro la extensión y prominencia creciente del *ethos* guerrero terminaría por consolidar pequeñas diferencias en el poder detentado por los diferentes integrantes de cada comunidad, lo que fundamentalmente separaría la posición social de los varones guerreros respecto a las mujeres centradas en las actividades de mantenimiento (MARÍN SUÁREZ 2011a: 450-459).

<sup>150</sup> Las únicas excepciones están determinadas por la inhumación de una joven en la sima de Huenti-negrosu en la Sierra del Cuera (Llanes) en un momento temprano de la Primera Edad del Hierro (BARROSO BERMEJO *et al.* 2007), así como ciertos restos documentados en niveles fundacionales de poblados de la fase Ib como El Chao Samartín (VILLA VALDÉS y CABO PÉREZ 2003) y La Campa Torres (MERCADAL I FERNÁNDEZ 2001a, 2001b) que habría que entender mejor como evidencias culturales antes que funerarias.

### 9.3.4. Particularidades de las montañas cantábricas en la Edad del Hierro

En el marco del paulatino reconocimiento en las investigaciones sobre la Edad del Hierro de la diversidad de formas culturales existente en el Noroeste y el ámbito cantábrico, los grupos castreños de las montañas occidentales cantábricas han sido caracterizados como «comunidades rurales profundas» tendentes a la autonomía cultural, refractarias al cambio y verdaderamente conservadoras frente al desarrollo de la complejidad social (GONZÁLEZ RUIBAL 2011b: 260-262; MARÍN SUÁREZ 2011a). Partiendo de las informaciones arqueológicas disponibles y a la vista de referentes aportados por estudios antropológicos de comunidades montañosas con economías agropecuarias mixtas (BOEHM 1983, 1984b, 1993; JEDREJ 1995, 2004), podemos construir una lectura comprensiva con los datos disponibles sobre este tipo de formaciones sociales que definirían las formas sociales de los paisajes castreños del Occidente Cantábrico.

Los pequeños castros de las montañas occidentales cantábricas estarían ocupados por grupos con una organización social tendente a la horizontalidad, con diversos mecanismos sociales que evitaban la consolidación de las diferencias de poder entre sus miembros (cf BOEHM 1993) o el desarrollo de procesos de individualización de determinadas personas o grupos familiares. Este objetivo lo conseguirían en buena medida al exacerbar el referente identitario de la comunidad castreña como elemento central de sus ontologías, y fomentando la confrontación – fundamentalmente simbólica – con las comunidades vecinas de los castros próximos. Tras la plena sedentarización de estas comunidades, surgirían ciertas tensiones respecto al aprovechamiento de ciertos espacios en las zonas de contacto entre los territorios de los poblados vecinos, algo especialmente relevante en el caso de los pastos estivales de altura. Así, los grupos castreños desarrollarían a lo largo del I milenio a.C. una ideología guerrera que progresivamente separaría a los varones de las mujeres en cuanto a su relevancia en el plano social de la propia comunidad. Por ello, mecanismos que en origen habrían sido puestos en práctica por las comunidades como resistencia al surgimiento de divisiones internas, terminarían por generar división (sensu PARCERO OUBIÑA y CRIADO BOADO 2013: 263). No obstante, este contexto no parece llevar adosado una individualización de grupos reducidos de varones guerreros diferenciados del resto de hombres del poblado, a diferencia de lo que sucede en otros territorios durante la Segunda Edad del Hierro, como el valle del Duero, donde verdaderamente se asiste entonces al nacimiento de sociedades jerarquizadas con jefaturas guerreras en el marco de los *oppida* (ALMAGRO GORBEA 2005; LORRIO 1997; ROMERO CARNICERO *et al.* 2008) o el área septentrional de Galicia, donde se consolidarían grupos guerreros altamente individualizados (PARCERO OUBIÑA 2003). En este sentido, el no desarrollo en el Occidente Cantábrico de una intensificación en la agricultura y la no disposición de grandes posibilidades para el almacenaje de excedentes limitarían tal opción, a diferencia de lo acontecido en otras áreas

castreñas del Noroeste ibérico (PARCERO OUBIÑA y AYÁN VILA 2009; PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007).

Efectivamente, los grupos castreños de estas montañas se mantuvieron al margen de diversos procesos generalmente tendentes a la intensificación en las actividades productivas, al desarrollo de las desigualdades intracomunitarias o a la extensión de formas organizativas político-territoriales complejas. Así, durante la Edad del Hierro no se observan en el Occidente Cantábrico pautas de creciente intensificación de la producción agraria, como sí se observa en otras zonas del Noroeste, hasta el punto de condicionar una transformación en los modelos de poblamiento durante la Segunda Edad del Hierro (GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007; PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007). Tampoco se observan aquí desarrollos protourbanos en este mismo período, cuando en el valle del Duero (ÁLVAREZ SANCHÍS 2011; ROMERO CARNICERO *et al.* 2008) o en el área bracarense (GONZÁLEZ RUIBAL 2005, 2006-2007: 338-349; PARCERO OUBIÑA y CRIADO BOADO 2013: 258-259) surgen asentamientos fortificados equivalentes a los *oppida* centroeuropeos que generan procesos de sinecismo y el auge de las desigualdades intracomunitarias con el surgimiento de elites guerreras (WELLS 2002). Igualmente, tampoco se aplican aquí modelos como el de las sociedades heroicas propuesto para la Segunda Edad del hierro en la mitad septentrional de la actual Galicia (PARCERO OUBIÑA 2003), pues si bien las bases productivas de estos grupos no son muy diferentes, en el registro arqueológico del Occidente Cantábrico no son visibles procesos marcados de individualización de personas o familias concretas, visibles en aquella zona a través de la significación monumental de las casas, la acumulación de importaciones mediterráneas, joyas u orfebrería (PARCERO OUBIÑA 2003: 288). Rasgos de este tipo únicamente se verían quizá materializados en la extensión más oriental en las saunas castreñas descritas en el entorno de los ríos Eo-Navia (VILLA VALDÉS 2011).

Esta especificidad cultural de los grupos montañoses del Occidente Cantábrico tendría su correlato en el desarrollo de un modelo de poblamiento particular para la Edad del Hierro. La continuidad en la ocupación de los castros a lo largo del I milenio a.C., o bien su ubicación en localizaciones equivalentes en diferentes momentos de este período, indican que este territorio dispuso de un modelo de poblamiento particular –que podríamos denominar «tres para uno» en contraste al conocido «tres para dos»– probablemente parte consustancial de las formas sociales y culturales de las comunidades rurales profundas. Los rasgos fundamentales ya descritos para este patrón de poblamiento pueden ser relacionados en primer lugar con las posibilidades productivas de estas zonas de montañosa. Pero además, los rasgos sociales particulares de sus habitantes determinarían la gran importancia concedida por estos grupos a la ganadería, al tiempo que no se intensificaría la producción agrícola a finales de la Edad del Hierro. Todo ello haría que los castros se mantuviesen en localizaciones próximas a terrenos con suelos ligeros de aprovechamiento

extensivo, que sobre todo se localizaban en puntos accesibles hacia los pastizales de altura de aprovechamiento estival<sup>151</sup>.

La limitación de los procesos de jerarquización social en estos grupos castreños impediría asimismo el desarrollo de procesos de concentración de la población que condujesen al surgimiento de *oppida*, de procesos de consolidación de entidades territoriales o políticas que excediesen la escala local de los poblados, o de la promoción de determinadas personas o familias hasta el nacimiento de linajes familiares que fomentasen diferencias hereditarias de estatus social o económico.

Los particulares desarrollos culturales y productivos del Occidente Cantábrico tendrían su correlato en el registro arqueológico, con la formación de grupos arqueológicos determinados para diferentes aspectos de la cultura material de la Edad del Hierro en estos territorios. En este sentido, la producción cerámica o la metalurgia serían actividades desarrolladas localmente, con una gestión de estas actividades artesanales que habría que incardinar en la esfera doméstica o comunitaria, respectivamente (FANJUL PERAZA y MARÍN SUÁREZ 2006; MARÍN SUÁREZ 2011a, 2012). En este sentido, conviene recordar la originalidad de las CTO desplegadas en El Castre en relación con la arquitectura doméstica o el trabajo metalúrgico del bronce<sup>152</sup>. En este sentido, una vez que ha podido ser reconocida para este territorio una secuencia cronocultural general –lectura diacrónica o vertical–, es necesario avanzar en la comprensión de los contextos sociales de los diferentes aspectos culturales de estos grupos humanos –lectura contextual u horizontal–.

Asimismo, las cada vez más evidentes regionalizaciones de los grupos arqueológicos reconocibles en la Edad del Hierro de las montañas asturleonesas, despeja el camino para la exploración de hipótesis de trabajo sobre categorías identitarias complementarias al nivel comunitario o de poblado, como las identidades de género (GONZÁLEZ SANTANA 2013a, 2013b) o la etnicidad (FERNÁNDEZ GÖTZ y RUIZ ZAPATERO 2011). Sobre este último aspecto, resulta interesante el solapamiento ocasional de determinadas categorías identitarias reconocidas por los observadores externos grecolatinos –*pésicos*, *albiones*, *luggones*, etc.– con la extensión de ciertos rasgos materiales o grupos arqueológicos (MARÍN SUÁREZ 2011b), que no obstante coinciden igualmente con unidades fisiográficas del relieve. Por ello, y asumiendo la imposibilidad de fiar este tipo de definiciones a uno u otro tipo de caracteres materiales, sería interesante valorar la existencia correlatos sociológico con alguna de estas observaciones realizadas a partir del registro, toda vez que la supuesta categoría étnica referida a los *ástures/astures* se corresponde ante todo con una simplificación de la realidad indígena creada *ad hoc* por parte de los conquistadores romanos,

<sup>151</sup> Nótese con ello la semejanza de estas localizaciones para este régimen de vida sedentario respecto a los modelos locacionales intuitos para los grupos nómadas del Neolítico y la Edad del Bronce, si exceptuamos la predilección por los lugares destacados en el paisaje sobre los que los grupos castreños erigirían sus poblados monumentalizados.

<sup>152</sup> Ver epígrafe «9.1.4. Actividades artesanales».



que posteriormente afianzaría la creación de las estructuras administrativas romanas (MARÍN SUÁREZ y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011; SALINAS DE FRÍAS 2011).

#### 9.4. La romanización y el declive de los castros

A finales del siglo I a.C. el normal desarrollo de las formas de vida de los habitantes de los castros del interior montañoso del Occidente Cantábrico se vería alterado por un acontecimiento de hondo calado, que terminaría por desencadenar la desarticulación de los paisajes culturales de las comunidades castreñas en estas montañas. Entre los años 29 y 19 a.C. el estado romano lanzaría una serie de campañas militares comúnmente denominadas Guerras Cántabras –en ocasiones diferenciadas como *Bellum Cantabricum et Bellum Asturicum*– sobre los territorios montañosos que, según los cronistas grecolatinos, estaban habitados por gentes denominadas *ástures/astures* y *cántabros* (PERALTA LABRADOR 2009). Estos territorios no habían sido aún conquistados e integrados en el mundo romano casi dos siglos después del desembarco de Cneo Cornelio Escipión en Ampurias. La contienda implicó un amplio despliegue militar por parte de Roma y la presencia de sus mejores tropas y generales. El proceso de conquista sería relativamente rápido, considerando la accidentada geografía de esta región y que el ejército romano sufriría algunos reveses militares. Finalizadas las principales operaciones militares en el año 19 a.C., dio comienzo un rápido proceso de cambio cultural y político que supondría el declive de los castros como células fundamentales de las formas de poblamiento, así como referentes incardinadores de los paisajes sociales o los esquemas identitarios de sus habitantes.

Esta nueva situación abre un escenario en el que se rompería con las tradiciones culturales desarrolladas durante varios milenios en estas montañas. Estos rápidos eventos y sus consecuencias llevan a situar hacia el cambio de era el punto final a la Prehistoria reciente del Occidente Cantábrico. Por ello, cerraré este trabajo con una sucinta valoración de este proceso histórico comúnmente denominado «romanización» a través de la presentación de los acontecimientos generales y su correlato arqueológico concreto en el estudio de caso en torno al actual territorio de Vigaña. Centraré para ello mi análisis en las derivaciones de este cambio en los paisajes sociales y culturales de estas montañas y sus impactos en el devenir histórico de las comunidades castreñas.

##### 9.4.1. La conquista romana

Hasta no hace mucho, los relatos de los autores grecolatinos –fundamentalmente Floro, Orosio y Dión Casio–, el estudio de la epigrafía militar romana, así como el análisis de la toponimia y su correlación con los nombres de los montes y las ciudades mencionados en las narraciones sobre las Guerras Cántabras

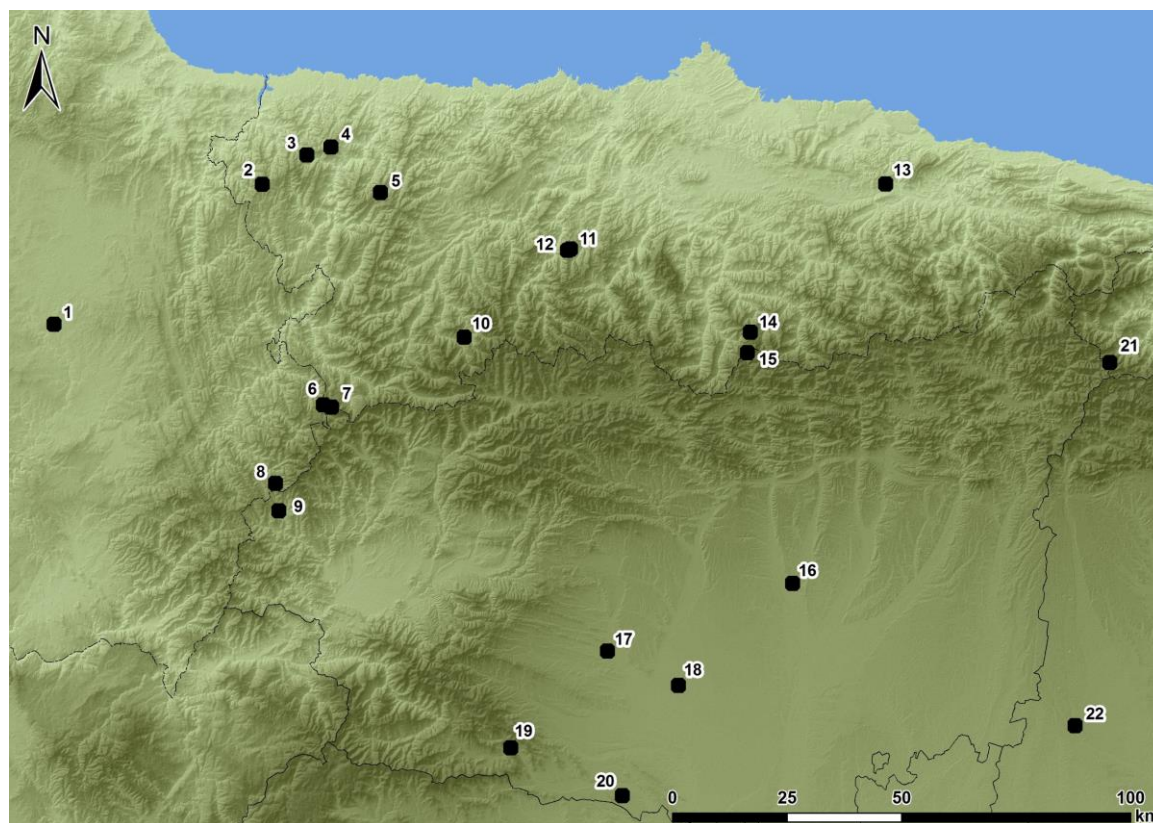
constituían las principales vías informativas para recomponer los acontecimientos bélicos de las Guerras Cántabras (MAGIE 1920; RODRÍGUEZ COLMENERO 1979; SCHULTEN 1943; SYME 1970). La Arqueología se mostraba en este contexto como un convidado de piedra, útil únicamente para aportar materiales que ilustrasen los relatos de las fuentes clásicas.

A finales del siglo XX, la fortaleza de las fuentes hasta entonces disponibles sería relativizada (GONZÁLEZ ECHEGARAY 1999; GUTIÉRREZ CUENCA y HIERRO GÁRATE 2001; RAMÍREZ SÁDABA 1999; SALINAS DE FRÍAS 1998). Por su parte, la Arqueología ganaría relevancia como disciplina capaz de proveer nuevos datos y generar discursos históricos propios en relación a la conquista y asimilación romana del espacio centro-occidental cantábrico afectado por las Guerras Cántabras (MARÍN SUÁREZ y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011; MORILLO Cerdán y MARTÍN HERNÁNDEZ 2005; PERALTA LABRADOR 2002a, 2009), frente al pesimismo que imperaba al respecto pocos años antes, pues por ejemplo se asumía que los *castra aestiva*<sup>153</sup> relacionados con la conquista romana y posterior sometimiento del Occidente Cantábrico constituían realidades arqueológicas esquivas, frágiles y difíciles de documentar (MORILLO Cerdán y GARCÍA MARCOS 2002: 780). Todo ello a pesar de que estructuras de este tipo eran ya conocidas en el piedemonte meseteño, como los campamentos leoneses de Valdemedina (SÁNCHEZ-PALENCIA 1986) o Castrucarbón (LOEWINSOHN 1965); y de que en paisajes similares al área cantábrica como Gales o Escocia los avances del ejército romano habían sido ya estudiados gracias al rosario de campamentos de marcha levantados en las operaciones de conquista (BREEZE 1982, 1991; FRERE y ST JOSEPH 1983; NASH-WILLIAMS y JARRETT 1969; ST JOSEPH 1951).

Fundamentalmente, la renovación en este género de estudios llegaría al área aquí analizada tras la consideración de las tradiciones investigadoras desarrolladas por la Arqueología militar romana en otras partes de Europa (BREEZE 1982; FRERE y ST JOSEPH 1983; GILLIVER 1993b, 1999; JAMES 2002; LENOIR 1977; MATHERAT 1943; REDDÉ 1995, 1996; SCHÖNBERGER 1969) y las innovaciones metodológicas más recientes relacionadas con el estudio de colecciones de fotografía aérea en acceso abierto, el empleo de Tecnologías de Información Geográfica y diversos métodos de teledetección como el LiDAR (COSTA GARCÍA 2015; DIDIERJEAN 2008; JONES 2012; MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2013b).

Por todo ello, la investigación arqueológica relativa a la conquista romana del área cantábrica ha afrontado una completa renovación derivada del descubrimiento y estudio de varias docenas de campamentos romanos de campaña en estas montañas y el piedemonte meseteño (**Fig.9.132**). La mayoría de estos recintos legionarios se distribuyen formando líneas de avance con dirección Sur-Norte que, desde los valles del Duero y el Ebro, atraviesan el eje axial de la Cordillera Cantábrica mostrando el despliegue de los

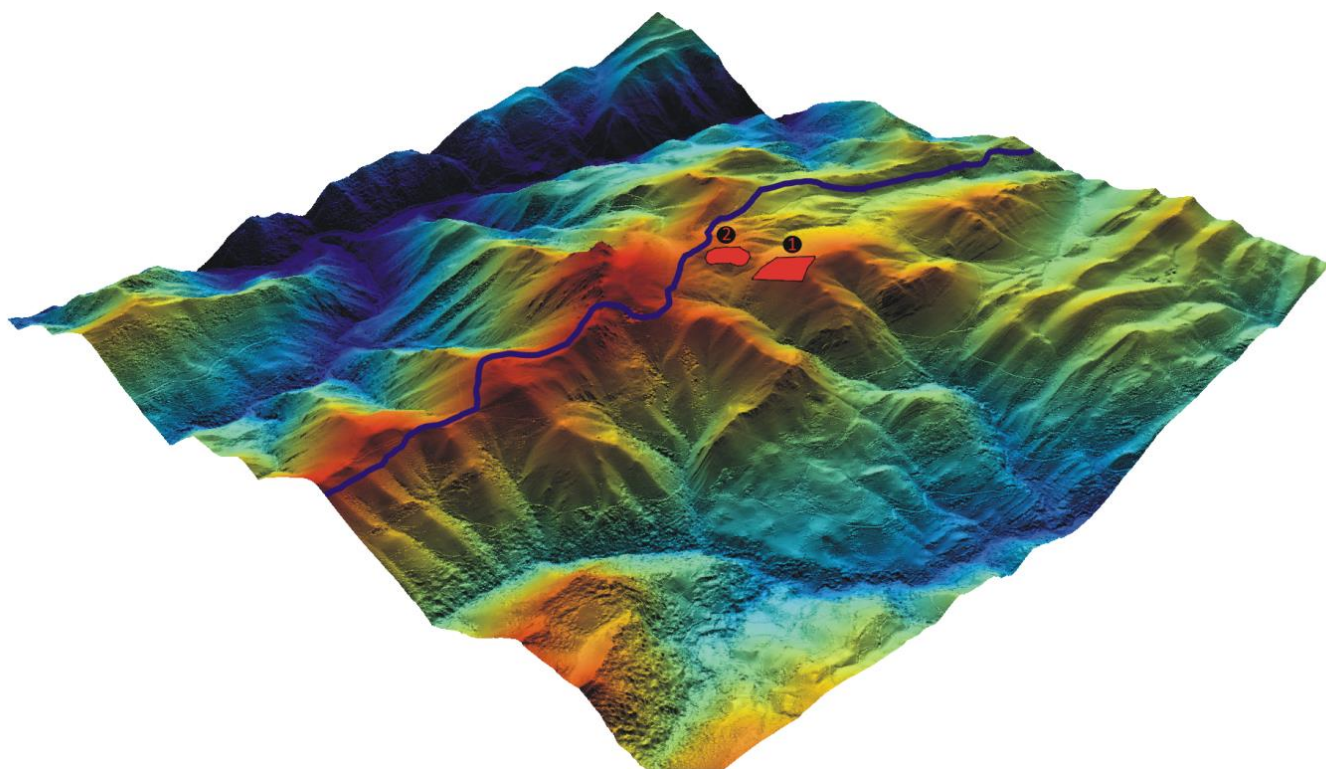
<sup>153</sup> Los recintos militares denominados *castra aestiva* por los tratadistas militares latinos (GILLIVER 1993a; PERALTA LABRADOR 2002a) constituyen establecimientos de campaña de las tropas legionarias romanas erigidos en sus desplazamientos por tierra hostil con una preocupación eminentemente defensiva.



**Fig.9.132:** Situación de la ciudad de Lugo (1), fundación augustea, y campamentos localizados hasta la fecha en el extremo occidental cantábrico y su piedemonte meseteño. 2: El Pico el Outeiro. 3: A Pedra Dereta. 4: El Chao de Carrubeiro. 5: Moyapán. 6: A Recacha. 7: A Granda das Xarras. 8: A Cortiña dos Mouros. 9: A Serra da Casiña. 10: El Castiel.lu de Val.láu (adscripción dudosa). 11: El Mouru A. 12: El Mouru B. 13: El Picu Viyao (adscripción dudosa). 14: El Picu Curriel.los. 15: El Cantón de L.lagüezos. 16: León. 17: Astorga. 18: Huerga de Frailes. 19: Valdemeda. 20: Castrucarbón. 21: Robadorio. 22: Castromuza.

efectivos legionarios romanos por el territorio recién anexionado (CAMINO MAYOR *et al.* 2007b; CEPEDA OCAMPO 2006; DIDIERJEAN *et al.* 2014; MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2011, 2012, 2013a; PERALTA LABRADOR 2002a, 2006b, 2009, 2011; SERNA GANCEDO *et al.* 2010). Además, se han podido atestiguar arqueológicamente diversos asedios y ataques a poblados indígenas localizados fundamentalmente en las estribaciones meridionales de las montañas del área central cantábrica (FERNÁNDEZ VEGA *et al.* 2012; PERALTA LABRADOR 1999, 2006a, 2008; TORRES MARTÍNEZ *et al.* 2011). No obstante, y a pesar de la elocuencia de estas evidencias, la potencialidad de la Arqueología sigue irracionalmente puesta en tela de juicio por ciertos autores (e.g. SANTOS YANGUAS 2014).

Como anticipaba, la estrategia militar desplegada en estos territorios por el ejército romano se fundamentaría en el despliegue de sus legiones en los territorios meseteños y el alto Ebro conquistados unas décadas antes (JIMENO MARTÍNEZ 2002; LORRIO 2009; SALINAS DE FRÍAS 2008), desde donde lanzarían avances a través de vías naturales elevadas como las que discurren por la cuerda de las altas sierras que se desgajan hacia el norte desde el eje axial de la Cordillera Cantábrica (PERALTA LABRADOR 2009). En el área occidental cantábrica, este patrón fue reconocido en primer lugar en el cordal de La Carisa (CAMINO MAYOR *et al.* 2001, 2007b), y posteriormente fueron detectados nuevos enclaves que denunciarían estos avances con-



**Fig.9.133:** Recintos campamentales de El Mouru (Grau/Miranda) junto a la vía de La Mesa sobre modelo 3D obtenido a partir de la nube de puntos LiDAR proporcionada por el IGN [Diseño: José M. Costa García].

tinuados siguiendo las líneas de cumbres en otros cordales de similar orografía (DIDIERJEAN *et al.* 2014; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2008; MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2011, 2012, 2013a, en prensa).

Entre las zonas en las que han sido documentados este tipo de enclaves militares romanos, encontramos el cordal de La Mesa, sierra que delimita por el este el área de estudio a escala intermedia de este trabajo. De hecho, varios autores habían señalado intuitivamente que esta cadena montañosa constituiría una de las primeras rutas a través de las cuales el ejército romano se habría internado hacia la vertiente septentrional de estas montañas (SÁNCHEZ ALBORNOZ 1972: 119-127; URÍA RÍU 1971: 474-485). El itinerario de este trazado discurre a través de áreas a gran altitud desde las cuales la visibilidad del entorno es excepcional, sin transcurrir en exceso por puntos ciegos a la sombra de posiciones dominantes desde una perspectiva geoestratégica. Por lo tanto, este vial se sitúa como una opción idónea para una penetración segura en territorio hostil, cumpliendo así con los estrictos preceptos tácticos que seguía el ejército romano (CAMPBELL 1994; GILLIVER 1999). Sin embargo, no sería hasta la segunda década del siglo XXI cuando fueron identificados dos *castra aestiva* pegados a la vía histórica del Camín Real de La Mesa. Se trata de los recintos de El Mouru, reconocidos independientemente por dos equipos investigadores diferentes en 2011 (DIDIERJEAN *et al.* 2014; GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2011b)<sup>154</sup> (**Fig.9.133**).

<sup>154</sup> Mientras el equipo de trabajo del que formo parte –junto a Andrés Menéndez Blanco, Valentín Álvarez Martínez y Jesús Ignacio Jiménez Chaparro– denominó ambos recintos como «El Mouru A» y





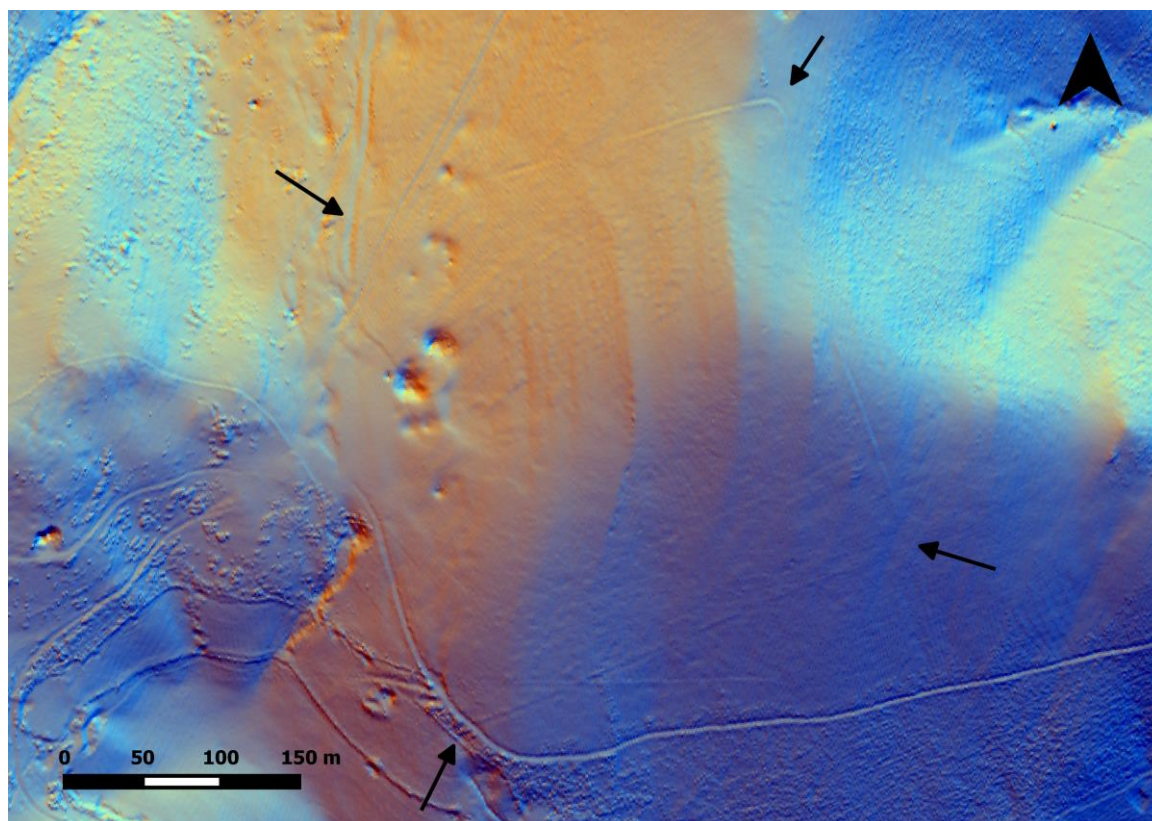
**Fig.9.134:** Trazado rectilíneo de las estructuras defensivas septentrionales del *castra aestiva* de El Mouru A.

Estos dos recintos están compuestos por un perímetro defensivo delimitado por un talud terrero al que se anexa por el exterior un pequeño foso. Ambas estructuras se sitúan en el entorno de uno de los collados que jalonan la vía de La Mesa – conocido por los lugareños como El Colláu Valbona –, en la divisoria entre los municipios de Grau y Miranda. Originalmente, el enclave de El Mouru llamó nuestra atención por su toponimo y la existencia de relatos orales relacionados con batallas legendarias y su ocupación preterita. A estos síntomas tan sugerentes a la hora de planificar prospecciones arqueológicas en estas montañas, se sumaban las favorables características locacionales de este lugar para albergar fortificaciones antiguas relacionables con la vía histórica de La Mesa. Por ello, el estudio de diferentes colecciones de fotografías aéreas de este espacio nos condujeron a identificar las estructuras campamentales de El Mouru A, recinto al que se sumaría el reconocimiento de Mouru B mientras visitamos por vez primera este paraje.

Los parámetros constructivos de estas fortificaciones son verdaderamente sutiles sobre el terreno. Los taludes son apenas unos trazos rectilíneos en las laderas de medio metro escaso de altura que, bajo condiciones poco adecuadas de visibilidad, pasan perfectamente desapercibidos. En cambio, la observación de estas estructuras mediante fotografía aérea o LiDAR confirman la clara factura militar romana de estos recintos. De este modo, las estructuras de El Mouru son interpretadas como campamentos militares de marcha –*castra aestiva*– de cronología altoimperial ro-

---

«El Mouru B», estos mismos establecimientos fueron también nombrados como «El Mouru» y «Colláu Valbona», respectivamente.



**Fig.9.135:** Recinto de El Mouru A a partir de la nube de puntos LiDAR procesada mediante herramientas SIG [Diseño: José M. Costa García].

mana, pues concuerdan con los rasgos arqueológicos reconocidos en este tipo de estructuras (GILLIVER 1999; PERALTA LABRADOR 2002a; REDDÉ 1996), así como con las pautas constructivas recogidas en tratados y manuales de táctica militar romana (GILLIVER 1993a), o en ciertos pasajes de autores de la época como Polibio, Julio César, Suetonio o Flavio Josefo, entre otros (CAMPBELL 1994).

El Mouru A se sitúa en las proximidades de El Colláu Valbona, ligeramente desplazado hacia el Este respecto a la línea principal del cordal de La Mesa, sobre un cerro de 1.088 msnm conocido localmente como El Mouru, que se alza unos 50 m por encima de un collado poblado de dolinas que conecta el altozano de El Mouru con El Colláu Valbona, por donde discurre la vía de La Mesa. Desde su cima se divisa el tramo descendente de la vía de La Mesa entre la venta de Porcabezas y El Colláu Valbona, por lo que es claro su valor estratégico respecto al camino. Las estructuras de este enclave están compuestas por líneas defensivas de taludes terreros y trazado rectilíneo que muestran un pequeño foso colmatado hacia el exterior (**Fig.9.134**). Las defensas encierran así un recinto cuadrangular de esquinas redondeadas en doble curva de unas 10 ha. Dichos restos son observables en la actualidad gracias a la observación combinada del recinto a través de ortofotografías y datos LiDAR (**Fig.9.135**). Los parámetros formales del recinto cuadrangular en forma de naípe lo aproximan a otros campamentos de marcha del Occidente Cantábrico y el piedemonte meseteño como los de Valdemeda (SÁNCHEZ-PALENCIA 1986), A Granda das Xarras (MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2011) o El Chao de Carrubeiro (MENÉNDEZ BLANCO *et*



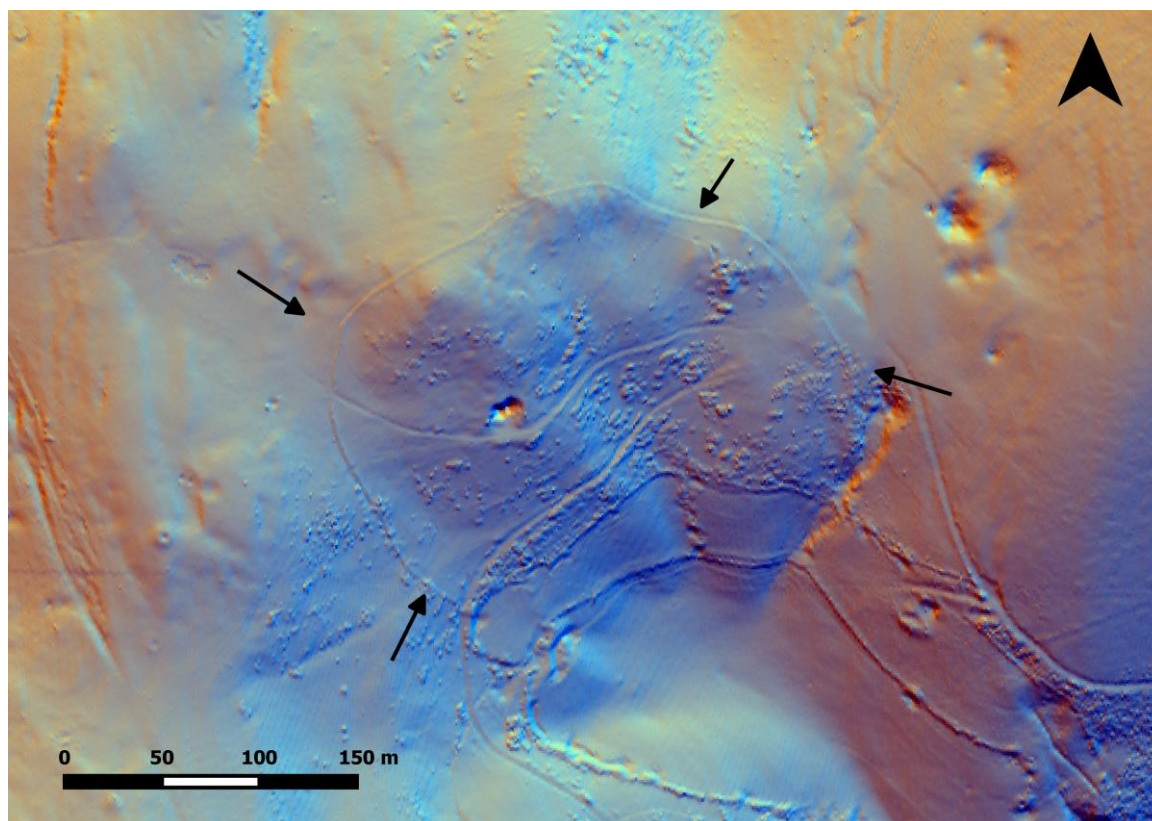


**Fig.9.136:** Tramo de trazado regular en el extremo norte del recinto de El Mouru B.

*al.* 2013a). Sería por tanto aceptable pensar en una interpretación funcional y cronológica convergente para todos estos enclaves.

433

Por su parte, El Mouru B está ubicado a escasos metros del anterior rodeando un cerro menos prominente que alcanza los 1.060 msnm de altitud máxima entre El Mouru y el Collau Valbona. Su localización le confiere un control visual más directo sobre este collado, por el que discurre la vía de La Mesa. El perímetro defensivo de este nuevo enclave rodea la parte más elevada del cerro y engloba también el tramo inicial de su ladera meridional configurando un espacio interior que ronda las 4,5 ha. Sus estructuras constructivas están compuestas por una línea continua de talud terrero, en la que asoman también algunos bloques de piedra, mientras un foso parcialmente colmatado corre al exterior del talud completando la línea de *vallum* defensivo (**Fig.9.136**). La planta de El Mouru B muestra un formato más irregular que el inmediato recinto de El Mouru A, aunque sus líneas defensivas buscan siempre trazados rectilíneos en el terreno llano, mientras que el límite exterior del recinto se ajusta a la línea de ruptura de la pendiente en los sectores de orografía más irregular (**Fig.9.137**). Además, sus estructuras defensivas muestran evidencias claras de la aplicación en su concepción y construcción de las técnicas habituales de castrametación romana empleadas por las tropas legionarias en recintos similares en el Occidente Cantábrico como El Cantón (PERALTA LABRADOR 2002b) o A Recacha (MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2011). Como resultado, el recinto de El Mouru B muestra una planta subcircular alejada de las formas más canónicas de los campamentos ro-



**Fig.9.137:** Recinto de El Mouru B a partir de la nube de puntos LiDAR procesada mediante herramientas SIG [Diseño: José M. Costa García].

manos de campaña, aunque también es cierto que estas normas eran modificadas a la vista de las condiciones impuestas por una orografía desfavorable.

Considerando las evidencias arqueológicas y la contextualización territorial de estos dos recintos, podemos confirmar su caracterización como *castra aestiva* de cronología altoimperial romana. La funcionalidad y la contextualización histórica precisa de estos enclaves debe ser aún tomada con prudencia, a la espera de obtener informaciones cronológicas más precisas sobre su ocupación. Por ejemplo, carecemos de datos que permitan calibrar siquiera su ocupación sincrónica. No obstante, el estudio contextual de las evidencias detectadas y la consideración del contexto territorial en el que se insertan permite barajar tres líneas posibles para la interpretación de estos yacimientos (GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2011-2012).

La estrecha relación de los campamentos de El Mouru con la ruta histórica que transcurre sobre el cordal de La Mesa ofrece un escenario propicio, convergente con otros ya analizados en el área central y occidental de las montañas cantábricas, para contemplar un avance militar en territorio hostil del ejército romano. En este marco, los recintos de El Mouru podrían relacionarse con ocupaciones efímeras de las tropas legionarias en el transcurso de las ofensivas militares encuadrables en el *Bellum Asturicum*. En tal caso, nos encontraríamos ante avances similares a los ya expuestos para el escenario oriental de las Guerras Cántabras (PERALTA LABRADOR 2009; SERNA GANCEDO *et al.* 2010), asimilables también para el Occidente Cantábrico



a la vista de los descubrimientos de numerosos *castra aestiva* en estas montañas (CAMINO MAYOR *et al.* 2007b; MARTÍN HERNÁNDEZ y CAMINO MAYOR 2013; MENÉNDEZ BLANCO *et al.* 2013a, 2012, 2013b).

La relevancia del Camín Real de La Mesa en la articulación de las comunicaciones a lo largo de los tiempos ha sido señalado en capítulos precedentes. Por ello, una segunda hipótesis a valorar sería relacionar los recintos de El Mouru con el papel desempeñado por el ejército romano en la construcción y vigilancia de las principales infraestructuras viarias de estas tierras recién conquistadas. No en vano, entre las filas del ejército romano había técnicos con distintos perfiles y personal cualificado para dirigir la ejecución de este tipo de labores ingenieriles<sup>155</sup>. El objetivo de estas acciones sería aprovechar la pericia de un cuerpo especializado como el ejército romano en períodos de inactividad armada, en los que también era oportuno mantener ocupado a un agente desestabilizador tan importante para la política interna del Imperio. A la vez, se aceleraba la puesta en marcha del tejido administrativo imperial de territorios recién conquistados como el Occidente Cantábrico. En este sentido, sería comprensible contemplar que en El Mouru se hubiera establecido algún contingente militar para dirigir tareas como la elección del trazado de la nueva vía a través del cordal de La Mesa que, junto a la vía de La Carisa (CAMINO MAYOR y VINIEGRA PACHECO 2010), acabaría por convertirse en una de las arterias principales del tránsito romano a través del sector occidental de la Cordillera Cantábrica (GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011e). Propuestas similares han sido empleadas en el análisis de los dos recintos campamentales superpuestos de La Poza (Campoo de Enmedio, Cantabria), que han sido interpretados por sus excavadores como sendos *castra aestiva* relacionados con la fase de conquista y la posterior construcción de una vía, respectivamente (CEPEDA OCAMPO *et al.* 2009: 635-637). Este ejemplo sería sugerente en el caso de El Mouru, pues ayudaría a comprender la coincidencia de dos enclaves de similar naturaleza en un mismo lugar.

Por último, los campamentos de El Mouru podrían estar relacionados con la intensa actividad minera desarrollada en su entorno para la explotación por parte del Imperio Romano de las abundantes riquezas auríferas de estas montañas. No en vano, la vía de La Mesa conectaría el valle del Duero y el centro administrativo ubicado en *Asturica Augusta* (Astorga, León) con uno de los distritos mineros más importantes de la *Asturia transmontana*, en el que se encuentran complejos de notables dimensiones y volumen extractivo como las explotaciones del bajo Pigüena, la sierra de Bixega, El Valle-Bueinás, Carllés o Ablaneda-Godán (ÁLVAREZ ALBA y FERNÁNDEZ MIER 1996; FANJUL PERAZA y MENÉNDEZ BUEYES 2003-2007; FERNÁNDEZ MIER 1999; LÓPEZ MERINO *et al.* 2014; VILLA VALDÉS 1998, 1999b, 2007c; VILLA VALDÉS y FANJUL MOSTEIRÍN 2006). En la planificación y administración de estas tareas, el ejército romano cumpliría con un papel esencial (DOMERGUE 1990). Por ello, los recintos de El Mouru podrían asimilarse a una estación para la vigilancia de la vía de La Mesa, con-

<sup>155</sup> Por citar algún ejemplo, es conocida la participación de las legiones romanas en la construcción de infraestructuras básicas como el puente de Martorell (GURT y RODÀ 2005).

siderando su destacado papel como ruta de evacuación hacia la capital conventual del oro extraído. Del mismo modo, alguno de los recintos de El Mouru podría haberse situado como una base de operaciones de algún contingente de técnicos militares al cargo de labores de prospección y puesta en marcha de estas explotaciones mineras, tal y como ha sido propuesto para otras fortificaciones militares romanas del Occidente Cantábrico como las de Moyapán (GONZÁLEZ ÁLVAREZ *et al.* 2008) o San Isidro (VILLA VALDÉS 2007d).

Además de la vía histórica que transcurre sobre el cordal de La Mesa, la Sierra de La Serrantina ofrece otra línea de cumbres transitada por una vía histórica por la que sería asumible considerar la existencia de restos relacionados con la conquista romana. No obstante, y pese a la exploración atenta por medio de fotografía aérea, no se han reconocido hasta el momento fortificaciones relacionables con el ejército romano. No así con otras contiendas más recientes como la Guerra Civil española, período al que se han relacionado algunas evidencias de dudosa caracterización en localizaciones como Pico Arco, en el límite actual entre Somiedu y Cangas del Narcea (DIDIERJEAN *et al.* 2014: 162).

Debido a la prominencia de las fuentes clásicas y los elementos materiales vinculables con el ejército romano en el registro arqueológico, las narraciones históricas y arqueológicas se muestran normalmente más apegadas a la perspectiva de los conquistadores, mientras que resulta difícil situar a las comunidades indígenas en el primer plano del relato sobre el proceso de conquista. El desequilibrio en cuanto a la capacidad bélica de los contendientes en las Guerras Cántabras es claro. Mientras las tropas legionarias romanas estaban compuestas por un contingente amplísimo, compuesto por militares profesionales apoyados en un sistema logístico eficaz (GILLIVER 1999; ROTH 1999), las comunidades indígenas mostraban una capacidad bélica extremadamente limitada. Sus formas de combate estaban basadas en acciones puntuales a pequeña escala, pues los grupos castreños mantenían normalmente formas de violencia ritualizadas (GONZÁLEZ GARCÍA 2009), carecían de estructuras políticas que les integrasen, y además no podían mantener demasiado tiempo a sus miembros alejados de las actividades productivas.

A la vista de estas consideraciones, la victoria del estado romano debía haber sido rápida y contundente. Sin embargo, y más allá de la necesidad propagandística romana de ensalzar una victoria del joven *princeps* Augusto sobre pueblos extranjeros (SALINAS DE FRÍAS 1998), las poblaciones indígenas del área central y occidental cantábrica ofrecieron una resistencia inusitada a la vista de la duración de las guerras y las narraciones de las fuentes. Tal observación podría ser tomada como un reflejo de los rasgos culturales de estos grupos indígenas, para quienes la resistencia al cambio y a las injerencias externas era uno de sus rasgos identitarios básicos (MARÍN SUÁREZ y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011: 200), como es recurrente en poblaciones montañosas de similares características (e.g. BOEHM 1984a). Otro rasgo a considerar en este sentido sería la ausencia de jefaturas o estructuras políticas superiores a la escala del poblado, lo que impediría a los poderes del estado romano a establecer

negociaciones con aristocracias locales como sí harían en otras zonas del interior ibérico (LORRIO 2009)<sup>156</sup>. Todo ello, sumado al desconocimiento por parte de los ejércitos romanos de la complicada geografía montañosa de este territorio, haría que las operaciones armadas se prolongasen durante diez años.

#### 9.4.2. El final de los castros

Poco después del final de las *Guerras Cántabras* (29–19 a.C.) se inicia un proceso de irremisible ruptura y transformación de los paisajes culturales que se venían conformando a lo largo de la Prehistoria reciente en estas montañas. Así, se abre un escenario de cambio cultural designado tradicionalmente como proceso de «romanización», en el que las estructuras sociales, políticas y económicas de este territorio y sus habitantes se transformarían a diferentes ritmos (FERNÁNDEZ OCHOA 2006; MARÍN SUÁREZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011; PEREIRA MENAUT 2010; SASTRE PRATS 2001). Este proceso tuvo lugar en un marco dialéctico de conflictos, resistencias e imposiciones en el que tanto los actores externos relacionados con la administración y el ejército romano, como los actores indígenas locales desempeñarían un papel activo.

Esto último es algo que necesariamente debe ser recalcado, pues no debemos seguir reproduciendo el error colonial de tomar a las poblaciones indígenas como convidados de piedra en estos procesos de cambio (cf WOOLF 1997: 339-341). La romanización o el proceso de cambio cultural que se abriría en el Occidente Cantábrico tras la conquista romana no fue un proceso gradual, uniforme o previsible de aculturación (GONZÁLEZ RUIBAL 2003b: 41). Todos los actores involucrados en el proceso demostrarían poseer capacidad de agencia, y si bien el control político más fuerte lo detentarían los agentes relacionados con el estado romano, la población indígena tendría a su alcance diferentes mecanismos para ofrecer su resistencia al cambio, como el mantenimiento de sus cerámicas tradicionales (MARÍN SUÁREZ 2007: 156) o de sus formas arquitectónicas prerromanas (MARÍN SUÁREZ Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011: 202-203). A la inversa, la introducción de nuevas expresiones materiales constituiría para algunas familias o personas indígenas una oportunidad para su individualización, adoptando rápidamente prácticas o formas romanas como medio para ascender socialmente dentro de los nuevos esquemas sociopolíticos<sup>157</sup>. En definitiva, la romanización no es un mero proceso de adopción de una cultura superior alóctona por parte de una comunidad indígena, sino que es una forma de alcan-

<sup>156</sup> Situaciones de este tipo se producirían en el marco de las Guerras Cántabras sólo en los territorios más meridionales del teatro de operaciones, como la ribera del curso inferior del río Esla a la luz de sucesos referidos por las fuentes como la traición de los *brigaecinos* (Floro 2, 33, 54-58; Orosio 6, 21, 9-10; Dión Casio 53, 25, 8), o en el área más suroccidental, según quedan reflejadas en el epígrafe del «pacto de los *zoelas*» (RABANAL ALONSO Y GARCÍA MARTÍNEZ 2001: 331-334) las relaciones entre el estado romano y determinadas poblaciones indígenas.

<sup>157</sup> En este sentido, el alistamiento de indígenas en las tropas auxiliares del ejército romano sería una vía de promoción destacada, junto a la prestación de servicios vinculados con la organización de los nuevos sistemas tributarios o la intermediación entre el estado romano y las poblaciones indígenas.

zar y estabilizar ontológicamente una nueva seguridad existencial, tanto para los romanos como para los indígenas (GONZÁLEZ RUIBAL 2003b: 45).

El primer rasgo destacable consecuencia de estos cambios se observa en el abandono y declive generalizado de los poblados castreños en el área occidental cantábrica. De esta forma, los elementos nucleares en los paisajes sociales de la Edad del Hierro –los castros– perderían su condición como únicos lugares de poblamiento existentes, así como su papel como focos referenciales de la organización sociopolítica y de los parámetros identitarios de las comunidades locales. Muchos castros verían interrumpida su ocupación durante las primeras décadas de nuestra era, como sucedería con El Picu'l Castro de Caravia o en El Picu Castiellu de Moriyón (Villaviciosa). En otros casos, es posible considerar su continuidad durante algún tiempo en las dos primeras centurias de nuestra era como poblados abiertos –pues en su mayor parte perderían su carácter fortificado al ser abandonadas y amortizadas sus murallas perimetrales– habitados por comunidades aldeanas insertas en los paisajes sociales de nuevo cuño y articulados en función de los patrones políticos, administrativos y tributarios impuestos por el Imperio romano. Sólo en contados casos los castros mantendrían posiciones centrales en los nuevos paisajes sociales de los primeros siglos de dominación romana, bajo realidades sociológicas bien diferentes.

La reorganización territorial puesta en marcha tras la conquista contempló el establecimiento de una serie de centros de poder que funcionarían como referencia para el control del territorio y la extensión de la red administrativa imperial. Pero a diferencia de territorios vecinos como la cuenca del Duero (ÁLVAREZ SANCHÍS 2000; ROMERO CARNICERO y SANZ MÍNGUEZ 2010; ROMERO CARNICERO *et al.* 2008) o la zona bra-careense de *Gallaecia* (GONZÁLEZ RUIBAL 2005, 2006-2007), en el Occidente Cantábrico no existían enclaves poblacionales que nuclearizaran los paisajes sociales castreños. Ante esta situación, el estado romano optó por promocionar la función de algunos castros situados en posiciones centrales del territorio, inmediatos a vías de comunicación de largo recorrido, o cercanos a aquellos recursos más interesantes para el Imperio, como los distritos auríferos. Tales poblados preexistentes servirían así como asiento para los nuevos poderes administrativos creados durante el Alto Imperio, referentes fundamentales para la tributación y el control policial del territorio, y en algunos casos gérmenes nucleares de las *civitates* (MARÍN SUÁREZ y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011; SASTRE PRATS 2001). Como símbolo de esta relevancia político-administrativo, estos poblados mantendrían sus murallas, que incluso recibirían reparaciones y consolidaciones en las que se hace patente la participación del ejército romano (VILLA VALDÉS *et al.* 2006).

Como ejemplo de este tipo de poblados prerromanos promocionados tras la conquista romana, podemos considerar El Chao Samartín (Grandas de Salime) (VILLA VALDÉS 2009), San Lluís (Ayande) (JORDÁ PARDO *et al.* 2014), La Zamora (Villablino) (RUBIO DíEZ y MARCOS HERRÁN 2010) o El Castiellu de Llagú (Uviéu) (BERROCAL-RANGEL *et al.* 2002), entre otros. En todos estos castros se observan rasgos comunes, como una profunda reforma de su trama urbana, ampliaciones del espacio ocupado por el



caserío, además de la aparición de diferenciaciones sociales significativas entre sus habitantes, así como entre estos y los pobladores de otros asentamientos. En otros casos, la estructura imperial romana optaría por crear *civitates sine urbe*, basadas en la consideración de unidades territoriales sin aglomeraciones urbanas como centros rectores (MANGAS MANJARRÉS 2008; OLLER GUZMÁN 2014), tal y como sucedería en las cuencas de los ríos Sella, alto Nalón o el alto Esla. En estos espacios se atribuiría la capitalidad de las estructuras territoriales romanas a asentamientos de nueva planta emplazados en terrenos llanos o a viejos castros que continuarían excepcionalmente ocupados en cumplimiento de este papel articulador del territorio (ARNAU BESTEIRO 1988).

Esta situación entronca con la inexistencia a la llegada de roma de elites familiares emergentes o diferenciadas en riqueza o dignidad respecto a sus convecinos (GONZÁLEZ RUIBAL 2011b; MARÍN SUÁREZ 2011a; SASTRE PRATS 2002). Los grupos castreños en estos territorios encajaban más bien en un modelo de organización social de «comunidades rurales profundas» definido por la escasa diferenciación social entre individuos o familias, un alto grado de isonomía intracomunitaria, la autonomía política de las comunidades y una elevada resistencia al cambio (GONZÁLEZ RUIBAL 2011b; MARÍN SUÁREZ 2011a; MARÍN SUÁREZ y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2011). Por ello, el Imperio romano encontraría dificultades para aplicar en las montañas occidentales cantábricas un modelo similar al *indirect rule*, una fórmula de control territorial frecuente en diferentes experiencias coloniales a lo largo de la historia, que por ejemplo aplicarían los colonizadores británicos y franceses en el África subsahariana, así como los británicos en Asia (BRUNT 1965). Ante la ausencia de elites locales en los que apoyarse para instalar su red de control tributario, la estructura estatal romana se encargaría de promocionar individuos determinados para que adoptasen esas funciones –lo cual tendría su reflejo en la epigrafía, con figuras como los *princeps* (DIEGO SANTOS 1985: 71-73)– encargándose fundamentalmente de intermediar entre las comunidades locales y la administración romana, y organizando al mismo tiempo la recaudación de tributos (SASTRE PRATS 2001).

Sobre este marco diverso, es posible incorporar al debate las evidencias arqueológicas reconocidas en la excavación de El Castro de Vigaña, especialmente las referentes a la fase 5 de la secuencia<sup>158</sup>. Este pequeño poblado fortificado, que había sido fundado al menos en la fase Ic (600-400 cal a.C.) del fenómeno castreño en el Occidente Cantábrico, constituye un caso de rápido abandono tras la conquista, previa pérdida de su condición de aldea fortificada. Así, la última etapa en la ocupación del poblado –fase 5– se corresponde con un momento situado cronológicamente poco después del cambio de era, en el que permanecería habitada la cabaña C-1, mientras la casa C-2 construida poco después que aquella se encontraría ya amortizada. Entonces, la muralla del poblado sufriría un colapso, sin que se pueda discernir si fue provocado o producto de su falta de mantenimiento. Sobre los estratos que

<sup>158</sup> Ver epígrafe «9.1.1.La Secuencia».

componen el derrumbe masivo de esta estructura defensiva, los habitantes de El Castru acondicionarían horizontes de tránsito, regularizando la parte alta del derrumbe con la preparación de un nivel de pavimento UE 3041. Sobre éste, se depositaron algunas cerámicas romanas fechables en el siglo I d.C. Los materiales reconocidos en este contexto no difieren de la naturaleza de otros niveles análogos, ofreciendo elementos propios de la continuidad ocupacional de al menos parte del poblado, con abundantes restos de fauna y cerámicas con decoraciones bruñidas propias de las producciones indígenas de la Segunda Edad del Hierro. Esto lleva a considerar que en el último momento de la biografía de El Castru, y pese a que las formas de vida de sus habitantes seguirían siendo semejantes, el poblado no se correspondería ya con un asentamiento monumentalizado con murallas. Así, estos dispositivos no cumplirían más con ese importante papel de referentes identitarios para los grupos castreños. Tras la conquista romana de este territorio montañoso y la imposición de la nueva realidad social y política, las murallas serían consideradas innecesarias, con lo que se contempla su generalizada amortización. Muy poco tiempo después, el poblado de El Castru de Vigaña sería definitivamente abandonado como espacio doméstico.

Con el final de los paisajes culturales castreños, los poblados fortificados pierden importancia en su papel como referentes identitarios de las comunidades indígenas. La resistencia frente al cambio y la autonomía política de estos grupos desaparecen al ser incorporados en el sistema político-administrativo romano. Al mismo tiempo, la isonomía social se desvanece ante la emergencia de familias e individuos que adquieren cotas de poder superiores a las que detentaban sus vecinos, como resultado de los desequilibrios sociales que arrastra la romanización. Las murallas castreñas y los ritos comunitarios que daban sentido a su existencia dejarían así de funcionar como elementos estructurantes del paisaje social romano, por lo que serán inútiles en adelante para el sostenimiento de los mecanismos identitarios de seguridad de las comunidades castreñas. Por todo ello, vivir en un recinto monumentalizado pierde su razón de ser para las familias indígenas, con lo que estas abandonarían paulatinamente sus residencias en cerros prominentes para instalarse en zonas bajas inmediatas a los terrenos que soportan su sistema productivo. En paralelo, las murallas se convertirán en un elemento material inútil, e incluso molesto, por lo que faltas de mantenimiento y como trabas para el crecimiento de los poblados aún habitados serían derruidas y amortizadas.

En nuestra área de estudio, al igual que en buena parte del ámbito cantábrico occidental, los asentamientos rurales relacionados con las comunidades campesinas de los primeros siglos de nuestra era resultan manifestaciones materiales mal conocidas desde una perspectiva arqueológica. Sólo en los últimos años se han aportado informaciones de interés al respecto, como resultado de intervenciones desarrolladas en el marco de la Arqueología preventiva. Así por ejemplo, recientemente se han dado a conocer evidencias atribuibles a la existencia de un asentamiento en abierto en un lugar próximo al área de estudio. Se trata del yacimiento denominado Las Mu-

rias en Doriga (Salas), ubicado en una vieja terraza asomada sobre la amplia vega del río Narcea en las inmediaciones de Corniana (Salas). El área de Las Murias se muestra como un espacio soleado de suelos fértiles, propicio para el desarrollo de prácticas agrícolas intensivas.

En este lugar, en el que los vecinos del entorno conocían sobradamente la existencia de ruinas antiguas, los estudios previos al proyecto de construcción de una autovía realizados en 2001 dieron como resultado la localización de un asentamiento romano, confirmado por los materiales recuperados en superficie, la realización de prospecciones con georradar y la posterior realización de sondeos arqueológicos valorativos en 2003. Los primeros resultados apuntaron a la existencia en este lugar de un establecimiento viario –*mansio* o *mutatio*– del siglo IV d.C. vinculado al trazado de la vía que comunicaría *Lucus Asturum* (en el actual municipio de Llanera) con *Lucus Augusti* (ESTRADA GARCÍA 2007a). La posterior excavación en área de este yacimiento en 2007 confirmaría la ocupación bajoimperial del enclave, documentando restos de cimentación en piedra de una estructura cuadrangular y hoyos relacionables con elementos constructivos lúgneos<sup>159</sup>. Sin embargo, no pudieron ser documentados niveles de suelo debido a las severas afecciones derivadas de los seculares usos agrarios desarrollados en este predio. Destaca únicamente el hallazgo de una estructura de combustión al interior de la referida construcción, a la que se asociaban escorias férricas. Abundan materiales cerámicos tardorromanos, fundamentalmente cerámica común y TSHT, así como otros elementos de cronología medieval.

En definitiva, nos encontraríamos ante un asentamiento en abierto de cronología bajoimperial romana probablemente relacionado con la vía romana que en su entorno desciende desde el Alto de Cabruñana (Salas/Grau) hacia el río Narcea (GARCÍA DÍAZ 1989), itinerario que debe ser puesto en relación con los restos de un puente romano documentado en Las Casas de La Ponte (REQUEJO PAGÉS 2007). Más allá de su cronología tardía, el interés del enclave de Las Murias para esta investigación se deriva de su vinculación con suelos agrarios de calidad óptima, así como de su contextualización en un entorno en el que son conocidas otras evidencias sobre la ocupación en época romana y en la Edad del Hierro, como la estela funeraria de Doriga (DIEGO SANTOS 1985: 80-82; GONZÁLEZ GONZÁLEZ 2003; GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ-VALLES 1951; MAYA GONZÁLEZ 1987-1988: 33), recuperada en una casa próxima al castro de El Castiello de Villar, al que se suma el cercano poblado de El Castiello de Doriga (ÁLVAREZ MARTÍNEZ *et al.* 2007). Esta concentración de evidencias permiten hilar como hipótesis la existencia de una ocupación relativamente densa de este territorio (**Fig.9.138**), cuyos habitantes desarrollarían

<sup>159</sup> La excavación en área de esta segunda fase de trabajos se desarrolló en 2007 en una extensión de 1.232 m<sup>2</sup>. Los resultados de esta intervención se encuentran aún inéditos e inconclusos, a la espera de la finalización de la obra que dio origen a estos trabajos. Los resultados aquí referenciados de la última fase de trabajo provienen de la información amablemente proporcionada por María A. Noval Fonseca, directora de esta intervención. Agradezco su buena disposición y las facilidades prestadas para conocer un adelanto de sus investigaciones aún en curso.

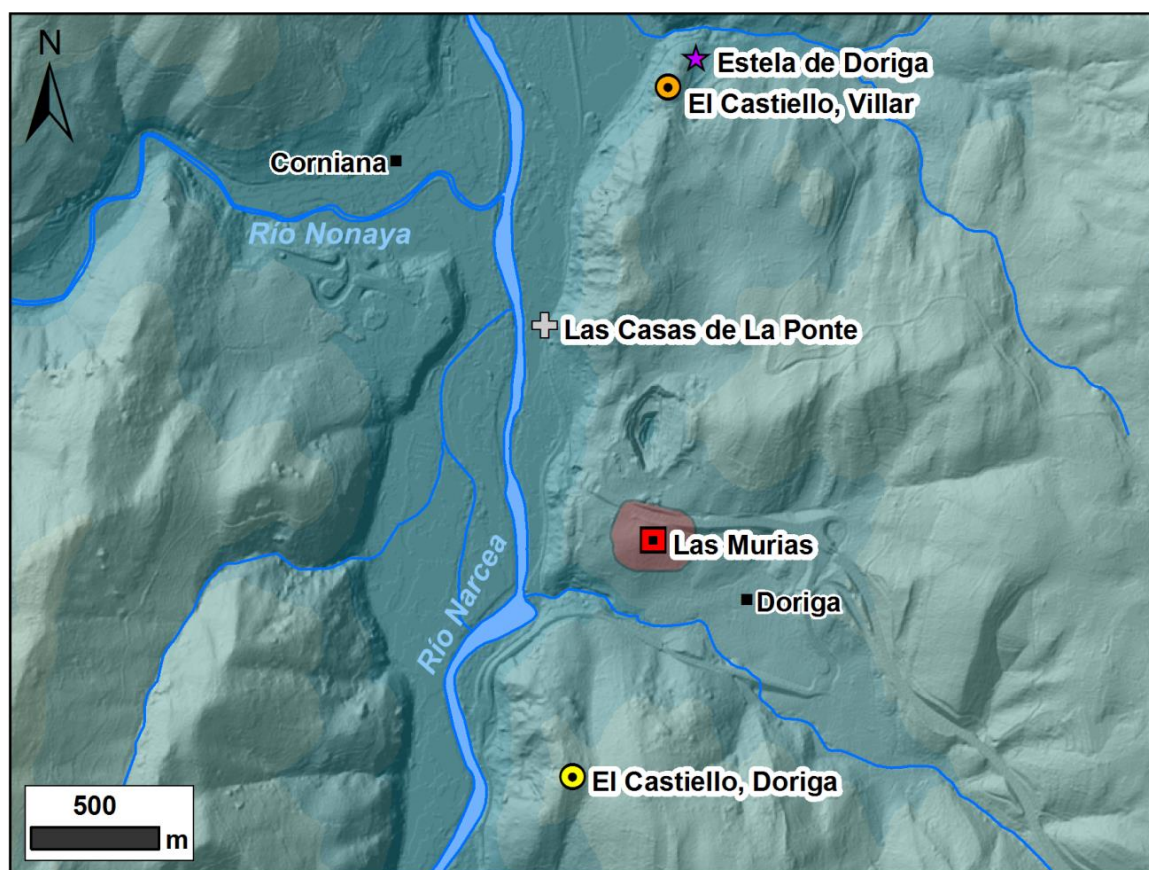


Fig.9.138: Localización de las evidencias arqueológicas en torno a Doriga (Salas), en el valle del río Narcea.

formas productivas semejantes antes y después de la conquista. Aunque, tras el inicio de la romanización abandonarían los castros para instalarse en asentamientos de nueva planta ubicados en los terrenos agrarios abiertos a los pies de los poblados fortificados más antiguos (MARÍN SUÁREZ 2011a: 679-680).

Por su parte, tras el abandono de El Castru en Vigaña, es previsible que su población se trasladase a nuevos lugares de poblamiento en abierto situados en los espacios inmediatos a los terrenos de su entorno más interesantes para el aprovechamiento agrícola. Espacios de este tipo coinciden con la localización de las aldeas campesinas actuales, para las que se intuía un origen tardorromano/altomedieval (FERNÁNDEZ MIER 1996b, 1999, 2009). Las recientes investigaciones arqueológicas desarrolladas en Vigaña habrían confirmado tal extremo (FERNÁNDEZ MIER *et al.* 2014; FERNÁNDEZ MIER Y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013), al igual que una intervención de Arqueología preventiva desarrollada en la aldea somedana de Veigas, en el valle de Salencia (SÁNCHEZ HIDALGO y MENÉNDEZ GRANDA 2013a).

El hiato cronológico en la ocupación de zonas de montaña como el valle del Pigüña podrían estrecharse aún más a la luz de ciertos materiales recuperados en el transcurso de las excavaciones en los sectores de El Valle y Entelailesia, ambos inmediatos a la iglesia parroquial de San Pedro de Vigaña. En estos espacios, en los que la secuencia cronoestratigráfica está protagonizada por una necrópolis con tumbas de lajas de extensa cronología, se han recuperado algunas cerámicas roma-





**Fig.9.139:** Los terrenos del entorno de la iglesia parroquial de San Pedro de Vigaña –ocupados en la actualidad por el caserío de la aldea y prados cercados– acogería en los primeros siglos de nuestra era asentamientos en abierto próximos a los espacios agrarios más interesantes de esta zona, ocupados por familias que descenderían de los habitantes del poblado fortificado de El Castro, abandonado tras la descomposición de los paisajes sociales de la Edad del Hierro.

nas en estratos medievales. Estas piezas aparecen con un alto rodamiento, y entre ellas se distinguen algunos fragmentos de *terra sigillata*, junto a elementos materiales relacionables con niveles de ocupación doméstica (FERNÁNDEZ MIER y GONZÁLEZ ÁLVAREZ 2013: 358-359). Por ello, resulta tentador contemplar estos elementos como materiales en posición secundaria que, en definitiva, estarían denunciando la presencia de algún tipo de asentamiento de cronología romana en el entorno de estos sectores (**Fig.9.139**). Estas estructuras, podría corresponderse con los establecimientos en abierto que las comunidades que abandonaron el poblado de El Castro instalarían en este entorno de suelos ligeros propicios para la agricultura poco después del cambio de era.

La existencia de importantes recursos auríferos en el extremo septentrional del área de estudio vinculados al sinclinal del Narcea constituye el último punto de atención al considerar la disolución de los paisajes culturales castreños y los procesos de transformación que se iniciarían a partir de la dominación romana. En este sentido, la explotación de estas riquezas mineras por parte de Roma sería un factor determinante en la configuración de los procesos de cambio abiertos con la romanización. Entre otras cuestiones, la puesta en marcha de estos procesos extractivos condicionaría en parte la evolución de las formas de poblamiento, la intensidad del cambio cultural y productivo desencadenado en este proceso, la aceleración de los procesos de antropización, o la mediación en estos procesos de agentes como el ejército, el personal administrativo del estado romano, y los contratistas encargados de coordinar los trabajos mineros. Es en los distritos auríferos donde la presencia e

implantación romana fue más rápida. No en vano, entre los motivos más poderosos para que el joven Augusto emprendiese la conquista del Norte se encontraba el conocimiento por parte de Roma del potencial aurífero de estas tierras montañosas<sup>160</sup>.

En el área de estudio, se dispone de evidencias claras de su explotación minera en época romana principalmente en grandes complejos mineros de El Valle-Bixega y la Sierra del Courío, en Miranda (ÁLVAREZ ALBA y FERNÁNDEZ MIER 1996; DÍAZ NOSTY *et al.* 1997; FERNÁNDEZ MIER 1999; VILLA VALDÉS 1998, 1999b); así como en zonas próximas como Carlés y Ablaneda-Godán en el municipio de Salas (FANJUL PERAZA y MENÉNDEZ BUEYES 2003-2007; LÓPEZ MERINO *et al.* 2014; RODRÍGUEZ OTERO y CAMINO MAYOR 1989; VILLA VALDÉS y FANJUL MOSTEIRÍN 2006). Aguas arriba del Pigüena, se conocen también extracciones mineras más reducidas en el Picu Munegru (Somiedu) (ESTRADA GARCÍA 2007c: 431), y durante la prospección del área de estudio advertí al existencia de pequeñas cortas y conducciones hidráulicas en el entorno de El Monte la Caimada, relacionadas quizá con labores prospectivas. Por su parte, en la vertiente meridional del área de estudio, no existen evidencias de minería aurífera en la zona de Babia, pero sí en la vecina comarca de Llaciana (MATÍAS RODRÍGUEZ 2013).

El impacto de la implantación de la minería romana entre la población indígena del área de estudio sería así más acusado o inmediato en las comunidades próximas a los espacios extractivos, como las que habitarían en castros como El Castru de Alava, El Castru de Lleiguarda, Las Coronas en Beyu, Penaguda en Bueinás o La Corona y El Pico Sulcastro en Quintanilla de Babia. No resulta extraño, así pues, hallazgos epigráficos adscritos a los siglos I-II d.C. como el producido en la aldea de Villaverde (Miranda) con una lápida funeraria dedicada a una difunta llamada *Bodocaea* (FERNÁNDEZ MIER 1994) que incluye como referencia a su origen o filiación el signo «C» relacionado por algunos autores con *castellum*, como una vinculación romana de *origo* derivada con una entidad territorial prerromana, probablemente originada a partir de un castro –en este caso denominado *castellum Agubrigense*– (PEREIRA MENAUT 1982; PEREIRA MENAUT y SANTOS YANGUAS 1982: 104-110). Fórmula equivalente a la presente en la lápida hallada en la aldea de Ablaneda (Salas) –también en el entorno del distrito minero de Ablaneda-Godán (Salas)–, donde se refiere *Flaus Auledi*, hijo de *Cabarcus* del *castello Beriso* (DIEGO SANTOS 1985: 78-79). Por último, cabe incluir en este análisis la célebre lápida hallada en La Corredoira (A Veiga) –en cuyo entorno también se reconocen zonas mineras (CAMINO MAYOR y VINIEGRA PACHECO 1993)– dedicada al difunto *Nicer Clutosi*, del *castellum Cariaca, principis Albionum* (DIEGO SANTOS 1985: 71-73). Todas estas dedicatorias se refieren a personas romanizadas que serían buen ejemplo de esos personajes indígenas promocionados por el estado romano en labores de intermediación entre las comunidades locales y la administración estatal romana. Proceso que tendría lugar, espe-

<sup>160</sup> Sobre estos temas, que desbordan la cronología y los objetivos de este trabajo, existe una amplia bibliografía para el Noroeste ibérico (DOMERGUE 1990; FERNÁNDEZ-POSSE 2000b; LÓPEZ MERINO *et al.* 2009, 2014; SÁNCHEZ-PALENCIA y MANGAS MANJARRÉS 2001; SÁNCHEZ-PALENCIA *et al.* 2006; SASTRE PRATS 2001; VILLA VALDÉS 2010).

cialmente, en contextos de temprana asimilación como los distritos de minería aurífera. Mientras tanto, en asentamientos más alejados de estos procesos, los cambios en los paisajes sociales y productivos desarrolladas tras la conquista romana tendrían quizá una menor relevancia en la cotidianeidad de sus habitantes, aunque cabe considerar, tal y como ha propuesto Inés Sastre (2001), que la prestación de tributos en forma de fuerza de trabajo sería probablemente una fórmula extendida de tributación para las comunidades indígenas de amplios territorios en torno a los principales distritos mineros.





## Capítulo 10. Conclusiones

Las dos principales contribuciones de esta tesis doctoral son la presentación y discusión de datos arqueológicos inéditos sobre períodos o aspectos de la Prehistoria reciente de los que, hasta el momento, el registro para el Occidente Cantábrico era escaso; así como la formulación de una lectura interpretativa de tiempos largos sobre los procesos de antropización de la Prehistoria reciente en las montañas occidentales cantábricas. Como resultado de ello, se ofrece una narración histórica centrada en describir y analizar la genealogía de los paisajes culturales entre el Neolítico y la conquista romana de estos territorios, partiendo de una lectura social y cultural de los datos arqueológicos y paleoambientales disponibles a diferentes escalas territoriales. El argumento central en el relato es que el esfuerzo colectivo invertido por las comunidades humanas en el trabajo de la tierra constituye el elemento más destacado en la modelación del paisaje durante la Prehistoria reciente, período a lo largo del cual se produce la domesticación de estas montañas. En relación con el área de estudio, cabe destacar la importancia determinante de las prácticas ganaderas en la mediación de este proceso, así como en la caracterización cultural de los grupos humanos que habitaron estas montañas.

Uno de los mayores retos de los planteamientos que enmarcan esta investigación ha sido integrar en una visión general los diferentes datos arqueológicos y paleoambientales disponibles, así como considerar estímulos interpretativos procedentes de la Antropología, la Etnoarqueología o la Geografía. Este enfoque me ha permitido situarme a una posición integradora para el estudio de los paisajes culturales de las montañas occidentales cantábricas, sacándole todo el partido posible al registro *off-site* y a herramientas como el análisis territorial de las formas de poblamiento o los modos de subsistencia.

Para ello, la Arqueología del Paisaje ofrece un marco teórico-metodológico propicio para abordar informaciones e interrogantes procedentes de diferentes ámbitos científicos (e.g. KLUIVING y GUTTMAN-BOND 2012a). Su aplicación en la presente investigación me ha permitido conjugar datos diversos en la discusión e interconectar debates disciplinares para generar narrativas arqueológicas más comprensivas con las relaciones de los grupos humanos prehistóricos con su entorno. Esta vía ha supuesto una oportunidad para superar los relatos inanimados tradicionalmente vigentes en el área de estudio que se fundamentaban principalmente en la caracterización prolija de artefactos y la descripción exhaustiva de secuencias estratigráficas. En cambio, el hilo narrativo generado en esta investigación suma a este enfoque el análisis de las formas de vida y la consideración de las experiencias de las personas o las comunidades prehistóricas. Estos objetivos han sido satisfechos mediante la revisión crítica del estado actual de conocimientos; el aporte y la discusión de nuevas informaciones arqueológicas, algunas de las cuales –como la documentación de

asentamientos neolíticos al aire libre– son verdaderamente novedosas para el área de estudio; la realización de estudios territoriales que han maximizado la capacidad informativa proporcionada por los objetos y los contextos arqueológicos; así como la valoración de las interacciones que las comunidades pretéritas establecían con su entorno considerando la perspectiva vivencial que enmarcaba tales relaciones (sensu INGOLD 2000).

En este sentido, la realización en conjunto de una lectura detenida de las secuencias paleoambientales, con un análisis arqueológico comparativo entre las formas de poblamiento y los modos de subsistencia de diferentes momentos, me ha permitido explorar los procesos de cambios y resistencias que actuarían en la *longue durée* de los paisajes de la Prehistoria reciente de las montañas occidentales cantábricas. Al mismo tiempo, el estudio de los datos arqueológicos disponibles referidos a segmentos más acotados en el eje temporal me ha permitido explorar ciertos procesos de tiempos cortos más apegados a la experiencia cotidiana de los protagonistas de estos períodos históricos. Para ello, he acudido a referentes etnográficos o antropológicos –locales y ajenos al área de estudio– que me ayudaron a elaborar relatos interpretativos más densos sobre las preguntas de partida. No obstante, este ejercicio se ha visto notoriamente limitado a la luz del parco registro arqueológico disponible para algunos períodos.

Mediante esta tesis doctoral he tratado de analizar y comprender los diferentes procesos de tiempos largos que, a lo largo de cinco milenios, habrían incidido en la construcción social de los paisajes culturales en los que vivieron inmersas sucesivas comunidades humanas. Por ello, una de las principales aportaciones del trabajo la constituye la formulación de una narrativa sobre los mecanismos y los acontecimientos que, de manera paulatina y asumiendo evoluciones divergentes, desajustes y especificidades contrarias a la tendencia general, han mediado en el proceso de antropización de estas montañas a lo largo de la Prehistoria reciente.

Tras la extensión por este territorio a finales del V milenio cal a.C. de los modos de vida neolíticos –caracterizados fundamentalmente por la dependencia subsistencial de la producción de alimentos– podemos considerar el inicio de la antropización efectiva y persistente de estos espacios altimontanos. Las interacciones de los grupos humanos de este período con su entorno estarían principalmente condicionadas por el carácter itinerante de sus formas de vida, puesto que las poblaciones neolíticas desarrollaron un régimen de subsistencia basado en la agricultura de tala y quema –de lo cual se documentaron evidencias directas en el sector de La Sienna, en Vigaña– y en el pastoralismo.

El carácter nómada de estos grupos vendría definido por al menos dos grandes ciclos de movilidad que marcarían las relaciones materiales y simbólicas de las comunidades con su entorno. En primer lugar, la agricultura itinerante desarrollada en el Neolítico haría que cada pocos años los suelos de los terrenos abiertos para su cultivo se agotasen, por lo que la búsqueda de nuevos terrazgos empujaría a los gru-

pos a trasladar sus asentamientos. En segundo lugar, el aprovechamiento pastoril de los diversos biotopos existentes en estas montañas llevaría a los grupos a conducir sus rebaños a través de los diferentes pisos altitudinales en las distintas estaciones. De este modo, además de los asentamientos existentes junto a las zonas cultivadas, el grupo –o una parte de él– se desplazaría por otras porciones del territorio en donde establecería otros asentamientos, quizá asimilables a campamentos. La combinación de estas dos clases de desplazamientos articularía un ciclo vital anual marcado por la itinerancia.

Considerando este régimen de movilidad, los asentamientos de estos grupos estarían formados por pequeñas agrupaciones de cabañas próximas a los principales espacios productivos. Estos enclaves serían ocupados y abandonados de manera recurrente en función de sus patrones de itinerancia, aunque determinadas localizaciones funcionarían como lugares de poblamiento recurrente en función de sus condiciones favorables para este fin. Por ello, es previsible que los principales establecimientos domésticos ofrezcan secuencias de ocupación discontinuas, como ha sido reconocido en Las Corvas para el IV milenio cal a.C., con estructuras simples erigidas con materiales perecederos que generan procesos de estratificación eminentemente horizontales.

En contraposición con el tenue registro doméstico, los grupos neolíticos monumentalizaron el ámbito funerario a través de la construcción de megalitos. Estos elementos se ubican en puntos prominentes del paisaje conectados con los usos pastoriles y los movimientos a través del territorio, tal y como evidencian las localizaciones más usuales de los túmulos del área de estudio. A la vista del régimen nómada de estas comunidades, los monumentos tumulares funcionarían como una suerte de anclajes a la tierra de los grupos humanos. A través de la rememoración de los ancestros y del esfuerzo colectivo invertido en la apertura de los pastizales, estos hitos paisajísticos actuarían como referencias fijas de mecanismos discursivos que sancionarían la apropiación y el usufructo de estos terrenos tan importantes para la subsistencia de la comunidad. Tomados como topogramas (sensu SANTOS GRANERO 2004), los monumentos megalíticos serían a la vez ejes articuladores para la ordenación del aprovechamiento de estas áreas ganaderas, elementos domesticadores de los espacios serranos frente al paisaje salvaje, y nodos de agregación social para el encuentro entre diferentes comunidades (DE BLAS CORTINA 2006a; CRIADO BOADO y VILLOCH VÁZQUEZ 1998). Igualmente, cabe considerar que a su sombra se establecerían algunos de los asentamientos estacionales ocupados intermitentemente por los grupos neolíticos (DÍEZ CASTILLO 1996-1997).

Los estudios arqueopalinológicos tienen una relevancia trascendental para el estudio de los primeros estadios de la antropización de las montañas cantábricas, si consideramos que es este género de registros el que proporciona las evidencias más tempranas de prácticas agrarias (LÓPEZ MERINO *et al.* 2010), antes incluso de la disponibilidad de evidencias arqueológicas que lo confirmen. Esto ratifica la idea de que, a veces, las secuencias polínicas ofrecen respuestas que los artefactos culturales

no pueden satisfacer por sí mismos (BRYANT JR. Y HOLLOWAY 1983: 217-218). La atención a los registros disponibles muestra un impacto antropizador que arranca en diferentes momentos, a finales del V milenio cal a.C. en las zonas costeras, frente a impactos en el IV-III milenio cal a.C. en zonas elevadas del interior, en donde también se identifican no pocas secuencias sin presiones antrópicas significativas durante este período. Esto apunta a la existencia de diferentes intensidades en la humanización neolítica en distintas zonas, lo cual apoyaría una baja densidad demográfica para este territorio durante los primeros momentos del Neolítico. El avance antropizador muestra una tendencia tímida pero progresiva en el largo plazo que a la vez ofrece discontinuidades en los tiempos cortos. Esto sirve de apoyo para contemplar evoluciones divergentes y no unilineales entre diferentes zonas, reflejo quizá de experiencias culturales diversas desarrolladas por distintas comunidades humanas, o incluso muestra de las resistencias al cambio por parte de algunos grupos. En general, la presión antrópica sobre las superficies arboladas gana altura paulatinamente para dejar paso al crecimiento de espacios ruderales. Así, los paisajes neolíticos del Occidente Cantábrico deberían ser caracterizados, en primer lugar, por su diversidad, y debería enfatizarse al mismo tiempo la particularidad del proceso neolitizador y la temprana antropización de las zonas de media y alta montaña.

Los paisajes sociales y culturales de las comunidades neolíticas en las montañas del Occidente Cantábrico podrían ser conceptualizados a partir de una sintaxis espacial en la que las líneas y los puntos serían los elementos protagonistas de un lienzo sin límites claramente establecidos (CRIADO BOADO 1993a). Así, el registro arqueológico disponible insiste en la centralidad que jugarían los monumentos megalíticos en los paisajes culturales, referencias de largo recorrido temporal que articularían los movimientos itinerantes de los grupos neolíticos. Estos desplazamientos cíclicos no seguirían rutas claramente prefijadas, sino que cabe contemplar cambios en su trazado, conforme unos u otros puntos acrecentasen su potencia gravitatoria en términos sociales o productivos a lo largo del tiempo. Por ello, las líneas que conectan los diferentes puntos recurrentes –monumentos naturales y artificiales, poblados, espacios productivos...– serían más bien intermitentes y de trazo coyuntural. Los agregados de población neolítica estarían así pues compuestos por unas pocas decenas de personas, probablemente ligadas por lazos de parentesco. Su organización social podría ser caracterizada a la vista de modelos de tipo segmentario en los que existirían escasas diferencias de poder entre sus integrantes.

Los vacíos del registro arqueológico para el Neolítico del Occidente Cantábrico son acusados y en su estudio aún se depende en exceso de las analogías con territorios vecinos. Esta situación genera problemas para avanzar en la comprensión de las formas de vida de los primeros grupos productores de alimentos. Ante la falta de evidencias, los prometedores datos recuperados en los estudios de caso que constituyen el cuerpo central de esta investigación ofrecen una oportunidad para estrechar algunos de los huecos existentes en las narrativas arqueológicas, pues permiten esbozar un modelo comprensivo con los procesos generales de antropización que



dieron lugar a los paisajes culturales del Neolítico en estas montañas. Localizaciones como La Sienra, L'Hortal y Las Corvas en Vigaña aportan referentes inéditos para prever localizaciones susceptibles de albergar nuevas evidencias neolíticas en espacios similares. Por ello, los resultados de este trabajo infunden optimismo, al considerar la validez de los métodos y propuestas teóricas de partida. Detectar y excavar en extensión nuevos poblados al aire libre en esta región ha de ser uno de los puntos centrales en la agenda investigadora de futuro para la Prehistoria reciente cantábrica (cf MARTÍ OLIVER y BERNABEU AUBÁN 2012: 131). De este modo, se hace necesario extender la estrategia adoptada en esta investigación y perfeccionarla a través de su aplicación a nuevos estudios de caso. Sólo así se podrán recuperar las evidencias que sin duda existen en estos territorios, y que permitirán repensar y ahondar en las propuestas adelantadas en este trabajo.

Con la Edad del Bronce, los grupos que poblaban las montañas del Occidente Cantábrico mantuvieron unas formas de vida continuadoras en términos generales respecto a lo previamente presentado con relación al Neolítico. El lacónico registro arqueológico disponible para este período impide profundizar con mayor detalle en las peculiaridades del período, más allá de percibir una tendencia de creciente antropización del medio que se había iniciado ya en el III milenio cal a.C. y de reconocer la aparición de la metalurgia (ARIAS CABAL y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ 1998). Muestra de ello son los materiales bronceos conocidos para el área de estudio, entre los cuales destacan los diferentes tipos de *pastalves* que podrían estar vinculadas con depósitos votivos, junto a las hoces del «tipo Castropol». Aunque al mismo tiempo, la perduración de estos elementos hasta los primeros episodios del fenómeno castreño y la estrecha relación espacial de algunos de estos hallazgos –como el depósito de Alava o el hacha de talón y anillas de Santuchanu– con poblados de la Edad del Hierro, hace que puedan ser en efecto materiales relacionados con la temprana ocupación de los poblados castreños del área de estudio. No obstante, la ausencia generalizada en el área de estudio de elementos que en otras zonas como el Noroeste ibérico o el valle del Duero pueden ser caracterizadas como «Calcolítico», junto a la marcada escasez de materiales relacionables con el Bronce antiguo y el Bronce medio, podría estar indicando una tardía y limitada extensión de la tecnología metalúrgica durante el III y el II milenio a.C. Esto podría ser tomado como una característica cultural propia del Occidente Cantábrico que reconoceremos insistentemente a lo largo de la Prehistoria reciente: la resistencia al cambio y a las influencias culturales externas.

Por su parte, el registro doméstico muestra un carácter elusivo, puesto que los asentamientos de esta fase resultan aún desconocidos para el área de estudio. Sobre ellos, cabe considerar hipotéticamente su localización en zonas apropiadas para el laboreo agrario en régimen extensivo, semejantes a las ubicaciones que ofrecen los enclaves neolíticos detectados en el estudio de caso a escala micro. Se situarían así sobre terrenos con suelos ligeros que en las sierras que caracterizan buena parte del área occidental cantábrica reconocemos en tramos de ladera con suave

pendiente. De este modo, podemos asumir el mantenimiento de un régimen de vida itinerante similar al neolítico, fundamentado en la agricultura de tala y quema y el pastoreo, que llevaría parejo una ocupación episódica de diferentes poblados. Frente a la invisibilidad del registro doméstico, el megalitismo continúa vigente como fenómeno monumentalizador de los espacios productivos ligados al pastoralismo, así como de los desplazamientos por los espacios serranos.

Más allá de las continuidades, existen indicios que conducen a plantear ciertas transformaciones en los paisajes sociales, políticos y productivos construidos por las comunidades de la Edad del Bronce en estos territorios. Por un lado, los registros paleoambientales disponibles para este momento muestran un proceso significativo de apertura de nuevos espacios con ambientes ruderales y zonas de cultivos en detrimento del bosque. Fundamentalmente, las zonas bajas muestran una consolidación y ampliación del proceso previamente iniciado en el Neolítico, mientras que las zonas de media y alta montaña ofrecen evidencias de una antropización incipiente que continuaría ganando altura de manera progresiva. Por ello, las evidencias paleoambientales invitan a considerar una profundización en la antropización del paisaje, junto con la ampliación de los territorios con claros signos de ocupación humana reiterada. No obstante, se siguen observando zonas escasamente transformadas por los grupos humanos, lo que denota que las comunidades de la Edad del Bronce dispondrían aún de amplias extensiones de territorio hacia las que extender sus fórmulas productivas agropecuarias.

Por otro lado, ciertas evidencias arqueológicas plantean una posible tendencia hacia una mínima territorialización de los grupos en función de la apropiación de diferentes espacios productivos. Así, la consideración del sentido paisajístico estructurante de estaciones con arte esquemático como Cueva Negra (Somiedu) y los ídolos absidiados, junto a la aparición de depósitos votivos con materiales metálicos de origen alóctono en zonas de contacto cultural como el eje axial de la Cordillera Cantábrica, llevan a valorar el surgimiento de movimientos pastoriles estacionales que se acercarían a una tipología trasterminante (MARÍN SUÁREZ 2011c; RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO 1998). No obstante, las evidencias disponibles impiden considerar aún el desarrollo firme de esta tipología de manejos pastoriles. En este sentido, la experiencia acumulada en las prácticas agrarias, las innovaciones en el manejo del ganado –con el impacto previsible del aprovechamiento y transformación de productos secundarios como la leche– generarían una mayor seguridad en los grupos, y quizá una reducción en el componente móvil de su régimen de vida. Pese a ello, la agricultura itinerante continuaría siendo el formato de cultivo puesto en práctica, con lo que estas gentes no dispondrían aún de puntos fijos de residencia. Sin embargo, cabe valorar una progresiva vinculación de los grupos nómadas de la Edad del Bronce a territorios determinados, reduciéndose la amplitud de sus desplazamientos entre las diferentes temporadas agrícolas.

En el último tercio del II milenio cal a.C. se reconocen evidencias sutiles que denotan la frecuentación por las comunidades del Bronce final de ciertos enclaves

que, unos siglos después, acogerán la fundación de los primeros castros (MARÍN SUÁREZ 2009). Tenuas muestras, quizá, de unos grupos móviles que comenzarían a mostrar su afinidad por instalar sus asentamientos –aún temporales– en relación con determinadas localizaciones del territorio caracterizadas por su prominencia, en cuyos entornos inmediatos, además, podrían estar experimentando técnicas agrarias y manejos pastoriles que conducirían al nacimiento del paisaje sedentario en el I milenio cal a.C.

Los paisajes de la Edad del Bronce en el Occidente Cantábrico pueden ser caracterizados por una sintaxis espacial similar en su formato y funcionamiento a la propuesta previamente expuesta para el Neolítico. De nuevo, los patrones de movilidad, las formas de poblamiento y los modos de vida podrían ser conceptualizados a base de puntos y líneas. Aunque la traslación de algunas de las novedades ya comentadas permite advertir mínimos cambios que denotan una domesticación creciente de los paisajes culturales, junto a una mínima territorialización de los grupos humanos. Así, nuevos puntos nodales, como las estaciones con arte esquemático aparecen como elementos articuladores del paisaje. Junto con los megalitos y ciertos monumentos naturales, demarcarían itinerarios y espacios que focalizaban las actividades sociales y productivas de los grupos. Por su parte, los cambios de las formas de vida que se atisban en relación con la Edad del Bronce invitan a considerar líneas con trazos más firmes y mejor definidas como reflejo de los movimientos estacionales entre espacios productivos complementarios, amén de una hipotética estabilización de los territorios en el Bronce final. Por lo tanto, estos esquemas podrían empezar a desarrollarse en el interior de límites aún difusos, pero que comenzarían a compartimentar el territorio en relación con identidades comunitarias incipientemente topográficas.

La Edad del Hierro inaugura en el Occidente Cantábrico un nuevo formato de paisajes articulados alrededor de poblados sedentarios monumentalizados: los castros. Estos enclaves se sitúan en lugares destacados por sus características naturales, cuya prominencia se ve acrecentada con la construcción de dispositivos defensivos como murallas, fosos y parapetos. Con la fundación de los poblados castreños, las relaciones de sus habitantes con el entorno varían sustancialmente. Así, los procesos de antropización se producirán en adelante íntimamente ligados a los territorios más inmediatos a los poblados, con lo que se inicia entonces un modelo de antropización del paisaje en mosaico. En torno a estas aldeas monumentalizadas, las comunidades castreñas desarrollaron un sistema agrario mixto, con cultivos situados en las proximidades de los castros que terminarían por convertirse en permanentes gracias a la mejora de las técnicas agrarias empleadas. Entre ellas, cabe destacar la diversificación de cultivos con la introducción de cereales de verano como el mijo o el panizo, así como el empleo de la fuerza animal en los trabajos agrícolas. Los rebaños domésticos juegan también un papel complementario a la agricultura, contribuyendo al abonado de los campos estables (MARÍN SUÁREZ 2011a; PARCERO OUBIÑA *et al.* 2007). Además, la plena sedentarización de las comunidades

de la Edad del Hierro permitió consolidar los modelos especializados de pastoreo trasterminante con una movilidad vertical de tipo alpino que conduciría a los rebaños hacia los pastizales estivales situados en las zonas de alta montaña inmediatas a los castros. En estos espacios, y a pesar de que aún no disponemos de evidencias de ello, es previsible considerar la existencia de asentamientos estacionales vinculados a las actividades pastoriles.

La fundación de los primeros castros hacia el 800 cal a.C. genera el nacimiento de un paisaje compartimentado con los poblados castreños como núcleos de los esquemas identitarios, sociales, políticos y productivos de las comunidades de la Edad del Hierro. Estas aldeas monumentalizadas constituyen el componente identitario más fuerte para sus habitantes, como referentes topográficos de la comunidad y arena cotidiana para la socialización. Los castros estaban habitados por comunidades autosuficientes en términos productivos. Así, la reproducción biológica y social de las comunidades quedaba garantizada por las actividades agropecuarias desarrolladas por el propio grupo en su entorno. Al mismo tiempo, actividades aparentemente complejas, como los trabajos minero-metalúrgicos, eran desarrolladas a escala local y sin depender de redes complejas de especialistas o comerciantes, como dejan claro las excavaciones del pequeño poblado de El Castro en Vigaña. Por su parte, las reducidas dimensiones de la mayoría de los castros analizados en el área de estudio a escala intermedia incide en el pequeño tamaño de las comunidades castreñas, compuestas probablemente por grupos que rara vez excederían las 50-100 personas.

El Noroeste ibérico y la orla cantábrica constituyen una de las áreas de la península ibérica que más debate han generado en la última década en cuanto a la interpretación social de la Edad del Hierro (e.g. GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007, 2011b; PARCERO OUBIÑA 2003; SASTRE PRATS 2008). En este marco, los paisajes castreños de estos territorios han sido caracterizados por su diversidad. Por ello, deberíamos reconsiderar la conveniencia de mantener etiquetas contenciosas y simplificadoras de la realidad como «Cultura Castreña», para enfatizar en cambio las particularidades de las diferentes regiones geográficas (MARÍN SUÁREZ 2011b). Aunque esto no debería traer nuevos reduccionismos que fien esa diversidad regional a la validez acrítica de los etnónimos de los pueblos prerromanos transmitidos por autores grecolatinos. No en vano, estos conceptos derivan de una interpretación externa de tipo *etic* realizada por los autores grecolatinos que tendría un objetivo eminentemente político. La simplificación de la diversa realidad sociológica existente en estos territorios pretendía por un lado construir sujetos étnicos y/o políticos que pudieran ser confrontados en los relatos con los conquistadores romanos, definir unas bases previas al sistema administrativo impuesto por el estado romano tras la conquista, así como caracterizar genéricamente a las poblaciones indígenas con la atribución de tópicos comunes a otros pueblos bárbaros del continente.

El modelo social predominante en los castros del Occidente Cantábrico puede ser definido a la vista de referentes como las «comunidades rurales profundas»



(GONZÁLEZ RUIBAL 2011b: 260-262), grupos de montañeses en situación de frontera respecto a otras regiones en las que se asiste al surgimiento de sociedades altamente jerarquizadas durante la Edad del Hierro, como el valle del Duero (ROMERO CARNICERO *et al.* 2008) o el área noroccidental de la península ibérica (AYÁN VILA 2012a; GONZÁLEZ RUIBAL 2006b, 2006-2007). En cambio, las comunidades castreñas de las montañas occidentales cantábricas se resisten a la aparición de la complejidad social y son reacias al cambio o a las innovaciones culturales. Para ello, los grupos generarían un repertorio diverso de prácticas sociales encaminadas a enfatizar la colectividad y frenar la aparición de desigualdades internas entre diferentes personas o familias. Lo cual se consiguió proyectando la inestabilidad y el conflicto hacia las comunidades vecinas, con quienes surgirían tensiones en relación con los procesos de territorialización o el aprovechamiento de recursos en disputa como los pastizales de altura. Estos mecanismos desarrollaron un *ethos* guerrero que iría cobrando relevancia a lo largo de la Edad del Hierro, y que a la vez fortaleció la configuración de un paisaje dividido entre las comunidades vecinas (GONZÁLEZ GARCÍA *et al.* 2011). No obstante, el alcance de este proceso fue aquí limitado, y en el Occidente Cantábrico no se percibe una consolidación de especialistas guerreros o de familias destacadas en la Segunda Edad del Hierro (MARÍN SUÁREZ 2011a), a diferencia de otros «territorios castreños» del Noroeste ibérico o el valle del Duero. Más bien, la ideología guerrera afectaría a todos los varones de la comunidad, sin que se consolidasen jefaturas o aristocracias guerreras, como sucedió en regiones vecinas, aunque este proceso hizo que aumentasen las diferencias de género entre sus habitantes.

La especificidad cultural del área occidental cantábrica queda patente en las formas de poblamiento que caracterizan la Edad del Hierro en estas montañas. En amplias zonas del Noroeste peninsular se asiste durante este período a un proceso de intensificación agraria y a una mudanza en las localizaciones predilectas para emplazar los castros hacia las tierras bajas (PARCERO OUBIÑA 2000, 2002). En cambio, este proceso no parece haberse producido en la zona montañosa objeto de atención en esta investigación, donde la «conquista del valle» no tendría lugar a lo largo del I milenio a.C. Por contra, la mirada de los habitantes de los castros del Occidente Cantábrico se dirigiría preferentemente hacia las montañas, lo cual tendría hondas repercusiones culturales, sociales e identitarias. De este modo, en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica predominan los castros de larga ocupación situados en las proximidades de zonas propicias para su aprovechamiento agropecuario en un régimen extensivo. El peso de la ganadería resulta determinante no sólo en los modos de subsistencia, sino también como fuente de prestigio y repositorio de la riqueza para las familias y la comunidad. Esto explica el peso creciente de la ganadería vacuna en las colecciones arqueozoológicas estudiadas, lo que denuncia una especialización paulatina vinculable a la consolidación del aprovechamiento comunitario de los pastos estivales con un régimen estacional de movilidad trasterminante.

Los paisajes castreños del Occidente Cantábrico pueden ser así caracterizados con una sintaxis espacial que, por primera vez, mostrará unos parámetros terri-

torializadores claramente demarcados por polígonos delimitados con límites de trazo firme. Las aldeas monumentalizadas constituyen los puntos nodales que centralizan la articulación identitaria, política y subsistencial de los grupos, y también delimitan claras líneas de movilidad relacionadas con aprovechamientos estacionales de determinados recursos, como los pastos de montaña. Un rasgo particular de esta región montañosa lo encontramos en el sostenimiento a lo largo de todo el I milenio a.C. de una sintaxis espacial homogénea, sin que determinados lugares de poblamiento centralicen la ordenación territorial o política de una región determinada, ni que la geometría o las formas de los paisajes productivos cambien en exceso.

Así, una de las características más destacadas para la Edad del Hierro en el territorio considerado es la fuerte isonomía interna de las comunidades castreñas, donde el nivel comunitario no cede terreno en la conformación de las identidades de estas gentes frente a procesos de individualización marcada de ciertas personas o linajes habituales en la Edad del Hierro de la península ibérica. Esta característica contrasta con lo observado en territorios próximos, como la meseta (ÁLVAREZ SANCHÍS 2011; ROMERO CARNICERO *et al.* 2008), el Noroeste ibérico (GONZÁLEZ RUIBAL 2006b, 2011b; PARCERO OUBIÑA 2003) o el valle del Ebro (BURILLO MOZOTA 2008; LORRIO 1997), puesto que en estas zonas emergerán entonces grupos sociales que, en diferente grado según los casos, detentarían el poder político y económico de sus comunidades en paralelo al desarrollo de procesos de sinecismo que conducirían a la fundación de los *oppida*. Se generarían así paisajes fuertemente divididos y asimétricos, ausentes en las montañas occidentales cantábricas como resultado del éxito obtenido por los mecanismos sociales de resistencia desplegados por las comunidades rurales profundas en pos del mantenimiento de los equilibrios de poder en las comunidades castreñas.

La vigencia de los paisajes castreños se prolonga en el sector asturleonés de la Cordillera Cantábrica hasta la conquista romana de estos territorios al término de la Guerras Cántabras (29-19 a.C.) (PERALTA LABRADOR 2009). Tras este evento, que pone fin a la Prehistoria reciente, el Occidente Cantábrico se incorpora al Imperio romano, lo que supone una fuerte ruptura de las formas políticas e identitarias que organizaban los paisajes de la Edad del Hierro (SASTRE PRATS 2001). Con la desestructuración de las formas sociales de los grupos indígenas, habitar en castros monumentalizados perdería su razón de ser para las comunidades campesinas que hasta entonces habían poblado estas aldeas monumentalizadas. Así, daría comienzo un paulatino declive de los castros, a la vez que se desarrollaron nuevas formas de poblamiento en abierto con aldeas localizadas directamente en las zonas productivas más importantes de este territorio, tal y como puede ser propuesto para el estudio de caso analizado en Vigaña y buena parte de los poblados del área de estudio a escala intermedia.

Sólo algunos castros con ubicaciones centrales a escala territorial o próximos a recursos destacados, como las reservas auríferas presentes en estas montañas,

haría que determinados poblados continuasen ocupados bajo el dominio romano (VILLA VALDÉS 2009). Aunque estos enclaves cumplirían ahora funciones administrativas al servicio del estado romano y sus intereses en el área occidental cantábrica, alejándose así pues de los caracteres sociológicos que caracterizaban a los poblados castreños indígenas. El nuevo paisaje tras el declive de los castros sería bien diferente a las dinámicas locales precedentes. Los paisajes sociales romanos estarán en adelante inmersos en un sistema político-administrativo de escala imperial en el que la geometría de los paisajes culturales quedaría configurada por una malla de polígonos asimétricos y un régimen de poblamiento estratificado. Las desigualdades sociales aumentarían de forma desmedida y el papel de la comunidad como principal nivel de encuadre social e identitario se desdibujaría.

Los últimos habitantes de poblados como El Castro en Vigaña romperían hacia el cambio de era con las identidades topográficas que ligaban sus cosmografías a las viejas murallas castreñas y proseguirían con sus vidas no muy lejos de sus ruinas. Nace entonces un paisaje campesino organizado en aldeas abiertas y sujeto a la tributación ante instancias superiores al nivel comunitario. Éste podría ser el referente más distante para las formas tradicionales de poblamiento campesino de estas montañas (FERNÁNDEZ MIER 2011). Las familias campesinas continuarían trabajando la tierra, labrando los mismos terrazgos que una vez fueron abiertos a golpe de hacha pulimentada por los pioneros grupos nómadas del Neolítico. Terrenos que serían consolidados y transformados en campos permanentes varios milenios después por las comunidades castreñas, cuyos poblados monumentales arruinados siguen muy presentes en los paisajes imaginados de las familias campesinas actuales, como centro de relatos legendarios. La ganadería y el aprovechamiento vertical del paisaje se mantendría más allá de la Prehistoria reciente como un rasgo definitorio de las formas de vida de las sociedades campesinas, que seguirían frecuentando los mismos espacios de brañas jalonados por monumentos megalíticos y estaciones con petroglifos. A su alrededor, los últimos ganaderos aún vigilan sus rebaños, en espacios en los que también hay lugar para el júbilo en las romerías y mercados estivales que se siguen organizando en algunos puertos y brañas, y para los conflictos relacionados con los deslindes entre los terrenos comunales de las aldeas vecinas, los derechos ganaderos comunitarios y los daños producidos por el lobo que las administraciones autonómicas no atienden con diligencia.

Las montañas del Occidente Cantábrico han sido y son espacios centrales para la vida de las sociedades que han habitado este territorio. La Arqueología tiene un papel relevante en la comprensión de los procesos históricos que han mediado en la formación de los diversos paisajes sociales y culturales propios de estas montañas. La genealogía de los paisajes culturales de la Prehistoria reciente en esta región deriva en una historia sobre la domesticación de un territorio, con tendencias de largo plazo que consolidaron un modo de vida campesino y resistencias que dotaron a las sucesivas comunidades humanas de unos caracteres culturales originales en su entorno geográfico más amplio. Conocer las raíces de su imagen actual y profundizar

en nuestros conocimientos sobre los contextos sociales posibilitadores de esos desarrollos aporta una mayor comprensión de los procesos que han conformado estos sistemas, y nos ayuda a imaginar nuevas posibilidades de futuro más apegadas a las singularidades y a la realidad social y cultural de estas montañas.







## Bibliografía

- Abarquero Moras, Francisco Javier (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. (Monografías Arqueología en Castilla y León; 4).
- Abarquero Moras, Francisco Javier; Delibes de Castro, Germán; Fernández Rodríguez, Carlos; González Fernández, María Luz y López Sáez, José Antonio (2009): «Una ojeada a la hipótesis de la hipermovilidad de los pastores de excisión y boquique a la luz de los documentos de El Pelambre». En: González Fernández, María Luz (ed.), *El Pelambre, Villaornate, León. El Horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el período tardoantiguo en el valle medio del Esla*. Oviedo: Tragsa Grupo, 291-301.
- Academia de la Llingua Asturiana (2002): *Informe sobre la represión y non reconocencia de los drechos llingüísticos n'Asturies*. Uviéu: Academia de la Llingua Asturiana.
- Acevedo y Huelves, Bernardo (1893): *Los vaqueiros de alzada en Asturias*. Oviedo: Imprenta del Hospicio Provincial.
- Adán Álvarez, Gemma Elvira (2001): «La dieta y l'artesanía ósea nel pobláu de Cellagú (Llatores, Uviéu): Un castru de los siglos V e.C. al II d.C.». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 11: 22-37.
- Adán Álvarez, Gemma Elvira (2003): «Las transformaciones del material óseo en el "Castiello de Cellagú" (Latores, Oviedo): la arqueofauna y el utillaje óseo desde el siglo V a.C. al II d.C. en Asturias (España)». *Zephyrus*, 56: 85-115.
- Adán Álvarez, Gemma Elvira; Martínez Faedo, Leonardo y Díaz García, Fructuoso (1994): «Limpieza estratigráfica del Castro de Caravia (Caravia, Asturias): Reconstrucción arqueológico/histórica». *Zephyrus*, 47: 343-352.
- Agnew, John (2011): «Landscape and National Identity in Europe: England versus Italy in the Role of Landscape in Identity Formation». En: Roca, Zoran; Claval, Paul y Agnew, John (eds.), *Landscapes, Identities and Development*. Surrey: Ashgate, 37-50.
- Agrafoxo Pérez, X. (1992): *O hábitat castrexo no Val de Barcala, Amaía e o Val do Dubra*. Noia: Gráficas Sementeira.
- Alberti, Benjamin y Marshall, Yvonne (2009): «Animating Archaeology: Local Theories and Conceptually Open-ended Methodologies». *Cambridge Archaeological Journal*, 19(3): 344-356.
- Albizuri y Canadell, Silvia (2001): «Estudio Arqueozoológico de los mamíferos salvajes y domésticos de La Campa Torres (Gijón): estrato de los siglos II y I a.C.». En: Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: VTP editorial, 317-347.
- Alcorta Irastoza, Enrique J. (2005): «Lucus Augusti como centro de producción y consumo cerámico». En: Fernández Ochoa, Carmen y García Díaz, Paloma (eds.), *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana. III Coloquio Internacional de Arqueología de Gijón, Gijón, 28, 29 y 30 de septiembre 2002*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1371), 191-202.
- Alday Ruiz, Alfonso (2002): «Los últimos cazadores-recolectores de la Iberia interior: La Alta-Media Cuenca del Ebro y la Meseta Norte». *Munibe. Antropología-Arkeología*, 54: 79-101.
- Alday Ruiz, Alfonso (2009): «El final del Mesolítico y los inicios del Neolítico en la Península Ibérica: cronología y fases». *Munibe. Antropología-Arkeología*, 60: 157-173.
- Alday Ruiz, Alfonso (2012): «The Neolithic in the Iberian Peninsula: An explanation from the perspective of the participation of Mesolithic communities». *Zephyrus*, 69: 75-94.
- Alegre Mancha, P. y Celis Sánchez, Jesús (1994): «Dos tesorillos de denarios ibéricos del Castro de Chano, provincia de León». En: *VIII Congreso Nacional de Numismática, Avilés 1-4 de abril 1992*. Madrid: Casa de la Moneda, 189-210.
- Almagro Gorbea, M.J. (1973): *Los ídolos del Bronce I Hispánico*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Español de Prehistoria – Universidad de Madrid, Seminario de Historia Primitiva del Hombre.
- Almagro Gorbea, Martín (2005): «Ideología ecuestre en la Hispania prerromana». *Gladius*, 25: 151-186.
- Almansa Sánchez, Jaime (ed.) (2013): *Arqueología Pública en España*. Madrid: JAS Arqueología.
- Alonso González, Pablo (2013): *Cultural Parks and National Heritage Areas: Assembling Cultural Heritage, Development and Spatial Planning*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.

- Alonso González, Pablo y González Álvarez, David (2013): «Construyendo el pasado, reproduciendo el presente: identidad y arqueología en las recreaciones históricas de indígenas contra romanos en el Noroeste de España». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 68(2): 305-330.
- Alonso González, Pablo y Macías Vázquez, Alfredo (2014): «Neoliberalismo corporativo y clientelismo en España: Etnografía de la financiación europea del desarrollo rural a través de un proyecto fallido». *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 9(3): 223-250.
- Alonso Rocafort, Víctor (2014): «El agujero negro de la Universidad española». *eldiario.es*, 21/11/2014: <[http://www.eldiario.es/zonacritica/agujero-etico-Universidad-espanola\\_6\\_326577362.html](http://www.eldiario.es/zonacritica/agujero-etico-Universidad-espanola_6_326577362.html)>.
- Altuna, Jesús y Mariezkurrena, Koro (1985): «Bases de subsistencia de los pobladores de Erralla: Macromamíferos». En: Altuna, Jesús; Baldeón, Amelia y Mariezkurrena, Koro (eds.), *Cazadores magdalenenses en Erralla (Cestona, País Vasco)*. Aranzadi. (Munibe. Antropología-Arkeologia; 37), 8-117.
- Altuna, Jesús y Mariezkurrena, Koro (2009): «Tipos de cabañas ganaderas durante el Neolítico del País Vasco y zonas próximas». *Archaeofauna*, 18: 137-157.
- Álvarez-Balbuena García, Fernando (2007): «Cómo se recogen os nomes tradicionales dos sitios». En: D'andrés, Ramón; López Pacios, Xesús; Pérez Fernández, José Manuel; Suárez Fernández, Xosé Miguel; Álvarez-Balbuena García, Fernando y González Fernández, Alfredo (eds.), *Actas das I Xornadas de Toponimia del Eo-Navia «Os nomes dos nosos sitios» (A Caridá, 19 y 20 de mayo del 2006)*. Oviedo: Conseyeiría de Cultura, Comunicación Social y Turismo, 65-76.
- Álvarez Alba, María Dolores y Fernández Mier, Margarita (1996): «Los desmontres del ouru n'Asturies». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 1: 67-73.
- Álvarez García, Mariano y Fernández Mier, Margarita (1999): «El gochu y el Samartín en el concejo de Miranda». *Cultures. Revista Asturiana de Cultura*, 9: 387-393.
- Álvarez Martínez, Valentín (2010): *La Arqueología en Asturias a finales del siglo XIX a partir de los diarios de Sebastián de Soto Cortés*. Oviedo: Departamento de Historia, Universidad de Oviedo. Tesina doctoral, inédita.
- Álvarez Martínez, Valentín (2011): «Agotados de esperar el Futuro. Una opinión sobre el futuro de la Arqueología Profesional en Asturias». En: Almansa Sánchez, Jaime (ed.), *El Futuro de la Arqueología en España*. Madrid: JAS Arqueología, 1-6.
- Álvarez Martínez, Valentín; Expósito Mangas, David y González Álvarez, David (2007): «Los castros del concejo de Salas». *Salas en el Camino*, 3: 16-26.
- Álvarez Martínez, Valentín; García Álvarez-Busto, Alejandro y Ramos López, Juan E. (2015): «Un conjunto de grabados identificado en el cordal de La Carisa (Asturias)». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 2: 211-228.
- Álvarez Martínez, Valentín; Menéndez Blanco, Andrés y Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio (2011): «Percepciones míticas y pautas de comportamiento en torno a los espacios megalíticos de montaña. Un caso de estudio: La Carreiriega de los Gallegos (Ayande, Asturias)». En: Orjía (ed.), *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA2009)*. Zaragoza: Libros Pórtico,
- Álvarez Martínez, Valentín; Requejo Pagés, Otilia; Fernández Calleja, Santiago y Alonso Rodríguez, Nicolás (2009): «La línea defensiva de los "Collaos" un yacimiento clave para la defensa del patrimonio bélico de la Guerra Civil». *Casamata: Anuario de la Asociación para la Recuperación de la Arquitectura Militar Asturiana 1936-37*, 1: 69-74.
- Álvarez Menéndez, Benjamín; Fernández Hevia, José María; Fernández Mier, Margarita y López Calvo, María José (1990): «Espacio y propiedad en un territorio en un territorio de montaña: la Tierra del Privilexu (Teberga)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 133: 145-214.
- Álvarez Peña, Alberto (2001): *Ayalgues. Lliendes de tesoros n'Asturies*. Gijón: VTP Editorial.
- Álvarez Peña, Alberto (2007a): «Arqueología y tradición oral asturiana». En: Fanjul Peraza, Alfonso (ed.), *Estudios Varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*. Teverga: Ayuntamiento de Teverga; Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, 225-235.
- Álvarez Peña, Alberto (2007b): «Mitos y Folklore de las cuevas asturianas». En: Fanjul Peraza, Alfonso (ed.), *Estudios Varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*. Teverga: Ayuntamiento de Teverga; Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, 217-224.
- Álvarez Peña, Alberto (2012): «Tesoros de reya o pata d'oveya». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 32: 96.



- Álvarez Sanchís, Jesús R. (2000): «The Iron Age in Western Spain (800 BC–AD 50): An Overview». *Oxford Journal of Archaeology*, 19(1): 65-89.
- Álvarez Sanchís, Jesús R. (2011): «Ciudades vettonas». *Complutum*, 22(2): 147-183.
- Allen, Judy R.M.; Huntley, Brian y Watts, William A. (1996): «The vegetation and climate of northwest Iberia over the last 14,000 years». *Journal of Quaternary Science*, 11(2): 125-147.
- Amado Reino, Xesús; Barreiro Martínez, David; Criado Boado, Felipe y Martínez López, María del Carmen (2002): *Especificaciones para una gestión integral del impacto desde la Arqueología del Paisaje*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Universidade de Santiago de Compostela. (TAPA; 26).
- Angelucci, Diego E.; Carrer, Francesco y Cavulli, Franco (2014): «Shaping a periglacial land into a pastoral landscape: a case study from Val di Sole (Trento, Italy)». *Post-Classical Archaeologies*, 4: 157-180.
- Anschuetz, Kurt F.; Wilshusen, Richard H. y Scheick, Cherie L. (2001): «An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions». *Journal of Archaeological Research*, 9(2): 157-211.
- Aparicio Martínez, Patricia (2010): *Análisis territorial del hábitat antiguo del valle del Sil (Laciana, León). Una contribución a través de los S.I.G.* Madrid: Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid. Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo, inédito.
- Aplin, Graeme (2007): «World Heritage Cultural Landscapes». *International Journal of Heritage Studies*, 13(6): 427-446.
- Arias Cabal, Pablo (1987): «Toponimia n'asturianu y yacimientos arqueológicos. El casu de Peña Tú». *Lletres Asturianas*, 26: 41-51.
- Arias Cabal, Pablo (1991): *De cazadores a campesinos: la transición al neolítico en la región cantábrica*. Santander: Universidad de Cantabria.
- Arias Cabal, Pablo (1995): «La cronología absoluta del Neolítico y el Calcolítico de la región cantábrica. Estado de la cuestión». En: *Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro*. Karrantza: Sociedad de Estudios Vascos, Eusko Ikaskuntza, 15-39.
- Arias Cabal, Pablo (1996): «Los concheros con cerámica de la costa cantábrica y la neolitización del norte de la Península Ibérica». En: Moure Romanillo, José Alfonso (ed.), *El hombre fósil 80 años después. Volumen conmemorativo del 50 aniversario de la muerte de Hugo Obermaier*. Santander: Universidad de Cantabria, 391-415.
- Arias Cabal, Pablo (2007): «Neighbours but diverse: social change in north-west Iberia during the transition from the Mesolithic to the Neolithic (5500–4000 cal BC)». En: Whittle, Alasdair y Cummings, Vicki (eds.), *Going Over. The Mesolithic-Neolithic Transition in North-West Europe*. London: The British Academy. (Proceedings of the British Academy; 144), 53-71.
- Arias Cabal, Pablo (2012): «Después de Los Azules. Las prácticas funerarias en las sociedades mesolíticas de la región cantábrica». En: Muñiz Álvarez, Juan R. (ed.), *Ad Orientem. Del final del Paleolítico en el norte de España a las primeras civilizaciones del Oriente Próximo. Estudios en homenaje a Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco*. Oviedo: Universidad de Oviedo – Ménsula ediciones, 253-273.
- Arias Cabal, Pablo; Altuna, Jesús; Armendáriz Gutiérrez, Ángel; González Urquijo, Jesús Emilio; Ibáñez Estévez, Juan José; Ontañón Peredo, Roberto y Zapata Peña, Lydia (2000): «La transición al Neolítico en la Región Cantábrica. Estado de la Cuestión». En: Arias Cabal, Pablo; Bueno Ramírez, Primitiva; Cruz, D.; Enríquez, J.X.; Oliveira, J. y Sanches, Maria De Jesus (eds.), *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol.3: Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*. Porto: ADECAP, 115-131.
- Arias Cabal, Pablo; Álvarez Fernández, Esteban; Cubas Morera, Miriam; Teira Mayolini, Luis César; Tapia, Jesús; Cueto Rapado, Marián; Fernández Sánchez, Patricia y López-Dóriga, Inés (2013): «Intervención arqueológica en el sistema kárstico de Arangas (Cabres). Campaña de 2007». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 121-133.
- Arias Cabal, Pablo y Armendáriz Gutiérrez, Ángel (1998): «Aproximación a la Edad del Bronce en la Región Cantábrica». En: Fábregas Valcarce, Ramón (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas Perspectivas*. A Coruña: Edicións do Castro. (Cadernos do Seminario de Sargadelos; 77), 47-80.
- Arias Cabal, Pablo; Armendáriz Gutiérrez, Ángel y Teira Mayolini, Luis César (2005): «El fenómeno megalítico en la región Cantábrica. Estado de la cuestión». En: Arias Cabal, Pablo; Ontañón Peredo, Roberto y García-Moncó Piñeiro, Cristina (eds.), *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica. Santander, 5 a 8 de octubre de 2003*. Santander: Universidad de Cantabria.

- (Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria; 1), 751-759.
- Arias Cabal, Pablo; Armendáriz Gutiérrez, Ángel y Teira Mayolini, Luis César (2006): «The Megalithic complex in Cantabrian Spain». En: Rodríguez Casal, Antón A. (ed.), *Le Mégalithisme Atlantique*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1521), 11-29.
- Arias Cabal, Pablo; Martínez Villa, Alberto y Pérez Suárez, Carlos (1986): «La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 120: 1259-1289.
- Arias Cabal, Pablo y Ontañón Peredo, Roberto (1999): «Excavaciones arqueológicas en la Cueva de Arangas (1995-98). Las ocupaciones de la Edad del Bronce». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 75-88.
- Arias Cabal, Pablo y Pérez Suárez, Carlos (1990a): «El fenómeno megalítico en la Asturias Oriental». *Gallaecia*, 12: 91-110.
- Arias Cabal, Pablo y Pérez Suárez, Carlos (1990b): «Investigaciones prehistóricas en la Sierra Plana de La Borbolla (1979-1986)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 1: 143-151.
- Arias Cabal, Pablo y Pérez Suárez, Carlos (1992): «Los yacimientos al aire libre del Llano de Los Carriles en el concejo de Llanes (Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 140: 513-558.
- Arias Cabal, Pablo; Pérez Suárez, Carlos y Teira Mayolini, Luis César (1995): «Nuevas evidencias acerca del megalitismo de la región de los Picos de Europa». *Férvedes*, 2: 35-58.
- Arias y Caunedo, J. (1884): *Breve revista de Teverga y Somiedo. Contiene la tradición, cuevas y lagos famosos, Minerales, montes y paisajes agrestes, Fiestas de campo de estos concejos con un breve extracto de la vida de algunos hombres que en estos términos han merecido concepto de celebridad*. Luarca: Imprenta de Ramiro Pérez del Río.
- Armada Pita, Lois (2002): «El debate sobre los celtas y la etnicidad del Noroeste peninsular. Una revisión crítica y algunas propuestas». *ArqueoWeb*, 4(2): <[http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4\\_2/conjunto4\\_2.htm](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4_2/conjunto4_2.htm)>.
- Armada Pita, Lois (2011): «Feasting metals and the ideology of power in the Late Bronze Age of Atlantic Iberia». En: Aranda Jiménez, Gonzalo; Montón Subías, Sandra y Sánchez Romero, Margarita (eds.), *uess Who's Coming to Dinner. Commensality Rituals in the Prehistoric Societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow Books, 158-183.
- Armada Pita, Lois (2013): «Maestros foráneos en una academia precaria: Maluquer y la protohistoria del Occidente atlántico». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 23: 459-476.
- Arnau Besteiro, Enrique (1988): «La ecuación toponímica Paelontium/Beloncio. Asentamientos fortificados en Piloña, Asturias». *Memorias de Historia Antigua*, 9: 137-152.
- Ashmore, Wendy (2004): «Social Archaeologies of Landscape». En: Meskell, Lynn y Preucel, Robert W. (eds.), *A Companion to Social Archaeology*. Oxford: Blackwell, 255-271.
- Ashmore, Wendy y Knapp, A. Bernard (eds.) (1999): *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*. Oxford: Blackwell.
- Aston, Michael (1985): *Interpreting the Landscape. Landscape Archaeology and Local History*. London: Routledge.
- Aston, Michael y Rowley, Trevor (1974): *Landscape Archaeology: An Introduction to Fieldwork Techniques on Post-Roman Landscapes*. Newton Abbot: David and Charles.
- Avelló Álvarez, José Luis y Gutiérrez González, José Avelino (1986-1987): «Avance al estudio de las Pinturas Rupestres Esquemáticas de Sésamo, Vega de Espinareda (León)». *Bajo Aragón Prehistoria*, 7-8: 195-204.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2001): *Arqueotectura 2: La vivienda castreña. Propuesta de reconstrucción en el castro de Elviña*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais, Universidade de Santiago de Compostela. (TAPA; 23).
- Ayán Vila, Xurxo M. (2002): «O estudo da arquitectura doméstica da Idade do Ferro do NW: Achega historiográfica». *Gallaecia*, 21: 137-157.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2005a): «Etnoarqueoloxía e microhistoria dunha paisaxe cultural: A parroquia de San Pedro de Cereixa (Pobra de Brollón, Lugo)». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 52(118): 117-172.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2005b): «Os castros despois dos castros: Un espazo simbólico na paisaxe rural tradicional galega». En: Ballesteros Arias, Paula (ed.), *Encontros coa Etnografía*. Noia: Toxosoutos, 63-136.

- Ayán Vila, Xurxo M. (2008): «A Round Iron Age: The Circular House in the Hillforts of the Northwestern Iberian Peninsula». *e-Keltoi: Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6: 903-1003 <<http://www4.uwm.edu/celtic/ekeltoi/volumes/vol6/index.html>>.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2012a): *Casa, Familia y Comunidad en la Edad del Hierro del NW*. Departamento de Historia I, Universidade de Santiago de Compostela: Tesis Doctoral, inédita.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2012b): «A Idade do Ferro na Galiza». *Grial: revista galega de cultura*, 195: 129-141.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2012c): «Public archaeology, democracy and community Experiences from Iron Age hillforts at Galicia (Spain)». En: Schücker, Nina (ed.), *Integrating Archaeology Science – Wish – Reality. International Conference on the Social Role, Possibilities and Perspectives of Classical Studies. Papers held in Frankfurt a. M. on 12 – 14 June 2012*. Frankfurt: Römisch-Germanische Kommission, Frankfurt A. M. des Deutschen Archäologischen Instituts, 41-47.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2013): «Todo queda en casa: Espacio doméstico, poder y división social en la Edad del Hierro del NW de la península ibérica». En: Gutiérrez Lloret, Sonia y Grau Mira, Ignasi (eds.), *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 39-56.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2014a): «Arqueoloxías Públicas en las Comunidades Autónomas de Galicia». *La Linde. Revista digital de arqueología profesional*, 3: 93-138 <[http://www.lalindearqueologia.com/images/3/pdfindice/09%20Galicia\\_Ayan.pdf](http://www.lalindearqueologia.com/images/3/pdfindice/09%20Galicia_Ayan.pdf)>.
- Ayán Vila, Xurxo M. (2014b): «El capital social del Patrimonio arqueológico. La gestión para el desarrollo y la participación de las comunidades locales». En: Vives-Ferrándiz Sánchez, Jaime y Ferrer García, Carlos (eds.), *El pasado en su lugar. Patrimonio arqueológico, desarrollo y turismo. III Jornadas de debate del Museu de Prehistòria de València*. Valencia: Museu de Prehistòria de València, 139-176.
- Ayán Vila, Xurxo M. y Gago Mariño, Manuel (2012): *Herdeiros pola forza. Patrimonio Cultural, Poder e Sociedade na Galicia do século XXI*. Ames: 2.0 Editora. Colección Supertextos.
- Ayán Vila, Xurxo M.; González Veiga, Martina y Rodríguez Martínez, Rafael (2012): «Más allá de la arqueología pública: arqueología, democracia y comunidad en el yacimiento multivocal de A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra)». *Treballs d'Arqueologia*, 18: 63-98.

- B**allesteros Arias, Paula (2003): *La Arqueología en la gasificación de Galicia 17: el paisaje agrario*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Universidade de Santiago de Compostela. (CAPA; 18).
- Ballesteros Arias, Paula (2004): «Arquitectura tradicional gandeira na Serra do Suído: a resposta dunha tradición». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 51(117): 9-48.
- Ballesteros Arias, Paula (2010): «La Arqueología rural y la construcción de un paisaje agrario medieval: el caso de Galicia». En: Kirchner, Helena (ed.), *Por una arqueología agraria. Perspectivas de investigación sobre espacios de cultivo en las sociedades medievales hispánicas*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 2062), 25-39.
- Banning, E.B. (2002): *Archaeological Survey*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Bardio Díaz, Hermenegildo y Fernández Irigoyen, Javier (2005): «Arqueoloxía y toponimia: l'estudiu los topónimos y el so usu na prospeición arquelóxica». *Lletres Asturianas*, 90: 37-55.
- Barker, Graeme (1995): *A Mediterranean Valley. Landscape Archaeology and Annales History in the Biferno Valley*. London: Leicester University Press.
- Barker, Graeme (1999): «Hunting and Farming in Prehistoric Italy: Changing Perspectives on Landscape and Society». *Papers of the British School at Rome*, 67: 1-36.
- Barker, Graeme (2008): «Agriculture, Pastoralism, and Mediterranean Landscapes in Prehistory». En: Blake, Emma y Knapp, A. Bernard (eds.), *The Archaeology of Mediterranean Prehistory*. Blackwell Publishing Ltd, 46-76.
- Barker, Graeme; Grant, Annie; Beavitt, Paul; Christie, Neil; Giorgi, John; Hoare, Peter; Leggio, Tersilio y Migliavacca, Mara (1991): «Ancient and modern pastoralism in Central Italy: an interdisciplinary study in the Cicolano mountains». *Papers of the British School at Rome*, 59: 15-88.
- Barnard, Hans y Wendrich, Willeke (eds.) (2008): *Archaeology of Mobility. Old World and New World Nomadism*. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, University of California.
- Barreiro Martínez, David (2000): *Evaluación de Impacto Arqueológico*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais, Universidade de Santiago de Compostela. (CAPA; 14).

- Barreiro Martínez, David (2006): «Conocimiento y acción en la Arqueología Aplicada». *Complutum*, 17: 205-219.
- Barreiro Martínez, David (2013): *Arqueológicas. Hacia una arqueología aplicada*. Barcelona: Bellaterra.
- Barrell, John (1980): *The Dark Side of the Landscape: The Rural Poor in English Painting 1730-1840*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Barrena Díez, Gonzalo (2001): «El hábitat de los pastores de los Picos de Europa». En: Rodríguez Gutiérrez, Fermín (ed.), *Paisajes y paisanajes de Asturias. Organización del espacio y vida cotidiana tradicional*. Gijón: Trea, 65-84.
- Barrett, John C. (1999): «The Mythical Landscapes of the British Iron Age». En: Ashmore, Wendy y Knapp, A. Bernard (eds.), *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*. Oxford: Blackwell, 253-265.
- Barrett, John C. y Ko, Ilhong (2009): «A phenomenology of landscape. A crisis in British landscape archaeology?». *Journal of Social Archaeology*, 9(3): 275-294.
- Barroso Bermejo, Rosa; Camino Mayor, Jorge; Bueno Ramírez, Primitiva y de Balbín Behrmann, Rodrigo (2007): *Fuentenegroso. Un enterramiento del I milenio a.C. en la Sierra del Cuera, Asturias*. Oviedo: Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo del Principado de Asturias – KRK ediciones.
- Bartolomé Pérez, Nicolás (2013): *Mitología popular del Reinu de Llión*. León: Cultural Norte.
- Bécares Rodríguez, Laura (2010): «La evolución historiográfica de la romanización en Asturias: de la disputa de las fuentes al predominio de la Arqueología». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 175-176: 23-44.
- Belet, Jean Marc (1993): *Etude palynologique de la turbiere de La Mata (Monts Cantabriques; Nord-Ouest de l'Espagne)*. Toulouse: DEA «Géographie et Aménagement» option Milieux Naturels. Université Toulouse Le Mirail. [Inédito].
- Bellido Blanco, Antonio (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (Studia Archaeologica; 85).
- Bender, Barbara (1993a): «Landscape—meaning and action». En: Bender, Barbara (ed.), *Landscape: Politics and Perspectives*. Oxford: Berg, 1-17.
- Bender, Barbara (1993b): *Landscape: Politics and Perspectives*. Oxford: Berg.
- Bender, Barbara; Hamilton, Sue y Tilley, Christopher (2007): *Stone Worlds. Narrative and Reflexivity in Landscape Archaeology*. Walnut Creek: Left Coast Press.
- Beneš, Jaromír y Zvelebil, Marek (1999): «A historical interactive landscape in the heart of Europe: the case of Bohemia». En: Ucko, Peter J. y Layton, Robert (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape*. London: Routledge, 74-94.
- Berglund, Björn E. (1985): «Early agriculture in Scandinavia: Research problems related to pollen-analytical studies». *Norwegian Archaeological Review*, 18(1-2): 77-90.
- Bermingham, Ann (1986): *Landscape and Ideology: The English Rustic Tradition, 1740–1860*. Berkeley: University of California Press.
- Bernabeu Aubán, Joan y Martí Oliver, Bernat (2014): «The First Agricultural Groups in the Iberian Peninsula». En: Manen, Claire; Perrin, Thomas y Guilaine, Jean (eds.), *La transition néolithique en Méditerranée. The Neolithic transition in the Mediterranean*. Paris: Errance - AEP, 419-438.
- Bernabeu Aubán, Joan; Orozco Köhler, Teresa; Díez Castillo, Agustín; Gómez Puche, Magdalena y Molina Hernández, Francisco Javier (2003): «Mas d'Is (Penàguila, Alicante): aldeas y recintos monumentales del Neolítico Inicial en el valle del Serpis». *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 39-59.
- Bernaldo de Quirós, Federico y Neira Campos, Ana (1992): «Mountain occupation sites in the Cantabrian Range (Spain)». *Preistoria Alpina*, 28: 49-58.
- Bernaldo de Quirós, Federico y Neira Campos, Ana (1999): «Prehistoria». En: Rabanal Alonso, Manuel Abilio (ed.), *Prehistoria. Edad Antigua*. León: Diario de León; Universidad de León. (La Historia de León; 1), 15-113.
- Berrocal-Rangel, Luis; Martínez Seco, Paz y Ruiz Triviño, Carmen (2002): *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Madrid: Real Academia de la Historia. (Bibliotheca Archaeologica Hispana; 13).
- Bettencourt, Ana M.S. (2000): «O vale do Cávado (Norte de Portugal) dos finais do III milénio aos meados do I milénio AC: sequências cronológico-culturais». En: Berrocal-Rangel, Luis; Bettencourt, Ana M.S.; Correia, V.H.; Fernández-Posse, María Dolores y Sánchez-Palencia, Francisco Javier (eds.), *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol.4*. Porto: ADECAP, 79-93.



- Bettencourt, Ana M.S. (2010): «La Edad del Bronce en el Noroeste de la Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias». *Trabajos de Prehistoria*, 67(1): 139-176.
- Bewley, Robert H. (2003): «Aerial Survey for Archaeology». *The Photogrammetric Record*, 18(104): 273-292.
- Binford, Lewis R. (1982): «The Archaeology of Place». *Journal of Anthropological Archaeology*, 1(1): 5-31.
- Bintliff, John (ed.) (1991): *The "Annales" School and Archaeology*. New York: New York University Press.
- Birnbaum, Charles A. (1994): *Protecting Cultural Landscapes: Planning, Treatment and Management of Historic Landscapes*. Washington DC: U.S. Department of Interior, National Park Service. Accesible en: <http://www.nps.gov/tps/how-to-preserve/preservedocs/preservation-briefs/36Preserve-Brief-Landscapes.pdf>.
- Birnbaum, Charles A. y Capelle Peters, Christine (eds.) (1996): *The Secretary of the Interior's Standards for the Treatment of Historic Properties, with Guidelines for the Treatment of Cultural Landscapes*. Washington, D.C.: U.S. Department of the Interior, National Park Service. Accesible en: [http://www.nps.gov/history/history/online\\_books/hps/contents.htm](http://www.nps.gov/history/history/online_books/hps/contents.htm).
- Blanco González, Antonio (2008): «Tendencias del uso del suelo en el valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro inicial». *Zephyrus*, 62: 101-123.
- Blanco González, Antonio (2012): «Excisión, boquique y SIG. Hacia un enfoque territorial de Cogotas I». En: Rodríguez Marcos, José Antonio y Fernández Manzano, Julio (eds.), *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (Arte y Arqueología; 30), 17-37.
- Blanco Vázquez, Luis; Sánchez Díaz, Alejandro y Suárez Manjón, Patricia (2013): «Actuación arqueológica en el túmulo T-VI del sector occidental de la necrópolis tumular de la sierra de Carondio (Allande)». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 403-406.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1974-1975): «Los grabados rupestres del Picu Berrubia». *Ampurias*, 36-37: 63-86.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1975): «Un probable depósito del Bronce Final en Pruneda (Asturias)». *Sautuola*, 1: 135-147.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1977): «Notas sobre el conjunto tumular de el valle, Cabruñana (Grado)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 93-94: 323-333.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1978): «El Cantón I y Panausen I: Noticias sobre las excavaciones de dos megalitos asturianos». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 90-91: 423-430.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1979): «La decoración parietal del dólmen de la Capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís, Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 98: 717-757.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1981): «Los Túmulos de Silvota de Bobes y Altu La Maya». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 11-42.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Oviedo: Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1983-1984): «El megalitismo en Asturias; consideraciones sobre el estado actual de la investigación». *Portugalia*, 4-5: 63-71.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1990): «Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y el Llanu la Vara (Las Regueras)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 1: 69-77.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1991-1992): «Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica». *Veleia*, 8-9: 109-137.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1992): «Trabajos finales en el dolmen de la Collá Cimera y en la necrópolis de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 2: 53-57.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1994): «El anillo áureo de tiras de La Mata'l Casare I y su localización megalítica». *Madrider Mitteilungen*, 35: 107-122.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1995): «Dólmenes del Monte Areo, Carreño. Campañas arqueológicas de 1991 a 1994». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 3: 93-104.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1996): «Espacio funerario – Espacio económico: las sugerencias del registro arqueológico en el entorno de un dolmen de montaña». En: Rodríguez Casal, Antón A. (ed.), *Humanitas: Estudios en homenaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 125-150.

- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1997a): «El arte megalítico en el territorio cantábrico: Un fenómeno entre la nitidez y la ambigüedad». *Brigantium*, 10: 69-89.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1997b): «Megalitos en la región cantábrica: una visión de conjunto». En: Rodríguez Casal, Antón A. (ed.), *O neolítico atlántico e as orixes do megalitismo: Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 de abril de 1996)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 311-344.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1998): «Producción e intercambio de metal: la singularidad de las minas de cobre prehistóricas del Aramo y El Milagro (Asturias)». En: Delibes De Castro, Germán (ed.), *Minerales y metales en la Prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (*Studia Archaeologica*; 88), 71-103.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1999a): *El Monte Areo, en Carreño (Asturias): un territorio funerario de los milenios V a III a. de J.C.* Candás: Ayuntamiento de Carreño; Mancomunidad Cabo Peñas.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (1999b): «Nuevas formas tumulares neolíticas en el Monte Areo. Excavaciones de 1995 a 1997». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 101-110.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2000a): «La neolitización del litoral cantábrico en su expresión más consolidada: La presencia de los primeros túmulos». En: Arias Cabal, Pablo; Bueno Ramírez, Primitiva; Cruz, D.; Enríquez, J.X.; Oliveira, J. y Sanches, Maria De Jesus (eds.), *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol.3: Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*. Porto: ADECAP, 215-238.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2000b): «La Prehistoria postpaleolítica cantábrica: de la percepción de las similitudes neolíticas a la irregularidad documental en las etapas metalúrgicas». En: Berrocal-Rangel, Luis; Bettencourt, Ana M.S.; Correia, V.H.; Fernández-Posse, María Dolores y Sánchez-Palencia, Francisco Javier (eds.), *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol.4*. Porto: ADECAP, 33-47.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2001): «Proceso técnico, genealogía y función del instrumental perforado en asta de ciervo de la mina de cobre prehistórica de El Milagro (III milenio cal. B.C.)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 67: 29-47.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2003a): «Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el norte de la Península Ibérica». En: Balbín Behrmann, Rodrigo De y Bueno Ramírez, Primitiva (eds.), *El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI. Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella*. Ribadesella: Amigos de Ribadesella-Cajastur-Ministerio de Ciencia y Tecnología-Real Instituto de Estudios Asturianos, 391-417.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2003b): «La mina como ámbito infraterreno y el cadáver como ofrenda ritual. A propósito de los esqueletos humanos hallados en las explotaciones cupríferas del Aramo». En: Fernández Manzano, Julio y Herrán Martínez, José Ignacio (eds.), *Mineros y fundidores en el inicio de la Edad de los Metales: el Midi francés y el Norte de la Península Ibérica*. León: Caja España, 32-48.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2006a): «La Arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos prehistóricos sin cámaras convencionales en Asturias». *Zephyrus*, 59: 233-255.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2006b): «Túmulos prehistóricos en Las Regueras: de su descubrimiento por José Manuel González a las excavaciones de los años ochenta». En: *Estudios ofrecidos a José Manuel González en el centenario de su nacimiento*. Las Regueras: Asociación Cultural La Piedriquina, 47-55.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2007): «Fechas radiocarbónicas AMS de restos humanos de las minas de cobre de El Aramo». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 117-121.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2007-2008): «Minería prehistórica del cobre en el reborde septentrional de los picos de Europa: las olvidadas labores de "El Milagro" (Onís, Asturias)». *Veleia*, 24-25: 723-754.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2008a): «El Bronce pleno y final». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 637-658.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2008b): «El hermetismo de los santuarios rupestres esquemáticos». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 619-636.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2008c): «Hacia las sociedades metalúrgicas: las edades del Cobre y del Bronce antiguo». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 567-618.

- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2008d): «La Prehistoria reciente: el brumoso inicio de las sociedades neolíticas en Asturias». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 489-566.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2010): «Poder ancestral y territorio neolítico: en torno a Peña Tú y los túmulos de la costa oriental de Asturias». En: Fernández Eraso, Javier y Mujika Alustiza, José Antonio (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. Donostia: Sociedad de Ciencias Aranzadi. (Munibe. Suplemento; 32), 94-118.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2012): «Beneficio y consagración de las cumbres: el caso de Los Fitos y la concurrencia Neolítico-Bronce antiguo en el área megalítica de La Cobertoria, Asturias». En: Muñiz Álvarez, Juan R. (ed.), *Ad Orientem. Del final del Paleolítico en el norte de España a las primeras civilizaciones del Oriente Próximo. Estudios en homenaje a Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco*. Oviedo: Universidad de Oviedo – Ménsula ediciones, 307-347.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel (2013): «La implantación neolítica en la bahía de Gijón desde las postrimerías del V milenio a. C.: enfoque arqueológico y paleoambiental y notas sobre la monumentalidad megalítica». *Zephyrus*, 72: 73-93.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Carrocera Fernández, Elías (1985): «La Cova del Demo (Boal). Una estación rupestre de arte esquemático en el occidente asturiano». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 51: 47-81.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Fernández-Tresguerres, Juan (1989): *Historia primitiva en Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*. Gijón: Silverio Cañada editor. (Biblioteca histórica asturiana; 11).
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Fernández Manzano, Julio (1992): «Asturias y Cantabria en el primer milenio a.C.». En: Almagro Gorbea, Martín y Ruiz Zapatero, Gonzalo (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Madrid: Ed. Complutense. (Complutum, 2-3), 399-416.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel; Gutiérrez Villarías, María Isabel y Díaz González, Tomas E. (2009): «Un infrecuente objeto de madera en el Túmulo Neolítico Monte Areo XII (Carreño, Spain): estudio arqueológico, anatómico y taxonómico». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 60: 201-218.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y López Álvarez, Juaco (2001): «Sobre la búsqueda tradicional de oro en yacimientos arqueológicos y la noticia de un probable tesoro prehistórico en tierras de Grao en el siglo XVI». *Ástura, Nuevos cortafueyos d'Asturies*, 11: 9-16.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel; Rodríguez del Cueto, Fernando y Suárez Fernández, Manuel (2013): «De las labores subterráneas a las actividades metalúrgicas en el exterior: Investigaciones 2007-2012 en las minas de cobre prehistóricas de la Sierra del Aramo ("La Campa les Mines", Concejo de Riosa)». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 169-187.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Rovira Llorens, Salvador (2005-2006): «Huellas de actividad prehistórica en un medio montañoso extremo: en torno a una Palmela en la Gargante del Cares, Picos de Europa (Asturias)». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 57(2): 287-299.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Suárez Fernández, Manuel (2009a): «Investigaciones arqueológicas de 2005 y 2006 en las minas de cobre prehistóricas de la Sierra del Aramo, Texéu (Riosa)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 6: 421-434.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Suárez Fernández, Manuel (2009b): «Uillaje faunístico inédito de las labores de cobre prehistóricas de La Profunda (León) y su datación C14 (AMS)». *Zephyrus*, 64: 5-18.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Suárez Fernández, Manuel (2010): «La minería subterránea del cobre en Asturias: un capítulo esencial en la Prehistoria reciente del norte de España». En: Fernández-Tresguerres, Juan (ed.), *Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 43-82.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Villa Valdés, Ángel (2007): «La presencia no accidental de un hacha de talón en un fondo de hogar en el castro del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)». En: Celis Sánchez, Jesús; Delibes De Castro, Germán; Fernández Manzano, Julio y Grau Lobo, Luis (eds.), *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce final atlántico en la península ibérica*. León: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo; Diputación de León, Instituto Leonés de Cultura (Estudios y Catálogos; 17), 280-289.
- de Blas Cortina, Miguel Ángel y Villa Valdés, Ángel (2008): «El ciclo terminal de la Edad del Bronce y las raíces de la Cultura Castreña». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 659-672.

- Blasco Bosqued, María Concepción (1993): *El Bronce Final*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Blum, Jerome (1978): *The End of the Old Order in Rural Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- Boehm, Christopher (1983): *Montenegrin Social Organization and Values: Political Ethnography of a Refuge Area Tribal Adaptation*. New York: AMS Press.
- Boehm, Christopher (1984a): *Blood Revenge. The Anthropology of Feuding in Montenegro and other tribal societies*. Lawrence: University Press of Kansas.
- Boehm, Christopher (1984b): «Mountain Refuge Area Adaptations». En: Beaver, Patricia D. y Purrington, Burton L. (eds.), *Cultural Adaptation to Mountain Environments*. Athens, Georgia: The University of Georgia Press, 24-37.
- Boehm, Christopher (1993): «Egalitarian Behavior and Reverse Dominance Hierarchy». *Current Anthropology*, 34(3): 227-254.
- Bolado del Castillo, Rafael; Cubas Morera, Miriam; Cepeda Ocampo, Juan José; Pereda Saiz, Esteban; Ontañón Peredo, Roberto y Arias Cabal, Pablo (2015): «Aportación al estudio del castro del Alto de La Garma (Cantabria): las cerámicas de la Primera Edad del Hierro». *Zephyrus*, 75: 125-140.
- Bonilla Rodríguez, Andrés; Vila, M. César y Fábregas Valcarce, Ramón (2006): «Nuevas perspectivas sobre el espacio doméstico en la Prehistoria reciente del NO: el poblado de Os Remedios (Moaña, Pontevedra)». *Zephyrus*, 59: 257-273.
- Bourdieu, Pierre (1999): «El campo científico». En: Bourdieu, Pierre (ed.), *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 75-110.
- Bourdieu, Pierre (2008): *Homo Academicus*. Madrid: Siglo XXI.
- Bouza Brey, Fermín (1963): «Túmulos prehistóricos de Asturias». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 50: 75-102.
- Bouza Brey, Fermín (1965): «Túmulos dolménicos y círculos líticos de la Sierra de Pumarín». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 54: 3-16.
- Bowden, Mark (ed.) (1999): *Unravelling The Landscape. An Inquisitive Approach to Archaeology*. Stroud: Tempus.
- Bowden, Mark (2001): «Mapping the Past: OGS Crawford and the Development of Landscape Studies». *Landscapes*, 2: 29-45.
- Bradley, Richard (1997): *Rock art and the prehistory of Atlantic Europe: signing the land*. Londres: Routledge.
- Bradley, Richard (1998): *The Significance of Monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. London: Routledge.
- Bradley, Richard (2000): *An Archaeology of Natural Places*. London: Routledge.
- Bradley, Richard; Criado Boado, Felipe y Fábregas Valcarce, Ramón (1994): «Los petroglifos como forma de apropiación del espacio: algunos ejemplos gallegos». *Trabajos de Prehistoria*, 51(2): 159-168.
- Bradley, Richard y Yates, David Thomas (2007): «After 'Celtic' fields: the social organisation of Iron Age agriculture». En: Haselgrove, Colin y Pope, Rachel (eds.), *The Earlier Iron Age in Britain and the near Continent*. Oxford: Oxbow Books, 94-102.
- Braudel, Fernand (1972): *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*. London: Collis.
- Breeze, David J. (1982): *The northern frontiers of Roman Britain*. London: Book Club Associates.
- Breeze, David J. (1991): «The frontier in Britain, 1984-1989». En: Maxfield, Valerie A. y Dobson, Michael J. (eds.), *Roman Frontier Studies 1989. Proceedings of the XV<sup>th</sup> International Congress of Roman Frontier Studies*. Exeter: University of Exeter Press, 35-43.
- Bronk Ramsey, Christopher B. y Lee, Sharen (2013): «Recent and Planned Developments of the Program OxCal». *Radiocarbon*, 55(2-3): 720-730.
- Brück, Joanna (1999): «Ritual and Rationality: Some Problems of Interpretation in European Archaeology». *European Journal of Archaeology*, 2(3): 313-344.
- Brück, Joanna (2005): «Experiencing the past? The development of a phenomenological archaeology in British prehistory». *Archaeological Dialogues*, 12(1): 45-72.
- Brunhes, Jean (1910): *La Géographie humaine. Essai de classification positive. Principes et exemples*. Paris: Alcan.
- Brunt, P.A. (1965): «Reflections on British and Roman Imperialism». *Comparative Studies in Society and History*, 7(3): 267-288.
- Bryant Jr., Vaughn M. y Holloway, Richard G. (1983): «The Role of Palynology in Archaeology». *Advances in Archaeological Method and Theory*, 6: 191-224.



- Bueno Ramírez, Primitiva; de Balbín Behrmann, Rodrigo y Barroso Bermejo, Rosa (2005): «Hiérarchisation et métallurgie: statues armées dans la Péninsule Ibérique». *L'anthropologie*, 109: 577-640.
- Burillo Mozota, Francisco (2008): *Los Celtíberos. Etnias y estados*. Barcelona: Crítica.
- Buxó Capdevila, Ramón y Echave Jiménez, C. (2001): «Estudio de los restos paleoarqueológicos del yacimiento de La Campa Torres (Gijón, Asturias)». En: Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: VTP Editorial, 307-310.
- C**abrera Díez, Ana y Moreno-García, Marta (2014): «Prácticas de sacrificio en el Cerro de La Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo): el depósito ritual de la casa 1». *Zephyrus*, 73: 133-147.
- Cacheda Pérez, María (2004): *A Arqueoloxía no Plan Eólico da Galiza: Estudos de Impacto Arqueolóxico*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Universidade de Santiago de Compostela. (CAPA; 20).
- Calvo, Leonor; Tarrega, Reyes y de Luis, Estanislao (1998): «Space-time distribution patterns of *Erica australis* L. subsp. *aragonensis* (Willk) after experimental burning, cutting, and ploughing». *Plant Ecology*, 137(1): 1-12.
- Camino Mayor, Jorge (1992): «Excavaciones arqueológicas en castros de la Ría de Villaviciosa: un poblamiento de la Edad del Hierro». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 2: 137-144.
- Camino Mayor, Jorge (1995a): «Excavaciones arqueológicas en los castros de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 3: 117-126.
- Camino Mayor, Jorge (1995b): *Los castros marítimos en Asturias*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- Camino Mayor, Jorge (1996): «Una incursión na Edá del Fierro. El poblamiento castreño de la Ría de Villaviciosa». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 2: 21-37.
- Camino Mayor, Jorge (1997): «Excavaciones en los castros de la ría de Villaviciosa». *Cuadernos de Cubera*, 9: 43-86.
- Camino Mayor, Jorge (1999): «Excavaciones arqueológicas en castros de la Ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 151-161.
- Camino Mayor, Jorge (2000): «Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: bases para un debate». *Archivo Español de Arqueología*, 73: 27-42.
- Camino Mayor, Jorge (2002): «Algunos comentarios sobre las pautas territoriales y sociales de los Castros del oriente de Asturias». En: De Blas Cortina, Miguel Ángel y Villa Valdés, Ángel (eds.), *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: Ayuntamiento de Navia, 139-157.
- Camino Mayor, Jorge (2003): «Los castros de la Ría de Villaviciosa: contribución a las interpretaciones de la Edad del Hierro en Asturias». *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 159-171.
- Camino Mayor, Jorge (2005): «Prehistoria e Historia Antigua». En: Fernández Pérez, A. y Friera Suárez, F. (eds.), *Historia de Asturias*. Oviedo: KRK Ediciones, 15-148.
- Camino Mayor, Jorge y Estrada García, Rogelio (2012): «El mayéu Busián (L.lena): orixe d'una braña na Edá del Bronce». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 32: 4-11.
- Camino Mayor, Jorge; Estrada García, Rogelio y Viniegra Pacheco, Yolanda (2009): «El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado». *Trabajos de Prehistoria*, 66(1): 145-159.
- Camino Mayor, Jorge y Villa Valdés, Ángel (2003): «La Bahía de Gijón y las rutas marítimas prerromanas en la costa cantábrica de la Península Ibérica». En: Fernández Ochoa, Carmen (ed.), *Gijón Puerto Romano. Navegación y Comercio en el Cantábrico durante la Antigüedad*. Gijón: Autoridad Portuaria de Gijón, 45-59.
- Camino Mayor, Jorge y Viniegra Pacheco, Yolanda (1993): «Aproximación a la minería aurífera y al poblamiento castreño de la cuenca baja del río Eo en Asturias». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 59: 141-153.
- Camino Mayor, Jorge y Viniegra Pacheco, Yolanda (2010): «La vía Carisa y la jerarquización del territorio en *Asturia Transmontana*». En: Bueno Ramírez, Primitiva; Gilman, Antonio; Martín Morales, Concha y Sánchez-Palencia, Francisco Javier (eds.), *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M.<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse*. Madrid: CSIC. (Bibliotheca Praehistorica Hispana; 28), 375-395.

- Camino Mayor, Jorge; Viniegra Pacheco, Yolanda y Estrada García, Rogelio (2001): «El campamento romano de la Vía Carisa en *Asturia Transmontana*». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 14: 261-276.
- Camino Mayor, Jorge; Viniegra Pacheco, Yolanda y Estrada García, Rogelio (2007a): «A propósito de las fortificaciones lineales ástures de El Homón de Faro (La Carisa) y El Muro (La Mesa)». *Territorio, Sociedad y Poder*, 2: 53-64.
- Camino Mayor, Jorge; Viniegra Pacheco, Yolanda y Estrada García, Rogelio (2010): «En las postrimeras montañas contra el sol poniente. Las clausuras de la Cordillera Cantábrica a finales del Reino visigodo frente a la invasión islámica». En: Ruiz De La Peña Solar, Juan Ignacio y Camino Mayor, Jorge (eds.), *La Carisa y La Mesa Causas políticas y militares del origen del Reino de Asturias*. Oviedo: Asociación de Amigos de la Carisa, 3-39.
- Camino Mayor, Jorge; Viniegra Pacheco, Yolanda; Estrada García, Rogelio; Ramos Oliver, Francisco y Jiménez Moyano, Francisco (2007b): «El campamento y la vía de La Carisa. Reflexiones arqueológicas y militares». En: Fernández-Tresguerres, Juan (ed.), *Astures y romanos: Nuevas perspectivas*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 61-93.
- Campbell, Brian (1994): *The Roman Army, 31 BC - AD 337. A Sourcebook*. London: Routledge.
- Canella Secades, Fermín y Bellmunt, Octavio (eds.) (1895-1900): *Asturias*. Gijón: Fototipia y Tipografía de O. Bellmunt.
- Carandini (1997): *Historias en la Tierra. Manual de excavación arqueológica*. Barcelona: Crítica.
- Carballo Arceo, Luis Xúlio (1996): «Os castros galegos: Espacio e Arquitectura». *Gallaecia*, 14-15: 309-357.
- Carballo Arceo, Luis Xúlio (2005): *Guía de los castros de Galicia*. Vigo: Nigratrea.
- Carballo Arceo, Luis Xúlio y Fábregas Valcarce, Ramón (2006): «Variacións rexionais nas sociedades pre e protohistóricas galaicas». En: Álvarez, Rosario; Dubert García, Francisco y Sousa Fernández, Xulio (eds.), *Lingua e Territorio*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, Instituto da Lingua Galega, 67-91.
- Carman, John (2004): «Excavation excavation: A contribution to the social archaeology of archaeology». En: Carver, Geoff (ed.), *Digging in the Dirt. Excavation in a new millennium*. Oxford: John and Erica Hedges Ltd. (BAR International Series; 1256), 47-51.
- Carrer, Francesco (2013a): «Archeologia della pastorizia nelle Alpi: nuovi dati e vecchi dubbi». *Preistoria Alpina*, 47: 49-56.
- Carrer, Francesco (2013b): «An ethnoarchaeological inductive model for predicting archaeological site location: A case-study of pastoral settlement patterns in the Val di Fiemme and Val di Sole (Trentino, Italian Alps)». *Journal of Anthropological Archaeology*, 32(1): 54-62.
- Carrero Pazos, Miguel (2015): «Sobre geografía y espacio funerario megalítico en Galicia. Aproximación a su interpretación». *Férvedes*, 8: 153-161.
- Carrión García, José Sebastián; Fernández Jiménez, Santiago; González-Sampériz, Penélope; López Merino, Lourdes; Peña Chocarro, Leonor; Burjachs i Casas, Francesc; García Antón, Mercedes; Eduardo, Barrón López.; Postigo Mijarra, José María; Vieira, Manuel; Carrión Marco, Yolanda; López Sáez, José Antonio; Rubiales, Juan Manuel; Uzquiano Ollero, Paloma; Fierro Enrique, Elena; García Amorena, Ignacio; Allué Martí, Ethel; Badal García, Ernestina; Munuera Giner, Manuel; Jiménez Moreno, Gonzalo; Gil Romera, Graciela; Leroy, Suzanne A.G. Leroy; García Martínez, María Soledad; Montoya Romo, Encarnación; Dupré Olivier, Michèle; Fletcher, William; Yll Aguirre, Riker; Rodríguez Ariza, María Oliva; Anderson, Scott; Peñalba Garmendia, María Cristina; Gil García, María José; Pérez Sanz, Ana; Albert Cristóbal, Rosa María; Díez Dapena, María José; Morales del Molino, César; Gómez Manzaneque, Fernando; Parra, Igor; Ruiz Zapata, M. Blanca; Riera Mora, Santiago; Zapata Peña, Lydia; Ejarque Montolio, Ana; Vegas Villarúbia, Teresa; Rull del Castillo, Valentí; Scott, Louis; Abel Schaad, Daniel; Andrade Olalla, Antonia; Manzano Rodríguez, Saul; Navarro Camacho, Cristina; Pérez Díaz, Sebastián; Moreno Amat, Elena; Hernández Mateo, Laura; Sánchez Baena, Juan José; Riquelme Cantal, José Antonio; Iglesias González, Raúl; Franco Múgica, Fátima; Chaín Navarro, Celia; Ntinou, Maria; Figueiral, Isabel; Grau Almero, Elena; Jiménez Espejo, Francisco; Valle Hernández, María; Rivas Carballo, Rosario; Arribas Herrera, Alfonso; Garrido Álvarez-Coto, Guiomar; Muñiz Guinea, Fernando; Finlayson, Geraldine; Finlayson, Clive; Ruiz Alonso, Mónica; Pérez Jordá, Guillem y Miras, Yannick (2012): *Paleoflora y Paleovegetación de la Península Ibérica e Islas Baleares: Plioceno-Cuaternario*. Madrid: Ministerio de Economía y Competitividad
- Carrión García, José Sebastián; Fernández, Santiago; González-Sampériz, Penélope; Gil-Romera, Graciela; Badal García, Ernestina; Carrión Marco, Yolanda; López Merino, Lourdes; López Sáez, José Antonio; Fierro Enrique, Elena y Burjachs i Casas, Francesc (2010): «Expected trends and

- surprises in the Lateglacial and Holocene vegetation history of the Iberian Peninsula and Balearic Islands». *Review of Palaeobotany and Palynology*, 162(3): 458-475.
- Carrión Marco, Yolanda; Kaal, Joeri; López Sáez, José Antonio; López Merino, Lourdes y Martínez Cortizas, Antonio (2010): «Holocene vegetation changes in NW Iberia revealed by anthracological and palynological records from a colluvial soil». *The Holocene*, 20(1): 53-66.
- Carrocera Fernández, Elías (1990): «La cultura castreña en Asturias». En: *Historia de Asturias, Tomo I. Prehistoria-Historia Antigua*. Oviedo: La Nueva España, 121-136.
- Carrocera Fernández, Elías (1995): «Algunos aspectos de la economía castreña: retomando a los autores López Cuevillas y Vázquez Varela». *Férvedes*, 2: 71-85.
- Carrocera Fernández, Elías y Camino Mayor, Jorge (1996): «La Edad del Hierro en el territorio histórico de los astures o la realidad de un espacio administrativo romano». En: Fernández Ochoa, Carmen (ed.), *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad: época romana y prerromana (Coloquio internacional): homenaje a Manuel Fernández Miranda*. Gijón: Sociedad Editora Electa España – Ayuntamiento de Gijón, 57-60.
- Catanzariti, Gianluca (2014): *Prospección geofísica con metodología Ground Penetrating Radar 3D de alta resolución para la detección de hoyos de postes: (Vigaña, municipio de Belmonte de Miranda, Asturias)*. Torino: 3DGeoimaging. Informe técnico [Inédito].
- Cátedra Tomás, María (1989): *La vida y el mundo de los vaqueiros de alzada*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Cazorla Pérez, J. (1995): «El clientelismo de partido en la España de hoy: una disfunción de la democracia». *Revista de Estudios Políticos*, 87: 35-52.
- Celis Sánchez, Jesús (1996): «Origen, desarrollo y cambio en la Edad de Hierro de las tieras leonesas». En: *ArqueoLeón. Historia de León a través de la arqueología*. León: Junta de Castilla y León – Diputación Provincial de León, 41-67.
- Celis Sánchez, Jesús (2002a): «El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el noroeste de la Meseta». En: De Blas Cortina, Miguel Ángel y Villa Valdés, Ángel (eds.), *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: Ayuntamiento de Navia, 97-126.
- Celis Sánchez, Jesús (2002b): «La ocupación castreña en el alto valle del río Cúa: El Castro de Chano. León». En: De Blas Cortina, Miguel Ángel y Villa Valdés, Ángel (eds.), *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: Ayuntamiento de Navia, 189-210.
- Celis Sánchez, Jesús (2003): «Notas sobre las etapas de la cultura castreña en el Bierzo». En: Balboa De Paz, José Antonio; Díaz Álvarez, Inés y Fernández Vázquez, Vicente (eds.), *Actas de las Jornadas sobre Castro Ventosa. Cacabelos - León, 4-6 de octubre de 2002*. Cacabelos: Ayuntamiento de Cacabelos, 13-33.
- Cepeda Ocampo, Juan José (2006): «Los campamentos romanos de La Poza (Cantabria)». En: Morillo Cerdán, Ángel (ed.), *Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León: Universidad de León, 683-690.
- Cepeda Ocampo, Juan José; Iglesias Gil, José Manuel; Ruiz Gutiérrez, Alicia y Sarabia Rogina, Pedro (2009): «La ciudad de Iuliobriga y los campamentos romanos de La Poza (Cantabria)». En: Morillo Cerdán, Ángel; Hanel, Norbert y Martín Hernández, Esperanza (eds.), *Limes XX. Estudios sobre la frontera romana, vol.3*. Madrid: CSIC-Ediciones Polifemo. (Anejos de Gladius; 13), 631-638.
- Cerrillo Cuenca, Enrique (ed.) (2006): *Los Barruecos: Primeros resultados sobre el poblamiento neolítico de la cuenca extremeña del Tajo*. Mérida: Junta de Extremadura, Consejería de Cultura. (Memorias de Arqueología Extremeña; 6).
- Clark, Geoffrey A. (1999): «Le Mésolithique de la côte atlantique ibérique: tendances récentes». En: Bintz, Pierre y Thévenin, André (eds.), *L'Europe des derniers chasseurs. Epipaléolithique et Mésolithique*. Paris: Éditions du CTHS. (Documents préhistoriques; 12), 53-58.
- Clarke, David L. (ed.) (1977): *Spatial Archaeology*. New York: Academic Press.
- Cobas Fernández, Isabel y Prieto Martínez, María Pilar (2001): «La cadena tecnológica operativa como una herramienta teórica y metodológica. Una perspectiva desde los planteamientos de la arqueología del paisaje». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 48(114): 9-27.
- Collis, John R. (2003): *The Celts. Origins, Myths and Inventions*. Stroud: Tempus.
- Comendador Rey, Beatriz (1997): «La representación de armas y sus correlatos metálicos». En: Costas Goberna, Fernando Javier y Hidalgo Cuñarro, José Manuel (eds.), *Los motivos de fauna y armas en los grabados prehistóricos del continente europeo*. Vigo: Asociación Arqueológica Viguesa, 113-130.

- Comendador Rey, Beatriz (1998): *Los inicios de la metalurgia en el Noroeste de la Península Ibérica*. A Coruña: Museo Arqueológico e Histórico, Castelo de San Antón. (Brigantium; 11).
- Comendador Rey, Beatriz (2010): «Space and Memory at the mouth of the river Ulla (Galicia, Spain)». En: Bettencourt, Ana M.S.; Sanches, Maria De Jesus; Alves, L.B. y Fábregas Valcarce, Ramón (eds.), *Conceptualising Space and Place. On the role of agency, memory and identity in the construction of space from the Upper Palaeolithic to the Iron Age in Europe*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 2058), 99-109.
- Conedera, M.; Krebs, P.; Tinner, W.; Pradella, M. y Torriani, D. (2004): «The cultivation of *Castanea sativa* (Mill.) in Europe, from its origin to its diffusion on a continental scale». *Vegetation History and Archaeobotany*, 13(3): 161-179.
- Conolly, J. y Lake, M. (2006): *Geographical information systems in archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Consejo Editorial de Nailos (2014): «Editorial». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 1: 15-19.
- Cooney, Gabriel (1999): «Social landscapes in Irish prehistory». En: Ucko, Peter J. y Layton, Robert (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape*. London: Routledge, 46-65.
- Corbera Millán, Manuel (2008): «El proceso de colonización y la construcción del paisaje en los Montes de Pas». *Ería*, 77: 293-314.
- Corbera Millán, Manuel (2013): «Organización de los espacios de pastos en la montaña atlántica: los nombres, las formas y las funciones». *Ería*, 93: 275-292.
- Cosgrove, Denis (1984): *Social Formation and Symbolic Landscape*. London: Croom Helm.
- Cosgrove, Denis (1985): «Prospect, Perspective and the Evolution of the Landscape Idea». *Transactions of the Institute of British Geographers*, 10(1): 45-62.
- Costa García, José Manuel (2015): «Asentamientos militares romanos en el Norte peninsular: aportes de la fotografía aérea histórica, la fotografía satelital y el LiDAR aéreo». *Férvedes*, 8: 35-44.
- Council of Europe (2000): *European Landscape Convention*. Firenze: 20 de octubre 2000.
- Crawford, Osbert Guy Stanhope (1953): *Archaeology in the Field*. London: Phoenix House.
- Crespo Díez, Manuel y Herrán Martínez, José Ignacio (2012): «Primera intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de Carricastro (Tordesillas, Valladolid)». En: Rodríguez Marcos, José Antonio y Fernández Manzano, Julio (eds.), *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (Arte y Arqueología; 30), 377-395.
- Criado Boado, Felipe (1988a): «Arqueología del Paisaje y Espacio Megalítico en Galicia». *Arqueología Espacial*, 12: 61-118.
- Criado Boado, Felipe (1988b): «Mamoas y rozas: panorámica general sobre la distribución de los túmulos megalíticos gallegos». *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 28(1-2): 151-160.
- Criado Boado, Felipe (1989a): «Asentamiento megalítico y asentamiento castreño: una propuesta de síntesis». *Gallaecia*, 11: 109-127.
- Criado Boado, Felipe (1989b): «Megalitos, espacio, pensamiento». *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98.
- Criado Boado, Felipe (1991): «Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje». *Boletín de Antropología Americana*, 24: 5-30.
- Criado Boado, Felipe (1993a): «Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje». *SPAL*, 2: 9-55.
- Criado Boado, Felipe (1993b): «Visibilidad e Interpretación del registro arqueológico». *Trabajos de Prehistoria*, 50(39-56).
- Criado Boado, Felipe (1995): «El control arqueológico de obras de trazado lineal: planteamientos desde la Arqueología del paisaje». En: *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología, Vigo, 1993, vol. I*. Vigo: Gráficas Galicia, 253-259.
- Criado Boado, Felipe (1999): *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. Santiago de Compostela: Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, Universidade de Santiago de Compostela. (CAPA; 6).
- Criado Boado, Felipe (2012): *Arqueológicas. La razón perdida. La construcción de la inteligencia arqueológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Criado Boado, Felipe; Barreiro Martínez, David y Amado Reino, Xesús (2004): «Arqueología y Obras Públicas: ¿excepción o normalidad?». En: *II Congreso Internacional de Ingeniería Civil, Territorio y Medio Ambiente, Santiago de Compostela, 22-24 de septiembre de 2004*. Santiago de Compostela: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1707-1730.



- Criado Boado, Felipe; Bello Diéguez, José María y Vázquez Varela, José Manuel (1985): «Apéndice sobre cultura megalítica y medio natural en el NW peninsular». *Arqueología Espacial*, 6: 229-235.
- Criado Boado, Felipe; Bonilla Rodríguez, Andrés; Cerqueiro Landín, Dolores; Díaz Vázquez, Manolo; González Méndez, Matilde; Infante Roura, Faustino; Méndez Fernández, Fidel; Penedo Romero, Rafael; Rodríguez Puentes, Eugenio y Vaquero Lastres, Jacobo (1991): *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campañas de 1987, 1988 y 1989)*. A Coruña: Xunta de Galicia. (Arqueoloxía/Investigación; 6).
- Criado Boado, Felipe y Cabrejas Domínguez, Elena (eds.) (2005): *Obras públicas e Patrimonio: Estudo arqueolóxico do corredor do Morrazo*. Santiago de Compostela: Instituto de Estudos Galegos Padre Sarmiento, CSIC. (TAPA; 35).
- Criado Boado, Felipe; Fábregas Valcarce, Ramón y Vaquero Lastres, Jacobo (1990-1991): «Concentraciones de túmulos y vías naturales de acceso al interior de Galicia». *Portugalia*, 11-12: 27-38.
- Criado Boado, Felipe; Gianotti García, Camila y Villoch Vázquez, Victoria (2000a): «Los túmulos como asentamientos». En: Arias Cabal, Pablo; Bueno Ramírez, Primitiva; Cruz, D.; Enríquez, J.X.; Oliveira, J. y Sanches, Maria De Jesus (eds.), *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol.3: Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*. Porto: ADECAP, 289-302.
- Criado Boado, Felipe y Mañana Borrazás, Patricia (2003): «Arquitectura como materialización de un concepto. La espacialidad Megalítica». *Arqueología de la Arquitectura*, 2: 103-111.
- Criado Boado, Felipe y Parcero Oubiña, César (1997): «Arqueología de las formas de parcelación del espacio en la Prehistoria de Galicia». En: Guitián Rivera, Luis y Lois González, Rubén (eds.), *Actividad humana y cambios recientes en el paisaje*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 19-39.
- Criado Boado, Felipe y Villoch Vázquez, Victoria (1998): «La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia)». *Trabajos de Prehistoria*, 55(1): 63-80.
- Criado Boado, Felipe; Villoch Vázquez, Victoria y Barreiro Martínez, David (2000b): *Arqueología y Parques Eólicos en Galicia: Proyecto Marco de Evaluación de Impacto*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais (GIArPa), Universidade de Santiago de Compostela. (CAPA; 5).
- Cribb, Roger (1991): *Nomads in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Crutzen, Paul J. (2006): «The "Anthropocene"». En: Ehlers, Eckart y Krafft, Thomas (eds.), *Earth System Science in the Anthropocene*. Berlin: Springer, 13-18.
- Crutzen, Paul J. y Stoermer, Eugene (2000): «The Anthropocene». *Global Change Newsletter*, 41(1): 17-18.
- Cruz Berrocal, María; García Sanjuán, Leonardo y Gilman, Antonio (2013): «The Prehistory of Iberia. Debating Early Social Stratification and the State». London, Routledge.
- Cruz Berrocal, María y Vicent García, Juan Manuel (2007): «Rock art as an archaeological and social indicator: The neolithisation of the Iberian Peninsula». *Journal of Anthropological Archaeology*, 26(4): 676-697.
- Cubas Morera, Miriam (2009): «Tendencias en la investigación de la Cerámica Neolítica en la Región Cantábrica». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 60: 187-200.
- Cubas Morera, Miriam (2013): *La aparición de la tecnología cerámica en la región cantábrica*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 2566).
- Cubas Morera, Miriam y Fano Martínez, Miguel Ángel (2011): «Los primeros campesinos del Cantábrico: una revisión de la información disponible y de los modelos propuestos». *Férvedes*, 7: 77-86.
- Cubas Morera, Miriam; de Pedro, Imanol y Arias Cabal, Pablo (2014): «La aparición de la tecnología cerámica en Asturias: la aportación de la cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales)». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 1: 23-48.
- Curdy, Philippe (2007): «Prehistoric settlement in middle and high altitudes in the Upper Rhone Valley (Valais-Vaud, Switzerland): A summary of twenty years of research». *Preistoria Alpina*, 42: 99-108.
- Chang, Claudia (1993): «Pastoral Transhumance in the Southern Balkans as a Social Ideology: Ethnoarchaeological Research in Northern Greece». *American Anthropologist*, 95(3): 687-703.
- Chavarría Arnau, Alexandra y Reynolds, Andrew (eds.) (2015): *Detecting and Understanding Historic Landscapes*. Mantova: SAP Società Archeologica. (Post-Classical Archaeologies. Studies; 2).
- Childe, V.Gordon (1929): *The Danube in Prehistory*. Oxford: Clarendon Press.

Christie, Neil; Beavitt, Paul; Gisbert Santonja, Josep A.; Seguí, Joan R. y Gil Senís, María Victoria (2004): *Ethnography and Archaeology in Upland Mediterranean Spain. Manolo's World: Peopling the Recent Past in the Serra de l'Altmirant*. Leicester: University of Leicester. (Leicester Archaeology Monograph; 12).

- Daniels, D.J. (1996): *Subsurface-penetrating radar*. London: The Institution of Electrical Engineers.
- Daniels, D.J. (2004): *Ground penetrating radar*. London: The Institution of Electrical Engineers.
- Darvill, Timothy (1999): «The historic environment, historic landscapes, and space-time-action models in landscape archaeology». En: Ucko, Peter J. y Layton, Robert (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape*. London: Routledge, 106-120.
- Darvill, Timothy (2008a): «Landscape». En: *Oxford Concise Dictionary of Archaeology. Second edition*. Oxford: Oxford University Press, 237.
- Darvill, Timothy (2008b): «Pathways to a Panoramic Past: A Brief History of Landscape Archaeology in Europe». En: David, Bruno y Thomas, Julian (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 60-76.
- David, Bruno y Thomas, Julian (eds.) (2008a): *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press.
- David, Bruno y Thomas, Julian (2008b): «Landscape Archaeology: Introduction». En: David, Bruno y Thomas, Julian (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 27-43.
- David, Nicholas y Kramer, Carol (2001): *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Davidson, Iain (1980): «Transhumance, Spain and ethnoarchaeology». *Antiquity*, 54(211): 144-147.
- Delibes de Castro, Germán (1993): «Sal y jefaturas: una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora)». *Brigecio: revista de estudios de Benavente y sus tierras*, 3: 33-46.
- Delibes de Castro, Germán (2010): «La investigación de las sepulturas colectivas monumentales del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte española. Horizonte 2007». En: Fernández Eraso, Javier y Mujika Alustiza, José Antonio (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. Donostia: Sociedad de Ciencias Aranzadi. (Munibe Suplemento; 32), 11-56.
- Delibes de Castro, Germán y Fernández Manzano, Julio (1983): «Calcolítico y Bronce en tierras de León». *Lancia*, 1: 19-82.
- Delibes de Castro, Germán y Fernández Manzano, Julio (1983-1984): «Bronce Final atlántico en el Noroeste de la cuenca del Duero». *Portugalia*, 4-5.
- Delibes de Castro, Germán; Fernández Manzano, Julio; Fontaneda Pérez, E. y Rovira Llorens, Salvador (1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. Zamora: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. (Monografías Arqueología en Castilla y León; 3).
- Delibes de Castro, Germán y Herrán Martínez, José Ignacio (2007): *La Prehistoria*. Valladolid: Diputación de Valladolid.
- Delibes de Castro, Germán y Romero Carnicero, Fernando (1992): «El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural». En: Almagro Gorbea, Martín y Ruiz Zapatero, Gonzalo (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Madrid: Ed. Complutense. (Complutum; 2-3), 233-258.
- Delibes de Castro, Germán y Val Recio, J. (1990): «Prehistoria Reciente Zamorana: del Megalitismo al Bronce». En: *Actas del II Congreso de Historia de Zamora, vol. II*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", 53-59.
- Della Casa, Philippe (2007): «Transalpine pass routes in the Swiss Central Alps and the strategic use of topographic resources». *Preistoria Alpina*, 42: 109-118.
- Díaz-Andreu, Margarita (1988): «El análisis discriminante en la clasificación tipológica: aplicación a las hachas de talón de la Península Ibérica». *BSAA Arqueología: Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología*, 54: 25-64.
- Díaz-Andreu, Margarita (1994): «The Past in the Present: the Search for Roots in Cultural Nationalisms. The Spanish Case». En: Beramendi, J.G. y Núñez, X.M. (eds.), *Nationalisms in Europe: Past and Present vol I*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 199-218.

- Díaz-Andreu, Margarita (1995): «Archaeology and nationalism in Spain». En: Kohl, Philip L. y Fawcett, Clare (eds.), *Nationalism, politics, and the practice of archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, 39-56.
- Díaz Casado, Yolanda (1993): *El Arte Esquemático en Cantabria: Una revisión crítica*. Santander: Universidad de Cantabria.
- Díaz del Río, Pedro (1995): «Campesinado y gestión pluriactiva del ecosistema: un marco teórico para el análisis del III y II milenios a.C. en la meseta peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 52(2): 99-109.
- Díaz del Río, Pedro (2000): «Arqueología Comercial y Estructura de Clase». En: Bóveda López, María Del Mar (ed.), *Gestión Patrimonial y Desarrollo Social*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais, Universidade de Santiago de Compostela. (CAPA; 12), 7-18.
- Díaz del Río, Pedro (2001): *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Madrid: Consejería de las Artes, Comunidad de Madrid. (Arqueología, Paleontología y Etnografía; 9).
- Díaz García, Fructuoso (2012): *Biblioteca arqueológica asturiana 1909-2011*. Oviedo: Ménsula Ediciones.
- Díaz Nosty, Bernardino; Sierra Piedra, Gerardo y Blanco Vázquez, Luis (1997): *Inventario Arqueológico del concejo de Belmonte de Miranda*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Díaz Nosty, Bernardino; Sierra Piedra, Gerardo y Blanco Vázquez, Luis (1999): «Carta Arqueológica del concejo de Belmonte de Miranda». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 303-306.
- Díaz Santana, Beatriz (2002a): *Los celtas en Galicia: arqueología y política en la creación de la identidad gallega*. Noia: Tosoxoutos. (Serie Keltia; 18).
- Díaz Santana, Beatriz (2002b): «Una revisión historiográfica de la investigación protohistórica de Galicia». *ArqueoWeb*, 4(1).
- Díaz Vázquez, Manuel; Criado Boado, Felipe y Méndez Fernández, Fidel (1994): «Dinámica de pendientes y acción antrópica en Galicia durante el Holoceno reciente: un caso de estudio derivado de la Sierra de O Bocelo (Coruña)». En: Jordá Pardo, Jesús F. (ed.), *Geoarqueología. Actas de la 2ª Reunión Nacional de Geoarqueología. I.T.G.E., Madrid, 14, 15 y 16 de diciembre de 1992*. Madrid: Instituto Tecnológico GeoMinero de España; Asociación Española para el Estudio del Cuaternario, 153-162.
- Didierjean, François (2008): «Camps militaires romains et archéologie aérienne: méthodologie et données nouvelles». *Salvée*, 8: 95-115.
- Didierjean, François; Morillo Cerdán, Ángel y Petit-Aupert, Catherine (2014): «Traces de guerres, traces de paix armée: l'apport de quatre campagnes de prospection aérienne dans le nord de l'Espagne». En: Cadiou, François y Navarro Caballero, Milagros (eds.), *La guerre et ses traces. Conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (III<sup>e</sup>-I<sup>er</sup> s. a.C.)*. Bordeaux: Ausonius Maison de l'Archéologie. (Mémoires; 37), 149-179.
- Diego Santos, Francisco (1985): *Epigrafía romana de Asturias*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- Diego Somoano, C. (1960): «La colección «Soto Cortés» de Labra, Cangas de Onís». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 40: 269-291.
- Dietler, Michael (1994): «Our Ancestors the Gauls: Archaeology, Ethnic Nationalism, and the Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe». *American Anthropologist*, 96(3): 584-605.
- Díez Castillo, Agustín (1995): «El asentamiento de La Peña Oviedo (Camaleño, Cantabria): la colonización de las áreas montañosas de la cornisa cantábrica». En: *Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro*. Karrantza: Sociedad de Estudios Vascos, Eusko Ikaskuntza, 105-120.
- Díez Castillo, Agustín (1996): «Una cabaña neolítica en los Picos de Europa». En: *I Congrés del Neolític a la Península Ibèrica. Gavà-Bellaterra, 1995*. Gavà: Museu de Gavà. (Rubricatum; 1), 349-356.
- Díez Castillo, Agustín (1996-1997): *Utilización de los recursos en la Marina y Montaña cantábricas: una prehistoria ecológica de los valles del Deva y Nansa*. Gernika: Asociación Cultural de Arqueología AGIRI. (Illunzar; 96-97).
- Díez Castillo, Agustín (2008): «Las excavaciones en la zona arqueológica de Peña Oviedo. Las campañas de 2000 a 2003». En: Ontañón Peredo, Roberto (ed.), *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 2000-2003*. Santander: Gobierno de Cantabria, 101-106.
- Dincauze, Dena Ferran (2000): *Environmental Archaeology. Principles and Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dobres, Marcia-Anne y Robb, John E. (2000): «Agency in Archaeology: Paradigm or Platitude?». En: Dobres, Marcia-Anne y Robb, John E. (eds.), *Agency in Archaeology*. London: Routledge, 3-17.

- Domergue, Claude (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*. Roma: École Française de Rome.
- Domingo, Inés; Burke, Heather y Smith, Claire (2007): *Manual de campo del arqueólogo*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- Domínguez Rodrigo, Manuel (2008): «Arqueología neo-procesual: 'alive and kicking'. Algunas reflexiones desde el Paleolítico». *Complutum*, 19(1): 195-204.
- Dyer, Christopher (2007): «Landscape History after Hoskins». En: Fleming, Andrew y Hingley, Richard (eds.), *Prehistoric and Roman Landscapes. Landscape History after Hoskins, Volume I*. Oxford: Windgather Press, xiii-xiv.

- Earle, Timothy y Kristiansen, Kristian (eds.) (2010): *Organizing Bronze Age Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Edeso Fito, José Miguel (2012): «Megalitismo y cuevas sepulcrales en Gipuzkoa. Distribución espacial y características generales». *Isturitz: Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 12: 83-114.
- Edgeworth, Matt (ed.) (2006): *Ethnographies of Archaeological Practice. Cultural Encounters, Material Transformations*. New York: AltaMira Press.
- Ejarque Montolio, Ana; Julià Brugués, Ramón; Riera, Santiago; Palet Martínez, Josep María; Orengo, Hèctor A.; Miras, Yannick y Gascón, Carles (2009): «Tracing the history of highland human management in the eastern Pre-Pyrenees: an interdisciplinary palaeoenvironmental study at the Pradell fen, Spain». *The Holocene*, 19(8): 1241-1255.
- Eliade, Mircea (1996): *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Equipu Bueida (1991): «El pueblu quirosán: una unidá social». *Cultures. Revista Asturiana de Cultura*, 1: 9-100.
- Escortell Ponsoda, Matilde (1973): «Dos puñales de la Edad del Bronce hallados en el Puerto de Gumial (Alto Aller)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 79: 411-419.
- Escortell Ponsoda, Matilde (1982): *Catálogo de las Edades de los Metales del Museo Arqueológico Oviedo*. Oviedo: Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias.
- Estrada García, Rogelio (1996): *Inventario Arqueológico del concejo de Yernes y Tameza*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Estrada García, Rogelio (1997): *Inventario Arqueológico del concejo de Grado*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Estrada García, Rogelio (2000a): *Guía del Área Arqueológica de Cabruñana*. Grado: Ayuntamiento de Grado-Gobierno del Principado de Asturias.
- Estrada García, Rogelio (2000b): *Inventario Arqueológico del concejo de Somiedo*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Estrada García, Rogelio (2000c): *Inventario Arqueológico del concejo de Teverga*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Estrada García, Rogelio (2000d): «Material lítico del Picu La Berza (ficha nº105)». En: *Inventario Arqueológico de Belmonte de Miranda*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Estrada García, Rogelio (2007a): «Estudio de la vertiente meridional del yacimiento romano de Las Murias (Doriga, Salas)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 323-327.
- Estrada García, Rogelio (2007b): «Inventario Arqueológico del concejo de Lena». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 447-452.
- Estrada García, Rogelio (2007c): «Inventario Arqueológico del concejo de Somiedo». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 429-433.
- Estrada, Ricardo (1997): «El castro de Llagú: un bien cultural en peligro». *Revista de Arqueología*, 195: 6-9.
- Euba Rementeria, Itxaso (2009): *Explotación de los recursos forestales desde el Neolítico hasta la época moderna en los valles de La Vansa-sierra del Cadí (Alt Urgell) y del Madriu (Andorra). Análisis antracológico de estructuras altimontanas*. Tarragona: Institut Català d'Arqueologia Clàssica. (Documenta; 9).

- Fabián García, J. Francisco (2006): *El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. (Monografías Arqueología en Castilla y León; 5).



- Fábrega Álvarez, Pastor (2004): *Poblamiento y Territorio de la Cultura Castreña en la comarca de Ortegal*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleambiente e Paisaxe (IIT-USC). (CAPA; 19).
- Fábrega Álvarez, Pastor (2005a): «Poblamiento castreño en el norte de Galicia». En: Blanco González, Antonio; Cancelo Mielgo, Carlos y Esparza Arroyo, Ángel (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 55-76.
- Fábrega Álvarez, Pastor (2005b): «Tiempo para el espacio. Poblamiento y territorio en la Edad del Hierro en la comarca de Ortegal (A Coruña, Galicia)». *Complutum*, 16: 125-148.
- Fábregas Valcarce, Ramón (1992): «Ensayo de tala con un hacha de piedra pulida». *Trabajos de Prehistoria*, 49: 337-345.
- Fábregas Valcarce, Ramón y Bradley, Richard (1995): «El silencio de las fuentes: Prácticas funerarias en la Edad del Bronce del Noroeste y su contexto europeo». *Complutum*, 6: 153-166.
- Fábregas Valcarce, Ramón; Fernández Rodríguez, Carlos y Ramil Rego, Pablo (1997): «La adopción de la economía productora en el noroeste ibérico». En: Rodríguez Casal, Antón A. (ed.), *O neolítico atlántico e as orixes do megalitismo: Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 de abril de 1996)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 463-484.
- Fábregas Valcarce, Ramón y Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (1994): «Ámbitos funerario y doméstico en la Prehistoria de NO. de la Península Ibérica». *Zephyrus*, 46: 143-169.
- Fábregas Valcarce, Ramón y Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (1997): «El Noroeste de la Península Ibérica en el IIIer y IIº Milenios: Propuestas para una síntesis». *Sagvntvm*, 30: 191-216.
- Fábregas Valcarce, Ramón y Suárez Otero, José (1999): «El proceso de neolitización en Galicia». En: *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Universitat de València, 7-9 d'Abril, 1999*. Valencia: Universitat de València, Departament de Prehistòria i d'Arqueologia. (Sagvntvm Extra; 2), 541-548.
- Fábregas Valcarce, Ramón y Vilaseco Vázquez, Xosé Ignacio (1998): «Prácticas funerarias no Bronce do Noroeste». En: Fábregas Valcarce, Ramón (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas Perspectivas*. A Coruña: Ediciós do Castro. (Cadernos do Seminario de Sargadelos; 77), 191-219.
- Fábregas Valcarce, Ramón y Vilaseco Vázquez, Xosé Ignacio (2004): «El megalitismo gallego a inicios del siglo XXI». *Mainake*, 26: 63-87.
- Fairclough, Graham (1999): «Protecting time and space: understanding historic landscape for conservation in England». En: Ucko, Peter J. y Layton, Robert (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape*. London: Routledge, 121-136.
- Fairclough, Graham (2012): «Look the other way – from a branch of archaeology to a root of landscape studies». En: Kluiving, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series, 471-483.
- Fanjul Peraza, Alfonso (2005): *Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional*. Teverga: Ayuntamiento de Teverga.
- Fanjul Peraza, Alfonso (2011): «The valley conquest. New dates on the development of fortified settlements in the high mountain area of Northern Spain». *Origini*, 33: 303-318.
- Fanjul Peraza, Alfonso (2015): *Los astures y el poblamiento castreño en Asturias*. Madrid: Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid. Tesis Doctoral, accesible en: <http://hdl.handle.net/10486/664031>.
- Fanjul Peraza, Alfonso y Fernández Riestra, Francisco José (2009): «Evolución del poblamiento castreño en el valle de Teverga. Observaciones hacia una Arqueología de alta montaña y de los espacios ganaderos en Asturias». En: Marín Suárez, Carlos y Jordá Pardo, Jesús F. (eds.), *Arqueología castreña en Asturias*. Gijón: UNED, Centro Asociado de Asturias. (Entemu; 16), 123-137.
- Fanjul Peraza, Alfonso; Fernández Rodríguez, Carlos; López Pérez, María Catalina y Álvarez Peña, Alberto (2007): «Excavaciones en el castro de la Garba (Teverga), Asturias. Primeros trazos arqueológicos del poblamiento castreño de alta montaña». En: Fanjul Peraza, Alfonso (ed.), *Estudios Varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*. Madrid: Ayuntamiento de Teverga; Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, 49-75.
- Fanjul Peraza, Alfonso; Fernández Rodríguez, Carlos; López Pérez, María Catalina y Álvarez Peña, Alberto (2009): «Excavaciones en los castros de La Cogollina y La Garba (Teverga). Pautas del poblamiento castreño en un valle de montaña». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 6: 465-472.

- Fanjul Peraza, Alfonso y Marín Suárez, Carlos (2006): «La metalurgia del hierro en la Asturias castreña: nuevos datos y estado de la cuestión». *Trabajos de Prehistoria*, 63(1): 113-131.
- Fanjul Peraza, Alfonso y Menéndez Bueyes, Luis Ramón (2003-2007): «Antiguas y canales. El complejo minero romano de Les Mueches-Ablaneda (Salas, Asturias)». *Nivel Cero*, 11: 79-94.
- Fanjul Peraza, Alfonso y Menéndez Bueyes, Luis Ramón (2004): *El complejo castreño de los astures transmontanos*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Fano Martínez, Miguel Ángel (1996): «El Mesolítico en Asturias: delimitación cronológica y funcional». *Complutum*, 7: 51-62.
- Fano Martínez, Miguel Ángel y Cubas Morera, Miriam (2012): «Algunas reflexiones acerca del final del Asturiense». En: Muñiz Álvarez, Juan R. (ed.), *Ad Orientem. Del final del Paleolítico en el norte de España a las primeras civilizaciones del Oriente Próximo. Estudios en homenaje a Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco*. Oviedo: Universidad de Oviedo – Ménsula ediciones, 275-289.
- Fano Martínez, Miguel Ángel; Cubas Morera, Miriam y Wood, Rachel (2015): «The first farmers in Cantabrian Spain: Contribution of numerical chronology to understand an historical process». *Quaternary International*, 364: 153-161.
- Farci, Carlotta (2014): *Investigating Bronze Production in the Iron Age of the Iberian Peninsula – A Case study: El Castro, Vigaña (Belmonte de Miranda, Asturias, NW Spain)*. London: UCL Institute of Archaeology. MSc dissertation [unpublished].
- Fernández-Posse, María Dolores (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Fernández-Posse, María Dolores (2000a): «La mujer en la cultura Castreña Astur». *Arqueología Espacial*, 22: 143-160.
- Fernández-Posse, María Dolores (2000b): «Las comunidades astures castreñas en época romana». En: Sánchez-Palencia, Francisco Javier (ed.), *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la "Asturia Augustana"*. León: Instituto Leonés de Cultura, 47-108.
- Fernández-Posse, María Dolores (2001): «La arqueología de los pueblos del Norte». *Edades: Revista de Historia*, 8: 11-29.
- Fernández-Posse, María Dolores y Sánchez-Palencia, Francisco Javier (1988): *La Corona y El Castro de Corporales II*. Madrid: Ministerio de Cultura. (Excavaciones Arqueológicas en España; 153).
- Fernández-Posse, María Dolores y Sánchez-Palencia, Francisco Javier (1998): «Las comunidades campesinas en la Cultura Castreña». *Trabajos de Prehistoria*, 55: 127-150.
- Fernández Buelta, J.M. (1950): «Castro de Arancedo». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 10: 179-190.
- Fernández Conde, Francisco Javier y Pedregal Montes, María Antonia (1995-1996): «Santo Adriano de Tuñón. Historia de un territorio en los siglos de transición ». *Asturiensia Medievalia*, 8: 79-110.
- Fernández Conde, Francisco Javier y Pedregal Montes, María Antonia (1998): «Evolución histórica del territorio de Santo Adriano y génesis del poblamiento medieval». *Studia historica. Historia medieval*, 16: 129-172.
- Fernández Conde, Francisco Javier; Suárez Álvarez, María Jesús y Gutiérrez González, José Avelino (1997): «A transición en Asturias. Aproximación historiográfica e percepción do territorio astur na alta Idade Media». En: *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 391-412.
- Fernández Fernández, Jesús (2009): «Una contribución a la lectura crítica de determinadas fuentes de información arqueológicas mediante la utilización de los SIG: los castros del valle del Trubia». *Territorio, Sociedad y Poder*, 4: 5-46.
- Fernández García, Felipe (1992): «El Valle del Pigüña-Somiedo: Concejos de Somiedo y Miranda». En: Morales Matos, Guillermo (ed.), *Geografía de Asturias, tomo III*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 109-128.
- Fernández Götz, Manuel Alberto y Ruiz Zapatero, Gonzalo (2011): «Hacia una Arqueología de la Etnicidad». *Trabajos de Prehistoria*, 68(2): 219-236.
- Fernández Manzano, Julio (1984): «Armas y útiles metálicos del Bronce Final en la Meseta Norte». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 50: 5-25.
- Fernández Manzano, Julio (1996): «Calcolítico y Edad del Bronce en la provincia de León». En: *ArqueoLeón. Historia de León a través de la arqueología*. León: Junta de Castilla y León – Diputación Provincial de León, 29-40.
- Fernández Martínez, Víctor M. (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Barcelona: Crítica.

- Fernández Martínez, Víctor M. (2010): «¿Pero tiene alguien razón? El problema de la objetividad y la crisis postmoderna en Historia y Arqueología». En: Cardete Del Olmo, María Cruz (ed.), *La Antigüedad y sus Mitos. Narrativas históricas irreverentes*. Madrid: Siglo XXI, 169-183.
- Fernández Mier, Margarita (1994): «La estela romana de Villaverde». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 144: 695-700.
- Fernández Mier, Margarita (1995): *Documentos del Monesteriu de Balmonte (sieglu XIII)*. Oviedo: Academia de la Llingua Asturiana. (Fontes de la Llingua Asturiana; 2).
- Fernández Mier, Margarita (1996a): «Análisis arqueológico de la configuración del espacio agrario medieval asturiano». *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 33: 287-318.
- Fernández Mier, Margarita (1996b): «Transformación del poblamiento en la transición del mundo antiguo al medieval en la montaña asturiana (Península Ibérica)». *Archeologia Medievale*, 23: 101-128.
- Fernández Mier, Margarita (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- Fernández Mier, Margarita (2001): *Documentos del Monasterio de Balmonte (siglos XIV y XV)*. Oviedo: Academia de la Llingua Asturiana. (Fontes de la Llingua Asturiana; 5).
- Fernández Mier, Margarita (2002): «L'espaci u agrariu en Miranda». *Cultures. Revista Asturiana de Cultura*, 11: 259-278.
- Fernández Mier, Margarita (2003): «El Camín Real de la Mesa». *Escardar*, 2: 11-13.
- Fernández Mier, Margarita (2006): «La articulación del territorio en la montaña cantábrica en época tardoantigua». En: Espinosa Ruiz, Urbano y Castellanos, Santiago (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía*. Logroño: Universidad de La Rioja, 265-289.
- Fernández Mier, Margarita (2009): «La génesis de la aldea en las provincias de Asturias y León». En: Quirós Castillo, Juan Antonio (ed.), *The Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*. Bilbao: Universidad del País Vasco, Documentos de Arqueología e Historia 1, 149-165.
- Fernández Mier, Margarita (2010): «Campos de cultivo en la Cordillera Cantábrica. La Agricultura en zonas de montaña». En: Kirchner, Helena (ed.), *Por una arqueología agraria. Perspectivas de investigación sobre espacios de cultivo en las sociedades medievales hispánicas*. Oxford: BAR Int. Series 2062, 41-59.
- Fernández Mier, Margarita (2011): Changing scales of local power in the Early Medieval Iberian North-West. En: Escalona Monge, Julio y Reynolds, Andrew (eds.), *Scale and Scale changes in the Early Middle Ages. Exploring landscape, local society and the World Beyond*. Turnhout: Brepols. (The Medieval Countryside; 6), 87-117.
- Fernández Mier, Margarita y Álvarez García, Mariano (1996): *Toponimia. Conceyu de Balmonte (3). Parroquia de Vigaña*. Oviedo: Academia de la Llingua Asturiana. (Toponimia; 54).
- Fernández Mier, Margarita y Álvarez García, Mariano (1997): «Los trabajos de la recogida de la hierba en el concejo de Miranda». *Cultures. Revista Asturiana de Cultura*, 6: 273-286.
- Fernández Mier, Margarita; Aparicio Martínez, Patricia; González Álvarez, David; Fernández Fernández, Jesús y Alonso González, Pablo (2013a): «Proyecto de Investigación: La formación de los paisajes agrarios del Noroeste peninsular durante la Edad Media (siglos V al XII)». *Debates de Arqueología Medieval*, 3: 359-374.
- Fernández Mier, Margarita; Fernández Fernández, Jesús; Alonso González, Pablo; López Sáez, José Antonio; Pérez Díaz, Sebastián y Hernández Beloqui, Begoña (2014): «The investigation of currently inhabited villages of medieval origin: Agrarian archaeology in Asturias (Spain)». *Quaternary International*, 346: 41-55.
- Fernández Mier, Margarita y Fernández Hevia, José María (1998): «Un microespacio en la montaña asturiana: Presorias». *Arqueología y territorio medieval*, 5: 91-108.
- Fernández Mier, Margarita y González Álvarez, David (2013): «Más allá de la aldea: Estudio diacrónico del paisaje en el entorno de Vigaña (Belmonte de Miranda)». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 353-365.
- Fernández Mier, Margarita; López Gómez, Pablo y González Álvarez, David (2013b): «Prácticas ganaderas en la Cordillera Cantábrica. Aproximación multidisciplinar al estudio de las áreas de pasto en la Edad Media». *Debates de Arqueología Medieval*, 3: 167-219.

- Fernández Moreno, José Javier (2013): *El bronce antiguo en el Alto Duero: Los poblados del Parpantique de Balluncar y los Torojones de Morcuera (Soria)*. Valladolid: Ediciones Universidad de Valladolid (Studia Archaeologica; 98).
- Fernández Ochoa, Carmen (2006): «Los castros y el inicio de la romanización en Asturias. Historiografía y debate». *Zephyrus*, 59: 275-288.
- Fernández Ochoa, Carmen y Morillo Cerdán, Ángel (1999): *La tierra de los astures. Nuevas perspectivas sobre la implantación romana en la antigua Asturias*. Gijón: Trea.
- Fernández Ochoa, Carmen y Morillo Cerdán, Ángel (2007): «Astures y romanos. Claves para una interpretación historiográfica de la romanización en Asturias». En: Fernández-Tresguerres, Juan (ed.), *Astures y romanos: Nuevas perspectivas*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 11-26.
- Fernández Rodríguez, Carlos (1996): «La ganadería y la caza desde la Edad del Hierro hasta los inicios de la Edad Media en el Noroeste». *Férvedes*, 3: 201-216.
- Fernández Rodríguez, Carlos (2003): *Ganadería, caza y animales de compañía en la Galicia romana: estudio arqueozoológico*. La Coruña: Museo de San Antón, Brigantium 15.
- Fernández Rodríguez, Carlos (2005): «Estudio dos restos faunísticos exhumados no Castro Grande. Campaña de 2004». En: Ayán Vila, Xurxo M. (ed.), *Os Castros de Neixón, Boiro, A Coruña. A recuperación dende a Arqueoloxía dun espazo social e patrimonial*. Noia: Toxosoutos. (Serie Keltia; 30), 231-246.
- Fernández Rodríguez, Carlos (2007): «Análisis de los restos óseos de macromamíferos del castro de la Cogollina (Asturias)». En: Fanjul Peraza, Alfonso (ed.), *Estudios Varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*. Madrid: Ayuntamiento de Teverga; Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, 41-48.
- Fernández Rodríguez, Carlos (2008): «Os macromamíferos do Castro Grande de O Neixón». En: Ayán Vila, Xurxo M. (ed.), *Os Castros de Neixón (Boiro, A Coruña) II. De espazo natural a paisaxe cultural*. Noia: Toxosoutos. (Serie Keltia; 40), 223-247.
- Fernández Rodríguez, Carlos (2011): «Environment and Animal Resources in the Upper Pleistocene and Early Holocene of Northwest Iberia». En: De Lombera Hermida, Arturo y Fábregas Valcarce, Ramón (eds.), *To the West of Spanish Cantabria. The Palaeolithic Settlement of Galicia*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 2283), 43-51.
- Fernández Salinas, Víctor (2013): «Los paisajes de interés cultural de Asturias». *Ería*, 91: 129-149.
- Fernández Vega, Pedro Ángel; Bolado del Castillo, Rafael; Callejo Gómez, Joaquín y Mantecón Callejo, Lino (2012): «El castro de Las Rabas (Cervatos, Cantabria) y las Guerras Cántabras: resultados de las intervenciones arqueológicas de 2009 y 2010». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 63: 213-253.
- Fleming, Andrew (1999): «Phenomenology and the Megaliths of Wales: a Dreaming Too Far?». *Oxford Journal of Archaeology*, 18(2): 119-125.
- Fleming, Andrew (2005): «Megaliths and post-modernism: the case of Wales». *Antiquity*, 79(306): 921-932.
- Fleming, Andrew (2006a): «Post-processual Landscape Archaeology: a Critique». *Cambridge Archaeological Journal*, 16(3): 267-280.
- Fleming, Andrew (2006b): «What Landscape Means to Me». *Landscapes*, 7(1): 122-126.
- Fleming, Andrew (2012a): «The future of landscape archaeology». En: Kluiving, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series, 461-470.
- Fleming, Andrew (2012b): «Landscape Archaeology and British Prehistory: questions of heuristic value». En: Jones, Andrew Meirion; Pollard, Joshua; Allen, Michael J. y Gardiner, Julie (eds.), *Image, Memory and Monumentality. Archaeological engagements with the material world: a celebration of the academic achievements of Professor Richard Bradley*. Oxford: Oxbow Books; The Prehistoric Society. (Prehistoric Society Research Paper; 5), 64-72.
- Fombella Blanco, María Amor y García-Rovés Fernández, E. (2006): «Estudio palinológico del Castro de Llagú, Latores (Oviedo)». En: Fernández-Martínez, E. (ed.), *XXII Jornadas de la Sociedad Española de Paleontología y simposios de los proyectos PICG 493, 503, 499, y 467. Libro de Resúmenes*. León: Universidad de León, 39-40.
- Fowler, Peter J. (1983): *The Farming of Prehistoric Britain*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fowler, Peter J. (2003): *World Heritage Cultural Landscapes 1992-2002*. Paris: UNESCO World Heritage Centre. (World Heritage Papers; 6).



- Frachetti, Michael D. (2008): «Variability and Dynamic Landscapes of Mobile Pastoralism in Ethnography and Prehistory». En: Barnard, Hans y Wendrich, Willeke (eds.), *The Archaeology of Mobility. Old World and New World Nomadism*. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, University of California, 366-396.
- Frere, S.S. y St Joseph, J.K. (1983): *Roman Britain from the Air*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Funnell, Don y Parish, Romola (2001): *Mountain Environments and Communities*. New York: Routledge.
- G**abinete Arqueológico, S.L. (2000): *Túmulo de Picos Prietos. Sondeos arqueológicos. Proyecto de Parque eólico en la Sierra de Begega (Belmonte, Principado de Asturias)*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Gabinete Arqueológico, S.L. (2003): *Túmulos de Las Cobertorias. Sondeos arqueológicos. Proyecto de Parque eólico en la Sierra de Begega (Belmonte, Principado de Asturias)*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Gabinete Arqueológico, S.L. (2005-2006): *Parque Eólico Belmonte, S.A. Proyecto de Parque Eólico en la Sierra de Begega (Belmonte, Principado de Asturias). Control y Seguimiento Arqueológico*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Gabinete Arqueológico, S.L. (2007): *Memoria del Proyecto de Seguimiento Arqueológico de las obras de construcción del P.E. Parque Eólico en la Sierra de Begega (Belmonte de Miranda)*. Consejería de Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Galán Domingo, Eduardo y Martín Bravo, Ana María (1991-1992): «Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo». *Zephyrus*, 44-45: 193-205.
- Galán Domingo, Eduardo y Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (2001): «Rutas ganaderas, transterminancia y caminos antiguos. El caso del Occidente peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro». En: Gómez-Pantoja Fernández-Salguero, Joaquín (ed.), *Los rebaños de Gerión: pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval*. Madrid: Casa de Velázquez, 263-278.
- Galaty, John G. y Johnson, Douglas L. (eds.) (1990): *The World of pastoralism: Herding systems in comparative perspective*. London: Belhaven Press.
- Galop, Didier y López Sáez, José Antonio (2002): «Histoire agraire et paléoenvironnement: les apports de la palynologie et des microfossiles non-polliniques». *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 42(1-2): 161-164.
- Gallego, José Luis R.; Ortiz, José E.; Sierra, Carlos; Torres, Trinidad y Llamas, J.F. (2013): «Multivariate study of trace element distribution in the geological record of Roñanzas Peat Bog (Asturias, N. Spain). Paleoenvironmental evolution and human activities over the last 8000 cal yr BP». *Science of the Total Environment*, 454-455: 16-29.
- Gallego Lletjós, Núria (2013): *El Mesolítico en la Península Ibérica. Historia crítica de la investigación y estado actual del conocimiento*. Madrid: Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral accesible en: <http://eprints.ucm.es/24018/>.
- Gándara, Manuel (1990): «La Analogía Etnográfica como Heurística: Lógica Muestreal, Dominios Ontológicos e Historicidad». En: Sugiura, Yoko y Serra, Mari Carmen (eds.), *Etnoarqueología. Primer Coloquio Bosch-Gimpera*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 43-82.
- García-Escárcaga, Asier (2013): «El Mesolítico Asturiense en el Occidente de Cantabria: revisión de la información disponible a través de una reflexión crítica». *Kobie. Paleoantropología*, 32: 113-130.
- García Antón, Mercedes; Gil Romera, Graciela; Pagés, J.L. y Alonso Millán, A. (2006): «The Holocene pollen record in the Villaviciosa Estuary (Asturias, North Spain)». *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 237(2-4): 280-292.
- García Arias, Xosé Lluís (2000): *Pueblos asturianos. El porqué de sus nombres*. Xixón: Alborá Llibros.
- García Casas, David (2013): «Aproximación al poblamiento de las zonas de alta montaña pirenaicas desde la Arqueología y la Etnografía». *Sagvntvm*, 45: 221-239.
- García de Celis, Alipio y Martínez Fernández, L.C. (2002): «Morfología glaciar de las montañas de la cuenca alta de los ríos Sil, Omaña, Luna y Bernesga: revisión y nuevos datos (Montaña Occidental de León)». En: Redondo Vega, J.M.; Gómez-Villar, A.; González- Gutiérrez, J.B. y Carrera Gómez, P. (eds.), *El modelado de origen glaciar en las montañas leonesas*. León: Universidad de León, 137-196.
- García Díaz, Paloma (1989): «La vía de La Mesa en su tramo costero. Nuevas aportaciones». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 131: 609-648.

- García Fernández, Alicia (2009): *Intervención arqueológica vinculada al seguimiento arqueológico del Proyecto "Parque eólico Valdesamario"*. León: Comisión Territorial de Patrimonio Cultural, Servicio Territorial de Cultura y Turismo, Delegación Territorial de León, Junta de Castilla y León. Nº exp. 236/2008.
- García Fernández, Alicia (2010): *Informe de la excavación arqueológica en el Parque eólico San Feliz*. León: Comisión Territorial de Patrimonio Cultural, Servicio Territorial de Cultura y Turismo, Delegación Territorial de León, Junta de Castilla y León. Nº exp. 237/2008.
- García Fernández, E.; García Fernández, J.L. y Fernández de Quirós, C. (1976): *El Camino Real del Puerto La Mesa*. León: Colegio de arquitectos de Asturias y León.
- García Fernández, Jesús (1988): *Sociedad y organización tradicional del espacio en Asturias*. Gijón: Silverio Cañada Editor. (Biblioteca Histórica Asturiana; 4).
- García Martínez, Adolfo (1988): *Los vaqueiros de alzada de Asturias. Un estudio histórico-antropológico*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias.
- García Martínez, Adolfo (2003): «La trashumancia en Asturias». En: Elías Pastor, L. y Novoa Portela, F. (eds.), *Un camino de ida y vuelta. La trashumancia en España*. Barcelona: Lunwerg editores, 95-107.
- García Martínez, Adolfo (2007): *El agua en la Asturias tradicional*. Gijón: Red de Museos Etnográficos de Asturias.
- García Martínez, Adolfo (2008): *Antropología de Asturias I. La cultura tradicional, Patrimonio de futuro*. Oviedo: KRK.
- García Martínez de Lagrán, Íñigo (2014): «La neolitización de la meseta norte y de la alta y media cuenca del Ebro (España): premisas teóricas, análisis del registro y planteamiento de hipótesis». *Zephyrus*, 73: 83-107.
- García Martínez de Lagrán, Íñigo (2015): «Recent Data and Approaches on the Neolithization of the Iberian Peninsula». *European Journal of Archaeology*, 18(3): 429-453.
- García Martínez de Lagrán, Íñigo; Garrido Pena, Rafael; Rojo Guerra, Manuel Ángel y Tejedor Rodríguez, Cristina (2012): «Historia de un debate: planteamientos teóricos sobre la neolitización de Europa y la Península Ibérica». En: Rojo Guerra, Manuel Ángel; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 71-94.
- García Puchol, Oretó; Barton, C. Michael; Bernabeu Aubán, Joan y Aura Tortosa, J. Emili (2010): «Las ocupaciones prehistóricas del Barranc de l'Encantada (Beniarrés, Alacant). Un primer balance de la intervención arqueológica, en el área a través del análisis del registro lítico». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 10: 25-42.
- García Sánchez, Jesús (2009): «El uso político de objetos arqueológicos: las estelas gigantes de Cantabria». *Saldvie*, 9: 249-263.
- García Sanjuán, Leonardo (2005): *Introducción al Reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- García y Bellido, Antonio (1942): «El castro de Coaña (Asturias). Nuevas aportaciones». *Archivo Español de Arqueología*, 15(48): 216-244.
- Garrido Pena, Rafael (2000): *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 A.C.)*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 892).
- Garrido Pena, Rafael; Rojo Guerra, Manuel A.; Tejedor Rodríguez, Cristina y García Martínez de Lagrán, Íñigo (2012a): «Las máscaras de la muerte: ritos funerarios en el Neolítico de la Península Ibérica». En: Rojo Guerra, Manuel A.; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 143-171.
- Garrido Pena, Rafael; Rojo Guerra, Manuel Ángel; García Martínez de Lagrán, Íñigo y Tejedor Rodríguez, Cristina (2012b): «Cuenca del Duero». En: Rojo Guerra, Manuel Ángel; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 463-505.
- Gassin, Bernard; Bicho, Nuno Ferreira; Bouby, Laurent; Buxó Capdevila, Ramón; Carvalho, António Faustino; Clemente Conte, Ignacio; Gibaja Bao, Juan Francisco; González Urquijo, Jesús Emilio; Ibáñez Estévez, Juan José; Linton, Jimmy; Marinval, Philippe; Márquez, Belén; Peña Chocarro, Leonor; Pérez Jordá, Guillem; Philibert, Sylvie; Rodríguez Rodríguez, Amelia y Zapata Peña, Lydia (2010): «Variabilité des techniques de récolte et traitement des céréales dans l'occident méditerranéen au Néolithique ancien et moyen: facteurs environnementaux, économiques et sociaux». En: Beeching, Alan; Thirault, Eric y Vital, Joël (eds.), *Actes des 7èmes Rencontres*

- Méridionales de Préhistoire Récentes, Lyon-Bron, 3-4 novembre 2006*. Lyon: Maison de l'Orient et de la Méditerranée. (Documents d'archéologie en Rhône-Alpes et Auvergne; 34), 19-38.
- Gassiot Ballbè, Ermengol y Garcia Casas, David (2014): «Histories d' ovelles i pastures. Arqueologia dels darrers segles de ramaderia a l'alta muntanya». *Afers: fulls de recerca i pensament*, 78: 451-470.
- Gassiot Ballbè, Ermengol; Pèlachs Mañosa, Albert; Bal-Serin, Marie-Claude; García Díaz, Virginia; Julià Brugués, Ramón; Rodríguez Antón, David y Astrou, Anne-Charlotte (2010): «Dynamiques des activités anthropiques sur un milieu montagnard dans les pyrénées occidentales catalanes pendant la période de la préhistoire: une approche multidisciplinaire». En: Tzortzis, Stéfan; Delestre, Xabier y Greck, Jennifer (eds.), *Archéologie de la montagne européenne. Actes de la table ronde internationale de Gap, 29 septembre-1<sup>er</sup> octobre 2008*. Aix-en-Provence: Éditions Errance; Centre Camille Jullian. (Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine; 4), 33-43.
- Gassiot Ballbè, Ermengol; Rodríguez Antón, David; Burjachs i Casas, Francesc; Antolín, Ferran y Ballesteros, A. (2012): «Poblamiento, explotación y entorno natural de los estadios alpinos y subalpinos del Pirineo central durante la primera mitad del Holoceno». *Cuaternario y Geomorfología*, 26(3-4): 29-45.
- Gassiot Ballbè, Ermengol; Rodríguez Antón, David; Pèlachs Mañosa, Albert; Pérez Obiol, Ramon; Julià Brugués, Ramón; Bal-Serin, Marie-Claude y Mazzucco, Niccolò (2014): «La alta montaña durante la Prehistoria: 10 años de investigación en el Pirineo catalán occidental». *Trabajos de Prehistoria*, 71(2): 261-281.
- Gero, Joan (1996): «Archaeological practice and gendered encounters with field data». En: Wright, Rita P. (ed.), *Gender and Archaeology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 251-280.
- Gil García, María José; Ruiz Zapata, M. Blanca; Dorado Valiño, Miriam y Valdeolmillos Rodríguez, Ana (2003): «El paisaje vegetal en el entorno del Castro de Samartín (Asturias): estudio polínico». *Polen*, 13: 45-53.
- Gillis, R.; Carrère, I.; Saña Seguí, M.; Radi, G. y Vigne, J-D. (en prensa): «Neonatal Mortality, Young Calf Slaughter and Milk Production during the Early Neolithic of North Western Mediterranean». *International Journal of Osteoarchaeology*, 10.1002/oa.2422.
- Gilliver, Catherine M. (1993a): «The *de munitionibus castrorum*: Text and Translation». *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 4: 33-48.
- Gilliver, Catherine M. (1993b): «Hedgehogs, caltrops and palisade stakes». *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 4: 49-54.
- Gilliver, Catherine M. (1999): *The Roman Art of War*. Stroud: Tempus.
- Gojda, Martin (2003): «Archaeology and Landscape studies in Europe: Approaches and concepts». En: Laszlovszky, József y Szabó, Péter (eds.), *People and Nature in Historical Perspective*. Budapest: Archaeolingua; Department of Medieval Studies, Central European University, 35-51.
- Gojda, Martin y Hejzman, Michal (2012): «Cropmarks in main field crops enable the identification of a wide spectrum of buried features on archaeological sites in Central Europe». *Journal of Archaeological Science*, 39(6): 1655-1664.
- Gómez-Barrera, Juan A. (1992): «Manifestaciones de la facies esquemática en el centro y norte de la Península Ibérica». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 5: 231-264.
- Gómez Gómez, Pedro (2006): *La lucha secular por la supervivencia en la Montaña de Riaño*. Oviedo: Universidad de Oviedo, Vicerrectorado de Investigación.
- Gómez Moreno, Manuel (1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de León (1906-1908)*. Madrid.
- Gómez Puche, Magdalena y Díez Castillo, Agustín (2005): «El proceso de neolitización a través de los espacios domésticos en los yacimientos neolíticos al aire libre». En: Arias Cabal, Pablo; Ontañón Peredo, Roberto y García-Moncó Piñeiro, Cristina (eds.), *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica. Santander, 5 a 8 de octubre de 2003*. Santander: Universidad de Cantabria. (Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria; 1), 475-484.
- Gómez Vila, Javier (2005): «Camino y túmulos. Aproximación al estudio de los caminos megalíticos en el noroeste peninsular». En: Arias Cabal, Pablo; Ontañón Peredo, Roberto y García-Moncó Piñeiro, Cristina (eds.), *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica. Santander, 5 a 8 de octubre de 2003*. Santander: Universidad de Cantabria. (Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria; 1), 405-412.
- González Álvarez, David (2007): «Aproximación etnoarqueológica a los Vaqueiros d'Alzada: un grupo ganadero trashumante de la montaña asturiana». *ArqueoWeb*, 8(2): <[http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8\\_2/conjunto8\\_2.htm](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8_2/conjunto8_2.htm)>.

- González Álvarez, David (2008): «Etnoarqueología del paisanaje tradicional como fuente de información en Arqueología». En: Orjia (ed.), *Actas de las I Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica: Dialogando con la cultura material (JIA 2008)*, Tomo I. Madrid: Ediciones CERSA, 237-244.
- González Álvarez, David (2009a): «Aportaciones de la Etnoarqueología al estudio de la Edad del Hierro en el Occidente cantábrico». En: Marín Suárez, Carlos y Jordá Pardo, Jesús F. (eds.), *Arqueología castreña en Asturias*. Gijón: UNED, Centro Asociado de Asturias. (Entemu; 16), 65-85.
- González Álvarez, David (2009b): *La Cuenca del Pigüña (Asturias) en el I milenio a.C.: poblamiento y subsistencia*. Madrid: Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid. Trabajo de Tercer Ciclo, inédito.
- González Álvarez, David (2010): «El Parque Eólico Sierra de Carondio: Una oportunidad perdida para el conocimiento de la Prehistoria reciente cantábrica». *Estrat Crític*, 4: 75-88.
- González Álvarez, David (2011a): «Arqueología, Folklore y comunidades locales: los castros en el medio rural asturiano». *Complutum*, 22(1): 133-153.
- González Álvarez, David (2011b): «Casas nuevas para nuevos tiempos. Cambio cultural y materialidad en las brañas-pueblo de Somiedu (Asturias)». En: Orjia (ed.), *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA 2009)*, tomo II. Zaragoza: Libros Pórtico, 775-782.
- González Álvarez, David (2011c): «De la cultura castreña al mosaico castreño: Una aproximación en términos sociales a la variabilidad de las formas de poblamiento de las comunidades castreñas del Noroeste peninsular y orla cantábrica». En: *Actas de las III Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA 2010)*. Barcelona: Estrat Jove Col·lectiu d'Arqueologia. (Estrat Crític; 5-I), 213-226.
- González Álvarez, David (2011d): «Movilidad ganadera entre las comunidades castreñas cantábricas: el valle del Pigüña (Asturias) como caso de estudio». En: Orjia (ed.), *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA 2009)*, tomo I. Zaragoza: Libros Pórtico, 147-156.
- González Álvarez, David (2011e): «Vías romanas de montaña entre Asturias y León. La integración de la *Asturia transmontana* en la red viaria de Hispania». *Zephyrus*, 67: 171-192.
- González Álvarez, David (2013a): «Del precariado a la nada. La situación laboral de la Arqueología Comercial en el Estado Español a comienzos del s. XXI». En: Almansa Sánchez, Jaime (ed.), *Arqueología Pública en España*. Madrid: JAS Arqueología, 151-168.
- González Álvarez, David (2013b): «Traditional Pastoralism in the Asturian Mountains: an Ethnoarchaeological View on Mobility and Settlement Patterns». En: Lugli, Francesca; Stoppiello, Alessandra Assunta y Biagetti, Stefano (eds.), *Ethnoarchaeology: Current Research and Field Methods. Conference Proceedings, Rome, Italy, 13th–14th May 2010*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 2472), 202-208.
- González Álvarez, David y Alonso González, Pablo (2013): «The 'Celtic-Barbarian Assemblage': Archaeology and Cultural Memory in the Fiestas de Astures y Romanos, Astorga, Spain». *Public Archaeology*, 12(3): 155-180.
- González Álvarez, David y Alonso González, Pablo (2014): «De la representación cultural de la otredad a la materialización de la diferencia: Arqueología contemporánea de la domesticidad entre los vaqueiros d'alzada y los maragatos (España)». *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 46(4): 607-623.
- González Álvarez, David; Álvarez Martínez, Valentín; Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio; Menéndez Blanco, Andrés y Colloto Montero, Jacob (2011a): «¿Un nuevo establecimiento militar romano en la Asturia transmontana? El Picu Viyao (Piloña, Asturias)». *Férvedes*, 7: 225-234.
- González Álvarez, David; Fernández Mier, Margarita y López Gómez, Pablo (2016): «An Archaeological Approach to the brañas: summer farms in the pastures of the Cantabrian Mountains (northern Spain)». En: Collis, John R.; Pearce, Mark y Nicolis, Franco (eds.), *Summer Farms. Seasonal Exploitation of the Uplands from Prehistory to the Present*. Sheffield: Equinox Publishing. (Sheffield Archaeological Monographs; 16),
- González Álvarez, David y Marín Suárez, Carlos (2012): «Celts, Collective Identity and Archaeological Responsibility: Asturias (Northern Spain) as case study». En: Karl, Raimund; Leskovar, Jutta y Moser, Stefan (eds.), *Interpretierte Eisenzeiten. Die erfundenen Kelten – Mythologie eines Begriffes und seine Verwendung in Archäologie, Tourismus und Esoterik. Tagungsbeiträge 4. Linzer Eisenzeitgespräche zur interpretativen Eisenzeitarchäologie*. Hallein: Oberösterreichischen Landesmuseum. (Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich; 31), 173-184.



- González Álvarez, David; Menéndez Blanco, Andrés y Álvarez Martínez, Valentín (2008): «El campamento de Moyapán (Ayande, Asturias)». *Férvedes*, 5: 363-371.
- González Álvarez, David; Menéndez Blanco, Andrés; Álvarez Martínez, Valentín y Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio (2011b): «El Mouru y la presencia del ejército romano en La Mesa». En: Mañana Vázquez, Guillermo (ed.), *El Camín Real de la Mesa, Vol. II*. Oviedo: CajAstur, 160-168.
- González Álvarez, David; Menéndez Blanco, Andrés; Álvarez Martínez, Valentín y Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio (2011-2012): «Los campamentos romanos de El Mouru (Grau-Miranda, Asturias) en la vía de La Mesa». *BSAA Arqueología: Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología*, 77-78: 245-267.
- González Álvarez, David y Rodríguez Hernández, Jesús (2011): «Arqueología en áreas de montaña. Ganadería, movimientos pastoriles y cultura material». En: Orjia (ed.), *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA 2009), tomo I*. Zaragoza: Libros Pórtico, 121-122.
- González Echegaray, Joaquín (1986): *Cantabria Antigua*. Santander: Ediciones TANTIN.
- González Echegaray, Joaquín (1999): «Las guerras cántabras en las fuentes». En: *Las Guerras Cántabras*. Santander: Fundación Marcelino Botín, 145-169.
- González García, Francisco Javier (2007): «Celtismo e Historiografía en Galicia: En busca de los celtas perdidos». En: González García, Francisco Javier (ed.), *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, 9-130.
- González García, Francisco Javier (2009): «Between warriors and champions: warfare and social change in the Later Prehistory of the North-Western Iberian Peninsula». *Oxford Journal of Archaeology*, 28(1): 59-76.
- González García, Francisco Javier; Parceró Oubiña, César y Ayán Vila, Xurxo M. (2011): «Iron Age Societies against the State: An Account of the Emergence of the Iron Age in North-western Iberia». En: Moore, Tom y Armada Pita, Lois (eds.), *Atlantic Europe in the first millennium BC: Crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, 285-231.
- González Gómez de Agüero, Eduardo (2013): *La Ictiofauna de los Yacimientos Arqueológicos del Noroeste de la Península Ibérica*. León: Universidad de León. Tesis doctoral accesible en: <https://buleria.unileon.es/handle/10612/3378>.
- González Gómez de Agüero, Eduardo; Bejega García, Víctor; Fernández Rodríguez, Carlos; Fuertes Prieto, María Natividad y Álvarez García, Juan Carlos (2014): «Moluscos dulceacuícolas en yacimientos arqueológicos: el registro en la provincia de León (Península Ibérica)». *Archaeofauna*, 23: 51-67.
- González Gómez de Agüero, Eduardo; Bejega García, Víctor y Muñoz Villarejo, Fernando (2015): «El poblamiento castreño en la montaña leonesa: el caso de La Peña del Castro (La Ercina, León)». *Férvedes*, 8: 191-200.
- González González, E. (2003): «Semeya d'una desconocida: ¿Pelsina de Doriga?». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 15: 34-37.
- González Marcén, Paloma; Lull, Vicente y Risch, Robert (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 A.C. Una introducción a la edad del bronce*. Madrid: Síntesis.
- González Marcén, Paloma; Montón Subías, Sandra y Picazo Gurina, Marina (2005): «Movilidad y vida cotidiana: la construcción del espacio doméstico en las comunidades de la prehistoria reciente del nordeste de Iberia». En: González Marcén, Paloma; Montón Subías, Sandra y Picazo Gurina, Marina (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi Barcelona, 24-26 de novembre de 2005*. Barcelona: Centre d'Estudis del Patrimoni Arqueològic de la Prehistòria, Universitat Autònoma de Barcelona. (Treballs d'Arqueologia; 11), 135-161.
- González Marcén, Paloma; Montón Subías, Sandra y Picazo Gurina, Marina (2008): «Towards an archaeology of maintenance activities». En: Montón Subías, Sandra y Sánchez Romero, Margarita (eds.), *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1862), 3-8.
- González Morales, Manuel R. (1988): «Un megalito en Valdósín, La Uña, León». *Revista de Arqueología*, 85: 62.
- González Morales, Manuel R. (1994): «Justificando las raíces: política y arqueología en la España autonómica». *Arqcrítica*, 8: 8-10.
- González Morales, Manuel R. (2012): «Cantabria». En: Rojo Guerra, Manuel Ángel; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 255-290.
- González Morales, Manuel R.; Straus, Lawrence Guy; Díez Castillo, Agustín y Ruiz Cobo, Jesús (2004): «Postglacial Coast & Inland: The Epipaleolithic-Mesolithic-Neolithic Transitions in the Vasco-Cantabrian Region». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 56: 61-78.

- González Reboredo, Xosé Manuel (1971): *El Folklore en los castros gallegos*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- González Ruibal, Alfredo (2003a): *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Madrid: Akal Arqueología.
- González Ruibal, Alfredo (2003b): «Restoring Ontological Security: Roman and Native Objects in Early Roman Gallaecia (NW Iberia)». En: Carr, Gillian; Swift, Ellen y Weekes, Jake (eds.), *TRAC 2002: Proceedings of the Twelfth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*. Oxford: Oxbow Books, 29-47.
- González Ruibal, Alfredo (2004): «Facing two seas: Mediterranean and Atlantic contacts in the North-West of Iberia in the First Millennium BC». *Oxford Journal of Archaeology*, 23(3): 287-317.
- González Ruibal, Alfredo (2005): «El castro de Saceda y la jerarquización territorial de la Segunda Edad del Hierro en el Noroeste ibérico». *Zephyrus*, 58: 267-284.
- González Ruibal, Alfredo (2006a): «El giro poscolonial: hacia una etnoarqueología crítica». En: *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*. Barcelona: Institució Milà i Fontanals, 41-59.
- González Ruibal, Alfredo (2006b): «House societies vs. kinship-base societies: an archaeological case from Iron Age Europe». *Journal of Anthropological Archaeology*, 25(1): 144-173.
- González Ruibal, Alfredo (2006c): «Past the Last Outpost: Punic Merchants in the Atlantic Ocean (5<sup>th</sup>-1<sup>st</sup> centuries BC)». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 19(1): 121-150.
- González Ruibal, Alfredo (2006-2007): *Galaicos: Poder y Comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C. - 50 d.C.)*. A Coruña: Museu Arqueolóxico e Histórico Castelo de San Antón. (Brigantium; 18-19).
- González Ruibal, Alfredo (2008a): «Cultura Castrexa. O estado da investigación en Galicia». En: Infante Roura, Faustino y Varela Campos, Paz (eds.), *A Cultura Castrexa: Accións e estratexias para o seu aproveitamento socio-cultural*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 13-29.
- González Ruibal, Alfredo (2008b): «De la Etnoarqueología a la Arqueología del presente». En: Salazar, Juan; Domingo, Inés; Azkarraga, José María y Bonet, Helena (eds.), *Mundos Tribales. Una visión etnoarqueológica*. Valencia: Museu de Prehistòria de València, 16-27.
- González Ruibal, Alfredo (2008c): «Los pueblos del noroeste». En: Gracia Alonso, Francisco (ed.), *De Iberia a Hispania*. Madrid: Ariel, 899-930.
- González Ruibal, Alfredo (2008d): «Time to destroy. An archaeology of supermodernity». *Current Anthropology*, 49(2): 247-279.
- González Ruibal, Alfredo (2011a): «El desastre académico de la arqueología». En: Almansa Sánchez, Jaime (ed.), *El Futuro de la Arqueología en España*. Madrid: JAS Arqueología, 99-104.
- González Ruibal, Alfredo (2011b): «The politics of identity: ethnicity and the economy of power in Iron Age northern Iberia». En: Cifani, Gabriele y Stoddart, Simon (eds.), *Landscape, ethnicity and identity in the archaic Mediterranean area*. Oxford: Oxbow Books, 245-266.
- González Ruibal, Alfredo; Rodríguez Martínez, Rafael y Ayán Vila, Xurxo M. (2010): «Buscando a los púnicos en el Noroeste». *Mainake*, 32(1): 577-600.
- González Santana, Mónica (2013a): «La representación del poder en las comunidades protohistóricas del Noroeste peninsular. Excelencia masculina y cotidianidad femenina». *Raudem, Revista de Estudios de las Mujeres*, 1: 31-49.
- González Santana, Mónica (2013b): *Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del Noroeste peninsular. Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidades de género*. Oviedo: Grupo Deméter - Trabe.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1950): «\*Abia, nombre de corrientes fluviales en la Península Ibérica». *Revista de la Universidad de Oviedo. Revista de Letras*, XI(1-2): 91-111.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1951): «Un fragmento de la estela de Cornellana». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 13: 352-368.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1952a): «Tres vetustos «castiellos» de las cercanías de Grado, Oviedo». *Archivum*, 2: 237-239.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1952b): «Un túmulo prehistórico en Piedrafita de Soto (Las Regueras) y Breve nota sobre el túmulo dolménico de La Cobertoria, cercano a Oviedo». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 16: 175-188.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1956): «Jvpiter Candamivs». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 29: 370-382.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1964): «Otros ríos asturianos de nombre prerromano: (Eo, Navia, Ibias, Varayo, Esva)». *Archivum*, 14: 134-148.

- González y Fernández-Valles, José Manuel (1966): «Catalogación de los Castros Asturianos». *Archivum*, 16: 255-291.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1973a): «Castros asturianos del sector lucense y otros no catalogados». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 28: 143-152.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1973b): «Recuento de túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias». *Archivum*, 23: 5-42.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1975): «Estaciones rupestres de la Edad del Bronce en Asturias». *Archivum*, 25: 513-540.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1976): *Antiguos pobladores de Asturias*. Salinas: Ayalga, Colección Popular Asturiana 3.
- González y Fernández-Valles, José Manuel (1978): *Asturias protohistórica*. Salinas: Ayalga. (Historia de Asturias; 2).
- Gosden, Chris y Head, Lesley (1994): «Landscape, a usefully ambiguous concept». *Archaeology in Oceania*, 29(3): 113-116.
- Gramsci, Antonio (1998): *Para la reforma moral e intelectual*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Graña García, Armando (1983): «El conjunto tumular de «La carreiriega de los gallegos» (Sierra de Carondio, Allande)». *Ástura, Nuevos cortafuegos d'Asturies*, 1: 21-34.
- Graña García, Armando y López Álvarez, Juaco (2007): *Los teitos en Asturias. Un estudio sobre la arquitectura con cubierta vegetal*. Gijón: Red de Museos Etnográficos de Asturias.
- Grau Mira, Ignasi (ed.) (2006): *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Grau Mira, Ignasi y Pérez Rodríguez, Verónica (2008): «Aproximación arqueológica al estudio de los paisajes aterrazados en el área central valenciana». *Lucentum*, 27: 33-50.
- Greider, Thomas y Garkovich, Lorraine (1994): «Landscapes: The Social Construction of Nature and the Environment». *Rural Sociology*, 59(1): 1-24.
- Gurt, Jospe M. y Rodà, Isabel (2005): «El Pont del Diable. El monumento romano dentro de la política territorial augustea». *Archivo Español de Arqueología*, 78(191-192): 147-165.
- Gutiérrez Cuenca, Enrique y Hierro Gárate, José María (2001): «La Guerra Cantábrica: de ficción historiográfica a realidad arqueológica». *Nivel Cero*, 9: 71-96.
- Gutiérrez González, José Avelino (1985): *Poblamiento antiguo y medieval de la montaña central leonesa*. León: Institución "Fray Bernardino de Sahagún".
- Gutiérrez González, José Avelino (1986-1987): «Tipologías defensivas en la cultura castreña de la Montaña Leonesa». *Zephyrus*, 39-40: 329-335.
- Gutiérrez González, José Avelino y Avelló Álvarez, José Luis (1986): *Las pinturas rupestres esquemáticas de Sésamo, Vega de Espinareda (León)*. Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos (Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías; 12).
- Gutiérrez González, José Avelino y Suárez Manjón, Patricia (2009): «Castillos y fortificaciones feudales en Asturias». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 6: 493-517.

- H**aber, Alejandro F. (2009): «Animism, Relatedness, Life: Post-Western Perspectives». *Cambridge Archaeological Journal*, 19(3): 418-430.
- Haber, Alejandro F. (2011a): *La casa, las cosas y los dioses. Arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Haber, Alejandro F. (2011b): «Nometodología Payanesa: Notas de Metodología Indisciplinada». *Revista Chilena de Antropología*, 23(1): 9-49.
- Hadjikoumis, Angelos; Robinson, Erick y Viner, Sarah (eds.) (2011): *Dynamics of Neolithisation in Europe. Studies in honour of Andrew Sherratt*. Oxford: Oxbow Books.
- Harding, Anthony F. (2003): *Sociedades europeas en la Edad del Bronce*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- Harding, Anthony F. y Fokkens, Harry (eds.) (2013): *The Oxford Handbook of the European Bronze Age*. Oxford: Oxford University Press.
- Harris, Edward C. (1991): *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Barcelona: Crítica.
- Harrison, Richard J. y Moreno López, Gloria (1985): «El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios». *Trabajos de Prehistoria*, 42: 51-82.
- Henderson, Jon C. (2007): *The Atlantic Iron Age*. Londres: Routledge.
- Hernández Belouqui, Begoña (s.f.): *Informe palinológico del sondeo de La Sienra, Vigaña de Arcéu (Belmonte de Miranda, Asturias)*. Vitoria-Gasteiz: Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. [Inédito].

- Hernando Gonzalo, Almudena (1994): «El proceso de neolitización, perspectivas teóricas para el estudio del Neolítico». *Zephyrus*, 46: 123-142.
- Hernando Gonzalo, Almudena (1999): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica: una historiografía crítica del Neolítico*. Madrid: Síntesis.
- Hernando Gonzalo, Almudena (2000): «Hombres del tiempo y mujeres del espacio: Individualidad, poder e identidades de género». *Arqueología Espacial*, 22: 23-44.
- Hernando Gonzalo, Almudena (2002): *Arqueología de la Identidad*. Madrid: Akal Arqueología.
- Hernando Gonzalo, Almudena (2006): «Arqueología y Globalización. El problema de la definición del otro en la Postmodernidad». *Complutum*, 17: 221-234.
- Hernando Gonzalo, Almudena (2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Buenos Aires: Katz.
- Hernando Gonzalo, Almudena (2015a): «Identidad relacional y orden patriarcal». En: Hernando Gonzalo, Almudena (ed.), *Mujeres, hombres, poder. Subjetividades en conflicto*. Madrid: Traficantes de Sueños. (Útiles; 15), 83-124.
- Hernando Gonzalo, Almudena (2015b): «¿Por qué la arqueología oculta la importancia de la comunidad?». *Trabajos de Prehistoria*, 72(1): 22-40.
- Herrán Martínez, José Ignacio (2008): *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (Studia Archaeologica; 95).
- Hevia González, Susana y Montes López, Rubén (2009): «Cerámica Romana Altoimperial de fabricación regional del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 35: 27-190.
- Hevia Llavona, Nacho (1997): «Un nuevu hachu neolíticu atopáu n'Asturies: l'hachu de L'Arbeyal y les piedras del rayu». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 4: 36-39.
- Hill, J.D. (1989): «Re-thinking the Iron Age». *Scottish Archaeological Review*, 6: 16-24.
- Hingley, Richard (1984): «The Archaeology of settlement and the social significance of space». *Scottish Archaeological Review*, 3(1): 22-27.
- Hingley, Richard (1996): «Ancestors and identity in the later prehistory of Atlantic Scotland: the reuse and invention of Neolithic monuments and material culture». *World Archaeology*, 28(2): 231-243.
- Hingley, Richard (1999): «The Creation of Later Prehistoric Landscapes and the Context of the Reuse of Neolithic and Earlier Bronze Age Monuments in Britain and Ireland». En: Bevan, Bill (ed.), *Northern Exposure: interpretative devolution and the Iron Ages in Britain*. Leicester: Leicester Archaeology Monographs 4, 233-251.
- Hirsch, Eric (1995): «Landscape: Between Place and Space». En: Hirsch, Eric y O'hanlon, Michael (eds.), *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space*. Oxford: Clarendon Press, 1-30.
- Hirsch, Eric y O'Hanlon, Michael (eds.) (1995): *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space*. Oxford: Clarendon Press.
- Hodder, Ian (1982): *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hodder, Ian (1985): «Postprocessual archaeology». *Advances in Archaeological Method and Theory*, 8: 1-26.
- Hodder, Ian y Hassall, Mark (1971): «The Non-Random Spacing of Romano-British Walled Towns». *Man, New Series*, 6(3): 391-407.
- Hodder, Ian y Orton, Clive (1976): *Spatial analysis in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Holtorf, Cornelius (2005): *From Stonehenge to Las Vegas. Archaeology as Popular Culture*. Walnut Creek: Altamira Press.
- Holtorf, Cornelius (2007): *Archaeology is a brand! The meaning of archaeology in contemporary popular culture*. Oxford: Archaeopress.
- Hoskins, William G. (1955): *The Making of the English Landscape*. London: Hodder and Stoughton Ltd.
- Hu, Di (2011): «Advancing Theory? Landscape Archaeology and Geographical Information Systems». *Papers from the Institute of Archaeology*, 21: 80-90.

**I**báñez Estévez, Juan José; Clemente Conte, Ignacio; Gassin, Bernard; Gibaja Bao, Juan Francisco; González Urquijo, Jesús Emilio; Márquez, Belén; Philibert, Sylvie y Rodríguez Rodríguez, Amelia (2008): «Harvesting technology during the Neolithic in South-West Europe». En: Longo, Laura; Skakun, Natalia; Saracino, Massimo y Dalla Riva, Martina (eds.), *Prehistoric Technology 40 Years*



- Later: Functional Studies and the Russian Legacy. Proceedings of the International Congress Verona (Italy), 20-23 April 2005.* Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1783), 183-195.
- Infante Roura, Faustino; Vaquero Lastres, Jacobo y Criado Boado, Felipe (1992): «Vacas, caballos, abrigos y túmulos: Definición de una Geografía del movimiento para el estudio arqueológico». *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 40(105): 21-39.
- Ingold, Tim (1980): *Hunters, pastoralists and ranchers: reindeer economies and their transformations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ingold, Tim (ed.) (1988): *What is an animal?* London: Unwin Hyman. (One World Archaeology; 1).
- Ingold, Tim (1990): «The Day of the Reindeerman: A Model Derived from Cattle Ranching, and its Application to the Analysis of the Transition from Pastoralism to Ranching in Northern Finland». En: Salzman, Philip Carl y Galaty, John G. (eds.), *Nomads in Changing World*. Naples: Istituto Universitario Orientale, 441-470.
- Ingold, Tim (1993): «The temporality of the landscape». *World Archaeology*, 25(2): 152-174.
- Ingold, Tim (2000): *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Iparraguirre, Gonzalo (2014): «Imaginarios patrimoniales y práctica etnográfica: experiencias en gestión cultural en el Sudoeste de la Provincia de Buenos Aires, Argentina». *Revista de Antropología Social*, 23: 209-235.
- Jacques, David (1995): «The rise of cultural landscapes». *International Journal of Heritage Studies*, 1(2): 91-101.
- Jalut, Guy; Turu i Michels, Valenti; Dedoubat, Jean-Jacques; Otto, Thierry; Ezquerro, Javier; Fontugne, Michel; Belet, Jean Marc; Bonnet, Louis; García de Celis, Alipio; Redondo-Vega, José María; Vidal Romaní, Juan Ramon y Santos, Luisa (2010): «Palaeoenvironmental studies in NW Iberia (Cantabrian range): Vegetation history and synthetic approach of the last deglaciation phases in the western Mediterranean». *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology*, 297(2): 330-350.
- James, Preston E. y Martin, Geoffrey J. (1981): *All Possible Worlds: A History of Geographical Ideas (Second edition)*. New York: John Wiley & Sons.
- James, Simon (1999): *The Atlantic Celts. Ancient people or modern invention?* London: British Museum Press.
- James, Simon (2002): «Writing the Legions: The Development and Future of Roman Military Studies in Britain». *The Archaeological Journal*, 159: 1-58.
- Janowski, Monica y Ingold, Tim (2012): *Imagining landscape: past, present and future*. Farnham, Surrey; Burlington, VT: Ashgate (Anthropological studies of creativity and perception).
- Jedrej, M.C. (1995): *Ingessana: The Religious Institutions of a People of the Sudan-Ethiopian Borderland*. Leiden: E.J. Brill.
- Jedrej, M.C. (2004): «The Southern Funj of the Sudan as a Frontier Society, 1820-1980». *Comparative Studies in Society and History*, 46(4): 709-729.
- Jensen, Ola W. (1997): «When Archaeology Meets Clio: A Critical Reflection on Writing the History of Archaeology». *Archaeological Review from Cambridge*, 14(2): 79-92.
- Jerez Darias, Luis Manuel; Martín Martín, Víctor O. y Pérez González, Ramón (2012): «Aproximación a una geografía de la corrupción urbanística en España». *Ería*, 87: 5-18.
- Jiménez Guijarro, Jesús (2010): *Cazadores y campesinos: la neolitización del interior de la Península Ibérica*. Madrid: Real Academia de la Historia. (Biblioteca Archaeologica Hispana; 31).
- Jiménez Sánchez, Montserrat; Ruiz Zapata, M. Blanca; Farias, Pedro; Dorado Valiño, Miriam; Gil García, María José y Valdeolmillos Rodríguez, Ana (2003): «Palaeoenvironmental research in Cantabrian Mountains: Redes Natural Park and Comella Basin». En: Ruiz Zapata, M. Blanca; Dorado Valiño, Miriam; Valdeolmillos Rodríguez, Ana; Gil García, María José; Bardají Azcárate, Teresa; De Bustamante Gutiérrez, Irene y Martínez Mendizábal, Ignacio (eds.), *Quaternary climatic changes and environmental crises in the Mediterranean Region*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares; Ministerio de Ciencia y Tecnología; INQUA, 229-240.
- Jimeno Martínez, Alfredo (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del alto Duero*. Madrid: Ministerio de Cultura. (Excavaciones Arqueológicas en España; 134).
- Jimeno Martínez, Alfredo (1988): «La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior». *Trabajos de Prehistoria*, 45: 103-121.

- Jimeno Martínez, Alfredo (2001): «El modelo de trashumancia aplicado a la cultura de Cogotas I». En: Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (ed.), *La Edad del Bronce, ¿primera Edad de Oro en España?: Sociedad, economía e ideología*. Barcelona: Crítica, 139-180.
- Jimeno Martínez, Alfredo (2002): «Numancia: campamentos romanos y cerco de Escipión». *Archivo Español de Arqueología*, 75: 159-176.
- Jimeno Martínez, Alfredo y Fernández Moreno, José Javier (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria), (Campañas de 1981 y 1982). Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Madrid: Ministerio de Cultura. (Excavaciones Arqueológicas en España; 161).
- Johnson, Matthew H. (2005): «Thinking about Landscape». En: Renfrew, Colin y Bahn, Paul (eds.), *Archaeology. The Key Concepts*. London: Routledge, 116-119.
- Johnson, Matthew H. (2007): *Ideas of Landscape*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Johnson, Matthew H. (2012a): «Landscape studies: The future of the field». En: Kluiving, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series, 515-525.
- Johnson, Matthew H. (2012b): «Phenomenological Approaches in Landscape Archaeology». *Annual Review of Anthropology*, 41: 269-284.
- Jones, Rebecca H. (2012): *Roman Camps in Britain*. Stroud: Amberley.
- Jordá Cerdá, Francisco; García Domínguez, Elías y Aguadé, Jesús (1972-1973): «Notas sobre los Túmulos de Campiello (Tineo) y su Edad Postdolménica». *Zephyrus*, 23-24: 131-156.
- Jordá Cerdá, Francisco; Manzano Hernández, María Paz; Jordá Pardo, Jesús F.; González-Tablas Sastre, Francisco Javier; Carrocera Fernández, Elías y Bécares Pérez, Julián (1989): «El castro asturiano de San Chuis». *Revista de Arqueología*, 95: 38-58.
- Jordá Pardo, Jesús F. (1990): «El medio geológico y su explotación en el castro de San Chuis (Allande, Asturias)». *Boletín Geológico y Minero*, 101(5): 780-791.
- Jordá Pardo, Jesús F. y Carrocera Fernández, Elías (1984): «Aproximación al conocimiento del hábitat y del territorio Castreños». *Arqueología Espacial*, 5: 7-20.
- Jordá Pardo, Jesús F.; Estrada García, Rogelio; Mestres Torres, Joan S.; Yravedra Saínz de Los Terreros, José y Marín Suárez, Carlos (2007): «Geoarchaeology of the Holocene slope processes in the cave of Torca l'Arroyu (Llanera, Asturias, Spain)». *Geogaceta*, 42: 119-122.
- Jordá Pardo, Jesús F.; Estrada García, Rogelio; Mestres Torres, Joan S.; Yravedra Saínz de Los Terreros, José y Marín Suárez, Carlos (2008): «Un asentamiento neolítico de superficie en el interior de una cueva: Torca l'Arroyu (Llanera, Asturias, España)». En: Hernández Pérez, Mauro Severo; Soler Díaz, Jorge A. y López Padilla, Juan Antonio (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular, 27-30 de noviembre de 2006, tomo I*. Alicante: MARQ, Diputación Provincial de Alicante, 208-215.
- Jordá Pardo, Jesús F.; Marín Suárez, Carlos y García-Guinea, Javier (2011): «Discovering San Chuis Hillfort (Northern Spain): Archaeometry, Craft Technologies, and Social Interpretation». En: Moore, Tom y Armada Pita, Lois (eds.), *Atlantic Europe in the First Millennium BC. Crossing the Divide*. Oxford: Oxford University Press, 488-505.
- Jordá Pardo, Jesús F.; Marín Suárez, Carlos y Molina Salido, Juana (2014): «El castro de San Chuis (San Martín de Beduledo, Allande, Asturias): cincuenta y dos años de investigación arqueológica». En: Álvarez Alonso, David y Fernández De Córdoba Pérez, José Antonio (eds.), *Francisco Jordá Cerdá (1914-2004) maestro de prehistoriadores*. Oviedo: Asociación de Profesionales Independientes de la Arqueología de Asturias. (Anejos de Nailos; 2), 135-175.
- Jordá Pardo, Jesús F.; Rey Castañeira, Josefa; Picón Platas, Israel; Abad Vidal, Emilio y Marín Suárez, Carlos (2009): «Radiocarbon and Chronology of the Iron Age Hillforts of Northwestern Iberia». En: Karl, Raimund y Leskovar, Jutta (eds.), *Interpretierte Eisenzeiten. Fallstudien, Methoden, Theorie. Tagungsbeiträge der 3 Linzer Gespräche zur interpretativen Eisenzeitarchäologie*. Linz: Oberösterreichischen Landesmuseum. (Studien zur Kulturgeschichte von Oberösterreich; 22), 69-86.

- K**aal, Joeri; Carrión Marco, Yolanda; Asouti, Eleni; Martín Seijo, María; Martínez Cortizas, Antonio; Costa Casais, Manuela y Criado Boado, Felipe (2011): «Long-term deforestation in NW Spain: linking the Holocene fire history to vegetation change and human activities». *Quaternary Science Reviews*, 30(1-2): 161-175.
- Kaal, Joeri; Martínez Cortizas, Antonio; Buurman, Peter y Criado Boado, Felipe (2008a): «8000 yr of black carbon accumulation in a colluvial soil from NW Spain». *Quaternary Research*, 69(1): 56-61.

- Kaal, Joeri; Martínez Cortizas, Antonio; Eckmeier, Eileen; Costa Casais, Manuela; Santos Estévez, Manuel y Criado Boado, Felipe (2008b): «Holocene fire history of black colluvial soils revealed by pyrolysis-GC/MS: a case study from Campo Lameiro (NW Spain)». *Journal of Archaeological Science*, 35(8): 2133-2143.
- Kareiva, Peter; Watts, Sean; McDonald, Robert y Boucher, Tim (2007): «Domesticated Nature: Shaping Landscapes and Ecosystems for Human Welfare». *Science*, 316(5833): 1866-1869.
- Kennedy, David y Bishop, M.C. (2011): «Google earth and the archaeology of Saudi Arabia. A case study from the Jeddah area». *Journal of Archaeological Science*, 38(6): 1284-1293.
- Kezich, Giovanni y Viazzo, Pier Paolo (eds.) (2004): *Il destino delle malghe. Trasformazioni nello spazio alpino e scenari futuribili di un sistema di consuetudini d'alpeggio*. San Michelle all'Adige: Museo delgli Usi e Costumi della Gente Trentina, SM Annali di San Michele 17.
- Khazanov, Anatoly M. (1994): *Nomads and the Outside World. Second edition*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Kluiwing, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.) (2012a): *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series.
- Kluiwing, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (2012b): «Introduction. LAC2010: First International Landscape Archaeology Conference». En: Kluiwing, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series, 11-30.
- Knapp, A. Bernard y Ashmore, Wendy (1999): «Archaeological Landscapes: Constructed, Conceptualized, Ideational». En: Ashmore, Wendy y Knapp, A. Bernard (eds.), *Archaeologies of Landscape. Contemporary Perspectives*. Oxford: Blackwell, 1-30.
- Kristiansen, Kristian (2001): *Europa antes de la Historia*. Barcelona: Península.
- Kristiansen, Kristian (2014): «Towards a new paradigm? The Third Science Revolution and its Possible Consequences in Archaeology». *Current Swedish Archaeology*, 22: 11-34.
- Kruger, F. (1949): «Las brañas. Contribución a la historia de las construcciones circulares en la zona asturgalaicoportuguesa». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 8: 41-96.
- L**ayton, Robert y Ucko, Peter J. (1999): «Introduction: gazing on the landscape and encountering the environment». En: Ucko, Peter J. y Layton, Robert (eds.), *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape*. London: Routledge, 1-20.
- Leizaola Calvo, Fermín (1997): «El pastoreo en Euskal Herria y su relación con el bosque». *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 14: 189-202.
- Lemaire, Tom (1997): «Archaeology between the invention and the destruction of the landscape». *Archaeological Dialogues*, 4(1): 5-21.
- Lenoir, Maurice (1977): «Lager mit «clauiculae»». *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 89(2): 697-722.
- Liesau, Corina y García García, Jesús (2002): «Los restos óseos: estudios de paleodieta y de industria ósea». En: Berrocal-Rangel, Luis; Martínez Seco, Paz y Ruiz Triviño, Carmen (eds.), *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Madrid: Real Academia de la Historia, 259-282.
- Liesau, Corina y García García, Jesús (2005): «La fauna de mamíferos del yacimiento de La Campa Torres (Gijón, Asturias, España)». *Zephyrus*, 58: 261-266.
- Liesau, Corina y Morales Muñiz, Arturo (2012): «Las transformaciones económicas del Neolítico en la Península Ibérica: la ganadería». En: Rojo Guerra, Manuel A.; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 107-128.
- Lima Oliveira, Elena y Prieto Martínez, María Pilar (2002): *La Arqueología en la gasificación de Galicia 16: Excavación del yacimiento de Monte Buxel*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Universidade de Santiago de Compostela. (TAPA; 27).
- Linares García, F. (2004): *La arquitectura de las brañas somedanas*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- del Llano Roza de Ampudia y de Valle, Aurelio (1919): *El libro de Caravia*. Oviedo: Imprenta Gutenberg.
- del Llano Roza de Ampudia y de Valle, Aurelio (1922): *Del folklore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres*. Madrid: Talleres de voluntad.

- Llobera, Marcos (2001): «Building Past Landscape Perception With GIS: Understanding Topographic Prominence». *Journal of Archaeological Science*, 28(9): 1005-1014.
- Llobera, Marcos (2003): «Extending GIS-based visual analysis: the concept of *visualscapes*». *International Journal of Geographycal Information Science*, 17(1): 25-48.
- Llobera, Marcos (2006): «Arqueología del Paisaje en el siglo XXI. Reflexiones sobre el uso de los SIG y modelos matemáticos». En: Grau Mira, Ignasi (ed.), *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Universidad de Alicante, 109-121.
- Llobera, Marcos (2012): «Life on a Pixel: Challenges in the Development of Digital Methods Within an "Interpretive" Landscape Archaeology Framework». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 19(4): 495-509.
- Loewensohn, Ernest (1965): «Una calzada y dos campamentos romanos del Conventvs Astvrvvm». *Archivo Español de Arqueología*, 38(111-112): 26-43.
- Lombardía, Carmen y López Álvarez, Juaco (eds.) (2003): *José Ramón Lueje. La montaña fotografiada (1936-1975)*. Gijón: Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Gijón.
- López-Romero, Elías (2013): «La investigación de las arquitecturas y paisajes monumentales del neolítico en el noroeste peninsular: Una aproximación bibliométrica». *Complutum*, 24(1): 68-89.
- López Álvarez, Juaco y Graña García, Armando (2003): «Noticias sobre pastores y vaqueros». En: Lombardía, Carmen y López Álvarez, Juaco (eds.), *José Ramón Lueje. La montaña fotografiada (1936-1975)*. Gijón: Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Gijón, 103-122.
- López Cuevillas, Florentino (1988 [1953]): *La civilización céltica de Galicia*. Madrid: Ediciones Istmo.
- López Fernández, Francisco Javier (1983): «Los astures augustanos y sus castros». *Tierras de León*, 23(52): 79-90.
- López Gómez, Pablo y González Álvarez, David (2013): «Etnoarqueología de los asentamientos pastoriles en la Cordillera Cantábrica: las brañas de Somiedu y Cangas del Narcea (Asturias)». En: Compañy, Gonzalo; Fonte, João; Gómez-Arribas, Beatriz; Moragón, Lucía y Señorán, José María (eds.), *Actas de las V Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica. Arqueología para el siglo XXI. Santiago de Compostela, mayo de 2012*. Madrid: JAS Arqueología, 362-366.
- López Gómez, Pablo; González Álvarez, David y Fernández Mier, Margarita (en prensa): «Los espacios ganaderos de alta montaña en la Cordillera Cantábrica: su registro arqueológico». En: Malpica, Antonio y García-Contreras, Guillermo (eds.), *Actas de las Jornadas «El registro arqueológico y la Arqueología medieval». XIII Jornadas de Arqueología Medieval de la Casa de los Tiros, Granada 12-14 de junio de 2012*. Granada,
- López González, Luis Francisco; Álvarez González, Yolanda y López Marcos, Miguel Ángel (1999): «Excavación en el castro de Llagú, Latores (Oviedo 1998). Avance de los resultados». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 237-251.
- López González, Luis Francisco; Álvarez González, Yolanda y López Marcos, Miguel Ángel (2010): «Pervivencias e innovaciones en el castro minero de Santa María de Cervantes (Cervantes, Lugo): la ordenación del espacio doméstico». En: Bueno Ramírez, Primitiva; Gilman, Antonio; Martín Morales, Concha y Sánchez-Palencia, Francisco Javier (eds.), *Arqueología, Sociedad, Territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, Protohistoria y transición al mundo romano en homenaje a M.<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse*. Madrid: CSIC. (Bibliotheca Praehistorica Hispana; 28), 397-410.
- López Marcos, Miguel Ángel; Álvarez González, Yolanda y López González, Luis Francisco (2011): «Arquitectura defensiva en el Castro de Castromaior (Lugo). Análisis de las técnicas constructivas en el acceso al recinto central del poblado». *Arqueología de la Arquitectura*, 8: 47-63.
- López Marcos, Miguel Ángel; López González, Luis Francisco y Álvarez González, Yolanda (2004): «La recuperación de un yacimiento: el castro de Chano (Peranzanes, León)». En: Val Recio, J. y Escribano Velasco, C. (eds.), *Puesta en valor del Patrimonio Arqueológico en Castilla y León*. Salamanca: Junta de Castilla y León, 115-124.
- López Merino, Lourdes (2009): *Paleoambiente y Antropización en Asturias durante el Holoceno*. Madrid: Departamento de Ecología, Universidad Autónoma de Madrid. Tesis Doctoral, accesible en: <http://hdl.handle.net/10486/128/>.
- López Merino, Lourdes; López Sáez, José Antonio; Sánchez-Palencia, Francisco Javier; Reher Díez, Guillermo S. y Pérez Díaz, Sebastián (2009): «Castaños, nogales y cereales: la antropización de los paisajes de Asturias y León en época romana». *Cuadernos de la Sociedad Española de Ciencias Forestales* 30: 93-99.



- López Merino, Lourdes; Martínez Cortizas, Antonio y López Sáez, José Antonio (2010): «Early agriculture and palaeoenvironmental history in the North of the Iberian Peninsula: a multi-proxy analysis of the Monte Areo mire (Asturias, Spain)». *Journal of Archaeological Science*, 37(8): 1978-1988.
- López Merino, Lourdes; Martínez Cortizas, Antonio y López Sáez, José Antonio (2011): «Human-induced changes on wetlands: a study case from NW Iberia». *Quaternary Science Reviews*, 30(19-20): 2745-2754.
- López Merino, Lourdes; Martínez Cortizas, Antonio; Reher Díez, Guillermo S.; López Sáez, José Antonio; Mighall, Tim M. y Bindler, Richard (2014): «Reconstructing the impact of human activities in a NW Iberian Roman mining landscape for the last 2500 years». *Journal of Archaeological Science*, 50: 208-218.
- López Merino, M.A.; López Sáez, José Antonio y López García, Pilar (2006): «Estudio palinológico de la turbera litoral holocena de Las Dueñas (Cudillero, Asturias, España)». *Revista Española de Micropaleontología*, 38(2-3): 299-308.
- López Sáez, José Antonio; Abel Schaad, Daniel; Pérez Díaz, Sebastián; Blanco González, Antonio; Alba Sánchez, Francisca; Dorado Valiño, Miriam; Ruiz Zapata, M. Blanca; Gil García, María José; Gómez González, Clemencia y Franco Múgica, Fátima (2014): «Vegetation history, climate and human impact in the Spanish Central System over the last 9000 years». *Quaternary International*, 353: 98-122.
- López Sáez, José Antonio; Iriarte Chiapusso, María José y Burjachs i Casas, Francesc (2013): «Arqueopalinología». En: García-Díez, Marcos y Zapata Peña, Lydia (eds.), *Métodos y Técnicas de análisis y estudio en arqueología prehistórica. De lo técnico a la reconstrucción de los grupos humanos*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 269-285.
- López Sáez, José Antonio; López García, Pilar y Burjachs i Casas, Francesc (2003a): «Arqueopalinología: síntesis crítica». *Polen*, 12: 5-35.
- López Sáez, José Antonio; López García, Pilar y López Merino, Lourdes (2006): «El impacto humano en la Cordillera Cantábrica: Estudios palinológicos durante el Holoceno Medio». En: Maíllo Fernández, José Manuel y Baquedano Pérez, Enrique (eds.), *Miscelánea en homenaje a Victoria Cabrera*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional de Madrid. (Zona Arqueológica; 7-I), 123-130.
- López Sáez, José Antonio y López Merino, Lourdes (2005): «Precisiones metodológicas acerca de los indicios paleopalinológicos de agricultura en la Prehistoria de la Península Ibérica». *Portugalia*, 26: 53-64.
- López Sáez, José Antonio y López Merino, Lourdes (2007): «Coprophilous fungi as a source of information of anthropic activities during the Prehistory in the Amblés Valley (Ávila, Spain): The archaeopalinological record». *Revista Española de Micropaleontología*, 39(1-2): 103-116.
- López Sáez, José Antonio; López Merino, Lourdes y Pérez Díaz, Sebastián (2010): «Neolitización, Megalitismo y Antropización del paisaje en Galicia entre el VII y el IV milenio cal. BC.». En: Fernández Eraso, Javier y Mujika Alustiza, José Antonio (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. Donostia: Sociedad de Ciencias Aranzadi. (Munibe Suplemento; 32), 487-496.
- López Sáez, José Antonio; López Merino, Lourdes; Pérez Díaz, Sebastián; Parceró Oubiña, César y Criado Boado, Felipe (2009): «Contribución a la caracterización de los espacios agrarios castreños: documentación y análisis palinológico de una posible terraza de cultivo en el castro de Follente (Caldas de Reis, Pontevedra)». *Trabajos de Prehistoria*, 66(2): 171-182.
- López Sáez, José Antonio; Parceró Oubiña, César; Lima Oliveira, Elena; López García, Pilar; Criado Boado, Felipe; Macías Rosado, Rosario; Martínez Cortizas, Antonio y Franco Maside, Susana (2003b): «Paleopaisajes concretos: polen, suelos y arqueología del yacimiento de As Pontes (Abadín, Lugo)». *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 139-151.
- Lorrio, Alberto J. (1997): *Los Celtiberos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. (Complutum Extra; 7).
- Lorrio, Alberto J. (2009): «Las Guerras Celtibéricas». En: Almagro Gorbea, Martín (ed.), *Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid: Laberinto, 205-223.
- Lowenthal, David (1961): «Geography, Experience, and Imagination: Towards a Geographical Epistemology». *Annals of the Association of American Geographers*, 51(3): 241-260.
- Lozano Rubio, Sandra (2011): «Gender Thinking in the Making: Feminist Epistemology and Gender Archaeology». *Norwegian Archaeological Review*, 44(1): 21-39.

- Luengo, J.M. (1961): «Castros leoneses». En: *VI Congreso Nacional de Arqueología, Oviedo, 1959*. Zaragoza, 102-121.
- Luengo, José María (1941): «El período Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de León». En: *Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Folklore dedica a sus mártires*. Madrid, 125-138.
- de Luis, Carlos María y García, Adolfo (1987): *Historia dibujada de Asturias, Tomo 1: Prehistoria y Edad Antigua*. Salinas: Ayalga ediciones.

- Magie, David (1920): «Augustus' War in Spain (26-25 B. C.)». *Classical Philology*, 15(4): 323-339.
- Maluquer de Motes, J. (1975): «La Cultura Castreña de la Edad del Hierro». En: *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas, Vol. 1 (Prehistoria e historia antigua)*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 269-284.
- Mallo Viesca, Manuel y Pérez Pérez, Manuel (1971): «Pinturas rupestres esquemáticas en Fresnedo, Teverga (Asturias). Avance a su estudio». *Zephyrus*, 21-22: 120-133.
- Mangas Manjarrés, Julio (2008): «Límites exteriores e interiores del territorio de las civitates astures». En: Mangas Manjarrés, Julio y Novillo López, Miguel Ángel (eds.), *El territorio de las ciudades romanas*. Barcelona: Sísis, 83-106.
- Mañana Borrazás, Patricia; Blanco Rotea, Rebeca y Ayán Vila, Xurxo M. (2002): *Arqueotectura 1: Bases teórico metodológicas para una Arqueología de la Arquitectura*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Universidade de Santiago de Compostela. (TAPA; 25).
- Mañana Vázquez, Guillermo (2011): *El Camín Real de la Mesa (3 vols.)*. Oviedo: CajAstur.
- Mañanes, Tomás (1977a): «Contribución a la carta arqueológica de la provincia de León». En: *León y su Historia, IV*. León: (Fuentes y Estudios de Historia Leonesa; 18), 319-364.
- Mañanes, Tomás (1977b): «Protohistoria y romanización en la provincia de León: hábitat y cronologías». *Portugalia*, 4-5: 151-173.
- Mañanes, Tomás (1981): *El Bierzo prerromano y romano*. León: Centro de estudio e investigación "San Isidoro".
- Mañanes, Tomás (1988): *Arqueología de la Cuenca Leonesa del Río Sil (Laceana, Bierzo, Cabrera)*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones Universidad de Valladolid.
- Marín Arroyo, Ana Belén (2009): «Exploitation of the Montane Zone of Cantabrian Spain during the Late Glacial. Faunal Evidence from El Mirón Cave». *Journal of Anthropological Research*, 65(1): 69-102.
- Marín Arroyo, Ana Belén y González Morales, Manuel R. (2009): «Comportamiento económico de los últimos cazadores-recolectores y primeras evidencias de domesticación en el occidente de Asturias. La Cueva de Mazaculos II». *Trabajos de Prehistoria*, 66(1): 47-74.
- Marín Suárez, Carlos (2004): «Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias». *Complutum*, 15: 75-97.
- Marín Suárez, Carlos (2005a): *Astures y asturianos. Historiografía de la Edad del Hierro en Asturias*. Noia: Toxosoutos.
- Marín Suárez, Carlos (2005b): «El celtismo asturiano. Una perspectiva arqueológica». *Gallaecia*, 24: 309-333.
- Marín Suárez, Carlos (2006): «Arqueología castreña en las cuencas del Eo y del Navia». *Campo del Tablado: Revista asturgalaica de cultura*, 3: 89-113.
- Marín Suárez, Carlos (2007): «Los materiales del castro de San Lluís (Allande, Asturias)». *Complutum*, 18: 131-160.
- Marín Suárez, Carlos (2008): «Revisión y estudio de los materiales del Castro de Arancedo (El Franco, Asturias)». *Férvedes*, 5: 297-306.
- Marín Suárez, Carlos (2009): «De nómadas a castreños. Los orígenes de la Edad del Hierro en Asturias». En: Marín Suárez, Carlos y Jordá Pardo, Jesús F. (eds.), *Arqueología castreña en Asturias*. Gijón: UNED, Centro Asociado de Asturias. (Entemu; 16), 21-46.
- Marín Suárez, Carlos (2011a): *De nómadas a castreños. Arqueología del primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental cantábrico*. Madrid: Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid. Tesis Doctoral, accesible en: <http://eprints.ucm.es/14435/>.
- Marín Suárez, Carlos (2011b): «La Edad del Hierro en el occidente cantábrico: de la cultura arqueológica al grupo arqueológico». *Férvedes*, 7: 123-132.
- Marín Suárez, Carlos (2011c): «Las montañas cantábricas en el II y I milenio a.C.: un espacio de encuentro entre los grupos cantábricos y meseteños». En: Orjia (ed.), *Actas de las II Jornadas de*

- Jóvenes en Investigación Arqueológica (Madrid, 6, 7 y 8 de mayo de 2009). JIA 2009, Tomo I. Zaragoza: Libros Pórtico, 137-145.*
- Marín Suárez, Carlos (2012): «La cerámica de la Edad del Hierro en el sector centro-occidental cantábrico». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 63: 165-198.
- Marín Suárez, Carlos y González Álvarez, David (2011): «La romanización del Occidente Cantábrico: de la violencia física a la violencia simbólica». *Férvedes*, 7: 197-206.
- Marín Suárez, Carlos; González Álvarez, David y Alonso González, Pablo (2012): «Building nations in the XXI century. Celticism, Nationalism and Archaeology in northern Spain: the case of Asturias and León». *Archaeological Review from Cambridge*, 27(2): 11-31.
- Marín Suárez, Carlos y Jordá Pardo, Jesús F. (2007): «Las cerámicas indígenas del castro de San Lluís (Allande, Asturias)». En: Fanjul Peraza, Alfonso (ed.), *Estudios Varios de Arqueología castreña. A propósito de las excavaciones en los castros de Teverga (Asturias)*. Madrid: Ayuntamiento de Teverga; Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad, 135-152.
- Marqués, M.S. (2014): «El enigmático hombre de las Ubiñas vivió entre el Neolítico y la Edad del Bronce». *La Nueva España*, 10.01.2014: <<http://www.lne.es/sociedad-cultura/2014/01/10/estudios-situan-torno-1800-cristo/1525657.html>>.
- Martí Oliver, Bernat (2012): «Redes y expansión del neolítico en la Península Ibérica». En: Borrell, Mònica; Borrell, Ferran; Bosch, Josep; Clop, Xavier y Molist, Miquel (eds.), *Xarxes al Neolític. Circulació i intercanvi de matèries, productes i idees a la Mediterrània occidental (VII-III mil·lenni aC)*. Gavà/Bellaterra, 2-4/2/2011. Gavà: Museu de Gavà. (Rubricatum. Revista del Museu de Gavà; 5), 549-554.
- Martí Oliver, Bernat y Bernabeu Aubán, Joan (2012): «La vida doméstica en el Neolítico peninsular: los lugares de asentamiento». En: Rojo Guerra, Manuel A.; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 129-141.
- Martín Hernández, Esperanza y Camino Mayor, Jorge (2013): «El Picu Llagüezos, un nuevo campamento romano en la Vía Carisa». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 267-276.
- Martín Montes, Miguel Ángel y Pérez Rodríguez-Aragón, Fernando (1997): «Un nuevo asentamiento neolítico al aire libre en la Meseta Norte: La Cañadilla de Torre de Peñafiel (Valladolid)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 63: 31-48.
- Martín Seijo, María y Carrión Marco, Yolanda (2012): «Shaping wood: Woodworking during the Iron Age and Roman period in the northwest of the Iberian Peninsula». En: Badal García, Ernestina; Carrión Marco, Yolanda; Macías, Miguel y Ntinou, Maria (eds.), *Wood and Charcoal Evidence for Human and Natural History*. Valencia: Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de Valencia. (Sagvntvm Extra; 13), 135-144.
- Martínez Cortizas, Antonio (2000): «La reconstrucción de paleoambientes cuaternarios: ideas, ejemplos y una síntesis de la evolución del Holoceno en el NW de la península ibérica». *Estudios do Quaternário*, 3: 31-41.
- Martínez Cortizas, Antonio; Costa Casais, Manuela y López Sáez, José Antonio (2009): «Environmental change in NW Iberia between 7000 and 500 cal BC». *Quaternary International*, 200(1-2): 77-89.
- Martínez Cortizas, Antonio; López Merino, Lourdes; Bindler, Richard; Mighall, Timothy y Kylander, Malin (2013): «Atmospheric Pb pollution in N Iberia during the late Iron Age/Roman times reconstructed using the high-resolution record of La Molina mire (Asturias, Spain)». *Journal of Paleolimnology*, 50(1): 71-86.
- Martínez Cortizas, Antonio; Nóvoa Muñoz, Juan Carlos; Pontevedra Pombal, Xabier; Llana Rodríguez, José César y García-Rodeja Gayoso, Eduardo (1997): «Paleocontaminación: evidencias de contaminación atmosférica antrópica en Galicia durante los últimos 4000 años». *Gallaecia*, 16: 7-22.
- Martínez Fernández, Jesús y Junceda Avello, J.M. (1968): «Descubrimiento del castro de Mohías. Primeras excavaciones y primeros hallazgos». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 63: 185-199.
- Martínez Velasco, Antxoka y Bolado del Castillo, Rafael (2005): «Revisión de las hachas de Liébana y Lunada (Cantabria)». *Sautuola*, 11: 81-85.
- Martínez Velasco, Antxoka y Bolado del Castillo, Rafael (2008): «El hacha de Tudanca, Cantabria». *Férvedes*, 5: 193-201.
- Martino, Eutimio (1980): «León prerromano y cántabro». *Tierras de León*, 20(38): 99-112.

- Martinón Torres, Marcos (2001a): «Los megalitos de término. Crónica del valor territorial de los monumentos megalíticos a partir de las fuentes escritas». *Trabajos de Prehistoria*, 58(1): 95-108.
- Martinón Torres, Marcos (2001b): *Os monumentos megalíticos despois do Megalitismo. Arqueoloxía e Historia dos megalitos galegos a través das fontes escritas (s.VI-s.XIX)*. Valga: Concello de Valga.
- Martinón Torres, Marcos (2002): «*Chaine opératoire*: the concept and its applications within the study of technology». *Gallaecia*, 21: 29-43.
- Martinón Torres, Marcos (2008): «El megalito ha muerto: ¡Larga vida al megalito!». *PH, Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 67: 92-95.
- Martins, Haidé; Oms, F. Xavier; Pereira, Luísa; Pike, Alistair W.G.; Rowsell, Keri y Zilhão, João (2015): «Radiocarbon Dating the Beginning of the Neolithic in Iberia: New Results, New Problems». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 28(1): 105-131.
- Mata Olmo, Rafael (2008): «El paisaje, patrimonio y recurso para el desarrollo territorial sostenible. Conocimiento y acción pública». *Árbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 184(729): 155-172.
- Matherat, M. Georges (1943): «La technique des retranchements de César d'après l'enseignement des fouilles de Nointel». *Gallia*, 1(1): 81-127.
- Matías Rodríguez, Roberto (2013): «Minería aurífera romana en el área Salientes-Villablino (León-España)». En: Mata-Perelló, Josep Maria (ed.), *El Patrimonio geológico y minero como motor del desarrollo local. Actas del XIV Congreso sobre Patrimonio Geológico y Minero. Castrillón (Asturias)*. Salinas: SEDPGYM, 631-648.
- Matías Rodríguez, Roberto; Neira Campos, Ana y Alonso Herrero, Eduardo (2001): «Un lugar en el olvido: los restos de la explotación prehistórica del yacimiento de cobre de la mina "La Profunda" (Cármenes, León)». *ProMonumenta, Revista de la Asociación de Amigos del Patrimonio Cultural de León*, 5: 14-24.
- Maya González, José Luis (1983): «La Cultura Castreña Asturiana: de los orígenes a la romanización». En: *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum*. Oviedo, 11-44.
- Maya González, José Luis (1987-1988): *La cultura material de los castros asturianos*. Barcelona: Publicaciones de la Universitat Autònoma de Barcelona. (Estudios de la Antigüedad; 4-5).
- Maya González, José Luis (1989): *Los castros en Asturias*. Gijón: Silverio Cañada Editor. (Biblioteca histórica asturiana; 21).
- Maya González, José Luis y de Blas Cortina, Miguel Ángel (1983): «El castro de Larón (Cangas del Narcea, Asturias)». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15: 153-192.
- Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (1992): «Excavaciones en La Campa Torres (1986-1990)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 2: 145-152.
- Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (1995): «Estratigrafía e interpretación histórica de La Campa Torres (1991-1994)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 3: 145-152.
- Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (1996): «Cuestiones cronológicas y de comercio en La Campa Torres (Gijón, Asturias)». En: Fernández Ochoa, Carmen (ed.), *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad: época romana y prerromana (Coloquio internacional): homenaje a Manuel Fernández Miranda*. Gijón: Sociedad Editora Electa España – Ayuntamiento de Gijón, 61-68.
- Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (2001): «Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres». En: Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: VTP editorial, 11-277.
- Maya González, José Luis; Rovira Llorens, Salvador y Cuesta Toribio, Francisco (1993): «Metalurgia del bronce en el poblado prerromano de La Campa Torres (Asturias)». *Pyrenae*, 24: 151-158.
- Mayewski, Paul A.; Rohling, Eelco E.; Stager, J. Curt; Karlén, Wibjörn; Maasch, Kirk A.; Meeker, L. David; Meyerson, Eric A.; Gasse, Françoise; Van Kreveld, Shirley; Holmgren, Karin; Lee-Thorp, Julia; Rosqvist, Gunhild; Rack, Frank; Staubwasser, Michael; Schneider, Ralph R. y Steig, Eric J. (2004): «Holocene climate variability». *Quaternary Research*, 62: 243-255.
- Mazier, Florence; Galop, Didier; Gaillard, M.J.; Rendu, Christine; Cugny, C.; Legaz, A.; Peyron, O. y Buttler, A. (2009): «Multidisciplinary approach to reconstructing local pastoral activities: an example from the Pyrenean Mountains (Pays Basque)». *The Holocene*, 19(2): 171-188.
- McKeever, M.H. (1984): *Comparative palynological studies of two lake sites in western Ireland and northwestern Spain*. Dublin: Trinity College. Tesis doctoral inédita.
- McManamon, Francis P. (1984): «Discovering sites unseen». *Advances in Archaeological Method and Theory*, 7: 223-292.
- McManamon, Francis P. (1991): «The Many Publics for Archaeology». *American Antiquity*, 56(1): 121-130.



- Mederos Martín, Alfredo (1997): «Una revolución aparente. El impulso de los Coloquios sobre Arqueología Espacial en la renovación disciplinar española de los años ochenta». *Zephyrus*, 50: 305-321.
- Meier, Thomas (2012): «'Landscape', 'environment' and a vision of interdisciplinarity». En: Kluiving, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series, 503-514.
- Méndez Fernández, Fidel (1994): «La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego». *Trabajos de Prehistoria*, 51(1): 77-94.
- Méndez Fernández, Fidel (1995): «Áreas de acumulación: un modelo de yacimiento habitacional para la edad del bronce en Galicia». En: *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología: Vigo 1993, Vol. 2*. Vigo: Xunta de Galicia, Consellería de Cultura, Comunicación Social e Turismo, 69-74.
- Méndez Fernández, Fidel (1998): «Definición y análisis de poblados de la Edad del Bronce en Galicia». En: Fábregas Valcarce, Ramón (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas Perspectivas*. A Coruña: Edicións do Castro. (Cadernos do Seminario de Sargadelos; 77), 153-189.
- Menéndez Blanco, Andrés (2014): «Reseña de: Santos Yanguas, Narciso «Hábitat castreño, minería del oro y romanización del suroccidente de Asturias: el concejo de Allande»». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 1: 242-247.
- Menéndez Blanco, Andrés; Álvarez Martínez, Valentín y González Álvarez, David (2015): «La tradición oral como complemento de la Arqueología para la localización de evidencias bélicas en la montaña asturleonés». *Férvedes*, 8: 471-479.
- Menéndez Blanco, Andrés; González Álvarez, David; Álvarez Martínez, Valentín y Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio (2011): «Nuevas evidencias de la presencia militar romana en el extremo occidental de la Cordillera Cantábrica». *Gallaecia*, 30: 145-165.
- Menéndez Blanco, Andrés; González Álvarez, David; Álvarez Martínez, Valentín y Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio (2013a): «Campamentos romanos de campaña en el Occidente de Asturias». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 245-251.
- Menéndez Blanco, Andrés; González Álvarez, David; Álvarez Martínez, Valentín y Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio (2013b): «Propuestas de prospección de bajo coste para la detección de campamentos romanos de campaña. El área occidental de la Cordillera Cantábrica como caso de estudio». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 64: 175-197.
- Menéndez Blanco, Andrés; González Álvarez, David y Costa García, José Manuel (en prensa): «A Serra da Casiña (Valboa, León): un campamento romano en las montañas bercianas». *Revista Arkeogazte*.
- Menéndez Blanco, Andrés; Jiménez Chaparro, Jesús Ignacio; González Álvarez, David y Álvarez Martínez, Valentín (2012): «La conquista romana del Occidente Cantábrico: novedades arqueológicas». En: Cascalheira, João y Gonçalves, Célia (eds.), *Actas das IV Jornadas de Jovens em Investigação Arqueológica - JIA 2011, Vol. II*. Faro: Universidade do Algarve. (Promontoria Monográfica; 16), 339-346.
- Menéndez Duarte, R. y Marquín, J. (1996): «Glaciarismo y evolución tardiglaciaria de las vertientes en el valle de Somiedo. Cordillera Cantábrica». *Cuaternario y Geomorfología*, 10(3-4): 21-31.
- Menéndez García, M. (1960): «Monedas ibéricas en Asturias». *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos*, 2: 211-214.
- Menéndez Granda, Alfonso y Sánchez Hidalgo, Estefanía (2014): «La *terra sigillata* del castro de Chao Samartín (Asturias). Conjuntos cerámicos de época altoimperial de las construcciones c-10 y c-22». En: Roca, Mercè; Madrid, Marisol y Celis, Raúl (eds.), *Contextos cerámicos de época altoimperial en el Mediterráneo occidental*. Barcelona: Universitat de Barcelona, Grup de Recerca d'Arqueologia Clàssica, Protohistòrica i Egípcia, 339-366.
- Menéndez Menéndez, José Enrique (2004): *De Babia a Pravia. Andar y recordar*. Oviedo: KRK ediciones.
- Menéndez Pidal, Ramón (1906): *El Dialecto Leonés*. León: Ediciones El Búho Viajero (ed. Facsímil 2006).
- Mercadal i Fernández, O. (2001a): «Estudio paleoantropológico de dos restos óseos procedentes del yacimiento arqueológico de La Campa Torres (Gijón, Asturias)». En: Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: VTP editorial, 295-296.

- Mercadal i Fernández, O. (2001b): «Estudio paleoantropológico de un resto óseo procedente de La Campa Torres (Gijón)». En: Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano* Gijón: VTP editorial, 289-294.
- Merriman, Nick (ed.) (2004): *Public Archaeology*. London: Routledge.
- Miras, Yannick; Ejarque Montolio, Ana; Riera Mora, Santiago; Palet Martínez, Josep María; Orengo, Hèctor A. y Euba Rementeria, Itxaso (2007): «Dynamique holocène de la végétation et occupation des Pyrénées andorranes depuis le Néolithique ancien, d'après l'analyse pollinique de la tourbière de Bosc dels Estanyons (2180 m, Vall del Madriu, Andorre) ». *Comptes Rendus Palevol*, 6(4): 291-300.
- Misiego Tejada, Jesús Carlos; Martín Carbajo, Miguel Ángel; Marcos Contreras, Gregorio José; Sanz García, Francisco Javier; Pérez Rodríguez, Francisco Javier; Doval Martínez, Manuel; Villanueva Martín, Luis Alberto; Sandoval Rodríguez, Ana María; Redondo Martínez, Roberto; Ollero Cuesta, Francisco Javier; García Rivero, Pedro Francisco; García Martínez, María Isabel y Sánchez Bonilla, Guadalupe (2013): *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de "La Corona/El Pesadero", en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época romana en el norte de la provincia de Zamora*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. (Memorias Arqueología en Castilla y León; 19).
- Mitcham, J. (2002): «In Search of a Defensible Site: A GIS Analysis of Hampshire Hillforts». En: Wheatley, David; Earl, G. y Poppy, S. (eds.), *Contemporary themes in archaeological computing*. Oxford: Oxbow Books, 73-81.
- Mitchell, Don (1998): *Cultural Geography: A Critical Introduction*. Oxford: Basil Blackwell.
- Mitchell, Nora; Rössler, Mechtild y Tricaud, Pierre-Marie (eds.) (2009): *World Heritage Cultural Landscapes: A Handbook for Conservation and Management*. UNESCO World Heritage Centre. (World Heritage Papers; 26).
- Mocci, Florence; Walsh, Kevin; Richer, Suzi; Court-Picon, Mona; Talon, Brigitte; Tzortzis, Stéfan; Palet Martínez, Josep María; Bressy, Céline; Beaulieu, Jacques-Louis; Dumas, Vincent; Edouard, Jean-Louis y Py, Vanessa (2008): «Archéologie et paléoenvironnement dans les Alpes méridionales françaises, Hauts massifs de l'Argentiérais, du Champsaur et de l'Ubaye, Hautes-Alpes et Alpes-de-Haute-Provence, Néolithique final – début de l'Antiquité». *Cahiers de Paléoenvironnement*, 6: 253-272.
- Monin, Gilles; Griggo, Christophe; Fournier, Julia y Oberlon, Christine (2010): «Exploitation d'un écosystème alpin au Tardiglaciaire: les chasseurs de marmottes (*Marmota marmota*) du Vercors. Données environnementales, culturelles et économiques». En: Tzortzis, Stéfan; Delestre, Xabier y Greck, Jennifer (eds.), *Archéologie de la montagne européenne. Actes de la table ronde internationale de Gap, 29 septembre-1<sup>er</sup> octobre 2008*. Aix-en-Provence: Éditions Errance; Centre Camille Jullian. (Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine; 4), 171-184.
- Montero Gutiérrez, Juan (2006-2007): «Reflexiones en torno a una realidad compleja: la gestión del patrimonio arqueológico en Castilla y León y su repercusión en el ámbito de la investigación». *BSAA Arqueología: Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología*, 72-73: 247-277.
- Montes López, Rubén y Hevia González, Susana (2014): «Cerámicas de imitación de época altoimperial en el Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)». En: Morais, Rui; Fernández, Adolfo y Sousa, Maria José (eds.), *As produções cerâmicas de imitação na Hispania, tomo I*. Porto: Faculdade de Letras da Universidade do Porto (FLUP); Ex Officina Hispana, Sociedad de Estudios de la Cerámica Antigua en Hispania (SECAH), 215-226.
- Montes López, Rubén; Hevia González, Susana; Villa Valdés, Ángel y Menéndez Granda, Alfonso (2009): «Monte Castro de Pelóu (Grandas de Salime). Avance sobre su secuencia estratigráfica e interpretación histórica». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 6: 313-322.
- Montes Ramírez, Lourdes y Alday Ruiz, Alfonso (2012): «Enredados en la malla neolítica de la Cuenca del Río Ebro. Redes, continuidades y cambios». En: Borrell, Mònica; Borrell, Ferran; Bosch, Josep; Clop, Xavier y Molist, Miquel (eds.), *Xarxes al Neolític. Circulació i intercanvi de matèries, productes i idees a la Mediterrània occidental (VII-III mil·lenni aC)*. Gavà/Bellaterra, 2-4/2/2011. Gavà: Museu de Gavà. (Rubricatum. Revista del Museu de Gavà; 5), 51-60.
- Moore, Tom (2011): «Detribalizing the later prehistoric past: Concepts of tribes in Iron Age and Roman studies». *Journal of Social Archaeology*, 11(3): 334-360.
- Moore, Tom y Armada Pita, Lois (eds.) (2011): *Atlantic Europe in the First Millennium BC. Crossing the Divide*. Oxford: Oxford University Press.
- Moragón Martínez, Lucía (2013): *Cuerpo y sociedades orales. Una reflexión sobre la concepción del cuerpo y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria*. Madrid: Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral accesible en: <http://eprints.ucm.es/24614/>.

- Morales Muñiz, Arturo (1990): «Arqueozoología teórica: Usos y abusos reflejados en la interpretación de las asociaciones de fauna de yacimientos antrópicos». *Trabajos de Prehistoria*, 47: 251-290.
- Morán, César (1949): «Excursiones arqueológicas por tierra de León». *Archivos Leoneses*, 3(6): 4-93.
- Morán, César (1956-1961): «Excavaciones en castros de la provincia de León». *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 5: 98-134.
- Moreno, Ana; López Merino, Lourdes; Leira, Manel; Marco-Barba, Javier; González-Sampériz, Penélope; Valero Garcés, Blas L.; López Sáez, José Antonio; Santos, Luisa; Mata, Pilar y Ito, Emi (2011): «Revealing the last 13,500 years of environmental history from the multiproxy record of a mountain lake (Lago Enol, northern Iberian Peninsula)». *Journal of Paleolimnology*, 46(3): 327-349.
- Moreno, Ana; Svensson, Anders; Brooks, Stephen J.; Connor, Simon; Engels, Stefan; Fletcher, William; Genty, Dominique; Heiri, Oliver; Labuhn, Inga; Perçoiu, Aurel; Peyron, Odile; Sadori, Laura; Valero Garcés, Blas L.; Wulf, Sabine y Zanchetta, Giovanni (2014): «A compilation of Western European terrestrial records 60-8 ka BP: towards an understanding of latitudinal climatic gradients». *Quaternary Science Reviews*, 106: 167-185.
- Moreno Gallo, Miguel Ángel (2004): *Megalitismo y Geografía. Análisis de los factores de localización espacial de los Dólmenes de la provincia de Burgos*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (Studia Archaeologica; 93).
- Moreno Gallo, Miguel Ángel (2009): «Apuntes para un inventario del Megalitismo en el Norte de la provincia de Palencia». *BSAA Arqueología: Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología*, 75: 67-89.
- Morillo Cerdán, Ángel y García Marcos, Victorino (2002): «Twenty years of Roman military archaeology in Spain». En: Freeman, Philip; Bennett, Julian; Fiema, Zbigniew T. y Hoffmann, Birgitta (eds.), *Limes XVIII. Proceedings of the XVIIIth International Congress of Roman Frontier Studies held in Amman, Jordan (September 2000)*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1084-II), 779-789.
- Morillo Cerdán, Ángel y Martín Hernández, Esperanza (2005): «El ejército romano en la Península Ibérica: de la "Arqueología Filológica" a la Arqueología Militar Romana». *Estudios Humanísticos. Historia*, 4: 177-207.
- Moro Abadía, Óscar (2009): «The History of Archaeology as Seen Through the Externalism-Internalism Debate: Historical Development and Current Challenges». *Bulletin of the History of Archaeology*, 19(2): 13-26.
- Moro Abadía, Óscar (2012): «La nueva historia de la arqueología: Un balance crítico». *Complutum*, 23(2): 177-190.
- Moro Vallina, Miguel (2007): *Oviedo detrás de la fachada*. Oviedo: Cambalache.
- Morris, Ian (2000): *Archaeology as Cultural History. Words and Things in Iron Age Greece*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Moser, Stephanie (2007): «On Disciplinary Culture: Archaeology as Fieldwork and Its Gendered Associations». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 14(3): 235-263.
- Moya Maleno, Pedro R. (2010): «Grandezas y miserias de la Arqueología de empresa en la España del siglo XXI». *Complutum*, 21(1): 9-26.
- Muñoz Fernández, Emilio y Ruiz Cobo, Jesús (2010): *De Pesués a Pejanda: Arqueología de la Cuenca del Nansa (Cantabria, España)*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 2134).
- Muñoz Jiménez, Julio (1982): *Geografía de Asturias vol.1: El relieve, el clima y las aguas*. Salinas: Ayalga.
- Muñoz Sobrino, Castor; Ramil Rego, Pablo y Gómez-Orellana, Luis (2003): «La vegetación postglaciar en la vertiente meridional del macizo del Mampodre (sector central de la Cordillera Cantábrica)». *Polen*, 13: 31-44.
- Muñoz Sobrino, Castor; Ramil Rego, Pablo; Gómez-Orellana, Luis y Díaz Varela, Ramón Alberto (2005): «Palynological data on major Holocene climatic events in NW Iberia». *Boreas*, 34: 381-400.
- Muñoz Sobrino, Castor; Ramil Rego, Pablo y Rodríguez Guitián, Manuel (1997): «Upland vegetation in the north-west Iberian peninsula after the last glaciation: forest history and deforestation dynamics». *Vegetation History and Archaeobotany*, 6(4): 215-233.

**N**ash-Williams, V.E. y Jarrett, Michael G. (1969): *The Roman Frontier in Wales*. Cardiff: University of Wales Press.

National Park Service (s.f.): *Park Cultural Landscapes*. <[http://www.nps.gov/cultural\\_landscapes/](http://www.nps.gov/cultural_landscapes/)>.

Neira Campos, Ana; Fuertes Prieto, María Natividad; Fernández Rodríguez, Carlos y Bernaldo de Quirós, Federico (2006): «Paleolítico superior y Epipaleolítico en la provincia de León». En: Delibes De Castro, Germán y Díez Martín, Fernando (eds.), *El Paleolítico superior en la Meseta Norte española*. Valladolid: Universidad de Valladolid. (Studia Archaeologica; 94), 113-148.

Obea, Laura; Piqué i Huerta, Raquel; Martin, Maria y Gassiot Ballbè, Ermengol (2011): «The exploitation of forest resources in mountain areas during the Neolithic in the northeast of the Iberian Peninsula». En: Badal García, Ernestina; Carrión Marco, Yolanda; Grau Almero, Elena; Macías, Miguel y Ntinou, Maria (eds.), *5th International Meeting of Charcoal Analysis: Charcoal as Cultural and Biological Heritage*. Valencia: Departament de Prehistòria i Arqueologia, Universitat de Valencia. (Sagvntvm Extra; 11), 129-130.

Observatorio Metropolitano (ed.) (2013): *Paisajes devastados. Después del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis*. Madrid: Traficantes de Sueños. (Útiles; 14).

Ocejo Herrero, Ángel; Bolado del Castillo, Rafael; Gutiérrez Cuenca, Enrique; Hierro Gárate, José María y Cabria Gutiérrez, Juan Carlos (2012): *Cántabros. Origen de un pueblo*. Santander: Asociación ADIC.

Olalde, Inigo; Allentoft, Morten E.; Sanchez-Quinto, Federico; Santpere, Gabriel; Chiang, Charleston W. K.; DeGiorgio, Michael; Prado-Martinez, Javier; Rodriguez, Juan Antonio; Rasmussen, Simon; Quilez, Javier; Ramirez, Oscar; Marigorta, Urko M.; Fernandez-Callejo, Marcos; Encina Prada, María; Vidal Encinas, Julio Manuel; Nielsen, Rasmus; Netea, Mihai G.; Novembre, John; Sturm, Richard A.; Sabeti, Pardis; Marques-Bonet, Tomas; Navarro, Arcadi; Willerslev, Eske y Lalueza-Fox, Carles (2014): «Derived immune and ancestral pigmentation alleles in a 7,000-year-old Mesolithic European». *Nature*, 507(7491): 225-228.

Oliver Foix, Arturo (1996): «Fauna y vegetación en los ritos culturales ibéricos». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17: 281-308.

Olwig, Kenneth R. (1993): «Sexual cosmology: nation and landscape at the conceptual interstices of nature and culture; or what does landscape really mean?». En: Bender, Barbara (ed.), *Landscape: Politics and Perspectives*. Oxford: Berg, 307-343.

Olwig, Kenneth R. (1996): «Recovering the Substantive Nature of Landscape». *Annals of the Association of American Geographers*, 86(4): 630-653.

Oller Guzmán, Joan (2014): «La civitas sine urbe y su función de vertebración en el territorio provincial hispano: los casos de Egara y Caldes de Montbui». *Pyrenae*, 45(1): 89-110.

Ontañón Peredo, Roberto (1996): «Las industrias líticas del Neolítico final - Calcolítico en Cantabria». *Munibe. Antropología-Arqueología*, 48: 13-51.

Ontañón Peredo, Roberto (2003a): *Caminos hacia la complejidad. El Calcolítico en la región cantábrica*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

Ontañón Peredo, Roberto (2003b): «El Campaniforme en la región cantábrica: un fenómeno arqueológico en el seno de las sociedades calcolíticas del norte de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 60(1): 81-98.

Orejas, Almudena (1996): *Estructura social y territorio: el impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*. Madrid: CSIC. (Anejos de Archivo Español de Arqueología; 15).

Otto, J.S. y Anderson, N.E. (1982): «Slash-and-Burn Cultivation in the Highlands South: A Problem in Comparative Agricultural History». *Comparative Studies in Society and History*, 24(1).

Pajares Borbolla, Gustavo (2010): *Rastreado los orígenes de la cultura castreña castreña en Asturias: sus raíces en el Bronce Final*. Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid: Trabajo de Tercer Ciclo, inédito.

Palet Martínez, Josep María; Ejarque Montolio, Ana; Miras, Yannick; Riera Mora, Santiago; Euba Rementeria, Itxaso y Orengo, Hèctor A. (2007): «Formes d'ocupació d'alta muntanya a la vall de la Vansa (Serra del Cadí - Alt Urgell) i a la vall del Madriu-Perafita-Claror (Andorra): estudi diacrònic de paisatges culturals pirinencs». *Tribuna d'Arqueologia*, 2006: 229-253.

Parceró Oubiña, César (1995): «Elementos para el estudio de los paisajes castreños del Noroeste peninsular». *Trabajos de Prehistoria*, 52(1): 127-144.

Parceró Oubiña, César (1999): *La Arqueología de la Gasificación en Galicia, 7. Hacia una arqueología agraria de la cultura castreña*. Santiago de Compostela: Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais, Trabajos en Arqueología del Paisaje, 9.



- Parceró Oubiña, César (2000): «Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico». *Trabajos de Prehistoria*, 57(1): 75-95.
- Parceró Oubiña, César (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*. Ortigueira: Fundación F.M.Ortegalia.
- Parceró Oubiña, César (2003): «Looking forward in anger: Social and political transformations in the Iron Age of the North-Western Iberian Peninsula». *European Journal of Archaeology*, 6(3): 267-299.
- Parceró Oubiña, César (2005): «Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica». En: Blanco González, Antonio; Canelo Mielgo, Carlos y Esparza Arroyo, Ángel (eds.), *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica. Encuentro de jóvenes investigadores*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 11-33.
- Parceró Oubiña, César (2006): «Los paisajes agrarios castreños. Modelos de construcción del espacio agrario a lo largo de la Edad del Hierro del noroeste». *Arqueología Espacial*, 26: 57-85.
- Parceró Oubiña, César y Ayán Vila, Xurxo M. (2009): «Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el Noroeste prerromano». En: García Huerta, Rosario y Rodríguez González, David (eds.), *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 367-422.
- Parceró Oubiña, César; Ayán Vila, Xurxo M.; Fábrega Álvarez, Pastor y Teira Brión, Andrés M. (2007): «Arqueología, Paisaje y Sociedad». En: González García, Francisco Javier (ed.), *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, 131-258.
- Parceró Oubiña, César y Criado Boado, Felipe (2013): «Social Change, Social Resistance: A Long-Term Approach to the Processes of Transformation of Social Landscapes in the Northwest Iberian Peninsula». En: Cruz Berrocal, María; García Sanjuán, Leonardo y Gilman, Antonio (eds.), *The Prehistory of Iberia. Debating Early Social Stratification and the State*. London: Routledge, 249-266.
- Parceró Oubiña, César; Criado Boado, Felipe y Santos Estévez, Manuel (1998a): «La Arqueología de los espacios sagrados». *Arqueología Espacial*, 19-20: 507-516.
- Parceró Oubiña, César; Criado Boado, Felipe y Santos Estévez, Manuel (1998b): «Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions». *World Archaeology*, 30(1): 159-176.
- Parceró Oubiña, César y Fábrega Álvarez, Pastor (2006): «Diseño metodológico para el análisis locacional de asentamientos a través de un SIG de base 'raster'». En: Grau Mira, Ignasi (ed.), *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Universidad de Alicante, 69-89.
- Pardiñas, Antonio F.; Roca, Agustín; García Vázquez, Eva y López, Belén (2012): «Assessing the Genetic Influence of Ancient Sociopolitical Structure: Micro-differentiation Patterns in the Population of Asturias (Northern Spain)». *PLoS ONE*, 7(11): e50206.
- Parga-Dans, Eva (2010): «Commercial archaeology in Spain: its growth, development, and the impact of the global economic crisis». En: Schlanger, Nathan y Aitchison, Kenneth (eds.), *Archaeology and the global economic crisis. Multiple impacts, possible solutions*. Tervuren: ACE/Culture Lab Editions, 45-54.
- Parker Pearson, Mike (2000): «Eating money. A study in the ethnoarchaeology of food». *Archaeological Dialogues*, 7(2): 217-232.
- Peet, Richard (1985): «The Social Origins of Environmental Determinism». *Annals of the Association of American Geographers*, 75(3): 309-333.
- de la Peña Alonso, Paloma (2012): *Sobre la unidad tecnológica del Gravetiense en la Península Ibérica: implicaciones para el conocimiento del Paleolítico Superior inicial*. Madrid: Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid. Tesis Doctoral, accesible en: <http://eprints.ucm.es/16630/>.
- Peña Chocarro, Leonor (1996): «In-situ conservation of hulled-wheat species: the case of Spain». En: Padulosi, S.; Hammer, K. y Heller, J. (eds.), *Hulled Wheats. Hulled wheats. Promoting the conservation and use of underutilized and neglected crops. 4. Proceedings of the First International Workshop on Hulled Wheats, 21-22 July 1995, Castelvecchio Pascoli, Tuscany, Italy*. Rome: International Plant Genetic Resources Institute, 129-146.
- Peña Chocarro, Leonor; Pérez Jordá, Guillem; López Romero González de la Aleja, Elena y Checa Gómez, Esther (s.f.): *Informe arqueobotánico: semillas y frutos del yacimiento de El Castro (Vigaña, Belmonte de Miranda, Asturias)*. Madrid: G.I. Arqueobiología. Instituto de Historia (CCHS, CSIC).

- Peña Chocarro, Leonor; Pérez Jordá, Guillem; Morales Mateos, Jacob y Zapata Peña, Lydia (2013): «Neolithic plant use in the Western Mediterranean region: preliminary results from the AGRIWESTMED project». *Annali di Botanica*, 3: 135-141.
- Peña Chocarro, Leonor y Zapata Peña, Lydia (1997): «El *Triticum dicoccum* (ezkandia) en Navarra: de la agricultura prehistórica a la extinción de un trigo arcaico». *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 14: 249-262.
- Peña Chocarro, Leonor y Zapata Peña, Lydia (2012): «Las transformaciones del Neolítico en la Península Ibérica: la agricultura». En: Rojo Guerra, Manuel A.; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 95-106.
- Peña Chocarro, Leonor y Zapata Peña, Lydia (2014): «Crop diversity in the Neolithic of the Iberian peninsula». En: Chevalier, Alexandre; Marinova, Elena y Peña Chocarro, Leonor (eds.), *Plants and People: Choices and Diversity through Time*. Oxford: Oxbow Books. (EARTH; 1), 96-100.
- Peña Chocarro, Leonor; Zapata Peña, Lydia; Iriarte Chiapusso, María José; González Morales, Manuel R. y Straus, Lawrence Guy (2005): «The oldest agriculture in northern Atlantic Spain: new evidence from El Mirón Cave (Ramales de la Victoria, Cantabria)». *Journal of Archaeological Science*, 32(4): 579-587.
- Peñalba Garmendia, María Cristina (1994): «The history of the Holocene vegetation in northern Spain from pollen analysis». *Journal of Ecology*, 82: 815-832.
- Peñalver Iribarren, Xabier (2008): *La Edad del Hierro. Los Vascones y sus vecinos en el último milenio anterior a nuestra era*. San Sebastián: Txertoa.
- Peralta Labrador, Eduardo (1999): «El asedio de La Espina del Gallego (Valles de Toranzo y de Iguña, Cantabria) y el problema de *Aracelium*». *Complutum*, 10: 195-212.
- Peralta Labrador, Eduardo (2002a): «Los campamentos de campaña (*castra aestiva*): evidencias científicas y carencias académicas». *Nivel Cero*, 10: 49-87.
- Peralta Labrador, Eduardo (2002b): «Los campamentos de las guerras cántabras de Iguña, Toranzo y Buelna (Cantabria)». En: Morillo Cerdán, Ángel (ed.), *Arqueología Militar romana en Hispania*. Madrid: CSIC-Ediciones Polifemo. (Anejos de Gladius; 5), 327-338.
- Peralta Labrador, Eduardo (2003): *Los Cántabros antes de Roma*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Peralta Labrador, Eduardo (2006a): «Guerras cántabras en la montaña palentina: el asedio de La Loma». *Revista de Arqueología*, 303: 24-33.
- Peralta Labrador, Eduardo (2006b): «La revisión de las guerras cántabras: novedades arqueológicas en el norte de Castilla». En: Morillo Cerdán, Ángel (ed.), *Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León: Universidad de León, 523-547.
- Peralta Labrador, Eduardo (2008): «El asedio augústeo de la Espina del Gallego. Campañas arqueológicas de 2000-2003». En: Ontañón Peredo, Roberto (ed.), *Actuaciones Arqueológicas en Cantabria 2000-2003*. Santander: Gobierno de Cantabria, 153-158.
- Peralta Labrador, Eduardo (2009): «Las Guerras Cántabras». En: Almagro Gorbea, Martín (ed.), *Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid: Laberinto, 247-265.
- Peralta Labrador, Eduardo (2011): «Campamentos romanos en Cantabria». *Castillos de España*, 161-163: 23-36.
- Pereira Menaut, Gerardo (1982): «Los castella y las comunidades de Gallaecia». *Zephyrus*, 34-35: 249-267.
- Pereira Menaut, Gerardo (2010): «El moderno debate sobre la romanización». *Veleia*, 27: 239-253.
- Pereira Menaut, Gerardo y Santos Yanguas, Juan (1982): «Ensayo de sistematización de la epigrafía romana de Asturias. Las unidades gentilicias». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 105-106: 87-110.
- Pérez Suárez, Carlos y Arias Cabal, Pablo (1979): «Túmulos y yacimientos al aire libre de la Sierra Plana de La Borbolla (Llanes, Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 98: 695-715.
- Peyroux, Celso (1992): *La calzada romana de La Mesa -El Camín Real-*. Xixón: Alborá Llibros.
- Politis, Gustavo G. (2003): «The Theoretical Landscape and the Methodological Development of Archaeology in Latin America». *American Antiquity*, 68(2): 245-272.
- Politis, Gustavo G. (2015): «Reflections on Contemporary Ethnoarchaeology». *Pyrenae*, 46(1): 41-83.
- Politis, Gustavo G.; Martínez, Gustavo A. y Rodríguez, Julián (1997): «Caza, recolección y pesca como estrategia de explotación de recursos en forestas tropicales lluviosas: los Nukak de la amazonía colombiana». *Revista Española de Antropología Americana*, 27: 167-197.
- Pontevedra Pombal, Xabier; Mighall, Tim M.; Nóvoa Muñoz, Juan C.; Peiteado Varela, Eva; Rodríguez Racedo, José; García Rodeja, Eduardo y Martínez Cortizas, Antonio (2013): «Five thousand years

- of atmospheric Ni, Zn, As, and Cd deposition recorded in bogs from NW Iberia: prehistoric and historic anthropogenic contributions». *Journal of Archaeological Science*, 40(1): 764-777.
- Prieto Martínez, María Pilar; Mañana Borrazás, Patricia; Costa Casais, Manuela; Criado Boado, Felipe; López Sáez, José Antonio; Carrión Marco, Yolanda y Martínez Cortizas, Antonio (2012): «Galicia». En: Rojo Guerra, Manuel Ángel; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 255-290.
- Prieto Martínez, María Pilar y Salanova, Laure (eds.) (2011): *Las comunidades Campaniformes en Galicia. Cambios sociales en el III y II milenios BC en el NW de la Península Ibérica*. Pontevedra: Deputación de Pontevedra.
- Prieto Sarro, Ignacio (2012): *Toponimia de La Majúa*. León: Asociación Club Xeitu. Premio del I Concurso de Recogida de Toponimia 'Concha de Lama'.

**Q**uerol, María Ángeles (2000): «Una empresa llamada arqueología». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 10: 353-362.

Quintana López, Javier; Rubio Díez, Rubén y ALACET Arqueólogos SL (2009): *Inventario Arqueológico del municipio de Villablino (León)*. León: Comisión Territorial de Patrimonio Cultural, Servicio Territorial de Cultura y Turismo, Delegación Territorial de León, Junta de Castilla y León.

**R**abanal Alonso, Manuel Abilio y García Martínez, Sonia María (2001): *Epigrafía romana de la provincia de León: revisión y actualización*. León: Universidad de León. (Historia y sociedad; 8).

Ramil Rego, Pablo; Gómez-Orellana, Luis; Muñoz Sobrino, Castor y Rodríguez Guitián, Manuel (1996): «Valoración de las secuencias polínicas del Norte de la Península Ibérica para el último ciclo glaciario-interglaciario». *Férvedes*, 3: 33-116.

Ramírez Sádaba, José Luís (1999): «La Toponimia de la guerra. Utilización y utilidad». En: *Las Guerras Cantabras*. Santander: Fundación Marcelino Botín, 171-199.

Reddé, Michel (1995): «Titulum et Clavicula. À propos des fouilles récentes d'Àlesia». *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 46(2): 349-356.

Reddé, Michel (ed.) (1996): *L'Armée romaine en Gaule*. Paris: Éditions Errance.

Reher Díez, Guillermo S.; López Merino, Lourdes; Sánchez-Palencia, Francisco Javier y López Sáez, José Antonio (2012): «Configuring the landscape: Roman mining in the *conventus Asturum* (NW Hispania)». En: Kluiving, Sjoerd J. y Guttman-Bond, Erika B. (eds.), *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, Landscape and Heritage Series, 127-136.

Reimer, Paula J.; Bard, Edouard; Bayliss, Alex; Beck, J. Warren; Blackwell, Paul G.; Bronk Ramsey, Christopher B.; Buck, Caitlin E.; Cheng, Hai; Edwards, R. Lawrence; Friedrich, Michael; Grootes, Pieter M.; Guilderson, Thomas P.; Hafflidson, Hafliði; Hajdas, Irka; Hatté, Christine; Heaton, Thomas J.; Hoffmann, Dirk L.; Hogg, Alan G.; Hughen, Konrad A.; Kaiser, K. Felix; Kromer, Bernd; Manning, Sturt W.; Niu, Mu; Reimer, Ron W.; Richards, David A.; Scott, E. Marian; Southon, John R.; Staff, Richard A.; Turney, Christian S.M. y Van der Plicht, Johannes (2013): «IntCal13 and Marine13 Radiocarbon Age Calibration Curves 0–50,000 Years cal BP». *Radiocarbon*, 55(4): 1869-1887.

Rendu, Christine (2003): *La Montagne d'Enveig. Une estive pyrénéenne dans la longue durée*. Canet: Trabucaire.

Requejo Pagés, Otilia (2007): «Antiguo puente sobre el Narcea en Casas del Puente (Cornellana, Salas, Asturias)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 329-333.

Reynolds, Peter J. (1977): «Slash and Burn Experiment». *The Archaeological Journal*, 134: 307-318.

Richards, Thomas (2008): «Survey Strategies in Landscape Archaeology». En: David, Bruno y Thomas, Julian (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 551-561.

Ríos González, Sergio y García de Castro Valdés, César (1998): *Asturias castreña*. Gijón: Trea.

Ríos González, Sergio y García de Castro Valdés, César (2001): «Observaciones en torno al poblamiento castreño de la Edad del Hierro en Asturias». *Trabajos de Prehistoria*, 58(2): 89-107.

Rodríguez Acevedo, José Manuel; Martín Martín, Víctor O. y Jerez Darias, Luis Manuel (2011): «La financiación de las oligarquías provinciales en el apogeo y crisis del negocio inmobiliario en España: una reflexión sociológica sobre las cajas de ahorros». *Revista de Economía Crítica*, 11: 104-130.

Rodríguez Alonso, Pablo (2014): *¡Hablad en cristiano! Procesos de nacionalización lingüística na construcción de los estaos-nación*. Uviéu: Trabe.

- Rodríguez Casal, Antón A. (ed.) (1997): *O Neolítico Atlántico e as Oríxenes do Megalitismo. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 de abril de 1996)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.
- Rodríguez Colmenero, Antonio (1979): *Augusto e Hispania. Conquista y Organización del Norte Peninsular*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Rodríguez Corral, Javier (2009): *A Galicia castrexa*. Santiago de Compostela: Lóstrego.
- Rodríguez del Cueto, Fernando (2012): «Arquitecturas de barro y madera prerromanas en el occidente de Asturias: el Castro de Pendia». *Arqueología de la Arquitectura*, 9: 83-101.
- Rodríguez del Cueto, Fernando (2013): «Cambios y readaptaciones en la estructura urbana de un poblado fortificado: el caso de el Castro de Pendia, Boal (Asturias)». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 64: 129-143.
- Rodríguez Gutiérrez, Fermín (1989): *La organización agraria de la Montaña Central Asturiana*. Oviedo: Principado de Asturias, Consejería de Educación, Cultura y Deportes.
- Rodríguez Hernández, Jesús (2012): «Los procesos técnicos de la cantería durante la Segunda Edad del Hierro en el Occidente de la meseta». *Zephyrus*, 70: 113-130.
- Rodríguez López, Carlos; Vázquez Varela, José Manuel y Camino Mayor, Jorge (2005): «Concheros castreños y romanos del Cantábrico occidental (Asturias y Galicia)». *Gallaecia*, 24: 61-73.
- Rodríguez López, Emmanuel y López Hernández, Isidro (2011): «Del Auge al Colapso. El modelo financiero-inmobiliario de la economía española (1995-2010)». *Revista de Economía Crítica*, 12: 39-63.
- Rodríguez Marcos, José Antonio (2008): *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. (Arqueología en Castilla y León. Monografías; 7).
- Rodríguez Otero, Vicente y Camino Mayor, Jorge (1989): *Inventario Arqueológico del municipio de Salas*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Rodríguez Pascual, Manuel (ed.) (2006): *Trashumancia. Paisajes, vivencias y sensaciones*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Rodríguez Pascual, Manuel y Fernández, Fernando (2010): *De Babia a Sierra Morena. Un viaje ancestral por la cañada real de La Vizaina o de la plata y otras vías pecuarias*. Wenaewe.
- Rodríguez Temiño, Ignacio (2004): *Arqueología Urbana en España*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- Rojo Guerra, Manuel A.; Royo Guillén, José Ignacio; Garrido Álvarez-Coto, Guiomar; García Martínez de Lagrán, Íñigo; Tejedor Rodríguez, Cristina; Arcusa Magallón, Héctor; García Gazolaz, Jesús; Sesma Sesma, Jesús y Beguiristain Gúrpide, María Amor (2012a): «Los caminos del neolítico: Un proyecto de investigación en el Valle del Ebro». En: Borrell, Mònica; Borrell, Ferran; Bosch, Josep; Clop, Xavier y Molist, Miquel (eds.), *Xarxes al Neolític. Circulació i intercanvi de matèries, productes i idees a la Mediterrània occidental (VII-III mil·lenni aC)*. Gavà/Bellaterra, 2-4/2/2011. Gavà, Museu de Gavà. (Rubricatum. Revista del Museu de Gavà; 5).
- Rojo Guerra, Manuel Ángel; Garrido Pena, Rafael y García Martínez de Lagrán, Íñigo (eds.) (2012b): *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra.
- Rojo Guerra, Manuel Ángel; Kunst, Michael; Garrido Pena, Rafael; García Martínez de Lagrán, Íñigo y Morán, G. (2008): *Paisajes de la memoria: asentamientos del Neolítico antiguo en el Valle de Ambrona (Soria, España)*. Valladolid: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid. (Serie Arte y Arqueología; 23).
- Rojo Guerra, Manuel Ángel; Peña Chocarro, Leonor; Royo Guillén, José Ignacio; Tejedor Rodríguez, Cristina; García Martínez de Lagrán, Íñigo; Arcusa Magallón, Héctor; Garrido Pena, Rafael; Moreno-García, Marta; Mazzuco, Niccolò; Gibaja Bao, Juan Francisco; Ortega, David; Kromer, Bernd y Alt, Kurt W. (2013): «Pastores trashumantes del Neolítico Antiguo en un entorno de alta montaña: secuencia crono-cultural de la Cova de Els Trocs (San Feliú de Veri, Huesca)». *BSAA Arqueología: Boletín del Seminario de Estudios de Arqueología*, 79: 9-55.
- Romero Carnicero, Fernando (1992): «Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la I Edad del hierro». En: Baez Mezquita, Juan Manuel (ed.), *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Instituto de Ciencias de la Educación, 175-211.
- Romero Carnicero, Fernando y Sanz Mínguez, Carlos (eds.) (2010): *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" - Universidad de Valladolid. (Vaccea Monografías; 4).
- Romero Carnicero, Fernando; Sanz Mínguez, Carlos y Álvarez Sanchís, Jesús R. (2008): «El primer milenio A.C. en las tierras del interior peninsular». En: Gracia Alonso, Francisco (ed.), *De Iberia a Hispania*. Madrid: Ariel, 649-731.



- Romero López, Diana (1992): «El Relieve de Asturias». En: Morales Matos, Guillermo (ed.), *Geografía de Asturias, tomo I*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 1-16.
- Roosevelt, Anna C. (2013): «The Amazon and the Anthropocene: 13,000 years of human influence in a tropical rainforest». *Anthropocene*, 4: 69-87.
- Ros Fontana, I. (ed.) (1999): *Fritz Krüger. Fotografías de un trabajo de campo en Asturias (1927)*. Xixón: Muséu del Pueblu d'Asturies.
- Rösch, Manfred; Ehrmann, Otto; Goldammer, Johann G.; Herrmann, Ludger; Page, Hans; Schulz, Erhard; Hall, Matthias; Bogenrieder, Arno y Schier, Wolfram (2004): «Slash-and-Burn Experiments to Reconstruct Late Neolithic Shifting Cultivation». *International Forest Fire News*, 30: 70-74 <[http://www.fire.uni-freiburg.de/iffn/iffn\\_30/14-IFFN-30-Germany-Forchtenberg.pdf](http://www.fire.uni-freiburg.de/iffn/iffn_30/14-IFFN-30-Germany-Forchtenberg.pdf)>.
- Rössler, Mechthild (2003): «Linking Nature and Culture: World Heritage Cultural Landscapes». En: *Cultural Landscapes: the Challenges of Conservation. World Heritage 2002 Shared Legacy, Common Responsibility Associated Workshops, 11-12 November 2002, Ferrara - Italy*. Paris: UNESCO World Heritage Centre. (World Heritage Papers; 7), 10-15.
- Rössler, Mechthild (2006): «World Heritage cultural landscapes: A UNESCO flagship programme 1992 - 2006». *Landscape Research*, 31(4): 333-353.
- Roth, Jonathan P. (1999): *The Logistics of the Roman Army at War (264 B.C. - A.D. 235)*. Leiden: Brill.
- Rovira Llorens, Salvador (2002): «Metallurgy and Society in Prehistoric Spain». En: Ottaway, Barbara S. y Wager, Emma C. (eds.), *Metals and Society. Papers from a session held at the European Association of Archaeologists Sixth Annual Meeting in Lisbon 2000*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1061), 5-20.
- Rovira Llorens, Salvador y Gómez Ramos, Pablo (2001): «La metalurgia prerromana de La Campa Torres (Gijón, Asturias)». En: Maya González, José Luis y Cuesta Toribio, Francisco (eds.), *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Gijón: VTP editorial, 375-384.
- Rowe, Cassandra y Kershaw, Peter (2008): «Microbotanical Remains in Landscape Archaeology». En: David, Bruno y Thomas, Julian (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 430-441.
- RTPA (2014): *Un asturiano de las Ubiñas con 3.900 años*. <[http://www.rtpa.es/sociedad:Un-asturiano-de-las-Ubi%C3%B1as-con-3.900-a%C3%B1os\\_111389361321.html](http://www.rtpa.es/sociedad:Un-asturiano-de-las-Ubi%C3%B1as-con-3.900-a%C3%B1os_111389361321.html)>.
- Rubio Díez, Rubén y Marcos Herrán, Francisco Javier (2010): «Aproximación al poblamiento castreño en el valle de Laciana (Villablino, León)». *Zephyrus*, 66: 181-205.
- Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (1992): «La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica». *SPAL*, 1: 219-251.
- Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (1993): «El Occidente en la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce». *Complutum*, 4: 41-68.
- Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (1995): «Depósitos del Bronce Final: ¿Sagrado o profano? ¿Sagrado y, a la vez, profano?». En: Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (ed.), *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense. (Complutum Extra; 5), 21-32.
- Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*. Barcelona: Crítica.
- Ruiz-Gálvez Priego, Marisa (ed.) (2001): *La Edad del Bronce, ¿primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*. Barcelona: Crítica.
- Ruiz Cobo, Jesús y Fernández Ibáñez, Carmelo (2006): «Epipaleolítico y Mesolítico en la Cuenca Alta del río Asón (Cantabria, España)». En: Maíllo Fernández, José Manuel y Baquedano Pérez, Enrique (eds.), *Miscelánea en homenaje a Victoria Cabrera*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional de Madrid. (Zona Arqueológica; 7-I), 519-532.
- Ruiz Cobo, Jesús; Muñoz Fernández, Emilio; García Gómez, Pedro; Crespo, Víctor; Moñino Saez, Manuel y Smith, Peter (2007): *Paisaje y arqueología en el Alto Asón (Cantabria, España)*. Oxford: John and Erica Hedges Ltd. (BAR International Series; 1614).
- Ruiz de la Peña Solar, Juan Ignacio (1981): *Las «Polas» asturianas en la Edad Media. Estudio y diplomático*. Oviedo: Universidad de Oviedo, Departamento de Historia Medieval.
- Ruiz del Árbol, María (2001): *Organización y explotación del territorio en el noreste de Lusitania en época altoimperial*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia Antigua. Tesis doctoral accesible en: <http://eprints.ucm.es/4630/>.
- Ruiz Zapata, M. Blanca; Andrade Olalla, Antonia; Dorado Valiño, Miriam; Gil García, María José; Martín Arroyo, T. y Valdeolmillos Rodríguez, Ana (1996a): «Reflexiones sobre la Palinología del Cuaternario y su aplicación en la reconstrucción paleoambiental y paleoclimática. I: Representación polínica de la vegetación». *Geogaceta*, 20(1): 217-220.

- Ruiz Zapata, M. Blanca; Dorado Valiño, Miriam; Gil García, María José; Martín Arroyo, T.; Valdeolmillos Rodríguez, Ana y Andrade Olalla, Antonia (1996b): «Reflexiones sobre la Palinología del Cuaternario y su aplicación en la reconstrucción paleoambiental y paleoclimática. II: Interpretación de los cambios de vegetación». *Geogaceta*, 20(1): 221-224.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (1996a): «Celts and Iberians. Ideological manipulations in Spanish archaeology». En: Graves-Brown, Paul; Jones, Siân y Gamble, Clive (eds.), *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*. London: Routledge, 179-195.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (1996b): «La prospección de superficie en la arqueología española». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17: 7-20.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2003): «Historiografía y "Uso Público" de los celtas en la España Franquista». En: Wulff Alonso, F. y Álvarez Martí-Aguilar, M. (eds.), *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*. Málaga: CEDMA, 217-240.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2006): «The Celts in Spain. From archaeology to modern identities». En: Rieckhoff, Sabine (ed.), *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, I: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne. Actes de la table ronde de Leipzig, 16-17 juin 2005*. Glux-en-Glenne: Bibracte, Centre archéologique européen, 197-218.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2010a): «Los valores educativos de la prehistoria en la enseñanza obligatoria». *MARQ, Arqueología y Museos*, 4: 161-179.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2010b): «Roma conquistó la Galia... y Astérix y Obélix conquistaron el mundo. Desenmarañando a los celtas». En: Cardete Del Olmo, María Cruz (ed.), *La Antigüedad y sus Mitos. Narrativas históricas irreverentes*. Madrid: Siglo XXI, 97-114.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2012): «Presencia Social de la Arqueología y percepción pública del pasado». En: Ferrer García, Carlos y Vives-Ferrándiz Sánchez, Jaime (eds.), *Construcciones y usos del pasado. Patrimonio arqueológico, Territorio y Museo. Jornadas de debate del Museu de Prehistòria de València*. Valencia: Museu de Prehistòria de València, 31-73.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2013a): «La divulgación arqueológica: las ideologías ocultas». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 19: 11-36.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2013b): «La excavación arqueológica». En: García-Díez, Marcos y Zapata Peña, Lydia (eds.), *Métodos y Técnicas de análisis y estudio en arqueología prehistórica. De lo técnico a la reconstrucción de los grupos humanos*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 39-72.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (2013c): «¿Qué son arqueologías de elite y arqueologías desde abajo?». En: Gaita, Alejandro; Pozuelo Blancas, Pedro; Tejado Montero, Laura y La Marea (eds.), *La Uni en la calle*. Madrid: Cooperativa MásPúblico, 190-191.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo y Salas Lopes, Nuria (2008): «Los vettones hoy: arqueología, identidad moderna y divulgación». En: Álvarez Sanchís, Jesús R. (ed.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional. (Zona Arqueológica; 12), 408-423.

- S**abaté Bel, Joaquín (2011): «De la Preservación del Patrimonio a la Ordenación del Paisaje: Intervenciones en Paisajes Culturales de Latinoamérica». En: *Paisajes Culturales: Comprensión, Protección y Gestión. I Encuentro-taller, Cartagena de Indias, Colombia, 19-22 de octubre de 2010*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, 10-23.
- Salinas de Frías, Manuel (1998): «La guerra de los cántabros y astures, la etnografía de España y la propaganda de Augusto ». En: Hidalgo, María José; Pérez, Dionisio y Gervás, Manuel J.R. (eds.), *"Romanización" y "reconquista" en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 155-170.
- Salinas de Frías, Manuel (2008): «La conquista romana de la Meseta Occidental». En: Álvarez Sanchís, Jesús R. (ed.), *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional. (Zona Arqueológica; 12), 393-405.
- Salinas de Frías, Manuel (2011): «Las fuentes clásicas y el poblamiento prerromano del occidente peninsular. Problemas de etnicidad y cultura». En: Ruiz Zapatero, Gonzalo y Álvarez Sanchís, Jesús R. (eds.), *Castros y Verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano)*. Ávila: Diputación de Ávila, 129-157.
- Salzman, Philip Carl (2002): «Pastoral Nomads: some general observations based on research in Iran». *Journal of Anthropological Research*, 58(2): 245-264.

- Sánchez-Palencia, Francisco Javier (1986): «El campamento romano de Valdemeda, Manzaneda (León): ocupación militar y explotación aurífera en el NW peninsular». *Numantia*, 2: 227-243.
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier (1995): «Minería y metalurgia de la región astur en la Antigüedad». En: *Astures. Pueblos y Culturas en las fronteras del Imperio Romano*. Gijón: Gran Enciclopedia Asturiana, 141-157.
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la "Asturia Augustana"*. León: Instituto Leonés de Cultura.
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier y Fernández-Posse, María Dolores (1985): *La Corona y El Castro de Corporales I. Truchas (León)*. Madrid: Ministerio de Cultura. (Excavaciones Arqueológicas en España; 141).
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier y Fernández-Posse, María Dolores (1986): «Hábitat y urbanismo en la Corona de Corporales». *Arqueología Espacial*, 9: 139-154.
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier; López Sáez, José Antonio; Reher Díez, Guillermo S. y López Merino, Lourdes (2011): «La minería romana en León y Asturias, su importancia en la configuración de los paisajes». En: *La evolución del paisaje vegetal y el uso del fuego en la Cordillera Cantábrica*. León: Fundación Patrimonio Natural de Castilla y León, 125-137.
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier y Mangas Manjarrés, Julio (eds.) (2001): *El edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*. León: Museo de León.
- Sánchez-Palencia, Francisco Javier; Orejas, Almudena; Sastre Prats, Inés y Pérez García, L.C. (2006): «Las zonas mineras romanas del noroeste peninsular: Infraestructura y organización del territorio». En: Moreno Gallo, Isaac (ed.), *Nuevos Elementos de Ingeniería Romana. III Congreso de las Obras Públicas Romanas*. Astorga: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 213-263.
- Sánchez Albornoz, Claudio (1972): «Vías de comunicación en el solar del Reino de Asturias durante la época romana». En: Sánchez Albornoz, Claudio (ed.), *El Reino de Asturias*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 107-127.
- Sánchez Hidalgo, Estefanía (1999): «Excavación arqueológica del túmulo I del conjunto tumular de La Xorenga (Xestoselo, Grandas de Salime)». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 233-236.
- Sánchez Hidalgo, Estefanía y Menéndez Granda, Alfonso (2001): *Inventario Arqueológico del concejo de Tineo*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Sánchez Hidalgo, Estefanía y Menéndez Granda, Alfonso (2005): «Avance al estudio de la Terra Sigillata sudgálica del castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)». En: Fernández Ochoa, Carmen y García Díaz, Paloma (eds.), *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana. III Coloquio Internacional de Arqueología de Gijón, Gijón, 28, 29 y 30 de septiembre 2002*. Oxford: Archaeopress. (BAR International Series; 1371), 251-258.
- Sánchez Hidalgo, Estefanía y Menéndez Granda, Alfonso (2013a): «Intervención arqueológica en el yacimiento medieval de San Andrés de Veigas (Veigas, Somiedo)». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 423-427.
- Sánchez Hidalgo, Estefanía y Menéndez Granda, Alfonso (2013b): «Trabajos en la necrópolis megalítico-tumular de Monte Areo (Carreño-Gijón). Identificación de estructuras, nuevos hallazgos, georreferenciación y señalización de las mismas». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2012. En el centenario del descubrimiento de la caverna de La Peña de Candamo*. Oviedo: Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias. Dirección General de Patrimonio Cultural, 389-393.
- Sánchez Zurro, Domingo (2008): *Geografía de Castilla y León*. Ámbito.
- Santos Estévez, Manuel (2007): *Petroglifos y Paisaje social en la Prehistoria reciente del Noroeste de la Península Ibérica*. Santiago de Compostela: Instituto de Estudos Galegos Padre Sarmiento, CSIC-Xunta de Galicia. (TAPA; 38).
- Santos Estévez, Manuel; Parceró Oubiña, César y Criado Boado, Felipe (1997): «De la Arqueología simbólica del paisaje a la Arqueología de los paisajes sagrados». *Trabajos de Prehistoria*, 54(2): 61-80.
- Santos Granero, Fernando (1998): «Writing history into the Landscape: Space, myth, and ritual in contemporary Amazonia». *American Ethnologist*, 25(2): 128-148.
- Santos Granero, Fernando (2004): «Escribiendo la Historia en el Paisaje: Espacio, Mitología y Ritual entre la gente Yanésa». En: Surrales, A. y García Hierro, P. (eds.), *Tierra Adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhague: Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, 183-217.

- Santos Yanguas, Narciso (2006): *Asturias, los Astures y la cultura castreña*. Oviedo: KRK ediciones.
- Santos Yanguas, Narciso (2009): *Asturias, los astures y la administración romana durante el Alto Imperio*. Oviedo: KRK ediciones.
- Santos Yanguas, Narciso (2011): *Asturias, los astures y la minería romana del oro*. Oviedo: KRK ediciones.
- Santos Yanguas, Narciso (2014): «Augusto: conquista y administración del territorio de Asturias». *Studia historica. Historia antigua*, 32: 153-173.
- Sastre Prats, Inés (1998): «Arqueología del Paisaje y formas de explotación social: El caso del Noroeste peninsular». *Arqueología Espacial*, 19-20: 323-333.
- Sastre Prats, Inés (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*. Madrid: Ediciones Clásicas.
- Sastre Prats, Inés (2002): «Forms of social inequality in the Castro Culture». *European Journal of Archaeology*, 5(2): 213-248.
- Sastre Prats, Inés (2008): «Community, Identity, and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest». *Current Anthropology*, 49(6): 1021-1051.
- Sastre Prats, Inés (2011): «Social Inequality during the Iron Age: Interpretation Models». En: Moore, Tom y Armada Pita, Lois (eds.), *Atlantic Europe in the First Millennium BC. Crossing the Divide*. Oxford: Oxford University Press, 264-284.
- Sauer, Carl Ortwin (1925): «The Morphology of Landscape». *University of California Publications in Geography*, 2(2): 19-53.
- Sauer, Carl Ortwin (1956): «The Agency of Man on the Earth». En: Thomas, W. (ed.), *Man's Role in Changing the Face of the Earth*. Chicago: University of Chicago Press, 49-69.
- Scarre, Chris (2002): *Monuments and Landscape in Atlantic Europe. Perception and Society during the Neolithic and Early Bronze Age*. London: Routledge.
- Schönberger, H. (1969): «The Roman Frontier in Germany: An Archaeological Survey». *The Journal of Roman Studies*, 59: 144-197.
- Schulten, Adolf (1943): *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Señorán, José María (2007): «Etnoarqueología de los grupos pastores». *ArqueoWeb*, 9(1).
- Serna Gancedo, Mariano Luis; Martínez Velasco, Antxoka y Fernández Acebo, Virgilio (eds.) (2010): *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*. Santander: ACANTO.
- Sevilla Rodríguez, Martín (1984): *Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- Sherratt, Andrew (1981): «Plough and Pastoralism: aspect of the secondary products revolution». En: Hodder, Ian; Isaac, G. y Hammond, N. (eds.), *Pattern of the Past: Studies in honour of David Clarke*. Cambridge: Cambridge University Press, 261-305.
- Sherratt, Andrew (1983): «The secondary exploitation of animals in the Old World». *World Archaeology*, 15(1): 90-104.
- Sherratt, Andrew (1990): «The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-west Europe». *World Archaeology*, 22(2): 147-167.
- Sierra Piedra, Gerardo (1998): *Inventario Arqueológico del concejo de Cangas del Narcea*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Sierra Piedra, Gerardo (2008): «El Castro (Montovo) (ficha nº104)». En: *Inventario Arqueológico del concejo de Belmonte de Miranda*. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias. [Inédito].
- Sierra Piedra, Gerardo y Díaz Nosty, Bernardino (1999): «Carta arqueológica del concejo de Aller». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 4: 297-302.
- Silva Sánchez, Noemí; Martínez Cortizas, Antonio y López Merino, Lourdes (2014): «Linking forest cover, soil erosion and mire hydrology to late-Holocene human activity and climate in NW Spain». *The Holocene*, 24(6): 714-725.
- Smerdel, Inja (2014): «Fire-clearance husbandry in Slovenia: The Marija Reka case study». En: Van Gijn, Annelou; Whittaker, John C. y Anderson, Patricia C. (eds.), *Exploring and Explaining Diversity in Agricultural Technology*. Oxford: Oxbow Books. (EARTH; 2), 25-31.
- Soler Segura, Javier (2007): «Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la Arqueología del paisaje anglosajona». *Trabajos de Prehistoria*, 64(1): 41-64.
- Solot, Michael (1986): «Carl Sauer and the Cultural Evolution». *Annals of the Association of American Geographers*, 76(4): 508-520.
- Sordo Sotres, Ramón (1997): «Pastores y puertos». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 4: 71-75.



- Soto, B.; Basanta, R.; Pérez, R. y Díaz-Fierros Viqueira, F. (1995): «An experimental study of the influence of traditional slash-and-burn practices on soil erosion». *CATENA*, 24(1): 13-23.
- St Joseph, J.K. (1951): «Air Reconnaissance of North Britain». *The Journal of Roman Studies*, 41: 52-65.
- Straus, Lawrence Guy y González Morales, Manuel R. (2003): «The Mesolithic in the Cantabrian interior: fact or fantasy?». En: Larsson, Lars; Kindgren, Hans; Knuttsen, Kjell; Loeffler, David y Akerlund, Agneta (eds.), *Mesolithic on the move: Papers Presented at the Sixth International Conference on the Mesolithic in Europe, Stockholm 2000*. Oxford: Oxbow Books, 359-368.
- Suárez García, Pablo (2014): «La deturpación toponímica n'Asturies». *Lletres Asturianas*, 110: 57-94.
- Suárez López, Jesús (2001): *Tesoros, Ayalgas y Chalqueiros. La fiebre del oro en Asturias*. Gijón: Museo del Pueblo de Asturias.
- Suárez López, Jesús (2003): *Folklore de Somiedo. Leyendas, Cuentos, Tradiciones*. Gijón: Red de Museos Etnográficos de Asturias.
- Suárez Otero, José (1998): «Cerámicas e cultura na Idade do Bronce en Galicia». En: Fábregas Valcarce, Ramón (ed.), *A Idade do Bronce en Galicia: Novas Perspectivas*. A Coruña: Edicións do Castro. (Cadernos do Seminario de Sargadelos; 77), 81-103.
- Syme, Ronald (1970): «The Conquest of North-West Spain». En: *Legio VII Gemina*. León: Diputación Provincial de León. Cátedra de San Isidoro, Instituto Leonés de Estudios Romano Visigóticos, 79-107.

- T**eira Brión, Andrés M. (2003): «Os traballos agrarios e as ferramentas empregadas na cultura castrexa». *Gallaecia*, 22: 157-192.
- Teira Brión, Andrés M. (2010): «Tierra, metal y semillas. Consideraciones de la agricultura de la Edad del Hierro en Galicia». En: Bettencourt, Ana M.S.; Caetano Alves, Maria Isabel y Monteiro-Rodrigues, Sérgio (eds.), *Alterações Ambientais e Interação Humana na Fachada Atlântica Occidental*. Braga: Universidade do Minho, 133-148.
- Teira Brión, Andrés M. y Abad Vidal, Emilio (2012): «O necesario emerxer da información silenciada. A biografía das escavacións en xacementos da Idade do Ferro en Galicia como exemplo». *Gallaecia*, 31: 83-105.
- Teira Brión, Andrés M. y Amado Reino, Xesús (2014): «Molinos fuera de lugar. Fronteras y contextos de la molienda en la arqueología de la Edad del Hierro del noroeste ibérico». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 24: 271-287.
- Teira Mayolini, Luis César (1994): *El megalitismo en Cantabria. Aproximación a una realidad arqueológica olvidada*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- Tereso, João Pedro; Ramil-Rego, Pablo; Álvarez González, Yolanda; López González, Luis Francisco y Almeida-da-Silva, Rubim (2013): «Massive storage in As Laias/O Castelo (Ourense, NW Spain) from the Late Bronze Age/Iron Age transition to the Roman period: a palaeoethnobotanical approach». *Journal of Archaeological Science*, 40(11): 3865-3877.
- Terra Arqueos (2001-2002): *Inventario Arqueológico del municipio de Villablino (León)*. León: Comisión Territorial de Patrimonio Cultural, Servicio Territorial de Cultura y Turismo, Delegación Territorial de León, Junta de Castilla y León.
- Terra Arqueos (2004-2005a): *Inventario Arqueológico del municipio de Cabrellanes (León)*. León: Comisión Territorial de Patrimonio Cultural, Servicio Territorial de Cultura y Turismo, Delegación Territorial de León, Junta de Castilla y León.
- Terra Arqueos (2004-2005b): *Inventario Arqueológico del municipio de San Emiliano (León)*. León: Comisión Territorial de Patrimonio Cultural, Servicio Territorial de Cultura y Turismo, Delegación Territorial de León, Junta de Castilla y León.
- Thomas, Julian (1999): *Understanding the Neolithic. A revised second edition of Rethinking the Neolithic*. London: Routledge.
- Thomas, Julian (2001): «Archaeologies of Place and Landscape». En: Hodder, Ian (ed.), *Archaeological Theory Today*. Malden, MA: Blackwell Publishers Ltd. y Polity Press, 165-186.
- Thomas, Julian (2008): «Archaeology, Landscape, and Dwelling». En: David, Bruno y Thomas, Julian (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 300-306.
- Thomas, Julian (2012): «Los monumentos megalíticos de Europa». En: Rojo Guerra, Manuel A.; Garrido Pena, Rafael y García Martínez De Lagrán, Íñigo (eds.), *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Madrid: Cátedra, 55-69.
- Tilley, Christopher (1994): *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Oxford: Berg.

- Tilley, Christopher (1996): «The power of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor». *World Archaeology*, 28(2): 161-176.
- Tilley, Christopher (2004): *The Materiality of Stone. Explorations in Landscape Phenomenology: 1*. Oxford: Berg.
- Tilley, Christopher (2008): «Phenomenological Approaches to Landscape Archaeology». En: David, Bruno y Thomas, Julian (eds.), *Handbook of Landscape Archaeology*. Walnut Creek, CA: Left Coast Press, 271-276.
- Toledo Cañamero, Consuelo (1999): «Las decoraciones en la producción cerámica de la Edad del Bronce en Cantabria». *Nivel Cero*, 6-7: 85-99.
- Torres Martínez, Jesús F. (2003): «Recursos naturales y economía de los cántabros de la Edad del Hierro». *Complutum*, 14: 169-196.
- Torres Martínez, Jesús F. (2014): «Estructura territorial, relaciones vecinales y gobierno de las comunidades en el norte de la Península Ibérica en la Edad del Hierro». *Complutum*, 25(1): 177-201.
- Torres Martínez, Jesús F. y Sagardoy Fidalgo, Teresa (2006): «La etnoarqueología en el norte de la Península Ibérica y el estudio de las sociedades protohistóricas». En: *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía*. Barcelona: Institució Milà i Fontanals, 95-108.
- Torres Martínez, Jesús F.; Serna Gancedo, Mariano Luis y Domínguez Solera, Santiago D. (2011): «El ataque y destrucción del *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia) y el establecimiento del *castellum* romano». *Habis*, 42: 127-149.
- Torres Rodríguez, Jorge (2013): *La tierra sin límites. Territorio, Sociedad e Identidades en el valle medio del Tajo (S. IX-I a.C.)*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional. (Zona Arqueológica; 16).
- Trigger, Bruce G. (2006): *A History of Archaeological Thought. Second Edition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tzortzis, Stéfani; Mocci, Florence; Walsh, Kevin; Talon, Brigitte; Court-Picon, Mona; Dumas, Vincent; Py, Vanessa y Richer, Suzi (2008): «Les massifs de l'Argentiérais du Mésolithique au début de l'Antiquité: au croisement des données archéologiques et paléoenvironnementales en haute montagne (Hautes-Alpes, parc national des Écrins)». En: Garcia, Dominique y Richard, Hervé (eds.), *Le peuplement de l'arc alpin*. Paris: Les Éditions du CTHS, 123-148.

- Ucko, Peter J. y Layton, Robert (eds.) (1999): *The Archaeology and Anthropology of Landscape. Shaping your landscape*. London: Routledge.
- UNESCO (2013): *Operational Guidelines for the Implementation of the World Heritage Convention*. Paris: UNESCO World Heritage Centre. Accesible en: <http://whc.unesco.org/archive/opguide13-en.pdf>.
- Uría Rúa, Juan (1971): «Las campañas enviadas por Hixem I contra Asturias (794-795) y su probable geografía». En: *Estudios sobre la Monarquía asturiana*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 469-515.
- Uría Rúa, Juan (1976): *Los Vaqueiros de Alzada y otros estudios. (De caza y etnografía)*. Oviedo: Biblioteca Popular asturiana.
- Uriarte Cantolla, A. (2003): *Historia del Clima de la Tierra*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del País Vasco.

- Valero Garcés, Blas L.; Moreno, Ana; González-Sampériz, Penélope; Morellón, Mario; Rico, Mayte; Corella, Juan Pablo; Jiménez Sánchez, Montserrat; Domínguez-Cuesta, María José; Farias, Pedro; Stoll, Heather; López Merino, Lourdes; López Sáez, José Antonio; Leira, Manel; Santos, Luisa; Mata, Pilar; Rieradevall, María; Rubio, Esther; Navas, Ana; Delgado, Antonio; Marco-Barba, Javier y Sigrò, Javier (2010): «Evolución climática y ambiental del Parque Nacional de Picos de Europa desde el último máximo glacial». En: Ramírez, Lucía y Asensio, Benigno (eds.), *Proyectos de investigación en parques nacionales: 2006-2009*. Madrid: Organismo Autónomo Parques Nacionales, 55-71.
- Van der Velde, Pieter (2001): «An Extensive Alternative To Intensive Survey: Point Sampling in the Riu Mannu Survey Project, Sardinia». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 14(1): 24-52.
- Vaquero Rodríguez, Manuel; Alonso Fernández, Susana; Alonso Fernández, Carmelo; Ameijenda Iglesias, Alicia; Blain, Hugues-Alexandre; Fábregas Valcarce, Ramón; Gómez Merino, Gala; de Lombera Hermida, Arturo; López García, Juan M.; Lorenzo Merino, Carlos; Lozano Ruiz, Marina;

- Rodríguez Rellán, Carlos; Rosell i Ardèvol, Jordi y Serna González, María R. (2009): «Nuevas fechas radiométricas para la Prehistoria del noroeste de la Península Ibérica: la cueva de Valdavara (Becerreá, Lugo)». *Trabajos de Prehistoria*, 66(1): 99-113.
- Vázquez Mato, Martín Xosé (2009): *Na procura dunha paisaxe protohistórica: Análise locacional dos asentamentos tipo 'castro' da Baixa Limia ourensá*. Laboratorio de Arqueoloxía da Universidade de Vigo: Trabajo de Tercer Ciclo, inédito.
- Vázquez Mato, Martín Xosé (2010): «Estrategias de asentamiento como indicadores de cronología relativa para la Edad del Hierro en el Noroeste ibérico». *Herakleion*, 3: 67-103.
- Vázquez Varela, José Manuel (2000): *Etnoarqueología: conocer el pasado por medio del presente*. Pontevedra: Diputación Provincial de Pontevedra.
- Vázquez Varela, José Manuel (2001): «El contraste ecológico promueve la comunicación entre las culturas: nuevos datos sobre los pastores trashumantes en A Serra de Ancares (Lugo y León)». *Semata: Ciencias Sociais e Humanidades*, 13: 251-260.
- Vega del Sella, Ricardo (1919): *El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Asturias)*. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales.
- Vega Maeso, Cristina (2011): «La cerámica calcolítica en la región cantábrica. Los restos de la cueva de la llana. Andrín. Asturias». En: *Actas de las III Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica (JIA 2010)*. Barcelona: Estrat Jove Col·lectiu d'Arqueologia. (Estrat Crític; 5-II), 335-339.
- Vicent García, Juan Manuel (1982): «Las tendencias metodológicas en Prehistoria». *Trabajos de Prehistoria*, 39: 9-53.
- Vicent García, Juan Manuel (1998): «La prehistoria del modo tributario de producción». *Hispania: Revista española de Historia*, 58(3): 823-839.
- Vicent García, Juan Manuel; Martínez Navarrete, María Isabel; López Sáez, José Antonio y de Zavala Morencos, Ignacio (2010): «Impacto medioambiental de la minería y la metalurgia del cobre durante la Edad del Bronce en Kargaly (región de Orenburgo, Rusia)». *Trabajos de Prehistoria*, 67(2): 511-544.
- Vicent García, Juan Manuel; Rodríguez Alcalde, Ángel L.M.; López Sáez, José Antonio; de Zavala Morencos, Ignacio; López García, Pilar y Martínez Navarrete, María Isabel (2000): «¿Catástrofes ecológicas en la estepa? Arqueología del Paisaje en el complejo minero-metalúrgico de Kargaly (Región de Orenburg, Rusia)». *Trabajos de Prehistoria*, 57(1): 29-74.
- Vidal Encinas, Julio Manuel (2005): «La inmodélica gestión de la arqueología en España: de servicio público a mercancía». *PH, Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 53: 78-82.
- Vidal Encinas, Julio Manuel (2015): «La aportación de las Infraestructuras de Datos Espaciales al conocimiento de nuevos sitios castreños en la provincia de León». *Férvedes*, 8: 25-34.
- Vidal Encinas, Julio Manuel y Encina Prada, María (eds.) (2010): *Los hombres mesolíticos de la cueva de La Braña-Arintero (Valdelugeros, León)*. León: Museo de León; Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo.
- Vidal Encinas, Julio Manuel; Fernández Rodríguez, Carlos; Prada Marcos, María Encina y Fuertes Prieto, María Natividad (2008): «Los hombres mesolíticos de La Braña-Arintero (Valdelugeros, León): Un hallazgo funerario excepcional en la vertiente meridional de la Cordillera Cantábrica». *Férvedes*, 5: 153-164.
- Vidal Encinas, Julio Manuel y González Fernández, María Luz (2011): «Descubiertos en Omaña tres nuevos yacimientos de tipo castreño». *De Omaña. Revista cultural y comarcal*, 6: 20-21.
- Viejo Fernández, Xulio (2003): *La formación histórica de la llingua asturiana*. Uviéu: Trabe.
- Vigil-Escalera Guirado, Alfonso (2007): «Granjas y aldeas altomedievales al Norte de Toledo (450-800 D.C.)». *Archivo Español de Arqueología*, 80: 239-284.
- Vigil-Escalera Guirado, Alfonso (2009): «Las aldeas altomedievales madrileñas y su proceso formativo». En: Quirós Castillo, Juan Antonio (ed.), *The Archaeology of Early Medieval villages in Europe*. Vitoria: Universidad del País Vasco, Documentos de Arqueología e Historia 1, 315-339.
- Vigil-Escalera Guirado, Alfonso (2011): «El pequeño mundo en ruinas. De la Arqueología contractual española». *Revista Arkeogazte*, 1: 17-20.
- Vigne, Jean-Denis (2005): «L'humérus de chien magdalénien de Erralla (Gipuzkoa, Espagne) et la domestication tardiglaciaire du loup en Europe». *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, 57: 279-287.
- Vilaseco Vázquez, Xosé Ignacio (2001): «As escavacións arqueolóxicas en monumentos tumulares de Galicia: 1965-1998. Cuestións metodolóxicas e bibliométricas». *Gallaecia*, 20: 61-96.
- Villa Valdés, Ángel (1998): «Estudio arqueológico del complejo minero romano de Boinás, Belmonte de Miranda (Asturias)». *Boletín Geológico y Minero*, 109(5-6): 589-598.

- Villa Valdés, Ángel (1999a): «Chao Samartín, ente la tierra y el tiempu». *Asturies: memoria encesa d'un país*, 6: 10-28.
- Villa Valdés, Ángel (1999b): «Las explotaciones Auríferas Romanas de *El Valle* (Asturias, España): Un Modelo de Investigación Arqueológica desarrollado en el contexto de la Minería Moderna». En: Mata-Perelló, Josep Maria y Puche Riart, Octavio (eds.), *Actas del Primer Simposio sobre Arqueología Industrial: Conservación y Recuperación del Patrimonio minero-metalúrgico en el mundo hispánico. 49 Congreso Internacional de Americanistas. Quito, Julio de 1997*. SEDPGYM, 53-77.
- Villa Valdés, Ángel (1999-2000): «Descripción de estructuras defensivas e trazado urbano no el castro do Chao de San Martín (Grandas de Salime, Asturias)». *Boletín do Museo Provincial de Lugo*, 9: 367-419.
- Villa Valdés, Ángel (2002a): «Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias». En: De Blas Cortina, Miguel Ángel y Villa Valdés, Ángel (eds.), *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: Ayuntamiento de Navia, 159-188.
- Villa Valdés, Ángel (2002b): «Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (siglos VIII a.C.-II d.C.)». *Trabajos de Prehistoria*, 29(2): 149-162.
- Villa Valdés, Ángel (2003): «Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión». *Boletín Auriense*, 33: 115-146.
- Villa Valdés, Ángel (2004): «Orfebrería y testimonios metalúrgicos en el castro de Chao Samartín, Asturias (España)». En: Perea Caveda, Alicia; Montero Ruiz, Ignacio y García Vuelta, Óscar (eds.), *Tecnología del oro antiguo: Europa y América*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. (Anejos de Archivo Español de Arqueología; 32), 253-264.
- Villa Valdés, Ángel (2007a): «El castro de El Picón (La Corroza, Tapia de Casariego): un poblado de la Edad del Bronce en la marina occidental asturiana». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 277-282.
- Villa Valdés, Ángel (2007b): «El Chao Samartín (Grandas de Salime) y el paisaje fortificado en la Asturias Protohistórica». En: Moret, Pierre y Berrocal-Rangel, Luis (eds.), *Paisajes fortificados en la Protohistoria de la Península Ibérica*. Madrid: Real Academia de la Historia, 191-212.
- Villa Valdés, Ángel (2007c): «Explotación aurífera en la Sierra de Begega (Belmonte de Miranda): principales resultados de la intervención arqueológica». *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 5: 295-303.
- Villa Valdés, Ángel (2007d): «Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.)». En: Fernández-Tresguerres, Juan (ed.), *Astures y romanos: nuevas perspectivas*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 27-60.
- Villa Valdés, Ángel (2008a): «El mundo castreño prerromano: la Edad del Hierro en Asturias». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 673-720.
- Villa Valdés, Ángel (2008b): «La Arquitectura doméstica en los castros prerromanos». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 721-752.
- Villa Valdés, Ángel (2009): «¿De aldea fortificada a *Caput Civitatis*? Tradición y ruptura en una Comunidad Castreña del siglo I D.C.: El Poblado de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 35: 7-26.
- Villa Valdés, Ángel (2010): «El oro en la Asturias Antigua: beneficio y manipulación de los metales preciosos en torno al cambio de era». En: Fernández-Tresguerres, Juan (ed.), *Cobre y Oro. Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 83-125.
- Villa Valdés, Ángel (2011): «Santuarios "urbanos" en la Protohistoria cantábrica: algunas consideraciones sobre el significado y función de las saunas castreñas». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 177: 9-46.
- Villa Valdés, Ángel y Cabo Pérez, Luis (2003): «Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación». *Trabajos de Prehistoria*, 60(2): 143-151.
- Villa Valdés, Ángel y Fanjul Mosteirín, José Antonio (2006): «Avance al estudio arqueológico de las labores romanas en Carlés, Salas». En: *3º Simposio sobre Mineração e metalurgia históricas no sudoeste europeu*. Porto: SEDPGYM-IPPAR-FCT, 153-167.



- Villa Valdés, Ángel; Menéndez Granda, Alfonso y Gil Sendino, Fernando (2006): «Fortificaciones romanas en el castro de Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias)». En: Morillo Cerdán, Ángel (ed.), *Arqueología militar romana en Hispania. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*. León: Universidad de León, 581-599.
- Villa Valdés, Ángel; Montes López, Rubén; Hevia González, Susana; Menéndez Granda, Alfonso; Sánchez Hidalgo, Estefanía y Madariaga García, Belén (2008): «El ajuar doméstico en los castros de Asturias». En: Rodríguez Muñoz, Javier (ed.), *La Prehistoria en Asturias. Un legado artístico único en el mundo*. Oviedo: Editorial Prensa Asturiana, 753-800.
- Villalobos García, Rodrigo (2014): «The megalithic tombs of the Spanish Northern Meseta. Material, political and ideological ties between the Neolithic people and their territory». *Préhistoires Méditerranéennes*: <<http://pm.revues.org/1047>>.
- Villoch Vázquez, Victoria (2001): «El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social: Galicia en la Prehistoria reciente». *Complutum*, 12: 33-49.
- Viveiros de Castro, Eduardo (1996): «Os pronomes cosmológicos e o perspectivismo ameríndio». *Mana*, 2(2): 115-144.
- Viveiros de Castro, Eduardo (2010): *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología posestructural*. Buenos Aires: Katz.
- VV.AA. (2002): *Trabajar para comer. Producción y alimentación en la Asturias tradicional*. Gijón: Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, Ayuntamiento de Xixón-Gijón.

- Walsh, Kevin (2005): «Risk and marginality at high altitudes: new interpretations from fieldwork on the Faravel Plateau, Hautes-Alpes». *Antiquity*, 79(304): 289-305.
- Walsh, Kevin (2014): *The Archaeology of Mediterranean Landscapes. Human-Environment Interaction from the Neolithic to the Roman Period*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Walsh, Kevin y Mocci, Florence (2011): «Climb every mountain. High altitude archaeology in the French Alps». *Current World Archaeology*, 46: 40-45.
- Walsh, Kevin; Mocci, Florence y Palet Martínez, Josep María (2007): «Nine thousand years of human/landscape dynamics in a high altitude zone in the southern French Alps (Parc National des Ecrins, Hautes-Alpes)». *Preistoria Alpina*, 42: 9-22.
- Wells, Peter S. (2002): «The Iron Age». En: Milisauskas, Sarunas (ed.), *European Prehistory: A Survey (Interdisciplinary Contributions to Archaeology)*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers, 335-383.
- Wheatley, David y Gillings, Mark (2002): *Spatial Technology and Archaeology. The Archaeological Application of GIS*. New York: Taylor & Francis.
- Whitley, James (2002): «Too many ancestors». *Antiquity*, 76(291): 119-126.
- Wiseman, James y El-Baz, Farouk (eds.) (2007): *Remote Sensing in Archaeology*. New York: Springer.
- Woodall, J. Ned y Perricone, Philip J. (1981): «The Archaeology As Cowboy: the Consequence of Professional Stereotype». *Journal of Field Archaeology*, 8(4): 506-509.
- Woolf, Greg (1997): «Beyond Romans and Natives». *World Archaeology*, 28(3): 339-350.
- Woolf, Greg (1998): *Becoming Roman. The Origins of Provincial Civilization in Gaul*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wu, Jianguo (2010): «Landscape of culture and culture of landscape: does landscape ecology need culture?». *Landscape Ecology*, 25(8): 1147-1150.
- Wylie, Alison (1985): «The reaction against analogy». *Advances in Archaeological Method and Theory*, 8: 63-111.
- Wylie, John (2007): *Landscape*. London: Routledge.

- Yakar, Jak (2000): *Ethnoarchaeology of Anatolia. Rural socio-economy in the Bronze and Iron Ages*. Jerusalén: Emery and Claire Yass Publications in Archaeology.
- Yates, David Thomas (1999): «Bronze Age Field Systems in the Thames Valley». *Oxford Journal of Archaeology*, 18(2): 157-170.
- Yates, David Thomas (2007): *Land, Power and prestige. Bronze Age field systems in southern England*. Oxford: Oxbow Books.

- Zalasiewicz, Jan; Williams, Mark; Smith, Alan; Barry, Tiffany L; Coe, Angela L; Bown, Paul R; Brenchley, Patrick; Cantrill, David; Gale, Andrew y Gibbard, Philip (2008): «Are we now living in the Anthropocene?». *Gsa Today*, 18(2): 4-8.
- Zamora Merchán, Mar (2006): «Visibilidad y SIG en Arqueología: mucho más que ceros y unos». En: Grau Mira, Ignasi (ed.), *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Universidad de Alicante, 41-54.
- Zapata Peña, Lydia (2005): «Agricultura prehistórica en el País Vasco litoral». *Munibe. Antropología-Arkeologia*, 57: 553-561.
- Zapata Peña, Lydia (2007): «First Farmers along the coast of the Bay of Biscay». En: Colledge, Sue y Conolly, James (eds.), *The Origins and Spread of Domestic Plants in Southwest Asia and Europe*. Walnut Creek: Left Coast Press, 189-208.
- Zapata Peña, Lydia; Peña Chocarro, Leonor; Pérez Jordá, Guillem y Stika, Hans-Peter (2004): «Early Neolithic Agriculture in the Iberian Peninsula». *Journal of World Prehistory*, 18(4): 283-325.
- Zilhão, João (2000): «From the Mesolithic to the Neolithic in the Iberian peninsula». En: Price, T. Douglas (ed.), *Europe's First Farmers*. Cambridge: Cambridge University Press, 144-182.
- Zilhão, João (2011): «Time is on my side...». En: Hadjikoumis, Angelos; Robinson, Erick y Viner, Sarah (eds.), *Dynamics of Neolithisation in Europe. Studies in honour of Andrew Sherratt*. Oxford: Oxbow Books, 46-65.
- Zorzin, Nicolas (2013): «The political economy of Japanese archaeology: reflective thoughts on current organisational dynamics». *Japanese Journal of Archaeology*, 1: 5-21.





## Anexo I: Listado de túmulos del área de estudio

ID	Túmulo	Municipio	UTM (ETRS89 h29)		Nº inventario municipios
			x	y	
1	Alto del Pedrorio I	Miranda	731528	4803533	82
2	Alto del Pedrorio II	Miranda	731430	4803528	82
3	El Llombu L'Ayalga	Miranda	730239	4803091	88
4	Llano Grande	Miranda	729321	4801870	84
5	El Llanu la Veiga	Miranda	728432	4801651	92
6	Llano Grande II	Miranda	729377	4801885	84
7	El Collado - Cudiadiello	Miranda	727098	4799270	26
8	Túmulo de Las Cruces	Miranda	726974	4798432	27
9	El Toural I	Miranda	727567	4797177	34
10	El Toural II	Miranda	727611	4797117	34
11	Pico Siella I	Miranda	727730	4795949	22
12	Pico Siella II	Miranda	727639	4795895	22
13	El Grandizu	Miranda	727261	4793338	28
14	Espinapata	Miranda	728043	4792613	29
15	La Corredoria	Miranda	726985	4792433	94
16	Alto'l Mouru	Miranda	727829	4791261	99
17	Valbona I	Miranda	727206	4791023	98
18	Valbona II	Miranda	727240	4791039	98
19	Valbona III	Miranda	727208	4790985	98
20	Valbona IV	Miranda	727165	4790867	98
21	Valbona V	Miranda	727155	4790973	98
22	Valbona VI	Miranda	727300	4791173	98
23	Valbona VII	Miranda	727394	4791171	98
24	Valbona VIII	Miranda	727476	4791190	98
25	Los Cobertorios I	Miranda	727193	4790252	95
26	Los Cobertorios II	Miranda	727205	4790237	95
27	Los Cobertorios III	Miranda	727158	4790332	95
28	Los Cobertorios IV	Miranda	727125	4790332	95
29	Peñas Negras I	Miranda	727467	4789607	96
30	Peñas Negras II	Miranda	727466	4789533	96
31	El Burgo	Miranda	725106	4788289	70
32	La Cruz de la Sierra	Miranda	727310	4788442	68
33	Llagos I	Miranda	725113	4787518	71
34	Llagos II	Miranda	725046	4787433	71
35	Llagos III	Miranda	725036	4787407	71
36	La Escrita I	Miranda	727503	4787072	73
37	La Escrita II	Miranda	727489	4787018	73
38	Llanizos de Arriba I	Miranda	727257	4786639	74
39	Llanizos de Arriba II	Miranda	727246	4786663	74
40	Llanizos de Arriba III	Miranda	727240	4786708	74
41	Llanizos de Arriba IV	Miranda	727186	4786752	74
42	La Braña'l Castro	Miranda	723386	4786762	6



43	Peñas Negras	Miranda	716162	4785327	40
44	El Picu la Cabra	Miranda	717080	4786864	39
45	Llanu Sivil I	Miranda	717579	4787145	3
46	Llanu Sivil II	Miranda	717567	4787124	3
47	Peña Manteca	Miranda	719529	4790403	44
48	Campoaleo	Miranda	721421	4791159	45
49	La Palanca I	Miranda	720444	4792625	50
50	La Palanca II	Miranda	720426	4792854	51
51	Peña Reonda	Miranda	719899	4793324	52
52	Bixega	Miranda	718437	4796697	103
53	La Bovia	Miranda	722384	4800038	53
54	Pico Gameo	Miranda	722622	4800638	54
55	Los Altos de la Trapa I	Miranda	723546	4802359	37
56	Los Altos de la Trapa II	Miranda	723459	4802277	37
57	Los Altos de la Trapa III	Miranda	723443	4802363	37
58	Los Altos de la Trapa IV	Miranda	723427	4802330	37
59	La Chalga	Miranda	723006	4793928	–
60	La Forcada	Miranda	722750	4792197	–
61	Dolmen de La Chalga	Somiedu	724338	4784316	1
62	La Veiga'l Podame	Somiedu	724124	4779926	19
63	El Campo de La Bagúa	Somiedu	726277	4772501	3
64	La Corona el Castro	Somiedu	724794	4769930	14
65	El Monte'l Escoréu	Somiedu	724628	4767003	18
66	El Colláu L'Aguil	Somiedu	736771	4773660	7
67	El Llano del Muñón	Salas	721670	4802608	30
68	El Cascayu 1	Grau	727415	4798163	78
69	El Cascayu 2	Grau	727394	4798262	78
70	El Cascayu 3	Grau	727420	4798301	78
71	El Cascayu 4	Grau	727540	4798370	78
72	El Cascayu 5	Grau	727456	4798407	78
73	El Cascayu 6	Grau	727566	4798452	78
74	El Cascayu 7	Grau	727657	4798420	78
75	Siellas	Grau	728180	4795975	64
76	La Forcada 2	Grau	727373	4789273	76
77	La Forcada 1	Grau	727348	4789305	76
78	Cueiro	Teberga	727463	4784476	33
79	La Cuendia La Celada	Teberga	726652	4783755	34
80	Piedraxueves 1	Teberga	727821	4778254	45
81	Piedraxueves 2	Teberga	727862	4778274	45
82	Piedraxueves 3	Teberga	727882	4778250	45
83	Piedraxueves 4	Teberga	727866	4778239	45
84	Piedraxueves 5	Teberga	727724	4778266	45
85	Piedraxueves 6	Teberga	727752	4778246	45
86	Piedraxueves 7	Teberga	727751	4778330	45
87	Piedraxueves 8	Teberga	727761	4778342	45
88	Piedraxueves 9	Teberga	727776	4778322	45
89	Piedraxueves 10	Teberga	727790	4778323	45
90	Piedraxueves 11	Teberga	727796	4778281	45
91	Piedraxueves 12	Teberga	727784	4778285	45

92	Sierra de la Cabra	Tineo	716253	4786247	56
93	Llano de las Palancas	Tineo	716436	4791628	55
94	Las Fuentes de Cabril	Cangas del Narcea	714816	4770618	74
95	La Paredina I	Somiedu	731808	4768573	23
96	Dolmen del Canto Sobre'l Augua	Somiedu	731030	4769299	22
97	El Chano las Meriendas	Somiedu	731742	4770117	24
98	Las Verdes	Cabrillanes	734393	4765311	–
99	La Paredina II	Somiedu	731778	4768784	–



## Anexo II: Listado de castros del área de estudio

ID	Yacimiento	Lugar	Municipio	UTM (ETRS89 h29)			Superficie (ha)
				x	y	z	
1	El Castu	Alava	Salas	726880	4804233	217	1,28
2	El Castu	Lleiguarda	Miranda	725332	4801380	331	0,62
3	Las Coronas	Beyu	Miranda	725165	4800437	269	0,36
4	El Monte la Caimada	Tiblós	Miranda	726512	4795771	567	1,03
5	Penaguda	Bueinás	Miranda	718154	4795027	498	0,34
6	El Castu	Ondes	Miranda	726137	4792973	673	0,33
7	El Castu	Vigaña	Miranda	724129	4791930	563	0,13
8	El Castie  u	Santuchanu	Somiedu	717856	4782571	516	0,28
9	El Cogo  u	La Rebo  ada	Somiedu	716620	4778506	883	0,35
10	El Castu	Arbichales	Somiedu	730157	4775589	1094	0,3
11	La Corona'l Castu	La Pola	Somiedu	723661	4774468	846	0,48
12	El Castu	Villar de Vildas	Somiedu	716816	4772694	1098	0,11
13	El Castie  u	Llamardal	Somiedu	724526	4770026	1206	0,27
14	El Pico'l Castro	Torrestío	San Emiliano	741378	4769243	1416	0,31
15	Castro Lutarieto	Torrebarrio	San Emiliano	744386	4766152	1347	0,18
16	Entrambosríos	Torrebarrio	San Emiliano	744524	4765425	1235	0,56
17	El Castro	La Majúa	San Emiliano	742174	4763088	1321	1,52
18	La Peña de Sucasro	Cospedal	San Emiliano	740425	4761503	1342	0,24
19	El Castro	Torre de Babia	Cabrillanes	735525	4761150	1273	0,62
20	El Otero de San Miguel	Güergas de Babia	Cabrillanes	736970	4760238	1243	0,39
21	Otero de Fontanilla	Riolago	San Emiliano	739446	4759296	1258	2,03
22	El Pico Sulcasro	Quintanilla de Babia	Cabrillanes	731035	4758482	1375	0,95
23	La Corona	Quintanilla de Babia	Cabrillanes	731069	4757758	1450	1,21





